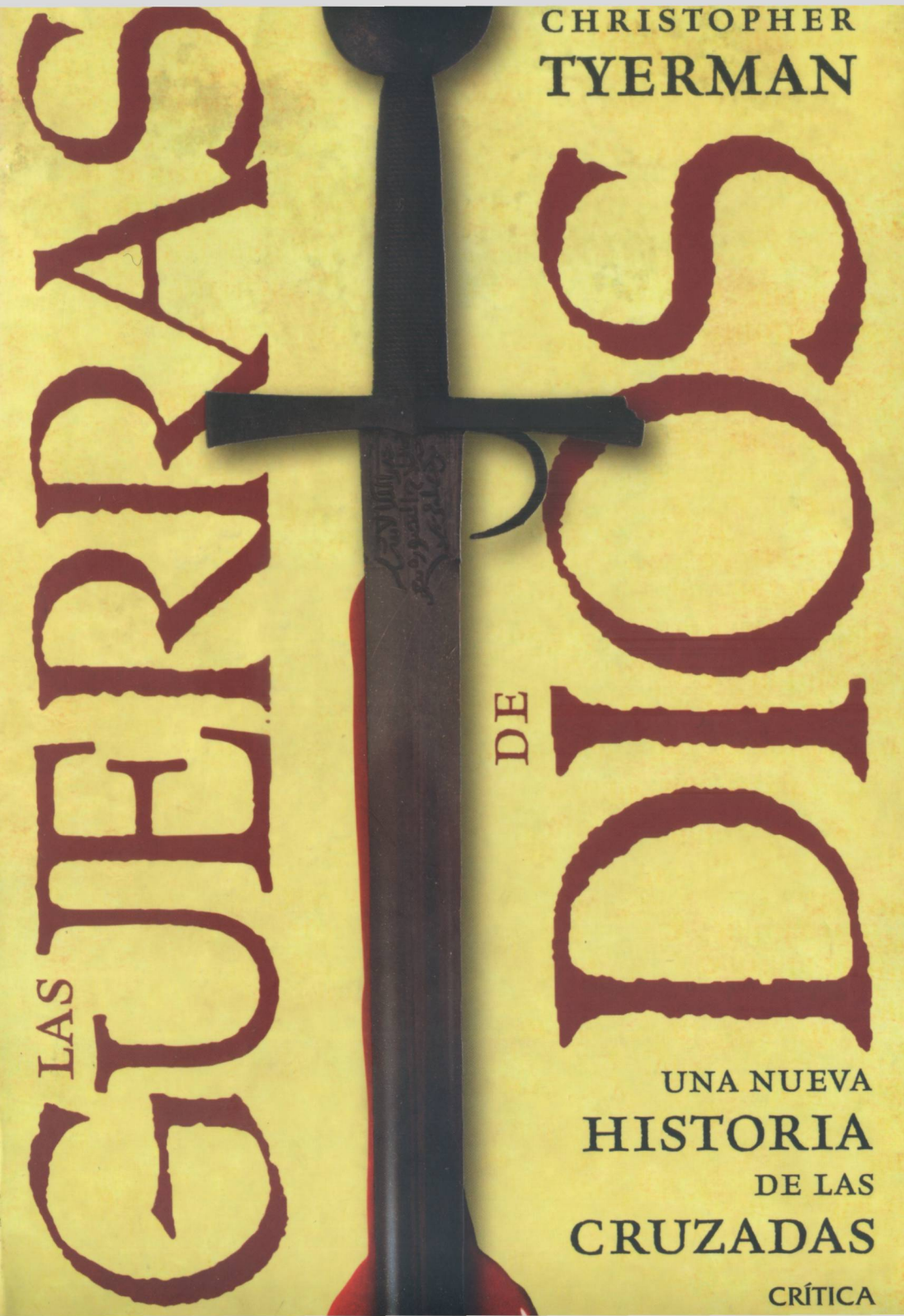

CHRISTOPHER
TYERMAN
LAS GUERRAS DE DIOS
UNA NUEVA
HISTORIA
DE LAS
CRUZADAS
CRÍTICA

Christopher Tyerman, profesor de historia medieval en la Universidad de Oxford, nos ofrece una amplia visión de los movimientos de Cruzada, que estudia no sólo los del Próximo Oriente, sino también los de España, los Balcanes y el Báltico, además de la dirigida contra los albigenses.

Basado en una sólida erudición, incorpora los resultados de las investigaciones de las últimas décadas, lo que explica que los críticos coincidan en afirmar que supera por completo la obra clásica de Steven Runciman, no sólo por los nuevos conocimientos que aporta, sino por su capacidad de mostrarnos las Cruzadas como una suma de episodios sangrientos en una época de violencia y a la vez como una manifestación de una creciente conciencia de identidad común en la Cristiandad europea. No habrá de sorprender por ello que Edward M. Peters, Henry Charles Lea Professor of History de la Universidad de Pennsylvania, haya dicho que ésta es «la mejor historia de las Cruzadas que jamás se haya escrito».

Pero, al margen de sus méritos como aportación en el terreno de la investigación histórica, *Las guerras de Dios* es también un relato fascinante, lleno de vida, que no sólo evoca las figuras legendarias de Saladino, Ricardo Corazón de León o Felipe Augusto, sino que nos muestra también los miles de participantes en estas luchas, desde los caballeros templarios o los mercenarios, hasta los campesinos europeos que abandonaron sus hogares para ir a la conquista de tierras lejanas, en nombre de Dios, así como los muchos miles que, desde el otro bando, defendieron sus tierras y consiguieron al cabo expulsar a estos invasores. Como ha escrito Dominic Sandbrook en *Daily Telegraph:* «A todo aquel a quien le gusten los caballeros, los castillos y las batallas, como me gustan a mí, disfrutará con esta obra maestra de Christopher Tyerman».

CHRISTOPHER TYERMAN

LAS GUERRAS DE DIOS

UNA NUEVA HISTORIA
DE LAS CRUZADAS

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición en rústica: marzo de 2010

Título original: *God's War. A New History ofthe Crusades*
Traducción castellana de:
Cecilia Belza, Beatriz Eguibar, Tomás Fernández,
Gonzalo García y *Rosa Salieras*
Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Heritage Image
Realización: Átona, S. L.

CREATIVE COMMONS

© 2006, Christopher Tyerman
© 2007, de la presente edición para España y América:
Crítica, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-077-2
Depósito legal: B. 7259-2010
Impreso en España
2010 - Impreso y encuadernado en España por EGEDSA (Barcelona)

AGRADECIMIENTOS

Preparar y completar este libro ha sido un proceso más lento que la más lenta de las cruzadas. Quisiera agradecer a los miembros del Leverhulme Trust el haberme concedido la beca de investigación para el año 1998-1999 que me permitió empezar a poner en orden la documentación y las ideas para este proyecto. Mi agente Jonathan Lloyd ha demostrado, con mucha diplomacia, ser un gran guerrero en defensa de mis intereses. La invitación a escribir un libro así vino de Simón Winder, quien no podría nunca haber imaginado lo extenso que, en muchos aspectos, acabaría siendo. Su paciencia y el aliento que me proporcionó han contribuido, de una forma maravillosa, a sostener mi proyecto. Aunque deforma indirecta, he estado reflexionando, trabajando, enseñando y escribiendo para este libro durante treinta años. Resulta inevitable sentirme en deuda, difícil de saldar, hacia amigos, colegas, alumnos y otros eruditos que son legión. Quisiera reconocer en especial el compromiso adquirido hacia Malcolm Barber, Toby Barnard, Peter Biller, Jessalyn Bird, el fallecido Lionel Butler, Jeremy Catto, Eric Christiansen, Gary Dickson, Barrie Dobson, Jean Dunbabin, Peter Edbury, Geoffrey Ellis, L.S. Ettre, el fallecido Richard Fletcher, John Gillingham, Timothy Guará, Bernard Hamilton, Ruth Harris, Catherine Holmes, Norman Housley, Colín Imber, Kurt Villads Jensen, Jeremy Johns, Andrew Jotischsky, Maurice Keen, Anthony Luttrell, Simón Lloyd, José-Juan Lopez-Portillo, Dominic Luckett, John Maddicott, Hans Mayer, James Morwood, Alan Murray, Sandy Murray, Torben Nielsen, la clase de las Cruzadas del verano del 2003 del departamento de educación continua de la Universidad de Oxford, David Parrott, Jonathan Phillips, el fallecido John Prestwich, Jonathan

Riley-Smith, Miri Rubín, Jonathan Shepard y Mark Wittow por los debates, ideas, críticas y oportunidades de compartir puntos de vista con todos ellos. La brillantez intelectual de mis colegas y alumnos del Hertford College y del New College me brindó un entorno de lo más creativo y estimulante. El rector y los profesores de Hertford me concedieron refugio académico durante muchos años difíciles. Tony Barnard y Peter Biller ofrecieron durante mucho tiempo apoyo personal, estímulo intelectual y una sociabilidad que no abunda. La responsabilidad de introducirme en el mundo de las cruzadas recae en el improbable quinteto que forman el fallecido Ralph Bathurst, David Parry, Eric Christiansen, Maurice Keen y el fallecido Lionel Butler, muy poco parecidos entre sí salvo en su inspiración y *educación. La responsabilidad exclusiva de los pertinaces errores que han quedado, como los pelos de ratón en un pan medieval, recae sobre mí. Simón Winder, editor inigualable, y su equipo de Penguin UK constituyen la demostración de una manera de editar flexible, eficaz e inteligente. Este libro está dedicado a quienes, al haber soportado las distracciones de lo que a veces parecía otro hijo, han mostrado un apoyo más escéptico y saludable hacia las virtudes y los méritos de este libro y de su autor, Elizabeth, Edward y Thomas, con cariño.*

PREFACIO

«El Señor es un guerrero» (Éxodo, 15:3)

La violencia, aprobada por la sociedad y sostenida por la religión, ha demostrado ser un lugar común de las comunidades civilizadas. Lo que ahora se conoce con el nombre de cruzadas representa una manifestación de este fenómeno y constituye, desde finales del siglo xi de la era cristiana, una característica de la cultura de Europa occidental que persistió más de 500 años. Las cruzadas fueron guerras justificadas por la fe, conducidas contra enemigos, reales o imaginarios y definidos por las élites religiosas y políticas, a los que se percibía como una amenaza a los fieles cristianos. Las creencias religiosas, cruciales para este tipo de guerras, otorgaban una gran significación a unas prodigiosas y formidables, aunque tranquilizadoras, fuerzas sobrenaturales, de poder y proximidad abrumadoras que, no obstante, se expresaban mediante actos físicos muy concretos: oración, penitencia, limosnas, asistencia a la iglesia, peregrinación y violencia. La cruzada reflejaba una concepción social fundamentada en la guerra como la fuerza principal de protección, arbitraje, disciplina social, expresión política y ganancias materiales. Las cruzadas reafirmaron una identidad común que incluía la agresión, la paranoia, la nostalgia, las ilusiones y la historia inventada. Las «guerras de la cruz», comprendidas por sus participantes como la manifestación de la caridad cristiana, la devoción religiosa y la ferocidad divina, ayudaron a modelar en sus adeptos el sentimiento compartido de pertenencia a una sociedad cristiana, *societas christiana,* la Cristiandad, y contribuyeron a configurar sus fronteras humanas y geográficas.

De este modo, las cruzadas influyeron en la definición de la naturaleza de Europa.

Al forzar un estrecho contacto con Asia occidental, que de otra manera hubiera resultado improbable, las cruzadas, a lo largo de los siglos que duraron las disputas sobre los Santos Lugares cristianos en Palestina, alentaron la investigación y la experiencia europea más allá de sus horizontes tradicionales. Uno de los caminos hacia el mundo imaginado por Cristóbal Colón se inicia en la primera llamada a las armas para la reconquista cristiana de Jerusalén lanzada por el papa Urbano II en el año 1095. Las certidumbres morales fomentadas por las cruzadas dejaron monumentos físicos y culturales y cicatrices desde el Círculo Polar Ártico hasta el Nilo, desde las sinagogas de la cuenca del Rin hasta las mezquitas de Andalucía, desde el vocabulario del valor hasta el difícil territorio del orgullo, la culpa y la responsabilidad, sentimientos históricos de los cristianos. Las cruzadas, admiradas como «el mayor acontecimiento desde la Resurrección» según un contemporáneo de la Primera Cruzada en la década de 1090, objeto de burla, según Francis Bacon, quien a principios del siglo XVII opinaba que eran la «reunión de unos locos que tenían la pluma en la cabeza en lugar de llevarla en el sombrero», o condenadas por constituir «el indicador y el monumento más duradero de la locura humana que haya aparecido nunca en cualquier época y en cualquier nación» según el filósofo e historiador del siglo XVIII, David Hume, siguen siendo uno de los grandes temas de la historia europea.

Una respuesta de la historia, familiar y perniciosa al mismo tiempo, consiste en configurar un pasado diferente al presente, y por lo tanto reconfortante. Las sociedades anteriores se caricaturizan como menos sofisticadas, más primitivas, más burdas y ajenas a nosotros. Estas actitudes, al degradar la experiencia del pasado, no revelan más que el deseo colectivo de tranquilizar al observador moderno. En las tradiciones culturales de Europa y de Asia occidental, desde el siglo XVI, las cruzadas han atraído precisamente este tipo de condescendencia por parte de extremistas religiosa, cultural o ideológicamente hostiles. Las cruzadas han sido descartadas por ser el síntoma de una civilización crédula, supersticiosa y retrasada en orden a elevar, de forma abierta o encubierta, a una sociedad moderna que se supone más avanzada e ilustrada. Sin embargo,

esto apenas contribuye a la comprensión de los acontecimientos pasados. Otra visión contraria, no menos distorsionada, observa en el pasado un espejo del presente. Por consiguiente, las batallas de la cruz se interpretan como el presagio de los conflictos del imperialismo, el colonialismo y la supremacía cultural de Europa occidental. No obstante, muchos de los supuestos lazos de unión entre acontecimientos pasados y problemas actuales son construcciones modernas no históricas, inventadas para otorgar una legitimidad espuria a los problemas sociales, políticos, económicos y religiosos actuales y con los que no guardan ninguna relación. Así pues, las cruzadas se han presentado siempre como el símbolo de la inferioridad y de la importancia del pasado. Merece tal vez la pena, por contraste, intentar, hasta donde sea posible, explorar el fenómeno con relación a sí mismo, y este es el propósito de lo que sigue.

Hace más de medio siglo, Steven Runciman, haciendo gala de un estilo y falsa modestia típicos, puso a prueba su pluma frente a las «máquinas de escribir masificadas de Estados Unidos» de una forma imperecedera y salió victorioso. Su *Historia de las Cruzadas* publicada en tres volúmenes entre 1951 y 1954, se convirtió en la versión clásica del siglo xx acerca de este tema y sigue siendo un extraordinario trabajo, tanto histórico como literario. Sería una locura y una arrogancia pretender competir, ni siquiera comparar, el traqueteo del teclado de mi ordenador con su pluma, un certero estoque a la vez que un pincel, o medir mi único volumen, por sustancial que pueda ser, a la amplitud, el alcance y la elegancia de los tres suyos. Sin embargo, el conocimiento y el mundo han cambiado desde 1954: el primero debido, en parte y directamente, a la inspiración de Runciman, y el segundo, contradiciendo los principios civilizados y humanos de fe y razón que se desprenden de su gran obra. Las cruzadas ya no se entienden del mismo modo que lo hacían los estudiosos de la década de 1950, informados por los nuevos avances en la investigación, o un público más amplio que les imagina una relevancia para el siglo xxi en su mayor parte espuria. Sobre esta base, tal vez se justifique el intento de describir de nuevo lo que ahora ya nos parece, quizá, el fenómeno más familiar, aunque mal comprendido, de la Edad Media.

El ejercicio dista mucho de ser sencillo. La sentenciosa seguridad de Macaulay o la de Runciman no están garantizadas ni por el

estilo moderno ni por la disciplina del tema. Todas las investigaciones históricas siguen estando supeditadas a los testimonios que han llegado hasta nosotros. Una de las tentaciones habituales que suelen seducir a los historiadores y a su público consiste en imaginar el conocimiento del pasado, la mayor parte del cual se ha perdido por naturaleza, por accidente o por designio. El oficio de los historiadores, fundamentalmente el arte de seleccionar, y el vacío documental simplifican el desorden de la existencia. A fin de ilustrar los débiles vínculos que configuran nuestro conocimiento, han llegado hasta nosotros dos de las más vividas, completas e importantes narrativas contemporáneas a la Segunda Cruzada (1146-1148), cada una de ellas en un único manuscrito, sin las cuales, nuestra visión de aquel extraordinario acontecimiento sería totalmente diferente. La mayor parte de los testimonios de la historia de las cruzadas que alguna vez existieron se han perdido. A la inversa, lo que sí sobrevive favorece de una forma inevitable determinadas perspectivas en detrimento de otras acerca de las cuales han sobrevivido menos documentos. La historia del episodio más familiar de todos, la Primera Cruzada y la conquista de Jerusalén (1095-1099), se basa en una tradición historiográfica del siglo XII extraordinariamente limitada que tal vez pueda, pero que tal vez no pueda, revelar lo que era de mayor o menor importancia en aquel tiempo. Por consiguiente, cualquier explicación moderna no puede constituir, hasta un cierto punto, más que una tentativa. Si las exigencias de la narrativa oscurecen la delicadeza de las elecciones interpretativas a las que hemos llegado en esta obra, esto no sugiere en absoluto que resultaran fáciles, sencillas, directas, necesariamente carentes de controversia, ni siquiera concluyentes. Tan solo representan el pensamiento actual del autor, hasta donde alcanza su comprensión.

Las cruzadas fueron, y son, controvertidas y contenciosas más allá de la comunidad académica. Han ingresado, más que cualquier otro incidente de la historia medieval europea, en la esfera de la historia pública donde se captura el pasado respetando los mitos culturales de herencia, imagen propia e identidad. Muchos grupos y naciones entienden que su memoria es incómoda, incluso angustiante. Las matanzas de musulmanes palestinos y de judíos en Jerusalén en el año 1099, la carnicería de los judíos de la cuenca del Rin en 1096 y 1146 o la de los judíos ingleses en 1190, las derrotas de los

cristianos latinos a manos de Saladino y Baibars, los grandes caudillos islámicos, la expulsión de los conquistadores occidentales de Asia occidental continental en el año 1291 y los prolongados triunfos de los cristianos en Iberia, o de los germanos en el Báltico oriental, o de los turcos en Asia Menor, los Balcanes y el Mediterráneo oriental, son todos aspectos de la historia de las cruzadas que han dejado un residuo de resentimiento, dolor, rabia, culpa y orgullo, dependiendo de qué legado, si es que este existe, deseen reivindicar los observadores modernos. Por consiguiente, el punto de vista que adopta cualquier historiador es importante. Sin embargo, aunque observar un tema desde un punto de vista determinado signifique adoptar una posición desde la cual poder inspeccionarlo de un modo más claro, no significa tomar partido.

Mi perspectiva es europea y occidental, de acuerdo a mi propia experiencia investigadora. Más importante aún, coincide con los orígenes, desarrollo, continuación y naturaleza del fenómeno. A pesar de que su impacto alcanzara más allá de Europa occidental, la cruzada como ideal y actividad humana se inició y permaneció arraigada en la cultura europea occidental. Adoptar esta postura no significa en absoluto la aprobación de las cruzadas. No ignora las fuentes generadas por los enemigos y las víctimas de las cruzadas, ni tampoco favorece el valor o la importancia de la experiencia de los europeos occidentales sobre otros involucrados, algo que se hará patente en el texto que sigue. Aun así, es un instrumento necesario que nos permite observar el tema con claridad a través de las brumas de la ignorancia, la oscuridad, el paso del tiempo y de la complejidad de las fuentes que han conseguido llegar hasta nosotros. Una historia de las cruzadas sería muy diferente en su estructura si estuviera compuesta a partir del punto de vista de los musulmanes sirios, egipcios o andaluces, o del de los judíos europeos, de Oriente Próximo, o del de los baltos, livonios o prusianos. No obstante, los contornos fundamentales del tema, si se observan sin pasión, podrían ser muy parecidos porque el propósito de este estudio es la historia, no la polémica, explicar, no enjuiciar, la exploración de un importante episodio de la historia mundial que conlleva una enorme fascinación, no solo imaginativa, sino también intelectual, y no una apología confesional o una afirmación testimonial de algún juicio cósmico. Los lectores decidirán si la panorámica ofrecida se merece el viaje.

INTRODUCCIÓN: EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO

En el siglo xi de la era cristiana, la región entre el océano Atlántico, el desierto del Sahara, el Golfo Pérsico, los ríos más occidentales de Rusia y el Círculo Polar Ártico vivía a la sombra de dos grandes imperios, Roma y el califato de Bagdad, y acogía dos religiones de ámbito mundial, el cristianismo y el islam. El legado del imperio romano clásico seguía determinando las presunciones culturales incluso fuera de los límites de lo que quedaba del imperio romano oriental, que sobrevivía en la forma de un imperio de habla griega comparativamente modesto pero aún poderoso, situado entre el Danubio y la cordillera del Tauro, cuya capital era Constantinopla, y que los historiadores modernos conocen bajo el nombre de Bizancio. En Europa occidental, al norte de los Pirineos, donde el dominio imperial romano había desaparecido cinco siglos antes, la imagen de Roma en las leyes, el arte, la arquitectura, la enseñanza y el idioma latino persistían, incluso en lugares entre el Rin y el Elba donde las legiones nunca llegaron a asentarse. Los monarcas de Alemania reivindicaban la herencia de los emperadores romanos occidentales, y afirmaban ser los sucesores directos de los Césares. Al este de Bizancio, Oriente Próximo, Egipto, las costas del sur del Mediterráneo y la mayor parte de la península Ibérica mantenían la herencia de las grandes conquistas árabes de los siglos VII y VIII que habían establecido un imperio cuyo centro, a partir de mediados del siglo VIII, se hallaba en el califa de Bagdad (comendador de los creyentes y heredero político del Profeta).

La religión acentuaba y definía las divisiones culturales; el cristianismo en Bizancio y Europa occidental desde el norte de Iberia

hasta el río Elba, desde Irlanda hasta las llanuras húngaras; el islam al este y al sur, en Asia occidental, el norte de África y el sur del Mediterráneo. Ninguno de los dos bloques religiosos estaba unido. A finales del siglo x, la autoridad tradicional del califa de Bagdad había sido usurpada en Egipto por un califa partidario de la tradición musulmana minoritaria chiíta que se había desligado de la tradición mayoritaria ortodoxa suní a finales del siglo VII a causa de una disputa sobre la legitimidad espiritual de los sucesores del Profeta. En España, la comunidad musulmana le debía fidelidad a un califato indígena con capital en Córdoba, hasta su desintegración y fragmentación a principios del siglo xi. En los territorios cristianos, a pesar de que la separación de poderes entre las autoridades religiosas y laicas era mayor que en los estados islámicos, desde la caída del imperio romano se habían desarrollado dos formas de cristianismo; la tradición ortodoxa griega con sede en el imperio bizantino, y una tradición cuyo centro teórico se encontraba en el papado de Roma, pero que dirigían en gran parte las fuerzas paralelas de las iglesias locales dominadas por la aristocracia y por una red de monasterios. Tanto el cristianismo como el islam, dos sistemas de creencias en apariencia monolíticos, ocultaban en su interior infinitas variedades locales y tensiones nacidas a partir de la diversidad social, lingüística, étnica, cultural y geográfica, y de la distancia. En los territorios gobernados por cristianos los habitantes no cristianos eran escasos, aunque a partir del siglo x, las comunidades judías, se extendieron al norte de los Alpes, especialmente hacia Francia y la cuenca del Rin. En contraste, los habitantes no musulmanes abundaban en todas las regiones musulmanas, a menudo grandes poblaciones, sobre todo de comunidades a quienes los musulmanes llamaban «el pueblo del libro», judíos y cristianos, estos últimos procedentes de una gran variedad de sectas locales y tradiciones confesionales derivadas de las últimas interpretaciones teológicas romanas y que diferían de las ortodoxias latina o griega.

En las zonas centrales de esta región afroeuroasiática, aquellas donde se observaban las reglas cristianas y musulmanas, las estructuras políticas y religiosas se sustentaban en economías y poblaciones rurales asentadas. Bizancio y los estados islámicos compartían un sistema comercial floreciente que mantenía a las ciudades y utilizaba el oro como moneda de cambio, mientras que en la Europa

occidental cristiana, hacia el año 1000, la urbanización o, desde la perspectiva del imperio romano, la reurbanización, tan solo había iniciado su crecimiento a lo largo de las rutas comerciales más importantes al norte de los Alpes: las costas del Mar del Norte y noroccidentales mediterráneas, el Rin, el Ródano, el Sena, el Loira y el Támesis. En Italia, desde el colapso de las desaparecidas economía y civilización romanas, las ciudades y las poblaciones habían sobrevivido de una forma más robusta si bien a una escala mucho menor que en el Este. En el siglo xi, el desequilibrio económico se reflejaba en el tamaño de las ciudades. En el Mediterráneo oriental, las grandes ciudades alardeaban de poblaciones de cientos de miles de habitantes, Bagdad tal vez medio millón, El Cairo algo menos y Constantinopla quizá 600.000 como máximo. En la España musulmana, es posible que 100.000 personas vivieran en Córdoba, aunque algunas estimaciones le adjudican un número mucho mayor de habitantes. En contraste, las mayores ciudades cristianas, Roma, Venecia, Florencia, Milán o Colonia, rondaban los 30.000 o 40.000 habitantes. París y Londres en el año 1100, mantenidas por una región sobre todo rural, contaban probablemente alrededor de 20.000 habitantes cada una, el equivalente a ciudades de tercera categoría, o menor, en Oriente Próximo. En el resto del norte de Europa las ciudades eran todavía más pequeñas, y algunas ciudades importantes podían reunir apenas algunos miles de habitantes. El crecimiento masivo de las poblaciones urbanas occidentales constituye una de las características más destacadas de los dos siglos siguientes, pero incluso en el año 1300 ciudades como París, que alcanzaban casi los 100.000 habitantes, apenas podían competir con los grandes centros comerciales del Mediterráneo oriental.

A pesar de la creciente actividad económica y mercantil en Europa occidental, seguía existiendo un claro desequilibrio comercial y Occidente se veía obligado a depender de una moneda de plata a menudo limitada mientras la riqueza fluía hacia el este y el sur, y el oro, procedente en su mayor parte de África occidental, nunca llegaba, o no se quedaba en la cantidad suficiente para mantener las monedas más allá de los Pirineos, los Alpes o el Danubio. El comercio internacional giraba alrededor de los productos de lujo, en especial especies y tejidos acabados, por ejemplo, seda del este, y

esclavos, pieles, madera y algunos metales del oeste y del norte. I .os intercambios locales, principalmente de alimentos, pero también de algunas materias primas básicas como la lana o el tejido de lana, proporcionaban el motor principal del comercio en las economías rurales. El mosaico de economías locales variaba en gran medida según la región: cereales y trigo en las zonas más al sur, centeno y avena más al norte; vino en el sur, cerveza en el norte; caña de azúcar en Siria; aceitunas alrededor del Mediterráneo; pesca a lo largo de todas las inmensas costas de la región afroeuroasiática. En Europa, el crecimiento de las ciudades entre los Alpes y el océano Atlántico indicaba la expansión de este tipo de comercio, un proceso que funcionaba como una dimensión liberadora para amplios sectores de las comunidades rurales, en su mayor parte ligadas a la tierra por ley, jerarquía, tradición, coacción y necesidad económica. En los mercados, es muy posible que las transacciones estuvieran sujetas a impuestos, aunque tendían a operar fuera de los lazos de la servidumbre de la gleba. La esclavitud, muy extendida en la Afro-Eurasia romana y tras la caída del imperio, persistió en el mundo árabe, pero fue desapareciendo de forma gradual en el mundo cristiano, fuera por motivos morales alentados por la iglesia, fuera por prudencia económica.

Más allá de las tierras centrales de las comunidades asentadas, alrededor de los márgenes geográficos de la región, la costa atlántica, los márgenes del desierto del Sahara, las llanuras, estepas y tundra al norte del Mar Negro y de la cordillera de los Cárpatos, al norte y este del río Elba hacia el Círculo Polar Artico, además de en las zonas en el interior de las regiones colonizadas en los límites de las tierras cultivables, desiertos, montañas, pantanos e islas, los patrones demográficos y económicos que sobrevivieron fueron muy diferentes. Muchas zonas periféricas de la región albergaban tribus nómadas: variables alianzas de turcos en las estepas eurasiáticas, beduinos en los desiertos de Oriente Próximo, o pastores transhumantes como los lapones cerca y más allá del Círculo Polar Artico. Estos grupos dependían de los diversos grados de cercanía con sus vecinos asentados; la mayoría de los beduinos y una gran parte de los nómadas turcos habían aceptado el islam; las oleadas de invasiones turcas a partir del siglo xi y hasta el siglo XIII hacia los Balcanes y Oriente Próximo, a las que siguieron las de los mongoles

desde el Lejano Oriente, acentuaron estas relaciones. Mecanismos similares de intercambios entre las tierras centrales y los límites geográficos se aplicaron a los pueblos no nómadas del norte de Europa, a los vascos, a los irlandeses y a los escandinavos, conocidos por el habitual nombre de vikingos. En el norte y el nordeste de Europa, el paganismo florecía y se resistía a la penetración cultural del cristianismo, al que no reforzaban ni el comercio ni la conquista. El cristianismo (o el islam) no resultaba necesario para la creación de instituciones políticas y culturales estables. La zona oriental del Báltico tan solo empezó a convertirse en los siglos XII y XIII y Lituania se mantuvo firmemente pagana hasta el siglo xiv, cuando se convirtió en sus propias condiciones y por motivos políticos.

En el siglo xi, la institución más antigua de Europa occidental y que trazaba una historia ininterrumpida a lo largo de mil años, era el papado. En sus orígenes uno de los cinco patriarcas de la iglesia primitiva (Jerusalén, Constantinopla, Antioquía y Alejandría eran los otros cuatro), el obispo de Roma reclamaba la primacía, en calidad de sucesor de los santos Pedro y Pablo, custodio de las reliquias de estos santos (a quienes se suponía enterrados bajo la basílica de San Pedro) y diocesano de la sede del imperio, un imperio cristiano desde el emperador Constantino (306-337) y el siglo iv. Tras las invasiones árabes del siglo VII, únicamente Roma y Constantinopla seguían en poder de los cristianos; Jerusalén había sido capturada por los musulmanes en el año 638. Después del año 467, la ausencia de un emperador romano estrechó los lazos entre el papa y al emperador oriental bizantino, si bien en una relación incómoda. La carencia de un poder imperial efectivo en Italia había elevado al papado a una posición de autoridad temporal sobre la ciudad de Roma y, en teoría al menos, sobre parte del centro de la península. La autoridad espiritual del papa quedaba acentuada por su patrocinio de la conversión de los anglosajones en el siglo VII, y de los frisios y sajones continentales en el siglo VIII.

A principios del siglo VIII, el flirteo de los emperadores bizantinos con la iconoclasia (el rechazo de la eficacia religiosa de las imágenes, iconos y otras representaciones de objetos) y su incapacidad de proteger a Roma y al papa de los monarcas lombardos del norte de Italia, persuadieron a los papas Gregorio III (731-741), Zacarías (741-752) y Esteban III (752-757) a aliarse con los francos, los go-

bemantes de un gran reino que se extendía desde el sudoeste de la moderna Francia hasta la cuenca del Rin y los Países Bajos. Como parte de esta nueva orientación política, la corte papal (o Curia) pergeñó lo que se conoce con el nombre de Donación de Constantino, uno de los fraudes más poderosos de la historia mundial, y que tan solo se descubrió por completo en el siglo xv. El documento manifestaba que, al convertirse en cristiano, el emperador Constantino había renunciado a su autoridad imperial a favor del papa Silvestre I (314-335), quien se la había devuelto aunque manteniendo la preeminencia sobre los otros patriarcas, la jurisdicción temporal teórica sobre el imperio occidental y el gobierno directo sobre Roma, su región circundante e Italia en general. Este fraude configuró la base sobre la que se sustentó la posterior insistencia papal en sus reivindicaciones de un estado en Italia central y la más amplia alegación de la primacía del papado sobre la autoridad imperial en Europa occidental.

La alianza franco-pontificia resultó mutuamente satisfactoria. El papado conseguía una protección eficaz en Italia y los francos, la legitimización de sus conquistas, a mediados y finales del siglo VIII, de Lombardía, Gasconia, Baviera y la región sajona entre el Rin y el Elba. El punto culminante de la alianza lo marcó el día de Navidad del año 800 cuando el papa León III (795-816) coronó al rey de los francos, Carlos el Grande, o Carlomagno (768-814), como el nuevo emperador romano de Occidente, inaugurando lo que se conocería como Sacro imperio Romano, que sobrevivió, con diversas interrupciones y cambios de fortuna, naturaleza y sustancia, hasta que fue abolido en 1806 a insistencia de Napoleón. Mientras duró el imperio franco, o carolingio (es decir, de la familia de Carlos), hasta la década de 880, el papado quedó bastante eclipsado. A partir de entonces el trono de san Pedro tuvo la tendencia a ser el dominio exclusivo de una serie deslucida de nobles romanos, algunos jóvenes y disipados, incluso irreligiosos. Aún así, la reputación de su cargo se mantuvo alta, en especial en el norte de Europa, donde la autoridad papal todavía aparecía como el árbitro final de los asuntos espirituales y religiosos. El recién convertido rey Mieszko I de Polonia buscó la protección pontificia en el año 991; en el 962, el rey de Alemania, Otón I, que había conquistado hacía poco el norte de Italia, reavivó el imperio occidental al hacerse coronar en Roma

por el papa Juan XII (955-963), un joven noble y libertino de veinticinco años cuya perversidad era notoria y que, según parece, encontró la muerte cuando apenas tenía veintisiete años al sufrir un ataque al corazón mientras practicaba el sexo con una mujer casada.

A principios del siglo xi, los grandes protegidos de los emperadores germánicos, entre otros el erudito Gerberto (papa Silvestre II, 999-1003), y una sucesión de nombramientos locales de calibre muy variado que solían tomar los nombres de Benedicto y Juan, se alternaban en el papado. Algunos elementos de la iglesia romana y del resto de la Cristiandad, mostraban cada vez más insistencia en sus deseos de reformar el papado y la más extendida iglesia seglar occidental haciendo hincapié de nuevo en la separación y el dominio de lo espiritual por encima de lo laico en los nombramientos de la iglesia, la gestión, las finanzas y el comportamiento. Al amparo del emperador Enrique III (1039-1056), los reformadores se hicieron con el control del papado. Una sucesión de papas alemanes, italianos y franceses durante el medio siglo posterior a 1048 transformó tanto el papado como la Cristiandad occidental. De esta transformación surgió la nueva comprensión de que la iglesia de Roma, deliberada e innovadoramente internacional en su aspecto general y el personal, y fundamental en la reforma de la Curia papal, por una parte era sinónimo de iglesia universal, y por la otra, de que el papa ejercía el poder temporal además de la jurisdicción espiritual en la tierra en su calidad de heredero de san Pedro, a quien, según lo que se conoce como textos petrinos en el Evangelio de san Mateo, Cristo había confiado las llaves del Reino de los Cielos y el poder de atar y desatar en la tierra y en el cielo (Mateo 16:19). El programa reformista más general incluía la mejora de la moral y de la educación del clero, la erradicación de la simonía (compra de cargos eclesiásticos) y el matrimonio de los clérigos (un gesto no solo moral sino económico, que protegía las tierras de la iglesia e impedía que fueran heredadas por los hijos laicos de los clérigos de la iglesia). Se intentó que los sacerdotes seglares se parecieran más a los monjes, totalmente diferentes de sus vecinos y familiares laicos, y leales y obedientes a Roma.

Este programa encontró una fuerte oposición local puesto que amenazaba los intereses creados de los valedores laicos y clericales

de las iglesias privadas y de los monasterios, la costumbre de los sacerdotes seglares de celebrar misa, y el poder de los gobernantes laicos de controlar las corporaciones de tierras más ricas de sus regiones. La disputa más dura y amarga se desarrolló con el rey de Alemania, Enrique IV, cuya accesión al trono siendo menor de edad había forzado a los papas reformistas a buscar la independencia de la corona alemana en orden a protegerse de sus enemigos italianos. Lo que estaba en juego eran los derechos imperiales a designar un nuevo papa, los derechos del papa de aprobar la elección de emperador y, más en concreto, la autoridad sobre los nuevos nombramientos y el control de la iglesia en las tierras imperiales de Alemania y del norte de Italia. La disputa se hallaba encapsulada en la ceremonia de investidura, es decir, la ceremonia en la que se concedía a los nuevos obispos consagrados el anillo y el báculo, los símbolos de su dignidad espiritual. Por tradición, en Alemania y en otros lugares, los reyes eran quienes llevaban a cabo esta ceremonia. Los reyes también eran consagrados como «ungidos por Dios», algo extraordinario en una persona laica y muy poco conveniente para los reformadores de la iglesia. El derecho a conceder el anillo y el báculo se convirtió en un símbolo y explica el nombre con el que se conoce la disputa y las guerras que generó, la «Querella de las investiduras», aunque en realidad los desacuerdos eran más prosaicos y sublimes: el control de la riqueza de la iglesia y de su clientelismo, y la salud espiritual de quienes administraban los Sacramentos y el «orden cristiano».

Se trataba de mucho más que de disputas teológicas. El poder de los reyes alemanes dependía en gran medida del control de la iglesia, en especial en Sajonia, donde una revolución en el año 1076 le proporcionó al más beligerante y reformista de los papas, Gregorio VII, la oportunidad de ejercer presión sobre Enrique IV y conseguir que hiciera concesiones al desafiar en público su derecho a gobernar afirmando que el papa poseía la plenitud del poder, lo que conllevaba el derecho a destituir monarcas inadecuados, incluyendo a los emperadores. El intransigente Enrique IV fue excomulgado en el año 1076 y de nuevo en 1080. Los partidarios del papa y antiimperialistas alemanes provocaron el levantamiento de los reyes rivales y la guerra consiguiente se extendió a Italia. En 1084 Enrique IV invadió y capturó Roma, instalando su propio antipapa y obligando

a Gregorio VII a buscar refugio con los conquistadores normandos del sur de Italia. A lo largo de la década subsiguiente, el antipapa de Enrique ejerció su dominio en Roma, apoyado por repetidas incursiones imperiales en el sur de los Alpes. El contexto de la Primera Cruzada se halla en este conflicto, puesto que Urbano II quería utilizar la movilización de esta expedición como tapadera para recuperar la posición del papa en Italia y demostrar su liderazgo de la Cristiandad, independiente de los monarcas laicos. En el año 1095, cuando Urbano II hizo un llamamiento a todos los creyentes para que fueran a «liberar» las iglesias de oriente y de Jerusalén, el lema de las reformas papales, *libertas ecclesiae,* «derechos y libertad de la iglesia», constituía el principal atractivo de la convocatoria. Resulta imposible comprender la cruzada fuera de este contexto de una reforma más general de la iglesia y del papado. Parece una ironía que, en el momento de las afirmaciones más universalistas de la iglesia, los papas reformistas no pudieran estar totalmente a salvo en la propia Roma. Los nobles locales, alemanes e invasores proimperialistas y otros rivales políticos italianos, privados del control de los lucrativos cargos pontificios, obligaron a los sucesivos papas a un exilio temporal o semipermanente durante el siglo posterior al de Gregorio VII. El propio Urbano II, tan solo pudo establecer su residencia en la Ciudad Eterna después de emprender la Primera Cruzada en 1095-1096.

La Querella de las Investiduras, que únicamente pudo resolverse mediante un compromiso en el año 1122, descubrió algunas de las debilidades en las posiciones materiales e ideológicas del papado y del imperio, además de subrayar, de una forma más general, las limitaciones de la autoridad política centralizada. El papado era, junto al Gobierno inglés de la época, una de las instituciones líderes de Europa occidental, pionera en el desarrollo de técnicas escritas de gobierno, de comunicación con los agentes locales, subordinados y representantes en el extranjero mediante plantillas de cartas, del registro de datos sistemático y recuperable y de la creación de una tradición burocrática. Sin embargo, y tal como se observó más tarde de una forma notable, el papa carecía de legiones, y se veía obligado a depender de protectores laicos que garantizasen la independencia pontificia y su integridad. En contraste, el emperador alemán era el gobernante más poderoso de Europa occidental y

ejercía un inmenso poder teórico y potencial sobre territorios que se extendían desde el sur de Dinamarca hasta el centro de Italia. Ahora bien, estas tierras, que comprendían la porción oriental del antiguo imperio carolingio (denominadas desde el siglo ix FRANCIA Oriental), se mantenían unidas por redes de alianzas dinásticas, relaciones personales, tradición, ideología, conveniencia y fuerza bruta, y no por un sistema institucional. En consecuencia, la construcción de un consenso político, la base de cualquier autoridad efectiva, constituía un ejercicio precario y a tiempo completo para los gobernantes alemanes del siglo xi. A partir del año 962, el rey de Alemania podía esperar ser coronado emperador romano por el papa. A pesar de la Querella de las Investiduras y de las tensiones permanentes que siguieron, la mayoría de los reyes consiguieron persuadir a los papas de celebrar esta ceremonia de gran carga altamente simbólica e importancia. Sin embargo, algunos no lo consiguieron. El rey Conrado III de Alemania, comandante de la Segunda Cruzada (1145-1149) fue uno de los pocos reyes alemanes medievales después de Otón I en no ser coronado emperador, pese a lo cual, siguió ejerciendo muchas de las prerrogativas imperiales y se adjudicó a sí mismo algunos de los títulos formales de un emperador. La carencia de un título imperial reducía las reivindicaciones del rey alemán a la jurisdicción sobre el norte de Italia, una de las regiones más ricas de Europa occidental, y un elemento significativo y duradero de las pretensiones imperiales. No obstante, el poder de Conrado, igual que el de sus predecesores, dependía de su posición en Alemania.

Desde un punto de vista político, Alemania en los siglos XI y XII comprendía una cantidad de regiones dispares dominada cada una de ellas por su propio duque y por una nobleza relacionada muy de cerca: Baviera, Suabia, Franconia, Sajonia y Lorena. La expansión hacia el este, aunque interrumpida por un tiempo en el norte a causa de la gran rebelión eslava del año 983 contra la hegemonía alemana al este del Elba, había creado margraviatos en Austria, Estiria y Meissen, entre otros lugares, otorgando a los margraves locales una considerable autonomía. El poder del rey dependía de sus propios territorios dinásticos, por ejemplo Otón I había sido duque de Sajonia, asociados a una serie de territorios imperiales, ciudades y derechos, en alianza con la iglesia, la única institución realmente

imperial (de ahí la amenaza que la disputa de las investiduras representaba). A pesar de que tendía a sucederse en el seno de una sola familia, los sajones entre 911 y 1024, los salios entre 1024 y 1125 y los Hohenstaufen entre 1138 y 1254, la corona alemana era electiva, un derecho que los electores, los duques más importantes y los magnates eclesiásticos como los arzobispos de Colonia y de Maguncia, se obstinaban en mantener. Mientras en otros reinos, Inglaterra, Francia o los estados cristianos del norte de Iberia entre otros, iba desapareciendo, en Alemania, las reiteradas interrupciones dinásticas, fuera por carencia de herederos directos (1002, 1024, 1125, 1138 y 1152), fuera por la sucesión de menores (1056 y 1197), afianzaron el principio activo de elección. No obstante, los reyes alemanes, y así lo reconocían sus vecinos, constituían, no solo desde un punto de vista sentimental las cabezas laicas de la Cristiandad occidental en virtud del título imperial, sino además, en la práctica, los gobernantes laicos más importantes de la Cristiandad occidental.

El papel de los gobernantes alemanes en la expansión del cristianismo hacia los reinos eslavos de Europa oriental constituía el mayor síntoma y motivo de su hegemonía. Si bien en los siglos x y xi la iniciativa de integrar los nuevos reinos y principados de Polonia, Bohemia y Hungría en la órbita de la Cristiandad occidental la habían llevado los reyes alemanes, a partir de mediados del siglo XII esta iniciativa había recaído sobre los duques y señores del este de Alemania, asistidos por la ideología de la guerra santa y por el reclutamiento de cruzados e inmigrantes que llevaron las fronteras de la Cristiandad latina hasta Prusia y el nordeste del Báltico, un cambio que explica mucho acerca del daño infligido al poder monárquico alemán. A pesar de que muchos de los primeros misioneros cristianos en tierras de los eslavos occidentales, especialmente en Bohemia y en Moravia y en tierras de los magiares en Hungría en las décadas alrededor del año 900, eran griegos ortodoxos, la creación del nuevo imperio occidental de Otón I, sobre todo gracias a sus victorias sobre los invasores magiares, abrió la región a los evangelistas latinos al tiempo que los gobernantes locales intentaban asociarse con el nuevo poder alemán. La adopción del cristianismo proporcionó una fuerza cohesiva en el establecimiento de identidades e instituciones políticas asentadas, donde la iglesia pro-

veía educación, alfabetización, funcionarios, una aristocracia terrateniente eclesiástica de obispos y abates potencialmente manejables y dependientes, una ideología de apoyo de monarquía trascendente, y unos santos nacionales muy convenientes, por ejemplo el rey Wenceslao de Bohemia (muerto *c.* 929) o Esteban en Hungría (rey entre 1000 y 1038). Polonia había adoptado el cristianismo latino en el año 966, lo que formaba parte de los intentos de Mieszko I de expandirse hacia Pomerania como cliente de Otón I, estrategia que, en su opinión, le brindaba una mejor oportunidad de consolidar sus conquistas y de satisfacer su deseo de dominar a los eslavos occidentales. En el año 991, Mieszko colocó su reino bajo la protección del papado, un claro indicador de la determinación polaca de integrarse en el mundo latino. La posición de Hungría era más liminal, puesto que compartía una larga frontera no solo con Bizancio, sino además con Alemania. Sin embargo, los gobernantes húngaros intentaron asimismo y de forma consistente integrarse en la órbita política cristiana germano-latina, y a partir de ahí, también cultural, en lugar de convertirse en clientes del imperio griego. El deseo de los húngaros de mantener su sesgo occidental alimentaba su sólido compromiso de apoyo, que más tarde sería activo, a las cruzadas que pasaron por sus tierras en los años 1096, 1146 y 1189. En ciertos aspectos, las cruzadas confirmaron la dirección de la política húngara a partir del siglo x.

La única competencia por la influencia en las vastas extensiones de tierras eslavas y magiares entre el Elba, el Báltico, el Danubio y el Mar Negro seguía siendo el imperio griego de Roma oriental, Bizancio, cuya capital, Constantinopla se hallaba situada junto al Bosforo, a caballo entre Europa y Asia. En un principio, tanto Moravia como Hungría habían parecido caer en la órbita griega a principios del siglo x antes que el auge de la Alemania otónica resultara más atractivo. En el siglo xi, Constantino IX (1042-1055) había incluso enviado al monarca húngaro una corona, a pesar de que Hungría intentaba proteger con gran firmeza su autonomía mediante estrechos lazos con el imperio alemán (san Esteban había contraído matrimonio con la hermana del emperador Enrique II (1002-1024)). Para mayor seguridad, la influencia griega y el deseo del monarca local de consolidar su posición mediante una alianza bizantina llevaron a la conversión del príncipe Vladimir de Kiev (988-989), cuya confe-

deración del Rus incorporaba los principales centros comerciales del río Dniéper, y cuya primera capital, Novgorod, se encontraba en el norte del Rus. No obstante, incluso los rusos se fueron emancipando de forma gradual de la hegemonía griega, y buscaron alianzas en Occidente: Enrique I de Francia (1031-1060) contrajo matrimonio con una princesa rusa, y su hijo, Felipe I, introdujo un nombre griego en la familia real francesa que se hizo muy popular hasta el siglo xix. En la década de 1040 los rusos incluso atacaron Bizancio, e hicieron muchos intentos, siempre en vano, de deshacerse del control que el patriarcado constantinopolitano ejercía sobre la iglesia rusa. La capacidad de manipular a los pueblos alrededor de sus fronteras desempeñó un papel crucial en la política exterior y la supervivencia bizantinas. Al este de los rusos, jázaros, pechenegos y cumanos de las estepas surorientales euroasiáticas al norte del Mar Negro, entre otras tribus turcas y nómadas, y las tribus turcas que penetraron en Oriente Próximo a mediados del siglo xi, presentaban una amenaza mayor y más difícil de resolver.

A principios del siglo xi, el imperio bizantino se extendía desde el Danubio y el Adriático, manteniendo algunos enclaves en Italia (por ejemplo en Barí), hasta la cordillera del Taurus y la del Antitaurus en Anatolia oriental y algunas plazas fuertes en el norte de Siria, como por ejemplo Antioquía. El imperio, ocupando en apariencia una posición dominante cultural, comercial y políticamente, en realidad apenas hacía unos años que acababa de reafirmar su posición en el norte de Siria y en el norte de los Balcanes, donde el estado de Bulgaria, antes independiente, había sido dolorosamente anexionado por el emperador Basilio II, «el asesino de búlgaros» (976-1025), y las tendencias separatistas serbias, neutralizadas. Esta hegemonía fue de corta vida. A mediados de la década de 1050, las tribus turcas lideradas por la familia Silyuk invadieron Oriente Próximo convirtiéndose en los gobernantes de Bagdad. En el año 1071, los selyúcidas invadieron Anatolia y vencieron y capturaron al emperador bizantino, Romano IV Diógenes en la batalla de Mansikert. Una vez rotas sus defensas fronterizas, los bizantinos no tardaron en perder el interior de Anatolia; los selyúcidas incluso establecieron su capital anatolia en Nicea, a corta distancia de la propia Constantinopla. Tras la conquista selyúcida de Anatolia, otras tribus turcas se aprovecharon del caos político para explotar

las ciudades y la economía rural establecida en la región. Los danisméndidas, que encabezaban estos grupos, establecieron un estado conocido como *ghazi* (es decir, el guerrero sagrado) al nordeste de la península. Más o menos al mismo tiempo otras tribus nómadas y seminómadas penetraron en Bizancio por las fronteras balcánicas. Veinte años antes, los griegos habían tenido que aceptar el asentamiento de los pechenegos al sur del Danubio en el nordeste de Bulgaria, mientras que otros pueblos esteparios, los cumanos, se habían establecido justo al norte de la frontera balcánica. Al otro lado del Adriático, los aventureros normandos liderados por Roberto Guiscardo, la nueva potencia regional, les arrebataron los últimos enclaves bizantinos. Bari, la última plaza fuerte cayó en 1071. Guiscardo prolongó su victoria invadiendo los Balcanes. Solo tras la accesión del usurpador militar Alejo I Comneno fue posible rechazar la amenaza normanda en Durazzo (ahora Durres en la costa adriática de Albania) en 1085 y los pechenegos finalmente vencidos en el Monte Levounion (en la desembocadura del río Maritsa, al sur de Tracia, cerca de la moderna frontera turco-griega) en el año 1091. Aparte de sus posesiones italianas, lo único que les quedaba por recuperar eran las pérdidas ante los selyúcidas en Anatolia. Este es el punto en el que, según la visión y la estrategia de Alejo I, entró en juego el llamamiento lanzado a Occidente en el año 1095 y la Primera Cruzada.

Las fortunas cambiantes de Bizancio en el siglo xi se reflejaban en el desorden del Oriente Próximo islámico tras las invasiones de los selyúcidas en la década de 1050. Tras hacerse con el control del califato de Bagdad, y su líder recibir el título, muy apto, de «sultán» *(sultán* significa «poder» en árabe), los turcos selyúcidas prosiguieron su avance hacia el oeste. Tras derrotar a los griegos en el año 1071, al llegar el año 1079 se habían anexionado la mayor parte de Siria y Palestina. No obstante, y a pesar de su aparente unidad, los selyúcidas presidían sobre una confederación libre, y con frecuencia quisquillosa, de poderes regionales, el sultanato más o menos independiente de Rüm, es decir, Anatolia, o las ciudades-Estado de Mosul, Alepo, Antioquía (conquistada en los años 1084-1085), Damasco y Jerusalén. Estas antiguas ciudades árabes, aunque a menudo le debían lealtad a uno u otro de los señores selyúcidas en competencia, solían estar controladas por comandantes militares turcos

(,*atabeys*) cuya autoridad descansaba tanto en sus bandas personales de mercenarios, en general soldados esclavos (mamelucos), como en la aprobación de sus superiores selyúcidas. En todos los dominios de los turcos, la diversidad étnica y religiosa complementaba el distanciamiento entre gobernados, fueran habitantes de las ciudades, agricultores o nómadas esteparios o beduinos, y gobernante. En algunos lugares de Siria, turcos suníes inmigrantes gobernaban las poblaciones chiítas indígenas o ejercían el control sobre los nobles árabes locales. En Cilicia y en el norte de Siria, las comunidades armenias, diferenciadas religiosa y étnicamente, quedaron aprisionadas entre los poderes competidores de bizantinos, árabes y turcos. A lo largo y ancho de esta región y en Jazira (el moderno norte de Irak) las incertidumbres políticas brindaron nuevas oportunidades a los kurdos, y a otros recién llegados turcos. Una dislocación similar caracterizó al califato fatimí de Egipto, que disputó a los selyúcidas la hegemonía sobre el sur de Palestina. En Egipto, los gobernantes chiítas dominaban a la mayoría de los habitantes suníes a través de primeros ministros poderosos, llamados «visires», que con frecuencia no eran ni egipcios ni árabes, sino turcos o armenios. El Oriente Próximo no ofrecía un espectáculo armonioso de paz civilizada. Las invasiones turcas de la década de 1050 desestabilizaron la región, introduciendo una élite gobernante extranjera que se sostenía en la coacción militar, y causaron los mismos, sino mayores caos y trastornos de los que los cruzados nunca serían capaces de conseguir.

En otros lugares del Mediterráneo musulmán, el péndulo político se inclinaba del lado de los poderes cristianos. Tras la implosión, provocada por las guerras intestinas, del califato de Córdoba en el año 1031, la España musulmana, Al-Ándalus, estaba gobernada por reyes llamados *taifa,* o «clan», competidores entre sí y en continua lucha. Su debilidad y su desunión permitió a los gobernantes cristianos del norte del Ebro aprovecharse de las lucrativas ofertas económicas y de las propuestas de alianza para extender su poder hacia el sur, un proceso conducido por el beneficio económico, no por la religión, pero al que más tarde se elogiaría con el nombre de «Reconquista», una referencia ampliamente propagandística a la conquista árabe del siglo VIII. A finales del siglo xi, cinco pequeños estados cristianos habían asumido identidades políticas distintivas:

Cataluña, Aragón, Navarra, León y Castilla. A estos se unió, en la década de 1140, la creación de Portugal tras las conquistas entre los ríos Duero y Tajo a lo largo de la costa del Atlántico. A pesar de un contraataque musulmán dirigido por los almorávides (c. 1086-1139), una secta fundamentalista musulmana norteafricana, estos principados cristianos supieron aprovechar el debilitado sistema político de sus vecinos musulmanes indígenas para establecer un dominio duradero sobre la mitad norte de la península, que constituiría la base de las grandes conquistas del siglo XIII.

Al otro lado del Mediterráneo occidental, entre los años 1060 y 1091, la isla de Sicilia, un antiguo territorio bizantino en poder de los musulmanes desde finales del siglo ix, había sido conquistada por nobles franceses de origen normando cuya presencia en la región ejemplificaba la fluidez de la alta política, donde la habilidad en la batalla y un ejército privado podían propulsar a los guerreros ambiciosos, tanto en Europa occidental como en Oriente Próximo, a una posición de prestigio y de renombre insospechados. El colapso de un reino de Italia postcarolingio independiente en el siglo x había abierto el norte de la península a las invasiones germánicas y a la declaración de independencia cívica de las ciudades comerciales y manufactureras y de los centros comerciales del valle del Po (Milán y Venecia), Liguria (Génova) y Toscana (Florencia y Pisa). En el sur, la hegemonía bizantina sobre Apulia y Calabria mantenía una incómoda relación de vecindad con las belicosas dinastías locales en Capua, Salemo y Benevento, proporcionando muchas oportunidades a los soldados profesionales contratados. Los que obtuvieron mayores éxitos militares y políticos procedían de Normandía, un ducado del norte de Francia con excedente de hombres armados y escasez de tierras, de patrocinios y de oportunidades de promoción. Los normandos, atraídos tal vez por una ruta familiar de peregrinación, y sin duda por las posibilidades de beneficios y de mejorar su posición, empezaron a hacer sentir su presencia en la política del sur de Italia a partir de los años posteriores a 1020. En la década de 1030, un contingente había obtenido el control permanente sobre Aversa, entre Nápoles y Capua. Al cabo de treinta años, los señores de la guerra normandos dominaban la zona. Después que el papa León IX intentara expulsarlos, un intento desastroso de aplicar las teorías pontificias acerca de la jurisdicción temporal que

acabó en una derrota aplastante del papa en Civitate en el año 1053, los señores normandos adquirieron títulos y respetabilidad mientras que el papado reformista buscaba protectores. En el año 1059 el papa Nicolás II (1059-1061) le reconoció a Ricardo de Aversa el título de príncipe de Capua y a Roberto Guiscardo el de posible gobernante de las ciudades bizantinas de Calabria y Apuña, y de la Sicilia musulmana. A fin de consolidar este honor, cuando el hermano de Roberto Guiscardo, Roger, inició la conquista de Sicilia en el año 1060, el papa le concedió a su expedición la enseña pontificia.

Las vicisitudes de la dinastía de Roberto Guiscardo presagiaban las de muchos de aquellos últimos cruzados, ahora que a la familia del negocio de la guerra se le había conferido legitimidad religiosa y que obtenía grandes victorias. Guiscardo había conquistado Calabria en el año 1060, y Apulia en el 1071, al rendirse la última guarnición bizantina de Bari. A pesar del fracaso de Guiscardo en la década de 1080 en la construcción de un principado al oeste de los Balcanes para su hijo mayor Bohemundo, no dejaba de ser una hazaña que el hijo menor de un aristócrata normando de baja categoría, Tancredo de Hauteville, muriera en 1085 siendo gobernante del sur de Italia y árbitro del destino del Vicario de San Pedro. La conquista de Sicilia por el hermano de Guiscardo, Roger (muerto en 1101) ofreció a las empresas políticas normando-italianas nuevas perspectivas de beneficios y un centro de operaciones. Una vez que se consiguió al fin subyugar a Sicilia, después de tres amargadas décadas de luchas, la isla demostró ser mucho más rica que las posesiones familiares en el continente. Durante el mandato del hijo de Roger, Roger II, se unificaron las dos partes de la herencia de los Hauteville, ante la ansiedad de los papas y de los emperadores oriental y occidental. En el año 1130, en agradecimiento por el apoyo brindado, el antipapa Anacleto II coronaba a Roger II rey de Sicilia, Calabria y Apulia, y reconocía su señoría sobre Capua, Nápoles y Benevento, títulos que Roger había mantenido al obligar a Inocencio III, el papa legítimo a quien había vencido y capturado, a reconocerlos en el año 1139. Los territorios combinados del reino de Sicilia dieron lugar a una de las potencias más ricas, más dinámicas cultural y políticamente, más ambiciosas y más problemáticas del Mediterráneo del siglo XII. En comparación, el enclave nor-

mando-italiano fundado por sus primos Bohemundo y Tancredo en Antioquía en el año 1098 apenas igualaba el régimen fastuoso de Roger, el cual, en su momento de mayor auge, intentó emular a Bizancio, rivalizar con el imperio e incluso sustituirlo. Este oportunismo emprendedor proporcionó el contexto vital para las primeras cruzadas. Tal vez no sea ninguna coincidencia que Alejo I decidiera invitar a Occidente a enviar ayuda militar poco tiempo después del fin de la conquista de Sicilia cuando, al menos en la mente del astuto emperador griego, estaría disponible una gran reserva de soldados, muchos de los cuales tal vez se sintieran decepcionados por el acuerdo territorial de Sicilia y deseosos de nuevas oportunidades de hacer fortuna y de salvar su alma.

En muchos aspectos, el ascenso de los Hauteville constituyó una experiencia típica de la Francia del siglo xi. La desintegración del imperio carolingio a finales del siglo ix no se limitó a dividir de forma permanente las entidades políticas de las que se componía en Francia oriental (básicamente Alemania desde Lorena hasta el Elba), Italia y Francia occidental (entre el Rin y las marcas pirenaicas del sur). El caos de la guerra civil, las invasiones de los vikingos desde el norte, y los piratas árabes en el sur también dieron lugar a que el poder civil efectivo en el interior de Francia occidental se transfiriera a los agentes reales locales, los condes, que ejercían autoridad militar, fiscal y judicial en calidad de virreyes. A finales del siglo x el reino de Francia seguía siendo una estructura legal e ideológica, pero sus reyes ejercían un escaso poder genuino fuera de sus propios territorios familiares. Los principales centros políticos eran los grandes condados gobernados como principados autónomos por las familias condales que rápidamente adquirieron su propio linaje elevado, y a menudo ficticio, de modo que correspondiera a la posición que ocupaban en la práctica. Los condados más importantes, algunos de los cuales se elevarían a sí mismos hasta la condición de ducados, eran Flandes, Champaña, Normandía, Bretaña, Borgoña, Blois-Chartres, Anjou, París (es decir île-de-France), Poitou-Aquitania, que adquirió el ducado de Gasconia, Toulouse y Barcelona, que sería atraído a la órbita francesa en virtud de las oportunidades y éxitos de sus vecinos ibéricos. Junto a estos, surgieron numerosos condados menores, algunos, vasallos de los grandes señores, y otros, autónomos.

A este mosaico político se sumaban los amplios contrastes geográficos, económicos, lingüísticos y étnicos. Bretaña seguía siendo una región celta; los vascos le habían dado su nombre a Gasconia. En otros lugares, la división lingüística más importante se daba entre aquellos del norte que hablaban la *langue d'oil* (cuyo nombre se debe a la manera de decir «sí», *oil*) y los hablantes de *langue d'oc* en el sur; la línea divisoria iba de este a oeste pasando muy al norte del moderno Midi. Estos contrastes lingüísticos reflejaban diferentes historias, costumbres y leyes. El sur mantenía la tradición de las leyes escritas y de urbanización limitada que correspondía al clima mediterráneo. El resto del país carecía de uniformidad de reglas acerca de tenencia de tierras, sistemas judiciales, pesos, medidas o moneda. No obstante, y aunque con frecuencia el reino solo lo fuera de nombre, en el año 987, los grandes magnates del norte de Francia, tal vez inducidos por los intereses pro germánicos, decidieron cambiar la dinastía real, los debilitados restos de los carolingios, por la familia de los condes de París, en la figura de Hugo Capeto (987-996), cuyos descendientes se conocieron con el nombre de Capetos. La exclusión del pretendiente carolingio convenía a los alemanes, cuyos reyes provenían ahora de una dinastía sajona relativamente advenediza. Una vez instaurados en el trono, los capetos emprendieron la tarea de asegurar su posición en la monarquía reduciendo los elementos electivos de la corona francesa, sobre todo mediante esfuerzos sistemáticos y determinados, y que obtuvieron un extraordinario éxito, de garantizar que cada uno de los reyes capetos dejara un hijo que le sucediera. (Luis VII tuvo que esperar a tener más de cuarenta años y una tercera mujer antes de tener un hijo.) Este excepcional triunfo genético, que vio a los hijos suceder a sus padres en una línea ininterrumpida desde el año 987 hasta el año 1316, transformó la naturaleza de la monarquía francesa, aunque esta transformación tomara tiempo.

Tres factores contribuyeron a satisfacer las ambiciones de los capetos. Sus posesiones familiares, centradas en île-de-France, se encontraban entre las más ricas de Europa occidental y se extendían a lo largo de las principales rutas comerciales: los sistemas fluviales del Sena, del Mame, y del Loira que enlazaban hacia el este con el Rin, el Meuse y los Países Bajos, hacia el oeste con el océano Atlántico, hacia el norte con el Canal de la Mancha y hacia el Sur

con el corredor Saona-Ródano y el Mediterráneo. La iglesia prestó apoyo ideológico y ayuda material a los capetos. El rey se había erigido en protector de los ricos monasterios y controlaba los nombramientos en los obispados y arzobispados más importantes fuera de sus propiedades. La ventaja última de los capetos residía en el papel de la propia realeza. A pesar de que pocos de los grandes príncipes de Francia se molestaron en rendir homenaje y jurar lealtad al rey (algunos condes de Anjou estuvieron encantados de hacerlo), la posición del monarca legitimaba los cargos de los condes. Por débil que fuera, se necesitaba un rey, necesidad que se hizo manifiesta en los acontecimientos del año 987. Cuando el país se veía amenazado por una invasión, hecho muy infrecuente, aunque algo que ocurrió en el año 1124, los condes se unían alrededor de la corona. La capacidad del rey, como el señor legal de todos, de interferir en los asuntos de cualquier condado del reino era innegable, pero solo podía ser reforzada en circunstancias políticas que no se dieron con regularidad hasta finales del siglo XII.

Por otra parte, la cohesión política de Francia quedó socavada por otros tres hechos de la vida política. Las esferas de la vida económica, pública y privada de la gran mayoría de los franceses operaban más allá del alcance o de la necesidad de la influencia real o del poder, una cuestión de geografía, comunicaciones y de carencia de instituciones nacionales. La búsqueda cada vez más local de protección y de arbitraje reflejó y acentuó esta situación en los años anteriores y posteriores al cambio de milenio. Se llegó incluso a desafiar e ignorar autoridad de los condes mientras bandoleros locales y ladrones se apropiaban de tierras, mercados, iglesias, monasterios y soldados para imponer un orden rudimentario en localidades a menudo centradas alrededor de la construcción de castillos. Si bien esta transferencia de poder ha sido entendida por muchos como el indicador del colapso del orden social y de su sustitución por la anarquía, las redes que conectaban estos pequeños señoríos con los condes regionales, arzobispos y monasterios locales sugieren la existencia de una estructura, aunque en algunos lugares fuera un tanto indisciplinada. El período de esta supuesta anarquía fue acompañado, tal vez no fuera una coincidencia, de la aparición de una nueva fortaleza de algunas dinastías condales activas en Normandía, Anjou, Flandes, Blois, y Champaña. Aun así, en los valles más

alejados de París dominados por un castillo y un señor local asistido por una banda de matones (más tarde conocidos como caballeros), el poder real y el sentimiento nacional se reservaban para los cuentos y romances de un pasado carolingio glamouroso, y no para la vida diaria.

El tercer impedimento a la autoridad real francesa se halla en el difuso concepto legal de soberanía, que tendía a ser explicado y concebido en términos personales y no institucionales. Por consiguiente, un terrateniente, caballero, señor o conde podía tomar como su señor a cualquiera de cuyas tierras se ocupara, lo que condujo a un imbricado juego de cunitas de señoríos solapados. Con el tiempo, las fuerzas centrípetas legales y políticas pudieron transformar este sistema fluido a beneficio del rey, pero no hasta el siglo xiii. Este sistema personal de señoríos también ignoraba las fronteras de los reinos. El conde de Flandes poseía tierras desde Artois hasta el río Scheldt; en aquellas que se encontraban en el reino de Francia, el conde era vasallo del rey de Francia; en las del interior del imperio, el señor del conde era el emperador. Dos amos, un conde; un conde, dos conjuntos de vasallos con lealtades técnicas totalmente diferentes, el rey de Francia o Alemania; un campo de minas político y legal. Visto desde el París de los Capetos, el señorío más peligroso en potencia de estos señoríos personales internacionales hacía referencia al de los reyes de Inglaterra. En el año 1066, el duque de Normandía Guillermo el Bastardo invadió Inglaterra y se instaló en el trono inglés. En consecuencia, a partir de 1066, salvo breves interrupciones (1087-1096, 1100-1106, y 1138-1154), el duque o el regente de Normandía era también el rey de Inglaterra. Fruto de las herencias dinásticas y de una victoria política y militar tras una larga guerra civil inglesa, en el año 1154 la situación se complicó todavía más cuando Enrique, conde de Anjou, duque de Normandía por herencia de su madre y duque de Aquitania por matrimonio, ascendió al trono de Inglaterra. Enrique II, el primero de los monarcas ingleses de la casa de Anjou (es decir, Anjou constituía su patrimonio), poseía más territorios franceses que su supuesto señor soberano francés, Luis VII: Normandía, Maine, Anjou, Turena, Bretaña, Poitou, el ducado de Aquitania, el Lemosín, Gasconia Y Partes de la Auvemia, además de reivindicaciones insatisfechas sobre zonas del Languedoc. Estas posesiones francesas fueron

transmitidas más o menos intactas a su hijo Ricardo I, hecho que hizo que las relaciones con su compañero en la Tercera Cruzada (1190-1191), Felipe II de Francia, resultaran, cuando menos, un tanto delicadas. Los capetos pudieron reafirmar su soberanía sobre todo su reino tan solo después que Felipe II conquistara todos los territorios angevinos al norte del Loira entre los años 1202 y 1204, arrebatándoselas a Juan.

Ni los angevinos ni tampoco sus predecesores normandos en el trono de Inglaterra eran en ningún sentido ingleses. Constituye un grave error imaginar que las tierras que poseían en Francia eran tierras inglesas. Eran la herencia dinástica personal de los soberanos. En este sentido, tipificaban una Europa donde ni existían Estados-nación en el sentido en el que se entiende este concepto en la moderna Europa, aunque cultivaran un sentido compartido de identidad nacional, una característica de todos los reinos que surgieron a lo largo y ancho de Europa después del siglo x. La historia de Francia, Alemania, Italia y España, y también las de todas las regiones analizadas en esta obra, incluyendo el Oriente Próximo durante este período, subrayan que la organización política posterior de Europa o de Asia occidental no era inevitable; fronteras, tradiciones y nacionalidades eran mutables, incluso accidentales, e, indudablemente, no innatas.

Lo anterior era aplicable incluso al estado más centralizado de Europa occidental, el reino de los ingleses. Formado en el siglo x a partir de las conquistas de los reyes de Wessex de los territorios vecinos del norte, Inglaterra desarrolló un sistema característico de gobierno en el cual la justicia pública, la moneda, mercados, impuestos y defensa descansaban en la autoridad real, lo mismo que el control de la iglesia. Funcionarios locales, una burocracia relativamente eficaz y sofisticada y un denso patrón de patrocinios de nobles y aristócratas mediaban la autoridad del rey. En la Europa cristiana, solo las técnicas e instituciones de gobierno de Bizancio habían alcanzado una forma más completa y complicada. Aun así, las fronteras del norte y del oeste de Inglaterra seguían siendo inseguras, el reino sufrió repetidas invasiones y, en el siglo xi, fue conquistado dos veces, por los daneses (1013-1016) y por los normandos (1066-1070). La propia eficacia del Gobierno inglés en la utilización de sus recursos económicos convertía a Inglaterra en un

objetivo atractivo; la centralización de las instituciones y del poder facilitaba el éxito de la conquista. Francia no podía ser conquistada en una sola batalla, pero con apenas algo de exageración, Inglaterra sí que podía serlo, lo que, aunque resulte paradójico, indicaba su fuerza y no su debilidad. La importancia que tuvo para Europa la conquista normanda se refleja en la reorientación de la política de Inglaterra, y por tanto de las islas Británicas, hacia el noroeste de Europa en lugar de hacia Escandinavia. El dinero inglés transfundió la economía del norte de Francia. Los hábitos continentales de observancia religiosa, los estilos de arte y arquitectura y las instituciones de enseñanza estaban ahora abiertas a Inglaterra y a los ingleses. En algunos casos, como en la imposición de las maneras de hacer extranjeras sobre un pueblo conquistado reticente y lejos de ser culturalmente inferior, la confrontación resultó dolorosa. En otros casos, el contacto resultaba igual de beneficioso que los milenios de intercambios comerciales pacíficos a través del Canal de la Mancha. Junto a la lana inglesa que alimentaba las factorías de Flandes y los eruditos ingleses que asistían a las nuevas universidades continentales, especialmente la de París, la facilidad de asimilación en la comunidad continental europea podía reconocerse en la participación entusiasta en las cruzadas, y la de los descendientes de sus conquistadores, de aquellos que se consideraban ingleses.

A pesar de sus sofisticadas instituciones de gobierno, el Estado inglés fue creado y mantenido por la fuerza de las armas. Tras 1066, Inglaterra fue invadida en 1088, 1101, 1139, 1153 y en 1216-1217; padeció guerras civiles que involucraban al rey inglés o al regente en 1087-1088, 1100-1106, 1123-1124, 1139-1153, 1173-1174, 1191 y en 1215-1217. Sin embargo, la guerra proporcionaba uno de los pilares del concepto de Estado, algo igualmente cierto en el caso de los reinos escandinavos que surgieron a finales del siglo x a partir de la política fragmentada de la era vikinga. Dinamarca recibió el cristianismo durante el reinado de Harald Blátand (950-986) y consolidó su identidad territorial y nacional mediante la conquista, tanto en el Báltico como al otro lado del Mar del Norte. Algo más tarde, a principios del siglo xi, Noruega siguió un modelo similar de conversión monárquica, de rivalidad con sus vecinos escandinavos y de conquistas extranjeras. En el año 1066, el último rey anglosajón de Inglaterra tuvo que derrotar al rey de Noruega antes de en-

frentarse al duque de Normandía. A partir del siglo XII, las cruzadas proporcionaron a los escandinavos la útil combinación de guerra legítima e ideología de supremacía y colonialismo que les permitiría expandir sus intereses hacia el este, los daneses hacia Estonia y los suecos hacia Finlandia.

En cada etapa y en cada rincón de la región afroeuroasiática analizada, la ubicuidad de la violencia organizada y de la guerra pública y privada ha sido ineludible. La guerra constituía el elemento de unión que articularía las instituciones políticas y reafirmaría la autoridad gubernamental sobre las regiones, configurando además el eje central de las disputas civiles e internacionales. Facilitaba asimismo una ocupación a los nobles, a los aristócratas y a una más amplia población rural y urbana: el servicio militar a los que tenían ambiciones de ascender, los físicamente capacitados o los que no tenían ningún otro empleo, o un compromiso no combatiente con las grandes redes sociales, económicas y comerciales necesarias para sostener a los ejércitos de cualquier tamaño. Uno de los personajes más característicos de toda la región consistía en el guerrero ejerciendo su oficio: mercenarios mamelucos o kurdos que mantenían los regímenes del Oriente Próximo, flamencos u otros mercenarios que apoyaban a los reyes y a sus rivales en el norte de Europa o guardias varegos, emigrados noreuropeos al servicio del emperador bizantino. Algunos de los guerreros profesionales obtuvieron un gran éxito. El antiguo varego Harald Hardrada (muerto en 1066) ascendió al trono de Noruega; el saqueador normando Roberto Guiscardo (muerto en 1085) se convirtió en el monarca del sur de Italia; su sobrino-nieto Tancredo (muerto en 1112) se alzó desde una nobleza sin tierra a la posición de príncipe de Antioquía; el exiliado Rodrigo Díaz, el Cid, de Castilla (muerto en 1099), alquiló su espada y sus soldados al mejor postor de ambos bandos en el conflicto cristiano-musulmán antes de tomar Valencia y gobernarla él mismo; tras fracasar en las carreras de clérigo y de noble anglonormando, Balduino de Boulogne (muerto en 1118) utilizó sus habilidades de militar y de general para instalarse como soberano de Edesa en la región de Jazira más allá del Éufrates antes de asumir la corona de Jerusalén; y el mercenario kurdo capitán Yusuf Ibn Ayyub (muerto en 1193) se convirtió en sultán en Oriente Próximo: se le conoce mejor bajo el nombre de Saladino.

El perfil cultural de estos hombres nos indica la creciente importancia que adquirieron. En el siglo **XII,** en toda Europa, los señores, incluso los reyes se empezaron a caracterizar a sí mismos en sus sellos personales como guerreros a caballo, caballeros, que ya no representaban la imagen de un mero militar, sino un estatus social. La imagen en cera, en pintura, escultura, vitrales, poesía y efigies funerarias del caballero armado se convirtió en la representación icónica establecida de la aristocracia militar gobernante. En Bizancio los artistas y eulogistas no se limitaron a enfatizaron las cualidades marciales de Alejo I, sino que, además, mucha de la atención y de la admiración estaba dirigida a las características guerreras de los mercenarios contratados, turcos, eslavos y europeos occidentales, de los que dependía el imperio. En Oriente Próximo, la propaganda política alcanzó a la realidad política. No constituye una sorpresa que un sistema político que dependía de la contratación de ejércitos privados reavivara la teoría de la guerra santa, *jihad,* a la que cualquier líder ambicioso debía aspirar. Una sucesión de monarcas advenedizos y ambiciosos, que culminaron en Saladino, aunque este no fuera el último, se atribuyeron honores de *mujahid,* guerrero santo.

Una razón obviamente práctica sustentaba este respeto por el hombre guerrero. El luchador a caballo bien entrenado, incluso en pequeños grupos, podía dominar cualquier campo de batalla y solía aportar un resultado decisivo en un lapso de tiempo relativamente modesto con relación a las masas lentas y estáticas de infantería pobremente armada del ejército enemigo. En Oriente Próximo, las armaduras de estos jinetes eran ligeras, la envergadura de sus caballos, pequeña, y utilizaban el arco corto como su arma ofensiva principal. Sus métodos consistían en el ataque rápido, finta y emboscada. En Occidente, los arqueros solían pertenecer a la infantería y, a pesar de resultar útiles en los asedios y en el control del ritmo de un campo de batalla, hasta el desarrollo del gran arco largo no pudieron erigirse en los árbitros de la victoria o derrota. El caballero armado occidental era el tanque de la época, maniobrable e impermeable a la mayor parte de la potencia de fuego de la que disponía la infantería enemiga. Las flechas de los arcos cortos solían clavarse de forma irritante pero inofensiva en las cotas de mallas que vestían sobre el prepunte o jubón de cuero, de modo que durante las largas luchas, los caballeros daban la imagen de un gigantes-

co puerco espín. Muchos de los famosos caballeros que sufrieron heridas de flechas, lo fueron al alcanzar la flecha las partes expuestas y desprotegidas de su anatomía, como los ojos, o más a menudo el cogote, cuando el calor obligaba al caballero armado a soltarse el almófar de cota de malla que le protegía el cuello. Tras la introducción de las armaduras de placas de acero, las flechas, incluso las de los posteriores arcos largos, *long bow,* solían rebotar en las superficies frontales moldeadas con gran minuciosidad. Si los golpes directos de lanzas y jabalinas suponían una amenaza, la mejor cota de malla y la armadura de placas resultaban de una extraordinaria eficacia para desviar los ataques de una espada. El uso primordial de espadas, lanzas y mazas contra los caballeros armados tenía por objeto desmontarlos; sin la ventaja de la altura y del caballo el guerrero de armadura se hacía vulnerable.

Los caballeros, gracias a la genética, el entrenamiento y la dieta tenían la tendencia a ser más corpulentos que los soldados de infantería. Cabalgando sobre grandes caballos especialmente entrenados, cuya raza se iba mejorando, protegidos por su armadura y blandiendo pesadas lanzas, mazas o espadas, unos pocos caballeros podían resistir los ataques de grandes cantidades de soldados de infantería. Los reiterados relatos de victorias o escapatorias en apariencia milagrosas de grupos de caballeros a quienes los enemigos superaban en número, aunque tal vez algo exagerados, contenían una cierta dosis de verdad. Las pérdidas de caballeros en combate eran modestas, salvo en las matanzas que solían suceder a las batallas. En la carga masiva, con su lanza fija bajo la axila y sujeta sobre el antebrazo *(lance couche*) o armados de espada y maza, los caballeros medievales constituían un arma muy poderosa, cuya efectividad dependía del uso de filas protectoras de infantería, que por una parte se enzarzaba con el enemigo de modo que le imposibilitaba su retirada, huida o, como ocurría al enfrentarse a los ejércitos orientales, las fintas y la fuerte disciplina en el campo de batalla, y por la otra impedía un ataque precipitado o poco sistemático. La cantidad de soldados que participaban en las batallas variaba mucho. En los siglos XI y XII, diez mil soldados constituían un ejército muy grande y difícil de manejar por largos períodos, por razones logísticas evidentes. Las fuentes mencionan ejércitos mucho mayores, sobre todo en las campañas cruzadas, pero dependían de

las posibilidades de abastecimiento o, en el caso de la invasión de Inglaterra en el año 1066 o en el de las cruzadas de finales del siglo xii, de la riqueza de las arcas de la administración de los monarcas, para transportar a decenas de miles de hombres por vía marítima. Muchas batallas e incursiones militares constituían empresas mucho más pequeñas, consistentes en unos pocos centenares de hombres, incluso varias decenas. Algunas batallas las libraban apenas alrededor de una docena de caballeros. La naturaleza de la guerra medieval excluía los grandes ejércitos de la era clásica, las levas masivas nacionales del siglo XVIII o la conscripción industrializada de los tiempos modernos.

El coste de los guerreros occidentales y orientales, hombres y caballos era elevado. En Europa y en Asia occidental eran habituales los pagos en moneda a cambio de luchar en las campañas militares, además de las recompensas a largo plazo, tierra, títulos, privilegios sociales y el estatus subsiguiente, algo aplicable incluso a los mamelucos, quienes, aunque técnicamente esclavos, acabaron gobernando Egipto durante 250 años. La guerra no incluía solo batallas campales. En realidad, la mayoría de los generales preferían evitar este tipo de encuentros arriesgados y costosos, y favorecían las escaramuzas y el saqueo, gracias a los cuales solían conseguir objetivos políticos o económicos en general limitados. Las carnicerías en la mayoría de las guerras internas, donde los combatientes procedían de los mismos entornos culturales y regionales, o que incluso se conocían bien los unos a los otros, tendían a ser limitadas, a diferencia de los conflictos que involucraban a extranjeros, por ejemplo los invasores foráneos vikingos o los cruzados. Al carecer de sistemas efectivos de arbitraje legal y social, y aún más de legislación internacional, la guerra era endémica y solo de forma marginal los valores guerreros compartidos, más tarde llamados caballerosidad en Occidente, pero igualmente reconocidos en esencia en el mundo musulmán, mitigaban sus efectos. Las principales víctimas de la guerra eran los no combatientes, atrapados en la guerra y en las zonas de abastecimiento, y los soldados de infantería, poco preparados y que en escasas ocasiones gozaban de una parte de la victoria (es decir, del botín), mientras que sufrían de forma indecible en la batalla. Los guerreros hábiles y bien entrenados se merecían su recompensa porque aumentaban las garantías y las posibilidades

de victoria en la mayoría de los estilos de la guerra: batalla, avituallamiento, marchas defensivas o forzadas y escaramuzas. Puesto que la guerra tan a menudo «era» la política y viceversa, y que los gobernantes de toda la región afroeuroasiática esperaban, y se esperaba de ellos que lo hicieran, salir de campaña militar cada año, su valor saltaba a la vista.

Sin embargo, en determinadas circunstancias, el guerrero a caballo resultaba ineficaz. Los asedios a ciudades o a castillos fortificados protegidos por murallas de piedra lo neutralizaban por completo. Aun así, los asedios desempeñaban un papel fundamental en el éxito de una guerra, para anexionarse el territorio y para forzar la rendición de un enemigo. En este caso contaban los números, y no la gallardía ecuestre. La guerra medieval dependía de la fuerza bruta, de los hombres y mujeres, caballos, bestias de carga y de tiro y carreteros. La fuerza bruta era el equivalente medieval de la moderna electricidad o el petróleo. De la misma forma, cuando los sitiadores se enfrentaban a la disyuntiva de, o bien morirse de hambre, o bien atacar y someter un castillo o una ciudad amurallada, el número de atacantes resultaba fundamental. Además de hombres, los asedios exigían madera para construir las catapultas gigantes y los ingenios sobre los que los atacantes podían escalar las murallas de la ciudad, o bajo los cuales podían socavarlas. Parece que la tecnología de la guerra de sitio se desarrolló mucho más en el Mediterráneo oriental, especialmente tal vez en Bizancio, donde abundaban los bosques y las ciudades. A pesar de las fugaces referencias que existen acerca de las grandes máquinas de asedio de madera en Europa occidental antes de la Primera Cruzada, no fue hasta esta expedición que los occidentales fueron expuestos a este tipo de maquinaria, y en poco tiempo aprendieron y dominaron su uso, posiblemente con ayuda de los griegos. La madera y la carpintería constituían asimismo un complemento esencial en el transporte naval. Los avances de los europeos occidentales en materia de construcción naval y en navegación alimentaban el vigor de Europa, donde las comunicaciones se realizaban a lo largo de las costas y por los ríos. La geografía distinta de Oriente Próximo, donde el poder político y la mayor parte del comercio interno se hallaban en tierras interiores y la madera escaseaba, les proporcionó a los atacantes occidentales después de 1095 su única ventaja militar clara.

Sin embargo, incluso donde su entrenamiento militar resultaba menos útil, el jinete armado de élite desempeñó un papel fundamental. En su posición de líderes sociales, aportaban dinero, estructuras de mando y conocimientos militares esporádicos. La coacción, la lealtad, los incentivos económicos y el idealismo reunían a los ejércitos medievales. El estamento de los caballeros abastecía habitualmente los tres primeros; en las cruzadas, también proveyó el cuarto.

I. LA PRIMERA CRUZADA

Capítulo 1

EL ORIGEN DE LA GUERRA SANTA CRISTIANA

El 12 de abril de 1096, Achard, joven señor del castillo de Montmerle, entregó un terreno al gran monasterio de Cluny, en la región de Borgoña, en garantía por los dos mil chelines lioneses y las cuatro mulas que le permitirían cumplir con su propósito de unirse al «viaje a Jerusalén, para luchar por Dios contra los paganos y los sarracenos». Se cuenta que cuatro meses después, los hermanos Godofredo y Guido realizaron un trato similar con la abadía de San Víctor, en Marsella, para alcanzar Jerusalén «por la gracia de la peregrinación y protegidos por Dios, para exterminar la maldad y la desenfrenada furia de los paganos, por quienes innumerables cristianos se han visto ya oprimidos, apresados y asesinados».[1] La experiencia de aquella campaña —que Achard pagó con su vida, cerca de Jaffa, en junio de 1099— convenció a sus compañeros de que ellos eran el ejército de Dios, que «luchaba por Cristo»; que sus muertos eran mártires; que su causa contaba con el respaldo en la batalla de los mismísimos santos celestiales, de Jorge, Demetrio y Blas, los «caballeros de Cristo»; y también los convenció de que su victoria estaba asegurada, porque «Dios lucha a través de nosotros». No hacían más que completar la tarea que Urbano II les había encomendado en su viaje de predicación a lo largo de 1095 y 1096, e* papa que en Clermont —según las palabras que dirigió a los flamencos en diciembre de 1095, tras oír que los turcos «en su exaltaron, habían invadido y saqueado los templos de Dios en el este» y «se habían apoderado de la Ciudad Santa»— «les había impuesto la

obligación de asumir una empresa militar de semejante naturaleza, para la remisión de todos sus pecados».[2]

Cincuenta años después, en un relato sobre la Segunda Cruzada, un sacerdote anglo-normando llamado Raúl expuso una teoría general sobre el homicidio justificado: «No es cruel quien asesina al cruel. Aquel que lleva a la muerte a los malvados es un siervo del Señor, porque ellos son malvados y hay razones para matarlos».[3] Por aquella época, esa nueva definición de la militancia cristiana no causó gran asombro. Algunos años antes, el abad de Claraval, Bernardo —que fuera hombre austero y de enorme influencia, una especie de defensor unipersonal de la moral en Europa, además de uno de los instigadores de la Segunda Cruzada (1146-1148)—, aprobó públicamente la unión del Ejército de Dios y el Ejército Terrenal, por la cual se creó la orden militar de los Caballeros Templarios:

> El caballero que ciñe con una coraza de fe su alma, del mismo modo que ciñe con una coraza de acero su cuerpo, es intrépido de corazón y está a salvo de todo ... así protegidos, id adelante, caballeros, y sin que vuestras almas caigan en el desánimo, ahuyentad a los enemigos de la Cruz de Cristo.[4]

Bernardo, en sus discursos de reclutamiento y en las cartas de instigación a la Segunda Cruzada, durante los años 1146 y 1147, demostró un profundo conocimiento del Nuevo Testamento, y no menos de las cartas de san Pablo. Sin embargo, aunque es cierto que el apóstol abundaba en metáforas marciales, su mensaje era absolutamente contrario al del abad de Claraval:

> Vestios de toda la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo, que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires. Tomad, pues, la armadura de Dios para que podáis resistir en el día malo, y, vencido todo, os mantengáis firmes. Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. Embrazad en todo momento el escudo de la fe, con que podáis hacer inútiles los encendidos dardos del maligno. Tomad el

> yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (...) (Efesios, VI, 11-17)

O, de un modo más sucinto: «El que milita, para complacer al que le alistó como soldado, no se embaraza con los negocios de la vida» (II Epístola a Timoteo, n, 4) y «pues aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son camales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas» (II Epístola a los Corintios, x, 3-4).

Esto nos da una idea de la magnitud del pragmatismo, la complejidad (que algunos tildarían de sofistería) y la absoluta ingenuidad intelectual de los sucesores de san Pablo, a lo largo del milenio siguiente, al exponer como doctrina de los Evangelios una convicción según la cual existía de verdad una ideología de la guerra santa cristiana.

LA GUERRA, LA BIBLIA Y LA TEORÍA CLÁSICA

Sobrados son los motivos que afaman el juicio moderno más rotundo sobre las cruzadas. Al final de lo que se ha descrito como la última gran crónica medieval, la *Historia de las cruzadas* en tres volúmenes (1951-1954),* Steven Runciman pronunció su fallo: «la guerra santa en sí misma no fue sino un prolongado acto de intolerancia en el nombre de Dios, lo cual constituye pecado contra el Espíritu Santo».[5] Pero la intolerancia de los enemigos de Dios cuenta con una larga historia en la tradición judeo-cristiana. A lo largo de buena parte de los últimos dos milenios, se han conocido estudiosos y propagandistas religiosos —que a menudo constituían una mayoría— que hubieran discrepado de sir Steven, igual que han surgido también otros tantos más afines a él. Lo que ahora puede parecer a muchos cristianos —y quizá a la mayoría de los no cristianos— una paradoja irreconciliable entre la guerra santa y las doctrinas de paz y perdón proclamadas en el Padrenuestro, el Sermón de la Montaña

Hay traducción castellana de Germán Bleiberg en Alianza Editorial, **Madrid,** 1999, 3 vols.

y otros tantos pasajes del evangelio, no siempre ha sido tan obvio ni se ha reconocido así. Tal fue, en verdad, el caso en los círculos más exquisitos de los que se rodeaba Urbano II en las postrimerías del siglo XI.

Tal como había ido evolucionando desde los comienzos de su segundo milenio en la Cristiandad occidental, el cristianismo representaba solo de forma indirecta una fe basada en los libros bíblicos. Los textos fundacionales del Nuevo y el Antiguo Testamento habían sido transmitidos incluso a los más cultos bajo un prisma: el de los comentarios realizados por los que se conoce como Padres de la iglesia, teólogos como Orígenes de Alejandría, Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona y el papa Gregorio I, quienes entre los siglos III y VI asumieron la tarea —sumamente delicada, en numerosas ocasiones— de traducir ciertos apotegmas inadecuados, oscuros, incompletos, contradictorios o idealistas, para convertirlos en sistemas de pensamiento y acción inteligibles y satisfactorios, dentro del contexto de las instituciones de una religión activa, una iglesia temporal y las vidas cotidianas de los creyentes. Las bienaventuranzas tenían que reconciliarse con la civilización de los hombres, sobre todo con el mundo grecorromano o, dicho de un modo más crudo, con los hábitos instaurados en torno al Sermón de la Montaña. Siendo como eran grandes expertos y conocedores de las más elevadas enseñanzas clásicas, los Padres de la iglesia cumplieron bastante bien con su cometido. Más allá de sus majestuosos ejercicios de inteligencia, que llegaban incluso a manipular la redacción de algunos textos bíblicos inconvenientes, las Escrituras atrajeron la incorporación de apócrifos y generaron una gran cantidad de textos hagiográficos de imitación, que muchas veces venían respaldados por leyendas en tomo a las reliquias de personajes bíblicos o acontecimientos de especial relevancia. La experiencia de la iglesia a lo largo de los siglos le procuró un corpus legislativo, una tradición, una historia, unas leyendas y unos santos propios, que no reflejaban ni el idealismo ni el conocimiento del siglo I d. de C.

Las enseñanzas eclesiásticas con respecto a la guerra empezaron a reflejar muy pronto este proceso de interpretación y exégesis. En la parte negativa, los famosos textos sobre la caridad del Nuevo Testamento, que rogaban por el pacifismo y el perdón y rechazaban las represalias, quedaron asignados con toda firmeza al ámbito per-

sonal de los creyentes, al comportamiento individual de los cristianos. Juan Bautista aconsejó a los soldados que permanecieran en el ejército y siguieran adelante con la guerra (Lucas, III, 14). Como ciudadanos que eran, Cristo les dijo a sus seguidores que pagaran los tributos al César, estableciendo una clara distinción entre las obligaciones políticas y las espirituales (Mateo, XXII, 21). San Pablo dejaba traslucir la misma dicotomía fundamental sobre la obediencia al exhortar a su discípulo Timoteo y su comunidad en Éfeso a que rogaran «por los emperadores y todos los constituidos en dignidad» (I Epístola a Timoteo, n, 2). Aquella distinción entre lo público y lo privado se veía reforzada por el mismísimo lenguaje bíblico. En la traducción latina que san Jerónimo hiciera de las Escrituras —terminada hacia 405 d. de C. y más conocida como Vulgata, la que luego pasó a ser el texto oficial de la Biblia en el Occidente medieval—, la palabra que designa al «enemigo» en el Nuevo Testamento es, de forma invariable, *inimicus,* lo cual supone un tipo de enemistad personal. El término latino empleado para referirse a un enemigo público, *hostis,* no aparece en el Nuevo Testamento. A partir de aquí se podría sostener que no existía una contradicción intrínseca con una doctrina del perdón personal, individual, que aprobaba ciertas formas de violencia pública, necesarias para mantener una seguridad en la que, según las palabras de san Pablo, los cristianos podrían gozar «de vida tranquila y quieta con toda piedad y honestidad» (I Epístola a Timoteo, n, 2).

Por más que según la teoría, el pacifismo personal, en un mundo perfecto, vendría a traducirse en un pacifismo político, sin embargo la corriente principal de las enseñanzas cristianas daba por sentado el pecado original y la imperfección tras la Caída. El Antiguo Testamento ha legado historias de guerras legítimas con las que Dios estaba de acuerdo, desde los israelíes, Josué y el rey David hasta Judas Macabeo. A diferencia de los cristianos modernos, libres de las creencias fundamentalistas de la Biblia, la iglesia medieval concedía un lugar de considerable importancia al Antiguo Testamento por su aparente historicismo, sus relatos morales, sus profecías y su prefiguración del Nuevo Testamento. Las historias de a Biblia funcionaban en varios niveles (los exegetas medievales llegaron a distinguir hasta cuatro), entre los que se contaban la verdad ñeral y la divina. En el Antiguo Testamento, el Pueblo Escogido de

los israelíes libró batallas por su fe, siguiendo la guía y la protección de su Dios. Moisés recibió de Dios la orden de reclutar a los hijos de Leví, que sacrificarían a los adoradores del Becerro de Oro (Éxodo, XXXII, 26-28). Dios ordenó a Saúl la aniquilación de los amalecitas, «hombres, mujeres y niños, aun los de pecho» (I Samuel, xv, 3). Los héroes guerreros adornaban el paisaje de las escrituras: Josué, Gedeón, David. En los libros de los Macabeos, en memoria de las batallas de los judíos contra los seléucidas griegos y sus aliados judíos en el siglo II d. de C., las matanzas y las mutilaciones reciben elogios en cuanto obra de Dios llevada a cabo por la mano de sus seguidores, que se presentan ante sus enemigos con himnos, oraciones y las armas benditas. «Y mientras luchaban con sus manos, oraban en su corazón a Dios; y así, magníficamente fortalecidos por una aparición de Dios, echaron por tierra no menos de treinta y cinco mil hombres. Terminada la lucha y entregados a la alegría, hallaron que, revestido de sus armas, estaba Nicanor entre los muertos.» (II Libro de los Macabeos, xv, 27-28.) El Antiguo Testamento cuenta con numerosos pasajes, sobre todo aquellos en los que aparece Jerusalén, que podrían interpretarse como susceptibles de presentar un *casus belli*: «Oh Dios, han invadido las gentes tu heredad, han profanado tu santo templo y han reducido a Jerusalén a un montón de escombros» (Salmo 79, 1).

Incluso en el Nuevo Testamento, el Apocalipsis descrito en la revelación de san Juan está plagado de violencia, como parte del cumplimiento del Juicio Final:

> Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que le montaba es llamado Fiel, Verídico, y con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como llama de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas y tiene un nombre escrito que no conoce sino él mismo, y viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre Verbo de Dios. Le siguen los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco, puro. De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro y Él pisa el lagar del vino del furor de la cólera del Dios todopoderoso. (La batalla de Armagedón, Apoc., XIX, 11-15)

Este tipo de imaginería y de lenguaje, así como la historia marcial del Pueblo Escogido bíblico, contenida en el Antiguo Testa-

mentó, alimentaba directamente la visión e interpretación del mundo de los cruzados, presentándose como un copioso filón para los predicadores y cronistas. Aunque en las cartas que han llegado hasta nosotros de los primeros cruzados se lee tan solo una referencia al Apocalipsis, sin embargo esta clase de alusiones abundaba entre los comentaristas. En un famoso pasaje, Raimundo de Aguilers, capellán de Raimundo IV, conde de Tolosa —uno de los jefes de la Primera Cruzada, que fue testigo de la caída de Jerusalén en 1099— describió la masacre desencadenada a continuación en el Templo de la Montaña: «basta decir que en el Templo de Salomón y en el pórtico, los cruzados rodaban bañados en sangre hasta las rodillas y las bridas de sus caballos».[6] Fueran cuales fuesen las atrocidades cometidas en aquel día, Raimundo estaba citando el libro del Apocalipsis, XIV, 20: «Y fue pisada la uva fuera de la ciudad, y salió la sangre de la cuba hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios». Se requeriría un gran esfuerzo de nuestra parte si quisiéramos exagerar la dependencia que los contemporáneos de Raimundo experimentaban con respecto a las Escrituras para la imaginería y su lenguaje. Muchos vieron en la guerra santa de Urbano II el cumplimiento de la profecía bíblica o una imitación y renovación de las letras sagradas. En el mismo momento en que la corte pontificia del siglo xi, reformada ya, proclamó en voz alta su adhesión a los famosos pasajes del Nuevo Testamento, atribuidos a san Pedro, en los que Cristo entregaba Su iglesia precisamente a san Pedro, justo entonces la guerra santa fue vista y, posiblemente, concebida para girar en torno a las enseñanzas de Mateo, XVI, 24: «Entonces dijo Jesús a sus discípulos: el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame». Este era el pasaje referido en el acuerdo entre la abadía germana de Góttweig (zona sudeste de Germania) y Wolkfer de Kuffem, quien había decidido unirse a la marcha hacia Jerusalén, en 1096, porque «quería cumplir el mandato del Evangelio, “el que quiera venir en pos de mf”».[7]

Este proceso —transformar el conflicto espiritual descrito por san Pablo en una doctrina de la batalla e invertir la costumbre de pasar por alto las interminables guerras de los israelíes como modelos [1] erales que imitar por los cristianos en su comportamiento— no apareció de pronto. Hasta que el Estado romano adoptó la religión cristiana, la guerra pública había sido rechazada por teólogos como

Orígenes de Alejandría, en el siglo III d. de C., quien insistía en que las guerras del Antiguo Testamento debían leerse como alegorías de las batallas espirituales del Nuevo Pacto. A partir de entonces, la Cristiandad debía llegar a un acuerdo con algo más que la exégesis bíblica. Cuando concibieron su justificación teórica provisional para la guerra en los siglos iv y v, los Padres de la iglesia incorporaron dos tradiciones distintas de guerra legítima: la grecorromana y la judía.

El filósofo griego del siglo iv a. de C., Aristóteles, acuñó la expresión «guerra justa» para describir las categorías de belicismo aceptable (*Política*, I, 8). La guerra representaba una forma natural de adquisición para el Estado, pero no debía suponer un fin en sí misma. Podía hacerse uso legítimo de ella en defensa propia, para evitar la esclavización del Estado; para conseguir un imperio que beneficiase a los habitantes del Estado conquistador; o para esclavizar a sujetos no helénicos que lo merecieran. La clave residía en la justicia de los fines para los cuales se había desplegado la batalla. En su *Política* (VII, 14), Aristóteles insiste en que «la guerra debe hacerse por mor de la paz». No existía ningún concepto de guerra religiosa *per se* ni de desaprobación religiosa de la lucha, en tanto que la religión pública se parecía a un culto cívico, de forma que las necesidades de un estado virtuoso eran, casi por definición, justas. Aun cuando Aristóteles deplora la actitud de los espartanos, que hacían la guerra por mor de la propia guerra, las guerras justas de los atenienses, en la práctica, satisficieron la tradición del genocidio que los vencedores cometen contra los derrotados. A los fines justos aristotélicos, el derecho romano añadió la causa justa: la *causa belli,* tal como dejó bien definida el historiador Tito Livio, basándose en las relaciones contractuales. A partir del término latino*pax* —derivado el verbo *pangere,* que significa celebrar un contrato—, se sostenía que la guerra estaba justificada en caso de que una de las partes fuera culpable de haber roto un acuerdo o haber cometido injusticia sobre el contrario. Como procedimiento legal, a ojos de los juristas como Cicerón, la guerra justa requería una declaración formal y unos propósitos de defensa, recuperación de bienes perdidos o castigo. El enemigo de una guerra justa pasaba a ser, ipso facto, culpable. Cicerón también habló de la necesidad de una conducta correcta, como la virtud o el coraje, cuando se desata una guerra

iusta. Las consecuencias prácticas de estas teorías confirieron un aura de justicia a todas las batallas que Roma libraba contra sus enernigos extranjeros, en especial contra los bárbaros, identificados como *hostes,* o enemigos públicos, que por ello pasaban a ser, automáticamente, blancos legítimos de una guerra justa.[8]

LA GUERRA JUSTA CRISTIANA

Cuando el cristianismo fue adoptado como religión oficial en el imperio romano, a principios del siglo iv, la guerra justa grecorromana se halló frente a la tradición judaica de las batallas libradas por la fe, que no habían sido decretadas tan solo por meros derechos temporales y mundanos, sino por otros de naturaleza divina. La conversión de Constantino y el reconocimiento final del cristianismo como religión oficial del imperio romano en 381 dio lugar a la aparición de una serie de principios limitados de la guerra justa cristiana, que, por ser fieles quienes combatían, podía considerarse guerra santa. La identificación del imperio romano con la iglesia de Dios permitió a los cristianos ver en el Estado secular a su protector, haciendo así que la *pax romana* se convirtiera en sinónimo de la paz cristiana. Para el Estado, a sus *hostes* temporales venían a sumarse los enemigos de la fe, los bárbaros paganos y, como peligro más inminente, los herejes de la religión en las tierras del imperio. Eu sebio de Cesárea, historiador de la conversión de Constantino, a principios del siglo iv, reconcilió el pacifismo tradicional de los cristianos con los nuevos deberes del ciudadano cristiano, señalando la diferencia entre el clero (libre del servicio militar) y los laicos (a los que, a la sazón, se quería animar a implicarse en las guerras justas del imperio cristiano). Como correspondía a un antiguo funcionario del imperio, Ambrosio de Milán (muerto en 397) consolidó esta simbiosis entre lo grecorromano y lo cristiano: Roma y la Cristiandad quedaron indisolublemente ligadas, y sus destinos, inextricablemente unidos. Así pues, la guerra de la una era también la guerra de la otra: todas las guerras de Roma eran justas, en el mismo sentido en que lo habían sido las libradas por los israelíes en el n !guo Testamento; incluso la herejía podía representarse como traición. La visión que Ambrosio exponía del imperio cristiano y de

las guerras que pretendían protegerlo —en la que constituye, tal vez, la formulación más antigua de la guerra cristiana— estuvo basada, por tanto, en la unión de la iglesia y el Estado; en el odio hacia los extranjeros, simbolizados por los bárbaros y otros enemigos externos; y en una fuerte intolerancia hacia las disensiones y el debate interno, tanto en lo político como en lo religioso.

El derrumbe de las instituciones del imperio romano en Occidente, durante el siglo v, socavó la unión de intereses de Ambrosio y pudo haber amenazado la supervivencia de toda la base teórica de la guerra justa de los cristianos, si no hubiera contado con el trabajo de un joven contemporáneo, Agustín de Hipona (muerto en 430). Agustín combinó las doctrinas clásica y religiosa de la guerra justa para llegar a determinados principios generales que escaparan al contexto de un *imperium Romanum* vivo. El análisis de Agustín contaba con el pecado, causante de la guerra, pero que a su vez podía ser combatido también con la propia guerra. A vista de las realidades políticas, ante las exitosas invasiones de los bárbaros y la presencia de los herejes donatistas en su diócesis norteafricana, Agustín combinó las ideas grecorromanas de las causas y los fines justos, creando un concepto cristiano de los buenos propósitos, la intención buena. Compartía con Aristóteles la idea de que el fin correcto de la guerra era la paz. De Cicerón tomó el concepto de que «es la injusticia del bando opuesto la que proporciona al hombre sabio el deber de librar una batalla». Coincidía con los legisladores romanos en que la guerra pública debía contar con el apoyo de la autoridad, pero citaba pruebas bíblicas: «el mandato que prohíbe matar no lo rompieron quienes han librado una batalla con la autoridad de Dios».[9]

En los imprecisos comentarios de Agustín sobre la guerra se pueden identificar cuatro características principales de una guerra justa, que apuntalarían la mayoría de los debates ulteriores sobre esta materia. Una guerra justa necesita de una causa justa; su objetivo debe ser o bien la defensa, o bien la recuperación de una posesión legítima; la autoridad legal debe autorizarla; los combatientes deben sentir como motivo el de un objetivo justo. La guerra, pecaminosa por naturaleza, puede constituir un vehículo para la promoción de la rectitud; la guerra que resulta violenta puede actuar, según mantuvieron ciertos apologistas medievales tardíos, como una

forma de amor caritativo, que socorre a las víctimas de la injusticia. A partir de las categorías de Agustín se desarrolló la base de la teoría cristiana de la guerra justa, tal como aparece, por ejemplo, en Tomás de Aquino, ya en el siglo XIII.

Sin embargo, Agustín no fue un belicista. Prefería el mundo espiritual al camal. A pesar de que continuaron diciéndose oraciones públicas, letanías y misas desde el siglo V al VIII (sobre todo por decisión papal, en la misma Roma) para solicitar la ayuda de Dios en las guerras contra los enemigos de la iglesia, no obstante se mantuvo la tradición cristiana del retiro del mundo, de la no violencia y la condena de las agresiones temporales, si acaso reforzada por la expansión del monacato a lo largo y ancho de la Cristiandad. Pero, en cualquier caso, Agustín había trasladado la justificación de la violencia de los libros de leyes a las liturgias, del ámbito secular al religioso. Su falta de definición al fusionar guerra santa y guerra justa, que se hizo extensiva a muchos textos y comentarios posteriores, que podemos calificar de pseudoagustinianos, generó una plasticidad conceptual muy útil, que caracterizó las actitudes venideras de los cristianos ante la guerra. La expresión del *bellum justum* con frecuencia se usó para describir lo que habría sido más preciso denominar *bellum sacrum.* Esta fusión de ideas podía recibir, a conveniencia, el nombre de guerra religiosa, librada por y para la iglesia, y con rasgos compartidos de la guerra santa y la guerra justa, de modo que cabía convertirla en expresión válida de la vocación cristiana, superada solo por el monacato.

Una guerra justa no tenía por qué ser, necesariamente, una guerra santa, por más que todas las guerras santas fueran, para sus partidarios, justas. Una guerra santa dependía de la voluntad divina, constituía un acto religioso, estaba dirigida por el clero o autorizada a los gobernantes laicos por inspiración divina y les ofrecía recompensas espirituales; en cambio, la guerra justa formaba una categoría legal justificada por la necesidad, la conducta y los fines seculares y atraía beneficios temporales. La fusión de ambas se convirtió en una característica de las formulaciones cristianas tardías. Allí donde Roma sobrevivió —es decir, en Bizancio—, la relación colindante entre la iglesia y el Estado prestó a todas las güeras públicas cierto halo de santidad, en defensa de la religión al tiempo que del Estado, con la aprobación de la iglesia; el caso más

claro se produjo cuando el emperador Heraclio derrotó a los persas y devolvió la Vera Cruz a Jerusalén, en 630. Sea como fuere, la guerra bizantina permaneció como una actividad secular, con toda su aprobación divina, sin que jamás fuera un acto penitencial de los devotos religiosos.

EL MUNDO GERMÁNICO

El advenimiento de los reinos sucesores en el territorio que había constituido el imperio romano occidental, desde el siglo v, presentó a la iglesia cristiana toda clase de problemas culturales y políticos. En el siglo VIII, las aristocracias gobernantes en los reinados de Italia, Galia, España* y las islas orientales británicas habían adoptado casi universalmente el cristianismo romano ortodoxo, sin alteraciones radicales en sus entendidos sociales y en unos sistemas de creencias en los cuales, según las palabras de Cari Erdmann, la guerra suponía «una forma de acción moral, un tipo más elevado de vida que la paz».[10] En esta nueva estética, aparentemente contradictoria con las enseñanzas del cristianismo, la guerra proporcionaba una *raison d'étre* al poder político y a la posición social porque, con el derrumbe de las instituciones civiles romanas, la guerra y las estructuras fiscales y humanas que traía aparejadas, como el saqueo, los tributos y el *comitatus* (*warband*, banda de guerreros dependientes), les ofrecía la base para una cohesión económica y social. El *exercitus* ('ejército') asumió una función de institución pública crucial en el Occidente del Medievo. En el proceso de conversión de los nuevos gobernantes, en los principios de la Europa medieval, la iglesia no tuvo más alternativa que la de reconocer sus valores, aun cuando pretendiera disimular las connotaciones exclusivamente marciales, empleando para ello la lengua de los nuevos conversos, en sentido metafórico, como en gran manera ya había hecho san Pablo.

Sin embargo, héroes con un comportamiento individual extremadamente violento, como Clodoveo el Franco (en la Galia, hacia

* Los términos de Italia, España, etc., usados por el autor, adquieren con frecuencia un sentido más geográfico que histórico. (*N. de los t.)*

500 d. de C.) u Osvaldo (rey de Northumbria hacia 635),* aparecieron en los aduladores relatos de los apologistas cristianos como guerreros de la fe, incluso cuando era evidente que sus prioridades eran políticas, tribales o nacionales. Según Beda, contemporáneo northumbrio de Osvaldo, este era «un hombre bienamado por Dios», que rezó pidiendo ayuda divina en la batalla contra el rey británico Cadwalla «porque Él sabe que estamos luchando en una causa justa para la preservación de toda nuestra raza». Hay que señalar, además, que Cadwalla también era cristiano. La sangrienta carrera de Osvaldo, que terminó con su muerte, mutilación y desmembramiento a manos de los enemigos paganos, le valió la santidad de la corona de mártir.'[1] El concepto de guerrero cristiano, pues, se vino forjando dentro de la realidad de la vida política en la medida en que la iglesia confiaba en el patrocinio y protección de caudillos tan violentos. La simbiosis entre religión y sociedad era tan estrecha que los obispos del norte de Europa, que empezaban por ser elegidos entre las familias aristócratas, empezaron a presentarse como grandes nobles, con todo su séquito militar. El proceso de la conversión misma vino acompañado de violencia; incluso entre los anglosajones, que mostraron una hostilidad directa hacia los misioneros comparativamente menor, se cometió el asesinato de por lo menos un sacerdote pagano: un sajón del sur, por obra de un misionero cristiano, como señal de la sentencia divina. Quizá un elemento que corrompió el pacifismo político aún más que los compromisos políticos reflejados en los relatos de las conversiones fue la aparición de una agresividad evangélica material en el floreciente corpus de la hagiografía cristiana: los santos eran entonces cómplices de una violencia santa, dentro de una tendencia literaria que alcanzó la madurez en los siglos x y xi.

El modelo de guerrero cristiano de principios de la Edad Media estaba encarnado por la figura de Carlomagno (muerto en 814), quien renovó el imperio romano como *imperium* cristiano en 800, cuando fue coronado emperador por el papa en Roma. Carlomagno se representó a sí mismo —y animó a sus propagandistas a presen-

Northumbria, como Anglia Oriental y algunos otros, era parte de la Heptarquía anglosajona, fundada en el siglo VI por los anglos. (*N. de los t.*)

tarlo así— como el defensor de la iglesia. En 791, Carlomagno solicitó al pontífice que rezara por su éxito contra los rebeldes y los enemigos, para que fueran derrotados por «los ejércitos de la fe». Antes de las campañas contra los paganos del pueblo ávaro (región de Panonia) en la década final del siglo VIII, se ordenó la celebración de ayunos, procesiones y misas para asegurar la victoria y una próspera campaña *(prosperum iter),* suplicándole al mismísimo Jesucristo que trajera «victoria y venganza», esta última como justificación legal ordinaria. En 793, los obispos francos recibieron instrucciones de preparar letanías y ayunos a favor del rey y del ejército de los francos. La prolongada conquista que Carlomagno protagonizó en los territorios gentiles de los sajones, situados entre los ríos Rin y Elba, se desarrolló en un contexto cristiano: los sajones paganos eran «hostiles a nuestra religión» y no sentían «deshonra alguna por violar y transgredir las leyes de Dios y de los hombres».[12] Los francos tuvieron buen cuidado de atacar la religión sajona e imponer a sus pueblos el cristianismo por la fuerza, como deber civil en los territorios germanos que habían conquistado. Se había fomentado una atmósfera de guerra santa, con total deliberación. Los reyes francos, según la tradición, llevaban en la batalla una reliquia del manto de san Martín, para atraerse la victoria. Según los *Anales del reino de los francos (Annales regni Francorum),* los milagros demostraron que Dios aprobaba el imperialismo y el genocidio por parte de los francos, como sucedió en Syburg en 776, cuando aparecieron llameantes escudos rojos en el cielo para confundir a los sajones. (Curiosamente, los *Anales revisados,* compuestos tras la muerte del gran monarca, no hacen mención alguna de este aliento divino.)[13] Un poema italiano de la época atribuyó a Dios la victoria que sobre los ávaros logró el hijo de Carlomagno, Pipino, porque «nos concedió la victoria sobre los pueblos paganos». En Ingelheim, cerca de Maguncia, una pintura mural describía así las guerras de los carolingios:

> este lugar refulge por el brillo de esta hazaña y otras;
> cuantos lo contemplan con placer toman fuerza ante su visión.

En un mundo semejante, las virtudes del guerrero franco y del buen cristiano eran las mismas. En su famoso consejo (843) a su

hijo Guillermo, Dhuoda de Septimania, después de rezar porque pios «determinase que la prosperidad rigiera siempre su destino» tuvo la esperanza de que fuera «generoso y prudente, piadoso y valeroso». [14]

Las antiguas actitudes cristianas frente a la violencia no desaparecieron en medio del triunfalismo militante de los cristianos carolingios. Uno de los consejeros más próximos a Carlomagno, el inglés Alcuino de York, en una elegía —por la destrucción del monasterio northumbrio de Lindisfame, a manos de los vikingos, en 793, y por Iª pérdida del Oriente Medio cristiano, del norte de África y de la península Ibérica, que habían caído ante los musulmanes—, insistía en que solamente por medio de los rezos y de una vida piadosa podría cambiar la corriente. El filósofo y poeta irlandés del siglo ix, Juan Escoto Erígena, tutor que fue del nieto de Carlomagno Carlos el Calvo, comparaba con gran orgullo las descripciones de los poetas paganos sobre las batallas temporales con sus propios poemas sobre las victorias espirituales de Cristo, aunque luego él mismo era capaz de pedir que Dios «frustrara el plan de sus enemigos y derrotase a las flotas paganas».[15] No era una fioritura literaria, pero sí constituía un tópico muy común. El siglo ix contempló la desintegración del *imperium Christianum* carolingio, en medio de guerras civiles de las que se aprovecharon los ataques externos por parte de musulmanes, vikingos y magiares, cuyas victorias parecían amenazar la mismísima Cristiandad, empujando la guerra santa —en la práctica y en la teoría— a una apremiante posición de prominencia.

LOS DEFENSORES DE LA FE: LOS SIGLOS IX Y X

El impacto de las invasiones del siglo ix iba a consagrar las guerras libradas en defensa de la iglesia, denominadas por uno de los contemporáneos «batallas de Cristo». El papa León IV (847-855) ofreció la salvación, y el papa Juan VIII (872-882), indulgencias de prisión y la remisión de los pecados, para aquellos que lucharan y nturieran «por la verdad de la fe, la salvación de las almas y la decusa de la Cristiandad *(patria Christianorum)* ... contra los paganos y los infieles».[16] Solamente en el brazo secular descansaba la

supervivencia del cristianismo, en tanto que los sarracenos se instalaron en Sicilia y el sur de Francia y los vikingos penetraron hasta el centro de los territorios francos occidentales y destruyeron los reinos anglosajones, de trescientos años de antigüedad. La teoría objetiva y distante de la guerra justa de Agustín fue sustituida por una aparente lucha a vida o muerte, en la que la iglesia se hallaba comprometida, de forma ineludible. La propaganda de Alfredo de Wessex (muerto en 899) caracterizó a sus compañeros paganos de un modo deliberado y sistemático como infieles; sus thegns* lucharon con espadas decoradas con símbolos de los apóstoles; los éxitos militares iban de la mano de los rezos y las limosnas. La causa religiosa y la secular se convirtieron en una sola. Los *Anales de Fulda* francos —una fuente monástica— describen a Amulfo, rey de los francos orientales, arengando a sus hombres para que venzan a los normandos, en el río Dyle, en 891: «atacamos a nuestros enemigos en nombre de Dios, vengando la afrenta cometida no contra nosotros, sino contra Él, que es todopoderoso»; antes se había fijado con todo esmero la justicia de la causa, mediante las referencias a las atrocidades practicadas por los paganos vikingos contra los francos, tanto civiles como eclesiásticos.[17] La identificación de la religión y la guerra se extendió al clero. Un monje franco, entusiasmado por la defensa de París contra los vikingos en 855-856, elogió a su propio abad de St. Germain por sus habilidades con la *ballista,* una especie de ballesta de mayor tamaño que las habituales:

> Era capaz de atravesar a siete hombres con una sola flecha;
> en broma, ordenaba que se llevaran a unos cuantos a la cocina.[18]

Unos pocos años antes, Adelario —un monje de Fleury, en la Borgoña, que afirmaba estar en posesión de los huesos de san Benedicto, el fundador de su orden— dejó constancia de que un comandante franco, en una escaramuza contra los vikingos, creyó haber visto monjes en el campo de batalla; cuando le dijeron que no había

* «En la Inglaterra anglosajona, noble hereditario que recibía tierras a cambio de sus servicios ... Asistían a la Corte ... desempeñaban funciones administrativas y, junto con sus propios vasallos, prestaban servicios militares». Chris Cook, *Diccionario de términos históricos*, s. v. *thegn,* Alianza, Madrid, 1997. (*N. de los t.)*

ninguno presente, cayó en la cuenta de que había estado contemplando al mismísimo san Benedicto, luchando por él: «dirigiendo y protegiendo con su brazo izquierdo mi caballería y, con el brazo derecho, matando a muchos enemigos con su bastón».

Este extraordinario fichaje —el fundador del monacato occidental, incorporado en los ejércitos de los atribulados francos— evoca de forma muy llamativa la fusión, o tal vez la confusión, de lo sacro y lo profano, que respaldó la guerra santa cristiana en la Europa medieval. La síntesis no fue ni un recurso temporal ni de gestación reciente. En la fusión del mensaje cristiano y los valores germánicos, el vocabulario mismo de la Cristiandad adoptó imágenes adecuadas, que resultasen accesibles a las élites guerreras. En un poema inglés del siglo VIII, *Dream ofthe Rood (Sueño del crucifijo),* compuesto tan solo una generación después de que los anglosajones dieran por cumpida su conversión, Cristo aparece descrito como «el joven guerrero», «el Señor de las victorias»; su muerte en la cruz era una batalla; los cielos representaban una forma de Walhalla, «donde el pueblo de Dios se sienta en un banquete».[19] La versión poética en antiguo germánico, fechada en el siglo ix, de la historia de los Evangelios, *Heliand* (esto es, 'el salvador'), tal vez se usó para popularizar la nueva religión entre los sajones que acababan de convertirse —y no precisamente por voluntad propia—, al hacerlos testigos de una expresión similar a lo que podría llamarse Cristiandad vernácula. Así pues, en el Sermón de la Montaña, las famosas letras que afirman la bienaventuranza de «los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mateo, V, 7) se transforma en «Bienaventurados quienes albergan sentimientos de amabilidad y generosidad en el pecho de un héroe: el poderoso Señor será amable y generoso con ellos».

El lenguaje de los señores marciales y el *comitatus* era el predominante. Cristo era el señor feudal de la humanidad (*manno drohtin*), «un generoso dador de prados»; sus discípulos eran *«gesiths»,** «condes» en barcos de grandes cuernos o «servidores rea-

«Miembros de la banda guerrera del rey en la época de la conquista anglosajona de Inglaterra; más adelante se convirtieron en la aristocracia inglesa. Su titulo se vio sustituido en el siglo ix por el de *thegn».* Chris Cook, *Diccionario de términos históricos, cit. (N. de los t.)*

les» *(cuninges thegn).* Judas se condena por cambiar de señor y romper así las cadenas de la lealtad. Pedro, «el noble y poderoso espada» suplica luchar hasta la muerte en Getsemaní; Tomás defiende que los seguidores de Cristo deberían sufrir con él «porque esta es la elección de los *thegns* ... morir con su señor en su campo»; Pilato, «que venía de parte del César ... para gobernar nuestro reino» se asemejaba sobre todo a un gobernador Carolingio o *missus.*[20] La fuerza de estas imágenes es metafórica, pero la amplia identificación de los discípulos cristianos con las relaciones y las funciones sociales de los guerreros laicos bien pudo desdibujar las distinciones inherentes entre ambos, ofreciendo, así, un retrato mental en el que la violencia material y real en el nombre de Cristo se hacía poco de rogar. En el poema que versa sobre la derrota inglesa a manos de los daneses en la batalla de Maldon (991), el héroe condenado Britnoth, metido de lleno en la batalla, agradeció «a su Creador el trabajo que el Señor le había otorgado»; tras su muerte, sus servidores suplicaron «que se les permitiera vengar a su señor y hacer una matanza entre sus enemigos».[21] Los temas del señorío, la lealtad y la venganza llegaron a una conclusión lógica, por más que extraordinaria, en una de las versiones de la *Chanson d'Antioche,* poema del siglo xii sobre la Primera Cruzada, en el que Cristo aparece descrito en la cruz, vaticinando que:

> Aún no han nacido
> quienes me vengarán con el acero de sus lanzas.
> Ellos vendrán para matar a los infieles paganos
>
> Todos serán mis hijos, yo se lo prometo.
> En el paraíso celestial encontrarán su herencia.[22]

Las enseñanzas oficiales de la iglesia se mantuvieron reacias a adoptar la secularización de la batalla espiritual, aunque seguían impacientes por apropiarse de los valores y servicios de los guerreros temporales en su defensa. Dios era un dios de la victoria; sus mejores defensores eran héroes religiosos, como Carlomagno u Otón el Grande (muerto en 973), que en el siglo x sojuzgó a los magiares y creó de nuevo el imperio de Occidente. Irónicamente, a medida que disminuía la amenaza inmediata desde el exterior, den-

tro de la Cristiandad crecían los papeles políticos y sociales de la aristocracia armada, conforme las grandes unidades políticas im- losionaban. Los monjes persistieron en aseverar que sus «armas espirituales» y la «espada del espíritu» eran efectivas «contra las artimañas incorpóreas del diablo» pero también, en su uso directo, contra reyes y reinos. Tal como señaló en las postrimerías del siglo x el monje inglés Elfrico de Cerne, abad de Eynsham, los religiosos en su monasterio eran «campeones de Dios en la batalla espiritual, que luchan con rezos, no con espadas; son ellos los verdaderos soldados de Cristo».[23]

Pero las *Vidas de santos* del propio Elfrico —escritas en vernáculo a mediados de la década de 990 y dirigidas a un público secular y aristocrático— contenían homilías laudatorias de san Osvaldo, san Edmundo de Anglia Oriental y Judas Macabeo. Allí no había ninguna metáfora pacifista. A juzgar por la muy popular *Passio sancti Edmundi*, de Abbon de Fleury, el rey Edmundo de Elfrico fue un mártir por Cristo, muerto a manos de los daneses. Por más que el rey apareciera arrojando sus armas, su resistencia se hizo explícita; en palabras de Abbon: «jamás he huido de un campo de batalla, pues creo que es magnífico morir por mi patria *(pro patria morí)»*\ Edmundo, un aguerrido guerrero, es un «mártir por Cristo». Elfrico copió a Beda en el pasaje en que muestra a Osvaldo haciendo uso de la fuerza para alcanzar el poder y proteger a su pueblo y su fe; Judas Macabeo es un «godes thegen» ('servidor de Dios'), que libra una sangrienta batalla, con sus tropas apoyadas por los ángeles y la perspectiva de la remisión de los pecados. Elfrico deja claro que los no creyentes morirán «por su falta de piedad hacia el Salvador Celestial». Por supuesto, desde su posición en el monacato, Elfrico insistió en la primacía del conflicto espiritual inherente en el Nuevo Testamento, pero admitió que Judas Macabeo, por sus guerras temporales

> es un santo, en el Antiguo Testamento
> como los elegidos de Dios, por la predicación del Evangelio.[24]

Tanto Elfrico como Abbon emplearon la imagen de un guerrero secular, en la batalla o fuera de ella, que aspiraba al martirio, para señalar así su respetabilidad.

Estos guerreros santos eran soberanos que, en cierto sentido, daban validez a sus propias guerras. Abbon de Fleury realizó una gran obra a partir de la condición de Edmundo como monarca ungido e investido con autoridad para defender a su pueblo. En su versión de la *Passio,* Elfrico hace referencia a Alfredo de Wessex, otro protector de su pueblo contra los paganos. Esta concentración en los reyes dejó de coincidir con la realidad contemporánea cuando los dos mundos, el político y el eclesiástico, giraron cada vez más alrededor de los príncipes, los condes o incluso los castellanos y simples señores, cuyas fuerzas militares se encargaban del control social y protegían a la iglesia. Desde el siglo x, el apoyo expreso de la iglesia se extendió cada vez más a los soldados que participaban en las guerras públicas, y también en su lucha contra los paganos, de tal modo que incluso sus espadas, armas y estandartes empezaron a recibir bendiciones en las liturgias formales. En su *Vita Geraldi comitis Aurillac (Vida de Gerardo, conde de Aurillac),* el abad Odón de Cluny —una de las figuras eclesiásticas más influyentes en la Cristiandad occidental a principios del siglo x— retrató a un hombre de acción, un caballero piadoso que luchaba en la causa de Dios por el bien común, en una guerra justa. Por muy apartado que estuviera de la vida real —la espada de Gerardo jamás derramó sangre— el retrato de Odón hizo un lugar a la moralidad en la cultura marcial. Era aquel un elemento de particular importancia en la medida en que los monasterios, entonces más que nunca, se apoyaban en la protección de estos jefes militares locales, y nadie más. Así, en el siglo xi, Odón de Saint-Maur-des-Fossés, llamado Burchard, conde de Vendóme, un conde «fiel a Dios» porque había defendido las iglesias y a los monjes, los clérigos, las viudas y las monjas: su protección de la propia Saint-Maur se tuvo en alta estima. Este piadoso seglar, sin embargo, se embarcó en guerras privadas contra sus vecinos y «poniendo su plena confianza en Dios» mató a algunos de ellos.[25] No obstante, este retrato idealizado del guerrero piadoso era, en muchos casos, casi verdadero, tal como demuestran las donaciones laicas a los monasterios. Las preocupaciones espirituales, en lo tocante a la violencia como forma de vida, no estaban confinadas al claustro.

Pero aunque la iglesia hubiera encontrado un espacio para la guerra, no se había rendido a la belicosidad, sino que, más bien, los

eclesiásticos de los siglos x y xi se esforzaron por ejercer control y dirigirla, desde el terreno legislativo y práctico a un tiempo. Por toda la Europa occidental, el poder regional se depositaba cada vez más en manos de aristócratas terratenientes cuya esfera cultural y mentalidad social habían sido talladas por la práctica de la guerra. A su alrededor empezó a emerger una clase de individuos dependientes de ellos, miembros de sus casas militares y vasallos que, a su vez, adoptaban las costumbres y puntos de vista de sus superiores: los futuros caballeros. Aunque en muchas partes de Europa, pero en ningún caso en todas ellas —Inglaterra, algunas zonas del norte de Francia y Germania fueron excepciones—, el poder político había tendido a recaer sobre las propias localidades, los años inmediatamente anteriores y posteriores al inicio del primer milenio no fueron testigos de una vuelta a un estado de la naturaleza hobbesiano. En una época de crecimiento demográfico, la propiedad de tierras era cada vez más provechosa, siempre que se manejara rigurosamente el control de la agricultura y los recursos comerciales. Las fincas y haciendas nucleares, a menudo combinadas en bloques —con autoridad judicial y fiscal, de carácter tanto público como privado, que ejercían más los terratenientes del lugar que los gobernantes lejanos o sus representantes—, podrían parecer caóticas desde arriba, pero aportaban cierta cohesión social, aunque no fuera más allá de la protección. Este proceso de fragmentación política, judicial y fiscal se advierte de forma especial en la zona occidental del territorio franco —lo que ahora es Francia—, pero incluso allí buena parte del poder permanecía en manos de los condes regionales, o estos lo recreaban. Uno de los problemas que se originó a partir de este mosaico de usurpaciones privadas de los derechos públicos —que se produjo en zonas con ciudades emergentes como Flandes, la Renania o el norte de Italia, así como en las provincias rurales— era la ausencia de arbitraje soberano o efectivo. Los condes, los señores y los castellanos se tomaban la ley por la mano, literalmente, en un proceso que exacerbaba de forma aguda la tendencia hacia una situación de violencia endémica. Pero los perpetradores de esta, en apariencia, rueda infinita de violencia privada estaban muchas veces preocupados por el destino de sus propias almas inmortales, por lo que aquella violencia frenética se veía interrumpida por una contrición no menos histérica. Es conocido el

hecho de que Foulques Nerra (el Negro), conde de Anjou, salpicó su sangrienta carrera de engrandecimiento territorial en el valle del Loira, en el cambio de milenio, con tres peregrinajes a Jerusalén, «movido por el temor al infierno»; de forma más permanente, fundó un monasterio cerca de Loches, en el que los monjes pudieran rezar «día y noche por la redención de su alma».[26]

HACIA LA GUERRA SANTA! EL SIGLO XI

Los principios que evocaba el retrato realizado por Odón de Cluny a propósito de Gerardo de Aurillac y la descripción que de Burchard de Vendóme nos ofreció Odón de Saint-Maur no eran meros modelos literarios. Desde finales del siglo x -—inicialmente, en el ducado de Aquitania, pero luego también en la Borgoña— y, tras un aparente período de calma en el tercer cuarto del siglo xi, en la parte norte de Francia y la Renania, los obispos convocaron a clérigos y laicos a concilios en los que proclamaron la Paz de Dios, reforzada a partir de la década de 1020 con la Tregua de Dios. La Paz de Dios consistía en un acuerdo por parte de la clase militar, bajo juramento, de proteger a aquellos que se encontraran fuera de sus terrenos: los monjes, otros miembros del clero, los débiles, los más vulnerables y los pobres; justamente aquellos, en realidad, por los que se suponía que Burchard de Vendóme pasaba los días luchando. Las Treguas fijaban períodos durante los cuales debería cesar toda violencia. Treguas y Paces debían ser supervisadas por la clase militar del lugar, bajo juramento y con la amenaza de recibir la excomunión y el interdicto eclesiástico. Los juramentos exigidos en estos concilios eran contemplados como pruebas que demostraban un arrepentimiento común, al igual que responsabilidad, de modo que todas las secciones de la sociedad libre parecían estar representadas en el intento de expiar sus pecados y aliviar los castigos divinos (que no solo adoptaban la forma de violencia, sino también la de pestilencias y hambrunas). A este fin, muchos de los concilios se celebraban contando con la imponente presencia de las reliquias (esto es, de forma casi invariable, ante los cadáveres o los huesos) de los santos locales. Se daba una aparente contradicción en los hombres de la iglesia que, de buen grado, bendecían los instrumentos bélicos

con los que se daría la muerte al mismo tiempo que proclamaban, tal como sucedió en el concilio de Narbona, en 1054, que «ningún cristiano debe matar a otro cristiano, porque quienquiera que mate a un cristiano derramará sin duda la sangre de Cristo».[27]

Los movimientos de la Paz de Dios y la Tregua de Dios, por esporádicos, locales, regionales e inútiles que fueran, suministraron si no un modelo para el laicado, sí un patrón para el clero, que influyó de forma directa en el comienzo de la Primera Cruzada. El papel del caballero se formulaba en unos términos lingüísticos muy positivos, en calidad de protector de la paz cristiana, en especial de la iglesia y sus intereses. El clero asumió la tarea de abordar los males materiales así como morales del mundo temporal y dirigió al laicado; los juramentos ligaban a los seglares en acciones colectivas con fines religiosos: la paz. Lógicamente, si a los caballeros se les había prohibido proseguir con su profesión dentro de la Cristiandad, habría que encontrar causas justas al otro lado de las fronteras. No fue ninguna coincidencia que el discurso pronunciado por el papa Urbano II en el lanzamiento de la Primera Cruzada se hiciera eco en la composición, el estilo e incluso es posible que en los contenidos mismos de las exhortaciones del movimiento Paz de Dios y Tregua de Dios; las respuestas orales de su público —«¡Deus lo volt!»— eran análogas a los gritos de «¡Pax, pax, pax!» que se dejaron oír en concilios anteriores; y en el concilio que Urbano II presidió en Clermont, el sumo pontífice aprobó un decreto en el que se establecía la paz a lo largo y ancho de la Cristiandad, y así fue promulgada en los concilios de las iglesias regionales, durante los meses siguientes. Dada la reinstauración del movimiento de la Paz de Dios y la Tregua de Dios en la década de 1080 en la región de la Renania —un centro de ideas reformistas, que mantenía estrechos lazos con el papado—, el vinculo con la guerra santa, aunque no fuera universal desde el punto de vista geográfico, era evidente.

El problema seguía radicando en justificar la función de una clase militar, portadora de armas, en una sociedad cristiana. Lo de ser una benigna policía local difícilmente encajaba con la realidad Política o la imagen que cada hombre tenía de sí mismo, sabedor de 1° que la violencia podía ocasionar; en el caso de los franceses que Probaron suerte en el sur de Italia o en Inglaterra, fama, fortuna y riquezas más allá de sus sueños. A pesar de los intentos concertados

desde el siglo x, por medio de la exhortación y la liturgia, para pulir las actitudes de los portadores de armas de modo que se aseguraran unos motivos justificados, causas justas y la humildad incluso en la victoria, la ideología más corriente continuaba siendo la de que, por más legítimo que fuera el conflicto, la lucha era pecaminosa y la profesión militar constituía un pecado en sí misma. Esta postura tradicional fue sostenida por el influyente canonista Burchard, el obispo de Worms (muerto en 1025), e incluso, en sus primeros años, por el papa Gregorio VII, quien iba a transformar las ideas papales acerca de la clase militar. En 1066, Guillermo de Normandía había invadido Inglaterra con la aprobación explícita del sumo pontífice, habiéndose juzgado su causa justa, y con un ejército que luchaba bajo los estandartes papales. A su contrincante, Haroldo II, se lo acusó de haber quebrado un juramento, pues había prometido apoyar el derecho de Guillermo al trono; era un usurpador y, por el hecho de ser protector de un arzobispo pluralista de Canterbury, cuya legitimidad se había puesto en duda, un cismático. No obstante, en 1070, a todos aquellos que habían luchado con Guillermo en Hastings y que habían matado o herido a hombres les fueron impuestos castigos, aun cuando la invasión se reconoció como «guerra pública», en el sentido clásico del término.[28] La idea de que la clase militar podía estar realmente arrepentida mientras sus miembros siguieran siendo combatientes —y más aún, la idea de que la guerra podía servir como penitencia—, no se desarrolló hasta tan solo veinte años antes de que Urbano II lanzara su golpe de Estado ideológico en 1095, y a consecuencia de unas circunstancias muy concretas, dentro de la política papal, y de las amenazas que se percibían contra la iglesia romana desde dentro y más allá de las fronteras cristianas.

EL PAPADO Y LA GUERRA SANTA

A finales del siglo xi, la guerra santa se convirtió en una preocupación especial y profunda del pontificado reformado, tal que iba a transformar las actitudes y las prácticas cristianas de los quinientos años siguientes. La cuestión básica de la reforma papal iba encaminada a restaurar en la iglesia la inmaculada autonomía y espirituali-

dad de los Hechos de los Apóstoles. Hacía falta reforzar las reglas canónicas que afectaban al clero secular y prohibir, por un lado, abusos como la simonía (la compra o venta de un remedio para las almas), el matrimonio dentro del clero, el uso del cargo eclesiástico como una propiedad o una posición política y el hecho de que el laicado se inmiscuyera en el control y las decisiones sobre el clero y las iglesias. Se proyectó un cambio radical en la relación entre Estado e iglesia que, desde los carolingios y tal vez desde Constantino, habían tendido a cooperar mutuamente, más que a separarse. Aquella actitud comportaba riesgos políticos serios. En la mayoría de los centros de poder político, la iglesia estaba inextricablemente ligada con el gobierno secular: los reyes, sobre todo el de Inglaterra o Germania, buscaban ayuda material y política en los hombres de la iglesia, recibían sus oraciones en lo que constituían cultos regios apenas disfrazados y ejercían poderes de influencias bien reconocidos en los nombramientos de la iglesia. Eliminar el control del laicado no solo les socavaba sus poderosas y bien asentadas estructuras políticas, sino que cortaba con unos sistemas de patrocinio local por los que las familias donantes mantenían intereses cerrados, de amo y señor, en los monasterios que ellos mismos habían fundado o subvencionado, o en las parroquias que ellos habían instituido dentro de sus haciendas. Para el clero seglar, la reforma implicaba un intento deliberado de distinguir la orden clerical de los hábitos y comportamientos de los seglares. En resumidas cuentas, la reforma apuntaba hacia una mayor semejanza con los monjes, por celibato, por la inmunidad a las trampas materiales del dinero y la propiedad privada, y por la obediencia, dentro del Derecho canónico, a sus superiores dentro de la iglesia y, en última instancia, al papa. El impacto social era potencialmente considerable y señaló el final de las herencias de terrenos y cargos eclesiásticos. Para la iglesia —aunque existían claras ventajas económicas en el hecho de negar la herencia, la división y la potencial alienación de sus propiedades— seguía en vigor el argumento de la ley y la moralidad. El impacto de la reforma papal fue profundo, debido a una combinación muy efectiva entre lo temporal y lo espiritual.

Mientras que la reforma moral e institucional del clero se había entado en muchas zonas de la Cristiandad occidental a comienos del siglo xi, la anexión del oficio papal por parte de un grupo

cosmopolita de radicales y puritanos de la década de 1040 supuso para los reformistas contar con la institución más antigua y con mayor dignidad del gobierno de la iglesia, con la cual podrían ejercer la autoridad e imponer el uniformismo doctrinal, legal y litúrgico. Los desafíos para el papado reformado fueron los mismos que los de la política y la disciplina, así como los de la doctrina y el Derecho. Con gran maestría, aunque de manera un tanto polémica, al manipular las circunstancias políticas en Italia y Germania, los papas reformistas afirmaron no solo la independencia de la iglesia —*libertas ecclesiae*—, sino también la primacía autónoma de la sede de san Pedro. Pregonando a los cuatro vientos los textos de san Pedro en el Nuevo Testamento, con los cuales ponían de manifiesto la entrega por parte de Cristo a san Pedro —y en adelante, al papa, en su calidad de heredero, o dicho de un modo más elocuente, de vicario, esto es, representante— del gobierno de la iglesia y la autoridad, tanto en los cielos como en la tierra (véase, por ejemplo, Mateo, XVI, 18-19), los papas reformistas reclamaban cada vez más la autoridad no solo sobre las iglesias, sino sobre los Estados y el laicado juntos. Desde un punto de vista ideológico y político, este comportamiento se prestaba a despertar enfrentamientos, en bastantes ocasiones, directos y materiales. Para establecer y proteger su «buen orden» de la Cristiandad, los papas posteriores se vieron obligados a luchar con armas temporales, cuando no tomaron esta elección, simplemente, por voluntad propia. La Primera Cruzada fue una consecuencia directa de todo esto.

Durante el proceso de reclutamiento de aliados u organización de un ejército propio, los papas de finales del siglo xi eran plenamente conscientes de sus implicaciones teóricas, así como de las necesidades políticas. La condición moral de quienes luchaban en nombre de Su Santidad se convirtió en una cuestión que despertaba graves preocupaciones. En 1053, León IX (1048-1054) ofreció a las tropas germanas que luchaban (sin éxito) bajo su mando personal contra los señores del sur de Italia, bandidos normandos, la remisión de la penitencia y la absolución de los pecados. En 1059, como consecuencia de una gran revolución diplomática, estos mismos normandos se convirtieron en siervos del papado, con lo cual contrajeron la obligación de luchar por su nuevo señor. Los estandartes papales fueron otorgados a los invasores normandos de Sicilia (en

1060) e Inglaterra (en 1066) y a las bandas callejeras de Milán, los *patarinos,* implicados en una lucha violenta y prolongada por la erradicación de los abusos clericales y el control del arzobispado de la ciudad, en las décadas de 1060 y 1070. La guerra santa se convirtió en parte de un programa papal. El conflicto patarino fue denominado *bellum Dei,* guerra de Dios, y la caída del jefe de los patarinos, Erlembaldo (muerto en 1075), fue calificada de martirio. La zona de pruebas clave para la reforma papal y su poder se encontraba en la Germania, en la que cualquier relajación de los lazos entre la iglesia y el Estado o cualquier desafío a la autoridad imperial se encontraba con la fiera oposición del emperador Enrique IV. Desde finales de la década de 1070, las desavenencias pasaron a la guerra, la denominada Querella de las Investiduras, por más que los objetivos distaran mucho de si los reyes debían o no investir a los obispos con el anillo y el bastón. Para luchar por los intereses papales, el más militante de todos los papas reformistas, Gregorio VII, llegó incluso a querer reclutar a caballeros de toda Europa para formar un ejército papal, una *militia sancti Petri* ('milicia de san Pedro').

Gregorio VII desarrolló de forma apreciable la teoría y práctica de la guerra santa y los santos combatientes. Aunque no era muy dado a citar literalmente a Agustín de Hipona, su leal esbirro, el obispo Anselmo II de Lucca, en su *Collectio canonum* (colección de Derecho canónico, fechada hacia 1083), reunió las teorías agustinianas sobre la guerra justa en un solo lugar, inteligible y coherente por primera vez en la historia, si bien su circulación fue bastante limitada. Gregorio, una de cuyas citas evangélicas preferida era la de «¡Maldito el que ejecute negligentemente la obra de Yavé, maldito quien retraiga la espada de la sangre!» (Jeremías, XLVIII, 10), prefirió un enfoque moral antes que legal. Distinguió entre dos formas de ocupación para la clase militar: una de ellas secular, egoísta y pecaminosa; la otra penitencial, justificada por derechos legítimos, la lealtad hacia un señor, la protección de los vulnerables o la defensa de la iglesia. En textos datados en la década siguiente a la muerte de Gregorio, un enérgico propagandista papal, el obispo Bonizo de Sun, en su trabajo *Líber de vita Christiana,* señaló a quienes, «por su salvación y el bien común», combatían a los cismáticos, los herejes y los excomulgados y protegían al pobre, a los huérfanos y a las viu-

das, como miembros de un «ordo pugnatorum», un orden de guerreros específico en la jerarquía social, exactamente el grupo integrado por las milicias de san Pedro, a quienes Urbano II pretendía dirigir su llamamiento de 1095.[29] A finales de un pontificado bastante turbulento, Gregorio VII ofreció a todos aquellos que luchasen por su causa, en cualquier forma, la absolución de sus pecados y la perspectiva de la salvación eterna. Siempre que su motivación se basara en el desinterés y la fe, no el beneficio material, se permitía a esa clase de soldados combinar la penitencia y la violencia. Para castigar a sus enemigos y alentar a sus seguidores, Gregorio extendió su retórica, comparando el servicio en aquella guerra justa con una imitación de los sufrimientos de Cristo contra «quienes son los enemigos de la cruz de Cristo».[30]

Gregorio no era un simple retórico ni teórico. Incluso antes de llegar a ser papa, como arcediano de la iglesia de Roma, había demostrado un profundo interés por las guerras libradas en defensa de la iglesia, en Sicilia, Inglaterra y Milán. Ya en el papado, siguió manteniendo ese mismo interés. En 1076, ofreció la absolución de todos los pecados a los caballeros del conde Roger de Sicilia, para una campaña prevista en contra de los sarracenos, igual que hizo con los que se unieron al ataque sobre B izando en 1080, para restaurar —según creía Gregorio, aunque de forma errónea— al legítimo emperador. Durante las décadas de 1070 y 1080, trató de alistar *milites* tanto en Italia como en Germania y Francia, para coaccionar al clero, que se aferraba de forma contumaz a las prácticas no reformistas de la simonía y la fornicación, en la misma medida en que alentaba el conflicto civil en Milán y, después de 1080, la resistencia armada contra Enrique IV en Germania e Italia. Más allá de las justificaciones concretas de la guerra y la función de la clase portadora de armas, esta extensión de la aprobación papal y la retórica dotó a estos conflictos de un carácter ideológico sostenido, que Gregorio fomentó y divulgó de manera deliberada. Aquellos a quienes atañía esta cuestión sufrieron bombardeos retóricos desde todas partes, en los que se les insistía en los principios por los que luchaban, concebidos en términos de servidumbre a Dios. Muchos, como el *fidelis beati sancti Petri* Raimundo IV de Tolosa o el duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bouillon —quien luchó por el emperador en Italia, contra el papa, en la década de 1080— iban a respon-

der a la llamada a Jerusalén, en 1096. La intensidad de esta guerra de propaganda nos permite afirmar que se estimuló la imaginación de los caballeros de un modo nada accidental. Sin embargo, no todo se manejaba en el plano de la intelectualidad más elevada. Un propagandista del imperio apodaba al predecesor de Godofredo de Bouillon (pero no al duque de Lorena, también llamado Godofredo, sino al papista incondicional) como «Vergafredo» y «Cagafredo».[31]

La retórica ideológica de la Querella de las Investiduras y el reclutamiento de caballeros para establecer y proteger la Paz y la Tregua de Dios se apoyaba en la vulnerabilidad de los caballeros occidentales frente a una ideología que encuadraba la guerra en un marco religioso. El cronista anglo-normando Orderico Vital dejó un perspicaz retrato de uno de estos caudillos piadosos. Hugo, conde de Avranches (en la parte occidental de Normandía) y conde de Chester (en la Inglaterra noroccidental), sobrino de Guillermo el Conquistador, había salido bastante bien parado de la conquista normanda de Inglaterra, siendo un clásico ejemplo de la movilidad de la aristocracia del siglo xi y el ágil arribismo oportunista que alimentó la Primera Cruzada. Al establecer su poder en la periferia del reino anglo-normando, Hugo —conocido por algunos como «el Lobo»—, adquirió una reputación bastante vil: era vicioso, violento, adicto al juego, libidinoso y glotón; estaba tan gordo que apenas podía moverse y era un «gran amante del mundo» (lo cual no resultaba muy recomendable, a ojos del monje que utilizó esta frase). Valeroso, extravagante y generoso hasta el extremo del despilfarro, su casa y su séquito eran un escándalo, en el que abundaban los pervertidos y sibaritas como él. Pero Hugo era, además, protector de monjes y un viejo e íntimo amigo del piadoso abad y arzobispo Anselmo. Dio empleo a un capellán, Gerold, que favoreció la instrucción moral de su casa con historias de «santos caballeros», extraídas del Antiguo Testamento y los héroes militares cristianos, entre ellos el legendario Guillermo de Orange, un piadoso guerrero que aparece en uno de los primeros ciclos de las *chansons de geste.* Unos cuantos individuos de los que convivían con Gerold se sintieron tan conmovidos que ingresaron en el monasterio; el propio Hugo murió (en 1101) vistiendo el hábito benedictino.[32] Este tipo de personajes se encuentran en toda la Cristiandad occidental, desde Dinamarca a Sicilia. En una atmósfera tan estridente de pasiones, carnalidades,

militarismo y piedad se nutrió la mentalidad de los santos combatientes de 1096, entre ellos los amigos y parientes de Hugo, poseídos por el fariseísmo de la convicción ideológica, para añadir al embriagador brebaje del hedonismo, la brutalidad, la culpa, la obligación, la espiritualidad y el remordimiento. Estos eran, tal cual, los diestros soldados a los que Gregorio VII había tenido la esperanza de reclutar, y que Urbano II reclutó efectivamente.

El más teatral y quijotesco de los planes militares de Gregorio fue el de 1074, fecha en la que anunció su intención de capitanear, en persona, un ejército que acudiría en socorro de los cristianos del Mediterráneo oriental, que estaban siendo sitiados por los turcos selyúcidas, «para levantar las armas contra los enemigos de Dios y avanzar incluso hasta el sepulcro de Dios bajo Su supremo liderazgo». El contexto diplomático, conformado por un delicado e inestable triángulo entre Bizancio, el papado y los normandos, era muy particular, en parte como consecuencia de la derrota griega ante los turcos selyúcidas, en Mansikert (1071). No obstante, los objetivos de la empresa —en apariencia, Jerusalén, la consolidación de las relaciones con la iglesia de Oriente, la manifestación del liderazgo activo por parte del papado en toda la Cristiandad, el laicado y la iglesia, Oriente y Occidente—, así como su retórica, señalaban directamente al camino que su protegido, Urbano II, tomó más adelante. El lenguaje era especialmente llamativo, con un hincapié persistente no solo en Pedro, tal como era habitual en estos llamamientos a las armas, sino en el propio Jesucristo:

> el ejemplo de nuestro Redentor y el deber de nuestro amor fraternal nos piden que dirijamos nuestros corazones a la liberación de nuestros hermanos. Porque así como Él dio su vida por nosotros, así nosotros debemos ofrecer nuestras vidas por nuestros hermanos.

Gregorio esperaba que podría, «con la ayuda de Cristo, llevar socorro a los cristianos que están siendo masacrados por los paganos»; era preferible incluso a morir por la propia patria, pues «es más hermoso y glorioso en verdad ofrecer nuestros cuerpos mortales por Cristo, que es la vida eterna». Apeló a la fe «para defender la fe cristiana y servir (*militare*) al rey de los cielos», de modo que, «por medio de un trabajo pasajero, podréis ganaros la recompensa

eterna».[33] Una retórica cristocéntrica similar fue la que tiñó el sermón de Urbano II sobre la Primera Cruzada, veinte años después. Antes de convertirse en papa, Odón de Largery, como obispo cardenal de Ostia desde 1080, se había encontrado muy próximo a Gregorio VII, que una vez lo describió como su *pedisequus*, su lacayo. Dentro de la Curia papal, a principios del siglo XII —por lo tanto, entre aquellos que podrían haber conocido a quienes estuvieron implicados de primera mano, o como mucho de segunda, en la cruzada de Urbano II— se contemplaba de forma explícita a esta como la finalización del proyecto frustrado de Gregorio en 1074.

El programa de Gregorio de 1074 dejaba traslucir un amplio sentido de la historia. El papa situaba su deseo de ayudar y de reconciliarse con la iglesia oriental en el contexto de las visitas papales realizadas a Constantinopla, que habían cesado en el siglo VIII, cuando los francos carolingios fueron adoptados como los nuevos protectores de la iglesia en Occidente. La legitimación de las guerras por parte de la iglesia en el siglo xi estuvo influenciada de forma semejante por una perspectiva histórica. Igual que los guerreros carolingios habían mejorado su reputación al ser contemplados como los campeones de la Cristiandad, que luchaban contra los enemigos paganos e infieles, del mismo modo el notar un cambio de rumbo en la que había parecido una corriente inexorable en contra del cristianismo no solo inspiró gestos como el de Gregorio VII en 1074 y Urbano II en 1095, sino que además mejoró la condición de quienes fueron invitados a combatir por la fe. Por muy importante que fuera la guerra justa y la guerra santa contra los enemigos de la iglesia en general, la mayor justificación para los caballeros radicaba en la batalla contra el infiel, contra el islam. Las primeras *chansons de geste* vernáculas de los francos, fechadas a finales del siglo xi y principios del xii, que nos permiten comprender mejor la mentalidad y el idealismo de la clase militar, si bien ofrecen pocas muestras de la parafemalia de las cruzadas —la guerra como una penitencia, Jerusalén y la Tierra Santa, la autorización papal—, sí ponen de manifiesto la condición especial de la guerra contra el infiel, que existía en la práctica, al tiempo que en el modelo literario, como la antítesis absoluta del mundo cristiano, como un extraño y peligroso 'nutador de lo bueno y lo conocido. La *Chanson de Roland* —cuya Versión más antigua conservada parece que se consolidó hacia

1100— lo afirma en un verso famoso: «Paien unt tort e cherstiens unt dreit» («Los paganos están en un error y los cristianos, en lo cierto»).[34] El recuerdo de la prolongada lucha con el islam durante el siglo VII aún no se había olvidado, cuatrocientos años después. Más bien había ganado en importancia, tanto simbólica como política, en un ejercicio desmesurado de nostalgia colectiva, tanto religiosa como cultural. El contexto de las reacciones occidentales frente al islam en el siglo xi fue el de un período de confrontaciones militares activas, en todas las fronteras en las que hasta entonces había dominado cierta estabilidad. La Primera Cruzada se desarrolló en un tiempo de cambios de fortuna a lo largo de las fronteras de la Cristiandad, lo cual brindó la oportunidad de pensar en campañas agresivas incluso antes de que llegara la petición de ayuda del emperador oriental, en 1095.

EL ISLAM Y LA GUERRA SANTA

Los diez años posteriores a la muerte de Mahoma en La Meca, en 632, trazaron de nuevo las líneas del mapa político y religioso del Mediterráneo y el Oriente Medio. Los antiguos rivales del Bizancio cristiano y la Persia sasánida, que habían combatido unos con otros casi hasta la paralización durante una guerra que se prolongó toda una generación (602-628), fueron presa fácil para los ejércitos liderados por los árabes, que se expandían desde la península arábiga hasta conquistar el Creciente Fértil: Siria y Palestina, entre 635 y 641; Persia, entre 637 y 642; Egipto, entre 640 y 642. En la historiografía musulmana clásica, la entrada en Jerusalén del califa Umar —esto es, del sucesor del Profeta como Guía de la Fe—, en febrero de 638, ocupaba un lugar deliberadamente simbólico. El califa no era el comandante de campo de las operaciones en Palestina, pero ante la inminencia de la captura de Jerusalén, llegó para supervisar la acción. Tras haber negociado una rendición pacífica de la Ciudad Santa desde la cual, según la tradición islámica, el Profeta había emprendido su viaje nocturno a los cielos, Umar entró en la ciudad, a lomos de un asno o un camello —las fuentes muestran divergencias— vestido ostensiblemente con ropas vulgares, sucias, quizá buscando un contraste con los espléndidos desfiles que tanto

agradaban a los bizantinos derrotados. El elemento religioso del triunfo estaba claro tanto para los comentaristas musulmanes como para los cristianos. Encaminándose a la terraza en la que se había alzado el Templo judío —el lugar en el que se supone se produjo la ascensión de Mahoma a los cielos, pero que había quedado reducido a una zona de escombros—, Umar ordenó que se limpiara todo y se construyera una pequeña mezquita. Igualmente, de acuerdo con los términos de la rendición, los santuarios, las iglesias y las sinagogas de los cristianos y los judíos permanecieron intactos. Esta importancia simbólica siguió resonando durante siglos y siglos; resultaba completamente apropiado que la historia contemporánea más completa de las cruzadas y los posteriores asentamientos occidentales en Palestina y Siria, ya en el siglo XII, la escrita por el arzobispo Guillermo de Tiro, no se iniciara sino aquí: con las conquistas árabes y el fracaso de la resistencia del emperador de Bizancio, Heraclio.[35]

La conquista de Jerusalén supuso solo un estadio de la expansión musulmana. En los cien años siguientes a la muerte del Profeta, el gobierno musulmán se extendió desde el Asia central y el norte de la India hasta la península Ibérica. En la cuenca del Mediterráneo, Constantinopla había sobrevivido al asedio de 674-677, pero la supremacía del mar se había perdido por completo para Bizancio; Chipre había sido cedida a un mandato conjunto, el control musulmán en la zona occidental y continental de Asia se extendía hasta Armenia y Cilicia, y las provincias bizantinas en el norte de África se perdieron en 698. En una campaña relámpago, la Hispania visigoda fue aplastada por los ejércitos de bereberes, capitaneados por los árabes, entre 711 y 713. Aunque fueron derrotados por los francos en Poitiers en 731, los ejércitos musulmanes continuaron hostigando el sur de la Galia durante varios años. Por más que la era de las conquistas fuera seguida de una guerra civil, de cismas religiosos y del derrumbe de la unidad política —la península Ibérica y el norte de África tuvieron soberanos independientes—, los califas abasíes, establecidos desde 750 en Bagdad, mantuvieron la lealtad nominal de buena parte del mundo islámico. Aun más importante, se creó una afinidad internacional a partir de la cultura islámica y, en menor medida, la religión musulmana. La cuestión de hasta qué grado se arabizaron e islamizaron las tierras conquistadas no se ha logrado aclarar como

quisiéramos, pero parece que el proceso fue lento, irregular y, en el siglo xi, aún no se había completado del todo. No se sabe con seguridad si existía siquiera una mayoría musulmana en Siria o Palestina cuando llegaron las cruzadas en 1097.

En parte, se trataba de una consecuencia de la ley islámica. A los cristianos y los judíos, la Gente del Libro, que vivía dentro de las tierras musulmanas, la llamada *Dar al-Islam* ('casa del islam'), se les garantizaba la tolerancia religiosa ya en los primeros textos islámicos. La Sura 109 del Corán declaraba que:

> ¡Oh, incrédulos! No adoro lo que adoráis. Ni vosotros adoráis lo que yo adoro. Y jamás adoraré lo que vosotros adoráis. Ni vosotros adoraréis lo que yo adoro. Vosotros tenéis vuestra religión y yo la mía.

A cambio del gobierno islámico y la protección, los Pueblos del Libro tenían que reconocer su condición de subordinados y pagar un impuesto, la *jizya.* A pesar de la reacción de algunos sentimentales modernos, aquellas normas no tenían tanto de generosidad como de pragmatismo. Por el contrario, más allá del mundo del orden islámico, en el *Dar al-harb* (la 'casa de la guerra'), las estructuras políticas no islámicas, así como los propios individuos, estaban expuestos a los ataques. Todo el mundo debía reconocer o abrazar el islam, ya fuera por la conversión o la sumisión. Así, a la comunidad musulmana se le imponía el yihad *(jihad*), la lucha, el esfuerzo. En la teoría islámica clásica —esto es, tradicionalmente, desde los siglos VII y VIII, pero es posible que ocurriera más tarde—, este concepto asumió dos formas: la superior (*al-jihad al-akbar),* la lucha espiritual interna para alcanzar la pureza personal; y la inferior (a/-*jikad al-ashgar*), el combate militar contra los infieles. Ambas constituían una obligación para los musulmanes sanos, sin discapacidades. A diferencia de los conceptos cristianos de guerra santa, a los cuales el yihad islámico no parece deber nada, el yihad afectaba fundamentalmente a la fe, descrita por algunos como el sexto pilar del islam. En teoría, la lucha era una cuestión que incumbía a todos los musulmanes, hasta que el mundo entero hubiera sido sometido, pero se trataba de un ejercicio tan espiritual como militar, desde el mismísimo comienzo, y de una obligación colectiva, no individual.

En la práctica, tras el primer siglo de conquistas, era habitual

llegar a acuerdos a lo largo de las distintas fronteras políticas y religiosas. El islam no estuvo en estado constante de agresión contra sus vecinos ni practicó una militancia más activa que la de sus enemigos. Una serie de incursiones ininterrumpidas, casi rituales, en las fronteras estables de Asia Menor o de la península Ibérica, cobró intensidad creciente durante el derrumbamiento del poder franco y la constante impotencia bizantina en Oriente, durante el siglo ix, agravada por la conquista de Sicilia en 830 y el establecimiento de bases piratas en Calabria y la Provenza. No obstante, buena parte de las guerras musulmanas se desarrollaron en el interior del islam. Hacia mitad del siglo x se habían establecido califatos independientes; el de los Omeyas, en Córdoba, permaneció durante mucho tiempo y alcanzó el pináculo del éxito en aquel siglo, terminando con ataques muy adentrados en territorio cristiano al mando del gobernador *de facto* de Córdoba, Almanzor (Al-Mansur). El califato fatimí del norte de África se había anexionado Egipto en 969, sustentado por la herejía chiíta, un desafío tanto en lo político como en lo religioso, que se dirigía contra los abasíes de Bagdad. El siglo x también contempló un resurgimiento del poder militar de Bizancio. Nicéforas Focas (963-969) recuperó Chipre y la Antioquía siria; su sucesor, Juan Tzimisces (969-976), luchó en el norte de Iraq en 974 y, en 975, en Siria y el norte de Palestina, acompañado de una propaganda que probablemente llegaba incluso a ofrecer la perspectiva de recuperar los lugares sagrados de Jerusalén.

Pero todas estas guerras no tenían casi nada de religioso, por más que algunos las consideraran justas o santas. Los griegos quisieron asegurar los pasos orientales de Asia Menor; Nicéforas estaba perfectamente dispuesto a permitir que la musulmana Alepo se convirtiera en cliente suyo, con autonomía de gobierno. Al-Mansur se hizo pasar por un guerrero santo, pero contrató a mercenarios cristianos y su ataque contra el famoso santuario de Santiago de Compostela, en 997, solamente se pudo llevar a cabo con la colaboración de nobles cristianos, que actuaron como guías.[36] Este modelo esencialmente secular se mantuvo vigente hasta entrado el siglo xi, de forma especial en la península Ibérica, en la cual los aventureros cristianos revolvían entre los escombros que quedaron tras el derrumbe del califato de Córdoba, en la década de 1030, muchas veces en alianza con los príncipes musulmanes de segundo orden, si no a su servicio.

Desde el punto de vista de la iglesia occidental, el conflicto con el islam era digno de alabanza ipso facto, dentro del contexto religioso. Fuera cual fuese la realidad de las ambiciosas ciudades comerciales italianas, los bandoleros normandos, los señores hispanos o incluso los príncipes griegos, los hombres de la iglesia, en concreto los papas sucesivos, se formaron un concepto propio del conflicto, encuadrándolo en un panorama más amplio, de importancia cósmica y gracia individual. Mientras que en el siglo ix la Cristiandad parecía hallarse amenazada de verdad, la reñida frontera del siglo xi estaba en una condición muy distinta; sin embargo, la retórica era más chillona que antaño. Se trata de una cuestión de gran importancia, debido a que la actitud ante las guerras contra los infieles, a principios del siglo xi, influyó en el enfoque conjunto de Urbano II. Los motivos alegados para la guerra santa siempre eran prácticos solo en parte, y, con frecuencia, aquellos que se dirigían contra los musulmanes solamente estaban relacionados de un modo tangencial con alguna necesidad de defender la Cristiandad. Lo que contó de verdad para estos papas fue el lugar que ocuparon estas guerras en la historia cristiana y la oportunidad que les ofrecieron de resucitar el entusiasmo religioso, la devoción y la piedad, asuntos que afectaban esencialmente a los órdenes internos de la iglesia y a la sociedad cristiana.

Con ello no estamos diciendo que la religión careciera de protagonismo en estas guerras. Las incursiones de los písanos en Palermo, en Sicilia (1063), y Al-Mahdiya, en el norte de África (1087), fueron situadas con plena consciencia en el ámbito del servicio cristiano. Los invasores normandos de Sicilia, desde 1060, alentados por el apoyo y los estandartes papales, eran contemplados por unos cuantos como auténticos campeones de la fe. Sus tropas tomaban la comunión antes de la batalla; sus esfuerzos se mantenían gracias a las visiones de los santos; y un cronista italiano —que murió en 1085, así que no gozó de la perspectiva a posteriori de la Primera Cruzada, que a la postre corrompió a las otras concepciones— recoge que el caudillo normando Roberto Guiscardo declaró su deseo de liberar a los cristianos del gobierno musulmán y «vengar las heridas causadas a Dios».[37]

Las peregrinaciones y la guerra avanzaron casi de la mano. La campaña pisana de Al-Mahdiya, en 1087, llevaba consigo un pere-

grinaje a Roma. Los franceses eran asiduos a los peregrinajes a Compostela, tanto como a la Reconquista.* La concesión de indulgencias por parte del papa Alejandro II —si se produjo de verdad— ha recibido diversas interpretaciones, como aplicables ora a la guerra, al peregrinaje, o ambas cosas.[38] La enigmática referencia de Gregorio VII al Santo Sepulcro en 1074 deja entender una mezcla de ideas, nada sorprendentes en un papa tan preocupado con las ramificaciones de la confesión y la penitencia como con la guerra. En parte, sin duda, como consecuencia del aumento de los peregrinajes, sobre todo a Jerusalén, atestiguados por los musulmanes tanto como por los observadores occidentales, y en sí mismo como resultado del aumento del poder bizantino en los Balcanes y en el Mediterráneo oriental bajo el emperador Basilio Bulgaroctonos (muerto en 1025), se experimentó un innegable sentimiento de indignación ante la destrucción arbitraria de la iglesia del Santo Sepulcro por parte del inestable califa fatimí de Egipto, Al-Hakim, en 1009. Tanto si es cierto como si no lo es que el papa Sergio IV (1009-1012) quisiera fomentar la creación de una flota cristiana de socorro con la promesa de indulgencias, las noticias del ultraje corrieron por todo Occidente. En un funesto anunciamiento del antisemitismo de los posteriores guerreros santos de Jerusalén, un cronista de la Borgoña, Raúl Glaber (muerto en 1046), atestiguó que las comunidades judías de Francia fueron acusadas —contra toda lógica— de haber instigado a Al-Hakim y, en consecuencia, fueron objeto de violentas persecuciones.[39] En otros lugares, los cronistas contemplaron las guerras de la península Ibérica, en busca de beneficios, o la defensa veneciana de Bari contra los musulmanes, en 1003, como enfrentamientos inspirados por la fe; en realidad, cabe la posibilidad de que los propios combatientes pensaran los mismo. En el transcurso de 1015-1016, el papa Benedicto VIII (1012-1024) aprobó declaradamente un ataque pisano y genovés contra las bases piratas de los musulmanes en Cerdeña. El monje lemosín Ademar de Chabannes (muerto en 1034) no solo se hizo eco de la difamación antisemita acerca de la destrucción del Santo Sepulcro —a la que añadió detalles morbosos sobre las monstruosidades cometidas contra los cris-

* En castellano en el original. (*N. de los t.)*

tianos de Oriente—, sino que además mencionaba con frecuencia las campañas llevadas a cabo contra los moros en la península Ibérica y, en la descripción de un supuesto ataque musulmán sobre Narbona hacia 1018, contó que los defensores cristianos recibieron la comunión antes de entrar en combate. Ademar, que se refería con orgullo a sus belicosos tíos laicos, reveló un mundo en el que la religiosidad y la violencia estaban tan próximos como sus parientes, laicos y clérigos.[40]

A partir de 1060, el papado reformado aplicó sus teorías de la guerra justificada a las campañas contra los infieles con mucha mayor energía y precisión legal que las que ellos habían destinado contra sus enemigos cristianos. En Sicilia, el espíritu de la guerra santa fue cuidadosamente alimentado, llegándose a usar el recurso extravagante, pero políticamente útil, de nombrar al comandante militar —el conde Roger, hermano menor del igualmente belicoso Roberto Guiscardo— como legado del papa, representante de su santidad en el gobierno de la iglesia dentro de la isla recién conquistada. Aunque parece ser que muchos aspectos de la guerra santa de Reconquista en la península Ibérica fueron consecuencia de la Primera Cruzada, y no a la inversa, España atrajo el interés de los papas y los caballeros francos y encajaba perfectamente, incluso en una posición central, en los cada vez más grandiosos conceptos del destino mundial, de los que hacían proselitismo no solo los apologistas del pontífice, sino también los reformistas monásticos. Glaber, un benedictino de Cluny cuya orden tenía un interés prolongado y directo tanto en los reinos cristianos del norte de España como en el fomento del peregrinaje, salpicó sus crónicas con relatos de peregrinaciones a Jerusalén —que temía hubieran sido maltratados, como mero accesorio a la moda, por aquellos que buscaban prestigio en lugar de penitencia—; los enfrentamientos cristianos contra los moros en la península y, en una ocasión, contra los eslavos del otro lado del Elba; y los movimientos de la Paz y la Tregua de Dios. Glaber no abrigaba la menor duda acerca de la eficacia de todos estos elementos; incluso la actitud de los monjes que habían roto sus votos e in extremis tomaron las armas, se contempló como una forma de ganarse la salvación.[41] En este contexto, la aprobación por parte del papa y las concesiones de determinados privilegios espirituales a los guerreros que lucharan contra los infieles causarían po-

cas sorpresas. Es bastante probable que, en 1064, Alejandro II ofreciera la indulgencia de todas las penas y remisión de todos los pecados a quienes combatieran contra los gentiles en España. En 1074, Gregorio VII anunciaba «la recompensa de la Eternidad» para los reclutas que marcharan en contra del infiel (y de otros objetivos, también). En 1089, el propio Urbano II instó a la colonización de la devastada ciudad fronteriza de Tarragona, como acto de penitencia. La reconstrucción de la ciudad fue descrita usando términos militares, como si se ofreciera un muro de Cristiandad contra los musulmanes; quienes se unieran a la empresa podrían sustituir con ella cualquier peregrinaje penitencial previsto, incluido el de Jerusalén, gracias a lo que más tarde se denominaría expresamente como «indulgencia de tus pecados».[42]

Teorías y prácticas de guerra moralmente justa y espiritualmente meritoria se habían desarrollado de forma irregular, en respuesta a los cambios de las circunstancias políticas, los puntos de vista religiosos y el comportamiento social. Muchos se aferraron a los viejos conceptos de pecado y guerra espiritual. Algunos simularon sentirse conmocionados —o tal vez se sintieron así, sin fingimientos— cuando en 1095 Urbano II propuso una combinación no apologética ni equívoca de guerra y penitencia. Pero la prehistoria de la Primera Cruzada fue larga e insigne. La guerra santa contra los infieles —que, hacia finales del siglo xi, parecían hallarse si no en retirada, sí por lo menos susceptibles de ser atacados en términos de igualdad— ofreció un medio de expresión moralmente legítima para una aristrocracia cuya autoridad social y sólida cultura sirvió para subrayar su vulnerabilidad espiritual. Los desechos de las justificaciones legales, bíblicas, patrísticas y clásicas, lanzadas como ayuda por la experiencia real del período carolingio y por los ecos idealizados de este, consagrados en las *chansons de geste* vernáculas, suministraron el material a partir del cual podrían construirse teorías innovadoras sobre la guerra santa. El catalizador fueron tanto las perspectivas y los intereses del papado reformado como las amenazas externas que representaba el islam: juntos conformaron el escenario en el que actuó Urbano II. Pero buena parte de lo que fue proclamado como nuevo por el llamamiento a las armas de 1095 no era más que vino viejo en odres nuevos; la prensa de la que habían salido estaba ya sucia por el tiempo y el uso.

Capítulo 2

¡MARCHAD A JERUSALÉN!

El sermón predicado por el papa Urbano II en el exterior de la catedral de Clermont, en la Auvemia, el martes 27 de noviembre de 1095, ha sido contemplado como la puesta en marcha de uno de los acontecimientos de mayor renombre entre los sucesos históricos de la Europa occidental y la Cristiandad. La historia ha resonado a lo largo de los siglos: la historia de cómo decenas de miles de personas se desarraigaron voluntariamente para luchar por la liberación de Jerusalén, un lugar situado a una distancia física que escapa a la imaginación, pero de atractivo omnipresente e inmediato; de cómo, sufriendo pérdidas horribles y dificultades atroces, seguían adelante, penosamente, hasta convertirse en un ejército que parecía luchar tanto en una guerra del espíritu como de la carne; de cómo vencieron adversidades de apariencia fatal, por el clima, el terreno, la hostilidad local y la superioridad numérica del enemigo en reiteradas batallas y escaramuzas desesperadas; y de cómo, después de tres años de camino, los supervivientes irrumpieron en la Ciudad Santa, reclamándola para la Cristiandad, tal como señalaba un testigo turbado, cuatrocientos sesenta años después de haberla perdido a favor del islam, bajo el mandato del emperador Heraclio.[1] Si la respuesta al llamamiento de Urbano asombró a todo el mundo y escandalizó a unos cuantos, el resultado ofrecía su propia justificación, al crear una leyenda que alimentó las imaginaciones de los europeos occidentales, despertó sus emociones y los persiguió en sus pesadillas.

La luminosidad de la historia del triunfo sobre la adversidad en la causa de Dios —que brilla con tintes de épica, romanticismo,

aventuras, entusiasmo, *glamour,* heroísmo y aun presencia de lo sobrenatural— proyecta tantas sombras como luces. Convenía tanto a los promotores y apologistas como a los propios héroes conquistadores, los soberbios jerosolimitanos, representar esta guerra santa como un texto coherente, con los ejércitos bien definidos y un modelo de batalla muy claro. La historia de la marcha hacia Jerusalén era tan confusa, que no logró encajar en un modelo literario aceptable y aceptado, ni tampoco en otro de naturaleza teológica, y supuso un reto para las adornadas memorias de cuantos guerreros de Cristo habían regresado. Muy lejos de constituir un trueno repentino o un salto al vacío, la concepción y persecución de lo que ahora se conoce como Primera Cruzada, aunque tal vez fue algo inesperado, no resultó del todo extraña, si bien buena parte del proceso permanece aún en terreno ignoto e incognoscible.

La versión tradicional —en gran medida, derivada de las crónicas contemporáneas, que reflejaban las experiencias y puntos de vista de los contingentes y los comentaristas de la zona del norte y el sur de Francia, combinadas con un punto de vista característico de la Lorena— describe una serie de ejércitos que partió desde Occidente entre la primavera y el otoño de 1096, como respuestas populares explosivas a la inspiradora y novedosa prédica de Urbano II y sus adeptos y representantes; el lugar señalado para el encuentro era Constantinopla, a la que todos habían llegado a finales de mayo de 1097. Los contingentes anteriores —algunos de ellos vinculados con el carismático orador Pedro el Ermitaño, y a menudo mal llamados «cruzados campesinos»—, tras enzarzarse en ataques destructivos contra las comunidades judías de Francia y la Renania, siguieron haciendo gala de la misma indisciplina cuando fueron aniquilados por lugareños encolerizados, durante varias marchas por los Balcanes; y los que por fin alcanzaron Constantinopla, fueron masacrados en su primer encuentro militar serio con los turcos de la zona occidental del Asia Menor, en el otoño de 1096. Los ejércitos de la llamada «cruzada principesca», con más disciplina, pericia militar, contactos diplomáticos y presupuesto económico, salieron mejor parados. Estaban capitaneados por grandes nobles, como los duques de la baja Lorena y Normandía, los condes de Tolosa, Boulogne, Flandes y Blois, los hermanos del rey de Francia y el conde de la Apulia, y acompañados por destacados eclesiásticos, entre los que se contaba

un legado papal, así como por un nutrido grupo de caballeros, tanto dependientes como libres, junto con los soldados de a pie, los siervos y servidores, los acompañantes de los ejércitos y peregrinos con subvención. Todos estos ejércitos se fusionaron en el sitio de Nicea, cerca de la orilla asiática del Bosforo, en junio de 1097.

Con la ayuda financiera y militar del emperador bizantino, este ejército preparado, pero dispar, tuvo que luchar para abrirse camino por la Anatolia, antes de penetrar a saco en el norte de Siria, en octubre de 1097. Durante el extraordinatio sitio de Antioquía (de octubre de 1097 a junio de 1098), durante el cual las terribles condiciones materiales y el miedo a la vulnerabilidad militar fueron causa de numerosas deserciones, y tras una derrota casi milagrosa de las fuerzas de socorro sirias, el ejército occidental halló sustento para su moral en las visiones, las reliquias y una creencia cada vez más firme en su condición providencial. Tras su paso, varias zonas de la Cilicia armenia, algunos puertos de la costa norte de Siria y la ciudad de Edesa (al otro lado del río Éufrates, en el norte de Iraq) cayeron bajo el control de los occidentales o quedaron sometidas a una influencia real. Tras discusiones internas sobre la primacía y la distribución de la tierra, después del fallecimiento del legado papal (en agosto de 1098), la mayoría de los dirigentes se unieron a la marcha final, que, prácticamente sin encontrar obstáculos, bajó por Palestina en mayo de 1099, hasta llegar a Jerusalén el 7 de junio. Después de un asedio desesperado, en la aridez del pleno verano, con la amenaza de un ejército de socorro egipcio cada vez más próxima, la ciudad fue asaltada de forma sangrienta el 15 de julio y su ocupación se vio confirmada por una victoria inesperada contra los egipcios, en Ascalón, al cabo de un mes. Dejaron una guarnición en Jerusalén, a las órdenes de Godofredo de Bouillon, y el grueso de las tropas, con sus promesas bien cumplidas, regresó a casa, la mayoría por vía marítima; sus hazañas fueron objeto de imitación, aunque inmediata, también infructuosa, en concreto por parte de los ejércitos de Lombardía, Baviera y Francia (1100-1102), y recibieron elogios casi universales. Sea cual sea el criterio con el que se los juzgue, los éxitos alcanzados por la expedición de Jerusalén fueron formidables.[2]

Al explicarse estos sucesos espectaculares en términos de voluntad divina, los contemporáneos no tuvieron necesidad de ahon-

dar mucho —ni tampoco se vieron inclinados a hacerlo— en la gestación, el propósito, el cálculo o la naturaleza del llamamiento de Urbano II. Y aún fueron menos capaces de desarrollar una mirada exhaustiva, que abarcara todas las operaciones relacionadas con el viaje a Oriente. Por más que hubiera disensiones entre las tradiciones locales, con respecto a los detalles (por ejemplo, las diversas provincias que alardean de haber sido la cuna del primer hombre que traspasara los muros de la Ciudad Santa), y aunque contamos por lo menos con un relato (el del lorenés Alberto de Aquisgrán) en el que se atribuyó la inspiración original de toda la empresa a Pedro el Ermitaño, antes que al papa, de hecho los acontecimientos se explicaron y justificaron a sí mismos, sin despertar angustia por lo que debió de suceder; no más allá de donde alcanzaban los ojos y los oídos del escritor y sus fuentes. De este modo, los relatos directos e indirectos de los testigos, muchos de los cuales se alimentaban unos de otros, resultaron ser parciales y artificiosos, literarios y didácticos. Raimundo de Aguilers, capellán del conde de Tolosa, confiesa su temor ante la posibilidad de que los hechos de los vencedores de 1099 pudieran verse tergiversados por rumores extendidos por «inadaptados de la guerra y cobardes desertores». Su franqueza podía consentirlo todo:

> Hay constancia de que el ejército de Dios, aunque sostuvo el látigo del Señor por sus pecados, sin embargo triunfó por encima de todo el paganismo gracias a Su amorosa bondad. Pero se antoja demasiado tedioso escribir sobre cada uno de los viajes, puesto que algunos marcharon a través de Esclavonia, otros por Hungría, la Lombardía o el mar. Así, nosotros nos hemos ocupado en escribir a propósito del conde de Saint-Gilles, el obispo de Le Puy, y su ejército, sin atender a los demás.[3]

En consecuencia, por más que se trate del más famoso de los episodios de su tiempo y su lugar, quedan muchos aspectos de la Primera Cruzada que siguen siendo confusos e irrecuperables. No son de naturaleza únicamente personal los motivos que eluden un análisis minucioso. Después de que cinco grupos identificables de cruzados antisemitas hubieron abandonado la Renania a principios de junio de 1096, se sucedieron más ataques contra las comunida-

des judías en los meses de junio y julio, por el norte, en Xanten, Geldem, Neuss, Wiehr y Wevelinghoren, que hasta entonces se habían librado de los pogromos. ¿Quiénes eran en concreto aquellos criminales?, ¿quién estuvo al mando y qué sucedió en realidad? Son hechos completamente oscuros, todavía. Cuando Pedro el Ermitaño llegó a Constantinopla en agosto de 1096, descubrió que allí ya se encontraba un gran ejército, constituido por italianos; pero de nuevo, ni su procedencia, ni su liderazgo, ni la organización o la ruta que siguieron dejaron rastro alguno en las fuentes conservadas. Cuando el ejército de los príncipes llegó a las inmediaciones de Antioquía en octubre de 1097, descubrió que dos puertos cercanos, situados en la costa norte de Siria, San Simeón y Latakia, ya habían sido capturados por flotas occidentales, entre las que había genoveses y *angli* (literalmente, «ingleses»). Tal vez habían actuado de común acuerdo con los líderes de los cruzados o con el emperador de Bizancio, pero tal vez no. Durante los dieciocho meses siguientes, fueron apareciendo de forma regular barcos occidentales en aguas de Oriente, sin ninguna explicación clara sobre sus orígenes, igual que en el caso de otra flota de *angli,* que arribó a San Simeón en marzo de 1098, tras haber hecho escala en el puerto italiano de Lucca. Estos navegantes, otros grupos bastante numerosos y varios miles de sujetos que se unieron al «gran movimiento» *(motio valida*) cuentan con muy poca historia, cuando cuentan con alguna.[4] Generalizar acerca de sus expectativas y sus experiencias es intrínsecamente vano y, posiblemente, distorsionador. La imagen de la Primera Cruzada está bastante lejos de ser definida, bien delineada o estable, a pesar de la importante atención que ha despertado durante más de novecientos años. Su historia no puede ser más que provisional e incompleta; una auténtica leyenda.

Cuando Urbano II se levantó ante la multitud, al término del concilio de Clermont, tampoco estaba desprevenido. En marzo de 1095, en un concilio celebrado en Piacenza (en la Lombardía), embajadores del emperador de Bizancio, Alejo I Comneno, solicitaron ayuda militar contra enemigos hostiles; era solo la última en una larga cadena de peticiones similares. Hacía pocos años, Alejo había pedido a Urbano que organizase ayuda para repeler a los pechenegos en los Balcanes. Después, según una fuente occidental, los enemigos fueron descritos como «paganos» que amenazaban a los cris-

tianos de Oriente y llegaban incluso a suponer una amenaza para la propia Constantinopla.[5] Fuera cual fuese la validez estratégica de aquellas solicitudes, la combinación del peligro militar y la solidaridad religiosa trajo consigo ecos sonoros del programa de la década de 1070. Urbano dirigió la ocasión en beneficio de sus propios objetivos. Tras varios años a la defensiva —desde la expulsión de Gregorio VII de Roma, por parte de los imperialistas, en 1048—, el partido papal había empezado a consolidar su posición en Italia, Francia y Germania. El concilio de Piacenza —clara demostración del poder papal, en cuanto supuso la primera asamblea eclesiástica internacional del pontificado de Urbano— fue testigo del gregorianismo en acción, pues se enjuició el estado de la iglesia y la moralidad del clero y se debatieron los pecados de emperadores y monarcas; en especial la conducta de Enrique IV de Germania y el adulterio de Felipe I, el Gordo, de Francia. La última petición griega podía entrar a formar parte de la reafirmación de la confianza en el papado. Se tiene noticia de que el sumo pontífice exhortó a «muchos» a que prometieran ayudar a Alejo contra los «paganos», tomándoles juramento.[6]

Para sacar provecho de lo alcanzado en Piacenza, Urbano preparó un complejo viaje por Francia, el primero que realizaba un papa desde hacía casi medio siglo. Tenía que culminar en el concilio de Clermont, al que asistirían por lo menos trece arzobispos, ochenta y dos obispos, incontables abades y una hueste de clérigos. El alcance geográfico de esta concurrencia fue impresionante, pues se extendía desde los reinos anglo-normandos y Artois, en el norte, hasta la Alta Austria en el este, e Italia, por el sur; reunir a semejante conjunto de personas tuvo que ser fruto de semanas, si no meses, de trabajo; la empresa no fue azarosa ni espontánea, sino premeditada. No obstante, el concilio suponía solo una parte de los asuntos papales, así como de su itinerario. Urbano llegó a la Provenza en julio de 1095. Durante los catorce meses siguientes, antes de regresar a Italia en septiembre de 1096, realizó un único viaje papal, que abrazó buena parte de los territorios del sur, el centro, el oeste y el sureste de Francia: la Provenza, el Languedoc, el valle del Ródano, la Borgoña, la Auvemia, el Limousin, Anjou, Maine, laTurena, Poitou, el Bordelais, salpicando su viaje con ceremonias llenas de teatro, reuniones y predicaciones en algunos de los centros religiosos y

urbanos más importantes: Nímes, Aviñón, Lyon, Cluny, Macón, Clermont, Limoges, Angers, Le Mans, Tours, Poitiers, Burdeos, Moissac, Tolosa, Carcasona, Montpellier y Arlés. El hecho de que evitara los territorios controlados directamente por el rey capeto, en el Orléannais y la íle-de-France, y de los enemistados herederos de las tierras anglo-normandas, Guillermo II de Inglaterra y el duque Roberto de Normandía, se debió a causas políticas y era completamente intencionado; el rey francés iba a ser excomulgado en el concilio de Clermont; los normandos estaban demasiado anticuados en el control de sus clérigos —para su beneficio, y no el de la iglesia— y eran demasiado ambivalentes en su lealtad hacia la causa de Urbano, como para resultar cómodos. Flandes y Lorena estaban demasiado al norte y muy próximos a imperialistas poderosos. El impacto de la visita pontificia fue grande; la presencia física de una figura tan augusta atrajo una atención especial en regiones poco habituadas a viajes tan magníficos.

Cuando llegó a Clermont, en noviembre, Urbano llevaba cuatro meses por los caminos, visitando centros de importancia laica y religiosa, en Pro venza, el Languedoc y la Borgoña; entre ellos su *alma mater,* la abadía de Cluny, en la que el 25 de octubre inauguró el altar mayor de la nueva iglesia que el abad Hugo había empezado a construir, cuyas ruinas aún se conservan como recuerdo de la formidable escala y la grandeza del monaquismo cluniacense. Antes de llegar a Clermont, es casi seguro que había tratado de su proyecto oriental con Raimundo IV de Saint-Gilles, conde de Tolosa, un veterano de las guerras en la península Ibérica, y con Ademar de Monteil, obispo de Le Puy, ambos futuros personajes centrales de la expedición; y también con el obispo de Cahors y, con gran probabilidad, con el arzobispo de Lyon y el abad de Cluny, además de con los cardenales y los clérigos italianos que participaban del séquito, lo que incluía a Daimberto, arzobispo de Pisa, que años más tarde fuera patriarca de Jerusalén, después de su reconquista en 1099. Se solicitó a los diocesanos que fueran a asistir al encuentro de Clermont que trajeran consigo a los más poderosos potentados de sus regiones (*excellentiores principes)-,* el obispo de Arras recibió una calurosa petición por Parte de su arzobispo para que invitara a Balduino de Mons, conde de Hainault, que más adelante se uniría al proyecto y perdería la vida en una emboscada, mientras participaba en una embajada para el

emperador griego, en Asia Menor, en 1098.[7] En Borgoña persiste la creencia de que, en un concilio regional celebrado en Autun, que posiblemente tuvo lugar durante la estancia de Urbano a finales de octubre de 1095, de camino hacia Clermont, «se tomaron los primeros juramentos del viaje a Jerusalén».[8]

La coherente correspondencia de Urbano II con lo que más tarde se pensó que había dicho en Clermont —según los testigos— y con las percepciones contemporáneas —reveladas en las cartas de soldados o relatos como el de Foulques *le Rechin* (el Grosero), conde de Anjou, que nos legó una descripción de la predicación del papa en el valle del Loira a principios de 1096— apunta con decisión a que Urbano viajó a Francia con la mayoría de los elementos, si no todos, de su proyecto oriental ya organizados en su sitio: un viaje de penitencia a Jerusalén, de combatientes armados y dispuestos a recuperar el Santo Sepulcro para «liberar a la Cristiandad» y a los cristianos de Oriente; la expedición que haría ganar a los guerreros la reparación de sus penas y la remisión de los pecados, señalada por un juramento que fortalecería la obligación y con la adopción de la señal de la cruz como distintivo de quienes, según palabras incluso de un rencoroso crítico papal, habían cambiado la «milicia terrenal» *(militia mundi)* por la «milicia de Dios» *(militia Dei*).[9] Consigo llevaba Urbano reliquias de la Vera Cruz, de las cuales usó una para consagrar la iglesia abacial de Marmoutier (cerca de Tours), en marzo de 1096, un suceso que coincidió con el reclutamiento de potentados locales, «en presencia del papa, mientras adjuntaba a sus ropas la insignia de la Santa Cruz».[10] Tomar la cruz se convirtió en el gesto emblemático y definitorio de los cruzados. Las cruces que llevaban solían ser de tela, de lana o, en ocasiones especiales, de seda, suficientemente grandes como para que se vieran, pero también lo suficientemente pequeñas como para poder coserlas en el hombro de una capa o túnica.

El plan era meticuloso y respondía a un proyecto mayor. En el concilio de Clermont, el decreto de Jerusalén fue solo uno más de entre otros treinta, que promulgaban una Paz general y se ocupaban de cuestiones sobre la penitencia, la organización eclesiástica y la disciplina, la simonía, el matrimonio de los clérigos, las investiduras laicas y el santuario. El llamamiento a las armas se asentó de lleno en esta reafirmación de la disciplina eclesiástica, la reforma mo-

ral del clero y el laicado y la autoridad pontificia. Godofredo, abad de Vendóme, recordaba que Urbano había distinguido personalmente entre encarecer el viaje al laicado y prohibírselo a los monjes, señales de disciplina confirmadas en la propia correspondencia de Urbano. La autoridad espiritual del papa y la temporal se manifestaban en la garantía de la remisión de los pecados y el nombramiento de Ademar de Le Puy como jefe de la expedición, «en nuestro lugar», según escribió Urbano a los flamencos en diciembre de 1095, hecho que confirmó la entusiasta respuesta.[11] El vínculo entre el viaje a Jerusalén y la política del poder papal impresionó de tal forma al chismoso escritor inglés Guillermo de Malesbury, una generación más tarde, que este insinuó que Urbano había orquestado toda aquella idea con la sola intención de agitar y confundir las aguas y, con ello, recuperar Roma.[12] Sin embargo, si en el contexto hallamos un replanteamiento de los ideales y las prácticas gregorianas, la expedición a Jerusalén fue novedosa y distinta, una audaz y radical reformulación de las ideas gregorianas y los expedientes que afectaban a las penitencias, la guerra y la regeneración moral, presentada en una sucesión de manifestaciones públicas cuidadosamente preparadas, de las cuales la de Clermont fue solo la más espléndida, y, en realidad, ni siquiera la más exitosa.

El discurso de Urbano II en Clermont constituyó la primera declaración pública de su nueva concepción de la guerra santa, tal cual hoy la conocemos. El acontecimiento fue organizado con el mayor esmero, cargado con una teatralidad destinada a fijar una imagen y un recuerdo concretos. En una sociedad alfabetizada solo en parte, las ceremonias hacían las veces de medios informativos, de exhortación y de debate oficial, como en las habituales apariciones públicas del monarca tocado con la corona y las parafemalias regias, como las de Guillermo el Conquistador, o en las reuniones de la Paz y Tregua de Dios. En el reiterado ritual familiar de la liturgia eclesiástica, la misa exponía con especial fuerza los temas básicos de la relación entre Dios y el hombre, el pecado y la redención; ofrecía un marco ideal para predicar la expedición a Jerusalén. En Clermont, la presencia de una figura tan destacada como la del propio pontífice concedió más poder a la imaginería del lenguaje y la acción, y el sabor de la penitencia en su mensaje cristocéntrico se vio reforzado por el hecho de proclamarlo cinco días antes del inicio de

la estación penitencial del Adviento. Durante el discurso, los gritos de la consigna «Deus lo volt!», probablemente instigados por una *claque* papal, sirvieron para que la congregación participara en el ritual y se representara, de forma simbólica, la aceptación correcta y sumisa de la guía divina.[13] En Clermont, la falta de familiaridad con las nuevas formas del ritual —en especial, el hecho de llevar la cruz— y la incertidumbre sobre cuál era la respuesta correcta supusieron algún que otro problema. Como todos los discursos evangelistas, el sermón de Urbano pedía una reacción tanto física como vocal; pero nada es más poderoso, a la hora de destruir el mensaje de un ritual, que la inquietud o la confusión en su representación. Los predicadores de la siguiente cruzada no albergaron la menor duda con respecto a la importancia que un miembro del público podía adquirir como ejemplo (por usar una analogía con los evangelistas cristianos modernos, como cuando un miembro de la congregación «se apresura» a recoger la cruz). Se solía colocar a los «conversos» de modo que fuesen los primeros en responder de esta forma, al final del sermón.[14] En Clermont, este papel lo representó Ademar de Le Puy, quien, siguiendo las indicaciones de Urbano, demostró a los demás lo que de ellos se esperaba, cogiendo la cruz sin demora; se habían preparado ya unas cuantas cruces con anterioridad, según algunos testimonios. Al final de la consiguiente toma de juramentos, un cardenal guiaba a la congregación en una confesión general, oficio bien conocido por todos los asistentes a la misa. El ceremonial del compromiso, la confesión, la penitencia, el juramento y la cruz demostraron ser icónicos y de enorme efecto; su imaginería y lenguaje dotaron de una identidad característica a los reclutas del *exercitus Dei.* Algunas de estas personas «señaladas» con la cruz se veían a sí mismas como *peregrini* y recibían los símbolos más característicos del peregrinaje, como por ejemplo el cendal o la burjaca y el bordón. De este modo, la novedad y la familiaridad quedaban mezcladas de una forma satisfactoria y efectiva. La cruzada y el peregrinaje constituían elementos distintos por su origen. Pero la correspondencia oficial y los cronistas apuntan a una rápida fusión de lenguaje, imágenes e ideología; escrituras que registraban transacciones realizadas sobre la propiedad de cruzados que habían partido a Tierra Santa hablaban de los viajes de penitencia con tanta frecuencia como de la guerra explícita, siendo los modelos de con-

trato similares a los firmados por los anteriores peregrinos; en muchas ocasiones es bastante complicado observar la diferencia entre unos y otros. Numerosos miembros del peregrinaje masivo que de Germania partió hacia Jerusalén en 1064-1065 —se cuenta que ascendían a siete mil— vestían ya, según uno de los relatos, cruces. Las posiciones y los rituales sociales de la nueva guerra de Urbano y del peregrinaje tradicional fueron, en muchas ocasiones, idénticos; para mayor preocupación del pontífice, al parecer, muchos tomaron la cruz o la siguieron en 1095-1096 con muy pocas habilidades militares, o ninguna, y sin intención de combatir.[15] La clave del éxito de Urbano en 1095-1096 radica en la incorporación de imágenes y de emociones ya existentes en un concepto nuevo de la espiritualidad secular.

De hecho, en la medida en que podemos determinarlo, el discurso de Clermont demostró ser, en aquella época y hasta cierto punto, un fiasco. Asistieron muy pocos potentados laicos; ni siquiera el conde de Tolosa, por citar solo un caso. Pocos obispos se molestaron en registrar el decreto del concilio que atañía a la expedición jerosolimitana, quedándose la mayoría solo con copias de aquellos cánones que afectaban a la reforma de la iglesia. Los concilios eclesiásticos provinciales que se celebraron con posterioridad al de Clermont —como sucedió por ejemplo con el de Ruán— ignoraron la cuestión de Jerusalén. No ha sobrevivido ninguna versión oficial de lo que Urbano afirmó realmente en Clermont. Tres testigos hicieron constar sus versiones, pero más adelante, solo después de que el éxito de la expedición hubiera moldeado ya las actitudes y perspectivas. Incluso entonces, estaban en desacuerdo los unos con los otros y usaron el discurso para reflejar sus propias visiones de lo que más adelante habían considerado digno de reconocimiento. La afectada calidad literaria de estos relatos fijó un modelo para los subsiguientes ejercicios de propaganda, convirtiéndose entonces el sermón inspirador prefabricado en un tópico familiar de la literatura de las cruzadas, si no de la práctica; pero no se recogen en ellos las palabras del propio Urbano. En noviembre de 1095, el éxito no era inevitable, en ningún caso. En gran medida, el impacto del mensaje de Urbano dependía de las posteriores habilidades publicitarias del mismo papa, habilidades que demostraron ser, no obstante, absolutamente formidables.

Como elemento clave dentro de la estrategia concebida para afirmar los propósitos políticos y morales del pontificado, el programa de Urbano reflejaba sentimientos fundamentales para su comprensión personal de la Cristiandad, la historia cristiana y la función del papado en la reforma. Un examen minucioso del pensamiento de Urbano ha dejado al descubierto que su enfoque intelectual con respecto a la unidad y la integridad del cristianismo —y de ahí la aventura de Jerusalén— estaba determinado por una visión particularmente esquemática de la historia del cristianismo: un retrato idealizado de la pureza de la iglesia primitiva; la corrupción que sufrió por los pecados del hombre, que permitieron que los antiguos centros cristianos fueran conquistados por el islam desde el siglo VII; la recuperación cristiana en el siglo xi de las tierras perdidas en la península Ibérica, Sicilia y, por último, la zona oriental del Mediterráneo; esta reconquista representaba una oportunidad de renovación general de los cristianos por medio de la gracia divina, un proceso en el que el papa actuaba como ejecutor y colaborador de Dios.[16] De ahí la dualidad instrínseca en el proyecto solimitano de Urbano: los objetivos materiales —ayudar a Bizancio y a los cristianos orientales y reconquistar la Ciudad Santa— estaban enredados con el propósito trascendental de servir a Dios mediante la liberación del Santo Sepulcro, como acto individual y colectivo de piedad y redención. Trascendiendo el debate académico sobre la guerra santa, que se había desatado en el círculo de los intelectuales papistas (verbigracia Anselmo de Lucca, Juan de Mantua, Bonizo de Sutri), Urbano, siguiendo la lógica de su mentor Gregorio VII, sostuvo en 1095-1096 que no solo la guerra era meritoria —y, por lo tanto participar en ella, no constituía un acto reprobable—, sino que gozaba de la misma condición una lucha que, reconvertida en un acto religioso en el que se combinaba la penitencia y la caridad, «por amor a Dios y al prójimo»,[17] proporcionaría un mérito considerable, más que una expiación debida, tal como sucedió con las tropas de Guillermo de Normandía en Hastings, en 1066. Para recalcar la naturaleza excepcional de esta empresa y la condición especial de sus participantes —probablemente, en Clermont, y con certeza hacia el final de su periplo por Francia— Urbano II añadió ciertas regulaciones pensadas para proteger la propiedad de los cruzados, para impedir que los maridos abandonaran de forma unilate-

ral a sus esposas, para prohibir una participación indiscriminada de monjes y clérigos y para asegurar que se buscaba el consejo de los sacerdotes locales. Un testigo del acto de Clermont indicó unos años más tarde que Urbano había intentado prohibir la participación de las mujeres sin vigilancia, de los viejos, los enfermos y los pobres, a menos que estuvieran subvencionados por los más acaudalados.[18] Estas normas simplemente señalaban la innovación central de la indulgencia plenaria, la remisión de los pecados, por luchar en la guerra santa. Resultó una cuestión controvertida en dos aspectos: la guerra santa quedaba entonces clasificada como un acto penitente; y el papa estaba asumiendo la autoridad de Cristo, al parecer que condonaba los pecados, no solo la penitencia. Por más desazón académica que se hubiera despertado, en realidad las innovaciones provocaron escasa resistencia, y, desde luego, aún menos después del éxito de la expedición.

Jerusalén constituía la piedra angular del concepto que Urbano había desarrollado al respecto de la guerra penitente en 1095. El decreto de Clermont, conservado por el obispo de Arras y repetido casi textualmente por el papa en una carta enviada a Bolonia en septiembre de 1096, era inequívoco: «Cualquiera que solo por devoción, no para ganar honor o dinero, vaya a Jerusalén a liberar la iglesia de Dios, puede reemplazar con este viaje toda su penitencia».[19] En una misiva enviada a sus partidarios en Flandes, fechada a los pocos días del discurso de Clermont, Urbano habló de la conquista musulmana y del saqueo de la iglesia oriental:

> Aún peor, se han apoderado de la Ciudad Santa de Cristo, adornada por su pasión y su resurrección y ... la han vendido, a ella y sus iglesias, a una esclavitud abominable ... nosotros hemos visitado la Galia y hemos apremiado a los señores más fervientes y a los súbditos de esta tierra para que liberen las iglesias orientales ... [y] les hemos impuesto la obligación de asumir esta empresa militar para la remisión de todos sus pecados.[20]

Las descripciones contemporáneas a esta predicación en el valle del Loira, de las que se hacen eco numerosas cartas redactadas por destinatarios monásticos de las propiedades de los guerreros que partían a Oriente, confirman que Urbano alentó al pueblo a

«marchar hacia Jerusalén para expulsar a los infieles». Tal como lo manifestó en una misiva remitida a los monjes de Vallembrosa en octubre de 1096, sus reclutas «se encaminan a Jerusalén con la buena intención de liberar a la Cristiandad».[21] Devolver a la Cristiandad el escenario de la iglesia ideal, tal como consta en los Hechos de los Apóstoles, representó algo más que una mera estratagema propagandística o una concesión y una capitulación al populismo mal informado, según han insinuado historiadores del siglo xx como Cari Erdmann. Más bien se diría que fue señal de la suma *libertas ecclesiae* que todo el movimiento reformista de la iglesia se había estado esforzando por conseguir durante los cincuenta años previos.

La Jerusalén del siglo xi, al igual que en otras épocas, aludía en la misma medida a una ciudad terrenal que a una ideal. Se mantenía como metáfora —«la Ciudad Santa, la celestial Jerusalén de Dios», según rezaba un documento de la realeza inglesa datado en 1093— para el mundo redimido por Cristo.[22] Jerusalén podía representar una condición y una aspiración espiritual, igual que en la vida religiosa de un individuo o de una comunidad, o sus atributos podían desplazarse geográficamente para crear una realidad virtual, mediante las reliquias y los lugares santos. A mediados del siglo XII, la abadía de Claraval fue vinculada a Jerusalén por su abad, san Bernardo, tal como lo habían sido las cortes imperiales de Carlomagno o de Bizancio. Con una omnipresencia constante, la liturgia recreaba escenas de Jerusalén en la misa o representaba episodios enteros, como en las obras de Pascua, cada vez más populares, todas ellas un breve destello de la Ciudad Santa. Pero pese a su estado de lugar limítrofe, suspendida entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, Jerusalén mantuvo su doble naturaleza física a la vez que ideal, temporal al tiempo que espiritual, corporal y sobrenatural. En los siglos x y xi su alejamiento —*loca remotissima,* tal como los describió uno de los historiadores de la expedición de Urbano—[23] y su vinculación con la vida de Cristo, la Pasión y la Resurrección aseguraron a la ciudad su posición como el más meritorio de los objetivos de peregrinaje, hasta tal punto que el cronista Raúl Glaber advirtió de que viajes como aquel corrían el peligro de convertirse en un accesorio de la sociedad moderna, más que en un acto de devoción.[24] Las dificultades del viaje, cien veces peor de lo

habitual por la presencia de la guerra, garantizaban su atractivo como penitencia.

La historia de las Escrituras y la pseudohistoria de las profecías cristianas confirman esta condición de divinidad exclusiva. En fecha anterior al siglo xi, el monje lemosín Ademar de Chabannes insistió en la primacía histórica de Jerusalén sobre Roma, señalando a la primera como «la fuente del Cristianismo ... la madre de todas las iglesias».[25] A lo largo del siglo, sobre todo en las décadas de 1030 y 1060, nutridos grupos de peregrinos marcharon hacia Oriente, inspirados por el entusiasmo del milenarismo —que fue condenado como un error por uno de los comentaristas, que sin embargo dio testimonio de la potencia de las emociones de tal naturaleza, capaces de atraerse «no solo a la gente corriente sino también a las élites *(primores)*»—.[26] Jerusalén representó un papel muy destacado en el género de la literatura escatológica, que fue popular en los monasterios, en las catedrales y en las cortes occidentales desde por lo menos mediado el siglo x: fue escenario de las últimas escenas del Juicio, en el día del fin del mundo. Allí, según rezaba la opinión comunmente aceptada, el último emperador romano entregaría su corona como prolegómeno del fin último. No es de extrañar que tal prominencia en el Plan Divino resultara atractiva para los imperialistas, durante el enfrentamiento entre Enrique IV y los papas reformistas; Benzo de Alba aconsejó al rey que cumpliera él mismo las profecías de Jerusalén. Las obsesiones de Occidente con la Ciudad Santa podrían haber adquirido la suficiente fuerza como para haber persuadido al emperador de Bizancio, Alejo I, de que le convenía mencionar la liberación de Jerusalén y el Santo Sepulcro, cuando quiso atraerse a nobles occidentales para que entrasen a su servicio en los años previos a 1095.[27]

El papa Urbano se mostró particularmente sensible al tirón de Jerusalén. Como monje y, más adelante, prior de Cluny desde finales de la década de 1060, estaba expuesto a las vividas imágenes de la Ciudad Santa en el interminable canon litúrgico, en los salmos (verbigracia el salmo 79: «¡Oh, Dios! Han invadido las gentes tu heredad»), lo mismo que en las ceremonias especiales celebradas entre la Pascua y Pentecostés en la gran abadía de Borgoña. En tanto que pontífice, el interés de Urbano por la iglesia apostólica de Jerusalén se manifiesta en el patrocinio que prestó a los canónigos re-

guiares —el clero secular que vivía en una comunidad— en los años inmediatamente anteriores a 1095, por mediación de quienes, ajuicio del papa, podrían renovarse las virtudes de la iglesia prístina. Durante su época de cardenal en Roma, después de 1079, Urbano se vio rodeado por reliquias de Jerusalén y de Tierra Santa, en especial por una colección albergada en el Laterano, por entonces residencia habitual del papa en Roma. Entre estas reliquias se encontraban el cordón umbilical de Jesucristo, el capillo y un poco de sangre, fragmentos de la cruz, objetos diversos asociados a su ministerio y su Pasión (como un pan y trece alubias de la Ultima Cena), reliquias de santos de Tierra Santa y abundantes muestras materiales, como rocas de Belén, del Monte de los Olivos, del río Jordán, del Calvario y hasta fragmentos del mismísimo Santo Sepulcro. Una colección de aquella naturaleza encajaba bien en las tendencias devotas del siglo xi, que se alejaban de los santos puramente locales para dirigirse a los de renombre mundial, como san Nicolás de Barí o el culto a la Virgen María. Fue en su intento de establecer la importancia universal de su patrono de Limoges, san Marcial, cuando Ademar de Chabannes menospreció a Roma en favor de Jerusalén, donde, según sus afirmaciones, se había consagrado al santo. Ademar murió mientras realizaba su propio peregrinaje a la Ciudad Santa, en 1034. Santuarios internacionales como el de Santiago de Compostela o el de Jerusalén fueron ganando cada vez más prominencia en la vida espiritual de la Cristiandad occidental. La predicación de Urbano en 1095 no generó aquel interés y entusiasmo, aunque sí lo confirmó y lo extendió; más bien, como en otros lugares, el papa volvió a forjar un arma nueva con los trozos **viejos.** [90]

La situación se hizo evidente con el uso de la cruz como estandarte militar, enseña personal y símbolo místico: en parte, reliquia, en parte, tótem, y en parte, uniforme. La ceremonia instituida en Clermont sacó provecho de otro pozo de devoción tradicional, evocado por la Crucifixión y la orden de Cristo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame» (Mateo, XVI, 24; *cf* Lucas, XV, 26: «Y quien no porte su cruz y venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo»). Dos testigos posteriores informaron de que Urbano había usado esta invocación, al igual que hizo un veterano de la expedición, quien probablemente la había

oído en otro llamamiento de Urbano, unos meses después de Clermont. El tema del seguimiento de Cristo fue un clásico en la retórica eremítica (con el ideal de la vida ermitaña) y evangelista. Tanto a nivel popular como entre las élites, la reforma eclesiástica fue perseguida por evangelistas que vivían y predicaban un retomo a la vida apostólica. La idea no se limitaba al viaje a Jerusalén; inspiró a grupos de eremitas como las comunidades de la nueva religión de Molesme y Citeaux, establecidas en Borgoña antes de la Primera Cruzada y durante su transcurso, así como al influyente Roberto de Arbrissel, fundador de la orden de Fontevrault, cuyos viajes de predicación coincidieron con los de Urbano. Muy próximo al pontificado, Pedro Damián (muerto en 1072), ermitaño y cardenal, quien ejerció una fuerte influencia sobre los siguientes papas durante toda la generación posterior a la década de 1040, fue un entusiasta defensor del peregrinaje a Jerusalén, que también propagó el culto de la cruz. Los dos avanzaron juntos como símbolos de la redención y la remisión práctica y mística de los pecados. Después de su peregrinación a Jerusalén en 1026-1027, el piadoso abad Ricardo de Saint-Vanne, en Verdún, regresó con un fragmento de la Vera Cruz colgado en una bolsa que llevaba alrededor del cuello.[29] En la década de 1090, muchas abadías habían recibido reliquias de los peregrinos, y eran no menos las que, como Moissac, prestaban un apoyo activo tanto a las peregrinaciones como a las cruzadas; tal como indicó la consagración de Marmoutier a manos de Urbano, aquellas reliquias eran material muy buscado.

El uso del símbolo de la cruz en Clermont era señal de una inquietud fundamental por Jerusalén. El propio Urbano presidió, sin duda, las entregas de la cruz en Tours (en marzo de 1096) y probablemente en Le Mans (en febrero) y es asimismo de presumir que él o sus representantes y acólitos distribuyeron cruces allí donde predicaron. Empezaron a proliferar ceremonias encabezadas por los colaboradores de Urbano, por clérigos locales, o incluso celebradas de forma no oficial. Según parece, una de aquellas ocasiones derivó en levantamiento en Ruán. El uso de las reliquias de la cruz como utillaje para fomentar la participación, tal como había hecho Urbano en Marmoutier, se puso de moda. Pero podía salir al revés de lo esperado. Un cronista inglés describió cómo, durante la predicación de la expedición inglesa a Jerusalén, un abad cristiano fabricó su

propia cruz, haciendo ver que era obra de Dios: en castigo, se vio afectado por un cáncer.[30] Como indicador del papel independiente asumido por Pedro el Ermitaño, posiblemente en retrospectiva, disponemos del hecho de que él portara como ayuda a su predicación una carta del cielo, antes que una reliquia de la cruz que, nada más transcurrido un año desde Clermont, había barrido a todos los restantes símbolos, dejándolos a un lado. La entrega de la cruz era sencilla y no discriminaba a nadie. A diferencia de la concesión de los símbolos del peregrinaje, que suponían una imposición contractual de una penitencia de manos de un sacerdote, en el primer impulso del nuevo ritual, la entrega de las cruces no estaba monopolizada por los integrantes de las órdenes santas. En junio de 1096, en Amalfi (en la región de la Apulia), a modo de expresión de devoción y poder, el señor ítalo-normando Bohemundo de Tarento proveyó de cruces a sus hombres, en un acto cuidadosamente organizado y escenificado. Aunque no llegó a ser nunca privilegio exclusivo de los guerreros santos, llevar la cruz no tardó en convertirse en un elemento distintivo. En Amalfi, Bohemundo se sintió particularmente impresionado por las cruces exhibidas en el desfile. Los que estaban en el ejército con destino a Jerusalén se referían a los reclutas que todavía no habían cumplido sus votos como «señalados con la cruz sagrada», mientras en 1098 escribieron a Urbano que él les había «ordenado que siguieran a Cristo llevando nuestras cruces».[31] Para otros, estas insignias acarreaban unas implicaciones bastante más siniestras. Uno de los términos empleados por los cronistas hebreos para describir a los perpetradores de los pogromos de Renania en 1096 se traduce como «los portadores de la enseña», signos de una obsesión con la crucifixión y la venganza contra aquellos a los que se suponía responsables y que aún seguían negando la divinidad de Cristo.[32] Tanto para el combatiente cristiano como para el judío perseguido, la cruz era un elemento definitivo.

El mensaje de Urbano, lanzado en Clermont y repetido en sermones y cartas durante los tres años posteriores, se alzaba con claridad: una contienda penitente para rescatar del islam a Jerusalén y las iglesias orientales; la liberación de la iglesia oriental, tras varios siglos de opresión, con la consecuencia de restaurar la unidad fraternal con los «hermanos de sangre» (según rezarían, más adelante,

las palabras de un testigo de Clermont);[33] la perspectiva de la remisión de todos los pecados, tal como expuso sin lugar a dudas Urbano en diciembre de 1095, para aquellos guerreros que hubieran tomado la cruz en señal de aceptación de su deber de seguir a Jesucristo; la obligación de vengar la pérdida de la Tierra Santa de Cristo, como una deuda de honor; la comprensión de que el papado era el líder de la Cristiandad; la transformación de una aristocracia militar pecadora en una orden divina. No está del todo claro cuánto se diferenciaba todo esto de lo previsto por Alejo I cuando despachó una nueva embajada al papado a principios de 1095, pero lo cierto es que el plan previsto por Urbano tenía más de su propia cosecha que de los propósitos griegos. Uno de los rasgos más notables del inicio de la expedición a Jerusalén fue que el *casus belli* constituyó una invención exclusiva de los agresores que, prácticamente, ni pasaba por la cabeza de los enemigos. En Occidente, la guerra penitente de Urbano II marcó un avance importante en el camino hacia la incorporación de toda la Cristiandad en la *militia Dei,* contra los gentiles y los pecadores.

Urbano llamó a una guerra santa penitente más que, como muchos han sostenido, a un peregrinaje específico con las armas. Puesto que no disponemos de ninguna fuente que describa de modo genuino el discurso pronunciado en Clermont, debemos atender al decreto jerosolimitano del concilio y a cuantas cartas de Urbano han pervivido hasta nuestros días; estos documentos resaltan el objetivo temporal de la expedición, que sería espiritualmente meritorio: la liberación de las iglesias orientales y de Jerusalén. El método empleado sería, sin lugar a dudas, de carácter militar. En una misiva destinada a sus partidarios de Flandes, redactada pocos días después de terminar la reunión de Clermont, Urbano habló de la expedición en términos de *procinctus*: una empresa militar.[34] Un año después, hizo llegar a los monjes de Vallembrosa su esperanza de que los caballeros que habían partido «fueran capaces de contener la ferocidad de los sarracenos, mediante sus armas, y devolver a los cristianos su antigua libertad», al tiempo que advertía a los monjes que no se les permitía incorporarse, «ni llevar las armas, ni participar en aquel viaje». Se recuerda a un Urbano que clamaba por la lucha armada en un sermón pronunciado en Limoges, en diciembre de 1095. El conde Foulques de Anjou, que recibió a Urbano en marzo

de 1096, señaló muy poco después que el papa había exhortado a los reclutas «a ir a Jerusalén, para dar caza al pueblo pagano que había ocupado la ciudad». Muchos de los que recibieron el mensaje papal de liberar Jerusalén por la fuerza comprendieron su significado con suficiente claridad; según señala un documento gascón, se trataba de «combatir y dar muerte» a los que habían profanado el escenario de la Resurrección. La condesa de Flandes recordó en 1097 cómo el Espíritu Santo había inflamado el pecho de su esposo, el conde Roberto III, para que pusiera freno a la perfidia de los turcos mediante la fuerza armada. En las cartas de los cruzados que han sobrevivido, la sensación de que el ejército constituía más una milicia que un peregrinaje se deja notar con fuerza. Cuando el papa Pascual II anunció la captura de Jerusalén al clero francés, en diciembre de 1099, describió la expedición como una *Christiana militia,* y solo al cabo de seis meses, en abril, añadió la palabra *peregrinado* y usó el lenguaje de las peregrinaciones.[35]

Para Urbano, la guerra santa, junto con la remisión de los pecados confesos a ella vinculada, no necesitaba de ninguna justificación adicional; apelaba a la autoridad divina. El decreto de Clermont evitaba cualquier referencia directa al peregrinaje. La ceremonia de Clermont, en la que se tomaba la cruz, se mostró como algo deliberadamente nuevo, independiente de los ritos habituales entre los peregrinos. La *libertas ecclesiae* por la fuerza no necesitaba de más autorización, como había demostrado la Querella de las Investiduras, en el papado de Gregorio VII; por lo menos, para los radicales de la curia pontificia, de los que Urbano formaba parte. Se ha defendido que el lenguaje indirecto de los documentos de Urbano, en los que empleaba palabras como *labor, via* o *iter,* hacía pensar en un peregrinaje. Más bien, lo que dejaban entender tales términos era una alternativa al peregrinaje, una milicia penitente, igualmente meritoria en el terreno espiritual. Urbano evitó usar un lenguaje que hiciera referencia clara al peregrinaje en su propia correspondencia, esto es, los textos que cabe suponer más próximos a su modo de pensar. Las palabras de Urbano describieron de forma absolutamente explícita e inequívoca la guerra santa, al estilo de Gregorio VII; no se referían explícitamente a una peregrinación armada, aun siendo el sumo pontífice consciente del tentador paralelo. No obstante, la sacralización de la guerra en todos sus

aspectos —el derramamiento de sangre, el asesinato, el botín obtenido y los saqueos— pareció exagerada y, para algunos, sobre todo entre los miembros del clero, sin duda desconcertante. La cuestión se destapó con el famoso grito de guerra de los cruzados, perseguidos sin tregua en la batalla de Dorilea en julio de 1097, tal como lo contó un autor anónimo, que daba la impresión de haber sido testigo presencial, en un texto de amplia difusión: «Manteneos firmes y unidos; poned vuestra confianza en Dios y en la Santa Cruz. Hoy, si a Dios place, obtendréis un jugoso botín».[36] No se trata, como muchos han insinuado, de una rendición a la codicia material. En lugar de ello, el cronista pretendía convencer a su público de la legitimidad espiritual de la forma bélica, en todas sus ramificaciones prácticas, reconociendo, tal vez, su polémica naturaleza.

Otros testigos, como el obispo Gastón de Cahors o el abad Godofredo de Vendóme, tomaron la guerra santa de Urbano y, tanto si el papa lo pretendía como si no, la interpretaron por analogía como una forma de peregrinación, un modelo familiar y mucho más aceptable al paladar del clero.[37] Esta interpretación vio el camino allanado por el hecho de que el objetivo de la empresa no fuera otro que el lugar supremo de peregrinación, Jerusalén. La asociación con el peregrinaje diluyó la radicalidad del mensaje de Urbano, si bien ponía de relieve una contradicción conceptual inherente al hecho de vincular la violencia extrema con una actividad antes pacífica. Las historias previas de peregrinos que portaban armas para defenderse y combatir a los asaltantes —como es el caso de la peregrinación germánica de 1064-1065— no por ello aceptaban en ningún modo la imagen de peregrinos cuyo solo propósito fuera la lucha. El atractivo de concebir la expedición de Jerusalén como un peregrinaje era obvio; la tipología del viaje, la penitencia y la remisión de los pecados era reconocible, hecho demostrado por la gran cantidad de peregrinos y no combatientes que acompañaban a las fuerzas armadas. Por las pruebas aparecidas en algunos documentos, las cartas de unos pocos cruzados —como, por ejemplo, las del conde Esteban de Blois— y los relatos contenidos en crónicas anteriores, queda bastante claro que este enfoque conservador, difundido probablemente por clérigos locales que buscaban un medio de comprender este nuevo fenómeno, adquirió fuerza y muy pronto contaba ya con sus adeptos.[38] En adelante, las peregrinacio-

nes y las guerras santas de la cruz se convirtieron en cuestiones casi inseparables. Se trataba de algo que podría no guardar relación con Urbano. Su concepción era más radical, más inquietante y más penetrante.

En ciertas ocasiones se ha sostenido que el plan original de Urbano se refería a una expedición restringida, en auxilio de Alejo I y con el objetivo de seguir hacia el Santo Sepulcro más al estilo del sistema embrionario de Gregorio VII en 1074, y que fue solo la atronadora respuesta a su llamamiento lo que forzó el cambio de su retórica y su política. Esta teoría subestima la grandeza de su plan. Su viaje por Francia fue muy extenso y agotador. En Clermont, a finales de noviembre, y en el mes de marzo siguiente, en Tours, un papa de sesenta años predicó a cielo abierto. Su programa era durísimo, con un viaje que venía seguido de apariciones regulares en público, en ceremonias litúrgicas interminables, aun sin predicación. Presidió tres grandes concilios, en Tours (marzo de 1096) y Nimes (julio de 1096), además del de Clermont. La fuerza y el alcance geográfico de la prédica de Urbano se alza en contra de unos supuestos planes de reclutamiento humildes; su papel en las consagraciones locales de los altares y actividades similares, la facilidad para atravesar las distintas provincias y señoríos y las ordenadas masas de notables que congregaba a su paso reflejaron una cuidadosa premeditación. A pesar de los intentos de los apologistas por hacer ver las cosas de otro modo, las muchedumbres entusiasmadas no se reunieron por casualidad durante las primeras semanas del viaje de Urbano. El día de Navidad de 1095, en Limoges, asistió a tres servicios independientes, pasando de uno a otro cargado con las parefemalias regias. En aquella misma semana había vuelto a consagrar la catedral y la capilla principal de la localidad, dedicada a san Marcial. Solo entonces predicó sobre Jerusalén.[39] Su visita a Poitiers coincidió con la festividad del santo patrón de la ciudad, san Hilario (el 13 de enero). En Angers (en enero de 1096) y Tours y Marmoutier (marzo), su sermón estuvo vinculado a ceremonias locales o reuniones que quedaban muy lejos de ser azarosas y probablemente respondían a una larga planificación (dedicaciones de iglesias, traslado de los cuerpos de dignatarios locales, concilios eclesiásticos, etc.). La teatralidad litúrgica, resaltada por procesiones regulares adornadas con las mejores galas ceremoniales, no era

fruto del azar. Su sucesor, Pascual II, señaló la atención que Urbano prestaba a las ciudades (*civitates*). Mientras trataba de imponer un obispo del sur de Francia, Ademar de Le Puy, como jefe de la expedición y su representante, seguía escribiendo a los flamencos, en el norte, instándoles a que participaran, y mandó asimismo un legado a los reinos anglo-normandos. Aunque la expedición carecía de la unidad que Urbano hubiera deseado, la autoridad de Ademar fue aceptada sin reservas, sobre la marcha, una vez que los ejércitos se hubieron reunido en Nicea en junio de 1097. Las órdenes que Urbano dictó después a los boloñeses (septiembre de 1096), por medio de las que prohibía al clero unirse a la marcha y alentaba a los laicos para que consultaran a los sacerdotes o a los obispos de sus parroquias, no transmite alarma por el número, sino por la rectitud canónica, que fue tema importante del viaje, a partir de Clermont o incluso de Piacenza en adelante. La elección de las fechas para las predicaciones, que han despertado extrañeza en algunos por lo tardío del año, se correspondía con una compleja maniobra de reclutamiento. El viaje de Urbano por Francia cuadraba con dos temporadas de penitencia, el Adviento y la Cuaresma, muy adecuadas a sus mensajes de arrepentimiento, tanto como los grandes ceremoniales cristocéntricos de la Navidad y la Pascua, en los que las imágenes y las representaciones más teatrales de Jesucristo se acompañan de celebraciones ciudadanas y eclesiásticas. El anuncio de Urbano, de que la expedición partiría el 15 de agosto de 1096, dejaba tiempo a los ejércitos para prepararse: a la postre, todos los grandes contingentes del norte de los Alpes salieron en octubre. También se reconoció la importancia de esperar a la cosecha, que tradicionalmente se iniciaba, en la zona norte de Europa, el 1 de agosto. Así, el calendario del año eclesiástico, incluida la fecha de partida —fiesta de la Asunción de la Virgen María, culto de gran importancia en la propia Le Puy—, encajaba bien con los requisitos militares; la logística se ajustó a la liturgia.

Las prédicas mismas de Urbano parecen haber sido bastante eficaces. A partir de los documentos —sin duda, de carácter parcial y limitado— suscritos entre los reclutas y los monasterios, se ha observado que una «elevada proporción» de combatientes nobles provenía de áreas que Urbano había visitado o que se encontraban a una distancia de su itinerario de dos días a caballo. Sus sermones

impresionaron a los testigos y el sumo pontífice gozó de una ventaja de la que no había dispuesto Gregorio, por el hecho de que él mismo provenía precisamente del entorno de la aristocracia militar francesa, a la que pretendía explotar, como sucedía con el obispo Ademar de Le Puy, un noble con fama de excelente jinete, al que escogió como legado pontificio.[40] Como muchos de los obispos contemporáneos, parece ser que Ademar se encontraba tan cómodo en el campo de batalla como en la catedral; se daba el caso incluso de que algunos de sus colegas se habían hecho armaduras (como el obispo Odón de Bayeux en la batalla de Hastings, según aparece retratado en los tapices de Bayeux) y blandían solamente mazas por deferencia a la prohibición canónica de que los clérigos derramaran sangre, una prohibición que, a lo que parece, no afectaba a los aplastamientos y las magulladuras.

Urbano actuó como mero cubo de la rueda de reclutamiento. El mecanismo de difusión de la palabra sacó provecho de las redes de afinidad eclesiástica y de la eficiencia administrativa desarrollada por el papado reformista en los cincuenta años previos. Urbano autorizó a los diocesanos locales a que predicaran la cruz, pero, probablemente, dependía más de un círculo concéntrico de amistades, aliados y partidarios, como sucedía con el arzobispo de Lyon. Los abades fieles no solamente predicaban, sino que además utilizaban sus influencias locales para alentar a los patronos laicos a que tomasen la cruz y cambiaran sus propiedades por dinero o materiales de guerra (por ejemplo, bestias de carga). Como los centros religiosos eran poseedores de lingotes y dinero, los monasterios actuaron como la banca principal de la Primera Cruzada. Los santos guerreros deseaban ser objeto de sus plegarias y también poder utilizar su capital. El gasto financiero de la expedición, para cada terrateniente, probablemente multiplicaba varias veces su cosecha anual, sobre todo si se tiene en cuenta que a mediados de la década de 1090 se atravesó una época de depresión agrícola. El precio del pecado era incalculable. En ciertas ocasiones, los monjes fueron de forma deliberada —y exitosa— en busca de este comercio. En otros lugares, el proceso se llevaba a cabo de forma indirecta, siendo el clero el que inculcaba a los fieles, durante mucho tiempo, el sentimiento del pecado, que luego servía de acicate para que muchos de ellos tomaran la cruz [41]

Junto a los esfuerzos complementarios del aparato eclesiástico dirigido por el papa, así como del aparato local, las noticias de la expedición se difundieron a través de asociaciones y contactos informales. El legado pontificio destinado a las provincias anglonormandas, el abad de Saint-Bénigne, en Dijon, negoció a principios de 1096 un acuerdo entre Guillermo II de Inglaterra y su hermano, el duque Roberto de Normandía, en virtud del cual Roberto entregaba en garantía su ducado a Guillermo, durante tres años, en pago por diez mil marcos de plata; era una cifra tan enorme que equivalía, según se conjetura, a un cuarto de los ingresos de la realeza, de los que solo se podía disponer por medio de grandes tributos sobre las tierras. Si no otra cosa, lo que sí hizo este impopular gravamen fue dar a conocer la cruzada. Otros contactos más directos facilitaron la propaganda. En la zona sur de Italia, Bohemundo de Tarento, según parece, solo supo de la cruzada por una banda de reclutas francos (o quizá catalanes) que pasó por la zona en junio de 1096. Su ignorancia con respecto a los acontecimientos que estaban teniendo lugar al norte de los Alpes resulta realmente sorprendente y, aparentemente, poco probable. El hermanastro y señor nominal de Bohemundo, Roger Borsa, estaba casado con la hermana del conde de Flandes, que había tomado la cruz. Bohemundo gozaba de una estrecha relación con el papa; entre 1089 y 1093 había recibido a Urbano dos veces y se encontró con él por lo menos en otras dos ocasiones. Su hermanastro Guido era un personaje destacado al servicio de Alejo I, cuyos intentos por reclutar a normandos italianos se habrían hecho más intensos tras el fin de la conquista de Sicilia, en 1091-1092. El autor anónimo de uno de los primeros relatos de la expedición, la *Gesta Francorum* —tal vez un caballero o un clérigo del ejército de Bohemundo—, podría haber reflejado con precisión la situación del verano de 1096, cuando habló de los rumores que corrían con respecto al mensaje de Urbano, que recorrió «todas las regiones y provincias de los galos».[42] Aunque no se basara más que en los comentarios oídos posteriormente a sus compañeros de marcha, el autor acertó a dar con tres notables oficiales de reclutamiento: la emulación, las cortes de nobles y príncipes laicos y el rumor.

La rapidez con la que se difundieron las noticias sobre la campaña de Jerusalén quedó atestiguada no solo en las narraciones lite-

rañas, sino también en los mismos índices de reclutamiento. Doce meses después de Clermont, se cree que abandonaron sus casas y marcharon hacia Oriente entre setenta y ochenta mil personas. La difusión geográfica fue amplia, pero irregular, y la mayoría de los cruzados venían de una amplia extensión que formaba una media luna desde la Dordoña, al suroeste, hasta Flandes en el noreste, que abarcaba los terrenos del Limousin, el Poitou, el valle del Loira, Maine, el Chartrain, la île-de-France y la Champaña; hubo también importantes grupos en el Languedoc, la Provenza, la Borgoña, partes de la zona occidental de Germania e Italia. El entusiasmo por la expedición no resultó universal. Por más que el apoyo atravesó las divisiones ideológicas y políticas entre los papistas y los imperialistas, aunque el condestable de Enrique IV se unió a la empresa, igual que otros destacados vasallos imperiales, como Godofredo de Bouillon, solo una minoría tomó la cruz, incluso en las zonas de mayor entusiasmo. Los cronistas contemporáneos resaltaron la magnitud de la respuesta, que ellos atribuían a la milagrosa labor del Espíritu Santo o a la fuerza de los rumores. Aunque reconstruir la forma en que se difundió la información en una sociedad semianalfabeta es bastante difícil, hay ciertos rasgos que destacan. Los centros de reclutamiento eran cortes y casas laicas, sobre todo aquellas que mantenían estrechos vínculos con los monasterios (aunque puede tratarse de una impresión distorsionada, causada por la especial naturaleza de las pruebas documentales); las redes de familias aristocráticas entrelazadas y, de crucial importancia, sus dependientes: los parientes más humildes, los vasallos, los caballeros de la casa y el clero, los sirvientes; y, por último, las ciudades. Las cruzadas constituyeron un fenómeno tan rural como urbano. En ambos casos, la riqueza y la condición social ofrecían unas necesidades y unos incentivos. Así como el castellano, el señor o el conde eran capitales en el crecimiento del campo, los «de mejor clase» (*meliores),* tal como indicó un observador genovés en 1096, fueron a la cabeza en las ciudades y las capitales.[41] La expedición inspirada por la prédica de Urbano no fue congregada al azar, sino que siguió los contornos de una sociedad dominada por señores acaudalados, ligados por lazos de familia, de obediencia, vinculación local, obligación, empleo y comercio. La división entre lo urbano y lo rural resulta engañosa. Muchos de los monasterios más influyentes estaban

emplazados dentro de los centros urbanos más grandes o justo a la salida; los señores poseían derechos sobre los mercados y, en las zonas en las que la vida urbana había alcanzado mayor desarrollo, como sucedía en el norte de Italia o en Flandes, la ciudad y el campo estaban vinculados mutuamente, en lo social y lo económico, tanto como en lo político. Aunque para recaudar dinero con el que sufragar su campaña logró vender o comprometer buena parte de sus propiedades, Godofredo de Bouillon también obtuvo mil piezas de plata al extorsionar a las comunidades judías establecidas en Colonia y Maguncia. Los chismorreos y los rumores prosperan cuando la gente está muy cerca; las ceremonias lograban obtener un efecto máximo cuando había testigos. El éxito de la recluta, entre 1095 y 1096, radicaba en la riqueza, el orden social y la movilidad, atributos de una prosperidad subyacente, así como en la hábil manipulación de los hábitos culturales de violencia y los temores espirituales a morir condenado.

Según ciertos testimonios, en el centro del «gran rumor», tal como lo bautizó uno de los contemporáneos, se encontraba la carismática prédica de un minúsculo y avejentado predicador picardo, conocido como Pedro el Ermitaño. En la Lorena, durante la cruzada y justo después, fue contemplado como el inspirador de toda la empresa. Se trata de un hecho del que no podemos prescindir sin más, porque, fuera cual fuese su condición, consiguió armar a un ejército meses antes que cualquier otro líder, estuvo al mando de uno de ellos en persona, lo dirigió a Constantinopla y luego fue aceptado por los príncipes como miembro de la expedición de élite, si bien ocupando un rango menor. Pedro contaba con mucha experiencia como predicador de la pobreza apostólica. Más tarde se afirmó que era uno de los peregrinos a la Ciudad Santa, al que se había confiado una carta desde los cielos, para despertar a los cristianos hacia la liberación de Jerusalén; se dijo asimismo que el patriarca de Jerusalén le pidió que mandara la ayuda occidental convenida con el papa Urbano. De hecho, el patriarca Simeón podría haber estado en Constantinopla cuando se supone que Pedro pasó por allí, durante su peregrinación. Podría haber sido casualidad, o quizá no, que uno de los primeros contactos que el ejército cristiano estableció en la

zona norte de Siria en 1097-1098 fuera con el patriarca exiliado, que entonces corrió a escribir una carta a Occidente, solicitando más ayuda militar, tal vez un eco, una repetición o una inspiración tomada de la historia de Pedro el Ermitaño.

Los indicios de rasgos distintivos en el llamamiento de Pedro —apocalíptico, populista, visionario y carismático—, en comparación con el perfil uniforme del mensaje, concentrado en las cuestiones teológicas, que emanaba del papa, según se refleja en la mayoría de las crónicas y cartas —la autoridad, la penitencia, el peregrinaje, la cruz y la guerra—, pueden tomarse como señal de la insignificancia de Pedro; o, tal vez, justo como lo contrario. Incluso los testigos hostiles dan fe del elemento popular, por más que inocente, en sus seguidores. En parte, la motivación que desencadenó las masacres de los judíos de la Renania, según se la identifica en las fuentes judías, fue una burda, vengativa y violenta afirmación de la supremacía cristiana y el deseo de venganza por la crucifixión de Cristo; muchos de aquellos pogromos fueron obra de congintentes vinculados a Pedro. El hecho de que no se dieran este tipo de bárbaras persecuciones antisemitas por parte de los ejércitos reclutados por Urbano y sus colaboradores podría indicar cierta diferencia de tono y de contenido en la prédica de Pedro. No obstante, independientemente de cómo se analicen las pruebas, es obvio que Pedro representó un papel destacado y bastante singular en, por lo menos, algunos escenarios de propaganda y reclutamiento para la expedición de Jerusalén. El punto de vista de la Lorena, que constatamos en la crónica de Alberto de Aquisgrán, es, probablemente, tan válido como todos los demás, que hacen caso omiso de Pedro.[44]

Se trata de un hecho incontestable que los ejércitos a los que él inspiró estaban ya en marcha en la Pascua de 1096 (13 de abril); incluso el cronista anónimo adjunto a Bohemundo situó la campaña de Pedro como parte de la campaña «oficial».[45] Si se alcanzó a organizar, equipar y pertrechar a tal vez más de treinta mil soldados y no combatientes a finales del invierno y en la primavera —después de unas cosechas bastante pobres, de algunas hambrunas locales y de las plagas del año anterior—, todo ello sugiere que Pedro debía haber iniciado la prédica antes de Clermont y que su fuerza de organización iba más allá de lo que cabría esperar de la imagen de un sencillo sacerdote rural. Es posible que Urbano lo escogiera para

predicar el viaje a Jerusalén semanas antes de Clermont: el papa había estado discutiendo sus planes con los posibles dirigentes, por lo menos, desde agosto de 1095. Es digno de mención que el itinerario de Pedro —desde Berry, a través del Orléannais y de Champaña, hasta la Lorena y la Renania— evitara aquellas zonas que el papa ya había visitado. Pedro, con un estilo más populista, llamaba a las audiencias de un modo que no se diferenciaba tanto del conseguido por el pontífice. Reclutó a un número importante de señores, de los cuales uno, Gualterio, señor de Boissy-sans-Avoir, al que mandó con ocho caballeros y una nutrida compañía de infantería a principios de marzo, estaba ya en las puertas de Constantinopla en julio de 1096; no es un magro esfuerzo logístico, desde luego. Las fuerzas que Pedro preparó carecían de la estricta autoridad social conferida por la presencia de tantos grandes señores. Su campaña de predicación, que combinó con la tarea de capitanear un ejército, se desarrolló, aparentemente, aparte de la jerarquía de los monasterios y conventos, tan cruciales para sostener los esfuerzos de Urbano: a diferencia del papa, Pedro no aparece en los documentos monásticos que conservamos.[46] Su mensaje era evangelista, probablemente salpicado con visiones y relatos de situaciones atroces. No se trataba de nada nuevo ni tampoco exclusivo de Pedro. Sesenta años antes, el cronista y peregrino lemosín Ademar de Chabannes ya había expuesto historias de persecución, muerte y asesinato de cristianos a manos de los gobernantes musulmanes de Tierra Santa. El recuerdo de la destrucción del Santo Sepulcro podría haber formado parte de una campaña propagandística de los monjes de San Pedro de Moissac, que el propio Urbano visitó en mayo de 1096.[47]

Al llegar a la Renania, parece ser que Pedro delegó su cometido de predicador en un sacerdote local, Gottschalk, quien, como ejemplo de que él era también un buen agitador popular, reclutó a su vez a un gran ejército del sur de Germania, que llegó a Hungría por la vía de Baviera y acabó masacrado ante el ejército húngaro, a finales de julio, ultrajado por las violentas e indiscriminadas incursiones de los germánicos. Las fuerzas de Gottschalk podrían haber sido concebidas para ocupar el flanco derecho del ejército de Pedro, compuesto sobre todo por franceses, a las órdenes de señores de Chartres y la Champaña, que cruzaron la Renania en abril, antes de descender por el Danubio hacia Hungría y pasar los Balcanes has

alcanzar Constantinopla el 1 de agosto. Es posible que Pedro también delegara labores de reclutamiento en otro germano, Volkmar, cuyo contingente siguió una ruta más septentrional (con respecto a la seguida por Pedro), pasando por la Sajonia y Bohemia antes de verse dispersado, de nuevo por los húngaros, a finales de junio. A la predicación de Pedro podría atribuírsele la participación de un buen número de otros señores germanos, en concreto el conde suabo Emich de Flonheim y el conde Hartmann de Dillingen-Kybourg, quienes unieron sus fuerzas con señores de la lle-de-France, así como, en apariencia, con algunos ingleses. Aunque estos grupos hubieran tomado la cruz con independencia de Pedro, su contribución seguiría siendo importante; posiblemente, autorizada por el papa; y además, indicadora de hasta qué punto desconocemos la génesis de la Primera Cruzada. Pedro, hombre de cierta instrucción y por lo general jactancioso, podría haber dedicado su retiro en la abadía lorenesa de Neumoustier tejiendo y bordando su propia leyenda. La tragedia del posterior fracaso militar de todos sus contingentes y la dudosa fortaleza del propio Pedro durante los asedios de Antioquía comportaron que fuera relegado de su contribución inicial por parte de los escritores que ansiaban hacer hincapié en el éxito de sus dirigentes favoritos, con propósitos didácticos. Pero entre los dos extremos, los que regresaron a la Lorena después de la aventura solimitana de 1099 no lo rechazaron; algunos lo recordaron incluso como su *«primus auctor»*.[48]

La iniciativa de Urbano, como había sucedido con la de Gregorio VII, podría no haber llegado a ver la luz. Que el parto se culminara nos indica una predisposición cultural y social a aceptar sus conceptos radicales de inocencia y violencia meritoria y su hábil campaña publicitaria. Las dos cosas se dejan ver con toda claridad en los acontecimientos de 1095-1096. No obstante, la cuestión de las fechas permanece aún abierta. ¿Por qué 1095 le pareció a Urbano II el «año de la remisión de Yavé y el día de la venganza de nuestro Dios» (Isaías, LXI, 2)? Los portadores de armas de la aristocracia occidental llevaban generaciones temiendo por sus almas; los emperadores griegos llevaban décadas solicitando y recibiendo ayuda militar desde Occidente; las campañas contra los musulmanes en

la península Ibérica, Sicilia o el norte de África se habían convertido en un rasgo cada vez más habitual de la guerra en el Mediterráneo occidental; la disciplina eclesiástica de la sociedad secular había sido, al menos en teoría, reconocida a través de los movimientos de Paz y Tregua de Dios en muchas zonas; las ideas pontificias con respecto a la guerra santa y la penitencia gozaban de una prolongada historia. Pero una convergencia de circunstancias convenció a Urbano de que redactara novedosamente el llamamiento de Alejo; y el contexto inmediato de 1095 permitió que saliera triunfante.

Disponemos de pocas pruebas directas con respecto al hecho de que, según se sostuvo más adelante, la ruta de los peregrinos a Jerusalén o el trato de los peregrinos solimitanos se hubiera deteriorado desde la conquista de buena parte del Asia Menor y zonas del norte de Siria por parte de los turcos selyúcidas, desde la década de 1070. Entre los observadores del Oriente Medio, hay huellas de angustia por las amenazas occidentales (es decir, para ellos, fundamentalmente, las de Bizancio). El persa Naser-e Josrau, que visitó las tierras palestinas en 1046-1047, escribió que los gobernantes fatimíes de Egipto habían acuartelado el puerto de Tinnis, en el delta del Nilo, «a modo de precaución contra los ataques de los francos y los bizantinos». Un siglo después, el historiador de Alepo Al-Azimi (muerto en 1161) se refirió a unos peregrinos a los que, con mano dura, se impidió alcanzar Jerusalén en 1093-1094, y añadió: «aquellos que sobrevivieron difundieron las noticias sobre aquel hecho en su país. En consecuencia, se prepararon para una invasión militar».[49] La pulcritud con la que este relato refleja la propaganda occidental invita a la sospecha. Las visitas a Jerusalén entrañaban siempre cierto peligro, y se corría el riesgo de verse envuelto en enfrentamientos violentos, como descubrieron los peregrinos germanos de 1064-1065, que fueron atacados a Ramla. No hay pruebas de que el peregrinaje disminuyera en la década de 1090. El conde Roger de Foix partió felizmente hacia Palestina a finales de abril de 1095; el peregrinaje del normando Odardo coincidió, de hecho, con la propia cruzada.™

No obstante, aun si en realidad las condiciones no se complicaron más, la imagen recibida sí podría haber sufrido alteraciones. La Primera Cruzada no abrió el Oriente Medio a los occidentales. Abundan las pruebas de que en Asia Menor, al igual que en las zonas

balcánicas del imperio bizantino, abundaban los francos, italianos y germanos. Un gran número de ítalo-normandos había entrado al servicio de Alejo I, y allí permanecía, tras el fracaso de la campaña que los normandos desataron contra él en los Balcanes en 1081. Cuando Bohemundo y sus fuerzas llegaron a Bizancio en 1097, se encontraron entre amigos y parientes. En la diáspora aristocrática de los anglosajones, después de la conquista, muchos habían encontrado un camino propio al ingresar en la guardia imperial varega. Los griegos alentaron decididamente a los caballeros occidentales, para que tomaran aquel empleo imperial, dada su admiración hacia las tácticas militares de Occidente: un entusiasmo que los ayudó a perder la batalla de Mansikert contra los turcos selyúcidas, en 1071, cuando desertaron las tropas dirigidas por el normando Roussel de Bailleul. La peregrinación a Jerusalén, a finales de la década de 1080, de Roberto el Frisio, conde de Flandes, condujo al envío a Alejo de una fuerza de quinientos caballeros, hacia 1090: su hijo, Roberto, fue uno de los dirigentes de la expedición de 1096. A principios de la década de 1090, Alejo pudo haber tenido contratados a varios miles de soldados occidentales en Asia Menor, para los que construyó por lo menos una base, en Kibotos, y posiblemente tuvo prevista otra, en Nicomedia, bajo la supervisión de un monje franco. Los clérigos occidentales, como los soldados y los peregrinos, eran personajes habituales en la corte de Bizancio, y algunos de ellos realizaron también el peregrinaje a Jerusalén. Tras la conquista definitiva y la colonización de Sicilia en 1091 —un proceso al que Alejo prestó muchísima atención—, los soldados normandos resultaron más fáciles de contratar que en la generación previa. Mientras que después del concilio de Piacenza, Urbano II fijaba su vista al norte, la mirada de Alejo pudo haberse quedado firmemente apoyada en el sur, como había sucedido ya durante más de una década.

A casi cada paso de su viaje, los ejércitos de 1096 a 1099 encontraron a expatriados occidentales. Cuando el sobrino de Bohemundo, Tancredo, llegó a Adana (en Cilicia) en septiembre de 1097, se encontró con un borgoñés, Guelfo, que ya tenía empleo en las fuerza armenias. En Tarso, ese mismo mes, Balduino de Boulogne dio con una flota de piratas flamencos y frisios, que afirmaban llevar ocho años ejerciendo su oficio en aquellas aguas.[51] Aún más sensacional fue el encuentro que se produjo —después de que el

ejército cristiano hubiera sitiado Jerusalén el 7 de junio de 1099, en el campamento alzado frente a la puerta de Damasco— entre el duque Roberto de Normandía y un compatriota, residente en el lugar, que se presentó de improviso a ofrecer sus servicios a su señor natural. Veintidós años antes, Hugo Bunel había cometido uno de los asesinatos más famosos de la época, cuando decapitó a Mabel de Belléme en su castillo de Bures, «mientras descansaba en la cama, tras tomar un baño», como venganza por haberse apoderado de su patrimonio. Perseguido por los hijos de Mabel, los colaboradores de Guillermo el Conquistador y los cazarrecompensas, Hugo partió a toda prisa hacia la Apulia, luego a Sicilia y después a Bizancio; así, temeroso del «poderoso y largo brazo de Guillermo, abandonó el mundo latino». Cuando los cruzados llegaron a los muros de Jerusalén, llevaba viviendo entre musulmanes veinte años.[52]

Aunque la *cause célebre* de Hugo Bunel le impedía trabar contacto con los occidentales, la presencia de otros peregrinos, visitantes, mercaderes, mercenarios y colonos de origen occidental —en el imperio de Bizancio y aun las zonas colindantes, pero ajenas a él— ofreció un medio cada vez más idóneo de transmitir las noticias y los informes de espionaje, como sucedió con cierto peregrino inglés de Jerusalén, José, un monje de Canterbury que se encontró con amigos grecoparlantes en Constantinopla, o Guillermo de Cormery, nombrado por Alejo capellán de las tropas occidentales estacionadas en los alrededores de Nicomedia a principios de la década de 1090. La información que llegaba al oeste podría haber hecho sonar una nota cada vez más estridente, al relatar los estragos causados por los turcos selyúcidas, aun cuando estos no resultaban, en realidad, más graves que antaño. Hay pruebas de que, precisamente en esta coyuntura, el propio Alejo jugó con la sensibilidad de Occidente para la causa jerosolimitana mandando «frecuentes mensajes acerca de la opresión del sepulcro del Señor y la asolación de todas las iglesias».[53] En este contexto, la historia de Pedro el Ermitaño, que difundía cuentos monstruosos, no carece de plausibilidad; el suyo pudo constituir uno de los muchos informes enviados. Los elementos del golpe maestro de Urbano en 1095 empiezan a perfilar sus formas: el llamamiento griego al papa, en marzo de 1095, aunque fuera tan solo el último de una serie incesante; el incremento de los contactos con Oriente, por medio de los peregrinos, los merce-

nanos y la correspondencia con algunos de los miembros de la alta nobleza de Occidente; los rumores sostenidos acerca de la persecución de los peregrinos y los ataques contra los cristianos de Oriente, que pudieron iniciar un *crescendo,* valiéndose de los relatos de los viajeros y diplomáticos griegos; la consolidación de la propia visión histórica y teológica de Urbano; la coincidencia con la mejora de la posición política de Urbano en Italia y Francia. Los papeles de Urbano, Alejo y Pedro el Ermitaño se han presentado, a menudo, como explicaciones opuestas de los sucesos de 1095; pero tal vez deberían ocupar una posición distinta, de elementos complementarios entre sí.

La magnitud de la reacción ante el llamamiento a Jerusalén fue impresionante. Cuando los grandes ejércitos eran todavía algo desconocido en la Europa occidental del siglo xi —pues Guillermo de Normandía reunió quizá a catorce mil hombres y hasta tres mil caballos para su invasión de Inglaterra, en 1066—, la combinación de fuerzas que habían sido reclutadas de forma simultánea en regiones tan distantes sorprendió a sus contemporáneos como un hecho notable y completamente novedoso. Las razones que originaron tal respuesta han sido objeto de largos debates. Las generalizaciones pueden inducir a error, en la medida en que los motivos diferían de una persona a otra, de una clase a otra, de una región a otra; las pruebas de una decisión individual o colectiva son demasiado irregulares, habiéndose trasmitido a la luz del prisma de la interpretación eclesiástica, ya fuera en las crónicas, las cartas o la correspondencia. No obstante, esto no descalifica este material, puesto que las actitudes laicas obtuvieron a menudo su inspiración y expresión del clero.

Una de las discusiones fundamentales gira en tomo al equilibrio entre los motivos materiales y los ideológicos. Dicho en román paladino, ¿los cruzados buscaban el beneficio mundano o el espiritual? En muchos sentidos, esta pregunta plantea una dicotomía falsa. La *Chanson d'Antioche* declaraba, dos generaciones después, que quienes sirvieron a Jesús recibirían oro.[54] Otros relatos posteriores acerca del discurso de Urbano, divulgados por hombres que lo escucharon sin apologías, presentan la imagen de un pontífice que les ofrece ganancias materiales:

> Tomad el camino al Santo Sepulcro, rescatad aquella tierra de una estirpe espantosa y gobernadla vosotros mismos, porque aquella tierra en la que, tal como rezan las Escrituras, fluyen la leche y la miel, fue otorgada por Dios como dominio a los hijos de Israel. (Roberto de Reims, antes de 1107)

> Tendréis las posesiones de los enemigos, porque los despojaréis de sus tesoros y, o bien regresaréis victoriosos a vuestros hogares, o habréis ganado la fama eterna, teñida de púrpura con vuestra propia sangre. (Baldric de Bourgeuil, hacia 1108)[55]

El grito de guerra lanzado en Dorilea el 1 de julio de 1097, al que ya nos hemos referido antes —«Manteneos firmes y unidos; poned vuestra confianza en Dios y en la Santa Cruz. Hoy, si a Dios place, obtendréis un jugoso botín»—, era útil en los terrenos psicológico y teológico, pero también en los tácticos y logísticos.[56] Por eso se hacía hincapié tanto en «mantenerse unidos» en la fe como en la recompensa material, tan necesaria, del éxito militar. Las recompensas por haber prestado servicios a Dios no tenían por qué limitarse a lo espiritual; el servicio era militar y la espiritualidad no gana victorias en el campo de batalla.

No obstante, esto no equivale a decir que la expedición de Jerusalén atrajo a los reclutas por razones solamente mercenarias. Tal como decía una canción compuesta en tiempos de la Primera Cruzada: «Allí tenemos que ir, vendiendo nuestros bienes para comprar el templo de Dios y destruir a los sarracenos».[57] Guiberto de Nogent, que tanto odiaba a los campesinos, recordó las penurias económicas y financieras que sufrieron al vender sus casas, viñedos y tierras para recaudar dinero para el viaje: «todo el mundo compraba caro y vendía barato».[58] Tampoco los nobles y los caballeros pudieron ahorrarse unas tribulaciones semejantes. Cualquiera que fuese la esperanza de provecho futuro, un cruzado empezaba su viaje con pérdidas de capital al convertir, la propiedad de tierras en dinero y pertrechos bélicos. La depresión agrícola de mediados de la década de 1090 no hizo más que exacerbar el problema. Incluso para aquellos que preveían una jauja de leche y miel, la magnitud de la inversión inicial era como para pensárselo: sin dinero no había cruzada.

Puesto que la mayoría deseaba regresar —hecho demostrable por aquellos que dejaron documentación tras de sí—, y dado que la mayoría de supervivientes lo hicieron, los supuestos beneficios del asentamiento y la colonización apenas supusieron una meta de consideración. Por supuesto, las recompensas por haber combatido con éxito fueron aceptadas con entusiasmo y las oportunidades de sacar algún provecho se tomaban con presteza. Así, los cruzados genoveses se movieron con rapidez para fijar unas condiciones comerciales privilegiadas con el nuevo régimen de Bohemundo, en Antioquía, en julio de 1098. Eso no significaba que hubieran tomado la cruz pensando en este objetivo por encima de todo; los riesgos de disponer una flota para una aventura de aquella naturaleza eran muy grandes. No era como si quienes tomaban la cruz no supieran adonde iban o ignorasen los costes que implicaba; sus propias experiencias, las de sus vecinos y las de sus parientes en la guerra y las peregrinaciones los habían preparado. La hoja del balance financiero de los cruzados entra en contradicción con el mero reduccionismo económico. Los beneficios terrenales eran más realistas que los del honor, el prestigio y las reliquias. El tópico según el cual los hijos menores era atraídos a la aventura de Jerusalén no contiene una gota de verdad. Casi por definición, muchos jefes de la cruzada, si no todos, eran los hijos mayores, poseedores de importantes patrimonios propios; y esta situación afectaba no solo a los que se conocía como «príncipes», sino también a los nobles de segunda fila, imprescindibles, cuyos séquitos formaron la columna vertebral de los ejércitos, como fue el caso de Raimundo Pilet, señor de Ales (en el Limousin), que hizo aparición en el ejército, como capitán independiente, en el verano de 1098. Las pruebas de la codicia terrateniente son localizadas y carecen de poder de convicción; la colonización interna y la expansión de las zonas de cultivo dentro de la Europa occidental se encargaron de ampliar la población. Lo que se conoce de los cruzados a nivel personal no muestra indicios de que existiera un llamamiento especial hacia los hijos menores; más bien al contrario. Hubo familias en las que partieron todos los miembros; han sido identificadas unas sesenta que contribuyeron con más de un miembro a la expedición.[59] Habiendo roto con una de las reglas supuestamente inmutables de la vida medieval, la de no hipotecar o vender el patrimonio, cabe suponer que aquellos hombres se habían

visto conmovidos, en realidad, por consideraciones distintas a las puramente materiales.

Las aspiraciones culturales de la aristocracia armada estaban implicadas de forma directa en el proceso. La creciente dominación social de una élite militar con conciencia de la propia identidad obtuvo su respuesta en el llamamiento a Jerusalén, que se presentó en términos de honor, reputación y orgullo familiar. Roberto de Reims hizo que Urbano apelara directamente a estos valores:

> Oh, los más fuertes de entre los soldados, hijos de padres invictos, no os mostréis más débiles que vuestros antepasados y recordad su fortaleza ... a vosotros [esto es, los francos], antes que a todas las demás naciones, Dios os ha otorgado una gloria extraordinaria en las armas. [60]

Los héroes de las Escrituras, como los macabeos, y de los romances seculares, sobre todo la figura de Carlomagno, fueron alzados como modelos que emular. La expedición de Jerusalén fue percibida como un deber de honor por parte de una clase familiarizada con la *raison d'être* que aparece en la *Chanson d'Antioche*: «Aquel que teme a la muerte más que al deshonor no tiene derecho al señorío».[61] En aquella guerra, las recompensas eran la justificación social y religiosa, el honor y la vida eterna.

Difícilmente podría sorprendemos el hecho de que los documentos preservados de los cruzados que partieron, redactados por monjes, enfatizasen la abrumadora carga del pecado. No obstante, los dos tipos de observadores, laicos y clérigos, confirmaron esta obsesión. Para Guiberto de Nogent y sus contemporáneos, la clave del éxito de la expedición de Jerusalén radicaba en que esta ofrecía a las clases violentas, tanto por su condición social como por su profesión, «una nueva vía de ganarse la salvación» en la guerra santa.[62] Fulquer de Chartres, sacerdote del ejército del norte de Francia que partió a Jerusalén en otoño de 1096, explicaba:

> Dejad que aquellos acostumbrados a librar con displicencia guerras personales contra los fieles marchen contra los infieles ... Dejad que aquellos que llevan tiempo siendo ladrones, se conviertan ahora en soldados de Cristo; dejad que aquellos que una vez lucharon contra sus hermanos y parientes luchen ahora, con justicia, contra los bár-

> baros. Dejad que aquellos que han sido mercenarios por unas pocas monedas de plata alcancen ahora la recompensa eterna.[63]

Este tipo de generalizaciones devotas se tradujeron en una reconciliación activa. Existen abundantes ejemplos de señores y caballeros que aprovecharon la oportunidad que les brindaba la expedición de Jerusalén para resolver disputas pendientes con monasterios de la localidad, algunos de los cuales habían sido perseguidos con un salvajismo notable; así hicieron por ejemplo Bertrán de Moncontour y Nivelo de Fréteval, en el norte de Francia, o los castellanos de Mezenc, en el sur, cuya crueldad con los aldeanos locales sorprendió al endurecido Ademar de Le Puy, quien, sin embargo, los absolvió con tal de que realizasen el viaje a Jerusalén.[64] El tono de aquellos acuerdos tal vez exagerara tanto la culpa como la penitencia. Mientras que, para unos, el viaje a Jerusalén marcaba la transformación de una vida, muchos cruzados se comportaron con una violencia extrema y no cejaron en ella. Tomás de Marle sembró el terror en la île-de-France durante años, antes y después de marchar a Jerusalén; el peregrino seguía siendo un psicópata. El vizconde Guillermo de Melun se ganó el apodo de «Carpintero» debido a sus habilidades carniceras en el campo de batalla. El conde Esteban de Blois, que huyó del sitio de Antioquía y luego murió como un héroe en Ramla en 1102, había matado a unos cuantos hombres en güeras personales. A su regreso a la región de Chartres, Raimboldo Croton, héroe de Antioquía y Jerusalén, castró a un monje por una disputa de tierras. Aquellos hombres no eran inmunes a las angustias religiosas, sino que, antes bien, contaban con una devoción enérgica y práctica. El famoso retrato que el biógrafo laico Raúl de Caen nos legara del sobrino de Bohemundo, Tancredo —quien, angustiado por una vida de violencia, ante las indulgencias de Clermont, reconcilió la guerra con los mandamientos de Dios— debe ser tomado con escepticismo; el dilema de Tancredo ni era nuevo, ni era la primera vez que se resolvía.[65] Sin embargo, la remisión de los pecados, concedida por Urbano para estos asesinos, supuso una auténtica cuerda de salvamento.

El éxito del reclutamiento de 1096 continúa siendo un misterio. Los dilemas del gobierno y la guerra seculares difícilmente podían representar una novedad. Es costoso reconciliar la historia del siglo xi

con la idea de que cientos o incluso miles de poderosos notables armados sufrieran extenuantes complejos de culpa, individuales o colectivos, que de repente estallaban en una crisis, como podría sugerir la lectura literal de sus cartas. La atención se fue centrando cada vez más —desde la iglesia y, más adelante, desde las congregaciones y los patronos— en el problema de la salvación para los pecadores. Urbano II lo resumió con gran habilidad: «existen solo dos puertas hacia la vida eterna: el bautismo y la penitencia sincera».[66] Lo sobrenatural se percibía como algo real y próximo. El infierno, los cielos y el lugar intermedio que habitaban las almas a la espera de la redención —al que, sin embargo, aún no se concebía claramente como el Purgatorio— ya no constituían abstracciones. Pero seguía haciendo falta una combinación de presiones para suscitar la respuesta de 1096. Por sí sola, la ideología representa una explicación insuficiente.

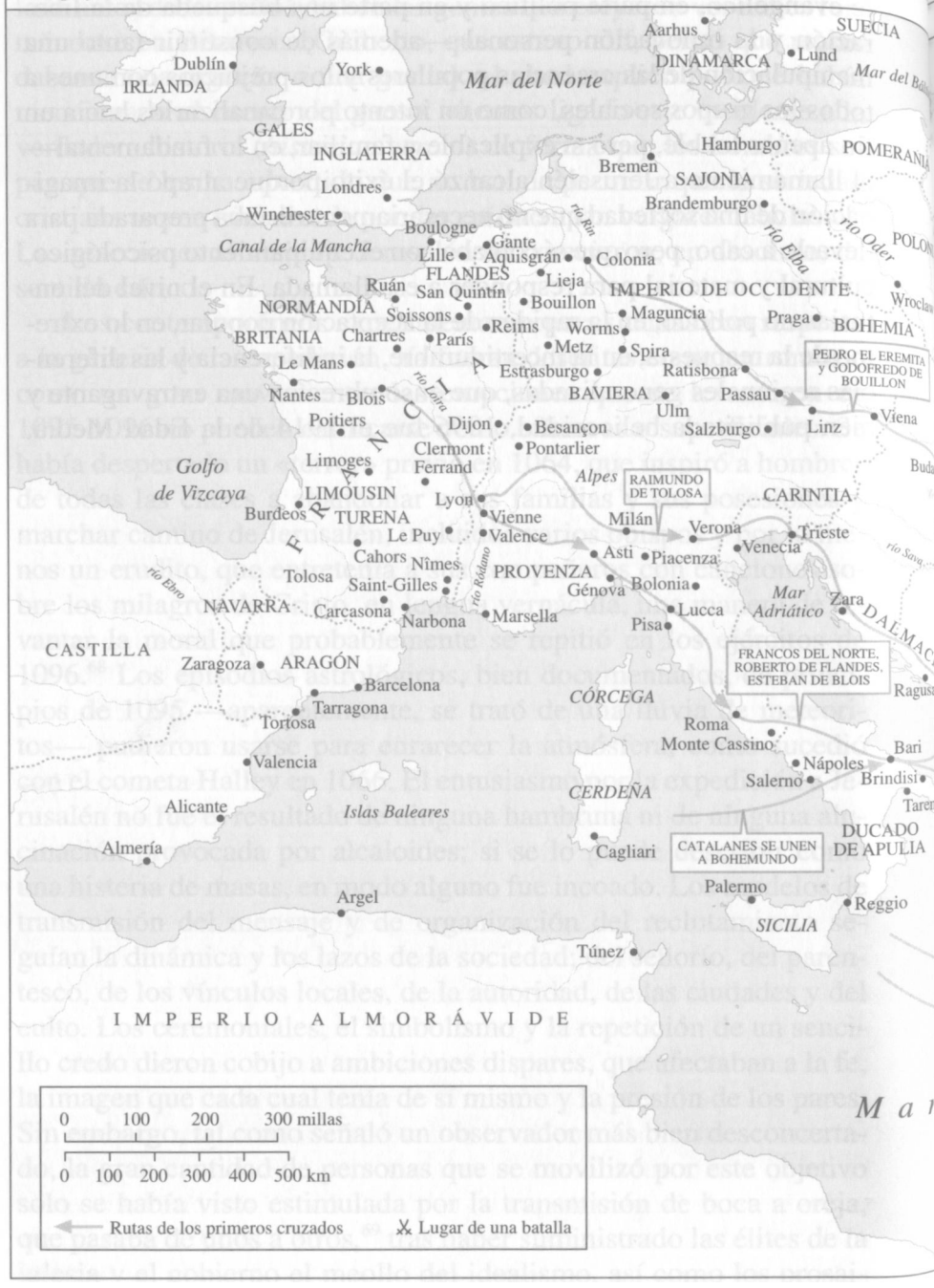
La concentración en la fe, por sí sola, resulta inadecuada para explicar la génesis o el avance de la guerra de la cruz desde el punto de vista ideológico, sociológico, político o militar. Jerusalén no se ganó solo con fe; la sola fe no mandó a los hombres a Jerusalén. El reduccionismo implícito en la idea de una «era de la fe» debe ser puesto en duda. El cuadro es sin duda más complejo. Ante sermones que insistían repetidamente en el mensaje y los méritos esenciales de la Cristiandad; ante la hagiografía, en la que los escépticos aparecían de forma regular; ante los académicos, como Anselmo de Canterbury (muerto en 1109), que trataban de erigir explicaciones lógicas sobre Dios; y ante un sinfín de anécdotas sobre burlas laicas (y en ocasiones eclesiásticas) con respecto a las pretensiones de la iglesia, es difícil sostener que nos las habernos con una era más crédula que la nuestra o más dispuesta a aceptar maquinalmente la verdad religiosa. Uno de los episodios que fue objeto de más desdén durante la Primera Cruzada relataba los hechos de una banda de cruzados o peregrinos, que fueron dirigidos hacia Jerusalén por las señales de un ganso que los llevó desde Cambrai (en el norte de Francia) a la Lorena, donde la criatura murió. El irascible y pedante Guiberto de Nogent despachó el cuento con desprecio, tanto en lo social como en lo académico, sugiriendo que el animal habría hecho más por la causa de Jerusalén «si el día antes de partir se hubiera convertido en un banquete festivo para su señora». Habiéndose bur-

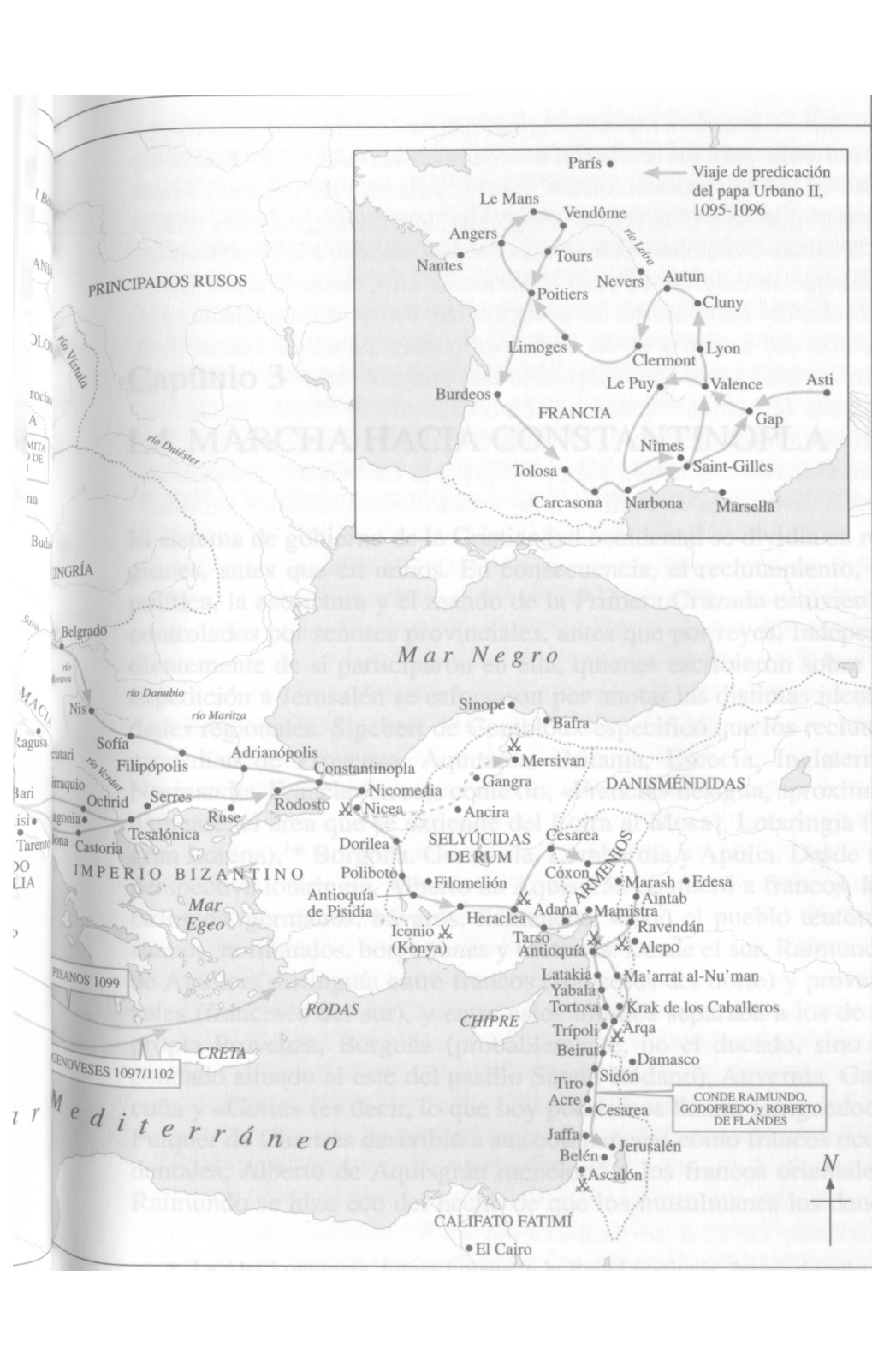
lado antes de la credulidad de las gentes que creyeron ver nubes formándose en Beauvais (Guiberto, que estuvo allí, pensó que recordaban a una cigüeña o una grulla), el abad explicó por qué había mencionado el cuento del ganso: «hemos ligado este incidente a la verdadera historia *(historiae veraci)* de forma que los hombres sepan que se les ha advertido que no han de permitir que la seriedad cristiana se vea trivializada por dar crédito a tan vulgares fábulas».[67] Las reacciones al viaje de Jerusalén no carecieron, en absoluto, de sentido crítico.

Los contemporáneos experimentaron pocas dudas con respecto a la génesis de la expedición. Ya fueran descritas como un rumor o como un gran movimiento, las emociones que se levantaron en 1095-1096 no pueden calificarse como efímeras o superficiales. Se había despertado un «terror» previo en 1064, que inspiró a hombres de todas las clases a abandonar a sus familias y sus posesiones y marchar camino de Jerusalén, incluidos varios obispos y por lo menos un erudito, que entretenía a sus compañeros con canciones sobre los milagros de Cristo, en lengua vernácula, una manera de levantar la moral que probablemente se repitió en los ejércitos de 1096.[68] Los episodios astrológicos, bien documentados, de principios de 1095 —aparentemente, se trató de una lluvia de meteoritos— pudieron usarse para enrarecer la atmósfera, como sucedió con el cometa Halley en 1066. El entusiasmo por la expedición a Jerusalén no fue el resultado de ninguna hambruna ni de ninguna alucinación provocada por alcaloides; si se lo puede describir como una histeria de masas, en modo alguno fue incoado. Los modelos de transmisión del mensaje y de organización del reclutamiento seguían la dinámica y los lazos de la sociedad; del señorío, del parentesco, de los vínculos locales, de la autoridad, de las ciudades y del culto. Los ceremoniales, el simbolismo y la repetición de un sencillo credo dieron cobijo a ambiciones dispares, que afectaban a la fe, la imagen que cada cual tenía de sí mismo y la presión de los pares. Sin embargo, tal como señaló un observador más bien desconcertado, la gran cantidad de personas que se movilizó por este objetivo solo se había visto estimulada por la transmisión de boca a oreja, que pasaba de unos a otros,[69] tras haber suministrado las élites de la iglesia y el gobierno el meollo del idealismo, así como los prosaicos, por más que vitales, mecanismos de actuación. Siendo en par-

te evangélico, en parte político y en parte una búsqueda de la liberación y la renovación personal —además de constituir tanto una manipulación de las creencias populares y los prejuicios comunes a todos los grupos sociales, como un intento por canalizarlos hacia un fin apenas loable, pero sí explicable y familiar, en lo fundamental— el llamamiento a Jerusalén alcanzó el éxito porque atrapó la imaginación de una sociedad que no necesariamente estaba preparada para llevarlo a cabo, pero que sí contaba con el equipamiento psicológico, cultural y material para responder a esa llamada. En el nivel del entusiasmo político, en la rapidez de la aceptación popular, en lo extremo de la respuesta, en la incertidumbre, la indiferencia y las diferencias regionales generalizadas, que ensombrecían una extravagante y bien publicitada belicosidad, 1096 fue el 1914 de la Edad Media.

Europa y el Oriente Próximo, 1095-1096




Viaje de predicación del papa Urbano II, 1095-1096
París
Le Mans
Vendôme
Angers
Tours
Nantes
río Loira
Nevers
Autun
Poitiers
Cluny
Limoges
Clermont
Lyon
Le Puy
Valence
Asti
Burdeos
FRANCIA
Gap
Nîmes
Tolosa
Saint-Gilles
Carcasona
Narbona
Marsella
PRINCIPADOS RUSOS
río Vístula
río Dniéster
UNGRÍA
Belgrado
río Morava
río Danubio
Nis
río Maritza
Sofía
Filipópolis
Adrianópolis
río Vardar
Constantinopla
Ochrid
Serres
Ruse
Rodosto
Nicomedia
Nicea
Tesalónica
Castoria
IMPERIO BIZANTINO
Mar Egeo
Mar Negro
Sinope
Bafra
Mersivan
Gangra
DANISMÉNDIDAS
Ancira
Dorilea
SELYÚCIDAS DE RUM
Cesarea
ARMENIOS
Poliboto
Filomelión
Coxon
Marash
Edesa
Aintab
Antioquía de Pisidia
Heraclea
Adana
Mamistra
Ravendán
Iconio (Konya)
Tarso
Antioquía
Alepo
PISANOS 1099
Latakia
Ma'arrat al-Nu'man
Yabala
RODAS
Tortosa
Krak de los Caballeros
CHIPRE
Trípoli
Arqa
CRETA
Beirut
Damasco
GENOVESES 1097/1102
Sidón
Tiro
Acre
Cesarea
CONDE RAIMUNDO, GODOFREDO y ROBERTO DE FLANDES
Mediterráneo
Jaffa
Jerusalén
Belén
Ascalón
N
CALIFATO FATIMÍ
El Cairo

Capítulo 3

LA MARCHA HACIA CONSTANTINOPLA

El sistema de gobierno de la Cristiandad occidental se dividía en regiones, antes que en reinos. En consecuencia, el reclutamiento, la política, la estructura y el mando de la Primera Cruzada estuvieron controlados por señores provinciales, antes que por reyes. Independientemente de si participaron en ella, quienes escribieron sobre la expedición a Jerusalén se esforzaron por anotar las distintas identidades regionales. Sigebert de Gembloux especificó que los reclutas procedían de Provenza, Aquitania, Britania, Escocia, Inglaterra, Normandía, Francia (en este contexto, «Francia» designa, aproximadamente, el área que se extiende del Loira al Mosa), Lotaringia (la gran Lorena),[1]* Borgoña, Germania, Lombardía y Apulia. Desde su perspectiva lotaringia, Alberto de Aquisgrán enumeró a francos, lotaringios, germanos, bávaros, flamencos, «todo el pueblo teutón», suabos, normandos, borgoñones y bretones. Desde el sur, Raimundo de Aguilers distinguía entre francos (franceses del norte) y provenzales (franceses del sur), y entre estos últimos separaba a los de la propia Provenza, Borgoña (probablemente, no el ducado, sino el condado situado al este del pasillo Saona-Ródano), Auvemia, Gascuña y «Gotia» (es decir, lo que hoy podríamos llamar Languedoc). Fulquer de Chartres describió a sus compañeros como francos occidentales; Alberto de Aquisgrán mencionó a los francos orientales. Raimundo se hizo eco del hecho de que los musulmanes los deno-

* La Alta Lotaringia, futura Lorena, y la Baja Lotaringia, futuro ducado de Brabante. (*N. de los t.)*

minaban «francos» a todos por igual, bien informado del término genérico árabe para los cristianos europeos occidentales, «al-ifranj». El autor anónimo (probablemente, ítalo-normando) de la *Gesta Francorum,* que con frecuencia empleaba términos genéricos como «Christiani», establece diferencias cuidadosas entre los hombres de Italia que se unieron a Pedro el Ermitaño en Constantinopla: había «Lombardi» (originarios de la región del Po) y «Longobardi» (sus vecinos, del centro y el sur de la península). La *Gesta* conserva el nombre antiguo de «galos» para lo que geográficamente es Francia. Un autor ferozmente xenófobo como Guiberto de Nogent hacía hincapié en un nacionalismo de invención propia, al defender que Urbano II había convocado para proteger a la Cristiandad frente a los turcos, de manera específica, a los «francos», no así a los germánicos. Esta distorsión de los hechos no tardó en adquirir popularidad en otros escritores «franceses», como Roberto de Reims o Baldric de Bourgeuil: así se inventó la *Gesta Dei per Francos {Hechos de Dios mediante los francos),* como se tituló el admirable relato de Guiberto, una glosa nacional que ocultaba la naturaleza y la estructura de la propia expedición. De hecho, en su *Gesta Dei* Guiberto se mostraba como un adepto tan radical del monopolio franco, que insistía en que Bohemundo —un normando italiano— «bien podría ser considerado franco» por los orígenes de su familia y su posterior matrimonio. A juzgar por sus propias cartas, sin embargo, los miembros de la expedición se llamaban a sí mismos «Christiani», y a sus clérigos, «Latini», por oposición a los «Graeci» locales.[2]

Dada la fama y el aura de santidad que rodeó la Primera Cruzada, la glosa francófila sobre la diversidad racial y regional de la expedición interpreta un papel no desdeñable en la elevación y consolidación de un nuevo sentido de la identidad nacional, evidente en la Francia de los siglos XII y XIII. Esta nueva característica füe aprovechada con intensidad por los reyes Capetos; para empezar, en sus propias aventuras cruzadas, en 1147, 1190 y 1248. Esta conciencia emergente de unidad, fomentada por los historiadores de la Primera Cruzada (como Guiberto de Nogent y Roberto de Reims) contrastó de manera notoria con las tradiciones más antiguas de particularismo, tal cual se mantuvieron en Germania e Italia, cuya experiencia real de las cruzadas difería poco de la francesa, pero no reportó dividendos específicamente nacionales de ninguna clase.

La imagen de los franceses como dominadores de las cruzadas no es totalmente errónea, sin embargo; la mayoría de los participantes conocidos de la empresa de 1096-1099 procedían de tierras situadas entre el Rin y el Atlántico, el Canal de la Mancha y el Mediterráneo. Ello no obstante, equiparar a los «francos» con los franceses supone hacer caso omiso de las importantes diferencias que separaban sus lenguas, leyes, sistemas de propiedad de la tierra, historia, tradiciones y cultura, así como de las contribuciones de otras regiones, desde Dinamarca hasta Apulia, desde Inglaterra hasta Austria.

Al encontrarse tanto con objetivos como con peligros comunes, la Primera Cruzada cobró cohesión. Tras el considerable susto que despertó en los cruzados la primera batalla con los turcos, en julio de 1097, las decisiones militares de la expedición quedaron subordinadas al escrutinio de un consejo común; Ademar de Le Puy impuso el control de una presidencia. En Antioquía se creó un fondo común para financiar proyectos necesitados de un capital cuantioso, tales como una torre de asedio; al poco tiempo se nombró también a un comandante en jefe, Esteban de Blois, que no tardó en huir. Antes de las batallas se escogía a los jefes. De algunos grupos se sospechaba podían favorecer el monopolio provenzal sobre las visiones que se suponía resultaban de utilidad y sobre el descubrimiento de la Lanza Santa en Antioquía; Raimundo de Tolosa quedó como una figura aislada, tal vez porque hablaba languedociano *(langue d'oc,* digamos, el francés del sur), a diferencia de los otros miembros del alto mando, que se expresaban en versiones de la *langue d'oil* (hablado en el norte de Francia). Incluso en Jerusalén, los príncipes se mantenían a una cierta distancia los unos de los otros, con la intención de conservar su autonomía.[1]

Esta realidad de frecuentes tensiones étnicas y regionales era reflejo de la estructura básica de la expedición, que se organizaba en tomo de aquellos señores y caballeros que gozaban de medios suficientes para costear un séquito. En principio, estos grupos reflejaban las circunstancias locales de reclutamiento y transporte. En el ejército circulaban al menos siete divisas distintas, quizá incluso en fecha tan tardía como la de mayo de 1099.[4] Como los ejércitos medievales compartían muchas características con los mercados móviles, tales diferencias debieron dificultar, sin duda, las transacciones; más aún si tenemos en cuenta que en Siria utilizaban un sistema

monetario basado en la plata, en una zona donde el valor tradicional era el oro. Los diferentes contingentes de soldados lanzaban distintos gritos de guerra. Sin embargo, a medida que los fondos se acababan y los líderes iban encontrando la muerte, desertaban o se excluían de las campañas principales, el patrocinio se convirtió en algo fluido, pero no solo para los oportunistas de buenos contactos como Tancredo, quien fue permutando sus servicios, ora con su tío Bohemundo, ora con Raimundo de Tolosa, ora con Godofredo de Bouillon. Entre los restos de las tropas que sobrevivieron ante las murallas de Jerusalén, la fidelidad dependía más de quién proporcionara los víveres, los pertrechos y los caballos, y mucho menos de la raza o la región de origen. Esto no había sido así al comenzar la cruzada.

LA PRIMERA OLEADA, IO96

Cuando Pedro el Ermitaño entró en Colonia el 12 de abril de 1096 (Sábado Santo), ya se había movilizado un considerable número de soldados de la Francia septentrional y oriental, la Lorena y la Renania. Gualterio, señor de Boissy-sans-Avoir, en Isla de Francia (île-de-France), se preparaba para abandonar la ciudad al terminar la Pascua; el 15 de abril emprendió la tradicional ruta de peregrinaje que remontaba el Rin y el Neckar hasta Ratisbona y bajaba el Danubio hasta Hungría y las rutas balcánicas de Constantinopla. Lo acompañaba una fuerza de infantería, formada en su mayoría por franceses y dirigida por ocho caballeros; al parecer era una guardia de avanzada para el ejército más numeroso de Pedro, que había ido reclutando en su camino desde Berry, a través de île-de-France y la Champaña, hasta el Mosela y el Rin. En las ciudades que había ido visitando, Pedro ya había atraído hacia sí a unos pocos nobles y voluntarios franceses. Algunos habían visto su fuerza como un grupo de peregrinación, más que como los miembros de una operación militar; sin embargo, aparte de Gualterio Sans Avoir, Pedro estableció un mando militar bajo la dirección de Godofredo Burel de Étampes, Reinaldo de Broyes (de Épemay), Gualterio Fitz Waleran (de Breteuil, en el Beauvasais) y Fulquer, hermano del *vidame* de Chartres.[5] No fue un hecho fortuito que se concentrara en los cen-

tros urbanos loreneses y renanos. Al llegar a Trier, junto al Mosela, a principios de abril, Pedro hostigó a la comunidad judía para que les proporcionara provisiones; lo hizo mostrándoles una carta de ciertos judíos franceses, que los instaban a aceptar. Parece probable que ya se hubieran filtrado las noticias sobre las amenazas y la violencia real cometidas en contra de las comunidades judías del norte de Francia. Desde Trier, Pedro se dirigió hacia el norte, bajando el Mosela, hasta Colonia, en el Rin, probablemente a la búsqueda no solo de dinero, sino también de hombres. Colonia poseía una comunidad judía numerosa, que hacia esta época estaba siendo objeto de chantaje, para que subvencionara la expedición de Godofredo de Bouillon. Como centro comercial considerable, aunque no fuera apenas ruta directa entre Trier y el Danubio y Constantinopla, la ciudad representaba un punto de reunión adecuado para los reclutas loreneses, incluidos algunos caballeros germánicos.

Los movimientos de Pedro exhiben rasgos de deliberación y control. Quizá amenazara a los judíos de Trier y otras zonas con prédicas antisemitas, pero sus fuerzas se abstuvieron de organizar ataques en su contra, a diferencia de las tropas de los ejércitos reunidos tras su estela y de los lugareños con ánimo de saqueadores. Por mucho que, como decían los comentaristas hostiles a Pedro, sus adeptos fueran «la escoria de los francos», con niños a remolque que «cada vez que llegaban a un castillo o una ciudad, preguntaban si eso era Jerusalén», lo cierto es que Pedro, figura menor pero carismática, atrevida y capaz de negociar en persona, más adelante, con el emperador de Bizancio y el *atabeg* de Mosul, no demostró ni ingenuidad ni ignorancia.[6] Quizá contaba con buenos informadores; quizá fue hábil a la hora de improvisar y delegar futuros reclutamientos en la persona del sacerdote Gottschalk. Este, a su vez, reunió una fuerza efectiva y bien financiada, de quince mil hombres (según Alberto de Aquisgrán), con tantos caballeros como infantes; era tan impresionante y bien organizada, que el rey Colomán I de Hungría negoció una tregua y la entrega de sus armas, proporcionándole la oportunidad, que aquel abrazó alegremente, de masacrarlos en Pannonhalma, a principios de julio.

Pedro quizá espoleara también al conde Emich de Flonheim, cuyos partidarios comenzaron a matar judíos en Spira (Speyer) el 3 de mayo, aunque su ejército viajaba hacia el norte, bajando por el

Rin, mientras que el de Pedro había pasado unos días antes en la dirección contraria. La reunión de las tropas de Emich, que incluía contingentes notables del norte de Francia, se produjo en Maguncia a finales de mayo, fecha en la cual Pedro había descendido ya un buen trecho del Danubio. Sin embargo, la oscuridad de la reunión de la fuerza de Emich, de origen germánico meridional y francés, da a entender que hubo un reclutamiento local. Pedro, Gottschalk o Urbano quizá provocaran un efecto de concentración; lo mismo lograron el interés, las tradiciones y los contactos locales. De niño, Guiberto de Nogent había conocido a uno de los caballeros que posteriormente perecieron en Antioquía, Mateo del Beauvasais, que había prestado servicio al emperador bizantino.[7] Su ejemplo quizá ejerciera la misma influencia que la evangelización de Pedro, ciertos relatos tergiversados del llamamiento a las armas de Urbano II o los rumores de una guerra santa milenarista.

La disciplina de las fuerzas de Pedro contrasta con lo que ocurrió después. A mediados de mayo, su lugarteniente Gualterio Sans Avoir, que marchaba solo unos pocos días por delante, negoció un documento de salvoconducto con el rey húngaro Colomán, que incluía el acceso a los mercados, privilegio importante dado que el principio del verano, antes de la cosecha, era durante la Edad Media los meses con más hambre. En Semlin, en la frontera húngara, hubo problemas por unas compras de armas. Cuando habían cruzado la frontera bizantina, se pusieron de relieve los peligros de las campañas veraniegas, puesto que se denegó a Gualterio la utilización de los mercados de Belgrado, lo que dio origen a un enfrentamiento que causó la muerte de sesenta peregrinos. Sin embargo, las autoridades militares de Bizancio reconocieron a Gualterio como aliado y, para impedir nuevos saqueos, le proporcionaron comida y una escolta hasta Constantinopla, a la que llegó hacia el 20 de julio de 1096, dispuesto a esperar a Pedro. El hecho de que fuera tan complaciente dice mucho de la implicación de Alejo en el proyecto, más aún si pensamos que debía de esperar la llegada de los occidentales para algunos meses más tarde, con mayores reservas de provisiones locales.

La velocidad con la que los griegos condujeron a Gualterio Sans Avoir hasta la capital del imperio demuestra que sabían que la fuerza más numerosa de Pedro el Ermitaño estaba a solo unos días de

distancia, lo cual representaba una competencia peligrosa por los alimentos. Aunque su régimen se apoyaba en el reciente éxito militar contra los pechenegos en los Balcanes y en algunos triunfos secundarios en el Asia menor y el Egeo, Alejo I había sido testigo de demasiados golpes políticos; el primero, el golpe que dio él mismo en 1081. No se sentía, por lo tanto, seguro. En 1094-1095 hubo una invasión balcánica, cuando los cumanos pasaron el Danubio; problemas en Serbia (justo en la línea de avance de los cruzados); indicios de una rebelión contra los impuestos y una peligrosa conspiración en el ejército, tendente a colocar en el trono de Alejo a Nicéforas Diógenes, hijo del emperador Romano IV (1064-1071), el perdedor de Manzikert. Las tensiones por los alimentos en unas zonas estratégicamente tan vitales como los Balcanes y, más aún, en la propia capital, podían erosionar el apoyo de Alejo, de por sí precario.[8] Alejo necesitaba el respaldo de los occidentales, pero no podía permitir que perturbaran sus delicados acuerdos políticos. Una población constantinopolitana hambrienta y resentida habría sido muy peligrosa. Así, Alejo resolvió empujar a los cruzados hacia Asia tan pronto como fuera posible, con miras a minimizar los riesgos. A diferencia de lo que denunció su hija Ana Comnena medio siglo más tarde, no se debió tanto a que el emperador tuviera miedo de un ataque occidental, como a que deseaba evitar los disturbios de una hambruna o que los griegos disidentes se unieran a los forasteros para derrocarlo. Desde un primer momento, Alejo intentó controlar a su número insospechadamente elevado de aliados con una mezcla de hospitalidad, generosidad y dirección firme, siempre con el cuidado de no comprometer en la causa de aquellos una parte demasiado cuantiosa de sus escasos recursos.

El ejército de Pedro el Ermitaño partió de Colonia el 20 de abril. Era nutrido, con quizá veinte mil personas, si incluimos a los no combatientes; la línea de avance a través de los Balcanes ocupaba al menos una milla de longitud.* Su paso a través de la Europa central fue rápido, con un promedio de más de diecisiete millas por día, veinticinco en los caminos más transitables.** La mayoría de los peregrinos caminaban o cabalgaban; Pedro, al parecer, montaba en

*** 1,609 kilómetros.** ***(N. de los t.)***

**** 27,35 y 40,23 kilómetros, respectivamente.** ***(N. de los t.)***

su asno talismán; algunos bajaron por el Danubio en barco. En Ratisbona, el 23 de mayo, los seguidores de Pedro organizaron un bautismo forzoso y masivo de los judíos de la ciudad, en el mismo Danubio. No es de extrañar, a la vista de la propaganda de la expedición, que los cruzados adoptaran una actitud de beligerancia con quienquiera que les salía al paso, ya fuera física o ideológicamente. Ello se puso de relieve de forma notoria cuando el ejército de Pedro saqueó Semlin en la segunda semana de junio, después de asaltos concertados por parte de caballeros provistos con armas poderosas y la infantería de Godofredo Burel. De nuevo, el incidente se originó tras una disputa por los suministros —se cuenta que los rumores del mal trato recibido por los adeptos de Gualterio y una polémica por la adquisición de un par de zapatos prendieron la chispa de un alboroto que derivó en la intervención armada— y la inquietud con respecto a la ayuda que se recibiría al otro lado de la frontera, en Bizancio. Aunque era capaz de tomar por asalto una ciudad y se acompañaba de carros llenos de tesoros, bajo presión, el ejército de Pedro carecía de disciplina.

El asunto de Semlin puso en guardia a los griegos, que evacuaron Belgrado y la dejaron en manos de los saqueadores. Tras forzar el paso del río Sava, los peregrinos llegaron a Nis, la capital provincial, el 27 de junio, donde la crisis del abastecimiento devino muy grave. El gobernador bizantino Nicetas negoció abrir un mercado a los hombres de Pedro a cambio de la entrega de rehenes, que incluían, como dato relevante, a los comandantes militares Godofredo Burel y Gualterio Fitz Waleran. Cuando las negociaciones fracasaron, Nicetas impuso el orden por la fuerza; Pedro intentó en vano restaurar la paz y sus tropas quedaron dispersadas tras ser objeto de un ataque griego concertado. Escarmentado, Pedro ordenó que los supervivientes emprendieran el camino de Sofía; se reagruparon en la ciudad evacuada de Bela Palanka, donde recogieron la cosecha local. El 7 de julio, en Sofía, Pedro se encontró con una escolta de Alejo, que los urgió a dirigirse hacia Constantinopla, asegurándose de que no se detenían en lugar alguno durante más de tres días. Las batallas de Nis, que habían aniquilado quizá hasta un tercio de su fuerza, se produjeron porque Pedro y sus comandantes perdieron el control; sobre todo, ajuicio de Alberto de Aquisgrán, el de los hombres más jóvenes.[9] Las comunicaciones a lo largo de la lí-

nea se interrumpieron, como señal de que los jefes, faltos de experiencia, no sabían lidiar con tropas tan numerosas y dispares, que carecían de la cohesión impuesta por los grandes potentados. Las marchas agotadoras, las incertidumbres en el abastecimiento de alimentos, el encuentro con gentes extrañas en territorios desconocidos, las incomodidades, el miedo y la perspectiva del hambre socavaron el idealismo. Sin embargo, con la compañía de los griegos y la seguridad de las provisiones, el ejército de Pedro recobró su integridad. Se llegó a Adrianópolis* el 22 de julio, y a Constantinopla, el 1 de agosto, justo cinco meses después de la primera concentración de peregrinos de Pedro en île-de-France, a más de mil millas de distancia.

El caos de los Balcanes sirvió de preludio al desastre. Alejo desaconsejó a Pedro que avanzaran de inmediato. Obviamente al tanto de los hechos ocurridos en el oeste —pues algunos príncipes y, probablemente, el papa, le habrían comunicado sus planes por carta—, Alejo instó a esperar la llegada del resto de las tropas en formación. Tras reunirse con Gualterio Sans Avoir y recibir algunos refuerzos de levas italianas, se cedió a Pedro la utilización de una base bien provista que Alejo destinaba a los mercenarios occidentales, en Kibotos (en el golfo de Nicomedia, justo al otro lado del mar de Mármara, mirando desde la capital). Allí, la dificultad tradicional a la hora de contrarrestar el aburrimiento en los campamentos militares resultó exacerbada por las rivalidades regionales y la proximidad con territorios controlados por los turcos selyúcidas, cuya capital del Asia Menor se hallaba en Nicea, a solo veinticinco millas.** Con Pedro reducido ahora a la función diplomática de negociar con las autoridades bizantinas de Constantinopla la magnitud y el coste del suministro regular de provisiones, el liderazgo recayó en los distintos capitanes, por separado; y el interés personal de estos pasaba por lucrarse con el saqueo de la localidad, independientemente de si sus víctimas eran musulmanes o cristianos griegos. Se buscaban alimentos, botines de varia índole y, además, acción. Pero en la guerra medieval, es un hecho incontestable que la mayor vulnerabilidad de

*** La moderna Edime.** ***(N. de los t.)***

**** Unos cuarenta kilómetros.** ***(N. de los t.)***

los ejércitos se daba justamente durante el pillaje. En septiembre, un grupo de soldados franceses realizó una incursión en Nicea, forzando las murallas. Para no ser menos, un contingente de germanos e italianos, bajo la dirección de cierto Rainaldo, asimismo italiano, almogavareó por zonas anejas, capturando un castillo en Xerigordo, en las proximidades de Nicea. Allí fueron atrapados y masacrados por los selyúcidas de Nicea. Según se cuenta, solo los que se rindieron y abrazaron el islam sobrevivieron, aunque como cautivos y esclavos; entre ellos, el propio Rainaldo.

La conducta desordenada y una dirección confusa no fueron prerrogativa exclusiva de estos primeros ejércitos de los cruzados; un año más tarde, los príncipes no estuvieron mucho más afortunados durante algunos de los peores días del asedio de Antioquía. Ahora emergía la naturaleza populista de toda la empresa, y no por última vez, como factor muy poderoso en las decisiones tácticas. Gualterio Sans Avoir y la mayoría de los otros líderes de Kibotos se mostraron en contra de dar una respuesta precipitada al desastre de Xerigordo, pero la exigencia popular de venganza halló portavoz en Godofredo Burel y, al final, la mayoría se impuso a la cautela. La agitación popular provocó que el cuerpo principal de los cruzados abandonara Kibotos con rumbo a Nicea. Por entonces, el sultán selyúcida Kilij Arslan estaba ya lo suficientemente alarmado como para asumir en persona la dirección de sus fuerzas. En una sucesión de enfrentamientos rápidos, el 21 de octubre, una proporción relevante de los caballeros cristianos quedó aislada y halló la muerte, incluyendo a Gualterio Sans Avoir (quien, según Alberto de Aquisgrán, fue atravesado por siete flechas) y Reinaldo de Broyes.[10] Quebrada la élite de los caballeros, los cristianos huyeron o fueron masacrados, y a los pocos minutos, los turcos arrasaban el campamento de Kibotos, situado a tres millas.* Solo la llegada de una fuerza de socorro bizantina salvó a los restos del ejército, que habían encontrado refugio en un castillo abandonado de la costa; parece ser que un buen porcentaje de ellos habían sido caballeros.

Aunque no fue directamente responsable de la catástrofe, aquí terminó la carrera de liderazgo de Pedro el Ermitaño; durante el res-

*** Poco menos de cinco kilómetros. (*N. de los t.*)**

to de la campaña, su presencia recibió una atención notoriamente disminuida por parte de los testigos que nos legaron sus relatos. A pesar de todo, su contribución, aunque a la postre fuera insignificante en lo militar, demostró que el viaje a Oriente no era la quimera de un loco. Sus tropas se habían mantenido unidas, como una fuerza viable, durante varios meses, a pesar de las dificultades de abastecimiento, derivadas, en gran parte, del calendario escogido. Había completado una marcha muy larga con miles de acompañantes pobremente equipados; había negociado con los soberanos locales y había obtenido el patrocinio y el respaldo del emperador griego. El trágico fracaso de su ejército en Asia ponía de relieve lo que serían los requisitos del triunfo: una dirección unida; un número importante de caballeros; respeto por el enemigo; y, sobre todo, el abastecimiento adecuado y regular de alimentos, agua, pertrechos bélicos y caballos.

El fracaso de Pedro el Ermitaño se asemeja más a un éxito modesto cuando se compara con el destino de otros grandes grupos de cruzados que partieron de la zona del Rin en la primavera de 1096. A principios de julio, en la zona occidental de Hungría, un exasperado rey Colomán destruyó el ejército de Gottschalk; hacia las mismas fechas, la fuerza de Volkmar fue dispersada en Nitra, en el norte, tras una carrera de persecuciones antisemitas en Bohemia. El problema de los húngaros era de orden y también de suministros. Con los sucesivos ejércitos cruzados, cada uno parecía menos disciplinado que el anterior, más ansioso por saquear, apoderarse de los mercados y forzar la voluntad local. Inadvertida por los cronistas, un flujo incesante de peregrinos corrientes se dirigía hacia el este, añadiendo más presión sobre las reservas de alimento y nuevas posibilidades de pillaje. Estas consideraciones materiales comportaron que, a finales de julio, Colomán se negara a permitir el paso a través de su reino de las fuerzas de Emich de Flonheim y sus adeptos del sur y el oeste de Germania; en circunstancias mejores, con mayor cantidad de reservas, el mismo Colomán autorizó tres meses más tarde el paso negociado de las tropas de Godofredo de Bouillon. Sin embargo, aparte de la cuestión de los suministros, es posible que Colomán considerara a Emich de Flonheim como un elemento peligroso, pues le habría precedido su reputación de violento y transgresor de la autoridad regia. A los tres meses de haberse em-

barcado en las cruzadas, eran muchos los que pensaban que el conde Emich había dañado de forma indeleble el sagrado proyecto original, por su sistemática persecución de los judíos.

EL POGROMO JUDÍO DE IO96

Los judíos del norte de Europa participaron de la prosperidad económica del siglo xi, especialmente en el renacer de la vida urbana. Atraídos desde las regiones mediterráneas, numerosos judíos askenazíes se establecieron en varias poblaciones del norte de Francia, poblaciones con mercados, como Troyes o Le Mans, ya desde finales del siglo x; también en ciudades de la Renania. Se continuaron fundando comunidades en el siglo xi, como las de Inglaterra con posterioridad a 1066 o la de Spira en 1084; las más antiguas, como las de Ruán, Colonia o Maguncia, florecieron bajo la protección de soberanos locales u obispos deseosos de promocionar el comercio. La banca judía se convirtió en característica de los mercados en expansión de esa zona. Además de su implicación directa en el comercio de bienes, con el tráfico de larga distancia incrementado y la persistencia de los distintos pesos y las distintas monedas y medidas locales, la red de financieros judíos demostró ser muy útil. A juzgar por los datos de la Renania, las tasas de interés no eran desorbitadas, con cifras del ocho por cien, en un ejemplo; así, el crédito judío era sin duda más accesible —y, a largo plazo, más barato— que la obtención de dinero en otra de las fuentes de oro y plata: los conventos." Con la prosperidad, sin embargo, venían los peligros. En el norte de Francia se habían producido estallidos esporádicos de persecución antisemita y conversiones forzosas, en particular durante los años 1007-1012.[12] Como poseedores de la riqueza mueble, los judíos eran objeto de robos tanto ocasionales como sistemáticos. En tanto que minoría religiosa, los judíos no solían ser aceptados, pero se los toleraba. Una amenaza más seria que la persecución de sus comunidades radicaba en la conversión de judíos exitosos y ambiciosos a la fe mayoritaria, como ocurrió con los hijos de dos famosos rabinos de Maguncia. Una condición de privilegio y protección en las estrechas callejuelas de las ciudades del siglo xi presentaba sus propios problemas: la cédula del obispo Rudiger, que

permitía a los judíos establecerse en Spira, les ofrecía un lugar cerrado que los protegiera de «la violencia de la chusma».[13] Estas tensiones intracomunitarias desempeñaron un papel propio en la tragedia de 1096.

El 3 de mayo de 1096, sabbat, el ejército del conde Emich atacó a los judíos de Spira, cerca de sus fincas, y antes de que el obispo llegara a rescatarlos, causó la muerte de una docena de ellos, que se negaron a ser bautizados a la fuerza. Una mujer prefirió el suicido a la conversión obligatoria. Los persecutores recibieron la ayuda de algunos ciudadanos, a algunos de los cuales castigó el obispo Juan con la pena de cortarles las manos, habitual para los robos. Los judíos que habían huido a los campos de los alrededores o habían aceptado el bautismo regresaron bajo la protección del obispo; se autorizó a los apóstatas a ingresar de nuevo en el judaismo y se comenzó a construir una nueva sinagoga. Steven Runciman, de modo no poco sorprendente, pasa página a este episodio calificándolo de «un ataque no demasiado impresionante».[14] Quizá las murallas que se dictaminó erigir en 1084 demuestran su uso. Al cabo de una quincena, el 18 de mayo, Emich llegó a Worms, donde logró movilizar con eficacia más asistencia local, en la que figuraron tanto burgueses como campesinos de los aledaños. Dada la proximidad existente con las tierras del propio conde, es probable que Emich se aprovechara de aquellas tensiones locales de las que estaba al corriente. Se mató a los judíos que fueron hallados en la aljama; se profanaron los rollos de la Tora; se asedió a cuantos huyeron a refugiarse en el palacio del obispo y, el 20 de mayo, se los masacró. Algunos ofrecieron resistencia a la conversión forzosa; uno de los familiares del obispo murió; otros quizá tomaron la vía del suicidio. Las muertes ascendieron a varios centenares.

La destrucción de los judíos de Maguncia atrajo una atención minuciosa; el caso fue presentado en adelante ante el público judío como un ejemplo de fortaleza en la persecución y de martirio santo. Maguncia era un centro destacado de la cultura, la enseñanza y también el comercio semita. Los líderes judíos eran figuras notorias del comercio; el rabino mayor, Kalonymos, tenía buena relación con el arzobispo y era reconocido por el emperador. Cuando Emich hizo aparición ante las puertas de la ciudad —que el arzobispo ordenó se le cerraran—, algunos ciudadanos provocaron disturbios.

Los jefes de la comunidad judía sobornaron al arzobispo, para que los protegiera, e intentaron comprar a Emich con el regalo de siete libras de oro, pero fue en vano. Las puertas se abrieron el 26 de mayo; la matanza y el pillaje duró dos días. El arzobispo renegó de su promesa de protección y huyó; los judíos que se acogieron a su palacio, aun a pesar de una resistencia armada inicial muy vigorosa, fueron derrotados y asesinados como los demás. Se emprendió una búsqueda implacable, por toda la ciudad, de los judíos y su dinero. En el tumulto se destruyó la sinagoga; algunos judíos apostataron y otros prefirieron el suicidio. En el siglo XII se hizo circular, con voluntad de edificación de los fieles, la historia del sacrificio de cierta joven llamada Raquel, junto con sus cuatro hijos. Es un relato horripilante. El hijo menor, Aarón, aterrorizado ante la muerte de sus hermanos, rogó a su madre que le perdonara la vida y corrió a esconderse bajo una caja.

> Cuando esta piadosa mujer terminó de sacrificar a los tres hijos a su Creador, alzó la voz y llamó al hijo menor: «Aarón, Aarón, ¿dónde estás? No te perdonaré la vida ni tendré compasión de ti». Lo arrastró por los pies, fuera de la caja en la que se había escondido, y lo sacrificó ante Dios Majestuoso.[15]

Rodeada por los cuerpos aún calientes de sus hijos, Raquel aguardó a ser descubierta por los cristianos, quienes, antes de matarla, le exigieron: «Muéstranos el dinero que ocultas en tus mangas». Esta no fue la única muerte horrible. El rabino Kalonymos, en compañía de unas cincuenta personas, buscó asilo en la residencia campestre del arzobispo, en Rudesheim, al otro lado del Rin. El arzobispo Ruthard, de conducta pusilánime y vergonzosa hasta el extremo, intentó aprovechar el aprieto en el que se hallaba el rabí para condicionar el refugio a su conversión. El rabino, furioso ante esta traición egoísta, llegó al punto de atacar al arzobispo, pero no cambió nada; fue descuartizado junto con sus compañeros. Se desconoce a cuánto ascendería el botín capturado por los hombres de Emich y los cristianos del lugar; se calcula que murió alrededor de un millar de judíos.

Cuando Emich llegó a Colonia, el 29 de mayo, los judíos estaban sobre aviso; se habían dispersado por el campo o habían busca-

do ser acogidos por amigos cristianos en la misma ciudad, con la esperanza de ahorrarse problemas durante el fin de semana del domingo de Pentecostés (1 de junio). La sinagoga ardió y se profanaron los rollos de la Tora, pero hubo pocas bajas entre los judíos y se primó el pillaje. Cierta Rebeca, judía de familia acomodada, encontró la muerte cuando intentaba pasar de escondidas oro y plata a su marido, que se ocultaba en la casa de una familia cristiana.[16] Los judíos que habían huido de la ciudad no tardaron en ser perseguidos, con ataques documentados en Neuss, Wevelinghofen y otras zonas de la vecindad. Tras haber exprimido el jugo de las mejores frutas de la zona, el conde Emich y sus hombres giraron hacia el sur y el este, a lo largo del Meno, hacia el Danubio y Hungría. A mediados de julio, en Wiesselberg, se les denegó la entrada en Hungría; Emich descubrió entonces que el matonismo y la chulería no surtían efecto alguno ante un ejército enemigo bien organizado. En colaboración con sus aliados franceses y suabos, Emich preparó todo un plan de asedio del lugar, con buena pericia táctica y de ingeniería en la construcción de pontones y máquinas de sitio; pero ante el rumor de la llegada del rey Colomán, la moral se desintegró. Muchos hombres se dieron a la fuga; en cuanto a Emich y sus caballeros, sufrieron una derrota inesperada tras una salida oculta de la guarnición de Wiesselberg, y si el conde escapó con vida, fue tan solo gracias a la velocidad de su montura. El ejército se disolvió; los nobles franceses regresaron al oeste, para buscar otras rutas y lidiar bajo otros jefes; Emich volvió a casa.

Los pogromos de mayo en la Renania no se terminaron tras la derrota de Emich. Ya fueran debidos a otras bandas de *crucesignati* o a oportunistas del lugar, el área de los alrededores de Colonia siguió sufriendo la depredación durante varias semanas. En junio, los ataques bajaron por el Mosela hasta Trier y Metz, donde perecieron más de veinte judíos. Eran los meses de la canícula; y aunque el año no fue necesariamente tan agostador como el de 1095, los ánimos se exaltaban con la intensificación del hambre. Carestía para los cruzados significaba carestía para los lugareños; los precios se incrementaron justo antes del reclutamiento de las tropas. Los carniceros del conde Emich habían mostrado un camino, con sus delantales de justiciero ensangrentados por la falsa piedad. A finales de junio y en julio, hubo nuevos ataques en la región de Colonia y más al norte,

en Xanten, Mehr, Eller y Geldem. Las descripciones de los asaltantes son vagas. En localidades como Mehr, los lugareños interpretaron papeles de protagonista en la agresión antisemita. Hacia el final del verano, las explosiones de odio se habían apagado, quizá con la recogida de la cosecha. Los adeptos de Godofredo de Bouillon, reclutados en las regiones anejas, no causaron problemas; quizá pensaron que los judíos ya no conservaban nada digno de un asalto. En cualquier caso, el propio Godofredo había chantajeado a los judíos de Maguncia y Colonia.

La campaña de Emich de Flonheim contra las prósperas comunidades judías fue un acto deliberado, que no debe confundirse con un vandalismo espontáneo. Aunque la retórica era religiosa —también la que se recoge en los relatos, desgarradoramente detallados, que los propios judíos realizaron de los pogromos—, el motivo de fondo bien pudo ser financiero. No se trataba de que los cruzados debieran dinero a los judíos; lo que ocurría era, sencillamente, que muchos habían vendido o comprometido sus patrimonios y aún debían afrontar nuevos gastos. Para líderes como Emich, el dinero en mano equivalía a poder y autoridad. Los lugareños —sin excluir a determinados obispos que antes habían actuado como protectores— aprovecharon la codicia de los cruzados para extorsionar a los judíos indefensos, saqueando sus propiedades y exigiéndoles dinero a cambio de la protección. La comunidad de Maguncia ofreció a Emich dinero a cambio de sus vidas y retrasó su destino arrojando monedas a sus persecutores y saqueadores. Alberto de Aquisgrán valoró, con sequedad, que los peregrinos habían asesinado a los judíos «más por avaricia que por la justicia de Dios», pecado al cual atribuyó las penalidades sufridas luego en los Balcanes.[17] Sin embargo, la codicia por sí sola no basta para explicar la violación constante del Derecho canónico y las enseñanzas religiosas que vieron las repetidas conversiones forzosas. En la doctrina oficial del cristianismo no había nada que justificara la masacre de los judíos. El papa Alejandro II lo había prohibido de manera expresa, cuando, en 1063, trazó una diferenciación cuidadosa entre ellos y los musulmanes. Ninguna justificación de la guerra santa podía incluir entre sus metas la agresión a los judíos, al tratarse de un pueblo gobernado por los cristianos; por eso se hicieron repetidos intentos de acusar a los judíos de subversión o de haber planeado la destrucción de

la Cristiandad, pues no había otro modo de excusar la persecución. Sin embargo, la predicación de las cruzadas hacía hincapié en una violencia cristiana considerada meritoria, concedía legitimidad a la venganza y daba pie a devolver el sufrimiento de Cristo crucificado. Las fuentes cristianas recogen cómo estos mensajes terminaron traduciéndose en un evangelio de odio religioso indiscriminado. Los cruzados ruaneses consideraban absurdo organizar una campaña contra los enemigos de Dios en oriente «cuando delante de nuestros propios ojos tenemos a los judíos, la raza más hostil a Dios». Alberto de Aquisgrán escribió que los reclutas del ejército de Emich en Maguncia insistían en que matar a los judíos no era sino el primer acto de su campaña contra los «enemigos de la fe cristiana». El amor cristiano que Urbano pudo haber predicado para justificar su proyecto de Jerusalén se reservaba exclusivamente a los cristianos; el reverso de este mensaje de caridad era la intolerancia y la violencia. Según Ekkehard de Aura, un abad germánico que lo vio en persona, los persecutores eran cristianos entusiastas «que se esforzaban por destruir completamente a los execrables judíos», ya fuera con la conversión forzosa o con la muerte.[18] En efecto, no solo se saqueaba a las comunidades judías para apoderarse de su dinero y sus bienes, también se profanaron repetidamente sus rollos de la Tora y sus cementerios. Los judíos creían que la motivación de sus atacantes era esencialmente religiosa. En general, los judíos eran tenidos por enemigos de la iglesia; en particular, habían matado a Jesucristo. Cuando las puertas de Maguncia se abrieron a los hombres de Emich, según recoge una fuente hebrea, los asaltantes exultaban de alegría: «Esto es obra de Cristo crucificado, que nos da la oportunidad de vengar su sangre en los judíos».[19] Las tres crónicas hebreas de los pogromos se muestran de acuerdo en la persistencia del tema de la venganza por la Crucifixión. Así pues, la propaganda religiosa populista y la codicia material se combinaron para crear un cóctel obsceno de carnicería y fanatismo.

Ello no obstante, la persecución antisemita es reflejo de más elementos que no solo la violencia y la histeria de la plebe. La crónica atribuida a Salomón bar Simson, un judío de Maguncia que escribía hacia 1140, indica que los que partieron hacia Tierra Santa «se decoraban principalmente con sus signos, colocando un símbolo profano —una línea horizontal sobre una vertical— en los vestí-

dos de todos aquellos hombres y mujeres cuyos corazones anhelaban ir por la vía directa hacia la tumba de su Mesías». Se nos describe a los asesinos de la comunidad de Maguncia como gentes que se enloquecían «en el nombre del Crucificado» y que portaban enseñas de la cruz.[20] Tanto como una campaña compartida, un pogromo colectivo contribuye a cimentar la identidad en el seno de un grupo. Los cruzados poseían un sentido de identidad muy vivo; ya en junio de 1097, uno de ellos habló de «el ejército de Dios».[21] En los primeros días de 1096, esta unicidad de propósito y comunidad buscó una expresión propia y la encontró en tanto que guerreros que luchaban por Cristo. Las sutilezas teológicas eran irrelevantes para el caso y, sea como fuere, es probable que los clérigos que viajaban con los cruzados apoyaran las agresiones; los que se hallaban en las ciudades afectadas apenas eran capaces de mantener la línea ortodoxa. La masacre de los judíos fue solo la primera articulación de las muchas en las que se expresó el espíritu de las cruzadas. También existió una dimensión política local. Enrique IV había prohibido de forma expresa y repetida causar daño a los judíos, que estaban bajo su protección. Así, los ataques de Emich representaban, además, un desafío a la autoridad de Enrique, como afirmación de independencia, facilitada por la ausencia del emperador en Italia. Es posible que los dividendos políticos de la agitación de 1096 no se restringieran al papado.

Para los judíos, los pogromos de la Renania no representaban «el primer holocausto».[22] Ya habían sufrido agresiones con anterioridad. Tampoco suponían el inicio de una campaña de antisemitismo sostenido. Aunque con más cautelas e inquietudes, las comunidades askenazíes de la Renania y, en general, la Europa del norte sobrevivieron y prosperaron durante tres generaciones, aun a pesar de las nuevas atrocidades que les acontecieron durante la Segunda y la Tercera Cruzada. Los judíos continuaron emigrando hacia las áreas de persecución. En cambio, como elemento que sí fue más conductor de la intolerancia debemos citar la exclusividad creciente y la militancia general de la iglesia occidental. Con las batallas frente al islam, en España y en el este; la conversión del Báltico; la elaboración del Derecho canónico; y la guerra contra la herejía, la persistencia de una minoría religiosa parecía un hecho más anómalo y, para algunas formas de pensar, más ofensivo. El año de 1096

fue solo una parte de este proceso más amplio. Irónicamente, el impacto causado en la memoria askenazí fue testimonio de su falta de consecuencia material profunda en las comunidades acosadas. Si la imagen de los mártires de 1096 resultaba especialmente elocuente para algún grupo, fue ante todo para las propias congregaciones judías renanas, renovadas y en expansión. Es el caso de la oración litúrgica mencionada por vez primera por Efraím, un rabino del siglo XII, en Bonn: «Que nuestro Padre Misericordioso, que habita en los Cielos, se acuerde con su infinita misericordia de los padecimientos de los piadosos, los justos y los puros, las comunidades santas que se sacrificaron por la santificación del Nombre Divino».[23]

LA SEGUNDA OLEADA, 1096-1097

Las deficiencias y los excesos de las bandas que viajaban hacia oriente en el verano de 1096 fueron objeto de burlas, desprecio y ridículo, pero no afectaron apenas a la popularidad del proyecto. En la fecha de salida determinada por Urbano II, las tres expediciones germanas se habían ido al traste; las tropas de Pedro el Ermitaño estaban precariamente instaladas en su base del límite del Asia occidental, a punto de ser aniquiladas; ninguno de los príncipes del oeste se había embarcado en la empresa. Sin embargo, Urbano II no había regresado aún a Italia y el reclutamiento estaba cobrando impulso en toda la Europa occidental. Antes de ser frenados por el obispo local, el abad y los monjes de la abadía de Cerne, en Dorset, habían invertido treinta chelines en un barco que los transportara a Jerusalén. En la misma época, el papa había expresado su disconformidad con los reclutamientos indiscriminados, especialmente de clérigos y de jóvenes maridos de pies inquietos.[24] Los veteranos frustrados de los primeros ejércitos buscaban nuevos camaradas. Hacia el final del año, ya fuera por tierra o por mar, en barco, caballo o carro, o a pie, entre quizá cincuenta y sesenta mil nuevos peregrinos habían emprendido el camino de oriente, haciendo sombra a los primeros empeños.

Para cada uno de los *crucesignati*, e igualmente para los que se quedaban atrás, el momento de la salida era de gran solemnidad. Aunque la mayoría confiaba en poder regresar, nadie podía garanti-

zar ese retomo. Cuando viajaba hacia el sur, para reunirse con el duque de Normandía y conde de Blois en septiembre de 1096, el conde Roberto de Flandes fue recibido por una procesión de monjes en cierto monasterio de las inmediaciones de Reims; también un magnate remense vino a presentar sus respetos.[25] La mayoría de las despedidas se realizaba sin tan magna ceremonia, pero muchos habrían contado con la presencia del cura de la parroquia y varios lugareños y habrían visto manifestaciones de pena no solo ritualizada, sino también sincera. Fulquer de Chartres, capellán en la marcha de Esteban de Blois, compañero del conde Roberto, proporcionó una descripción imaginativa y, a la vez, universal:

> ¡Qué suspiros, qué llantos, qué lamentos entre los amigos, cuando el marido dejó a la mujer que tanto amaba y a sus hijos, abandonó sus propiedades, por grandes que fueran, a su padre, a su madre, a su hermano y los demás parientes...! Pero por muchas lágrimas que derramaran los que se quedaban por mor de los amigos que partían y en su presencia, nadie flaqueaba ni se arredraba... El marido comunicaba a su mujer la fecha en la que confiaba retomar, asegurándole que, si por la Gracia de Dios sobrevivía, volvería con ella sin demora. La encomendaba al Señor, la besaba con morosidad y le prometía, para consolar sus lágrimas, que regresaría. Ella, no obstante, temerosa de no volverlo a ver, era incapaz de resistir la situación y caía al suelo, desmayada, doliéndose por su amado, al cual perdía en esta vida como si ya estuviera muerto. Pero él, a pesar de todo, como un hombre sin piedad —pero henchido de piedad— y de aspecto inconmovible, siquiera por las lágrimas de su mujer ni las lamentaciones de ninguno de sus amigos —aunque hondamente movido en su corazón—, se marchaba con resolución y firmeza. La tristeza era la suerte que cabía a los que se quedaban; en cambio, los que se marchaban no sentían sino júbilo.[26]

De manera un tanto paradójica, el primer gran señor occidental que partió hacia Jerusalén fue el hermano del rey que Urbano II había excomulgado en Clermont. Hugo, conde de Vermandois, era el hermano menor de Felipe I el Gordo. Sin más distinción que la de su sangre, Hugo actuó como un imán para algunos de los vasallos más notables de su hermano, incluidos el condestable del rey (Walo de Chaumont-en-Vexin) y su senescal (Gilberto de Garlande). íle-

de-France estaba bien representada en el entorno de Hugo, incluidos, más adelante, Guillermo el Carpintero de Melun, Tomás de Marle y Drogo de Nesle. El interés de los Capetos no era plenamente ideológico. La participación en las expediciones se acordó en un consejo celebrado en París en febrero de 1096; en julio, la participación de Hugo fue anunciada a Urbano II por mediación del rey Felipe, junto con su propia sumisión al juicio papal en lo tocante a su matrimonio adúltero (con la esposa del conde de Anjou, a quien Urbano había regalado una rosa dorada durante su viaje de prédica, en marzo). Así, el programa jerosolimitano del papa produjo beneficios políticos inmediatos y directos para el conjunto de la causa pontifical, al permitir que Felipe se reconciliara con el Papa sin pasar excesiva humillación. El acuerdo era ventajoso para las dos partes y Hugo recibió una enseña papal que lucir en su peregrinación. Los numerosos reclutas de la región parisina son indicio de otro beneficio político, en este caso para los Capetos, a saber: les ofreció la rara oportunidad de exhibir un liderazgo político sobre los rebeldes e indisciplinados vasallos de île-de-France, aun cuando no puede afirmarse que Hugo demostrara ser ninguna figura dominante.

Su viaje estuvo cuidadosamente planeado; antes de partir, probablemente a finales de agosto, escribió a Alejo I para informarle del itinerario que preveía recorrer.[27] Pensaba cruzar Italia, donde tal vez recibiera la enseña y la bendición papal, con destino a Barí. En esta ciudad, el reducido contingente de Hugo se había ampliado con la incorporación de los señores franceses de la frustrada aventura de Emich de Flonheim, dirigidos por Guillermo de Melun. En la zona meridional de Italia, se unió al grupo uno de los sobrinos de Bohemundo, Guillermo FitzMarquis, y algunos otros, entre ellos, veteranos del servicio bizantino.[28] Al cruzar el Adriático en octubre, tras la vejación de un naufragio, Hugo permaneció bajo un cómodo arresto domiciliario en Dirraquio,* ordenado por las autoridades griegas, por lo demás hospitalarias, antes de ser escoltado bajo estrecha vigilancia hasta Constantinopla. Alejo parecía preocupado por la posibilidad de que Hugo pudiera enlazar con el gran número de italianos que seguía la misma Vía Egnatia entre Dirraquio y la capital; quizá le hubieran advertido que Bohemundo, su viejo ene-

* La antigua Dyrrhachium, llamada a veces Durazzo; hoy Durres. (*N. de los t.)*

migo, venía tan solo una quincena por detrás del conde. Hugo fue bienvenido en Constantinopla en noviembre, a las pocas semanas de la matanza de Kibotos. La forma en la que Alejo había tratado a Hugo revelaba su nerviosismo; aunque se lo trató bien y, en apariencia, se sintió hasta excesivamente halagado por la obsequiosidad del emperador, los movimientos del conde eran seguidos con minuciosidad y algunos de sus colaboradores vieron muy limitada su libertad de movimientos. El emperador estaba empezando a darse cuenta de la intensidad de sus problemas. Casi cada día llegaban noticias de más grandes nobles de la Europa occidental, que no dudaban en ejercer presión sobre su puesto; por otro lado, el flujo de peregrinos devino una avalancha, acentuada por la extraordinaria cosecha del otoño de 1096. Cabe pensar que Alejo no la definió precisamente como «milagrosa».

Poco antes de la Navidad de 1096, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, llegó a la capital griega con un ejército notable, venido principalmente de Lotaringia (Lorena) y los Países Bajos. Demostró ser un huésped extraño. Su marcha a través de la Europa central había seguido el camino de los peregrinos, el mismo que había emprendido Pedro el Ermitaño algunos meses atrás. En contraste con su predecesor, sin embargo, la diplomacia de Godofredo allanó su camino y fue signo claro de la meticulosa preparación del viaje. Lejos de ser el héroe generoso de las leyendas caballerescas que con el tiempo protagonizó, Godofredo forzó toda una serie de acuerdos comerciales para sufragar los costes de la expedición. Además de extorsionar a los judíos renanos, vendió algunas propiedades; hipotecó la propia Bouillon al obispo de Lieja, con la condición de que le sería devuelta en caso de que regresara. Aunque no contrajo matrimonio —quizá por sus preferencias sexuales—, Godofredo no concebía la expedición a Jerusalén como una excusa para abandonar la condición de la que gozaba en Occidente. Era el hermano menor del acaudalado conde Eustaquio III de Boulogne y su carrera había prosperado tras tomar partido por Enrique IV. Godofredo heredó el disputado ducado de la Baja Lorena siendo aún adolescente, en 1076, y en 1083 luchó en Italia a favor de Enrique. En 1087, su legitimidad como duque fue confirmada por un emperador agradecido; en 1096, su ejército atrajo a muchos imperialistas de la diócesis de Lieja.[29] Aunque antes de partir había acuñado mo-

nedas con la inscripción «Godefridus Ierosolimitanus» y aun a pesar de su aparente ineficacia política, lo cierto es que nunca renunció a su ducado, ni siquiera tras ser nombrado en 1099 gobernador de un enclave cristiano en Palestina. Con él estaban dos de los futuros reyes de Jerusalén: su hermano menor, Balduino, de carácter ambiciosamente oportunista, y su primo del mismo nombre, el señor Balduino de Le Bourcq. También le acompañaban los condes de Toul y Hainaut (o Hainault); otros parientes, como Enrique y Godofredo de Esch; y quizá más de un centenar de caballeros adicionales. Más adelante se le unieron algunos supervivientes del ejército de Pedro, como Fulquer, el hermano del *vidame* de Chartres. Uno de sus puntos fuertes como cruzado, al igual que como gobernador de Jerusalén, radicaba en la lealtad de una familia militar de proporciones considerables.

La marcha de Godofredo fue larga, pero no turbulenta. Había salido de la Lorena en agosto. Negoció la forma de pasar en paz a través de Hungría y poder acceder a sus mercados, con un rey Colomán que, al igual que había exigido a Pedro el Ermitaño, pidió la seguridad de contar con rehenes de primera categoría; en este caso, un muy reticente Balduino de Boulogne junto con su esposa, Godehilde de Tosni, la heredera anglo-normanda. El portavoz principal de Godofredo de Bouillon había sido Godofredo de Esch, un veterano de las relaciones diplomáticas con los húngaros, en lo que es otro indicio claro de la intensidad, hondura y complejidad de los preparativos materiales y políticos de su viaje. Tras alcanzar la frontera bizantina a principios de noviembre, Godofredo no tardó en sellar un acuerdo de abastecimiento con las autoridades griegas, por el que se comprometía a no emprender saqueos violentos a cambio de un suministro regular de alimentos; los bizantinos habían preparado grandes depósitos de intendencia a lo largo de la ruta. El grupo avanzó despacio, acompañado de una escolta, y cuando llegó a Adrianópolis, Godofredo tuvo noticias del trato recibido por Hugo de Vermandois y se alarmó ante la posibilidad de haber caído en una trampa bien disimulada. Aun a pesar de su papel secundario en la política de la Europa occidental, de pronto afloró el orgullo y el engreimiento de Godofredo, quien exigió a Alejo que liberara a los franceses. Godofredo se comportó como si fuera un igual del emperador griego, conducta que no le granjeó precisamente el afecto de

Alejo; los admiradores posteriores —y quizá él mismo— se complacían en recordar que Godofredo era descendiente de Carlomagno, el emperador cuyas hazañas, convertidas en mitos, ocupaban un gran espacio en la mentalidad de los cruzados aristocráticos.[30] Quizá Godofredo se veía a sí mismo, en cierto sentido, como representante de su señor, Enrique IV, el emperador de Occidente; sea como fuere, el cronista de su campaña, Alberto de Aquisgrán, no vaciló en situar al rey germánico al frente de la lista de reyes que redactó en 1096, por encima del papa.[31] Las objeciones de Godofredo a la manera en la que Alejo había tratado a Hugo se desbordaron de forma violenta, cuando Alejo cortó la ayuda y los loreneses empezaron a saquear en la localidad de Salabria, entre Adrianópolis y el mar de Mármara. Las hostilidades no cesaron hasta el envío de una embajada de francos al servicio del emperador, para asegurar la recepción del duque; pero fue un Godofredo más bien irritable el que llegó a Constantinopla el 23 de diciembre de 1096. Apostado en el Cuerno de Oro, y más adelante en Pera, frente a la ciudad, Godofredo se resistió durante varias semanas al empeño de Alejo, transmitido entre otros por Hugo de Vermandois, de organizar un encuentro. Alejo volvió a cortar el suministro de alimentos y obligó a Godofredo a realizar un asalto frustrado contra la ciudad (13 de enero de 1097) y emprender nuevos actos de pillaje hasta que triunfó la diplomacia. Antes de que Godofredo asistiera a una audiencia con el emperador, hubo intercambio de rehenes (incluyendo a Juan, hijo y futuro sucesor de Alejo). El resultado fue satisfactorio para todos los implicados. Godofredo prestó juramento ante el emperador; juró vasallaje, según Alberto de Aquisgrán.[32] Alejo se convirtió en su patrocinador y, a finales de febrero de 1097, lo ayudó a embarcar sus tropas hasta el otro lado del Bosforo. Para el emperador griego, la presencia de un ejército de tales dimensiones, pese a su carácter pacífico, había causado graves problemas logísticos y políticos. La negativa inicial de Godofredo a la hora de alcanzar acuerdos con Alejo o cruzar el Bosforo con rumbo a Asia representaba nuevos peligros potenciales, a medida que avanzaba el invierno y la capital y las localidades anejas debían absorber a un caudal creciente de peregrinos. Tanto Alejo como Godofredo sentían la presión de la inminente llegada de otros comandantes principales de la expedición; el uno temía los efectos sobre el abastecimiento alimentario y la se-

gurí dad de la capital; el otro deseaba consultar con sus pares cuál sería el mejor medio de proceder. Hacia el 20 de enero de 1097, parece ser que Godofredo recibió a un legado de Bohemundo, quien por entonces avanzaba muy despacio, pero cuidadosamente, por la costa adriática; el embajador sugería emprender un asalto combinado de la capital. Aun a pesar de su distancia con Alejo, Godofredo rechazó el plan; más adelante, los veteranos de su ejército hablaron de los griegos sin hostilidad ni malicia.[33] A nivel popular, las relaciones seguían siendo buenas; por otro lado, Godofredo no se había resistido a la manipulación de Alejo solo para convertirse en un peón de los proyectos, muy arraigados, de Bohemundo con relación al imperio bizantino.

Bohemundo de Tarento es el jefe más controvertido de la Primera Cruzada. De cuantos comandantes principales habían sobrevivido por entonces, fue el único que se negó a incorporarse a la marcha sobre Jerusalén, en 1099, pues deseaba ante todo mantener su control sobre la Antioquía siria. Admirado por sus dotes de general, sus credenciales piadosas fueron impugnadas a la luz de las prioridades que exhibió en 1099 y de su empeño por conquistar un reinado propio en los Balcanes, a expensas del imperio bizantino. Desde una perspectiva tradicional, se considera que sus motivos eran vilmente materiales, por oposición a la supuestamente más elevada motivación de algunos de sus compañeros. Es una idea insostenible. La psicología de los líderes de las cruzadas no está al alcance de nuestra reconstrucción. A todos ellos los podemos presentar como modelos de codicia o impiedad. La dicotomía entre espirituales y mercenarios apenas posee sentido. Raimundo de Tolosa, cuya sinceridad religiosa ha sido aceptada por casi todos los autores, demostró ser fatuo e intrigante en su búsqueda concienzuda de un principado notable, que finalmente logró poseer en las tierras de los alrededores de Trípoli, en el sur del Líbano. Asimismo, la agonía espiritual de Tancredo de Lecce, sobrino de Bohemundo, era paralela a su oportunismo político, siempre alerta. Godofredo de Bouillon aceptó poder y tierras, cuando se lo ofrecieron en 1099. Por otro lado, Balduino de Boulogne, el más claramente arribista de todos, dedicó los últimos veinte años de su vida a defender los Santos Lugares. En los cinco meses posteriores a julio de 1098, todos los jefes se esforzaron por proteger sus intereses materiales, antes que

seguir avanzando hacia Jerusalén. Bohemundo no estaba solo en su anhelo de conseguir mejorar su condición y adquirir tierras y riqueza; tampoco cabe afirmar que su ambición contradijera de forma sistemática la sinceridad de su adhesión a la causa solimitana. Junto con Balduino, emprendió un viaje arriesgado y peligroso en la Navidad de 1099, para completar su peregrinaje al Santo Sepulcro; no hay pruebas que demuestren que lo hiciera puramente por razones de política o de imagen.

El retrato de Bohemundo como un intrigante implacable procede de la *Alexiada* de Ana Comnena, la hija del emperador Alejo,[34] una obra escrita medio siglo después de la Primera Cruzada. Ana hace hincapié en las artimañas de los occidentales, recalca su deseo implacable de subvertir el orden del imperio bizantino y ocuparlo, y compara este anhelo con la paciencia y la pericia de un Alejo heroico. Con ello se intenta exonerar al emperador de cualquier responsabilidad ante el hecho de haber admitido a los francos en el imperio, con el consiguiente fracaso a la hora de establecer un gobierno griego en Antioquía. Bohemundo, que invadió los Balcanes en dos ocasiones (en la década de 1080 y de nuevo en 1107-1108) es uno de los «malos» de su relato, incondicionalmente antioccidental, que sin embargo guarda no menos relación con la embarullada política dinástica e imperial del siglo xii que con los acontecimientos de la última década del siglo xi. La *Alexiada* es una fuente de vivacidad seductora, pero confusa y engañosa en lo que respecta a la cruzada, y más aún en lo que atañe a la motivación de los líderes occidentales. Incluso su famosa descripción de la persona de Bohemundo —un hombre alto y esbelto, musculado, de buena complexión, pelo corto de color castaño claro y expresión adusta— es muy poco de fiar; aunque menos aún cabe prestar crédito a la fantasía de Runciman, para el cual la Ana adolescente se enamoró de la prestancia de Bohemundo, «pues, como han sido siempre los griegos de cualquier época, era muy sensible a la belleza humana».[35]

Sin embargo, la opinión de Bohemundo sobre las cruzadas es un punto intrigante. Como personalidad dominante en el liderazgo militar de la expedición entre abril de 1097 y enero de 1099, fundó una dinastía normanda en Antioquía, que perduró más que los reyes normandos de Inglaterra y Sicilia. Ello no obstante, en 1096, a diferencia de todos los demás jefes, que poseían como mínimo la condición

condal, técnicamente Bohemundo continuaba siendo vasallo de un conde, su hermanastro, el inútil Roger Borsa (1089-1111), hijo menor y heredero de Roberto Guiscardo en el sur de Italia. La fabulosa herencia prometida por su padre, Roberto Guiscardo, en los Balcanes, había quedado en nada tras el fracaso de la invasión normanda de 1081-1085. A pesar de haberse rebelado contra Roger en 1085 y 1087, Bohemundo había sido incapaz de establecer para sí en Occidente un título territorial independiente, lo cual representó una frustración política que dio forma a sus acciones cruzadas. Aunque poseía influencia política y contactos situados por encima de su condición formal —por ejemplo, conocía a Urbano II en persona—, carecía del patrimonio extenso o la dependencia de un grupo de barones, hechos en los que sí se apoyaban los demás líderes cruzados. El ejército que reunió en la Italia meridional en otoño de 1096 es un reflejo de esta situación. El núcleo parece haber estado integrado por sus familiares próximos, incluidos su sobrino, Tancredo de Lecce, su primo, Ricardo de Salemo (más conocido como Ricardo del Principado), e igualmente su portaestandarte, Roberto FitzGerald. Junto a ellos figuraban antiguos rebeldes, tales como Roberto de Ansa; y vasallos de su hermanastro, como Roberto FitzTristan, o de su tío, el conde Roger de Sicilia, como Roberto de Sourdeval.[36] El conjunto de su fuerza era reducida, quizá de un total de entre tres mil quinientos y cuatro mil hombres. Al carecer del poder derivado tanto del señorío nobiliario como de las bolsas henchidas, Bohemundo tenía que confiar en pericias más francamente políticas o militares. Pero estas no bastaron tampoco para imponer la cohesión a sus tropas. Un sobrino, Guillermo FitzMarquis, se unió a Hugo de Vermandois; otro, Tancredo, combatió bajo su propia enseña, se negó a aceptar la autoridad de Bohemundo en Constantinopla y, en adelante, continuó con una línea cada vez más independiente.

El ejército de Bohemundo cruzó el Adriático desde Barí hasta la costa del Epiro a finales de octubre de 1096, quizá para evitar, deliberadamente, la guarnición bizantina de Dirraquio. Luego marchó hacia Constantinopla con gran parsimonia, tardando casi seis meses, a una media de muy poco más de tres millas diarias;* casi lo atrapó la fuerza, más numerosa, que dirigía Raimundo de Tolosa y

* Casi cinco kilómetros. *(N. de los t.)*

había desembarcado en Dirraquio algo más de tres meses antes. Sin embargo, apenas habían encontrado lucha ni resistencia local. Si debemos dar crédito a la historia según la cual se acercó a Godofredo en enero de 1097, para proponer una alianza contra los griegos, el retraso inicial en los Balcanes sería explicable, puesto que Bohemundo no habría querido relacionarse demasiado con escoltas ni guarniciones griegas, en las inmediaciones de la capital. La negativa de Godofredo podría haber provocado que Bohemundo cambiara radicalmente de postura. Cuando sus tropas se aproximaban a Tracia, Bohemundo las dejó a las órdenes de Tancredo el 1 de abril y corrió hacia Constantinopla, donde llegó ocho días más tarde. Allí, lejos de provocar problemas a Alejo, actuó como el aliado más firme del emperador en sus negociaciones, con frecuencia tormentosas, con otros jefes cruzados. Bohemundo pasó más tiempo en compañía de Alejo que ningún otro líder: casi un mes entero. Juró fidelidad con entusiasmo e intentó obtener un cargo para sí en la futura comandancia militar, o como gobernador de los nuevos territorios conquistados en el este, en tanto que vasallo del emperador. También confirma esta alianza el hecho de que se empeñara en convencer a Raimundo de Tolosa de la conveniencia de llegar a un acuerdo con Alejo y en obligar a Tancredo a jurarle fidelidad. A cambio, Alejo lo empleó como embajador de su persona ante los demás jefes cruzados. Parece ser, en efecto, que Bohemundo actuó como intendente de la expedición del sitio de Nicea, tras lo cual compartió la vanguardia del ejército con el representante de Alejo, Takitios. Cuando llegó a Constantinopla sin sus tropas, Bohemundo era el menos poderoso de los potentados occidentales que habían pasado por la corte imperial; pero cuando partió de Nicea, dos meses más tarde, era uno de sus líderes incuestionables. Una parte de la transformación debe atribuirse a sus relaciones diplomáticas personales con Alejo.

Así, en lugar del paradigma de bárbaro engreído, amenazador y artero que retrató Ana Comnena, Bohemundo actuó como medio de contacto entre el este y el oeste. No estaba solo. Cuando Godofredo de Bouillon alcanzó Constantinopla, fue recibido por un funcionario de la corte, Roger, hijo de Dagoberto, un normando que había entrado al servicio de Alejo en la década de 1080 y había engendrado a una familia de políticos griegos. En la misma década de 1080,

Pedro de Alifa había luchado junto con Guiscardo y Bohemundo contra Alejo; pero, al igual que otros muchos ítalo-normandos, entró al servicio del emperador tras la muerte de Guiscardo, acaecida en 1085. Acompañó a los cruzados después de Nicea y recibió el cargo de gobernador de Comana, en la Anatolia oriental, que había sido capturada por los cruzados en el otoño de 1097, «por fidelidad a Dios y al Santo Sepulcro, a nuestros jefes y al emperador». Pedro fundó una dinastía bizantina que adoptó el nombre de Petralifas; tanto él como Roger, hijo de Dagoberto, combatieron luego por Alejo en contra de Bohemundo, en la guerra del Epiro, entre 1107 y 1108.[37] Otro miembro de la corte de Alejo fue Guido, hermanastro del propio Bohemundo; en junio de 1098, cuando el emperador decidió cancelar el proyecto de socorrer a los cruzados en Antioquía, Guido rogó en vano a Alejo que lo mantuviera para salvar a su parentela. También sirvió al emperador un cuñado de Bohemundo, Guillermo de Grandmesnil (en Normandía), quien viajó con la división griega de Takitios, que acompañó a Bohemundo en la vanguardia de la marcha a través del Asia Menor. Así, visto desde la perspectiva de la experiencia normanda —no de la propaganda—, la Primera Cruzada se muestra como parte de un proceso ya existente de contacto, tensiones y reacciones. Cuando Bohemundo llegó a Constantinopla en abril de 1097 y juró fidelidad a Alejo, su antiguo enemigo, no hacía nada que no hubieran hecho ya, antes que él, su hermanastro y su cuñado.

La preeminencia de Bohemundo se apoyaba en el hecho de haber adquirido credenciales bizantinas. Alejo no tenía por qué confiar necesariamente en él; pero podía utilizarlo para realizar su propósito personal de controlar la cruzada mediante un delegado. Creyó que lo había conseguido —al igual que había logrado antes con muchos otros normandos de Italia— al apelar a la ambición y la codicia de Bohemundo. Sea como fuere, Bohemundo resultaba ser un colaborador especialmente idóneo, entre otras razones, porque probablemente hablaba griego. Hay pruebas de que sabía leerlo; según Ana Comnena, era capaz de bromear en griego; y diversas fuentes occidentales indican que conversó en griego con el traidor armenio que permitió a los cruzados entrar en Antioquía en junio de 1098, Firuz, quien esperaba que las tropas de Bohemundo hicieran lo mismo. También hablaban griego los familiares de Bohemundo

destacados en la corte de Alejo; al parecer, Tancredo se manejaba asimismo en arábigo (así lo hizo en Antioquía); la familia se caracterizaba por su competencia lingüística. De hecho, «Bohemundo» es un mote que acuñó su padre al ver el tamaño de su hijo recién nacido, y que aludía a un gigante legendario. En la pila de bautismo había recibido el nombre de Marcos, un antropónimo griego.[38]

Las fechas de llegada a Constantinopla ejercieron una influencia muy honda sobre el equilibrio, la naturaleza y el transcurso del resto de la expedición. El hecho de que Alejo lograra recibir juramentos de fidelidad del conde Hugo, el duque Godofredo y Bohemundo, así como del conde de Flandes —que al comenzar el año nuevo había dejado atrás, en Italia, a sus compañeros de viaje, el duque de Normandía y el conde de Blois, y había cruzado el Bosforo con sus tropas el 26 de abril de 1097—, supuso para Raimundo de Tolosa una especie d*efait accompli* cuando llegó a la capital bizantina en los últimos días de abril de 1097. Según escribió su capellán, se informó a Raimundo de que «Bohemundo, el duque de Lorena, el conde de Flandes y otros príncipes le suplicaban que firmara un pacto con Alejo».[39] Difícilmente habría mejorado su humor la que había resultado ser una marcha prolongada, agotadora y cada vez más violenta y peor disciplinada.

Aunque probablemente fue el primer potentado en tomar la cruz, y el único que, sin duda, había recibido una advertencia previa del mensaje que Urbano daría en Clermont, Raimundo había empezado tarde, en octubre de 1096. Es probable que su ejército fuera el más numeroso y mejor financiado de todos; los preparativos habían sido meticulosos; en su entorno abundaban los más eminentes personajes del Limousin, el Languedoc y la Provenza, incluidos los condes de Orange y Montpellier; los vizcondes de Béam y Turena; quien fue designado por el papa como jefe de la empresa, el obispo Ademar de Le Puy; y sus hermanos Monteil, de la Auvernia. Es posible que la planificación de Raimundo estuviera detrás de la flota genovesa enviada a Oriente en julio de 1097; Urbano había enviado una embajada a la ciudad, encabezada por el obispo Guillermo de Orange, quien más adelante acompañó a Raimundo al este.[40] Sin embargo, el hecho de que, en octubre de 1096, en Lucca, el papa

concediera una enseña pontifical a Hugo de Yermandois y autoridad de legación a los capellanes del duque de Normandía y el conde Blois, nos indica que, aun a pesar de la temprana implicación de Raimundo y de que Urbano realizara un viaje por sus tierras en junio y julio de 1096, este no podía considerarse autorizado a asumir el mando general del empeño, más allá de factores como su edad (contaba unos sesenta años); posiblemente, su experiencia de combate en España; su asociación con el obispo Ademar y su dinero.[41] Raimundo demostró ser un compañero difícil; no resulta fácil determinar si sus exhibiciones repetidas de mal humor eran la causa o quizá el efecto de su aislamiento político. Ello no obstante, su trayecto a Constantinopla habría puesto a prueba incluso a un santo.

Raimundo evitó cruzar el Adriático desde Italia —cabe pensar que por lo entrada que estaba ya la estación— y dirigió laboriosamente a su gran ejército por el norte de la costa adriática y por toda la costa dálmata, pasando por terrenos muy complicados. Hubo tensiones con los lugareños, que dieron lugar a atrocidades recíprocas. Al llegar en enero a Dirraquio, ya en territorio bizantino, las tropas de Raimundo se encontraron con una población resentida, unas autoridades desconfiadas y escoltas que los seguían de muy cerca. A mediados de invierno, el abastecimiento de alimentos comenzaba a representar un problema, agravado si cabe por el reciente paso del ejército de Bohemundo. Hubo confrontaciones cada vez más intensas con los lugareños y la escolta policial de pechenegos. Raimundo de Aguilers describió con estas palabras la amargura de la reacción de los cruzados:

> Entramos con la confianza de hallamos en nuestra propia tierra, pues pensábamos que Alejo y sus partidarios eran hermanos y confederados en el cristianismo. Pero a la hora de la verdad, se lanzaron, con la fiereza de los leones, contra hombres pacíficos que no eran conscientes de necesitar defenderse.[42]

En cierto incidente, Ademar de Le Puy resultó herido de cierta gravedad; se pudo recobrar tras una estancia en Tesalónica, pero apenas aparece en las crónicas de las negociaciones de Constantinopla. El problema eran los alimentos. Los provenzales habían saqueado Ruse y —después de que Raimundo dejara a sus tropas en

abril de 1097, para parlamentar con el emperador— fueron dispersados por los soldados imperiales, como castigo por el pillaje. Cuando tuvo noticia del hecho, el conde se sintió molesto y sin voluntad de situarse bajo la soberanía de un señor cuyo comportamiento, hasta la fecha, había parecido ser incompetente, cuando no mendaz.

El último ejército en alcanzar la capital bizantina incluía los contingentes dirigidos por Roberto de Normandía y su cuñado Esteban de Blois. En un principio, habían viajado con el conde Roberto II de Flandes, cuyo padre, Roberto I el Frisio, tras haber emprendido un peregrinaje a Jerusalén, había luchado para Alejo en los Balcanes, algo antes de 1090, y más tarde había enviado al emperador una fuerza de quinientos caballeros. El abuelo de Roberto II de Normandía, Roberto I el Diablo (o el Magnífico, según el gusto de las fuentes) había muerto durante un peregrinaje a Jerusalén, en 1035; a su padre, Guillermo el Conquistador, le habían solicitado que ayudara a los bizantinos contra los turcos, en la década de 1060.[43] La cruzada de Roberto debía tanto a las dificultades políticas experimentadas en su propio ducado como al asesoramiento de sus consejeros espirituales, de quienes se cree fueron los que lo convencieron de unirse a la marcha sobre Jerusalén. Era un político bastante incapaz, pero como líder militar era eficiente, era un buen guerrero y un compañero popular. Con el apoyo de los diez mil marcos aportados por su hermano menor, Guillermo II Rufo, rey de Inglaterra, Roberto impresionaba más en la cruzada que en sus tierras. Era el jefe de una fuerza sustancial de nobles anglo-normandos, incluidos varios representantes de las familias de Montgomery, Grandmesnil, Gournay y Percy; a lo largo del viaje, aún se le incorporaron otros. Es probable que Eustaquio III de Boulogne, hermano mayor de Godofredo de Bouillon y Balduino, y propietario de muchas tierras en Inglaterra, viajara con él; en Italia, algunos emigrados normandos como Roger de Bameville se unieron también a su señor ancestral.

El duque Roberto adquirió una fama brillante en las cruzadas, al interpretar papeles de importancia crucial en los enfrentamientos de Dorilea (julio de 1097), Antioquía, Jerusalén y Ascalón (agosto de 1099). En 1097-1098, asumió el control de un puerto sirio de vital

importancia, el de Latakia. El segundo obispo latino nombrado por los francos en oriente (en Ramla, en junio de 1099), fue un normando, Roberto de Ruán; el capellán del propio duque Roberto, Arnulfo de Chocques (un tenorio de boca sucia), fue elegido patriarca latino de Antioquía en agosto de 1099. Se habló incluso de que Roberto podía ser candidato a la corona de Jerusalén, idea que se supone rechazó él mismo, por la respuesta típica de sentir «miedo ante la magnitud de la labor».[44] Esta prominencia era debida, en parte, a la riqueza del duque, que le permitía mantener su independencia y un séquito notable de caballeros; incluso en fecha tan tardía como la de enero de 1099 era capaz, según parece, de sostener a un centenar de caballeros en su ejército, una cantidad paralela a la de Godofredo de Bouillon y que doblaba la de Roberto de Flandes.[45] Al regresar a Occidente, Roberto se encontró convertido al instante en un héroe de leyenda; transcurridos menos de diez años de su muerte, sus supuestas hazañas decoraban las vidrieras de la gran abadía real de Saint Denis. Esta reputación es de todo punto opuesta a su carrera política, absolutamente desastrosa, que terminó con veintiocho años de prisión (1106-1134), dictados por su hermano menor, el rey Enrique I de Inglaterra.

Su cuñado, el conde Esteban de Blois, dejó tras de sí una reputación todavía más equívoca. Andaba en lenguas como hombre sometido a su mujer, la dura Adela, hija del Conquistador; Esteban quizá fuera un cruzado a su pesar, pero era sin duda de los más acaudalados. Tal vez ello explique por qué, en el transcurso de una crisis en Antioquía, en 1098, fue escogido por los demás jefes como «señor, director y gobernador» de la empresa; cabe entender que estas palabras implican la función de presidente del consejo del alto mando.[46] Sin embargo, apenas ejerció autoridad ninguna y desertó del asedio de Antioquía el día antes de ser capturado, en junio de 1098. Su presencia, junto a la de Roberto de Normandía, confirma la existencia de una red dinástica privada, como respaldo de su expedición. Los condes de Flandes y Boulogne estaban íntimamente relacionados; la madre del duque Roberto era de la casa flamenca del conde; el conde Esteban era cuñado del duque. Con ellos estaba asimismo el tío del duque Roberto, Odoí, el obispo de Bayeux, un hombre de mundo y codicioso, que por entonces había caído en desgracia: murió en el invierno de 1096-1097, como invitado de otro

exitoso oportunista normando, el conde Roger de Sicilia, quien le proporcionó una hermosa tumba en Palermo. Esta impresión de «negocio familiar» se acrecentó cuando el ejército llegó a Apulia, dado que la esposa del duque Roger Borsa era hermana de Roberto de Flandes.

Estos señores del septentrión francés partieron hacia Oriente a finales de septiembre o a principios de octubre de 1096, cruzando los Alpes hacia el valle del Po. Se reunieron con Urbano II en Lucca, a finales de octubre, antes de visitar Roma y Monte Cassino en su camino hacia Bari. Desde aquí, ya en el sur de Italia, Roberto de Flandes se animó a cruzar el Adriático, aun a pesar de lo tardío de la fecha; por el contrario, el duque Roberto y el conde Esteban pasaron el invierno en Bari. Este retraso comportó graves problemas económicos para algunos de los cruzados menos acomodados, que financiaban el viaje con sus propios fondos. Como no podían saquear con libertad en territorio amigo y sus costes aumentaban, los que carecían del patrocinio de señores o caballeros tuvieron que enfrentarse al hambre y la ruina. Muchos de ellos, según escribió uno de los capellanes de la comitiva del conde Esteban, «vendieron sus armas, tomaron de nuevo sus bordones de peregrino y regresaron a sus casas».[47] Aun así, la fuerza que zarpó de Brindisi a Dirraquio a principios de abril de 1097 seguía siendo considerable. Un naufragio y varias riadas redujeron las filas, pero por entonces, el abastecimiento en los Balcanes era relativamente fácil. Cuando los franceses del norte llegaron a su destino, todos los demás ejércitos habían cruzado ya Asia o estaban a punto de pasar a este continente. Alcanzaron Constantinopla el 14 de mayo y los jefes de la expedición quedaron hondamente impresionados por la pródiga bienvenida de Alejo; la tropa pudo visitar la ciudad prodigiosa en grupos selectos y guiados de cinco o seis personas. Nunca habían visto nada igual.

CONSTANTINOPLA

Las negociaciones entre Alejo y los jefes militares de la expedición de Jerusalén formaron un pivote en torno del cual giraron tanto la naturaleza como la percepción futura de la campaña.[48] Las dos par-

tes eran conscientes de la importancia del acuerdo, aunque más adelante escogieran interpretar los hechos de modos muy distintos. Alejo quería utilizar a los occidentales para aprovechar las divisiones existentes entre los turcos de Asia Menor y Siria, de modo que lograra restaurar en la zona cierto grado de control bizantino, pero sin comprometer de lleno sus reservas militares. La principal dificultad con la que se encontraba era la de medir el punto hasta el cual podría imponer su autoridad sobre los cruzados, en tanto que pagador y beneficiario, al tiempo que, esencialmente, solo aportaba capital a la operación. Alejo era muy consciente de la obsesión por Jerusalén y, por tanto, necesitaba fomentar la idea de que compartía los objetivos estratégicos de los cruzados, aun cuando en realidad estaba más interesado en socavar el poder selyúcida en Anatolia y abrir líneas de comunicación política más poderosas con aquellos armenios de Cilicia y Siria de mejor disposición hacia su trono. Quizá no viera con disgusto que la Antioquía siria fuera conquistada a uno de sus oponentes griegos en 1084-1085, pero el hecho mismo de que el islam hubiera ganado esta gran ciudad durante su propio reinado no era precisamente halagüeño.[49] Por el otro lado, mientras no cabe duda de que Urbano había previsto una cooperación muy estrecha con el emperador griego, lo más urgente eran las consideraciones logísticas inmediatas. Los ejércitos occidentales requerían del consejo y la ayuda material de los bizantinos, antes de adentrarse en territorio musulmán y hostil. Por si en principio albergaban dudas al respecto, los desastres de Xerigordo y Kibotos los habían convencido. Sin embargo, los occidentales se presentaban sin una dirección unificada, una estrategia política coherente ni un plan militar coordinado. Sabían poco de los problemas que debían esperar al otro lado de la frontera, en su enfrentamiento con los turcos; y no tenían ninguna concepción clara con respecto al modo de lidiar con ellos. Así pues, Alejo ardía en deseos de imponer a la expedición su liderazgo, de manera palpable, pero indirecta, y los cruzados no estaban menos deseosos de aceptar la ayuda bizantina. Lo que aún era necesario resolver eran las condiciones de la subordinación y la asistencia.

Tradicionalmente, la política exterior de Bizancio, derivada de las técnicas del imperio romano, desarrollaba su acción más eficaz cuando trataba con los bárbaros, esto es, los situados fuera del impe-

rio o aquellos que —como los normandos en Italia y Sicilia o los turcos en el norte de Siria— eran ocupantes del antiguo territorio imperial, según la concepción intemporal del mundo propia de los bizantinos. Si estas tribus amenazaban al imperio o el emperador deseaba utilizarlas en su beneficio, las técnicas empleadas seguían siendo muy similares: se las apabullaba con una hospitalidad extraordinaria; se aprendían sus costumbres para aprovecharse de ellas; se los dividía y se los sometía; se creaban vínculos de dependencia basados en el beneficio, que en realidad no eran sino cadenas de oro; se les daba trabajo; en suma, se los *abizantinaba.* Tales fueron los métodos de Alejo en los primeros meses de 1097, a los que añadió una elevada dosis de oportunismo flexible. Daba la bienvenida a quienquiera que aceptase su hospitalidad; a algunos, como Godofredo de Bouillon o Tancredo de Lecce, que evitaron pasar por Constantinopla para así no tener que reunirse con el emperador, se los coercionó más directamente; y para el resto, nada era excesivo, pues Alejo imponía a sus visitantes bucólicos la autoridad de su riqueza formidable. El juramento que deseaba pronunciaran ante él era, en palabras de Ana Comnena, «un típico juramento latino»; aunque desconocemos los detalles, las reacciones de los jefes occidentales sugieren que ellos lo reconocían como tal.[50] Alejo utilizó a Hugo de Vermandois para persuadir a Godofredo de que le convenía entrar en vereda y se aseguró de que Godofredo y los demás eran testigos del juramento de Bohemundo. Se escribió que Bohemundo, Godofredo y Roberto de Flandes deseaban que Raimundo se adhiriera al acuerdo con Alejo. Se encomendó a Bohemundo la labor de ganarse la aceptación de Raimundo y de obligar a Tancredo a acatar la voluntad del emperador. Una vez Alejo obtenía la sumisión anhelada, colmaba de regalos a los occidentales, que ahora consideraba como sus servidores. El único aspecto en el que fallaba la fórmula griega —pero de un modo desastroso— era en el hecho de que, en su gran mayoría, los occidentales no llegaban a convertirse en auténticos bizantinos. En los pactos de Constantinopla, había acuerdo porque había intereses mutuos compartidos; pero existía un abismo esencial e insuperable, que ni la comprensión podía salvar, en lo que respectaba a la diferencia en las aspiraciones de unos y otros.

Alejo consideraba sus intereses como algo eterno: el beneficio del imperio. Cualquier otro aspecto era periférico o secundario, in-

cluida, desde luego, la remota Jerusalén. Probablemente, minimizaba la importancia de la naturaleza recíproca de su acuerdo con los cruzados, pues los veía como simples mercenarios; ellos, por el contrario, lo trataban como a un señor, con la obligación contractual de preservar los intereses de sus vasallos. Cuando el emperador se convenció de que los cruzados estaban perdidos —en Antioquía, en 1098—, se mantuvo fiel a su estrategia y retiró a su ejército del peligro. Para los cruzados, esta retirada fue una traición inexplicable de un señor que había jurado ayudarlos; ellos, que lo habían arriesgado todo en muchas ocasiones, no se dieron cuenta de la cautela con la que procedía Alejo. La sombra de Antioquía oscureció las relaciones grecolatinas en el siglo XII y dio origen a páginas muy negras en las crónicas de los testigos presenciales, que sintieron y experimentaron la traición con pesar y evaluaron bajo una nueva luz todos los tratos y acuerdos firmados entre Alejo y los jefes de la cruzada. No es de extrañar que Ana Comnena estuviera tan ansiosa por exonerar a Alejo de cualquier atisbo de culpabilidad en la cuestión de Antioquía, puesto que el emperador había resultado atrapado por el agente político más dañino de todos: los hechos. Si los occidentales hubieran sido aniquilados en Antioquía —como dictaba el sentido común que debía ocurrir—, Alejo habría podido reivindicar el acierto de su posición; pero por desgracia para su fama, los cruzados no solo sobrevivieron, sino que continuaron hasta Jerusalén y regresaron para contar a todos su historia.

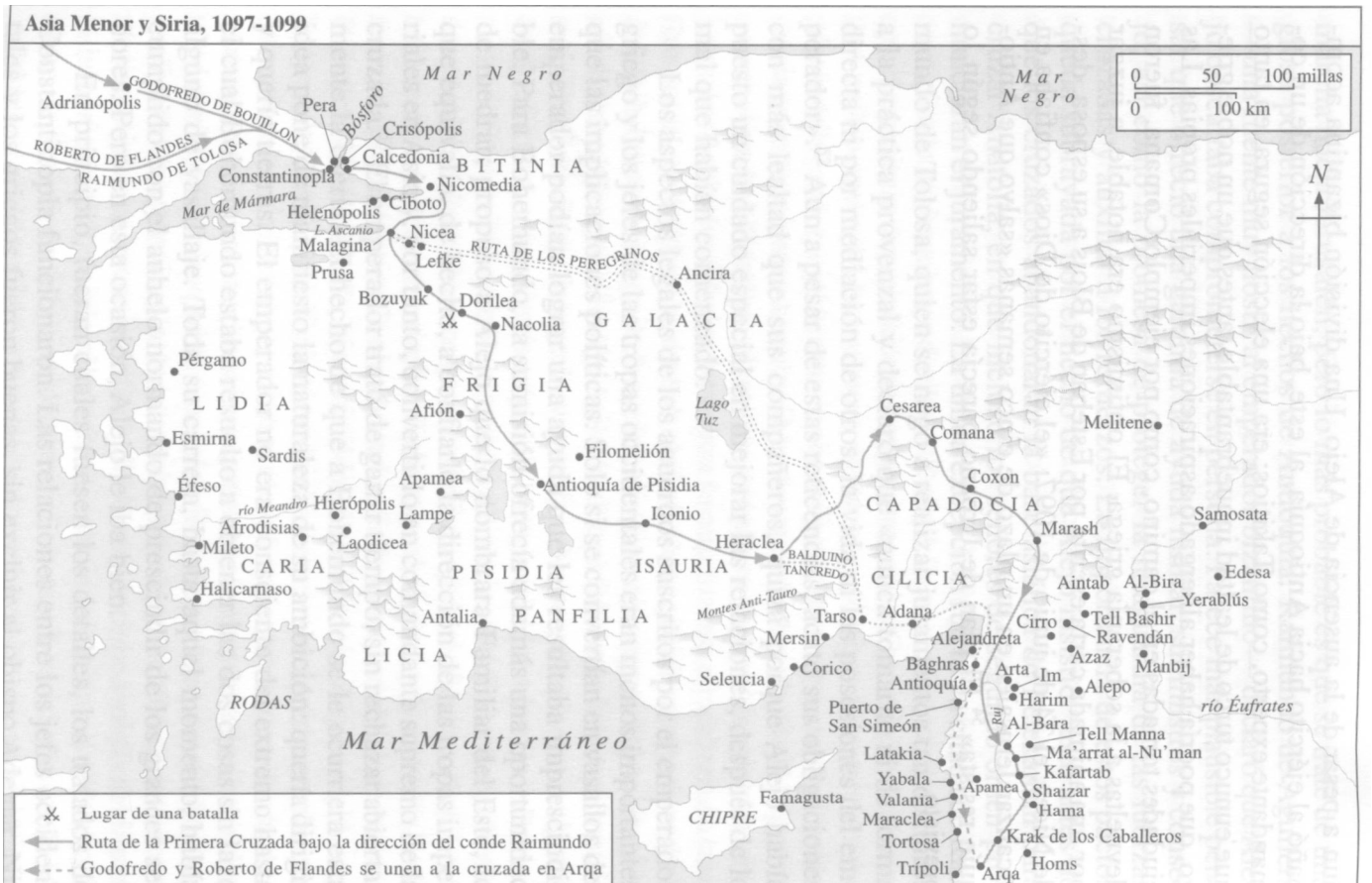
En el centro de la disputa figuran los juramentos, de carácter serio y solemne. A pesar de las sensibilidades contrastadas, que se observan en la descripción de los hechos de Constantinopla, parece que Alejo exigió —y obtuvo— el homenaje y la fidelidad de todos los líderes cruzados, salvo de Raimundo de Tolosa. Por tanto, estos se convirtieron en vasallos del emperador y prometieron devolver al gobierno imperial todas las tierras, ciudades y castillos que capturaran y hubieran pertenecido oficialmente al imperio. Ello afectaba a las tierras perdidas en fecha relativamente reciente; incluso Raimundo de Tolosa, que se guardó de las relaciones con Alejo, consideraba que las ciudades sirias situadas más allá de Antioquía, como Al-Bara, quedaban fuera de la competencia del acuerdo.[51] A cambio, Alejo prometió ayudar a los cruzados. Algunos de estos afirmaron que el emperador les había prometido también unirse a la

marcha hacia Jerusalén, pero lo más probable es que se trate de una glosa posterior a los hechos de Antioquía. Raimundo de Aguilers —una fuente muy hostil al emperador bizantino— declaró que Alejo descartaba comprometerse en persona. Parece más plausible pensar que ofreció una garantía de ayuda militar, suministros y consejo, así como la promesa de proteger la retaguardia de las fuerzas cruzadas y auxiliar a los refuerzos. La importancia de estos pactos queda subrayada por el hecho de que Alejo insistió, justo antes de que los cruzados abandonaran la base asiática de Pelekanum para cruzar Anatolia, en que incluso los señores de segundo orden pronunciaran el juramento. La única excepción fue la ya citada de Raimundo de Tolosa, quien se negó a realizar juramentos tan distintos a la práctica provenzal y declaró que «nunca tomaría, ni de forma directa ni por mediación de otros, la vida ni las posesiones del emperador».[52] Aun a pesar de estas reticencias, acató sus obligaciones con más lealtad que sus compañeros, quizá porque Alejo había puesto un cuidado especial en mejorar las relaciones, después de lo mal que habían comenzado.

Los aspectos legales de los acuerdos suscritos por el emperador griego y los jefes de las tropas occidentales eran menos importantes que las implicaciones políticas. Solo si se convertían en vasallos del emperador podían lograr una ayuda que les resultaba imprescindible. Para Bohemundo, la sumisión ofrecía además una oportunidad de medrar; propuso a Alejo que lo nombrara Familiar del Este, lo que equivalía, de hecho, a confiarle la dirección de las tropas imperiales en Asia y, por tanto, convertirlo en comandante supremo de la cruzada.[53] El emperador trató de ganar tiempo, sin rechazar abiertamente la oferta. El hecho de que a Bohemundo se le ocurriera esta idea pone de manifiesto la naturaleza de su ambición: quería dirigir y quería tierras. El emperador no era consciente del extremo hasta el cual Bohemundo estaba resuelto a obtener las dos cosas sin lazo alguno de vasallaje. Toda su carrera, hasta aquel momento, había cumplido con el anhelo normando de prescindir de los grandes señores. Pero en esta ocasión, Alejo le iba bien.

En principio, fueran cuales fuesen los detalles, los tratados de Constantinopla funcionaron. Las relaciones entre los jefes occidentales y los griegos fueron buenas, sin excluir al obispo Ademar. Nicea volvió al control imperial tras ser capturada en junio de 1097,

aun a pesar de la ausencia de Alejo. Una división bizantina acompañó al ejército hacia Antioquía, al este, bajo la dirección de un comandante experto, como Takitios; era una elección segura, en tanto que eunuco turco de lealtad inquebrantable, antes que un noble griego, que podría haber albergado aspiraciones imperiales propias. Las ciudades tomadas en el camino, como por ejemplo Comana, fueron devueltas a la soberanía griega. El optimismo era notable, a juzgar por una animada carta escrita por Esteban de Blois a su esposa, desde Nicea, el 24 de junio de 1097: «el ejército de Dios» confiaba en alcanzar Jerusalén en un plazo de cinco semanas «salvo que Antioquía resista».[54] El plan de Urbano parecía estar saliendo según lo previsto.


Asia Menor y Siria, 1097-1099
Mar Negro
Mar Negro
0 50 100 millas
0 100 km
N
GODOFREDO DE BOUILLON
ROBERTO DE FLANDES
RAIMUNDO DE TOLOSA
Adrianópolis
Pera
Bósforo
Crisópolis
Calcedonia
Constantinopla
Nicomedia
BITINIA
Mar de Mármara
Helenópolis
Ciboto
L. Ascanio
Nicea
Malagina
Prusa
Lefke
RUTA DE LOS PEREGRINOS
Ancira
Bozuyuk
Dorilea
Nacolia
GALACIA
Pérgamo
LIDIA
FRIGIA
Afión
Lago Tuz
Cesarea
Comana
Melitene
Esmirna
Sardis
Filomelión
Éfeso
Apamea
Antioquía de Pisidia
Coxon
CAPADOCIA
río Meandro
Hierópolis
Lampe
Iconio
Afrodisias
Laodicea
Mileto
Heraclea
Marash
Samosata
CARIA
PISIDIA
ISAURIA
BALDUINO
TANCREDO
CILICIA
Edesa
Halicarnaso
Aintab
Al-Bira
Yerablús
Montes Anti-Tauro
Tarso
Adana
Tell Bashir
Antalia
PANFILIA
Cirro
Ravendán
Mersin
Alejandreta
Azaz
LICIA
Baghras
Manbij
Corico
Arta
Im
Seleucia
Antioquía
Alepo
Harim
RODAS
Puerto de San Simeón
río Éufrates
Rui
Al-Bara
Tell Manna
Mar Mediterráneo
Ma'arrat al-Nu'man
Latakia
Kafartab
Yabala
Apamea
Shaizar
Valania
Famagusta
Hama
CHIPRE
Maraclea
Tortosa
Krak de los Caballeros
Homs
Trípoli
Arqa
Lugar de una batalla
Ruta de la Primera Cruzada bajo la dirección del conde Raimundo
Godofredo y Roberto de Flandes se unen a la cruzada en Arqa

Capítulo 4

DE CAMINO AL SANTO SEPULCRO

El optimismo del conde Esteban de Blois parecía justificado. Nicea, capital de los turcos selyúcidas del Asia Menor y el sultanato de Rum, se rindió el 19 de junio de 1097. Un mes antes, la fuerza de los cruzados había acertado a repeler, de manera decisiva, el ataque de socorro del sultán Kilij Arslan; era un logro notorio, para un ejército tan novel y fragmentado, que aún no había terminado de formarse. Durante el asedio, los occidentales —que emplearon catapultas, torres de asalto y diversas embarcaciones proporcionadas por los griegos, con las que bloquearon el paso de la ciudad al adyacente lago Ascanio— crearon un fondo común para los gastos de la guerra, que incluía el sueldo de un ingeniero italiano. Al enfrentarse a una fuerza tan numerosa, que sumaba tal vez unos sesenta mil hombres, Nicea pactó la rendición con el emperador Alejo; pero se incluyó en los términos la prohibición expresa del pillaje, hecho que no fue demasiado bien recibido por los asaltantes. La toma de la capital selyúcida, que durante años había sido meta de mercenarios bizantinos, representaba una hazaña impresionante para el «ejército de Dios», como Esteban de Blois se había complacido en describirlo. Alejo no participó de manera directa en las operaciones militares, aparte de la ayuda logística; pero, por mediación de sus nuevos vasallos, el imperio había recuperado intacta una ciudad grande y de no poca importancia estratégica. Ello suponía un golpe para Kilij Arslan, que controlaba las ciudades del Asia Menor, de mayoría no turca, y además señalaba la emergencia de un nuevo poder en la política de Oriente Medio. Cuando el emperador congregó

a sus aliados en Pelekanum, tras el asedio, obtuvo el juramento incluso de señores tan recalcitrantes como Tancredo de Lecce; repartió consejos; analizó estategias y colmó de regalos por igual a ricos y a pobres; y también organizó el envío de una embajada de los cruzados, que debía negociar con el régimen fatimí de Egipto, compañero en la enemistad con los turcos, con el cual le unían relaciones de amistad. Así, los vencedores de Nicea fueron reconocidos como algo superior a la típica fuerza mercenaria, que cumplía las órdenes de los griegos en las zonas marginales del islam occidental. Albergaban ambiciones propias y distintas, que fueron comprendidas por el patrón bizantino, aunque no todavía por los musulmanes, amigos ni enemigos.[1]

Pero esta situación no tardó en cambiar. El cronista damasceno Ibn al-Qalanisi, que era aún joven en tiempos de la Primera Cruzada (murió hacia 1160), recordaba los rumores ominosos que llegaron a Siria en 1097:

> Comenzaron a llegar una serie de informaciones, según las cuales habían aparecido ejércitos de los francos, venidos al parecer del mar de Constantinopla, con fuerzas que no cabía calificar de multitudinarias. Cuando las noticias se fueron sucediendo unas a otras y los rumores corrieron de boca en boca, se extendieron entre el pueblo la angustia y la preocupación.

Cierto monje armenio, que escribía en Siria durante la invasión de 1097-1099, describió a los occidentales que seguían «el signo de la cruz de Cristo» como una realización de la promesa de Jesucristo, quien dijo regresaría a socorrer a Su pueblo. Otro escritor, desde Alejandría, en el verano de 1099, hizo hincapié en las «incontables muchedumbres» que atacaban Siria con «la ayuda y la inspiración de Dios Todopoderoso». La significación de estos intrusos fue pronto evidente. En 1105, Ali ibn Tahir al-Sulami —un experto en Derecho canónico musulmán, que enseñaba en la Gran Mezquita de Damasco— reprodujo de forma indeliberada el análisis histórico de Urbano II, con voluntad de explicar el avance de los *ifrany*.

> Cierta cantidad de ellos cayó sobre la isla de Sicilia en tiempos de diferencias y de combate y, del mismo modo, también en España fue-

> ron tomando posesión de una ciudad tras otra. Cuando les llegaron noticias claras, de distintas fuentes, sobre el estado de este país —el desacuerdo de nuestros señores, las disensiones de nuestros dignatarios, junto con su desorden y sus disturbios—, tomaron la determinación de salir a conquistarlo. Jerusalén es la cumbre de sus anhelos.[2]

Estas disensiones eran en efecto tan notorias, y tan favorables para quien quisiera invadir el país, que algunos autores se han preguntado si Alejo y Urbano no coordinaron deliberadamente sus iniciativas para aprovechar esas debilidades. Los cronistas que acompañaron a la expedición jerosolimitana eran muy conscientes de que el mundo musulmán en el que se adentró la fuerza occidental en junio de 1097 carecía de unidad política, racial y religiosa. Distinguían entre los «turcos» musulmanes —la élite guerrera, originaria de las estepas de Eurasia— y los «árabes» o «sarracenos», la población árabo-hablante establecida en Oriente. Así, el veterano anónimo que compuso la *Gesta Francorum,* una de las primeras crónicas, diferenciaba claramente entre estos dos grupos y también las diversas comunidades cristianas de la zona: griegos, armenios y sirios (es decir, griegos ortodoxos, jacobitas y cristianos maronitas de Siria, que hablaban arábigo).[3] Las prolongadas negociaciones con el reino fatimí de Egipto, entre junio de 1097 y mayo de 1099, pusieron de relieve el potencial de aprovechamiento de las fisuras políticas del Oriente Medio; quizá en marzo de 1098, en Antioquía, se planteó incluso la división de Palestina. En toda su marcha a través de Siria y Asia Menor, los líderes occidentales parecen haber estado bien informados de las alianzas de sus adversarios. Los éxitos posteriores en Cilicia, Edesa y Antioquía, así como el hecho de no hallar oposición en la marcha a Jerusalén de 1099, se basaron en la incapacidad de unirse mostrada por las fuerzas musulmanas contrarias, en la advertencia de este factor por parte de los cruzados y en su voluntad de beneficiarse de él, a través tanto de la diplomacia como de la guerra.

Según cierto mito persistente en la historiografía, los cristianos occidentales no poseían ni un conocimiento adecuado del islam y sus gobernantes, ni tampoco una hostilidad o prejuicios inflexibles en su contra. En la España del siglo xi, algunos militares aventureros y oportunistas —como por ejemplo Rodrigo Díaz, el Cid— sir-

vieron a patronos musulmanes cuando les convino. En el ámbito militar, los soldados de Cristo, en 1097, reconocieron la calidad de sus adversarios turcos. Incluso el papa Gregorio VII, azote de los apóstatas cristianos, intentó mantener relaciones amistosas con el gobierno musulmán de Mauritania, con el amparo de un motivo expreso tan inusualmente liberal como el de que «adoramos y reconocemos el mismo Dios, aunque sea en formas distintas, y lo reverenciamos y ensalzamos diariamente como el creador y ser supremo de este mundo».[4] Desde el otro lado, existía la que se conocía como «política musulmana», que con frecuencia llevaban a la práctica los no musulmanes: cristianos de varias denominaciones o judíos. La comunidad cristiana copta mantuvo su influencia en el Gobierno de Egipto hasta el siglo xiv. En muchas de las áreas del Asia occidental controladas por gobiernos islámicos en el siglo xi, es dudoso que existieran mayorías musulmanas.[5] No es de extrañar, por tanto, que hubiera contactos constructivos entre el ejército cristiano y determinados poderes musulmanes, especialmente si tenemos en cuenta que los bizantinos habían estado desarrollando esa misma estrategia durante generaciones.

Desde mediados del siglo xi, el heterogéneo sistema de gobierno de Oriente Medio había girado en tomo del dominio de los turcos selyúcidas, de religión ortodoxa suní, en Irán, Iraq, Siria y Asia Menor; controlaban el decadente califato abasí de Bagdad y, en Egipto, el tambaleante califato herético chiíta de los fatimíes.[6] En 1055, el selyúcida Tughrul Beg (jefe de las tribus turcomanas de Orghuz, en la zona nororiental de Irán) se apoderó de Bagdad e hizo suyo el título califal de sultán (en árabe, literalmente, «poder»), Tughrul (que murió en 1063), su sobrino Alp Arslan (1063-1072) y su nieto de segundo grado, Malik Shah (1072-1092) crearon un imperio que englobaba a Irán, Iraq y, desde algo antes de 1080, la Siria central y meridional; la Siria septentrional, formada por un grupo de ciudades-Estado dependientes, se incorporó en 1086. Alp Arslan infligió una derrota decisiva al emperador bizantino, Romano Diógenes, en Manzikert, en 1071, que abrió las puertas de Anatolia a la invasión y el asentamiento turcomanos. El sultanato que se creó en la zona, denominado «de Rum» (como tierras poseídas anteriormente por

los bizantinos, que se designaban a sí mismos como «romanos») fue gobernado por los primos selyúcidas de Malik Shah, Solimán ibn Kutulmush (fallecido en 1086) y su hijo Kilij Arslan, cuya influencia en el norte de Siria supo contrarrestar con éxito el hermano de Malik Shah, Tutush. Mientras el sultanato de Rum ocupaba el sur y el oeste de Anatolia, otro poder turco, los Danismend o danisméndidas, tomaron posesión del norte y el este de la península. Los dos poderes compitieron por la primacía y se unieron en vano para resistir frente al avance de los occidentales en Anatolia, en el verano de 1097.

La autoridad turca, entre el Golfo Pérsico y el Mar Muerto, reposaba sobre su fuerza militar, ora cuando guarniciones turcas controlaban las comunidades locales, ora cuando grupos mercenarios mantenían a raya a las jerarquías políticas indígenas. Los invasores occidentales de 1097 reconocieron que la supremacía militar turca había «aterrorizado a los árabes, los sarracenos, los armenios, los sirios y los griegos».[7] Este gobierno variaba sobremanera: de los valores turcos y militantes del guerrero santo, propios de los danisméndidas, a los Grandes Selyúcidas de Bagdad, completamente asimilados a la cultura árabo-persa de los abasíes: de hecho, Malik Shah no es un nombre turco, en absoluto; significa «rey rey», en arábigo y persa, como una especie de eco del título imperial exhibido por los antiguos *shahanshah* de Persia, que era «rey de reyes». El poder local se apoyaba en ejércitos mercenarios estables, porque la vida nómada, tradicional entre los turcos, chocaba con las condiciones de asentamiento rural y urbano características de Iraq, Siria, Palestina y buena parte de Anatolia. Como guerreros eficaces, los turcos de Asia Menor y Siria mantenían el control, pero el poder real radicaba con frecuencia en los comandantes militares mercenarios, antes que en los gobernantes principescos. Incluso el poder de los sultanes selyúcidas de Bagdad quedaba ensombrecido por el de su visir, Nizam al-Mulk.

Una característica de los selyúcidas era su islamismo ferozmente adepto a la ortodoxia suní, lo cual los enfrentaba a muchos de sus súbditos, y no solo a las diversas sectas cristianas, sino también al campesinado sirio musulmán, de mayoría chiíta, e igualmente a los califas heréticos de Egipto, con los cuales se disputaban el control de Palestina. Tras haberse establecido en Egipto en 969, el califato

fatimí, de religión chiíta, pasó a depender cada vez más de sus tropas mercenarias, formadas por hombres de tribu bereber, negros del alto Nilo {*sudan,* en arábigo), turcos y otros guerreros esclavos (los mamelucos). Todos estos grupos lucharon por la supremacía por detrás del trono del califa Al-Mustansir (1036-1094), hasta que este designó como visir al mameluco armenio, ya entrado en años, Badr al-Yamali, quien gobernó Egipto como dictador militar entre 1074 y 1094. El potencial político de la religión se puso de manifiesto de forma muy clara en 1092, cuando una escisión chiíta con base en Alamut (al sur del mar Caspio) asesinó al inmensamente poderoso visir de Bagdad, Nizam al-Mulk; esta secta es la que más adelante fue conocida en Occidente como la de los *Asesinos* (*hassasin*). Los gobernantes egipcios eran ideológicamente poco militantes y carecían de fuerza para imponerse; en realidad, su dominio de la zona interior de Siria y Palestina se reducía al control nominal de unos pocos puertos del litoral mediterráneo palestino. En un intento de expulsar a la autoridad turca de Palestina, Al-Afdal (el hijo de Badr al-Yamali, que lo sucedió en el visirato) buscó entre 1097 y 1099 la amistad con Bizancio y un acuerdo con los más recientes aliados de los griegos.

Las tensiones y rivalidades eran inevitables en un sistema de gobierno en el cual la forma disimulaba a la sustancia: detrás del califa, un sultán; detrás del sultán, un visir; detrás del visir, un mameluco. Egipto e Iraq competían por Siria y Palestina, mientras los aventureros armenios, turcomanos, kurdos y bereberes sometían a la aristocracia local. Estas fisuras resultaron agravadas por una coincidencia desastrosa de fallecimientos, que entre 1092 y 1094 barrió a todas las figuras políticas destacadas del Oriente Medio. En 1092, al poco de morir el visir Nizam al-Mulk, soberano *de facto* del imperio selyúcida, le siguió el propio sultán Malik Shah. En 1094 se repitió en Egipto una secuencia similar: a la muerte del visir Badr al-Yamali le siguió, casi de inmediato, el fallecimiento de su supuesto señor, el veterano califa fatimí Al-Mustansir. En el mismo año murió también el califa suní de Bagdad, Al-Muqtadi. Esta cadena de defunciones provocó varias luchas por la sucesión y una fragmentación política que se extendió de Irán a Anatolia, Siria y Palestina. En Asia Menor, Kilij Arslan, retenido como rehén por Malik Shah desde la derrota y muerte de su padre Solimán en 1086,

comenzó a restaurar un sultanato independiente de Rum, enfrentado a los selyúcidas y los danisméndidas de la Anatolia oriental. En las guerras civiles que se desataron por la herencia de Malik Shah, su hermano Tutush, que gobernaba en Siria, fue derrotado y muerto en 1095 por Barkyaruq, hijo del sultán, quien a su vez tuvo que lidiar frente a su hermano Mohamed para defender el poder, hasta la fecha misma de su muerte, acaecida en 1105. Aunque buena parte de las luchas intestinas se vivieron en la zona occidental de Irán, la unidad política de Siria se hundió por completo. Tutush contaba con dos hijos enfrentados entre sí, Riduán de Alepo y Duqaq de Damasco, que no lograron imponer su autoridad, lo que permitió a Kerbogha, el *atabeg* turco de Mosul (esto es, el guardián del príncipe o del soberano), extender su dominio hasta la región septentrional de Siria, mientras las dinastías locales buscaban la independencia en el sur del país, como hicieron por ejemplo los ortoquíes en Jerusalén o el chiíta Banu ’Ammar en Trípoli. En Edesa (norte de Iraq), en Cilicia y en el norte de Siria, varios príncipes armenios menores aprovecharon para instalarse de nuevo en las ruinas del imperio selyúcida. El nuevo visir egipcio, Al-Afdal, aprovechó la inestabilidad para restaurar el poder fatimí en la zona sur de Palestina, lo que culminaría con la toma de Jerusalén a los ortoquíes, en 1098.

En este clima de agitación política, en el cual el poder quedaba en manos de los jefes militares, con distintos grados de legitimidad en su control, el ejército de Occidente no parecía ser ni tan diferente, ni tan amenazador como quería pensar de sí mismo. La guerra principal por el poder de Oriente Medio se estaba lidiando en Irán; por ello, los objetivos de los cruzados —Cilicia, Antioquía, Edesa, Jerusalén, situados todos cientos de millas más al este— eran de importancia secundaria. Como descubrió Tutush, el gobierno de Siria equivalía a poca cosa, a la hora de enfrentarse a las fuerzas de Irán e Iraq. Dada la naturaleza de su expedición, la fuerza expedicionaria cristiana no solía representar ninguna amenaza de calado para las dinastías locales. Aun a pesar de la pérdida de Nicea y de las derrotas frente a los cruzados de 1097, el sultanato de Rum y el poder danishmenda quedaron intactos, a lo sumo algo mellados. Solo allí donde la autoridad turca se había hundido o al menos erosionado —como en Cilicia o algunos lugares del norte de Siria, incluida Antioquía—, los cruzados pusieron en peligro la pervivencia de las es-

tructuras de autoridad existentes en la zona. Pero los cruzados, como fuerza fanática y resuelta con un objetivo claro, con su apariencia de mercenarios bizantinos, encajaba a la perfección en un mundo dominado por los ejércitos de mercenarios extranjeros, como los kurdos, turcomanos o armenios. En realidad, la Primera Cruzada apenas se distinguía de la política contemporánea del Oriente Medio.

Sin embargo, estas ideas estaban lejos de resultar evidentes a los miembros de la expedición cristiana cuando se disponían a cruzar Anatolia, a finales de junio de 1097. A los pocos días de abandonar el área de Nicea, el ejército fue casi derrotado por el ejército de campo de Kilij Arslan, que arrasó y casi destruyó a la vanguardia de los cruzados. Cuatro años más tarde, otros contingentes occidentales similares fueron aniquilados casi por completo por las fuerzas locales, que no dejaron más que rumores incómodos sobre su destino. Tal podría haber sido asimismo el destino de las huestes de 1097. La batalla —que convencionalmente suele denominarse «de Dorilea», aunque en realidad se luchó más de veinticinco millas más al norte—,* sembró recuerdos vividos, aunque confusos, entre los que destaca el miedo («acurrucados todos juntos, como las ovejas de un rebaño ... no teníamos esperanza de sobrevivir», recordaba uno de los presentes), el reconocimiento de que habían salido del apuro por muy poco y la convicción de que la victoria había sido, sin lugar a dudas, un regalo de Dios.[8]

A primera hora de la mañana del 1 de julio de 1097, la vanguardia cristiana —una fuerza de quizá veinte mil hombres, que comprendía los contingentes de Bohemundo, Roberto de Normandía, Esteban de Blois y Roberto de Flandes, junto con las tropas bizantinas de Takitios— había avanzado unas cuarenta y cinco millas al sudeste de Nicea, alcanzando un valle situado a menos de tres millas al norte de la moderna Bozuyuk.** Allí salieron en su contra Kilij Arslan y su nuevo aliado, el emir danishmenda. La fuerza turca iba montada y, probablemente, superaba en número a los caba-

*** Más de cuarenta kilómetros.** ***(N. de los t.)***

**** 72,41 y 4,83 kilómetros, respectivamente.** ***(N. de los t.)***

lleros de la vanguardia cruzada, que se habían separado del cuerpo principal, que, bajo la dirección de Raimundo de Tolosa y Godofredo de Bouillon, contaba unos treinta mil hombres y se hallaba a unas tres millas de distancia cuando empezó la batalla. Al ver la magnitud del ejército turco, Bohemundo, cuya pericia en la comandancia militar ya había sido reconocida, ordenó a la infantería, los sacerdotes y el resto de no combatientes que organizaran un campamento defensivo, mientras los caballeros se dirigían hacia el enemigo; aunque la situación era extraña, puesto que el campamento se hizo de espaldas a un pantano. Las cosas no tardaron en ponerse feas para los occidentales; los arqueros montados de los turcos, como grupo móvil, hizo que los caballeros cristianos regresaran al campamento, que entonces fue asaltado por todos los flancos. Al quedar rodeada, la vanguardia luchó en un combate cuerpo a cuerpo, sangriento y feroz, que solo pudo mantener por hallarse en formación cerrada, carecer de alternativas y poseer un pujante *esprit de corps.*[9] Tras más de cinco horas, la vanguardia quedó al borde de la masacre, hasta que la llegada de la fuerza principal, encabezada por Godofredo y Raimundo, obligó a los turcos a interrumpir el asalto y centrarse en una serie de combates a carrera por todo el campo; cuando los provenzales (dirigidos por Ademar de Le Puy, según algunas fuentes) amenazaron con cercarlos, los turcos abandonaron la lucha. En la persecución, que duró varios días, los occidentales saquearon el campamento del sultán y se apoderaron de oro, plata, caballos, asnos y camellos (utilizados como animales de carga para el resto del botín), vacas y ovejas. Aunque demostró el temple de los cruzados, la batalla había puesto de relieve las deficiencias del mando y el peligro que seguían representando los turcos; habían estado en el auténtico borde del abismo.

Aunque era imposible destruir en una sola derrota las fuerzas turcas nómadas de Kilij Arslan y los danisméndidas, el revés socavó la autoridad del sultán, sobre todo en las ciudades anatolias con poblaciones cristianas numerosas, y minó el prestigio que había adquirido recientemente entre sus propios partidarios turcos. Varias ciudades de toda Anatolia, de distinto tamaño, repudiaron al sultán y dieron la bienvenida a los cruzados. La sola magnitud de la fuerza occidental invitaba al respeto. Al cruzar la Anatolia central, el principal enemigo de los cruzados no fue otro que el calor,

de día, y, en las tierras altas, el helor de la noche, la sed, la falta de suministros y la fatiga. Una sangría suelta, casi imparable, fue aniquilando a los caballos; según uno de los veteranos, perdieron a la gran mayoría de las monturas en las primeras semanas posteriores a la batalla, un golpe que podía resultar fatal. Mientras Tancredo y Balduino de Boulogne avanzaban por separado en dirección a Konya, el ejército principal, que en ocasiones progresaba solo cinco millas al día y nunca muchas más de diez,* dio un rodeo por el sur para pasar por los territorios de la Antioquía pisidia, más fértiles y más aptos para un pillaje eficaz. Tras reunirse en Konya a mediados de agosto, el gran ejército mostraba signos de agotamiento. Se empleaban como animales de carga a las cabras, las ovejas e incluso con los perros, cuyos lomos se laceraron rápidamente; los caballeros avanzaban a pie o montados en vacas. Las temperaturas de los meses centrales y finales del verano ascendían a más de treinta grados. Según algunos cronistas, murieron varios centenares de expedicionarios, principalmente, de sed; las cifras reales quizá se acercaran a los varios miles de muertos. Los bebés recién nacidos eran abandonados por sus madres. El paso de Anatolia cubrió de cicatrices la memoria de los supervivientes. Los jefes no eran inmunes a la situación; Raimundo de Tolosa cayó gravemente enfermo, hasta el punto de recibir la extremaunción; parece ser que Godofredo de Bouillon fue atacado y herido por un oso.[10] El agua y los alimentos se convirtieron en requisitos imponderables, que determinaban la ruta del ejército y la conducta de sus hombres. Sin el acobardamiento de los adversarios turcos y el alzamiento generalizado contra el sultán de las ciudades cristianas, cabe pensar que los cruzados no habrían sobrevivido. Solo el 10 de septiembre encontraron una resistencia militar de calado, en Eregli (Heraclea), a unas cien millas al este de Konya.**

Tras el encuentro de Heraclea, el ejército se dividió, tomando una decisión que pone de manifiesto que los cristianos estaban al corriente de las condiciones políticas regionales, la geografía y la topografía local, las oportunidades diplomáticas y también las pers-

*** Unos ocho y dieciséis kilómetros, respectivamente. Konya es la antigua Iconio.** ***(N. de los t.)***

**** Unos ciento sesenta kilómetros.** ***(N. de los t.)***

pectivas de beneficio colectivo y personal. Los intereses bizantinos no habían perdido su influencia. Al toparse con la formidable barrera de los montes Tauro, la ruta ordinaria de los viajeros con destino a Siria bajaba hacia el sudeste, por el paso pronunciado y estrecho de las Puertas de Cilicia (que, en su lugar más ancho, no excede de los treinta metros), hasta salir a la fértil llanura de Cilicia; luego pasaba Tarso, Adana y Mamistra, hasta Alejandreta* y el paso de Belén, que cruza la cadena montañosa de Ammanus; por último, se giraba hacia el norte de Siria y Antioquía; el trayecto suma cerca de doscientas veinte millas desde Heraclea.** Esta ruta fue la seguida, por separado, por dos contingentes distintos, encabezados por Tancredo y Balduino de Boulogne, que actuarían así por orden del mando conjunto o, tal vez, como representantes de Bohemundo y Godofredo de Bouillon. A pesar de que en Cilicia se produjeron enfrentamientos crudos y, en ocasiones, violentos, los saqueos de septiembre y los primeros días de octubre eliminaron a los enemigos del flanco sur del ejército principal y lograron apoderarse del acceso a varias zonas de abastecimiento y pillaje, en perjuicio de los turcos de Antioquía. Aunque Tancredo y Balduino llegaron a las manos en Tarso, porque este se había implicado en la matanza de trescientos caballeros enviados por Bohemundo para reforzar a su sobrino," y ello ocurrió de nuevo en Mamistra, sin embargo dejaron tras de sí a gobernadores locales y guarniciones adeptos a su causa: Balduino, en Tarso, y Tancredo, en Mamistra y quizá también en Baghras (norte de Siria). Las campañas, sin duda muy tendentes al medro personal, de estos dos aventureros —jóvenes, bien conectados y habilidosos, pero carentes de tierras— significaron una ayuda material para el ataque de Antioquía y una protección, más a largo plazo, de los intereses occidentales en Siria.

El ejército principal giró hacia el norte desde Heraclea, en dirección a Cesárea de Capadocia (Kayseri), cruzando las cordilleras por pasos pronunciados, pero más anchos, antes de volver hacia el sudeste, hacia Coxon (Goksum) y Marash (o Marasch), por desfiladeros ahora sí tan estrechos y escarpados como el de las Puertas de Cilicia; así se acercaron a Antioquía por el norte, tras recorrer des-

*** Alejandría de Isos, la moderna Iskenderum. (*N. de los t.)***

**** Algo más de trescientos cincuenta kilómetros. (*N. de los t.*)**

de Heraclea una distancia de prácticamente cuatrocientas millas.* Fue un recorrido largo, agónico, a través de tierras altas, estériles e inhóspitas, con caminos situados por encima de los cinco mil quinientos pies de altura,** con riesgo de nieve en las zonas más elevadas. La marcha de Heraclea a Antioquía duró unas siete semanas, en las que se promediaron cerca de ocho millas diarias;*** las pérdidas sufridas en los montes Tauro fueron grandes. Este desvío aparente se debió a la necesidad de conseguir el apoyo de los cristianos armenios y de asegurar la zona interior de Antioquía, impidiendo que los turcos hostiles acometieran desde los Tauro. En algunos lugares se restauró la autoridad bizantina; en Comana, el ítalo-normando Pedro de Alifa (o Aups), un veterano en el servicio de Bizancio, asumió la dirección de la ciudad «con fidelidad a Dios y el Santo Sepulcro, así como a nuestros jefes y al emperador».[12] En otros puntos, el dominio regresó a manos de los cristianos del lugar, como el armenio Simeón, en una ciudad innominada de Capadocia, o Tatoul, en Marash. Tatoul era partidario del emperador griego; Simeón había acompañado al ejército cruzado, proporcionándole contactos políticos y su conocimiento de la zona. El desvío de Cesárea y Marash, por tanto, sirvió a los intereses griegos al liberar a los cristianos locales del dominio turco bajo la égida imperial. En el aspecto militar, también, al aproximarse a una Antioquía aislada por el norte, liberando a las ciudades de la cordillera, tomando una ciudad de la importancia estratégica de Arta (desde la que se controlaba el acceso oriental a la ciudad) y estableciendo presencia propia en el fértil valle sobre el cual se alza Antioquía, el valle del Ruj, al este del Orontes. Al combinar estos avances con las acciones de Tancredo y Balduino en Cilicia, los occidentales estaban bien situados para asaltar Antioquía.

Este ataque en dos alas contra la Siria septentrional logró reconstruir, en cuanto al territorio, buena parte del principado conquistado en primer lugar por un comandante griego renegado, Filareto Bracamio, en 1077, y por la ocupación turca de Antioquía en 1098; se consiguió con el apoyo de los señores armenios del lugar,

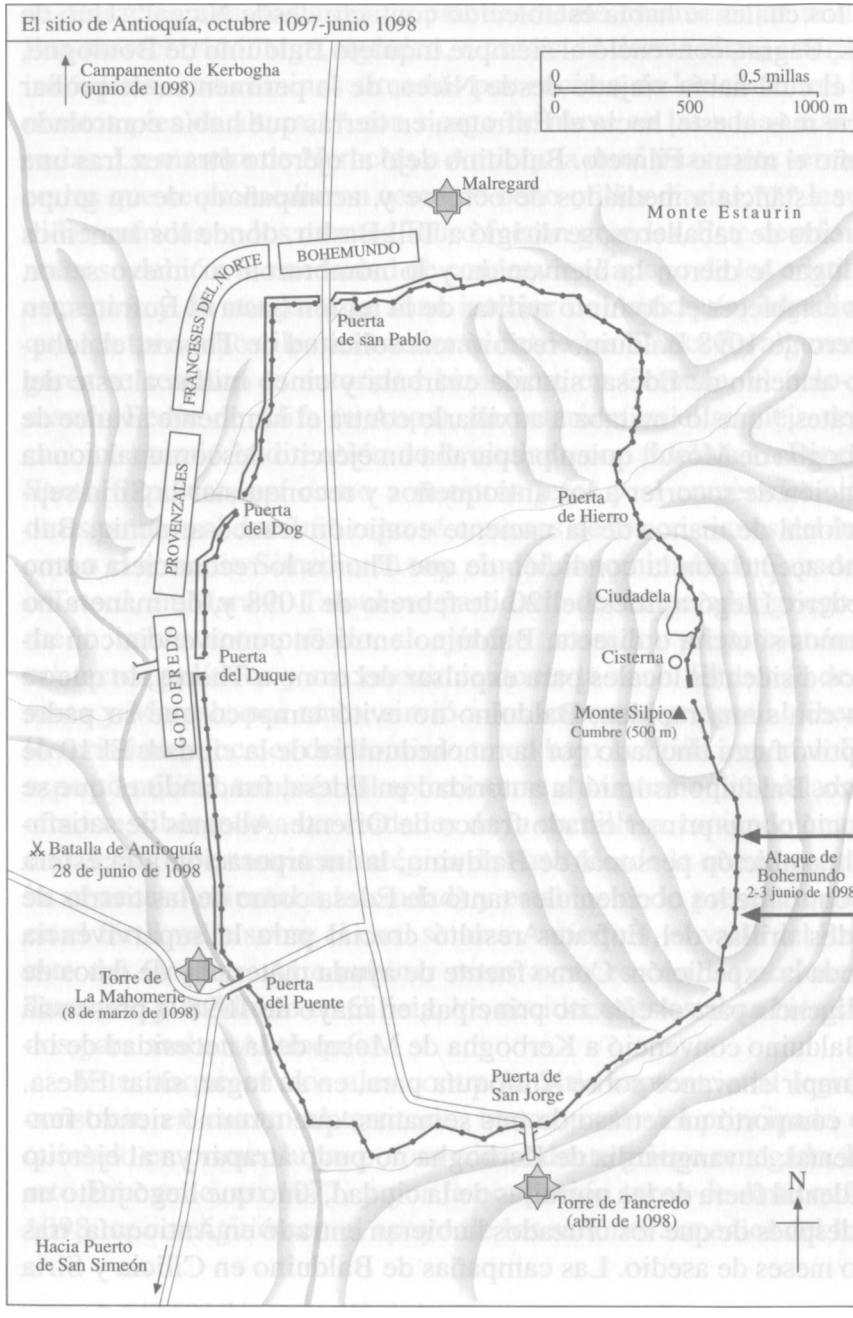
*** 643,60 kilómetros.** ***(N. de los t.)***

**** 1.676,40 metros.** ***(N. de los t.)***

***** Casi trece kilómetros.** ***(N. de los t.)***

con los cuales se había establecido contacto desde Nicea.[13] Uno de ellos, Bagrat, convenció al siempre inquieto Balduino de Boulogne, con el cual había viajado desde Nicea, de la pertinencia de probar suerte más al este, hacia el Éufrates, en tierras que había controlado antaño el mismo Filareto. Balduino dejó al ejército otra vez tras una breve estancia a mediados de octubre y, acompañado de un grupo reducido de caballeros, se dirigió a Tell Bashir, donde los armenios del lugar le dieron la bienvenida y lo nombraron su nuevo señor. Tras establecer el dominio militar de la región hasta el Éufrates, en febrero de 1098 Balduino recibió una solicitud de Thoros, el soberano armenio de Edesa, situada cuarenta y cinco millas al este del Éufrates,* que lo invitaba a auxiliarlo contra el inminente avance de Kerbogha de Mosul, quien preparaba un ejército descomunal con la intención de socorrer a los antioqueños y reconquistar la Siria septentrional de manos de la naciente coalición franco-armenia. Balduino aceptó con la condición de que Thoros lo reconociera como heredero. Llegó a Edesa el 20 de febrero de 1098 y, de manera no sabemos si tácita o directa, Balduino entró en connivencia con algunos disidentes locales para expulsar del trono a Thoros, lo que se hizo con suma rapidez; Balduino no evitó tampoco que su padre adoptivo fuera linchado por la muchedumbre de la ciudad. El 10 de marzo, Balduino asumió la autoridad en Edesa, fundando el que se conoció como primer estado franco de Oriente. Además de satisfacer la ambición personal de Balduino, la incorporación a la esfera de control de los occidentales tanto de Edesa como de las tierras de las dos orillas del Éufrates resultó crucial para la supervivencia de toda la expedición. Como fuente de ayuda material y de datos de inteligencia para el ejército principal, en mayo de 1098 la presencia de Balduino convenció a Kerbogha de Mosul de la necesidad de interrumpir el avance sobre Antioquía para, en su lugar, sitiar Edesa. Ello comportó un retraso de tres semanas, que terminó siendo fundamental; la vanguardia de Kerbogha no pudo atrapar ya al ejército occidental fuera de las murallas de la ciudad, sino que llegó justo un día después de que los cruzados hubieran entrado en Antioquía, tras ocho meses de asedio. Las campañas de Balduino en Cilicia y Siria

*** 72,41 kilómetros. (*N. de los t.*)**


El sitio de Antioquía, octubre 1097-junio 1098
Campamento de Kerbogha
(junio de 1098)
0
0,5 millas
0
500
1000 m
Malregard
Monte Estaurin
BOHEMUNDO
FRANCESES DEL NORTE
Puerta
de san Pablo
PROVENZALES
Puerta
del Dog
Puerta
de Hierro
Ciudadela
GODOFREDO
Puerta
del Duque
Cisterna
Monte Silpio
Cumbre (500 m)
Batalla de Antioquía
28 de junio de 1098
Ataque de
Bohemundo
2-3 junio de 1098
Torre de
La Mahomerie
(8 de marzo de 1098)
Puerta
del Puente
Puerta de
San Jorge
Torre de Tancredo
(abril de 1098)
N
Hacia Puerto
de San Simeón

pusieron de manifiesto el impacto potencial de los grupos poco numerosos; en Edesa, según escribió su capellán Fulquer de Chartres, Balduino contaba con la compañía de tan solo ochenta caballeros, con lo cual cabe pensar que, en total, el contigente no pasaba de unos pocos centenares de hombres; así, el éxito de Balduino puso sobre el tapete la fragilidad de las estructuras de poder y las alianzas locales, hecho que contribuyó al éxito más general del ejército cristiano en Siria.[14]

El asedio de Antioquía, que se prolongó de octubre de 1097 a junio de 1098, dio al siglo XII su propia «guerra de Troya», que fue celebrada en verso, prosa y canto, conmemorada en piedra y vidrio, como episodio central de prueba y heroísmo en las narraciones épicas y románticas de la Primera Cruzada.[15] Por una vez, la leyenda estaba justificada. A pesar de los números de los ejércitos cristianos, Antioquía representaba un obstáculo formidable; porque aunque su guarnición era modesta (de quizá solo unos pocos miles de hombres), las murallas que rodeaban la ciudad, con su gran cantidad de torres de defensa, recorría cerca de siete millas y media de un terreno en gran parte duro y montañoso.* Dentro del área fortificada, de unas tres millas cuadradas de superficie, se alzaba el monte Silpio, cerca de cuya cumbre se hallaba la ciudadela, unos mil pies por encima de la zona principal de la ciudad.** Si no lograban bloquear completamente la ciudad, los cruzados no tenían más alternativa que la del asalto, que, sin embargo, se prometía poco exitosa, dado que por entonces se cree que no disponían de la suficiente artillería pesada (grandes máquinas militares para arrojar piedras y proyectiles, como trabucos*** o catapultas), con la que derruir las murallas. Cabía esperar un asedio duradero, que solo podría realizarse o bien a muy corta distancia, o bien bloqueando todos los ac-

* Unos doce kilómetros. (*N. de los t.*)

** 7,7 kilómetros cuadrados y unos trescientos metros de altura, respectivamente. *(N. de los t.*)

*** «Máquina de guerra que se usaba antes de la invención de la pólvora, para batir las murallas, torres, etc., disparando contra ellas piedras muy gruesas», *Diccionario de la Real Academia. (N. de los t.*)

cesos desde algo más lejos. Ninguno garantizaba ni prometía siquiera el triunfo de los occidentales, dado que el gobernador de Antioquía, Yaghisiyan, subordinado nominalmente a Riduán de Alepo, dedicó mucha energía diplomática a obtener ayuda. Aunque las animosidades del pasado impedían que se produjera una respuesta concertada entre todos los musulmanes, el tiempo avanzaba a favor del bando de Yaghisiyan, aun cuando muchas de las guarniciones y los comandantes de la zona, con frecuencia de religión no musulmana, aprovecharon para liberarse del impopular dominio del gobernador; de hecho, algunos armenios veían en los cristianos occidentales a sus libertadores.

No resulta demasiado claro, desde la perspectiva del presente, por qué se optó en primer lugar por el asedio. El ejército cristiano estaba mal pertrechado para un sitio; el éxito de Nicea se había conseguido gracias a factores como la diplomacia bizantina y el poder naval. Dada la desunión existente entre los turcos, quizá una negociación habría abierto un paso hacia el sur antes que el ataque. La apariencia de los cruzados no despertaba un especial deseo de combatir entre los gobernantes de las grandes ciudades sirias; habría sido posible alcanzar acuerdos, especialmente en un contexto en el que los occidentales negociaban, de un modo casi público, con el Egipto fatimí. Cuando, en 1099, las huestes cristianas marcharon sobre Jerusalén, no hubo apenas propuestas relativas a tomar Homs, Damasco o las ciudades de la costa palestina. De hecho, quizá Antioquía no era siquiera una ciudad de más importancia estratégica que sus puertos, Alejandreta, San Simeón y Latakia, puesto que podrían haber servido para llevar al ejército cristiano de Siria alimentos (por la vía de Chipre, sobre todo), materiales de guerra y hombres. Tancredo había obtenido el control de Alejandreta unas pocas semanas antes de que el ejército alcanzara Antioquía y una combinación de flotas, occidentales unas, patrocinadas por los griegos otras, había ocupado San Simeón y Latakia antes de la llegada del ejército del tierra.

Antioquía había sido una meta acordada por el emperador bizantino y los occidentales, al considerarlo un objetivo estratégico de la guerra, según atestigua el comentario enviado por Esteban de Blois a su esposa desde Nicea; pero la función de la ciudad era no menos política que militar o logística. Alejo, según admitió más

adelante su hija, había contratado a los ejércitos de Occidente «para ampliar los límites del imperio romano», es decir, bizantino; y más específicamente, según parece, para conquistar el principado del norte de Siria, con capital en Antioquía, que entre 1075 y 1085, aproximadamente, había actuado como una especie de amortiguador, dotado a medias de automía, entre Bizancio y los selyúcidas.[16] Esta reconquista habría contribuido mucho a que Alejo pudiera reclamar con éxito el Asia Menor. La minuciosidad adoptada por el ejército cristiano a la hora de rodear Antioquía por el camino de Cilicia y los montes Tauro, así como el intento de establecer relaciones de colaboración firme con los gobiernos armenios, son indicios de esta determinación. Aunque no ignorara el atractivo de Jerusalén ni fuera inmune a él, la estrategia griega se atenía a ambiciones más prosaicas y tradicionales, para las cuales el emperador estaba dispuesto a prodigar dinero, ayuda militar, respaldo naval y suministros de toda clase a sus reclutas occidentales.

Los planes que los griegos albergaban para Antioquía se complementaban con las ambiciones y necesidades de los cristianos occidentales. En el invierno de 1097-1098, los recursos de muchos de los jefes secundarios y varios de los jefes principales de los cruzados estaban próximos a agotarse. Las negociaciones con el régimen fatimí de Egipto proseguían: una embajada egipcia llegó al campamento de los cruzados en febrero de 1098. Un entendimiento con los egipcios habría reducido los saqueos en Palestina y el sur de Siria, lo que convertía en urgente y necesaria la explotación de los recursos del norte de Siria. En el invierno de 1097-1098, varios elementos de las fuerzas cristianas no vacilaron en establecerse como soberanos de facto de diversas zonas relevantes del interior de Antioquía, aunque el peligro de un asedio tan laxo de la ciudad resultaba bien conocido para un alto mando que temía se desintegrara el ejército. Por sí solo, el requisito de encontrar unos cuarteles de invierno en los que reposar y recuperarse de la ardua marcha emprendida por las montañas del Asia Menor oriental no basta para explicar el sitio de Antioquía, especialmente cuando la decisión adoptada entre octubre y noviembre de 1097, de asediar a la ciudad de forma directa y estrecha, exacerbaba la dificultad de dedicar un ejército tan numeroso. Sin embargo, no era una simple cuestión logística. Quizá adquirieron una importancia particular

las circunstancias de Bohemundo, quien, desde que llegara a Constantinopla en abril de 1097, había hecho suyos los intereses de Bizancio. Cabe la posibilidad de que confiara en lograr —quizá con esperanzas fundadas— alguna recompensa territorial de Alejo en Siria. La expedición enviada a Cilicia bajo la dirección de su sobrino Tancredo podría haber sido iniciativa de Bohemundo.[17] En Antioquía, la pericia exhibida como comandante de campo lo había catapultado a la dirección general de la expedición militar enviada en febrero de 1098 contra Riduán de Alepo. El 31 de diciembre de 1097 se había producido un enfrentamiento en el valle del Orontes, contra las fuerzas de Duqaq de Damasco, que había estado a punto de culminar en un desastre; como el peligro se debió en parte al hecho de contar con una dirección dividida, ello convenció a los jefes de la pertinencia de nombrar un único comandante de campo. Era una decisión que favorecía las ambiciones políticas de Bohemundo. Al carecer de las fuerzas o el dinero necesarios para competir con Raimundo de Tolosa o Godofredo de Bouillon, es posible que Bohemundo contemplara ya desde hacía tiempo la idea de Antioquía como un premio con el cual promover sus propios intereses; pero solo en mayo de 1098, cuando el ejército amenazaba con quedar destruido por las fuerzas de socorro de Kerbogha, se decidió a mostrar sus cartas. El intento de tomar la ciudad cuadraba con los objetivos griegos. En teoría, representaba un foco válido para un período de recuperación de las huestes cristianas; y ayudaba a mantener la amistad egipcia, al amenazar a los poderes selyúcidas del norte de Siria, lo que permitió a los propios fatimíes reconquistar Jerusalén en julio de 1098. El asedio de Antioquía adquirió, por tanto, una importancia política no desdeñable, aunque era reflejo de una confianza ligeramente mal orientada. Raimundo de Tolosa defendió de forma repetida que debían emprender el sitio porque Dios encontraría la manera de conseguir su propósito, al igual que había hecho en Nicea y Anatolia.[18] En realidad, Antioquía estuvo a punto de destruir a los cruzados. Sin embargo, la extraordinaria cadena de acontecimientos forjó una unidad de propósito más firme entre la mayoría del ejército, y una identidad nueva, militante y llamativa, con suma confianza en el favor divino, según se expresó en la facilidad con la que los supervivientes, tanto los nobles como los humildes, integraron en su lenguaje y su compor-

tamiento la retórica, los símbolos y el teatro del entusiasmo religioso visionario.

El sitio de Antioquía se prolongó desde el 21 de octubre de 1097 hasta el día en que cayó la ciudad, el 3 de junio de 1098, fecha en la que los cristianos se encontraron inmediatamente sometidos al asedio turco, como si de un primer Stalingrado se tratara; los sitió la fuerza de socorro de Kerbogha de Mosul, hasta que este fue derrotado y huyó, el 28 de junio. Una vez comprometidos, los cristianos estuvieron a punto de sufrir toda una serie de crisis potencialmente letales, debido a su incapacidad de rodear por entero la ciudad, a la precaria condición del suministro de alimentos y a una sucesión de expediciones de socorro musulmanas. Durante los siete meses y medio que duró el primer sitio de Antioquía, la ciudad nunca quedó bloqueada por completo. Los hombres, los materiales y los datos de inteligencia hallaban la forma de entrar; la guarnición era capaz de disparar sobre los asaltantes, atacarlos o prepararles emboscadas con una libertad casi plena, que les permitió causar bajas tanto militares como civiles. Solo en marzo de 1098 se logró bloquear la Puerta del Puente, que conducía al camino del puerto de San Simeón, mediante la construcción de un contrafuerte (se erigieron otros dos; uno al norte de la ciudad, en noviembre de 1097, y otro frente a la Puerta de San Jorge, al sur, en abril de 1098). Los soldados occidentales eran incapaces de forzar la entrada a la ciudad, pero, a su vez, demasiado numerosos como para que la guarnición de Antioquía pudiera desalojarlos. Las tablas se rompieron en junio de 1098 por efecto de una traición, no de la acción militar; e incluso entonces, la guarnición alcanzó a retener la ciudadela durante tres semanas más y no claudicó hasta que la derrota de Kerbogha hizo del todo insostenible su posición; al cabo de un día, se vio obligada a rendirse.

El punto muerto resultaba muy exigente y costoso tanto en recursos, como en moral. A finales de diciembre de 1097, una grave escasez de alimentos provocó una notoria expedición de saqueo hacia el sur, remontando el valle del Orontes hacia Al-Bara, que sin embargo produjo solo un fruto inesperado para Bohemundo y Roberto de Flandes: toparon con una fuerza de socorro de Damasco y

Homs, encabezada por Duqaq de Damasco y su atabeg Tughtegin.[19] Duqaq no se retiró hasta haber infligido bajas graves a los occidentales, sobre todo entre la infantería, e impidió que obtuvieran el pillaje tan necesitado, lo que amenazaba a los cristianos con morir de hambre. Hubo que buscar suministros de puntos tan lejanos como Chipre, Rodas y Creta, pero la carestía se extendió; los precios se pusieron por las nubes y la inanición se llevó la vida de hombres y caballos. La debilitación del ejército, por otro lado, redujo el número de voluntarios dispuestos a realizar más correrías, de vital importancia; la expedición parecía atrapada en un círculo vicioso, puesto que era incapaz de lograr la victoria en el terreno militar y, además, incapaz de alimentarse por sí misma. La miseria y el miedo causaron deserciones; Pedro el Ermitaño y Guillermo el Carpintero de Melun fueron atrapados cuando intentaban huir e incluso Bohemundo contempló la posibilidad de abandonar la empresa, pues veía que los hombres y los caballos de su pequeña compañía morían de hambre sin remedio.[20] En aguas sirias había barcos amigos, hecho que facilitaba la huida.

Para contrarrestar el hundimiento moral, en enero, el legado papal, Ademar de Le Puy, instituyó para los laicos el ayuno penitencial, oraciones de intercesión, procesiones y donaciones caritativas; y para los clérigos, la celebración de misas y el canto de salmos. La participación comunitaria en ceremonias religiosas familiares activó en la mentalidad de los atribulados cristianos un mecanismo que permitió se sacudieran el fatalismo, la letargía y la apatía, al implicar al soldado y peregrino corriente en contribuciones activas para el destino del ejército. Simultáneamente, se produjo un reforzamiento de la ley y el orden seculares en el seno de la milicia, y el mensaje de reanimación se vio intensificado además por la expulsión de todas las mujeres del campamento, incluidas las esposas; entre la clase dirigente de la iglesia occidental, se fomentó mucho la asociación del sexo con la desaprobación de Dios.[21] Se instauró la humillación y el castigo ritual público para los adúlteros, con miras a reducir los males del libertinaje sexual; a los culpables se los desnudaba y azotaba frente a todo el ejército. En un aspecto ya más mundano, la petición de limosnas ayudó a recaudar nuevos recursos. Los jefes, que tomaban decisiones en sesiones regulares del consejo, formaron una confraternidad, una asociación jurada con la que distribuir las donacio-

nes sin caer en conflictos por los distintos liderazgos o las diversas lealtades. Así se organizó la financiación de los fuertes de asalto y un puente de botes para cruzar el Orontes, y así se pagó igualmente a Tancredo la acción de bloquear la puerta meridional de Antioquía. Para solventar la crisis de enero de 1098, Raimundo de Tolosa pagó quinientos marcos al fondo común, destinados a que los caballeros renovaran sus monturas.[22] Para tranquilizar en lo posible a sus seguidores, los jefes tomaron juramento de no abandonar el asedio. Estas medidas hicieron hincapié en la particular identidad corporativa que había crecido durante las crisis y mediante las experiencias compartidas. En octubre y noviembre de 1097, la correspondencia enviada a Occidente proclamaba que Dios luchaba a favor de «el ejército del Señor»; en enero, los obispos militares dieron fe de la ayuda prestada en la batalla por los «caballeros de Cristo», los santos griegos Jorge, Teodoro, Demetrio y Blas.[23]

Los obispos solicitaron refuerzos a Occidente. En realidad, el ejército no había dejado de recibir un flujo constante de refuerzos, de lugares tan distantes entre sí como Italia, Inglaterra y Dinamarca; muchos viajaron con las flotas que llegaron a Oriente en 1097-1098, proporcionando a los asaltantes un socorro crucial.[24] Por otro lado, el ejército de Dios no quedó nunca aislado por completo ni de Occidente ni de los patronos griegos. La necesidad de reemplazar un número abrumador de bajas y de solventar el problema crónico con el abastecimiento quizá sea lo que explique la decisión adoptada por Takitios a principios de febrero de 1098, cuando optó por abandonar Antioquía, según dijo, para buscar alimentos y más tropas.[25] Aunque más adelante los cronistas occidentales lo cargaron con una grave culpa de cobardía, como parte del intento de construir una justificación para la negativa a ceder Antioquía al control del emperador griego, quizá Takitios respondía a una motivación del todo legítima. La cadena de abastecimiento de Antioquía se había roto; una consulta directa con las autoridades imperiales podría haber mejorado la cuestión. Takitios dejó en Antioquía a su estado mayor. Corrieron rumores de que había alcanzado un acuerdo con Bohemundo, que garantizaba a este el control de las ciudades cilicias de Mamistra, Tarso y Adana. Ello habría cuadrado bastante bien con las relaciones reales, más que imaginarias, existentes entre el general griego, veterano en el mando de las tropas occidentales

en los Balcanes, y Bohemundo, quien probablemente hablaba griego. Habían viajado juntos en la vanguardia, hasta Antioquía, y mantuvieron estrecho contacto. En este estadio, Bohemundo tenía que haber adquirido el aspecto de uno de los príncipes occidentales más fllohelénicos. Cierta historia griega refiere que Bohemundo advirtió a Takitios de que era mejor que se marchara, pues los demás comandantes tramaban asesinarlo. En cualquier caso, en su momento, la marcha de Takitios pasó casi inadvertida; no la mencionan las cartas contemporáneas. Es posible que Bohemundo interpretara algún papel en la organización de la retirada de Takitios, y no cabe duda de que su ausencia iba como anillo al dedo para los intereses del normando; pero las acusaciones de conspiración, contra cualquiera de las dos partes, carecen de pruebas que no estén contaminadas por la propaganda posterior, la posición política o la utilización de argumentos especiosos.

Fueron más significativas las consecuencias militares del nuevo sentido de comunidad. Gracias a la estrategia de Bohemundo y la cohesión disciplinada sobre el campo de batalla, el ejército de socorro de Riduán de Alepo sufrió una derrota grave en las inmediaciones del lago de Antioquía, algunas millas al nordeste de la ciudad, el 8 de febrero de 1098. Al igual que en Dorilea, en la batalla de las cercanías de Al-Bara, en 1097; en la propia Antioquía, en 1098; y en Ascalón, en 1099, el destino de la cruzada dependió a la vez del azar y de la pericia combativa. Las tropas cristianas ganaron efectividad cuando su número se redujo al de un núcleo de veteranos curtidos y acostumbrados a lidiar batallas extenuantes entre fuerzas cuantiosas de caballería e infantería. La determinación de vencer iba en relación directa con las consecuencias de la derrota. En lo que atañe a la moral, eso otorgaba ventaja a los cristianos. La victoria sobre Riduán estabilizó temporalmente la resolución cristiana, en tanto que la llegada de una flota inglesa, a principios de marzo, permitió que el bloqueo de la ciudad quedara intensificado por la construcción de un nuevo fuerte enfrente de la Puerta del Puente, que protegía un acceso tan vital como el del puerto de San Simeón. Sin embargo, pronto volvieron las dificultades serias con la comida, los caballos y la moral. Incluso el tiempo era horrible, lo cual trajo a Esteban de Blois recuerdos de su hogar: «Lo que algunos afirman sobre la imposibilidad de aguantar el calor del sol en Siria no es

cierto, puesto que el tiempo es aquí muy similar al de nuestros inviernos occidentales».[26] Hubo enfrentamientos crudos con la guarnición de Antioquía, que no hicieron tambalear la situación de tablas, pero sí socavaron la energía cruzada y causaron muertes entre sus hombres. Quizá las negociaciones con los embajadores egipcios, en febrero y marzo de 1098, dieran algo de optimismo al grupo, así como el envío de legados cristianos, que debían acompañar a los egipcios a El Cairo. En abril, todas las puertas de la ciudad estaban sometidas al asedio cristiano. Pero el ejército seguía en peligro, puesto que llegaron noticias del acercamiento de una nueva fuerza de socorro musulmana.

Durante la primavera de 1098, Kerbogha, atabeg de Mosul, reunió una gran coalición contra los invasores occidentales, juntando tropas de lugares tan distantes como Damasco, Anatolia o el norte de Iraq. En este proceso de alianzas, Kerbogha aprovechaba la oportunidad ofrecida por los cruzados, que habían debilitado las estructuras del poder local, con la intención de crear un nuevo señorío en Siria, que sería claramente leal al sultán selyúcida de Bagdad. La coalición integraba elementos hostiles a los fatimíes de Egipto y Riduán de Alepo, así como a los occidentales y sus aliados armenios. El intento de capturar Edesa durante un sitio de tres semanas, a mediados de mayo, así como la toma de otras ciudades en la región, apuntan hacia una estrategia en la cual el auxilio de Antioquía era solo una medida más. Las metas del atabeg pueden evaluarse bien, quizá, por la prolongación de las negociaciones con el hijo de Yaghisiyan; el precio de la ayuda de Kerbogha era elevado. El resultado real de los combates de 1098 comportó el establecimiento de un poder cristiano en el norte de Siria, pero, hasta su derrota a las puertas de Antioquía, el asalto de Kerbogha a Siria representaba la posibilidad contraria: la de renovar la autoridad turca en la región. Al igual que ocurrió con la derrota de Al-Afdal de Egipto en Ascalón, en agosto de 1099, las victorias occidentales de 1097-1099 alteraron la complexión política del Oriente Medio, tanto al negar otros resultados potenciales (como las revanchas selyúcida o fatimí) como al establecer su propia hegemonía, por limitada que fuera.

Las noticias de la aproximación del gran ejército de Kerbogha llegaron a oídos de los asaltantes de Antioquía a finales de mayo, cuando el atabeg ya estaba a solo unos pocos días de marcha. Aun-

que estaban bien informados de los intentos diplomáticos por expulsarlos del lugar, las tropas de socorro habían cogido siempre a los occidentales por sorpresa. Sin embargo, la aparición de Kerbogha era la más preocupante de todas, puesto que atrapaba a los cristianos entre un ejército de campo numeroso y feroz, y la impenetrable muralla antioqueña. En una reunión de crisis del alto mando, el 29 de mayo, se volvió a confiar la dirección a Bohemundo: si era capaz de tomar la ciudad, podría quedársela en propiedad, salvo que se hiciera con ayuda del emperador griego; esta última condición es reflejo de la inquietud con la que Ademar de Le Puy y Raimundo de Tolosa (quien albergaba designios propios para la ciudad) contemplaban la ambición de Bohemundo. El acuerdo no sirvió para rebajar el pánico. Las deserciones se multiplicaron; entre ellas, la muy prominente de Esteban de Blois. Solo nueve semanas antes, se había jactado ante su esposa de que le hubieran confiado un puesto notorio en el liderazgo comunitario; en sus propias palabras, fue nombrado «señor, director y gobernador», quizá al cargo de cuestiones administrativas, relacionadas con la coordinación del abastecimiento.[27] Esteban huyó el 2 de junio, unas pocas horas antes de que cayese Antioquía.

La naturaleza legendaria de muchos de los incidentes de la Primera Cruzada es particularmente visible en la historia de cómo Bohemundo y cierto Firuz, un disidente armenio de Antioquía, colaboraron para permitir que los cruzados atacaran la muralla de la ciudad por cierto punto, a las órdenes del traidor, en la noche del 2 al 3 de junio de 1098. Parece ser que Bohemundo había estado preparando el golpe durante cierto tiempo, probablemente antes de la reunión del 29 de mayo. El contacto a través de la línea del frente no era inusual en Antioquía, en especial con los armenios del lugar. Bohemundo y sus partidarios contaban con una ventaja lingüística: en la noche en la cual se produjo la incursión, de estilo «comando», contra aquella sección de las murallas, pudieron conversar con Firuz en griego.[28] Ello no obstante, la pequeña fuerza que, bajo el amparo de la noche, entró en Antioquía, incluía a Godofredo de Bouillon y Roberto de Flandes; Tancredo, el conde Raimundo y el obispo Ademar también conocían el secreto y desempeñaron una función decisiva, a la mañana siguiente, a la hora de animar al ejército principal a sacar partido de la brecha abierta en las murallas. La

sorpresa fue devastadora para la población civil, que se despertó con el tumulto y el sonido de la masacre. La guarnición se vio superada y se retiró de inmediato a la ciudadela, dejando la ciudad sin protección, al albedrío de los saqueadores. La resistencia se arredró. Yaghisiyan sintió pánico y huyó, quizá temeroso ante posibles represalias por el modo opresivo con el que había gobernado la ciudad; al cabo de unas pocas horas murió asesinado por cristianos del lugar; posiblemente, el golpe de gracia le fue asestado por un carnicero local.[29]

La caída de Antioquía no prueba que el ejército cristiano poseyeran ninguna clase de superioridad tecnológica o más recursos militares, sino una disciplina y una tenacidad cada vez más poderosas. Se produjo una utilización mínima de máquinas de asalto o artillería, lo cual no deja de ser sorprendente, visto su empleo en Nicea y en asedios posteriores, como los de Ma'arrat al-Nu'man (diciembre de 1098), Arqa (marzo a mayo de 1099) y Jerusalén. En cambio, en el sitio de Antioquía los cristianos reaccionaron más de lo que tomaron la iniciativa, actitud que, en el caso de las expediciones de socorro musulmanas, resultaba peligrosa. Aunque, al menos con posterioridad al enfrentamiento de pillaje de diciembre de 1097, sobresalían en las batallas organizadas, lo cierto es que los cruzados no exhibieron superioridad evidente en materia de táctica o pertrechos. La impresión que nos deja el asedio de Antioquía es la de una bancarrota de ideas, frustrada e incapaz de resolver la lucha, con una inversión de la mayoría del esfuerzo destinada, sencillamente, a mantener la integridad del ejército. Sin embargo, la bravura sólida y algunos ejemplos concretos de heroísmo vistoso dan a entender que los cruzados seguían creyendo en su causa. Celebraban su muerte como la de unos mártires —según afirmó Esteban de Blois en marzo de 1098—- cuyas almas vieran garantizado el disfrute de los gozos del paraíso.[30] La convicción por sí sola no era bastante; el miedo, el hambre, la incompetencia militar o el realismo provocaban desesperanza y deserciones, como demuestra el caso del propio conde Esteban. Sin idealismo, la empresa ya se habría ido al traste tiempo atrás.

El rápido hundimiento de Antioquía, una vez se quebraron sus defensas, demuestra que los defensores habían sufrido un debilitamiento similar al de sus atacantes. Cuando se frenó la matanza, los

nuevos soberanos de Antioquía se enfrentaban a una perspectiva sombría. Por encima de la ciudad, la guarnición musulmana seguía defendiendo la ciudadela; escaseaban los alimentos y, más aún, los caballos. Antes de que se pudieran obtener víveres de otros lugares, tan solo un día después de la toma de Antioquía, la vanguardia de Kerbogha hizo su aparición en la llanura del norte de la ciudad, tras haber barrido las defensas adelantadas de los cristianos. El 7 de junio, Antioquía estaba sitiada de nuevo; durante la semana siguiente, todas las demás avanzadillas cristianas del exterior fueron eliminadas y se estableció un campamento musulmán cerca de la ciudadela, con la intención de coordinar los ataques desde aquel sector. El 10 de junio hubo combates muy intensos durante todo el día, en el entorno de la ciudadela, que causaron otro declive de la moral; aquella noche se extendió el pánico entre los cruzados y muchos huyeron empleando escaleras de cuerda, razón por la cual los occidentales fueron bautizados con el mote despectivo de *furtivi funambuli* (acróbatas furtivos).[31] De los que se quedaron se apoderó un pesimismo invencible. Sin posibilidad de pedir ayuda ni recibir socorro por tierra o por mar, con una inferioridad numérica aplastante, deficiencias en los pertrechos y una grave escasez de alimentos, los cristianos, reducidos quizá a menos de treinta mil hombres (incluidos los no combatientes), habían alcanzado el punto más bajo de su rueda de la fortuna. Había que escoger entre el desastre y alguna medida desesperada.

De esta crisis extrema emergió la política visionaria que caracterizó el resto de la campaña hasta la toma de Jerusalén. Según la historia aceptada generalmente por los testigos inmediatos, en la misma noche del pánico y la deserción, un sacerdote provenzal, Esteban de Valence, estaba fuera de sí por el terror ante lo que se le antojaba era la caída inminente de la ciudad; mientras oraba en la iglesia de la Virgen María, experimentó una visión de Cristo, la cruz, María y san Pedro (quien, según la tradición, fue el primer obispo de Antioquía y era el santo patrón de la ciudad). Jesucristo aseguró a Esteban que los atribulados cristianos recibirían Su ayuda en el plazo de cinco días, siempre que demostraran su fe mediante oraciones, ceremonias y penitencia por sus pecados. Tras el escepticismo inicial, y tras exigir a Esteban que jurara la veracidad de su declaración ante los Evangelios, Ademar de Le Puy utilizó la visión para instituir cere-

monias religiosas capaces de elevar la moral y convencer a los príncipes de que debían renovar el juramento conforme no abandonarían la expedición. De un modo más dramático y casi simultáneo, un pobre peregrino provenzal, Pedro Bartolomé, afirmó haber tenido en los meses anteriores una serie de visiones de san Andrés (en los Evangelios, hermano de san Pedro) en las cuales el santo insistía en la necesidad de que los cruzados hicieran penitencia y, como signo del favor de Dios, había indicado en qué punto de la catedral de san Pedro estaba enterrada la Lanza Santa que perforó el costado de Cristo en la cruz. La historia de Pedro cuadraba perfectamente con la de Esteban, en su promesa de que antes de cinco días se recibiría un signo de la ayuda divina. Ademar, entre otros muchos, creían que Pedro era un farsante, pero la desesperación y el interés de Raimundo de Tolosa los movió a poner a prueba la historia. El 14 de junio, Pedro y otras catorce personas excavaron en el suelo de la catedral hasta que, con la caída del sol, el mismo Pedro dio con lo que todos juzgaron era la punta de la Lanza, que emergía en el fondo de la zona excavada. El descubrimiento transformó el estado de ánimo del ejército, que pasó de una apatía aterrorizada a un aliento sobrecogido, lo que permitió a los jefes organizar con cierta perspectiva de éxito un intento de romper el cerco militar. Acompañaron a los preparativos del combate otras visiones celestiales, que, de un modo que no cabe etiquetar de casual, contenían instrucciones santas de nueva penitencia y disciplina militar.[32]

La realidad objetiva de estas visiones o de la autenticidad de la Lanza Santa es, sencillamente, irrelevante. Las visiones reflejan los modelos contemporáneos de tales encuentros y la iconografía visual de los mensajeros celestiales es una copia del arte contemporáneo. Hallar un pedazo de metal, tras un día de excavaciones, en una iglesia antigua y renovada varias veces, no acentúa la credibilidad ni la credulidad. Lo que importaba, en junio de 1098, era la fe de los cruzados. Aun a pesar de que en un principio el obispo Ademar y, más adelante, algunos otros —sobre todo entre los adeptos y propagandistas de Bohemundo— consideraron a Pedro Bartolomé como un charlatán —no se olvide que podrían haber visto expuesta la «Lanza Santa» en Constantinopla—, lo cierto es que las visiones proporcionaron a la dirección militar un plan preciso para salvar la cruzada. El vínculo entre el reforzamiento de la moral y la victoria

militar es evidente. Un testigo sugirió que solo se dio crédito a Pedro Bartolomé cuando se hubo explicitado la conexión entre la Lanza y la derrota de Kerbogha; todo asociaba la Lanza con la subsiguiente victoria en los combates. Las visiones encajaban asimismo en un uso generalizado de la dramatización religiosa y el ceremonial de penitencia pública con la intención de insuflar nuevo vigor a los ejércitos. Cierto observador armenio, que escribía transcurridos menos de dieciocho meses de los hechos, dio testimonio de las fervientes oraciones de los cristianos en la iglesia de san Pedro, destinadas a incrementar la resolución, pero sin mencionar la Lanza.[31]

Mientras Esteban de Valence otorgó a los jefes militares la oportunidad de imponer una disciplina más estricta, a guisa de instrucciones de Jesucristo, su comandante celestial, el pobre y lego Pedro Bartolomé, hallaba un lugar menos obvio en este orden jerárquico. Aun así, Raimundo de Aguilers, guardián de la Lanza Santa tras ser extraída de la catedral, dio a entender que Pedro estaba próximo al entorno del conde Raimundo y, según observación de los cínicos, también a sus intereses políticos. Es obvio que no era ningún protegido de Ademar de Le Puy; es posible que Pedro se acercara a Guillermo, el obispo de Orange, recién llegado, quien ayudó a excavar la Lanza; o quizá a uno de los vasallos del conde Raimundo, Pedro Raimundo de Hautpol, mencionado como persona a la cual Pedro debía transmitir las instrucciones de san Andrés.[34] Pedro afirmó haber ido a lugares tan remotos como Edesa o Chipre en búsqueda de abastecimiento para los cruzados, lo que significaría que tenía contactos o quizá un empleo directo con la aristocracia. Sabía de memoria varias secciones de la liturgia latina, hasta el punto de que pudo olvidar algunas y aun así seguía exhibiendo un saber impresionante en quien se suponía no era más que un humilde campesino; algunos cronistas posteriores lo creyeron un clérigo menor. Aunque en apariencia todos aceptaron las visiones de Pedro durante el verano de 1098, con el tiempo se denunció que eran partidistas: habrían buscado dar el liderazgo a Raimundo de Tolosa y obligar a los príncipes a abandonar sus posesiones recién adquiridas en el norte de Siria, en beneficio de la marcha a Jerusalén. Sin embargo, Pedro Bartolomé no tenía por qué ser meramente un títere provenzal. A largo plazo Raimundo de Tolosa emergió como campeón de la petición popular a favor de la invasión de Palestina, pero, en

los primeros meses posteriores a junio de 1098, Raimundo era tan reticente como Bohemundo a ceder las posiciones conquistadas en Siria. Durante este período, los mensajes celestiales repetidos una y otra vez por Pedro solo daban voz a los que no hallaban beneficio en el señorío sirio; los que, en virtud de la victoria cristiana, vieron que se les negaba la autorización de saquear y hacerse con el botín local. Solo cuando Raimundo decidió colocarse en cabeza del partido popular en Ma'arrat al-Nu'man, en enero de 1099, las visiones de Pedro sirvieron directamente a los intereses del conde, aunque no sin coste para él. En el sitio de Arqa (febrero a mayo de 1099), los combates intestinos de las distintas facciones, junto con las dudas albergadas incluso por adeptos tales como Raimundo de Aguilers, dieron origen a una crisis de confianza. Ante el dramatismo y la teatralidad de las visiones, se erigió un conjunto no menos poderoso de rituales judiciales destinados a determinar si Pedro Bartolomé era un inspirado o un farsante. El juicio instigado por Arnulfo de Chocques, capellán de Roberto de Normandía, se prolongó varios meses y no culminó hasta el 8 de abril de 1099 (Viernes de Dolores), con unas ordalías de fuego. Pedro satisfizo a sus partidarios, al emerger con vida de un pasillo de llamas, de trece pies de longitud, cuatro pies de altura y solo un pie de anchura;* pero falleció a los pocos días, de resultas de las heridas.[35]

Las visiones y los milagros fueron expresión de las aspiraciones de la masa de soldados y peregrinos que, sin esperanza de obtener beneficios perdurables de ninguna conquista, se concentraron en cumplir sus votos en Jerusalén. También fueron reflejo de las cambiantes opciones políticas y militares que manejaban los príncipes. El ambiguo destino de Pedro Bartolomé no significó el fin del diálogo entre los adeptos terrenales y celestiales de Cristo. Nuevas visiones de Esteban de Valence y de otro sacerdote provenzal, Pedro Desiderio, confirmaron la función esencial de las reliquias, la liturgia y la penitencia a la hora de fijar la cohesión en el seno del ejército de Dios en su marcha hacia Jerusalén, transmitida ahora a través de un medio políticamente más idóneo, como el de los clérigos, antes que por un laico radical e incómodo. Una corriente de la polí-

* Cuatro metros de longitud, un metro veinte de altura y treinta centímetros de anchura, aproximadamente. *(N. de los t.)*

tica visionaria, ya en los estadios finales de la marcha, consagró el culto provenzal del líder perdido, Ademar de Le Puy, quien había fallecido en Antioquía el 1 de agosto de 1098, posiblemente a consecuencia de una fiebre tifoidea; ello fue parte de una respuesta intensa a las muertes de compañeros, muchos de los cuales reaparecieron pronto ante sus amigos, bajo forma de visiones y sueños, como si de testigos se tratara del respaldo sostenido del Otro Mundo. La presencia en el ejército de la cruz y la saya del obispo Ademar proporcionó reliquias irrebatibles en beneficio de la unidad y el liderazgo; las palabras del obispo difunto sirvieron de inspiración a las tropas en Jerusalén; de hecho, según algunas fuentes, ayudó en persona al salto final.[36] Durante el asedio de Jerusalén, otra visión de Pedro Desiderio, en la cual Ademar exigía se celebrara una procesión de penitentes en tomo de las murallas de la ciudad, dio legitimidad a un marco religioso tendente a convencer a las tropas de la conveniencia de iniciar el ataque final. Al menos, eso es lo que hizo, mirando hacia atrás. Si por un lado es incuestionable que, a partir de los asedios de Antioquía, se vivió una incorporación continuada de relatos milagrosos, reliquias y ceremonias religiosas, la prolijidad de las profecías visionarias e intervenciones de los santos, su relación con los conflictos políticos extemos e internos, la narración metódica de los consejos celestiales y, en algunas fuentes, la asociación precisa de reliquias y visiones, son indicio de que surgieron no solo de la experiencia en el campo de batalla, sino también del trabajo deliberado de la pluma en una mesa de estudio. Sin embargo, la importancia de lo milagroso y lo santo, atestiguada por la correspondencia de los cruzados, no radica sino en el poder de transformación de la realidad que habita en lo que se percibe como trascendente.

Fueran cuales fuesen las dudas posteriores o la manipulación de los hechos, el descubrimiento de la Lanza Santa y la introducción de ceremonias religiosas en el discurso político del ejército contribuyó a la asombrosa derrota de las fuerzas de Kerbogha, mucho más numerosas, a manos de los cristianos que salieron de Antioquía en la mañana del 28 de junio de 1098. Este fue el momento más feliz de Bohemundo de Tarento. El día antes, Pedro el Ermitaño y un intérprete, Herluino (probablemente, un ítalo-normando con dominio del arábigo), habían visitado el campamento de Kerbogha, como

posible intento de negociar o espiar, pero, al mismo tiempo, como gesto de desafío. Al día siguiente, bajo la dirección de Bohemundo, el ejército cristiano —que empleó columnas flexibles, en formación cerrada, con buena disciplina y una coordinación muy estrecha— se enfrentó en primer lugar a las divisiones de vanguardia del ejército musulmán, antes de que entrara en combate la fuerza principal de Kerbogha; las hizo retroceder, las tomó por los flancos y, finalmente, las destruyó. Buena parte de la lucha se desarrolló entre la infantería, hombre a hombre, porque los cristianos carecían de caballos. A pesar de que era mucho más numerosa que las tropas cristianas, la coalición de Kerbogha se desintegró tras la destrucción de las posiciones de avanzada. El propio Kerbogha huyó de manera ignominiosa y dejó su campamento, los prisioneros, las mujeres, los no combatientes, los infantes y el botín a la libre disposición de los vencedores. El botín fue extraordinario: tiendas, equipo de acampada, ganado, animales de carga, caballos, oro y plata, bebida y alimentos en grandes cantidades. Se dio muerte a cuantos musulmanes se encontró. A diferencia de lo que hicieron sus correligionarios en Antioquía tres semanas antes, no se violó a las mujeres; en su lugar, «los francos ... clavaron lanzas en sus vientres».[37] Esta guerra letal y sin restricciones, característica de los anteriores conflictos medievales de occidentales contra vikingos, eslavos y magiares, había ido cayendo en desuso en Occidente, dando paso, en su mayoría, a escaramuzas limitadas en el seno de la aristocracia. Su regreso a la conclusión de la batalla de Antioquía no representó sino la liberación exultante y jubilosa de varias semanas de terror.

La derrota de Kerbogha obligó a rendirse a la guarnición musulmana de la ciudadela, lo que dejó a los cristianos —no sin disensiones internas— el control de la ciudad. Para buscar ayuda, se envió a Constantinopla a Hugo de Vermandois. A los pocos días, el 3 de julio, los príncipes decidieron posponer cualquier futuro avance hacia el sur hasta el 1 de noviembre de 1098, posiblemente, para aguardar la llegada de refuerzos griegos; al parecer, no eran conscientes de que se hallaban en lo que más tarde se consideró un momento fundamental de la Primera Cruzada. Hacia el 20 de junio, en Filomelión (Anatolia central), el emperador Alejo, acompañado de una considerable fuerza griega y miles de soldados occidentales, se encontró con los desertores de Antioquía, dirigidos por Esteban de

Blois. Los renegados convencieron al emperador de que Antioquía era una posición insostenible para los cristianos y, temeroso de exponer su ejército a la contraofensiva musulmana, Alejo se retiró hacia el oeste. Su hija alegó más adelante que Alejo pretendía ayudar en la conquista de Siria, pero es algo improbable, dado que necesitaba proceder con cautela y que su principal interés estratégico estaba en la Anatolia occidental. Sin embargo, esta retirada, al llegar a oídos del ejército cristiano de Antioquía, fue interpretada como abandono cobarde de los aliados. Más que cualquier otro hecho aislado, lo que se percibió como negativa de Alejo de socorrer Antioquía, unido a la anterior retirada de Takitios, fue presentado como caso evidente de traición; eso dio la excusa perfecta, a quienes la andaban buscando, para romper los acuerdos con el emperador. Todo ello tuvo consecuencias hondas para las relaciones entre la Cristiandad occidental y la oriental.[38] Sin embargo, la traición era más aparente que real. Los cristianos habían recibido en Antioquía una ayuda naval constante y de gran importancia, que les proporcionó materiales, refuerzos y víveres. Se siguió negociando con el emperador sobre la dirección de la expedición hasta la primavera de 1099. Algunos, como Raimundo de Tolosa, mantuvieron la alianza con los griegos hasta mucho después de la caída de Jerusalén. En 1101, otros cruzados recibieron y aceptaron la hospitalidad griega en Constantinopla. No obstante, en lo más inmediato, el tono de la carta enviada a Urbano II el 11 de septiembre de 1098, escrita por los jefes a instancias de Bohemundo, era claramente hostil a Alejo y los griegos; las decisiones posteriores sobre cuestiones de estrategia, asentamiento y gobierno hicieron caso omiso de la lealtad jurada al emperador en 1097.[39]

Ello dejaba abierta la posesión de Antioquía. Con un ágil aprovechamiento de los hechos acaecidos antes y después de la toma de la ciudad, Bohemundo reveló su determinación de quedarse la ciudad para sí. El papel que había interpretado tanto en la captura como en la conservación de Antioquía le dio fuerza de entrada: ya el 14 de julio emitió un documento que garantizaba que los genoveses gozarían de privilegios en la ciudad, a cambio de sus promesas de ayuda militar.[40] Pero su gobierno halló la contestación de Raimundo de Tolosa. Aunque a veces se lo ha retratado como una persona de motivación más sublime que la de su compañero ítalo-nor-

mando, en su anhelo de conquista territorial y de liderazgo de la expedición, Raimundo exhibió una notable ambición material; y el hecho de que no lograra reunir una oposición mayor a la toma de poder de Bohemundo en Antioquía es un reflejo, sobre todo, de su aislamiento político, antes que de las carencias espirituales del otro. Bohemundo, en efecto, era carismático en lo personal y lo físico, en tanto que Raimundo no despertaba calidez ni atraía alianzas. Según se demostró en Constantinopla, el conde podía resultar exageradamente consciente de su condición social; era más anciano que la mayoría de los jefes; tuvo poca salud durante el sitio de Antioquía y, por último, lo distanciaba aún más de los otros el hecho de hablar la lengua de oc, no la de oil. Su resentimiento y sus intereses personales no hicieron correr menos riesgos a la expedición que los de sus compañeros.

La muerte del obispo Ademar contribuyó a quebrar aún más la cohesión y la dirección de la cruzada, al perderse una figura aceptada de autoridad moral y altura religiosa, capaz de situarse por encima de las divisiones regionales o partidistas; Ademar era el representante escogido por Urbano II, cuyo liderazgo en el consejo y el campamento encontró paralelo en combate en las batallas de Dorilea y Antioquía. Los jefes y sus caballeros dedicaron el verano y el otoño de 1098 a consolidar las posesiones de Siria y Cilicia o a buscar empleo con Balduino de Boulogne en Edesa. Los príncipes escribieron a Urbano II en septiembre, invitándolo a asumir el mando personal de la expedición, con evasivas y despropósitos al respecto de la invasión de Palestina. La demora resultaba desconcertante para los soldados pobres, cada vez más inquietos, pero ofrecía algunas ventajas. Continuaban las negociaciones con los fatimíes; el embajador egipcio de Antioquía regresaba a El Cairo acompañado de legados cristianos. La derrota de Kerbogha había ayudado a los fatimíes a capturar de nuevo Jerusalén, de manos de sus propios aliados, los ortoquíes, en julio de 1098, hecho que provocó una reconfiguración radicalmente nueva del mapa diplomático y político. En lugar de hacer causa común contra el intruso turco, la ambición de los occidentales amenazaba ahora la integridad de las conquistas egipcias en Palestina. Las negociaciones se prolongaron hasta mayo de 1099: los enviados cristianos llegaron a celebrar la Pascua de 1099 en el Santo Sepulcro de Jerusalén.[41] Tras la experiencia de Antio-

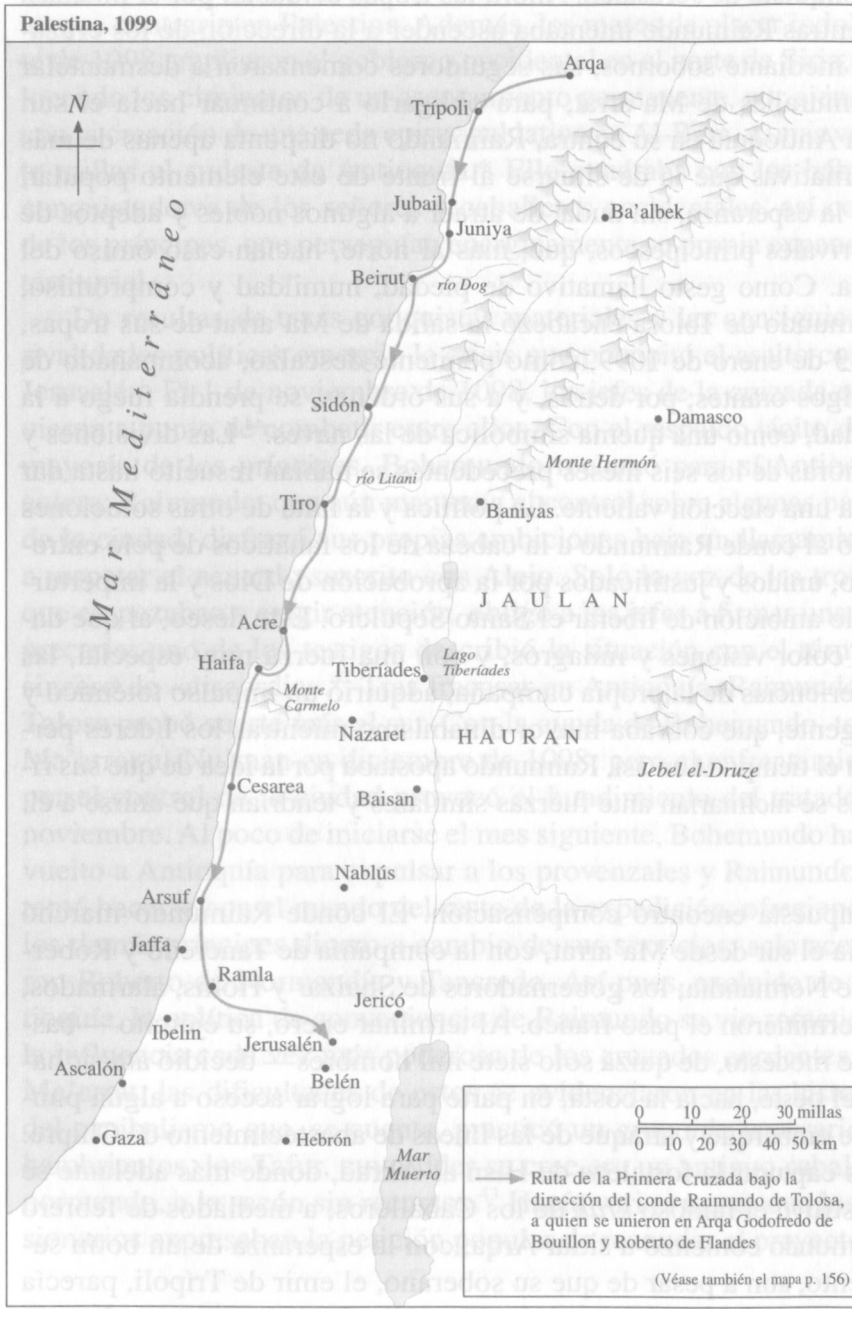
quía, lo último que deseaban los comandantes de la cruzada era un ataque contrario en Palestina. Además, los meses de placer indolente de 1098 ampliaron el gobierno occidental en el norte de Siria, colocando los cimientos de un asentamiento permanente, por ejemplo con la creación de una sede episcopal latina en Al-Bara, a unas veinte millas al sudeste de Antioquía.* Ello cuadraba con los hábitos conquistadores de los señores y caballeros occidentales, así como de los príncipes, que perseguían enérgicamente su propia expansión territorial.

De resultas de estas conquistas materiales y las consiguientes rivalidades políticas emergió la crisis que precipitó el asalto contra Jerusalén. El 1 de noviembre de 1098, los jefes de la cruzada estuvieron a punto de combatir entre ellos. Con el respaldo tácito de la mayoría de los príncipes, Bohemundo reclamó para sí Antioquía entera; Raimundo, que aún mantenía el control sobre algunas partes de la ciudad, disfrazó sus propias ambiciones bajo un llamamiento a respetar el acuerdo suscrito con Alejo. Solo la voz de las tropas, que empezaban a exigir atención, obligó a los jefes a firmar una paz precaria; uno de los testigos describió la situación con el término sincero de «discordia».[42] Tras fracasar en Antioquía, Raimundo de Tolosa probó suerte más al sur. Con la ayuda de Bohemundo, tomó Ma'arrat al-Nu'man en diciembre de 1098; pero el enfrentamiento por el control de la ciudad provocó el hundimiento del tratado de noviembre. Al poco de iniciarse el mes siguiente, Bohemundo había vuelto a Antioquía para expulsar a los provenzales y Raimundo intentó hacerse con el mando del resto de la expedición, ofreciendo a los demás príncipes dinero a cambio de sus servicios; solo aceptaron Roberto de Normandía y Tancredo. Así pues, excluido de Antioquía, la política de conveniencia de Raimundo se vio sometida a la influencia cada vez más poderosa de los cruzados corrientes. En Ma'arrat, las dificultades de estos se evidenciaron en las historias del canibalismo que, se cuenta, practicó un grupo de temerarios y hambrientos, los Tafur, cuyo líder se cree era un antiguo caballero normando, a la sazón sin recursos.[43] Hacía varios meses que los visionarios expresaban la petición popular de reanudar el proyecto de

*** Unos treinta kilómetros, aproximadamente. (*N. de los t.*)**

reconquista de Jerusalén. Ahora las tropas actuaban por sí mismas. Mientras Raimundo intentaba ascender a la dirección de los cruzados mediante sobornos, sus seguidores comenzaron a desmantelar las murallas de Ma'arrat, para obligarlo a continuar hacia el sur. Con Antioquía en su contra, Raimundo no disponía apenas de más alternativas que la de situarse al frente de este elemento popular, con la esperanza, sin duda, de atraer a algunos nobles y adeptos de los rivales principescos, que, más al norte, hacían caso omiso del tema. Como gesto llamativo de piedad, humildad y compromiso, Raimundo de Tolosa encabezó la salida de Ma'arrat de sus tropas, el 13 de enero de 1099, como penitente descalzo, acompañado de clérigos orantes; por detrás, y a sus órdenes, se prendía fuego a la ciudad, como una quema simbólica de las naves.[44] Las divisiones y demoras de los seis meses precedentes se habían resuelto hasta dar pie a una elección valiente. La política y la falta de otras soluciones situó al conde Raimundo a la cabeza de los fanáticos de pelo entrecano, unidos y justificados por la aprobación de Dios y la imperturbable ambición de liberar el Santo Sepulcro. Este deseo, al que daban color visiones y milagros, y con una fuerza muy especial, las experiencias de la propia campaña, adquirió un impulso totémico y dirigente, que cobraba mayor dinamismo mientras los líderes perdían el tiempo. Aun así, Raimundo apostaba por la idea de que sus rivales se inclinarían ante fuerzas similares y tendrían que unirse a él.

La apuesta encontró compensación. El conde Raimundo marchó hacia el sur desde Ma'arrat, con la compañía de Tancredo y Roberto de Normandía; los gobernadores de Shaizar y Homs, alarmados, le permitieron el paso franco. Al terminar enero, su ejército —bastante modesto, de quizá solo siete mil hombres— decidió atacar hacia el oeste, hacia la costa, en parte para lograr acceso a algún punto de embarque y atraque de las líneas de abastecimiento de Chipre. Tras capturar la fortaleza de Hisn al-Akrad, donde más adelante se construyó el famoso *krak* de los Caballeros, a mediados de febrero Raimundo comenzó a sitiar Arqa, con la esperanza de un botín suculento, aun a pesar de que su soberano, el emir de Trípoli, parecía dispuesto a llegar a un acuerdo. El asedio duró tres meses y durante ese plazo se vivió la confluencia final de todos los contingentes


Palestina, 1099
N
Arqa
Trípoli
Jubail
Ba'albek
Juniya
Beirut
río Dog
Mar Mediterráneo
Sidón
Damasco
Monte Hermón
río Litani
Tiro
Baniyas
JAULAN
Acre
Haifa
Lago Tiberíades
Tiberíades
Monte Carmelo
Nazaret
HAURAN
Jebel el-Druze
Cesarea
Baisan
Nablús
Arsuf
Jaffa
Ramla
Jericó
Ibelin
Jerusalén
Ascalón
Belén
Gaza
Hebrón
Mar Muerto
0 10 20 30 millas
0 10 20 30 40 50 km
Ruta de la Primera Cruzada bajo la dirección del conde Raimundo de Tolosa, a quien se unieron en Arqa Godofredo de Bouillon y Roberto de Flandes
(Véase también el mapa p. 156)

dispersos de la expedición. A finales de febrero, Bohemundo, Roberto de Flandes y Godofredo de Bouillon se habían congregado en Latakia (en la costa, al sur de Antioquía, a unas veinticinco millas de distancia)* para observar cómo se desarrollaban los acontecimientos más al sur. Bohemundo dejó allí a sus compañeros y regresó a Antioquía para asegurar el control de la ciudad. El conde Roberto y el duque Godofredo probaron a bajar por la costa, para sitiar Jubail (2-11 de marzo),** antes de que las deserciones del propio bando y los rumores (falsos) de la aproximación de una fuerza de socorro dispuesta a luchar con los provenzales los convencieran de unirse al conde Raimundo en Arqa, donde llegaron hacia el 14 de marzo.

La reunificación de los ejércitos de combate prendió de nuevo la mecha de las rivalidades y los enfrentamientos. Tancredo de Lecce armó un revuelo al dejar de servir a Raimundo y unirse al grupo del duque Godofredo, que ahora emergía como una fuerza política independiente y poderosa. El conde Raimundo, que unas pocas semanas atrás era visto como paladín del soldado corriente, aparecía ahora como un jefe terco, que insistía en prolongar un asedio sin relevancia estratégica, en lugar de continuar con la marcha hacia el sur. Su pérdida del respaldo popular se reflejó, a principios de abril, en el juicio y la muerte de Pedro Bartolomé, quien ahora era visto como un instrumento del conde, no como la voz inspirada del pueblo. Una nueva serie de visiones acudió en apoyo de un ataque inmediato contra Jerusalén y Godofredo de Bouillon se puso al frente de la agitación popular. En lo que respecta a la diplomacia, los acontecimientos clarificaron las opciones de los cruzados. Una embajada griega, a principios de abril, dio origen a una lucha de varias semanas sobre si debía demorarse el asalto de Palestina para aguardar al emperador, que había prometido acudir. El 13 de mayo, Godofredo descompuso el sitio de Arqa y se desplazó hacia Trípoli, acompañado de muchos provenzales, lo que puso fin a la ficción persistente de una alianza bizantina. En ese momento, los embajadores de Egipto regresaron con una propuesta de Al-Afdal: acceso limitado a Jerusalén de los cristianos sin armas. Pero aunque los oc-

*** Unos cuarenta kilómetros.** ***(N. de los t.)***

**** La antigua Biblos.** ***(N. de los t.)***

cidentales podían haber admitido dividir Palestina mientras se les otorgara el control de la Ciudad Santa, esta oferta resultaba inaceptable.[45] Los proyectos iniciales de liberar a los cristianos del lugar habían contado desde hacía mucho tiempo con el objetivo paralelo de la toma de control, mediante una conquista militar, si era preciso. Más adelante se afirmó que Urbano II había expuesto esta meta en Clermont. La realidad político-social de Palestina y Siria había puesto de relieve que, en el caso de que se quebrara la alianza bizantina, no existía ninguna clase dirigente de cristianos fraternales entre sí, ni en la iglesia ni en el Estado, a la cual pudieran confiarse los Santos Lugares. Fue un cambio sutil, pero profundo: se pasó de una guerra de liberación a una de ocupación, modificación extraordinaria de los proyectos de Urbano II, forjada por la experiencia misma de la campaña.

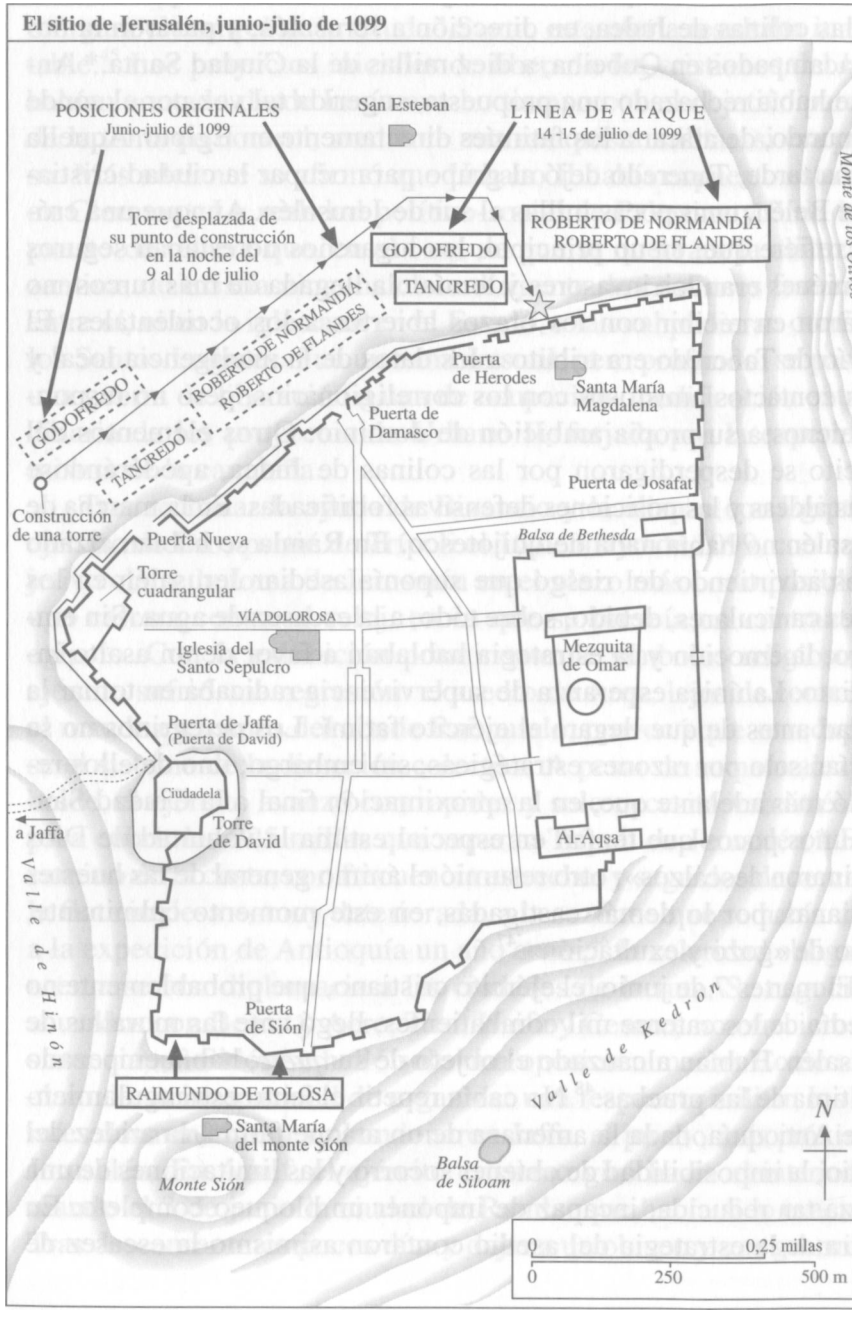
Tras rechazar la ayuda de Bizancio y la alianza con Egipto, el ejército de Dios partió de Trípoli el 16 de mayo de 1099, con un objetivo claro: la toma de Jerusalén en el plazo más corto posible, en una carrera contra el reloj, en la que se preveía un contraataque egipcio. Con la exhibición prominente de símbolos religiosos, el ejército sufrió una regresión: el asedio de Arqa, lejos de consolidar el mando en manos del conde Raimundo, provocó que se recuperase el sistema de la dirección colectiva. A pesar de su naturaleza rebelde, el ejército avanzó con rapidez y solo necesitó veintitrés días para cubrir las 225 millas que separan Trípoli de Jerusalén.* En el camino de la costa, con frecuencia estrecho, y seguidos de cerca por la flota inglesa —muy deteriorada, a la sazón— que se había unido a la expedición de Antioquía un año antes,[46] la celeridad obligaba a acercarse con diplomacia a las ciudades de la ruta. Se negociaron acuerdos con Beirut y Acre; Tiro, Haifa y Cesárea no ofrecieron resistencia; en Sidón se halló solo una oposición menor. Como signo claro de su incapacidad de organizar una respuesta militar, los fatimíes desmantelaron y abandonaron Jaffa, el puerto más próximo a Jerusalén. En Arsuf, el ejército cristiano giró hacia el interior, tomando el 3 de junio la ciudad de Ramla, que había sido evacuada. Tras descansar unos pocos días y dejar a un obispo y una guarnición

*** Unos trescientos sesenta kilómetros.** ***(N. de los t.)***

en la vecina Lod (o Lydda), el 6 de junio, los cristianos ascendieron por las colinas de Judea, en dirección a Jerusalén, y pasaron la noche acampados en Qubeiba, a diez millas de la Ciudad Santa.* Antes se había rechazado una propuesta, sugerida tal vez por el conde Raimundo, de atacar a los fatimíes directamente en Egipto. Aquella misma tarde, Tancredo dejó al grupo para ocupar la ciudad cristiana de Belén, unas pocas millas al sur de Jerusalén. Aunque una crónica refiere que, en un principio, los lugareños no estaban seguros de quiénes eran los invasores y temían la llegada de más turcos, no tardaron en recibir con los brazos abiertos a los occidentales. El desvío de Tancredo era tributo a los datos de la inteligencia local y a los contactos amistosos con los correligionarios, pero no respondía menos a su propia ambición de dominio. Otros elementos del ejército se desperdigaron por las colinas de Judea, apoderándose de las aldeas y las posiciones defensivas fortificadas. En la marcha de Jerusalén no había nada de quijotesco. En Ramla se habían alzado voces advirtiendo del riesgo que suponía asediar Jerusalén en los meses caniculares, debido, sobre todo, a la escasez de agua. Sin embargo, la emoción y la estrategia hablaban a favor de un asalto inmediato. La única esperanza de supervivencia radicaba en tomar la ciudad antes de que llegara el ejército fatimí. Los peregrinos no se movían solo por razones estratégicas, sin embargo; uno de ellos recordó más adelante que, en la aproximación final a la Ciudad Santa, «unos pocos que tenían en especial estima la voluntad de Dios caminaron descalzos»; otro resumió el ánimo general de las huestes cristianas, por lo demás castigadas, en este momento culminante, como de «gozo y exultación».[47]

El martes 7 de junio, el ejército cristiano, que probablemente no excedía de los catorce mil combatientes, llegó ante las murallas de Jerusalén. Habían alcanzado el objeto de su *quéte*\ había empezado la última de las pruebas.[48] No cabía repetir el lento estrangulamiento de Antioquía, dada la amenaza de un ataque fatimí, la aridez del medio, la imposibilidad de obtener socorro y las limitaciones de una fuerza tan reducida, incapaz de imponer un bloqueo completo. En contra de la estrategia del asedio contaron asimismo la escasez de

*** Unos dieciséis kilómetros. (*N. de los t.)***


El sitio de Jerusalén, junio-julio de 1099
POSICIONES ORIGINALES
Junio-julio de 1099
San Esteban
LÍNEA DE ATAQUE
14 -15 de julio de 1099
Monte de los Olivos
Torre desplazada de su punto de construcción en la noche del 9 al 10 de julio
GODOFREDO
TANCREDO
ROBERTO DE NORMANDÍA
ROBERTO DE FLANDES
ROBERTO DE NORMANDÍA
ROBERTO DE FLANDES
GODOFREDO
TANCREDO
Puerta de Herodes
Santa María Magdalena
Puerta de Damasco
Puerta de Josafat
Construcción de una torre
Puerta Nueva
Balsa de Bethesda
Torre cuadrangular
VÍA DOLOROSA
Iglesia del Santo Sepulcro
Mezquita de Omar
Puerta de Jaffa
(Puerta de David)
Ciudadela
Torre de David
a Jaffa
Al-Aqsa
Valle de Hinón
Puerta de Sión
Valle de Kedrón
RAIMUNDO DE TOLOSA
Santa María del monte Sión
Monte Sión
Balsa de Siloam
N
0
0,25 millas
0
250
500 m

agua, lo que habría requerido de planes complejos de transporte hídrico en distancias largas; la enfermedad de al menos uno de los jefes, Tancredo, que sufrió disentería; la carencia de la madera suficiente para construir escaleras, máquinas y torres de asalto; y una dirección que continuaba dividida. Mientras Godofredo, Tancredo (su nuevo aliado) y también los duques de Normandía y Flandes mantenían campamentos separados frente a las murallas septentrionales, Raimundo de Tolosa se estableció al principio frente a la ciudadela y las murallas occidentales, antes de pasar, al cabo de unos pocos días, a bloquear la Puerta de Sión, por el sur, se diría que lo más lejos posible de las tropas del norte. Así pues, salvo en algunos momentos de ritual comunitario o de planificación del último asalto, las dos secciones del ejército cristiano funcionaban por separado. Un primer ataque, el asalto frustrado del 13 de junio, excluyó a los provenzales. Tras la llegada de marineros genoveses, que hicieron escala en Jaffa el 17 de junio con una carga importante de madera y varios ingenieros capacitados, fue posible construir torres de asalto, pero cada contingente hizo sus planes propios. Raimundo pagó a los artesanos de su bolsillo y empleó al genovés Guillermo Ricau como maestro de obras; por su parte, los del norte actuaron concertadamente, pagaron a los trabajadores con un fondo común, como en Antioquía, y escogieron como supervisor de la construcción a Gastón de Beam, que venía de la zona pirenaica. En los primeros días de julio hubo enfrentamientos acalorados entre los jefes, en parte porque Tancredo había aprovechado una oportunidad para reclamar el dominio de Belén, y en parte al respecto del futuro control de Jerusalén. Tancredo y Raimundo no se reconciliaron formalmente hasta una semana antes de iniciarse el asalto final. Es probable que la acritud se exacerbara por la deserción de varios provenzales destacados, que se unieron al grupo de Godofredo antes del asedio o durante su transcurso. En estas circunstancias, la victoria fue poco menos que milagrosa.

Por detrás del formidable obstáculo de las dobles murallas, el foso y la propia geografía del lugar, la guarnición que se enfrentó a los occidentales, dirigida por el gobernador fatimí Iftijar al-Daula, era poco numerosa y de una pasividad insólita. Constaba de tropas profesionales de Egipto y de milicianos locales e incluía soldados de la comunidad judía. Llama la atención el hecho de que no lanzó

salidas de prevención ni amenazó apenas la construcción de las máquinas de guerra, en las fases posteriores del asedio. Parece ser que su táctica se reducía a esperar ayuda, con un plan apoyado por las promesas de Al-Afdal, quien alcanzó la ciudad por la ruta del este, libre de vigilancia. En su conjunto, la perspectiva de que pudiera llegar una fuerza de socorro obligó a unos a atacar y llevó a otros a la inacción.

Para sacar partido del impulso de entusiasmo que originó el hecho de haber alcanzado al fin Jerusalén, el 13 de junio —y, según se dijo, a instancias de un ermitaño que vivía en el Monte de los Olivos—, los jefes del bando norte lanzaron un ataque de exploración entre la Torre Cuadrangular (en el extremo noroccidental de la ciudad) y la Torre de Damasco. Como emplearon una única escala, aun a pesar de haber franqueado la muralla exterior, no fue posible emprender un ataque concertado contra el sector interior de la muralla; el primer hombre que ascendió a la zona, Raimboldo Croton, de Chartres, dejó la mano en el intento. Las pérdidas fueron graves y, aunque se dañaron los muros exteriores, la defensa aguantó. Este fracaso convenció a los jefes, que se reunieron al cabo de dos días, de que el siguiente asalto requería no solo una organización más cuidadosa, sino también la participación de todos los contingentes. En las semanas inmediatamente posteriores, se barrió la región en busca de suministros. Los genoveses utilizaron sus propios barcos como fuente de la imprescindible y vital madera, fueron escoltados a la zona de sitio y los ingenieros se pusieron manos a la obra. Cuando los preparativos materiales estaban a punto de llegar a buen término, el 6 de julio, se acordó realizar una solemne procesión religiosa en tomo de las murallas de la ciudad, imitando así el comportamiento de Josué en Jericó. La planificación y la ejecución de este ritual, destinado a elevar el ánimo de la expedición, compendia toda la historia espiritual de la empresa. La inspiración, según recordaban algunos, procedía de una visión que tuvo Pedro Desiderio; la decisión de llevar a cabo la procesión se tomó en una asamblea convocada por Guillermo Hugo de Monteil, hermano de Ademar de Le Puy. Tras ayunar durante tres días, el 8 de julio, todo el ejército —encabezado por los clérigos, que portaban la cada vez más numerosa colección de reliquias— paseó descalzo alrededor de las murallas de Jerusalén, haciendo caso omiso de las burlas de la

población local. Al completarse el recorrido, la hueste recibió una arenga en el Monte de los Olivos. Hablaron Raimundo de Aguilers, por los provenzales; Amulfo de Chocques, el locuaz capellán del duque de Normandía; y Pedro el Ermitaño, ahora bajo el mecenazgo de Godofredo de Bouillon y los loreneses. El conde Raimundo y Tancredo se reconciliaron públicamente.[49] Así pues, los hilos político y religioso de la expedición se cosieron en estrecha armonía, en una manifestación pública que reconocía la diversidad regional de la empresa, al tiempo que hacía hincapié en su identidad única, la experiencia compartida y el objetivo común. Al igual que en Antioquía, se esperaba que este nuevo compromiso encendiera el deseo de lucha y la disponibilidad a arriesgarlo todo en una sola ocasión. Al campamento cristiano habían llegado noticias de que había partido de Egipto un gran ejército de socorro de Al-Afdal. El destino llamaba a la puerta: ahora o nunca.

El asalto final de Jerusalén comenzó el 13 de julio, de forma desesperada. Se lanzaron ataques en dos frentes: por un lado los provenzales, en el estrecho paño de muralla que se alzaba junto a la Puerta de Sión, en el sur; y por el otro el bando del norte: Godofredo, Roberto de Normandía, Roberto de Flandes y Tancredo, que el 10 de julio se habían desplazado con el ariete y la torre de asalto hasta el extremo nororiental de las murallas. Los provenzales tuvieron poco éxito, a diferencia de los septentrionales, que fueron erosionando lentamente las defensas, con una táctica centrada en el empeño de acercar la torre de asalto a la muralla interior, lo más posible, de modo que los soldados pudieran acceder al interior de la fortificación mediante planchas y escaleras. Mientras otros contingentes arrojaban con furia una lluvia de dardos y saetas, los loreneses, dirigidos por el duque Godofredo, estaban al cargo de la torre. La resistencia fue feroz, en todas partes, y muy especialmente en el sur, en las inmediaciones del centro de poder que representaba la ciudadela; en uno y otro sector, los defensores utilizaron catapultas. Las bajas fueron elevadas; quizá ascendieran a la cuarta o la quinta parte de las tropas, en el caso de los ejércitos occidentales. Se mantenía contacto entre los dos grupos de asalto cristiano mediante emisores de señales apostados en el Monte de los Olivos, que empleaban reflectores. En el mediodía del viernes 15 de julio, los provenzales, desanimados, cobraron nuevo coraje para reemprender el

asalto, al tiempo que la torre de asalto del norte se pudo colocar al fin, después de un esfuerzo penoso, junto a la muralla interior, a la que superaba en altura. Alberto de Aquisgrán afirma que se colocó una cruz de oro en la plataforma superior de la torre, desde donde el duque Godofredo en persona disparaba su ballesta contra la ciudad.[30] Cuando la torre se dispuso justo al lado de la muralla interior, los hermanos Ludolfo y Enguelberto de Tournai arrojaron planchas desde la penúltima plataforma, por las cuales pudieron salvar el abismo y entrar en la ciudad, seguidos al cabo de poco por Godofredo, Tancredo y los loreneses. Los defensores huyeron al Haram al-Sharif (el monte del Templo), pero fueron cazados por Tancredo antes de que lograran cerrar el recinto con seguridad. La intensidad de la masacre que siguió impresionó incluso a los veteranos curtidos en la campaña, quienes describieron la zona como cubierta por «ríos de sangre» que subían hasta los tobillos de los asaltantes. Raimundo de Aguilers recurrió al léxico del Apocalipsis a la hora de describir a los caballeros que atacaron la mezquita de Al-Aqsa, con sus monturas hundidas en sangre hasta las corvas.[51] Los supervivientes se refugiaron en el interior de la mezquita y buena parte de ellos se escondieron en el techo, mientras Tancredo saqueaba la vecina Cúpula de la Roca, antes de pedir que se detuviera la masacre y ofrecer su protección a los resguardados en el interior de la mezquita de Al-Aqsa, presumiblemente, con miras a su eventual rescate. Entre tanto, la noticia de la irrupción de los cristianos en la ciudad llegó a los defensores del sur, que buscaron protegerse en la Ciudadela, perseguidos por el conde Raimundo. Sin perder un minuto, Iftijar al-Daula negoció un acuerdo que permitiera a la guarnición trasladarse sana y salva a Ascalón, a cambio de la entrega de la ciudadela; aunque por algunos se pagaron rescates, fueron de escasa cuantía.[52]

La masacre de Jerusalén no perdonó apenas a nadie. Se quemó a los judíos en el interior de la sinagoga. Los musulmanes fueron despedazados, decapitados o torturados morosamente con fuego, de manera indiscriminada, según confirman las propias fuentes cristianas. Tal fue la escala y el horror de la carnicería, que un testigo judío se consoló afirmando que, al menos, los cristianos no violaban a sus víctimas antes de matarlas, a diferencia de los musulmanes.[53] La ciudad sufrió además un pillaje exhaustivo: oro, plata, caballos,

alimentos, el contenido doméstico de las casas... todo ello fue saqueado con, por lo menos, la minuciosidad característica en general de los pillajes medievales. Solo el provecho rivalizaba con la destrucción: algunos libros sagrados de los judíos fueron entregados posteriormente, a cambio de un rescate, a la comunidad superviviente en el exilio. Por el contrario, la violencia se sobrepuso al beneficio económico el 16 de julio, cuando los reclusos de Tancredo en la mezquita de Al-Aqsa fueron asesinados a sangre fría, probablemente a manos de soldados provenzales, que se habían perdido la acción del día anterior. Las estrechas callejuelas de la ciudad quedaron obstruidas por los cadáveres y los miembros descuartizados, incluidos los de algunos cruzados caídos en el empeño ciego de perseguir y masacrar a cualquier posible defensor de la ciudad. Los despojos de la carnicería representaron muy pronto un problema para los conquistadores; el 18 de julio se obligó a buena parte de los supervivientes musulmanes a limpiar las calles y transportar los cuerpos fuera de las murallas, donde se los quemó en grandes piras junto a las cuales se daba muerte a los mismos portadores, como escalofriante resonancia de futuras prácticas genocidas.

Durante los ciento cincuenta años posteriores, entre los intelectuales, líderes religiosos y políticos de la comunidad musulmana, fue la segunda matanza, realizada a sangre fría, más aún que la sufrida durante el caos inicial, la que despertó la conmoción retrospectiva y la sensación de ultraje intolerable. Murieron varios miles de personas, entre hombres, mujeres y niños; aunque sin duda fueron menos de los setenta mil que denunciaban, exaltados, los cronistas árabes de principios del siglo XIII. Fueron pocos los musulmanes y judíos jerosolimitanos que lograron conservar la vida, ya fuera porque encontraron una vía de escape —algunos, cargados con sus posesiones y libros sagrados, como el Corán del califa 'Utmán, que fue trasladado a Damasco, o los rollos de la Tora que se condujeron a Ascalón—, o porque se satisfizo un rescate, tras un proceso que podría durar varios meses y que daría a entender que la matanza acometida por los cruzados no fue absolutamente indiscriminada.[54] En cualquier caso, las carnicerías no eran exclusiva de los cristianos occidentales. Las recientes conquistas turcas en Oriente Medio se acompañaron de masacres a gran escala o la sumisión de poblaciones enteras a la esclavitud. Y cuando les conv^

nía, los conquistadores musulmanes podían ser tan bestiales como los cristianos más implacables, como demostró Zengi en Edesa, en 1144, o Saladino, cuando eliminó a la oposición egipcia en la década de 1170 o en la matanza de los caballeros de las órdenes militares tras la batalla de Hattin, en 1187. La reacción de los coetáneos musulmanes es muy apagada, cuando se la compara con las polémicas posteriores. Es sabido que la matanza y las atrocidades eran —y siguen siendo— un elemento ineludible de toda guerra. Ante la eventualidad de un contraataque musulmán, la alternativa de preservar la vida de los lugareños no habría sido considerada prudente por los vencedores cristianos, por espantosa que fuera la otra solución de la disyuntiva.

Las escenas de muerte y saqueo en las calles de Jerusalén adquieren una notoriedad especial por la yuxtaposición de violencia extrema y fe angustiada. Algunos de los asesinos creyeron haber visto a Ademar de Le Puy animándolos a proseguir. En la tarde del 15 de julio de 1099, con el estruendo de la masacre todavía estridente en los ecos de la ciudad, en el medio del barrio cristiano (casi vacío, por una orden reciente del gobernador musulmán de Jerusalén), los conquistadores fueron a rezar a la iglesia del Santo Sepulcro, objeto de todos sus esfuerzos. En las palabras de un veterano:

> Nuestros hombres corrieron por toda la ciudad, apoderándose del oro y la plata, los caballos y las mulas, y entrando en casas llenas de toda especie de bienes; y todos regresaron regocijados, hasta el extremo de llorar por su exceso de alegría, rindieron culto ante el Sepulcro de nuestro Salvador, Jesucristo, y allí cumplieron sus votos.

Otro testimonio, cuyo lenguaje trae recuerdos de la Biblia y la liturgia, se centra en las emociones contradictorias de quienes, tras haber dedicado tres años de su vida a un empeño casi agotador, a una lucha y una inquietud casi inimaginables, se hallaban al final del viaje:

> Jerusalén estaba entonces cubierta de cuerpos y manchada de sangre ... Con la caída de la ciudad, henchía de gozo contemplar la devoción de los peregrinos ante el Santo Sepulcro, los aplausos, el regocijo y el canto de nuevos cánticos al Señor. Sus almas ofrecían al Dios victorioso y triunfante oraciones de alabanza que no eran capaces de expresar con palabras.[55]

La toma de Jerusalén, aunque fue un acontecimiento señero, no puso fin a la expedición, a sus divisiones internas ni a su vulnerabilidad militar. El establecimiento de las autoridades laica y eclesiástica en la ciudad y sus alrededores resucitó las hostilidades larvadas entre los diversos príncipes de la cruzada. El 22 de junio, Raimundo de Tolosa volvió a sucumbir ante la maniobra conjunta de los demás jefes. En apariencia rechazó una oferta de vestirse la corona de Jerusalén, quizá por sugerencia clerical; pero entonces tuvo que ver cómo el principal de sus rivales, Godofredo de Bouillon, el único que, aparte de él mismo, deseaba permanecer en Oriente, era elegido soberano secular de la ciudad, con el título de *advocatus* (lo cual implicaba a su vez autoridad eclesiástica). Como en Antioquía, luego se obligó a Raimundo a ceder el control de la mayor fortaleza de Jerusalén, la ciudadela. Estuvo a punto de abandonar la expedición; optó por pasar la amargura realizando un viaje al valle del Jordán y solo con reticencias se incorporó al ejército que rechazaría a los egipcios. El 1 de agosto, la posición de Raimundo recibió otro duro golpe, cuando el normando Amulfo de Chocques, instigador del juicio contra Pedro Bartolomé, fue elegido patriarca de Jerusalén, después de que el patriarca anterior, Simeón, que se había unido al ejército cristiano en Antioquía, falleciera en Chipre unos días antes. Con la elección de Amulfo, todos los puestos de mayor responsabilidad de Jerusalén habían sido confiados a manos lorenesas y normandas. Además, en este momento, varios de los adeptos del conde Raimundo habían mudado de lealtad en beneficio de otros jefes. Arnulfo aseguró su control de la iglesia del Santo Sepulcro al establecer cánones latinos; y lo que era más significativo, desenterró un fragmento de la Vera Cruz, posiblemente tras convencer (u obligar) a algunos cristianos solimitanos, que le indicarían dónde buscar. Esta historia de ocultación y descubrimiento, con sus ecos de la historia de la Lanza Santa, podría haberse puesto en circulación para dotar de un origen respetable a una reliquia cuyo hallazgo resultaba sin duda oportuno, idóneo y simbólico. El descubrimiento de la reliquia solimitana de la Vera Cruz dotó, en efecto, de simbolismo material a la finalización del viaje de los portadores de la cruz. Desempeñaría una función crucial en las ceremonias religiosas, las exhibiciones militares y la iconografía política del nuevo reino cristiano de Jerusalén.[56]

En los primeros días de agosto llegó a Ascalón un ejército egipcio numeroso, de quizá unos veinte mil hombres, dirigido en persona por el visir Al-Afdal; esta cuestión alteró más sustancialmente la lucha interna de los cristianos por el control de Jerusalén. Para los occidentales, derrotar a Al-Afdal era imprescindible, si querían asegurar la captura de la ciudad; no había forma de eludir la batalla. El 10 de agosto se dejó en Jerusalén una guarnición testimonial y se encargó a Pedro el Ermitaño que dirigiera las oraciones de intercesión por el éxito cristiano. Los cruzados se habían reunido en Ramla, con un ejército que ascendería tal vez a los diez mil hombres, y al día siguiente avanzaron hacia Ascalón, en la costa, a unas veinticinco millas de distancia.* En la mañana siguiente, el 12 de agosto, atraparon a los egipcios por sorpresa, acampados frente a la muralla septentrional de la ciudad. Tras repeler una poderosa ofensiva de la infantería, los caballeros occidentales lanzaron una carga conjunta de la caballería, que hizo huir a los enemigos y permitió tomar su campamento, junto con un botín cuantioso. De nuevo, habían sido la flexibilidad, la coordinación, la velocidad, el arrojo y la sorpresa los factores que permitieron a los occidentales superar a un ejército que probablemente doblaba sus números. Solo la incesante pelea entre Godofredo y Raimundo impidió la rendición de la propia ciudad de Ramla, desmoralizada, que permaneció en manos musulmanas durante los cincuenta y cuatro años siguientes, como problemática presencia egipcia en el reino construido por Godofredo y sus sucesores.

La batalla de Ascalón representa la culminación de la campaña iniciada en Constantinopla en la primavera de 1097. Jerusalén había sido tomada y su control, asegurado; los veteranos se podían marchar. Las riñas continuaron hasta el final, sin embargo. A mediados de agosto, Godofredo obligó a Raimundo a abandonar el proyecto de conquistar la ciudad costera de Arsuf. Tras una última reconciliación con Godofredo, Raimundo y los demás líderes, Roberto de Normandía y Roberto de Flandes, junto con la mayoría de los cruzados supervivientes, partieron hacia el norte. En Latakia —donde encontraron a Bohemundo y a Daimberto de Pisa, el legado papal,

*** Unos cuarenta kilómetros.** ***(N. de los t.)***

recién llegado, con una flota poderosa que pretendía expulsar a la guarnición bizantina— convencieron a los asaltantes de la conveniencia de retirarse. Daimberto se preparó para seguir hacia el sur, a Jerusalén, donde impondría su autoridad sobre la iglesia y el Estado. Bohemundo se retiró a Antioquía. Raimundo asumió el mando de la ciudadela de Latakia, tras acordarlo así con los griegos, quienes, en contra de la reputación de hostilidad y falsedad que pronto se haría popular en la Europa occidental, ayudaron a conseguir las embarcaciones precisas para que los cruzados regresaran a sus hogares. A finales de agosto, los supervivientes —incluidos el duque de Normandía y el conde de Flandes, cientos de otros señores y caballeros y miles de soldados y peregrinos humildes— se embarcaron por fin hacia el oeste, para reanudar allí las vidas que habían interrumpido de un modo tan espectacular.

El éxito de los ejércitos convocados por Urbano II —cuya muerte, acaecida el 29 de julio de 1099, le privó de recibir la noticia de la victoria— no fue ni inevitable, ni increíble. En 1101, varios ejércitos occidentales poderosos no cosecharon sino una sucesión de fracasos en Asia Menor, lo que pone de manifiesto la importancia de las tácticas de combate, de contar con una buena dirección y también de la fortuna. Tras rozar el desastre en julio de 1097, la expedición cruzada había actuado con una cohesión, un coraje y una pericia cada vez más elevados. En junio de 1098, estas tropas, ya curtidas, representaban un enemigo temible para los ejércitos coaligados de sus oponentes. La identidad común quedó reforzada por la transferencia regular de lealtades dentro de los contingentes, como ocurrió cuando Tancredo abandonó a Bohemundo y luego juró fidelidad consecutivamente a Raimundo y Godofredo; o el caso de Roberto de Normandía, que aceptó someterse a la dirección de Raimundo en enero de 1099. Estas estructuras de lealtad, permeables, caracterizaron junto con la afinidad al conjunto de la expedición del invierno de 1097-1098. El cronista Fulquer de Chartres se incorporó al séquito de Balduino de Boulogne en Cilicia y Edesa, ocho meses antes de que desertara su anterior señor, Esteban de Blois. Tras haber partido en 1096 como comandante del ejército lorenés, Godofredo tomó el control del gobierno de Jerusalén en 1099; para en-

tonces, había atraído adeptos de todo el norte de Francia. Ello era fruto de varios elementos: su riqueza; su predisposición a aceptar el apoyo de señores y caballeros que no pertenecían a su séquito original; las muertes de otros señores; y el índice de bajas entre sus propios vasallos y aliados regionales.[57] El desgaste y la búsqueda de mecenas actuaron como fuerzas centrípetas de gran intensidad.

En su determinación de lograr la victoria y hacerse con el subsiguiente botín, los miembros de la Primera Cruzada se asemejan a los ejércitos vikingos de los siglos ix a xi. El hecho de que se actuara siempre en territorio hostil y se necesitara imperiosamente el triunfo, para la propia supervivencia, estableció el necesario *esprit de corps*; y en el proceso se creó una microcultura de militancia, comunidad y objetivo compartido, que halló expresión tanto en la violencia extrema como en el impulso de beneficio material o conquistas diplomáticas. Al igual que con los carolingios, el ejército cristiano proporcionó el contexto institucional para un intercambio social, político, material y religioso. En lo militar y en lo político, la Primera Cruzada fue ejemplo de un rasgo constante de la guerra medieval: la eficacia de los ejércitos, no necesariamente con una superioridad numérica manifiesta, que controlaban frentes de guerra alejados de sus países de origen. Se trata de una característica habitual en los mundos islámico y bizantino, que se vieron sometidos a incursiones regulares de los habitantes de las estepas euroasiáticas y, a su vez, dependían de las bandas de mercenarios extranjeros; pero en la Europa occidental se dieron pocos ejemplos análogos, como el de la Compañía Catalana de principios del siglo xiv, que por encargo del renqueante imperio griego aterrorizó el Asia Menor y luego ocupó y sojuzgó varias zonas de la propia Grecia.[58] Pero la Compañía no alcanzó, ni remotamente, las proporciones de la Primera Cruzada. La naturaleza de la guerra medieval posibilitaba esta clase de campañas porque los ejércitos, donde fuera que se encontrasen, se procuraban la autosuficiencia en materia de alimentos, pertrechos y caballos, a diferencia de las guerras modernas, en las que los ejércitos necesitan a sus bases nacionales.

El hecho de que la Primera Cruzada fuera capaz de obtener tales resultados fue reflejo del contexto de sus operaciones. La expedición formaba parte de un proceso ya existente con anterioridad, de apertura del Mediterráneo oriental a los aventureros, mercaderes,

peregrinos y mercenarios de Occidente. En sus inicios y su expansión posterior, los bizantinos desempeñaron una función capital, creándose así una deuda que pronto devino incómoda para los comentaristas y políticos que preferían un modelo de enfrentamiento y el mito de una victoria autónoma. El caos político del Oriente Medio impidió la unidad de los enemigos y concedió a los cruzados oportunidades de negociar diplomáticamente y establecer alianzas. Los jefes de la fuerza occidental se adaptaron rápidamente no solo a las posibilidades diplomáticas, sino también a las tácticas militares de sus enemigos, que en principio les resultaban extrañas.[5y] Así, aunque es probable que los occidentales estuvieran al cabo de las técnicas de asedio, en sus países había muy pocas batallas campales y muchas menos masacres posteriores a los conflictos. En el oeste de Eurasia, los elementos centrales de una guerra eran la caballería y la infantería, incluido el uso de arqueros, y el enfrentamiento se desarrollaba entre cargas y escaramuzas. Pero en Oriente Medio, además de la caballería pesada, la fuerza del combate radicaba en la caballería ligera (con frecuencia, provista de arcos) y en lugar de cargas masivas se usaban tácticas más rápidas y fluidas, como la del amago y la emboscada; ya en los inicios de 1098, los cruzados habían aprendido a contrarrestarlas. La marcha de combate, desconocida en Occidente, era una de las formas básicas de la guerra oriental, pero los occidentales supieron perfeccionarla: así, la marcha de Ramla a Ascalón, entre el 10 y el 12 de agosto de 1099, fue un ejemplo de manual.

Sin embargo, los pilares de la victoria, políticos, materiales y militares, no son suficientes por sí mismos para describir razonablemente la estructura de la Primera Cruzada ni explicar su triunfo. Aunque no sería justo creer que todos los reclutas y seguidores de la cruzada compartían una intensidad similar de motivación y celo religiosos, sin este elemento de ideología y euforia espirituales no habría existido la marcha de Jerusalén ni, menos aún, se habría conquistado la ciudad. Si bien en el invierno de 1097-1098 la expedición se asemejaba sobre todo a una fuerza típica de mercenarios bizantinos, fue emergiendo hacia la superficie una dirección espiritual, con visiones, reliquias, ceremonias litúrgicas y el acto dramático de la penitencia comunitaria, todo lo cual dio cohesión al ejército. Existen contradicciones en todo ello. En el análisis a pos-

teriori de los veteranos, el asedio de Antioquía parece haber resultado crucial para el proceso. Ello no obstante, en aquel momento la masa de peregrinos desarmados y de seguidores del campamento se había reducido a un mero resto, pues los que permanecían se habían ido integrando cada vez más en la función militar de la expedición. En Antioquía, además, el único líder religioso reconocido como tal, Ademar de Le Puy, falleció y su lugar no fue ocupado por nadie; de la respuesta de los jefes cabe afirmar casi cualquier cosa, salvo que naciera de una inspiración espiritual. Sin embargo, la ruptura de la dirección tras el triunfo de Antioquía, que hizo renacer la eventualidad de la aniquilación, creó un vacío de propósito que fue colmado por la exhortación y el simbolismo religiosos, a través de elementos populares que cada vez se organizaban más y tomaban más la palabra para expresar sus deseos. El lenguaje de los participantes, como mínimo a partir de los primeros días del verano de 1097, expresa diversas creencias, aspiraciones y posturas bien arraigadas, anteriores a las crisis de Antioquía y Jerusalén.

Cuando en junio de 1097 Esteban de Blois escribió sobre el «bendito viaje» de «el ejército de Dios», hacía más que vocear como un loro el tópico y las consignas de los sacerdotes y predicadores. Expresaba la convicción de que la empresa era especialmente santa y respondía tan solo a los designios de Dios. En marzo de 1098, Esteban se refería a los muertos como mártires, usando un tema cada vez más frecuente en las narraciones de los últimos estadios de la cruzada: el lenguaje, las imágenes y los ejemplos de la ayuda celestial tiñen las cartas enviadas a casa tanto por los clérigos como por los laicos. En dos misivas preservadas del arzobispo de Reims, fechadas en noviembre de 1097 y julio de 1098, Anselmo de Ribemont, que moriría en febrero de 1099, en el sitio de Arqa —y de quien se dijo que había experimentado en persona visiones celestiales— hacía hincapié en la condición singular del ejército y llamaba a la iglesia de Occidente a rezar por el bien de las huestes cristianas; en su consciencia, sentía que estaba luchando por el conjunto de la Cristiandad y que, por alejados que estuvieran materialmente de la iglesia de Occidente, estaban unidos a ella de forma espiritual.[60] La consideración de un único propósito, de carácter providencial, distingue a esta guerra santa de otros conflictos anteriores con los infieles de Sicilia o España. A medida que se intensi-

ficaban las privaciones y crecían los peligros, se hicieron más agudas la consciencia de lo sobrenatural y una clara sensación de su proximidad. La intensidad espiritual no derivaba solo de las condiciones de la marcha; era inherente a la expedición, desde un principio, inherente a su sistema de creencias y de interpretación de la victoria o la derrota en términos de pecado o de favor divino. No había conflicto, o no se percibía como tal, entre los motivos religiosos y materiales. El botín y las tierras se justificaban adecuadamente en tanto que recompensa necesaria por el empeño en el servicio de Dios. La cruzada acogía por igual, en su ideología de servicio, guerra y fe a los aventureros y los que solo se mueven a remolque, a los devotos, los fanáticos, los matones, los turistas, los aburridos, los penitentes, los profesionales y los más desesperados. Algunos oportunistas avispados, como Balduino de Boulogne, se dieron cuenta de esas propiedades. La convicción de los dirigentes y los dirigidos en la dignidad trascendente de su causa había quedado legitimada por Urbano II y los reclutas y propagandistas de 1095-1096, pero se originaba en una cultura más honda, la de la piedad militante. El hecho de que las bajas fueran consideradas mártires y que el empeño resultara coronado por la victoria no hizo sino confirmarles que no había error en su sentido de rectitud herida.

II. EL REINO FRANCO DE ULTRAMAR

Capítulo 5

LA FUNDACIÓN DE LA OUTREMER CRISTIANA

El 15 de julio de 1149, en el quincuagésimo aniversario de la conquista de Jerusalén a manos de los cristianos, se celebró un servicio en la esquina sur del conjunto de las iglesias del Santo Sepulcro, para consagrar un complejo de capillas de nueva construcción, que recubrían la piedra designada como el Calvario, el lugar de la Crucifixión. Para señalar el acontecimiento, se grabó una inscripción cerca del lugar, que comenzaba con estas palabras:

> Este lugar es sagrado, santificado por la sangre de Cristo.
> Con nuestra consagración no añadimos nada a su santidad.[1]

La devota humildad formal de este sentimiento disimuló la revolución que estaba afectando a las cuestiones religiosas y políticas en el seno de la iglesia, la ciudad y la región, así como en las actitudes y las costumbres de todos aquellos que, en otros lugares de la Cristiandad latina, estaban interesados en el destino que había caracterizado los cincuenta años previos. En los meses posteriores a una incursión de socorro occidental —imponente, aunque infructuosa, la que ahora se conoce como la Segunda Cruzada— y al borde de la gran reconstrucción de la iglesia del mismísimo Santo Sepulcro, al patriarca Foulques de Jerusalén, junto con sus colegas, no les podía haber pasado inadvertido el hecho de que la cultura occidental se había reconfigurado de resultas de la ocupación de Tierra Santa. El propio Foulques, un devoto y obstinado eclesiástico de segunda fila,

había abandonado los incómodos compromisos políticos de un monasterio de Angouléme por el escapismo, el exotismo y las oportunidades de una Palestina colonial. El peregrinaje a Jerusalén se había convertido casi en una obligación, sin duda una costumbre de masas, para los fieles europeos, siendo la imagen del Santo Sepulcro un nuevo modelo dentro del arte, tanto para las muestras de devoción públicas como para las privadas. Las réplicas circulaban cada vez más en la Europa occidental, así como las representaciones simbólicas en las capillas vinculadas con parroquias y catedrales que habían representado algún papel destacado en las liturgias y los rituales orientales.[2] La santidad mencionada en la inscripción del Calvario había hecho llegar su influencia a Occidente por medio de la avalancha de reliquias que fluyó de Palestina desde 1099, en un proceso que aceleraba la tendencia hacia una mayor universalidad de los cultos y una concentración más honda en la historicidad de la Biblia y, de ahí, en la humanidad de Cristo. La retórica tradicional y el concepto gregoriano de la guerra justa y santa se vieron transfigurados por el recuerdo de los primeros solimitanos, combatientes del bando de la iglesia en la península Ibérica, el Báltico, incluso dentro de la propia Cristiandad, que entonces se vieron valorados y recompensados con una remisión de los pecados, ganada en su primer viaje a Jerusalén. La gloria de los vencedores de 1099 se les había adherido en el nombre y la fama y sus hazañas se citaban como fechas en las vidas y los hechos de numerosos espectadores, aun sin ser ellos mismos veteranos. Igual que sucede por ejemplo en las conversaciones británicas de principios del siglo xxi, en las que «la guerra» se refiere de forma invariable al conflicto global que terminó en 1945, de ese mismo modo el «viaje a Jerusalén», para los europeos occidentales de principios del siglo XII, significaba una sola cosa. Además de ofrecer un modelo de referencia del honor y el servicio, «aquellos hombres que obedecieron las órdenes del papa, que dejaron atrás a tantos seres y tantas cosas y que, como caballeros leales *(boni homines),* tomaron Jerusalén por las armas y al asalto —según recordaba el barón anglo-normando Brian FitzCount a principios de la década de 1140— situaron en posición de estabilidad a Godofredo, un monarca bueno y legítimo».[3]

La Jerusalén celestial quizá estaba más cerca gracias a la liberación cristiana de los Santos Lugares, pero la Tierra Santa terrenal

necesitaba muros, que se defendieran sus murallas, se cultivaran sus campos y se comerciara en sus puertos. Los nuevos territorios cristianos en el extranjero, la Outremer, ofrecían un terreno nuevo para la ambición, el esfuerzo y el asentamiento. Al contrario de lo que ocurre cuando observamos la historia a posteriori, los que se reunieron alrededor de la piedra del Calvario no se imaginaron que la empresa política estuviera más sentenciada que la religiosa. Aunque los occidentales que buscaban comprar una propiedad en Palestina a mediados de siglo se sentían temerosos y preferían tierras «cerca de Jerusalén y no junto a las fronteras con los turcos», la gratitud por la providencialidad de la victoria de 1099 —el «mayor acontecimiento ocurrido desde la Resurrección», tal como lo proclamó un entusiasta— imponía su propia confianza y cierta expectativa de permanencia.[4]

La obligación, la aventura, la condición social, el beneficio material, la devoción y la confianza sostuvieron la conservación y expansión de las cabezas de puente establecidas en Siria y Palestina entre 1097 y 1099. No todos los visitantes occidentales que llegaban a Outremer acudieron con el propósito de combatir o rezar; muchos fueron a establecerse, a comerciar o a la caza de un ascenso. En comparación con la península Ibérica, Sicilia o el Báltico, en tanto que región destinada a la colonización occidental europea, tanto en lo político y lo social como en lo económico, Outremer era un lugar mucho más apartado y remoto. Debido al desequilibrio entre el clima y el comportamiento cultural —sobre todo, en las cuestiones higiénicas y alimentarias—, los occidentales se enfrentaban a una amenaza constante de déficit demográfico, con elevadas tasas de mortalidad, sobre todo entre los niños. Tierra Santa tenía que satisfacer, también, las necesidades de los peregrinos de paso, los aventureros y los turistas, no solo las de los colonos. El destino de los señoríos, incluidos los de mayor importancia, estaba al capricho de la política y los juegos dinásticos de Occidente. Las exigencias del turismo impusieron unas restricciones muy concretas: en 1112, Arnulfo de Chocques tuvo que ser nombrado otra vez patriarca de Jerusalén, a toda prisa, para que alguien pudiera presidir las ceremonias de la Semana Santa ante la mirada de las expectantes hordas de peregrinos. Estos peregrinos contribuían a la economía local, por medio del pago de impuestos, a su llegada al puerto o para entrar en

la ciudad, y con el floreciente comercio de los recuerdos: frente al Santo Sepulcro discurría la Rué des Paumiers (calle de las Palmeras), en la que los peregrinos compraban las hojas de palma, testimonio de los votos cumplidos (y así se ahorraban ir hasta Jericó, que era donde crecían las palmeras). A mediados de siglo, un *franco* de la región —tal como se llamaba a todos los colonos occidentales, en las comunidades nativas y de inmigrantes, sin distinción—, cierto Rorgo Fretel, de Nazaret, había elaborado una práctica guía para visitar la geografía santa, que ahora se manejaba con esmero y había sido meticulosamente establecida después de 1099.[5]

No todos los peregrinos ignoraban la dimensión militar de proteger aquella, la mayor de las reliquias cristianas; muchos prolongaron el impulso devoto que los había llevado hasta Jerusalén y los otros Santos Lugares mediante servicios temporales en el ejército del rey. De un modo más permanente, las necesidades generadas por la visita de los peregrinos, así como por las defensas locales, dieron lugar a la contribución particular de Outremer a la iglesia latina: las órdenes militares. La orden del Hospital de San Juan de Dios —los hospitalarios—, reconocida por el papa en 1113, aunque asumió funciones marciales, jamás perdió su obligación de cuidar a los débiles y enfermos, en su mayoría visitantes; la orden del Templo de Salomón —los templarios— se inició hacia 1120 como fraternidad entregada a la vigilancia y protección de las rutas de peregrinaje, desde Jaffa a Jerusalén. Por más que los asentamientos civiles seguían modelos bien conocidos en otras fronteras de la Cristiandad, las exigencias de la defensa, la demografía y la observancia religiosa confirieron a Outremer unas características esenciales peculiares. El modesto nivel de los asentamientos occidentales, comparado con el de las comunidades nativas, contrastaba con el imperativo ideológico que llevó a los occidentales a Tierra Santa en primer lugar. Fueran cuales fuesen los acuerdos alcanzados con los pueblos y las autoridades locales, la inspiración y la justificación para el gobierno occidental no era de tipo social o económico, ni siquiera de la clase que convencionalmente suele considerarse política. La Outremer cristiana jamás podría desprenderse por completo de su condición de cuartel creado para proteger los Santos Lugares de su fe.

LAS EXPEDICIONES DE 1100-1101

Una queja recurrente, manifestada por los combatientes de la campaña de 1097-1099, reprochaba a los *crucesignati* que hubieran incumplido sus votos. La necesidad de refuerzos por parte del ejército de Dios siempre se presentaba de forma urgente, en cuanto eran muchas las bajas que abandonaban la empresa, consumidos y vulnerables. Sin refuerzos, la cruzada hubiera fracasado tanto en Antioquía como en Jerusalén. En Occidente, las prédicas y los reclutamientos no habían cesado, ocultando bajo la pulcritud narrativa de los últimos relatos el hecho de que la que se conoce como «cruzada de los príncipes», entre 1096-1099, formaba parte de un proceso que había ido ganando impulso de manera paulatina, estimulado en parte por las cartas y las noticias que llegaban del frente. En abril de 1099, tal vez en respuesta a la misiva que los dirigentes de las cruzadas le mandaron desde Antioquía en septiembre de 1098, Urbano II autorizó una nueva campaña de predicación en Lombardía, dirigida por el arzobispo Anselmo de Milán, que alcanzó un éxito tan considerable que pronto fue interpretado, a ojos de un cronista normando contemporáneo, como otra expedición distinta, un segundo viaje a Jerusalén.[6]

La tendencia moderna a contemplar las expediciones militares de 1100-1101 hacia el este como parte integrante de la Primera Cruzada no solo contradice la historiografía del siglo XII y posterior, sino que además parece tergiversar la interpretación y las intenciones de aquellos que se vieron implicados. Aunque seguía partiendo una corriente constante de occidentales que se encaminaban a Oriente —y no precisamente secundaria en las ciudades marítimas de Italia, tras embarcar otra flota genovesa en 1100—, la expedición de 1101 constituyó una operación independiente. El reclutamiento se desarrolló en un contexto en el que los combatientes eran ya plenamente conscientes de que Jerusalén estaba en manos de los cristianos. Incluso donde muchos hombres habían tomado la cruz años antes, los ejércitos solo se unieron después de un nuevo llamamiento a las armas, pronunciado por el sucesor de Urbano II, Pascual II, en diciembre de 1099, al que siguieron una serie especial de concilios en la primavera y el verano de 1100 y un viaje de predicación por Francia, protagonizado por los legados pontificios, aunque sus

esfuerzos se complementaron con cartas provenientes de Tierra Santa. Los diversos contingentes que capitaneaban príncipes y prelados no iniciaron su marcha hasta septiembre de 1100, y otros aguardaron todavía a la primavera siguiente. Todos los grandes grupos cruzaron a Asia desde la costa europea del Bosforo, entre abril y julio de 1101. Estas campañas constituyeron una nueva iniciativa, consciente de sí misma, promovida por el papa, sus legados y los diocesanos locales, comparable en número de reclutas con los esfuerzos de Urbano II y sus colaboradores, en 1095-1096. La gran diferencia con su predecesora fue el resultado catastrófico, que, de manera fortuita, dio especial realce al extraordinario logro de 1099.

El reclutamiento de 1100-1101 parecía estar más regulado que el de 1095-1096, aunque ello podría ser un reflejo de las pruebas conservadas, más que del proceso en sí: los contemporáneos estaban más atentos a lo que sucedía que cinco años antes. Además, se habían sentado precedentes claros, al que se añadió el azote de los votos no cumplidos. La amenaza de Pascual II, de excomulgar a los que en diciembre de 1099 aún no habían cumplido sus obligaciones, se repitió en un sínodo episcopal presidido por el arzobispo de Lyon, en Anse, en la primavera siguiente. Para aquellos *crucesignati* que no habían llegado a embarcar y aún más para los que, como Esteban de Blois, habían desertado, las críticas oficiales agravaron la presión ejercida por sus pares, tanto en lo social como en lo nacional, para que redimieran tanto sus juramentos como su reputación. La victoria de 1099 en Oriente había presentado el alistamiento como algo atractivo para los nuevos reclutas e imprescindible, desde el punto de vista moral, para los incumplidores. Dos legados pontificios reforzaron el mensaje en un viaje por el sureste de Francia, siguiendo las huellas que Urbano II dejara cinco años antes, y visitaron Valence, Limoges y Poitiers en el otoño de 1100. El radio de reclutamiento se extendió hasta la Borgoña y el interior de Germania. La velocidad con la que se congregaron y viajaron a Constantinopla; una contribución económica bastante considerable; la reunión de los medios de transporte y los materiales de guerra; y las firmes estructuras de mando, todo ello apunta hacia una organización muy rigurosa. El obispo de Nevers se quejaría, más adelante, de que algunos de sus hombres habían partido obligados por el conde Guillermo II de Nevers.[7] La empresa estaba bajo el dominio de los

príncipes de la iglesia y del Estado. El arzobispo Hugo de Lyon, un antiguo diplomático del papado, marchó como principal delegado pontificio junto con, al menos, otros once arzobispos y obispos. El desfile de gobernantes seculares igualaba al menos al de 1096, incluyendo a veteranos avergonzados como Esteban de Blois y Hugo de Vermandois; a Guillermo IX, duque de Aquitania; el conde de Nevers; el duque Odón y el conde Esteban de Borgoña; Güelfo IV, duque de Baviera; y Conrado, condestable del emperador Enrique IV de Germania.

Los motivos se mostraron tan diversos como en la ocasión anterior. Los antiguos desertores sufrían insultos generalizados, tanto en público como en privado. Uno de los casos más llamativos fue el de la tenaz esposa de Esteban de Blois, Adela, hija de Guillermo el Conquistador, quien libró una campaña sin tregua de acoso y chantaje moral, llevando el hostigamiento incluso al dormitorio, donde, antes de mantener relaciones sexuales, apremió a su desgraciado esposo a que tuviera en cuenta su reputación y volviera a Tierra Santa.[8] Adela no fue, sin duda, la única que prefería vivir como viuda de un héroe que como esposa de un cobarde. En todas partes, los parientes de los desertores trataron de expiar la vergüenza familiar alistándose. Con los desertores y los que habían incumplido los votos marcharon también los que buscaban la penitencia, ya fuera porque les pesaban delitos concretos que expiar, como le sucedía a Guillermo de Nevers, que había reducido a cenizas el pueblo de Molesme, o porque sentían sobre sus hombros, más en general, la carga del pecado. La ansiedad de ser relacionado con este nueva empresa de gloria se combinaba con la piedad y la devoción. Además de haber autorizado plegarias y prédicas para celebrar la instauración de un nuevo enclave cristiano en Jerusalén, el arzobispo Manasses de Reims puso en circulación copias de las cartas que había recibido de Anselmo de Ribemont en 1098, con su impactante evocación de la pasión espiritual y las conquistas militares.[9] La fama sirvió de acicate para el entusiasmo de Guillermo de Aquitania. La causa de Jerusalén trascendió la división política de la Querella de las Investiduras, como homenaje postumo al triunfo de Urbano. Los diferentes estímulos estaban subsumidos en las ceremonias para tomar la cruz, entonces ya inequívocamente asociadas a la idea de peregrinación, que de nuevo ofrecía los puntos cen-

trales de propaganda, compromiso y reclutamiento. La expedición previa no había logrado, sin duda alguna, agotar la remesa de entusiastas, ni siquiera en las zonas con mayor representación en 1096, como la Aquitania, aunque Borgoña, Lombardía y el sur de la Germania ocuparon un lugar más destacado que anteriormente. Por desgracia para ellos, el número y la pasión demostraron no ser suficientes.

El ejército lombardo partió de Milán el 13 de septiembre de 1100, antes de que otros dirigentes como Guillermo de Aquitania siquiera hubieran tomado la cruz. Llegaron a Constan ti nopla hacia finales de febrero o principios de marzo, habiendo transcurrido los últimos estadios de su viaje por tierra entre desordenadas búsquedas de alimentos, que fácilmente se convertían en pillaje y la perpetración de monstruosidades impredecibles contra los lugareños. Estallaron más problemas durante la estancia de los lombardos, de dos meses, a las fueras de Constantinopla, lo que nos hace pensar que la dirección militar carecía de un control firme sobre los combatientes y seguidores. A finales de abril, el emperador Alejo consiguió que los lombardos pasaran el Bosforo hasta Nicomedia, para aguardar la llegada de nuevos contingentes occidentales. La respuesta que Alejo dio a esta nueva oleada de ejércitos occidentales resultó bastante ambigua. A diferencia de lo sucedido cinco años antes, no parece que hubiera solicitado más ayuda a Occidente, por mucho que sus posiciones en Asia Menor se mantenían en un estado precario. Por su experiencia de los años intermedios, había concebido miedo y desconfianza ante lo que más tarde describiría a su hijo como «la conmoción venida de Occidente», que amenazaba «la elevada majestad de la Nueva Roma y el prestigio del trono imperial».[10] Según la apología escrita por su hija bastantes años después, Alejo adoptó en 1101 una postura indulgente, pero exasperada; deseaba evitar la confrontación abierta en las inmediaciones de la capital, temía por su propia seguridad, anhelaba influir en la estrategia occidental, pero al tiempo estaba preparado para subvencionar sus esfuerzos con dinero, consejos y hombres, y dio consentimiento, aunque con reticencia, a sus planes. Igual que en 1097, obtuvo promesas de que los territorios conquistados en Asia Menor serían restituidos a la soberanía bizantina y consiguió además que el partido de Guillermo de Aquitania (y quizá algún otro) le jurara lealtad. Además de la

ayuda logística, Alejo también ofrecería a los nuevos cruzados un comandante veterano en la persona de Raimundo de Tolosa, que había sido huésped del emperador desde el verano de 1100, tras ser bienvenido como aliado contra los cada vez más enojosos gobernantes normandos de Antioquía. Raimundo fue mediador de los acuerdos entre Alejo y los indisciplinados lombardos, antes de unirse a la propia expedición, tras la llegada del que fuera su compañero, Esteban de Blois, con las fuerzas del norte de Francia y la Borgoña. Junto con el pequeño séquito germano del condestable Conrado y el contingente de turcoples* enviado por Alejo, el ejército cruzado se reunió en Nicomedia a principios de junio de 1101.

Más tarde se afirmó que Alejo había advertido en contra de un nuevo asalto a los turcos de Asia Menor, apremiando a los occidentales a que siguieran el camino de la costa, a través de territorios bizantinos, hasta llegar a Cilicia, para de ahí pasar a Tierra Santa. Las fuentes occidentales describen un intenso debate dentro del campamento cruzado, en el que los veteranos Raimundo y Esteban de Blois se mostraban a favor de que la marcha transcurriera siguiendo los pasos de la campaña de 1097; pero fueron desbancados por los lombardos, que estaban decididos a intentar el rescate de Bohemundo, quien, tras ser apresado por los danisméndidas el año anterior, se encontraba a la sazón en Niksar, en el noreste del Asia Menor. Corrían incluso rumores de que los lombardos planeaban bajar hasta Iraq, para atacar Bagdad." Aquellos planes tan grandiosos —alimentados por un conocimiento deficiente de la geografía y las distancias y una confianza excesiva en el favor divino, por absurdo que parezca, visto a posteriori— apenas fueron más extravagantes de lo que podría haber parecido la conquista de Jerusalén en 1097, salvando el hecho de que, por entonces, los turcos ya conocían mucho mejor a su enemigo. Evitaron entrar en batalla y presentaron un frente mucho más unido: a los danisméndidas se incorporaron las tropas de Alepo y Harran, en el norte de Iraq. Sin embargo, la decisión lombarda de liberar a Bohemundo, a la vez que ofrecía la perspectiva de liberar al mejor comandante de campo de su generación, abría también la posibilidad de reavivar la enemistad con el conde

* Turcople: habitualmente designa al hijo de padre turco y madre griega, pero en nuestro contexto se refiere a soldados de la caballería ligera. *(N. de los t.)*

Raimundo. Sin embargo, paradójicamente, Raimundo habría seguido adelante con el plan, quizá con la esperanza de negociar un trato favorable en Siria, ante un Bohemundo agradecido y obligado.

Esta fuerza occidental, que rehusaba esperar a los otros ejércitos que continuaban llegando a Constantinopla, dejó Nicomedia hacia el 3 de junio, llevándose consigo las reliquias milanesas de san Ambrosio y la Lanza Sagrada de Raimundo de Antioquía. Tras tomar Ankara el 23 de junio, los cruzados pusieron rumbo al nordeste, hacia Chankiri, que ofreció una resistencia que no pudieron doblegar. En adelante, hostigados sin tregua por las tropas del sultán selyúcida Kilij Arslan, los occidentales lucharon con grandes penalidades hasta que al fin, a principios de agosto, se encontraron ante el grueso del ejército turco, constituido por los danisméndidas y sus aliados, cerca de Merzifon. Tras varios días de fiera batalla, se dieron cuenta de que la presión de los turcos era demasiado poderosa y se desencadenó el pánico, lo que provocó la desintegración del ejército cristiano. Solo unos pocos jefes, entre ellos Raimundo de Tolosa, Esteban de Blois y el arzobispo de Milán, junto con sus respectivos séquitos militares, lograron escapar y regresar, renqueantes, a Constantinopla; la infantería, las mujeres y los civiles, así como la mayoría de los caballeros, fueron víctimas de una masacre.

A los otros ejércitos no les fue mucho mejor. Guillermo de Aquitania, que había partido de su hogar en marzo, se reunió con las fuerzas de Güelfo de Baviera en camino hacia Constantinopla, y llegaron a la capital bizantina justo en el momento en el que los lombardos abandonaban Nicomedia, a principios de junio. Unos pocos días después, se les incorporó Guillermo de Nevers, quien, por razones que desconocemos, prefirió intentar dar alcance al ejército lombardo. Cuando la fuerza de Nevers llegó a Ankara, Guillermo abandonó la persecución, poniendo rumbo al sur, hacia Konya y la ruta principal a Siria. Tras repeler a los turcos —se supone que de Kilij Arslan—, Guillermo alcanzó Konya a mediados de agosto. Descubrió que sus fuerzas eran insuficientes para tomar o intimidar a la ciudad, pero además, demasiado vulnerables para esperar la llegada de aquitanos y bávaros, por lo que Guillermo se decidió por Cilicia e intentó someter Ereghli, donde su ejército se vio rodeado y quedó destruido. Una vez más la caballería, abandonó a la infantería y a los no combatientes a su destino; una vez más, los jefes hu-

yeron y acabaron por dar con un camino, que recorrieron como indigentes, hacia Antioquía.

Inmediatamente detrás del grupo de Nevers llegaba el gran ejército de Guillermo de Aquitania y Güelfo de Baviera, entre quienes se encontraba Hugo de Vermandois y, como nota de exotismo, Ida, la margrave viuda de Austria. En Constantinopla, los rumores sobre la suerte de los lombardos convencieron a algunos germanos temerosos de la pertinencia de aceptar un plan más sensato, aunque más costoso, y embarcarse por mar hacia Tierra Santa; según uno de ellos, Ekkehard, abad de Aura y cronista, alcanzaron Jaffa en seis semanas.[12] Los camaradas que escogieron la ruta terrestre partieron a mediados de julio por la ruta seguida en la Primera Cruzada desde Nicea, hasta Dorilea, Filomelión y Konya. A pesar de los meticulosos y amplios preparativos, una vez hubieron abandonado el territorio bizantino, la comida se acabó pronto y los ataques turcos se intensificaron. Cuando llegaron a Ereghli a principios de septiembre, los cristianos fueron sorprendidos por el ejército de Kilij Arslan y conocieron la derrota. Muchos de los capitanes, pertrechados con los mejores caballos y siervos fieles, huyeron, salvando la vida en el intento, aunque perdieran la dignidad o las posesiones. Hugo de Vermandois murió como consecuencia de las heridas, en Tarso; el arzobispo Thiemo de Salzburgo fue apresado y, más tarde, según la leyenda popular, sufrió las penas del martirio; Ida de Austria desapareció, lo más probable es que por haber fallecido, aunque más adelante también se rumoreó que habría terminado sus días en el harén de un príncipe musulmán; el Occidente medieval estaba casi tan obsesionado con las excitantes imágenes de la voracidad sexual musulmana y sus licencias, como con las blasfemias; las historias de mestizaje resultaron ser las más populares. Los supervivientes del desatre de Ereghli —entre ellos, Guillermo de Aquitania— atravesaron penosamente la región de Cilicia y de ahí pasaron a Antioquía. Una vez en Siria, tras colaborar con Raimundo de Tolosa en la toma del puerto de Tortosa, los restos aristocráticos de los tres ejércitos cumplieron sus votos como peregrinos. Muchos regresaron a casa con la economía y la reputación arruinadas por completo. Otros pocos se quedaron para ayudar al nuevo rey de Jerusalén, Balduino I, y participaron con él en la defensa de Ramla, que recibió un ataque egipcio en mayo de 1101;

y otros, como el desafortunado Esteban de Blois, acabaron por encontrar la corona del martirio o, como Arpin, vizconde de Bourges, una prisión fatimí.

Si con las expediciones de 1101 no se consiguió nada, aparte de perderse miles de vidas y mucho dinero, junto con la reputación de invictos que los occidentales ostentaban en Oriente y la confianza que los griegos habían depositado en ellos; fueron justo los griegos los que, con gran habilidad retórica, fueron utilizados como los chivos expiatorios del fracaso, debido, por otro lado, a los pecados de los participantes. Pero las campañas tuvieron un significado más amplio. Al tiempo que establecían el tópico del fracaso explicable desde el punto de vista teológico —pues no obedecía sino a las deficiencias morales de los implicados—, en términos más prácticos sirvieron para fijar límites a las ambiciones orientales. Los lombardos se habían imaginado la toma de Bagdad; Urbano II habría alentado a los milaneses, supuestamente, a pensar en la conquista de Egipto. Aquellos sueños de la conquista cristiana del Oriente Medio murieron en las colinas de Merzifon y los pantanos de Ereghli. La empresa de Tierra Santa casi se limitó, en adelante, a asegurar Siria y Palestina; en el siglo XII y siguientes se contemplarían mayores planes, sobre todo con respecto al poder en el Nilo, pero los acontecimientos de 1101 demostraron que la revolución histórica iniciada por Urbano II quizá no iría más allá.

EL ESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO LATINO

La Tierra Santa que los occidentales pretendían controlar y defender no contaba con una definición política tan neta como la geográfica. El territorio que en diversas ocasiones había caído en manos de gobernantes latinos en el siglo posterior a 1097, se extendía en unas seiscientas millas* desde el golfo de Alejandreta y Cilicia, en el norte, hasta el golfo de Aqaba, en el Mar Rojo, al sur. Dominando la región se alza una cadena montañosa que empieza en las elevadas cordilleras de Amanus y Nosairi, que llegan a los nueve mil

*** Algo menos de mil kilómetros.** ***(N. de los t.)***

pies de altura, en el norte; atraviesan los montes del Líbano y Anti-Líbano, que flanquean en paralelo el valle de Biqa; y baja hasta las colinas de Samaría y Judea, en el sur, que, aun siendo menos elevadas, en algunos lugares se elevan por encima de los tres mil pies de altitud.* Hacia el oeste se extiende una estrecha y fértil llanura costera, interrumpida en ocasiones por lenguas de terrenos montañosos, como en el litoral libanés y en Haifa, regadas por las lluvias del invierno, que llegan a las tierras altas empujadas por vientos que en su mayoría soplan del oeste. Hacia el este, las montañas están limitadas por una profunda depresión que alberga los valles del Orantes, el Litani y el Jordán, que, salvo donde se alza el Anti-Líbano, más allá de Biqa, da paso a una meseta, fértil en lugares como la Galilea oriental, antes de que el paisaje se funda con una zona de matorrales sin árboles, que bordean el desierto que se extiende hacia el este y el sur. En la parte sur de Palestina, en la que la planicie costera es mayor, las colinas descienden suavemente para encontrarse con el formidable desierto de Negev. Había pocos caminos que llevaran de la costa al interior, puesto que las rutas principales discurrían de San Simeón a Alepo, pasando por Antioquía; de Trípoli a Homs; de Tiro al Biqa; y de Acre a Galilea y luego a Damasco. Aunque tanto las colinas como las llanuras estaban más pobladas de vegetación que en los siglos posteriores, y muchas zonas eran fértiles y productivas para la agricultura, sobre todo en la franja costera, en el valle del Orantes y en Galilea, el clima, en especial en el sur, era implacable; al menos, cuando se lo comparaba con las zonas que la mayoría de los colonos occidentales habían abandonado, con veranos secos y abrasadores —como Esteban de Blois había descubierto para su sorpresa— e inviernos fríos y húmedos.[13] Los veranos de Jerusalén, en lo alto de las colinas de Judea, pueden alcanzar a mediodía temperaturas de unos 35 °C, con una temperatura media en julio y agosto que ronda los 25 °C; pero en pleno invierno, los termómetros descienden hasta los 7 u 8 °C de promedio y en las noches son frecuentes las heladas. La costa, aunque de clima más moderado en invierno, sufre una fuerte humedad en verano, mientras que el valle que se abre entre Jericó y el Mar Muerto, a más de mil pies sobre

*** Nueve mil pies son unos 2.750 metros; tres mil, poco más de 900.** ***(N. de los t.)***

el nivel del mar,* es sofocante en verano, con temperaturas que se acercan y hasta superan los 40 °C.

El contexto físico ejerció una profunda influencia sobre el poder y el asentamiento. El espacio que los occidentales habían ido a ocupar era relativamente pequeño, una zona comparable a Inglaterra o a un estado de tamaño medio de los Estados Unidos (como, por ejemplo, Nueva York o Alabama). Incluso en el siglo XII, cuando las campañas militares de verano en Europa podían extenderse a lo largo de cientos de millas, Outremer era una región estrecha. La guerra era muy próxima, como atestigua la larga sucesión de comandantes francos que, tras caer prisioneros, podían languidecer durante años en las cárceles musulmanas. (Ya fuera fruto de la caridad de los francos, su violencia, su incompetencia o la pura casualidad, pocos generales musulmanes, si es que alguno hubo, sufrieron humillaciones semejantes.) La obsesión occidental con la región dio lugar a un espacio imaginario propio, de alcance infinito, un mundo fronterizo de lucha religiosa y seres extraños y mágicos, en el que testigos oculares habitualmente razonables, como Fulquer de Chartres, que vivió en Jerusalén durante más de veinticinco años, se sintieron obligados a situar bestias maravillosas increíbles, contra la evidencia que les mostraban sus propios ojos: basiliscos, Capricornios, quimeras, dragones...[14] La realidad prosaica determinó que la alta política sufriera un atasco, pues a la vez que dependía de los intrusos venidos del exterior, era vulnerable o sensible a ellos. Las ciudades estaban atestadas, salvo allí donde, como sucedía en Jerusalén, la religión y las cuestiones estratégicas dictaron la exclusión social. Pero, a pesar de lo reducido de sus dimensiones y de la falta de una política de inmigración dirigida desde Occidente —al contrario de lo que sucedió en otros territorios conquistados a los musulmanes u otros gentiles, como en la península Ibérica, el Báltico o Sicilia—, una despoblación previa y el exilio de cierto número de musulmanes permitió una colonización occidental contenida, pero tampoco desdeñable.

En cuanto a las oportunidades en la agricultura, mientras que Antioquía y Galilea evolucionaban con prosperidad, la economía

*** Más de trescientos metros.** ***(N. de los t.)***

rural de Palestina apenas igualaba la del norte y el oeste del Mediterráneo, áreas de donde provenían muchos colonos. No obstante, la explotación de los recursos naturales mantuvo una economía centrada en los pueblos, las ciudades y el comercio, con un papel muy destacado para el dinero. El poder siguió a la riqueza, y la fragmentación del control fatimí y selyúcida sobre la región puso de manifiesto de nuevo la importancia de los puertos de mar —Acre, Tiro, Sidón, Beirut— y los emporios comerciales del interior, vinculados a ellos, como era el caso de Alepo y Damasco. Durante siglos, el poder había estado en manos de intrusos extranjeros con un interés escaso, cuando no nulo, por crear nuevas estructuras de gobierno. A pesar del caos político de finales del siglo xi, la continuidad impuesta por la geografía y la economía se reflejó en una organización administrativa subordinada que permaneció en gran medida inalterada por los sucesivos conquistadores: el distrito bizantino (*civitas*) de Cesárea, creado en el siglo vi, permanecía tras el señorío de Cesárea del siglo xii ; la provincia romana de Palaestina Secunda se correspondía con las fronteras palestinas del principado de Galilea.[15] A nivel social, económico y religioso, la vida del pueblo, fuera de las zonas de combate, permaneció en gran medida tal cual estaba. No obstante, para disfrutar de los beneficios de su dominio, los nuevos invasores, al igual que hicieran antes sus predecesores, necesitaban dominar asimismo los puntos clave: los mercados y las rutas comerciales. Y para ello necesitaban mano de obra, precisamente algo de lo que los recién llegados carecían.

Cuando la mayoría de los supervivientes de la Primera Cruzada abandonó Siria, a finales del verano de 1099, las conquistas occidentales comprendían el condado de Edesa, remoto condominio franco-armenio gobernado por Balduino de Boulogne, que se extendía a ambas orillas del alto Éufrates; el principado de Bohemundo, en el norte de Siria, enclavado principalmente en Antioquía y el sur del valle del Orontes, pero con intereses claros en Cilicia; y una estrecha franja de tierra en Judea y Samaría, que discurría a lo largo de la orilla oeste del río Jordán, desde el mar de Galilea al Mar Muerto, que incluía Tiberíades, Nablús, Jerusalén, Belén y Hebrón, que estaba unida al mar por un cuello de tierra que rodeaba el cami-

no de la Ciudad Santa al puerto de Jaffa: el naciente reino de Jerusalén, gobernado a la sazón por Godofredo de Bouillon, con la ayuda de Tancredo de Lecce. Además, permanecieron algunos grupos del ejército provenzal, junto con el conde Raimundo, desesperados por alcanzar su propia conquista independiente; una gran flota de guerra pisana, que había traído al nuevo legado pontificio, Daimberto de Pisa; y destacamentos de soldados griegos, como el del acuartelamiento de Latakia, que se esforzaban por imponer la frágil determinación de Alejo, que anhelaba ser el señor supremo de la invasión cristiana de Siria. Mientras que la clase militar de Bohemundo parecía capaz de repeler agresiones continuas, Balduino de Edesa confiaba en un reducido séquito de caballeros, unidos por necesidad y respaldados por exitosas alianzas locales y diplomáticas. Juntos, en el peregrinaje hacia Jerusalén en la Navidad de 1099, Bohemundo y Balduino fueron, en apariencia, capaces de reunir una compañía imponente, de centenares o tal vez miles de soldados, aunque solo fuera porque se había visto hinchada en gran medida por los italianos que acompañaban al arzobispo Daimberto. En Jerusalén, el duque Godofredo se había quedado con tan solo trescientos caballeros y dos mil soldados de a pie; fuera de las fortificaciones y las guarniciones, los occidentales ocupaban poco más de una calle en la ciudad devastada. La mano de obra era insuficiente para quitar de en medio todos los cadáveres de la masacre de julio; los cuerpos de los animales muertos y un hedor putrefacto no se ocultaban a los visitantes que acudieron a la ciudad más de cinco meses después de la matanza. Durante unos años, los peregrinos que visitaban el lugar percibían aún los restos de los cadáveres tirados por las calles, la devastación que se desencadenó alrededor de Jerusalén y el temor constante a un ataque musulmán.[16] Aunque, tal como demostró Tancredo al anexionarse Galilea en el verano de 1099 —según algunas fuentes, con la compañía de solo unos pocos caballeros—, los grupos menores podían trabajar con especial eficiencia en las condiciones de caos político de la Palestina rural, muy mal defendida, cabe afirmar que la protección de los enclaves cristianos —de Jerusalén, más que de ningún otro—, si dejamos aparte la consolidación de la estabilidad que pasaba por extender sus fronteras hasta límites naturales más fuertes, dependía de la ayuda del exterior; sobre todo, de Occidente. Varias generaciones

consiguieron mantener con éxito e incluso expandir sus territorios, pero olvidaron ocultar la cuestión estratégica central. Desde el punto de vista militar, Outremer jamás fue completamente autosuficiente y, en un principio, su pervivencia dependió de los soldados occidentales que pasaban por allí, de los marinos y los peregrinos; luego llegaron los colonos de Europa; después, las nuevas órdenes militares, reclutadas y fundadas desde Occidente, y la inversión occidental, bajo la guisa de donaciones a los monasterios de Tierra Santa; y, en todo momento, las flotas cristianas, sobre todo las de las ciudades costeras del norte de Italia. Así como las conquistas anteriores de la costa oriental se habían apoyado en la potencia marítima italiana y la fuerza de los peregrinos, del mismo modo el ejército al que se enfrentó Saladino en la crisis final del reino solimitano del siglo XII, en julio de 1178, estaba integrado por cruzados venidos de otros lugares, tropas de los templarios y hospitalarios (órdenes fundadas desde Europa) y mercenarios locales, pagados con el dinero que habían aportado a Jerusalén los gobernantes occidentales favorables a su causa.

Jamás la dependencia de Occidente fue tan obvia como en la conquista de la costa, entre 1099 y 1124, en la que la toma de los puertos se cimentaba en la ayuda marítima extranjera, en tanto que aliados o mercenarios: Jaffa en 1099 (con la ayuda de Pisa); Haifa en 1100 (Venecia); Arsuf y Cesárea en 1101, Tortosa y Jubail en 1102, Latakia en 1103 y Acre en 1104 (Génova, en todos los casos); Trípoli en 1109 (Génova y Provenza); Beirut en 1110 (Génova y Pisa); Sidón en 1110 (Noruega); y Tiro en 1124 (Venecia). Sin una flota (como sucedió en Tiro, en 1111), o cuando la flota era derrotada (como en Sidón, en 1108), los ataques por tierra fracasaban. La importancia crucial de las ciudades marítimas en el proceso de establecimiento de los principados francos en las costas orientales quedaba perfectamente reflejada en los privilegios que se les concedía dentro de las ciudades conquistadas, como ocurrió con los genoveses en Antioquía (1098), Jubail (1102) y Acre (1104) o con los venecianos en Tiro en 1124, cuando recibieron como recompensa un tercio de la ciudad y sus terrenos. Písanos, genoveses y venecianos lograron un acceso privilegiado a los puertos y los mercados, y recibieron extensas propiedades y derechos de jurisdicción sobre sus propios ciudadanos, lo cual les permitía crear zonas más o me-

nos inmunes en las ciudades marítimas elegidas, en las que los mercaderes visitantes podían quedarse y desde las que podían comerciar. Tal fue la importancia de los genoveses en la creación del reino de Jerusalén, bajo su primer rey, Balduino I, que más tarde en aquel mismo siglo fueron capaces de dar validez a una afirmación falsa, según la cual sus contribuciones habían sido conmemoradas por una inscripción erigida en la iglesia del Santo Sepulcro.[17]

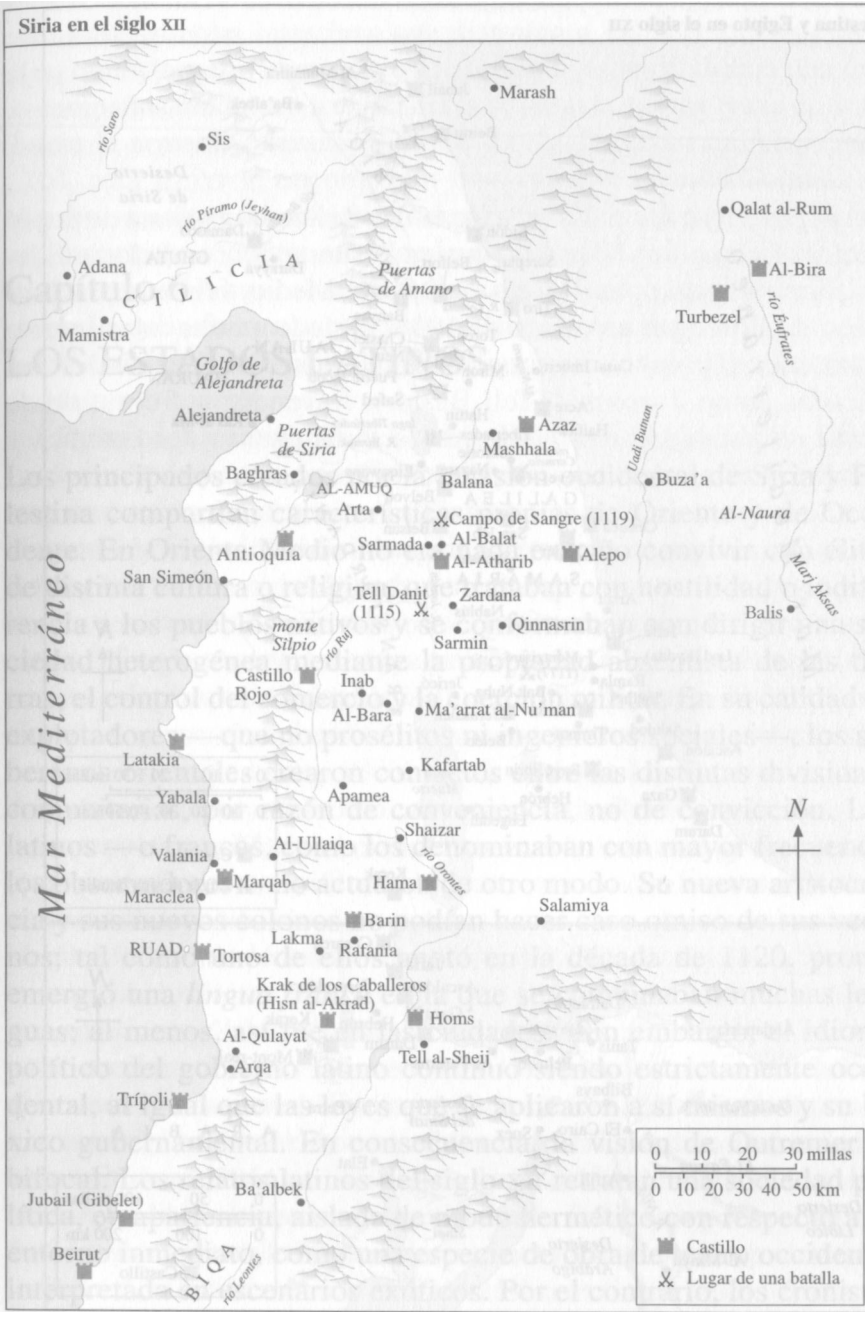
La conquista de la costa no condujo de forma directa hacia la ocupación pacífica del interior; el camino desde Jaffa a Jerusalén y las laderas del monte Carmelo y el Líbano siguieron en peligro durante algo más de una generación. El bandolerismo persistía, desde los dos lados de la frontera, igual que los asaltos dictados por los gobernantes vecinos. No obstante, con la ocupación de los puertos costeros llegó la seguridad de los contactos con Occidente y el control de las grandes rutas comerciales con el interior. Aunque hasta bien entrado el siglo es probable que el rendimiento del comercio no satisficiera a los inversores italianos, sin aquel asidero, las colonias jamás hubieran sobrevivido a nivel financiero, económico o demográfico. Desde el punto de vista estratégico, cada puerto ganado reducía el alcance de las flotas egipcias; la pérdida de Tiro impidió a los fatimíes poner en peligro las rutas del comercio y las peregrinaciones entre Tierra Santa, Chipre, Bizancio y la Europa occidental.

Con frecuencia se ha sostenido que la participación italiana en la aventura de Tierra Santa revela un materialismo sórdido, incluso un capitalismo incipiente, muy distinto a la devoción por el ideal de las cruzadas. La idea carece del más mínimo sentido. La tipología de un conflicto desarrollado entre la fe «medieval» y el comercialismo «moderno» constituye un absurdo; la fe supone una característica del mundo moderno, en la misma medida en que el materialismo lo era del medieval. En el mejor de los casos, este tipo de generalizaciones son convencionalismos literarios; en el peor, una forma de esnobismo histórico, teñido de condescendencia. En cualquier caso, estas observaciones ocultan lo más evidente. Escritores como Caffaro, genovés del siglo xii, apuntan hacia el patrotismo civil, pero su *Liberación del Oriente {De Liberatione Civitatum Orientis)* y la mayoría de las otras pruebas disponibles indican una mezcla de idealismo religioso y lo que se percibía como interés personal, algo habitual en muchos otros cruzados.[18] La presencia ita-

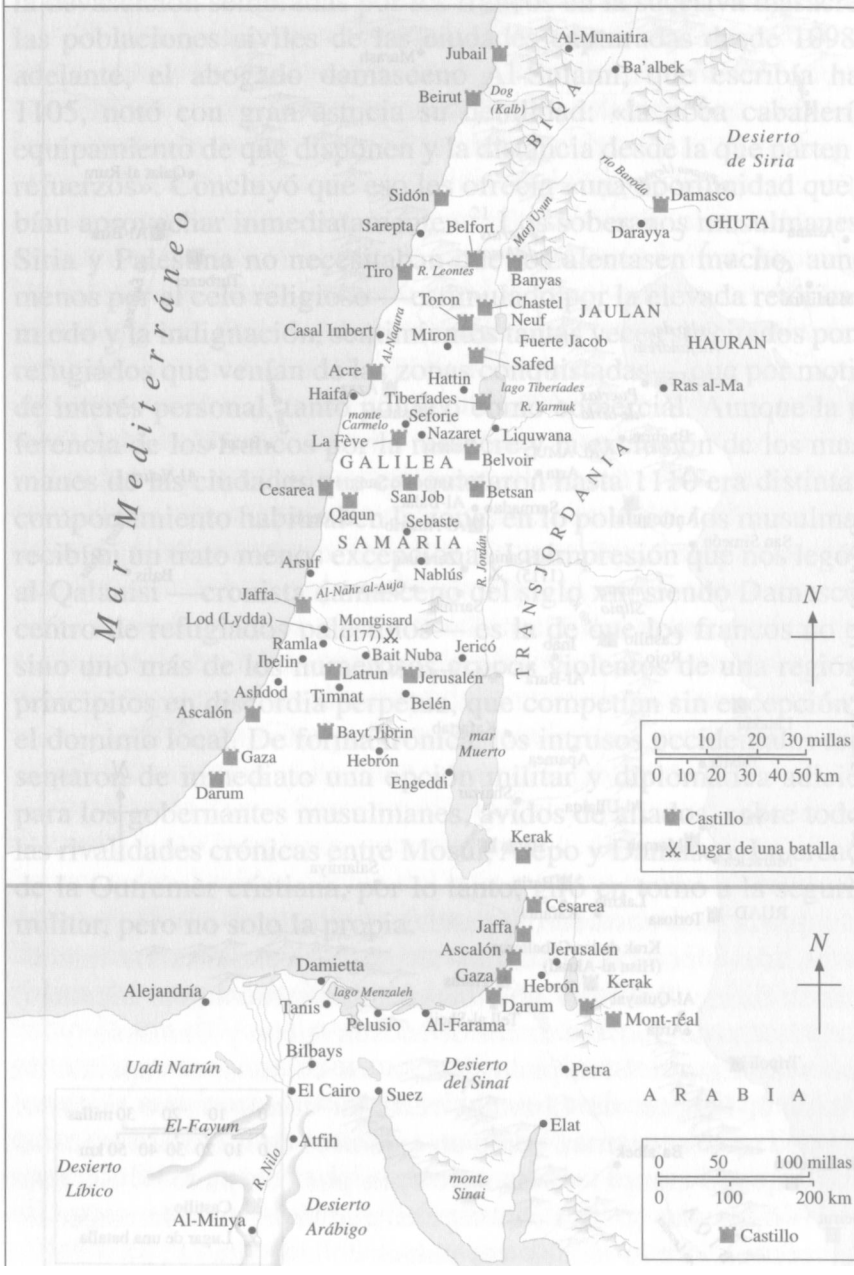
liana en Oriente era anterior a 1095; a principios de la década de 1070 existía un hospital amalfitano en Jerusalén. La implicación de las ciudades marítimas formó parte de un proceso por medio del cual el Mediterráneo oriental se abría a los intereses occidentales, un proceso que afectaba a los militares, los colonos y los devotos por igual, y en el que los mercaderes italianos y los cruzados representaban papeles complementarios y relacionados entre sí. La inversión dedicada a las flotas fue muy grande; era fácil que aquellos proyectos terminaran en un desastre; el riesgo financiero era descomunal; los beneficios, inciertos. Con unos beneficios que apenas alcanzaron las previsiones hasta bien entrado el siglo, los genoveses privatizaron sus posesiones en Latakia, Jubail, Antioquía y Acre, entregándolos a la familia Embriaco, mientras que los venecianos transfirieron la posesiones rurales de alrededor del Tiro a los Contarini.[19] El reproche de que los privilegios permitían que los italianos se constituyeran como un Estado dentro del Estado, obvio en el siglo XIII, no puede aplicarse sin embargo a períodos de un gobierno secular fuerte, como el siglo XII. El compromiso de estas ciudades y sus habitantes con Tierra Santa no era ni más ni menos idealista que el de los demás cristianos latinos. La idea de que el entusiasmo por la cruz no consiguió penetrar en estos bastiones del primer capitalismo es intrínsecamente improbable, se basa en un modelo viciado del comportamiento humano y queda refutada por las pruebas.

La conquista de la costa formó parte de una lucha —con frecuencia, desesperada— por conservar los territorios conquistados inicialmente en Siria y Palestina ante una plétora de enemigos: Bizancio; los selyúcidas de Iraq; los turcos de Mosul, Alepo y Damasco; y los fatimíes de Egipto. Bien pudo uno de los colonos, el capellán de Balduino I, Fulquer de Chartres, recordar con asombro piadoso: «¿Por qué no nos devoran, como un enjambre de infinitas langostas en un pequeño campo, y nos destruyen por completo?». Se trata de una imagen muy gráfica para alguien que vivió, en la Jerusalén de aquella época, por lo menos tres plagas de langosta (1114, 1117 y 1 120).[20] A uno y otro lado del abismo político y religioso, la cuestión era la misma. Mientras los poetas musulmanes contemporá-

neos se satisfacían con lamentos extravagantes sobre la violencia y la devastación sembradas por los francos en la sucesiva masacre de las poblaciones civiles de las ciudades capturadas desde 1098 en adelante, el abogado damasceno Al-Sulami, que escribía hacia 1105, notó con gran astucia su debilidad: «la poca caballería y equipamiento de que disponen y la distancia desde la que parten sus refuerzos». Concluyó que eso les ofrecía «una oportunidad que debían aprovechar inmediatamente».[21] Los soberanos musulmanes de Siria y Palestina no necesitaban que los alentasen mucho, aunque menos por el celo religioso —estimulado por la elevada retórica del miedo y la indignación, sentimientos tantas veces suscitados por los refugiados que venían de las zonas conquistadas— que por motivos de interés personal, tanto político como comercial. Aunque la preferencia de los francos por la masacre y la exclusión de los musulmanes de las ciudades que conquistaron hasta 1110 era distinta del comportamiento habitual en la zona, en lo político, los musulmanes recibían un trato menos excepcional. La impresión que nos legó Ibn al-Qalanisi —cronista damasceno del siglo XII, siendo Damasco un centro de refugiados palestinos— es la de que los francos no eran sino uno más de los numerosos grupos violentos de una región de principitos en discordia perpetua, que competían sin excepción por el dominio local. De forma irónica, los intrusos occidentales representaron de inmediato una opción militar y diplomática adicional para los gobernantes musulmanes, ávidos de aliados, sobre todo en las rivalidades crónicas entre Mosul, Alepo y Damasco. La creación de la Outremer cristiana, por lo tanto, giró en tomo a la seguridad militar, pero no solo la propia.


Siria en el siglo XII
Marash
Sis
río Sarv
río Píramo (Jeyhan)
Qalat al-Rum
Adana
C I L I C I A
Puertas de Amano
Al-Bira
Turbezel
río Éufrates
Mamistra
Golfo de Alejandreta
Alejandreta
Puertas de Siria
Azaz
Mashhala
Uadi Buman
Baghras
AL-AMUQ
Balana
Buza'a
Arta
Campo de Sangre (1119)
Al-Naura
Sarmada
Al-Balat
Antioquía
Al-Atharib
Alepo
San Simeón
Tell Danit (1115)
Zardana
Marj Aksas
Balis
monte Silpio
río Raj
Qinnasrin
Sarmin
Castillo Rojo
Inab
Al-Bara
Ma'arrat al-Nu'man
Latakia
Kafartab
Yabala
Apamea
N
Shaizar
Valania
Al-Ullaiqa
río Orontes
Marqab
Hama
Maraclea
Salamiya
Barin
Lakma
RUAD
Tortosa
Rafania
Krak de los Caballeros (Hisn al-Akrad)
Homs
Al-Qulayat
Tell al-Sheij
Arqa
Trípoli
Mar Mediterráneo
0 10 20 30 millas
0 10 20 30 40 50 km
Castillo
Lugar de una batalla
Ba'albek
Jubail (Gibelet)
Beirut
B I Q A
río Leontes

Palestina y Egipto en el siglo XII



Capítulo 6

LOS ESTADOS LATINOS

Los principados creados por la invasión occidental de Siria y Palestina compartían características propias de Oriente y de Occidente. En Oriente Medio no era nada extraño convivir con élites de distinta cultura o religión, que trataban con hostilidad o indiferencia a los pueblos nativos y se conformaban con dirigir una sociedad heterogénea mediante la propiedad absentista de las tierras, el control del comercio y la coerción militar. En su calidad de explotadores —que no prosélitos ni ingenieros sociales—, los soberanos orientales crearon contactos entre las distintas divisiones comunitarias, por razón de conveniencia, no de convicción. Los latinos —o francos, como los denominaban con mayor frecuencia los observadores— no actuaron de otro modo. Su nueva aristocracia y sus nuevos colonos no podían hacer caso omiso de sus vecinos; tal como uno de ellos anotó en la década de 1120, pronto emergió una *lingua franca* en la que se combinaban muchas lenguas; al menos, así fue en las ciudades.[1] Sin embargo, el idioma político del gobierno latino continuó siendo estrictamente occidental, al igual que las leyes que se aplicaron a sí mismos y su léxico gubernamental. En consecuencia, la visión de Outremer es bifocal. Los relatos latinos del siglo XII retratan una sociedad política, en apariencia, aislada de modo hermético con respecto a su entorno inmediato, como una especie de obra de teatro occidental interpretada en escenarios exóticos. Por el contrario, los cronistas árabes de la época hacen hincapié en la normalidad y la falta de extrañeza de la conducta latina, otra más de las numerosas élites

gobernantes que se habían instalado en la zona venidas desde el extranjero.

EDESA

En ningún lugar fue más evidente la dependencia cristiana de la política de los vecinos islámicos que en la suerte del condado de Edesa, el primer principado latino de Oriente Medio, fundado por Balduino de Boulogne en marzo de 1098. Aislado en una zona remota del interior, el condado se cimentaba en la posesión de ciudades fortificadas como Turbessel (Tell Bashir), Ravendán y Edesa, desde donde se podía sacar provecho de la fértil cuenca del Éufrates y ejercer presión sobre las ideas de los señores armenios. Como bastión de defensa del flanco oriental de Antioquía e incluso base potencial de asaltos en el norte de Iraq, el condado adquirió una gran importancia estratégica, que fue a la vez el origen de su vulnerabilidad. Para los caudillos militares de Mosul o de Mardin, hacia el este, o de Alepo, hacia el sur, Edesa representaba un objetivo tentador por sí mismo, además de una escala previa a cualquier ataque más concertado sobre las posesiones cristianas de la costa. Así pues, la supervivencia del condado dependía de que existiera unidad entre los nobles francos; de la cooperación con los señores armenios del lugar, algunos de los cuales miraban hacia Bizancio como garante de su condición y autoridad; de las alianzas con Antioquía y, como mínimo, algunos de sus vecinos musulmanes; y de otro aspecto crucial: que hubiera desunión entre los soberanos del norte de Siria, la Jazira e Iraq.[2]

En 1100, cuando Balduino de Boulogne sucedió a su hermano Godofredo como soberano de Jerusalén, Edesa pasó a manos de su primo, Balduino de Le Bourcq, quien rindió homenaje al nuevo rey de parte del condado. Tras consolidar su posición al casarse con una princesa armenia local, Morfia de Melitene, en 1102, se unió al nuevo conde otro primo, Joscelin de Courtenay, veterano de la cruzada del conde de Nevers (1101), a quien concedió el dominio de un feudo propio: todas las tierras del condado situadas al oeste del Éufrates y en tomo a Turbessel. De esta manera, prácticamente lo ascendió a la categoría de asociado. En los dos años siguientes, mientras

Mosul luchaba con Mardin tras la muerte de Kerbogha y se producían otras guerras intestinas que distraían a los selyúcidas bagdadíes, tanto Joscelin como el conde Balduino emprendieron con éxito campañas tendentes a expandir la soberanía franca hacia el norte (hacia la armenia Marash) y el sur (en la dirección de Alepo). En 1104, esta agresión encontró un final abrupto cuando Soqman de Mardin se unió a sus antiguos enemigos de Mosul para machacar a un importante ejército combinado de Edesa y Antioquía, que pretendía tomar Harran, al sudeste de Edesa. Tanto el conde Balduino como Joscelin fueron capturados como rehenes. La derrota puso de manifiesto, con toda claridad, el peligro que comportaba la unidad de los musulmanes.

Durante la cautividad del conde Balduino (1104-1108), Edesa fue gobernada primero por Tancredo y luego, después de que Bohemundo partiera al oeste en 1105, por otro miembro de la familia Hauteville, Ricardo de Salemo. Es obvio que Tancredo, que se esforzó por ampliar el principado de Antioquía durante la ausencia de su tío, confiaba en anexionarse Edesa, por razones estratégicas muy claras.[3] A consecuencia de toda esta tensión, al ser liberado Balduino, las relaciones de Edesa y Antioquía se rompieron. Tancredo reclamó la soberanía del condado, pese a carecer de la necesaria legitimidad legal. En 1108-1109, es probable que los dos bandos de la disputa solicitaran ayuda de los musulmanes; Balduino, de sus antiguos captores en Mosul; y Tancredo, de Alepo. También se deterioraron las relaciones de Balduino con Joscelin de Courtenay, cada vez más independiente. Joscelin fue arrestado y condenado al exilio; Balduino I de Jerusalén se aprestó a reclutarlo para su séquito y le entregó la soberanía de Galilea. Sin embargo, las repetidas y graves invasiones de Maudud de Mosul (entre 1110 y 1113, cada año), junto con la muerte de Tancredo en 1112, permitieron la reconciliación entre Antioquía y Edesa, sellada con el matrimonio entre la hermana del conde Balduino y el sucesor de Tancredo, Roger de Salemo. En la victoria de Tell Danit, lograda frente a Bursuq de Hamadan en 1115, lucharon juntos el conde Balduino y los antioqueños. La posición relativa de Edesa con respecto a Antioquía mejoró todavía más cuando el conde Balduino accedió al trono de Jerusalén en 1118, en parte gracias a las intrigas de Joscelin de Courtenay, quien, pese al exilio de 1113, fue recompensado precisamente con

el condado de Edesa. Tras la derrota de Roger de Antioquía, que halló la muerte en 1119, en una batalla conocida en Occidente como la del Campo de Sangre, Balduino II, como rey, asumió la regencia de Antioquía; en esos momentos, Joscelin era ya el más poderoso de los jefes francos del norte de Siria y es probable que, en ocasiones, actuara incluso como regente de la propia Antioquía. Aunque durante un período breve fue prisionero de Balak de Alepo en 1123, el conde Joscelin dirigió aquel mismo año una fuerza conjunta de los cuatro principados latinos, que pretendía liberar al rey Balduino, quien había sufrido un destino similar poco después que el conde. Hasta la liberación del rey, ocurrida un año más tarde, en 1124, Joscelin fue la más destacada figura laica de Outremer. Más adelante siguió interpretando un papel señero y se unió a Balduino II en los ataques contra Alepo (1124-1125) y Damasco (1129). Ello no fue óbice para que empleara la fuerza a la hora de asegurar sus derechos frente a otros cristianos, cuando lo juzgó necesario; ni tampoco para que pactara con los turcos, como hizo en 1127, durante una disputa con el nuevo príncipe de Antioquía, Bohemundo II. Por otro lado, la historia de la muerte de Joscelin, en 1131, proporcionó a Outremer un notable relato épico. Tras enfurecerse por la cobardía exhibida por su hijo ante una agresión de Anatolia, Joscelin, por entonces gravemente enfermo y postrado en el lecho, insistió en dirigir a sus tropas en el campo de batalla, desde lo alto de una litera. Al ver a Joscelin de esa guisa, los invasores se retiraron sin perder un instante. Cuando lo supo Joscelin, ordenó que bajaran la litera y murió allí mismo, en el camino, dando gracias a Dios.[4]

Después de que, en 1125, los francos fracasaran en la conquista de Alepo, el nuevo atabeg de Mosul, Imad al-Din Zengi, acabó con la anarquía de la ciudad tras ocuparla en 1128. Se había asentado ahora una alianza entre Mosul y Alepo que representaba una seria amenaza contra Edesa, sobre todo después de que los francos fueran asimismo incapaces de tomar Damasco en 1129; la ciudad damascena atrajo la atención de Zengi. Aunque lo que más interesaba al atabeg eran los asuntos de más al este y la política del sultanato selyúcida de Bagdad, Zengi fue aumentando su control sobre las fronteras orientales de la Outremer septentrional. En 1137 se hizo con el castillo franco de Montferrand (Ba'rin); en 1138, con la importante ciudad musulmana de Homs; y en 1140, con una ciudad de

gran importancia estratégica, Ba'albek, en el valle de Biqa, donde instaló como comandante de la guarnición a un mercenario kurdo, Naim al-Din Ayyub: el padre de Saladino. Un inestable ejército con fuerzas de Bizancio, Antioquía y Edesa fracasó en su intento de reconquistar Alepo y Shaizar en 1138, con lo que puso fin, durante toda una generación, a la intervención griega en Siria. Ello dio carta blanca a Zengi y, por ende, el soberano de Damasco, Unur, se vio obligado a firmar un acuerdo con el rey Foulques de Jerusalén, en 1139. La concentración intensificada en el sur incrementaba la vulnerabilidad de Edesa.

Joscelin II, que no fue ningún gran general, continuó manteniendo de forma activa relaciones diplomáticas con los vecinos musulmanes y armenios, pero no pudo evitar que su condado pareciera un blanco idóneo para las incursiones turcas del norte, el este y el sur. El adverso efecto económico que ello tuvo en el país debilitó el control político de Joscelin sobre sus súbditos sirios y armenios y menguó su capacidad de contratar mercenarios. El caos político en la Antioquía de la década de 1130, junto con el hecho de que se aflojaran los lazos con Jerusalén a la muerte de Balduino II (en 1131), dejó a Edesa aún más expuesta; su viabilidad dependía más que nunca de la posibilidad de recibir ayuda militar externa. Quizá sea significativo que los francos de Edesa, poco numerosos y alzados sobre una base de aliados y súbditos que no eran francos, emprendieran un programa bastante menor de construcción de castillos de piedra. Hay algunos datos de una fortaleza franca en Turbessel, que sin embargo no resultan concluyentes; en la propia Edesa, parece ser que se emplearon las fortificaciones ya existentes, con modificaciones puntuales. En 1122, el gobernador armenio de la ciudad, Vasil, erigió una nueva torre, redonda, según cierto modelo de arquitectura armenia.[5] La ausencia de nuevas fortificaciones no significa que los condes de Edesa se hallaran desprotegidos, sino tan solo que, a diferencia de los pares de otros principados de Outremer, carecían de los recursos financieros para costearlas.

En realidad, la caída del principado se debió más a una incursión oportunista que a un hundimiento del sistema; pero fue posible gracias a la debilidad de los latinos y a la diplomacia de Edesa. Tras la repentina muerte del rey Foulques, en 1143, el reino de Jerusalén estaba envuelto en dificultades internas. Antioquía, pese a haberse

librado de una nueva invasión bizantina por el fallecimiento en el mismo año de Juan II Comneno, seguía preocupada, porque las relaciones entre Joscelin II y el príncipe Raimundo de Antioquía eran, según se las describió más tarde, de un «odio insaciable».[6] Las alianzas de Joscelin con los musulmanes contrarios a Zengi dieron al atabeg una excusa para atacar la frontera oriental del condado en el otoño de 1144, cuando el conde se hallaba lejos de Edesa, embarcado en una campaña contra Alepo. Edesa en sí no resistió más de cuatro semanas y cayó en manos de Zengi en la Nochebuena de 1144. A pesar de algunos intentos de reconquista, poco relevantes, la zona del este del Eufrates se había perdido. Joscelin retuvo la mitad occidental del condado, con capital en Turbessel, donde su padre había comenzado su carrera cuarenta años antes. A pesar del asesinato de Zengi en 1146, el resto del condado quedó expuesto a las invasiones tras el fracaso de la Segunda Cruzada (1146-1148), la guerra civil en Jerusalén y la derrota y muerte de Raimundo de Antioquía en Inab, en 1149. Al año siguiente, Joscelin fue capturado por las tropas de Nur al-Din, hijo de Zengi, y pasó en prisión sus últimos nueve años de vida, en Alepo, sometido, según se dijo, a torturas regulares. Su esposa vio que la situación era irremediable y vendió los fuertes restantes al emperador griego Manuel I, en el mismo 1150; al año siguiente, las fortificaciones fueron tomadas por Nur al-Din. El baluarte oriental de los cristianos, que había supuesto una amenaza potencial para el corazón mismo del poder turco, se había perdido para siempre: era un signo de que el caos político de la primera mitad del siglo XII —el que había permitido, e incluso favorecido, el oportunismo político de los dos primeros Balduinos y de Joscelin I— estaba dando paso a una creciente y ominosa unidad musulmana en Siria, que ponía en peligro a toda la Outremer latina.

ANTIOQUÍA

Al igual que el condado de Edesa, el principado de Antioquía debía su creación a los impulsos seculares de la Primera Cruzada. El hecho de que Antioquía hubiera sido la primera sede de san Pedro era una referencia que tendía a ser suprimida por un papado celoso. Al

igual que Edesa, además, la política y la sociedad de Antioquía se organizaban de acuerdo con modelos orientales: griegos, armenios y musulmanes. Nacido de las ambiciones y rivalidades del gran ejército de la invasión occidental en 1097-1098, el principado sobrevivió en la medida en que supo adaptarse a las condiciones locales, y aun sacar partido de ellas, para forjar el sistema de gobierno más plural de toda Outremer; se utilizaban prácticas institucionales de Grecia y Sicilia en una región en la cual los señores de la Marca, los vasallos de diverso orden y los administradores eran europeos occidentales, armenios o incluso musulmanes. La vigorosa identidad independiente de Antioquía se tambaleaba entre las repetidas exigencias de sumisión por parte de Bizancio y la necesidad de que, una y otra vez, los reyes de Jerusalén rescataran al principado de las crisis de sucesión, puesto que casi todos sus príncipes fueron extraordinariamente desafortunados y dados a sufrir accidentes. Aunque su política, su imagen propia y su posición estratégica unieron su suerte a la de Tierra Santa, Antioquía no podía escapar a sus lazos con Bizancio ni pasar por alto sus intereses en Cilicia. En 1137, 1145 y 1158-1159, Antioquía se vio forzada a aceptar el protectorado de Bizancio; pero en muchos aspectos, ello le permitió preservar la autonomía con respecto a Jerusalén.[7]

Cuando Bohemundo tomó el control de Antioquía en 1098-1099, ello parecía ofrecer la perspectiva de una recreación de la región administrativa bizantina que existió en el lugar antes de 1084, la *theme,* con centro en la ciudad. Sin embargo, se topó con obstáculos notables. En Cilicia, su influencia halló la oposición tanto del emperador bizantino como de la aristocracia armenia local, que ansiaba adquirir la independencia por el camino de enfrentar a los griegos con los latinos. En la costa siria, y al sur y al este de Antioquía, hacia la frontera con Alepo, lidiaban por el dominio de la zona Raimundo de Tolosa y los bizantinos. En la época en la que Bohemundo fue capturado por los danisméndidas —en agosto de 1100, cuando intentaba socorrer Melitene—, había perdido el control de Cilicia y Latakia en beneficio de los griegos y no lograba imponer una autoridad clara sobre Al-Bara ni Ma'arrat. En adelante, el carismático fundador del principado ejerció una influencia muy escasa sobre su formación posterior. Estuvo en una prisión danisméndida entre 1100 y 1103, sufrió una derrota desastrosa en Harran en 1104 y a

principios del año siguiente, Bohemundo partió hacia el oeste, con la intención de labrarse un destino en contra de Bizancio.

El auténtico fundador del principado de Antioquía no fue sino el sobrino de Bohemundo, Tancredo de Lecce, regente entre 1101 y 1103 y príncipe legítimo entre 1105 y 1112. A pesar de sufrir numerosos reveses, a la hora de su muerte, Tancredo había recuperado Cilicia; había extendido la soberanía antioqueña a los príncipes armenios del norte; había incorporado el valle del Ruj y el Yabal as-Summaq, tras derrotar a los alepenses en Arta, en 1105; de facto, había anexionado Edesa entre 1104 y 1108; había ocupado los puertos de Latakia, Baniyas y, por un breve período, Jubail; había empujado las fronteras de Antioquía al este del Yabal Talat y al sur, hasta Apamea, con lo que amenazaba a las ciudades de Alepo y Shaizar, respectivamente, que en distintas épocas tuvieron que pagar tributos a los príncipes de Antioquía. A pesar de que fracasó al desafiar al rey Balduino I por la cuestión de Edesa en 1109-1110, y que salió mal parado en la disputa de sucesión de Trípoli, en 1109, lo cierto es que la Antioquía de Tancredo dominó el norte de Siria y poseía la fuerza necesaria para resistir a las invasiones de Maudud de Mosul (1110-1113); tenía plena confianza de que la táctica de evitar las batallas campales no destruiría la cohesión interna de sus territorios. Una red de señoríos de la Marca, trazada a lo largo de sus límites, ofrecía protección a las áreas centrales del valle del Orontes, incluso cuando se franqueaban las fronteras del principado. Tras una de estas incursiones, en 1115, Roger de Salemo obtuvo una victoria aplastante en Tell Danit contra Bursuq de Hamadan, comandante de un ejército enviado por el sultán bagdadí, con lo que se recuperó la tranquilidad en la vulnerable frontera suroriental. El príncipe Roger contribuyó a este empeño al capturar las fortificaciones de Saona, Balatonos y Marqab. Su buena fortuna terminó en 1119, cuando el ejército de Antioquía fue aniquilado por Il-Ghazi, de Mardin, en el Campo de Sangre. Sin embargo, la misma derrota puso de manifiesto la fortaleza del principado. Roger había cometido la locura de no esperar la llegada de los refuerzos del sur, antes de correr a enfrentarse en una batalla campal. Pero Balduino II logró salvar la situación mediante la resistencia constante de las guarniciones de frontera, que le dieron un margen de tiempo, así como la eficacia de la movilización general que ordenó en Antioquía; pero

no porque el victorioso 11-Ghazi fuera un imbécil entregado a orgías sin freno, según apuntaron algunos contemporáneos.[8]

La supervivencia de Antioquía tras el desastre de 1119 pone de relieve las características del régimen erigido por Tancredo y Roger. Así, la administración mostraba algunas continuidades con el anterior Gobierno bizantino, como el cargo de dux en la ciudad de Antioquía; por el contrario, los cargos de administración principescos —canciller, senescal, chambelán— recordaban puestos similares de las cortes normandas, septentrionales o meridionales, de Occidente; quizá ello no sea de extrañar, dado que muchos de los señores con feudos en el principado remontan sus orígenes a Normandía o a Sicilia y el sur de Italia. Algunos quizá se reunieran en torno de Tancredo durante la audaz carrera que desarrolló durante la Primera Cruzada y sus incursiones territoriales por Judea y Galilea. Otros quizá hubieran sido partidarios de Bohemundo en 1098. Lo que resultó más importante es que los barones de Antioquía permanecieron siempre leales a sus príncipes en el período formativo del Gobierno franco y, más adelante, fueron fieles a la integridad independiente del principado. En 1135, los barones rechazaron las insinuaciones que dirigiera a Bizancio la princesa Alicia, viuda por propia deliberación. En 1161-1163 obligaron a su hija, la veleidosa Constancia, a nombrar príncipe a su propio hijo, Bohemundo III.[9] La amenaza constante de invasión y posterior pérdida de la independencia, el vigoroso respaldo personal de los príncipes y, por último, la falta de interferencias del poder central en el manejo de sus señoríos favoreció mucho la lealtad de los barones. Rainaldo Masoir forjó un señorío sólido en la zona sur del principado, con centro en Baniyas y Marqab. A pesar de las incertidumbres y del caos que siguió a 1119, se asoció con el Gobierno regente de Balduino II y, tras la llegada del joven Bohemundo II en 1126, obtuvo el favor del príncipe y fue nombrado condestable en 1127; fue el único gran terrateniente que ostentó un cargo similar. Bohemundo II murió en combate en 1130; a continuación, durante unos pocos años, Rainaldo asumió la regencia. Las ventajas eran evidentes. Los orígenes de Rainaldo se pierden en la oscuridad, pero su hijo fue considerado un grande y se lo autorizó a contraer matrimonio con la hija del conde de Trípoli; por otro lado, su esposa, Cecilia, era la viuda de Tancredo, al par que hija ilegítima del rey francés Felipe I el Gordo.[10]

A] igual que se apoyaban en la cooperación con el príncipe, los señores de las Marcas de Antioquía, como en las otras zonas de Outremer, no podían permitirse una mentalidad de asedio inflexible contra los vecinos musulmanes. Roberto FitzFulk, denominado «el Leproso», controlaba, entre otras propiedades, la fortaleza de Zardana, en la frontera con Alepo. Como era de prever, estableció alianzas con los soberanos musulmanes hostiles a Alepo, incluidos Il-Ghazi, de Mardin, y Tughtegin, el atabeg de Damasco, con quienes firmó un pacto militar en 1115. A Tughtegin se lo recuerda incluso como amigo de Roberto, aunque de ser así, ello no le impidió decapitarlo en persona en 1119." Menos arriesgadas fueron las relaciones de Alan, señor de Al-Atharib —otro fuerte fronterizo entre Antioquía y Alepo— y su médico musulmán, el cronista Hamdan ibn Abd al-Rahmin (*ca*. 1071-1147/1148), quien, como recompensa por haber sanado a Alab, recibió una aldea y sus rentas. Hamdan contribuía a la administración regional; en cierto momento, presidió el *diwan* ('archivo') de Ma'arrat al-Nu'man. Sin embargo, el oportunismo de Hamdan no era menor que el de cualquier franco. En 1128 juró lealtad al enemigo, a Zengi de Alepo, y volvió a administrar la misma región fronteriza que había dirigido con anterioridad para los señores cristianos, ahora en beneficio último de su nuevo conquistador.[12] El caso de Hamdan es infrecuente, pero no único. En 1118, el príncipe Roger concedió tres aldeas a un jeque local musulmán.[13] La retórica de la guerra santa, tan cara a los observadores eclesiásticos, como por ejemplo el canciller antioqueño Gualterio, que narró las vicisitudes del gobierno del príncipe, escondía en realidad una cooperación entre los distintos credos y la búsqueda del interés mutuo, como en la campaña conjunta que emprendieron el príncipe Roger, Tughtegin de Damasco e Il-Ghazi de Mardin, en 1115, contra los selyúcidas.[14]

En su aspecto interno, las comunidades cristianas no latinas presentaban problemas y oportunidades no muy distintos. A diferencia de lo que ocurría en las zonas más meridionales de Outremer, es probable que el campesinado musulmán fuera minoritario en el principado de Antioquía. La influencia griega era poderosa en la lengua, las costumbres, la identidad y la religión, especialmente en la propia ciudad de Antioquía. Sin embargo, era difícil que latinos y griegos llegaran a acuerdos, dado que los bizantinos reclamaban

para sí el señorío de la zona; ello quizá precipitara la marcha del patriarca griego de Antioquía, Juan IV el Oxita, en 1100. La jerarquía eclesiástica latina del principado actuó como institución fundamental de la autoridad franca, dirigida primero por el formidable Bernardo de Valence, antiguo capellán de Ademar de Le Puy y patriarca entre 1100 y 1135. Tanto él como su sucesor, Aimery de Limoges (1140-1193) proporcionaron una dirección política al par que espiritual durante los momentos de crisis, como en 1119, 1123, 1130, 1149 y 1161. Por el contrario, la división entre los poderes laico y eclesiástico no hacía sino debilitarlos a los dos, como se vio durante el turbulento patriarcado de Raúl de Domfront (1135-1140), o cuando el príncipe Rainaldo dirigió en contra del patriarca Aimery una polémica sobre las exacciones de la iglesia, tendente en realidad a costear las guerras del príncipe. Aimery, erudito de reputación internacional, hablaba con fluidez y por igual el latín y el griego, y fue traductor de algunos pasajes de la Biblia al castellano, siendo el primero en realizar esta clase de versiones a una lengua romance. Los matones de Rainaldo apalizaron a Aimery y lo dejaron encadenado, al sol, un día entero, con la cabeza ensangrentada y untada de miel, para mayor delicia de los insectos del lugar. Como era de esperar, tras ser liberado, Aimery abandonó Antioquía y se marchó a los alrededores de Jerusalén, menos bárbaros; solo regresó al principado después de que Rainaldo cayera prisionero de Nur al-Din, en 1161.[15] Dejando aparte estas querellas internas, la imposición de una jerarquía latina en el norte de Siria siguió a la conquista política y era paralela al sometimiento y la explotación de la población nativa de lengua griega. La dimensión no menos política que económica de este sometimiento se observa claramente si lo comparamos con las relaciones, mucho menos agresivas, de la iglesia latina con las iglesias jacobita y armenia; estas no representaban ninguna amenaza política.[16]

En la hostilidad antihelénica se reflejaba la delicada posición internacional de Antioquía. Aunque Alejo I había fracasado en su intención de recuperar la ciudad, pasó una década hasta que le fue arrebatado definitivamente el control de Latakia, antes de lo cual había arrancado a Bohemundo el reconocimiento expreso de sus derechos sobre Antioquía, con la firma del tratado de Devol, en 1108. La campaña de Bohemundo contra Bizancio en los Balcanes, en 1107-1108,

contó con el apoyo generalizado de Francia y la autoridad papal, sobre todo; gozó de indulgencias y se realizó con el propósito declarado de socorrer a Jerusalén; pero demostró ser todo un fiasco. El largo, costoso e inútil asedio de Dirraquio terminó con una negociación en la cual Bohemundo aceptó la titularidad de una Antioquía muy menguada, al tiempo que se reconocía vasallo de Alejo de por vida, sin posibilidad de reversión hereditaria; el normando se quedó sin más compensación que una promesa vaga de tierras hereditarias más al este. El patriarca de Antioquía tenía que ser, en adelante, griego ortodoxo. Para echar más sal en la herida, entre los testigos de la parte del emperador había varios ítalo-normandos al servicio de Bizancio, incluidos diversos parientes de Bohemundo y veteranos de la Primera Cruzada.[17] Pero en realidad, el tratado era letra muerta. Bohemundo se negó a regresar a Oriente y Tancredo, a aceptar la validez del acuerdo, a lo que Bizancio respondió con apatía. Aparte de algunos movimientos dubitativos, con los que en 1119 se miró de establecer una alianza dinástica, hasta poco antes de 1140 la acción griega se concentró en Cilicia, aunque en 1135, la princesa viuda de Antioquía, la ambiciosa y entrometida Alicia de Jerusalén, había propuesto sin éxito otro matrimonio griego, entre su hija, la heredera, y el hijo del emperador, como medio de conservar su propio poder. Solo cuando los emperadores comenzaron a prestar atención y dirigir sus ejércitos hacia el norte de Siria —Juan II en 1137-1138 y en 1142, y Manuel I en 1158-1159—, aspiró la soberanía bizantina a influir en la política de modo práctico, lo que obligó al príncipe Raimundo a jurar homenaje en 1137 y 1145; el príncipe Rainaldo tuvo que hacer lo mismo en 1159.[18] Para los príncipes de Antioquía, la pretensión griega daba un contexto irritante a sus propias acciones; para Outremer, posiblemente, se trató de una oportunidad perdida. La tensión y el enfrentamiento constante por la condición de Antioquía, junto con la discriminación interna (que afectó, en el seno del principado, a la población griega y la iglesia ortodoxa), impidió que los soberanos latinos de más al sur se beneficiaran de lo que en el siglo XII continuaba siendo el poder cristiano más poderoso del Mediterráneo oriental. Ello solo cambió con la aproximación diplomática de la década de 1160, marcada por la espléndida dramatización e irrelevancia política de la entrada de Manuel I en Antioquía, en 1159, así como su matrimonio con la her-

mana de Bohemundo III, María de Antioquía, en 1161. Mientras Alejo I y Juan II habían buscado el control activo de Antioquía, en cambio, Manuel, preocupado por la idea de que una agresión pudiera hacerle perder aliados en Occidente, se contentó con aceptar un señorío distante, benevolente y, en lo esencial, estéril. Aunque quizá estaba haciendo, de la necesidad, virtud.

Los bizantinos no estaban solos en su inquietud por Antioquía. Los repetidos desórdenes dinásticos atrajeron, como no podía ser menos, la atención de otras potencias occidentales. Tras la muerte del príncipe Roger, acaecida en 1119, la regencia de Balduino II de Jerusalén garantizó que la sucesión favorecería a Bohemundo II, a la sazón un niño, que estaba siendo educado en Apulia. Tras su llegada en 1126, Bohemundo casó con la hija de Balduino, Alicia, lo que respondía a la intención clara de consolidar la influencia de Jerusalén. Pero Bohemundo murió en combate a los pocos años, en 1130. Aparte de Constancia, hija suya de cortísima edad, el pariente Hauteville más próximo era Roger II de Sicilia, primo camal de Bohemundo I y enemigo acérrimo de los emperadores bizantinos; Roger temía que Antioquía pudiera convertirse en un bastión de hostilidad antisiciliana. El nuevo rey de Jerusalén, Foulques de Anjou, asumió la función tradicional de regente y se aseguró de que no le sucediera ni un griego ni un siciliano; para ello escogió a un francés, Raimundo de Poitiers, hijo del antiguo cruzado Guillermo IX de Aquitania, que contrajo matrimonio con la heredera de Antioquía, Constancia, en 1136. En Occidente, las afinidades de Raimundo lo acercaban a Enrique I de Inglaterra, cuya hija Matilde se casó con un hijo del propio Foulques de Jerusalén, Godofredo. Roger II de Sicilia cerró los puertos del sur de Italia a Raimundo, con la intención de impedir que llegara a Oriente; el futuro príncipe solo escapó a su captura utilizando disfraces y subterfugios.[19] El enérgico mandato de Raimundo representa el final del período normando en la soberanía de Antioquía y, en la práctica, el final del interés directo de Occidente por la sucesión del principado.

Aunque en los aspectos de administración y titularidad era autónomo, Antioquía no habría sobrevivido sin la intervención repetida de los reyes de Jerusalén, que evitaron que el principado sucumbiera ora al caos interno, ora a la conquista musulmana. Así, gobernaron ellos mismos o instalaron a los soberanos Balduino I

(en 1109-1110, 1111 y 1115), Balduino II (en 1119-1126 y 1 BO-US 1), Foulques (en 1131-1132 y 1133) y Balduino III (en 1149, 1150, 1152, 1157, 1158 y 1161). Los lazos jurisdiccionales oficiales entre Antioquía y Jerusalén siguieron siendo confusos y se complicaban por las relaciones de unos y otros con Bizancio. Sin embargo, cuando Balduino I arbitró en los asuntos de Antioquía en 1109, al igual que Balduino III en 1150, partían de suponer la soberanía de Jerusalén; también se originaba aquí la política constante de ayuda fraternal que, además de servir a los intereses de las dos partes, revelaba una característica básica de la mentalidad política de Outremer. Tanto las páginas del cronista de Antioquía Gualterio el Canciller, de principios del siglo XII, como las del gran escritor jerosolimitano Guillermo de Tiro, de finales de siglo, están impregnadas de la convicción de que existía una única comunidad política cristiana, que se extendía desde las montañas de Cilicia hasta los desiertos de Arabia. La importancia de Antioquía en el seno de esta comunidad recibió asimismo otra clase de reconocimientos: en 1130, el emir danisméndida envió, como regalo para el califa de Bagdad, la cabeza embalsamada de Bohemundo II, precedente macabro de lo que ocurrió en 1149, tras la batalla de Inab, cuando Nur al-Din entregó al califa la cabeza y un brazo del príncipe Raimundo.[20] En cualquier caso, Antioquía no era el hermano pobre de Oriente. Todos los príncipes realizaron políticas de expansión enérgicas y, con frecuencia, victoriosas. Aun a pesar de su truculenta conclusión, la agresión de Raimundo fue continuada en la década de 1150 por el segundo marido de su viuda, el aventurero Rainaldo de Châtillon, quien se enfrentó tanto a los musulmanes como, durante una incursión en Chipre, en 1156, a los griegos. Tancredo murió relativamente joven. Roger, Bohemundo II y Raimundo murieron en batallas que habían elegido librar. El oportunismo de Rainaldo lo llevó a pasar dieciséis años en una prisión de Alepo. Sus destinos y la supervivencia del principado, que no fue conquistado durante otro siglo, sirven como paradigma de lo que fue el gobierno cristiano de Outremer: tan frágil como tenaz.

TRÍPOLI

La existencia del condado de Trípoli lo debió todo a la obstinada determinación de Raimundo de Tolosa; su identidad sostenida, en cambio, se apoyó en los intereses de los reyes de Jerusalén, las necesidades estratégicas más generales de Outremer y las ambiciones de los herederos provenzales de Raimundo, peleados entre sí. Tras haber sido expulsado de Antioquía (1098-1099), Jerusalén (1099) y Latakia (1102), Raimundo, acompañado por veteranos de las cruzadas de 1101, volvió la vista más al sur y conquistó Tortosa en 1102. Desde 1103 centró la atención en Trípoli, a la sazón el puerto principal de abastecimiento de Damasco, que quiso como capital de un nuevo señorío. Para ello puso sitio a la ciudad. Erigió un gran castillo sobre una loma situada a unas dos millas del puerto,* el Monte Peregrino, al que en árabe se designa todavía hoy como Qal'at Sanjil: Castillo de Saint-Gilles. Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, cuyos proyectos fueron desbaratados en numerosas ocasiones por sus coetáneos, quizá se habría sentido satisfecho con este espaldarazo popular de la posteridad. Su castillo de Monte Peregrino permaneció en manos cristianas de manera continuada entre 1103 y 1289, más que ninguna otra fortaleza de la Outremer continental.[21]

A la muerte de Raimundo, en 1105, Trípoli seguía ajena al control cristiano. Los seguidores de aquel escogieron como señor a su primo, Guillermo-Jordán, conde de Cerdeña, a pesar de la presencia en Monte Peregrino de un hijo pequeño del conde, Alfonso-Jordán, y de la existencia de un hijo bastardo, Bertrán, mucho mayor, que había estado gobernando Tolosa durante una década, en el nombre de su padre. En la sucesión de Guillermo-Jordán se refleja un problema frecuente en Outremer, donde la ley no la constituía sino la presencia y la posesión por la fuerza. En Jerusalén, en los primeros días posteriores a la conquista, la propiedad quedó determinada por la ausencia o la ocupación (con lo que se dio en llamar *assise de l'an et jour).* Al igual que un terrateniente absentista resulta inútil para el asentamiento o la defensa, también lo eran los señores ausentes, lo que representó una razón poderosa para hacer caso omiso de las

*** Algo más de tres kilómetros. (A. *de los t.)***

reglas más estrictas de la herencia (si es que llegaron a existir); así ocurrió en 1105 en Trípoli, como en 1118 en Jerusalén, y, en Antioquía, en 1111 (al morir Bohemundo en el oeste) y 1112 (fecha de la muerte de Tancredo). Las costumbres de Occidente eran menos displicentes. Alfonso-Jordán y su madre regresaron a Tolosa, a la que llegaron en 1118, causando un serio problema a Bertrán, al cual la iglesia consideraba ilegítimo. Ese mismo año, Bertrán dejó a su hermanastro nominalmente al cargo de las tierras provenzales de la familia y partió hacia Oriente, a probar fortuna. Es de notar que ningún soberano del siglo XII contempló en serio la posibilidad de unir sus señoríos de Oriente y Occidente para crear un imperio transmediterráneo. Aunque algunos señores, como por ejemplo Bohemundo o Raimundo de Tolosa, retuvieron sus títulos de antiguo, otros no, como Foulques V de Anjou, cuando ascendió al trono de Jerusalén. Es un principio completamente pragmático, que parece haberse aplicado igualmente a los barones de las colonias y a los señores de condición menos elevada.

La llegada de Bertrán a Outremer provocó una agria disputa por la sucesión. Guillermo-Jordán buscó la ayuda de la figura más señera de la Cristiandad del norte de Siria, Tancredo de Antioquía; por su parte, Bertrán, con el respaldo de un ejército considerable y una gran flota genovesa, rindió homenaje al no menos codicioso Balduino I de Jerusalén, quien utilizó su prestigio real y su influencia militar para imponer en 1109 una división del condado. Al poco tiempo murió Guillermo-Jordán, entre rumores de asesinato. Entre tanto, la propia Trípoli se rindió por fin a Bertrán, Balduino y los genoveses. Se perdonó la vida a la guarnición musulmana, pero la ciudad fue saqueada y se destruyó su famosa biblioteca: «los libros ... eran ciertamente incontables», según se lamentaba Ibn al-Qalanisi de Damasco.[22]

Bertrán (que murió en 1112) controlaba la costa desde Maraclea, por el norte, hasta el río Dog, por encima de Beirut, en el sur. En la etapa de mayor extensión, alcanzaba por el interior desde el Krak de los Caballeros y el valle del Orontes hasta Oms y algo más al norte de Montferrand (Ba'rin), en el camino de Hama. Aunque el conde debía homenaje y fidelidad al rey de Jerusalén —que en tiempos de crisis, como tras el asesinato de Raimundo II (1152) o la cautividad de Raimundo III (1164), actuó como guardián o regen-

te—, el condado de Trípoli quedaba fuera de su reino, a diferencia de lo que acaecía con un señorío de dimensiones y recursos similares, el de Galilea. El rey de Jerusalén no tenía derechos directos de titularidad, ni influencia política y legal establecida sobre los vasallos o los feudos del condado. Su jerarquía eclesiástica mantenía la lealtad al patriarca de Antioquía, y no al de Jerusalén, en contra de las instrucciones del pontífice; ello se debía, en parte, a lo estrecho de las relaciones políticas que entre el condado tripolitano y el principado antioqueño estableció el conde Pons (1112-1137), hijo de Bertrán. El condado estaba dividido en señoríos aislados, cuyo centro eran los puertos (como Jubail o Tortosa) o los castillos del interior; el conde controlaba, como posesión propia, la franja costera del entorno de Trípoli y la región fronteriza oriental de las cercanías de Montferrand, cuya pérdida, ocurrida en 1137, mermó los recursos condales. La vulnerabilidad del condado llevó a una delegación del poder. En 1144, en parte para contrarrestar a los Asesinos (*hassasin*), que acababan de asentarse en las montañas de Nosairi, y en parte como defensa contra Homs, Raimundo II cedió a los hospitalarios el dominio de grandes zonas del este del condado, incluidas gran parte de la llanura de Buqai'ah, el área de Montferrand y la fortaleza de Hisn al-Akrad. En la década de 1150, los templarios se apoderaron de Tortosa. Las dos órdenes militares construyeron castillos de importancia: los templarios, en Tortosa; y los hospitalarios, en Hisn al-Akrad o, como se lo llamaba ahora, el Krak de los Caballeros. Por otro lado, la aportación genovesa a la fundación del condado recibió, como recompensa, un barrio de Trípoli y, entre otras posesiones, el puerto de Jubail, que el conde Bertrán concedió al almirante genovés Guillermo Embriaco. Sus descendientes devinieron vasallos del conde y señores de propio derecho de Jubail, hasta los últimos años del siglo XIII, cuando, molestos con el trato que les daba el conde de Trípoli, Jubail rindió vasallaje, durante un breve período de tiempo, al sultán de Egipto.[23] Estas cesiones de poder y responsabilidad pusieron de manifiesto que el condado de Trípoli, sus condes y sus recursos, adolecían de una debilidad estructural. Así, cuando Raimundo III ejerció su influencia y autoridad en el exterior de Trípoli, al actuar como regente de Jerusalén en las décadas de 1170 y 1180, no lo consiguió como fruto de su posición, sino de sus relaciones familiares, pues era bisnieto de Balduino II y nieto

de la reina Melisenda, y había contraído matrimonio con la heredera más rica del reino solimitano, Esquiva de Galilea.

Esta debilidad se vio exacerbada por los graves problemas de sucesión, asesinatos y cautividades. Durante la Segunda Cruzada (1146-1148), Alfonso-Jordán de Tolosa, hijo de Raimundo I, nacido en Monte Peregrino, llegó a Oriente dotado de una legitimidad formal mayor que la de quien era a la sazón titular del condado, Raimundo II, nieto del bastardo de Raimundo I. Pero Alfonso-Jordán falleció de forma súbita en Palestina, en 1148, acompañado de los rumores habituales de juego sucio; y su propio hijo ilegítimo, Bertrán, con el apoyo de tropas tolosanas, desafió la autoridad de Raimundo en 1149, al apoderarse de la fortaleza de Arima, en el camino de Tortosa a Homs. Según fuentes árabes, Raimundo solventó de manera expedita esta amenaza fastidiosa: invitó a Nur al-Din y Unur de Damasco (quienes habían sido sus enemigos un año atrás, durante el asedio cruzado de Damasco) a eliminar al pariente molesto. Arima fue reconquistada y arrasada y regresó a manos de Raimundo. Bertrán fue llevado en cautividad a Alepo, donde languideció por diez años. Su destino supuso un tributo claro al eclecticismo político de los gobiernos de Outremer.[24]

Otro fue la muerte de Raimundo II a manos de los Asesinos, en 1152. Los Asesinos derivaban de una secta ismailí, la Nueva Predicación, fundada en la zona noroccidental de Irán a finales del siglo xi. Los ismailíes se diferenciaban de los chiíes por el hecho de reconocer la sucesión no de doce, sino de siete imanes (los jefes de la comunidad islámica, descendientes del califa Alí, yerno del Profeta, que murió asesinado en 661). Los Asesinos surgieron de entre los ismailíes persas de Alamut, en las inmediaciones del mar Caspio; tras una carrera teñida de sangre en Alepo y Damasco, desde 1132 los Asesinos sirios crearon en los montes Nosairi, cerca de Tortosa, bases que eran al mismo tiempo comunidades religiosas y políticas. Entre 1169 y 1193 fueron dirigidos por el jeque Rashid al-Din Sinan, conocido como «El viejo de las montañas». Los Asesinos se distinguían de otras sectas y grupos religioso-políticos islámicos por la utilización del asesinato como instrumento político, con lo que buscaban compensar, ante todo, su escaso poder militar. El miedo, la extorsión y los inexpugnables bastiones de las montañas dieron a los Asesinos notoriedad y, en el siglo XIII, cierta respe-

tabilidad política. Aunque en ocasiones se aprestaron a realizar el trabajo sucio para otros, los Asesinos poseían su propio idealismo: la restauración del gobierno radical ismailí en el islam. Por esa razón, sus objetivos fueron sobre todo musulmanes suníes ortodoxos. Usaban siempre la misma arma: la daga. El nombre de *hassasin,* común en las fuentes arábigas y, adaptado a cada lengua, en las occidentales, procede del hachís que se afirma tomaban los asesinos antes de cometer lo que consideraban un acto de piedad, puesto que se veían a sí mismos como devotos dispuestos a asumir el martirio por la fe. Raimundo II fue la primera víctima no musulmana de la que se tenga noticia; no se conocen con exactitud las razones de su muerte. Las consecuencias fueron graves para el condado, ya que dio origen a otro período de regencia, ahora por parte de Hodierna, hermana de la reina Melisenda y tía de Balduino III. La reacción inmediata al asesinato de Raimundo despertó el racismo latente entre los francos, que masacraron a toda la población oriental nativa de Trípoli, independientemente de su religión. «Con este proceder, se confiaba en encontrar a quienes habían perpetrado aquel acto inmundo.» Pero no se logró.[25]

A pesar del éxito de Nur al-Din de Alepo, que reunificó a la Siria musulmana en el cuarto de siglo anterior a su muerte, acaecida en 1174, y de que Raimundo III pasó una década en cautividad (1164-1174), el condado siguió manteniendo el control, aunque precario, de la costa. Sin embargo, a diferencia de Antioquía y de Jerusalén, es difícil detectar una cultura política coherente y distintiva. La sola existencia del condado de Trípoli, que en la década de 1150 no era más que una asociación poco rígida de señoríos independientes, es señal de lo caprichosa que era la estructura política de Outremer. La creación de cuatro principados distintos, aunque sea reflejo de sus historias y geografías locales respectivas, indica una falta de perspicacia estratégica por parte de la mayoría de los invasores occidentales, al menos hasta que los éxitos de Nur al-Din y Saladino concentraron el pensamiento. El hábito de buscar una gratificación inmediata de la ambición, el oportunismo o las pretensiones personales no se alteró ni siquiera ante el aviso de los hechos y de varios observadores en las décadas de 1170 y 1180. El modelo de la construcción de castillos aumenta la impresión de miopía, dado que se hacía mucho más hincapié en la administración señorial in-

dividual que en la defensa de las fronteras. Quizá solo las órdenes militares, que contaban con posesiones en todos los principados, pero no debían lealtad a ninguno, tuvieron la previsión de incorporar alguna clase de planteamiento estratégico a sus castillos y sus campañas. Aparte de aquellas, la unidad no solía proceder, en Outremer, sino de los reyes de Jerusalén: Balduino I, que impuso un asentamiento en el norte de Siria, entre 1109 y 1111; y Balduino II, que utilizó los matrimonios de sus hijas: Alicia, con Bohemundo II de Antioquía; y Hodierna, con Raimundo II de Trípoli. Primaban las dinastías. A Raimundo III, que falleció sin hijos, le sucedió en el condado de Trípoli Bohemundo IV de Antioquía, sobrino en tercer grado de la madre de Raimundo.

JERUSALÉN

Aun siendo un reino cuyos adeptos lo consideraban creación de Dios, lo cierto es que el de Jerusalén exhibió una desunión y una fragilidad decepcionantes. Nunca estuvo completamente libre de amenazas de invasión; en varias ocasiones —1133-1134, 1152, 1182 y 1186— estalló una guerra civil o estuvo a punto de hacerlo. Sus soberanos, incluido un homosexual bigamo y otro que desposó a una mujer bígama, fueron incapaces de obtener herederos masculinos de buena salud. La línea dinástica se tambaleaba de modo alarmante y perjudicial. Las sucesiones de 1100, 1118, 1163 y 1186 fueron objeto de enfrentamientos directos, y ninguna sucesión fue ajena a la polémica; aun así, debe tenerse en cuenta que podríamos decir casi lo mismo de la Inglaterra del siglo XII. Solo en dos ocasiones sucedió un hijo a su padre, en 1143 y en 1174, pero las dos veces se trató de un menor y, en el segundo caso, enfermo de lepra. La sucesión recayó en menores de edad en tres ocasiones en total. Como es inevitable, dado el panorama, el régimen estuvo marcado por la lucha y las enemistades de las diversas facciones; si la acción política de la corte real y de su entorno ya era muy cerrada y privada, ello se vio agravado por la reducida extensión geográfica del reino y el hecho de que los barones carecían de razones, fiscales o económicas, para dedidar tiempo de sus haciendas. Los grandes de la aristocracia occidental que visitaron la escena política local encon-

traron que era repugnante y ponzoñosamente introspectiva.[26] Jerusalén adquirió en Occidente —sin duda, por la Segunda Cruzada— la reputación de ser un reino inconstante y decadente, en oposición a sus coetáneos árabes, que llamaron la atención sobre su naturaleza belicosa y la falta de higiene personal. Sin embargo, a lo largo del siglo XII Jerusalén continuó siendo el alma emocional, política y estratégica de Outremer. Su ideología era hija del cristianismo militante; sus soberanos se aculturaron por entero a las exigencias de Oriente y cuatro de ellos —Balduino I, II, III y Amalarico— se casaron con princesas griegas o armenias; para los gobernantes occidentales, su destino era una cuestión de eclesiásticos, peregrinos, colonos y cruzados, pero su historia era ya materia de épica y leyendas.[27] El hecho de que esto fuera así, ya es muy significativo, en lo que respecta a los cimientos materiales del reino.

El 18 de julio de 1100, cuando Godofredo de Bouillon murió en Jerusalén, solo una rápida intervención de sus partidarios impidió que el nuevo patriarca, el antiguo legado papal Daimberto de Pisa, impusiera su gobierno eclesiástico sobre el pequeño enclave de Judea.[28] En el mes de diciembre anterior, desesperado por obtener ayuda militar, Godofredo había aceptado que Daimberto lo invistiera rey de Jerusalén; Daimberto acababa de llegar a la Ciudad Santa, junto con su aliado Bohemundo y con Balduino de Edesa, para cumplir sus votos. Apoyado en el poder de su entorno pisano y de su riqueza, Daimberto había obligado luego a Godofredo a transferirle la propiedad de Jerusalén y Jaffa, en las cuales el duque retendría solo un interés vitalicio. La marcha de la flota de Pisa y la llegada de una veneciana, sin embargo, reforzó la mano de Godofredo antes de su muerte. Con posterioridad, la ausencia fortuita de Daimberto, que no se hallaba a la sazón en Jerusalén, permitió a la casa militar del duque lanzar un golpe de Estado; se apoderaron de la ciudadela y enviaron mensajes urgentes al hermano de Godofredo, Balduino de Edesa, para que asumiera la herencia. Al recibir estas noticias, Daimberto y Tancredo —enemigo de Balduino desde hacía muchos años, que acababa de conquistar Galilea y Haifa— intentaron invitar a Bohemundo para que se acercara al sur; pero este había salido de Antioquía para emprender una campaña en el norte y en agosto cayó prisionero de los danisméndidas. Ante estas circunstancias, Balduino tuvo que concentrarse en asegurar el control de Antioquía; en oc-

tubre dejó Edesa en manos de su primo, Balduino de Le Bourcq, y se marchó al sur. Derrotó a un ejército damasceno en el río Dog y llegó a Jerusalén en noviembre. Tancredo se estaba retirando a Galilea y al año siguiente se le encomendó la regencia de Antioquía; con todo ello, Daimberto se vio forzado a rendirse. Mientras que Godofredo continuó con el único título de duque, pero dejó que los demás lo describieran como Abogado del Santo Sepulcro, con Balduino —en otros tiempos, clérigo instruido— no se toleraba ambigüedad alguna con respecto a los títulos o la autoridad. El día de Navidad de 1100, con cierto tacto quizá, y sin duda con mucho acierto, en la iglesia de la Natividad de Belén, y no en la del Santo Sepulcro, Balduino fue coronado por Daimberto como, en palabras de este último, «rey de los latinos de Jerusalén».[29]

Balduino de Boulogne creó el reino de Jerusalén. Era el hijo menor de Eustaquio II de Boulogne, que siempre intentó sacar tajada de las circunstancias. En origen parecía destinado a la iglesia, pero abandonó el hábito en búsqueda del éxito secular, aunque toda su vida mantuvo un aire ligeramente eclesiástico en sus ropas y sus maneras.[30] Se casó en tres ocasiones, con voluntad de medro mundano, y en una de ellas, practicó la bigamia; es probable que fuera homosexual y que uno de sus amigos íntimos más exóticos fuera un gazí, un musulmán converso, que intentó traicionarlo más adelante, en 1110, durante el asedio de Sidón. En apariencia eran inseparables, incluso cuando el rey orinaba.[31] Su primer matrimonio, con Godechilda de Tosni, no le permitió abrirse un hueco entre la lucrativa nobleza anglo-normanda. Esta esposa falleció en Marash en 1097, cuando Balduino utilizaba ya la Primera Cruzada para mejorar su condición. En varias ocasiones unió a la valentía una concentración exclusiva en el medro personal: en Cilicia, en 1097, cuando reclutó ayuda entre los musulmanes para ganarle la batalla a Tancredo; y en Edesa, en 1098, cuando no vaciló en sacrificar a su señor, Toros. Su segundo matrimonio, con la armenia Arda, cumplía una función similar al primero, al proporcionar a Balduino una relevancia política propia. Se le pidió que gobernara Jerusalén y demostró ser un jefe militar extraordinario, además de —a diferencia de su hermano, Godofredo, que siempre fue algo abúlico— un político astuto y de ideas claras. La agresión incesante a sus vecinos; una política de conquista estratégica; y la firme imposición de la

autoridad real sobre sus vasallos laicos y eclesiásticos fueron la base de su exitoso reinado. Ni siquiera su propio capellán, Fulquer de Chartres, se atrevió a afirmar que Balduino fuera piadoso; tampoco lo hiceron los panegiristas posteriores. En lugar de ello, se asevera que Balduino era «escudo, fortaleza y apoyo [de su pueblo]; su brazo derecho; el terror de sus enemigos».[32]

En los primeros años de su reinado, la conquista de los puertos costeros se vio interrumpida por una defensa desesperada contra las invasiones egipcias de 1101 y 1105, de las cuales dependía la supervivencia del reino. Damasco, el ejército que Balduino había derrotado en su trayecto hacia el sur, en 1100, se mantenía aparte, pues no deseaba contribuir a una reconquista fatimí de Palestina. Sin embargo, a medida que las victorias francas les iban denegando el acceso libre a la costa, los damascenos protestaron contra la fortificación de Galilea por parte de los vasallos de Balduino y buscaron aliados en Iraq. Entre 1109 y 1115, la atención de Balduino se centró regularmente en el norte; en 1109 solventó las disputas entre Antioquía, Edesa y Trípoli y en adelante proporcionó ayuda militar contra los repetidos ataques de Mosul. En 1113, Maudud de Mosul, en coalición con Damasco, atacó Palestina y derrotó a Balduino en Es-Sinnabra, en Galilea, pero sin capturar ciudad ni fortaleza algunas. Aquel mismo año, Maudud murió a manos de los Asesinos; eso posibilitó un acercamiento diplomático con Tughtegin de Damasco, quien, al temer por igual la dominación selyúcida que la fatimí, consideraba que los francos eran útiles en el establecimiento de un equilibrio en la región. Tras reducir la presión en el norte, Balduino se dio cuenta de que la seguridad de su reino podía afianzarse si extendía su influencia a los beduinos y las rutas comerciales del desierto, que unían Egipto y Siria. Reconoció por dos veces la región del sur del Mar Muerto, en 1100 y 1107; en 1115 y 1116 impuso la autoridad franca al este del Uadi Araba, adentrándose hasta Petra y el sur del golfo de Aqaba. Se construyeron dos castillos, en Montréal (Shaubak), en Edom, y también Li Vaux Moise, en las inmediaciones de Petra; no obstante, en la década de 1140, el centro de lo que se conoció como señorío de Oultrejourdain se desplazó al norte, a Kerak, en Moab, más cerca de la costa oriental del Mar Muerto: en un día claro, podía verse el Monte de los Olivos. Estos fuertes permitieron a los francos no solo gravar con impuestos el

tráfico de comerciantes y peregrinos en la vía de Siria a La Meca y Medina, en el Hiyaz, sino también impedir la actividad militar hostil. Sin embargo, no se frenaron las agresiones de Egipto por la vía de Ascalón, que amenazaron Jerusalén (en 1113) y Jaffa (en 1115). Como respuesta, Balduino realizó una incursión por el Nilo en 1118, cabe pensar que con la esperanza de obligar a los fatimíes a firmar la paz. En cambio, cayó mortalmente enfermo y murió en el viaje de regreso, en El-Arish, el 2 de abril de 1118.

Los logros de Balduino I fueron extraordinarios. Creó un reinado estable con fronteras definidas y defendibles entre Beirut y Beersheba (y más allá); controló una comunidad política coherente, cuyo poder se apoyaba sobre el aprovechamiento de los recursos existentes de la riqueza rural y comercial. Aunque se basó más en la fuerza de su personalidad y de las circunstancias, que no en el Derecho o las constituciones, su lenguaje de autoridad fue comprendido tanto por los partidarios como por los clientes. Ahora bien, su carrera no fue única. En el caos de finales del siglo xi, que afectó a Siria, Iraq, Anatolia y Egipto, Balduino no fue el único que labró un reinado que perviviera a su creador. Hechos y actitudes similares trazaron las carreras de otros compañeros latinos, como Bohemundo y Tancredo; del selyúcida Kilij Arslan; de Zengi, el atabeg de Mosul, y su hijo Nur al-Din de Alepo; y ya más tarde, del mercenario kurdo Saladino. Para todos ellos, la legitimidad procedía no de una larga herencia o de la tradición, sino de la fuerza militar, el liderazgo de las bandas guerreras locales y la riqueza generada por el empleo, el saqueo y el tributo. Todos ellos compartían, además, la justificación de la religión.

En Oriente Medio, el manejo decidido de la violencia, la diplomacia y el patrocinio permitió que grupos pequeños (y con frecuencia minúsculos, semejantes a una casa militar de un máximo de pocos cientos de guerreros) impusieran su autoridad sobre poblaciones civiles ya asentadas y numerosas, mediante el control de las ciudades de mayor relevancia económica y política. La estructura de la sociedad de Oriente Medio reposaba sobre una miríada de comunidades, definidas diversamente por su religión, la cultura y la etnicidad, tanto en las ciudades como en el campo. La riqueza rural estaba en manos de propietarios absentistas, que también controlaban el comercio que fluía a través de los centros urbanos. Estos do-

minaban a la población rural y, a su vez, estaban sometidos a los caudillos militares. Los francos no solían masacrar o desplazar a las poblaciones urbanas; el hábito cesó tras la captura de Sidón, en 1110. Sin embargo, se conocía bien la importancia de las ciudades en la economía política. Tanto Balduino I como Balduino II se empeñaron con denuedo por atraer a Jerusalén a los cristianos del lugar. Las autoridades francas toleraron la diversidad racial y religiosa en los grandes puertos de Acre, Tiro o Trípoli. El reinado de Balduino I, al igual que los de Tughtegin en Damasco o de Kerbogha en Mosul, giró en tomo de la lealtad personal de un círculo íntimo al que se recompensaba con generosidad y al que se entregó riqueza y poder; en librar con éxito la guerra y manejar bien la diplomacia; y en el aprovechamiento directo de la economía de la población nativa. Un rasgo característico de los patronos del Oriente Medio musulmán era la concesión de *iqta*: la asignación de rentas de una tierra adscrita, sin que cambiara su propiedad. En la Palestina latina, había asignaciones equivalentes de rentas y feudos económicos. Aunque la conquista de Palestina por Balduino encuentra ejemplos parangonables en la del sur de Italia por Roberto Guiscardo, la de Valencia por el Cid o incluso la de Guillermo el Bastardo en Inglaterra, en lo principal, fue reflejo de las condiciones locales. Así, era inevitable que empleara el lenguaje, las costumbres y la mentalidad occidental, pero Balduino actuó como los potentados orientales. El contraste halló una expresión visible en el cortejo fúnebre que siguió a su féretro por el tortuoso ascenso del valle de Josafat a Jerusalén, el Domingo de Ramos de 1118. Junto a un conmocionado patriarca Arnulfo, el corrupto y veterano protegido de Balduino, y junto a la comunidad latina, lloraban su muerte cristianos sirios y musulmanes de paso.[33]

Entre las herencias principales que legó Balduino I a su primo Balduino II, se hallaban un control estricto en el nombramiento de señores y feudos; el dominio de la iglesia, de una forma que se consideraba poco adecuada en los círculos de moda de Occidente; la convicción de que era importante mantener el equilibrio diplomático entre Alepo, Damasco y Egipto; y el dominio y la protección, en la práctica, de los territorios septentrionales. El generalato militar siguió siendo fundamental para el poder de los reyes, situado en el corazón de la estructura legal y política. Aunque con modificacio-

nes a lo largo del tiempo, y reducida por los fracasos dinásticos y la lucha entre facciones, la esencia del sistema de hegemonía real de Balduino I sobrevivió hasta 1187.

A continuación de las conquistas territoriales, el rey creaba feudos para sus vasallos principales, como por ejemplo los señoríos de Cesárea, Arsuf, Sidón, Jaffa, Hebrón y Oultrejourdain. A los príncipes de Galilea se les exigió lealtad y homenaje, después de que Tancredo exhibiera tanta independencia bajo el gobierno del duque Godofredo. Jerusalén era una frontera en la cual la empresa privada actuaba solo dentro de un sistema jerárquico muy definido, centrado en la corona, que retenía su capacidad de alterar la estructura y la disposición de los feudos mayores del reino.[34] Los reyes mantuvieron como feudo propio Judea y Samaría (con las capitales de Jerusalén y Nablús) y los señoríos, extraordinariamente lucrativos, de Acre (1104) y Tiro (1124). En su dominio, al igual que los grandes señores en los suyos propios, el rey ejercía la jurisdicción por mediación de vizcondes y recogía o encargaba recoger impuestos sobre el comercio y la industria (verbigracia, la producción de azúcar), así como un impuesto de capitación específico para los musulmanes. Las relaciones formales con sus comenderos principales —vasallos notables que obtenían tierras directamente del rey— se celebraban en el Alto Tribunal (Haute Cour), al que asistían asimismo los eclestiásticos más destacados, incluidos los jefes de las órdenes militares o, cuando se daba el caso, los aristócratas occidentales que visitaban las cruzadas. En el reino de Amalarico, la *assise sur la ligece* permitía a los valvasores (vasallos de los vasallos del rey) prestar juramento de homenaje y vasallaje directo al rey, lo cual, en teoría, les daba acceso a la Haute Cour, a ellos y a sus litigios. Amalarico también reclamó el derecho a recibir juramentos de fidelidad de los hombres libres. El deseo de establecer relaciones directas entre la corona y los propietarios libres encuentra un eco en las reformas legales contemporáneas del sobrino de Amalarico, Enrique II de Inglaterra. Sin embargo, la autoridad legal efectiva, tanto en Inglaterra como en Jerusalén, no dependía sino de la riqueza material. Aparte de los ingresos generados por sus dominios, el rey disfrutaba de los beneficios de acuñar moneda, cobrar peajes y aduanas en sus puertos, exigir tributo a los beduinos, derechos de paso en las calzadas reales y recuperación de los restos de naufra-

gios. La Haute Cour (o algunas asambleas más numerosas) acordaron cobrar impuestos especiales para la guerra y la defensa en 1167 y 1183, lo que quizá fuera indicio de que los ingresos ordinarios no daban más de sí, un fenómeno que podría explicar por qué era cada vez más frecuente que los señores laicos cedieran sus tierras a la iglesia o a las órdenes militares. Los sucesores de Balduino I, a pesar de las concesiones acordadas en el Concilio de Nablús, en 1120, impusieron un control de hecho sobre los nombramientos del episcopado y de la maestría de las órdenes militares.

Ello no obstante, el poder real no fue ni autocrático ni absoluto. El sucesor de Balduino I, el piadoso, pero no menos enérgico, Balduino II, tuvo que satisfacer un precio para conservar su autoridad. La nobleza jerosolimitana expuso quejas formales con respecto a su regencia en Antioquía, en 1119. En el Concilio de Nablús de 1120, el rey y los señores laicos cedieron el control de los diezmos eclesiásticos y aceptaron una serie de penas aplicables a las infracciones de la ley, las desviaciones en la conducta sexual y el mestizaje. Al concluir su reinado, la costumbre regia de entregar a voluntad la herencia de los feudos, sin atender a reglas tradicionales, había empezado a dar paso a un principio de sucesión hereditaria; aunque este, dada la rápida tasa de extinción de las familias en lo que a la línea directa masculina se refería, se interpretó con frecuencia de una manera bastante laxa. La cohesión del reinado logró sobrevivir a la cautividad de Balduino II en Alepo (1123-1124), gracias a la dirección del condestable y el patriarca, que lograron, entre otras cosas, la importante toma de Tiro. Más en general, en la generación posterior a la conquista inicial cabía esperar movimientos hacia una sucesión hereditaria de los señoríos: hay paralelos en Inglaterra, desde 1066, y en Sicilia, desde 1092. A los descontentos más contumaces se les siguieron aplicando confiscaciones. Antes de que cayera el reino, en 1187, los reyes no fueron nunca capaces de interferir ora en la composición y la estructura de los feudos, ora en la asignación de las herederas por casar. Lejos de consolidar el poder territorial o jurisdiccional, muchos de los vasallos principales —en total, quizá menos de una docena de familias— subdividieron sus feudos u otorgaron parte de ellos a los monasterios o las órdenes militares. En el aspecto legal, Balduino II logró conservar la pena de confiscación para delitos prescritos en contra de sus derechos y posición, como sumo se-

ñor feudal y como rey, mediante el *Establissment dou roi Baudoin-,* pero no se sabe con certeza si las sentencias y los castigos eran impuestos por el rey o dependían del juicio en el Alto Tribunal. En la práctica, es probable que ello supusiera muy pocas diferencias, dado que ningún monarca podía mantenerse sin el apoyo de sus barones. En 1133-1134, Hugo, el conde de Jaffa, se rebeló contra el rey Foulques. Se había negado a ofrecer respuesta en el Tribunal contra una acusación y luego había solicitado la ayuda armada de la guarnición musulmana de Ascalón: era una traición indudable, incluso para los vasallos del propio Hugo. Sin embargo, no se le confiscó el feudo; se lo condenó al exilio por un período de tres años, con la promesa de ulterior devolución de sus propiedades. La política —en este caso, la impopularidad de Foulques y la simpatía de los barones hacia Hugo— se impuso al Derecho.[35]

El caso de Hugo de Jaffa surgió a consecuencia de los corolarios personales y dinásticos, no los constitucionales, de la monarquía. La debilidad principal del régimen instaurado por Balduino I radicaba en las azarosas circunstancias de la sucesión, lo que habría socavado cualquier monarquía latina de la época. Balduino I no tuvo descendientes masculinos. Había repudiado a su segunda esposa; posiblemente, con la falsa excusa de que había sido violada por un musulmán. Su matrimonio bigamo con Adelisa de Sicilia (1113-1116), que había dado origen a la perspectiva de una sucesión siciliana, concluyó en divorcio y Balduino tuvo que prometer a sus barones que no se volvería a casar. A su muerte, en 1118, un grupo poderoso de su casa real invitó a la sucesión a Eustaquio de Boulogne, hermano mayor de Balduino; pero, cuando este llegó a Italia, tuvo noticias de que una facción rival había situado en el trono a Balduino de Le Bourcq. Aun así, la posición de Balduino II no tuvo reconocimiento formal hasta la coronación de Belén, en 1119. Pons de Trípoli no admitió su vasallaje hasta 1122, cuando se lo obligó por la fuerza a hacerlo así. Durante la cautividad de Balduino II (1123-1124), los partidarios de la casa de Boulogne contemplaron la posibilidad de entregar el trono a Carlos, conde de Flandes. El sumo pontífice tuvo que declarar la legitimidad de Balduino en una fecha tan tardía como la de 1128.[36]

El matrimonio de Balduino fue feliz, pero solo engendró hijas. Con miras a dar solidez a la dinastía, acordó que la mayor, Meli-

senda, desposara a Foulques V, el conde de Anjou. Veterano de la peregrinación de 1120, Foulques llegó a Jerusalén en 1129, provisto de conexiones magníficas en Occidente. En 1128 acordó el matrimonio de su hijo Godofredo con Matilde, único descendiente legítimo y única heredera de Enrique I de Inglaterra y sus dominios anglofranceses. Los intereses de Enrique en Oriente se pusieron de manifiesto otra vez cuando se escogió a un miembro de su casa real, Raimundo de Poitiers, como príncipe de Antioquía; fue en 1133, aunque Raimundo no llegó a Siria hasta 1136. Al igual que hizo Enrique I, Balduino II proclamó que el derecho de sucesión real correspondía a su hija. Sin embargo, Foulques quería el título para sí. En 1131, en su lecho de muerte, Balduino II complicó aún más la situación al asociar la sucesión a su nieto, el futuro Balduino III, a la sazón un niño, junto con Melisenda y Foulques; con ello volvía a hacerse eco de las decisiones de Enrique I, quien había insistido en que la herencia debía recaer, en última instancia, en su nieto, el futuro Enrique II. Al igual que en 1118, los intereses dinásticos crearon enemistades políticas; los derechos de Melisenda se identificaron con los de los barones locales, descontentos con la venida de Foulques. No cabe duda de que cierto defecto de Foulques, ya fuera fingido o genuino, no facilitaba ni por asomo las relaciones: se mostraba incapaz de recordar las caras y los nombres, incluso en su propia casa real o entre sus protegidos. En un universo político que giraba en torno del favor y el contacto personal, era un rasgo que no contribuía, ciertamente, a la estabilidad.[37]

Dada la falta de herederos masculinos, la cuestión dinástica adquirió mucha importancia. En 1118, casi se impuso a Jerusalén un extranjero de Occidente. Así ocurrió en Trípoli, en 1109, y en Antioquía, en 1136. En 1131, los lazos angevinos de Jerusalén demostraron ser un arma de doble filo. Aunque dieron una estabilidad inmediata a la monarquía, también crearon la posibilidad de que los herederos europeos de Foulques reclamaran el trono solimitano; y se daba la coincidencia de que estos pertenecían a la dinastía que regía el imperio más notable de la Europa occidental. Las circunstancias de 1118 y 1131, de hecho, dejaron a otras grandes familias que gobernaban en Occidente —como en Boulogne, Blois o Flandes— con intereses en Oriente, especialmente desde que la sucesión de Melisenda había confirmado el principio de la herencia por cogna-

ción (todos los parientes tienen derecho al trono, sean hombre o mujer, y no solo los varones de la línea masculina). La protección de la dinastía de Balduino ejerció una influencia enorme. Tuvo una importancia no menos práctica que simbólica el hecho de que, según se informó después, Melisenda fuera coronada y consagrada junto con Foulques en 1131, y ahora en la iglesia del Santo Sepulcro, no en Belén, como anteriormente.[38] En juego estaba saber quién gobernaba y qué relaciones de patrono se creaban. Cabe afirmar que la subida al trono de Balduino II en 1118, así como su régimen en general, se apoyaba en un círculo familiar muy íntimo y cerrado, cuyo poder se pretendía consolidar con la incorporación de Foulques, que excluía a los rivales de la zona. El posterior enfrentamiento de Foulques con Hugo de Jaffa —un personaje destacado en la mafia de Balduino II y las familias Rethel-Monthléry— reflejaba su deseo de independencia y de reforzar a su propio clan, desafiando así los intereses creados de Hugo y los otros parientes de Melisenda.[39] A la postre, Foulques exilió a Hugo, pero se vio obligado a compartir la autoridad con Melisenda, tal como quería Balduino II.

Aunque todo ello garantizó que Balduino III pudiera heredar el trono sin demasiados problemas, a la muerte de su padre —en 1143, como otra víctima más de la obsesión cinegética de la aristocracia medieval—, el poder autónomo de Melisenda dio origen a nuevas tensiones. A diferencia de Matilde de Inglaterra, que no se consagró como reina y cedió sus derechos tras alcanzar su hijo la mayoría de edad, la reina Melisenda persistió en reclamar su legitimidad aun mucho después de que Balduino III alcanzar la edad precisa para ostentar el poder. Su madre creó una administración y un apoyo específicos para sí misma, con la presencia incluida de su primo Manasses de Hierges, condestable desde 1143, y de su segundo hijo, Amalarico. La integridad del reino no se salvó hasta que Balduino III salió vencedor de una guerra civil, en 1152.

Pero eso no detuvo la inestabilidad debida a las luchas internas y salpicada de asesinatos políticos. Balduino III murió joven y sin hijos, en 1163. Su hermano Amalarico, para sucederle, tuvo que dejar de lado un matrimonio posiblemente bigamo. Sus descendientes llevaron las reglas hereditarias al punto de la quiebra. Balduino IV era leproso; su sobrino, Balduino V, un niño enfermizo de nueve años; su hermana Sibilia contrajo matrimonio con un extranjero im-

popular, Guido de Lusiñán, al que embutió en la monarquía sin un atisbo de la delicadeza con la que Balduino II buscaba sus acuerdos. Solo in extremis, en 1184-1185 —con el rey leproso moribundo; su hijo, débil; su hermana y su cuñado, caídos en desgracia; y la familia oriental más distante, mirando la corona con codicia—, parece que algunos miembros de la comunidad jerosolimitana se mostraron dispuestos a estudiar un cambio de dinastía.[40] La tenacidad con la que la renqueante línea real de Jerusalén se aferraba al poder y seguía siendo respetada debía mucho a los barones. En 1163, al tiempo que se obligaba a Amalarico a anular su boda con Agnes de Courtenay —según se dijo, por razones de consanguinidad; pero en realidad, probablemente, porque ella era bígama—, los barones y prelados tomaron una decisión ilógica: confirmaron la legitimidad de sus hijos. Las alternativas —los hijos angevinos europeos de Enrique II de Inglaterra; el conde de Flandes, sobrino en segundo grado de Balduino I y Godofredo de Bouillon; o, con más credibilidad, los descendientes de las hermanas de la reina Melisenda, de Raimundo III de Trípoli o de Bohemundo III de Antioquía— prometían un mayor grado de intromisiones no deseadas en el círculo político y familiar. A fin de cuentas, los barones de Jerusalén podían describir a Amalarico, ex conde de Jaffa y Ascalón, como «uno de los nuestros».

La sordidez de la política solimitana no era nueva. Los políticos más notables estaban expuestos a que se los acusara de cometer desviaciones sexuales y se arriesgaban a caer bajo el cuchillo de algún asesino. Hugo de Jaffa sobrevivió a él en 1134; en cambio el desaprensivo Miles de Plancy, al que se reprochó que usurpara el poder en los primeros días del menor Balduino IV, no tuvo esa suerte en 1174. Para reforzar la firmeza de este edificio casi ruinoso, surgió un mito redentor sobre la singular virtud moral de la dinastía reinante. En la década de 1180, la *Historia* de Guillermo de Tiro —autor nacido en Jerusalén, valido de Amalarico I y tutor de Balduino IV, que bien podría haber visto en persona al rey Foulques— promovió la imagen de una dinastía casi sagrada, heredera de los santos Godofredo de Bouillon, Balduino I y Balduino II, veteranos irreprochables de la Primera Cruzada [41] Como por arte de magia literaria, Guillermo supo defender con pericia que la sucesión de Balduino II era legítima, aun admitiendo que quebraba las leyes in-

mutables de la herencia. Para la forma en la que el autor retrata a los reyes posteriores, era esencial el hecho de que descendieran de Balduino II. La reina Melisenda, que trasmitió la sangre de Balduino a sus sucesores, adquiría una posición esencial. Melisenda no aparece ya como una reina ambiciosa y perturbadora —ni, como podrían describirla algunos, un personaje codicioso y egoísta, amenaza política fracasada—; en la necrológica apologética de Guillermo, fue toda una fuente de sapiencia y modelo de gobierno junto con su marido y su hijo. Como predecesor dinástico, Foulques quedó relegado al olvido, junto con su familia de Occidente, incomparablemente poderosa (y sana). Como era de esperar, la cubierta de marfil tallado del famoso salterio solimitano que es probable se escribiera para Melisenda hacia 1135 muestra escenas de la vida del rey David, modelo de la monarquía de inspiración divina y de los reyes de la Ciudad Santa.[42]

Todos los sistemas políticos requieren ideas defmitorias que proporcionen identidad y objetivos, tanto si están relacionadas con la realidad, como si no. En Jerusalén, la ideología de la monarquía se centraba en la persona del rey, puesto que el régimen había sido una creación casi partenogenética. En la práctica, fue resultado del oportunismo político y la conquista militar; en la descripción, consecuencia de un favor divino especial; lo cierto es que la realeza de Jerusalén existía sin ninguna tradición previa ni autoridad contemporánea, más allá de las decisiones prácticas de varios hombres inquietos en la Jerusalén de 1099 y 1100. Solo ulteriormente reconoció el papado su existencia. Fueron la supervivencia y la prosperidad de la monarquía las que le otorgaron carta de legitimidad, una condición única entre las nuevas monarquías cristianas de la época, que buscaron sin excepción el sello de aprobación de papas o emperadores, como Hungría y Polonia, en los siglos x y xi, o Armenia y Chipre, en el XII. Política, legal y militarmente, la importancia de la realeza siguió siendo muy considerable, aunque solo fuera para dar legitimidad a las ambiciones de la baronía.

La forma en la que Balduino IV —que falleció en 1185, a la edad de tan solo veinticuatro años— fue retratado por su tutor Guillermo de Tiro refuerza esta imagen. El Balduino de Guillermo superó la lepra para ofrecer un liderazgo político y militar de tal vigor y calado, hasta el final de sus días, que de ser cierto habría sido ad-

mirable en un soberano de buena salud y plena madurez mental. Guillermo describió los tratos de Balduino con sus nobles y la familia real y el liderazgo que exhibió en el campo de batalla, aunque portado en la litera. Es una imagen heroica, trazada de forma deliberada y sin vergüenza alguna, con la que quizá pretendía contrarrestar las dañinas conclusiones de quienes veían en la lepra del rey, por decirlo en las sonoras palabras del papa Alejandro III, «un justo juicio de Dios».[43] Pero la verdad, ciertamente, debió de ser menos heroica. El mando administrativo y militar fue delegado en todo el país. No cabe duda de que Balduino hizo aparición en las batallas y en la cámara del consejo. Pero la enfermedad le impedía combatir. La experiencia de los caballos desbocados bajo sus pies, o de ser transportado a lomos de un soldado o en litera, da a entender que su presencia en la guerra y los consejos —además de signo de indudable valentía y acción físicamente humillante y dolorosa— era un gesto simbólico, más que relevante de verdad. Incluso Guillermo de Tiro tuvo que admitir que algunas de las decisiones más fatídicas de Balduino IV se debieron a la influencia que ejercían en un hombre enfermo su madre, Agnes, y su hermano, Joscelin III, conde titular de Edesa y senescal de Jerusalén.[44] El rey era necesario para la cohesión del proceso político. Balduino intentó retirarse varias veces, pero fracasó cuando se fueron a pique las diversas propuestas de regencia o de sustitución. Aunque el rey fuera solo una figura trágica, era imprescindible.

El reinado de Balduino IV puso de relieve cómo se había desarrollado el sistema de gobierno de la Jerusalén latina desde los días apremiantes de 1099-1102. Todavía se esperaba que los reyes fueran grandes guerreros. Guido de Lusiñán no logró entablar combate con Saladino en 1183, y ese fracaso le costó la regencia.[45] Sin embargo, por entonces la realeza ya no implicaba poseer las características de un jefe de bandidos. Aunque las relaciones entre el monarca y los barones se regían por la política, y no por el Derecho, estas relaciones se describen de forma cada vez más clara en actos legislativos tales como la *assise sur la ligece.* Al igual que en el resto de la Cristiandad occidental, la administración real, señorial y eclesiástica adoptó formas cada vez más burocráticas, como el uso de documentos con los que dar fe de las transacciones de propiedad; a pesar de eso, la cancillería real de Jerusalén conti-

nuó siendo relativamente rudimentaria, sobre todo en comparación con las prácticas coetáneas en Occidente. Los barones del reino asumieron una identidad corporativa más definida al tiempo que cada vez les resultaba más difícil mantener intacto su poder territorial, a medida que los feudos se dividían y subdividían, se concedían o se vendían a terceros. La agria enemistad interna de la corte, entre 1170 y 1190, halló una excusa en la autoridad y el patronazgo de la corona, pero no en su decadencia; aún había algo por lo que luchar. El reino no se estaba derrumbando, por mucho que la disminución de los recursos obligara a la corona a imponer un impuesto de guerra en 1183. Pero este tributo fue establecido por una asamblea representativa nacional y se realizó de acuerdo con un censo nacional, indicios ambos de no poca complejidad institucional.[46] Por encima de todo había una ideología de gobierno forjada en la definición que el régimen se dio a sí mismo como Estado-guarnición, que defendía los Santos Lugares por encomienda de la Cristiandad.

Capítulo 7

ORIENTE ES ORIENTE Y ORIENTE ES OCCIDENTE: ULTRAMAR EN EL SIGLO XII

En los relatos contemporáneos de las cruzadas, no hay pasaje más evocador y emotivo que aquel en el cual Guillermo de Tiro describe cómo el joven Balduino IV, el príncipe de Jerusalén, de ojos azules (para el examen hostil de los árabes), descubre que adolece de lepra y ve tomarse en desesperación su promesa de juventud. La tristeza de la narración se debe a la implicación personal. Guillermo, a la sazón archidiácono de Tiro, era el tutor de Balduino; fue en su casa donde aparecieron los primeros síntomas. Guillermo pasa a escribir la crónica de la vida de su pupilo, que ascendió al trono en 1174 (a los trece años) y murió en 1185, como un hombre asolado, ciego y paralítico de tan solo veinticuatro años. Balduino fue descrito como un héroe de la Cristiandad, que luchaba por la Fe —y habitualmente, vencía— contra la creciente fuerza del infiel, sin apenas probabilidades de éxito, y también contra su propia enfermedad. Pero el médico de este niño condenado, Abú Sulayman Da'ud, un cristiano sirio nacido en Jerusalén —al igual que el latino Guillermo de Tiro—, había trabajado para los fatimíes de Egipto antes de ser contratado, pocos años antes de 1170, por el padre de Balduino, Amalarico I, un entusiasta de la medicina árabe, como lo fuera su predecesor Balduino III. Uno de los hijos de Abú Sulayman consiguió enseñar al príncipe Balduino a montar a caballo; otro sucedió a su padre como médico de Amalarico. Con posterioridad a 1187, la familia se enroló en el servicio de Saladino, el

enemigo contra el cual Balduino IV había dedicado buena parte de sus escasas energías.[1]

Al igual que otros principitos de Oriente, Balduino creció en una corte cosmopolita; su tutor poseía una honda cultura latina, incrementada por veinte años de estancia en la Europa occidental, con estudios en París, Orleans y Bolonia; su médico y su maestro de equitación, sirios con la experiencia de haber trabajado con soberanos musulmanes; su madrastra, María Comnena, segunda esposa de Amalarico I, una griega de Bizancio. A pesar de ello, la imagen que el régimen deseaba proyectar de sí —un retrato que recibió la elaborada y enérgica corroboración de la pluma del propio Guillermo de Tiro— seguía siendo la del mito de frontera: se presentaba a los soberanos latinos de Siria y Palestina como herederos de los héroes cristianos legendarios de la Primera Cruzada, campeones de la fe en la tierra nativa de Cristo. Este mito excluía las realidades temporales, los acuerdos políticos y el intercambio social. Aunque Guillermo mostró la naturaleza de la presencia latina en Outremer como la de una serie de comunidades que al mismo tiempo cooperaban, competían y se presionaban las unas a las otras, intentó explicar el éxito pasado y la debilidad coetánea de acuerdo con un mito bidimensional, de conquista y batalla; dos de las razones principales de que lo hiciera así estriban en que sus lectores de la Europa occidental lo esperaban y en que los compatriotas de Oriente comprendían la función que desempeñaba en la justificación construida para su existencia. No obstante, era un mito y no es más que un mito. Durante la mayor parte del siglo XII, el reino de Jerusalén no se pareció, en la mayoría de zonas, a una frontera militar; por ello mismo, ni sus acuerdos sociales y económicos ni, en consecuencia, los legales y políticos, seguían ideologías crudamente racistas o supremacistas. Aunque sus fronteras con los agresivos turcos eran más próximas, en los enclaves del norte primaron condiciones similares. Los latinos dominaban las regiones que habían conquistado e impusieron una jerarquía de poder en la que ellos representaban la cima. Todo ello, sin que su comunidad quedara aislada ni en la ciudad ni el medio rural y sin que los colonos vivieran lejos de sus medios de supervivencia. El sustento de los colonos y soberanos latinos pasaba por utilizar el entorno y a los vecinos, no por hacer caso omiso de ellos. En ausencia de excesos de-

mográficos, y una vez terminada la fase militar de la conquista, probablemente no era necesario —ni tampoco razonable— aprovechar los recursos al tiempo que se emprendía una persecución o discriminación sistemática de las otras comunidades. Los occidentales venían a Oriente dispuestos a vivir por Jesucristo, con el mismo entusiasmo con el que se atrevían a morir por Él. Las leyes de Jerusalén (*assises*) precisan, con respecto a los tribunales de los mercados en los cuales el jurado era latino o sirio, que se debía permitir a los testigos que prestaran juramento de veracidad sobre sus libros sagrados respectivos: los cristianos, sobre los Evangelios; los judíos y samaritanos, sobre la Tora; y los musulmanes, sobre el Corán, «porque aunque sean sirios o griegos o judíos o samaritanos o nestorianos o sarracenos, son también hombres, como los francos».[2] El gran hospital de Jerusalén, dirigido por la orden de San Juan, acogía a varios cientos de enfermos a la vez y se comprometía a asistir a cualquiera, independientemente de su raza o religión; solo se excluía a los leprosos, por razones médicas obvias.

Esta no es la imagen que quienes creaban la opinión eclesiástica en Occidente, o sus colegas de Oriente, estaban preparados para aceptar. En los años posteriores a la Primera Cruzada, Guiberto de Nogent denominó a los asentamientos de Jerusalén con el esperanzado sintagma de «nuevas colonias de la Santa Cristiandad» *(novae coloniaé)*. Poco antes de 1140, el historiador anglo-normando Ordene Vitalis habló de «los cristianos que viven exiliados en Oriente por el amor de Cristo»; se trata de una imagen particularmente poderosa, porque entre los contemporáneos existía una asociación clara del exilio y la vocación monástica, como metáfora de compromiso sin reservas con Dios y una vida piadosa. Desde Oriente mismo, varios mensajes confirmaron esta visión idealista. Durante los días sombríos de 1120, el patriarca de Jerusalén pulsó una cuerda de emoción similar al describir los peligros que atacaban a Outremer desde todos los lados: los musulmanes, las malas cosechas, las langostas...

> Por el nombre de Jesús, antes de abandonar la ciudad santa de Jerusalén, la cruz de Nuestro Señor y la tumba sacratísima de Cristo, es-

> tamos dispuestos a morir ... Esforzaos por venir, uniros al ejército de Cristo y traednos ayuda con la máxima celeridad.[3]

El autor, el patriarca Gromond, era amigo de estos tonos de lúgubre advertencia; procedía de Picquigny, en el norte de Francia, y se había sentido atraído a Oriente por estas actitutes. Sin embargo, aun después de la pacificación de casi toda la zona de Outremer, la correspondencia oficial no prescindió de la retórica de emergencia y solidaridad marcial; no es de extrañar, dado que por lo general se buscaba conseguir ayuda de Occidente. También proporcionaba el núcleo dramático del creciente corpus de literatura épica vernácula, inspirada —aunque, significativamente, no escrita— por los conquistadores latinos de Oriente.

La perspectiva de los colonos apenas coincidía con la épica. La mayoría de los castillos, asentamientos fortificados y torres se erigieron no en las fronteras más expuestas, sino en áreas pacíficas, que en las décadas centrales del siglo XII casi no vivieron disturbios; su función no era primordialmente militar, sino señorial.[4] Todas las sociedades latinas de la época estaban preparadas para la guerra. Los nobles recurrían a la violencia por cultura, como algo natural en ellos; en Outremer no se comportaban de otro modo. Entre 1120 y 1190, buena parte de la llanura costera del norte de Trípoli y Antioquía, Judea, Samaría, la Galilea occidental o incluso el sur de Transjordania no fueron zonas menos pacíficas que muchas áreas de la Europa occidental. La imposición de obligaciones militares precisas a quienes poseían propiedades o disfrutaban de ellas, incluidos los granjeros, no es indicio de agitación constante, como no lo fueron las disposiciones similares del oeste. Aunque posiblemente era sentimental y, sin duda, era propagandista, la impresión que de la sociedad de Outremer nos legó Fulquer de Chartres —quien fuera en primer lugar colono de Edesa, no de Jerusalén— era la de una minoría demográfica precaria, pero una población civil creciente, que se entendía adecuadamente con su nuevo medio. Tras los primeros días, en los cuales los pobladores de origen occidental saltaban sobre cualquier peregrino de visita, con la esperanza de recibir noticias de casa, en la década de 1120, Fulquer insiste —sin excesiva verosimilitud— en que los solimitanos habían abandonado sus patrias. Algunos habían contraído matrimonio con sirios o cristia-

nos armenios, o incluso con gazíes, afirmación que se confirma en otras fuentes. A otros, tras asentarse, se les unieron parientes venidos de sus lugares de origen. El contacto con las comunidades nativas resultó más fácil tras el surgimiento de cierto nivel de *lingua franca;* sesenta años después de que escribiera Fulquer, el viajero musulmán español Ibn Jubair registró el término arábigo *bilghriyin*, derivación árabe de voces romances como *pellegrino* o *pélerin.* Usama ibn Munqidh, de Shaizar, anotó la versión arábiga del *bourgeois* (es decir, el franco ajeno a la nobleza): *burjasi.*[5] Algunos colonos, a los que se designaba con la voz genérica de *francos,* aprendieron la lengua local, aunque era muy sencillo encontrar *dragomanni* —trujamanes, intérpretes—, por mucho que su función se empleara sobre todo en la administración de las haciendas, más que en la traducción.* En cualquier caso, los señores francos monolingües no eran tampoco una excepción en esta sociedad políglota: los emires árabes locales prosperaban sin aprender turco. Fulquer contradijo la idea, generalmente aceptada por los historiadores modernos, de que la sociedad de Outremer era, en lo esencial, una sociedad «de cruzados». El de Chartres, en efecto, dio a entender (o quizá confiaba en que fuera así) que la inmigración era un proceso incesante, no limitado a los veteranos de expediciones militares ni a los peregrinos que decidían quedarse en Tierra Santa. Es un hecho que encuentra asimismo apoyo en los documentos conocidos. Hacia 1150, un zapatero de Chalons-sur-Mame emigró a Jerusalén para escapar a unos impuestos restrictivos.[6] En la propia Outremer, emprendedores de índole laica y eclesiástica se esforzaron por atraer colonos a sus haciendas, mediante ventajosos contratos de arrendamiento; a juzgar por sus nombres, las ofertas eran aceptadas tanto por los recién llegados como por los residentes ya asentados. Aunque el aura de santidad no dejara de suponer alguna clase de incentivo para que los colonos eligieran Oriente antes que otras zonas de asentamiento más próximas, no es menos cierto que la migración de larga

* En castellano moderno, *trujamán* o *truchimán* poseía, además del sentido de intérprete, el de «persona experimentada que aconsejaba a otras en los negocios e intervenía como mediador en los tratos de compras y ventas». Véase también más adelante, en este mismo libro, la venta de tierras por parte del trujamán Pedro a Gualterio I de Cesárea. (*N. de los t.)*

distancia era una característica frecuente en el oeste y el norte de Europa. No todos los colonos eran fanáticos religiosos; tampoco se quedaron todos los que fueron. Poco antes de 1160, un arrendatario del priorato adjunto al Santo Sepulcro se hartó de luchar contra condiciones agrícolas hostiles y extrañas a su experiencia y partió, abandonando las tierras. Hacia esta misma época, un inmigrante de Vézelay, en Borgoña, regresó a su hogar tras haber pasado siete años en Oriente, para encontrarse con que su mujer se había vuelto a casar; otro caso paralelo fue el de una mujer de la misma región, que había ido al este sin su esposo y, tras varios años de estancia en Oriente, al regresar lo halló casado por segunda vez.[7]

La colonización se acompañó de pactos y acuerdos. Balduino III, al que Guillermo de Tiro describió como un enérgico paladín de los cristianos, fue a la guerra contra sus vecinos egipcios y turcos, por lo general con éxito. Pero eso no le impidió extender la protección real a un mercader musulmán de Tiro, Abú Alí ibn Izz ad-Din, siempre que en su comercio con Egipto o en su cortejo funerario no fuera acompañado por un séquito de infieles dolientes de las colinas del interior; esta asociación podía resultar ofensiva. Así, Guillermo de Tiro sentía cólera ante la moda —en lo esencial, razonable—, fomentada por las mujeres aristócratas, de prescindir de los servicios de los médicos latinos en beneficio de «judíos, samaritanos, sirios y sarracenos» (es decir, musulmanes), aun a pesar de que la ley permitía que los médicos extranjeros, ya fueran de Europa o «Painime» ('paganismo', las tierras no cristianas), recibieran del episcopado licencia para practicar su profesión.[8] En el extranjero, la discrepancia insalvable entre mito y realidad despertó algunas reacciones hostiles a los jerosolimitanos. El historiador anglo-normando Raúl Niger, puritano y mordaz, estaba horrorizado por la naturaleza de los embajadores de Oriente, que recorrieron las cortes de Europa en busca de ayuda entre 1184 y 1185; en lugar de herederos de Godofredo de Bouillon y Ademar de Le Puy, a quienes imaginaba como personas graves y bienaventuradas, Raúl se topó en París con un desfile de ostentación y derroche, encabezado por el patriarca Heraclio de Jerusalén, envuelto en nubes de perfume. Heraclio, que procedía de la Auvemia, no era el gigoló que recuerda la memoria hostil; y aunque no fuese un modelo de virtud célibe, sí era un político valiente y habilidoso. Pero su presencia en Occidente reforzó el

desdén que algunos sentían hacia los *poulains,* como se denominaba, despectivamente, a los habitantes de Outremer. (Los orientales, por su parte, despreciaban a los occidentales como «hijos de Hernaud», con un epíteto no menos oscuro, pero muy grosero.) Guillermo de Tiro afirma que el descontento de la Europa occidental con los solimitaños se remontaba a la Segunda Cruzada (1146-1148), cuyo destino aún despertaba resentimientos en la década de 1180. Guillermo compartía la idea de que a los brillantes gigantes del pasado habían sucedido hombres más decadentes y perezosos, aun cuando quedaba muy lejos de la fulminante reprobación de Raúl Niger hacia su «dissolutior» estilo de vida.y Los estereotipos raciales y nacionales eran habituales en la escritura del siglo XII; y los latinos de Tierra Santa eran especialmente vulnerables a estos tópicos, porque estaban a la vista de muchos visitantes cuyas expectativas habían madurado al sol de las historias de aventuras que la literatura vernácula y popular creó sobre la Primera Cruzada; de la devoción de clérigos idealistas y, por último, de la Biblia.

Sin embargo, los habitantes de Outremer se afanaron a cumplir el máximo número de tales expectativas. A partir de la prolongada tradición del peregrinaje a los lugares de culto, crearon, de modo meticuloso, una nueva geografía sagrada, con la que satisfacer a la avalancha de peregrinos occidentales; por ejemplo, al excavar reliquias de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, en Hebrón, en 1119. El peregrino Juan de Wurzburgo escribió, poco antes de 1170, de los «nuevos Santos Lugares, recién construidos». En ocasiones, el entusiasmo causó alguna complicación; al menos dos emplazamientos de las inmediaciones de Jerusalén fueron presentados como la bíblica Emaús; la confusión rodeaba a ciertos lugares precisos de la iglesia del Santo Sepulcro; y no todos los peregrinos se tragaban sin protestas los llamativos comentarios de sus guías de viaje, como el de que la Torre de David, que se alzaba junto a la Puerta de Jaffa, se remontaba de verdad a los tiempos del rey David.[10] Al estampar un sello a la vez eclesiástico y de religión latina, los colonos no hacían nada nuevo, puesto que el proceso de crear un nuevo mapa del paisaje sagrado se ha repetido numerosas veces: por obra de Tito y Adriano en los siglos I y II; de los cristianos, en el iv; de los musulmanes, con posterioridad a 638, 1187 y 1291; y de los israelíes, después de 1948. Los solimitanos del siglo XII necesi-

taban atraer y dar seguridad a los peregrinos, de quienes obtenían ingresos, como turistas, y a quienes los reyes aplicaban impuestos elevados en los puertos de acceso (al igual que habían hecho sus predecesores musulmanes). Les proporcionaban itinerarios; protección personal (por ejemplo, los primeros templarios, en la ruta de Jaffa a Jerusalén); atención sanitaria (en el hospital de San Juan); casas de huéspedes; nuevas iglesias en lugares de culto ajustados a las necesidades del peregrino, como se hizo con los nuevos altares, las nuevas capillas y la iglesia del propio Santo Sepulcro; y en los puertos de embarque de Occidente (en su mayoría, italianos), se fomentaban las rutas a la Ciudad Santa: en la bahía de Acre podían encontrarse hasta setenta barcos de peregrinación a la vez, algunos de ellos capaces de transportar a varios cientos de pasajeros.[11] Un aspecto clave de toda esta industria internacional eran las reliquias. Guido de Blond, monje de Grandmont, escribió en la década de 1150 un informe para los canónigos de Saint Junien (en Condom, Gascuña), en el que declaraba la autenticidad de las reliquias de Tierra Santa que había ido distribuyendo en la región tras regresar de Oriente. En el documento enumera a los donantes, entre los que se incluían los principales eclesiásticos de Jerusalén, el patriarca y los directores de los emplazamientos religiosos asociados con los lugares bíblicos de mayor importancia, y otras figuras relevantes, como el obispo de Belén; tal vez, el mundano inglés Raúl; y el abad del monasterio griego de Santa Catalina, en el Sinaí. Entre el tesoro del hermano Guido había astillas de la Vera Cruz; tierra mezclada con la sangre de Cristo; cabellos de la Virgen María y de María Magdalena; fragmentos de la cuna de Jesucristo, de la tumba de la Virgen y de la piedra sobre la cual Jesucristo oró en Getsemaní; y recuerdos de incidentes y personajes bíblicos, como los Apóstoles, Juan Bautista, Abraham, Isaac, Jacob o san Esteban, el protomártir. Todos ellos eran recordatorios tangibles de la misión original que subyacía a los asentamientos de Outremer.[12]

La justificación religiosa de la conquista no bastaba para distinguir Outremer de España, Sicilia o el Báltico; sí la diferenciaban la condición de santidad única y el peso del peregrinaje. Occidente adoptó, incluso en la distancia, una actitud de propietario con respecto a Tierra Santa. Los líderes de Outremer miraron siempre hacia Occidente en busca de ayuda, aun a pesar de que ninguno de

ellos, ni como rey ni como heredero, visitó jamás los países del oeste; quien llegó más lejos fue Amalarico, que se trasladó a Constantinopla para rendir homenaje al emperador griego Manuel I, en 1171. Los pontífices ponían noticias en circulación, con frecuencia de carácter alarmista o deprimente; los cronistas eclesiásticos y monacales de todas las partes de la Cristiandad occidental se ocupaban de dar fe de los hechos de Oriente. En la alta política, algunos soberanos como los reyes de Inglaterra y Francia aceptaron públicamente su responsabilidad en el sustento de la colonia cristiana, aunque entre 1149 y 1187 hicieran muy poco por ello. Hubo visitas de los grandes magnates, como el conde Teodorico de Flandes, en cuatro ocasiones; algunos fueron a luchar, como el conde Felipe de Flandes, en 1177; otros, como Enrique el León, duque de Sajonia, para orar y financiar, en 1172. A cambio, el reino de Jerusalén entregó el óbolo de san Pedro a Roma y enviaba a Occidente a sus estudiantes más aventajados, como Guillermo de Tiro, originario de una familia que residía en Jerusalén. El número de occidentales que reclamaron importantes señoríos laicos de Oriente, incluso por razón de matrimonio, decayó en la segunda mitad del siglo, excepción hecha de la tambaleante familia real; en cambio, la iglesia de Outremer exhibía una dependencia contumaz de los inmigrantes. De todos los obispos, arzobispos y patriarcas latinos del reino de Jerusalén, solo de uno se ha comprobado que naciera en el este: el ya conocido cronista Guillermo, que fue arzobispo de Tiro entre 1175 y 1186. Aparte de lo que ello pudiera haber contribuido a la apariencia colonial de la iglesia jerosolimitana, pone de manifiesto la carencia de hijos de la aristocracia, con disponibilidad y buena instrucción, como los que colmaban los bancos episcopales de la Europa occidental. No obstante, debe recordarse que hubo episcopados extranjeros en varios lugares, y no solo en Jerusalén: en Inglaterra, entre 1066 y 1126 (o, posiblemente, más tarde), no se consagró como obispo a ningún inglés nativo; en varias zonas del Báltico, conquistadas por los germanos, tales obispos inmigrantes fueron lo habitual en el siglo XII. Esta iglesia colonizada, según descubrió Heraclio en 1184-1185, no necesariamente se granjeaba el afecto de Occidente; en buena medida, porque los hombres de la iglesia oriental eran, por lo general, personas mediocres, que en Europa no habrían hecho carrera. En el mejor de los casos, según se ha escrito, cabría describirlos como

gentes «de religiosidad popular»; en el peor, los caracterizaría su ambición material y la ausencia de una espiritualidad sincera. A diferencia del resto de la Cristiandad latina, la Outremer del siglo XII no produjo candidatos aptos para la canonización, aunque haber pasado un período sabático en Tierra Santa podía resultar útil para el *curriculum vitae* de los santos, como ocurrió con el estrafalario san Ranieri de Pisa, que vivió como asceta en Palestina entre *ca.* 1138 y 1154 y afirmaba ser «la segunda encamación de Dios».[13] Resulta difícil evaluar si el monopolio exterior de la dirección eclesiástica contribuyó a las relaciones con Occidente y reforzó la militancia de la iglesia de Jerusalén, o, por el contrario, no hizo más que ofrecer un suelo fértil para los oportunistas y ello le granjeó el desdén occidental.

COLONOS Y ASENTAMIENTOS

El atractivo que Tierra Santa adquirió para los eclesiásticos más arribistas fue solo una parte de la historia de la emigración a Outremer. Es imposible calcular cuántos occidentales se establecieron en Oriente en el siglo **XII;** tampoco podemos saber qué porcentaje de la población total representaban. Todo lo que cabe determinar es que, en determinadas regiones y ciudades, los francos fueron una presencia relevante, que no debe minimizarse por el solo hecho de que, al final, a diferencia de las conquistas de Sicilia, España, la Europa oriental o el Báltico, la colonia se perdiera. Uno de los temas más recurrentes de la vida de Outremer era la consciencia de que no podía darse impulso a la conquista militar sin la inmigración. Sin embargo, generalizar podría inducimos a confusión. La ciudad y el campo (una distinción con frecuencia engañosa, si no directamente falsa); las llanuras de la costa, las zonas de colinas, los desiertos; el norte y el sur; nómadas y sedentarios: Outremer era un mosaico tan diverso como cualquiera que pudiese adornar los suelos de las residencias urbanas o rurales de la nobleza franca. Así, al tiempo que se prohibía a los musulmanes habitar en Jerusalén, en 1110 Tancredo animaba a los colonos musulmanes a instalarse en el principado de Antioquía y negociaba la repatriación de sus esposas desde Alepo.[14] Algunos núcleos urbanos, como Ramla o Jaffa en 1099, habían sido

evacuados por los musulmanes; en otros, la población musulmana había sido masacrada tras alguna incursión; pero en Sidón (1110) y en Tiro (1124), se toleró la permanencia de las comunidades autóctonas. Ciertas áreas contaban con poblaciones cristianas que ya eran numerosas antes de 1099, particularmente en el sur de Samaría (al norte de Jerusalén) y en algunas zonas de Galilea; en otras predominaban los musulmanes. Las comunidades judías estaban dispersas con no menos desigualdad; los nómadas beduinos acechaban en las lindes del desierto. La economía de las llanuras de los alrededores de Tiro o Acre no se asemejaba a la propia de las colinas de Judea, de Transjordania, o de los centros comerciales de Acre, Tiro y Antioquía. Como no podía ser de otro modo, las características y la distribución de los asentamientos dependió de la disponibilidad de la tierra, la estructura de la propiedad, las oportunidades económicas, la vulnerabilidad militar, la actitud de las comunidades nativas y las iniciativas de los emprendedores locales.

En la capa más alta de la sociedad latina, los nobles —que, como Tancredo en Galilea, se habrían apoderado de tierras, o, como su sucesor en la zona, Hugo de Saint Omer, la habrían recibido como donación del rey— tendían a otorgar fincas a sus partidarios. Otras concesiones adquirían la forma de feudos monetarios o rentas de los ingresos obtenidos en las ciudades, antes que de tierras. A cambio, los vasallos de reyes y señores debían el servicio militar de caballeros, que eran al menos 675 hacia 1180; otros, como los hombres libres del campo y las zonas rurales, al igual que la iglesia, debían proporcionar infantes, en número de más de cinco mil, en teoría, hacia la misma fecha de 1180. A juzgar por los relatos de las campañas reales, el sistema funcionaba a todos los niveles: en 1170, sesenta y cinco jóvenes provistos de armas ligeras, que procedían de la comunidad agrícola instalada por los francos en Magna Mahomeria (al norte de Jerusalén), murieron o resultaron heridos en la defensa de Gaza.[15] A diferencia de lo que ocurrió en las conquistas de algunas zonas de la Europa occidental, como por ejemplo Inglaterra y Sicilia, el dador y el receptor no se preocuparon por establecer una continuidad legal con la propiedad previa a la conquista, en el nivel de los señoríos; sin embargo, en la práctica, sí se ajustaron a las regiones administrativas anteriores, como en Cesárea. En los primeros días de la conquista, algunos señores se apropiaron de tierras, de

forma aislada, sin crear obligaciones formales. En el reino de Jerusalén, la creación de señoríos sometidos directamente a la corona era un proceso relativamente largo, pero recompensaba a los leales al rey, como Eustaquio Gamier, señor de Galilea y Sidón en 1110.[16] De modo similar, los señoríos menores se concedían a miembros del entorno del rey o el señor. Uno de los caballeros de Balduino I en Edesa, Huberto de Paceo, obtuvo tierras del monarca al norte de Acre; a la muerte de Balduino, Huberto regresó a Edesa junto con Joscelin de Courtenay.[17] Los lazos no eran de lugar, sino de señorío o parentesco. Estos modelos de patrocinio aristocrático eran inevitables y del todo habituales. Los orígenes de la nobleza de Outremer no derivaban solamente de los contingentes de la Primera Cruzada o campañas militares posteriores. Algunos de los señores principales acudieron a Oriente atraídos por las ventajas políticas, no por la aventura militar: es el caso de los primos de la reina Melisenda, Hugo II de Jaffa (nacido en Apulia, en realidad) y Manasses de Hierges; del condestable Miles de Planchy; del príncipe Raimundo de Antioquía; o del propio rey Foulques. Desde el punto de vista geográfico, muchos de los primeros señores del reino de Jerusalén venían del norte de Francia: a Gerardo de Avesnes le concedió Godofredo de Bouillon un castillo en las inmediaciones de Hebrón; Hugo de Saint Omer, en Galilea, en 1101; Foulques de Guiñes, en Beirut; Hugo de Le Puiset, en Jaffa, en 1110. Por el contrario, sus vasallos eran de orígenes menos uniformes; así, el condestable de Hugo de Jaffa, Barisan (o Balian), el fundador de la suerte de la gran casa ultramarina de Ibelin, era probablemente de extracción sarda o italiana. Los vínculos familiares —como los de Joscelin de Courtenay con Balduino II de Edesa o de Ricardo y Roger de Salemo con Bohemundo y Tancredo de Antioquía— eran de gran importancia; posiblemente, más que las afinidades regionales, aunque en la aristocracia de Antioquía y Trípoli cabía encontrar huellas de Italia, Normandía y Pro venza, respectivamente.

En un nivel inferior de la escala social, los datos de varias fuentes —listas de testigos laicos y eclesiásticos, memorias de peregrinos o documentos relativos a proyectos de asentamientos rurales— revelan una amplia zona de captación de colonos inmigrantes, imposible de limitar a los veteranos del ejército. Aparte de las campañas militares, llegaron peregrinos de lugares tan remotos como

Rusia o Islandia. En Jerusalén, entre los ciudadanos libres laicos y de la iglesia, hallamos hombres venidos de la mayoría de las regiones de Francia, de Flandes, Normandía y París a Le Puy o el Périgord, en Languedoc; también del norte de Italia y España.[18] Ello a duras penas es reflejo de los contingentes de la Primera Cruzada. En la década de 1160, Juan de Wurzburgo enumeró las nacionalidades de Jerusalén: francos, lotaringios, normandos, provenzales, auvemios, italianos, españoles y borgoñones. Aunque mostró la lealtad de quejarse de la ausencia de germanos, o, como mínimo, la falta de reconocimiento a su contribución original, Juan mencionó la existencia en la Ciudad Santa de la iglesia germana y el hospital de Santa María. Entre las comunidades religiosas que citó Juan había germanos, húngaros, escoceses, celtas, ingleses, navarros, rutenos, bohemios y búlgaros, además de italianos y franceses del norte. Al viajero griego Juan Focas le llamó la atención la saturación demográfica de Acre, causada por la presión de los visitantes, en 1185; junto al río Jordán, Juan Focas se encontró asimismo a un eclesiástico español, un viajero profesional al que ya había conocido en Cilicia, unos años antes; y en el monte Carmelo, a un monje calabrés.[19]

A mediados del siglo XII cabe trazar, en el medio rural, otra base migratoria más limitada, pero aun así notablemente cosmopolita. En la colonia hospitalaria de Bethgibelin, cerca de Ascalón, la mayoría de los residentes venía de Francia, al sur del Loira, más unas pocas personas del norte de Italia y de España. Una lista más completa, que enumera los colonos de unas tierras propiedad del Santo Sepulcro al norte de Jerusalén, responde a este mismo modelo: están representadas, sobre todo, las tierras del sur del Loira, Italia y España, aunque había también un número no desdeñable de gentes de île-de-France y Borgoña.[20] Es llamativa la ausencia de algunas regiones de la Europa occidental: Lorena, el imperio germano y la Italia y la Sicilia normandas, que, por extraño que pueda resultar, hasta bien entrado el siglo mostraron muy poco interés incluso por Antioquía. Parte de la explicación de lo que (aun teniendo en cuenta que la muestra es extraordinariamente reducida) cabe considerar distribución irregular puede buscarse en la existencia de oportunidades más fáciles y más próximas a los lugares de origen. Sin embargo, el agente de la corona a quien, a mediados de siglo, se confió

la tarea de atraer colonos a Casal Imbert, cerca de Acre, quizá viniera de Valencia, en España.[21] Ya no resulta posible averiguar los motivos de esas familias: el medro, la prosperidad, la piedad o la certeza de gozar de una condición de libertad privilegiada (hecho en el que insiste Fulquer de Chartres en la década de 1120), todo ello debió de tener su importancia. Ahora bien, la mayoría de los emigrantes, si no todos, tuvieron que ser personas con medios propios o del entorno de gentes acaudaladas. Los siervos no podían emprender el viaje, por razones a un tiempo legales y financieras. Sin embargo, las escrituras occidentales nos hablan de un grupo numeroso de peregrinos y cruzados, agricultores propietarios y artesanos, ajenos a la nobleza, pero libres y capaces de obtener el dinero necesario para un trayecto largo, arduo y oneroso.

Al atraer al grueso de los colonos y dar acomodo a las concentraciones demográficas más numerosas, las ciudades de Outremer tendieron a ser reformadas por sus nuevos soberanos, que diseñaron y configuraron de nuevo los centros y los espacios públicos, para adecuarse a sus necesidades sociales, comerciales y religiosas. Casi con plena certeza, quienes emigraron a las ciudades se ajustaron a un modelo no menos cosmopolita. Muchos cruzados y peregrinos venían de las poblaciones urbanas occidentales, por entonces en período de crecimiento; es de suponer que lo mismo ocurría con los colonos. Igualmente, muchas personas crecidas en el medio rural europeo habían aprendido oficios de obrero, artesano, tendero o mercader, idóneos por igual para los entornos del campo y de la ciudad. En un hábitat caracterizado por la escasez de madera, el material de construcción básico era la piedra y los buenos artesanos eran especialmente valorados; no es de extrañar, por tanto, hallar que numerosos carpinteros, albañiles y mamposteros francos sintieron la atracción de Oriente, que ofrecía mercados más favorables a su especialidad. En las ciudades, había francos entre los acuñadores, orfebres, zapateros y peleteros, que prestaban sus servicios a la élite adinerada. En el medio rural, además de en estas profesiones esenciales, las fuentes nos muestran a los latinos desempeñando el oficio de herrero; arriero y pastor de camellos, cabras y, especialmente, cerdos; jardinero; especialista en vinos o cereales; carnicero y panadero. Tal vez algunos hubieran llegado como acompañantes de los ejércitos invasores, pero al igual que Constantino, un humilde

remendón de Châlons, o que Juan, un mampostero de Vendóme, no todos ni, probablemente, tampoco la mayoría.[22]

Algunos colonos no llegaron a convertirse en residentes estables; por otro lado, también el mantenimiento de las distinciones nacionales, evidente en los textos de los peregrinos, apunta hacia una población urbana de paso; quizá ocurriera también que, como es habitual en las comunidades expatriadas de todos los tiempos, las diferencias regionales se reforzaban con la llegada de visitantes de su misma nacionalidad. Las ciudades de Outremer, como todas las ciudades de Occidente, albergaban asimismo a una población cosmopolita que cambiaba sin cesar. Donde se concedieron a las comunidades marítimas italianas barrios privilegiados dentro de puertos como Acre, Trípoli o Tiro, la población permanente de residentes en esos centros comerciales quedaba reducida a números poco elevados entre las «travesías» de primavera y otoño. Con la reducción del poder de la corona y de la extensión geográfica de los principados latinos, en el siglo XIII, y la subsiguiente mayor dependencia del comercio, los italianos pasaron a ser fuerzas políticas autónomas y poderosas. Pero a pesar de sus privilegios, nada demuestra que ya aconteciera así en el siglo XII.

Ya fuera en el medio rural o en el urbano, la importancia de la corriente o el goteo continuado de asentamientos no aristocráticos terminó por reflejarse en las leyes del reino. En 1110, el burgués —*bourgeois,* colono franco ajeno a la nobleza— formaba ya un grupo social reconocible; a principios de la década de 1130, se les permitió organizar sus propios tribunales de justicia, *cour des bourgeois,* tanto en las ciudades mayores como en las comunidades urbanas o rurales del campo. Bajo el gobierno de Balduino III, la *assise du coup apparent,* dirigida a los peregrinos y los más pobres (en la práctica, a los recién llegados), los eximía del requisito legal corriente por el cual alguien debía jurar ante un juez que eran personas de buena fe. Era improbable que los recién llegados conocieran a nadie, aunque no por ello eran inmunes a las exigencias habituales de la mala suerte o de la ley. La presencia de una población cuantiosa de ciudadanos libres, latinos, pero no nobles, se refleja en el número de sargentos cuyo servicio fue reclamado por los reyes de Jerusalén, para atender a las emergencias de las ciudades y las amplias tierras de las iglesias y los monasterios; también se reconoce

en la *assise sur la ligece* de Amalarico I, que instaura su derecho a reclamar lealtad de los hombres libres que residían en feudos recibidos directamente de la corona. Es obvio que no todos ellos, en contra de lo que se solía creer, vivían en ciudades de mayor o menor extensión; así lo ponen de manifiesto los infortunados jóvenes de Magna Mahomeria, que hallaron la muerte en Gaza.[23]

Lo mismo cabe decir de los diversos proyectos de los señores latinos, que buscaron el modo de atraer a colonos francos a sus tierras; e igualmente de otros indicios documentales o arqueológicos de las comunidades rurales de inmigrantes. El rey y sus agentes participaron activamente en el plan de Acre, en las décadas de 1140 y 1160, al ofrecer ventajas competitivas a los posibles residentes. El priorato del Santo Sepulcro creo una amplia red de aldeas francas al norte de Jerusalén; con frecuencia, en terrenos que podríamos calificar de vírgenes, con acuerdos de arrendamiento y vasallaje claramente beneficiosos. Desde 1136, los hospitalarios ofrecieron, a los francos que quisieran establecerse en Bethgibelin, buenas condiciones de arrendamiento, con protección legal y oficial de sus derechos, que modificaron de nuevo en la década de 1160, para eliminar restricciones sobre la capacidad de los arrendatarios de comprar o vender las tierras. La orden favoreció asimismo el asentamiento de los francos en la llanura de Sharon. Estas iniciativas emprendedoras acompañaban de manera regular a los asentamientos políticos. Se instauraron las costumbres francas, en fecha temprana, en Ramla-Lod, probablemente por obra del obispo latino; también en el señorío de Cesárea, donde entre los colonos se contaban, antes de 1123, varios lombardos, probablemente relacionados con los italianos que habían ayudado a tomar la ciudad en 1101. El modelo de colonización al ritmo de la conquista —«el arado del colono seguía al caballo del conquistador»—[24] continuó en los enclaves establecidos al sur del reino y en los alrededores de Ascalón, como Ibelin, Darum y Gaza, o en las aldeas fortificadas que rodeaban los grandes castillos de Oultrejourdain, en Mont-réal y Kerak. Todas estas comunidades incluían algunos residentes francos, aunque en ocasiones, como en las propiedades hospitalarias de las cercanías de Ascalón o la llanura de Sharon, vivían junto a cristianos sirios. En otros lugares, los señores latinos intentaron maximizar sus beneficios al promover el asentamiento de los lugareños, más que de inmigrantes francos: en la década de 1150,

Balduino, hijo de Ulrico, vizconde de Nablús, fomentó el cultivo de nuevas tierras entre musulmanes y cristianos sirios.[25]

La distribución de las colonias latinas era desigual a lo largo de Outremer. En el reino de Jerusalén, además de las ciudades, se hallaban aldeas agrícolas —fortificadas o no, y con una población mixta, de inmigrantes recién venidos de Europa y de latinos ya establecidos en Outremer— en la zona de Galilea occidental, en las llanuras costeras que se extendían desde el norte de Acre hacia el sur, por los llanos de Sharon, hasta Ramla, Bethgibelin, Daron y la campiña de Ascalón; en Transjordania, las había en Mont-réal y Kerak; al sur de Jerusalén, entre Belén y Hebrón; en los alrededores de Sebaste, al noroeste de Nablús; y en la baja Galilea. La región con mayor densidad de asentamientos se encontraba al norte de Jerusalén, hacia Sinjil o Sanjil (Saint-Gilles), en el sur de Samaría; probablemente, fue la primera zona objeto de una colonización sistemática. De hecho, en la década de 1160, la densidad demográfica de los alrededores de Jerusalén impidió al duque Bela de Hungría encontrar propiedades adecuadas para su adquisición.[26] Sin embargo, en otras regiones —Galilea oriental, centro de Samaría, norte de Transjordania—, no hubo asentamientos a continuación de la conquista, sino que extensas zonas del reino continuaron estando pobladas casi exclusivamente por musulmanes y judíos. Esta distribución a retazos podría explicarse por la tendencia de los francos a no establecerse sino en las zonas ya dominadas por los cristianos del lugar.[27] En una serie de lugares, es posible que los latinos y los cristianos sirios —en Palestina, probablemente, maronitas, jacobitas o griegos ortodoxos de lengua arábiga— compartieran aldeas y emplazamientos. Balduino I animó a los cristianos de Transjordania a desplazar su residencia a Judea. En cierto número de pueblos, como en las grandes iglesias del Santo Sepulcro, en Jerusalén, y de la Natividad, en Belén, es asimismo posible que los latinos y los cristianos sirios participaran de los mismos espacios no solo demográficos y económicos, sino incluso litúrgicos. Así pues, en algunas zonas de Outremer, la influencia de los francos dentro del medio rural y sobre él era irrelevante; en otros, considerable; y en general, significativa en la misma medida en la que la Jerusalén cristiana, vacía, contrastaba con la cosmopolita Acre, la numerosa población musulmana de Tiro y Trípoli o la Antioquía griega y armenia.

¿CRISOL O APARTHEID?

Esto pone sobre la mesa la cuestión, planteada por muchos historiadores del siglo xx, de hasta qué punto se mezclaron los colonos latinos con la población nativa (si es que llegaron a mezclarse), para crear una sociedad heterogénea pero cohesionada, o bien una dividida por alguna clase de apartheid legal, religioso, racial o social. Dada la naturaleza de la sociedad del siglo XII, era inevitable que existiera alguna clase de contacto entre las comunidades. Outremer poseía vecinos políglotas, pero no por ello era un caso aislado en la Cristiandad. Antes al contrario, la diversidad comunal era característica en general de la Edad Media, y también del siglo XII: en las islas británicas, celtas e ingleses, ingleses y franceses, flamencos asentados en Pembroke, judíos con barrios propios en los centros comerciales; en Sicilia, griegos, musulmanes, normandos y lombardos; las antiguas comunidades judías renanas; la expansión germana por los territorios eslavos, pasado el Elba; la competencia de los propios germanos y los escandinavos, en sus agresiones a los bálticos y otros pueblos paganos; en España, la prolongada interacción de cristianos, musulmanes y judíos. La diferencia singular de Outremer radicaba solo en la intensidad de la fragmentación étnica y religiosa, en un rasgo propio de Oriente Medio. Recordemos que Nur al-Din, soberano de Alepo y conquistador de la Siria musulmana, era un turco que se rodeó de kurdos y tenía como vasallos a cristianos y a musulmanes de lengua arábiga. En Egipto, los califas chiítas fatimíes dieron empleo a cristianos coptos y armenios, como secretarios, generales y administradores; el poderoso visir Bahram (1135-1137, más conocido como *Saif al-Islam* o «Espada del Islam») era un cristiano armenio de Turbessel (Tell Bashir), en el norte de Siria; su hermano fue patriarca armenio de Egipto. Uno de los médicos del kurdo Saladino era judío.[28]

En Outremer, los invasores e inmigrantes francos distinguieron entre los distintos grupos raciales y religiosos, mediante la lengua y mediante el Derecho. Los más próximos a la clase dominante, con cuyos miembros no era infrecuente que contrajeran matrimonio, eran los cristianos armenios, sobre todo en el norte. Los griegos (cristianos ortodoxos de lengua griega) constan especialmente en tanto que comunidad urbana; de manera periódica se los discriminó

en materia de política e iglesia, en Antioquía y otros lugares. La categoría de *Suriani,* los sirios, incluía a los cristianos que hablaban árabe y, posiblemente, siríaco, o que usaban el siríaco como lengua litúrgica; con frecuencia, los francos no se molestaban en diferenciar entre melquitas ortodoxos, nestorianos (que hacían hincapié en la humanidad de Cristo, como algo opuesto a su divinidad) y jacobitas monofisitas (que concedían mayor importancia a la divinidad de Cristo, a costa de su humanidad), en Palestina, y, en el Líbano, los maronitas monotelitas. Sin embargo, no se confundía a los cristianos locales con musulmanes, al menos en los términos descriptivos de las crónicas, las cartas fundacionales y los tribunales de justicia. La población musulmana residente era designada con el nombre de sarracenos (*Saraceni*); los beduinos —musulmanes en su mayoría, pero no todos— podían distinguirse con el apelativo de *Arabi,* que probablemente les dieron los francos por pensar que vagaban por los desiertos de los límites de Outremer, hacia lo que se denominaba, imprecisamente, como Arabia. Mientras que los cristianos locales, aun cuando se los privaba de autoridad dentro de la jerarquía eclesiástica, vivían bajo el palio de la ley franca, que les era aplicable —por ejemplo, como vecinos, como propietarios, como esposas legítimas, como sacerdotes, monjas y fieles—, no puede decirse lo mismo de los musulmanes. El Concilio de Nablús, en 1120, impuso una legislación moral draconiana, cuya función principal era la de gesto propagandístico; pero aun así, instauraba una discriminación abierta contra los musulmanes: prohibía cualquier clase de relación sexual con ellos (aunque el castigo aplicado a los transgresores era equitativo, independientemente de la religión) e imponía la obligación de usar ropas distintivas. Como revés de la ley tributaria islámica,* los musulmanes estaban obligados al pago de un impuesto de capitación específico, en lugar de los cristianos. Sin embargo, cuando convenía a los cristianos, por ejemplo en la frontera entre Damasco y la Galilea septentrional, hubo cooperación cristiano-musulmana en las ta-

* Los no musulmanes que vivían en dominios del Islam pagaban un impuesto de capitación similar, la *yizya,* entendido como pago por el derecho a morar en tierra islámica sin convertirse y por beneficiarse de la protección general contra los enemigos externos. Véase por ejemplo F. Maíllo Salgado, *Vocabulario básico de Historia del Islam*, Akal, Madrid, 1987, p. 186. (V. *de los t.*)

reas agrícolas; en algunos lugares, las comunidades musulmanas, sus leyes y sus costumbres, posiblemente los caciques (*ra'is*) y quizá también los jueces (*qadi*, cadíes), continuaron sin apenas alteraciones, aparte de los impuestos y otros beneficios cristianos. En consecuencia, los francos de Outremer exhibieron una forma de ceguera cultural hacia sus vecinos y súbditos musulmanes. Los francos reconocían la naturaleza, muy distinta, de los *Turci,* los turcos, en referencia tanto a las fuerzas hostiles gobernadas por los turcos como a los propios ejércitos turcos del otro lado de la frontera, que representaban la mayor amenaza contra la supervivencia de los colonos. En cuanto a las comunidades judías, como resultado del acoso, la discriminación y el recorte de las oportunidades económicas, los grupos judíos locales sufrieron un fuerte declive desde 1099, pese a mantener su presencia en algunas zonas, como la Galilea occidental. Aunque, al igual que las musulmanas, las comunidades judías no fueron objeto de persecución activa una vez concluidas las expulsiones asesinas de los primeros años de conquista, y aunque hay pruebas de la pervivencia de los tribunales rabínicos, lo cierto es que, en un mundo dominado por los cristianos y los musulmanes, el oficio más notable entre los artesanos judíos de Outremer parece haber sido el de teñidor.[29]

En suma: sería absurdo representar Outremer como un refugio de armonía entre las comunidades, o, menos aún, entre los distintos credos religiosos. En la década de 1180, los musulmanes de Galilea denominaban a Balduino IV «el Cerdo» y, a su madre, Agnes de Courtenay, «la puerca».[30] En el principado de Antioquía se produjeron, de forma esporádica, rebeliones de la población musulmana, a la que se trataba de modo vacilante: ora se los animaba a participar en la economía, ora se los extorsionaba. En algunas zonas, los musulmanes apenas fueron molestados; en otras, fueron sometidos a tratos muy duros. Cuando encontraron una oportunidad —como en la invasión de Palestina por Maudud de Mosul, en 1113, o de Saladino, en la década de 1180—, las comunidades islámicas locales ayudaron a los invasores. Era común ver a esclavos musulmanes, incluso a mujeres encadenadas. La masacre de Trípoli, en 1152 —en la que murió toda la población no franca, fuera cual fuese su religión— puso de manifiesto un elemento de tensión racial que afectaba a todos los no francos, quizá de una manera más notable en las ciudades

de mayor densidad demográfica. Fulquer de Chartres expresó su disgusto ante los negros africanos que encontró cerca del Mar Muerto en 1100: «sintió desdén ante aquella gente, que no valía más que unas algas».[31] Varias pruebas anecdóticas dan testimonio de la nula tolerancia que los campesinos recién llegados concedían a la confratemización con el islam, pero la incomodidad cultural estaba más generalizada, como demuestra el hecho de que Guillermo de Tiro desaprobara a los médicos musulmanes, a la sazón de moda; aun así, a diferencia de lo que acaecía por ejemplo en la Sicilia normanda, hubo pocas algaradas antimusulmanas, si es que llegó a haberlas. Como la mayoría de los pueblos nativos del reino de Jerusalén hablaban arábigo, independientemente de su religión, la solidaridad confesional formal podía quedar borrada por la diferencia cultural. Los cristianos sirios y los gazíes podían prosperar en la sociedad latina, incluida la casa real, pero, más allá de la discriminación o la tolerancia por razones de religión y etnia, imperaban también las barreras de la condición social. Con la excepción de los armenios del norte de Siria, había pocos aristócratas que no fueran francos dentro de la órbita de la Outremer latina. Aunque permanecían vestigios irregulares de una estructura episcopal greco-siria, aparte de las direcciones de los monasterios griegos y sirios, las capas más altas de la jerarquía eclesiástica fueron colonizadas por latinos. Los nobles musulmanes habían huido ya con las primeras conquistas cristianas. Entre los más prominentes cristianos locales o musulmanes conversos, eran mayoría los profesionales —miembros del gobierno civil, mercaderes, médicos— y minoría los terratenientes significativos; aquí cabe incluir quizá a la familia de Muisse Arrabit, vasallo de Hugo de Ibelin hacia 1 160.[32] La conversión parece haber sido un requisito previo a cualquier matrimonio, de modo general; por otro lado, el éxito de Balduino I quizá favoreciera conversiones en las capas sociales más altas de la comunidad musulmana. Se conoce un relato, de cariz posiblemente fantasioso, que indica que uno de estos gazíes fue gobernador de Jerusalén en 1112, en ausencia de Balduino; un miembro de su séquito, que recibió el señorío de Hebrón en 1107, era conocido como Gualterio *cognomine Mahumet.* Es probable que otros conversos se unieran a los turcoples, la caballería ligera de los ejércitos de Outremer, formada en su mayoría por cristianos sirios. Ahora bien, en general, las barreras tanto políticas y sociales

como étnicas y religiosas impedían el desarrollo de un multiculturalismo de integración.

Los cristianos occidentales, sin embargo, no fueron los únicos que actuaron con sospechas o agresiones contra otras comunidades. Uno de los mitos más extraños de la Edad Media es el que refiere que la Cristiandad intolerante corrompió al Islam tolerante. En época de las cruzadas, los juristas musulmanes desaconsejaban confraternizar y preferían una segregación neta. Un legislador bagdadí del siglo xi, Al-Shirazi, exigió que cristianos y judíos vistieran ropas distintivas. Ibn Jubair, el viajero musulmán español, reprochaba que hubiera musulmanes dispuestos a vivir bajo un gobierno cristiano, conducta para la cual, a su juicio, «no puede haber excusa a los ojos de Dios».[33] A la inversa de cómo vivían las comunidades no musulmanas bajo el islam, en la Outremer franca los no cristianos vivían sin libertad, pero, en su mayoría, sin ser molestados. Tras las primeras masacres y la expulsión y desalojo forzoso de los musulmanes y judíos que residían en las ciudades tomadas, lo que predominó no fue ni la persecución ni la integración, sino la coexistencia.

No cabe establecer una imagen clara de las relaciones intercomunitarias en Outremer. En ciudades en las que latinos y cristianos sirios vivían puerta con puerta con los musulmanes, imperaba la convivencia. En Acre, donde los dos credos compartían tanto una mezquita convertida como un santuario de las afueras, los visitantes musulmanes eran tratados de un modo justo y eficiente. En Tiro y otros lugares se mantenían abiertas las mezquitas. Los musulmanes de fortuna podían viajar por el interior de Outremer. Aunque se les prohibía habitar en la zona, en 1120 Balduino II animó a los mercaderes árabes a que vendieran cereales y verduras en Jerusalén. En la década de 1180, según Ibn Jubair, dos de los comerciantes más exitosos y emprendedores de la costa de Outremer eran musulmanes del norte de Africa, con el centro de operaciones en Damasco. En amplias zonas rurales, los campesinos musulmanes cultivaban tierras de propiedad franca, satisfaciendo tasas en moneda o en especie; es probable que la ausencia de un resentimiento activo, que se manifestaba en su docilidad política, estuviera relacionada con la típica carencia de mano de obra a jornal en las haciendas francas. Sin embargo, algunos señores imponían condiciones más severas. Así, en la década de 1150, Balduino de Ibelin multiplicó por cuatro el impues-

to de capitación e insistió en su derecho a infligir castigos corporales a los arrendatarios musulmanes de las aldeas del sudoeste de Nablús. Sabemos con casi plena certeza que el impuesto general de 1183 atenazó sobre todo a los campesinos, más que a cualquier otro grupo social, aunque entre las comunidades religiosas existía, teóricamente, igualdad de valoración e imposición. Por toda Outremer, los cementerios y santuarios musulmanes dejaron de usarse y rehabilitarse en lo preciso. Los viejos del lugar recordaban con escasa precisión las luchas épicas por el control de los puertos marítimos, a principios de siglo, y así las refirieron a los correligionarios de visita en el país, transformadas por la memoria popular; más allá de esto, sin la presencia ni la implicación de una élite social e intelectual musulmana, la cultura popular islámica se estancó.[34]

Allí donde coincidían las comunidades, las relaciones podían resultar explosivas. En Nablús y los alrededores encontramos contrastes muy acentuados. Al estar situada en el extremo del área fronteriza, la zona era especialmente vulnerable a los asaltos y saqueos, como por ejemplo la incursión damascena de 1137; formó parte de los dominios del rey hasta que fue concedida como señorío a Balian de Ibelin, hacia 1177. La vecindad inmediata incluía aldeas cristianas, con campesinos francos, rodeados por una población mayoritariamente no cristiana. En una de las calles de la ciudad, había un establecimiento vinatero, franco, justo delante de una hospedería selecta, regentada por musulmanes. Una salteadora de caminos del lugar, de religión musulmana, mostró tendencia a abordar y asesinar a francos, costumbre que posiblemente guardaba relación con el hecho de que había estado casada con uno, al cual también había dado muerte. Otra mujer de Nablús, la elegante Paschia de Riveri, franca de origen y esposa del pañero local, alcanzó notoriedad como supuesta concubina del patriarca Heraclio, lo cual le valió, además del sobrenombre de Madama la Patriarca, un armario repleto de sedas y joyas preciosas. Aunque el número de residentes francos era lo suficientemente elevado como para contar con un tribunal propio (la *cour des bourgeois),* se permitió a la secta samaritana local que prosiguiera con sus ritos anuales de la Pascua, que atraían a devotos de todo Oriente Medio; esta tolerancia con un centro activo de religión no cristiana es un fenómeno sin parangón en la Cristiandad. El vizconde franco, representante del rey en la ciudad, per-

mitió que un emir árabe fuera testigo de un juicio sanguinario, resuelto en un duelo a muerte, entre dos francos, uno de los cuales acusaba al otro de haber enviado ladrones musulmanes a sus propiedades. Un terrateniente franco acosó de tal forma a un grupo de musulmanes devotos, de la secta de Hanbali, que estos evacuaron sus aldeas durante las décadas de 1150 y 1160: antes, sin embargo, habían podido realizar sin problemas los sermones y rezos completos del viernes. Con esta combinación de violencia intercomunitaria e infracomunitaria, anarquía, indiferencia, coexistencia práctica, tensiones no resueltas y comportamientos culturales exagerados, estas historias nos recuerdan el peculiar aroma de otras fronteras en competencia, como el «Salvaje Oeste» de los Estados Unidos.[35]

Nablús, como se ha dicho, estaba en el extremo de una zona de frontera. En otras áreas de Outremer, se impuso, en la práctica, la coexistencia, sin excluir de ella a los musulmanes. Las barreras religiosas podían saltarse mediante la conversión; las leyes de Jerusalén hacían hincapié en que los antiguos esclavos musulmanes, si se convertían de modo genuino, debían ser liberados. Entre la nobleza, los períodos de paz, las treguas o los tratados podían dar origen a contactos amistosos temporales. Tras el acuerdo que puso fin al largo y enconado asedio de Tiro, en 1124, los habitantes salieron con ánimo de confraternizar con los conquistadores e incluso curiosearon las máquinas de guerra con las que los habían sitiado. En estas épocas de tregua, el locuaz anecdotista Usamah ibn-Munqidh, de Shaizar, que afirmaba gozar de amigos entre la aristocracia franca, logró visitar a gente de su misma clase social por toda Outremer, con plena impunidad, incluso en Antioquía y Jerusalén. En cierta ocasión, Usamah consiguió —según se jactaba, años más tarde— obtener una compensación del rey Foulques en persona, por el perjuicio causado por Renier de Brus, señor de Baniyas, que le había robado parte de sus rebaños ovinos. La propia mujer de Renier, mientras estuvo cautiva en manos musulmanas en la década de 1130, admitió que, sin que la forzaran a ello, «no había respetado satisfactoriamente la santidad del lecho matrimonial», con lo cual, a la liberación de su mujer, Renier pidió el divorcio. La concordia no dejaba de ser superficial. Durante una tregua firmada entre Antioquía e Izz al-Din de Shaizar, en 1108, Tancredo trabó amistad con un caballero kurdo, cierto Hasanun, que había participado en una

carrera hípica con los francos; en 1110, al reanudarse las hostilidades, Hasanun fue capturado y torturado; Tancredo dio la orden de que lo cegaran del ojo derecho, aun a pesar de que, según parece, había dado a Hasanun su garantía personal de seguridad. Otro antioqueño, Roberto FitzFulk, el Leproso, selló una alianza —si no amistad— con Tughtegin, atabeg de Damasco, en 1115; pero más adelante, su amigo le cortó la cabeza sin darle siquiera la opción de un rescate.[36]

Estas historias de intercambio aristocrático, que en general se basan en las memorias —falseadas e interesadas— de un político de escaso éxito como Usamah de Shaizar, muestran un distanciamiento subyacente entre los latinos y sus vecinos musulmanes. No había forma de evitar las relaciones entre los francos y sus súbditos islámicos. Aunque apenas contamos con datos directos de ningún autogobierno musulmán, es probable que la vida de los musulmanes, en el medio rural, continuara siendo muy similar a la que llevaban con anterioridad, salvo en lo que respecta al aumento de los impuestos; de hecho, la relación que unía a los señores latinos con los vasallos de religión islámica era esencialmente fiscal. No tenemos noticias de que casi nadie intentara convertirse al islam, de manera abierta; los pocos francos que se preocuparon por aprender arábigo lo hicieron, probablemente, o por satisfacer un interés cultural o estético, o para poder charlar con sus vasallos y sirvientes cristiano-sirios; no para establecer contactos culturales sobre el abismo divisorio. Los musulmanes existían fuera del ámbito de la ley franca —a diferencia de los sirios cristianos— o quedaban agrupados sin distinciones, por oposición a todos los cristianos. Así, la *assise des bourgeois* recogía castigos graves para los musulmanes que se mostrasen violentos con los cristianos, pero no a la inversa.[37] No hay datos, por lo tanto, en los que apoyar la teoría de que Outremer era una sociedad integrada, si en ello incluimos a la sociedad musulmana. El contacto era administrativo o personal, pero no cultural ni comunitario; y de segunda o tercera mano, por mediación de los caciques de las aldeas, los administradores de fincas y tierras, los intérpretes; o por el empleo de personas muy concretas, como los médicos, posiblemente unos pocos escribas y casos aislados, como el excéntrico mecenazgo por el cual Alan de Al-Atharib protegía a Hamdan ibn Abd al-Rahmin. La relación no

se alejaba nunca demasiado de la de señor explotador y súbditos sometidos a normas.

En cambio, las relaciones con los cristianos de la zona adoptaron formas muy distintas. En algunas zonas, y especialmente en Antioquía, no se podía hacer caso omiso del poder institucional de las iglesias locales. A pesar de lo viscerales que eran la discriminación y los prejuicios eclesiásticos, tal como se pone de relieve en la obra de Gerardo de Nazaret (muerto en 1161), en el reino de Jerusalén, la antigua abadía griega de San Sabas disfrutó del patrocinio de los monarcas latinos, tres de los cuales contrajeron matrimonio con princesas ortodoxas (Balduino I, Balduino II y Amalarico I). El imperio bizantino contribuyó, con fondos propios, a restaurar la iglesia de la Natividad, en Belén. Balduino I instauró de nuevo a clérigos griegos en el Santo Sepulcro, tras haber resultado un fiasco, en 1101, la ceremonia del milagro del Fuego Santo, que en tal ocasión se celebró bajo los auspicios latinos: en este ritual, celebrado anualmente en la víspera de Pascua, se suponía que el Fuego Santo descendía del cielo hasta prender los cirios sacerdotales en el edículo del santuario. Fue obvio que los recién llegados no habían aprendido el truco... Un arzobispo de las comunidades siria y griega de Gaza y Bethgibelin negoció exitosamente en su nombre con los señores hospitalarios, en 1173, e incluso fue admitido como *confrater* de la orden. Los cristianos latinos y orientales vivían juntos en las ciudades y las zonas rurales; en algunos lugares, incluso celebraban juntos los oficios religiosos. Los cristianos sirios, de lengua árabe, ocuparon puestos importantes como escribas y funcionarios de aduanas, al igual que hacían bajo gobierno musulmán. Los derechos legales de los grupos religiosos locales podían llegar a defenderse en un tribunal franco, incluso ante francos, aunque esto probablemente fue excepcional. En 1137-1138, el cruzado lorenés Godofredo de Asch, compañero de Godofredo de Bouillon, obtuvo la libertad tras treinta y cinco largos años de cautividad en Egipto; lo consiguió gracias a un ruego a tal efecto del *catholicus* (patriarca) armenio de Jerusalén. Hacía tiempo que sus compatriotas lo habían dado por muerto; sus propiedades solimitanas había vuelto a manos de la comunidad jacobita local (los monofisitas), que era quien las poseía con anterioridad a 1099. Tras ser liberado, Godofredo reclamó su propiedad, probablemente ante la Haute Cour; pero, por in-

tervención de la reina Melisenda, hubo que satisfacerlo con trescientos besantes de oro,* sin que las tierras abandonaran las manos jacobitas.[38]

La integración no fue más allá. Por detrás del sistema legal franco, los sirios celebraban sus propios juicios, para delitos menores y casos civiles, pero los casos criminales graves se resolvían solamente en las cortes francas, la *cour des bourgeois.* Incluso en la *courde la fronde,* que poseía una jurisdicción civil amplia, y criminal más limitada, en Acre y probablemente otras ciudades portuarias, los sirios actuaban como miembros de jurado, pero el presidente era un vizconde franco. Las listas de testigos incluidas en documentos latinos de tenencia de tierras incluyen a muy pocos sirios. Quizá se disfrazó con nombres francos la existencia de matrimonios mixtos, plenamente legales y, posiblemente, frecuentes; no obstante, que hubiera contactos, cooperación y aceptación no significa que hubiese integración cultural. Las comunidades cristiano-sirias de lengua arábiga continuaron siendo muy distintas de la población franca, por su lengua, su ley y su cultura, aun cuando cohabitaron en las mismas zonas rurales y urbanas. El número de los inmigrantes era demasiado bajo y su permanencia en el poder, demasiado breve, lo que hizo imposible que ocurriera una simbiosis cultural y social de gran calado: unos eran tan numerosos, que no se naturalizaban a los usos francos; los otros eran tan escasos, que no bastaban para transformar por entero a los demás.

Sin embargo, los francos dejaron su huella y, a su vez, recibieron la impronta de su entorno. Como en tantas otras zonas de conquista y frontera, los inmigrantes de Outremer dieron expresión, mediante la arquitectura y la ingeniería, a las necesidades tanto de su asentamiento como del nuevo señorío. El fruto más evidente del nuevo orden fue, aunque en la práctica se erigiera lentamente, la propia iglesia del Santo Sepulcro; pero a lo largo y ancho de Outremer, se respondió con vastas obras constructivas a las necesidades políticas, religiosas y económicas de los nuevos señores: hubo proyectos magníficos, como el complejo castillo hospitalario de Belvoir, de estructura concéntrica, que se alzaba sobre el Jordán; igle-

*** El besante era moneda bizantina, de oro o de plata.** ***(N. de los t.)***

sias en las ciudades y las aldeas, torres fortificadas en las zonas rurales, mansiones, residencias para los trabajadores agrícolas de nuevas colonias como la de Magna Mahomeria; caminos y carreteras, molinos de agua, almazaras, prensas de vino y plantas de producción azucarera. Cuando falta el apoyo documental, resulta casi imposible establecer si determinados vestigios arqueológicos fueron construidos por los francos o durante el período de ocupación franca; pero en un total de quizá más de doscientos emplazamientos (campos, ciudades y castillos) parece obvio que los francos desarrollaron un amplio programa de construcción. Si pensamos por ejemplo en los centenares de emplazamientos de castillos que se han identificado en la Inglaterra posterior a la conquista, la empresa no resulta sorprendente, aunque los materiales de construcción —sobre todo, piedra— exigían más tiempo, dinero y manipulación humana que la madera, mucho más abundante en Occidente. Las obras de los francos en las zonas rurales, entre las que había granjas y torres para residencia de los señores y administradores —como la Torre Roja (Al-Burj al-Ahmar), en la llanura de Sharon—, así como las aldeas previstas para los campesinos y jornaleros francos —como el caso de Parva Mahomeria (Qubaiyba), al noroeste de Jerusalén— son indicio de que la aristocracia terrateniente no era por completo absentista y que la población no era exclusivamente urbana y burguesa.[39] Los restos tangibles de los asentamientos francos, junto con la noticia de un mercado de tierras muy vivo en todos los niveles de la sociedad rural, exhiben un nivel de viabilidad económica al que nunca pudo igualar la seguridad política o demográfica.

La impresión de que la sociedad franca de Outremer era como un intruso, un extraño incapaz de injertarse en la cultura indígena, se deriva —cuando no de las analogías modernas y politizadas con los imperios, la colonización, los desarrollos raciales separados y la competencia de comunidades políticas y religiosas— de la aparente indiferencia de los latinos, que no mostraron interés por adoptar una identidad local, siria o palestina. En parte, esta imagen procede de haberse centrado en la ausencia de contactos y cooperación entre los francos y los árabes, excluyendo la asociación de los francos y los cristianos sirios. Se nos cuenta que eran pocos los francos que aprendían lenguas locales: «esta gente no habla más que franco; no hay forma de entender lo que dicen», se quejaba Usamah, pasando

por alto el hecho no menos llamativo de que él no hablara turco.[40] Sin embargo, la comunicación entre los grupos lingüísticos era, por un lado, esencial, y por el otro, incesante, tanto en el comercio, la agricultura, la administración agrícola y el sistema tributario, como en la justicia, de forma especialmente obvia en la multicultural *cour de la fronde.* En Qaqun (Caco, en los llanos de Sharon), un asentamiento mixto de francos, cristianos sirios y, posiblemente, algunos musulmanes, el señor de Cesárea tenía como representante judicial y fiscal a un vizconde que le debía servicio de un caballero y, probablemente, empleaba el fuerte de la aldea cuando llegaba de visita. Sin embargo, el contacto administrativo con los campesinos sirios era responsabilidad del trujamán, uno de los cuales, llamado Pedro, vendió tierras a Gualterio I de Cesárea, en 1146, por valor de doscientos besantes. No cabe duda de que Pedro era un hombre de cierta fortuna, que, como otros *dragomanni,* probablemente debía a su señor cierta clase de servicios (era servidor de un vasallo real de segundo nivel)[41]A su vez, es posible que los cristianos locales, de lengua arábiga, hicieran que su propio jefe negociara por ellos. Mientras los señores de Cesárea autorizaban negociaciones directas con los lugareños sirios, el trujamán actuaba como mediador. Con los vasallos francos, los intereses del señor eran defendidos por otra persona, su agente directo. Así pues, en una aldea cristiana mixta, podían existir sistemas de administración separados. Tampoco es sencillo identificar señales de desplazamientos forzosos cuando los francos se establecieron en lugares en los que ya había pobladores cristianos. Lo habitual era que los francos crearan nuevas aldeas, colonizaran emplazamientos abandonados o se situaran junto a las poblaciones cristianas ya existentes, en las que incluso compartían la iglesia local. Emerge una imagen de comunidades enlazadas, capaces de cooperar, sin integración ni asimilación plena y con no mucha necesidad de manejar una lengua común; es un modelo familiar, que hallamos también en las ciudades de la actualidad y en otras fronteras. En estas circunstancias, mantener la propia identidad no era sinónimo de exclusividad intolerante.

Como no podía ser de otro modo, algunos francos no solo aprendieron las lenguas locales, sino que, más en general, se aculturaron al Oriente Medio en lo relativo a la alimentación, las ropas, la higiene, la actividad económica y el alojamiento. Quizá casi to-

dos chapurrearan algo de árabe, útil para los propósitos judiciales, diplomáticos o administrativos; se conoce la anécdota de un caballero occidental, Guillermo de Preaux, que durante la Tercera Cruzada acertó a emplear la palabra árabe *malik* ('rey') para distraer la atención de las tropas turcas, que habían preparado una emboscada contra Ricardo I en las inmediaciones de Jaffa, en 1191.[42] En cualquier caso, para los aristócratas occidentales, aprender a hablar o a escribir en lenguas distintas a la materna representaba una carga menor, en comparación con la que puede suponer para sus sucesores modernos. Además de la lengua vernácula local, cualquier noble instruido habría manejado a diario el latín (como mínimo, en las oraciones o la iglesia) y, probablemente, otras varias lenguas vernáculas, aunque solo fuese de forma oral. Enrique II de Inglaterra hablaba con fluidez la lengua de oil y el latín, y tenía rudimentos de otras lenguas europeas occidentales; su hijo Ricardo I creaba bromas en latín y recitaba versos en las lenguas de oil y de oc. Para gobernar en Inglaterra o Sicilia, los soberanos normandos y sus funcionarios tenían que ser trilingües; Bohemundo, como se ha anotado ya, hablaba griego. Entre la nobleza franca de Outremer, la cautividad demostró ser otra escuela de idiomas, si bien peculiar; durante su estancia en una cárcel, en la década de 1160, Raimundo III de Trípoli aprendió arábigo, lo cual debió de ser un pasatiempo no infrecuente entre los presos de condenas prolongadas. Otros aprendieron árabe por curiosidad, energía intelectual, valoración de su conveniencia política o necesidad. Reinaldo, señor de Sión (1171-1200), dio empleo a un maestro de idiomas, musulmán; disfrutaba de los debates religiosos y estudió literatura árabe. Poseía tal fluidez y capacidad, que logró entusiasmar al propio Saladino; Reinaldo empleó su pericia lingüística para engatusar al sultán, al que convenció de retirarse de su fortaleza de Beaufort, en mayo de 1189, para adquirir un año de gracia y buenas condiciones de rendición de su castillo. Más adelante, durante la Tercera Cruzada, Reinaldo intervino como diplomático en las negociaciones con el mismo Saladino. Otro noble franco que —según refiere el socio y biógrafo de Saladino, Baña' al-Din ibn Shaddad (1145-1234)— hablaba bien el arábigo era el afeminado Umfredo III de Toron, a cuyo talento lingüístico recurrió también Ricardo I de Inglaterra en 1191, para mediar con Saladino [43] Tanto Reinaldo como Umfredo procedían de

familias establecidas tiempo atrás en Outremer, cuyo dominio del árabe, aunque inusual —según lo recogen los cronistas árabes—, quizá fuera indicio de una pericia cada vez más extendida entre los gobernantes latinos, que no en vano estaban rodeados, incluso en sus propias casas reales, por cristianos de expresión arábiga y unos pocos musulmanes y judíos arabizados. A lo largo del siglo XII, a partir de los comentarios hechos al azar, o de las descripciones de intercambios entre los francos y sus vecinos árabes, incluido el espionaje, cabe pensar que la nómina de lingüistas era bastante numerosa. Podemos establecer un paralelo con la Inglaterra anglo-normanda, Sicilia y España, donde los conquistadores se encontraron con lenguas locales de notoria complejidad y poder de preservación, habladas por una élite social y con expresión propia en los campos del aprendizaje, la literatura o el gobierno. De nuevo, en el contexto de las relaciones con los cristianos sirios, el deseo de comunicarse, pese a que no era estrictamente imperativo para la supervivencia política o administrativa, es en realidad algo esperable. Lo mismo cabe afirmar, en gran medida, para las otras lenguas de las élites orientales. El documento que recoge las negociaciones entre los hospitalarios y Meleto, arzobispo de Gaza y Bethgibelin, en 1173, es bilingüe, en latín y griego. El noble de Edesa Balduino de Marash, muerto en el asalto frustrado de 1146, cuando se pretendía recuperar la ciudad, hablaba armenio con fluidez y empleaba como confesor a un sacerdote armenio.[44]

Este mismo eclecticismo se expresa en otras muchas respuestas de los latinos al Oriente Medio. En siglos recientes, los asentamientos francos de Outremer han atraído la atención crítica como precursores de la posterior expansión colonialista de Europa en la región. Pero resulta más preciso considerarlos en sus propios términos, como fruto de su propia época. Ciertos elementos de la cultura y la sociedad latinas de Outremer son reflejo de la vida occidental, sobre todo en la iglesia, la lengua y el Derecho, pero cubiertos de un hondo provincianismo. En el siglo XII se produjeron en Occidente progresos radicales en materia intelectual, artística y legal, pero el Oriente cristiano se hizo poco eco de ellos. Solo dos escritores que a la sazón eran relativamente modernos estaban representados en la biblioteca de la catedral de Nazaret: el teólogo Anselmo de Canterbury y el canonista Ivo de Chartres. Hubo pocos teólogos y cano-

nistas que recibieran su educación en Outremer; no se alzaron universidades ni catedrales góticas; las prácticas burocráticas de la cancillería real adquieren un aspecto rudimentario, en comparación con las del papado, Sicilia o Inglaterra; la acuñación de moneda, imitativa y poco refinada. En el aspecto académico, Outremer era un páramo, distanciado por igual de Oriente y de Occidente. Con unas pocas excepciones notables, como la del erudito y traductor bíblico Aimery de Limoges, patriarca de Antioquía, la clerecía que emigró a Oriente procedía de capas intelectuales mediocres. Aunque las escuelas catedralicias estaban dotadas de bibliotecas —modestas y anticuadas—, fueron escasos los eruditos locales. Aparte del jerosolimitano Guillermo de Tiro, que recibió su instrucción en Occidente, destacó Gerardo de Nazaret, obispo de Latakia (1140-1161), polemista y hagiógrafo contrario a los griegos. También la literatura vernácula era deudora de la occidental; el cantar de gesta de la *Chanson des Chétifs,* referido a las expediciones de 1101, se escribió en Oriente, pero fue escrito para el príncipe inmigrante Raimundo de Antioquía (muerto en 1149).[45]

Las artes plásticas estaban asimismo dominadas por artistas y modelos del extranjero; entre los más notables, la influencia bizantina sobre la pintura decorativa, la iluminación y los mosaicos; en arquitectura, los estilos de Italia y el sur de Francia. El salterio de Melisenda, exquisitamente miniado, de la década de 1130; o el conjunto de los mosaicos griegos con inscripciones latinas, creado hacia 1170 en la belenita iglesia de la Natividad para un obispo inglés, con el mecenazgo conjunto de Amalarico I y Manuel I Comneno, sitúan al arte de Outremer en un contexto cosmopolita y mediterráneo, singularizado más por la coincidencia de influencias que por ninguna originalidad específicamente local. A este respecto, el abismo que separaba a latinos y griegos demostró ser un obstáculo para una simbiosis cultural eficaz no menos serio que el que enfrentaba a latinos y musulmanes. Se ha creado cierta polémica sobre si existió un taller de cantería en Jerusalén y de dónde habrían procedido los artesanos y obreros expertos, si de Europa o del mismo Oriente. Estos trabajadores cualificados, ¿se asemejaban a la jerarquía de la iglesia, que se mantenía gracias a los refuerzos de la inmigración, o quizá como la aristocracia laica, cada vez más local, como descendiente de inmigrantes de otras generaciones? Las dos posibilidades

son plausibles. Un rasgo notorio del arte latino de Outremer es la pericia en el trabajo de la piedra, ya fuera en la escultura —como algunos capiteles nazareos, conservados hasta la actualidad, o la tumba de Balduino V (muerto en 1186) en Jerusalén—, o bien en el revestimiento con mampostería de sillares de los edificios de más prestigio, tales como castillos o iglesias, que cabe observar aún en los pilares de la catedral de Tortosa —erigidos en el siglo xii, con líneas netas, agudas y claras—, en los muros poderosos del castillo de Saona, en el principado de Antioquía; o en la fría seguridad de las iglesias de Santa Ana (en Jerusalén) y Abu Ghosh. No podemos saber hasta qué punto el trabajo duro que implicaba la creación y construcción de estas obras de mampostería era realizado por trabajadores esclavos, probablemente musulmanes; en la relación contemporánea de la reconstrucción del castillo de Safet (norte de Galilea), que se inició en 1240, se especifica con claridad que la mano de obra era mixta, *operarii et sclavii,* obreros y esclavos. Sin las circunstancias peculiares de Outremer, que se utilizó como fuente generosa de esclavos musulmanes —y que Ibn Jubair reflejó con horror y conmoción en 1184—, los monumentos cristianos habrían sido menos impresionantes.[46] Pero en esto, los francos no se distinguían de sus vecinos del Oriente Medio.

Vivir en Outremer dejó huella en la vida de los francos, aunque solo fuera en los hábitos superficiales de la existencia diaria. Las memorias de Usamah de Shaizar, cuyas historias tienden a ser tan excelentes que resulta difícil concederles crédito, hablan de un agente suyo, que comió en Antioquía con un amigo griego, en la casa de un veterano franco de la Primera Cruzada, que daba empleo a un cocinero egipcio, evitaba las comidas típicas de los francos y no permitía que entrara cerdo bajo su techo [47] Tan maniática conversión a las costumbres musulmanas debía de ser extraordinaria; los occidentales de Outremer quizá adoptaran muchos elementos del gusto oriental, pero sin duda no perdieron apreciación por el cerdo. En Tiro había carniceros especializados en los productos porcinos; los porquerizos sacaban los rebaños por los montes; los restos hallados en antiguos vertederos demuestran que el consumo era constante. Por privilegio de Guillermo II de Sicilia, otorgado en 1168, el monasterio solimitano de Santa María de los Latinos pudo importar de Mesina, sin pagar aduanas, doscientos medios

cerdos ahumados, cien barriles de atún y una importante carga de abrigos de piel de borreguillo, pieles de conejo, cueros vacunos, lino y lana: el invierno es frío en las colinas de Judea.[48] Quizá la influencia más destacada de la alimentación oriental en la cocina ultramarina fue el azúcar blanco extrafino; la explotación del azúcar de caña, especialmente en los alrededores de Acre y Tiro, se convirtió en una de las industrias más notables de Outremer. En cuanto a las ropas, la aclimatación pedía vestidos amplios, de telas frescas en verano, pieles en invierno, y la protección solar de pieles y armaduras, mediante velos y sobrevestes; algunos francos utilizaban el turbante.[49] Un hecho que contrasta mucho con las prácticas de Occidente fue la adopción de la higiene típica de los locales, mucho más intensa. Usamah solía reírse con desdén de la falta de limpieza y el desconocimiento de la cultura y la etiqueta balnearia; era uno de los defectos más graves que atribuía a los francos, junto con la laxitud de las costumbres sexuales y el mal trato dado a las mujeres. Se consideró prioritario procurar el abastecimiento de agua para el uso doméstico y la irrigación, por mediación de acueductos en la llanura costera y de redes de cisternas en las tierras interiores áridas y los desiertos; incluso en el castillo hospitalario de Belvoir había un aseo. La arquitectura local del siglo XII quizá no alcanzó en otros lugares las proporciones fastuosas del palacio de Ibelin, en Beirut, construido en los primeros años del siglo XIII, con toda clase de fuentes, vestíbulos espaciosos, mosaicos, mármol y grandes vistas hacia el interior y hacia el mar, como una especie de Alhambra de ultramar. Sin embargo, incluso las casas, comparativamente modestas, de los ciudadanos más adinerados, así como las propiedades del campo, podían presumir de suelos de mosaico, con frecuencia taraceados con mármol antiguo; paredes de yeso pintadas; interiores amueblados con alfombras y tapices; mesas guarnecidas con cerámica de importación europea... Lejos de las ciudades es probable que no circulara esa clase de cerámica; las residencias del campesinado rural serían muy sencillas, en su concepción y los utensilios empleados, que dependerían de la producción artesana local.

La economía rural de Outremer no se vio afectada de forma radical por los inmigrantes occidentales, que, sin embargo, quizá importaran sus arados pesados para domeñar los suelos fértiles de Pa-

lestina, poco profundos: dividían las parcelas en *carrucatae** como en Occidente, aunque en Oriente había arados y medidas no tan distintos. Pese a que no constituían un monocultivo como en el oeste, los cereales —trigo y cebada— eran un componente muy destacado de la economía rural. El sésamo y las verduras se plantaban como cultivos de verano. En los primeros años del siglo hubo escasez de cereales, a juzgar por las importaciones, pero la carestía no persistió. Los olivos también eran un integrante básico de la agricultura, lo que probablemente hizo sentir como en casa a los inmigrantes del sur, aunque en los huertos de las inmediaciones de las aldeas se hallaban frutos más exóticos. En muchas de las aldeas de nueva constitución, la actividad central fue la producción de vinos.

Resulta más evidente otro aspecto: los francos de Outremer se adecuaban mucho a la economía de la zona, pues exportaban tinturas, productos textiles de lujo, azúcar extrafmo, cristalerías y, cada vez más, especias; al tiempo, importaban de Europa y los países islámicos vecinos cosas como alimentos, metales, madera y algodón. Outremer fue un estímulo para el comercio transmediterráneo de bienes, pero también de personas (por el peregrinaje). En la década de 1160, un notario genovés daba fe de que el comercio con Siria casi duplicaba el de Alejandría, el centro de distribución más importante del Mediterráneo oriental.[50] A cambio, los beneficios del comercio fueron representando, cada vez más, la base de la economía y las finanzas de Outremer. Quizá ello contribuyó a que los occidentales más inquietos vieron en el levante europeo una tierra rebosante de oportunidades, las oportunidades que intentaban hacer realidad sus soberanos y los señores de los asentamientos.

Aun a pesar de la aculturación, la presencia franca en los campos de Siria y Palestina fue tan breve, comparativamente, que no se pudo progresar ni hacia la integración social ni hacia la creación de una identidad cultural cohesiva y específica; lo mismo ocurrió con la ocupación de las ciudades costeras, que se vio truncada muy pronto. El fondo cosmopolita de los colonos, su relativa irrelevancia de-

* Medida de superficie equivalente al área que pueden labrar en un año ocho bueyes y un arado. *(N. de los t.)*

mográfica y el influjo constante de viajeros y nuevos inmigrantes se reflejó en la diversidad de su arte y su arquitectura. Outremer ha sido descrita como una colonia fragmentaria de la Europa occidental, que solo exhibió facetas inconexas o pedazos incompletos de su cultura materna.[51] Del mismo modo, solo desarrolló una unidad fragmentaria con la población nativa de religión cristiana, y ninguna en absoluto, con los musulmanes. Los abismos de la lengua, el Derecho, la religión y la condición social no llegaron a coincidir. Solo hubo intentos limitados de convertir a los súbditos musulmanes. Los propietarios de esclavos se enfadaron ante la liberación de los gazíes. En otras zonas, las conversiones surgieron como respuesta individual a las circunstancias, aunque seguro hubo cierto impulso a aceptar la fe de los soberanos de un Estado confesional, al igual que ocurrió en imperios posteriores que acogieron a gentes de varios credos, como el Otomano o el Habsburgo. Sin embargo, la ambigüedad de los asentamientos latinos (o al menos, de los datos que tenemos al respecto) se expresa muy bien en algunos capiteles de la catedral de la Anunciación, en Nazaret, que han pervivido hasta nuestros días. Muestran una descripción formalizada e irrealista de los sirios; si algunos autores la consideran la quintaesencia de la ceguera colonial de los francos, partidarios del apartheid, dos de los capiteles, que muestran misiones apócrifas de conversión a cargo de los apóstoles Bartolomé y Mateo, han permitido suponer que algunos de los clérigos de Nazaret deseaban cristianizar a sus vecinos musulmanes.[52]

La Outremer franca no desapareció ante la conquista de Saladino, entre 1187 y 1189. Parte de la población rural debió de sobrevivir. En algunos lugares, como quizá en los llanos de Acre, algunas aldeas se habrían sostenido a sí mismas, sometidas, pero intactas, al hallarse rodeadas por otras comunidades cristianas; desde luego, cuando se reconquistó la costa, a partir de 1191, algunos asentamientos volvieron a manos de sus antiguos propietarios y los viejos habitantes recobraron sus antiguos privilegios. En una región geográficamente tan diversa y complicada, cabe la posibilidad de que algunos francos optaran por quedarse, cuando su supervivencia no dependía necesariamente del destino de los señores, ni siquiera de la suerte de las ciudades. El castillo de Mont-réal resistió a Saladino durante un año y medio, antes de rendirse en los primeros meses

de 1189. Veintiocho años más tarde, en 1217, cuando un peregrino germánico, Dietmar (o Thietmar), visitó la ciudad que se alza bajo el castillo, que seguía en manos musulmanas y estaba poblada por musulmanes y cristianos sirios, pudo alojarse en la casa de una viuda franca. Al marcharse, la viuda indicó a Dietmar la que a su juicio sería la ruta mejor para llegar a su destino, el monte Sinaí, y le proporcionó víveres para el viaje: pan horneado dos veces, queso, uvas pasas, higos y vino.[53] Aquí tenemos el caso de, por lo menos, un residente franco cuya estancia en Oriente no era temporal, superficial, transitoria o mísera. Tal y como Fulquer de Chartres había anunciado a bombo y platillo un siglo antes, henchido de optimismo, la viuda de Mont-réal era en realidad una occidental que se había convertido en oriental.

III. LA SEGUNDA CRUZADA

Capítulo 8

¿UN NUEVO CAMINO HACIA LA SALVACIÓN? LA CRISTIANDAD OCCIDENTAL Y LA GUERRA SANTA, ENTRE 1100 Y 1145

Para Guiberto de Nogent —un abad pedante, enfermo y obsesionado con su madre, que antes de 1108 tejió su visión de «las obras que ha realizado Dios por mediación de los francos» *(Gesta Dei per Francos*)—, la campaña de Jerusalén ofrecía al laicado un nuevo camino hacia la salvación. Por su parte, el abad germano Ekkehard de Aura, un veterano del fiasco de 1101, la contempló como un nuevo método de penitencia.[1] Muchos observadores occidentales se apresuraron a vincular lo exclusivo de la empresa de Jerusalén con un manifiesto general a favor de la redención espiritual, la disciplina eclesiástica y la expansión del cristianismo; de la violencia así recompensada y santificada sacó provecho el papado, revigorizado, y sus partidarios, que pretendían reforzar la tradición de la guerra penitencial en interés de la iglesia. Fuera como fuese, quizá estamos exagerando el efecto radical de la Primera Cruzada. Los refinamientos seculares y eclesiásticos de la narración de la Primera Cruzada, en poemas, canciones, sermones o crónicas, confirmó —al tiempo que redefinía— una aceptación cultural ya muy antigua al respecto de la equivalencia de la militancia religiosa espiritual y la material. Urbano II no se había inventado a los soldados de Cristo ni una guerra espiritualmente beneficiosa y meritoria; era una tradición que englobó la Primera Cruzada, más que rendirse a ella. Por

más que los primeros combatientes jerosolimitanos se deleitaron en una gloria única, su ejemplo no condujo a una sucesión de grandes expediciones a Oriente, tras los desastres de 1101. Algunas regiones que habían suministrado nutridos contingentes entre 1095 y 1101, como el Lemosín, la Champaña y la Provenza, ofrecieron pocos *crucesignati* a los que se les pueda seguir la pista militar entre 1102 y 1146.[2] Los que asumieron la cruz y partieron a guerrear en Oriente despertaron una fuerte admiración; la causa de Outremer absorbía la atención de muchos, con frecuencia, cargada de angustia; sin embargo, pese a la implicación papal y a los reclutamientos locales esporádicos, no emergió ningún movimiento de masas. Las imágenes, las actitudes y las acciones de la Primera Cruzada fueron difundidas a lo largo y ancho de la sociedad occidental, aunque de forma irregular; muchas veces bajo la forma de tropos retóricos evangélicos, y otras muchas, como llamamiento a las armas. Ver Jerusalén en manos cristianas animó a toda una oleada de peregrinos, que se acompañó de esporádicas mareas de aventureros militares o principescos, cuyos motivos eran, posiblemente, tan caballerescos como devotos. Entre tanto, los papas integraron aspectos de la expedición de Urbano en su papel cada vez más autoritario como jefes y defensores de la Cristiandad, tanto dentro como fuera de sus fronteras, y fomentaron el uso del lenguaje y las instituciones de esta nueva guerra santa también contra los enemigos del pontificado en Italia o los bandidos del norte de Francia, así como contra los musulmanes de Outremer o la península Ibérica.

LA DIVULGACIÓN DE LA PALABRA

La conciencia de la Primera Cruzada había invadido la cultura de la élite occidental. Cuando, alrededor de 1143, en plena recaída de la guerra civil inglesa y durante el proceso de los acuerdos, el barón anglo-normando Brian FitzCount deseó exponer la mendacidad del chaquetero obispo de Winchester, escogió naturalmente un referente familiar: el excelente recuerdo de la lealtad de los *boni milites* de la Primera Cruzada.[3] Un monje de Cambrésis (en la frontera franco-flamenca septentrional), que escribió hacia 1133, se abstuvo de ofrecer un relato detallado sobre la expedición de Jerusalén, ale-

gando que aquellos acontecimientos se describían mejor en los libros, las canciones y los himnos; es un acto de renuncia muy lamentable, ya que afirmaba haber asistido al concilio de Clermont, cuatro décadas antes.[4] No había ninguna necesidad, ni para el barón ni para el monje, de dar más detalles; la historia era ya bien conocida. Las proporciones y la rapidez con que se produjeron las historias de la Primera Cruzada, de la pluma de testigos presenciales y otros deseosos de interpretar los asombrosos acontecimientos de forma didáctica, no halla paralelo en la historiografía medieval. Transcurridos doce años desde la toma de Jerusalén, por lo menos cuatro relatos testimoniales, tres grandes historias occidentales y una parte de la gran versión lorenesa preparada por Alberto de Aquisgrán circulaban ya junto con un grupito de otros relatos, más o menos relacionados o derivados, imaginativos o polémicos. Aunque su origen se situaba en los monasterios y las catedrales, aquellos textos reflejaban los intereses seculares al tiempo que los nutrían de entusiasmo, como sucedía, por ejemplo, con los héroes locales o el orgullo nacional. La mayoría de las historias esculpían cuentos de fe, valentía, sufrimiento, peligro, tenacidad y triunfo. Los teólogos destilaron el mensaje de la inmanencia divina y el deber cristiano; los testimonios presenciales, no menos astutos, ofrecían relatos accesibles de milagros y carnicerías. Uno de los primeros, la *Gesta Francorum,* contenía escenas muy elaboradas, con exóticos personajes tópicamente orientales, que declamaban estupideces extravagantes y grandilocuentes, con estilo muy similar a los versos de las *chansons de geste.* No había lugar para la representación naturalista, sobre todo en lo relativo al enemigo.[5]

Como síntoma claro de esta artificialidad, no existe apenas un conocimiento preciso del islam y el Profeta hasta la traducción del Corán que redactó el abad Pedro el Venerable, de Cluny, que no vio la luz hasta la década de 1140. Aunque el interés se había avivado bastante después de 1099, los textos sobre Mahoma se basaban en narraciones polémicas o deficientes, traducciones de escritos bizantinos que llegaban a través de la península Ibérica o de peregrinos que regresaban de Tierra Santa. Hacia 1110, la vida del Profeta que incluyó Guiberto de Nogent en su *Gesta Dei Per Francos,* junto con la de Embrico de Maguncia, ofrecieron la imagen de un Mahoma cuya mascota era una vaca; es de suponer que la idea provenía de la

tergiversación de un recuerdo falso de cierta sura coránica, conocida como «La vaca». El grueso del análisis sobre los musulmanes no logró alzarse por encima de la ignorancia racista y los insultos de la épica y los romances, una tradición en la que la *Gesta Francorum,* una de las fuentes más populares y más copiadas, se instaló cómodamente.

Aquellos textos, mientras presentaban retazos de un canon de historias de aventuras cada vez más fijo, alimentaban el lenguaje de la prédica, como había sucedido con las versiones inventadas del discurso de Urbano II en Clermont (o sea, en realidad, con todas las versiones). Un corpus de paráfrasis y referencias bíblicas, más o menos característico, aunque nunca prescriptivo ni uniforme, empezó a usarse en boca de los pontífices y los ulteriores propagandistas y cronistas de las campañas de Jerusalén. En este restringido vocabulario de la guerra santa se dejó ver una serie clara y definida de actitudes intelectuales y religiosas; aparecieron también teorías en el seno de la Curia papal, obsesionada con los precedentes, y entre los propagandistas y apologistas de la Segunda Cruzada (1146-1148); pero, hasta que la caída de Jerusalén, en 1187, dotó a la historia de una relevancia inmediata, no se desarrollaron fuera del claustro o el *studium.* La circulación, en el siglo XII, de las historias más famosas de la Primera Cruzada podría haber sido limitada, incluida la más «popular» de ellas, la *Historia* de Roberto de Reims. Conservada en por lo menos treinta y nueve manuscritos del siglo XII, no fue hasta la Tercera Cruzada (1188-1192) cuando asumió el carácter indiscutible de modelo. En un famoso retrato del Federico I Barbarroja de Germania, ataviado con los ropajes del *crucesignatus,* el deán de Schäftlam le ofrece una copia de la *Historia* de Roberto. Más o menos en la misma época, el monje cisterciense Gunther de Pairis (un lugar cercano a Basilea), que más tarde sería uno de los escasos cronistas de la Cuarta Cruzada (1202-1204), puso en verso la obra de Roberto. Las descripciones de la Primera Cruzada y otras expediciones posteriores semejantes tal vez alentaron la aplicación del lenguaje de la guerra santa de Jerusalén —en su mayoría, retórica bíblica convencional— en otros conflictos, con lo que se formó una especie de género literario específico. El fenómeno no constituyó un movimiento popular, en cualquier caso.[6]

Mucho más accesible seguía siendo, para las comunidades se-

mianalfabetas del siglo XII, la transmisión oral de las ideas, las historias y las noticias: los sermones, la liturgia, los testigos presenciales vivos y las canciones del monje de Cambrésis, *cántica* y *carmina, chansons de geste,* los himnos y los cantos litúrgicos. Los sermones —reales, inventados o rememorados— despertaban las ideas y las aspiraciones: las tempranas versiones inventadas del discurso de Urbano en Clermont; las descripciones de las arengas pronunciadas por Bohemundo en 1106, en defensa de la empresa oriental; en 1103, el discurso del arzobispo de Wurzburgo en lo relativo a un plan de Enrique IV para visitar Jerusalén; o una circular de reclutamiento, compuesta en Magdeburgo en 1108, que buscaba conseguir más apoyo para la expansión por tierras de los eslavos, más allá del Elba... Se recordaba que Bohemundo inició su sermón en la catedral de Chartres, en 1106, con el que pretendía levantar los ánimos a favor de una guerra santa contra Bizancio, relatando «todas sus hazañas y aventuras»; sobre todo, sin duda alguna, el liderazgo en la captura de Antioquía, en 1098.[7] Este tipo de representaciones públicas, vivas en la memoria colectiva de los historiadores una generación después, ayudaron a fijar una narrativa de las cruzadas en las mentes de quienes las oían. Para reforzar su mensaje, Bohemundo habría distribuido, además de las reliquias, copias falseadas de la *Gesta Francorum,* que demonizaban a los griegos mientras que a él lo colmaban de elogios.

La información se transmitía por testimonios orales. Los cronistas de la Primera Cruzada se basaban en los recuerdos de los veteranos que regresaban a Occidente. Guiberto de Nogent recogió las memorias de su conocido Roberto de Flandes; la historia de Alberto de Aquisgrán tomó como fuente el testimonio de los miembros que formaban el contingente de Godofredo de Bouillon y consiguieron volver a su patria. El mecanismo más eficiente de la memoria popular seguía siendo el verso. Aunque los grandes versos épicos, como por ejemplo la *Chanson d'Antioche,* no dieron con una forma estable que bastara para fijar el texto por escrito hasta finales de siglo, los versos para ser cantados o recitados, tal vez con acompañamiento musical, fueron compilados mucho antes. Ofrecían poco valor histórico, si es que alguno contenían; pero brindaban historias llenas de emoción, literariamente vibrantes. Así, estando aún vivo, el duque Roberto II de Normandía (muerto en 1134) escuchó relatos com-

pletamente ficticios en los que él había matado a Kerbogha en Antioquía y le habían ofrecido la corona de Jerusalén, leyendas que el poeta anglo-normando Gaimar había incorporado en su vernácula *Estoire des Engleis* en la década de 1140.[8] Aquella clase de historias de aventuras creó una imagen de la Primera Cruzada y condicionó las respuestas a los sucesivos llamamientos a la guerra santa. El poder de las canciones y los versos hizo su efecto en niveles muy diversos, desde la taberna a la corte, y despertaba inquietud incluso entre los poderosos. En 1124, Enrique I de Inglaterra dejó ciego a un rebelde, Lucas de La Barre, debido a sus eficientes canciones difamatorias.[9] A mediados de siglo, Gerhoh de Reichersberg atribuyó al medio el haber generado un puritanismo sigiloso: «Las alabanzas a Dios también se difunden en boca de los laicos que luchan por Cristo, porque no hay nadie en todo el reino de la Cristiandad que se atreva a cantar sucias canciones en público».[10]

Gerhoh señaló los estrechos vínculos entre los seglares guerreros y sus familias con los monasterios, reflejo del contexto social entrelazado que unía los distintos canales de recuerdos, sermones, encíclicas, crónicas y canciones, así como el entorno material en el que se fortalecía visualmente la ideología de la guerra santa, a través de las esculturas, las pinturas y las vidrieras, de las que solo sobreviven las eclesiásticas. En las iglesias parroquiales de la Europa occidental, los caballeros santos combatían el mal y hacían méritos para alcanzar la salvación; en un fresco del Apocalipsis, pintado en el tejado de la cripta de la catedral de Auxerre, el propio Cristo aparece en la forma de un héroe militar montado. La obra fue encargada por el obispo Humbaud (1095-1114), un protegido de Urbano II que participó en el sínodo de Anse, en 1100, en el cual se pidió a los *crucesignati* que cumplieran sus votos; Humbaud murió como peregrino de Jerusalén.[11] La peregrinación, tanto como la guerra santa, se hallaba detrás de las representaciones del Santo Sepulcro, en las iluminaciones de los manuscritos, las decoraciones pictóricas, las tallas eclesiásticas o, como sucedía en Eichstátt (Baviera), bajo la forma de una copia a tamaño natural.[12]

No todos los medios de comunicación relataban una historia. Los cantos litúrgicos, los himnos y las canciones encerraban atmósferas, ideas y admoniciones, no relatos, como en los *Jerusalem Mirabilis* de principios del siglo XII: «Allí debemos acudir, vendiendo

nuestras haciendas para adquirir el templo de Dios y destruir a los sarracenos».[13] Con un poco más de sutileza, la misa contemporánea se fue complicando de forma progresiva, para centrarse en Cristo y la Cruz, habiendo adoptado el léxico y la imaginería que colaboraron a definir la mentalidad de la que dependían las cruzadas. Para actuar como foco de la acción, las referencias verbales y visuales, difusas, dependían del conocimiento que se tuviera de la campaña de Jerusalén y de los motivos de la guerra santa o el peregrinaje que aquella alentara. La elevación de las hazañas de los jerosolimitanos —como se los denominaba con frecuencia— a una condición legendaria corría pareja con el programa de la iglesia postgregoriana y la confianza en sí misma del *ordo pugnatorum,* la clase de los guerreros. En la alianza declarada —y, después de 1099, cada vez más indiscutible— entre los dos se hallaba buena parte de la importancia que adquirieron los acontecimientos de la Primera Cruzada para las generaciones venideras.

RECEPCIÓN Y RESPUESTA

El éxito de la campaña de Jerusalén acalló a los críticos del fomento gregoriano de la guerra penitencial, alentando, con ello, a que el papado marcara a sus enemigos como blancos legítimos de la guerra santa. En 1103-1104, Pascual II, al más puro estilo de Gregorio, ofreció una remisión universal de los pecados a Roberto de Flandes y sus caballeros, a cambio de sus hazañas como «caballeros justos», es decir, por actuar contra los opositores al pontificado en Cambrai; y también a sus partidarios en el sur de Germania, que se habían enfrentado al emperador. Los adeptos del papa en Italia fueron espoleados de un modo bastante parecido: en 1135, la remisión de los pecados garantizada en el concilio de Pisa a quienes lucharan contra los antipapistas y contra el rey de Sicilia fue identificada, de forma explícita, con aquella que en su día decretara Urbano II en Clermont.[14] Este tipo de asociaciones se empezó a contemplar como la señal más potente de santidad, justicia y honor. En todas partes, la popularidad de la guerra penitencial había demostrado resultar muy útil en conflictos que, sin embargo, eran esencialmente seculares. En repetidas ocasiones después de 1100, el alto clero del norte de

Francia invocó el lenguaje de la guerra santa y las concesiones de remisión de pecados a todos aquellos que contribuyeran a controlar los desórdenes de la región, incluso cuando el supuesto malhechor, como en el caso de Tomás de Marle, atacado en 1115, fuera un veterano de las cruzadas destinado a la inmortalidad épica en la *Chanson d'Antioche*.[15] La distinción entre la violencia brutal y el heroísmo valeroso radicaba en los ojos del observador. En cuanto a los clérigos que autorizaban estas campañas, ofrecían una demostración activa de la dirección que la iglesia ejercía sobre el laicado, de la que la Primera Cruzada representaba el modelo más asombroso.

La aceptación de los valores legitimados por la expedición de Jerusalén se basaba en las reacciones hacia los veteranos que regresaban, celebrados en su vuelta, cargados de reliquias y otros recuerdos de Oriente. Se decía que uno de aquellos hombres había traído un león como recuerdo.[16] Muchos se contentaron con las hojas de palma que acreditaban su condición de jerosolimitanos. El aura de distinción flotó sobre muchos de ellos para el resto de sus vidas. Algunos prefirieron retirarse a los monasterios; otros continuaron con carreras devotas, financiando monasterios o donando reliquias. Sus carreras alcanzaron cotas más altas tras sacar partido de los contactos conseguidos en época de campaña. La mayoría, tal vez, retomó el hilo de su vida lo mejor que pudo, regresando, por lo menos en apariencia, al sistema de vida que habían dejado atrás al partir. Las proezas realizadas en Tierra Santa por el conde Roberto de Flandes le valieron la admiración en las crónicas y otros documentos, y su muerte, al enredarse en una escaramuza en 1111, fue lamentada como un triste destino para un «belicoso jerosolimitano».[17] La reputación podía generar beneficios tangibles. El rey Enrique I explicó al papa Calixto II, en 1119, que había dispensado buen trato a su hermano cautivo, el duque Roberto de Normandía, debido a su condición de cruzado: «No lo he esposado como a un enemigo apresado, sino que lo alojé como a un peregrino en un castillo real».[18] Si el héroe de Antioquía y Jerusalén apreció tan fraternal generosidad durante los veintiocho años que pasó en la prisión de su hermano, eso ya es harina de otro costal.

Otros veteranos retomaron sus vidas anteriores sin mayores cambios. La carrera de rapiña de Tomás de Marle, aunque fuera menos escabrosa de lo que pintaban sus oponentes políticos y sus dóciles

apologistas del clero, desenmascaraba el mito de que servir en la guerra santa del pontífice fraguaba una forma de conversión espiritual. Tal como señalaron numerosos comentaristas, las especiales condiciones que generaban caos en Europa no habían desaparecido; simplemente, se habían encauzado hacia una buena causa. La agresividad de Tomás de Marle había demostrado ser muy útil en las batallas más encarnizadas de Oriente. No todos los cruzados atrajeron hacia su persona un sentimentalismo tan falto de realidad; Everardo III de Le Puiset, vizconde de Chartres, fue acusado por el abad Suger de Saint-Denis, una generación más tarde, de haber emprendido el viaje a Jerusalén por orgullo, sin que la mala reputación de violento que tenía en île-de-France se viera mitigada por el gesto. El lugar central que ocupaba el espíritu marcial de la empresa en la propaganda que se hacía de la expedición a Jerusalén permitió que algunos participantes se sintieran felices de continuar los hábitos antiguos. Acudir a las armas fue, para algunos, casi una obligación: Hugo de Chaumont, señor de Amboise, que se enfrentaba a la pérdida de su herencia, actuó enérgicamente y de forma violenta; pero regresó a Oriente con el conde Foulques de Anjou en 1128. Resolver con beligerancia las disputas seguía siendo un hecho natural. Solo unos pocos años después de su regreso, Raimboldo Croton, héroe de Antioquía y Jerusalén, donde perdió la mano, había castrado a un monje por el robo de cierta cantidad de heno. A pesar de una penitencia que le impedía llevar armas durante catorce años, como suspensión efectiva de su condición social, Raimboldo apeló con éxito al papa Pascual II, alegando su valor en Jerusalén, aunque murió pronto, en una de las interminables guerras menores de la Île-de-France.[19]

Las guerras justas y los caballeros de Dios no fueron una invención de 1095 ni se consagraron por primera vez en 1099. No todos los relatos posteriores sobre la guerra se hicieron eco de los actos heroicos de Siria. Cuando Orderic Vitalis (hacia 1140) describe los motivos que movieron a las tropas de Enrique I a abstenerse de desencadenar una carnicería sobre sus contrincantes francos, derrotados, en Brémule (1119), se apoya en la retórica reconocida de las guerras cristianas:

> se perdonaron mutuamente ... por el miedo de Dios y de los compañeros armados ... Como los soldados cristianos, ellos tampoco esta-

> ban sedientos de la sangre de sus hermanos, sino que se alegraron mucho con la victoria que Dios les había otorgado por el bien de la Santa iglesia y la paz de los fieles.

En realidad, los hombres de Enrique estaban ansiosos por saborear los jugosos rescates. Por el contrario, cuando Orderico describe las batallas libradas alrededor de Fraga en 1134, entre Alfonso I de Aragón y los fundamentalistas almorávides de Marruecos, nos cuenta que los aragoneses llevaban «la cruz de Cristo» (no está claro si Orderico hablaba en sentido literal o metafórico) y sus gritos de guerra eran «en el nombre de Jesús».[20] En su relato de la batalla del Estandarte (1138), realizado por el autor inglés Enrique de Huntingdon, de modo contemporáneo a los hechos, los soldados ingleses que se enfrentaron a los invasores escoceses recibieron la absolución antes de iniciarse el conflicto, lo cual fue declarado «muy justo» por uno de los obispos allí presentes, que prometió una completa remisión de los pecados a todos aquellos que murieran en la contienda por la defensa de su «patria». Los símbolos de la iglesia y la llamada al patriotismo y al martirio, según aparecen en Enrique de Huntington, podrían haberse avivado con la nueva guerra santa; pero, en esencia, derivaban de tradiciones más antiguas. De un modo semejante, aunque en la *Historia Regum Brittaniae —Historia de los reyes de Britania,* de Godofredo de Monmouth (1136), extravagante, pero de amplia difusión— las tropas del rey Arturo en la batalla de Bath habían sido «señaladas con el signo de la fe cristiana» (esto es, la cruz), a ellas solamente se les prometió la absolución de todos sus pecados si perecían en combate. No hay ningún indicio explícito de que luchar con los paganos, por más encomiable que fuera, constituyera en sí mismo un acto de penitencia.[21] Igual que sucedía con los paladines condenados de Carlomagno en el poema épico de la *Chanson de Roland,* hacia 1100, el paraíso, en el que las almas descansaban «entre flores de rosa», solamente correspondía a los caídos en la lucha justa. Aquel conservadurismo alcanzaba incluso al papado: en diciembre de 1118, Gelasio II garantizó a Alfonso I de Aragón indulgencias plenarias para aquellos que murieran combatiendo contra los moros.[22]

Aunque no cabe duda de que los recuerdos de la Primera Cruzada influyeron en la elevada confianza con la que se describió y pres-

cribió en adelante la guerra santa, sobre todo contra los infieles y los paganos, la adopción caprichosa de determinadas formas de guerra penitencial, por parte de escritores y papas por igual, indica la existencia de un reconocimiento condicionado de la importancia de 1095-1099. Incluso la retórica prodigada sobre la nueva orden militar de los templarios por parte de Bernardo de Claraval en su *De laude novae militiae (En alabanza a la nueva caballería*), de 1130 aproximadamente, pese a todo el trabajo de adaptar radicalmente las metáforas espirituales de san Pablo relativas a la lucha por Cristo, convertidas en llamamientos literales a las armas, hace hincapié en el martirio y en la perspectiva de salvación, angustias tradicionales a la vez que inminentes entre las clases guerreras. Las imágenes, el lenguaje y la ideología relacionadas de forma específica con la guerra santa penitente, tal como la acuñaron los predicadores, los jefes y los subordinados de 1095-1099, distintas tanto según las asociaciones como según la coherencia litúrgica, jurídica, ceremonial o semántica, solo conformaron una parte menor dentro de una articulación mayor de la guerra santa y la Cristiandad militante. Los principios del siglo xii no contemplaron de forma consciente, en ningún caso, el amanecer de una «edad de las cruzadas» omnipresente.

Por el contrario, la fuerza dinámica de la Jerusalén idealizada o real supuso el primer centro de atención, tanto para los viajeros, armados o no, como para los teóricos. Ni las peregrinaciones ni la guerra santa demostraron ser el legado más imediato de la ocupación cristiana de la Ciudad Santa. El rey Eric I de Dinamarca, en 1102-1103, y el rey Sigurdo de Noruega, en 1107-1110, marcharon hacia Oriente tanto bajo la guisa de peregrinos como de guerreros, siendo su propósito marcial el de expandir el servicio tradicional que Escandinavia prestaba a Bizancio, que actuó como anfitrión de ambos monarcas; en una terrible fatalidad para los noruegos, muchos de ellos perdieron la vida a causa de un exceso de vino *retsina* sin diluir. Eric murió en Chipre, antes de llegar a Tierra Santa; su esposa pereció en el Monte de los Olivos. En 1110, el rey Sigurdo no permitió que Balduino I lo reclutara «para servir a Cristo» en el sitio de Sidón hasta después de haber cumplido sus votos en Jerusalén, donde habría recibido la cruz.[23]

Los vínculos con Jerusalén dieron respetabilidad a los señores, en especial a los reyes, dentro de sus dominios. En el invierno de 1102-

1103, el emperador germánico Enrique IV, el que fuera el más odiado e implacable de los enemigos papales durante un cuarto de siglo, anunció su intención de viajar a la Ciudad Santa, probablemente como peregrino. El anuncio, hecho público en una dieta celebrada en Maguncia en enero de 1103, acompañada de misas solemnes y un sermón exhortativo pronunciado por el obispo de Wurzburgo, despertó un amplio interés, pues los más cínicos sospechaban que se trataba de un ardid. En privado, en una carta enviada a su anciano padrino, el grandísimo abad Hugo de Cluny, Enrique le manifestó su deseo de ver dónde había vivido Cristo, dónde había conversado con los mortales y dónde murió, con la condición de que se firmara un acuerdo de paz con el papado acerca de la Querella de las Investiduras. Sin trato, no había peregrinación.[24] En la pretensión de usar el peregrinaje a Jerusalén como herramienta para resolver conflictos seculares de especial complejidad, Enrique no estaba solo. Desde Inglaterra a Sicilia, forajidos políticos, como los que quisieron asesinar a Guillermo I de Sicilia (1160) y los que asesinaron de verdad a Thomas Becket (1170), arreglaron sus billetes de vuelta a la respetabilidad o descubrieron una forma más noble de exilio en el viaje —o en la promesa de viajar— a Jerusalén.[25] En 1102-1103, Enrique IV albergó la esperanza de que una visita a Jerusalén podría acelerar un pacto con el papado y pacificar su reinado, igual que sucedió con la prédica de san Bernardo y la asunción de la cruz por parte del rey Conrado III en 1146-1147. Tal vez fuera el fracaso de una estrategia semejante, que se esperaba resolviera la enemistad entre familias dentro de la casa real danesa, lo que llevó al asesinato del duque Canuto, hijo de Eric I, a manos de su primo Magno, en 1131. Según parece, Magno había jurado ir a Jerusalén, probablemente como peregrino, dejando a su esposa e hijos al cargo de Canuto, a quien sin embargo asesinó en la fiesta organizada para cerrar el trato.[26] En 1128, a la muerte de Guillermo Clito, conde de Flandes, muchos de sus seguidores, que no habían sido perdonados por su hostil tío, Enrique I de Inglaterra, «tomaron la Cruz del Señor y, convirtiéndose en exiliados por Cristo, partieron hacia Su sepulcro en Jerusalén».[27] Como técnica para resolver enemistades, el viaje a Jerusalén acabó arraigando en la cultura pública de la Europa occidental: sucesivos tratados entre Enrique II y sus señores franceses, Luis VII y Felipe II, mostraban compromisos

mutuos de viajar a Oriente. Sin embargo, el uso de las peregrinaciones a Jerusalén (y a otros lugares) con fines políticos, para restablecer la respetabilidad y la autoridad o como forma de exilio temporal, era anterior al siglo XII: entre los distinguidos peregrinos del siglo XI encontramos nada menos que al sangriento conde Foulques Nerra de Anjou, al duque Roberto I «el Diablo», de Normandía y al asesino anglo-normando Sweyn Godwinson, hermano mayor del último rey anglosajón de Inglaterra.

La explosión de peregrinaciones a Jerusalén en el siglo XII se alzaba en claro contraste con el entusiasmo esporádico y, después del desastre de la Segunda Cruzada, limitado por las guerras santas en Oriente. Pero se desarrolló un vínculo claro entre los peregrinos nobles y las hazañas militares, realzado por la creación en Jerusalén, en 1119, de la Orden de los Caballeros del Templo de Salomón, los templarios, a quienes visitaron notables como el conde Foulques de Anjou en 1120, que se les unían de forma temporal. La costumbre había comenzado antes. En la primera década del siglo **XII**, los peregrinos fueron apremiados en repetidas ocasiones a tomar parte en la acción militar, por medio de incentivos ofrecidos por los gobernantes cristianos de Outremer. Poco después de haber sido armado caballero, algo antes de 1111, Carlos de Dinamarca, sobrino de Roberto II de Flandes y más tarde conde de Flandes, realizó un peregrinaje en el que combatió contra los paganos «enemigos de la fe cristiana». En 1124, Conrado de Hohenstaufen —el futuro monarca Conrado III y jefe de la Segunda Cruzada— asumió los votos para ir a Jerusalén como soldado de Cristo, posiblemente después de alguna especie de experiencia de conversión; fue el único monarca europeo que luchó en Tierra Santa dos veces.[28] Carlos y Conrado no fueron casos únicos. En la generación posterior a 1100, un goteo constante de prósperos nobles franceses visitó Outremer; unos pocos eran veteranos de la Primera Cruzada, que volvían a visitar, ya como peregrinos, las escenas de su gloria militar de juventud; uno o dos, como el borgoñón Esteban de Neublans en 1120 o Hugo de Chaumont en 1128-1129, llegaron incluso a luchar de nuevo. El interés por Oriente también afectó a familias enteras, como las de la Borgoña condal —región que equivaldría, de forma aproximada, al Franche Comté de la actualidad—, entre las que se encontraba el papa Calixto II, que proclamó una nueva guerra santa en Oriente en 1119; o el de los se-

ñores franceses de Montlhéry y Le Puiset, cuyas preocupaciones abarcaban tanto la lucha y la colonización como el peregrinaje. Aquellos contactos se extendieron por la Europa occidental de forma irregular, sin que los hablantes germánicos establecieran vínculos en Outremer «puesto que ... no tenían pensado quedarse allí», lo que causaba gran pesar a Juan de Wurzburgo en 1170.[29] Los parientes de los colonos representaban una forma de contactar y pasar información y ayuda material para Tierra Santa. En la decada de 1130, aquellas asociaciones pudieron encontrar una salida en las nuevas y permanentes instituciones de la guerra santa.

LAS ÓRDENES MILITARES

El conde Hugo I de Troyes viajó a Oriente tres veces: 1104-1108, 1114 y 1115; en la visita final ingresó en la nueva orden religiosa de los caballeros templarios; no fue el único. En 1131, cuando el rey sin descendencia Alfonso 1 de Aragón (muerto en 1134) redactó un testamento en el que legaba sus posesiones conjuntamente a los canónigos del Santo Sepulcro, la orden del Hospital de San Juan de Dios (los hospitaliarios) y los templarios, las dos órdenes militares orientales —sobre todo, la última— se habían establecido como instituciones únicas en el seno de la iglesia católica, y en ellas se combinaba la caridad con la violencia, la vocación religiosa con el combate. Al atraer nuevos miembros y concesiones de terreno de Occidente, aquellas órdenes establecieron sobre una base permanente el idealismo básico de la guerra penitencial, un mecanismo para su expresión y una presencia física a lo largo y ancho de la Cristiandad, que recordaba a los fieles las dificultades de Tierra Santa.[30]

La orden del Hospital de San Juan de Dios, los hospitalarios, surgió de un hospital amalfitano fundado en Jerusalén en 1080, para ofrecer cuidados a los peregrinos pobres y enfermos. Dedicada originalmente a san Juan Limosnero —un patriarca del siglo VII—, tras la conquista de 1099 aumentó su papel e importancia en el proceso de recepción de las nuevas oleadas de visitantes occidentales, muchos de ellos enfermos, exhaustos y empobrecidos; con ello la orden ascendió de condición y su patrono, el clérigo histórico y local, cedió el puesto a Juan Bautista, santo magno y apreciado universal-

mente. Tras recibir una cesión de terrenos por parte del rey Balduino, en 1113, la orden consiguió el reconocimiento papal en calidad de fraternidad caritativa ligada a una orden por medio de la asunción de votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, con un perfil que se diferenciaba en muy poco de otras nuevas órdenes, como la de los canónigos agustinos. Aunque la estructura de los hospitalarios quizá sirvió como modelo a los templarios, la función marcial de estos últimos influyó a los de la orden de San Juan. Si bien conservaron siempre su función esencial como hospital de caridad, en 1126 los hermanos hospitalarios servían en el ejército del reino de Jerusalén, en las luchas contra Damasco, y en 1136 se le encomendó a la orden el acuartelamiento de las fortalezas de frontera.

La función original de los templarios fue militar, pero, como los hospitalarios, su objetivo se derivaba de las necesidades de los peregrinos de Jerusalén. En 1119, un grupo de caballeros que se encontraba en Jerusalén, capitaneado por Hugo de Payns (de la Champaña) y un picardo, Godofredo de Saint-Omer, fundaron una fraternidad para proteger las rutas de peregrinaje desde la costa a Jerusalén y desde allí a Jericó. Con la autorización del patriarca de Jerusalén y ligados por los votos monásticos de pobreza, castidad y obediencia, los caballeros recibieron el reconocimiento oficial de la iglesia en el concilio de Nablús, en enero de 1120. Desde sus primeros momentos, aunque dependían de las limosnas incluso para sus ropas, la orden fue alojada en el interior y en los alrededores del palacio real de la mezquita de Al-Aqsa y en otras zonas de la plataforma del Templo; de aquí deriva el nombre de orden del Templo de Salomón (que los francos identificaron con el templo de Al-Aqsa). Ello demostraba asimismo el apoyo firme y constante del rey. Aquel mismo año, sus contactos fueron suficientemente insignes como para reclutar en sus filas al conde Foulques de Anjou, a la sazón de visita, aunque no fuera más que temporalmente; de regreso a Occidente, Foulques donó a la orden un ingreso anual de treinta *livres anjou,* con lo cual sentó un precedente que muchos seguirían después.[31] Entre 1117 y 1129, Hugo de Payns viajó por la Europa occidental para conseguir donaciones y nuevos miembros, así como para colaborar en las negociaciones que debían persuadir a su antiguo *confrater* Foulques de Anjou para que regresara a Oriente y reclutara fuerzas destinadas a una nueva guerra contra Damasco. Tras

un largo viaje por Francia y las visitas realizadas en Inglaterra y Escocia, el éxito de Hugo se dejó sentir en las numerosas donaciones realizadas a favor de la orden en 1127-1128, tanto de tierras, arrendamientos, derechos arancelarios, materiales de guerra y, por parte de los condes de Flandes, la recaudación de los tributos de toma de posesión de los feudos, que debían satisfacer los herederos de un feudo vacante. Los contactos de Hugo incluían a algunos de los más elevados señores de Francia. Aparte de Foulques de Anjou, Hugo de Troyes ya era miembro de la orden, y otros mecenas fueron Guillermo Clito y Teodorico de Alsacia (condes de Flandes, de manera sucesiva), y el conde Teobaldo de Blois. La condición social de Hugo la atestiguó igualmente el recibimiento que le dispensaron en Inglaterra y Escocia.[32] Su avance triunfal se vio coronado en el concilio de Troyes, en enero de 1129, que presidió un legado pontificio y al que asistieron muchos de los miembros de la élite eclesiástica, entre ellos el más influyente de todos, el abad Bernardo de Claraval, que unos pocos años después iba a componer el famoso himno de alabanza por los nuevos caballeros y la guerra santa en defensa de la nueva orden: *De laude novae militiae.* En Troyes, tras escuchar la descripción que Hugo hiciera de los principios y las prácticas de la nueva orden, el concilio confirmó su fundación y los dotó de su Regla, un código de conducta sistematizado.

Aunque los templarios habían percibido propiedades en Occidente antes de 1128-1129, el viaje de Hugo consolidó la situación de la orden como receptora de donaciones benéficas. En 1150, se había convertido en una importante y acaudalada propietaria de tierras, desde Inglaterra hasta Italia y Portugal, sobre todo en el norte de Francia, el Languedoc y el norte de España, y la amplia red de fincas pronto se reorganizó en *commanderies* regionales.* En algunas zonas, la relación entre las familias cruzadas y el mecenazgo de la orden era absolutamente obvia. En Inglaterra, los patronos supremos de los templarios resultaron ser el rey Esteban, hijo del desertor de Antioquía, Esteban de Blois y su esposa la reina Matilde, hija de Eustaquio de Boulogne y sobrina de Godofredo de Bouillon y Balduino I. Teobaldo, hermano del rey Esteban, y

* Dignidades y beneficios otorgados a los caballeros de ciertas órdenes militares y religiosas. *(N. de los t.)*

Guillermo Clito de Flandes, hijo del cruzado Roberto de Normandía, también acabaron siendo generosos donantes. De estas maneras en concreto, la propaganda de san Bernardo y el entusiasmo de los reclutas individuales iban cobrando expresión física y apoyo; los grandes centros de los templarios en París o Londres, o ciertos lugares como Temple Cowley o Knightsbridge en Inglaterra, funcionaban como recordatorios conocidos de la causa de la Cristiandad en Oriente.

La clara asociación de los templarios con la tradición de la Primera Cruzada se vio reforzada por el hecho de que sus combatientes gozaban de la completa remisión de los pecados y pudieron exhibir la cruz roja sobre sus ropajes blancos, lo cual los distinguía de forma inequívoca como caballeros de Cristo. No obstante, la idea de ver a los miembros de una orden religiosa, fortalecida por los oficios de la iglesia, cabalgando para derramar sangre todavía desentonaba un poco; sobre todo cuando a otros religiosos, como los monjes, por ejemplo, se los disuadía enérgicamente de participar en las guerras santas. Para algunos observadores, por lo demás nada hostiles a la guerra santa, la combinación de vocaciones de un caballero y un monje se les antojaba una monstruosidad. Guigo, abad de la austera Grande Chartreuse o Gran Cartuja (1109-1136), manifestó su angustia ante los peligros inherentes a tal fusión de espiritualidad y profanía: «Es inútil atacar a los enemigos del exterior si primero no hemos conquistado a los que hay dentro ... primero debemos purgar nuestras almas de vicios, luego las tierras de los bárbaros».[33] Aquellas inquietudes despertaron una larga apología en apoyo a los templarios por parte de sus partidarios y adeptos, siendo una de las más famosas y polémicas el *De laude* de san Bernardo. Pero, a pesar de la afinada retórica, del decidido ánimo que prestaban los grandes así como las series de bulas papales que concedían su reconocimiento y unos amplios privilegios eclesiásticos y espirituales (1139-1145), las dudas persistían, y jamás lograron acallarse por completo hasta la supresión y la abolición de la orden, a principios del siglo xiv. Aunque durante los primeros tiempos de la orden, la novedad conceptual estorbó a unos cuantos, incluso en el siglo xiii canonistas como Tomás de Aquino sintieron la necesidad de explicar con todo detalle las meritorias conexiones entre la lucha de la guerra de Dios y una vocación de penitencia.[34]

A pesar de todo, los templarios y los hospitalarios, cuyas constantes funciones benéficas desviaron las críticas, ofrecieron un modelo que rápidamente fue asumido en muchos lugares. La proliferación de las hermandades religiosas fue un rasgo característico de los siglos XII y XIII, habiéndose fundado algunas con fines militares, como la milicia de Monreal del Campo, de Alfonso I de Aragón (1128-1130) y la confraternidad de Belchite (1112), que según han pretendido algunos, imitó a los *ribats* musulmanes en la combinación del servicio militar y la vida de oración, o la hermandad danesa establecida en 1151-1152 por Vetheman, un acaudalado mercader de Roskilde, para defender el mar en contra de los piratas, a menudo paganos; aunque no estuvieran vinculados específicamente con la guerra penitencial, los miembros tomaban la comunión y confesaban sus pecados antes de cada período de servicio.[35] No todas las hermandades imponían el servicio o el compromiso como algo vitalicio: hasta los templarios admitieron a miembros interinos, que estaban de visita en Jerusalén, como ocurrió con el conde Foulques en 1120 o el borgoñón Humberto III el Viejo, señor de Beaujeu, en 1142; también ofreció un servicio de hostelería de élite para otros grandes, como Conrado III en 1148.[36]

El éxito de la fórmula instaurada por primera vez en Occidente por los templarios y hospitalarios, que conseguía donaciones y organizaba a los hombres, el dinero, las defensas y el control político de regiones enteras, animó a que la emulasen en la península Ibérica, donde se fundaron órdenes militares locales en la lucha contra los moros: en Castilla habitaron las órdenes de Calatrava (1164) y de Alcántara (1176); en León destaca la orden de Santiago (1170); y en Portugal la orden de Avis (hacia 1176). En Outremer, la orden de Lázaro, fundada en la década de 1130, sobre todo, pero no de forma exclusiva, para caballeros leprosos, poseía estrechos vínculos con los templarios. La lepra, u otras enfermedades de apariencia semejante que afectaban la piel, eran autóctonas del Oriente Próximo y acarreaban consigo un estigma social y una carga religiosa que iba mucho más allá de su potencial infeccioso (que era y sigue siendo muy bajo). La asociación con san Lázaro se extendió por toda la Cristiandad latina y los hospitales de leprosos se conocieron como «lazaretos». La regla templaría se convirtió en un modelo para la orden de los Caballeros Teutones (fundada en 1198, y basada en una

confraternidad hospitalaria formada con ocasión del sitio de Acre, en 1190) que a su vez prestó sus estatutos a la orden de Santo Tomás de Acre, inglesa (fundada por canónigos en 1190-1191 y militarizada en 1228). Aquellas instituciones seguían de cerca las misiones y las guerras en las fronteras cristianas, igual que los Fratres miliciae Christi (Hermanos de la milicia de Cristo, de Livonia, hacia 1202) y los Caballeros Prusianos de Dobrin (Dobryzn, hacia 1220). Las grandes órdenes, sobre todo la del Temple y la del Hospital, acabaron siendo organizaciones internacionales, con amplias propiedades y gran influencia política, formadas por unas estructuras y socios y con tal cantidad de personas a su cargo, que superaban con mucho a los primeros caballeros, sacerdotes y hospitalarios, o a los sargentos y demás personal militar necesario: en el siglo XIII llegó a haber conventos de monjas adscritos a los hospitalarios.

Las órdenes militares constituyeron uno más de los muchos aspectos de la gran renovación y extensión de la vida religiosa institucional en el siglo XII. Lo que las distinguía eran sus funciones y su inspiración: la guerra de la cruz. No obstante, aquellos que ingresaron en las órdenes como pequeña élite de caballeros declarados —en algunos casos, sobre todo en la primera época, después de carreras prolongadas como caballeros laicos— no eran *crucesignati* en el sentido habitual; sus cruces representaban el signo de una vocación vitalicia, no un acto temporal de penitencia. Entrar en una orden militar no se presentaba como alternativa a convertirse en *crucesignatus*\ la alternativa a ser templario u hospitalario era hacerse monje, un paso aún más serio hacia una nueva vida, y no solo un gesto temporal de fe y caballerías. Incluso san Bernardo, que en repetidas ocasiones estableció analogías entre los monjes y los *crucesignati* —los votos, la profesión, las ceremonias litúrgicas de ingreso, la vestimenta especial, la vida en comunidad— reconoció que convertirse en monje o, por extensión en templario u hospitalario, y convertirse en *crucesignatus* no eran alternativas directas ni actos sinónimos.

¿UNA NUEVA GUERRA?

A excepción de lo que atañe a las órdenes militares, el desarrollo de las nuevas instituciones de la cruzada en Occidente, a principios del

siglo xii, resulta confuso y oscuro. Hubo unos pocos llamamientos más para repetir la guerra penitencial de 1095: la guerra de Bohemundo, en 1106-1108; la campaña oriental promovida por Calixto II en 1119-1120; la expedición de Foulques de Anjou, de 1129; las campañas en la península Ibérica, de 1114-1116, 1118 y 1125-1126, todas ellas atrajeron también la autoridad papal y algunas indulgencias. Incluso con estas y otras asociaciones explícitas entre la guerra santa y el peregrinaje armado de 1096-1099, aparecen pocos cambios radicales con respecto a las actividades sociales y religiosas previas vinculadas al peregrinaje y la guerra santa autorizada por la iglesia. Existió muy poca coherencia entre las expediciones a gran escala enviadas a Oriente (1107 o 1120-1124); los peregrinajes menores, con ejércitos privados y sin ejércitos, muchos de ellos carentes de la autoridad pontificia; los intereses de los colonos de Outremer, como Foulques de Chartres, por generar un proceso de reafirmación constante; y la aparición de las órdenes militares. Cada uno de estos movimientos se manifestaba y funcionaba de un modo distinto, aunque guardaran estrecha relación en lo tocante a los motivos y las peticiones, al tiempo que reflejaban unas respuestas extremadamente tradicionales en lo relativo a la obligación, el honor, el servicio (a Dios o al señor terrenal), la aventura o la angustia penitencial. La Primera Cruzada confirmó y extendió una aceptación previa de la guerra santa, pero no creó ningún marco legal estable; la hábil retórica de sus apologistas carecía de una fórmula canónica aceptada. En el gran compendio del Derecho canónico, el *Decretum* de Graciano de Bolonia (hacia 1140), el prolijo análisis sobre la legitimidad de la guerra justa *(Causa 23)* hizo caso omiso de cualquier aspecto que pudiera contemplarse como algo que se derivara esencialmente de las nuevas instituciones establecidas ora durante la guerra santa de 1095-1099, ora después del conflicto; un silencio que llenaron deliberadamente los comentarios anglo-normandos al *Decretum,* más avanzado el siglo, en los que se hacía referencia explícita a los *crucesignati* y el modo en que los fieles deberían rogar por ellos.[37]

Estas nuevas instituciones apenas llegaron a constituir una revolución dentro de los hábitos cristianos. El legado de la Primera Cruzada traía consigo ciertos privilegios espirituales y temporales, relacionados anteriormente con los que disfrutaban los peregrinos,

y en 1145 el papa había llegado a reconocer que entre ellos se incluía la remisión de los pecados confesos (no solo, como en algunas declaraciones de Urbano II, la penitencia del pecado), la protección de la iglesia, inmunidad legal mientras durara la expedición, permiso para abrir hipotecas con los centros religiosos y una moratoria en la devolución de las deudas.[38] Por añadidura, la ceremonia de la toma de la cruz se hacía valer como característica de una forma específica de peregrinaje. No obstante, la ejecución fue irregular y en ocasiones desconcertaba a los contemporáneos, situados ante algo nuevo. En 1107, un comité de clérigos, nombrado para estudiar una demanda de protección, solicitada por un recluta para la campaña de Bohemundo en Oriente, no logró emitir un veredicto, porque «la institución por la que se asignan al cuidado de la iglesia las posesiones de los *milites* que parten hacia Jerusalén es algo nuevo».[39] La incertidumbre tenía sus motivos. Con Jerusalén en manos de los cristianos, ya no existía ningún incentivo para elaborar una nueva forma de guerra santa con la que recuperarla. Así pues, los reiterados llamamientos a las armas no hacían sino evocar el precedente de Urbano II y de Clermont, más que entrar a desarrollarlo. Las peregrinaciones, no la guerra, eran lo que constituyó la respuesta más abrumadora a la toma de Tierra Santa; el lenguaje y la práctica de las cruzadas y la peregrinación se iban fundiendo cada vez más y a los peregrinos y guerreros santos se los describía de forma indiscriminada como *peregrini,* con lo que se borraban los aspectos novedosos de la guerra santa de Urbano. Aquello no era más que un reflejo de la realidad. No todos los peregrinos armados combatían (por ejemplo, Enrique el León, duque de Sajonia, en 1172) y no todos los que lucharon habían tomado la cruz (como era el caso de los peregrinos empleados por Balduino I en 1102 y 1107). Los *crucesignati* llevaban el báculo y la burjaca del peregrino; los peregrinos exhibían cruces y portaban armas. Ambos compartían el léxico de la *peregrinado,* una parte de los mismos privilegios y una condición próxima a la de los eclesiásticos. En los documentos del siglo XII, raras veces se puede distinguir entre las dos actividades. Tomar la cruz parecía indicar la participación en la guerra penitencial, aunque los cronistas usasen para ello el término de «peregrino». Los conceptos de peregrinación desarmada y guerra penitencial armada se diferenciaban menos de lo que la contradicción entre los objeti-

vos y las funciones podría dar a entender. La cruz tendía a hacer pensar en violencia, aunque el eremita inglés Godrico de Fínchale (muerto en 1170) tomó dos veces la cruz, el *vexillum crucis,* antes de visitar Palestina; y en las dos ocasiones, según su biógrafo contemporáneo, se contentó con visitar los lugares de especial relevancia, ayunar y hacer penitencia. En una carta de 1110, se decía que Guillermo *Veneur* (esto es, el Cazador) de Maine había «aceptado la cruz en señal de peregrinación *(in signum peregrinationis)».* El rito litúrgico para tomar la cruz sobrevivió a los sucesos de 1095-1096. Algunas pruebas sugieren que esta ceremonia era entendida como algo independiente a la adopción de los signos del peregrinaje; otros indican lo contrario. En los casos de Guillermo Veneur, en 1120, y Foulques de Anjou, en 1128, se dijo que realizaron el ceremonial de la toma de la cruz siguiendo «la costumbre de aquellos peregrinajes».[40] Este hecho puede indicar diferencias regionales semejantes a las que se hallaban en las propias liturgias: no existió en toda la Edad Media ningún ritual estandarizado para la toma de la cruz. Semejante disparidad, aunque muy propia de la práctica, si no de la retórica, de la iglesia altomedieval, difícilmente puede servir para confirmar la creación de un movimiento homogéneo; más bien hablaría de una serie cambiante de asociaciones, hábitos y respuestas modificados y conservadores, estimulados por unas circunstancias políticas y eclesiásticas nuevas, pero arraigados en la tradición. Incluso las nuevas órdenes militares surgieron a partir de actitudes ya existentes con respecto a la guerra santa. Si la nueva guerra penitencial, sobre todo la destinada al Oriente, era innovadora en sus resonancias escatológicas y en sus exigencias materiales, las tensiones espirituales, sociales, políticas o económicas no se relajaron.

Potencialmente, el nuevo ejercicio poseía amplias implicaciones, si las privilegiadas inmunidades legales y fiscales reclamadas para los *crucesignati* encontraban garantías dentro de la iglesia, así como el apoyo del poder secular. Pero existen pocas pruebas anteriores a los últimos años del siglo XIII —del período de la Tercera Cruzada (1188-1192) y posterior— que documenten el funcionamiento activo, tanto en la iglesia como en los tribunales, de estas inmunidades. A pesar del decreto del Primer Concilio Lateranense (1123) —el primer concilio general de la iglesia occidental en la Edad Media, celebrado en San Juan de Letrán, que reafirmaba el

deber de la iglesia de proteger las propiedades de los cruzados—, las inmunidades dependieron en gran medida del contexto local secular y de la buena voluntad de los partidos interesados en cooperar. Cuando no lo hicieron, se siguió la confusión, como sucedió en la disputa por unas propiedades entre Hugo II de Le Puiset y Routrou de Perche en 1107, que dejó al descubierto la confusión e ineficiencia de las autoridades eclesiásticas: la causa fue de un lado a otro, de los tribunales seculares a los eclesiásticos, y uno de los mejores canonistas de la época fue incapaz, a todas luces, de identificar de forma clara las causas legales, por no hablar de su remedio.[41] Incluso después de 1123, la incertidumbre persistía. Todavía en fecha tan tardía como la de noviembre de 1146, el papa Eugenio III tuvo que informar al obispo de Salisbury de que la inmunidad solamente era efectiva en los juicios legales y la incautación de propiedades ocurridos después de haberse tomado la cruz. Durante la Segunda Cruzada, el papa recibió innumerables quejas, porque la protección de la iglesia, simplemente, no funcionaba. Necesitaron otros cincuenta años para conseguir que las inmunidades de los *crucesignati* encontraran su lugar en los informes de los tribunales y en los registros de los gobiernos seculares.[42] Durante la mayor parte de principios del siglo xii, en cualquier región, tomar la cruz era algo poco común y las expediciones militares de la cruz escasearon: para nada cabe hablar del nacimiento de una nueva era.

LAS GUERRAS DE LA CRUZ

Esta efímera naturaleza de las guerras de la cruz se puede explicar, en parte, por la falta de ocasiones en las que librarla. Las desastrosas campañas de 1101 acabaron con el optimismo desmesurado. Jerusalén seguía en manos cristianas. El mismísimo éxito de los francos en Outremer, capaces de forjarse principados, militaba en contra de cualquier sensación de crisis, siendo relativamente pocos los laicos que pensaban en términos de una guerra santa permanente; menos aún que los que deseaban establecerse en Oriente. Fueron las peregrinaciones y, más adelante, las órdenes militares las que ofrecieron el principal punto de contacto entre las dos partes de la Cristiandad católica; no las cruzadas. Sin embargo, seguían produ-

ciéndose intentos esporádicos de levantar el entusiasmo por la vieja causa, así como por aplicar sus formas a conflictos abiertos en cualquier otra parte.

La campaña de Bohemundo de Antioquía, en 1107-1108, demostró tanto las posibilidades como las limitaciones de los intentos por resucitar el espíritu de 1096. A su liberación en 1103, tras ser cautivo de los danisméndidas, Bohemundo se enfrentó con la pérdida de la mayoría de los terrenos conquistados en Cilicia, que pasaron a los bizantinos y, en 1104, de sus provincias orientales, tomadas por Riduán de Alepo. La ayuda occidental ofrecía una solución evidente; la reputación de Bohemundo actuaría como agente de reclutamiento muy capaz. Cuando llegó a Italia en 1105, tras obtener la aprobación papal de Pascual II, Bohemundo siguió hacia Francia en 1106, acompañado de un legado pontificio, Bruno de Segni, veterano del viaje de prédica protagonizado por Urbano II en la década anterior. Bohemundo planeó aprovechar la preocupación que existía por Tierra Santa para atacar el imperio bizantino, un juego de manos que se descubría en la presencia —acompañándolo en su viaje triunfal por Francia— de un impostor que pretendía el trono bizantino junto con otros exiliados griegos. Durante el sermón pronunciado por Bohemundo en Chartres, a principios de abril, Alejo I fue identificado como el blanco de la diana, y a quienes se unieran a la empresa se les prometieron «ricas ciudades y castillos». En una misiva al papa, de 1107, Bohemundo sostenía que su pretensión era, en el contexto general de ayuda a Tierra Santa, resolver el supuesto problema griego acabando con la usurpación de Alejo, el cisma eclesiástico y las hostilidades de Bizancio contra los cruzados. Pero la línea oficial de Bohemundo durante 1106 y 1107 se centró en la *via Sancti Sepulchri*. Un testigo recordaba que el legado papal presente en el concilio de Poitiers, en junio de 1106, insistía sobre todo en la necesidad de despertar el interés por el viaje a Jerusalén.[43] Fueran cuales fuesen sus motivos, Bohemundo utilizó su fama para hacerse con una esposa de clase alta, Constanza, hija del rey Felipe de Francia, y crear un ambiente de emoción. Según parece, los nobles hacían cola para convencerlo de que aceptara ser el padrino de sus hijos. El rey Enrique de Inglaterra, mientras se preparaba para intentar conquistar Normandía de manos de su hermano, el duque Roberto, otro cruzado, se alarmó lo suficiente como para prohibirle

que atravesara el Canal, no fuera que demasiados caballeros se uniesen a la aventura de Oriente. El número, el alcance geográfico y la condición social de los reclutas de Bohemundo es testimonio de su carisma y su exitosa propaganda. No solamente acudieron desde tierras vinculadas a los antepasados del líder, como Italia, Normandía e Inglaterra, sino también de amplias franjas de Francia (desde el Lemosín y Poitou, en el norte, cruzando el Loira por el Chartrain e île-de-France, hasta Flandes y la Borgoña imperial). El rumor de la guerra podría haber llegado a despertar el interés por Jerusalén en zonas más remotas; tal habría sido el caso del rey Sigurdo de Noruega, quien, sin embargo, no participó en la práctica en los planes de Bohemundo. Si bien la piedad podría haber desempeñado un papel primordial en el éxito del llamamiento de Bohemundo, tan minuciosamente orquestado, al menos un testigo señaló más tarde, tal vez con la ironía que posibilita el ver las cosas a posteriori, que muchos «pusieron rumbo a Jerusalén como hombres que se apresuran al festín».[44]

En octubre de 1107, aun el más cegato de entre sus seguidores podía ver que la intención de Bohemundo era volver a visitar los campos de batalla de su juventud, en los Balcanes occidentales. Desembarcó en Albania el 9 de octubre y encaminó a su ejército, que marchaba bajo el estandarte del papado, al asedio de Dirraquio. A pesar de su aclamada pericia militar, Bohemundo se vio completamente superado por la pericia de sus contrincantes. En la primavera de 1108, sus fuerzas estaban completamente rodeadas y aisladas de los refuerzos del otro lado del Adriático. Queda como testimonio de su determinación y dotes de mando el que se resistiera hasta septiembre a la decisión lógica de rendirse. En una obra escrita varios años después de la última entrevista de Bohemundo con Alejo I, antes de que aquel firmara el humillante tratado de Devol (Diabolis), la hija de Alejo, Ana, se vio empujada a incluir una descripción hoy muy conocida de este peligroso, pero atractivo bárbaro: alto, musculoso, ancho de pecho, de talle esbelto, «perfectamente proporcionado», blanco de piel, con el pelo corto, castaño claro con tintes pelirrojos, el rostro afeitado, los ojos azul claro, un hombre de un encanto desconcertante, de «carácter duro, salvaje» y «cuya sola risa parecía una amenaza contra los demás». Para echar un poco de sal en la herida, Alejo se aseguró de que entre los testi-

gos bizantinos que asistieron a la firma del tratado figuraran unos cuantos normandos destacados, empleados al servicio del imperio.[45] El tratado de Devol acabó con la notable carrera de Bohemundo. A su regreso a la Apulia, con lo que quedaba de su ejército, trató de pasar desapercibido hasta su muerte en 1111; dejó tras de sí un hijo y un legado famoso, pero poco más. Unos pocos hombres de los que tomaron la cruz en 1106-1107 quizá continuaron camino hacia Jerusalén después de la debacle de Dirraquio. La mayoría solo se llevó desilusiones, según entendió cierto autor, en este comentario: «en aquella expedición, las cosas no resultaron como los *peregrinationes* deseaban».[46]

El fracaso de Bohemundo fue más que una derrota; fue un bochorno, que no solo empañó su reputación sino, con ella, el uso de la *via Sancti Sepulchri*\ el tema era especialmente delicado, por el enorme alcance de la sincera devoción por Jerusalén, atestiguada no solo por los peregrinos, sino también por el propio reclutamiento de Bohemundo. Pero la extensión, por analogía, de la expedición jerosolimitana a otros escenarios de conflicto con los infieles siguió floreciendo. En el mismo año en que se firmó el tratado de Devol, un propagandista flamenco, vinculado con el arzobispo de Magdeburgo, asoció de forma explícita la guerra contra los vendos (del sur del Báltico) con la expedición de Jerusalén, animando a su público a que «siguiera el buen ejemplo de los galos ... venid y cargad, amantes de Cristo y de la iglesia, y preparaos como hicieron los hombres de la Galia para la liberación de Jerusalén». Por analogía, también la iglesia germana se había convertido en «nuestra Jerusalén».[47]

España ofrecía un ruedo de gran actividad para desarrollar estos paralelos. Aunque antes de 1095 Urbano II había contemplado la reconstrucción de la ciudad fronteriza de Tarragona como un ejercicio penitencial, merecedor de las indulgencias plenarias, solo después de Clermont se igualó la expedición de Jerusalén con la reconquista cristiana de España.[48] En adelante, esta interpretación de un conflicto común entre la Cristiandad y el islam prestó a las guerras seculares, fragmentadas por el avance territorial y la ventaja política, una especial energía y coherencia espirituales; esta transformación reflejó el empeño papal por controlar la iglesia española, en la misma medida que cualquier resurgimiento de las religiones autóctonas. Aquella importación ideológica coincidió, de forma muy con-

veniente y en un momento de gran relevancia, con la dominación musulmana de Al-Ándalus por parte de los almorávides, un pueblo de religión islámica fundamentalista, originario del norte de África. Había auténticas batallas que lidiar con los musulmanes, guerras que, vistas a trasluz del manto retórico, podían contemplarse dentro del contexto de la contienda entre las fes, abrazando así Tierra Santa. En un concilio celebrado en Santiago de Compostela en enero de 1116, el arzobispo Diego Gelmírez, «la catapulta de Santiago», apremió a su público para que imitaran a los conquistadores de Jerusalén —que «os convirtáis en caballeros de Cristo y, tras derrotar a los perversos enemigos musulmanes, abráis el camino hacia el mismo Sepulcro del Señor, pasando por España, que es más corto y menos costoso»—, una fantasía geográfica y militar a la que aguardaba un gran futuro.[49] Gracias a la actitud clerical de inspiración pontificia, el lenguaje y los accesorios de la guerra santa penitente de Jerusalén comenzaron a empapar la conquista de Al-Ándalus, que nada tenía de idealista. La tradición de la guerra santa se mantuvo después de que la mayor parte de Al-Ándalus cayera en manos de los caballeros cristianos en el siglo XIII, sin que el vínculo con Jerusalén acabara de quebrarse durante el resto de la Edad Media. Aún en el siglo **XII,** se vio alimentado por la evocación de una leyenda más antigua; en el *Poema de la conquista de Almería,* Alfonso VII es loado como continuador de las hazañas de Carlomagno, con quien se afirma merece ser comparado.[50]

El interés por que en España se desataran enfrentamientos desde el norte de los Pirineos reflejaba una tradición de combates itinerantes entre las prósperas élites militares de la Europa occidental, que se remontaba a bastante antes de 1095. En este sentido, la lucha con el infiel, en el Mediterráneo oriental u occidental, apenas alteraba las costumbres sociales, si bien suministraba nuevos puntos de escape. El nuevo núcleo de la violencia sagrada ejerció un control que no pasaba de ser esporádico, ocasional, irregular y desigual sobre la actividad de las clases combatientes, por más fuerte que fuera el impacto que estas ejercían sobre la imaginación o, cuando menos, sobre aquellas partes recuperables del mundo de su pensamiento, que tanto debía a las nuevas ortodoxias de la iglesia occidental. Víctimas de los enfrentamientos políticos intestinos —como el duque Canuto de Dinamarca, que murió asesinado en 1131— pudie-

ron ascender hasta el rango de santos cruzados por asociación con la aventura de Tierra Santa; aunque en vida no se viera mucho de aquella santidad.[51] Pero, a pesar de su condición de icono, como prueba viviente de la inmanencia y el favor de Dios, a pesar de atraer sobre sí la preocupada atención de los cronistas eclesiásticos y monacales, Outremer no consiguió ofrecer un escenario tan popular para los caballeros como para los peregrinos. El interés constante solía ser cosa de unas pocas familias: aquellos con derecho a reivindicar herencias en Outremer, como Bohemundo II, criado en Apulia, quien se marchó a reivindicar su herencia en Antioquía, donde llegó en 1126, o con influencias políticas en Oriente, como las amplias familias de Montlhéry o Le Puiset, del norte de Francia, que dominaron la política y el patrocinio de Jerusalén bajo el mandato de Balduino II.[52] Incluso el ejército reunido en 1128 por Hugo de Payns y sus compañeros dependía de que Foulques de Anjou aceptara la mano de la princesa Melisenda y la herencia de Jerusalén. Llegado el momento, la incursión de 1129 contra Damasco fracasó, y muchos contemplaron la empresa en su conjunto como un fraude, lo que probablemente era una injusticia, en la medida en que la campaña, en la que participó buena parte de los más distinguidos líderes de Outremer, así como los reclutas occidentales, se vio frustrada por unas tácticas pobres y un clima aún peor, no por las malas intenciones o por la indiferencia. La *Crónica anglosajona* registró el éxito que Hugo alcanzó en la recluta —«un número tan elevado de personas que jamás antes se había visto, desde la primera expedición, en los días del papa Urbano»— y la posterior desilusión: «Él [Hugo] dijo que se estaba preparando una auténtica guerra entre los cristianos y los infieles. Luego, cuando llegaron, aquello no fue más que una mentira; qué abatidos se encontraban todos los afectados».[53] La diferencia de prioridades y expectativas entre los occidentales y los residentes en Outremer se mantuvo en los siguentes tratos entre Occidente y Oriente. Buena parte de las camapañas activas protagonizadas por occidentales en Outremer eran oportunistas: una cuestión de gobernantes locales que acordaban sus habilidades marciales y las ambiciones de los visitantes ocasionales a los objetivos deseados, como hizo Sigurdo de Noruega con la toma de Sidón en 1110. No obstante, una crisis en las cuestiones de Outremer podía despertar un apoyo bastante extenso, aunque difícilmen-

te ya los reveses orientales igualarían el providencial triunfalismo que la toma de Jerusalén había inspirado en origen.

El desastre de la derrota de Roger de Antioquía en la batalla del *Ager Sanguinis* (Campo de Sangre) en 1119 hizo que Balduino II y sus consejeros enviaran en 1120 embajadores a Occidente, en busca de ayuda del papado y Venecia. Unos cuantos señores occidentales, Foulques de Anjou entre ellos, podrían haber respondido a la llamada. El papa Calixto II, tal vez inspirado por sus muchos lazos familiares con los cruzados y Oriente, añadió su peso a los llamamientos del dux veneciano, Domenico Michiel (o Michele), enviándole un estandarte papal para una campaña en Oriente. El dogo, que se había ganado una bien merecida reputación como belicista, tomó la cruz junto con otros prominentes venecianos en 1122, antes de embarcar con una nutrida flota hacia el Mediterráneo oriental. En la expedición veneciana de 1122-1124 se resumieron muchos de los distintos motivos que llevaron a los occidentales a Oriente: el comercio, los saqueos, las aventuras militares, la expansión colonial, los beneficios, la piedad y la sed de reliquias. Mientras iba de camino, la flota atacó Corfú, como represalia por la reducción de sus privilegios comerciales, propuesta por el emperador bizantino Juan II. Solo cuando les llegaron noticias de que Balduino II había caído prisionero de Balak de Alepo en abril de 1123, los venecianos retomaron su marcha hacia Oriente, donde al mes siguiente destruyeron una flota egipcia, entre Jaffa y Ascalón. Aunque el dux afirmó estar cumpliendo con un antiguo deseo de visitar los Santos Lugares, la trayectoria de los venecianos como soldados de la cruz se movió dentro de los límites del interés personal. Solo tras prolongadas negociaciones con el Gobierno regente de Jerusalén, sostenidas durante las Navidades de 1123, y muchas discusiones entre los combatientes jerosolimitanos respecto a cuál sería el mejor blanco, el dux acordó atacar Tiro, siendo Ascalón el último gran puerto de la costa oriental que quedaba fuera del dominio franco. En recompensa por la ayuda prestada, Venecia recibiría un tercio de Tiro, con amplios privilegios en la ciudad, incluido el comercio libre, el uso de sus propios pesos y medidas, amplia autonomía legal e inmunidad, así como un tributo anual de trescientos besantes. El asedio se

alargó desde febrero a julio de 1124, antes de que los acuartelamientos damascenos presentaran su rendición. Además del reciente botín y los privilegios futuros, los venecianos, cuyo comercialismo jamás excluyó la piedad, se llevaron un trozo de mármol en el que se afirmaba que estuvo sentado Jesucristo. La toma de Tiro no acabó con la campaña veneciana. De regreso a Occidente, sembraron el terror en el Egeo, saquearon Rodas y pasaron el invierno en Quíos, donde se hicieron con las reliquias del mártir san Isidoro, antes del pillaje de Samos, Lesbos y Andros; luego lanzaron una serie de ataques contra la costa dálmata del Adriático, que acabaron con el saqueo de Zara, después de lo cual, entonando el *Te Deum Laudamus,* regresaron a Venecia «llenos de felicidad y alegría».[54] Al menos, así lo recordaban en la Laguna. Vista desde la perspectiva estricta de las guerras de la cruz, la cruzada veneciana representó una seria inversión de tiempo, barcos, hombres y dinero. Mientras la flota veneciana estaba en guerra, no podía seguir comerciando. Y el contexto en el que se desarrollaron las victorias de Ascalón y Tiro fue un largo asalto, al estilo vikingo, contra los territorios cristianos de Bizancio y sus propiedades. Toda la empresa pareció estar encaminada a una ganancia tangible, al tiempo que espiritual; cosechó, sin duda, la primera de ellas. Aunque en aquel momento tal vez no representaba una contradicción tan llamativa como en la actualidad, una respuesta con tantas capas de sentido dice mucho del interés por la causa de la cruz y la Tierra Santa. Sirve además como anticipo y clave para los acontecimientos de ochenta años después, que culminaron con el saqueo de Constantinopla.

La expedición veneciana de 1122-1125 puso de manifiesto de qué forma las necesidades de Tierra Santa podían unirse a determinadas preocupaciones de los fieles, que no guardaban relación intrínseca con las peregrinaciones armadas o la guerra santa, más allá de la pura coincidencia. Otro tanto puede aplicarse a las muchas respuestas dadas a la nueva fórmula militante del papado: sociales, políticas, caballerescas, diplomáticas, coloniales, comerciales. El rasgo más llamativo de principios del siglo XII parece ser la falta de acción constante en nombre de la cruz, al mismo tiempo que la imagen de la primera campaña de Jerusalén empapó de forma desigual

las actitudes culturales con respecto a la guerra y la sociedad cristiana entre las élites laicas y eclesiásticas. Una vez fundados los enclaves de Oriente y aseguradas de forma provisional sus fronteras, se calmó la sensación de urgencia en los llamamientos de socorro. La década de 1130 contempló unas guerras penitenciales que seguían el modelo de Jerusalén, pero aplicado por todas partes, como se hizo, por ejemplo, en contra de los partidarios del antipapa Anacleto. La década de 1120, a pesar del encarcelamiento de Balduino II y de la muerte de Bohemundo II, había marcado, según parece, el fin de las crisis de grandes proporciones, capaces de poner en peligro al Estado; por otro lado, el fracaso de la toma de Damasco, en 1129, acabó con la posibilidad de proseguir con la espectacular expansión territorial. No obstante, ambos supuestos, así como la idea de la guerra santa en sí misma, tuvieron que pasar una prueba de fuego antes de que acabara la década de 1140.

Capítulo 9

LO QUE DIOS NOS OFRECE: LLAMAMIENTO A LA SEGUNDA CRUZADA

Entre el 24 y el 26 de diciembre de 1144, Edesa cayó en manos del atabeg turco Imad al-Din Zengi, soberano de Mosul y Alepo. El hecho no tardó en cobrar más importancia de la que exigía su contexto estratégico inmediato. La victoria de Zengi fue resultado de un ataque oportunista, que aprovechó la ausencia del conde franco Joscelin II, y contribuyó a consolidar la frontera noroccidental de su federación de Alepo y Mosul. Zengi limitó su habitual salvajismo a los supervivientes francos cristianos y pronto reforzó su dominio de la orilla oriental del Éufrates. Ello no obstante, desde que se anexionó Alepo en 1128, el objetivo principal de Zengi en Siria no era otro que Damasco; por otro lado, sus intereses políticos más generales se referían sobre todo a la Jazira e Iraq, más que a la Siria franca. Conquistó Edesa porque así lo permitían las circunstancias políticas locales, como las muertes, en el año anterior, del rey Foulques de Jerusalén y el emperador bizantino Juan II, lo cual, dada la hostilidad existente entre el conde Joscelin y Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía, reducía las probabilidades de un contraataque cristiano. Tras la toma de Edesa, Zengi aún no pudo volver la vista a Damasco, sino que tuvo que seguir patrullando en el valle del Éufrates, pues debió sofocar una revuelta en Mosul, a principios de 1145, y contener las intrigas constantes que los armenios del lugar y los príncipes musulmanes tramaban con los

francos. En una de tales incursiones, en Qal'at Ja'bar, en la noche del 14 de septiembre de 1146, Zengi, intoxicado de alcohol, fue asesinado en su lecho por uno de sus esclavos favoritos, un franco.[1] Nada más fallecer Zengi, su imperio se partió, dado que un hijo, Sayf al-Din, tomó el control de Mosul, y el otro, Nur al-Din, de Alepo. En noviembre de 1146, los francos intentaron sacar partido de la situación y ocupar Edesa de nuevo, pero fracasaron por completo: el conde Joscelin II huyó de manera ignominiosa y el otro líder de la expedición, Balduino de Marash, halló una muerte heroica. Además, las murallas de la ciudad fueron arrasadas y los cristianos armenios de Edesa sufrieron la matanza que habían logrado evitar dos años antes.[2]

La conquista de Edesa había dado brillo a la reputación de Zengi como combatiente en la guerra santa. El califa de Bagdad le confirió los títulos de «gala del islam, ayudante del comandante de los fieles [esto es, del propio califa], rey que gozó de la ayuda de Dios».[3] Este espaldarazo como muyahidín (*mujahid)* dotó de ideología religiosa al poder militar de un soberano al que casi temían tanto sus súbditos como sus enemigos, un ser de reputación monstruosa, de quien se contaba que un hombre había caído muerto nada más verlo, y de quien se decía que crucificaba a sus propias tropas si las veía marchar sin respetar las filas y pisando los sembrados. Cierto miembro voluntarioso del séquito de Zengi dejó escrito: «Si la conquista de Edesa es alta mar, Jerusalén y todas las tierras francas (*sahil*) son su costa».[4] En realidad, las inquietudes de los herederos de Zengi descartaban la unidad islámica y la meta de continuar asaltando la Outremer latina, pero, al parecer, los francos aceptaron aquel análisis y llegaron a conclusiones casi apocalípticas. El mensaje que se trasladó a Occidente en 1145 era meridiano: el islam se había puesto en marcha; toda la Outremer cristiana estaba en peligro; era imprescindible actuar. El resultado de esta petición fue uno de los empeños militares internacionales más impresionantes de la Edad Media.

RENACER MUSULMÁN

Los apologistas de Zengi lo retrataron como un paladín del yihad (*jihad*),* el sexto pilar del islam: la obligación ineludible, colectiva y en ocasiones también individual, por la que todos los fieles deben esforzarse y lidiar *(jihad)* espiritualmente contra el descreimiento en su propio interior *(al-jihad al-akbar,* yihad mayor) y, materialmente, contra los paganos (*al-jihad al-asghar,* yihad menor). La conquista cristiana y su gobierno sobre las tierras musulmanas había despertado, como era de esperar, la retórica tradicional de la guerra santa. Como en la Cristiandad, la religión y la política actuaban como dos fuerzas que se sostenían mutuamente dentro de la sociedad, sobre todo en sociedades de tanta diversidad étnica como la de Oriente Medio. Zengi, que teóricamente debía lealtad a un califato árabo-iraquí-persa, controlado por un sultán turco, era de origen turco y controlaba un ejército integrado por turcomanos, kurdos y esclavos, procedentes sobre todo de las estepas de Eurasia y el norte del Mar Negro; sus ambiciones políticas lo movían a buscar el control de los emires y príncipes árabes de Siria. La religión acudía en apoyo de la autoridad y definía la identidad política. Todos los soberanos musulmanes, al igual que hacían los occidentales, se rodeaban de consejeros religiosos y de funcionarios con especial formación religiosa. El iraní Imad al-Din al-Isfahani (1125-1201), uno de los ministros más importantes de Nur al-Din, que más adelante fue secretario de campo y biógrafo de Saladino, había trabajado antaño como profesor en una madraza (*madrasah*, escuela religiosa) de Damasco; era un hombre instruido en la fe, no menos que en el Derecho y la administración del gobierno.[5] Sin una estructura de sacerdocio formal, el islam permeaba fácilmente en las instituciones y la vida laica. Como aconteció con la guerra santa en la Cristiandad occidental del siglo xi, el recrudecimiento del yihad

*** Aun a pesar de que el uso en castellano es mayoritariamente masculino, la palabra *yihad* debería ser masculina en nuestra lengua, por dos razones: porque tal es el género que tiene en árabe y, sobre todo, porque conviene evitar la confusión con el sentido de «guerra santa», que es solo uno de los sentidos posibles de la voz, muy relevante en términos históricos y contemporáneos, pero no el único ni el primero.** (*N. de los t.*)

en el Oriente Medio del siglo XII se apoyó en movimientos intelectuales y espirituales, que se tradujeron en acción y ambición política, es decir, en una alianza determinante entre el pulpito y el campo de batalla. Esta coalición halló expresión concreta en el almimbar (pulpito de la mezquita) construido por Nur al-Din en Alepo, en 1168. Estaba adornado con inscripciones en loor del yihad y, tal como pretendía su creador, fue colocado en la mezquita jerosolimitana de Al-Aqsa después de que Saladino conquistara la ciudad, en 1187.[6]

En 1098, cuando los ejércitos occidentales tomaron Antioquía, la Primera Cruzada podía ser concebida como una prolongación de las acciones tradicionales de Bizancio en la frontera. No había sobrevivido a los siglos de coexistencia ninguna tradición activa, entre los nativos sirios, de respuesta militar islámica coordinada. El advenimiento de los nuevos fanáticos suníes, a finales del siglo XI, afectó más a los musulmanes sirios —soberanos árabes del campesinado chiíta— que a los infieles. Solo cuando el ejército cristiano continuó progresando hacia el sur, en 1098-1099, se puso de manifiesto una amenaza inesperada, simbolizada en la masacre de los habitantes de Ma'arrat al-Nu'man, en diciembre de 1098. Esta atrocidad permaneció viva en los poemas de los supervivientes exiliados: «¿Por qué el destino nos ha impuesto tan injusta sentencia?». A medida que avanzaban las conquistas cristianas, también crecía el número de refugiados musulmanes, desplazados con voz que se esforzaban por hacer mella en la consciencia de los soberanos islámicos. Algo antes de 1099, en Damasco, el poeta Ibn al-Khayyat, que había trabajado para los emires de Trípoli, exigía una respuesta armada: «Debemos tomar romo el filo de su hierro / y dar con sus pilares en la tierra». Después de que Trípoli cayera en manos francas, en 1109, su emir, Fakhr al-Mulk, se estableció en Bagdad; allí, ciudadanos de Alepo, de paso por la ciudad, organizaron manifestaciones violentas en febrero de 1111, que convencieron al sultán Mohamed de la conveniencia de enviar un ejército contra los francos. En la generación posterior, el círculo de Zengi incluía a los poetas Ibn al-Qaysarani, de Cesárea (tomada por los francos en 1101), y a otro refugiado de Trípoli, Ibn Muñir; los dos encarecieron a su señor, tras la caída de Edesa, que procurase la reconquista de Jerusalén. Más avanzado el siglo, un grupo de fundamentalistas,

exiliados de Nablús, convirtió un barrio de Damasco en centro de la ideología de la guerra santa y la recluta de combatientes. Refugiados locuaces aguijoneaban las consciencias públicas de quienes pasaban por líderes de los fieles, con resultados tangibles: en 1136, Zengi devolvió las propiedades de Ma'arrat al-Nu'man a sus antiguos residentes o sus herederos.[7]

La retórica y la iniciativa yihadista se produjo, en parte, a consecuencia de un renacimiento religioso, y en parte por conveniencia política. El cadí chiíta de Alepo, Ibn al-Khashshab, que organizó la resistencia frente a los ataques francos de 1118 y 1124, reclamó la necesidad de levantarse, por principios, contra los infieles. Durante la campaña que terminó con la derrota de Roger de Antioquía en el Campo de Sangre, en 1119, Ibn al-Khashshab cabalgó a través de las líneas musulmanas «lanza en ristre», predicando las virtudes del yihad. En esa ocasión, la novedad de la interferencia clerical causó cierto resentimiento, pero una generación más tarde, la arenga de un eclesiástico habría parecido normal. Los atribulados musulmanes de la línea del frente solicitaban la ayuda de Bagdad, como es lógico, y disfrazaban sus peticiones, de forma deliberada, en lenguaje religioso. Las protestas de los alepenses en 1111 se dirigieron contra el rezo de los viernes en las mezquitas del califa y el sultán, impidiendo que se pronunciaran los sermones y causando destrozos en los pulpitos, símbolos rituales del poder tanto político como espiritual; se trataba de un desafío manifiesto a la autoridad. El sultán Mohamed reaccionó enviando por segunda vez a Siria a Maudud de Mosul. En 1129, ante una nueva amenaza franca, los comerciantes damascenos repitieron la estrategia, dirigidos a la sazón por un predicador fundamentalista iraní, 'Abd al-Wahhab al-Shirazi.[8]

La respuesta académica fue anticipo de la política. El lugar tan destacado que ocupó el yihad en el discurso político y religioso se movía dentro de un movimiento de reactivación islámica suní, originado en Irán e Iraq y favorecido, al principio, por los conversos selyúcidas —ferozmente ortodoxos— y la necesidad de integrar en la cultura islámica a los nuevos soberanos turcos. Un elevado compromiso religioso y moral halló expresión tangible en el arte, la arquitectura y la literatura. La Siria del siglo XII abandonó el atraso cultural y se incorporó a la corriente mayoritaria del islam, con el

mecenazgo de los soberanos, con frecuencia advenedizos ansiosos por demostrar sus credenciales espirituales, que optaron por financiar los nuevos centros educativos suníes ortodoxos. Estas madrazas actuaron como foco de mediación, por el cual lo espiritual se introdujo en lo secular. Desde 1130 en adelante, estos centros de instrucción religiosa proliferaron por toda Siria; Nur al-Din fundó una veintena de los cerca de cuarenta que se erigieron en su reinado (1146-1174). Sus fondos financieros, con frecuencia muy generosos, y la rica arquitectura de sus edificios fueron testimonio de una nueva energía religiosa y cultural, en el cual el yihad ofrecía una línea particularmente relevante para la experiencia siria. Entre 1099 y 1146, las únicas inscripciones conocidas, de los edificios públicos de todo el mundo musulmán, que incluyen la voz yihad proceden justamente de Siria; son los casos de la tumba de Balak, soberano de Alepo entre 1123 y 1124, que capturó a Joscelin I de Edesa y el rey Balduino II: «espada de quienes combaten en la guerra santa, líder de los ejércitos de los musulmanes, vencedor de los paganos y los politeístas». Otra inscripción de Alepo, creada en alabanza de Zengi en 1142, se redacta en términos casi idénticos: «domeñador de los infieles y los politeístas, jefe de los que combaten en la guerra santa, socorro de los ejércitos, protector del territorio musulmán», títulos que repiten los de una inscripción de una madraza de Damasco, fechada en diciembre de 1138.[9]

Las expresiones públicas de idealismo reflejaban la consciencia, cada vez más extendida entre los musulmanes, de la amenaza franca. La guerra de frontera, justificada por los ideales del yihad, proporcionó un empleo idóneo a las levas de Zengi, que reclutaba a nómadas turcomanos, y dio seguridad a sus conquistas; pero además, el miedo hizo nacer una nueva intolerancia. Tras el ataque de los francos contra Alepo, en la década de 1120, las iglesias cristianas de la ciudad fueron transformadas en mezquitas. El plano original, de acción e ideología, existía desde hacía más de una generación. En 1105, en la gran mezquita de Damasco, el experto en Derecho Al-Sulami (1039-1106) había ofrecido lecturas públicas de su *Libro de la guerra santa (Kitab al-Jihad),* en el que exigía la reforma moral *(jihad al-akbar)* del islam como requisito previo y necesario para la reconquista política *(jihad al-asghar).* Aunque posiblemente se vio movido a ello por la amenaza que para las rutas

comerciales damascenas representaba la pérdida de Acre (1104), Al-Sulami adoptó una perspectiva más amplia, que situaba la invasión franca en el contexto de los avances cristianos del siglo xi, en Sicilia y España, de los que a su juicio cabía culpar a los propios musulmanes, incapaces de ofrecer una resistencia unitaria. Al-Sulami temía que los francos siguieran ganando terreno y sabía que «Jerusalén es la cima de todos sus deseos». Estos llamamientos a la solidaridad panislámica no se limitaban a los pulpitos y estudios del Creciente Fértil. Se dice que más o menos por la misma época en la que Al-Sulami predicaba la solidaridad religiosa y el rearme moral en Damasco, el conquistador almorávide de Al-Andalus (la España musulmana), Yusuf ibn Tashfin, fletaba una armada de setenta navios con la misión de liberar Jerusalén, que no llegó a su destino, presa de las tormentas del Mediterráneo.[10]

El mensaje de Al-Sulami, favorable a la unidad política y la pureza espiritual, se tradujo en programa político —por razones de conveniencia, y no solo de fe— de los soberanos que ansiaban hacerse con las ruinas del control selyúcida de Siria. El compromiso del sultán Mohamed con la guerra santa, que terminó cuando los francos de Antioquía derrotaron a su última fuerza expedicionaria en Tell Danit, en 1115, pretendía, como meta prioritaria, restaurar la autoridad sobre los musulmanes de la región, mucho más que expulsar a los francos al mar. En adelante, el dominio de la Siria musulmana giró primero en torno al control de Alepo y luego, desde 1128, al de Damasco; en esta lucha, los francos desempeñaron una función enérgica y no menor. Aun a pesar de toda su retórica y sus gestos yihadistas, los intereses de Zengi le hacían apartar la vista de los francos y volverla hacia el este. Sin embargo, para construir ejércitos de coalición viables, las referencias al yihad se convirtieron en máscara necesaria de la *Realpolitik* diplomática; por eso Zengi hizo hincapié en la «obligación de la guerra santa» cuando organizó el ataque de Edesa. Como soberano de Alepo sin Mosul, Nur al-Din se veía forzado a centrarse en Siria y, cuando empleaba el lenguaje de la guerra santa, carecía de los recursos precisos, económicos y financieros, para sostenerla. La realidad del resurgimiento islámico está en una mayor estabilidad política y en la concentración de los recursos. Pero los líderes académicos y religiosos, con acceso a los tribunales, la administración y los oídos

de los gobernantes, dotaron de una ideología respetable a las ambiciones de Zengi y sus sucesores. Mientras que era imposible sostener el yihad sin la unión del norte de Siria, las ideas religiosas condicionaron a las élites políticas y su propaganda, quienes tuvieron que aceptar que los francos, a pesar de las treguas oportunistas y del politiqueo esporádico, eran el enemigo eterno, al que era necesario expulsar. Mediado el siglo **XII,** ningún soberano musulmán de Siria podía hacer caso omiso de este lenguaje. Sin embargo, los hechos, y no las ideas, actuaron como la oficina de reclutamiento más eficaz del yihad; especialmente, el abyecto fracaso de la Segunda Cruzada.

LLAMAMIENTO A LAS ARMAS

Las noticias de la caída de Edesa llegaron a la Europa occidental durante el verano y el otoño de 1145 y despertaron poca alarma específica. La Curia pontificia estaba bien informada de los acontecimientos orientales; ya se habían producido algunas crisis antes, que en ocasiones exigieron llamar a la acción, como después de 1119, y no solo en algunas ocasiones. La implicación del papa en la política siria se complicaba por la necesidad de tomar en consideración las respuestas de Bizancio. A mediados de la década de 1140, el príncipe Raimundo había admitido, no sin reticencias, la autoridad de Bizancio sobre Antioquía; en 1145, aquel volvió a jurar lealtad al nuevo emperador griego, Manuel I Comneno. Si desde Antioquía se reclamaba ayuda a Occidente, Manuel podía interpretar que no se estaban respetando sus derechos, sobre todo cuando el jefe de la delegación antioqueña en el oeste, el obispo Hugo de Jubail, tenía un historial de enfrentamiento con los griegos. El nuevo papa, Eugenio III, elegido en febrero de 1145, no podía permitirse alejarse de Bizancio, teniendo en cuenta lo complicada y precaria que era su propia posición en Italia. Su predecesor, Lucio II, había muerto en un combate callejero en Roma, ciudad a la que Eugenio no pudo acceder salvo muy brevemente, en la Navidad de 1145. La rivalidad entre el rey Conrado III de Germania y el rey Roger II de Sicilia, enemigo declarado de Bizancio, complicaba aún más la cuestión. Según Otón, obispo de Frisinga y hermanastro

de Conrado III, que fue testigo de las decisiones de la curia papal entre noviembre y diciembre de 1145, dos embajadas orientales estuvieron negociando con Eugenio III en aquella época: los obispos armenios, que estudiaban la posibilidad de unirse a Roma, y legados de Antioquía, que buscaban ayuda para el príncipe Raimundo, con relación a unas disputas sobre la familia gobernante. Como los dos casos afectaban a Bizancio, Eugenio debía proceder con cautela. Según la versión de Otón de Frisinga, las noticias de Edesa ocupaban un lugar secundario en las conversaciones; es probable que Eugenio ya estuviera al tanto de su caída.[11] Quizá la decisión pontificia de expresar el nuevo llamamiento a las armas como una ayuda para «la iglesia oriental», concepto en el cual cabría incluir a los griegos, fuera concebida en parte para rebajar la impresión de interferencia provocativa en una esfera de influencia tan importante para los bizantinos; Eugenio habría buscado así un modo de ejercer su autoridad, pero sin poner en peligro sus intereses diplomáticos más generales.

La bula de Eugenio III *Quantum praedecessores,* fechada en Vetralla el 1 de diciembre de 1145, contenía una afirmación inequívoca de la jurisdicción papal, incluido el poder de otorgar el pleno perdón de los pecados «por la autoridad que nos ha concedido Dios» y «por la autoridad de Dios omnipotente y del Bendito san Pedro, príncipe de los apóstoles, concedida a nosotros por Dios».[12] Al describir con detalle los privilegios temporales y espirituales, la bula se constituyó en modelo para futuras exhortaciones pontificias. Eugenio recordaba la Primera Cruzada y la fundación de los estados cristianos de Oriente, antes de explicar cómo la caída de Edesa, con sus atrocidades, representaba una amenaza para «la iglesia de Dios y toda la Cristiandad». El papa hacía alusión repetida al ejemplar heroísmo de sus predecesores y llamaba directamente a «cuantos están en el lado de Dios, y, especialmente, los nobles y los más poderosos», para que «defendáis a la iglesia oriental», una causa con la que sin duda se consolidaría «vuestra reputación de fortaleza». Para todos los que emprendieran «tan santa y necesaria labor», Eugenio ofrecía la remisión de todos los pecados confesados, según había instituido Urbano II; la protección de la iglesia a sus familias y propiedades; inmunidad ante los juicios civiles iniciados después de que hubieran tomado la cruz;

exención del pago de intereses en préstamos y deudas; y el derecho a obtener dinero entregando en garantía tierras o posesiones a iglesias u otros cristianos (con lo que se excluía a los banqueros judíos de la operación). Para hacer hincapié en la cualidad redentora y penitencial del empeño, el papa, integrado antaño en la austera orden del Císter, decretó regulaciones suntuarias, por las que desaprobaba el uso de *haute couture,* vestiduras de pieles o coloristas, armas doradas, perros de caza y halcones. La pérdida de Edesa debía entenderse como un castigo a los pecados de los cristianos; quienes se embarcaran en su reconquista debían guardar respeto a la piedad y la eficacia, no a la exhibición. Eugenio III retomaba la pretensión papal de dirigir a la Cristiandad laica tras varios años de cismas y debilidad política. En contraste con la estrategia escogida por Urbano II en 1095-1096, la bula de Eugenio, emitida de nuevo el 1 de marzo de 1146, se dirigía a un monarca en concreto, Luis VII de Francia. Al destacar que habían respondido a la convocatoria de Urbano «los más fuertes y vigorosos guerreros del reino de los francos y también de Italia», Eugenio quizá tuviera en mente un reclutamiento localizado, más próximo a los proyectos de Calixto II en 1119 que a 1096. No emprendió ningún viaje inmediato para animar a las levas y, aparte de otorgar su aprobación y autorización, interpretó un papel notoriamente pasivo. La organización y el liderazgo habrían de buscarse en otros lados.

RESPUESTAS (i): EL REINO DE FRANCIA

El papa no era el único que veía en el socorro a Tierra Santa una oportunidad de combinar una causa santa con la afirmación de la propia condición política. La decisión de publicar *Quantum praedecessores* quizá estuviera influida por la convicción de que Luis de Francia se mostraría receptivo. Luis VII (1137-1180) era un hombre joven, apremiado por la voluntad de emanciparse de la tutela de los amigotes de su padre y deseoso de remediar sus pasados errores como monarca; entre ellos, las difíciles relaciones que mantuvo con eclesiásticos tan destacados como Bernardo de Claraval y el papa Inocencio III. Con tan solo veinticinco años, en 1145, el poder de Luis en su reinado estaba restringido geográfica-

mente y, en los aspectos político e ideológico, dependía en gran medida de la iglesia. Su fama era de persona piadosa y sencilla; se ha escrito que «por lo general, los historiadores modernos han tendido a pensar que tenía muchas razones para ser humilde».[13] Se afirma que, años más tarde, observó sin resquemor que, en comparación con la riqueza de otros monarcas, «en Francia no tenemos más que pan, vino y alegría»; se trata de una versión temprana de una concepción propia característica de los franceses, pero sin duda incorrecta.[14] Estas reflexiones sosegadas solo llegaron con la edad, la experiencia y decepciones repetidas, tras una carrera larga de impulsividad ineficaz. En su juventud, el devoto Luis actuaba con una confianza casi ciega en sí mismo; es famosa la anécdota según la cual, durante una lucha prolongada con el conde Teobaldo de Champaña, quemó la iglesia de Vitry, en 1143, hasta reducirla a cenizas, se supone que con centenares de personas en su interior. Dos veteranos de la Segunda Cruzada, que conocieron a Luis, sugirieron que albergaba el deseo «secreto» de ir a Jerusalén, aunque no está claro si con la vestimenta del peregrino o del caballero.[15] Como parte de la reconciliación general con la Champaña y Bernardo de Claraval, en 1144-1145, Luis podría haber jugueteado con la idea de peregrinar en penitencia. Aparte del incidente de Vitry, y del voto incumplido de su hermano mayor, Felipe (muerto en 1139), que había prometido acudir a Jerusalén, Luis había sido merecedor de la censura eclesiástica por haber jurado apartar de la sede diocesana al arzobispo de Bourges: en este mismo proceso de reconciliación, podría ser relevante el hecho de que las Cortes de la Navidad de 1145, donde el rey exhibía su corona, se celebraran justamente en Bourges.[16] Las noticias de Edesa debieron de atraer la atención de Luis; es probable que Eugenio III lo supiera cuando proclamó su *Quantum praedecessores.* Antes de que le pudiera haber llegado la bula papal, Luis ya había convocado a obispos y magnates, «en número mayor de lo habitual», para que asistieran a la mencionada ceremonia monárquica de Bourges, donde hizo alusión al tema de la expedición oriental.

La cruzada proporcionó a Luis la oportunidad de actuar como rey de los francos occidentales, de un modo que no se había visto desde los tiempos carolingios. Las tres asambleas reunidas para analizar el tema, en Bourges (diciembre de 1145), Vézelay (marzo

de 1146) y Étampes (febrero de 1147), reforzaron de forma personal y simbólica su soberanía, al asociar a príncipes de toda Francia con una decisión política adoptada en persona por el rey. En varios documentos de los cruzados que partieron de Reims, en el norte, a Auch, cerca de los Pirineos, la campaña se define como la expedición del rey Luis, «el ejército real».[17] Teobaldo de Champaña, el antiguo adversario de Luis, emitió posteriormente documentos fechados asimismo en la cruzada del rey.[18] Hacía tres siglos que ningún rey franco de Occidente dirigía una campaña de conquista exterior; en su transcurso, Luis VII estableció relaciones duraderas con personajes poderosos que, en años venideros, ayudaron a la corte regia a adquirir una posición más relevante en el seno de la política francesa. Entre los dividendos políticos inmediatos figuraba un censo real, una *descriptio generalis* preparatoria para la exacción de un impuesto que sufragara la expedición sin excluir «a ningún sexo, orden ni rango». No se trataba de una medida popular, sin duda, pero si lograba llevarla a la práctica, crearía el precedente de un poder real que recaudaba fondos más allá de sus feudatarios directos. Se impuso a las iglesias un gravamen más limitado, pero también más oneroso, que comportó negociaciones complicadas y la oposición de resistencia corporativa.[19] Estos impuestos extraordinarios servían para reconocer la autoridad real en un nivel hasta entonces desconocido, como hizo su presencia, en calidad de comandante cruzado, en áreas situadas fuera de sus tierras soberanas. En Verdón y Metz, donde Luis reunió a su gran ejército en junio de 1147, su capellán escribió: «aunque el rey no encontró allí nada que le perteneciera por derecho de señorío, sin embargo, halló que todos se sometían *(quasi servos)* a él de forma voluntaria».[20] La aventura internacional confirió a Luis y su dinastía, en realidad, el gobierno de la nación.

En diciembre de 1145 no era fácil adivinar que ocurriría así. Además de todos los cálculos políticos, estaba la piedad personal del rey, atestiguada de forma indubitable a lo largo de su vida y, especialmente, en la cruzada. En un principio, los magnates de Bourges no se sintieron impresionados, a pesar de haber escuchado el apasionado discurso que sobre Edesa pronunció Godofredo de la Roche, el dogmático, contundente y bien posicionado obispo de Langres, quien, como el sumo pontífice, había sido antes abad cis-

tercíense. El ministro más señero de Luis, el abad Suger de Saint Denis, se opuso abiertamente a la propuesta y alegó los peligros a los que se expondría Francia durante la ausencia del rey. Los viajes a Jerusalén, armados o no, eran arriesgados, y Luis no tenía hijo que lo heredara. El encuentro de Bourges no fructificó en ninguna conclusión, más allá de solicitar la guía del abad Bernardo de Claraval, antiguo superior del obispo de Langres y el más influyente árbitro moral, cabildero político y predicador evangelista de la época. El hermano del propio rey, Enrique, acababa de profesar en Claraval aquel mismo año. Bernardo transformó las expectativas, la dirección y la naturaleza de todo el proyecto.[21]

Quizá no fuera del todo inesperado que Bernardo de Claraval decidiera apoyar la cruzada. El obispo de Langres era pariente y antiguo compañero suyo; el papa, un pupilo. Es probable que antes de la asamblea de Bourges ya se produjera alguna connivencia entre el rey y el abad. Algunos de los caballeros con los que Bernardo se reunió en un viaje por el Languedoc, en junio y julio de 1145, como por ejemplo el conde de Tolosa, tomaron la cruz en 1146. Bernardo estaba unido por lazos estrechos a la guerra santa y a Outremer. Aunque se negó a establecer monasterios del Císter en Oriente, durante años promovió el asentamiento en la zona solimitana de una nueva orden austera, asimismo francesa, la de los monjes mostenses (o premonstratenses), e intercedió por ella ante la reina Melisenda. El conde Hugo de Champaña, que había dado las tierras para la fundación de la abadía de Claraval, se convirtió en templario, al igual que uno de los tíos de Bernardo. Algunos años antes, Bernardo había escrito *De laude novae militiae,* por encargo de los templarios, y había contribuido al reconocimiento de la orden. Se ocupaba de forma regular de los hombres que viajaban a Jerusalén, ora como guerreros, ora como peregrinos, aunque consideraba destino preferible el monasterio para aquellos que sentían la vocación monástica; así, convenció a un *crucesignatus* de que abandonara la cruzada por «algo mucho mejor», «la auténtica Jerusalén», la orden del Císter; por otro lado, amenazaba con la excomunión a los monjes de la orden y a sus hermanos laicos, si intentaban unirse a la expedición oriental. Bernardo no era inmune a la atracción de las reliquias de Tierra Santa, ciertamente; recibió una astilla de la Vera Cruz de manos del patriarca Guillermo de Jerusa-

lén (1130-1145) y, a su debida hora, en 1153, fue enterrado con una reliquia de san Tadeo, enviada desde Palestina.[22] La conspicua espiritualidad bernardina, reflejada en una constitución ascética, enjuta, casi frágil, se aliaba con una claridad intelectual firme y prodigiosa, gran elocuencia y capacidad de diatriba; en consecuencia, Bernardo era en la tribuna un orador de eficacia desconcertante, al par que un consejero privado irresistible; era al mismo tiempo un polemista fenomenal, pensador académico, consuelo religioso, político hábil y forjador de milagros. En palabras de otro colega cisterciense, el aristócrata intelectual y refinado Otón de Frisinga, Bernardo estaba «provisto de sabiduría y el dominio de las letras [y era] famoso por los signos y maravillas que obraba», como un «oráculo divino»; nadie mejor que él para promover el reclutamiento de los cruzados.[23]

En los primeros meses de 1146 se vivió un intenso intercambio diplomático entre la corte francesa, Bernardo y la curia papal. Una vez superada su reticencia inicial —posiblemente, solo formal—, Bernardo exigió, como condición ineludible para predicar la cruzada, plena autorización del papa y poderes de legado. A lo largo de su carrera, las iniciativas mundanas se apoyaron en los pilares de la legalidad, la debida autoridad y la obediencia; en 1146-1147 ello le proporcionó los medios de sanción precisos y, al mismo tiempo, operaciones de recluta directa. El inexperto Eugenio, por su lado, que continuaba exiliado de Roma, escogió este momento para desplegar el legalismo quisquilloso y exagerado propio de quienes sufren inseguridad crónica; así, amenazó con excomulgar al arzobispo de Reims por haber coronado a Luis en Bourges, en la ceremonia de Navidad, decisión que, naturalmente, no favorecía el desarrollo de una cooperación entusiasta. Al final fue Bernardo quien tuvo que adoptar el papel de director de escuela, para decirle a Eugenio que hiciera el favor de no ser tan bobo; la buena voluntad del rey y la expedición solimitana eran mucho más importantes que la vanidad herida o las sutilezas de procedimiento.[24] En marzo, se habían completado los preparativos. El 1 de marzo el papa promulgó de nuevo *Quantum praedecessores,* con enmiendas menores, que sobre todo tendían a reforzar las cláusulas de prohibición del lujo, tema muy adecuado para los cistercienses; aparte, envió a Luis VII una cruz bendita por él mismo, para que el monarca la portara en la campa-

ña. El 31 de marzo, Domingo de Pascua, se convocó una nueva asamblea de notables franceses, que se celebraría en Vézelay, en la Borgoña septentrional.

El sermón de Bernardo en Vézelay adquirió una relevancia casi simbólica en la percepción de la cruzada tanto en su propio tiempo como en siglos posteriores. La muchedumbre congregada en la ciudad, situada sobre una colina, era tan numerosa que, al igual que Urbano en 1095, Bernardo predicó fuera de la iglesia, con vistas panorámicas de los cerros borgoñones. En la tribuna estuvo flanqueado por el rey y otros notables. Bernardo utilizó la bula pontificia para hacer hincapié en la necesidad de actuar y las recompensas que aguardaban a los valientes, antes de incorporar su propio llamamiento apasionado. Aunque parezca extraño, no se conserva ninguna descripción, real ni imaginaria, de lo que dijo en realidad el abad Bernardo; solo de la impresión psicológica que causó en el público. A juzgar por la correspondencia posterior, cabe pensar que el abad argumentó que, mediante la crisis de Oriente, Dios estaba ofreciendo una oportunidad única de salvación. Según lo escribió en cartas enviadas a Inglaterra, Lorena y Baviera, a cambio de combatir por la reconquista de la «tierra glorificada por Sus milagros, santificada por Su sangre ... en la cual florecieron por primera vez las flores de Su resurrección» (un tema especialmente adecuado al tiempo pascual), Dios «quedaría en deuda con vosotros, por lo cual, a cambio de que toméis las armas por Su causa, podrá recompensaros con el perdón de vuestros pecados y la gloria eterna». La cruz se convertía en «insignia de inmortalidad» y «signo de la salvación». Quien pasaba de luchar contra los semejantes, y pecar de *malitia,* a ejercer la venganza contra los gentiles, *militia* santa, eran «hombres de valor y fortaleza», «hombres de guerra» a los que se ofrecía una causa en la cual, según paráfrasis de san Pablo, «conquistar es la gloria y morir es la victoria». Se trataba de una «oferta ventajosa»: por el módico precio de tomar la cruz, se concedía la indulgencia plena de todos los pecados confesados. Era ni más ni menos que la «causa de Cristo».[25]

Se combinaba una descripción emotiva de Tierra Santa con una oferta de salvación directa, expresada en enunciados muy simples de lógica machacona, que demostró ser muy eficaz. El público de Vézelay enloqueció; fueron tantos los que pidieron la cruz que las

reservas de Bernardo (cruces de lana, probablemente) se terminaron y el abad se vio obligado a rasgar su propio hábito para satisfacerlas. No obstante, aun a pesar de todo el entusiasmo y la elocuencia constrastada, los hechos de Vézelay, al igual que los acaecidos en Clermont medio siglo antes, no fueron nada espontáneos. El éxito de cualquier campaña de recaudación de fondos y de leva dependía —como en la actualidad— de que se utilizara un mensaje conocido y el público ya se sintiera receptivo. La asamblea de Vézelay, numerosa y distinguida, no se congregó por accidente. Sabían por qué estaban allí. El acontecimiento había sido planeado y organizado con suma minuciosidad (pese a que una parte de la tribuna de los notables se vino abajo, según cierta fuente) y Bernardo traía consigo «un paquete de cruces preparadas de antemano».[26] Cabe suponer que el acto se celebró justo a continuación de la misa de Pascua, y que Luis se sentó junto al predicador, adornado ya con la cruz que le había entregado el papa; la naturaleza esencialmente ritual y ceremonial de la ocasión era innegable.

El rito servía para embellecer el objetivo pragmático. La asamblea de Vézelay puso de manifiesto la autoridad del rey y el entusiasmo por las cruzadas, y la primera alimentó al segundo; de hecho, una de las fuentes llega a atribuir al monarca el discurso principal, obra de Bernardo. Se encareció a algunos de los que no habían asistido que siguieran al Rey de los cielos y al rey de Francia, con una asociación clara y cargada de significado.[27] Los laicos que tomaban la cruz junto al rey Luis eran testimonios de la ampliación del poder real. Junto a su esposa, Leonor de Aquitania, su hermano, Roberto de Dreux, y su tío, Amadeo de Saboya, conde de Maurienne, vinieron algunos de los feudatarios independientes más grandes del reino: Teodorico de Alsacia, conde de Flandes, veterano de Tierra Santa; el conde Alfonso-Jordán de Tolosa, hijo de Raimundo de Saint-Gilles, nacido a las afueras de Trípoli, en 1104; y Enrique, hijo del conde Teobaldo de Champaña, antes adversario de Luis. El nuevo alcance geográfico se acompasó con el político: de la Francia central, los condes de Nevers, Tonnerre y Borbón; del norte, los condes de Ponthieu y Soissons y los señores de Coucy y Courtenay; del Limousin y Poitou, los señores de Rancon y Lusiñán; de los reinos anglo-normandos, Guillermo de Warenne, conde de Surrey. Aunque no todos se embarcaron en el empeño de Luis, su mera pre-

sencia en Vézelay era un reconocimiento a su liderazgo; como lo describió un participante de la asamblea, por orden del papa, *apostólico praecepto.*[2%]

Después de Vézelay, Bernardo se preparó para realizar un viaje de prédica muy amplio y se iniciaron los preparativos diplomáticos. La sorpresa, como en Bourges, rendía frutos escasos. Las élites locales, laicas o eclesiásticas, necesitaban recibir una alerta previa, para reunir apoyos y despertar expectativas; en tales casos, la llegada de Bernardo completaba un proceso de compromiso con la llamada de Jerusalén, que se cimentaba en lazos familiares, locales y de señorío, tanto o más que en el fervor religioso. En mayo, el abad estaba en Toul; a finales de julio comenzó un periplo que lo llevó a Arrás y Gante (a principios de agosto), luego a una gira por Flandes y los Países Bajos (en septiembre y octubre), antes de pasar por la Renania y el imperio, para regresar al norte de Francia a principios de 1147. Según todos los relatos, incluido el suyo propio, fue extraordinariamente persuasivo: «las ciudades y los castillos se vacían, y apenas cabe hallar un solo hombre cada siete mujeres: tantas son las viudas mientras sus maridos siguen con vida».[24] A la inspiración, Bernardo añadía el trabajo organizado. Los lugares que no pudo alcanzar, como Bretaña, Inglaterra, Baviera, Lorena, Sajonia y Bohemia, recibieron misivas o mensajeros, en ocasiones con copias de los privilegios papales, que el abad insistía eran los puntos más fuertes de la campaña de reclutamiento. La red de la orden cisterciense, que había sido la primera en impulsar a Bernardo hasta una posición de preeminencia mundial, resultó crucial para el empeño, pues proporcionó a muchos *crucesignati* eclesiásticos de relevancia. Bernardo había convertido la cruzada en su cruzada y se resolvió a buscar sin descanso tantos contactos como resultara posible; solo la humildad profesional, aprendida en los claustros, le impidió unirse en persona a la expedición, con lo cual dejó la dirección eclesiástica a otros colegas que, según se vio con el tiempo, demostraron ser notoriamente menos capaces.

RESPUESTAS (il): EL IMPERIO

Aunque los franceses fueron los primeros en recibir la atención de la campaña, por número e importancia política, los cruzados más relevantes procedían del imperio germánico. Durante seis meses, desde finales del verano de 1146, el reclutamiento y la prédica se concentraron en las tierras imperiales, incluido el norte de Italia. Eugenio III escribió para animar a los italianos a tomar la cruz.[30] Tras la vuelta por Flandes, el propio Bernardo dedicó varios meses (de finales de octubre de 1146 a mediados de enero de 1147) a recorrer la Germania occidental. Comenzó en la Renania central, en Worms (hacia el 1 de noviembre); se volvió hacia el norte, a Maguncia y Francfort, donde se reunió con Conrado III; luego al sur, a Basilea y Constanza (12 de diciembre); regresó hacia el norte, para participar en las Cortes imperiales de Navidad, en Spira (del 24 de diciembre al 3 de enero); volvió a Worms y pasó por Colonia (9 de enero) y Aquisgrán (15 de enero), antes de recalar de nuevo en Lieja, el 18 de enero, la ciudad de la que había partido tres meses antes. Ello suponía una actividad frenética y recorrer cientos de kilómetros en invierno. Con las excepciones de Maguncia y Francfort, en noviembre, y de Spira, en las Navidades, las estancias de Bernardo no se prolongaron casi nunca por más de una o dos noches en el mismo lugar, a diferencia del periplo de Urbano II por Francia en los años de 1095 y 1096, mucho más majestuoso. No cabe duda de que se ocupaba al mismo tiempo de asuntos del Císter. Dado el itinerario, apresurado, pero muy exhaustivo, cabe decir que la predicación bernardina de las cruzadas actuó como el filo más agudo de una campaña más general de información y exhortación, preparada mediante cartas y emisarios; el punto central lo representó la emotiva ceremonia en la cual Conrado III tomó la cruz, en Spira, el 27 de diciembre. Los reclutas que convenció Bernardo eran notables, pero también lo fueron muchos de los que se unieron a la cruzada sin participación directa del abad, como Güelfo VI de Baviera, que tomó la cruz en sus propiedades de Peiting, el 24 de diciembre, o, aún más al este, del rey Ladislao de Bohemia, margrave de Estiria y conde de Carintia; tal fue el caso asimismo de la gran congregación de Ratisbona, en febrero de 1147, dirigida por Conrado y el abad cisterciense de Ebrach, representante de Bernardo.[31]

Gracias al viaje germano, Bernardo fue capaz de retener el control sobre uno de los procesos de reclutamiento. Por dos veces, a finales de octubre de 1146 y de enero de 1147, pasó cerca del monasterio de Huy, fundado después de 1099 por Pedro el Ermitaño; no se había borrado la memoria de su expedición, señera, pero desastrosa. En la primera ocasión, Bernardo iba detrás de otro agitador de las masas, el evangelista Radulfo (o Raúl, o Rudolf), cuyos sermones amenazaban con sembrar la confusión al respecto de los proyectos del papa y el abad. Radulfo, cisterciense a su vez, posiblemente hubiera sido antes un eremita; había emprendido un viaje de predicación extremadamente popular por la Renania, de Colonia a Estrasburgo, en el verano y el otoño de 1146. Aunque lo atacaron los arzobispos de Colonia y de Maguncia y fue demonizado por Bernardo y la mayoría de los autores posteriores, algunos recordaban a Radulfo con agrado, por lo que consideraban era humildad y santidad: «un monje y maestro espléndido».[32] En Hainaut, quizá recibiera el respaldo del abad benedictino de Lobbes. Incluso el exigente Otón de Frisinga admitió que la profesión monástica de Radulfo era genuina, que su popularidad era innegable y que era un reclutador eficaz; pero no escapó de su desdén, aunque lo reservara para sus carencias intelectuales y su mensaje de violencia antisemita.[33] En un origen, quizá Radulfo no estuviera tan lejos del palio de los predicadores oficiales. Al igual que otros muchos eclesiásticos carismáticos del siglo XII, incluyendo a Bernardo, Radulfo se erigió en árbitro de la conducta social, desde fuera de las jerarquías oficiales, políticas y religiosas: dos de los reparos principales que expresó Bernardo con respecto a Radulfo fueron que «pronunciara sermones sin autorización y despreciara la autoridad episcopal». Otón de Frisinga observó, con desaprobación, que el sermón antisemita de Radulfo animaba a los hombres a levantarse contra sus señores, que por lo general estaban dispuestos a proteger a las comunidades judías locales.[34] La condena de Bernardo también era indirecta: a su juicio, lo más negativo del antisemitismo de Radulfo era que incitaba al asesinato, lo cual era una desviación teológica, y que exhibía de forma reprensible un exceso de ambición y arrogancia.

El antisemitismo popularista de Radulfo se expresaba con una argumentación muy simple. Al invitar a los varones a unirse a la cruzada que combatiría a los musulmanes en el extranjero, trazaba

el mismo paralelismo que en 1096, según lo recordaba uno de los testigos presenciales, de religión judía: «Vengad al Crucificado, primero, con los enemigos que hay entre vosotros; luego haced la guerra contra los musulmanes»; en las palabras de Otón de Frisinga: «los judíos, cuyas casas están dispersas por todas las ciudades [renanas], deberían morir como enemigo que son de la religión cristiana».[35] No fueron estas las únicas fuentes de «ladridos» demagógicos, según los bautizó una de las víctimas de Radulfo, el rabino Efraím de Bonn. En los siglos XII y XIII, los intelectuales de la Cristiandad occidental eran, por lo general, abiertamente antisemitas, y con frecuencia este sentimiento se expresaba por boca de aquellos a quienes no conmovían ni el miedo ni el resentimiento comunitario o práctico. Fueron los monjes de Norwich, no los ciudadanos, los que inventaron la calumnia del sacrificio del adolescente Guillermo de Norwich a manos de judíos, en 1144, para recaudar fondos para el priorato. No todos los intelectuales sabían mantener su disgusto y sus prejuicios aislados de su distanciamiento académico. El abad Pedro el Venerable, de Cluny, que escribía a Luis VII en 1146 o 1147, expuso una idea muy similar a la de Radulfo: si resulta meritorio guerrear contra los enemigos del cristianismo en tierras remotas, ¿por qué se permite que los judíos vivan sin problemas en el corazón mismo de la sociedad cristiana? Si los musulmanes eran gente detestable, ¿cabía acaso afirmar algo distinto de los judíos? Se aprovechaban de los cristianos —incluida su iglesia— mediante la usura y, con ello, contaminaban la Cristiandad. El abad Pedro se esmeró en ajustarse a la línea teológica ortodoxa, que vetaba el asesinato de los judíos, pero, a su juicio, sí merecían un castigo por su hostilidad a Cristo. Se estaba cobrando un tributo a los cristianos para financiar la cruzada; ¿por qué no cobrárselo a los judíos?[36] La misiva de Pedro reflejaba los mismos resentimientos sociales y financieros, intensificados por los preparativos de la cruzada, de los que Radulfo había estado sacando partido con eficacia. Efraím de Bonn identificó, de forma expresa, la persecución de los judíos con la predicación de la cruzada, que arruinó las relaciones, por regla general pacíficas, entre las diversas comunidades renanas. Radulfo, Pedro el Venerable u Otón de Frisinga, todos ellos asociaron públicamente a los judíos con otros enemigos de Cristo. Bernardo de Claraval —a quien el rabí Efraím recordaba con gratitud, como «un

sacerdote decente»— rechazaba las analogías más simples y violentas, pero carecía de simpatía por los judíos, o incluso de nada más que la mera tolerancia legal:

> No se debe perseguir, matar o siquiera obligar a huir a los judíos ... Los judíos son, para nosotros, la palabra viva de la Escritura, pues nos recuerdan siempre cuánto padeció Nuestro Señor. Están dispersos por todo el mundo, de tal forma que, mientras expían su crimen, puedan ser, en todas partes, testigos directos de nuestra redención. Bajo los príncipes cristianos sufren una cautividad dolorosa... cuando sea la hora, todo Israel se salvará [se convertirá], Pero los que mueran antes, permanecerán en la muerte. Si se extermina por completo a los judíos, ¿dónde quedará nuestra esperanza de su salvación prometida, de su futura conversión?[37]

El enérgico populismo de Radulfo representaba la cara opuesta a la refinada pasión de Bernardo; su mensaje era fruto de la voluntad de las masas, de vengar el daño causado al patrimonio de Cristo por los «enemigos de la cruz» (sintagma que usaron tanto Bernardo como Eugenio). Aunque recibió la censura oficial, Radulfo no estaba solo en sus peticiones. Los ataques antisemitas quizá se hubieran iniciado en Maguncia, en fecha temprana, el mes de abril de 1146. La persecución más grave la padecieron los judíos renanos en el otoño de 1146; los de Wurzburgo sufrieron por otra calumnia sangrienta, posiblemente sin relación directa, en febrero y marzo de 1147. En la primavera de 1147 (o un año muy próximo), cruzados franceses, que tal vez marchaban a reunirse con el ejército real en Metz, apalizaron a un rabino de Ramerupt, en Champaña, saquearon su casa y profanaron los rollos de la tora. Un cuarto de siglo más tarde, Efraín de Bonn dio noticia de otras tres masacres, que no se sabe con certeza si ocurrieron en Francia o en la Europa central. En Inglaterra, las nuevas comunidades judías, establecidas con aprobación real desde la conquista normanda, necesitaron la protección de la corona, que en efecto recibieron.[38] La encíclica en la que Bernardo condenaba, entre otras acciones, la persecución de los judíos estaba reconociendo un problema potencialmente generalizado. Los temas antisemitas circularon con facilidad. Se cuenta que los cruzados de Ramerupt se deleitaron en in-

fligir cinco heridas —de forma deliberada y casi ritual— en la cabeza del rabino Jacob, mofándose, mientras lo hacían, con estas palabras: «De esta manera nos vengamos de lo que le hicisteis al Crucificado y te herimos igual que vosotros heristeis cinco veces [los estigmas] a nuestro Dios». Cierta canción, compuesta en Francia en 1146, que se hacía eco de la propaganda oficial de las cruzadas, contenía exactamente esta misma imagen de los judíos, a quienes Dios entregó su cuerpo en la Pasión y la Crucifixión y a cambio ellos Le causaron cinco heridas.[39]

La magnitud de los asaltos de la Renania, provocados por Radulfo, difiere de los pogromos de 1096. Las autoridades eclesiásticas y seculares proporcionaron a las comunidades judías una protección más consistente y eficaz, animadas, tal vez, por la proximidad del rey Conrado. Los propios judíos parecen haber emprendido una defensa más astuta. El rabino Efraín de Bonn contaba trece años en el otoño de 1146, cuando residía en Colonia, y él, su familia, sus vecinos y otros miembros de las comunidades judías locales buscaron refugio en la fortaleza del arzobispo de Colonia, en Wolkenburg.[40] La beneficencia del arzobispo y de su castellano se pagó generosamente. En toda la Renania se adoptaron precauciones semejantes y los judíos pagaron de forma regular a cambio de la protección cristiana. Radulfo pasó de Estrasburgo a Colonia, despertando en igual medida entusiasmo por la cruzada y violencia antisemita. Cuando Bernardo lo alcanzó, en noviembre de 1146, Radulfo estaba en Maguncia y se había convertido en una celebridad local, por lo que el abad se granjeó la hostilidad de los lugareños al intimidarlo y lograr que regresara al claustro (presumiblemente, con alguna amenaza seria, como la de sufrir el castigo temporal del rey, que tenía a los judíos bajo su protección). En 1096, el impulso de agredir a los judíos había surgido de la nobleza local; cincuenta años después, parece ser que la aristocracia les ofreció refugio y la violencia surgió de los *crucesignati* y «el segmento más pobre de la población, que extrae placer de cosas sin consecuencia».[41] Las autoridades de la iglesia, las ciudades y las aldeas intentaron mantener el orden, con cierto coste, e incluso la justicia: un asesino de judíos, de las inmediaciones de Colonia, fue castigado a perder los ojos y murió poco después. El arzobispo de Maguncia se quejó directamente a Bernardo de Claraval con respecto a Radulfo, con lo que tal

vez daba a entender que parte de la responsabilidad era del abad.[42] Al igual que en 1096, sin embargo, los celos económicos y la inquietud financiera avivaron la ferocidad de los ataques, en una época en la que convertir el capital en metálico se había convertido en inquietud prioritaria para los cruzados, sobre todo después de que la bula de Eugenio III —que prohibía el uso de la banca legítima, si era judía, al prohibir que los *crucesignati* devolvieran el dinero con intereses— hubiera puesto freno a los préstamos en general, de banqueros de cualquier credo, si estos no se acompañaban de otros materiales lucrativos.

Aunque la violencia parece haber sido menos programada que en 1096 y los criminales eran personas peor situadas, los horrores fueron reales, sin duda. Según algunas fuentes, caravanas de judíos no vacilaron en solicitar la protección del rey en lugares tan alejados como Núremberg, con miras a huir de la furia cristiana.[43] Circularon rumores sobre matanzas de cientos de judíos; proliferaron los asesinatos oportunistas de hombres, mujeres y niños. Los rabinos, las sinagogas, las ceremonias religiosas y los rollos de la Tora se convirtieron en blancos habituales. Hubo bautismos forzosos, que derivaron en suicidios y asesinatos. A finales del verano de 1146, Simón de Trier, que regresaba de un viaje a Inglaterra, cayó presa de una muchedumbre en Colonia; al negarse a abjurar de su fe, le machacaron la cabeza retorciéndola en una prensa de vino. No sin cobrar honorarios, las autoridades de la ciudad devolvieron el cadáver y los restos de la cabeza para la celebración del funeral judío.[44] Hubo quien prefirió ahogarse en los ríos locales, antes que recibir el bautismo; los que apostataron regresaron a su fe una vez apagada la cólera de los militantes cristianos. Tras la retirada de Radulfo, continuaron estallando brotes esporádicos de violencia, hasta el final de la prédica, cuando se restauraron las relaciones comunitarias. En contraste con Inglaterra, donde las comunidades judías eran de origen relativamente reciente —y donde, en esta ocasión, imperó la paz—, las zonas que resultaron ser más susceptibles al prejuicio y la discriminación fueron zonas con comunidades establecidas desde hacía mucho. Así, la Renania se había convertido en centro de los asentamientos y los negocios judíos, pero también del diálogo y los enfrentamientos entre los credos. Uno de los judíos conversos más famosos de la Edad Media, Hermannus

«quondam Judaeus» (el ex judío) había nacido hacia 1107 como Judas Leví de Colonia, donde, en 1172, ascendió a canónigo de la iglesia de Sta. Maria ad Gradus. A juzgar por su autobiografía, es probable que, como otros muchos conversos fanáticos, Hermannus no mirara con simpatía a sus antiguos correligionarios y parientes, aun a pesar de los padecimientos de 1146. Aun así, su carrera exhibe muestras de contacto, comunicación y respeto ocasional; Hermannus consideraba que la conversión de los judíos solo podía surgir del amor, como en su caso, no de la fuerza ni la dialéctica.[45] Pero eran pocos los que, a lo largo y ancho de la Cristiandad, prestaban oídos a ese mensaje.

Uno de los más afectados por los disturbios de la Renania fue el rey Conrado III. Los judíos y sus propiedades eran responsabilidad suya y tanto un reclutamiento sin disciplina como los arranques de violencia amenazaban sus propios proyectos con respecto a la cruzada, que era el objetivo principal de la misión de Bernardo en las tierras imperiales. La historia oficial —según la cual Conrado se mostró reticente a comprometerse cuando se reunió con Bernardo por vez primera, en Fráncfort, en noviembre de 1146, y su reticencia no fue vencida hasta la asamblea de Navidad en Spira, gracias a un discurso electrizante del abad— esconde un proceso preparado con minuciosidad e iniciado muchos meses atrás, que culminó con la incorporación de Conrado a la cruzada el 27 de diciembre. Es improbable que el viaje de Radulfo, que comenzó en el norte de Francia pero no tardó en dirigirse a la Renania, fuera algo accidental o, como se ha sugerido, dictado por la necesidad de huir del abad Bernardo, que lo seguía de cerca; tampoco es cierto que el evangelismo de Bernardo careciera de expectativas de un dividendo sustancioso. Su itinerario da a entender que la reunión con Conrado, en Fráncfort, en noviembre, era algo muy estudiado; el posterior viaje al sur, hacia Constanza, contó con el respaldo del rey, y su asistencia a Spira era previsible. Aunque su éxito resultó extraordinario, el viaje de Bernardo no fue en absoluto producto de la sorpresa; no llegaba «como caído del cielo», según afirmara un piadoso monje local.[46] Es apenas imaginable que el ejército de Conrado, formado por muchas decenas de miles de hombres, estuviera presto para partir a Oriente en mayo de 1147, si suponemos que la dirección militar se eligió tan solo cinco meses antes. Uno

de los invitados de Spira era un legado de Bizancio, que respondía a una embajada secreta, enviada unos meses antes por Conrado al emperador Manuel y transmitida por el obispo de Wurzburgo. En esa misiva debía figurar, casi con toda certeza, el asunto de la cruzada, sujeto de negociaciones entre Manuel y los franceses desde la primavera.[47]

Detrás de la oratoria de Bernardo, hallamos política y ritual. Mediado 1146, las tensiones en el seno de la nobleza germana y entre el imperio y sus vecinos del este —especialmente, Hungría—, impidieron que Conrado se implicara de manera personal en la aventura de Oriente. La visita de Bernardo estaba estrechamente relacionada con los intentos de conseguir la paz en el imperio. Unirse a la cruzada podía ser un foco de resolución honrosa para los conflictos nacionales, con la supervisión y la garantía eclesiásticas. En Francfort, en noviembre, Bernardo ofició de mediador de una disputa entre el conde Enrique de Namur y Albero de Trier; como parte de la reconciliación, se incorporaron a la cruzada. En su visita de diciembre a Constanza, Bernardo trabó contacto con el círculo del mayor adversario nacional de Conrado, Güelfo VI, una decisión que culminó con la aceptación de la cruz por parte de Güelfo el 24 de diciembre. Por decirlo con la hipérbole del cronista Otón de Frisinga, «de súbito, casi todo Occidente devino tan silencioso, que no solo la guerra, sino el mero hecho de portar armas en público, se consideró un error» [48] Cuando Bernardo llegó a Spira en la Navidad de 1146, quizá Conrado tenía ya claro que debía implicarse para culminar el proceso de unificación, que le reportaría una participación del honor y los privilegios de un *crucesignatus.*

Conrado ostentaba una posición única entre los monarcas de Occidente. Estaba en la cincuentena; como general, había logrado éxitos intermitentes; como rey, se hallaba prisionero de tiempos pocos propicios; además, tenía experiencia de haber luchado en Tierra Santa. Sus dos expediciones militares a Oriente, en 1124 y 1147-1148, sugieren —al igual que cabe afirmar de las cuatro visitas de Teodorico de Flandes, en 1138, 1147, 1157 y 1165— que su compromiso con las necesidades de Tierra Santa era más que formal y que sentía de verdad la atracción de la guerra santa. El imperio germánico poseía una tradición poderosa de guerras santas en sus fronteras, como parte de las luchas intestinas y, desde 1096,

en el Mediterráneo oriental. Aunque no hubo asentamientos germánicos de especial importancia en Outremer, no era preciso romper ninguna barrera cultural ni emocional, ni hacían falta introducciones a un concepto extraño. Las multitudes germánicas que acudieron en tropel para escuchar a Bernardo estaban tan predispuestas y eran tan receptivas como las del oeste de Europa. Si Conrado escenificó con tanto mimo su incorporación a la cruzada, fue porque respondía a un modelo común, a un ritual público que hacía hincapié en un procedimiento de conversión y sumisión a la voluntad de Dios, en el que todos los participantes seguían la coreografía de una ceremonia religiosa bien aceitada. El ritual permitía expresar como teatro los mensajes políticos y religiosos. A pesar de que en la zona meridional de Germania necesitaba intérpretes, el mensaje de Bernardo trascendía las lenguas, y más aún cuando, como en Spira, se pronunciaba en el contexto de la Eucaristía. Durante la misa del 27 de diciembre, Bernardo, que remató su sermón enumerando los beneficios materiales conferidos al rey, adoptó la voz de Dios: «Oh, hombre, ¿hay acaso algo que debiera hacer por ti y no haya hecho?». Al responder a esta petición conocida de rechazar las prioridades mundanas, entre gritos de fervor religioso exacerbado, Conrado completaba la ficción ceremonial de una conversión súbita. Así, declaró: «Estoy preparado para servirle», antes de recibir de Bernardo tanto la cruz como un pendón santo, convenientemente situado en el altar. Es significativo que Conrado estuviera acompañado, en ese momento, por su sobrino Federico de Suabia.[49] No era un acto quijotesco. El duque de Suabia, hermano de Conrado y a la sazón en estado moribundo, se sintió muy molesto, porque la estancia de su hijo en Oriente podría hacer peligrar las propiedades de la familia. De eso se trataba, en realidad. Conrado solo podía asegurar el éxito de la cruzada y la tranquilidad de sus dominios si conseguía que se enrolara en la empresa el mayor número posible de grandes feudatarios del imperio, a ser posible acompañados por el rey; o si, por lo menos, al tomar la cruz, adquirían un compromiso que debían respetar aunque no se marcharan a Tierra Santa.

Para confirmar la solidaridad política que había detrás de la empresa, Conrado y el representante de Bernardo, el abad Adán de Ebrach, presidieron otra misa de cruzada en Ratisbona, en febrero

de 1147, en la cual el hermanastro de Conrado, Enrique Jasomirgott, duque de Baviera y margrave de Austria, junto con los obispos de Ratisbona, Frisinga y Passau, se unieron al proyecto. Les acompañaba un grupo numeroso de reclutas, entre los que había ladrones y bandoleros muy conocidos, que quizá se sintieran atraídos por la esperanza de inmunidad legal, si no de amnistía. Un participante recordaba así la cuidadosa preparación del acto: «todos los presentes llegaban emocionados por informaciones previas»; luego insistió en que todos habían tomado la cruz «por propia voluntad», lo cual daba satisfacción a los requisitos canónicos, pero no es históricamente cierto.[50] La presencia de Enrique de Baviera pone de relieve la función pacificadora de la cruzada: ahora eran *crucesignati* tanto él como el pretendiente de su ducado, el contrariado y frustrado Güelfo VI. La cruzada de Conrado, como la de Luis VII, incorporó a la familia, a los amigos y a los enemigos y ofreció apoyo a un estado que en ocasiones era de tribulación. Durante su estancia en Oriente, Conrado, aunque no fue nunca coronado como emperador, añadía a sus títulos el imperial «semper augustus», quizá como respuesta a su asociación con el emperador griego; o, tal vez, como un guiño al renovado interés por las profecías escatológicas y «sibilinas» de Tierra Santa y el Último Emperador. Hubo otra oportunidad menos universalista, pero no menos poderosa, de asociar al monarca con las grandes fuerzas de la Cristiandad: con la imagen de un Conrado alto y de constitución vigorosa, que rescataba al frágil y delgado Bernardo de una masa de adoradores, durante la Dieta de Fráncfort, en marzo de 1147, tomándolo en brazos y llevándolo a lugar seguro.[51]

PLANIFICACIÓN Y RECLUTAMIENTO

El calendario y las rutas de los cruzados se determinaron en una oleada de conferencias y asambleas, celebradas en los primeros meses de 1147. Conrado envió legados imperiales a analizar los planes con Luis y Bernardo, en Châlons-sur-Mame, a principios de febrero, antes de que los franceses decidieran sus estrategia y el modo de resolver la ausencia del rey en un populoso consejo, en Étampes, que se inició el 16 de febrero. Conrado hizo algo similar en una die-

ta, en Francfort, el 13 de marzo, a la que asistió también el infatigable Bernardo, tras salir a todo correr de Etampes. Hacia finales de marzo, una nueva ronda de encuentros reconoció la presencia del papa al norte de los Alpes. Eugenio III, que hizo virtud del hecho de haber sido expulsado de Roma por su comunidad radical, había partido de Viterbo en enero, pasó por Lucca y Vercelli, se detuvo en Susa —donde estudió varios aspectos de la cruzada con el tío de Luis VII, Amadeo de Saboya—, pasó por la Borgoña imperial, Lyon (el 22 de marzo) y entró en Francia, llegando a Dijon a finales de mes; allí lo recibieron legados germánicos, deseosos de organizar un encuentro del pontífice y Conrado en Estrasburgo. Eugenio rechazó el acercamiento germánico y se marchó a Claraval (6 de abril), quizá para revivir la juventud pasada en la abadía y, sin duda, para recibir instrucciones detalladas de su antiguo maestro, antes de reunirse con el rey Luis en París y celebrar la Pascua (20 de abril) en Saint-Denis. Allí, el 11 de junio, el papa presidió una ceremonia muy elaborada, que señalaba oficialmente la marcha de Luis. El papa, habiendo completado su papel como facilitador diplomático y observador capaz de dotar de legitimidad, se quedó en Francia y Lotaringia durante otro año. Entre tanto, Conrado pasó la Pascua en Bamberg, una ciudad especialmente relacionada con el emperador Enrique II (1002-1024), recién canonizado, que había intentado ampliar la Cristiandad (y su propio imperio) hacia el este. Luego se acercó al Danubio por Núremberg y Ratisbona y allí embarcó hacia Oriente a finales de mayo.[52]

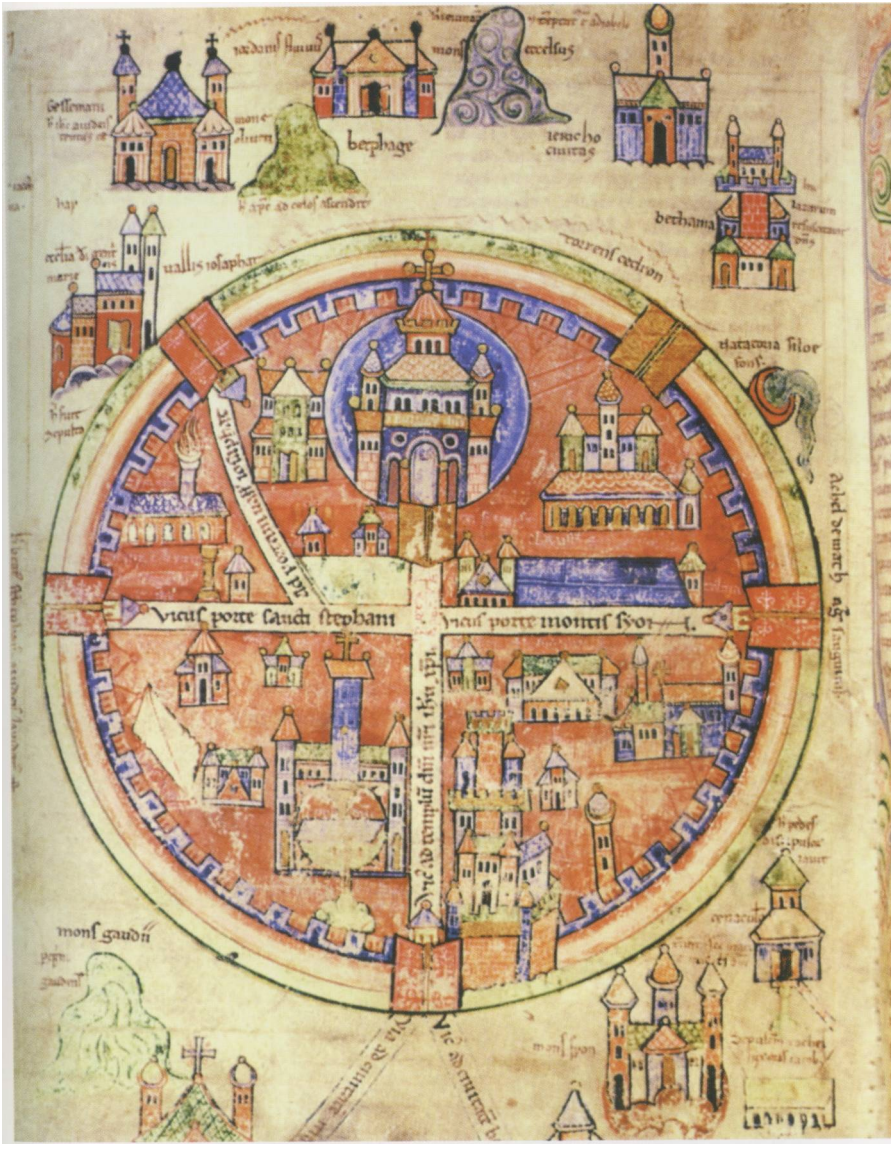
La implicación de Conrado y los germanos podría haber influido en los planes franceses. Tras abrazar la cruzada en marzo de 1146, Luis había estado sopesando diferentes maneras de viajar a Oriente. Se consultó a Conrado, el rey Géza de Hungría, el emperador bizantino Manuel y el rey Roger II de Sicilia, al respecto del paso, los víveres y el apoyo que podían prestar; al parecer, no se había adoptado todavía ninguna decisión sobre si tomar la ruta terrestre, por el Danubio y los Balcanes, o la marítima, por el sur de Italia. Se habló incluso de que los franceses dispondrían de un flota propia, quizá para hacer sombra a cualquier ejército de tierra (tal como hizo Ricardo I de Inglaterra con su cruzada en 1190), pero, como Luis no controlaba por sí mismo ningún puerto adecuado, ello habría precisado negociar.[53] Al parecer, las respuestas a las so-

licitudes francesas, que se recibieron durante el verano de 1146, fueron todas positivas, lo que dejaba libre elección del itinerario. La probabilidad de que la participación germánica fuera activa y numerosa retrasó todas las decisiones hasta la asamblea de Étampes, en febrero de 1147, justo después de que se les comunicaran las resoluciones de Conrado, en la conferencia de Châlons. En ocasiones se ha afirmado que, en 1146, Luis había resuelto aceptar la oferta de transporte marítimo realizada por Roger II de Sicilia, pero que se dio marcha atrás por la intervención de los germanos. Sin embargo, las negociaciones franco-bizantinas de 1146 indican que no se había llegado a tal acuerdo. Tras un debate largo y, posiblemente, encendido, la asamblea de Étampes optó por la vía terrestre, de Bizancio.[54]

A posteriori, se ha juzgado que la decisión fue errónea; pero en su momento, ofrecía toda una serie de ventajas. Para el grueso de los contingentes franceses, incluidos los más numerosos, de Flandes, y para las tropas del rey, la ruta terrestre era la más accesible y económica, porque los soldados podían abastecerse en los mercados del camino y, cuando se atravesara territorio enemigo, saquear. Dadas las dificultades existentes para pignorar sus propiedades a cambio de metálico, la idea habría resultado atractiva para la mayoría de los *crucesignati.* Aunque la perspectiva de viajar por detrás de un ejército germánico cuantioso ponía sobre la mesa inquietud respecto del aprovisionamiento en los mercados locales, a cambio representaba algunos beneficios: en la marcha, los franceses aprovecharon varios puentes nuevos, construidos por sus predecesores.[55] Por otro lado, la mayoría de los nobles franceses carecía de experiencia en el mar (es probable que muchos ni siquiera lo hubieran visto nunca) y desconocían por completo las cuestiones de logística y financiación del flete. A ello se añadía las dificultades de trasladar a los caballos en barco; los renanos, flamencos e ingleses que viajaron por mar a la península Ibérica en 1147 debieron de llevar muy pocos caballos, si es que llevaron alguno, y emplearon caballos locales para los combates terrestres. En este sentido, es relevante que el conde de Flandes decidiera viajar por tierra. De cuantos tenían acceso a puertos del Mediterráneo, solo unos pocos, como el conde de Tolosa, zarparon directamente a Tierra Santa; otros, encabezados por los condes de Auvemia y Saboya, bajaron por Italia, saltaron a Durazzo por el es-

trecho paso adriático de Brindisi y cruzaron por tierra los Balcanes, hasta Constantinopla.[56] La oferta siciliana era espinosa, pues comportaba dificultades políticas. Roger II amenazaba las ambiciones germánicas en Italia y el poder de Bizancio en los Balcanes y el Mediterráneo central. Aun cuando la propuesta que hizo a Luis no fuera una simple fachada para emprender un asalto contra los griegos, la participación de Roger II habría podido distanciar a Conrado y habría despertado las sospechas, muy razonables, de Manuel; y ello a cambio de ningún beneficio claramente extraordinario. Las sospechas se acrecentaron cuando los sicilianos se negaron a desempeñar parte alguna en la cruzada después de que se declinara su oferta de transporte. Sabedor de que Roger no pensaba obedecer al papado, quizá el ubicuo Bernardo de Claraval decantara la balanza en contra del monarca siciliano. Aun a pesar de lo innovador de sus impuestos, el propio Luis quizá temía a cuánto pudiera ascender el coste de aceptar la propuesta de Roger. Si se colocaba por completo en manos de otro soberano —y más, de un rey conocido por defender sus propios intereses sin atender a escrúpulos—, Luis podría haber visto comprometida su independencia. El año de retraso en la decisión indicaba que la opción marítima habría puesto en peligro la coordinación con los ejércitos germánicos. En el fondo, tal vez subyacía también el miedo a que el viaje por mar fuera demasiado arriesgado y duradero para unas tropas de agua dulce. Por el contrario, la ruta terrestre era desconocida en su geografía, pero no en su naturaleza, y, además, había quedado santificada por los heroicos éxitos de la Primera Cruzada; este era un hecho significativo en una aventura que nacía a la sombra de los grandes triunfos del pasado, como todos sabían.[57] Las polémicas de Etampes quizá ocultaran una decisión ya tomada: las negociaciones con Manuel estaban muy avanzadas; el emperador, y posiblemente el sumo pontífice, contaban ya con la ruta por tierra; aunque cabe asimismo la posibilidad de que estemos solo ante un logro de la diplomacia francesa, que habría sabido conservar su pólvora seca. En este contexto, la decisión de Luis, tan desdeñada a posteriori, parece meditada y pragmática. A diferencia de sus críticos posteriores, y sobre todo de su capellán cruzado Odón de Deuil, Luis no estaba al cabo de los acontecimientos futuros.

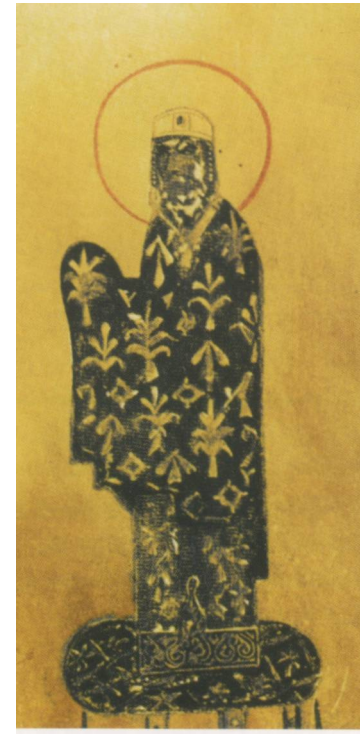
La asamblea de Etampes concluyó su labor con el nombramiento de regentes para Francia, dirigidos por el abad Suger de Saint De-



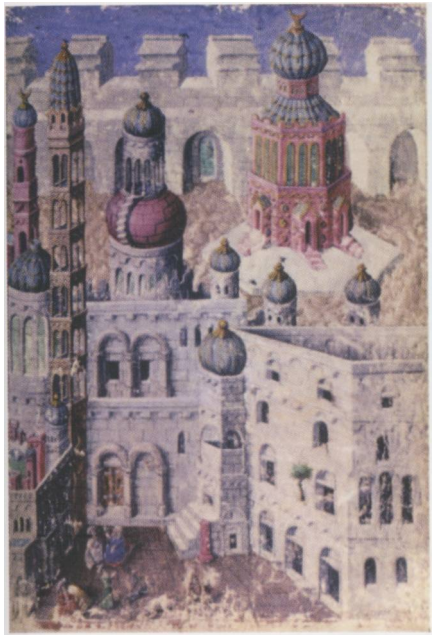
1. Jerusalén y sus alrededores, hacia el año 1100: la Ciudad Santa, vista por la cristiandad occidental.

2. Urbano II consagra el altar de Cluny durante su viaje de predicación por Francia, en octubre de 1095.

3. Pedro el Ermitaño dirige a sus cruzados.



4. Alejo I Comneno, emperador de Bizancio (1081-1118).



5. La iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, idealizada en la imaginación del Occidente medieval.

6. Cubierta del salterio de la reina Melisenda de Jerusalén (1131-1152).

7. Saladino: una imagen árabe contemporánea.

8. La batalla de Hattin, el 4 de julio de 1187: Saladino se apodera de la Vera Cruz. Escena ficticia vista por el monje Mateo de París, de la abadía de Saint Albans.

9. Federico I Barbarroja, emperador germánico, vestido como un cruzado, recibe hacia 1188 una copia de la popular historia de la Primera Cruzada que escribiera Roberto de Reims. La inscripción exhorta a Federico a combatir a los sarracenos.

10. El proceso de embarcarse para una cruzada, en el que se ven, entre otras, las enseñas de los reyes de Francia e Inglaterra, según una imagen de los estatutos de una orden caballeresca del siglo xiv, la Orden del Nudo, consagrada al Espíritu Santo.

11. Un grupo de mujeres ayuda en el asedio de una ciudad, como en el sitio de Acre, en 1190.

12. La imagen occidental de la guerra en Tierra Santa: Josué, vestido de caballero franco, libera la ciudad de Gabaón de los cinco reyes, episodio del libro bíblico de Josué (X, 6-13), según una escena de una Biblia iluminada, destinada a la corte de cruzados de Luis IX de Francia, hacia 1244-1254.

13. Orquesta militar como las que empleaban los comandantes turcos, kurdos y mamelucos.

14. El papa Inocencio III (1198-1216).

15. Venecia, hacia 1400.

16. Inocencio III y la cruzada albigense.

17. Vecinos en guerra: combate de moros y cristianos en la España del siglo xiii.

nis, máximo exponente de los críticos de la cruzada; se determinó que la congregación última de los ejércitos se produciría en Metz, el 15 de junio, para satisfacer así los planes de Conrado y compensar el retraso, con respecto a Vézelay, en la organización de los contingentes franceses. Luis se despidió oficialmente de su reino con una ceremonia teatral y espectacular. Se hizo coincidir con la feria anual de Lendit, en Saint-Denis, el 11 de junio, cuando las calles de los alrededores de la abadía estaban atestadas de visitantes. La ceremonia comenzó con la visita de Luis a un lazareto parisino, signo de humildad, caridad y, por su referencia al misterioso poder sanador de los monarcas, de majestuosidad. Al llegar a la iglesia de Saint-Denis, recién reconstruida (de la cual perviven algunas partes), Luis se postró ante el altar y besó una reliquia del santo patrón. Lo hizo ante el papa, el abad Suger, los monjes y una muchedumbre de familiares, cortesanos y notables, bajo las vidrieras, recién encomendadas, en las que se glorificaba a los héroes de la Primera Cruzada. Para concluir, Luis recibió de manos de Suger la Oriflama, el estandarte rojo, bordado en oro y montado sobre una lanza dorada, que se había convertido en insignia y pendón de guerra oficial de la monarquía durante el reinado de su padre, Luis VI; el papa le entregó la burjaca de peregrino, con lo cual se confirmaban visualmente los tres elementos de la aventura: peregrinaje penitente, guerra santa y honor nacional. Al acabar, el rey y unos pocos compañeros (varones) comieron con los monjes en su refectorio.[58] Esta exhibición compleja hacía alarde de una relación especial entre la monarquía francesa y el papado y entre Saint-Denis y el rey, proporcionaba una expresión ceremonial a la idea de haber dejado el reino en manos del santo y el abad y retrataba al rey como miembro pleno de la comunidad monástica. El significado político y personal de la guerra santa de Luis, por tanto, fue cuidadosamente deletreado a las masas, para que así lo vieran y así lo contaran.

Conrado III también se enfrentaba a decisiones espinosas, debidas, principalmente, a los aristócratas de su imperio, dados a crear divisiones. En el corazón mismo de la estrategia política con la cual Conrado afrontó la cruzada se hallaba la necesidad de firmar una paz general y oficial que toda la nobleza jurara respetar. En una die-

ta multitudinaria, celebrada en Francfort el 13 de marzo, el hijo de Conrado, Enrique, a la sazón de diez años, fue aceptado como heredero y coronado como correinante para dar legitimidad a la regencia, cuyo gobierno encabezaba el abad Wibaldo de Stavelot (más adelante, de Corvey). Se anunció que se seguiría la ruta terrestre y se determinó que la reunión del ejército sería en Ratisbona, en mayo; la presencia de Bernardo de Claraval facilitó el acuerdo. Enrique el León, el joven duque de Sajonia y sobrino del contrariado *crucesignatus* Güelfo VI, reclamó el patrimonio perdido en Baviera; pero se dejó engatusar por Conrado, quien «pospuso la decisión hasta su vuelta y lo convenció de esperar en paz».[59] No fue tan fácil librarse de otros nobles sajones. Se negaron a incorporarse a la expedición oriental y vieron una oportunidad de elevar la expansión política más allá de sus fronteras con los vendos, convirtiéndola en guerra santa, al enmarcarla en un programa de militancia contra los infieles; «para vengarse de los gentiles», en palabras de Bernardo, no muy alejadas de las que se habían empleado contra los judíos en la Renania, unos meses antes. Como el objetivo principal de Conrado era la armonía política y el rey tenía tendencia a ver la cruzada como reflejo del honor de su reino, escuchó con actitud comprensiva a los sajones. Si vinculaba las incursiones expansionistas sajonas en el ámbito más general de la guerra santa, con su penumbra de paz jurada, tendría la ventaja adicional de poder mantener ocupado a Enrique el León. Con su autoridad de legado, Bernardo aceptó como legítima la propuesta sajona y entregó a los participantes todos los ornamentos y privilegios del viaje a Jerusalén, con la salvedad de que las cruces «no estaban cosidas a sus ropas, sino blandidas en alto, como remate de una rueda». La otra diferencia era la meta, que, según palabras de nuevo de Bernardo, consistía en «exterminar o, como mínimo, convertir a esas gentes».[60] Ni el genocidio ni el bautismo forzoso eran legales en el Derecho canónico. Sin embargo, algunos consideraban que esas regiones habían aceptado el cristianismo de los misionarios en décadas pasadas, por lo que cabía tildarlas de apóstatas y, por tanto, actuar en su contra era cuestión, al igual que en Tierra Santa, de reclamar un territorio perdido; en teoría, era una cuestión defensiva. Para despejar dudas, durante la estancia de Eugenio III en Claraval, Bernardo lo convenció de que promulgara una bula que legitimara la expedición venda, la

conversión y todo lo demás, y que le concediera los privilegios de Jerusalén, situándola convenientemente en el contexto —no del todo ajustado a la realidad— de la expedición a Tierra Santa y los ataques a los musulmanes de la península Ibérica.[61] En lo que respectaba a Conrado, la campaña del Báltico no mermó materialmente su fuerza oriental y, lo que era más importante, distrajo a nobles que en otras circunstancias podrían haber sido problemáticos y desvió sus instintos de conquista hacia el exterior del imperio. La importancia de este hecho quedó subrayada por la presencia, en una de las incursiones, del regente Wibaldo de Corvey. Aun a pesar de la glosa eclesiástica oficial y de la presencia de toda una banda de obispos, no había nada edificante en los motivos o la dirección de la guerra contra los vendos; además, según confesó el propio Wibaldo, fracasó.[62]

La cruzada del rey movilizó o neutralizó a los agentes del poder en el imperio germánico. Con él había partidarios acérrimos, a quienes le unían lazos de familia y linaje: sus hermanastros, el duque Enrique de Baviera y el obispo Otón de Frisinga; su sobrino, el duque Federico de Suabia; y su canciller, Amoldo de Wied; y aliados como Federico de Bogen, *advocatus* de Ratisbona. Además, su archienemigo, Güelfo de Baviera. No resulta menos impresionante la extensión geográfica de su cruzada, que abrazaron no solo hombres de Franconia, Suabia y Baviera, sino también sajones, como el conde Bernardo de Ploetzkau, y loreneses, dirigidos por los obispos de Metz y Toul (el hermano del conde de Flandes) y el conde de Mon§on, junto con el contingente encabezado por el obispo de Basilea; todo ello era fruto de la visita de Bernardo, en diciembre de 1146. A la coalición germánica se unieron asimismo los reyes de Bohemia y Polonia y los condes de Estiria y Carintia. Aunque los loreneses desertaron en Constantinopla, y se pusieron a las órdenes de los franceses, con quienes congeniaban más fácilmente, esta congregación representaba la demostración práctica más firme de la extensión del poder imperial al norte de los Alpes, que se mantuvo durante casi un siglo.[63] La ampliación del liderazgo del rey en la Cristiandad, en coalición con el papa, fue atestiguada por el legado pontificio, Theodevinus (Theodwin), cardenal de Santa Rufina, el experto germánico de la Curia que había ayudado a fraguar la elección de Conrado como rey en 1138.[64] En lo

que atañía al reclutamiento, la dirección y la organización, la expedición de Conrado recibió un apoyo notorio de toda la iglesia germana. Contemplada en la perspectiva de la política imperial y germánica, la aventura oriental de Conrado sirvió para resolver, temporalmente, las tensiones políticas internas, al tiempo que ponían de manifiesto sus pretensiones de ascender al liderazgo universal. El febril optimismo del verano de 1147 contrastó con la desilusión y el desánimo de la posterior derrota, estado que atrapó bien uno de los caudillos de la campaña y aliado muy próximo del rey Otón de Frisinga:

> Y así, cuando el rigor del gélido invierno se disipó, cuando las flores y las plantas resurgieron del seno de la tierra bajo las graciosas lluvias primaverales, cuando los verdes prados sonreían al mundo, alegrando el rostro de la tierra, el rey Conrado encabezó la marcha de sus tropas, desde Núremberg, pertrechados para la guerra. En Ratisbona, tomaron un barco para bajar por el Danubio y el día de la Ascensión (1 de junio) acamparon en la Marca Oriental, cerca de una ciudad denominada Ardacker ... La muchedumbre que arrastraba tras de sí era tan numerosa, que se habría dicho que los ríos no serían lo bastante caudalosos para transportarla, ni las llanuras lo bastante extensas para darles cabida ... Pero como el resultado de aquella expedición, por culpa de nuestros pecados, es el de todos conocido, en esta ocasión nos hemos propuesto escribir no una tragedia, sino una historia gozosa, y que lo demás lo cuenten otros en otros lugares.[65]

Excepto al modo de ver de sus apologistas, el prestigio internacional de Luis quedó por debajo del de Conrado. Sin embargo, al igual que ocurrió con el monarca germánico, la importancia extraordinaria del reclutamiento y la implicación política activa de los principales magnates de las provincias consolidaron su posición como fuerza impulsora de esta expedición oriental y, más en general, como rey. La fusión de exhibición piadosa, esfuerzo militar y dirección administrativa, que fue capaz de conseguir hombres y dinero y formar una estrategia y un mando, concedió a Luis una oportunidad única de estabilizar su puesto y su dinastía. El hecho de que muchos señores franceses viajaran a Oriente con el rey su-

puso una señal clara de los dividendos políticos potenciales. Así, mientras que los condes de Tolosa y Nímes zarparon independientemente de puertos de la costa mediterránea francesa, la gran mayoría de las otras regiones del reino se hallaba representada en el gran ejército de Luis: Flandes, Soissons, Bar, Ponthieu, Nevers, Tonnerre, el Borbonés, la Auvemia; Meaux, en Champaña, Macón, en el sur de Borgoña y Vienne, en la Provenza imperial; los señores de Nogent, en el valle del Sena, Rancon y Lusiñán, en Poitou, y Magnac, en el Limousin. Estos señores se acompañaban de sus séquitos y grupos dependientes, en número considerable, en el caso de Teodorico de Flandes. El respaldo principal procedía de los parientes del rey: su hermano el conde Roberto de Dreux y La Perche; y su esposa, la formidable Leonor, duquesa de Aquitania por derecho propio, quien presumiblemente arregló la incorporación de los contingentes de Poitou y Limousin (Godofredo de Rancon, que más adelante cobró fama por causar la aniquilación casi completa del ejército en Asia Menor, había acogido a Luis y Leonor en su luna de miel).[66] La presencia de mujeres fue un rasgo singular de la Segunda Cruzada. Aparte de Leonor y las damas de su cortejo, también los condes de Flandes y Tolosa viajaron con sus esposas; los estatutos acordados por la flota del norte de Europa en Dartmouth, en mayo de 1147, recogían el mismo derecho para los miembros de esa fuerza.[67] En el ejército del rey francés, a los clérigos de la casa real, dirigidos por el canciller Bartolomé, y su capellán personal —el monje Odón de Deuil, un hombre prometedor y apoyado desde la abadía de Saint-Denis— se unieron algunos pesos pesados del mundo eclesiástico, como los obispos de Arras, Langres y Lisieux —de los cuales, los dos últimos reclamaron autoridad como legados—, y Godofredo de Langres, en parte, por su proximidad a Bernardo, pues había sido su prior en Claraval.[68] El canonista, erudito clásico e ingenio mordaz Amoldo de Lisieux respondió a las pretensiones de Godofredo y dejó de este una descripción famosa: «como el vino de Chipre, dulce al paladar, pero letal, si no se diluye con agua». Ninguno de los dos se comportó bien y fueron objeto de rumores, según los cuales se llenaban los bolsillos con la caridad entregada a cambio de la absolución de los cruzados enfermos y moribundos. Sus riñas, además de contribuir en poco al desarrollo fluido de la campaña, pasaron por enci-

ma del legado genuino, Guido de Florencia, cardenal de San Grisogono; era un hombre de cierta pericia diplomática, como pudo demostrar más adelante en Outremer, una vez concluida la cruzada, pero que, durante la marcha, no pudo superar el grave obstáculo de su escaso dominio del francés. Sin Bernardo, no obstante, nadie interpretó el papel que había desempeñado Ademar de Le Puy en la Primera Cruzada.[69] Ahora bien, el dinamismo que impulsaba a todos estos grupos políticos, personales y eclesiásticos tan dispares, que los movió a desplazarse a Oriente bajo la oriflama real, era indicio de la existencia, en cierto grado, de una identidad secular, e incluso nacional y religiosa. Teodorico de Flandes, por ejemplo, aunque era capaz de hablar germánico y controlaba tierras en el imperio como Francia, viajó junto con el rey Luis.[70] Entre los hombres de la guardia personal del rey que fallecieron alrededor del monarca en los desesperados combates cuerpo a cuerpo de las montañas de Cadmo, se hallaban no solo caballeros de toda Francia, sino también Guillermo de Warenne, conde de Surrey, un pilar de la clase dirigente anglo-normanda.[71] Bajo el signo de la cruz se podían forjar nuevos lazos de lealtad.

La popularidad de la empresa contribuyó a conseguir que el acuerdo sobre la estrategia general de la guerra santa fuera relativamente sencillo. Las reclutas, muy intensas —por toda Francia, el oeste y el sur de Germania, los Países Bajos, el sur de Inglaterra y partes de la Europa central en el curso del Danubio, pero también por rincones remotos como Escocia y, en la campaña venda, Dinamarca—, se apoyaban en la piedad, el idealismo, la lealtad al señor o la familia y el entusiasmo comunitario, transmitido por mediación de las arterias del intercambio social y económico. Los valores religiosos hallaron expresión en analogías laicas, dirigidas a diversas élites adineradas. Cierta serie de estrofas poéticas, compuesta en 1146-1147, se refería a un torneo entre el cielo y el infierno.[72] Bernardo supo sacar partido de las aspiraciones culturales de los combatientes, al elogiar su reputación de arrojados, y también de los mercaderes, cuando aludía a una oferta insuperable.[71] De varios círculos concéntricos de contactos surgieron contingentes numerosos. Las redes de lazos económicos del interior de la Renania, o Flandes, o Normandía, o Anglia Oriental se combinaron con un anillo exterior de comercio en el Canal de la Mancha, lo que

dio origen a la flota que se reunió en el estuario del Dart en mayo de 1147. La nueva comunidad de abadías cistercienses —base del poder de Bernardo— prestó sostén a varios puntos localizados de reclutamiento eclesiástico y secular. Lo mismo hicieron los templarios, otra nueva orden que interpretó un papel significativo durante la planificación y realización de la campaña. Los templarios negociaron por Luis VII en Constantinopla, en 1146; actuaron como banqueros del rey; y más adelante, mantuvieron unido al ejército en Asia Menor, en las penosas semanas de enero de 1148. Al propio Bernardo lo unían lazos estrechos con los templarios, compartidos por *crucesignati* como los patronos anglo-normandos de los templarios, Saher de Archel (uno de los comandantes de la flota de Dartmouth) y Roger de Mowbray.[74] La unanimidad de las autoridades religiosas y seculares a la hora de promover la expedición, presentándola ora como beneficio espiritual, ora como responsabilidad social, contrastó con las divisiones políticas y eclesiásticas que se vieron en 1096 en la Cristiandad occidental. Mientras el llamamiento de Urbano II era claramente partidista, el de Bernardo trascendía más allá de barreras y fronteras políticas, y solo unos pocos radicales religiosos —que desconfiaban de una tan franca implicación de la iglesia en el mundo— se aliaron a la comuna de Roma y a Roger de Sicilia en su claro distanciamiento de la Segunda Cruzada. A diferencia de lo que aconteció en 1096, los potenciales *crucesignati* contaron con el apoyo de ciertos procedimientos legales y ceremoniales, reconocidos en *Quantum praedecessores,* que, si no siempre conocidos, demostraron los progresos que en materia de disciplina eclesiástica, comunicación jerárquica y Derecho canónico se habían logrado en los cincuenta años que separaron Clermont y Vézelay, respaldados por la penetración cultural de la historia de la Primera Cruzada en las literaturas vernáculas germánica y francesa.

Del Mar del Norte al Mediterráneo, los reclutas se ajustaron a lo indicado en *Quantum praedecessores* y obtuvieron dinero empeñando sus propiedades, sobre todo a prendadores monacales, con el permiso de los parientes y señores. El mercado de las tierras era, en el siglo xii, cada vez más competitivo, por lo que la garantía del rey, el obispo o el conde locales era tan necesaria como el cumplimiento de los familiares interesados, viudas y herederos, que con fre-

cuencia necesitaban no poca persuasión antes de honrar los acuerdos de los difuntos cruzados. Las condiciones atractivas, respecto de la protección de la iglesia y la inmunidad frente a los pleitos civiles, era preciso manejarlas con el mismo cuidado. En noviembre de 1146, el papa se vio obligado a recordar al obispo de Salisbury que la jurisdicción de la iglesia no se extendía a los litigios iniciados antes de que los combatientes tomaran la cruz. Aun así, tal vez no fuese fruto de una mera coincidencia el hecho de que la cruzada fue muy popular entre los ladrones, según observó Otón de Frisinga.[76] En cuanto a las dimensiones espiritual y emocional que subyacían a las disposiciones legales, emergieron de una forma irregular. En contraste con las crónicas y las misivas pontificias, en los documentos de cesión de tierras de los monasterios son escasas las referencias a la cruzada o la predicación. Algunos documentos —pero no la mayoría— referían las donaciones e hipotecas a la remisión de los pecados; al parecer, los motivos de cierto campesino de Poitou, denominado como «Raynard *rusticas»,* fueron «el amor y el miedo».[76] Sin embargo, fueron muchos los peregrinos no combatientes (o sin competencia militar, por la razón que fuese) que viajaron con los ejércitos germanos y franceses, lo cual, por un lado, dotó a la empresa de un matiz de evangelismo, obstinado, pero inconveniente; y por otro lado, mermó la eficacia y redujo los recursos disponibles tanto en la marcha como en el combate. Para los aristócratas y combatientes armados, la imperativa necesidad de convertir las propiedades en dinero generó algunos actos dudosos. El obispo Godofredo de Langres empeñó vasijas de oro y plata de su iglesia catedral, que prometió restituir a un cabildo sospechoso.[77] Los monasterios más codiciosos entraron con habilidad en el mercado. Ante las exigencias tributarias del rey, los monjes de Fleury alegaron carecer de metálico disponible y ofrecieron a cambio una miscelánea de candelabros y turíbulos preciosos; pero al mismo tiempo, estaban proporcionando dinero a los notables del lugar, que les entregaban propiedades en prenda.[78] El negocio podía ser muy lucrativo, tanto a largo como a corto plazo. El abad inglés de Saint Benet Holme, en Norfolk, selló un acuerdo con Philip Basset, de Postwick, que le granjeó un beneficio de al menos el 133 por ciento, repartido a lo largo de siete años; era usura, oculta aquí, como en muchas otras ocasiones y lugares, bajo guisa de una

ficticia donación mutua.[79] Es difícil subestimar el coste de participar en la cruzada. Reiner von Sleiden optó por vender, directamente, buena parte de su patrimonio alodial (libre de derechos señoriales) a la abadía de Klósterrad, en las inmediaciones de Aquisgrán.[80]Se cuentan por docenas los documentos de propiedad en los que se registran a terratenientes que obtienen sumas que superan en varias veces (tres, en el caso de Philip Basset) sus ingresos anuales; también se documenta a cuantos no lograron devolver el préstamo.

La organización de la cruzada, muy elaborada y compleja, fue pareja a su vasta escala geográfica y humana. Las expediciones de los reyes se apoyaron en la colaboración de las grandes casas aristocráticas, con sus especificidades militares (tanto financieras como políticas), y cada una con sus respectivas lealtades, cohesión e identidad tanto personal como regional. Sin embargo, mientras que los ejércitos de 1096 conservaron separadas sus identidades regionales hasta el final, Conrado y Luis, por deferencia y conveniencia a un tiempo, lograron imponer un sentimiento de unidad: para bien o para mal, ellos ocuparon la jefatura y posición de liderazgo del alto mando de los barones. En tanto que organizadores principales, provistos de la sanción pontificia, dirigieron la diplomacia preparatoria; negociaron con los soberanos y gobernantes locales durante la marcha; determinaron el calendario de partida y los lugares de congregación; y aportaron dinero y hombres. Tanto Conrado como Luis tenían acceso a enormes sumas de dinero, ya fuera en metálico, de sus propios cofres, o a cantidades que manejaban en nombre de terceros, tales como los templarios. Tras llegar a Palestina en la primavera de 1148, Conrado pudo establecer de nuevo su autoridad después de un viaje desastroso, porque contrató a nuevos soldados; por su parte, Luis, que utilizaba como garantía las propiedades de Francia (incluida la tasa de la iglesia, probablemente), tomó a crédito mucho dinero de los templarios mientras estuvo en Oriente; y durante la tambaleante marcha de Asia Menor, Luis proveyó repetidamente a los nobles, los caballeros y los infantes caídos en la miseria.[81]

La diversidad social, política y geográfica del reclutamiento complicó mucho la coherencia general, en todo lo relativo al reclutamiento, el liderazgo, la estrategia, la estructura y los calendarios.

Aun así, la mayoría de los contingentes navales y terrestres se pusieron en camino a Oriente entre abril y junio de 1147 y, tras pasar muchas vicisitudes y muy distintas, llegaron juntos a Tierra Santa, un año más tarde. Detrás de las grandes congregaciones de ejércitos —de Dartmouth, en mayo de 1147; de Ratisbona, en las mismas fechas, o de Metz, un mes más tarde— no hubo azar, sino planificación. Lo mismo cabe afirmar de la incorporación de Ottokar de Estiria, que llegó a Viena y se unió a las huestes germánicas a finales de mayo o principios de junio; de la llegada del grupo anglonormando, que se unió a Luis en Worms, a finales de junio; o de la reunión segunda de los ejércitos franceses, ya en Constantinopla, donde Luis aguardaba a los condes de Maurienne y la Auvernia y al marqués de Montferrat, así como a todos aquellos que se habían separado del grueso del ejército en Worms para viajar por Italia, el Adriático y los Balcanes. Este proceso de coordinación, tan amplio, incluyó, desde principios de la primavera de 1146, una correspondencia exhaustiva, que enlazó a todos los participantes mayores entre sí y con los soberanos de los territorios que la expedición pudiera llegar a atravesar: Bizancio, Sicilia, Hungría y los reyes cristianos de la península Ibérica. Bernardo de Claraval actuó como cabeza de una secretaría central y asistió —por mediación de agentes y delegados, cuando no en persona— a todas las reuniones culminantes entre los principales líderes de la cruzada. En su viaje de predicación de 1146, Bernardo trabó contacto con varios personajes clave de la cruzada flamenca, como el conde Teodorico y Cristiano de Gistel, comandante de los combatientes de Flandes y Boulogne que acudieron a la convocatoria de Dartmouth.[82] En la Renania, Bernardo se encontró con autoridades civiles y eclesiásticas, implicadas en la leva y organización de las tropas, como el arzobispo de Colonia, uno de cuyos sacerdotes escribió, más adelante, un relato testimonial del asedio de Lisboa. Otro autor que envió a la patria de origen una descripción de la campaña de Lisboa, el sacerdote Duodechin, procedía de Lahnstein del Rin, ciudad que Bernardo visitó (o por la que, al menos, pasó) en la segunda semana de 1147.[83]

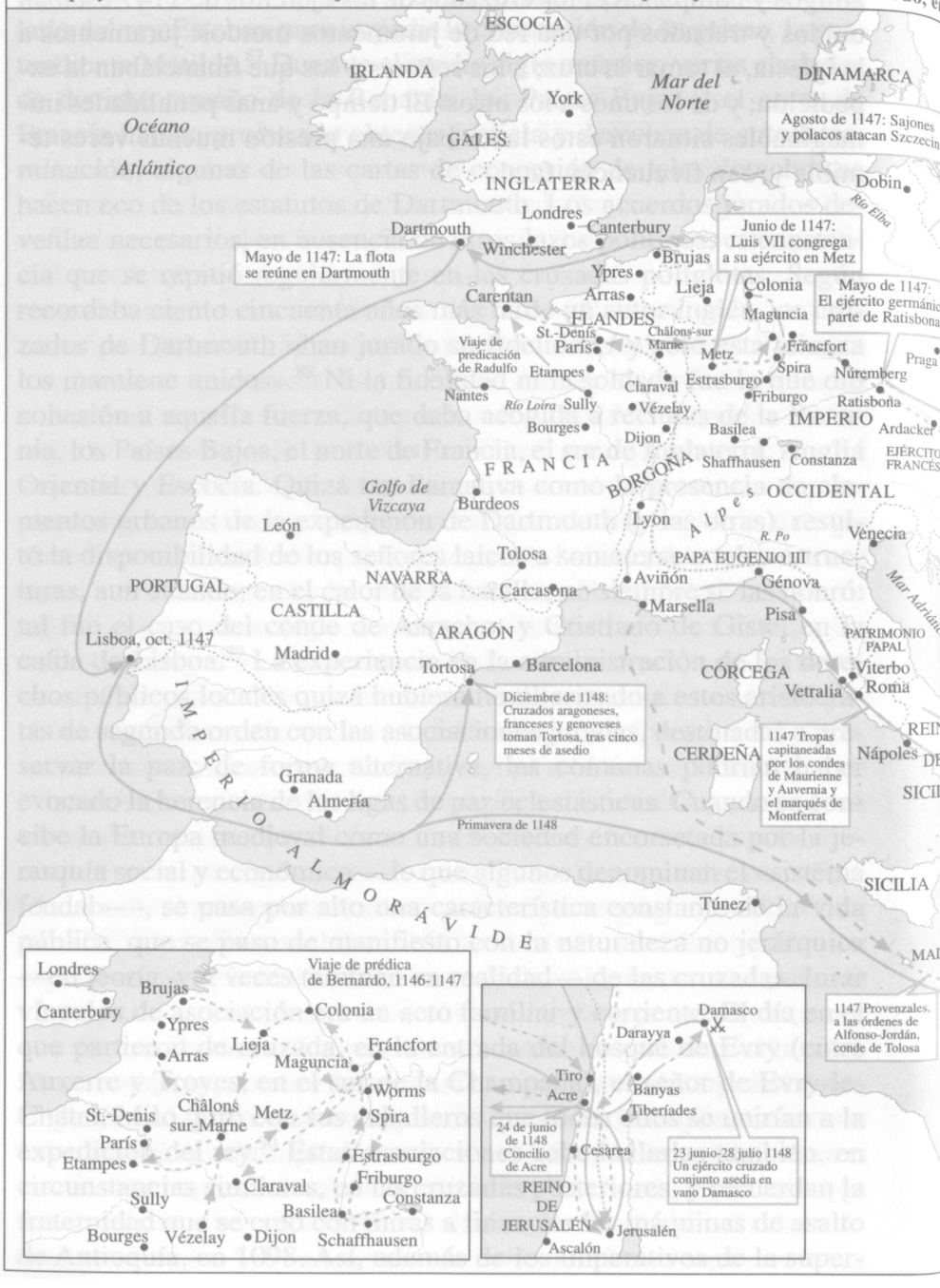
Por detrás de la dirección y la estrategia estaba la estructura de los ejércitos. No debe exagerarse la autoridad de los reyes. Aunque al final lograron mantenerse juntas el tiempo necesario para que las

circunstancias adversas exigieran su unidad, tanto las huestes francesas como, quizá en mayor grado, las germánicas, estuvieron a punto de disolverse; las partes constituyentes de los príncipes y barones no carecían de fuerza propia. Las ventajas políticas, la ausencia de alternativas, la camaradería originada por la experiencia compartida y la dureza de la misión contribuyeron a crear cohesión. Sin embargo, Luis no logró imponer ordenanzas disciplinarias a sus nobles, por lo que su capellán dejó escrito, con acidez: «como no las observaron con el debido respeto, yo también he preferido no hacerlas constar aquí». Las normas de Luis, dictadas durante la reunión militar de Metz, se concibieron «para garantizar la paz y otros requisitos del viaje, que los líderes prometieron respetar con juramento solemne».[84] Un proceso con grandes similitudes llevó a los jefes de los contingentes de Dartmouth, muy diversos entre sí, a jurar que obedecerían los estatutos creados de común acuerdo, que regulaban el ejercicio de la justicia criminal y civil; las reglas suntuarias; la conducta de las mujeres; los procedimientos de discusión, devoción y distribución de fondos entre la comunidad; y la resolución de las disputas existentes entre los jefes o los grupos. Estos estatutos disciplinarios son un elemento común en la guerra medieval: Ricardo I insistió en disponer de ellos durante su cruzada, en 1190. De hecho, los comandantes de la desembocadura del Dart, en 1147, habían pasado a formar parte de una *coniuratio* o *societas coniurata,* una comunidad a la que se accedía mediante juramento. A diferencia de las disposiciones comunitarias juradas en Metz, las de Dartmouth conservaron su poder cuando surgieron querellas entre los distintos grupos regionales, en varios momentos críticos, antes y después del sitio de Lisboa.[85] Más adelante, en la marcha hacia Oriente, Luis consiguió establecer una fraternidad jurada, en cuyo seno, el ejército aceptó ser dirigido por los templarios.[86] La prontitud con la que el rey francés y los líderes de Dartmouth crearon comunidades juradas evidencia la falta, en el seno de los ejércitos, de una autoridad política o un sistema legal compartido. Además, algunos cruzados vivían sin lazos de clientelismo noble. A lo largo del noroeste de Europa, la urbanización había hecho surgir ciudades en las cuales la identidad comunitaria necesitaba un reconocimiento legal específico. Uno de los grupos militares de 1147 estaba integrado por *Londonienses,* londinenses cuya comunidad había decidido, tan

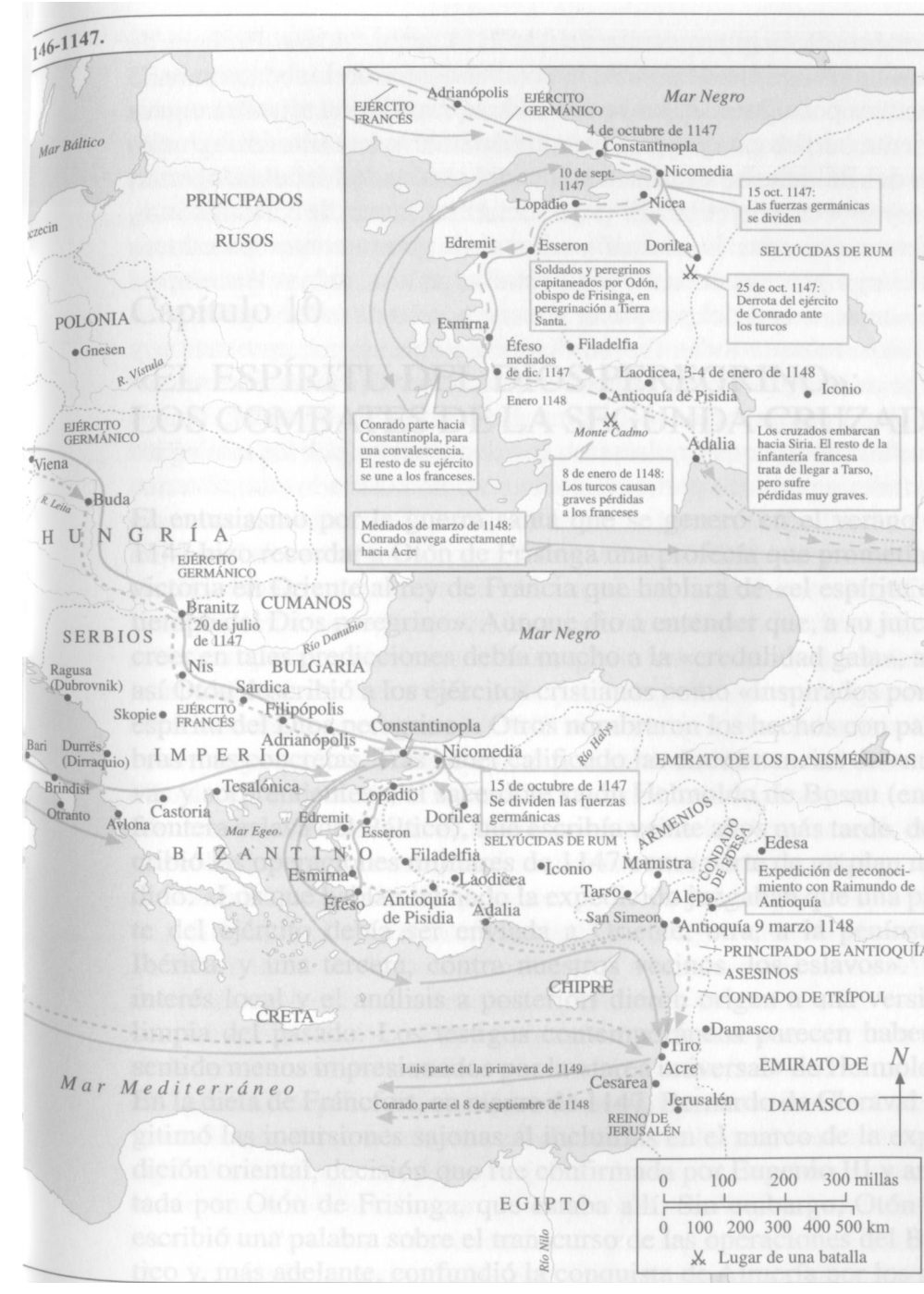
solo seis años antes, el destino de la corona inglesa al alinearse del lado del rey Esteban para impedir la coronación de su prima, la pretendiente Matilde.[87] Durante el medio siglo anterior, varias ciudades de distinto tamaño de la Renania, los Países Bajos y el norte de Francia habían procurado obtener justicia y derechos de autodeterminación; algunas de las cartas de concesión de tales derechos se hacen eco de los estatutos de Dartmouth. Los acuerdos jurados devenían necesarios, en ausencia de otros lazos políticos, circunstancia que se repitió regularmente en las cruzadas políglotas. Según recordaba ciento cincuenta años más tarde un autor inglés, los cruzados de Dartmouth «han jurado su fidelidad / y solo esta alianza los mantiene unidos».[88] Ni la fidelidad ni la soldada fue lo que dio cohesión a aquella fuerza, que daba acogida a reclutas de la Renania, los Países Bajos, el norte de Francia, el sur de Inglaterra, Anglia Oriental y Escocia. Quizá tan llamativa como la presencia de elementos urbanos de la expedición de Dartmouth (y las otras), resultó la disponibilidad de los señores laicos a someterse a tales estructuras, aun cuando, en el calor de la batalla, no siempre se las honró: tal fue el caso del conde de Aarschot y Cristiano de Gistel en la caída de Lisboa.[89] La experiencia en la administración de los derechos públicos locales quizá hubiera familiarizado a estos aristócratas de segundo orden con las asociaciones juradas, destinadas a preservar la paz; de forma alternativa, las comunas podrían haber evocado la herencia de las ligas de paz eclesiásticas. Cuando se concibe la Europa medieval como una sociedad encorsetada por la jerarquía social y económica —lo que algunos denominan el «sistema feudal»—, se pasa por alto una característica constante de la vida pública, que se puso de manifiesto con la naturaleza no jerárquica —en teoría, y a veces también en realidad— de las cruzadas. Jurar vínculos de asociación era un acto familiar y corriente. El día en el que partieron de cruzada, en la entrada del bosque de Evry (entre Auxerre y Troyes, en el sur de la Champaña), el señor de Evry-le-Châtel, Milo, juró con sus caballeros que todos ellos se unirían a la expedición del rey.[90] Estas asociaciones cabe hallarlas también, en circunstancias similares, en las cruzadas posteriores, y recuerdan la fraternidad que se creó con miras a financiar las máquinas de asalto de Antioquía, en 1098. Así, además de los imperativos de la supervivencia, las necesidades del entusiasmo y la comunidad de familia,

amigos y compañeros, los cruzados de los ejércitos de 1147 estaban unidos y trabados por una red de juramentos mutuos: juramentos a la iglesia, al tomar la cruz; a los señores y los que financiaban la expedición; y de los unos a los otros. El tiempo y unas penalidades inimaginables situaron estos lazos bajo una presión muchas veces temible y, con frecuencia, fatal.

Europa y el Oriente Próximo en época de la Segunda Cruzada. Viaje de predicación de Bernardo, en



146-1147.


Mar Báltico
PRINCIPADOS
RUSOS
POLONIA
Gnesen
R. Vístula
EJÉRCITO GERMÁNICO
Viena
Buda
R. Leita
HUNGRÍA
EJÉRCITO GERMÁNICO
Branitz
20 de julio de 1147
CUMANOS
SERBIOS
Río Danubio
Mar Negro
Nis
BULGARIA
Ragusa (Dubrovnik)
Sardica
Skopie
EJÉRCITO FRANCÉS
Filipópolis
Adrianópolis
Constantinopla
Bari
Durrës (Dirraquio)
IMPERIO
Nicomedia
Río Halys
EMIRATO DE LOS DANISMÉNDIDAS
Brindisi
Tesalónica
Lopadio
15 de octubre de 1147
Se dividen las fuerzas germánicas
Otranto
Castoria
Avlona
Edremit
Dorilea
Mar Egeo
Esseron
SELYÚCIDAS DE RUM
ARMENIOS
CONDADO DE EDESA
Edesa
BIZANTINO
Filadelfia
Iconio
Mamistra
Esmirna
Laodicea
Tarso
Expedición de reconocimiento con Raimundo de Antioquía
Éfeso
Antioquía de Pisidia
Adalia
San Simeon
Alepo
Antioquía 9 marzo 1148
PRINCIPADO DE ANTIOQUÍA
ASESINOS
CHIPRE
CONDADO DE TRÍPOLI
CRETA
Damasco
Tiro
Acre
EMIRATO DE DAMASCO
Luis parte en la primavera de 1149
Mar Mediterráneo
Cesarea
Conrado parte el 8 de septiembre de 1148
Jerusalén
REINO DE JERUSALÉN
N
EGIPTO
Río Nilo
0 100 200 300 millas
0 100 200 300 400 500 km
Lugar de una batalla
Adrianópolis
EJÉRCITO FRANCÉS
EJÉRCITO GERMÁNICO
Mar Negro
4 de octubre de 1147
Constantinopla
Nicomedia
10 de sept. 1147
Lopadio
Nicea
15 oct. 1147: Las fuerzas germánicas se dividen
Edremit
Esseron
Dorilea
SELYÚCIDAS DE RUM
Soldados y peregrinos capitaneados por Odón, obispo de Frisinga, en peregrinación a Tierra Santa.
25 de oct. 1147: Derrota del ejército de Conrado ante los turcos
Esmirna
Éfeso
mediados de dic. 1147
Filadelfia
Laodicea, 3-4 de enero de 1148
Enero 1148
Antioquía de Pisidia
Iconio
Monte Cadmo
Adalia
Conrado parte hacia Constantinopla, para una convalescencia. El resto de su ejército se une a los franceses.
8 de enero de 1148: Los turcos causan graves pérdidas a los franceses
Los cruzados embarcan hacia Siria. El resto de la infantería francesa trata de llegar a Tarso, pero sufre pérdidas muy graves.
Mediados de marzo de 1148: Conrado navega directamente hacia Acre

Capítulo 10

«EL ESPÍRITU DEL DIOS PEREGRINO»: LOS COMBATES DE LA SEGUNDA CRUZADA

El entusiasmo por la guerra santa que se generó en el verano de 1147 hizo recordar a Otón de Frisinga una profecía que prometía la victoria en Oriente al rey de Francia que hablara de «el espíritu del tiempo del Dios peregrino». Aunque dio a entender que, a su juicio, creer en tales predicciones debía mucho a la «credulidad gala», aun así Otón describió a los ejércitos cristianos como «inspirados por el espíritu del Dios peregrino». Otros nombraron los hechos con palabras más concretas. Tras haber calificado las circunstancias de «nuevas y sorprendentes», el sacerdote sajón Helmoldo de Bosau (en la frontera eslava del Báltico), que escribía veinte años más tarde, describió las operaciones militares de 1147 como parte de un plan medido: «Los que habían iniciado la expedición juzgaban que una parte del ejército debía ser enviada a Oriente, otra, a la península Ibérica, y una tercera, contra nuestros vecinos, los eslavos».[1] El interés local y el análisis a posteriori dieron origen a una versión limpia del pasado. Los testigos contemporáneos parecen haberse sentido menos impresionados por la «tarea universal» de Helmoldo. En la dieta de Francfort, en marzo de 1147, Bernardo de Claraval legitimó las incursiones sajonas al incluirlas en el marco de la expedición oriental, decisión que fue confirmada por Eugenio III y anotada por Otón de Frisinga, que estaba allí. Sin embargo, Otón no escribió una palabra sobre el transcurso de las operaciones del Báltico y, más adelante, confundió la conquista de Almería por los genoveses con la toma de Lisboa, sin asociar esta como el tercer

miembro de la guerra santa de 1147. El archidiácono Enrique de Huntington, primo de uno de los comandantes de Lisboa, vio en la aventura portuguesa el brazo naval de la expedición terrestre contra Oriente, al tiempo que pasaba completamente por alto las agresiones del Báltico. Los varios testigos del asedio de Lisboa adoptaron una perspectiva similar. El papa, desde un punto de vista distinto, diferenciaba entre la campaña oriental, la guerra contra los eslavos y el largo proceso de la Reconquista* española, todas ellas empresas santas, a ojos del pontífice, y merecedoras de indulgencias solimitanas, aunque todas fueran distintas entre sí, por motivación y orígenes; Eugenio no hizo mención de la flota lisboeta. Fueron pocos los contemporáneos que establecieron paralelismos; menos aún, los clérigos que redactaron los documentos por los cuales los cruzados a punto de partir concedían propiedades a los monasterios a cambio de dinero en efectivo. Así, cuando Bernardo asocia los diversos escenarios de la guerra santa, posiblemente con la inclusión de España y el Báltico, da impresión de actuar por reacción, no de forma meditada o planeada de antemano; para el papa, tales vínculos no hacían sino seguir una política sancionada y en vigor durante una generación.[2] Bernardo soltó en Francfort muchas bravatas, prometiendo que el ejército del Báltico protegería a las columnas que marchaban hacia Jerusalén; pero en realidad, ni los organizadores ni los participantes estaban unidos por ninguna gran estrategia que abrazara todas las fronteras de la Cristiandad. Lo que ocurrió fue, más bien, que los combatientes de la guerra santa, movidos por emociones mucho menos tangibles, de oportunismo, se encontraron luchando al mismo tiempo en los tres extremos de Europa.

el báltico: julio a septiembre de i 147

De todos los frentes cristianos, el del Báltico era el que buscaba, del modo más evidente, la realización de intereses propios: para los soberanos seculares de Holstein y Sajonia, reforzaba y dotaba de legitimidad a su empeño cada vez más firme por extender su autoridad

*** En español en el original.** ***(N. de los t.)***

e imponer vasallaje a las vecinas tierras eslavas; para los reyes de Dinamarca, sumidos en peleas, representaba otra oportunidad de asegurar las lindes del sur; para los eclesiásticos, era una ocasión de aliar la fuerza a la labor misionaría, con la esperanza de poder ir ampliando indefinidamente la Cristiandad. Si se concibe como una guerra santa, la cruzada báltica de 1147 fracasó; pero si se la interpreta como una intensificación extraordinaria de las incursiones habituales en verano, con la intención de obtener botín y extender las fronteras políticas locales, cada vez más porosas, podemos afirmar que las campañas consiguieron resultados limitados, pero tangibles.

En la dieta de Francfort, se determinó que el ejército sajón se reuniría el 29 de junio, fiesta de san Pedro y san Pablo, en Magdeburgo. En abril, el papa nombró a Anselmo, obispo de Havelburg, como legado pontificio en la expedición; es probable que también enviara cartas al arzobispo danés Eskil de Lund, amigo de Bernardo, para favorecer la incorporación a la cruzada de los reyes guerreros Canuto V y Sven III de Dinamarca, cuyo predecesor, Erik III Lam (Eric el Manso), quizá hubiera recibido el año anterior la aproximación de otro legado pontificio, que lo habría invitado a unirse a la expedición de Tierra Santa. En junio llegaron nuevos estímulos, como fue el ataque preventivo y provocativo contra el puerto de Lübeck, recuperado poco antes por los cristianos, a cargo del príncipe Wendo Niklot de los obodritas (o abotritas), quien previamente había colaborado con Adolfo de Holstein en la reciente penetración germánica de sus provincias occidentales, habitadas por wagros y polabos. La confusión de la frontera, móvil, dejaba poco espacio a una división política rígida, basada en la religión; la competencia giraba en tomo de fuertes que protegían asentamientos productores de rentas agrícolas, el control del comercio y el acceso a los esclavos. La guerra santa de Francfort representaba una ocasión para establecer una coalición militar que extendiera hacia el este la autoridad germánica; el objetivo central era sojuzgar, no convertir, aun a pesar de que el papa hubiera prohibido firmar treguas o acordar tratados con los paganos, y de que Bernardo exigiera su bautismo o su exterminio. El Derecho canónico prohibía las guerras de simple conquista. Pero las consecuencias de las repetidas incursiones al otro lado de la frontera, de las anexiones temporales y las misiones constantes a lo largo de las tierras de contacto de eslavos y sajones

dejaron a muchos paganos sujetos a la acusación de apostasía, aunque no estuviera fundada; fue el caso de los aliados de Niklot en la isla báltica de Rügen, que había sido gobernada, de modo pasajero, por los daneses en la década de 1130. Como apóstatas, y no paganos, pasaban a ser un blanco legítimo, al igual que cualquier infiel que obstaculizara la guerra santa de Jerusalén, según la frágil justificación defendida por Bernardo.[3]

La política pudo más que la piedad. Para Enrique el León, la empresa le permitía demostrar su valía y reafirmar su liderazgo ducal en la expansión hacia el este; Helmoldo desaprobaba, con idealismo, su motivación mercenaria.[4] En Dinamarca, la guerra santa proporcionó una buena causa, adecuada y honorable, capaz de convencer a las partes enfrentadas en guerra civil de la necesidad de unirse. A mediados de julio, junto con el arzobispo de Bremen —Conrado de Zahringen, antiguo aliado de Güelfo, reclutado por Bernardo el invierno anterior—, el duque Enrique avanzó por tierras obodritas para asediar el puesto de avanzada de Dobin, recién fortificado por Niklot, al tiempo que una fuerza combinada danesa —armada y ejército de tierra— atacaba esta remota fortaleza desde el norte. La resolución danesa quedó pronto minada, pues una salida de Dobin infligió daños considerables a la tropa y la flota fue asaltada por los aliados de Niklot en Rügen. Algunos de los sitiadores saquearon la zona, lo que alarmó a los cruzados sajones, que confiaban en obtener beneficios territoriales: «¿Acaso la tierra que estamos devastando no es nuestra propia tierra? ... ¿Por qué ... destruimos nuestras propias rentas?».[5] Pese a que las palabras de la primavera habían sido desafiantes, los cruzados no tardaron en negociar un tratado con los obodritas, lo que les permitió liberarse de un ejercicio militarmente remoto y políticamente autodestructivo; se acordó que la guarnición de Dobin aceptaba el bautismo y liberaba a los prisioneros daneses, mientras Niklot aceptaba reintegrarse a la alianza con Adolfo de Holstein y pagar tributo. Una hoja de parra, en total, pero que posibilitó la retirada de daneses y sajones; los primeros retomaron su guerra civil y estos, como de costumbre, sus negocios. El tratado no engañó a nadie, y menos aún a Helmoldo de Bosau, muy crítico, quien calificó de patraña la supuesta conversión de los vendos; el gobierno de Niklot quedó tal cual, como señor pagano de un pueblo pagano; los ídolos, los templos y los santuarios

no se vieron afectados, y tampoco hallaron remedio los prisioneros daneses que, con su salud desbordante, colmaron el mercado de esclavos de los vendos. En el contexto de la propaganda de Francfort, no se había logrado nada.

El ejército principal, formado posiblemente por varias decenas de miles de hombres, se reunió en Magdeburgo a principios de agosto, bajo los auspicios del legado Anselmo de Havelburg; su carácter religioso quedó manifiesto con la presencia de otros seis obispos germánicos, aunque, para la dirección de la guerra, fue más relevante la adhesión de los poderosos señores sajones de la Marca, encabezados por Alberto el Oso. El regente Wibaldo de Corvey hizo valer la dimensión de liderazgo imperial de este renovado *Drang nach Osten*;* pero el duque de Sajonia y el representante del rey no lograron hacer causa común, lo que subrayó las tensiones políticas no resueltas que acechaban por detrás de la enseña cruzada. Muy lejos de la incursión del duque Enrique en Dobin, parte del ejército del legado se fue abriendo paso, a golpes, en el territorio vendo, recorriendo más de cien millas** hasta Demnin, en el río Peene, en lo que posiblemente era preludio del asalto a una isla de mucho mayor importancia estratégica, la de Rügen, atacada por el emperador Lotario una veintena de años atrás. Con valor simbólico, se alcanzó a destruir el templo pagano y los ídolos de Malchow, algo más al sur; pero el sitio de Demnin fue infructuoso y la resistencia venda forzó una situación de tablas, de la que los cristianos se retiraron renqueantes a principios de septiembre. El fracaso de Demnin se debió, en buena medida, a la división del ejército germánico. Los margraves locales, movidos por la rapacidad, convencieron al grueso de la fuerza cristiana de que se desviara hacia más al este, para tomar Stettin,*** en Pomerania, centro comercial de primer orden en el estuario del río Oder. La dificultad del asedio radicaba en el hecho de que Stettin ya había aceptado al «Dios alemán», como se Lo de-

* 'Afán oriental, impulso hacia el este', en alemán en el original. Aunque el concepto es más famoso como parte del nacionalismo alemán de los siglos xix y xx, incluido el nazismo, también se refiere, en época medieval, a la expansión germánica por tierras eslavas, bálticas, húngaras, etc. (***N. de los t.)***

** Más de ciento sesenta kilómetros. ***(N. de los t.)***

*** La moderna Szczecin. ***(N. de los t.)***

nominaba; los lugareños colgaron cruces en sus murallas, para indicárselo a los sitiadores, y la ciudad envió una embajada encabezada por quien fue su obispo muchos años, Adalberto, quien apuntó, no sin razón, que si la verdadera intención de los cruzados era promover la fe, lo conseguirían antes con la prédica que con la violencia. Había dado con la clave. Según observó un comentarista bohemio, bien informado, los sajones tenían mucho más interés en las tierras que en la religión, por lo que se apresuraron a firmar una tregua con el obispo y Ratibor, el príncipe cristiano de Pomerania.[6] La cruzada venda, que se había iniciado entre aclamaciones en Francfort y había atraído reclutas de lugares tan alejados como Moravia, Dinamarca y la Renania meridional, se fue apagando en el intento frustrado de expansión territorial de los sajones.

Aunque en el plano inmediato, adquirió una importancia tangible menor, excepto para los participantes y las víctimas, el precedente de la cruzada venda añadió una nueva dimensión a la de por sí cruda guerra que se desarrollaba en las fronteras bálticas de la Cristiandad. Comenzaba a formalizarse la aceptación tácita de la concepción según la cual la conversión y la violencia servían al mismo fin de propagar la Palabra de Dios y evitar que se perdieran las almas paganas. Según el escritor checo Vicente de Praga, el obispo de Moravia había tomado la cruz en 1147 para convertir a los poniéramos.[7] El hecho de que ya hubieran sido convertidos veinte años atrás por el obispo de Bamberg resultó, sin duda, incómodo; pero no alteró en nada el principio que desde entonces se convirtió en elemento habitual e imprescindible de todas las campañas de engrandecimiento territorial e imperialismo eclesiástico. La conquista era previa a la conversión y, como tal, era fácil que atrajera sobre sí la condición de guerra santa y, cada vez más, las ceremonias legales de una guerra de cruzada. Las campañas de 1147 no inventaron la guerra religiosa en el Báltico, ni para los alemanes ni para los daneses; tampoco cabría afirmar que, en adelante, todas las guerras de expansión recibieran la indulgencia de Jerusalén y, por tanto, legitimación pontificia. Sin embargo, la herencia de 1147 configuró de nuevo el modo en el que esas guerras se articulaban y justificaban y, en ocasiones, también el reclutamiento.

LA CAPTURA DE LISBOA: MAYO A OCTUBRE DE 1147

La flota que zarpó del estuario de Dart (en Devon) el 23 de mayo de 1147 sumaba entre ciento cincuenta y doscientos barcos, venidos de la Renania, Brabante-Limburgo, Flandes, Boulogne, Normandía, Lincolnshire, Anglia Oriental, Londres y los puertos principales del sur de Inglaterra, como Dover, Hastings, Southampton y Bristol, con otros contingentes de Escocia y, posiblemente, Britania. Zarpaban con rumbo a Jerusalén.[8] La fuerza inglesa por sí sola quizá ascendiera a unos cuatro mil quinientos hombres; el conjunto del ejército sería de unos diez mil. La reunión de esta armada políglota supuso el fin de un complicado proceso de reclutamiento y planificación. Los grupos de las tierras imperiales reconocían como su jefe al conde Amoldo III de Aarschot, sobrino de Godofredo de Bouillon y, por lo tanto, vinculado con la casa reinante en Jerusalén y con el aura de la Primera Cruzada. No obstante, los cruzados imperiales habían viajado por separado. Los de Colonia se embarcaron el 27 de abril y llegaron a Dartmouth el 19 de mayo, donde los aguardaba ya el conde Amoldo de Brabante-Limburgo. Los contingentes anglo-normandos exhibían una marcada diversidad regional, que se reflejaba en el hecho de que se organizaran en cuatro grupos: los de Norfolk y Suffolk, encabezados por un terrateniente local, Hervey de Glanvill; los de Kent, con Simón de Dover; la sección de Londres; y el resto, dirigidos por Saher de Archel, un señor con tierras en Lincolnshire. Además, existía una camaradería especial entre los de Southampton y Hastings, que habían formado parte de una expedición similar en 1142, que intentó conquistar Lisboa, sin éxito; en la campaña de 1147, ellos y sus portavoces (unos mercaderes que comerciaban a uno y otro lado del Canal, los hermanos Veil), junto con los hombres de Bristol, demostraron ser compañeros muy extraños, aun cuando Saher de Archel y Hervey de Glanvill continuaron prestándose apoyo mutuo. Los soldados de la costa de Flandes y Boulogne, a las órdenes de Cristiano de Gistel, los hombres del conde Amoldo y los germánicos tendieron a fundirse en un solo equipo, hasta el extremo de combatir juntos y, más adelante, de compartir los textos que narraban los hechos de Lisboa: el sacerdote flamenco Amulfo copió el relato de Winand de Colonia. Por el contrario, los anglo-normandos continuaron divididos. Hubo dispu-

tas hasta el final en las relaciones de los grupos lingüísticos principales: anglo-normandos y germano-flamencos.

A pesar de que su unidad era precaria, el hecho de que una fuerza de carácter tan heterogéneo se reuniera al mismo tiempo en el mismo lugar no pudo ser fruto de una coincidencia. La ausencia de grandes príncipes, condes o líderes, junto con la persecución implacable del botín de guerra, convierten en aún más impresionante su grado de cohesión. Aparte del conde Amoldo y de Saher de Archel, calificados de «señores», los demás jefes de la expedición procedían de una aristocracia con menos propiedades, como Cristiano, castellano de Gistel, o Hervey de Glanvill, o de las élites mercantiles y urbanas: los hermanos Veil, de Southampton y Caen; Simón, de Dover; Andrés, de Londres. En las descripciones de los testigos se menciona con la misma importancia el origen urbano que el regional: Colonia, Boulogne, Londres, Hastings, Bristol, Southampton o los jóvenes de «la región de Ipswich» *{de provintia Gipeswicensi*).[9] Estos grupos habían sido reunidos por fuerzas situadas más allá de la simple jerarquía social, como reflejo de un nivel de complejidad de las relaciones característico de las regiones económicamente prósperas de los alrededores del Mar del Norte y el Canal de la Mancha. Sin la presencia de reyes ni grandes condes, el impulso organizativo da a entender que existían procesos, ocultos en gran medida, de acción comunitaria y conciencia colectiva local en zonas tanto urbanas como rurales; al menos, en lo que atañe al flete y equipamiento de los navios y la obtención de fondos. Quizá no sea casualidad que muchas de las figuras principales procedieran de los centros comerciales más destacados o algunas de las zonas de mayor densidad de población de la Europa noroccidental, donde las ideas y las noticias se transmitían con celeridad y acompañaban a esta facilidad el sentimiento de comunidad y la tradición de actuaciones colectivas. Algunos miembros de la flota eran veteranos del asalto a Lisboa de 1142; algunos quizá hubieran sido cruzados de Oriente. Otros se sintieron atraídos por el imán de la oratoria de Bernardo, o de su conversación, como Cristiano de Gistel, que se había reunido con el abad en agosto de 1146. Entre los anglo-normandos, muchos aprovecharon la ocasión de escapar a los conflictos y compromisos de la guerra civil; los Veil de Southampton, metidos en el negocio de los transborda-

dores y cargueros del Canal, eran partidarios de Matilde (la hija de Enrique I de Inglaterra). Como otros, tenían fácil acceso a la navegación marítima.[10]

Algunos de los jefes tal vez preveían de entrada que combatirían contra los moros en la península Ibérica. Alfonso Enríquez (1128-1185), que batallaba por forjar el principado de Portugal en la costa atlántica, al sur del Miño y el Duero, había mantenido lazos estrechos con el papado, con la esperanza, aún insatisfecha, de recibir reconocimiento como rey. No era ningún secreto que albergaba el deseo de tomar Lisboa; la flota cruzada contaba con varios veteranos del intento fallido de 1142. En abril había conquistado una fortaleza de vital importancia estratégica, la de Santarém, que le abrió paso al valle del curso inferior del Tajo; era imposible tomar Lisboa sin poseer antes Santarém. A la llegada de la flota cruzada se adelantaron los portugueses; una flotilla de avanzada, formada por cinco navios, viajó directamente de Dartmouth a Lisboa, al parecer en solo cinco días, donde aguardó a la armada principal, que avanzó trabajosamente durante más de un mes. Mientras Pedro Pitoes, el obispo de Oporto, invertía toda su elocuencia y capacidad de negociación para lograr el apoyo de los anglo-normandos y renanos, que se presentaron en la desembocadura del Duero el 16 de junio, los flamencos (dirigidos por Cristiano de Gistel) y otros grupos de los Países Bajos (encabezados por el conde de Aarschot) continuaban en camino. Sin embargo, antes de una quincena, nada más llegar a Lisboa, los flamencos aceptaron las condiciones de Alfonso y se unieron a su asalto a Lisboa, a diferencia de los contigentes de tierras anglo-normandas, que necesitaron aún una buena dosis de persuasión. Cabe la posibilidad de que algunos de los combatientes reclutados en áreas o por señores relacionados con el viaje flamenco de Bernardo (finales de verano y otoño de 1146) estuvieran dispuestos a colaborar con los portugueses de antemano, antes de partir; pero aunque se conserva una carta al respecto, enviada por Bernardo a Alfonso, probablemente no es genuina." El resto de las fuerzas congregadas en Dartmouth solo se hizo a la idea de forma progresiva. No obstante, esa acción no debió de resultarles demasiado extraña. El impulso subyacente encajaba con la justificación general predominante de la guerra santa, tal cual había sido expuesta en 1146-1147 por el sumo pontífice, por Bernardo y, a su peculiar

manera, por Radulfo. Aunque no parece que Eugenio III autorizara expresamente la aventura de Lisboa, en abril de 1147 había extendido su aprobación a otros combates ibéricos contra los moros. Según una fuente directa, el obispo de Oporto se hizo eco de la retórica empleada por sus compañeros del norte de Europa, al reclamar venganza contra los infieles, que oprimían a los cristianos y ocupaban sus tierras: «¿Debe permitirse que los adversarios de la Cruz os insulten con impunidad? ... No es merecedor de elogio el solo hecho de haber estado en Jerusalén; lo que importa es haber vivido con rectitud ese camino», rectitud que pasaba por expulsar a los musulmanes de Lisboa.[12] Sin embargo, esta «guerra santa» no sustituía a los votos del Santo Sepulcro. Jerusalén seguía siendo el objetivo último del viaje; conquistar Lisboa era solo un acto justo, de obediencia meritoria a la voluntad de Dios, perfectamente adecuado a lo que uno de los capellanes del ejército denominó el «nuevo bautismo de arrepentimiento» de los cruzados.[13]

Así pues, tanto en la faceta militar como en la ideológica, la campaña de Lisboa encajaba fácilmente con las convenciones, las expectativas y la experiencia establecidas, de combate con los infieles, acción a la cual se había urgido de manera especial durante la predicación y el reclutamiento de 1146-1147. Una canción vernácula contemporánea enlaza de forma expresa a los sarracenos de Oriente con los almorávides de la península.[14] Aun así, hubo inquietud al respecto de si era o no idóneo invertir en Lisboa tiempo, esfuerzo y vidas. Durante una serie de tormentas violentas en el golfo de Vizcaya, los guerreros mareados expusieron su temor a estar sufriendo un castigo por la *conversio* (cambio, alteración) de su peregrinaje, quizá en alusión a un plan ya acordado de unirse a la Reconquista portuguesa. El hecho de que el obispo de Oporto expusiera sus argumentos de un modo tan complejo y exhaustivo podría ser indicio de que había reticencias a la idea de desviarse de la meta última de la expedición; incluso en la propia Lisboa, algunos elementos de la flota siguieron pidiendo que se retomara de inmediato el viaje a Jerusalén, aunque por razones más próximas al propio interés material que a la piedad inquebrantable.[15] En la práctica, la victoria de Lisboa justificó el empeño a ojos de los participantes, aun a pesar de que ese triunfo recibió una atención notoriamente escasa en las demás zonas de Europa.

La falta de una dirección unitaria exacerbó las tensiones entre los distintos grupos regionales y asimismo en el seno de cada contingente; las condiciones suscritas en Dartmouth proporcionaban una estructura de unidad, pero también un foro de disensiones. Aun así, se mantuvo la disciplina suficiente y, tras muchas dificultades, se negoció un acuerdo entre los diversos grupos, que hizo posible la cohesión precisa para mantener un asedio esforzado y precario. La armada había zarpado de Dartmouth el mismo día, el 23 de mayo, pero no tardó en separarse; los barcos alcanzaron la desembocadura del Duero y la ciudad de Oporto de forma desordenada, entre el 16 y el 26 de junio, después de que los anglo-normandos y los renanos visitaran Santiago de Compostela; el último en arribar a puerto fue el conde de Aarschot. En Oporto, el plan de Alfonso, que pretendía contratar a los cruzados para la toma de Lisboa, fue expuesto a los anglo-normandos y renanos por el obispo Pedro, pero solo cuando la flota alcanzó el Tajo, el 28 de junio, comenzaron las negociaciones concretas sobre los términos de la asistencia militar. Los flamencos aceptaron sin demora, pero algunos de los anglo-normandos, a las órdenes de Guillermo y Raúl Veil, de Southampton, defendieron que se obtendrían beneficios mayores si se navegaba directamente a Tierra Santa y se asaltaba a los mercantes del Mediterráneo. Los disidentes de Southampton, Bristol y Hastings respondían a las advertencias de algunos veteranos, que recordaban que Alfonso los había dejado en la estacada durante la guerra de 1142. Aunque la polémica se centró en los pagos y el posible botín, despertó dudas serias al respecto de la unidad del conjunto de la expedición. Poco después, los cruzados habían establecido una cabeza de puente en la playa del oeste de la ciudad; los de Flandes, Boulogne y la Renania, que presumiblemente habían accedido a la oferta de Alfonso, se desplazaron a posiciones situadas al este de la ciudad, donde permanecieron como fuerza medio independiente durante el resto del asedio. Los anglo-normandos tuvieron que resolver sus diferencias en un consejo cargado y encendido, en el que se acusó de mala fe a la minoría más experimentada, que se negaba a servir al portugués; esta sección minoritaria contaba con ocho barcos, alrededor de un cinco por ciento de la flota. Al parecer, el grupo de Veil se negó a colaborar hasta que hubieron escuchado un apasionado, pero diplomático, llamamiento al honor, la unidad y

el respeto a los contratos firmados en Dartmouth, pronunciado por el comandante de Anglia Oriental, Hervey de Glanvill; y aun así, exigieron que se les garantizara un abastecimiento adecuado y una paga interesante. Raol, capellán de Hervey de Glanvill, que escribió la relación más minuciosa de la expedición (de entre las que conservamos), narró los acontecimientos adornándolos con una glosa religiosa, pero que no lograba disimular las tensiones nacionales y regionales ni la inquietud por los suministros, los beneficios y, posiblemente, la justicia de toda aquella operación.[16] El hecho de que la negativa más firme a unirse al asalto de Lisboa proviniera de marinos curtidos, con experiencia en la guerra de la península y descritos como ávidos buscadores de oro mercenarios y piratescos, indicaba que la empresa corría riesgos militares y políticos que los más optimistas —o los más ingenuos— se negaban a ver.

La determinación de Alfonso, próxima a la desesperación, permitió gratificar generosamente a los cruzados que participaron en el ataque. El soberano portugués necesitaba vencer en Lisboa para aprovechar la desunión temporal entre los príncipes moros del sur de la península Ibérica, a la estela del hundimiento del poder almorávide en el norte de África, que antes dominaba toda la zona. Si controlaba la frontera del Tajo, Alfonso reforzaría sus credenciales como guerrero cristiano, merecedor del reconocimiento papal como rey; y de esa forma, podría continuar batallando por la independencia frente a quien nominalmente era su señor, Alfonso VII de Castilla y León. Alfonso ofreció a los «francos» (según se los denominaba en el contrato) todo el botín de la ciudad capturada y los rescates de cuantos residentes pudieran atrapar. Cuando se hubiera completado el saqueo, Alfonso concedería a los francos propiedades de la ciudad y las zonas rurales anejas, y los eximiría del cobro de determinados impuestos comerciales. Para favorecer la confianza, Alfonso prometió no abandonar el asedio ni interpretar a su favor las condiciones del acuerdo. Es probable que, además, se fijaran garantías de pago y abastecimiento para los disidentes anglo-normandos. El tratado se reforzó con juramentos y el intercambio de rehenes. Así pues, Alfonso se alió en parte con la armada cristiana y, en parte, la contrató.[17]

Los nuevos aliados sitiaron Lisboa por todos los lados. Había barcos estacionados en el río, al sur de la ciudad; Alfonso y los por-

tugueses ocupaban los cerros del norte, con los anglo-normandos al oeste y los flamencos y germanos, en una colina del este. Tras un parlamento oficial, infructuoso, con el enemigo, que contribuyó a dar legitimidad al ataque, el 1 de julio, a continuación de una pelea confusa en las estrellas y empinadas calles del barrio occidental, los asaltantes consiguieron que los defensores se retirararan al interior de las murallas del centro lisboeta; en este proceso, descubrieron varios depósitos subterráneos con grandes reservas de alimentos. Luego se produjo una guerra de desgaste, sin compasión. La pequeña guarnición musulmana, acompañada de un grupo muy numeroso de civiles, entre los que había refugiados de Santarém, se enfrentaba a una perspectiva muy poco halagüeña. Sin acceso a los víveres almacenados en el barrio occidental y con escasas esperanzas de recibir ayuda, no les quedaba más remedio que confiar su resistencia a la fortaleza de las murallas, la dificultad del terreno (montañoso y poco apto para las máquinas de guerra), la guerra psicológica cruda (insultos dirigidos a manchar la reputación de las esposas cristianas y desdén hacia su religión) y salidas frecuentes y costosas, realizadas con el ánimo de minar la moral de los cruzados y, en lo posible, obligarlos a retirarse por la fuerza militar. Se enviaron mensajeros con solicitudes de ayuda al gobernador de Evora, que regresaron con las manos vacías; desde aquel momento, la principal estrategia de los musulmanes pareció consistir en, sencillamente, aguardar a que ocurriera algo; posiblemente, a que la desintegración de la armonía en el bando cristiano culminara con el levantamiento del asedio, como en 1142. La estrategia no se antojaba desencaminada cuando, a principios de agosto, se produjo el fracaso estrepitoso de un asalto conjunto, que utilizó ataques concertados por el este, el oeste y el mar, con máquinas de guerra complejas: entre ellas, arietes, catapultas, torres (una de ellas, de noventa y nueve pies de altura, según se dijo)* y unos inseguros «puentes volantes», montados de modo que enlazaran dos barcos; la mayoría de las máquinas ardieron, se atascaron en la arena o fueron dañadas por la artillería musulmana. Los hombres de Colonia intentaron abrir paso bajo las murallas, en cinco ocasiones, sin éxito.

*** Unos treinta metros. (/V. *de los t.)***

El número de bajas era creciente y los sitiadores se enfrentaban a una crisis seria. La destrucción de las máquinas de guerra los dejó «no poco desmoralizados» y, con el fracaso en el intento de socavar las murallas, según dijo el sacerdote Raol, de Anglia Oriental: «nuestras fuerzas tenían razones para sentir desánimo y se extendieron los murmullos entre los soldados descontentos, que consideraban que su lucha estaba en otro sitio».[18] Aquí entraron en juego los dividendos de las batallas de mayo y junio, en las que tanto se había lidiado por mantener la unidad y crear una cadena de dirección colectiva. Se hicieron circular historias sobre el hambre, las privaciones y la desesperación que acosaban a los musulmanes. Para evitar que se siguiera hablando de un posible abandono del asedio, los jefes hicieron traer algunos barcos a las playas y «retiraron los mástiles y pusieron cuerdas bajo las escotillas, como señal de que pensaban pasar el invierno allí *(hyemandi signum)*».[19] Se realizaron merodeos por los alrededores de Lisboa, que cosecharon botines jugosos, se multiplicaron las bajas entre los musulmanes y se garantizó a los sitiadores que nada ponía en peligro su línea de abastecimiento. Se había generalizado el optimismo y ni siquiera cuando se retiró la mayoría de las fuerzas portuguesas —quedando solos Alfonso, la milicia de su casa real y el obispo de Oporto— llegó a cundir el pánico. Con la llegada de septiembre, no se buscaron excusas para reemprender la marcha, porque cada vez eran más numerosos los sitiados que se apresuraban a rendirse y contaban historias terribles sobre las penurias que se vivían en el interior de la ciudad. Según uno de los testigos renanos, en su mayoría estaban tan consumidos, que incluso aceptaban el bautismo; posiblemente eran mozárabes, esto es, cristianos tan integrados en la vida musulmana local, que los asaltantes no podían distinguirlos de los moros. Pero el abismo cultural seguía sin salvarse: algunos de estos infortunados refugiados «fueron devueltos ... al interior de las murallas con las manos cortadas y murieron lapidados por sus conciudadanos».[20] Quizá este incidente no hace sino resaltar el sadismo que genera una guerra tan próxima y prolongada; quizá es un eco apagado de la retórica confusa de la conquista y la conversión forzosa, que los germánicos abrían oído de boca del abad de Claraval.

En los estadios finales del asedio se fue perfeccionando la mecánica del asalto a las murallas de la ciudad —ora mediante pasos

subterráneos, ora por derribo—, que sin embargo se negaban a ceder; las operaciones se realizaban con una relativa seguridad, porque la capacidad de organizar salidas había mermado mucho entre los defensores, acosados por el hambre, y porque los fundíbulos anglo-normandos castigaban sin descanso a los musulmanes, al lanzar una media de más de ocho piedras por minuto. Durante el mes de septiembre, mientras los germano-flamencos excavaban una enorme galería bajo las murallas orientales, los anglo-normandos, dirigidos por un ingeniero de Pisa, erigían otra torre de asalto en la playa del oeste, de ochenta y tres pies de altura.* Los asaltos finales, aunque prolongados, se hicieron de forma coordinada. En la noche del 16 de octubre se prendió fuego a la galería oriental, lo que causó el hundimiento de una gran sección de las murallas, cuya acumulación de ruinas, sin embargo, impidió la entrada inmediata a la ciudad de los atacantes. El 19 de octubre, tras haber prestado observancia a la dimensión ritual de la guerra, al bendecir tanto la torre de asalto como a las tropas, se comenzó a maniobrar para instalar la estructura en el lugar escogido, frente al extremo suroccidental de las murallas. El área llana de la playa era tan estrecha, que la torre quedó rodeada por el agua y separada de la fuerza principal. En la noche del 19 al 20 de octubre, y durante todo el día siguiente, la guarnición cristiana, integrada por cien caballeros portugueses y cien anglo-normandos, apoyó a las tropas que defendían a capa y espada la torre, acosada por el lanzamiento de proyectiles, algunos de ellos incendiarios, y las salidas de los defensores. Siete jóvenes de Ipswich interpretaron un papel esencial aquella noche, al conseguir apagar un incendio que amenazaba con reducir a cenizas la estructura. Las bajas cristianas fueron considerables; el ingeniero pisano resultó herido por una piedra y los portugueses huyeron; la guarnición de la torre no recibió el relevo hasta entrada la tarde del 20 de octubre.[21] El 21 se vivieron los asaltos definitivos en el este y el oeste de la ciudad. Los musulmanes comprendieron que ya no podían ofrecer más resistencia y solicitaron acordar la rendición, para evitar una masacre. Las negociaciones fueron prolongadas, lo que intranquilizó a los elementos más azogados del ejército cruzado, que

*** Poco más de veinticinco metros.** ***(N. de los t.)***

se amotinaron contra sus jefes, pues temían que estuvieran vendiendo su derecho a saquear y quedarse con el botín; el campamento anglo-normando fue arrasado por un grupo de cuatrocientos marinos, dirigidos por un sacerdote de Bristol, y una multitud de germanos y flamencos amenazaba el campamento portugués. Como era de esperar, los musulmanes retiraron temporalmente su oferta de paz, hasta que se restauró el orden. El acuerdo se firmó a la postre los días 23 y 24 de octubre. Solo se permitía al gobernador que conservara víveres y propiedades; el 24 de octubre, ciento cuarenta anglo-normandos y ciento sesenta germano-flamencos ocuparían de forma pacífica la ciudadela y organizarían el saqueo de la ciudad y sus habitantes. En la práctica, germánicos y flamencos hicieron entrar a otros doscientos hombres y la ocupación ordenada degeneró muy pronto, convirtiéndose en pillaje, violencia y violación. Se hizo prisionero al gobernador y se cortó el cuello al obispo mozárabe.[22] Tras haber logrado satisfacer su ansia inmediata de botín, flamencos y germanos se unieron a los demás para proceder al robo más ordenado y la expulsión de los lisboetas, que duró cinco días (del 25 al 29 de octubre). Con el acompañamiento habitual de cadáveres putrefactos, procesiones religiosas, bandas criminales y refugiados, Lisboa volvió a los dominios cristianos.

Dada la época del año, no era previsible que se reemprendiera de inmediato la navegación a Jerusalén. Alfonso ardía en deseos de conseguir atraer a nuevos colonos y residentes y, como exhibición simbólica de imperialismo cultural, estuvo de acuerdo en nombrar a Gilberto de Hastings como obispo de Lisboa.[23] Como el obispo mozárabe había sido convenientemente asesinado, nadie reclamaba la elección de un lugareño; es posible que Alfonso confiara asimismo en favorecer el asentamiento y en hacer gala ante el papado de conexiones eclesiásticas ortodoxas e internacionales: el obispo Gilberto introdujo el breviario y el misal de Salisbury en su catedral y, al cabo de unos pocos años, regresó a Inglaterra para reclutar a más soldados y más colonos. Entre los que se quedaron figuraba también el sacerdote Raol, a quien se adscribe la relación más detallada del asedio; mantuvo los vínculos con su lugar de origen y con el paso del tiempo envió una copia de su narración a un clérigo de Suffolk, Osberto de Bawdsey. En la práctica, además, el asentamiento puso fin efectivo a la unidad que tanto se había lidiado por conservar desde Dart-

mouth. Mientras la sed de botín y la competencia por saquear los primeros habían puesto en peligro (e inspirado a su vez) la captura de Lisboa, el atractivo de una colonización privilegiada y provechosa descompuso el ejército cruzado. A principios de febrero, una parte de la flota embarcó hacia el Mediterráneo con el propósito de cumplir sus votos, pero por separado, *per varia discrimina,* en palabras de un cruzado renano. Antes de pasar por el estrecho de Gibraltar, un grupo, formado posiblemente por flamencos y germanos, atacó el puerto de Faro, sin éxito; luego intentaron amedrentar a los musulmanes, para que pagaran a cambio de protección, igualmente en vano. Una vez en el Mediterráneo, algunos contigentes pusieron rumbo directo a Tierra Santa.[24] Otros (en su mayoría, ingleses, pero también germanos y flamencos), que quizá se demoraron en Lisboa hasta abril, quisieron probar suerte con las campañas bélicas de la Iberia oriental, también bendecidas por el sumo pontífice; la acción culminó con el asedio conjunto de Tortosa, dirigido por catalanes y genoveses, entre julio y diciembre de 1148. Con posterioridad, unos pocos siguieron su camino hacia Palestina, mientras que muchos compañeros, al igual que en Lisboa, prefirieron quedarse como residentes. Uno de ellos, Osberto «Anglicus» ('el Inglés'), no honró el voto jerosolimitano hasta haber pasado dos décadas enriqueciéndose en aquel nuevo enclave cristiano.[25]

El éxito de los cruzados en Lisboa confirmó los temores de los dubitativos. Había hecho emerger lo mejor y lo peor de los combatientes: el heroísmo de los jóvenes de Suífolk, junto con la codicia obsesiva y violenta que demostró Amoldo de Aarschot en el reparto del botín, por mor de un caballo valioso. La flota perdió efectivos y poder por efecto de las bajas, las divisiones posteriores y las colonias de Portugal y Cataluña. Los supervivientes que llegaron a Outremer a tiempo para incorporarse al asedio frustrado de Damasco, en julio de 1148 —probablemente, una mayoría de flamencos y germanos, que habrían encontrado en Jerusalén a sus soberanos supremos, el conde Teodorico y el rey Conrado—, eran solo una pequeña fracción de los diez mil que habían zarpado de Dartmouth en mayo de 1147. Muchos de los jefes seguían con vida, incluidos Hervey de Glanvill y Cristiano de Gistel, aunque, a juzgar por el tono y las omisiones del relato de Raol (el capellán de Hervey), es posible que este no llegara a Tierra Santa, a diferencia de Cristiano, casi con toda certeza. Para

la historia de Portugal, la conquista de Lisboa, junto con la toma de Santarém unos meses antes, representó un avance simbólico y relevante por sí mismo. Proporcionó nuevos héroes y oportunidades desconocidas para el proceso de reconquista. Sin embargo, para la causa de Tierra Santa, la caída de Lisboa fue del todo irrelevante, en el mejor de los casos, y en el peor, supuso distraer la atención del objetivo último. En casi todo el resto de Europa, pasó inadvertida.

DE CAMINO A TIERRA SANTA: MAYO DE I I47 A ABRIL DE I 148

En el mismo día de octubre en que los cristianos comenzaron el ordenado saqueo de Lisboa, dos mil millas más al este,* uno de los ejércitos más numerosos jamás reunido por un monarca medieval se topó de cara con el desastre cerca de Dorilea, en el noroeste de Anatolia, en un lugar próximo a la victoria de la Primera Cruzada, en 1097. La retirada subsiguiente, en dirección a Nicea y la costa, hacia el oeste, confirmó lo que había empezado la batalla: las pérdidas fueron horripilantes; la retaguardia quedó borrada del mapa; el comandante en jefe de las tropas resultó herido de gravedad por una flecha que acertó en su cabeza. La derrota del magnífico ejército de Conrado III, que recordó más al año de 1101 que al de 1097, situó en peligro al conjunto de la empresa, tanto militar como psicológicamente. Aunque al cabo de unas pocas semanas, Conrado podía describir de forma desapasionada los traumáticos acontecimientos de las colinas anatolias, otros vieron en ellos una severa condena de Dios. Los veteranos lloraban al recordarlo, incluso pasados los años. El ejército de Luis VII aguantó en el campo, pero se impuso un aura de fracaso que se vio acompañada por toda clase de obstáculos prácticos, que terminaron por derrotar asimismo a los franceses.[26]

Las recriminaciones posteriores subieron de tono, de modo proporcional a la magnitud de los ejércitos que habían marchado hacia Oriente. Los observadores germánicos, franceses y griegos dieron fe de las dimensiones del ejército de Conrado III, que en su camino hacia Constantinopla era tan impresionante que escapaba a los cálculos

*** Unos tres mil doscientos kilómetros. (*N. de los t.*)**

de los funcionarios bizantinos.[27] Junto a las filas de combatientes y tropas de apoyo, y los miembros eclesiásticos y civiles del campamento, marchaban grupos muy numerosos de peregrinos, sin armas, que pretendían acogerse a la protección que les ofrecía la expedición militar. Era un grupo tan cuantioso e inconveniente, que Conrado intentó —aunque sin éxito— despegarse de ellos cuando las unidades de combate llegaron a la frontera turca. Un veterano lamentaba que el papa Eugenio hubiera insistido poco en la necesidad de que los más débiles se quedaran en casa y deseaba que, en lugar de haber prohibido con tanto afán las ropas de lujo, los halcones y los perros de caza, «hubiera provisto de espadas a todos los fuertes, y no de burjacas, y de arcos, en vez de bastones; porque los débiles y los desarmados no son sino una carga para los compañeros y un objeto de saqueo para los enemigos».[28] Hubo una incorporación de nuevos reclutas a las huestes germánicas, en el camino de Ratisbona, que bajaba por el Danubio hasta Viena, Hungría y Branitz, ya en la frontera bizantina, adonde llegaron hacia el 20 de julio. Quizá la magnitud de las tropas de Conrado influyera en la velocidad del desplazamiento, muy reducida, especialmente cuando se dejó el curso del Danubio para adentrarse en Bulgaria, camino del sur. A menos de diez millas diarias,* sin oposición, las huestes germanas avanzaban más despacio que las de la Primera Cruzada, que sí encontraron resistencia.[29] El peso de los números convenció al rey Géza de Hungría, enemigo de Conrado un año antes, de pagar a Conrado a cambio de que su ejército cruzara el país en paz. Los cascos de los navios germánicos, abandonados en Branitz, en la frontera de Bulgaria, proporcionaron a los lugareños abundancia de leña y materiales de construcción. El emperador griego, advertido de antemano, pero alarmado, negoció con el monarca germánico para que jurara que sus huestes no causarían problemas en su territorio; a cambio les permitía acceder a suministros y mercados locales. Dice mucho del poder de Manuel, y no menos de la autoridad de Conrado, que la marcha del Danubio a las llanuras de Tracia se desarrollara sin incidentes de consideración, a lo que ayudó, cierto es, la estación más fructífera del año. En Tracia, por el contrario, las

*** Unos dieciséis kilómetros diarios.** ***(N. de los t.)***

ocasiones de saqueo y rapiña resultaron irresistibles, al igual que el vino local; la combinación de uno y otro ingrediente derivó en graves enfrentamientos, en Filipópolis, con la pérdida de los rezagados borrachos, perdidos por detrás de las columnas principales; sus cadáveres putrefactos no fueron enterrados y comportaron problemas de salud para los franceses, que avanzaban por detrás. Pese a la quiebra de la disciplina en el bando germánico, Manuel no logró convencer a Conrado de que desviara la ruta por Asia, por el Helesponto, antes que por el Bosforo. Hubo incidentes violentos en Adrianópolis; el 8 de septiembre una crecida cayó de súbito sobre el campamento germano, instalado en la llanura de Choereobacchi, engullendo a hombres, caballos y grandes cantidades de pertrechos. El ejército de Conrado, maltrecho y malhumorado, llegó a Constantinopla dos días más tarde, el 10 de septiembre, y se encontró con que Manuel había declarado en la ciudad la alerta militar plena.

No le faltaban a Manuel razones para estar nervioso.[30] Había seguido muy de cerca los preparativos de 1146-1147 y agasajado a los ejércitos que se acercaban con diplomáticos casi insoportables, de puro obsequiosos. Sin embargo, a pesar de sus repetidas ofertas de cooperación y asistencia, el emperador se enfrentaba a la más peligrosa coincidencia de circunstancias que cupiera imaginar. En el momento en que las primeras tropas occidentales llegaron a las murallas de Constantinopla, las relaciones del emperador con Conrado, antaño aliado, se habían deteriorado hasta el punto de que se creía que los germánicos contemplaban la posibilidad de atacar la ciudad. Para encarar el peligro del oeste, Manuel se había visto obligado a abandonar la campaña contra el sultán selyúcida de Rum y acordar con este un tratado que, cuando llegó a oídos de los cruzados, despertó sospechas, incredulidad y cólera. La ayuda que Manuel podía prestarles en la práctica, sobre todo en las regiones fronterizas del Asia Menor occidental y más allá, quedaría siempre por debajo de las expectativas de los cruzados, formadas a partir de las promesas del propio Manuel, de la extraordinaria escala de su riqueza, de los onerosos vestidos de los servidores imperiales y del ritual y el entretenimiento de la corte, magnífico, pero al mismo tiempo deliberadamente intimidador. Si las relaciones con Conrado habían ido a peor, no cabía esperar nada mejor del trato con Luis de Francia. Bizancio había intentado sojuzgar Cilicia y Antioquía, ga-

nándose la hostilidad de los eclesiásticos, que se quejaban de que los griegos expulsaban a los clérigos latinos, e igualmente de los nobles laicos con parientes próximos en el principado: el príncipe Raimundo de Antioquía era tío de la esposa de Luis, la reina Leonor de Aquitania, y muchos francos de Outremer seguían viendo al rey de Francia, en cierto sentido ancestral, como su soberano. Este, a su vez, se sentía obligado hacia ellos por cierto grado de responsabilidad permanente; una y otra cosa chocaban, potencialmente, con las aspiraciones bizantinas en Siria. Menos auspicioso todavía para Manuel era el hecho de que una facción cercana al rey Luis anhelaba aliarse con Roger de Sicilia, quien, en la misma época en la que los cruzados se aproximaban a Constantinopla, atacaba la Grecia bizantina: Corfú y Cefalonia cayeron en sus manos; Corinto, Tebas y Eubea fueron saqueadas. Parece comprensible que Manuel estuviera inquieto ante la eventualidad de que detrás de las incursiones occidentales no hubiera sino un plan conjunto de conquistar el imperio para una coalición franco-germano-siciliana.

A la postre, mediante una mezcla de agresión, sobornos y promesas de colaboración, Manuel —cuya mujer, Berta de Sulzbach, era cuñada de Conrado— neutralizó cualquier posible amenaza inmediata de los germanos. Hubo algunos choques violentos, esporádicos, y una serie de intercambios diplomáticos bastante irritados; no obstante, tras pasar casi un mes acampado frente a las murallas de Constantinopla, el ejército germánico terminó cruzando el Bosforo en barcos suministrados por Manuel. Aunque rechazó una alianza formal con los griegos, Conrado aceptó sus guías y sus víveres, antes de disponerse a seguir la ruta utilizada por los cruzados en 1097; estaba tan ansioso por continuar hacia Siria, que prefirió no aguardar a los franceses. El 15 de octubre, en Nicea, posiblemente para contener un motín de los que no formaban parte de ningún séquito aristocrático, dividió el ejército en dos; una parte, dirigida por su hermanastro Otón de Frisinga, escogió la vía de la costa, que descendía hacia el sur por territorio controlado por Bizancio; el grueso de las huestes se embarcó hacia el sudeste, por la carretera de Dorilea e Iconio. Durante diez días, este grupo principal avanzó tan despacio que agotó las reservas de alimento y las columnas devinieron presas fáciles para las escaramuzas de los turcos. Los occidentales no supieron adaptarse nada bien a las tácticas turcas, pese

a la presencia de los guías griegos. El 25 de octubre, cerca de Dorilea, la caballería pesada germánica cayó en una trampa tradicional entre sus enemigos: en respuesta a un amago turco, los caballeros se alejaron del cuerpo principal del ejército y sufrieron cuantiosas bajas, al igual que la infantería, a la que con su error habían dejado desprotegida. Tras este serio revés, el alto mando decidió volver a Nicea, para reagrupar los ejércitos. Como ya carecían de víveres, el regreso se vio entorpecido por la necesidad de ir saqueando para mantener a los hombres y los caballos. Con una intensidad creciente, los turcos atacaban a los rezagados y bombardeaban la columna principal con una implacable lluvia de flechas; los germanos huyeron en desbandada cuando la retaguardia, dirigida por Bernardo de Ploetzkau, quedó aislada y fue destruida. Los occidentales, entusiastas, pero ineptos, lidiaban un combate desigual contra los ágiles arqueros montados de los turcos: «aquellos jóvenes arrojados ... a mitad de camino, encontraban una muerte alada, en lugar del enemigo contra el cual corrían con celeridad y coraje, desenvainados los hierros y escudados en pieles de oveja».[31] Sin arqueros y cada vez con menor número de caballos, sin posibilidad de contraatacar, la resistencia germánica se fue debilitando bajo la lluvia de flechas: el propio Conrado fue alcanzado por dos saetas que lo hirieron gravemente en la cabeza. A comienzos de noviembre, los restos famélicos y quebrantados de lo que antaño fuera un ejército majestuoso batallaban por alcanzar Nicea, donde muchos abandonaron la expedición sin más demora y, con la ayuda bizantina, regresaron a sus hogares. Otros sobrevivieron a los arqueros turcos para sucumbir de hambre.

El ejército estaba destrozado. Aparte de las bajas, no le quedaba ni ánimo ni capacidad militar. La ruina económica, el hambre, las lesiones físicas y psicológicas arrojaron los despojos de aquellas huestes a la piedad de los franceses, a la sazón acampados en tomo de Nicea, quienes acogieron con incredulidad las noticias del desastre germano. Se eligió como chivo expiatorio a los guías griegos, a quienes se acusó de haber dirigido mal al ejército, y a los funcionarios bizantinos, a quienes se les reprochó haber fallado con el abastecimiento; pero Conrado hizo recaer la responsabilidad sobre sus propios hombros, los de sus compañeros y los turcos.[32] De hecho, la cruzada germánica se fue a pique por deficiencias en el es-

pionaje y la logística, el uso de tácticas inadecuadas y una estrategia excesivamente optimista, además de por la ausencia del apoyo griego o la pericia de los arqueros turcos. Desde los peregrinos y los infantes, rebeldes y despreciados, hasta la élite caballera, a pesar de lo numeroso y bien armado de las huestes, los germanos demostraron estar extraordinariamente mal pertrechados para la guerra en Anatolia o las necesidades de una marcha con oportunidad; de positivo, solo exhibieron coraje.

Irónicamente, los franceses volvieron del revés, en parte, la trayectoria seguida por los germánicos en el islam: tras cruzar Bizancio con múltiples problemas y enfrentamientos, los combates en territorio de Asia Menor fueron notoriamente efectivos y el ejército avanzó hasta que, a su vez, el agotamiento de los recursos y la falta de apoyo logístico provocaron su desintegración.[33] Tras haberse congregado en Metz en junio de 1147, el ejército francés, integrado por varias decenas de miles de hombres, cruzó la Renania a finales de junio o principios de julio, tomó el Danubio en Ratisbona y luego siguió la misma ruta de los germanos: Hungría, Bulgaria y Constantinopla, donde llegaron las primeras unidades a finales de septiembre y el rey, en la primera semana de octubre. A juicio de Odón de Deuil, capellán de Luis, una de las inquietudes principales del camino fue asegurar el acceso a los mercados y el reabastecimiento de víveres y pertrechos. En Worms, surgieron problemas por los altos precios que pretendían cobrar los lugareños, lo que afectaba tanto a los peregrinos más pobres como a los mercaderes y cambistas del ejército, que vieron reducirse sus márgenes de beneficio. En Ratisbona, Luis llegó a un acuerdo con los embajadores de Manuel, por el que se comprometía a no atacar ciudades ni fortines de Bizancio, a cambio de que se le garantizara la utilización de los mercados con tasas de cambio razonables. En Hungría, el rey Géza les franqueó la entrada a las plazas, con lo que los franceses pasaron sin causar disturbios, aunque dieron refugio a Boris, pretendiente de la corona húngara. Hasta Branitz, en la frontera bizantina, las huestes francesas avanzaron rápidamente, ayudadas en parte por los nuevos puentes que habían erigido los germanos a su paso. Nada más entrar en el territorio de Bizancio, sin embargo, hubo problemas con las tasas de cambio de la moneda y deficiencias en los suministros, con lo cual los franceses saquearon la zona *praedis et rapinis,* «con ra-

piña y pillaje».[34] Aunque el séquito del rey recibía adecuadamente los víveres de los funcionarios griegos asignados a su corte, otras divisiones del ejército continuaron saqueando con violencia, aterrorizando a los mercaderes locales y armando camorra con los rezagados germanos. A medida que avanzaba la marcha, se deterioraban las relaciones con los griegos. Los merodeadores franceses fueron detenidos por mercenarios bizantinos; una guardia de avanzada reaccionó al cierre de un mercado con un ataque contra Constantinopla, justo cuando los embajadores de Luis continuaban las delicadas negociaciones con Manuel, al respecto de las condiciones de la futura asistencia griega. El contingente anglo-normando del obispo de Langres y Guillermo de Warenne tuvo que repeler un ataque poderoso en Tracia. Cada vez eran más los elementos del ejército francés que consideraban a los griegos como hostiles, heréticos en su observancia religiosa y despreciables por sus convenciones sociales. Se extendía la convicción de estar sufriendo un asedio. Un miembro del círculo más íntimo del rey recordaba que, en cierta ocasión, fuera de Constantinopla, los desafectos, especialmente inquietos por la filtración de algunas noticias sobre el pacto de Manuel y los selyúcidas, propusieron una estrategia completamente distinta: utilizar el enorme ejército occidental para ocupar Tracia; formar una alianza inmediata con Roger de Sicilia y, con su flota, que ya se hallaba en aguas helénicas, tomar Constantinopla.[35] Es probable que este relato, que se escribió a posteriori, no sea del todo verídico, pero basta para exponer la creciente intranquilidad sobre la naturaleza y el valor de la amistad griega.

Como había hecho regularmente desde que partieron de Metz, Luis se negó a incorporar nuevos objetivos y aceleró la marcha, hasta alcanzar Constantinopla el 4 de octubre. Allí, los temores no tardaron en disiparse, puesto que Manuel, a diferencia de la brusquedad con la que había tratado a Conrado, salió a colmar de atenciones a Luis: lo recibió en una audiencia extraordinaria, en la cual se dio permiso al monarca francés para permanecer sentado; lo guió en una excursión por los lugares santos de Constantinopla, idónea para un rey famoso por su piedad; y lo agasajó con un banquete público tan espléndido y abundoso, que algunos de los huéspedes franceses, los más toscos y difíciles de contentar, temieron que quisieran envenenarlos. Prescindiendo de las alteraciones del orden pú-

blico, las borracheras y los conatos de incendio, Manuel proporcionó a los franceses acceso a mercados copiosos y ofreció una buena tasa de cambio; dejó a Luis que se encargara de la disciplina de los rebeldes, tarea para la cual este, como de costumbre, demostró estar incapacitado. El emperador organizó incluso una celebración conjunta de la festividad del santo patrono de Luis, San Dionisio, el 9 de octubre, que se encomendó a sacerdotes ortodoxos y los capellanes del propio rey francés; incluso un helenófobo como el monje Odón de Deuil recordó esta ocasión con placer, sobre todo, por el canto de los eunucos griegos.[36] Manuel agasajaba a su invitado con la intención de ablandarlo, pero sentía auténtica inquietud sobre sus intenciones, sentimiento que no ayudó a calmar la aproximación de contingentes de la Saboya, la Auvemia y el norte de Italia, que habían venido por la vía de Brindisi, en Apulia, es decir, parte del reino de Roger de Sicilia. La importancia de esta ofensiva del agasajo se puso de relieve al cabo de muy poco, cuando algunos elementos con voz en el alto mando, dirigidos por el irascible obispo Godofredo de Langres, exigieron que se asaltara la capital imperial, porque su captura situaría todo el imperio a disposición propia. El obispo, molesto por el trato recibido de manos de los soldados griegos, justificó la propuesta acusando a los bizantinos de herejía, recordando que Juan II Comneno (el padre de Manuel) había emprendido una campaña contra Antioquía, que se había sustituido al patriarca latino por uno ortodoxo y que, en fecha reciente, se había obligado al príncipe Raimundo a prestar homenaje a Manuel.[37] El hecho de que surgiera el tema de Antioquía puso de manifiesto una corriente de la política occidental que, en general, había quedado apagada por el esfuerzo reclutador de 1146-1147 y la incansable diplomacia griega. Es muy posible que las quejas del obispo Godofredo reflejaran las negociaciones del obispo Hugo de Jubail en 1145, en la Europa occidental, en las que tal vez participara el propio obispo de Langres: de lo que no cabe duda es de que Godofredo reclamó atención para la cuestión de Edesa en Bourges, en la Navidad de 1145, posiblemente como respuesta a la misión del obispo Hugo. Parece ser que el rey Luis consultó al papa sobre Antioquía antes de marchar a Oriente.[38] Este nuevo frente de política antigriega podía causar mucho daño a las relaciones de Manuel con los occidentales, pues su importancia se antojaba más inmediata para los franceses y, diplo-

máticamente, resultaba menos extraño que una alianza con sociedad. Sin embargo, al igual que en 1146, el tema de Antioquía se juzgó menos perentorio que el del Santo Sepulcro. Contra las ideas del obispo Godofredo se alegaron las órdenes del papa, que no cabía cohonestar con una guerra contra cristianos, por ambición o dinero. Se cuenta que Manuel, alerta a los debates que se desarrollaban en el campamento francés, puso más presión sobre los occidentales al reducir el flujo de suministros, extender rumores falsos respecto de grandes victorias de los germánicos en Asia Menor y proporcionar una flota reunida a toda prisa para que los franceses pudieran cruzar el Bosforo y pasar a la costa asiática. Las tropas, como ocurría con frecuencia en estas expediciones, se plantaron a favor de la estrategia simple de continuar hacia Tierra Santa; Luis concedió su aprobación y entre los días 16 y 17 de octubre, las huestes francesas pasaron a Asia. A Manuel le convenía que fuera entonces, justo unos días antes de que llegaran los ejércitos que habían tomado la ruta de Apulia.

Luis y su ejército saquearon durante unos días en la región de Nicomedia, negociaron el abastecimiento de víveres y pertrechos y aguardaron a los condes de Saboya y Auvernia y al marqués de Montferrat. Las brasas de la polémica sobre una eventual conquista de Constantinopla se encendieron de nuevo, brevemente, cuando Manuel intentó extraer de Luis un acuerdo que implicaría recibir homenaje de los franceses, como en 1097, la devolución al emperador de todas las ciudades y las fortificaciones capturadas (a cambio de suministros regulares) y una alianza matrimonial concebida, junto con la oferta de un subsidio financiero muy cuantioso, para asegurar el apoyo del monarca francés contra Roger de Sicilia.[39] La idea de una coalición antisiciliana tal vez fuera una treta de los negociadores bizantinos; dado el estado de ánimo imperante en el campamento francés, era una propuesta arriesgada, si no atrevida en exceso. Tras unas sesiones largas y complicadas, los dos bandos lograron satisfacer sus objetivos primarios. Manuel obtuvo el homenaje de los barones franceses y un entendimiento sobre las tierras conquistadas; a cambio, Luis recibiría provisiones, el derecho a saquear cuando le faltaran, la presencia de guías griegos y la promesa de acceder libremente a los mercados del camino. Manuel no se comprometía a emplear sus propias tropas; Luis no tuvo que suscribir una alianza que

lo atara a Bizancio. Quedaron satisfechos el honor y la política, aun cuando la expedición sacó poco partido de todo ello.

Casi de inmediato, tras haber pasado Nicomedia y Nicea, el 26 de octubre, los franceses tuvieron noticia de la auténtica suerte de los germanos; para algunos, ocurrió bajo los negros auspicios de un eclipse de sol. Desde aquel momento, su marcha hacia Oriente quedó teñida por una sensación de crisis, que los hechos no hicieron sino confirmar. Luis consultó a Conrado; se acordó que aguardarían a que los germanos se reagruparan y se reunirían con ellos en Lopadio, en el camino del sur. Las existencias de los mercados habían menguado y el ejército tuvo que recurrir al pillaje, lo que despertó las iras de los lugareños griegos, que tomaron represalias con los soldados germánicos, exhaustos y derrotados, que se esforzaban por atrapar a los franceses. Los germanos estaban diezmados hasta el punto de que no eran capaces de proporcionar protección a las columnas cristianas y tuvieron que situarse en el centro de la marcha, reforzados por los contingentes imperiales que habían viajado separadamente por Italia, encabezados por el obispo de Metz, que actuaba como intérprete principal de Conrado, los condes de Saboya y Bar y el marqués de Montferrat. Algunos soldados franceses no resistieron la tentación de chacotearse de sus nuevos compañeros, con gritos de *Pousse, allemand!* («¡Empuja, alemán!»), que a buen seguro no contribuyeron a elevar su moral.[40] Evitando la larga carretera de la costa, que había tomado un mes antes Otón de Frisinga, Luis se dirigió hacia Filadelfia, con la esperanza de que el camino resultara más sencillo que el seguido por Conrado, que cruzaba Anatolia más directamente, pero le había supuesto la derrota. No obstante, al llegar a Esseron el 11 de noviembre, los reyes decidieron alterar la ruta, por miedo a sufrir la escasez invernal de víveres en la zona central de Anatolia, hostil y controlada por los turcos. Por lo menos, el camino de la costa formaba parte del territorio de Bizancio y permitía pensar en abastecimientos por vía marítima. Tras alcanzar el puerto de Edremit, a unas cincuenta millas de distancia,* el ejército francés exhibió una peligrosa tendencia a dividirse, que con el tiempo resultaría casi fatal; fueron varias las unidades

*** Unos ochenta kilómetros. (*N. de los t.*)**

que perdieron contacto entre sí. La lluvia, las crecidas de los ríos, los agrestes pasos de montaña, suministros escasos y onerosos y lugareños pocos amigables contribuyeron a hundir la moral todavía más. Se informó de que algunos soldados habían desertado, para ofrecer sus servicios a los griegos, y otros abandonaban las filas para buscar barcos que los alejaran de una costa cada vez más desesperada. Los occidentales tardaron todo un mes en recorrer las ciento veinte millas, a vuelo de pájaro,* que los separaban de Efeso, donde confiaban en poder pasar la Navidad.[41]

En Éfeso, el ejército fue abordado por mensajeros griegos, que advertían de que los turcos estaban reuniendo fuerzas numerosas para atacar a los cristianos, si seguían adelante, y aconsejaban a Luis que buscara refugio para el invierno en las fortalezas bizantinas. Eran avisos exactos y bienintencionados, sin duda, pero que apenas compensaban lo que suponía, según el juicio expresado más adelante por algunos veteranos, una política muy cínica por parte de Manuel. Aunque es cierto que carecía de recursos para impedir las incursiones turcas que bajaban por los valles del Asia Menor occidental, el emperador griego no supo conseguir tampoco que los lugareños, ciudadanos y funcionarios, recibieran a las huestes occidentales con hospitalidad, atenciones y acceso a los mercados. Como el ejército germánico había quedado destruido, Manuel estaba menos inquieto y menos inclinado a prestar su asistencia; en aquel momento, la alianza con Luis resultaba innecesaria. Sin desear ningún mal a los cruzados, Manuel ya no tenía que apaciguarlos ni favorecer los intereses de ellos, sobre todo si ponían en peligro los suyos propios en Anatolia o el norte de Siria. Las posteriores acusaciones de perfidia, expresadas con acritud por Odón de Deuil, capellán de Luis, se antojan exageradas e histéricas, sobre todo cuando el propio Luis no hizo valer protesta alguna y, en años venideros, incluso recordaba con agrado sus relaciones con Manuel; aun así, los rumores de obstrucción por parte de Bizancio persistieron incluso en el seno de los círculos griegos.[42] En el mejor de los casos, cabe afirmar que Manuel ayudó solo en el momento y del modo que más le convenía; en el peor, se aseguró, aunque fuera por omisión, de

*** Casi doscientos kilómetros. (*N. de los t.*)**

que las apuestas apuntaran en contra de los occidentales que habían irrumpido en sus planes políticos y diplomáticos. Las circunstancias eran poco propicias y Manuel no hizo mucho para que mejoraran. A diferencia de Alejo I en 1096, no había solicitado que viniera de Occidente ninguna expedición, y menos tan numerosa; no estaba seguro de qué motivos albergaban, no tenía claro cómo podría sacar partido de su presencia en Oriente (ciertamente perturbadora) y no estaba dispuesto a unirse a una ofensiva conjunta contra el islam. Combatir la amenaza de Sicilia en Grecia poseía para él mucha más importancia que las supuestas conquistas en el valle del Éufrates. Así pues, cuando Conrado cayó enfermo en Éfeso, Manuel vio la ocasión de dar la vuelta a la tortilla de su diplomacia, abandonar a los franceses a su suerte —la que fuera— y formar de nuevo una coalición germánico-bizantina para enfrentarse a Roger de Sicilia. Manuel se apresuró a trasladar a Conrado a Constantinopla, por barco, y atendió en persona al inválido, con una hospitalidad tan generosa que sin duda debía contrastar con la recepción seca e intimidadora que se había dado al germánico a su llegada a la capital, tan solo tres meses antes.[43] En aquella primera ocasión, Conrado dirigía uno de los ejércitos más numerosos jamás venidos de la Europa occidental; ahora, volvía como un hombre envejecido, herido en el cuerpo, el alma y la reputación, agradecido ante cualquier muestra de solicitud y atención.

Tras la marcha de Conrado, Luis siguió adelante. Se dirigió hacia el interior en Éfeso, remontando hacia el este el valle del Meandro; los franceses se enfrentaban a una marcha larga y difícil, de más de doscientas millas,* por terrenos complicados, con la intención de presentarse en Adalia, un puerto notable en la costa sur de Asia Menor, a tan solo un paso —según debió de parecer— de la Cilicia cristiana, por tierra, o de Siria, por la vía marítima. Sin flota de apoyo, parecía razonable tomar la ruta del interior, por Laodicea. En la práctica, fue un trayecto angustioso, aunque los franceses resistieron con entereza el acoso turco, con más eficacia que las huestes germánicas de Otón de Frisinga, quien, pese a ir tan solo unos días por delante de Luis, había sufrido bajas cuantiosas al pasar

*** Quizá unos trescientos cincuenta kilómetros.** ***(N. de los t.)***

Laodicea; los cadáveres sin enterrar quedaron como testimonio evidente, para los franceses, de cuál había sido la suerte de la batalla. Los turcos fueron derrotados a las afueras de Éfeso, en Nochebuena, y de nuevo una semana más tarde, en una batalla mayor, en un fuerte situado en la otra orilla del Meandro, corriente arriba. Odón de Deuil nos legó una descripción vivida —y, en ocasiones, escabrosa— de estos combates sangrientos, cuerpo a cuerpo, de los que él mismo fue testigo; de resultas de ello, la marcha francesa de Efeso a Adalia, entre diciembre de 1147 y enero de 1148, se tiene por una acción heroica y esforzada, pero desastrosa. De hecho, a pesar de haber sufrido pérdidas graves en el paso de la cadena montañosa que se alza al sudeste de Laodicea, en Honaz Daghi (monte Cadmo), el 8 de enero —porque el jefe de la vanguardia, Godofredo de Rancon, había perdido el contacto con el resto de la columna—, las huestes francesas, aunque mermadas, culminaron intactas una marcha combativa como la que no pudieron terminar en ningún caso los germanos. Parte del crédito de este logro cabe atribuirlo a Luis. El monarca francés carecía de pericia como líder, más allá de su valentía personal y la destreza en el manejo de las armas, pero buscó la manera de mantener la disciplina durante la marcha —en los últimos estadios, cediendo la responsabilidad a los templarios— y se aseguró, en todo lo posible y sin flaquear, de que los indigentes, los pobres y los «míseros desde el día de ayer» recibieran el sustento preciso para continuar con vida, a pesar de la escasez general de alimentos.[44] En la batalla de Honaz, Luis consiguió proteger a su infantería y a los no combatientes, al cargar contra el enemigo empleando tan solo su séquito personal de caballeros, la mayoría de los cuales murieron en aquellas circunstancias. El relato de la huida de Luis se diría similar a una escena tomada de una obrilla de literatura barata:

> Durante la lucha, el monarca perdió a la guardia real, reducida, pero renombrada; sin entregarse a la desesperación, no obstante, escaló con arrojo y agilidad unas peñas, ayudándose de algunas raíces ... El enemigo trepaba tras él, para hacerlo prisionero, y la chusma más alejada lo acosaba con sus flechas. Pero ... su coraza lo protegía de las flechas y, para no caer preso, defendió aquel risco con su espada ensangrentada, tajando las cabezas y las manos de muchos adversa-

> ríos. Como no lo reconocieron y se daban cuenta de que no sería fácil capturarlo ... el enemigo dio media vuelta para recoger los despojos del combate, antes de que cayera la noche.[45]

En la situación de emergencia posterior a la batalla de Honaz, Luis traspasó la organización de la marcha a los templarios, dirigidos por Everardo de Barres, cuya autoridad se ordenó reconocieran todos los miembros del ejército, que juraron formar una fraternidad temporal (*fraternitatem*), a la cual se unió el propio rey. Con gran orden, los franceses siguieron luchando y repelieron al menos cuatro ataques concertados de los turcos. Los occidentales —que pensaban se habían quedado sin víveres por culpa de una alianza nefanda entre los lugareños griegos y los turcos— sobrevivieron durante la marcha de doce días hasta Adalia con pan horneado en las hogueras del campamento y carne de caballo: el último, y más desesperado, recurso de un ejército medieval.

La hueste harapienta que se arrastraba por los llanos de Adalia el 20 de enero de 1148 estaba casi en el fin de sus días. El agotamiento, la muerte de los caballos y el abandono de los pertrechos amenazaban su supervivencia. En las ocasiones en que, durante la Primera Cruzada, se habían vivido situaciones similares, llegaban flotas de Bizancio o la Europa occidental para socorrer a los soldados de Cristo. Pero en aquel momento, la falta de esos navios ponía en peligro toda la empresa; se dejó sentir mucho la ausencia de la magnífica flota de mayo de 1147, que estaba pasando el invierno en Lisboa. No habría más socorro que el que se encontrase en la propia Adalia o la ayuda que proporcionaran las autoridades imperiales bizantinas, que estaban bien informadas de los movimientos de los franceses y mantenían contacto regular con el emperador Manuel. Adalia era un enclave griego en una situación precaria, rodeado por el interior por territorios turcos; ni en el aspecto económico ni en el estratégico era una base adecuada desde la que recuperar a una fuerza invasora tan castigada. Mientras que las prioridades de Luis pasaban por equipar de nuevo a su ejército —en particular, proveerlo de caballos— y organizar los suministros, el apoyo militar de los griegos y, en caso de necesidad, el transporte, en todos estos respectos, los recursos locales eran tan insuficientes como onerosos. Tras una feroz discusión en el seno del ejército y

negociaciones tortuosas con el gobernador de la ciudad y el representante del emperador —un italiano, de nombre Landulfo—, Luis obtuvo los alimentos necesarios para la supervivencia, al coste de renovar el juramento a Manuel, y la promesa de que podría embarcar a sus tropas con rumbo a Antioquía. Luis continuó extrayendo fondos de sus cofres —bien surtidos, por otro lado— para sostener al número cada vez mayor de desposeídos, entre los que había muchos caballeros empobrecidos, sin montura ni dinero; aun así, no logró reunir la cantidad suficiente ni de provisiones —por caras que fueran— ni de barcos. El tiempo era malo y los turcos no dejaban de hostigar el campamento cristiano; como era de esperar, los ánimos se vinieron abajo. Tras más de un mes de peleas e indecisiones, a principios de marzo Luis cedió a la presión de sus nobles y embarcó con ellos rumbo a Siria, con tantos caballeros como pudo reunir, dejando atrás a los enfermos, la infantería, los demás caballeros y los no combatientes, al cargo del conde de Flandes y el señor de Borbón, con dinero para costear una escolta griega en el largo camino hacia Tarso, en Cilicia. Al final, aunque los débiles y enfermos recibieron buen trato, el plan quedó arruinado por los nuevos ataques turcos, el escaso número de caballos disponibles —de mala calidad, además— y la reticencia de los griegos a enrolarse en una marcha terrestre muy arriesgada, que no ofrecía perspectivas de beneficio y, en cambio, enfadaría sin duda a los musulmanes vecinos, con los cuales compartían el comercio y los mercados locales. La aparición de más barcos en el puerto persuadió a Teodorico de Flandes y Archibaldo de Borbón de que era preferible seguir el ejemplo del rey y zarpar directamente hacia Siria. La infantería abandonada, atrapada entre una ciudad de griegos hostiles, que corría el riesgo de sufrir una hambruna, y, por otro lado, los turcos, se jugó sus pocas oportunidades en el campo de batalla; sufrió bajas enormes y la pérdida de miles de hombres, que cayeron en la esclavitud o el servicio forzoso de los turcos. Algunos de los supervivientes lograron encontrar un empleo entre los griegos; otros quizá combatieran, sobornaran o vagaran hasta llegar a Cilicia, pero es probable que fuesen muy pocos.

Aunque el capellán de Luis intentó exculpar al rey de las decisiones tomadas en Adalia, no todos le creyeron. «Aquí el rey dejó a cuantos iban a pie y, junto con sus nobles, tomó un barco», afirma-

ba Guillermo de Tiro, a la sazón un adolescente jerosolimitano.[46] Al hacerlo así, no cabe duda de que Luis salvó su propio pellejo y conservó a un núcleo de combatientes para Tierra Santa. Ahora bien, su huida adoleció de falta de nobleza y supuso la desintegración definitiva de una fuerza por cuya unidad había estado esforzándose con denuedo, con problemas muy graves, que había superado con un éxito notable; ahora el ejército quedaba entregado al hambre, la enfermedad y una guerra que no podía ganar. A diferencia de las huestes germánicas de Conrado y Otón de Frisinga, los franceses no fueron destruidos en combate; si fueron incapaces de llegar a Siria intactos fue por los errores de programación, las deficiencias estratégicas, los fracasos diplomáticos, una logística catastrófica y una preparación y apoyos insuficientes; todo ello, frente a un enemigo resuelto, astuto y obstinado. En cuanto a los griegos, su indiferencia, el propio interés y, a veces, la hostilidad no hizo sino decantar aún más la balanza en contra de los occidentales. La magnitud del ejército, la fe, la valentía o incluso la pericia en el manejo de las armas no bastaron para compensar todas estas circunstancias adversas, sin un componente de buena fortuna que nunca se dio. Y aunque tampoco selló el destino de toda la empresa, la destrucción de los ejércitos cristianos en Asia Menor resonó por todo el universo musulmán; cierto escritor de Damasco constató que la noticia de esos desastres restauró la confianza de los damascenos en que la invasión de los infieles terminaría fracasando.[47]

GUERRA, DISENSIONES Y DERROTA EN SIRIA: MARZO DE 1148-ABRIL DE 1149

El rey Luis desembarcó en el puerto de San Simeón, en la desembocadura del río Orontes, el 19 de marzo de 1148, tras un viaje desalentador desde Adalia, de más de dos semanas de duración. Fue recibido con entusiasmo por el príncipe Raimundo de Antioquía, quien sin apenas demora se esforzó por implicar a los franceses en sus proyectos de asaltar Alepo y Shaizar.[48] Aunque reducido en gran medida a un ejército de oficiales, sin infantería ni soldados, el potencial de combate de los hombres de Luis no se había extinguido por completo. Otros contingentes del oeste de Europa arribaron a

Tierra Santa durante las semanas inmediatamente posteriores, sobre todo a los puertos de Acre y Tiro; algunos, como un grupo que llegó a la costa en Sarfend, cerca de Sidón, lo hicieron tras naufragar en las playas. Otón de Frisinga y los restos de su hueste germánica llegaron a tiempo de pasar el 4 de abril, Domingo de Ramos, en Jerusalén. Más adelante, pero aún en Semana Santa, el rey Conrado hizo escala en Acre, a bordo de buques bizantinos, tras haber dedicado el invierno a recuperarse en Constantinopla. Desde la costa, emprendió rumbo de inmediato a Jerusalén, donde se alojó con los templarios en sus cuarteles del antiguo palacio real del monte del Templo, en el emplazamiento y los alrededores de la que había sido y volvería a ser mezquita de Al-Aqsa; tras realizar una visita a los Santos Lugares, Conrado partió hacia el norte, a Galilea, antes de regresar a Acre. La flota del sur de Francia, dirigida por el conde Alfonso-Jordán de Tolosa, había alcanzado Acre a mediados de abril. Hacia esa misma fecha, también los veteranos del asedio de Lisboa que decidieron seguir camino de Tierra Santa llegaron por fin a su destino.[4y] A pesar de las distracciones con respecto al objetivo, las derrotas, las deserciones y las cuantiosas bajas, las fuerzas occidentales que se congregaron en Outremer en la primavera de 1148 eran, sin duda, el ejército cristiano más numeroso que había llegado a Tierra Santa desde 1097-1099. No solo contaba con casi todos los jefes, sino que, lo que era más notable, el grueso de las fuerzas había llegado al mismo tiempo, cerca de un año después de que embarcaran los ejércitos principales; fue un calendario muy similar al que se empleó en la siguiente gran invasión europea, en 1190-1191, y es plausible que se hubiera planeado así deliberadamente. El gran proyecto se había visto menguado, pero no se había hundido aún.

Pese al enorme esfuerzo que representaba alcanzar Tierra Santa, una vez allí, lo cierto es que los occidentales no disponían de ningún plan de campaña concreto. Conrado, quien envió una misiva a casa a finales de febrero, desde Constantinopla, confiaba aún en reconquistar Edesa.[50] Sin embargo, toda vez que a finales de 1146 Nur al-Din había destruido sus fortificaciones y masacrado a los cristianos del lugar, era un objetivo fútil, sin ventajas prácticas. Las alternativas realistas pasaban por realizar una incursión por el norte, con la cual reforzar la frontera del Éufrates y atacar Alepo; asaltar Damasco, como en 1129, que hasta hacía poco había sido un aliado

importante para Jerusalén, pero desde 1146-1147 mantenía una tambaleante coalición con Nur al-Din, y cuyas tierras ya habían sido objeto de ataques solimitanos en 1147; y, finalmente, acometer contra Ascalón, el último puerto de las costas de Siria y Palestina que permanecía en manos musulmanas, que utilizaban como base los piratas y los merodeadores egipcios; desde la década de 1130, Ascalón estaba rodeada por toda una serie de asentamientos fortificados cristianos, concebidos por el rey Foulques para neutralizar su amenaza. Ninguno de los objetivos carecía de complicaciones políticas ni dificultades militares.

Sin lugar para Edesa, la estrategia septentrional se antojaba como la menos interesante para los occidentales. La mayoría habían zarpado hacia puertos del reino de Jerusalén, al sur de la frontera con Nur al-Din de Alepo, que sería el adversario principal de cualquier campaña norteña. Pero para todos ellos, cumplir los votos del Santo Sepulcro era sin duda lo principal, la meta primordial de los cruzados recién llegados: Otón de Frisinga, el rey Conrado, los veteranos de Lisboa. Incluso el conde Alfonso-Jordán de Tolosa, que poseía intereses en la vecina Trípoli, nada más desembarcar en Acre se marchó hacia el sur, hacia Jerusalén. Sus intereses podían perturbar el curso de la expedición, pero Alfonso-Jordán murió de súbito en Cesárea, entre rumores de envenenamiento, que implicaban a su primo, el conde Raimundo II de Trípoli. De entre todos los planes posibles, según notó con agudeza Guillermo de Tiro, «se diría que las esperanzas más próximas a realizarse eran las del rey y el pueblo de Jerusalén», debido a la devoción por los Santos Lugares y a la presencia de Conrado.[51] Por la parte de Luis de Francia, aunque había avistado tierra en Antioquía, también parecía más resuelto a visitar Jerusalén que a emprender acciones militares en el norte de Siria, lo cual hizo innecesaria una embajada encabezada por el patriarca Foulques de Jerusalén, que anhelaba convencerlo de trasladarse al sur. Algunos dieron por sentado que la piedad lo dirigía hacia el Santo Sepulcro; otros llamaron la atención sobre el hecho de que se había enemistado seriamente con el príncipe de Antioquía; los cotilleos posteriores atribuyeron la *démarche* a uno de los grandes escándalos sexuales de la época, la supuesta relación de la esposa de Luis, Leonor de Aquitania, y su tío, Raimundo de Antioquía. Las pruebas de las que disponemos al respecto son su-

gestivas, pero no concluyentes, y están teñidas por los hechos ulteriores, como el divorcio de la pareja real en 1152.[52] Tanto si faltó al decoro como si no, parece ser que Leonor intentó convencer a Luis de que aceptara el plan de Raimundo, de atacar Alepo entre los dos; pero el rey francés desechó sin ambages la propuesta. Independientemente de la cháchara y las morbosas insinuaciones posteriores, es posible que las razones de Luis se basaran en evaluaciones estratégicas, más que en los celos de pareja. Su ejército estaba mal preparado para una guerra de asedio, puesto que, como se había puesto de relieve en Lisboa, la infantería era imprescindible para talar la madera, construir y proteger las máquinas de asalto y proporcionar cobertura a los caballeros. Si las relaciones entre Antioquía y Bizancio se habían erigido como obstáculo en la diplomacia de Luis y Manuel, parecía evidente que cualquier conquista lograda junto con el príncipe Raimundo sería reclamada por los griegos y pondría sobre la mesa, de nuevo, la insólita cuestión de los juramentos franceses de octubre de 1147 y enero-febrero de 1148. Luis quizá se diera cuenta asimismo de que, como los demás contingentes no estaban interesados en la campaña septentrional, el éxito de los cristianos, que no podía cimentarse sino en la superioridad numérica, requería la unión de todas las huestes cristianas. No obstante, cuando Luis decidió alejarse de Antioquía estaba abriendo la puerta al fracaso último de la cruzada; más en general, el hecho de que los occidentales no se enfrentaran cara a cara al poder creciente de Nur al-Din provocó, de forma indirecta, la muerte del príncipe Raimundo en la batalla de Inab, en 1149, la captura de Joscelin II de Edesa y la subsiguiente evacuación de los restos del condado de Edesa, en 1150.

Tras descartarse la alternativa del norte, la atención se centró en las dos posibles campañas del sur, especialmente cuando la sospechosa muerte del conde de Tolosa y la presencia constante de su hijo bastardo, el malcontento Bertrán, excluía cualquier interés que pudiera haber albergado Raimundo de Trípoli respecto de la ayuda occidental en sus fronteras, por ejemplo, un ataque contra Homs, realizado a la postre por Nur al-Din en 1149. Cuando Luis había completado el peregrinaje de Jerusalén, en junio, Conrado ya había acordado con Balduino III (a la sazón, un adolescente), el patriarca Foulques y sus huéspedes más recientes, los templarios, que procurarían conquistar Damasco. Antes aún de abandonar Constantino-

pía, Conrado había anunciado su intención de organizar un nuevo ejército, en cuanto llegara a Outremer; así lo hizo entonces, tal vez con dinero griego, aprovechando la avalancha de reclutas potenciales venidos de Occidente; es del todo probable que incluyera a los veteranos de Lisboa, muchos de los cuales procedían en origen de las tierras imperiales de la Renania y Flandes oriental.[53] En campaña, este nuevo ejército combatió con eficacia a las órdenes de Conrado, lo que mueve a pensar que su concepción no había sido meramente azarosa. De lo que no cabe duda es de que su presencia dio fuerza a la posición negociadora de Conrado.

Se acordó que los líderes occidentales y los barones de Outremer se reunirían en consejo hacia el 24 de junio, en Acre, quizá después de un encuentro preliminar de Luis y Conrado, que habría tenido lugar entre Acre y Tiro.[54] Tras lo que se recordó como una polémica tensa y acalorada, a la postre se tomó la determinación de atacar Damasco. El contexto político de la decisión influyó en los argumentos militares. Los cruzados habían topado con un grave choque constituyente, que pronto degeneró en guerra civil, entre el joven Balduino III y su madre, la reina Melisenda, quien, desde la muerte de su marido, acaecida en 1143, había actuado como reina coronada, cada vez más indispuesta contra las intenciones de su hijo de ocupar el trono. Para Balduino, una aventura militar podría consolidar su función como comandante de campo, posición que su madre le negaba. Cuando se analizaba cuál era el mejor objetivo, parece probable que Balduino y sus partidarios hubieran preferido Damasco a Ascalón, puesto que la conquista de esta última ciudad habría beneficiado al hijo menor del rey, Amalarico, quien más adelante fue conde de Jaffa y era aliado muy próximo a su madre: Ascalón le habría sido concedido como feudo a Amalarico, era evidente. Más en general, aun a pesar de las recriminaciones ulteriores y de la sorpresa que nos despierta hoy en día, la elección de Damasco no era impropia del momento. Los francos la habían atacado en 1126 y 1129; el tratado de la década de 1140 se había venido abajo hacía poco tiempo; la captura de la ciudad no solo garantizaría el control de tierras fértiles y un destacado centro mercantil —en realidad, el más señero de cuantos animaban el comercio de los puertos de Acre y Tiro—, sino que proporcionaría a los cristianos la frontera natural del desierto e inclinaría poderosamente a su favor

la balanza del poder en Siria; a su favor, y en contra de Nur al-Din de Alepo, lo que obligaría a otros soberanos musulmanes de la región a adoptar una actitud más contemporizadora. Durante toda una generación, los soberanos de Jerusalén se habían esforzado por controlar Damasco, ya fuera mediante alianzas o sojuzgándola militarmente. Como Nur al-Din heredó de su padre la ambición de anexionarse la ciudad, el asalto de 1148 fue conforme a la política tradicional de Jerusalén, tendente a imponer sus intereses. Además, de entrada nada impedía que se realizara posteriormente un ataque contra Ascalón.

La táctica escogida por el ejército indica que se partía de la suposición de que Damasco se rendiría pronto o bien sucumbiría sin demasiada resistencia. Tras congregarse en Tiberíades, a mediados de julio, las fuerzas invasoras llegaron a la ciudad al cabo de unos pocos días, el 24 de julio. La celeridad de su marcha da a entender que, aunque se acompañaban de una gran comitiva, cargada de pertrechos, y de rebaños con los que sustentarse, los cristianos no habían preparado máquinas de guerra; de hecho, la madera que emplearon para fortificar el campamento que erigieron al oeste de la ciudad tras repeler a las huestes damascenas provenía de los huertos que rodeaban la ciudad. Se diría asimismo que calcularon mal las raciones de víveres, porque a los pocos días de haberse iniciado el asedio comenzaron a escasear los alimentos. El plan consistía, al parecer, en aterrorizar a los habitantes hasta el punto de que prefirieran rendirse o conquistar Damasco tras un asalto rápido; pero no pensaban realizar un sitio prolongado, lo cual, aun a pesar de que los atacantes eran muy numerosos —cerca de cincuenta mil, según un testigo—, habría resultado casi imposible, dada la magnitud de la ciudad.[55] Transcurridos tan solo dos días de escaramuzas intensas, la rendición no era inminente y, el 27 de julio, los cristianos se desplazaron a barrios peor defendidos y, sobre todo, menos fortificados. Es casi imposible comprender la táctica subyacente a esta decisión. En la nueva posición, los cristianos carecían de agua y de protección; como cualquier retraso podía resultar funesto, no se tomaron el tiempo de preparar ni siquiera los máquinas de guerra más sencillas o alguna clase de artefacto con el que arrojar proyectiles. No cabía pensar en un asalto inmediato, pero tampoco había otras alternativas. Los defensores habían reconquistado y fortificado los

huertos y el campamento inicial de los cristianos, en la zona occidental de la ciudad; la moral de los ciudadanos se había recuperado de la conmoción primera; llegaron noticias conforme, por el norte, se estaban acercando a socorrerlos dos grandes ejércitos, dirigidos por Nur al-Din de Alepo y su hermano Sayf al-Din de Mosul. En el amanecer del 28 de julio sonaron las trompetas de la retirada cristiana, pero en el viaje de regreso a Palestina, los musulmanes no cesaron de hostigarlos y las bajas fueron considerables.

La decisión de retirarse, ineludible, fue debida a las circunstancias inmediatas, también insoslayables. Autores contemporáneos y posteriores, tanto cristianos como musulmanes, buscaron causas más humanas y explicables que el infortunio para explicar la gran humillación sufrida por las armas cristianas en el Oriente Medio, que fue aún más indigna, si cabe, porque el ejército estaba intacto. No tardaron en surgir las acusaciones de traición. Conrado escribió a su regente, Wibaldo de Corvey, y le transmitió, con palabras oscuras e imprecisas, que el consejo de trasladar el ejército al frente oriental de Damasco cabía achacarlo a una traición. Una generación más tarde, Guillermo de Tiro se hizo eco de los rumores según los cuales algunos elementos de las baronías jerosolimitanas habían aceptado sobornos de Damasco para provocar una retirada. El historiador Ibn al-Athir (1160-1233) recogió que el gobernador de Damasco, Mu'in al-Din Unur, había escrito a los líderes francos de Siria para hacerles ver que se arriesgaban a provocar que todos los jefes musulmanes de la zona se unieran en su contra, sin que ello les redundara en beneficio alguno, dado que los caudillos occidentales pensaban quedarse la ciudad para sí mismos; algo similar hallamos en la versión de Guillermo de Tiro, para el cual al comienzo del asedio, Teodorico de Flandes extrajo a Conrado, Luis, Balduino y algunos barones de Jerusalén la promesa de que, cuando cayera Damasco, la ciudad le sería concedida a él. Tres décadas más tarde, algunos veteranos hicieron recaer las culpas en Raimundo de Antioquía, quien, movido por el resentimiento y el afán de venganza, habría convencido a los barones locales de que sabotearan las ambiciones de Luis de Francia. También hubo rumores sobre la implicación de las órdenes militares. Otón de Frisinga, que había participado en las conversaciones de Acre, en junio de 1148, atribuyó la debacle de Damasco, más en general, al orgullo del rey; esta con-

cepción moralista del asunto se repitió por toda la Cristiandad en los años posteriores.[56]

Fuera cual fuese la realidad exacta de los hechos, la acusación de deslealtad, dirigida contra los barones locales, devino la versión generalmente aceptada, lo que perjudicó seriamente las relaciones entre Outremer y Occidente durante los treinta años siguientes, si debemos dar crédito a Guillermo de Tiro, testigo presencial y autor fiable. Pero ¿por qué se habría producido un cambio tan repentino en los sentimientos de parte de los líderes de Jerusalén? La respuesta no es fácil. La cólera y la sorpresa de Conrado no debieron de ser un caso único entre los occidentales, que habían basado su ataque en las informaciones del espionaje local y sus consejos sobre el terreno, bien conocido para muchos jerosolimitanos. Quizá las historias del soborno oculten el pago semioficial de un tributo por parte de Unur a Jerusalén, a cambio de la retirada. Es posible que, al establecer contacto con los francos, Unur ofreciera renovar el tratado anterior, en desuso, pero que de hecho se renovó un año más tarde, en junio de 1149. Quizá los partidarios de Melisenda sabotearon de forma deliberada el asedio, aunque una indiferencia tan cruel ante el número de bajas sacrificadas en el altar de las luchas políticas habría hecho ascender el cinismo a cumbres inéditas incluso para los belicosos barones de Jerusalén. Otra explicación alternativa sostiene que las ambiciones del conde de Flandes —casado con la hermanastra de Balduino, que lo acompañaba en la expedición y era mucho mayor que él— tal vez encolerizasen a la facción de Melisenda, que, en apariencia, confiaba en entregar Damasco a un partidario suyo, Guido de Beirut; tal vez temiesen que Balduino utilizara Damasco para consolidar su propio grupo. La historia musulmana más inmediata, la de Ibn al-Qalanisi, no hace referencia a conspiración alguna; en su lugar, insiste en la destrucción sembrada por la incursión latina, el martirio de dos hombres santos y la heroica y vigorosa defensa organizada por Unur. Es posible que la intensificación de la resistencia ofrecida por parte de los líderes religiosos y los muyahidines frustrara los planes de apaciguamiento que pudiera haber en la propia Damasco, obligando así a Unur a descartar cualquier posible entendimiento con los francos, una esperanza con la que tal vez contaba la estrategia cristiana. No obstante, Al-Qalanisi atribuyó la retirada de los cristianos a que sintieron miedo a quedar atrapados entre la ciu-

dad y los ejércitos, cada vez más próximos, de Alepo y Mosul. Es un análisis práctico, que quizá se halle más cerca de la verdad que ningún otro. Preservar las propias fuerzas armadas era una cuestión clave en una de las corrientes predominantes del pensamiento estratégico solimitano del siglo XII: si un jefe militar tenía que escoger entre un asalto valiente, pero peligroso —que corría el riesgo de quedar cercado por los ejércitos de socorro— y una retirada ordenada, esta última opción le habría parecido tal vez la más sensata. Ahora bien, no era el camino de los héroes. El milagro de Antioquía en 1098 no se volvió a repetir.

El fracaso de Damasco destruyó la Segunda Cruzada. Al regresar a Palestina, se esbozaron planes para revivir el proyecto de asaltar Ascalón y se fijó fecha y hora para la reunión de los ejércitos. Conrado aguardó ocho días en el lugar escogido, pero pocos fueron los que se le unieron. El rey abandonó la empresa con enfado, acusó a los lugareños de haberlo engañado una vez más e hizo preparativos urgentes para regresar a Occidente.[57] Zarpó de Acre el 8 de septiembre, con destino Bizancio, dispuesto a renovar la alianza con Manuel. Como cabeza visible del mayor de los ejércitos reclutados en 1147, Conrado había perdido más que nadie y ganado menos que nadie. Su sobrino, Federico de Suabia, había consolidado su reputación, pues en todos los estadios de la expedición se mantuvo como activo y eficaz lugarteniente de Conrado; no abandonó el compromiso con Tierra Santa y, cuarenta y cuatro años más tarde, ya como el emperador Federico I Barbarroja, se dispuso una vez más a restañar las heridas de la Cristiandad. En cuanto al resto, el hermano de Conrado, Otón de Frisinga, puso palabras al pensamiento de muchos cuando afirmó, como afligida explicación de las experiencias que a su juicio les había hecho pasar Dios, que «aunque no fue bueno para el engrandecimiento de nuestras fronteras ni trajo beneficio a nuestros cuerpos, sin embargo fue bueno para la salvación de las almas».[58]

Luis permaneció en Outremer hasta después de la Pascua (3 de abril) de 1149 e invirtió grandes sumas de dinero, que tuvo que tomar prestado, para financiar la defensa del reino del Jerusalén. La presencia del rey francés tal vez contribuyera a calmar un estado de nerviosismo tenso, debido sobre todo a las incesantes peleas de Me-

lisenda y Balduino. Al final respondió a las peticiones de Suger, que le rogaba volviera a su reino, y Luis fletó algunos barcos sicilianos para el viaje al oeste, que no se desarrolló sin incidentes: uno de los buques fue confiscado por los griegos, que seguían en guerra con Sicilia, e incluso la reina Leonor fue detenida durante un breve período de tiempo por los bizantinos, que sospechaban de sus intenciones.[59] Sin éxitos tangibles y con un liderazgo que solo cabía calificar de modesto incluso a ojos de su propio capellán, Luis regresó a Occidente tras una ausencia de dos años, que reforzaron su posición internacional y estrecharon los lazos personales con muchas de las grandes casas principescas de Francia, incluidas las de Flandes y Champaña; por otro lado, su reputación de hombre piadoso creció alimentada por las historias de heroísmo y fortaleza. Solo el rumor retrospectivo derivado de los cotilleos sobre el escándalo de Antioquía manchó su imagen. Aunque en Francia hubo intentos de lanzar una nueva guerra de la cruz en 1150 —en parte como respuesta a la derrota de Antioquía en Inab, un año antes—, los arrastró una marea de desinterés y reconocimiento de la propia impotencia. Sin embargo, Luis retuvo el afecto por la causa de Tierra Santa y la siguió incorporando a sus pronunciamientos públicos y negociaciones diplomáticas, y en más de una ocasión prometió regresar. Al igual que en muchos otros casos, la visita a Tierra Santa permaneció arraigada en su mente como ideal e inspiración, pese a que la realidad material fue no poco desagradable. En años posteriores, Luis solía jurar regularmente «por los santos de Belén».[60]

En otros lugares de la Cristiandad, las reacciones fueron una combinación de conmoción, tristeza y acusaciones. Los participantes buscaron cabezas de turco en los griegos, los solimitanos o incluso su propia ingenuidad táctica; pero los analistas, menos caritativos, condenaron la empresa en su conjunto y reprocharon a sus jefes y participantes en general los defectos de arrogancia, falta de humildad, inmoralidad, rapacería y, en última instancia, esterilidad del esfuerzo; todo ello formaba parte del análisis tradicional de los fracasos como fruto de los pecados. Las críticas más intensas se dirigieron hacia los promotores de la expedición. Eugenio III admitió que aquella cruzada había causado «el perjuicio más hondo al buen nombre de los cristianos que haya visto en nuestros días la iglesia de Dios». El papa inglés, Adriano IV, en misiva enviada a Luis VII una

década más tarde, recordaba las críticas al papado como impulsor de la cruzada, aunque, con su falta de tacto característica, apuntaba también que el rey había emprendido el viaje a Jerusalén «sin la cautela necesaria».[61] El arzobispo Enrique de Huntington, henchido de entusiasmo patriótico, intentó extraer de todo el empeño un corolario moral, al comparar el fracaso de los reyes más adinerados y orgullosos con el éxito de los «hombres más [humildes y] ordinarios que poderosos», que habían participado en la conquista de Lisboa y «en su mayor parte, procedían de Inglaterra». En Germania, algunos responsabilizaron del desastre a la mano del Anticristo. Cierto monje de Wurzburgo, testigo de las atrocidades antisemitas de 1147, se ensañó por igual con los reclutas y los organizadores: los predicadores eran «pseudoprofetas, hijos de Belial y testigos del Anticristo, que sedujeron a los cristianos con palabras hueras»; los cruzados, en su mayoría, no eran sino turistas a la caza de novedades, locos por la rapiña, deudores compulsivos, convictos huidos de la justicia o refugiados de las tierras de señores implacables.[62] Vicente de Praga no fue el único que cifró las causas de la debacle en la presencia de las mujeres: el sexo y la guerra santa no encajaban nada bien.[63] Mientras que Otón de Frisinga sugirió, no sin elegancia, que tanto él como los demás cruzados habían pecado de arrogancia y orgullo y no habían satisfecho las expectativas morales establecidas por Bernardo de Claraval, otros fueron menos respetuosos con el abad, que se sintió obligado a dar a la luz una apología exhaustiva en defensa de Eugenio y de sí mismo, en un tratado titulado *De Consideratione* (que terminó entre 1149 y 1152). En público, Bernardo se lamentaba de los problemas, pero ardía en deseos de emprender otra aventura, con las reformas precisas, y se cuenta que en 1150 citó con aprobación el lema: «Voy a Jerusalén a ser crucificado por segunda vez». En *De Consideratione,* reconoció los pecados de los cruzados y el carácter implacable del Juicio Divino. Se defendió ante quienes le reprochaban un exceso de premura y reclamó respeto a la autoridad del papa, aunque aceptaba que la severidad de Dios escandalizara a muchos. Para tranquilizar a Eugenio, a quien se dirigía la obra, citaba el ejemplo de los hebreos castigados por su falta de fe en la travesía del desierto, y situaba al pontífice y a sí mismo en el papel de Moisés, quien realizaba la voluntad de Dios, por doloroso que pudiera resultar. Así, Bernardo confiaba en que él y el papa podrían excusarse en

cuanto agentes de los propósitos divinos; y aún añadió, con un acto de flagelación farisaica: «Me complace que los hombres murmuren en contra de nosotros, pero no en contra de Dios. Me honra que se digne a utilizarme como Su escudo».[64] La fama de Bernardo pervivió, aunque se hundiera la reputación de su cruzada. El rey Amalarico de Jerusalén solía hablar de la noche previa a una batalla en Egipto, en marzo de 1167, cuando el abad, fallecido ya muchos años antes, se le apareció en un sueño para censurarle sus pecados (la lujuria de Amalarico era muy conocida), que maculaba la astilla de Vera Cruz que portaba colgada del cuello. Bernardo se negó a bendecir la cruz hasta que el rey prometió enmendarse; al día siguiente, la reliquia salvó la vida del monarca.[65]

Sin embargo, el rey Amalarico podría haber hablado también de la quiebra de la confianza entre Oriente y Occidente, a consecuencia de la Segunda Cruzada. En palabras de Guillermo de Tiro, tutor del hijo de Amalarico: «pocas fueron las personas, y solo las más débiles de espíritu, que emprendieron este peregrinaje en adelante ... los que se acercan temen caer en las mismas penalidades y, por ende, abrevian su estancia cuanto pueden».[66] La decepción punzante y los rumores de traición e insinceridad movieron a algunos a dudar del concepto mismo de guerra santa, así como de la justicia inherente a combatir y dar muerte a los musulmanes. Otros se limitaron a burlarse de lo que se les antojaba una locura caprichosa y un desperdicio de recursos. El entusiasmo embriagador que Bernardo había orquestado de modo tan poderoso y convincente en 1146 y 1147 quedó reducido a polvo y cenizas, o, según lo expresó Otón de Frisinga, a una época de llanto. Había acarreado la muerte de muchos miles de personas: una muerte gloriosa, vulgar, dolorosa, mísera. «Tan grande fue el desastre del ejército, tan inenarrable la tristeza, que cuantos en él participaron se lamentan con lágrimas hasta el mismo día de hoy», escribió un autor que conoció a algunos de los supervivientes.[67] Todos se unieron a la hora de reconocer el coste en vidas humanas de la expedición, que se puso de relieve, de un modo aún más doloroso, en comparación con la ausencia de beneficios materiales significativos. La mayoría, según se lamentaba Bernardo de Claraval, «juzgaba las causas a partir de sus resultados».[68] Pero fueron pocas las voces que se alzaron para contradecirlos; y menos aún, las que lo hicieron de un modo convincente.

IV. LA TERCERA CRUZADA

Capítulo 11

«UN GRAN MOTIVO DE DUELO»:[1] EL RENACER DE LAS CRUZADAS Y LA TERCERA CRUZADA

El amargo regusto que había dejado el fracaso de la Segunda Cruzada socavó tanto la idea como la práctica de este método de guerra santa cristiana, al poner en duda sus motivos y su moralidad. A pesar de las peticiones de ayuda desde Outremer, insistentes y cada vez más apremiantes, los pontífices posteriores no lograron estimular nuevas expediciones generales hacia Oriente, ni siquiera cuando pusieron en marcha todo el arsenal de la retórica religiosa, los incentivos espirituales y la persuasión diplomática. Algunos personajes acaudalados realizaron, a título privado, peregrinajes armados a Oriente. Algunos fueron con intención de combate, como la del que cabría denominar adicto a Tierra Santa, el conde Teodorico de Flandes, en 1157-1158 y 1164-1165 (ya había estado en 1139 y 1148); otros no, como el duque Enrique el León, de Sajorna (1172). Los aventureros y oportunistas de algunas dinastías se podían sentir atraídos por Oriente ante la perspectiva de un matrimonio lucrativo o espectacular, como le sucedió a Guillermo de Montferrat en 1176, quien desposó a Sibila, hermana y heredera del rey leproso Balduino IV. Pero tras morir Guillermo en 1177, ni siquiera los encantos de Sibila consiguieron atraer a un novio de Occidente. Cuando, en 1175, Felipe de Alsacia, conde de Flandes, planeó seguir la tradición familiar asentándose un tiempo en Tierra Santa, sintió la necesidad de consultar a la abadesa Hildegarda de Bingen (1098-1179), intelectual imponente, poetisa, música, mis-

tica y sabia, de espiritualidad muy avanzada. Felipe le preguntó si Dios, con quien su corresponsal afirmaba mantener contacto directo, lo aprobaría. Por una vez, Su mensaje no estaba del todo claro. La tibia autorización de Hildegarda solamente habló de conformidad para combatir al infiel en un futuro imaginario, «si llega el momento» en que ellos amenacen «el manantial de la fe».[2] Aquella cautela a la hora de participar en las cruzadas afectó a otras fronteras de la cristiandad. Entre 1149 y 1192, solo hubo tres concesiones papales de privilegios de Jerusalén para los conflictos con los infieles en la península Ibérica; en el Báltico tuvieron que conformarse con solo una, en 1171. La Segunda Cruzada arrojaba una sombra casi impenetrable.

Aun cuando los acontecimientos se conjuraron para ofrecer alguna perspectiva de éxito, las respuestas fueron insignificantes. En 1176, el emperador griego, Manuel I, que abrigaba la esperanza de reforzar su posición en Asia Menor y en Cilicia, así como sus alianzas en la Europa occidental, hizo pública su intención de dirigir una expedición conjunta de griegos y latinos hacia Tierra Santa. Pese al ruidoso impulso que el papa Alejandro III quiso darle a la empresa, el apoyo occidental fue tristísimo, antes incluso de que el avance del ejército de Manuel fuera interrumpido por los turcos selyúcidas de Iconio, en la batalla de Miriocéfalo, el 17 de septiembre de 1176. Cuando al año siguiente arribó a Acre una flota griega de ciento cincuenta navios, las riñas y las sospechas desatadas en el seno del gobierno de Jerusalén culminaron con la cancelación del ataque propuesto contra Egipto. Todos estos chanchullos no hicieron sino ratificar el especticismo occidental con respecto a la delicada situación de Outremer y la honradez de sus dirigentes.

En 1184, la estructura política de los dominios cristianos de Siria y Palestina había sufrido un terrible desgaste, menoscabada por una presión musulmana creciente, por las dificultades financieras del gobierno, por la inestabilidad dinástica, grave y prolongada, dentro de Jerusalén, e igualmente por las tensiones surgidas entre sus soberanos y los de Trípoli y Antioquía. Sin embargo, la misión a Occidente, en la que participó el patriarca de Jerusalén Heraclio, en 1184-1185, no despertó más que recelos, burlas, indiferencia, intereses personales y cautelas, una actitud que rozaba con lo displicente. El patriarca se entrevistó con el pontífice Lucio III, con el emperador

germano Federico Barbarroja y con Felipe de Francia, antes de suplicar a Enrique II de Inglaterra que encabezara una nueva cruzada; le ofrecieron dinero y promesas vacías. Solamente reclutó a un puñado de voluntarios. El rey Enrique, al parecer, declaró que el patriarca buscaba su «propio beneficio, no el nuestro».[3] Otro testigo no vio más que el tintineo de las joyas, el aroma de los perfumes y una fastuosa exhibición de riqueza, al paso del séquito patriarcal por París, y no creyó hallarse ante ninguna súplica desesperada y sincera de auxilio armado.[4] A las puertas de la que sería la mayor derrota de los ejércitos occidentales a manos de soldados no cristianos desde el siglo x —la batalla de Hattin, en Galilea, el 4 de julio de 1187—, pareció que las cruzadas habían agotado su camino: un modelo de guerra santa que, con la forma adoptada desde 1095, había cumplido su cometido y perdido sus fuertes resonancias populares. Los acontecimientos que sucedieron un caluroso día de verano en las colinas que se alzaban sobre Tiberíades prenderían de nuevo el fuego.

NUR AL-DIN, SALADINO Y LA RECUPERACIÓN MUSULMANA

En la década de 1180, el historiador y arzobispo jerosolimitano Guillermo de Tiro, en uno de sus pasajes más extraordinarios y merecidamente renombrados, describió cómo el equilibrio estratégico en el Oriente Medio se había inclinado decididamente en contra de los francos. Según él, este deterioro de la situación se debía a tres cuestiones: el carácter pecador de los francos de entonces, en comparación con sus antecesores; la pérdida de la ventaja que el celo religioso y el entrenamiento militar habían logrado para los primeros cruzados con respecto a los otrora indolentes y pacíficos habitantes de la región; y la unificación de Siria y Egipto.

> En otros tiempos casi cada ciudad tenía su gobernante ... no dependían uno de otro ... [gobernantes] que temían a sus propios aliados no menos que a los cristianos [y] no podían o no estaban dispuestos a unirse para repeler el peligro común o a armarse para nuestra destrucción. Pero ahora ... todos los reinos adyacentes al nuestro han caído bajo el poder de un solo hombre. En poco tiempo, Zengi ... conquistó primero otros muchos reinos por la fuerza y luego puso sus violentas manos sobre Edesa ... Después su hijo, Nur al-Din,

> echó al rey de Damasco de su propia tierra, más con traiciones de los súbditos de este que por valor verdadero de aquel, se adueñó del reino para sí y lo añadió a su herencia paterna. Aun más recientemente, el mismo Nur al-Din, con la diligente ayuda de Shirkuh, se apoderó del antiguo y rico reino de Egipto, tomándolo como propio ... Así ..., todos los reinos que hay a nuestro alrededor obedecen a un único gobernante, llevan a cabo la voluntad de un solo hombre, y a su mando solo, por más que a regañadientes, están preparados, como unidad, para tomar las armas para nuestro daño. Ninguno de entre ellos es libre de permitirse «seguir» su propia inclinación o desobedecer impúnemente las órdenes de su señor. Este Saladino ..., un hombre de humildes comienzos y baja clase social, mantiene ahora bajo su control todos estos reinos, porque la fortuna le ha sonreído con su gracia. De Egipto y los países adyacentes, obtiene un inestimable aprovisionamiento del oro más puro ... Otras provincias lo nutren de incontables compañías de jinetes y combatientes, hombres sedientos de oro, puesto que es cosa fácil, para aquellos que disponen de un copioso almacén de esta mercancía, atraerse a los hombres.[5]

El análisis de Guillermo fue confirmado no solo por testigos musulmanes, sino también por el devenir de los acontecimientos.

El fracaso cristiano ante Damasco, en 1148, no llevó directamente a la unificación de Siria. Algunos damascenos contemplaban a Nur al-Din de Alepo (1117-1174) como una amenaza mayor para su independencia que los francos. Aunque suministraron tropas a la campaña de Nur al-Din, que culminó con la derrota y la muerte del príncipe Raimundo de Antioquía en Inab, en junio de 1149, los damascenos acordaron al mismo tiempo una nueva tregua con Jerusalén, que se prolongó al menos hasta que Nur al-Din se anexionó la propia Damasco en 1154. Un ejército conjunto de Jerusalén y Damasco asedió Bosra (en la región de Hauran) en 1151 y la capital siria pagó un tributo regular a sus vecinos francos, mientras seguía aplacando a Nur al-Din por medio de alianzas en el norte de Siria. Solamente tras la toma de Ascalón por los francos en 1153, la mayoría de la élite gobernante de Damasco decidió que los cristianos representaban la mayor amenaza. Aun así, cuando Nur al-Din

ocupó Damasco en abril de 1154, antes había tenido que someter a la ciudad a un bloqueo económico, seguido de un asalto armado.[6]

Los términos pacíficos que les fueron concedidos a los gobernantes de Damasco demuestran que Nur al-Din fue más contemporizador que su padre, el brutal Zengi. El *yihad* estuvo integrado en la esencia de su gobierno, puesto que, con regularidad, solicitaba apoyo para las renovaciones anuales de lo que anunció como guerra santa. En 1149, dio publicidad a la importancia de su victoria en Inab bañándose en el Mediterráneo. En sus ejércitos viajaban propagandistas religiosos. En su séquito había poetas palestinos exiliados que solicitaban la reconquista de su patria, «hasta que veas a Jesús huir de Jerusalén».[7] En la práctica, tal como señalaron sus críticos, Nur al-Din pasó la mayor parte de su carrera dedicado a subyugar a otros musulmanes: se anexionó Damasco en 1154 y Mosul en 1170, peleó por el control de Egipto con posterioridad a 1163 y estaba dispuesto a firmar acuerdos con invasores como el emperador bizantino, en 1159, y los jerosolimitanos, en 1161. No obstante, la herencia de Alepo, que lo confinaba a Siria más que a los territorios de su padre, en Iraq, impuso a Nur al-Din una atención más intensa sobre los vecinos francos, al mismo tiempo que lo privaba de los recursos paternos para efectuar victorias territoriales a sus expensas, una brecha que logró salvar con la retórica yihadista y una exhibición de austeridad personal y espiritualidad extrema. La imagen de Nur al-Din como un hombre devoto, justo, un *muyahid* puritano, fue exhibida en inscripciones y monedas y con su mecenazgo del saber religioso, las escuelas, los estudiosos y las mezquitas. Cultivó una reputación de gobernante justo, jurista y teólogo entendido, culto, instruido y ortodoxo, aunque, en palabras de un panegirista iraquí, Ibn al-Athir, «no un fanático».[8] La piedad de Nur al-Din aumentó, al parecer, tras adolecer de enfermedades graves en 1157 y 1159, y tras ser derrotado por los francos ante el Krak de los Caballeros, en 1163; este tipo de evolución es similar a la de otro gobernante que llevaría su fe cosida a las mangas, un siglo más tarde: Luis IX de Francia.

En 1161, Nur al-Din emprendió el *hajj** y reconstruyó las murallas de Medina, en la región de Hijaz; siendo La Meca la ciudad más sagrada del mundo musulmán, se trataba de gestos de valor ob-

*** O *hayy,* peregrinación a La Meca. *(N. de los t.)***

viamente político, al mismo tiempo que religioso. Nominalmente, el Hijaz caía dentro de la soberanía de Egipto, aunque a la práctica estaba gobernado por familias que afirmaban ser descendientes del Profeta. La aparición y la influencia de Nur al-Din anunciaron el surgimiento de una nueva potencia en el islam. La convenciencia y la devoción se entrelazaron con gran efecto. Las inscripciones del elaboradísimo almimbar (pulpito de la mezquita) de Nur al-Din, construido en Alepo en 1168-1169, proclamaban su trayectoria yihadista, que no era menos evidente en su propósito confeso de trasladar ese mismo pulpito a la mezquita de Al-Aqsa, una vez hubieran reconquistado la Ciudad Santa, deseo que Saladino cumplió veinte años después. Un almimbar como aquel, desde el que podía divulgarse una controversia teológica politizada, disfrazada en el sermón religioso del viernes *(jutba*), representaba una promesa ostensible de dar unidad a las ambiciones política y espiritual, la ideología y la construcción de un imperio. Al consolidar la alianza con las recientes clases religiosas, estridentes e influyentes, en los terrenos legales y administrativos, Nur al-Din albergaba la esperanza de conciliar bajo su dominio a los opositores políticos. Ofreció unidad dentro del islam del Oriente Medio, bajo la autoridad nominal del califa suní de Bagdad, a quien había que solicitar aprobación expresa para cada una de las conquistas y anexiones. Nur al-Din no solo es contemplado a posteriori como «el guerrero del *yihad,* el que defiende ante los enemigos de la religión [de Alá] el pilar del islam y a los musulmanes, el que concede justicia a los oprimidos ante los opresores».[9] Su sucesor, hoy más famoso, fue Saladino, quien aprendió bien la lección y tuvo buen cuidado de no apartarse del camino.

Pero a mitad del siglo XII, Outremer no parecía que fuera a dar un giro en redondo. Aunque las incursiones militares de los musulmanes amenazaban aún con la catástrofe, en el reino de Jerusalén, al menos, solo las zonas inmediatas a las fronteras eran contempladas como lugares con riesgo para los colonos. A pesar de las recriminaciones que siguieron a la Segunda Cruzada y de un conflicto intenso y dañino (1149-1152), que acabó en una guerra civil abierta (1152) entre el joven rey Balduino III y su madre, la reina Melisenda, no obstante los francos consiguieron estabilizar su posición en

Antioquía en 1150 y reanudar las operaciones ofensivas. Los ataques de Nur al-Din sobre Damasco se vieron frustrados a principios de la década de 1150. Con miras a debilitar Ascalón, el último puerto palestino en manos musulmanas, Gaza fue reconstruida y concedida a los templarios en 1149-1150. En enero de 1153, Balduino III empezó a sitiar Ascalón, que se rindió el 19 de agosto, ofreciendo al rey un botín enorme, mayor seguridad en la frontera meridional y acceso a Egipto. Hacia 1115, un gobierno egipcio alarmado y tambaleante empezó a pagar tributo a Jerusalén. En 1159, cuando Manuel I —aliado de Jerusalén, figura dominante en el Mediterráneo oriental y soberano último de Antioquía— suscribía acuerdos con Nur al-Din y contemplaba la posibilidad de llevar la guerra al Egipto fatimí, la soga del análisis de Guillermo de Tiro habría parecido una fantasía. Sin embargo, el hado de Jerusalén pronto iba a entrar en situación de peligro, justo a orillas del Nilo.

La nueva orientación de la estrategia defensiva de los francos, en la década de 1160, desde el norte de Siria a Egipto, suponía en aparencia invertir la corriente tradicional. Desde el reinado de Balduino I hasta finales de la década de 1150, los sucesivos monarcas de Jerusalén se habían sentido atraídos hacia el norte, para restaurar el orden y la seguridad tras las derrotas, la muerte de soberanos o las querellas políticas internas. La principal amenaza militar para la supervivencia de Outremer, desde la década de 1110, provenía de Alepo, Mosul y las fuerzas de la Jazira (la Alta Mesopotamia) e Iraq. Abandonada a su suerte. Damasco tendió a establecer alianzas con Jerusalén, aunque el Egipto fatimí había dejado atrás hacía mucho la reconquista activa de Palestina. Balduino II había reforzado su política en el norte mediante el matrimonio de dos de sus cuatro hijas con Bohemundo de Antioquía (muerto en 1130) y con Raimundo II de Trípoli (muerto en 1152), respectivamente. Sin embargo, los lazos entre Antioquía y Jerusalén se tensaron como consecuencia del comportamiento agresivo del nuevo príncipe de Antioquía, el glamuroso francés Reinaldo de Châtillon, que se casó con Constanza de Antioquía en 1153. Tras provocar un sonoro escándalo, al sacarle dinero al patriarca Aimery de Antioquía por medio de tortura pública, en 1156 Reinaldo rompió la alianza con Bizancio y atacó Chipre.[10] Si la captura de Reinaldo a manos de Nur al-Din en 1161, junto con su encarcelamiento en Alepo hasta 1176, sirvieron

para debilitar o fortalecer la causa de los francos, es una cuestión que permanece sin clarificar todavía; lo que sí podemos afirmar es que eliminó una fuente de discordias. Al punto, su captura implicó a Balduino III en otra serie de tira y afloja políticos, entre los partidarios de Constanza y el hijo que tenía de su primer matrimonio, con Raimundo de Poitiers, Bohemundo III. No obstante, el destino de Antioquía dejó de estar pendiente de sus decisiones, desde el momento en que Manuel I reafirmó personalmente su dominio señorial de Antioquía, en 1159.'[1]

Entrados ya en conversaciones para asaltar Egipto, Balduino estaba ansioso por aceptar una alianza bizantina. En 1161, Manuel demostró su eficaz influencia instalando a Constanza en el gobierno tras la captura de Reinaldo, antes que al hijo de ella, Bohemundo III. Algunos historiadores han sostenido que abandonar la zona norte de Outremer fue un error fatal de los reyes de Jerusalén, pues permitió a Nur al-Din extender sin obstáculos su autoridad por la región. Pero es difícil encontrar un modo en el que Balduino o su sucesor, Amalarico, pudieran haber continuado ejerciendo el control sobre Antioquía sin entrar por ello en conflictos con Bizancio. En el punto culminante del poder latino sobre Jerusalén, Egipto tuvo que verse como una fuente casi irresistible de riqueza rápida, con la que compensar la disminución de las rentas del reino. Nur al-Din se implicó en la cuestión egipcia con cierta reticencia y sin garantías de éxito. Una guerra tan lejos de sus bases sirias era costosa. Los políticos egipcios eran hostiles a las interferencias sirias. Cualquier invasión desde Siria tendría que cruzar el desierto, la tierra de nadie que había entre Negev y el norte de Arabia, bajo la atenta mirada de los puestos de avanzada francos y los espías beduinos. En tales circunstancias, la intervención de los francos en los asuntos internos de Egipto ni era caprichosa ni estaba condenada al fracaso; dada la implosión del régimen fatimí, probablemente fue algo inevitable.

Si la reorganización de alianzas y determinaciones políticas entre los francos y sus vecinos musulmanes, en la década de 1150, caracterizó la primera fase del proceso de cerco que describió Guillermo de Tiro, la segunda giró en tomo a la batalla por Egipto, que perdieron los francos, y que, para el antiguo mercenario kurdo que comandaba

las tropas de Nur al-Din, Saladino, supuso una base de poder desde la que crear un nuevo imperio de Oriente Medio. Durante la década de 1150, el orden interior del califato fatimí se vino abajo y una serie de gobernadores provinciales se disputaron el poder y el visirato. Balduino III, que venía con fuerza tras la conquista de Ascalón, aprovechó la situación para imponer un tributo a una de las facciones combatientes y estuvo sopesando la idea de una invasión, planes que analizó con Manuel I en 1159. En 1163, Egipto cayó en la anarquía; se sucedieron tres visires, uno tras otro, en cuestión de meses, y el tercero, el antiguo chambelán Dirgham, se negó a pagar el tributo a los francos, mientras Shawar (o Shauar), el predecesor desbancado, buscaba la ayuda de Nur al-Din. El nuevo rey de Jerusalén, el rollizo pero activo Amalarico, intervino para echar a Nur al-Din, apropiarse del botín y consolidar su gobierno nacional.

La primera invasión de Amalarico, en septiembre de 1163, solo se vio repelida cuando los egipcios rompieron los diques en el Delta del Nilo, cerca de Bilbeis (hacia medio camino, río arriba, desde el mar hacia El Cairo). Al año siguiente, Dirgham fue asesinado y Shawar fue restituido al poder por la mano de otro mercenario kurdo, el general Asad al-Din Shirkuh, de las tropas de Nur al-Din; pero la primera decisión del visir Shawar fue cambiar de bando y pedir ayuda a los francos. El cambio registrado en la política de Nur al-Din en 1164, que pasó de permanecer neutral a implicarse, aunque con cierta reticencia, refleja la dependencia que tenía de sus generales kurdos y los cuerpos de mamelucos, esclavos guerreros profesionales, más leales a sus comandantes que a ningún señor político, por nombrado que pudiera ser. Shirkuh contemplaba la invasión de Egipto como una oportunidad de establecerse por su cuenta en un puesto de poder, e hizo de la empresa un asunto familiar, pues llevó consigo como segundo en el mando, a su sobrino, Yusuf ibn Ayyub, más conocido como Salah al-Din o Saladino (1137-1193). Es posible que el protegido de Shirkuh, Shawar, percibiera de entrada sus intenciones, y de ahí la rápida invitación hecha a los francos. Sin duda, durante su primera invasión, Shirkuh hizo inventario cuidadoso de las reservas egipcias y estudió las posibilidades de establecer un régimen específicamente ayyubí.

La campaña de los francos en Egipto, desde agosto a octubre de 1164, se dedicó en su mayoría al sitio de Bilbeis y terminó cuando

Amalarico y Shirkuh acordaron ambos evacuar el país. La aparente ventaja de Amalarico en Egipto se vio debilitada después de que Nur al-Din atacara Antioquía y venciera a los francos en Arta, a unas veinte millas al este de la ciudad,* donde Bohemundo III de Antioquía y Raimundo III de Trípoli fueron apresados. Sin embargo, Shirkuh, que carecía de refuerzos debido a la guerra que se libraba en el norte de Siria, no pudo sostener su posición en Egipto, contra un régimen local que le resultaba hostil y estaba aliado con los francos. Ambos protagonistas abandonaron Egipto en 1164, pero estaban lejos de haber saciado su sed de conquista. Hacia finales de 1166, los planes de Shirkuh para conquistar Egipto habían conseguido el apoyo del califa bagdadí y la aquiescencia de Nur al-Din. Esta nueva invasión había sido prevista por Shawar, que volvió a solicitar el socorro de los francos, y ambos ejércitos llegaron casi a la par, en enero de 1167. La lucha se adentró en tierras egipcias, más allá del Delta y al sur de El Cairo, donde, en Al-Babayn (Medio Egipto), Amalarico sufrió una severa derrota frente al ejército de Shirkuh, en marzo. A pesar de todo esto y de la incapacidad de los francos de expulsar a Saladino de Alejandría, la posterior situación de tablas entre ambos ejércitos llevó de nuevo a la evacuación de las tropas, tanto de francos como de sirios, en agosto; Shawar quedó en el poder, con un representante de los francos instalado de forma permanente en El Cairo, acompañado de tropas, y un incremento en el tributo que debían pagar los egipcios a Jerusalén. El alcance y la intensidad de la guerra de 1167 nos hace pensar que Amalarico estaba decidido, como mínimo, a establecer un protectorado en Egipto, aunque solo fuera para impedir que cayera en manos de Nur al-Din o de Shirkuh, mientras que las intenciones de este último —anexionarse el país— no dejan lugar a dudas.

La crisis de las guerras egipcias sobrevino en el invierno de 1168-1169. Amalarico lanzó un ataque en octubre de 1168, en lo que pareció un intento de conquistar Egipto, pero se negó a esperar la ayuda naval de Bizancio y no contaba tampoco con el apoyo de los templarios. Tal vez Amalarico temía que Shirkuh se le adelantara en la conquista. Así las cosas, el avance franco impuso al inestable, pero resistente, Shawar otro revés diplomático, que lo dejaba en una situación

*** Poco más de treinta kilómetros. (A', *de los t.)***

precaria, puesto que lo obligaba a aceptar el auxilio de Shirkuh, a quien había traicionado en 1164. Tras la toma y el brutal saqueo de Bilbeis, Amalarico asedió El Cairo. Sin embargo, al no haber conseguido provocar una batalla decisiva, los francos tuvieron que retirarse con las manos vacías en enero de 1169, dejándole el paso libre a Shirkuh. El 18 de enero, Shawar, que falló por una vez en su hábil manejo de las situaciones, fue asesinado por los generales kurdos; según parece, por orden del califa fatimí Al-Adid, a la sazón adolescente. Shirkuh lo sucedió en el visirato. No obstante, el 22 de marzo de 1169, Shirkuh sucumbió a la edad, a más de tres décadas en una silla de montar, al esfuerzo reciente y a un prolongado estado cardíaco, agravado por el abuso de los placeres, el gusto por las «carnes pesadas» y la obesidad (en contraste con su porcino rival, el rey Amalarico, cuyo peso representaba una cruel recompensa a su moderación en la bebida y las comidas).[12] Pese a las reservas expresadas por comandantes turcos con mayor rango en el ejército, Saladino lo sustituyó.

En un principio, el puesto de Saladino parecía inestable, pues era el quinto visir en seis años. Su séquito militar personal era inferior en número a los contingentes turcos de Siria, muchos de los cuales regresaron al norte tras su ascenso al trono, con sus contrariados emires. Las fuerzas que le quedaron, de unos pocos miles de combatientes, parecían pequeñas al lado de los ejércitos fatimíes, sobre todo al lado de los treinta mil infantes negros, los *sudan.* Su posición política tenía un aspecto irremediablemente anómalo: un suní ortodoxo kurdo, que nominalmente estaba sometido a un señor extranjero, mantenido por un menguado ejército turco de Siria, que trataba de gobernar sobre un país enorme, aún no sojuzgado y populoso, en nombre de un califa chiíta. Pero en un año, había destruido a los *sudan* y repelido un peligroso asalto por tierra y mar, protagonizado por una fuerza anfibia combinada, de francos y griegos, en Damietta. Con esta derrota —la quinta invasión de Amalarico en seis años— y a pesar del ataque sobre Alejandría, acometido por tropas sicilianas en 1174, y del asalto naval que los bizantinos tenían planeado en 1177, el juego franco —legítimo en cuanto a su concepción, hábilmente financiado por un monarca falto de escrúpulos, pero fallido en la ejecución y corto de miras en las evaluaciones estratégicas a largo plazo— había fracasado y dejó a sus enemigos en una situación de sustanciosa ventaja.

En 1170, Saladino prosiguió con la ofensiva, arrebató a los francos Gaza y Aila (en el mar Rojo), asedió a los restos de los *sudan* y amplió sus dominios en Arabia Saudí y Yemen. Aunque en Egipto y Yemen harían falta más operaciones de vigilancia, el poder de Saladino estaba asegurado; sobre todo gracias a la cuidadosa organización de un cuerpo militar propio (o *askar),* de soldados conocidos como *salahiyya,* y a las cesiones de ingresos *{iqta)* a sus partidarios, en especial a sus familiares más inmediatos. Su padre, Naim al-Din Ayyub (muerto en 1173), percibió unos elevados ingresos del Delta y sus puertos. En concierto con la política de una ortodoxia religiosa abierta de Nur al-Din, en septiembre de 1171, a la muerte del califa fatimí Al-Adid, Saladino introdujo el nombre del califa suní abasí de Bagdad, Al-Mustadi (1170-1180), en las oraciones del viernes.[13] Tras doscientos dos años, el califato fatimí de El Cairo había terminado: fue un paso hacia la unidad religiosa por el que Saladino, el reticente ejecutor de los deseos de Nur al-Din, vio crecer su mérito. Mientras el nuevo sultán de Egipto consolidaba el control sobre la periferia sur de su imperio, Nur al-Din empezó a prepararse contra este advenedizo. Por dos veces, en 1171 y en 1173, Saladino se había retirado de expediciones conjuntas contra los francos en Transjordania. La guerra declarada parecía inminente cuando, «en medio de los preparativos» para invadir Egipto, Nur al-Din murió de repente, de un ataque al corazón, el 15 de mayo de 1174, en Damasco.[14] El 11 de julio, el rey Amalarico, tras sufrir unas prolongadas fiebres, murió en Jerusalén, a los treinta y ocho años. A finales de octubre, Saladino había entrado en Damasco. La tercera causa, y última, del cerco de Guillermo de Tiro estaba a punto de llegar.

La carrera de Al-Malik al-Nasir Salah al-Dunya wa'l-Din Abu'l Muzaffar Yusuf ibn Shadi al-Kurdi, conocido por los occidentales en vida y desde entonces como Saladino, fue muy representativa de la incertidumbre y las oportunidades políticas del Oriente Medio durante el siglo XII.[15] El que naciera como hijo de un mercenario kurdo desplazado al servicio de Zengi de Mosul, murió como creador y gobernante de un imperio que abarcaba Iraq, Siria, Arabia y Egipto, el dominio efectivo del Creciente Fértil; fue una dinastía afortunada, cuya familia de arribistas asumió la dirección política

del Oriente Medio durante más de medio siglo. Su leyenda, cuidadosamente preparada por los miembros de su corte al fallecer él, fue asimismo objeto de una publicidad inaudita por parte de los autores cristianos de Occidente. La reputación de Saladino como noble adversario caracterizado por el honor, la caballerosidad, la clemencia y la justicia, inventada justo después de acabar la Tercera Cruzada (1188-1192), se convirtió en una imagen principal de las cruzadas, presente desde los ciclos vernáculos de poemas épicos sobre las cruzadas y los romances del siglo xiii hasta las novelas baratas del siglo xxi. Tal fue la admiración que despertó en los comentaristas occidentales, que ellos le rindieron el último de los cumplidos, imaginando que había recibido el cinturón de caballero de un caballero franco, identificado por un escritor, durante la guerra de Palestina de 1191-1192, como Umfredo II de Toron, condestable de Jerusalén (muerto en 1179).[16] Aquellas ficciones sobre la caballerosidad de Saladino fueron consagradas en los versos y en los objetos de arte visual por toda Europa occidental; a principios de la década de 1250, por ejemplo, apareció compitiendo en una justa con Ricardo I, en las pinturas murales y los azulejos que decoraban los nuevos aposentos del sobrino de Ricardo, el rey Enrique III de Inglaterra.[17]

Lo que más impresionó a los contemporáneos occidentales de Saladino fue su generosidad, una cualidad que admiraron por igual dos poetas de la época: el germano Walter von der Vogelweide (hacia 1170-1230) y el versificador francés, tal vez normando, de la historia de la Tercera Cruzada, Ambrosio, que hizo notar unos pocos años después de la muerte de Saladino que «en el mundo no existía corte en la que no disfrutase de buena reputación».[18] Irónicamente, aquella admiración por el estereotipo del «buen pagano» —tal como aparece Saladino en el *Inferno* de Dante, al lado de Héctor, Eneas y Julio César— no era compartida por todos los escritores árabes del siglo XIII. Saladino y su familia habían hecho demasiados enemigos. La prolija historia del mundo musulmán del iraquí Izz al-Din ibn al-Athir, si bien reconocía los logros de Saladino, se cuestionaba su imagen y la propaganda. La famosa magnanimidad exhibida en Jerusalén en 1187, cuando Saladino permitió que los francos indefensos salieran sanos y salvos de la ciudad, se vio empañada por las afirmaciones de Izz al-Din, según el cual la primera reacción del sultán había sido exigir venganza plena contra los fran-

eos, por las atrocidades que estos habían cometido en 1099. Según Ibn al-Athir, Nur al-Din detectó en Saladino cierta reticencia a combatir a los francos «como debía», mientras sus propios emires lo apremiaban a entablar combate con los francos en Hattin, en 1187: «porque en Oriente el pueblo nos está maldiciendo, dicen que ya no combatimos a los infieles, sino que, en su lugar, hemos empezado a luchar con los musulmanes».[19] Aunque su fama difícilmente se debilitaría en Occidente, puesto que, de una forma un tanto extraña, gozó de nueva vida durante la Ilustración y aun después —como personaje racional y civilizado, contrario a los cruzados bárbaros y crédulos—, desde el siglo xiv al xix la reputación de Saladino en la memoria islámica y del Oriente Medio palideció al lado de la de Nur al-Din y el gran sultán mameluco Baibars (Egipto, 1260-1277).

Las observaciones de los emires de Saladino, en el relato que Ibn al-Athir hiciera de la campaña de Hattin, iban al meollo de la política y la reputación de Saladino. Entre 1174 y 1186, Saladino completó el cerco de Outremer que había señalado Guillermo de Tiro, quien probablemente murió en 1186. Por medio de una mezcla de fuerza y diplomacia, Saladino fue reafirmando de forma progresiva su control sobre Siria y la Jazira, iniciado en Damasco, en 1174. No fue recibido con un estallido de entusiasmo. El control sobre la mayoría de Siria lo alcanzó, no sin dificultades, entre 1174 y 1176. No se anexionó Alepo hasta 1183; Mosul cayó en 1186. Los ataques contra los francos fueron esporádicos y raros; el éxito, moderado. Fue derrotado en una escaramuza en la zona sur de Palestina, en 1177 (que los francos designaron con el nombre de batalla de Montgisard), y en Forbelet, en Galilea, en 1182; capturó el fuerte de Jacob (norte de Galilea) en 1179 y la desértica isla de Ruad en 1180. En 1182, Beirut resistió un ataque naval, y una gran invasión en perspectiva, que tenía que seguir a la toma de Alepo en 1183, se paralizó cuando el ejército de Jerusalén rechazó combatir. A efectos prácticos, la guerra con los francos parecía ocupar un segundo lugar, una vez estabilizada la herencia de Nur al-Din. Durante casi todo el período transcurrido entre 1174-1187, se vivieron treguas continuas, y el asalto final sobre Outremer solo se produjo cuando se habían agotado otras oportunidades de expansión. El poder de Saladino dependía de su habilidad para recompensar a sus seguidores y aliados con rentas y cargos lucrativos. Cualquier disminución en este generoso flujo de

patrocinios habría puesto en peligro su autoridad sobre los mamelucos, los miembros de su familia a los que había situado al mando de los territorios conquistados y también los que no eran ayyubíes, entre quienes se encontraban algunos príncipes de la dinastía de Zengi, reconciliados con Saladino, que exigían una recompensa a cambio de la sumisión. En consecuencia, la expansión territorial representaba para Saladino el propósito y el sustento de su política.

El legado de Nur al-Din incluía la defensa de la religión ortodoxa y el *yihad.* Saladino la cultivó con determinación, aunque no podemos asegurar si, tal como insisten sus panegiristas, lo hizo por convicción propia, por conveniencia pública o por ambas razones a un tiempo. Como advenedizo kurdo que pretendía gobernar sobre una amplia élite militar de la aristocracia turca, que antaño fue su soberana, Saladino necesitaba la legitimidad que el *yihad* podía concederle. Ya antes de que muriera Nur al-Din, podía presumir de la destitución de los herejes fatimíes; en todas las etapas de su carrera se había presentado bajo la imagen de un líder coránico. Dispuesto a crucificar a los herejes islámicos, la ortodoxia pública de Saladino atrajo la hostil atención de los Asesinos —los terroristas suicidas de la época—, hasta que, tras sobrevivir a dos atentados contra su vida, Saladino llegó a un acuerdo pacífico con su caudillo en el Líbano, Rashid al-Din Sinan (1169-1193), el «Viejo de las montañas» de los francos.[20] Las manifestaciones públicas de devoción religiosa y piedad personal ocupaban un lugar muy destacado en el estilo de Saladino como gobernante, usadas como medio de difusión de los mensajes políticos. La limpieza ritual de la Cúpula de la Roca y sus alrededores, realizada por él mismo en persona, junto con otros miembros de su propia familia, durante el proceso material de descristianización de Jerusalén, en 1187, demostró la condición de los ayyubíes en cuanto protectores y soberanos al mismo tiempo del islam.[21]

Aquella representación propagandística ocupó un lugar fundamental en los elogios biográficos que dedicaron a Saladino su secretario Imad al-Din al-Isfahani y su amigo, el funcionario Baha' al-Din ibn Shaddad. Interpretó un papel fundamental en su comportamiento político real. Para remarcar su lealtad al *yihad,* trasladó el almimbar de Nur al-Din desde Alepo a la mezquita de Al-Aqsa, tal como había querido su predecesor. Siguiendo también el ejemplo de Nur al-Din, prestó una atención especial a las relaciones con los califas de Bag-

dad, cuyo reconocimiento oficial podía imprimir un barniz de respetabilidad a sus conquistas. En 1175, consiguió ser investido por el califa Al-Mustadi como soberano de Egipto, Yemen y los futuros territorios conquistados en Siria (salvo Alepo), aunque la oposición del último gran califa abasí, Al-Nasir (1180-1225), frustró sus planes con respecto a Mosul, en 1182. Saladino acribilló la corte de Bagdad con una correspondencia halagadora, que daba a entender que actuaba como sirviente del califa, siendo particularmente importante el documento que envió a Al-Nasir pocos días después de su victoria sobre los francos en Hattin, en julio de 1187, que chorreaba obediencia formal a la suprema autoridad del califa.[22] El deber religioso redefinió los imperativos políticos. Ibn Shaddad hizo constar una conversación con Saladino en el camino de la costa entre Ascalón y Acre, un día tormentoso de 1189, en cuyo transcurso el sultán declaró su deseo de, una vez hubieran expulsado a todos los francos de Outremer, «zarpar rumbo a sus islas para perseguirlos allí, hasta que ya no quede sobre la faz de la tierra nadie que niegue a Dios».[23] Envuelto en esta hipérbole retórica se escondía el imperativo de su sistema de mecenazgos, lealtades y disciplina: el de obtener una conquista detrás de otra.

El problema de los apologistas del sultán fue que, antes de 1187, las fuerzas militares de Saladino se habían dirigido ante todo contra los correligionarios musulmanes. A pesar de todo su atractivo como conquistador de Egipto, Siria y Palestina, Saladino demostró ser un comandante de campo cauto, nervioso en ocasiones, mejor dotado para las intrigas políticas, la diplomacia y la administración militar que para las tácticas de combate o la estrategia de campaña. Sus victorias en Damasco (1154), Alepo (1183) y Mosul (1186) llegaron por medio de la coerción política y la diplomacia, no por asaltos militares. Los ejércitos cristianos lo derrotaron en Montgisard, en 1177, en Forbelet, en 1182, en Arsuf, en 1191 y en Jaffa, en 1192. La indecisión le costó Tiro y Antioquía en 1187-1188. Sigue siendo difícil de explicar por qué no supo sofocar al mísero ejército cristiano en las primeras etapas del sitio de Acre, en 1189. Fue la diplomacia, más que el combate, lo que le permitió resistir la Tercera Cruzada, puesto que había asegurado su alianza con el califa, tenía neutralizados a los selyúcidas de Asia Menor y sembró la discordia en el reino de Jerusalén, al firmar un tratado con Raimundo III de Trípoli en 1185-1187. Esta preferencia por las artes políticas no

puede atribuirse a una falta de experiencia militar o a cierta aprensión personal; la masacre de los *sudan* en 1169 y la carnicería de templarios y hospitalarios con posterioridad a Hattin lo desmienten. Lo que distinguió a Saladino, tal como detectó ya Guillermo de Tiro, fue una actitud oportunista muy desarrollada, respaldada por una apreciación nada sentimental de cómo alcanzar los fines por medio de las lisonjas y los incentivos, más que por la fuerza, todo ello unido a una notable habilidad para manejar los sistemas administrativos y a las gentes. Aun así, a pesar de todas sus cualidades como político, el triunfo de Saladino sobre los francos fue más fácil de conseguir por la debilitación de las fuerzas en el seno de Outremer, situación de la que él no fue responsable, en absoluto.

LA CAÍDA DEL REINO DE JERUSALÉN, 1174-1187

A partir del tercer cuarto del siglo **xii**, la sociedad política de Outremer, próspera a ojos de los occidentales, pero también extravagante, ensimismada, dividida y corrupta, sufrió una crisis acumulativa debida solo en parte a los errores de sus dirigentes. En el norte, el principado de Antioquía había sido reducido por Nur al-Din a una franja costera, al oeste del Orontes. En el reino de Jerusalén, tal como hemos observado con anterioridad, la estabilidad política estaba cada vez más desgastada, debido a la rápida sucesión de monarcas que iban desde un posible bigamo (Amalarico), a un leproso (Balduino IV), un niño (Balduino V) y una mujer (Sibila) casada con un arribista de mala fama (Guido). Protegidos por una serie de treguas acordadas con Saladino, la apariencia de riqueza y poder —según advirtieron los viajeros musulmanes y cristianos en las décadas de 1170 y 1180— ocultó y reforzó un politiqueo entre facciones demasiado indulgentes consigo mismas. Entre 1174 y 1186, la constante disputa por controlar la regencia, los reyes enfermos o menores de edad y el patrocinio real distrajeron la atención de otros problemas más complejos e ingratos, como las defensas y las finanzas.

Aunque los ingresos del comercio, sobre todo los del puerto de Acre, eran boyantes, las rentas del rey y sus grandes barones parecía que eran cada día más insuficientes para hacer frente a los gastos, particularmente los de defensa. Dentro del reino hubo un desplaza-

miento hacia los castillos y feudos sometidos a señoríos que eran adquiridos por corporaciones eclesiásticas acaudaladas, como los canónigos del Santo Sepulcro y, en especial, las órdenes militares de los templarios y los hospitalarios. Ellos podían recurrir a extensas redes de recursos tanto de Outremer como de países de la Europa occidental. En los territorios de Cesárea, en 1187, quizá hasta el 55 por cien de los bienes raíces estaban en manos religiosas; la mayor parte la poseían las órdenes militares. En el señorío fronterizo de Galilea, parece que todos los grandes castillos, a excepción del de Tiberíades, estaban en manos de los templarios y los hospitalarios en 1 168.[24] Si los señores seculares iban de capa caída, respaldados por feudos económicos más que de tierras, la corona retuvo en su haber importantes poderes de patrocinio y fuentes de ingresos generosos; entre ellas, los derechos portuarios, los impuestos sobre los musulmanes y los peregrinos, los beneficios de acuñar moneda así como de las tierras y otras propiedades de la corona, incluida la comercialización de los productos de las industrias locales, como por ejemplo el azúcar. No obstante, sin conquistar más tierras, las exigencias derivadas del patrocinio negaban a la corona muchas posibilidades de incrementar sus ingresos habituales. Cuando en 1167 se invadió Egipto, fue necesario un impuesto especial del 10 por cien sobre la renta de todos aquellos que rehusaron unirse a la expedición, según se acordó en una asamblea celebrada en Nablús a la que asisitieron, según parece, representantes «del pueblo» así como los notables del clero y del laicado.[25] En 1183 se llevó cabo una inspección global de las tierras del reino (el *census),* para contar con una base de cara a un nuevo cálculo de las obligaciones militares. Según el bien informado Guillermo de Tiro, a la sazón canciller del rey, ante la perspectiva de que la presión de Saladino aumentase, «el rey y los barones quedaron reducidos a un estado de grave carestía, pues sus ingresos resultaban completamente insuficientes para cubrir los gastos necesarios», motivo por el cual se vieron impelidos a acordar un nuevo impuesto nacional de guerra sobre todos los habitantes, con independencia de la lengua, religión, raza o sexo. Este proceso de censo de tierras, seguido por una imposición fiscal, es una remisniscencia de la «inspección de Domesday», practicada en Inglaterra en 1086. La naturaleza del impuesto —el 2 por cien de los ingresos superiores a los cien besantes y del 1 por cien del valor de las tierras, si este superaba asimismo los

cien besantes—, con un impuesto progresivo sobre los hogares en los casos inferiores, recordaba al de 1166 y en parte presagiaba el diezmo de Saladino de 1188 o las imposiciones del Parlamento inglés en el siglo XIII; en parte, por el elemento de consentimiento explícito, según lo recoge Guillermo de Tiro: «por consentimiento común de todos los nobles, tanto seglares como eclesiásticos, y con la aprobación del pueblo del reino de Jerusalén ... por el bien común del reino».[26] Se trataba de un lenguaje parlamentario.

Los problemas subyacentes no eran solo financieros. A pesar del dominio de facto sobre el reino de Jerusalén, la deshilvanada autoridad de Outremer (Antioquía, Trípoli y Jerusalén) incidió en contra de una planificación estratégica coherente a lo largo de toda la frontera cristiana, a pesar de que la aparición de las órdenes militares podría haber actuado como compensación que equilibrara esta tendencia a la escisión. En las circunstancias de la década de 1170 y 1180, la fuerte dependencia política, administrativa y militar que se tenía con respecto a la figura personal del soberano resultó muy nociva. El rey Balduino IV, inválido en gran medida a causa de la lepra, se vio obligado a presidir en persona tanto su administración como las reuniones de su consejo, y aun tuvo que asistir a las campañas y a las batallas, por más que la necesidad obligase a sujetarlo al caballo con correas o transportarlo en una litera. Cada vez que trató de renunciar a aquella carga cada vez más insoportable —para un hombre con parte del cuerpo paralizado, casi ciego, cuya desintegración física hacía que la gente lo rehuyera—, descubrió que le resultaba imposible. Este Balduino heroico de Guillermo de Tiro estaba atrapado en un sistema político, precario en su estrechez y vulnerable a las facciones internas tanto como a los ataques desde el exterior.[27]

En comparación con el sistema de asambleas consultivas, empleado en 1167 y 1183, esta carencia de complejidad institucional ejecutiva corría pareja a los limitados recursos militares. En una lista incompleta de obligaciones, fechada alrededor de 1180, se incluía a 675 caballeros deudores del rey (lo que vendría a representar unos setecientos, en total); cabe añadir el servicio prestado por las iglesias, los monasterios y las ciudades menores, en forma de sargentos, que podrían sumar hasta unos cinco mil soldados; también las órdenes militares, con unos setecientos caballeros más; y, como elemento crucial, los cuerpos de mercenarios, como por ejemplo los turco-

pies o los beduinos.[28] En teoría, a estas tropas más o menos entrenadas podía añadirse la recluta generalizada, en casos de emergencia. Pero, tal como puso de relieve la campaña de 1187, reclutar a la dotación completa de las fuerzas armadas dejaba indefensas posiciones vitales en castillos y ciudades; el castillo de Le Féve en Galilea, quedó privado de defensores durante los prolegómenos de la batalla de Hattin; la ciudad de Jerusalén solamente contaba con dos caballeros en el preciso momento en el que Saladino inició su asedio, en octubre de 1 187.[29] Cualquier incremento de mercenarios requería financiación, de la que los reyes y barones parecían carecer cada día más, hasta el extremo de que en 1187 tuvieron que saquear el tesoro depositado en Jerusalén por Enrique II de Inglaterra, como expiación por haber participado en el asesinato de Tomás Becket, en 1170. Pero la gran amenaza no procedía tanto de la falta de dinero líquido como de la falta de personal. No es de extrañar que la negativa por parte de los soberanos occidentales a asignar tropas a Outremer en 1184-1185 dejara al patriarca Heraclio «muy angustiado».[30]

Aunque aguantaban la presión musulmana, la creciente disfunción política corroía la unidad entre las decisiones y los objetivos de Jerusalén. Los orígenes de tales problemas pueden rastrearse ya en el reinado de Amalarico. En 1163, el nuevo rey se vio obligado a repudiar a su esposa, Inés de Courtenay, hermana de Joscelino de Courtenay, heredero del condado perdido de Edesa. Los motivos que se alegaron para el divorcio fueron, en primer lugar, de consanguinidad, pero algunos sostienen que cuando Amalarico e Inés se casaron en 1157, ella ya había contraído matrimonio con Hugo de Ibelin, con quien regresó como esposa después de separarse de Amalarico.[31] Sea cual sea la verdad del matrimonio real, su anulación revela la presencia de toda una élite gobernante que calculaba ante todo los beneficios personales e inmediatos, aunque desestabilizara con ello a la monarquía de la que dependía su propio poder. Tras la oposición a Amalarico pudo esconderse la reducción de las riquezas y la autoridad de los barones dentro de sus propios señoríos; si estos protestaron con fiereza e inquietud contra la influencia real, quizá es porque temían que Inés, desde su posición como reina, quisiera encontrar señoríos y feudos para su hermano sin tierras y otros edesanos bien dispuestos. El legado de la guerra civil de 1152, cuando Amalarico se puso del lado de su madre (la reina Melisenda) y en contra de Bal-

duino III, podría haber alimentado las sospechas; también contribuyó, quizá, el disgusto con la persona de Amalarico. Su taciturna aspereza, falta de atractivo y carencia de afabilidad eran evidentes incluso para su amigo y protegido Guillermo de Tiro. Según parece, el nuevo rey sufría habitualmente interrupciones e insultos, tanto en público como en privado, provocaciones que fingía ignorar. En un plano más grave, fue acusado de haber perdido el control de sus ministros y funcionarios, aunque eso podría hacer referencia, simplemente, a la impopularidad del favorito de Amalarico, quien desde 1167 era también su senescal (esto es, el jefe de la administración civil), Miles de Plancy.[32] Algunos desearon, quizá, anular el matrimonio de Amalarico para dejarlo libre y que pudiera pactar una boda diplomáticamente más ventajosa, más al estilo del primer matrimonio de Balduino I con Adelisa de Sicilia, cincuenta años antes (que fue ciertamente bigamo). En 1167, Amalarico se casó con María Comnena, sobrina-nieta de Manuel I.

Aunque la política del reinado de Amalarico giró en tomo de la guerra de Egipto, otros frentes de batalla empezaron a formarse alrededor de los parientes de Amalarico y su reciente esposa, María, y después de 1172, de su hija Isabel, a diferencia de lo que ocurrió con su primera esposa, Inés, y sus hijos, Balduino y Sibila. Aunque después de divorciarse del monarca, Inés tuvo muy poco contacto, o quizá ninguno, con sus hijos, los intereses reversionistas que los rodeaban la señalaron como la futura reina madre. Inés también estableció amplios contactos dentro de Jerusalén, primero por medio de su casamiento (o nuevo casamiento) con Hugo de Ibelin, señor de Ramla, que la vinculaba con la familia señorial que más rápidamente había ascendido en la región; luego, tras la muerte de Hugo, hacia 1169, el matrimonio con su cuarto marido (el primero había muerto hacía mucho tiempo, en 1149) Reinaldo Grenier, el feo e intelectual señor de Sidón, famoso por su dominio de la lengua y la literatura árabes.[33] Aquellas filiaciones fueron cobrando mayor importancia debido a la singularidad del reinado de Amalarico: la fortuita ausencia de la escena política de tres destacados señores, que luego dominarían la política de Jerusalén. En efecto, Reinaldo de Châtillon, antiguo príncipe de Antioquía, había permanecido cautivo en Alepo desde 1161; Joscelino III de Courtenay lo siguió al cautiverio en 1164, también en Alepo, al igual que Raimundo de Trípoli. La liberación de aque-

líos tres hombres entre 1174 y 1176, con su posterior ascenso a posiciones destacadas dentro del reino de Jerusalén, transformó la política del reinado del hijo leproso de Amalarico.

En las monarquías donde se había establecido un elemento de sucesión hereditaria —en especial, la primogenitura—, las minorías de edad eran un hecho inevitable que, de forma paradójica, desestabilizaba el tributo de la mayor estabilidad dinástica, al quedar los derechos de herencia genética por encima de las necesidades prácticas de gobierno. Tras la súbita muerte de Amalarico en 1174, tras una discusión que probablemente se centró en los signos, ya preocupantes, de la entonces presunta enfermedad del heredero de trece años —contrapesados por la falta de alternativas obvias, indiscutibles o disponibles—, la Corte Suprema acordó la ascensión al trono del príncipe Balduino. Su hermana mayor, Sibila, era una joven doncella recogida en un convento, sin casar; su hermanastra pequeña, Isabel, solo tenía dos años. Una regencia no necesitaba prolongarse más allá de los quince años de Balduino, la mayoría de edad en Jerusalén. Pero si la lepra del joven monarca se le hubiera diagnosticado entonces, es casi seguro que, en tal caso, no lo habrían escogido.[34] Sin embargo, las dudas acerca de su esperanza de vida o su capacidad para engendrar hijos tal vez habían aflorado ya. El matrimonio de su hermana Sibila, con las implicaciones directas que tendría para la sucesión, había sido objeto de discusión dos años antes. Que Balduino ascendiera al trono y al cabo de muy poco se detectara su lepra, que viviría poco tiempo y no dejaría descendientes, significó en la práctica que su reinado se vio dominado por facciones reversionistas definidas (al menos en parte) por las reclamaciones contrarias que presentaron la hermana del rey y su hermanastra, respaldadas por sus madres respectivas, Inés de Courtenay y María Comnena.

En parte como consecuencia de la manera terriblemente partidista en la que Guillermo de Tiro describió los acontecimientos, los enfrentamientos en Jerusalén, con posterioridad a 1174, se han representado a menudo como una lucha entre la vieja nobleza autóctona, cauta y astuta, y un círculo cortesano de codiciosos Courtenay, Inés y su hermano Joscelino, conde titular de Edesa y senescal del reino, aliado de los recién llegados de Occidente, impetuoso, ignorante de las condiciones y los peligros locales, capaz de provocar a Saladino, egoísta y ambicioso en su persecución del poder y el con-

trol del gobierno. Ahora bien, no hay pruebas que avalen esta interpretación.[35] Con Balduino IV, la competencia partidista más feroz se produjo en torno al control de la maquinaria del gobierno —estando el rey en activo o, en caso de verse incapacitado, durante la regencia— y en torno a la sucesión. Por otro lado, surgieron concepciones opuestas con respecto a la estrategia necesaria para lidiar con Saladino. Algunos, como Reinaldo de Chátillon, establecido tras ser liberado del cautiverio en 1176 como señor de Hebrón y Oultrejourdain, emprendió una política agresiva, para distraer a Saladino de sus conquistas en la Siria musulmana. Otros, como Raimundo de Trípoli, defendían la necesidad de treguas consecutivas, como medio para contener al sultán. De un modo semejante, la importancia que se concedía a las alianzas diplomáticas con Bizancio o con las potencias occidentales provocó desacuerdos, sobre todo, tal vez, después de que Amalarico reconociera a Manuel I como su señor último, durante una visita a Constantinopla, en 1171.

Nacieron grandes antagonismos a partir de las rivalidades personales criadas en el invernadero de la pequeña y cerrada aristocracia de Outremer, cuyas complejidades, aunque son difíciles de seguir, van mostrando estratos de sospechas y rivalidades intensas. La esposa de Reinaldo de Chátillon, Estefanía de Milly, heredera de Oultrejourdain, podría haber acusado del asesinato de su esposo anterior, Miles de Plancy, en 1174, a Raimundo de Trípoli. Una promesa rota ante una rica heredera tripolitana en la década de 1170 podría estar en el origen de la hostilidades que aparecieron en la década siguiente contra el conde Raimundo, por parte de Gerardo de Ridefot, maestre del Temple (1185-1189). La propia perspectiva de Guillermo de Tiro podría haber tomado un poco de color partidista tras haber sido nombrado arzobispo de Tiro y canciller del reino por Raimundo de Trípoli, mediada su regencia de 1174-1176, y haber pasado después al patriarcado de Jerusalén en 1180, posiblemente a instancias de Inés de Courtenay.[36] Una de las fuentes más notoriamente hostiles a los oponentes de Raimundo de Trípoli en la década de 1180 podría reflejar los puntos de vista de los aliados del conde, los ibelinos.[37] Se habían aliado con Inés de Courtenay desde el principio del reinado de Balduino IV, pero, tras el matrimonio de Balian de Ibelin con la reina viuda María Comnena, en 1177, apoyaron los intereses de la princesa Isabel en contra de su hermanas-

tra mayor, Sibila. En 1186, con el ascenso al trono de Sibila y su esposo, Guido de Lusiñán, Balduino de Ibelin abandonó el reino indignado. También existieron otros cuyas lealtades no permanecieron siempre del lado de un partido concreto, sino que se movían al ritmo de sus propios intereses o de la monarquía. Guerreros como Reinaldo de Chátillon y el condestable Umfredo II de Toron (muerto en 1179) se mantuvieron netamente leales al rey, sin que importasen sus sentimientos personales hacia las facciones predominantes en la corte. Las críticas hacia la belicosa política de Reinaldo frente a Saladino se le podrían haber dirigido, con gran justicia, a Balduino IV, cuyos períodos de gobierno lo mostraron como un hombre ávido de emprender la batalla contra el enemigo.

La evolución de los partidos enfrentados demostró la existencia de intereses propios cambiantes. Tras la muerte de Amalarico, la mayor parte de la nobleza —y entre ellos, Inés de Courtenay y Raimundo de Trípoli— se opuso al poder del impopular senescal Miles de Plancy. Pero tras su asesinato en octubre de 1174 —posiblemente, organizado por rivales políticos que sacaban provecho de una vieja baronía feudal— y la posterior regencia de Raimundo (1174-1176), las alianzas políticas se mudaron. Cuando Raimundo dejó la regencia, a la mayoría de edad de Balduino, el 15 de julio de 1176, el rey nombró senescal y primer ministro a su tío recién liberado, Joscelino de Courtenay, e inmediatamente cambió de forma radical la política de treguas pactada con Saladino; el rey dirigió en persona dos campañas al otro lado de la frontera, en ese mismo año. La llegada de Guillermo de Montferrat para desposar a la princesa Sibila, en 1176, aisló todavía más a Raimundo y sus partidarios. En 1177, tras la repentina muerte de Guillermo de Montferrat (en junio), Balduino, que se hallaba gravemente enfermo, designó regente a Reinaldo de Chátillon, un desaire no tan terrible para la nobleza autóctona o para Raimundo en persona, como para la indolente política exterior del conde. Con Reinaldo, Balduino logró la famosa victoria de Montgisard, en el sur de Palestina, el 25 de noviembre de 1177, cuando una invasión musulmana que podría haber resultado fatal fue atrapada con la guardia baja y aplastada por un ejército franco muy inferior. Pero en aquel mismo año, poco antes, se había perdido un botín mucho mayor: la perspectiva de un nuevo ataque anfibio contra Egipto, por parte del recién llegado Felipe de Flandes, junto con

una flota bizantina y un ejército solimitano; todo acabó en nada, en parte porque las ambiciones de Felipe iban unidas a una diplomacia demasiado escrupulosa; pero en parte también porque la nobleza de Outremer no consiguió hablar o actuar como una entidad única.[38]

A pesar de su coraje y su determinación, cuanto más vivía Balduino IV, menos capaz era de gobernar. Nadie lo vio mejor que el propio rey, a pesar de su inquebrantable serenidad política y pública en medio de una agonía personal y corporal. En 1177 quizá ofreciera abdicar a favor de su nuevo cuñado, Guillermo de Montferrat. En 1178, tras el nacimiento del hijo de la princesa Sibila, otro Balduino, el rey empezó a mencionarla en los documentos oficiales.[39] Sus nuevas nupcias se convirtieron en un asunto central de la política de Jerusalén: pasaron incluso por delante de la amenaza de Saladino. En 1180, Raimundo III de Trípoli, señor de Galilea desde su matrimonio con Eschiva de Bures —y, por tanto, uno de los magnates más poderosos del reino—, en colaboración con su primo Bohemundo III de Antioquía, preparó un golpe de estado militar, para asegurar que el matrimonio de Sibila favoreciera más sus intereses que los de los extranjeros que llevaban desfilando por Jerusalén los tres últimos años, como posibles candidatos. Invadieron el reino y, al parecer de Balduino IV, amenazaron con destituirlo así como con apartar a los Courtenay del poder. La elección de los insurgentes, a la hora de entregar la mano de Sibila, parece que recayó en Balduino de Ibelin, un viejo pretendiente rechazado en 1178 y cuñado de la reina viuda María. El rey respondió aprobando a toda prisa el matrimonio de su hermana con un noble de Poitou, Guido de Lusiñán, recién llegado de Occidente y hermano de un aliado muy próximo a los Courtenay, Aimery de Lusiñán, al que algunas fuentes identificaron como amante de Inés. Como muestra de lo enredadas que habían llegado a estar las filiaciones políticas y personales en Outremer, Aimery —que más adelante fue condestable (1181-1182) y, más tarde aún, rey de Jerusalén, además de gobernador de Chipre (1194-1205 y rey desde 1197)—, se había casado, al llegar a Oriente en 1174, con la hija de Balduino de Ibelin. El precipitado matrimonio de Sibila con Guido frustró los planes de Raimundo y Bohemundo y proporcionó a Balduino un sucesor varón válido y un regente disponible. Como vasallo del primo camal angevino de Balduino, Enrique II de Inglaterra, Guido también podía exhibir vínculos con una gran potencia occi-

dental. Sin embargo, para los partidarios de Raimundo de Trípoli, contrarios a los Courtenay, al igual que para los que gozaron de la ventaja de ver la situación a posteriori, todo el episodio apestaba a intriga de corte. En dos años, el partido de Sibila había consolidado su autoridad y había colocado a sus adeptos en posiciones clave. Guido se convirtió en el primer noble de la región, como conde de Jaffa y Ascalón, el antiguo condado del rey Amalarico. Junto con Sibila, empezó a aparecer mencionado en los documentos oficiales de la realeza, como el heredero más obvio.[40] En 1180, el patriarcado de Jerusalén pasó a otro supuesto amante de Inés de Courtenay, el arzobispo Heraclio de Cesárea, un político y diplomático de recursos, aunque quizá un poco sibarita. No obstante, le había quitado el trabajo al historiador de historiadores, Guillermo de Tiro. Aquel mismo año, la princesa Isabel —un peligro en potencia— fue apartada de su madre y prometida en matrimonio a Umfredo de Toron, hijastro de Reinaldo de Chátillon, el comandante de campo en jefe de aquel régimen. En 1182, Amalarico de Lusiñán fue nombrado condestable, el mismo año en que el fracaso de otro intento de golpe preparado por Raimundo de Trípoli lo obligó a reconciliarse con el gobierno.

La primacía de Guido de Lusiñán como probable heredero de Balduino no impidió la resistencia a Saladino, que por entonces dividía sus fuerzas entre la defensa de su frontera norte (contra los selyúcidas de Asia Menor), los planes previstos para Mosul y Alepo, las ambiciones en Outremer y la protección de las rutas del desierto, entre Siria y Egipto. Una tregua de dos años, de 1180 a 1182, terminó con la derrota de Saladino en Le Forbelet, en Galilea, en julio de 1182, el fracaso en la toma de Beirut y la consolidación del control franco sobre la orilla oriental del río Yarmuk. Al sur, Reinaldo de Chátillon no solo perturbó el poder material de Saladino, sino también la ideología de su autoridad política, con una incursión en el desierto de Arabia, en 1181, y mediante el patrocinio de un ataque bastante prolongado a lo largo de la costa del mar Rojo, en 1182-1183 que afectó al *hajj* anual (la peregrinación a La Meca). Saladino reconoció el ultraje al ordenar que dos francos de la flota atacante, cautivos de sus tropas, fueran traslados hacia la propia La Meca donde, en Mina, a las afueras de la ciudad, murieron degollados ante a una multitud de peregrinos. Aunque no causaron un impacto estratégico duradero, aquellos ataques alarmaron al mundo

musulmán, pues desafiaban la posición de Saladino como campeón y defensor del islam. Ninguna flota cristiana había surcado las aguas del mar Rojo desde el siglo VII; los desafortunados cautivos tal vez fueran los primeros cristianos que pusieron el pie en La Meca desde que Mahoma la tomara en 629.[41]

Las campañas meridionales de Reinaldo resultaron ser el canto de cisne del primer reino de Jerusalén. En junio de 1183, Saladino ocupó por fin Alepo. En agosto, dirigió su atención hacia el sur de Jerusalén. El reino movilizó un gran ejército; según Guillermo de Tiro, mil trescientos jinetes y quince mil soldados de infantería, cifras que aumentaron con el censo de principios de año y los mercenarios que se pagaron con los impuestos subsiguientes.[42] El ejército cristiano se reunió en Seforia (Galilea). Los grandes prohombres se encontraban con el rey, en Nazaret, cuando Balduino cayó gravemente enfermo y se creyó que moriría. Mandó llamar a la Corte Suprema para que acudiera a su lecho de muerte y nombró a Guido de Lusiñán como regente. Aquella regencia no tuvo vuelta atrás, puesto que Balduino solo conservó el título de rey, la propiedad de la Ciudad Santa y una pensión anual de diez mil piezas de oro, junto con la promesa de Guido de no desprenderse del tesoro real ni de tierras, mientras el monarca conservara la vida.

Dejando a un lado las escaramuzas iniciales, la campaña de Galilea, en septiembre y octubre de 1183, no incluyó ninguna batalla militar. El ejército cristiano hizo sombra a las fuerzas de Saladino cuando este maniobraba en el sur de Galilea, pero se negó a enfrentarse a los invasores, a pesar de las incursiones que los musulmanes lanzaron contra los monasterios del monte Tabor y las amenazas contra Nazaret. Incapaz de atraer a los francos a la batalla y falto de la superioridad numérica necesaria para lanzar un asalto contra su campamento, Saladino se retiró a Damasco a principios de octubre. Desde el punto de vista táctico, los francos se habían impuesto, con las pérdidas mínimas. Sin embargo, eran muchos los que, en el alto mando de Jerusalén, consideraban que, desde el punto de vista estratégico, habían perdido la oportunidad de destruir el ejército de Saladino. La agresividad había reportado beneficios en 1177, en Montgisard, y en 1182, en Le Forbelet, con muchas menos fuerzas a disposición de los francos. Además, entraba en los deberes de los caballeros cristianos proteger los Santos Lugares, como el monte Tabor, de la profanación

musulmana. A ojos de unos cuantos obervadores, que se reconocían hostiles a Guido, la dirección de la campaña, a pesar de su satisfactorio (aunque no triunfante) final, dejó mucho que desear. Algunos líderes se habían negado a cooperar con Guido. La apatía táctica, en parte como consecuencia de su incapacidad para infundir confianza y unidad, rivalizó con un inadecuado aprovisionamiento de víveres. Muchos vieron, en la representación aparentemente abúlica de Guido, una prueba de su incapacidad para el gobierno. Cuatro años después, el recuerdo de esta impresión resultó fatal, cuando los francos, guiados una vez más por Guido, rechazaron la cautela de 1183 y acabaron aniquilados en los Cuernos de Hattin.

Las deficiencias que se percibieron en el liderazgo de Guido se vieron agravadas de inmediato por su negativa a acceder a la petición del rey Balduino, de cambiar Jerusalén por Tiro. El apoyo al regente decayó. En noviembre de 1183, Saladino inició el asedio de Kerak, en Oultrejourdain, justo mientras en el castillo se celebraban las nupcias de la princesa Isabel con Umfredo IV de Toron. Para enfrentarse a esta nueva crisis, Balduino urdió una revolución palaciega. Guido fue apartado de la regencia y se preparó una nueva línea sucesoria en la que este no participaba, señalada con la coronación de su hijastro, otro Balduino, a la sazón de cinco años, hijo de Sibila y de su primer esposo Guillermo de Montferrat. Para impedir que Guido retomara el poder, se tomaron medidas para anular la boda con Sibila. El mando del ejército de socorro enviado a Kerak le fue confiado a Raimundo de Trípoli, acompañado por el monarca, ya ciego y medio paralítico, al que trasladaron en litera. Cuando se hubo roto el sitio, Guido, junto con su esposa Sibila, se encerró en su ciudad de Ascalón, arriesgándose a desatar una guerra civil por desobedecer los intentos de Balduino de privarlo de sus feudos. El proceso de anulación acabó en nada. Pero las esperanzas de Guido de gobernar parecían haber tocado su fin.[43]

Cuando el rey envió al patriarca Heraclio a Europa, en el verano de 1184, para intentar convencer a algún gobernante occidental —quizá a alguno de los primos angevinos de Balduino— para que acudiese a Oriente y asumiera la regencia, el panorama político se había transformado. El regente del año anterior era considerado *persona non grata*; la guerra civil se evitó por muy poco; Guido y Sibila habían sido excluidos definitivamente de la línea sucesoria, que ahora

pendía de la vida de un niño leproso, cada vez más enfermo y debilitado. Cuando el rey sufrió otra recaída en el invierno de 1184-1185, Raimundo de Trípoli recuperó la regencia que había dejado vacante ocho años antes, aunque bajo unas condiciones restrictivas, al nombrarse a Joscelino de Courtenay guardián del joven Balduino V. Reconocida la fragilidad de los acuerdos sucesorios, la Corte Suprema decidió que Raimundo mantuviera la regencia durante diez años, a menos que antes de esa fecha muriese el joven Balduino, en cuyo caso las reclamaciones en disputa de las princesas Sibila e Isabel serían arbitradas por el papa, el emperador de Germania y los reyes de Francia y de Inglaterra. El plan anterior de buscar un regente occidental fue abandonado. Heraclio no había tenido ningún éxito, pues no podía ofrecer a los gobernantes occidentales más que el mando temporal de una monarquía frágil, una nobleza dividida y un enemigo amenazante. La misión de 1184-1185 se hundió al enredarse en los tradicionales entresijos diplomáticos de Jerusalén. Necesitaban la ayuda del exterior, pero habían tendido cuerdas políticas para proteger el poder de la familia real y de la nobleza: una propuesta de difícil atractivo. Paradójicamente, los nuevos acuerdos sucesorios de 1185 no hicieron más que confirmar la insularidad de Jerusalén.

Las divisiones dentro de la élite gobernante se mantuvieron sin cambios. Raimundo ostentaba la regencia, pero Sibila seguía casada con Guido y tenía a su hijo, el joven Balduino, bajo la custodia de su tío, Joscelino. Muchos sospecharon —probablemente, con razón— que Raimundo aún tenía los ojos puestos en el trono, mientras que el partido de la princesa Isabel prestaba su apoyo abiertamente a una resolución que negaba los derechos de Sibila y Guido. Aquella vez, Balduino IV no se recuperó. El 16 de mayo de 1185 había muerto.[44] La crisis interna de Outremer se agravó precisamente en un momento de buenas oportunidades. Saladino pasó el año, desde la primavera de 1185a 1186, ocupado con sus intentos de someter Mosul y el norte de Iraq. Y en diciembre de 1185 cayó gravemente enfermo. Fuera de combate durante tres meses, habiendo perdido incluso las esperanzas de sanar, el imperio de Saladino parecía venirse abajo. Sin embargo, antes de abandonar Iraq, el sultán acordó otra tregua más con Raimundo de Trípoli. En consecuencia, los francos no hicieron nada para intervenir, pese a la llegada de unos pocos cruzados que habían respondido a la embajada de Heraclio. Las deficiencias

de la política pacifista de Raimundo quedaron de manifiesto cuando, tras recuperarse en marzo de 1186, Saladino acabó de anexionarse Mosul.[45] El cerco descrito por Guillermo de Tiro se había completado y los francos habían hecho poco por evitarlo.

La muerte de Balduino V —a los ocho años, en Acre— llevó a Jerusalén al borde de la guerra civil, en el verano de 1186. Mientras Raimundo convocaba un consejo general de los nobles y clérigos del reino, en Nablús, quizá con la esperanza de ser elegido rey, los partidarios de Sibila se reunieron en la Ciudad Santa para el funeral del joven monarca. Con Sibila se encontraba Guido, los maestres de las órdenes militares, Reinaldo de Chátillon, el patriarca Heraclio y el abuelo paterno de Balduino V, Guillermo III de Montferrat, un veterano de la Segunda Cruzada que se había retirado a Oriente en 1185. Tras las exequias, y pese a las objeciones de los delegados de Nablús, procedieron a escoger a Sibila como reina, aunque mostraron menos entusiasmo ante la idea de que Guido fuera el rey. Antes de ser coronada, Sibila prometió divorciarse de Guido con tres condiciones: sus hijas tenían que ser declaradas legítimas; Guido seguiría siendo conde de Ascalón y Jaffa; y Sibila elegiría nuevo esposo con absoluta libertad. Sin embargo, una vez coronada por el patriarca, Sibila escogió casarse, prontamente, con Guido. Aquel golpe no debió sentar muy bien a sus partidarios, pero Sibila había demostrado que, al igual que su padre y su hermano, conocía bien sus derechos y la ley y estaba preparada para imponer su voluntad.

La elección de Sibila hubiera resultado polémica en cualquier circunstancia, tras los cambios vividos en los planes de sucesión real durante la década anterior. La designación de Guido como esposo y rey y su posterior consagración por parte del patriarca Heraclio hicieron gala de la mutua devoción conyugal, pero no de tacto político. En la asamblea de Raimundo de Trípoli en Nablús participó la otra pretendiente, Isabel, con su esposo, Umfredo de Toron, y los partidarios de estos, los ibelinos. No podían entrar en la Ciudad Santa porque los adeptos de Sibila habían cerrado las puertas con barricadas, de modo que se enteraron del golpe a través de un espía, un sargento nacido en Jerusalén al que disfrazaron de monje cisterciense, quien merodeó por la zona del Santo Sepulcro y alcanzó a contemplar la doble coronación. Una vez las noticias llegaron a Nablús, Raimundo propuso, a la desesperada, que los nobles allí reu-

nidos coronasen a Umfredo; pero el joven se negó a cooperar con un plan que hubiera desencadenado una guerra civil inmediata. Junto con la mayoría de nobles que participaron en Nablús, Umfredo reconoció que, con un rey ya coronado y consagrado, por aborrecible que fuera, no les quedaban muchas más opciones que admitir los hechos consumados. Partió hacia Jerusalén a rendir homenaje a su nuevo señor, terminando de ese modo con cualquier perspectiva de resistencia concertada contra el golpe de Sibila. Casi todos los demás asistentes a la reunión de Nablús lo siguieron pronto. Sólo Balduino de Ibelin y Raimundo de Trípoli conservaron su actitud recalcitrante. En la primera reunión de la Corte Suprema del rey Guido, en una exhibición de decoro casi natural, Balduino rechazó el homenaje y abandonó el reino para servir en el principado de Antioquía. Por el contrario, la negativa de Raimundo a aceptar a Guido provocó al monarca, quien amenazó con tomar represalias militares. Temiendo que Guido lo atacara, Raimundo puso de relieve lo precario de sus habilidades políticas al cerrar un trato personal con Saladino, en virtud del cual aceptaba la protección del sultán, además de un destacamento de soldados musulmanes con el que reforzar los acuartelamientos de Tiberíades. Fueran cuales fuesen sus sentimientos hacia Guido, por más decepcionado que se sintiera al ver que se le había escapado el poder de las manos otra vez —y en esta ocasión, quizá, ya para siempre—, el comportamiento de Raimundo en 1186-1187, según coincide en señalar la mayoría de las fuentes imparciales, fue más que egoísta: era un acto de traición.[46]

LA BATALLA DE HATTIN Y LA CAÍDA DE JERUSALÉN

Estaba previsto que la tregua general con Saladino expirara una semana después de Pascua, el 5 de abril de 1187. Ya no fue renovada. Una vez recobrado de su mala salud y restablecido el control de un imperio que abarcaba desde el Nilo al Tigris, era el momento en el que Saladino podía cumplir su retórica del *yihad* político, lanzando acciones militares contra los francos. En Jerusalén, Guido y sus compinches del Poitou se habían hecho muy poco populares, por alardear de su nuevo poder y acaparar el muy lucrativo mecenazgo real. En el invierno de 1186-1187, Reinaldo de Chátillon,

frustrado por la tregua que le impedía responder a los intentos de Saladino por consolidar su posición en el desierto de Transjordania, lanzó un ataque con éxito contra una opulenta caravana egipcia, que viajaba a Damasco. Ello evidenció la falta de control político de Guido, quien no logró obligar a Reinaldo a que ofreciera una recompensa o restituyese los bienes al sultán. Aquella clase de intercambios diplomáticos entre Saladino y los francos confirma el retrato que nos legó un sorprendido musulmán de España, que estaba de visita en Outremer en el otoño de 1184 y observó el modo en que el comercio fluía con plena libertad a uno y otro lado de las fronteras musulmano-cristianas, aun a pesar de la guerra. Aunque ambos bandos tomaban prisioneros y esclavos, los musulmanes no eran importunados en tierras cristianas ni viceversa.[47] Aquellos acuerdos quizá contribuyeran a que Raimundo de Trípoli, que había sufrido un prolongado cautiverio en Alepo, se convenciera de que en Saladino iba a encontrar a un protector benéfico frente al rey cristiano. Pero su error de cálculo, no menos que su ambición, resultaron fatales.

Cuando se vio claro que Saladino lanzaría un ataque una vez terminada la tregua, el rey Guido comprendió que debía firmar las paces con Raimundo, cuyo control de Galilea era vital desde el punto de vista estratégico. Si, tal como parecía, el conde estaba preparado para permitir la entrada de las tropas de Saladino, no solo quedaba Galilea expuesta al peligro, sino también la orilla oeste del Jordán y la llanura litoral de las inmediaciones de Acre. Mientras Saladino iniciaba las hostilidades a finales de abril, asaltando Kerak, Guido mandaba una delegación para que negociase con Raimundo en Tiberíades. Sus viajes coincidieron con una incursión en Galilea, el 1 de mayo de 1187, por parte del hijo de Saladino, Al-Afdal, a quien Raimundo dio paso libre, tal como había acordado con el sultán. Cuando las tropas musulmanas, que tal vez ascendían a siete mil hombres, se aproximaron a Nazaret, los nazarenos solicitaron ayuda a un contingente de la delegación real, capitaneado por Gerardo de Ridefort, maestre del Temple, y Roger de Moulins, maestre del Hospital. Nazaret quedaba fuera de los territorios de Raimundo y, por lo tanto, fuera de su tregua. Los maestres lograron reunir una fuerza improvisada, entre los castillos colindantes, de unos noventa caballeros templarios y hospitalarios, cuarenta caba-

lleros locales y quizá unos trescientos sargentos montados. Aunque eran irremediablemente inferiores en número, este pequeño ejército usó la única táctica posible en aquellas circunstancias y atacó a los musulmanes, en la fuente de Cresson. Pese a que lucharon con gran ferocidad, los cristianos fueron masacrados y solo lograron escapar con vida tres caballeros, junto con Gerardo de Ridefort. En las inevitables recriminaciones posteriores, se alegó que la desaforada prisa del maestre Gerardo, en contra de los consejos de sus compañeros, había precipitado el combate. Teniendo el cuenta el llamamiento de Nazaret, es difícil imaginar qué otra cosa iban a hacer los templarios y los hospitalarios sin contradecir su petición. Aunque desde el punto de vista militar terminara en desastre, el heroísmo de Cresson valió pronto a los caballeros caídos el honor de la leyenda y el martirio, y sus hazañas se contaron una y otra vez, siempre con admiración desbordada, como elemento de inspiración del esfuerzo de los soldados que acudieron desde Occidente durante el largo asedio de Acre, tres años después. En un plazo más inmediato, sin embargo, los musulmanes se retiraron de la frontera tras clavar en sus lanzas las cabezas de sus enemigos degollados.[48]

Aunque la catástrofe de Cresson, el 1 de mayo de 1187, debilitó de forma notoria los recursos de Jerusalén, a cambio trajo consigo la unidad política. Al haber permitido que las tropas de Al-Afdal cruzaran sus tierras, el conde Raimundo no pudo evitar que se le achacara la culpa de la masacre. En los días posteriores a la matanza de Cresson se procuró, de manera apresurada, una reconciliación entre Raimundo y Guido, se repudió la tregua del conde con Saladino y el acuartelamiento musulmán de Tiberíades fue expulsado. Pese a las tensiones que emergían en el terreno de la cooperación de los nobles con el monarca, durante las semanas siguientes Guido fue capaz de congregar a todas las tropas disponibles del reino, además de las de Trípoli y Antioquía. La hueste franca fue una de las más numerosas que jamás se reunieron: contaba con hasta veinte mil hombres, entre los que había cerca de mil doscientos caballeros. Probablemente, la fuerza que Saladino condujo a territorio franco bordeando el extremo sur de Galilea, el 27 de junio de 1187, sumaba unos treinta mil combatientes. Mientras los francos, como en 1183, se reunían en la fuente de Seforia, Saladino envió partidas de exploradores y merodeadores al otro lado de las colinas, para forzar

a los cristianos a levantar el campamento e identificar los campos de batalla más convenientes. Luego trató de atraer a los francos al combate, dirigiendo un destacamento de su fuerza principal contra Tiberíades, el 2 de julio. La ciudad cayó ese mismo día, y el acuartelamiento, a las órdenes de la esposa de Raimundo de Trípoli, Eschiva de Galilea, se retiró a la ciudadela para afrontar el asedio. Al oír las noticias, el alto mando franco se reunió en el campamento de Seforia, la noche del 2 de julio, para decidir cómo responder. De su decisión dependía el futuro de nueve décadas de colonización europea occidental en tierras del Oriente Medio.[49]

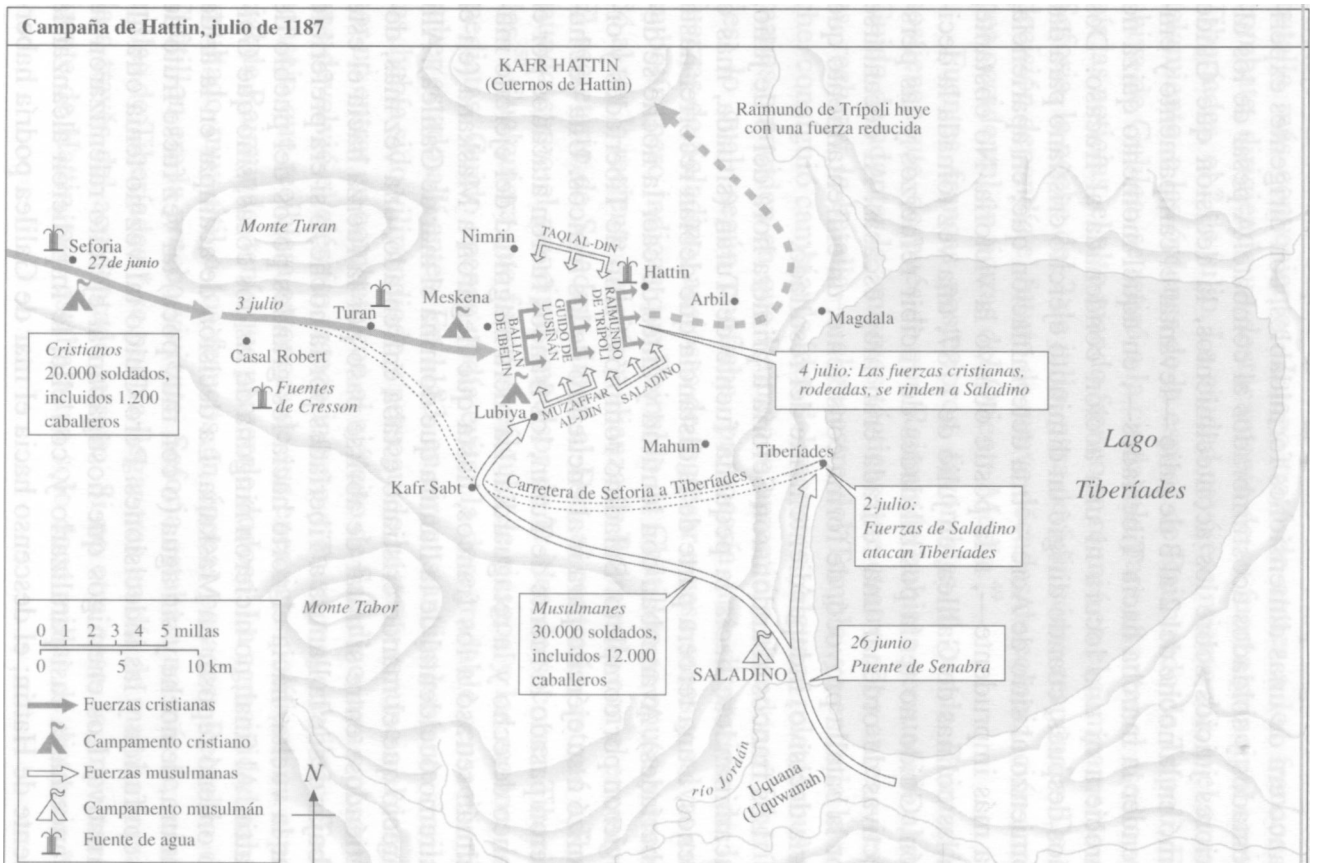
Fuentes francas posteriores, favorables al conde Raimundo, sostienen que, después de que Raimundo hubiera persuadido al rey Guido de adoptar las mismas tácticas que cuatro años antes —esto es, rechazar la batalla—, el maestre del Temple, ya entrada la noche, consiguió cambiar la idea del monarca. Algunos relatos musulmanes coinciden en que Raimundo apremió a abandonar Tiberíades, lo cual, según confiaba, provocaría una dispersión de las fuerzas de Saladino, ansiosas de regresar a casa sanas y salvas con su botín; pero indican que Reinaldo de Chátillon se opuso y recordó al rey la reciente traición y alianza de Raimundo con el enemigo. El secretario de Saladino, Imad al-Din, al contrario, retrató a Raimundo como el principal impulsor de la idea de socorrer Tiberíades.[50] Cualquiera que fuese el cálculo de riesgos y las razones inmediatas, Guido apenas podía evitar la desagradable sensación de haber estado allí antes. En 1183, en circunstancias bastante similares, había sido vilipendiado y perseguido hasta su renuncia al cargo, por no entrar en combate con el ejército de Saladino, aun a pesar de que devolvió el ejército franco intacto y en su mayoría ileso. Todo consejo que recibiera entonces de sus enemigos políticos, en especial de Raimundo, tenía que parecerle dudoso. La agresividad había resultado muy útil a los francos en épocas pasadas; Reinaldo de Chátillon era la prueba viviente. Seforia estaba a no más de veinte millas de Tiberíades;* se podría llegar tras un día de marcha forzada a través del accidentado terreno. Si no otra cosa, la importante fuente de Hattin, que estaba a tan solo doce millas de distancia,**

*** Treinta y dos kilómetros.** ***(N. de los t.)***

**** Casi veinte kilómetros.** ***(N. de los t.)***

ofrecería refugio para un campamento improvisado. El ejército franco era de unas dimensiones formidables, con dirigentes experimentados y soldados acostumbrados al combate. A pesar de los ulteriores juicios sobre los acontecimientos, la decisión que Guido tomó en la noche del 2 al 3 de julio —levantar el campamento y emprender la marcha hacia Tiberíades—, en aquel momento quizá no pareciera ni una locura ni una acción condenada al fracaso. Dos años después, cuando dirigió un diminuto ejército cristiano para dar comienzo al sitio de Acre —una determinación que, en apariencia, era más imprudente—, a la postre obtuvo la victoria. No obstante, en las colinas de Galilea, en julio de 1187, una vez tomada la decisión, Guido no tenía posibilidades de recibir refuerzos y las perspectivas de ordenar una retirada eran muy escasas. Al decantarse por la batalla provocó, de forma consciente, un enfrentamiento que sería decisivo, independientemente del resultado.

Los francos abandonaron Seforia a primera hora del 3 de julio, encaminándose hacia la pequeña fuente de Turan (situada, más o menos, a una tercera parte de la distancia que debían recorrer hasta Tiberíades). Avanzaban con lentitud y antes de caer la noche se detuvieron por completo. Saladino rompió el sitio de Tiberíades y organizó a su ejército para ir al encuentro de los francos. Una vez hubieron pasado la fuente de Turan, los francos fueron atacados por el flanco derecho y la retaguardia. La mera magnitud del ejército musulmán retrasó a los francos, hasta que llegaron a Maskana (en el extremo occidental de la llanura que domina el mar de Galilea). Allí pareció que el mando cristiano estaba enfrentado, una vez más, debatiéndose entre si tratar de abrirse paso por la fuerza hacia el este y bajar desde la llanura a Tiberíades por la noche, o si era preferible dar la vuelta, hacia el norte hacia los grandes pozos del pueblo de Hattin. Al final, no hicieron ninguna de las dos cosas, sino que Guido ordenó reposar en Maskana. La decisión de acampar en la árida llanura, de noche y sin agua (o con muy poca) tal vez fuese fruto de la confusión y las indecisiones. Pero Guido tal vez no tenía otra alternativa. Los enemigos que hostigaban al ejército ralentizaron su avance hasta casi paralizarlo y, con ello, le impidieron alcanzar la fuente de Hattin; el descenso hacia el mar de Galilea podría haberse convertido, fácilmente, en una masacre o una desbandada. No parecía que los francos hubieran reconocido satisfactoriamente las


Campaña de Hattin, julio de 1187
KAFR HATTIN
(Cuernos de Hattin)
Raimundo de Trípoli huye
con una fuerza reducida
Monte Turan
Seforia
27 de junio
3 julio
Turan
Nimrin
TAQIAL-DIN
Hattin
Meskena
Arbil
Magdala
BALIAN DE IBELIN
GUIDO DE LUSIGNAN
RAIMUNDO DE TRÍPOLI
SALADINO
Cristianos
20.000 soldados,
incluidos 1.200
caballeros
Casal Robert
Fuentes
de Cresson
Lubiya
MUZAFFAR
AL-DIN
4 julio: Las fuerzas cristianas,
rodeadas, se rinden a Saladino
Mahum
Tiberíades
Lago
Tiberíades
Kafr Sabt
Carretera de Seforia a Tiberíades
2 julio:
Fuerzas de Saladino
atacan Tiberíades
Monte Tabor
Musulmanes
30.000 soldados,
incluidos 12.000
caballeros
SALADINO
26 junio
Puente de Senabra
río Jordán
Uquana
(Uquwanah)
0 1 2 3 4 5 millas
0 5 10 km
Fuerzas cristianas
Campamento cristiano
Fuerzas musulmanas
Campamento musulmán
Fuente de agua
N

fuerzas enemigas. De haber sabido hasta qué punto llevaban las de perder, tal vez hubieran cambiado la decisión en Seforia.

En la mañana del 4 de julio, los francos se despertaron rodeados. La única posibilidad que tenían de salir con bien —mínima, en todo caso— pasaba por presionar hacia delante, en dirección a las frescas aguas del mar de Galilea, con la esperanza de dejar al enemigo en una posición vulnerable a una carga coordinada de la caballería. La vanguardia franca, a las órdenes de Raimundo de Trípoli, realizó un primer intento de romper el bloqueo, pero los musulmanes se limitaron a abrir las filas y, con ello, permitieron la huida del conde y sus seguidores; este acto, para muchos, no hizo sino confirmar la traición de Raimundo. Completamente rodeados, acosados sin tregua por matorrales incendiados y lluvias de flechas, los francos evitaron desintegrarse totalmente al situarse en los que se conoce como Cuernos de Hattin, donde los vestigios de un volcán extinto, rodeado por las ruinas de muros erigidos en la Edad de Hierro y del Bronce, les ofrecían cierta protección. Allí fue donde la caballería y la infantería opusieron resistencia por última vez. En circunstancias muy similares, cuando el ejército de Antioquía quedó rodeado en el *Ager Sanguinis* en 1119 y en Inab en 1149, el resultado había sido claro y previsible. Pero, aun *in extremis,* los caballeros cristianos se negaron a ceder. En algún momento, combatientes de la retaguardia, al mando de Reinaldo de Sidón y Balian de Ibelin, que habían sufrido el número más elevado de ataques durante la marcha del día anterior, consiguieron atravesar las líneas musulmanas. En la retirada a los Cuernos, un ataque templario no logró quebrar el cordón que los rodeaba, a pesar de que los musulmanes no contaban con refuerzos. Al final de la batalla, luchando contra el agotamiento y la desesperación, el rey Guido capitaneó al menos dos cargas desde su base fortificada contra la guardia personal de Saladino, en la última tirada del intento por contener la derrota inminente. Más tarde se informó de que aquellos ataques, pese a haberse realizado desde posiciones tan desesperadas, alarmaron al sultán.[51] Sólo cuando los últimos caballeros francos, apeados de sus caballos para defender los Cuernos a pie, se vieron superados por la sed y la fatiga tanto como por sus enemigos, solo entonces penetraron los musulmanes en las últimas defensas. La falta de agua habría provocado la muerte de los caballos y los jinetes, por igual, lo cual

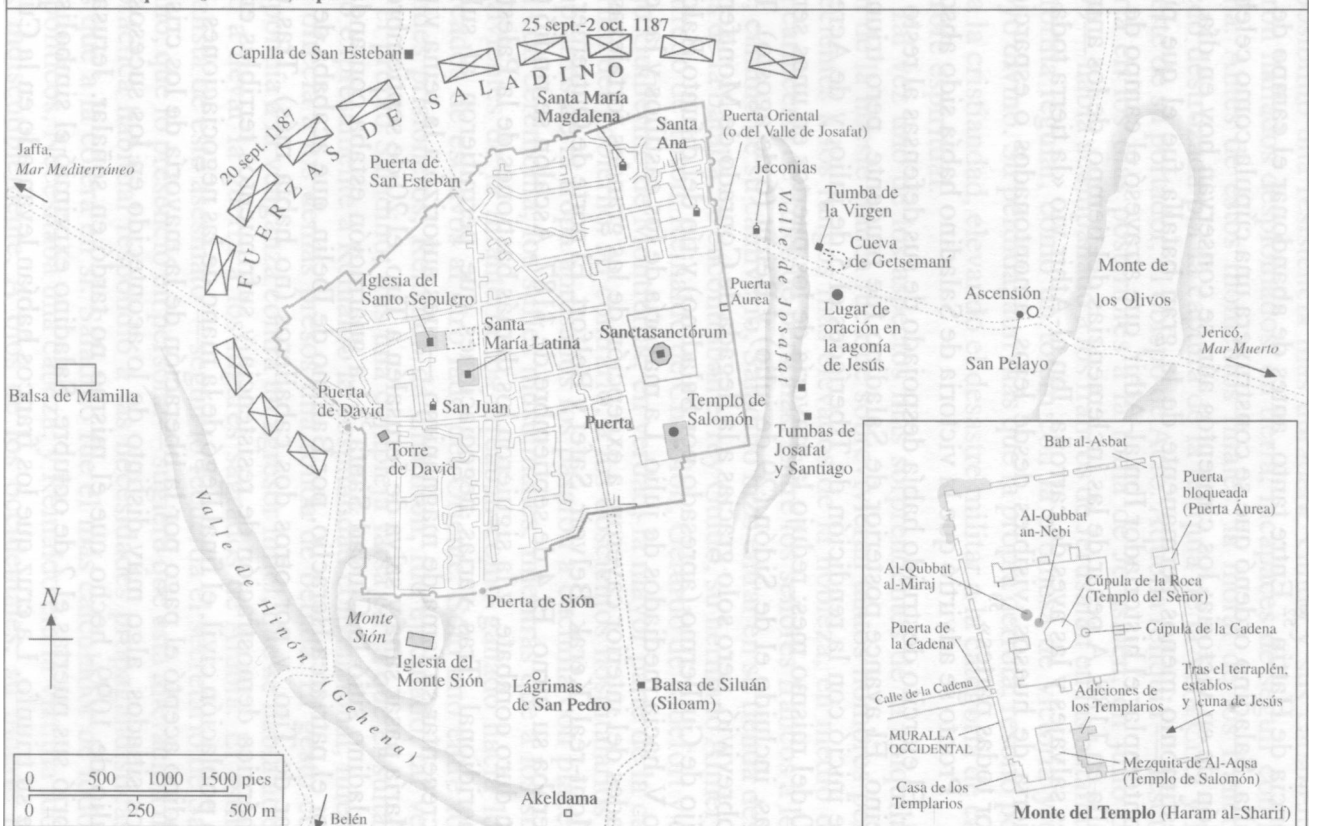
imposibilitó una resistencia más duradera. Guido y sus caballeros fueron hallados desplomados, en tierra, incapaces de seguir con la lucha. Antes de estos momentos finales, la moral de los francos quedó destrozada por la captura de la reliquia de la Vera Cruz y la muerte de su portador, el obispo de Acre. Aquella reliquia —descubierta en los días posteriores a la toma de Jerusalén, en julio de 1099— había acompañado a los francos de Jerusalén en las batallas, de forma regular, como un tótem con la promesa de victoria y el apoyo divino. Su pérdida, aun más que la propia derrota, resonó por toda la cristiandad, elevando el desastre militar a la categoría de catástrofe espiritual.

Tal vez uno de los aspectos más sorprendentes de la aniquilación de la hueste franca fue que sobrevivieran tantos hombres pertenecientes a los rangos más elevados de la nobleza, en medio de una carnicería de miles de personas. Entre los señores francos a los que, camino de su cautiverio, Saladino hizo entrar en su tienda después de la batalla, se encontraban el rey Guido, su hermano Aimery, Umfredo de Toron, Reinaldo de Chátillon, Gerardo de Ridefort y el viejo Guillermo de Montferrat; en verdad, la mayor parte de la camarilla del gobierno. Al contrario, a los doscientos hospitalarios y templarios de la tropa apresados los pasaron a cuchilla con placer, casi con ceremonia, los sufíes musulmanes, mientras que a los supervivientes de la infantería los arreaban como ganado hacia los mercados de esclavos al otro lado del Oriente. Sólo uno entre los grandes prisioneros, Reinaldo de Chátillon, fue ejecutado, tal vez por el propio Saladino, tras una compleja farsa en la que el sultán negó expresamente a Reinaldo la hospitalidad convencional, mientras ofrecía a los demás presos una ronda de bebida. El gesto correspondía a la venganza contra un agresor infiel, que se había atrevido a llevar la guerra a los lugares sagrados de Arabia. El estilo ritualista de este asesinato —según lo recuerda el secretario de Saladino, que lo presenció en persona— sugiere que esta alteración de la práctica habitual respondió a las necesidades propagandísticas, más que a la cólera en sí. Saladino fue el más calculador de todos los políticos. Necesitaba una cabeza, y Reinaldo era la víctima idónea, indiscutiblemente. A ojos de los occidentales, su muerte lo transformó, de avejentado veterano de las guerras de Outremer, en un mártir cuya suerte fue exhibida para alentar el reclutamiento en

los ejércitos de aquellos que esperaban poder dar la vuelta a la sentencia de Hattin.[52] Entre tanto, antes de abandonar el campo de batalla, Saladino ordenó que se construyera una cúpula como celebración de su victoria; los cimientos aún se conservan hoy en día. Un testimonio menos permanente de la gran batalla fue el que pudo contemplar el historiador Ibn al-Athir, que atravesó el campo de batalla en 1188. A pesar de las inclemencias del tiempo, de los animales salvajes y las aves de carroña, Ibn al-Athir vio «la tierra toda cubierta de huesos, visibles desde lejos, amontonados o esparcidos por todas partes».[53]

Pronto se advirtió que la victoria de Saladino había sido absoluta. El ejército destruido había despojado de sus defensas al resto del reino. El avance posterior de Saladino fue prudente, pero triunfal. Se inició con la rendición de Tiberíades el 5 de julio, y de Acre, el 10 del mismo mes; redujo la mayoría de los puertos en unas semanas, incluido el de Sidón (29 de julio) y Beirut (6 de agosto). Tiro sobrevivió, pero solo gracias a la llegada de Conrado de Montferrat, hijo de Guillermo (apresado por Saladino) y tío del difunto Balduino V, hacia mediados de julio. La mayoría de los castillos y las ciudades del interior cayeron, a excepción de las grandes fortalezas de Mont-réal, Kerak, Belvoir, Safet y Belfort. El norte de Outremer esperaba su tumo. El 4 de septiembre de 1187, Ascalón se rindió tras un duro combate, y la siguieron los demás bastiones de la Palestina meridional. Tras varias negociaciones que permitieron al sultán acrecentar su fama de magnánimo —pues autorizó a la reina viuda María pasar sana y salva de Jerusalén a Tiro, el 20 de septiembre— Saladino sitió la Ciudad Santa.[54] La guarnición estaba comandada por el patriarca Heraclio, por Baliano de Ibelin, que acababa de llegar de Tiro, y por otros dos caballeros (no había más). Tras una enérgica demostración de resistencia y sufrimientos terribles entre la población civil, el final llegó de la mano de las negociaciones. Saladino aceptó el pago por la liberación de la mayoría de los cristianos sitiados, algo muy distinto de lo acontecido en los sucesos de julio de 1099, hecho que él mismo no tardó en señalar. Jerusalén abrió sus puertas el 2 de octubre. Saladino exprimió el simbolismo de su triunfo. La cruz que los francos habían levantado en la Cúpula de la Roca fue derribada; restauró la mezquita de Al-Aqsa e instaló el púlpito de Nur al-Din, traído desde Alepo; la Explanada de

Saladino conquista Jerusalén, septiembre-octubre de 1187



las Mezquitas fue purificada, tras una ceremonia en la que tuvieron un papel destacado el sultán y su familia; importantes edificios religiosos de los francos, como la casa del patriarca y la iglesia de santa Ana, fueron convertidos en escuelas o seminarios islámicos. El 9 de octubre, se reanudaron en Al-Aqsa las oraciones de los viernes. El Santo Sepulcro fue perdonado, algunos afirman que por una interpretación pragmática de la importancia del emplazamiento —no del objeto de peregrinación cristiana—, del que el sultán podría sacar beneficio más adelante. En cualquier caso, los clérigos latinos fueron expulsados. Saladino había completado sus títulos no solo como rey victorioso *{Al-Malik al-Nasir*), sino como restaurador del mundo y la fe (*Salah al-Dunya wa 'I-Din).* Estaba en la cima de su carrera.

Las noticias de Hattin llegaron a Occidente entre rumores, cartas y mensajeros. Mientras Saladino estaba reuniendo los aniquilados restos del reino, el arzobispo Joscelino de Tiro partía hacia Occidente. Llegó primero a Sicilia, cuyo rey Guillermo II envió inmediatamente una flota de cerca de cincuenta buques, con doscientos caballeros.[55] El desastre causó una profunda impresión; tanto que, según se cuenta, el papa Urbano III murió al enterarse. Incluso antes de que se conociera el verdadero alcance de las conquistas de Saladino, empezó a organizarse una respuesta. En noviembre de 1187, el conde Ricardo de Poitou, el mayor de los hijos vivos de Enrique II de Inglaterra, se convirtió en el primer soberano situado al norte de los Alpes que tomara la cruz.[56] A finales de octubre, el nuevo papa, Gregorio VIII, promulgó una bula, *Audita Tremendi,* en la que autorizaba una expedición general a Oriente y resumía cuáles era los privilegios destinados a aquellos que tomaran la cruz. Gregorio describió los horrores de la batalla de Hattin, «un gran motivo de duelo», extendiéndose largamente en las atrocidades cometidas por los musulmanes y haciendo hincapié en el peligro al que se enfrentaba la Ciudad Santa (las noticias de la caída de Jerusalén aún no habían llegado a Italia). Aunque casi toda la culpa de aquel desastre recayó en los pecados de los francos, el papa hizo extensiva la carga de la responsabilidad, para abarcar también «a todo el pueblo de la cristiandad». Era el deber de los cristianos

arrepentirse de los pecados cometidos y enmendar los errores poniéndose al servicio de Dios y de la recuperación «de aquel lugar en el que, para nuestra salvación, la Verdad se levantó de la tierra».[57] Tras cuarenta años de autocomplacencia, indiferencia y falsas promesas, la respuesta de la cristiandad a la llamada de Gregorio fue abrumadora.

Capítulo 12

LA LLAMADA DE LA CRUZ

Con la respuesta a la pérdida de Jerusalén y de la mayor parte de Outremer se reinventaron las cruzadas. Se introdujeron o se confirmaron elementos cruciales en campañas posteriores: prédicas rigurosamente organizadas; impuestos sobre las cruzadas, que permitieron reclutar a más profesionales; transporte marítimo; y una comprensión estratégica más amplia de lo que hacía falta para garantizar la recuperación de Jerusalén. Los predicadores y polemistas se concentraron con más intensidad en la imagen elástica de la cruz, estandarte de la victoria, pero también insignia de la fe y señal de arrepentimiento. Los publicistas de las cruzadas, en un proceso de dilatación de la idea de penitencia común, contenida en la bula de Gregorio VIII *Audita Tremendi,* extrapolaron el acto de las cruzadas a un claro esquema general de evangelismo religioso. Éste lo asociaron con un vocabulario característico bastante más sólido, relativo a la implicación personal y reflejado en privilegios legales mucho más explícitos para los cruzados o *crucesignati.* «Tomar la cruz», en aquel momento, estaba claramente diferenciado, por lo menos en la teoría, del peregrinaje, por más que los cronistas y las liturgias escritas que han sobrevivido mantuvieran el vínculo. A la especial condición espiritual del cruzado, unida a los privilegios habituales por entonces, se sumaron unos beneficios seculares concretos e inmediatos, como por ejemplo la exención de las nuevas cargas impuestas para costear los ejércitos destinados a Oriente. La experiencia de 1188-1192 fijó, tanto en los círculos laicos como en los eclesiásticos, el nombre técnico de los que participaban en las cru-

zadas, aunque no lograran descubrir un término consensuado para la actividad en la que estaban inmersos. Los propagandistas empezaron a hablar casi de forma exclusiva de *«crucesignati»,* una costumbre que pronto se asentó también en las crónicas, las historias y los documentos gubernamentales. En los registros del Tesoro Público inglés, *crusiatus* apareció en 1188-1189 y la primera entrada para *crucesignatus* data de 1191-1192.' Los equivalentes vernáculos, como los verbos *croisier* y *croiser,* empezaron a hacer su aparición en los poemas sobre cruzados que partían a Oriente; en una generación, *croisié* se hizo un término común, cuando se describía a un cruzado.[2] Aunque Jerusalén dominó la lengua de los preparativos para las campañas de Oriente, la derrota en la guerra de Palestina de 1191-1192, que no logró restaurar la Ciudad Santa al gobierno cristiano, produjo un cambio sutil, pero importante, en el foco lingüístico, tal que ensombreció la realidad militar. En adelante, el *iter Jerosolymitanum* dio paso a eufemismos de más cabida, como *negotium Terrae Sanctae* o incluso al sencillo *negotium sanctum*, el asunto de Tierra Santa, la santa empresa.

EL MENSAJE

El esfuerzo por movilizar a la cristiandad comprometió todos los medios de comunicación disponibles, en una campaña organizada con gran esmero. Aunque se hizo pública a finales de octubre y principios de noviembre de 1187, tan solo unos días después de su asunción del cargo, el *Audita Tremendi* de Gregorio VIII había costado varias semanas de redacción, desde septiembre, cuando las noticias confirmadas de la derrota de Hattin llegaron a la curia papal, que a la sazón se hallaba en Verona. La publicación aguardó a la llegada a la curia (trasladada en aquel momento a Ferrara) de Josías (o Joscius), el arzobispo de Tiro, que venía de Sicilia; sufrió otro retraso más debido a la muerte de Urbano III, el 20 de octubre, cuando el pontífice llevaba tiempo enfermo. La bula contenía los ingredientes básicos del llamamiento a la acción.[3] En una evolución progresiva, que se iniciaba con el relato de la victoria de Saladino y acababa llamando al arrepentimiento cristiano generalizado, el texto hacía hincapié en la oportunidad que la crisis

ofrecía a los creyentes conscientes de su deber de seguir el camino de los macabeos y servir la voluntad de Dios. Tras el *casus belli* y la exhortación se establecían los privilegios espirituales y temporales, para lo que se tomaron como base los declarados por Eugenio III en 1145-1146. Junto con *Audita Tremendi* se mandaron otras cartas en las que se afirmaba la implicación del pontífice y la curia, y se imponían ayunos y una tregua de siete años a todos los príncipes cristianos.

En la época en que se publicó *Audita Tremendi,* Gregorio VIII y sus consejeros adivinaron, probablemente, que tenían asegurada una recepción de lo más entusiasta. Con el arzobispo Josías llegaron también las noticias del plan de Guillermo II de Sicilia, que tenía previsto mandar una flota a Tierra Santa.[4] Para entonces, las cortes occidentales ya estaban plagadas de rumores, respaldados por las sólidas pruebas de los corresponsales de Outremer y el sur de Europa, antecedentes todos de la autorización formal para una nueva cruzada. La impulsiva y precipitada toma de la cruz por parte de Ricardo de Poitou en Tours, en noviembre de 1187 —y sin el permiso de su padre, Enrique II— anticipó casi con certeza la aparición de la bula papal.[5] Mientras los legados pontificios —el arzobispo Josías de Tiro en Francia y el antiguo abad de Claraval, el cardenal Enrique de Albano, en Germania— daban apoyo a la bula, a finales de año los preparativos para recibir el mensaje del que eran portadores estaban en pleno desarrollo. En una dieta imperial celebrada en Estrasburgo en diciembre, alentados por la retórica del obispo Enrique de Estrasburgo, unos cuantos señores germanos habían empezado a tomar la cruz, venciendo el recelo inicial.[6] En la Navidad de 1187, la corte de Canuto VI de Dinamarca, en Odense, aparentemente sorprendida y horrorizada tanto por lo sucecido como por lo que se les proponía, evitó dar una respuesta espontánea.[7] Tanto en el nivel emocional como en el político, necesitaban tener por cierta la prioridad que se otorgaría a cualquier campaña prevista. Como en otras partes, muchos señores germanos se mostraron reacios a realizar cualquier movimiento antes de conocer las intenciones de su emperador-rey, Federico Barbarroja. Aguardar las decisiones de los gobernantes era característica común en la recepción de las llamadas pontificias a las armas. Dadas las implicaciones financieras y políticas del empeño, no es de extrañar que cuando Ricardo de Poitou

no esperó a conocer el ejemplo de su padre, el viejo monarca se quedara sin palabras.[8]

Al cabo de unas semanas de la puesta en circulación y la recepción de la bula papal, la campaña de prédica adoptó unos modelos regionales coherentes. En Germania, después de la dieta de Estrasburgo, la encabezaron el obispo Enrique de Estrasburgo y el obispo Godofredo de Wurzburgo, cuya elocuencia ayudó a crear un ambiente de gran pasión que culminó en una reunión masiva, en Maguncia, el 27 de marzo de 1188. En lo que el legado pontificio Enrique de Albano calificó de *«curia Christi»,* la corte de Cristo, allí recibió la cruz Federico. También se organizaron viajes de predicación secundarios, como el que realizó el obispo de Estrasburgo por Hainault, Nesle, Louvian y Lille.[9] En Inglaterra y el norte de Francia se produjo una respuesta equivalente en rapidez, pero controlada. Antes de terminar 1187, Enrique II había ordenado incautarse de los beneficios obtenidos en el comercio de peregrinos en la capilla de Tomás Becket, en Canterbury, con la intención, según afirmó, de ayudar a Jerusalén y al pago del rescate de los cristianos cautivos.[10] Los resentimientos y las rivalidades políticas entre Enrique y Felipe II de Francia quedaron enterrados pronto, aunque solo de forma temporal. En Gisors (en el Vexin, entre Normandía y las tierras reales de Felipe), los dos gobernantes tomaron la cruz el 21 de enero de 1188, en presencia de Josías de Tiro, tan solo tres meses después de que se publicara la bula papal. Con ellos se encontraba la mayoría de los condes del norte de Francia: Flandes, Blois, La Perche, Champaña, Dreux, Clermont, Beaumont, Soissons, Bar y Nevers (siendo además el rey Enrique duque de Normandía y conde de Anjou, Maine y Touraine).[11] Para cuando Federico de Germania tomó la cruz, dos meses después, la prédica por las cruzadas en los caminos de Gales —organizada con sumo cuidado y presidida por el arzobispo Balduino de Canterbury— estaba cumpliendo su quinta semana. Las predicaciones en tierras de Enrique II, en Francia e Inglaterra, se habían organizado durante conferencias celebradas en Le Mans, a finales de enero, y en Geddington (en Northamptonshire), el 11 de febrero de 1188, en las que se oyeron sermones pronunciados por el arzobispo de Canterbury, que tomó la cruz allí mismo, con su colaborador, el obispo de Rochester. A finales de mes, el arzobispo Balduino estaba preparando su viaje por Gales; el

obispo de Saint Asaph ya había comenzado su prédica.[12] En Francia, Felipe II logró reunir una gran asamblea en París, también el 27 de marzo, a media Cuaresma, para hablar del impuesto de las cruzadas y otras disposiciones financieras afines para los cruzados. En la Pascua de 1188, las campañas coordinadas de prédica y reclutamiento —sumadas en las tierras angevinas y capetas a ciertos intentos de aumentar la tasa de las cruzadas— se habían asentado y se les reconoció un éxito abrumador, pues atrajeron a decenas de miles de *crucesignati,* desde Germania hasta el Atlántico.

En el compromiso de tomar la cruz, desempeñó también un papel fundamental la resolución simultánea de problemas diplomáticos e internos aún pendientes. En Gisors, Enrique II y Felipe II acordaron aparcar (aunque solo de forma temporal, tal como se vio más adelante) sus disputas territoriales. En Germania, la paz general alcanzó a los oponentes de Federico, como el arzobispo de Colonia, y al problemático duque de Sajonia, Enrique el León, al que se le presentó la posibilidad de escoger entre acompañar a los cruzados con todos los gastos pagados, o exiliarse. Enrique escogió esta alternativa. Bajo la capa —probablemente, sincera— de promocionar la cruzada, Enrique II intentó hacer valer su autoridad sobre los principados galeses, por medio del viaje del arzobispo Balduino; y, sin éxito, sobre Escocia, tratando de obtener una contribución a los impuestos cruzados. Dejando a parte la oferta adjunta de resolver una disputa fronteriza, los nobles escoceses rehusaron tratar a Enrique como su señor para financiar las cruzadas ni para cualquier otro objeto.[13] Para Felipe II, asegurarse de que su vasallo angevino —Enrique II, que contaba con un poder incontrolable— lo acompañaba a cualquier expedición oriental era tan importante como el compromiso semejante contraído por otros grandes feudales, como el duque de Borgoña o los condes de Flandes y Champaña. Felipe, un oportunista con muchos recursos, prudente y calculador, que tendía a esperar el momento favorable más que a arriesgarse con gestos triunfales, necesitaba estar seguro de que la audaz empresa de la cruzada no limitaría en modo alguno sus perspectivas de aumentar su control dentro del reino de Francia.

Aunque a lo largo y ancho de la cristiandad las reacciones a la llamada a las armas estuvieron condicionadas por las consideraciones relativas a las ventajas políticas y materiales —según observó

un contemporáneo, «por el amor de Dios, la remisión de los pecados y el respeto a los reyes»—, no cabe duda de que el mensaje produjo una fuerte respuesta, tanto en lo psicológico como en lo religioso.[14] En el fondo, la eficacia de la promoción de la cruzada dependía de dos elementos relacionados entre sí. La impresión causada por la pérdida de Jerusalén y la Santa Cruz cobró especial relieve por el hecho de tratarse de dos imágenes tan familiares. El público occidental, preparado por las Escrituras, la liturgia, las canciones, las historias populares, la escultura, las vidrieras, las reliquias y los relatos de los peregrinos que regresaban, pudo sentir con relativa facilidad un compromiso personal, una implicación y, de ahí, una responsabilidad; y eran emociones que los publicistas de las cruzadas tuvieron buen cuidado de avivar. La gran popularidad de Jerusalén como destino de peregrinación en el siglo XII fomentó una identificación con el lugar que traspasaba las barreras de las metáforas litúrgicas, las narraciones bíblicas o las imágenes occidentales, las maquetas y las imitaciones del Santo Sepulcro. El conocimiento que se tenía de la historia cristiana —sobre la Ciudad Santa y, en especial, la Vera Cruz— queda reflejado en la adopción por parte de los occidentales del siglo XII del nombre Heraclio, en recuerdo del emperador bizantino que en 630 d. de C. recuperó para Jerusalén el fragmento de la cruz tomado por los persas, un precedente de gran importancia, después de 1187.[15] Frente a las supuestas atrocidades de Saladino, el compromiso convertía el horror en culpa, y la cólera, en una sensación de deber colectivo, todos ellos sentimientos que la propaganda quería dirigir. El efecto quedó registrado en toda la cristiandad en los centenares, si no miles, de documentos redactados para los cruzados por monjes a quienes habían entregado o hipotecado sus propiedades: por el bien de sus almas y, habitualmente, por algo de dinero en metálico que les permitiera, según exponen de forma clara los textos, partir hacia Jerusalén.

Las exhortaciones y admoniciones en cartas oficiales, los sermones y los tratados propagandísticos siguieron haciendo acto de presencia con regularidad. La destrucción del reino de Jerusalén, la toma de la Ciudad Santa a manos de Saladino y, sobre todo, la pérdida de la Vera Cruz representaban un desastre de proporciones bíblicas, solo redimible mediante el arrepentimiento individual y colectivo. Los ejercicios retóricos elevaban lo pragmático a la cate-

goría de trascendente. En un tratado destinado a acelerar los preparativos, Enrique de Albano describió la cruz como «el arca del vasallo del Señor, el arca del Nuevo Testamento» y la calificó de «gloria del pueblo cristiano, expiación del pecado, cuidado de los heridos, restauradora de la salud».[16] La imagen de la cruz dominaba los llamamientos, tanto los escritos como los de viva voz, y la fórmula de Enrique de Albano fue reproducida, algunas veces de forma literal, por otros hombres, como Pedro de Blois, el secretario del arzobispo Balduino, uno de los publicistas más insistentes. El lenguaje de la liturgia chocaba con el del Antiguo Testamento, la Eucaristía con los Salmos y con el libro de los Macabeos. «La sangre de Cristo clama pidiendo ayuda», proclamó Pedro de Blois.[17] Se puso gran cuidado en identificar estrechamente la cruzada con la renovación espiritual. En concreto, este proceso fue asociado con la pobreza voluntaria y la enmienda de la vida. Un predicador contemporáneo, Alano (o Alain) de Lille, hizo hincapié en el hecho de que la pobreza elogiada por los propagandistas implicaba una humildad espiritual, no la miseria económica. Lo puso en claro citando las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña según San Mateo, v, 3: «bienaventurados los pobres de espíritu». Podría haber citado a Lucas, pero era más radical, en el nivel social: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Lucas, vi, 20).[18] Las regulaciones suntuarias que aparecieron en *Audita Tremendi* —publicada por Enrique de Albano en Germania y Enrique II en Inglaterra en 1188— destacaron como idea central de la prédica la dirigida a públicos prósperos, con la vista puesta en la regeneración moral, no en la reforma social ni la redistribución de la riqueza. Tomar un vestido sencillo podía ser un gesto de reforma solo para aquellos acostumbrados a usar buenas ropas; no era una opción válida para los pobres ni los mendigos. Los temas más repetidos eran los de la penitencia, no los de la vanagloria; la humildad del espíritu, sin asumir la pobreza, sino más bien como rechazo de la mentalidad del rico. Según las palabras de Gregorio VIII, «nosotros no os estamos diciendo: "abandonad vuestras pertenencias" sino "enviadlas al granero celestial y confiádselas a Dios"».[19] Aquella clase de ruegos se fueron haciendo más urgentes a medida que las pugnas políticas retrasaban la partida de los cruzados en 1189 y 1190. Sin embargo, la representación de esa mezcla entre obliga-

ción y oportunidad —la renovación de los cristianos por medio de la recuperación de la Ciudad Santa— no se quedó en la metáfora. El reiterado hincapié en la violencia de Saladino, el destino de los derrotados en Hattin —como cautivos o, en el caso de Reinaldo de Châtillon, mártires— y la profanación de los Santos Lugares asentó firmemente la lucha que se avecinaba, en la esfera temporal tanto como en la espiritual.

El proceso de difundir el mensaje fue cuidadosamente dirigido. Los legados pontificios escogidos reclutaron a eclesiásticos locales para que hicieran proselitismo en sus respectivas regiones; fue una estrategia que ayudó mucho a superar las fronteras impuestas por la lengua. Según se cuenta, Enrique de Albano, el legado destinado en Germania, no hablaba una palabra de alemán.[20] Los intérpretes eran miembros esenciales de todos los equipos predicadores que viajaran a países extranjeros, ya fuera en Maguncia, en 1188, o en el viaje por Gales del arzobispo Balduino, en el que fue el arcediano de Bangor quien llevó a cabo la tarea.[21] En ocasiones y, tal vez, por el mismo motivo, se reclutaba a laicos para que hablaran, como, según se contó más tarde, en Dinamarca, donde Esbemo, hermano del arzobispo de Lund —que había combatido a los eslavos— agitó a sus nobles compañeros evocando su pasado vikingo, cuya gloria, sin embargo, palidecía en comparación con «las mayores y más beneficiosas conquistas» de la guerra santa.[22] Ciertas redes de afinidad, en parte ocultas, apuntalaron la operación. Tanto Enrique de Albano como Balduino de Canterbury eran antiguos abades cistercienses. Su orden interpretó un papel propio dentro del fomento del entusiasmo por la cruzada y, en aquel momento, se encargaba de crear oraciones regulares específicas para los *crucesignati,* incluidas en sus ciclos litúrgicos. Ello quizá esté relacionado con el hecho de que, en las tierras del rey francés, los cistercienses se las ingeniaron para conseguir la exención del pago del impuesto de las cruzadas.

Junto al apoyo eclesiástico oficial, los contactos políticos, sociales y personales ejercieronn una presión similar. Tras el encuentro de Gisors, en enero de 1188, los monarcas de Francia e Inglaterra acordaron imponer un tributo especial del 10 por cien de los bienes muebles, que pronto fue apodado como «diezmo de Saladino». El proceso de recaudación de este impuesto, que parece haber comenzado en la primavera de 1188, difundió las noticias de la em-

presa tal vez con mayor eficiencia que cualquier campaña de predicación, por imponente que fuese. A la gran asamblea de París de marzo de 1188, en la que Felipe II autorizó la imposición del diezmo en territorio francés, asistió un gran número de clérigos, nobles y «una inmensa multitud» de caballeros y pueblo llano.[23] Puesto que quienes habían tomado la cruz quedaban extentos del pago del impuesto, este tributo tuvo que funcionar también como un eficacísimo agente de reclutamiento. Un cruzado que partió de la región del Delfinado (en las estribaciones de los Alpes) se refirió de forma general a los *«magna mota»,* los grandes movimientos, de la expedición de Jerusalén, lo que nos hace pensar en que la información circulaba asimismo por los circuitos más o menos igual de extensos de las redes comerciales, sociales, de diálogo y de viajes.[24]

En los oídos de los grandes resonaba constantemente el entusiasmo de los cruzados. Eran especialmente vulnerables aquellos que, como Enrique II, podían ser acusados de falta de decisión. Pedro de Blois, que había sido el primero en alertar a la corte angevina de la reacción horrorizada de la curia papal ante las noticias de Hattin, en septiembre de 1187, preparó una serie de panfletos de exhortación sobre las cruzadas. En 1188-1189, pasó mucho tiempo junto al monarca. En la primavera de 1189, Pedro fue testigo de un encuentro privado entre el rey Enrique y el abad de Bonneval, en el que el religioso lamentó la demora en el envío de tropas a Tierra Santa, a pesar de las dificultades prácticas —fundamentalmente, según dijo, los problemas de la realeza en un mundo perverso—, que Enrique le expuso con gran compasión por sí mismo. Las críticas del abad no hacían más que recordar las otras denuncias públicas de las riñas políticas intestinas e interminables, como por ejemplo, las pronunciadas por el legado Enrique de Albano.[2-'] En cualquier caso, la eficacia de aquellos enfoques personales sobre la persona de Enrique no se puede evaluar fácilmente, ya que el rey falleció poco después, en julio de 1189.

Las noticias de Hattin y de la pérdida de Jerusalén habían vencido las evasivas que Enrique mantuvo durante veinticinco años con respecto a Tierra Santa y vencieron también su innato desagrado porque la iglesia le indicara sus deberes militares. En la visita de Heraclio de Jerusalén a Occidente, en 1185, Enrique protestó en privado, afirmando que «estos clérigos nos pueden incitar con tanta

audacia a las armas y el peligro porque ellos no recibirán un solo golpe en la lucha, ni asumirán ninguna carga que puedan evitar».[26] Fueron muchos los que no respondieron a las peticiones de ayuda que llegaban desde Jerusalén, cada vez más urgentes, en la década de 1180, de modo que Enrique, probablemente, no fue el único que abrigaba tales dudas. Raúl Niger, un testigo cercano y con buenos contactos, que contempló estos sucesos en el norte de Francia, y que ya fue crítico con Outremer antes de 1187, expresó sus dudas respecto del beneficio espiritual de una cruzada armada carente de una transformación espiritual previa, acorde, entre los cruzados occidentales.[27] No obstante, aquella clase de objeciones resultaron insostenibles ante la unión de las dos grandes fuerzas: las noticias de Outremer y la ulterior campaña propagandística.

El éxito de los reclutamientos dependía del apoyo secular. Guillermo de Sicilia marcó la pauta para su pueblo tomando el cilicio y encerrándose durante cuatro días, además de poner en servicio una flota para enviar ayuda inmediata a Outremer.[28] Inevitablemente, los legados y correos pontificios se dirigieron a las cortes reales, en las que la recepción determinaba el grado de la respuesta. En Dinamarca se recogieron bastantes contribuciones navales, que posiblemente se concentraron en los puertos del sur de Jutlandia, cerca de los frisones, con quienes muchos de ellos navegaron. No obstante, al no tomar la cruz Canuto VI, la implicación de los nobles fue modesta; una de las fuentes identificó tan solo quince cruzados «cuyos corazones habían sido tocados especialmente por la mano de Dios».[29] Los cinco nobles que embarcaron de hecho estaban todos estrechamente ligados al monarca; es de suponer, por lo tanto, que contaban con su aprobación. De un modo bastante similar, al otro lado de la frontera, en Noruega, el líder de una pequeña fuerza nacional, Ulfo de Lauvnes, era favorito del rey; pero al no participar el rey Sverre, el compromiso de la aristrocracia se vio frenado. El mismo panorama se encontraron en Escocia, donde Guillermo el León evitó enredarse en una operación capitaneada por su autoritario vecino del sur. En consecuencia, solo un puñado de cortesanos y funcionarios reales escoceses tomó la cruz, guiado por Roberto de Quincy, de ascendencia anglo-normanda.[30]

En ninguno de aquellos países del norte se difundió la prédica como algo generalizado, en parte porque su función consistía, prin-

cipalmente, en confirmar un entusiasmo ya existente, más que en despertar la pasión donde no existía. En Germania, Francia e Inglaterra, las amplias campañas de predicación fueron precedidas por exhibiciones de compromiso regio, siguiendo el modelo instaurado por Luis VII y Bernardo de Claraval en 1146. Los principales agentes de la prédica no solo estaban cerca del monarca, sino que participaban de forma activa en la organización más amplia de la empresa. El obispo Godofredo de Wurzburgo, noble a título propio (en concreto, como conde de Helfenstein), acompañó su empeño predicador, a principios de 1188, con una posición central en los preparativos diplomáticos y, más tarde, en la dirección de la expedición a Oriente, a la que se unió, hasta su muerte, ocurrida en Antioquía en julio de 1190. En Inglaterra, el arzobispo Balduino estuvo al frente de la prédica, pero no, tal como se demostró, por ninguna extraordinaria dote oratoria, sino como encamación de las dos autoridades: la eclesiástica y la secular. Como Godofredo de Wurzburgo, Balduino estaba resuelto a participar en la cruzada. Uno de sus compañeros recordó poco después cómo, el 10 de abril de 1188, en un valle abrupto y dificultoso, cerca de Caemavon,* Balduino ordenó a sus hombres desmontar y marchar a pie, «con la intención de, al menos ensayar, lo que creíamos que experimentaríamos cuando partiéramos hacia nuestro peregrinaje a Jerusalén».[31] Como el obispo Godofredo, el arzobispo Balduino entregó su vida a la causa cruzada, pues murió en el asedio de Acre, en noviembre de 1190.

Aunque el impacto de la predicación de la Tercera Cruzada fue espectacular, requería que se hubiera fomentado la aceptación previa del mensaje. Los sermones ofrecían una confirmación solemne de las promesas ya acordadas y generaban las condiciones en las que los preparativos, los planes y el reclutamiento se podían alcanzar con el máximo consentimiento popular. En suma: raras veces provocaban las prédicas una respuesta espontánea. Al tomar la cruz, los *crucesignati* no solo se favorecían de la exención del pago de las deudas, del pago del impuesto de las cruzadas y de responder a ciertos procesos judiciales, sino que además prometían solemnemente cumplir los votos, con una promesa cuyo cumplimiento podía for-

*** En Gales.** ***(N. de los t.)***

zar, en teoría, el Derecho canónico. Las altas probabilidades de morir en la cruzada y la necesidad de convertir las rentas en capital, generalmente recurriendo a vender la propiedad o a hipotecarla, requería una consideración pausada y consultar, sobre todo, con los miembros de la familia. Los derechos conyugales tampoco podían ser ignorados, en teoría, ni los peligros que en verdad amenazaban la vida, el cuerpo o las posesiones que podían reclamar las esposas de los cruzados, sus viudas o herederas. Circularon numerosas anécdotas morales para levantar el ánimo, los denominados *exempla,* que trataban de la obtención del acuerdo familiar antes del acto irrevocable de la toma de la cruz. Tanto a nivel político como social, el sermón de las cruzadas y el ritual de entrega de la cruz contituían un acto de reconocimiento e inspiración en igual medida.

Eran necesarios trucos teatrales y técnicas propias de la escena si el ritual debía funcionar como se pretendía: transmitir con toda ceremonia un mensaje político y religioso de identidad y compromiso mutuo. El efecto que causara la retórica dependía de que la audiencia hubiera recibido una preparación anterior, por medio de anuncios en los días anteriores y un aluvión de recursos oratorios, que podían abarcar desde macabras historias sobre atrocidades, hasta la explotación metafórica de la imagen de la cruz o poderosas cantinelas verbales. Los *exempla*, según un manual de predicación anglo-normando de la siguiente generación, estaban pensados para captar la atención de los oyentes y evitar que se aburrieran, además de inspirar contrición.[32] El escenario litúrgico habitual para el sermón era el proporcionado por la celebración de la misa, que no en vano se centraba en los sufrimientos de Cristo, la cruz y el arrepentimiento. Adaptado a conveniencia, el calendario de prédicas de 1187-1188 coincidió con las estaciones de las festividades cristocéntricas de Navidad y Pascua y el período de penitencia de la Cuaresma. Antes de la Segunda Cruzada, Luis VII había anunciado su deseo de ir a Tierra Santa en la Navidad de 1145; Bernardo de Claraval predicó en Vézelay en la Pascua de 1146 y Conrado III tomó la cruz en las Navidades de 1146, ocasiones que no estuvieron forzadas por los acontecimientos, como en 1187-1188.

Si el calendario y los escenarios del ceremonial se habían escogido con toda cautela, no menos atención recibieron los accesorios teatrales. Las congregaciones estaban habituadas a comprender

mensajes mudos, como los que transmitían las reliquias. Cuando Felipe II de Francia partió por fin a la cruzada en junio de 1190, recibió la burjaca y el báculo del peregrino en la iglesia de la abadía real de Saint-Denis, frente a un despliegue de reliquias que alentaban a todos los presentes a rezar no solo a los santos expuestos, sino también a la Virgen María y al propio Jesucristo, «por la liberación de Tierra Santa».[33] Lo trascendente constituía una presencia muy poderosa. Los fragmentos de la Vera Cruz habían manifestado claramente su popularidad desde la Primera Cruzada. Probablemente, también los crucifijos —cada vez más importantes en los rituales de la misa durante el siglo XII— cumplían un servicio específico, en cuanto reflejaban la posición central de la cruz en la propaganda de la Tercera Cruzada. En Gales, durante la Cuaresma de 1188, los predicadores compartieron una cruz que se pasaban de mano en mano, de un miembro del equipo al siguiente, cuando les llegaba el turno de hablar.[34] Quizá se utilizaran otras ayudas visuales más impresionantes, aunque el testimonio que se cita a continuación proviene tan solo de dos observadores musulmanes. Según el bien informado historiador iraquí Ibn al-Athir (1160-1233), circulaba por Occidente un retrato en el que se mostraba a Cristo abofeteado por un árabe. Baha' al-Din ibn Shaddad, amigo de Saladino y juez supremo de su ejército, escribió que Conrado de Montferrat —cuya oportuna aparición había salvado Tiro en julio de 1187— encargó una gran pintura de Jerusalén, en la que apareciera un jinete musulmán pisoteando el Santo Sepulcro, sobre el que se orinaba su caballo. «Publicó esta imagen en el extranjero, en los mercados y las asambleas, mientras los sacerdotes, con la cabeza descubierta y ataviados con ropas de arpillera, hacían ostentación de ella, con gritos de condena y destrucción».[35] Los dos escritores musulmanes desaprobaron con energía esta clase de arte religioso figurativo, motivo que explicaría la mención de estas pinturas. Pero Ibn Shaddad comentó, con gran acierto, que «las imágenes afectan a los corazones [cristianos], porque son esenciales en su religión». Si de verdad las usaron, estas ilustraciones mayúsculas habrían ofrecido un apoyo contundente al mensaje que los predicadores lanzaban a su público, ya de por sí versado en el arte de leer vidrieras y pinturas murales sacras, pero que aun así quedaría impresionado y sobrecogido ante la inmediatez y la relevancia directa de las imágenes.

Durante el viaje de Cuaresma que el arzobispo Balduino realizó por Gales, del 2 de marzo al 23 de abril de 1188, se hizo gala de un completo despliegue de artificios de persuasión, según describió uno de sus dirigentes, el funcionario real Gerardo de Gales, polemista, etnógrafo y cronista prolífico —además de arribista frustrado—, cuyo *Viaje por Gales,* redactado a los pocos meses del suceso, sirvió a la doble función de cumplir como relato histórico y propaganda apremiante de la cruzada.[36] Como había sucedido en muchas campañas de predicación, la misión de Balduino mezclaba la política secular y eclesiástica con el propósito religioso. Con la celebración de una misa en cada una de las catedrales galesas, Balduino reafirmaba la autoridad de Canterbury sobre una iglesia provincial contumaz en ocasiones y de mentalidad independiente. Si implicaban a los príncipes de Gales en la cruzada, limitaban sus posibilidades de causar problemas en el caso de que el rey de Inglaterra se ausentara, además de vincularlos públicamente con el sistema del gobierno real inglés. Cuando Owain Cyfeiliog se negó a presentarse para tomar la cruz —«el único que así lo hizo, entre todos los príncipes de Gales»—, fue excomulgado. Tanta meticulosidad en la organización era reflejo de la diversidad de propósitos. Los hombres más acaudalados y los obispos recibían visitas a su vez, y (dada la frecuencia con que los dirigentes locales se encontraban con el partido del arzobispo al entrar en sus territorios) es casi seguro que estaban concertadas de antemano. Gryffydd ap Cynan, de Gwynedd, incluso se disculpó por llegar tarde. La prédica de la cruz constituía un elemento central de otro plan más amplio. Una vez fueron nombrados *crucesignati,* los príncipes escoceses estuvieron obligados a respaldar la cruzada de Enrique II, un papel de sumisión potencial que la nobleza escocesa se había esforzado por esquivar, con éxito.

En su estilo marcadamente engreído, Gerardo admitió con toda franqueza el cuidadoso manejo de los escenarios y la manipulación teatral de las ceremonias de toma de la cruz y de predicación. Recordó el papel que él mismo representó en New Radnor, el 4 de marzo, tras el sermón inaugural del viaje, pronunciado por el arzobispo:

> Yo mismo, el que ha escrito estas líneas, fui el primero en ponerme en pie. Me postré a los pies de aquel santo varón y tomé con devo-

> ción el símbolo de la cruz. Fue el perentorio consejo que un tiempo antes me había dado el rey el que me inspiró para dar tal ejemplo a los demás, y la persuasión y las tan repetidas promesas del arzobispo y el gran regente [Ranulfo de Glanvill, él mismo un *crucesignatus*], que jamás se cansó de repetir las palabras del rey ... Obrando así di gran aliento a los demás y añadí un incentivo más a lo que ya conocían.

Más tarde, Gerardo confesó que el rey había tenido la amabilidad de prometerle que le pagaría todos los gastos de las cruzadas.[37] La maniobra esencial consistía en sentar ejemplo, en mostrar al resto de la congregación qué hacer, como había hecho Ademar de Le Puy en Clermont, en 1095. Dirigir la psicología de las masas era importante. La toma de la cruz por parte de Gerardo respondió, pues, a una intención premeditada que para nada dependía de las cualidades del sermón de Balduino; probablemente se tratara de una experiencia habitual en 1188, aun cuando no era frecuente que el papel lo protagonizaran los notables del país.

Aunque trabajaban con intérpretes locales, en realidad lo que se decía importaba bastante menos que cómo o quién lo dijera. El lenguaje de las descripciones de terceros sobre los sermones pro-cruzadas de 1187-1188, a lo largo de Europa, da fe de la formalidad de los procedimientos, similares a una liturgia latina. El testimonio personal de Gerardo nos sirve de confirmación. Su principal éxito popular, obtenido en Haverfordwest, el 23 de marzo, hizo que más de doscientos hombres tomaran la cruz; pero predicó en latín y en francés, dos lenguas que la mayoría de su público no comprendía. La fuerza expresiva contaba más, al parecer, que el contenido pormenorizado del discurso. Una vez concluida la soporífera alocución del arzobispo Balduino, Gerardo, que sostenía en la mano una cruz, a modo de *attrezzo,* movió a su público a levantarse hacia delante para tomar la cruz en tres clímax retóricos cuidadosamente ideados. La resentida esposa de uno de los que tomaron la cruz al caer presa del entusiasmo de la multitud, se quejó más tarde, según se cuenta, de las cautivadoras «palabras amables» y las «miradas sencillas» sin las que su esposo y el resto «se habrían marchado, por lo que a la prédica de los demás concernía».[38]

Por más incomprensibles que resultaran las palabras pronuncia-

das en realidad, el contexto religioso del ceremonial subrayaba el mensaje. Por un lado, tal como se indicaba en el *Audita Tremendi* de Gregorio VIII, la prédica de la cruz era una llamada general al arrepentimiento. Para el equipo de Balduino, así como para el de Enrique de Albano y Godofredo de Wurzburgo en Germania, este objetivo penitencial coincidía con la estación de la Cuaresma. El sermón dictado por el arzobispo en Chester el Domingo de Resurrección (17 de abril) marcó la culminación del tramo galés de su viaje. Otros días festivos especialmente adecuados también fueron reservados por los predicadores de la Tercera Cruzada para reforzar el simbolismo y el culto omnipresente de Jerusalén y la cruz: el 14 de septiembre, día de la Santa Cruz, o el cuarto domingo de Cuaresma, el «Laetare Jerusalem», elegido por Enrique de Albano para la «corte de Cristo» de Federico Barbarroja y por Felipe II para su asamblea de París, en marzo de 1188.[39] Los sermones de las cruzadas se pronunciaban, muchas veces, inmediatamente después de la misa, cuyos elementos de confesión y penitencia ocupan un lugar destacado en el relato de Gerardo. La concentración de la misa en la figura, la pasión y la naturaleza redentora de Jesucristo establecían una relación muy estrecha con los objetivos de los sermones cruzados y los rituales de tomar la cruz. Con más exactitud, un sermón que se pronunciara inmediatamente después de la misa invitaba a los feligreses a escoger entre seguir a Jesucristo o rechazarlo en presencia de sus mismísimos cuerpo y sangre, los elementos consagrados y, según se creía cada vez más, transustanciados de la Eucaristía. (La doctrina de la transustanciación, que insistía en la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía, aunque contaba con una amplia aceptación previa por parte de los académicos y otros círculos, solo se convirtió en enseñanza oficial de la iglesia Católica Romana en el cuarto concilio lateranense, celebrado en 1215.) En los casos en que la misa no precedía a la prédica, tal como había sucedido en Anglesey el 11 de abril, se practicaba una confesión general, igual que la de Clermont en 1095. Para algunos de los reclutados, como por ejemplo para un grupo de delincuentes —«ladrones, salteadores y asesinos»— de la galesa Usk, adoptar la cruz se parecía a una forma de conversión.[40] La expedición estuvo bañada por un aura de santidad, por lo menos en el recuerdo: Gerardo mencionó numerosos milagros de sanación, asociados a los lugares

en los que se había predicado la cruz, además de poblar sus narraciones con anécdotas milagrosas y edificantes.[41]

Aunque Gerardo omitió todos los detalles del contenido de sus sermones o de los del arzobispo, a diferencia de su exposición pública, se puede colegir algo de su naturaleza a partir de los tratados contemporáneos, como los escritos por Pedro de Blois y el legado papal Enrique de Albano. La forma podríamos entreverla gracias a una descripción que el propio Gerardo hizo de su discurso de Haverfordwest, en el que empleó repetidos clímax para levantar a su público en sucesivas oleadas de entusiasmo. Una generación más tarde, un manual de predicación inglés, conocido como *Ordinatio de predicatione Sancti Crucis in Angliae (Ordenanzas para la prédica de la Santa Cruz en Inglaterra*, hacia 1216), indicaba el modo de conseguir tal efecto. Los *exempla* se usaban con total libertad para captar la atención del público, en algunos casos por medio de historias morales alarmantes, como una bastante repugnante, que usaba Gerardo, en la que una madre cubrió hasta asfixiar a su hijito del alma como castigo divino por haber tratado de impedir que su esposo se uniera a la cruzada. Las complicaciones teológicas se transmitían a través de referencias a cultos familiares, metáforas e imágenes sencillas, como las de la Virgen María, o incluso mediante paralelos con la vida cotidiana. En la *Ordinatio,* la cruz se representa como la confirmación de la salvación, «como mediante documento», igual que un acuerdo normal sobre la propiedad de unas tierras, salvo que la propiedad, en este caso, era «el legado de Cristo». Buena parte del material escogido para los sermones, así como para los panfletos de propaganda, estaba compuesto por una sucesión de meditaciones acerca de la importancia alegórica de Cristo, la cruz, la crucifixión, la paradoja de la vida a través de la muerte, las insidias de los placeres camales y la recompensa espiritual del *crucesignatus.* A diferencia de otras muchas colecciones de sermones posteriores, la *Ordinatio* inglesa inlcuye un modelo de discurso, «Llamamiento a los hombres a tomar la cruz», pensado sin duda para un público laico: los remates de algunos de sus *exempla,* obtenidos de las edificantes proezas de cruzados anteriores, están en lengua vernácula (en este caso, en francés). El sermón se estructura alrededor de un mensaje único, sencillo, repetido de muchas formas distintas y salpicado con variantes del lema tradi-

cional de las cruzadas: «Levantaos, pues, tomad mi [sic] cruz y seguidme» (Mateo, xvi, 24), modificado para que encajara con el *exemplum* anterior. Así, el tétrico juego de palabras que se atribuye a las supuestas últimas palabras del inglés Hugo de Beauchamp en el campo de batalla de Hattin, «Aunque me llamo Beauchamp, jamás he pisado el *beau champ* (esto es, el paraíso) hasta hoy», van seguidas de la exhortación del predicador: «Levantaos para poder venir al *beau champ*».[42] El sermón de Gerardo de Gales en Haverfordwest probablemente usaba unas técnicas bastante parecidas. Cada anécdota, cada refrán alimentaba un mensaje central, la repetición de las frases, sobre todo si iban acompañadas de una respuesta del público, que inducían a un entusiasmo cuasi extático en las grandes congregaciones.

Otro *crucesignatus* de 1188-1189, el cronista y funcionario real inglés Roger de Howden —quien, a diferencia de Gerardo, fue de verdad a Tierra Santa—, dejó constancia exacta de un sermón-elegía, poético y populista, compuesto por un clérigo, Berthier de Orléans, a quien tal vez podría identificarse con cierto funcionario que trabajaba en la corte francesa, en la cancillería de Felipe II. Los versos confirman la omnipresencia del mensaje que estaba siendo repetido una vez tras otra a todos los públicos de la cristiandad. Se enumeraban cuestiones conocidas: la venganza por el insulto proferido a Cristo; un ataque a la vida muelle; la pérdida de la Vera Cruz, «el arca del Nuevo Testamento»; la obligación de los creyentes de recuperarla; la asociación con el sacrificio de la Eucaristía; la deuda sin redimir de la Crucifixión del Redentor; la llamada a «tomar su cruz». Entre las estrofas del poema-sermón aparece el estribillo: «La madera de la cruz, el estandarte del jefe, el ejército le sigue, el que jamás ha cedido, sino que ha ido delante con la fortaleza del Espíritu Santo».[43] No podemos medir el impacto psicológico de una propaganda tan implacable, pero se dejó sentir ampliamente. El mismo tono moral de vergüenza, sacrificio y caballería encaminada a la consecución del paraíso, no a la recompensa terrenal, tiñe una canción compuesta en 1188 o 1189 por Conon de Béthune, un importante señor de la Picardía, que combatió en la Tercera y la Cuarta Cruzadas.[44] Odón de Trazegnies, en Hainault, realizó un donativo devoto a su monasterio local, antes de embarcar hacia Occidente, y en esa ocasión declaró que su viaje era «para vengar el insulto a

Dios».[45] Fueran cuales fuesen los medios de transmisión, el mensaje había llegado.

Reclutamiento y financiación

El reclutamiento y la financiación formaban parte de un único proceso que consistía en transformar el entusiasmo en acción. En las asambleas celebradas en Geddington en febrero y en París en marzo de 11 88 se estudiaron las disposiciones para tomar la cruz y para administrar el «diezmo de Saladino», conjuntamente. La fuente de financiación afectaba a la construcción de los ejércitos. En Germania, Federico trató de insistir en que cada cruzado debería pagarse su propio pasaje, y hacía hincapié en la importancia de que la organización del reclutamiento y los reclutas estuviera en manos de los magnates locales y las comunidades urbanas más allá del amplio séquito militar del propio rey, por lo que gastó sus propios fondos, posiblemente aumentados con una tasa impuesta a los judíos y una especie de tasa sobre los hogares, exigida en las tierras del rey.[46] No obstante, el grueso de su enorme fuerza, que algunos calcularon en veinte mil caballeros y ochenta mil soldados de infantería, no fue reclutado ni financiado directamente por la corona, lo que tal vez contribuyó a su desintegración cuando el propio Federico murió antes de alcanzar Tierra Santa. De un modo parecido, el fracaso de Felipe II de Francia —incapaz de recaudar el «diezmo de Saladino»— y la limitación de su autoridad fuera de las tierras regias limitó su contingente personal a los dos mil caballeros y escuderos, para los cuales negoció un contrato de transporte en Génova en 1190. El resto de la enorme contribución francesa llegó de manos de los nobles y otros señores de provincias. En cambio, Ricardo pudo acceder a grandes sumas del «diezmo de Saladino» y contaba además con sus propios ardides para recaudar fondos, lo cual le permitió disponer, en 1189-1190, de un ejército real que llegaba quizá a los seis mil hombres, a la vez que subvencionaba una flota de cien navios, que podrían haber llevado a casi nueve mil soldados y marinos, algunos de los cuales, al menos, estaban a sueldo directamente del rey, «contratados», tal como señalaría más adelante uno de los funcionarios de Ricardo [47] Así como un inglés expatriado en Francia, Raúl

Niger, señaló la diferencia en la naturaleza y el nivel de recaudación de fondos entre el monarca germano y los occidentales, un observador germano rindió homenaje a la generosidad de los recursos financieros y los preparativos del rey inglés.[48] Antes y durante cualquier campaña de las cruzadas, la capacidad de convertir lo que en teoría constituía un ejército voluntario en una fuerza remunerada o contratada aumentaba enormemente la cohesión y la autoridad del pagador. Felipe II aumentó su control sobre los dispares contingentes franceses de Mesina, en las Navidades de 1190, cuando ofreció cuantiosas subvenciones al duque de Borgoña (mil marcos) y al conde de Nevers (seiscientos marcos). Al llegar a Tierra Santa en 1191, Ricardo I y Felipe II compitieron en los sueldos que ofrecían a las tropas independientes y, al final, se impuso el ancho bolsillo de Ricardo. Aquello le aseguró a Ricardo el dominio de la siguiente campaña de Palestina, para lo que liberó de sus apuros económicos al conde de Champaña y le pasó cinco mil marcos al comandante de las tropas francesas restantes, el duque Hugo de Borgoña.[44]

El «diezmo de Saladino» supuso otro impacto directo sobre los modelos de reclutamiento. En tanto que impuesto pensado para ayudar a los *crucesignati,* estos estaban exentos del pago. Al oírlo, afirmó Roger de Howden, siendo él *crucesignatus,* «todos los hombres ricos de sus tierras [las de Enrique II], tanto clérigos como laicos, acudieron en masa a tomar la cruz».[50] Además de los privilegios del cruzado, habituales en la época, podían esperar no solo la exención del impuesto sino además la recaudación de sus vasallos y arrendatarios no cruzados. Aquello podía resultar lucrativo y, en consecuencia, podía llegar a convertirse en objeto de disputa legal. Un *crucesignatus* de Anglia Oriental, Roberto de Cokefield, intentó sin éxito adueñarse del diezmo de dos feudos de los que disponía en calidad de arrendatario perpetuo de la abadía de Saint Edmunds, en Bury. El abad quizá estaba especialmente alerta con respecto a las sutilezas legales, porque Enrique II le había denegado el permiso a tomar la cruz en febrero de 1188, a pesar de que se presentó ante el rey blandiendo una cruz de tela, aguja e hilo.[51] Para los que no eran cruzados, el «diezmo de Saladino» era tremendamente molesto, en parte por la inaudita tarifa del 10 por cien sobre los bienes muebles (esto es, los ingresos sobrantes tras haber pagado por lo esencial). En parte, también, porque recayó por igual sobre las tie-

rras laicas y eclesiásticas, desafiando a las sensibilidades eclesiásticas, que vociferaban con respecto a la inmunidad y la separación del Estado secular. Puesto que no se produjeron movimientos inmediatos hacia Oriente, algunos contribuyentes sospecharon del entusiasmo que el gobierno angevino, por lo general muy codicioso, puso en la recaudación del tributo; no fue ninguna coincidencia que el «diezmo de Saladino» representara un modelo de posteriores impuestos extraordinarios, muy lucrativos. La malversación de los recaudadores y el desfalco personal dejaron un regusto amargo. '2

En la mayoría de regiones de Europa no existió un incentivo tan directo. Incluso en Francia, Felipe II, pese a haber conseguido el consentimiento para imponer el «diezmo de Saladino» en la gran asamblea de clérigos, nobles y caballeros celebrada en París en marzo de 1188, se vio obligado a cancelar el subsidio al año siguiente, e incluso a disculparse por haberlo introducido en primer lugar.[53] Cierta recaudación de impuestos sí se consiguió. El conde de Nevers, primo del rey, impuso un tributo de doce peniques por casa en sus tierras, que quizá no formase parte del «diezmo de Saladino». Se trataba de un impuesto de precio fijo, no proporcional, que se impuso solo después de negociar con el clero local y la nobleza, y no hacía mención alguna de la exención para los *crucesignati.*[54] Allí, como en muchos otros lugares, las presiones materiales que impelían a tomar la cruz operaban a la par que el señorío, el parentesco y la comunidad. Aunque las pruebas que nos han llegado provienen, en su inmensa mayoría, de las clases adineradas, es poco probable que quienes se encontraban en la parte inferior de la escala social y económica fueran capaces de costearse el viaje. Un cruzado inglés suponía que quienes se marchaban compartían sus lágrimas con «sus sirvientes domésticos *(familiaribus*), sus parientes y amigos».[55] Las disposiciones de la bula de Gregorio VIII, del «diezmo de Saladino», la deuda francesa y la ordenanza hipotecaria de marzo de 1188 daban por sentado que los cruzados, por lo general «clérigos, caballeros y *servientes* (miembros de una comunidad obligados a prestar servicio a su señor)», contaban con propiedades de las que disponer, porque, de otro modo, los detalles sobre la recaudación de dinero serían redundantes. Según el «diezmo de Saladino», los cruzados recibirían los ingresos del impuesto que afectaran a «sus tierras y sus hombres».[56] La insistencia que exhibió

Federico Barbarroja en que sus seguidores tuvieran cierta solvencia material apunta en la misma dirección. Los pobres no solo no tomaban la cruz, por carecer de la libertad económica o legal para ello, sino que a muchos se les prohibió partir, para evitar la pobreza que les sobrevendría. Una investigación sobre el incumplimiento de los votos cruzados llevada a cabo en Lincolnshire, en Inglaterra, diez años después de la Tercera Cruzada, descubrió que en 20 de los 29 *crucesignati* señalados, la causa de la falta había sido la pobreza.[57] Así, tanto si se podía evitar el impuesto como si no, la realidad del reclutamiento para las cruzadas se apoyaba en la capacidad de pagar o que alguien pagara por uno, desde los monarcas hasta los campesinos de granjas prósperas y artesanos urbanos y rurales.

Esto no consiguió limitar apenas el ritmo de reclutamiento. Desde el Báltico hasta el Mediterráneo, hubo observadores que hicieron notar la extraordinaria respuesta. «El entusiasmo por la nueva peregrinación fue tal que ya [en 1188] no se preguntaba quién había recibido la cruz, sino quién no la tenía aún».[58] El reclutamiento se desplegó como un abanico desde las grandes asambleas de Gisors, Maguncia y París, a principios de 1188, impulsado sobre todo por los señores y sus séquitos, además de por el fomento activo de los monasterios y el clero secular (que, como en cruzadas anteriores, supusieron una importante fuente de financiación, en tanto que ofrecían dinero en metálico a cambio de regalos e hipotecas sobre la propiedad). Si la prédica representó el núcleo, en los pueblos, las ciudades y las cortes de los nobles, el rumor y el hecho de andar de boca en boca generaron una atmósfera pública, los grandes movimientos («magna mota») del cruzado del Delfinado.[59] La presión en los grupos de iguales y el miedo a la vergüenza actuaron, inevitablemente, como agentes eficaces de reclutamiento. Los poetas presentaban a los que se negaban a atender la llamada de la cruz como «apóstatas y cobardes». Los cronistas, quizá con una vena imaginativa semejante, señalaron que los indecisos recibían «lana y ruecas», insinuando que quienes se quedaban «solo valían para el trabajo de mujeres».[60] Las esposas y las madres sumaron sus voces al coro, siendo tal vez las más persuasivas de todos. En señal de compromiso, algunos reclutas llevaban cilicios (generalmente, como sucedió con el abad Sansón de Bury, asegurándose bien de que todos a su alrededor lo sabían), se abstenían de comer carne y

seguían el código de un atuendo sencillo, establecido por las leyes suntuarias que instituyera la bula de Gregorio VIII y fueran repetidas en los sermones y por la legislación local durante los tres años siguientes. Aunque refleja un elemento de exhibicionismo teatral, aquella ostentación de vestimenta ayudó a crear y sostener una atmósfera de compromiso.

Dicho esto, hay que reconocer que la imagen de (en palabras de Amoldo de Lübeck) «ricos y pobres como uno solo», en prueba de la adhesión universal a las cruzadas, puede resultar engañosa.[61] Muchos de los que tomaron la cruz en 1188, ya fuera debido a un sentimiento repentino o a un cálculo meticuloso, abandonaron sus votos «tras haber saludado a Jerusalén desde lejos», según observó mordazmente un monje inglés.[62] Muchos otros no tomaron la cruz, entre ellos Guillermo Marshal, quien realizó una carrera y cobró fama por perseguir, en teoría, los objetivos más caballerescos y corteses. Prefirió quedarse en casa, con su nueva y rica esposa y un trabajo en el gobierno regente de Ricardo I. Como circunstancia atenuante, acababa de llegar de una estancia de dos años en Outremer (1184-1186). No obstante, su negativa a enrolarse en 1188-1189, cuando estaba cerca de Enrique II, indica un ejercicio de sentido común en respuesta a la cruzada. Sobre todo en los séquitos reales, un compromiso tan terminante no se asumía de forma indiscriminada. La vida y la política en la Europa occidental no quedaron suspendidas. En Germania e Italia, el hijo de Barbarroja, Enrique VI, que actuaba como su virrey, persiguió con energía realizar su derecho al reino de Nápoles y Sicilia —del que gozaba por parte de su esposa—, mientras que sus contrincantes, dirigidos por los partidarios del duque de Sajonia, el exiliado Enrique el León, fomentaban la revolución. En Francia e Inglaterra, a pesar de que los preparativos para las cruzadas se iniciaron en los primeros meses de 1188, el deterioro de las relaciones entre Felipe II y Enrique II ocupaba, en 1188-1189, un lugar cada vez más destacado. Aquello terminó en una perjudicial contienda por la sucesión a las tierras de Anjou entre Enrique y su hijo Ricardo de Poitou, que contó con el firme respaldo de Felipe II. Los tres eran *crucesignati.* Cuando Ricardo hubo partido a las cruzadas en 1190, su hermano Juan conspiró para hacerse con el poder, que estaba en manos de burócratas, de los cuales una buena parte había tomado la cruz en 1188, hasta que en 1189

el papa los eximió de la carga debido a la importancia de su función civil.[63] La cruzada del rey no logró evitar una cruda lucha por el poder que desembocó en el derrocamiento del canciller de Ricardo, Guillermo Longchamp, en 1191. Aunque la implicación personal de los monarcas reinantes arrastró consigo a una gran parte de sus élites dominantes y sus funcionarios de máximo nivel, otros muchos no partieron. Las administraciones locales y centrales siguieron funcionando. El grueso de la población laica y eclesiástica se quedó. La cruzada resultaba sumamente interesante para unos cuantos; a otros los dejaba completamente indiferentes. Tampoco parece que todos los cronistas contemporáneos estuvieran obsesionados con la cuestión. En Inglaterra, escritores monásticos como Gervasio, sacristán de la iglesia del Cristo de Canterbury, o Joscelino de Brakelond, en Saint Edmund de Bury, solo dejaron constancia de estar preocupados por las cruzadas cuando estas afectaban a sus casas religiosas. Gervasio se mostró, al menos visto desde ahora, claramente hostil al proyecto; culpó al arzobispo Balduino —una bestia negra especial, por el oneroso «diezmo de Saladino»— y retrató su viaje por Gales como una excursión pensada para no enfrentarse a los turbulentos litigios con los monjes de Canterbury. Gervasio despreció los sucesos acaecidos en Oriente entre 1190 y 1192 y, a posteriori, calificó toda la aventura de «desafortunada».[64] La implicación en la cruzada solía ser moderada, con frecuencia; más que arrolladora.

El reclutamiento para la Tercera Cruzada se distinguió por la dirección de los monarcas y su capacidad para garantizar la presencia de sus nobles en la empresa, hasta un extremo que superó incluso al de la Segunda Cruzada. El poder gubernamental laico de los distintos reinos —ya fuera regio, condal o urbano— reforzó o subsumió los mecanismos eclesiásticos de reclutamiento, sobre todo en tierras angevinas y, especialmente, en Inglaterra. Allí, desde un buen principio, la administración real, relativamente centralizada, asumió todos los aspectos de las acciones y planificación de las cruzadas. El compromiso de los monarcas, mientras facilitaba las tareas de reclutamiento y el aprovisionamiento material, ensanchó el concepto y la concepción del buen señor hasta incluir la empresa cruzada, como expresión visible de la dimensión moral del gobierno, que descansaba en el corazón de la autoridad consensúa-

da. Al carecer de fuerzas coercitivas, los reyes del siglo xii confiaban en que sus súbditos aceptarían los beneficios mutuos de su gobierno. Liderar una causa tan inequívocamente virtuosa y encomiable como la cruzada aumentaba en gran medida las posibilidades regias de exhibir los aspectos trascendentales de su posición y, por ende, exigir el respeto y el apoyo de sus súbditos. Seguían existiendo los límites prácticos. Federico Barbarroja pudo usar la cruzada para demostrar su preeminencia en la política germana e imponer una paz nacional a las facciones políticas, simbolizada por el exilio negociado del disidente Enrique el León. No obstante, a cambio se esperaba de él que se financiara su propia cruzada. De un modo bastante parecido, Felipe II de Francia pudo contar con el apoyo casi universal de la iglesia y los condes regionales del país, en 1188 y para la cruzada como tal, pero no logró imponer el «diezmo de Saladino». El temor a nuevas exacciones fiscales demostró ser más fuerte que la confianza política. En aquellas circunstancias, la obligación personal y pública contraída al tomar la cruz constituía un ingrediente esencial para fijar el liderazgo moral. Por este motivo, las ceremonias de Gisors y Maguncia fueron tan importantes. Ataban a los *crucesignati* regios a la cruzada con un contrato entre la iglesia y el pueblo, que solo la acción podría cumplir, o la absolución papal desatar. Enrique II de Inglaterra comprendió bien las implicaciones de un compromiso semejante; este era uno de los motivos por los que llevaba veinticinco años esquivando aquel acto.

El resultado tangible de la participación real pudo palparse pronto en Sicilia. Algunos atribuyeron a la rapidez con la que Guillermo II envió una flota a Tierra Santa en 1188 la supervivencia de los restantes puestos de avanzada cristianos. Pero aun con su exhibición de luto y dolor ceremoniosos, al oír las noticias de la catástrofe de Hattin, Guillermo no tomó la cruz. Aunque podría haber estudiado la posibilidad de iniciar una empresa conjunta con su cuñado Enrique II, parece que Guillermo no organizó a su nobleza para la cruzada. A su muerte, en noviembre de 1189, no se había otorgado ninguna promesa en firme ni por parte del rey ni de sus nobles. En la posterior lucha por el poder, quien acabara siendo su sucesor —Tancredo de Lecce, su primo ilegítimo, de constitución casi enana— hizo regresar a la flota siciliana de Oriente. El único

resto de participación siciliana en la cruzada radicaría en la espléndida —y tal vez extravagante— herencia que Guillermo II legó a Enrique II: cereales, vino, dinero, vajillas de oro y cien galeras equipadas para dos años. Tal vez aquello representaba lo que Guillermo consideró que sería su contribución a la cruzada. Llegado el momento, este legado representó una fuente de discordias y la oportunidad para la extorsión de Ricardo I, cuando llegó a Sicilia en el otoño de 1190.[65] El contraste entre la experiencia siciliana y la de las tierras angevinas de Enrique II fue considerable. Aunque se perdieron en la guerra de sucesión de 1188-1189, para cuando le llegó la hora de la muerte, en julio de 1189, Enrique II había logrado reunir hombres y dinero. Y lo que fue quizá más importante, comprometió con la cruzada a numerosas partidas de nobles, de ambas orillas del Canal, en la acción colectiva de la toma de la cruz. Su sucesor, Ricardo, fue uno de ellos. El interés continuado, noble y regio, en Anjou, aseguró una dedicación constante a la cruzada. Sin la dirección del rey, el movimiento hubiera perdido cohesión y empuje, como sucedió en Sicilia.

La profundidad del compromiso angevino fue espectacular.[66] El círculo interior de los reclutas provenía de la élite administrativa y política; representantes del alto clero, guiados por el arzobispo Balduino y el sobrino del regente Glanvill, Huberto Gualterio, obispo de Salisbury; nobles poderosos como los condes de Leicester y Ferrers, Nigel de Mowbray y Ricardo de Clare; antiguos responsables de condados, como Roberto de Glanvill; ministros, como el hermano de Roger, el regente Ranulfo, cuya destitución, en 1189, le permitió cumplir con los votos; amigos del rey, colaboradores, funcionarios de la casa real y burócratas del gobierno, varios de los cuales —entre quienes se encontraban Gerardo de Gales y el futuro regente Godofredo FitzPeter— recibieron la absolución de sus votos sin llegar a cumplirlos. Comparada con Francia o Germania, la lista de grandes acaudalados es corta, como reflejo de la estructura política angevina, pero también por casualidad; unos cuantos condados ingleses se habían hundido; otros estaban en manos de menores de edad. El núcleo del reclutamiento angevino se desarrolló en la corte del rey. Fuera del círculo inmediato de los conocidos o patrocinados por el rey, los *crucesignati* más característicos eran aristócratas, caballeros y la pequeña nobleza local, muchos de los cuales

estaban relacionados con la alta nobleza. Los cincuenta y nueve *crucesignati* que aparecen consignados en los registros financieros del gobierno como exentos del pago de un impuesto para la defensa contra los galeses eran hombres de fortuna de todo el reino, desde Sussex a Yorkshire, de Wiltshire a Suffolk. Por conveniencia, aquellos caballeros acostumbraban a viajar en grupos, atendiendo a criterios de asociación profesional, política, geográfica o familiar. El entusiasmo colectivo por tomar la cruz pudo pervivir por el hecho de pasar a la acción. Según un observador de Yorkshire, las masacres antisemitas de la Cuaresma de 1190 en King's Lynn, Stamford y York estuvieron capitaneadas por bandas de jóvenes cruzados, que actuaban en conjunto. Al igual que los adeptos de los notables, también sobrevivieron al paso del reclutamiento a la campaña varias redes locales. En el sitio de Acre, en 1191, el cronista y juez de la corona Roger (párroco de Howden, cerca de Humber, en el distrito del East Riding, en Yorkshire), dio con un grupo de compatriotas de la misma región de su parroquia: Juan de Hessle, Ricardo y Berenguer de Legsby, el párroco de Croxby y Roberto el Cazador de Pontefract.

Las asociaciones rurales, tanto como las urbanas, otorgaron una estructura propia al reclutamiento en Inglaterra, igual que sucedió en el resto de Europa. Los buques de Londres formaron un grupo aparte en la gran flota del norte de Europa que se reunió en Dartmouth en mayo de 1189, y que tomó a los moros la ciudad de Silves, en Portugal, aquel mismo septiembre. Al año siguiente lo siguió por lo menos un barco con ochenta londinenses. Lo encabezaban personajes de la oligarquía mercantil de la ciudad, como Godofredo el Orfebre y Guillermo FitzOsbert, apodado «el Barbudo», además de miembros del cabildo y el clero de la catedral de San Pablo. Otra fuente de unidad radicaba en que estos ciudadanos habían adoptado todos al mismo santo patrón, Tomás Becket, un compatriota londinense; un ejemplo de cómo las cruzadas se alimentaron de las corrientes de espiritualidad contemporánea. El papel principal que desempeñó entre los londinenses el clero secular con beneficios se reflejaba por todas partes. Según algunas fuentes, incluso los monjes cayeron presa de la fiebre de las cruzadas, a pesar de que iba en contra de sus votos: «un gran número salió del claustro en dirección al campamento, se quitaron los hábitos, se pusieron la cota ..

de malla y se convirtieron en caballeros de Cristo, en un sentido diferente, pues cambiaron las almas por armas».[67]*

Mientras que de los clérigos —aparte de sus importantes deberes religiosos como paladines de la moral— se esperaba que trabajasen como escribas, contables, secretarios e incluso intendentes, del grueso de los reclutas se pretendía que, como los tres mil reclutas galeses descritos por Gerardo de Gales, fueran «muy habilidosos en el manejo de la lanza y las flechas, grandes expertos en cuestiones militares y [ardieran en deseos de] atacar a los enemigos de nuestra fe, a la primera oportunidad».[68] El llamamiento no se limitaba a los guerreros; muchos *crucesignati* eran artesanos: herreros, peleteros, curtidores, zapateros, sastres, molineros, carniceros, vinicultores, alfareros y panaderos, quienes podían, por lo menos en teoría, ejercer sus oficios de un modo que resultara útil en la cruzada. Probablemente se les unieran auténticos no combatientes, peregrinos en sentido estricto; pero no en un número abrumador, sobre todo después del énfasis que se había puesto en el carácter profesional de los soldados, con la intención de evitar los errores de la Segunda Cruzada, en la que los no combatientes, según se dijo, perjudicaron la eficacia militar. Un último grupo de reclutas estaba formado por mujeres. Las ordenanzas de la cruzada limitaban el reclutamiento femenino a lavanderas viejas, que se desdoblaban trabajando como despiojadoras para los soldados, «tan buenas como simios para buscar pulgas».[69] Sin embargo, se hizo caso omiso de tales estipulaciones. Las mujeres pelearon en Acre, despertando la admiración de las fuentes occidentales y un horror fascinado en las arábigas. En una lista de cuarenta y siete reclutas de Cornualles, había por lo menos cuatro *crucesignatae.*[10]

Aunque Inglaterra es, posiblemente, la región europea mejor documentada en cuanto a los preparativos para la Tercera Cruzada, el modelo desvelado se corresponde con el de todas las demás regiones, como por ejemplo pueda ser Normandía. Si el dinero y la autoridad real tuvieron una presencia menor entre los Capetos de Francia o entre los Hohenstaufen germánicos, el papel que representaron estos monarcas fue igual de importante. En Francia, la

* Se traduce aquí, con cierta libertad, un juego de palabras del original entre *alms* ('limosnas') y *arms* ('armas'). (ÍV. *de los t.)*

toma de la cruz por parte de Felipe II en Gisors, en enero de 1188, dio pie a casi todos los miembros de la alta nobleza de su reinado a seguir su ejemplo; facilitó su decisión el hecho de que los dos rivales angevinos de Felipe, Enrique II y Ricardo de Poitou —quien más adelante se convertiría en Ricardo I—, también hubieran ingresado en las filas de los cruzados. Además de los condes de Flandes, Blois, Perche, Champaña, Dreux, Clermont, Beaumont, Soissons, Bar y Nevers, que tomaron la cruz con el rey, fueron también *crucesignati* el duque de Borgoña y el conde de Sancerre. El único notable importante que no tomó la cruz fue el conde Raimundo V de Tolosa. (A pesar de sus estrechos lazos familiares con el conde de Trípoli, Raimundo, cuyo padre había fallecido de forma repentina y al parecer sospechosa en Palestina, durante la Segunda Cruzada, estaba ya viejo —murió en 1194, tras haber gobernado cuarenta y seis años— y acosado por las rivalidades con Ricardo de Poitou y por el problema de la herejía en sus dominios.) Señores como los condes de Flandes, Borgoña y Champaña eran, en realidad, príncipes autónomos. Fue un hecho reconocido en Gisors, cuando se acordó que los seguidores de Felipe II llevarían la cruz roja; los de Enrique II, blanca; y los del conde de Flandes, verde.[71] El reclutamiento se adecuó a las potencias regionales. Por toda Francia, desde Hainault a Poitou, desde Normandía hasta el Delfinado, señores y caballeros tomaron la cruz e iniciaron los preparativos para la marcha. Aunque las narraciones de algunas fuentes hacen hincapié en el papel de Ricardo I y sus seguidores anglo-franceses, hay pruebas escritas que indican que la contribución del resto de Francia podría haberlos superado. Fueron regiones enteras las que perdieron a sus señores. Al otro lado de la frontera, en Limburgo, la ausencia del duque Enrique III y sus dos hijos se llevó consigo todos los frenos al malestar civil y la violencia local.[72]

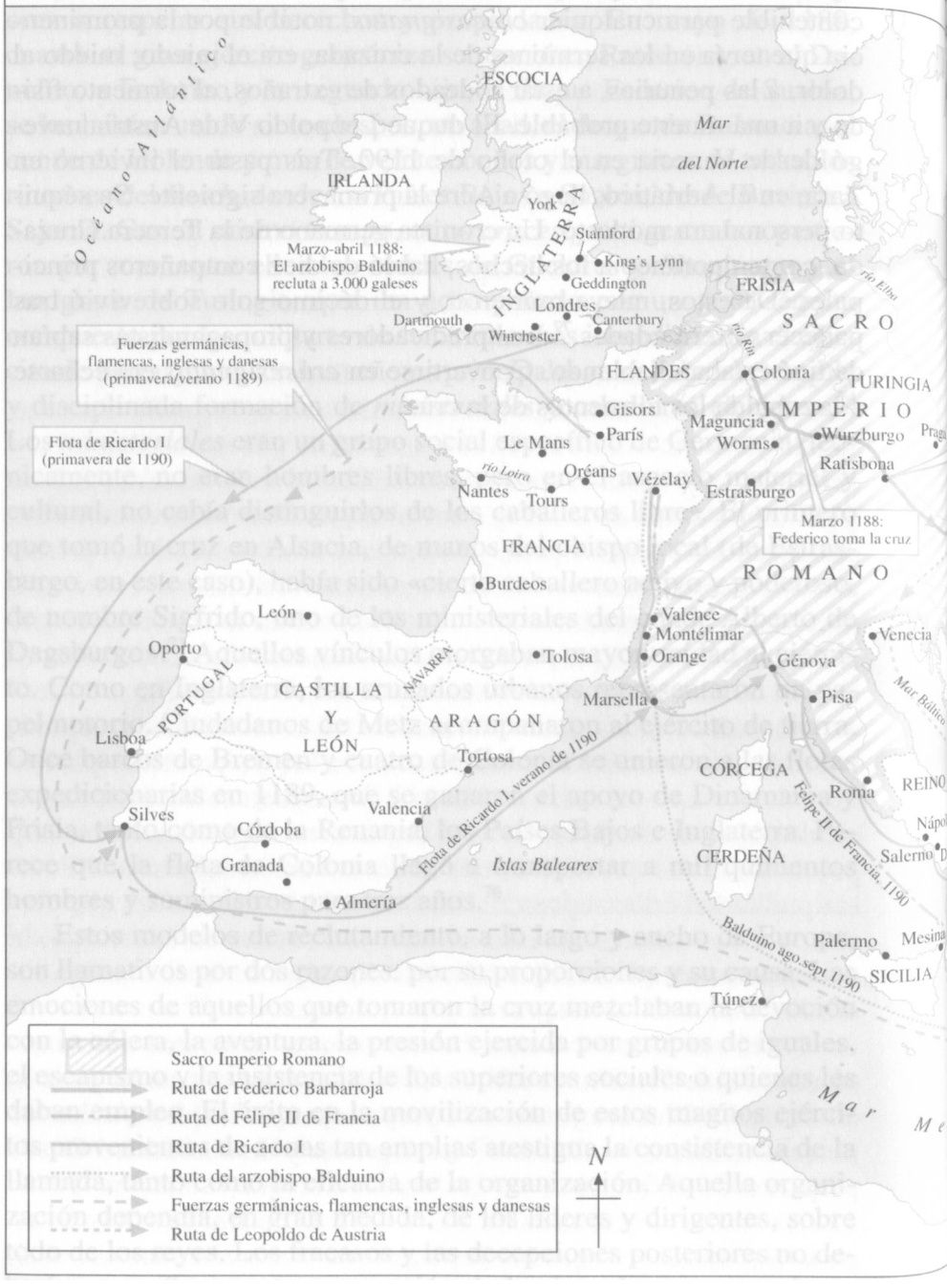
La misma historia se contaba en las tierras germanas que se extendían desde Flandes a Austria, el Báltico y los Alpes. El paso lo dio Federico Barbarroja: «con su propio ejemplo inspiró a todos los jóvenes a luchar por Cristo».[73] La urgencia y meticulosidad de sus preparativos estimularon el reclutamiento, que, como en 1146-1147, constituyó la dimensión activa del establecimiento de una paz general, bajo la cual quedaban pospuestas o resueltas las disputas; en efecto, los privilegios cruzados no solo daban ventaja a los *cru-*

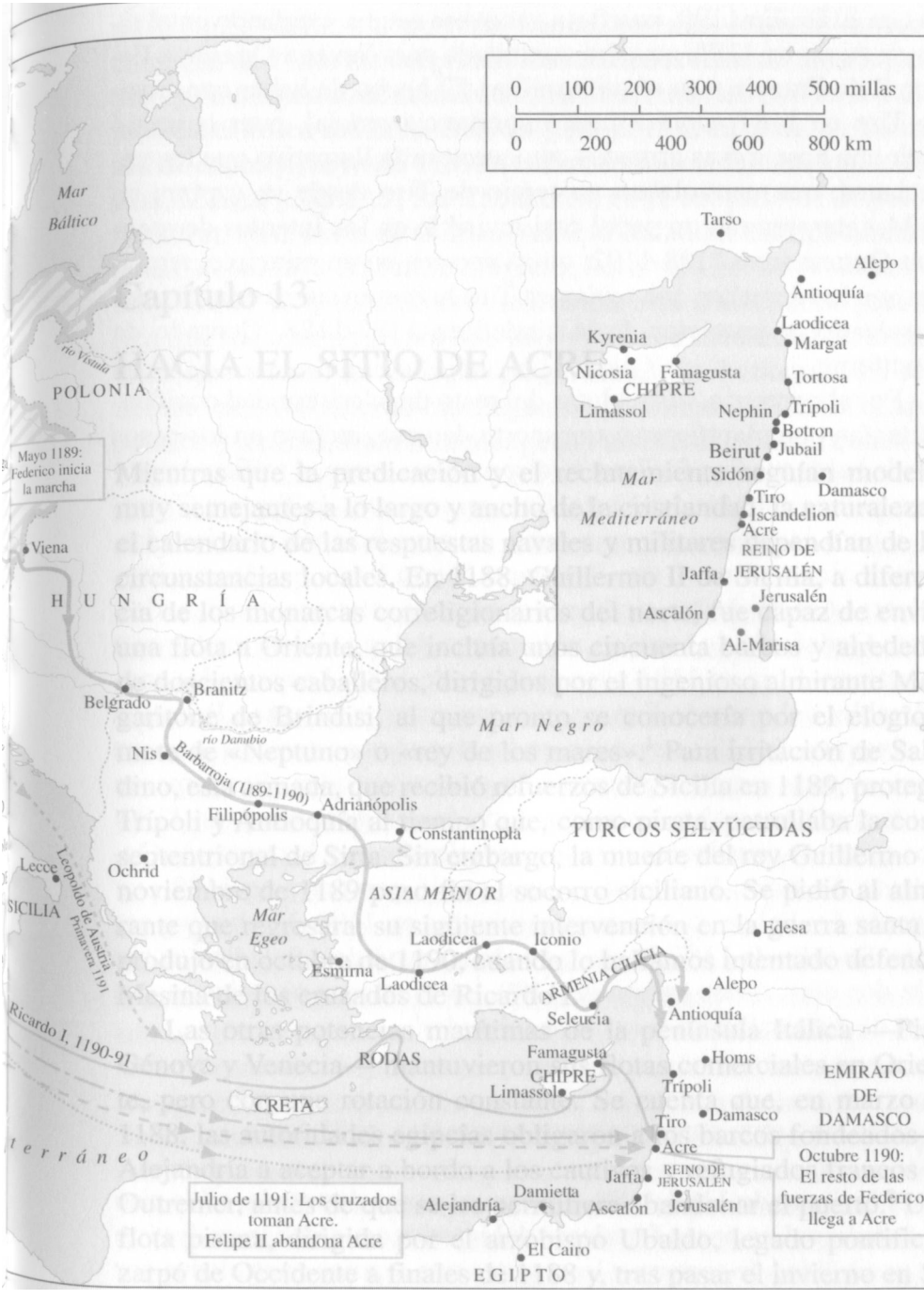
cesignati, sino que además obligaban a los que no habían tomado la cruz a respetar sus derechos y propiedades. En mayo de 1189, cuando el gran ejército germánico se reunió en Ratisbona, en el Danubio, a Federico y su segundo hijo, el duque Federico de Suabia, se les habían unido siete obispos, un abad, el duque de Dalmacia, el conde de Holanda y más de veinte condes y margraves de todos los rincones del *Reich,* desde los Países Bajos a Suabia, desde Baviera a Sajonia. Casi al mismo tiempo, otros *crucesignati* germanos partieron por mar, entre ellos los condes de Güeldres y Altenburgo y el landgrave de Turingia, que iba acompañado por un gran séquito compuesto por los militares de su círculo más inmediato. En el ejército de tierra, junto con los señores principales marchaba «la temible y disciplinada formación de *ministeriales* y caballeros elegidos».[74] Los *ministeriales* eran un grupo social específico de Germania; técnicamente, no eran hombres libres, pero en el aspecto material y cultural, no cabía distinguirlos de los caballeros libres. El primero que tomó la cruz en Alsacia, de manos del obispo local (de Estrasburgo, en este caso), había sido «cierto caballero activo y poderoso, de nombre Sigfrido, uno de los ministeriales del conde Alberto de Dagsburgo».[75] Aquellos vínculos otorgaban mayor unidad al ejército. Como en Inglaterra, los cruzados urbanos representaron un papel notorio. Ciudadanos de Metz acompañaron al ejército de tierra. Once barcos de Bremen y cuatro de Colonia se unieron a las flotas expedicionarias en 1189, que se ganaron el apoyo de Dinamarca y Frisia, tanto como de la Renania, los Países Bajos e Inglaterra. Parece que la flota de Colonia llegó a transportar a mil quinientos hombres y suministros para tres años.[76]

Estos modelos de reclutamiento, a lo largo y ancho de Europa, son llamativos por dos razones: por su proporciones y su causa. Las emociones de aquellos que tomaron la cruz mezclaban la devoción con la cólera, la aventura, la presión ejercida por grupos de iguales, el escapismo y la insistencia de los superiores sociales o quienes les daban empleo. El éxito en la movilización de estos magnos ejércitos provenientes de zonas tan amplias atestigua la consistencia de la llamada, tanto como la eficacia de la organización. Aquella organización dependía, en gran medida, de los líderes y dirigentes, sobre todo de los reyes. Los fracasos y las decepciones posteriores no deberían empañar nuestra percepción de los impulsos que reunieron

aquellos enormes ejércitos, como causa primera. Una emoción incontenible para cualquier *crucesignatus,* notable por la prominencia que tenía en los sermones de la cruzada, era el miedo; miedo al dolor, a las penurias, a estar rodeados de extraños, al tormento físico y a una muerte probable. El duque Leopoldo V de Austria navegó desde Venecia en el otoño de 1190. Tras pasar el invierno en Zara, en el Adriático, llegó a Acre la primavera siguiente. Su séquito personal era modesto. Un cronista germano de la Tercera Cruzada, contemporáneo a los hechos, habló de diez compañeros principales. De estos, nueve murieron, y el décimo solo sobrevivió tras padecer enfermedades.[77] Los predicadores y propagandistas sabían de qué estaban hablando. Convertirse en *crucesignatus* era echarse a la espalda los tormentos de la cruz.

Europa y Oriente Próximo en época de la Tercera Cruzada




0 100 200 300 400 500 millas
0 200 400 600 800 km
Mar Báltico
río Vístula
POLONIA
Mayo 1189: Federico inicia la marcha
Viena
HUNGRÍA
Belgrado
Branitz
río Danubio
Nis
Barbarroja (1189-1190)
Filipópolis
Adrianópolis
Constantinopla
Mar Negro
TURCOS SELYÚCIDAS
Lecce
Ochrid
Leopoldo de Austria Primavera 1191
SICILIA
ASIA MENOR
Mar Egeo
Laodicea
Iconio
Esmirna
Laodicea
ARMENIA CILICIA
Edesa
Alepo
Antioquía
Seleucia
Ricardo I, 1190-91
RODAS
Famagusta
CHIPRE
Limassol
Homs
Trípoli
Damasco
EMIRATO DE DAMASCO
CRETA
Tiro
Acre
Jaffa
REINO DE JERUSALÉN
Jerusalén
Ascalón
Damietta
Alejandría
El Cairo
EGIPTO
Julio de 1191: Los cruzados toman Acre. Felipe II abandona Acre
Octubre 1190: El resto de las fuerzas de Federico llega a Acre
Tarso
Alepo
Antioquía
Laodicea
Margat
Kyrenia
Nicosia
Famagusta
Tortosa
CHIPRE
Limassol
Nephin
Trípoli
Botron
Beirut
Jubail
Mar Mediterráneo
Sidón
Damasco
Tiro
Iscandelion
Acre
REINO DE JERUSALÉN
Jaffa
Jerusalén
Ascalón
Al-Marisa

Capítulo 13

HACIA EL SITIO DE ACRE

Mientras que la predicación y el reclutamiento seguían modelos muy semejantes a lo largo y ancho de la cristiandad, la naturaleza y el calendario de las respuestas navales y militares dependían de las circunstancias locales. En 1188, Guillermo II de Sicilia, a diferencia de los monarcas correligionarios del norte, fue capaz de enviar una flota a Oriente, que incluía unos cincuenta barcos y alrededor de doscientos caballeros, dirigidos por el ingenioso almirante Margaritone de Brindisi, al que pronto se conocería por el elogioso mote de «Neptuno» o «rey de los mares».[1] Para irritación de Saladino, esta armada, que recibió refuerzos de Sicilia en 1189, protegía Trípoli y Antioquía al tiempo que, como pirata, patrullaba la costa septentrional de Siria. Sin embargo, la muerte del rey Guillermo en noviembre de 1189 puso fin al socorro siciliano. Se pidió al almirante que regresara; su siguiente intervención en la guerra santa se produjo en octubre de 1190, cuando lo hallamos intentado defender Mesina de los cruzados de Ricardo I.

Las otras potencias marítimas de la península Itálica —Pisa, Génova y Venecia— mantuvieron sus flotas comerciales en Oriente, pero con una rotación constante. Se cuenta que, en marzo de 1188, las autoridades egipcias obligaron a los barcos fondeados en Alejandría a aceptar a bordo a los cautivos y refugiados francos de Outremer, antes de que se les permitiera abandonar el puerto.[2] Una flota pisana, dirigida por el arzobispo Ubaldo, legado pontificio, zarpó de Occidente a finales de 1188 y, tras pasar el invierno en Sicilia, proporcionó apoyo a las operaciones terrestres de los cristia-

nos en 1189. En 1190, una flota genovesa estaba ayudando en el sitio de Acre; en 1191, otra fue contratada para llevar a Oriente a Felipe II de Francia y su séquito militar. El hecho de haber conservado Tiro en 1187 adquirió una importancia crucial, pues permitió abrir una base a esas armadas, aunque resulta llamativo que los venecianos, que controlaban un tercio de Tiro desde su captura en 1124, interpretaran un papel casi invisible en los intentos de recobrar Outremer en 1188-1192; quizá porque, en un principio, temieran que los derechos que tenían en Tiro hubiesen sido asumidos por el salvador y protector de la ciudad en 1187-1188, Conrado de Montferrat.

Por el contrario, los reclutas del resto de la cristiandad occidental tenían que planificar su transporte de cero, incluso en los casos donde había medios fácilmente disponibles, como el tráfico de embarcaciones del Mar del Norte. En consecuencia, la Tercera Cruzada estuvo integrada por una serie de expediciones relacionadas, pero distintas entre sí, que llegaron a Tierra Santa en oleadas irregulares. Aparte de los sicilianos y pisanos, algunos occidentales, como Godofredo de Lusiñán, el hermano del rey Guido, arribaron a Palestina y Siria en 1188 o a principios de 1189. Las armadas considerables del norte de Europa solo comenzaron a llegar a Palestina en el verano de 1189, seguidos, en los dos años posteriores, por una corriente más o menos constante de refuerzos; todos ellos tomaron la vía marítima, salvo los restos de la fuerza germánica, en 1190. Los ejércitos principales eran los organizados por los reyes de Occidente, Federico Barbarroja —que partió por tierra en 1189— y Ricardo I y Felipe II, que zarparon juntos en 1190. El objetivo era Acre. En julio de 1187, la ciudad se había rendido a Saladino en tan solo dos días; desde agosto de 1189, los cristianos necesitaron dos años de duro esfuerzo para reconquistarla.[3]

EL SITIO DE ACRE: RENACIMIENTO CRISTIANO, II88-II9O

En el invierno de 1187-1188, Outremer estaba derrotada, a los pies de Saladino. Las pocas fortalezas del interior aguardaban su destino sin posibilidad de socorro y los puertos que seguían controlados por los cristianos estaban seriamente expuestos a un asalto, un asedio o

un bloqueo naval. La mayoría fueron borrados durante la nueva campaña de 1188. De las principales ciudades francas, solo Trípoli, Tiro y Antioquía continuaban en manos cristianas. Dos de los últimos castillos en rendirse, Belvoir y Mont-réal, cayeron en los meses de enero y mayo de 1189; a Saladino solo le faltaba tomar Tortosa, Margat y Krak de los Caballeros, en el condado de Trípoli, y Beaufort, en el norte de Galilea. Aunque Saladino encargó obras de *yihad,* como la de su futuro biógrafo, Baña' al-Din ibn Shaddad, en mayo de 1188, y recordó con insistencia a su coalición de partidarios que sus conquistas poseían un significado trascendente, lo cierto es que adoptó un enfoque pragmático.[4] En Antioquía, en septiembre de 1188, acordó una tregua con Bohemundo III. En el nivel político y militar, trató a la menguada resistencia franca como habría hecho cualquier otro adversario en una guerra. Saladino confiaba en una superioridad apabullante y estaba dispuesto a negociar su rendición. Pero si la diplomacia no daba resultados, no vacilaría en machacarla.

Sin embargo, su poder no era absoluto. El fracaso en la conquista de Tiro, en julio de 1187, debido a la inesperada llegada de Conrado de Montferrat, venido de Bizancio, fue crucial; desde aquel momento, Saladino no fue capaz de aprovechar el asedio que había comenzado en noviembre de 1187. Con la sola compañía de los caballeros de un único barco —no más de unas decenas—, Conrado aportó liderazgo, resolución, energía y optimismo a la defensa de Tiro. Saladino renunció y se trasladó al norte a comienzos de 1188, con lo que dejó en manos cristianas un puerto palestino de vital importancia: fue un abrigo para los refugiados francos y una base para las escuadras navales que comenzaban a arribar desde Occidente. En el resto de lugares, la conquista y la ocupación fueron también irregulares. Todos los castillos y las ciudades que decidían plantar cara suponían un problema particular, incluso cuando les aguardaba una derrota irremisible. La captura de un único castillo no garantizaba el control de una región. Mientras que, según parece, la población franca desapareció de ciudades como Jerusalén o Acre, no es tan evidente que la suerte de la población rural fuera la misma. Algunos —como una mujer ya mencionada en este libro, la viuda que encontró el peregrino germano Dietmar en Mont-réal, en 1217— quizá permanecieran en la zona, como inquilinos serviles o

como esclavos.[5] Donde los agricultores francos se habían mezclado con el campesinado cristiano local, no es inconcebible que algunos pudieran continuar labrando sus tierras sin ser molestados. Algunas unidades administrativas francas podrían haber sobrevivido intactas a la conquista. Algunos asentamientos volvieron a su antigua identidad legal, tras regresar al dominio cristiano, como por ejemplo Casal Imbert, en las inmediaciones de Acre, recobrado en 1191. No sabemos si hubo bolsas de residentes francos que sobrevivieran al interregno musulmán de 1187-1191, pero la naturaleza de la conquista no precisaba ni la aniquilación ni una deportación exhaustiva. Palestina era desde antaño una tierra colonizada por pueblos muy distintos, algunos más recientes que otros. Los nuevos imperialistas kurdos no alteraron apenas esa realidad. La invasión de Saladino, a pesar de los triunfos apabullantes de 1187, desmintió la simplicidad apocalíptica que anunciaban los propagandistas, tanto propios como del enemigo.

Un ejemplo vivido de todo ello es el caso de Beaufort.[6] Durante cuatro meses, desde abril de 1189, Saladino, que estuvo acampado a las afueras del castillo, se convenció de no atacar por una serie de artimañas negociadoras de su astuto señor, Reinaldo de Sidón, que hablaba en árabe con fluidez. A pesar del cuidado puesto en la vigilancia, Reinaldo logró emplear ese tiempo para reforzar las defensas del castillo. En árabe prometió repetidas veces a Saladino que se rendiría; en francés ordenaba a las tropas del interior del castillo que resistieran. Cuando los francos se movieron hacia Acre en agosto de 1189, Saladino levantó el sitio, aunque retuvo a Reinaldo como cautivo. En abril de 1190, una nueva ronda de negociaciones culminó con la rendición del castillo y la liberación simultánea de Reinaldo. Este modelo de amenazas y conversaciones diplomáticas, unido a la cautela proverbial de Saladino a la hora de hacer entrar en acción a sus tropas, caracterizó las campañas de 1187-1189, período durante el cual el sultán se contentó con comprar la rendición de los castillos a cambio de salvoconductos y la liberación de los prisioneros. Un comentarista poco afín a su labor, el historiador iraquí Ibn al-Athir, desdeñaba esa táctica, alegando que permitió el reagrupamiento de los francos.[7] La importancia de la negociación, paralela a la de la fuerza bruta, fue mantenida por Saladino durante la reconquista franca, a partir de agosto de 1189. De manera implícita,

este modo de proceder reconocía que, aun a pesar de las victorias estratégicas, solo podía impedir las maniobras de los francos mediante la presencia directa de tropas, suyas o de sus generales. Al menos desde el verano de 1188, bandas poco numerosas de francos armados pudieron viajar entre los enclaves septentrionales de Antioquía, Trípoli y Tiro, pese a las continuadas intervenciones de Saladino en el interior. Siempre que siguieran controlando algunos bastiones, la recuperación cristiana no era imposible.

En la concepción que Saladino tenía de sus conquistas —esencialmente política, más que fanática o ideológica— radicaron a un tiempo su éxito y su fracaso. La muerte simbólica y teatral de Rainaldo de Châtillon, a continuación de la victoria de Hattin, fue una excepción dentro del trato concedido habitualmente a los prisioneros y enemigos francos más destacados. Mientras continuaba la resistencia cristiana, Saladino no abandonó la costumbre previa a 1187, de acomodar a los nobles francos en prisión para emplear su liberación como moneda de cambio, que le reportaba beneficios tangibles sin más coste. Así, obtuvo Mont-réal en mayo de 1189, a cambio de Umfredo de Toron, y Beaufort en 1190, a cambio de Reinaldo de Sidón. Durante su segundo ataque contra Tiro, en las últimas semanas de 1187, Saladino intentó en vano utilizar al anciano Guillermo de Montferrat para convencer a su hijo Conrado de que entregara la ciudad. Menos obvias fueron las razones por las que liberó a la mayoría de los jefes derrotados en Jerusalén, a principios del verano de 1188, incluidos el rey Guido, su hermano, el condestable Aimery, y el maestre de los templarios, Gerardo de Ridefort. Si confiaba con ello socavar la posición de Conrado de Montferrat en Tiro o desatar disensiones en las menguadas filas de los francos, no lo consiguió, al menos a corto plazo. Gerardo de Ridefort no tardó en dirigir la exitosa defensa de la ciudadela templaría de Tortosa, en julio de 1188. Guido repudió de inmediato el juramento que había pronunciado para obtener su libertad, según el cual se comprometía a abandonar la lucha en Outremer. En un princio, no desafió la soberanía de Tiro, a la sazón gobernada por Conrado de Montferrat, sino que prefirió reagrupar a su familia y sus partidarios en Antioquía y Trípoli. Una consecuencia directa, y quizá intencio-

nada, de la obstinada resistencia de las guarniciones de los castillos del interior fue que se distrajo a Saladino y se lo obligó a repartir sus fuerzas. El intelectual, diplomático y abogado iraní Baha' al-Din ibn Shaddad, que se reunió con Saladino y entró a su servicio en la primavera de 1188, dejó un elocuente relato de la inquietud del sultán, necesaria primeramente para mantener unido su imperio recién creado, no digamos ya para apagar del todo las brasas de la oposición franca.[8]

Mientras intentaba sojuzgar Beaufort en agosto de 1189, Saladino recibió la inesperada noticia de que el rey Guido marchaba hacia el sur, al parecer, con la intención de sitiar Acre. En su calidad de puerto más rico de la costa palestina, Acre, que se rindió unos pocos días después de la batalla de Hattin, fue convertida por Saladino en una de sus principales ciudades fortificadas y depósito de armas. El sultán, ansioso por quebrar la resistencia de Beaufort, retrasó la respuesta, lo que permitió a Guido negociar una extraña marcha por la costa, que a la postre se convirtió en semilla del contraataque cristiano. Con frecuencia se asevera que el ataque del rey Guido contra Acre demostraba, en palabras de Runciman, «una insensatez desesperada».[9] Superado en número, aislado y vulnerable, el ejército de Guido, que no pasaría de unos pocos miles de soldados, se enfrentaba a una ciudad amurallada, bien protegida y defendida por una guarnición muy nutrida (probablemente, más numerosa que la fuerza inicial de los sitiadores). En la retaguardia de Guido estaba un rival cristiano, el hostil Conrado de Montferrat, que controlaba el único puerto utilizable en manos de correligionarios; y tan solo a un par de días de marcha, el sustancioso y curtido ejército ayyubí, encabezado por el propio Saladino. Sin embargo, el ataque de Guido no debió de ser tan apresurado, alocado, sorprendente o inesperado. Tanto las fuentes árabes como las occidentales dan fe de que en 1189 se estaba procediendo a un reagrupamiento de fuerzas francas en Tiro y los alrededores, así como en el condado de Trípoli. Las escaramuzas e incursiones originadas en Tiro eran cada vez más intensas. El ritmo de congregación de los refuerzos de Occidente, unido a la liberación de los líderes occidentales, exigían a los cristianos alguna clase de acción, aunque solo fuera para mantener ocupada a la clase militar, cada vez más nutrida en Trípoli y en Tiro. Las fuerzas de Saladino se habían reducido, para ahorrar diñe-

ro y para minimizar las tensiones políticas propias de mantener en el campo de batalla a un ejército de coalición muy amplio, si no se lograba obtener regularmente botines generosos. El éxito de la conquista había impedido continuar con los pillajes al victorioso ejército del sultán, pues aquellos territorios habían pasado a estar controlados por líderes turcos. Como las fuerzas francas eran cada vez mayores, era inevitable que se produjera un ataque. A principios de julio de 1189, los cristianos emprendieron una incursión en la zona de Sidón, que fue repelida tras algunos combates.

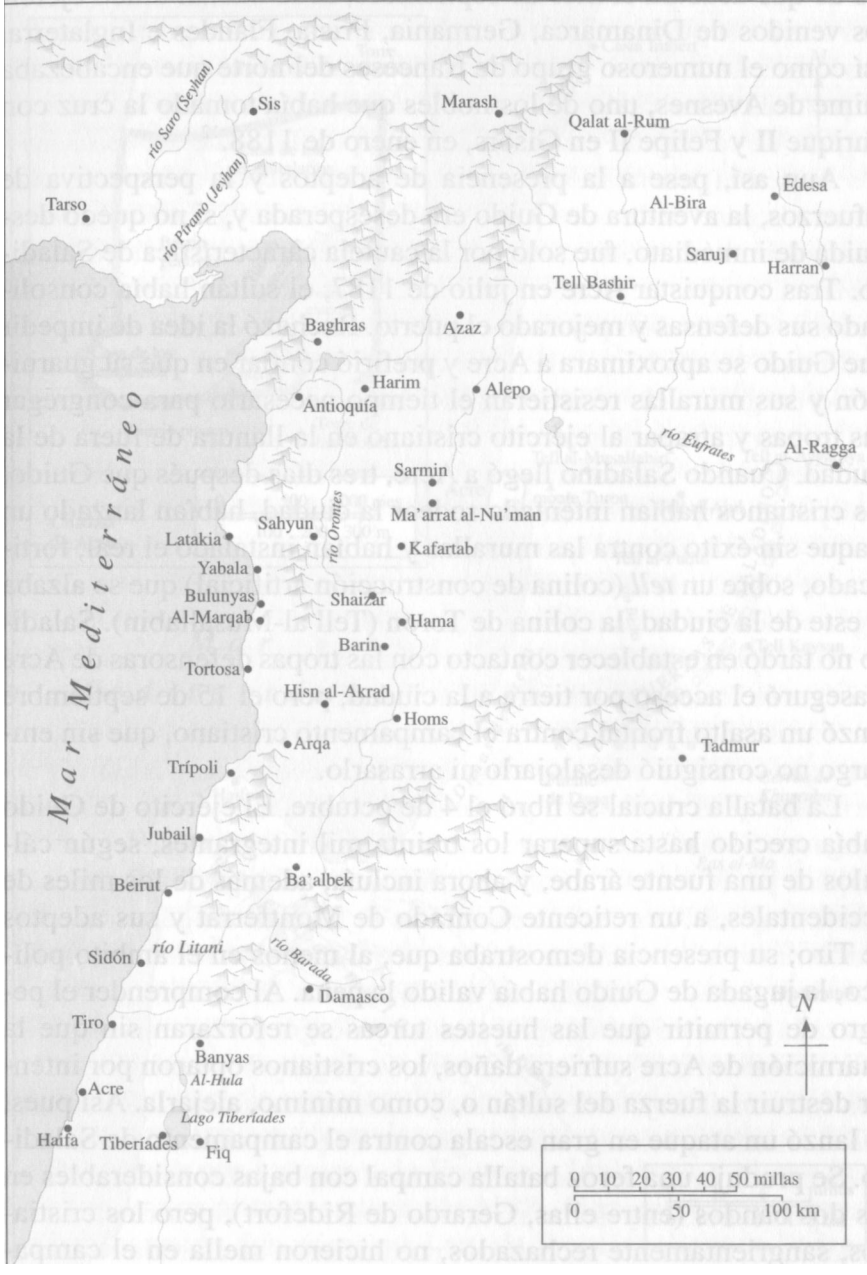
En este momento, las alternativas militares de los jefes francos estaban ya empapadas de los conflictos políticos. A principios de la primavera de 1189, Guido había trasladado su pequeño ejército de Trípoli hacia el sur, a Tiro, para reclamar los últimos vestigios del reino perdido dos años antes. Conrado de Montferrat se negó a aceptar esa restauración monárquica y prohibió la entrada de Guido en Tiro. Las razones de Conrado, según cuál sea la fuente a la que atendamos, variaban en torno de una especie de derecho de conquista. Según refirió él mismo sus logros en misiva enviada al arzobispo Balduino de Canterbury: «por la salvación del pueblo cristiano ... he conservado y estoy conservando Tiro», hecho que resulta «penoso e insoportable» para Guido. En fuentes arábigas, Conrado reclamaba la regencia de Tiro en nombre de los monarcas de Occidente, que a la postre decidirían en todas las aspiraciones monárquicas, como eco de los proyectos de sucesión presentados en Jerusalén en 1184-1185.[10] Conrado podría haberse enterado de ellos a partir de los refugiados que huyeron a Tiro tras la derrota de Hattin, incluido Raimundo III de Trípoli, figura central en la crisis de sucesión de 1183-1186 y principal adversario de Guido. Aunque murió poco más tarde, Raimundo aún estaba en Tiro, con vida, en agosto de 1187, es decir, unas semanas después de que llegara Conrado.

Como rey al que se le negaba su reino, Guido decidió atrincherarse fuera de Tiro, presumiblemente, con la esperanza de encontrar aliados políticos entre los cruzados occidentales, que empezaban a llegar en gran número. No obstante, a los cuatro meses, no había avanzado en sus disputas, ni frente a Conrado ni frente a Saladino. Sus alternativas eran cada vez menores. El ejército de Saladino asediaba Beaufort, una posición inquietantemente próxima a cualquier ataque contra Sidón, como demostró la incursión de julio de 1189.

Para sobrevivir, por tanto, sin aspirar siquiera a recobrar su autoridad, Guido necesitaba actuar. La falta de alternativas le proporcionó una oportunidad cuando llegaron refuerzos de Occidente con los viajes de primavera; sobre todo, los pisanos. Éstos tomaron tierra en abril, encabezados por el legado pontificio, el arzobispo Ubaldo, y al cabo de poco se distanciaron de Conrado por una discusión sobre derechos en competencia. Junto con otros reclutas occidentales y francos de Outremer distanciados de Conrado, se unieron a Guido a las afueras de Tiro. Quizá Conrado había subestimado el efecto de la propaganda posterior a Hattin en Occidente. En lugar de como auténtico fracaso, Guido había sido retratado como heroico defensor de la cruz y compañero de un mártir como Rainaldo de Châtillon. Además, era el rey legítimo de Jerusalén, y continuaba casado —felizmente, al parecer— con Sibila, aceptada como heredera. Los templarios, cuya reputación seguía siendo considerable en la Europa occidental, siguieron dándole apoyo, pese a que los hospitalarios se alinearon con Conrado. En agosto de 1189, con Saladino todavía entretenido en Beaufort, Guido había reunido el núcleo de una eficaz fuerza de combate, de varios cientos de caballeros, algunos miles de infantes y la flota de Pisa.

El calendario de su avance hacia el sur —una maniobra extraordinariamente arriesgada, si Saladino había decidido enfrentarse a ella— quizá resultara dictado asimismo por sucesos ocurridos lejos de Tierra Santa. La noticia de los preparativos que se realizaban en Europa, traída por los cruzados y la correspondencia diplomática, circuló libremente por los campamentos cristianos de Tiro. Faltaban solo cinco meses para que Saladino supiera —a través de fuentes bizantinas, por mediación de su hijo, instalado en Alepo— que Federico I había partido de Germania en mayo de 1189.[11] En ese mismo período, es plausible pensar que Guido tuvo noticias de la inminente llegada a las costas orientales de flotas numerosas del norte de Europa, tras los viajes de otoño. No parecía probable que la cruzada germánica sirviera a los intereses de un vasallo imperial, Conrado de Montferrat, frente a los de Guido, salvo que este hubiera impuesto su liderazgo en el campo. La perspectiva de refuerzos masivos podría haber contribuido a convencer a Guido de que atacar Acre no era tan imprudente como parecía en un principio. La coincidencia en las fechas escogidas parece significativa. Guido es-

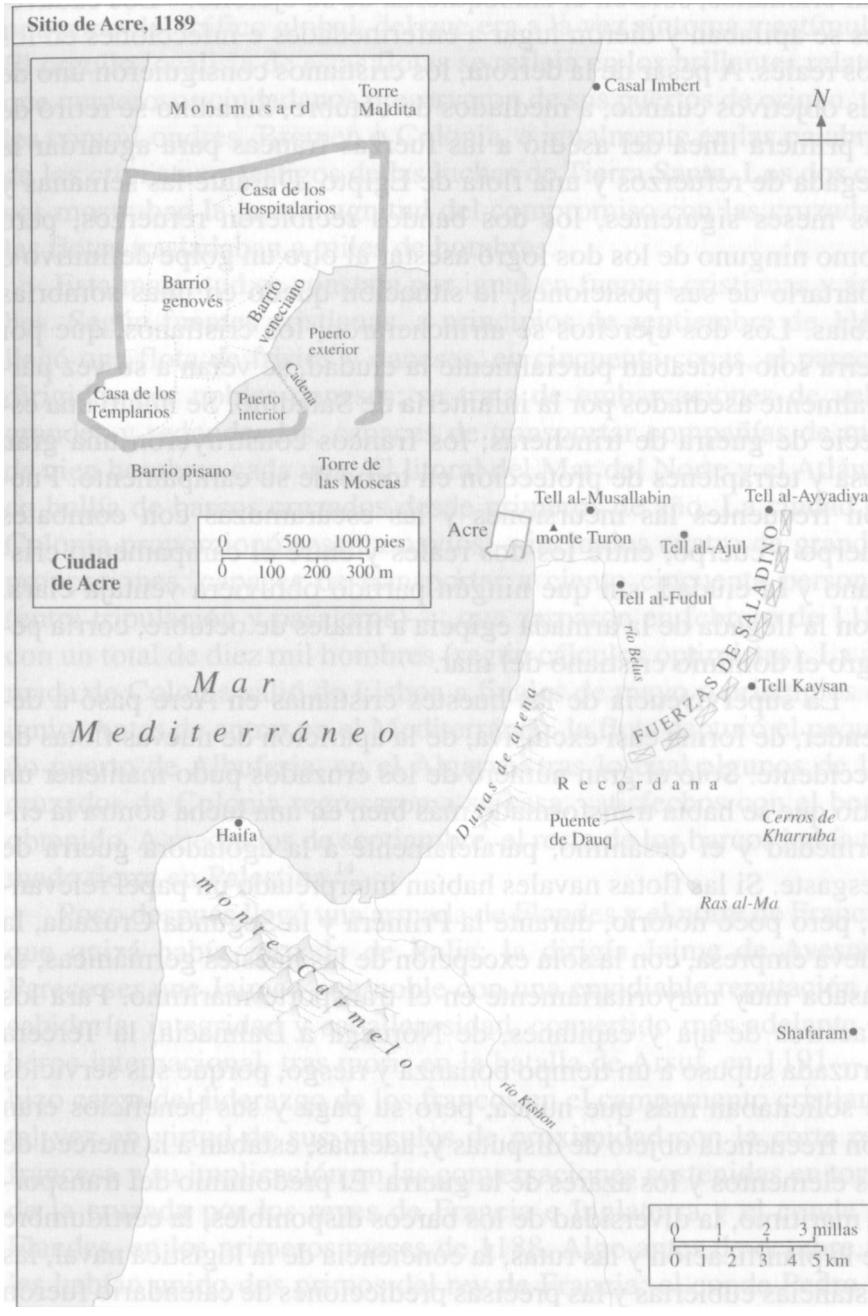
Siria en tiempos de la Tercera Cruzada



tableció su campamento frente a Acre el 28 de agosto de 1189. Antes de que acabara el mes de septiembre, se le habían unido ejércitos venidos de Dinamarca, Germania, Frisia, Flandes e Inglaterra, así como el numeroso grupo de franceses del norte que encabezaba Jaime de Avesnes, uno de los nobles que había tomado la cruz con Enrique II y Felipe II en Gisors, en enero de 1188.[12]

Aun así, pese a la presencia de adeptos y la perspectiva de refuerzos, la aventura de Guido era desesperada y, si no quedó destruida de inmediato, fue solo por la cautela característica de Saladino. Tras conquistar Acre en julio de 1187, el sultán había consolidado sus defensas y mejorado el puerto. Rechazó la idea de impedir que Guido se aproximara a Acre y prefirió confiar en que su guarnición y sus murallas resistieran el tiempo necesario para congregar sus tropas y atrapar al ejército cristiano en la llanura de fuera de la ciudad. Cuando Saladino llegó a Acre, tres días después que Guido, los cristianos habían intentado rodear la ciudad, habían lanzado un ataque sin éxito contra las murallas y habían instalado el real, fortificado, sobre un *tell* (colina de construcción artificial) que se alzaba al este de la ciudad, la colina de Toron (Tell al-Musallabin). Saladino no tardó en establecer contacto con las tropas defensoras de Acre y aseguró el acceso por tierra a la ciudad, pero el 15 de septiembre lanzó un asalto frontal contra el campamento cristiano, que sin embargo no consiguió desalojarlo ni arrasarlo.

La batalla crucial se libró el 4 de octubre. El ejército de Guido había crecido hasta superar los treinta mil integrantes, según cálculos de una fuente árabe, y ahora incluía, además de los miles de occidentales, a un reticente Conrado de Montferrat y sus adeptos de Tiro; su presencia demostraba que, al menos en el ámbito político, la jugada de Guido había valido la pena. Al comprender el peligro de permitir que las huestes turcas se reforzaran sin que la guarnición de Acre sufriera daños, los cristianos optaron por intentar destruir la fuerza del sultán o, como mínimo, alejarla. Así pues, se lanzó un ataque en gran escala contra el campamento de Saladino. Se produjo una feroz batalla campal con bajas considerables en los dos bandos (entre ellas, Gerardo de Ridefort), pero los cristianos, sangrientamente rechazados, no hicieron mella en el campamento. Ibn Shaddad, hombre de confianza de Saladino, afirmó disponer de pruebas innegables de que habían muerto más de cuatro


Sitio de Acre, 1189
Montmusard
Torre Maldita
Casa de los Hospitalarios
Barrio genovés
Barrio veneciano
Puerto exterior
Cadena
Casa de los Templarios
Puerto interior
Barrio pisano
Torre de las Moscas
0 500 1000 pies
0 100 200 300 m
Ciudad de Acre
Casal Imbert
N
Tell al-Musallabin
Tell al-Ayyadiya
Acre
monte Turon
Tell al-Ajul
Tell al-Fudul
FUERZAS DE SALADINO
río Belus
Tell Kaysan
Mar Mediterráneo
Dunas de arena
Recordana
Puente de Dauq
Cerros de Kharruba
Haifa
Ras al-Ma
monte Carmelo
Shafaram
río Kishon
0 1 2 3 millas
0 1 2 3 4 5 km

mil cristianos, solo en el ala izquierda de su ejército.[13] Los cadáveres se apilaban y dieron lugar a enfermedades e infecciones en los dos reales. A pesar de la derrota, los cristianos consiguieron uno de sus objetivos cuando, a mediados de octubre, Saladino se retiró de la primera línea del asedio a las fuerzas francas para aguardar la llegada de refuerzos y una flota de Egipto. Durante las semanas y los meses siguientes, los dos bandos recibieron refuerzos, pero como ninguno de los dos logró asestar al otro un golpe definitivo o apartarlo de sus posiciones, la situación quedó en unas sombrías tablas. Los dos ejércitos se atrincheraron; los cristianos, que por tierra solo rodeaban parcialmente la ciudad, se veían a su vez parcialmente asediados por la infantería de Saladino. Se inició una especie de guerra de trincheras; los francos construyeron una gran fosa y terraplenes de protección en torno de su campamento. Fueron frecuentes las incursiones y las escaramuzas con combates cuerpo a cuerpo, entre los dos reales y entre el campamento cristiano y la ciudad, sin que ningún partido obtuviera ventaja clara. Con la llegada de la armada egipcia a finales de octubre, corría peligro el dominio cristiano del mar.

La supervivencia de las huestes cristianas en Acre pasó a depender, de forma casi exclusiva, de la aparición de nuevas flotas de Occidente. Sólo el gran número de los cruzados pudo mantener un sitio que se había transformado más bien en una lucha contra la enfermedad y el desánimo, paralelamente a la agotadora guerra de desgaste. Si las flotas navales habían interpretado un papel relevante, pero poco notorio, durante la Primera y la Segunda Cruzada, la nueva empresa, con la sola excepción de las huestes germánicas, se basaba muy mayoritariamente en el transporte marítimo. Para los maestros de aja y capitanes, de Noruega a Dalmacia, la Tercera Cruzada supuso a un tiempo bonanza y riesgo, porque sus servicios se solicitaban más que nunca, pero su paga y sus beneficios eran con frecuencia objeto de disputas y, además, estaban a la merced de los elementos y los azares de la guerra. El predominio del transporte marítimo, la diversidad de los barcos disponibles, la certidumbre de la planificación y las rutas, la conciencia de la logística naval, las distancias cubiertas y las precisas predicciones de calendario fueron reflejo del crecimiento exponencial que durante el siglo XII habían experimentado la actividad y el intercambio marítimos en las costas

de Europa. El movimiento de cruzados y peregrinos suponía solo una parte del tráfico global, del que era a la vez síntoma y estímulo. El orgullo localista de estas flotas se refleja en los brillantes relatos que numerosos ciudadanos preservaron de sus puertos de origen, tales como Londres, Bremen o Colonia, e igualmente en las palabras de los cronistas y testigos de las luchas de Tierra Santa. Los dos casos mostraban la gran magnitud del compromiso con las cruzadas: las flotas trasladaban a miles de hombres.

Esta magnitud se constata por igual en fuentes cristianas y árabes. Según fuentes cristianas, a principios de septiembre de 1189 llegó una flota de frisios y daneses, en cincuenta cocas, al parecer dirigidas por nobles daneses; se trata de embarcaciones de vela, grandes y redondeadas, capaces de transportar compañías de más de cien hombres cada una. El litoral del Mar del Norte y el Atlántico bullía de barcos cruzados desde primeros de año. La ciudad de Colonia proporcionó sesenta navios —incluidos cuatro de grandes proporciones, capaces de transportar a ciento cincuenta personas (entre tripulación y pasajeros)—, que zarparon en febrero de 1189 con un total de diez mil hombres (según cálculos optimistas). La armada de Colonia salió de Lisboa a finales de mayo o principios de junio. Antes de entrar en el Mediterráneo, la flota capturó el pequeño puerto de Albuferia, en el Algarve, tras lo cual algunos de los cruzados de Colonia regresaron a su casa, satisfechos con el botín obtenido. A mediados de septiembre, el resto de los barcos había tomado tierra en Palestina.[14]

Poco después llegó una armada de Flandes y el norte de Francia, que quizá había zarpado de Italia; la dirigía Jaime de Avesnes. Parece ser que Jaime —un noble con una envidiable reputación de sabiduría, integridad y caballerosidad, convertido más adelante en héroe internacional, tras morir en la batalla de Arsuf, en 1191— se hizo cargo del liderazgo de los francos en el campamento cristiano, tal vez en virtud de sus vínculos de proximidad con la corte real francesa y su implicación en las conversaciones sostenidas en tomo de la cruzada por los reyes de Francia e Inglaterra y el conde de Flandes, en los primeros meses de 1188. Algo antes de octubre, se les habían unido dos primos del rey de Francia: el conde Pedro de Dreux y su hermano, el obispo Felipe de Beauvais, «un hombre más devoto del combate que de los libros»; los condes franceses de

Brienne y Bar, y muchos notables franceses de segundo orden; grupos de combatientes de los reinos anglo-normando-angevinos, con el conde de Derby, Guillermo Ferrers; y una serie dispersa de nobles flamencos, italianos y sicilianos. Antes de llegar a la zona del asedio, en la última semana de septiembre, Luis III, landgrave de Turingia y cabeza visible de las huestes imperiales reclutadas en Germania e Italia, había hecho escala en Tiro, donde convenció a Conrado de Montferrat de que se tragara la oposición a Guido y se uniera al ejército cristiano de Acre. Esta fuerza germánica mereció el desprecio de un compatriota, que lamentaba que al haber seguido la ruta marítima, en lugar de la terrestre, adoptada por Federico Barbarroja, habían realizado «un viaje más breve, que reduce el miedo a los enemigos gentiles».[15] Una vez establecido en Acre, parece ser que Luis igualó a Jaime de Avesnes, como las dos voces más autorizadas en el alto mando de los cruzados.

Estas armadas aseguraron la cabeza de puente cristiana en Acre, pero con un coste muy elevado. Las cifras de bajas eran horripilantes. Un coetáneo intentó expresar su sentimiento al respecto cuando afirmó que, tras dos años del sitio, de los doce mil hombres que habían llegado en el otoño de 1189, apenas sobrevivía un centenar. No es de extrañar que se pusieran en circulación historias de martirios heroicos, con miras a elevar la moral del campamento y tranquilizar a los soldados en aquellos tiempos de miedo cotidiano, a los turcos y a la muerte.[16] La guerra era desesperada —y, para el público moderno, muy evocadora—, como recoge con vivacidad un relato escrito casi con toda certeza por un testigo presencial, un cruzado que estuvo en Acre entre 1191 y 1192, si no antes:

> Los turcos eran una amenaza constante. Mientras nuestra gente se deshacía de sudor cavando trincheras, los turcos los hostigaban sin tregua, del amanecer hasta el crepúsculo. Así pues, mientras la mitad se azacanaba, la otra mitad tenía que defenderlos del asalto turco ... El cielo estaba negro, por una lluvia constante de dardos y flechas, más de los que podrían llegarse a contar ... Otros muchos futuros mártires y arrojados santos confesores tomaron tierra para unirse al número de los fieles. Eran mártires, sin duda: fueron muchos los que murieron al cabo de muy poco, por el aire podrido, corrompido por la hedor de los cadáveres; o exhaustos por las incesantes noches pasa-

> das de vigilia, inquietos, atribulados por otras muchas penalidades y carencias. No había descanso alguno, ni siquiera tiempo para respirar. Los que obraban las zanjas eran hostigados incansablemente por los turcos, que se lanzaban sobre ellos y los asaltaban cuando menos lo esperaban. En verdad, los turcos los redujeron a la exasperación antes de que pudieran completar las trincheras.[17]

En los meses posteriores al otoño de 1189 continuaron llegando refuerzos, posiblemente más numerosos aún que las flotas previas. La mayor de estas armadas, que probablemente tomó tierra en Acre durante la primavera de 1190 (si no en el invierno anterior), estaba integrada por docenas de barcos del norte de Germania, la Renania, Flandes e Inglaterra. Una flotilla, con embarcaciones de Londres y de varios puertos del Mar del Norte, se congregó en mayo de 1189 en Dartmouth, donde, como en el precedente de 1147, juraron participar en una alianza compartida de carácter formal, antes de zarpar hacia Lisboa el 18 de mayo. Al cabo de poco más de una semana, once navios que habían izado las velas en Bremen el 23 de abril (posiblemente, al mando del arzobispo de la ciudad) llegaron a la desembocadura del Dart tras pasar a Lowestoft y bajar la costa inglesa desde allí. Las dos flotas se reunieron el 4 de junio en Lisboa, adonde habían llegado los veinticuatro barcos de la fraternidad de Dartmouth el 29 de junio. Al no poder sumarse a la flota principal de germanos y flamencos —que incluía las naves de Colonia, hasta un total de unos cincuenta y cinco barcos, y había pasado por la ciudad portuguesa un mes antes—, aquellos aproximadamente treinta y cinco buques fueron contratados por el rey de Portugal, para que contribuyeran a capturar el puerto de Silves, en el Algarve. A pesar de que contaban con la supremacía naval y de que las tropas eran de unos tres mil quinientos hombres, el asedio se prolongó desde el 17 de julio hasta el 6 de septiembre, fecha en la que se rindió al fin la guarnición musulmana. Esto retrasó a la armada, que no puso rumbo hacia Palestina hasta el 20 de septiembre; cruzó el estrecho de Gibraltar el día 29 y llegó a Marsella a lo largo del mes siguiente. Aunque en algunos relatos se la asocia con las demás flotas noreuropeas, que arribaron al puerto de Acre en el otoño de 1189, parece más probable que esta flota no se aventurara a pasar el Mediterráneo en los meses de

invierno y, por lo tanto, que alcanzara su meta en la primavera siguiente.

IX

En Acre, la estación de la campaña militar de 1190 comenzó con expectativas muy elevadas, que terminaron frustradas y acosadas por la enfermedad y la amenaza de desintegración. Los dos bandos estaban al tanto de la inminente llegada del gran ejército germano, encabezado por Federico I. Saladino seguía con especial atención el viaje del emperador a Oriente. En octubre de 1189, tras saber que Federico se había puesto en marcha en el mes de mayo anterior, Saladino envió a Ibn Shaddad, su nuevo ministro, a convocar «al *yihad*» a los aliados de Iraq y el norte de Siria.[19] Estas nuevas huestes se presentaron en Acre entre mayo y junio de 1190, lo que concedía a Saladino una ventaja neta, aunque solo temporal. Los cristianos, entre tanto, habían consolidado su posición defensiva en torno al *tell* de Toron. Durante el invierno, la comida escaseó; la flota egipcia amenazaba hacerse con el control de las rutas marítimas. En tierra, a pesar de que las escaramuzas fueron continuas, se mantuvo la situación de tablas, lo que molestó, con el tiempo, a algunos sectores musulmanes. El iraquí Ibn al-Athir, que nunca se había contado entre los genuinos panegiristas del sultán, criticó a Saladino por no haber sido capaz de arrasar las defensas cristianas mientras se estaban erigiendo. Abu Shama, el bien informado jefe sirio, denunció que los nobles de uno y otro bando alternaban combates desganados con actos de fraternidad, en los que intercambiaban sus puntos de vista o incluso se reunían para cantar y bailar. Según cierta fuente, hubo incluso una lucha de broma, escenificada por dos chavales, uno cristiano y otro turco.[20] Al parecer, ello no rebajó la violencia en el campo de batalla, pero quizá sí acentuó la impresión —meridiana entre los soldados cristianos de a pie— de que sus jefes no tenían disposición alguna a arriesgar sus vidas en combate. Según el secretario de Saladino, Imad al-Din, hubo contactos menos exaltados a nivel camal, pues los mamelucos y otros soldados del ejército turco aprovecharon la cuantiosa oferta de prostitución del campamento cristiano. El erudito y ampuloso Imad al-Din se sentía tan conmocionado —o quizá intrigado— por la presencia de meretrices de, al parecer, tremenda pericia, que no dudó en componer un prolijo

contrapunto pornográfico para condenar sus encantos y exhibiciones de atletismo erótico, batiendo a su vez una marca, al anotarse no menos de veinticinco metáforas distintas en referencia a la penetración sexual.[21]

Cuando empezaron a llegar los refuerzos de ambos bandos, cualquier posible ficción de guerra se disolvió en los preparativos de la acción ofensiva real. En marzo de 1190, Conrado de Montferrat había reconocido el peligro que le hacía correr su intransigencia y aceptó reconciliarse con el rey Guido a cambio de la posesión de Tiro y, cuando se las reconquistara, Beirut y Sidón. Justo antes de la Pascua (el 25 de marzo), Conrado consolidó sus credenciales de lealtad al romper un bloqueo naval musulmán y realizar con éxito un viaje naval de reaprovisionamiento, por el cual trajo de Tiro víveres, hombres y pertrechos. Los supervivientes de una galera egipcia fueron arrastrados a tierra, donde fueron humillados, torturados y, a la postre, asesinados por un grupo de cristianas furiosas.[22] Después de que Beaufort se rindiera definitivamente al sultán el 2 de abril, Saladino comenzó a concentrar sus tropas para lo que confiaba sería un enfrentamiento decisivo, en Acre. El 28 de abril, advertidos quizá de la inminente llegada de más aliados turcos, los cristianos lanzaron un ataque concertado contra las murallas de Acre, con la ayuda de tres grandes máquinas de guerra. Mientras se manejaban las torres de madera y se las iba aproximando con esfuerzo y lentitud a las murallas, Saladino acometió contra el campamento cristiano, con la intención de estorbar la acción. Tras una semana de sangrientos combates, el 5 de mayo, las torres de asalto fueron destruidas por proyectiles incendiarios (fuego griego). Con las murallas y la guarnición a salvo y la presencia de una flotilla de refuerzo, Saladino emprendió una serie de incursiones para probar la resistencia de las posiciones cristianas. Si su meta era la de provocar una salida del enemigo, para que probara suerte a campo abierto, cabe afirmar que el plan funcionó. El 25 de julio, lo que tal vez se iniciara como un movimiento rápido para sorprender el flanco derecho de los musulmanes, pronto se convirtió en un enfrentamiento general de los dos ejércitos. Las fuentes cristianas hablan de falta de disciplina: los comandantes y el patriarca de Jerusalén no habrían sido capaces de disuadir a una masa de caballeros, que se incorporó a la batalla desorganizadamente y sin dirección. De ser

así, provocó un hundimiento completo de la unidad y el control. Los cruzados fueron vapuleados y estuvieron a dos dedos de huir en desbandada. Fuentes árabes y occidentales coinciden en señalar que fueron más de cuatro mil (quizá más de cinco mil) los cristianos que hallaron la muerte en aquel día.[23] Si, como se supone, la batalla se había precipitado debido a la rebeldía de los caballeros y la impaciencia de los combatientes irritados por las penalidades de un campamento hostigado y la inacción de sus jefes, su estulticia —y la inteligencia de sus generales— quedó confirmada tan solo tres días después de la batalla. En efecto, el 28 de julio rendió viaje en Acre una enorme flota cruzada, que traía a muchos de los principales señores del norte y el este de Francia, a las órdenes del conde de Champaña.

Enrique II, conde de Champaña desde 1181, era uno de los nobles más ricos y con mejores contactos de toda la Europa occidental, sobrino a un tiempo de Felipe II de Francia y Ricardo I de Inglaterra. Dirigía la que, en la práctica, era la vanguardia del ejército cruzado que estaba preparando Felipe II. Enrique de Champaña había tomado la cruz en enero de 1188, junto con el rey Felipe, el conde de Flandes y Enrique II de Inglaterra. Un escritor de Outremer recordaba, años más tarde, que su flota trajo consigo una selección del *matériel* y las máquinas de guerra del rey francés, probablemente, en secciones prefabricadas.[24] Lo acompañaban sus tíos, el conde Teobaldo de Blois, senescal de Francia, y el conde Esteban de Sancerre, junto con el conde Roberto de Clermont, condestable de Francia, y una docena de otros señores del norte de Francia. Como reconocimiento a su condición y al valor de los hombres y pertrechos que transportaba, el conde Enrique asumió la dirección efectiva del ejército cristiano, antes mandado por Luis de Turingia y Jaime de Avesnes; ello era signo de que los cruzados de Occidente superaban con mucho a los francos de Outremer del rey Guido y de Conrado de Montferrat. El arribo a puerto de Enrique elevó la moral de los cristianos y permitió emprender de nuevo el bombardeo de las murallas de Acre, gracias a los fundíbulos recién aportados por los franceses.

Sin embargo, el significado del desembarco de Enrique quedó eclipsado casi del todo por las noticias del norte. Saladino estaba bien informado de la marcha del ejército germánico por Asia Me-

ñor, en la primavera de 1190. Para responder a esta amenaza, el sultán había enviado tropas de Acre a Alepo y el norte de Siria. Eso comportó que, cuando se vio delante de los refuerzos cruzados de Enrique II de Champaña, Saladino se creyó obligado a retirar la mayoría del ejército restante, hasta una posición de bloqueo alejado de las líneas cristianas. Pero en ese momento ya sabía que sus tropas del norte se enfrentaban a una amenaza muy distinta de la que había imaginado durante la mayor parte del año precedente. A finales de junio o principios de julio, Saladino se enteró, en efecto, de que el 10 de junio, mientras vadeaba el río Salef, en la Cilicia cristiana, el emperador germánico Federico Barbarroja había muerto de manera repentina.[25] Aunque el grado de desintegración posterior del ejército germánico solo se puso de manifiesto para los observadores de Acre a finales de julio, la muerte de Federico había resultado desastrosa para las esperanzas del conjunto de la aventura.

LA CRUZADA GERMÁNICA, I 1189-1190

Cuando Federico I tomó la cruz de manos del legado pontificio Enrique de Albano, en Maguncia, el 27 de marzo de 1188, confirmó su posición como el monarca más importante de la Europa occidental. Como puso de manifiesto un coetáneo próximo a la cruzada germánica, Federico pasaba a «manejar los asuntos de la cristiandad».[26] Aquella ceremonia no solo reconocía su esfuerzo de traducir la pretensión imperial en autoridad política, dentro de Germania, sino que también suponía consolidar un nuevo orden europeo, basado en la alianza entre el imperio y el papado, después de varias décadas de hostilidades y conflictos, que habían afectado mucho a la política nacional e internacional de Federico, durante gran parte de su reinado. Federico había estado negociando con papas sucesivos, en la década de 1180, para alcanzar un entendimiento mutuo al respecto de la jurisdicción en Germania y la influencia política en Italia. Con la excepción del quisquilloso Urbano III, milanés de origen, los demás pontífices —por lo general, cautelosos y entrados en años— estaban bien dispuestos, si no incluso deseosos, de reconciliarse de forma duradera con el emperador; a fin de cuentas, la situación financiera del papado era cada vez más angustiosa y necesitaba man-

tener cierto nivel de integridad en Italia, en su posición tanto política como territorial, desde que el hijo de Federico, Enrique, había ocupado los Estados Pontificios en 1186. El matrimonio de Enrique con Constanza, tía y posible heredera del rey Guillermo II de Sicilia, que no había engendrado hijos, sirvió de estímulo aún más intenso a la cooperación papal. El tratado imperial y pontificio de Estrasburgo, en abril de 1189, selló con éxito las negociaciones diplomáticas y proporcionó el contexto preciso para que Federico pudiera partir en dirección a Oriente.

Sin embargo, el compromiso de Federico con Tierra Santa trascendía la mera conveniencia política. Había desempeñado una función de liderazgo en la Segunda Cruzada, como principal lugarteniente de Conrado III. En otoño de 1184, como respuesta a la misión del patriarca jerosolimitano Heraclio, había prometido al papa Lucio III que comenzaría de inmediato los preparativos de una expedición oriental. Cerca de cumplir los setenta años, tras haber superado a los rivales internos, haber sobrevivido a la derrota que le infligieran las ciudades lombardas en la década de 1170 y haber colocado a su hijo, Enrique, como heredero del trono de Germania, Federico podía reclamar, como le pedía su cancillería, la autoridad mundial y, al mismo tiempo, satisfacer sus ambiciones personales e imperiales. Sólo el azar de los hechos negó a Federico un papel crucial en la Tercera Cruzada. A pesar de que su expedición se ajustaba a las tradiciones del pasado, estas demostraron ser más sólidas de lo que pensamos a posteriori. En ciertos sentidos, Federico estaba librando de nuevo la Segunda Cruzada o incluso la Primera; y, hasta el 10 de junio de 1190, se diría que con bastante éxito.

La influencia del pasado permeó los preparativos de Federico y el modo en el que manejó la empresa. Llegó a recibir una nueva y reluciente edición del clásico de Roberto de Reims, su influyente y popular historia de la Primera Cruzada.[27] Los planes de Federico no descartaban el idealismo, pero se alejaban de los errores ya cometidos en otros tiempos. Su ejército contaría con una financiación adecuada de los participantes, sería rigurosamente disciplinado y muy numeroso. Se ha calculado que a las órdenes de Federico se congregaron veinte mil caballeros y ochenta mil infantes; otros autores sitúan el total de las fuerzas de combate en unos ochenta y cinco mil hombres. Aun si las cifras son exageradas, en dos oca-

siones se dio fe de que el paso de las huestes por un único puente se había demorado tres días.[28] El camino de este ejército poderoso fue cuidadosamente allanado por los diplomáticos, tras establecer negociaciones con los soberanos de la Europa central, el emperador bizantino, el sultán selyúcida de Rum e incluso el propio Saladino. Pese a que, al parecer, se sopesó la alternativa de un trayecto marítimo, la ruta terrestre era más adecuada para el grueso de sus seguidores, tanto por el acceso como por la mayor facilidad de abastecimiento de una fuerza tan sustancial (que, además, era demasiado numerosa para ser transportada por mar en un único viaje). Por otro lado, las flotas de las ciudades marítimas de Italia podían acomodar a séquitos militares extensos, como los de Luis de Turingia, en 1189, Leopoldo de Austria, en 1190-1191, e incluso Felipe II de Francia, en 1190; pero carecían de la capacidad necesaria para las dimensiones del ejército imperial. Probablemente, Federico tampoco disponía ni de la influencia diplomática ni del metálico precisos para garantizar la firma de todos los contratos necesarios. La ruta terrestre, por lo demás, era ya conocida, pues se había seguido en la Primera y la Segunda Cruzadas; tampoco eran nuevos los intercambios diplomáticos o comerciales con Hungría. Enrique el León, duque de Sajonia, había seguido el curso del Danubio y la vía balcánica de Constantinopla en su complejo peregrinaje de 1172, antes de viajar a Acre por mar.[29] Al decantarse por la ruta continental, Federico podía confiar en mantener el control político tanto de su ejército como de su destino.

Las que se ha dado en llamar «cortes de Cristo», celebradas en Maguncia en marzo de 1188, permitieron centrar y confirmar los planes y los compromisos ya establecidos, que se ampliaron a lo largo de los meses posteriores. En Maguncia, la congregación de los ejércitos se había fijado para el 23 de abril de 1189. Una serie de asambleas, cortes y dietas consolidaron el reclutamiento y fijaron ciertas normas; por ejemplo, que los cruzados debían ser capaces de sufragar sus gastos durante al menos un año. Como en 1147, los conflictos políticos se resolvieron bajo la égida de una causa superior y, de resultas, la autoridad del emperador vio consolidada su fuerza moral. A Enrique el León, cuyas ambiciones juveniles quedaron desviadas temporalmente por la cruzada de Conrado III, se le dio a elegir entre reconocer la soberanía de su rival uniéndose a Fe-

derico en la cruzada —a expensas de las arcas imperiales— o aceptar una sentencia de tres años de exilio. Enrique escogió la menos humillante de aquellas dos alternativas desagradables y optó por el exilio en la corte de su suegro, Enrique II de Inglaterra (aunque no tardó en regresar). Se enviaron embajadores y cartas diplomáticas a lo largo de la ruta propuesta por los germánicos: a Bela III de Hungría, a Esteban de Serbia y al emperador Isaac II Angelo de Bizancio. Un caballero de Franconia, Godofredo de Wiesenbach, visitó al sultán Kilij Arslan II de Rum (1155-1192), nieto del sultán selyúcida derrotado por la Primera Cruzada, del cual Federico había sido aliado durante cierto tiempo. Según fuentes occidentales, el conde de Birstein, Enrique de Dietz, fue enviado a Saladino; no hay constancia del hecho, sin embargo, en las fuentes arábigas más próximas al sultán ayyubí.[30] Las noticias de los preparativos de Federico y de la colosal respuesta a su llamamiento armado parecen haber intimidado a los que vivían en el trayecto propuesto por el emperador. En una dieta organizada en Núremberg en diciembre de 1188, los representantes de Hungría y los Balcanes prometieron cooperar, tal como hizo asimismo una delegación de Kilij Arslan II. Esta diplomacia constructiva con los selyúcidas y —salvo que la referencia sea apócrifa— la misión despachada a Saladino se ajustaban a un modelo coherente, claramente perceptible tanto en la planificación como, sobre todo, en la campaña misma de los germanos. En todo el proceso, Federico mantuvo la vista fijada con determinación en el objetivo de Tierra Santa y Jerusalén. El emperador se concebía a sí mismo como un caballero de Cristo, obligado a vengar los acontecimientos de 1187; no como martillo de herejes islámicos ni de cualquier clase. Los embajadores bizantinos fueron los menos convencidos y, por ende, solicitaron el envío de otra embajada germánica, tal que asegurara a Isaac II que ni Federico ni ningún otro monarca occidental albergaba intenciones hostiles contra el imperio griego; de nuevo, la sombra de 1147. Sólo cuando Federico consintió en proseguir las negociaciones y envió una nueva delegación, como se le había solicitado, los representantes bizantinos transmitieron el compromiso de su gobierno de asistir a los cruzados con guías, acceso a los mercados, seguridad y medios de transporte para el paso a Asia Menor. Los legados germánicos ayudarían a coordinar la asistencia. Aun así, el miedo imperaba entre los griegos. Un

ejército tan numeroso, fueran cuales fuesen sus motivos, producía el efecto material de una invasión.

A pesar de que los preparativos de Federico eran enérgicos, se proclamó en alta voz la necesidad de apresurarse lo máximo posible; por ejemplo, por boca de Enrique de Albano, quien lamentaba que algunos cruzados hubieran apostatado y otros compitieran contra los propios compañeros, actitud que comparó con la de los perros que ingieren de nuevo sus vómitos.[31] En realidad, si comparamos la labor de Federico con la de los reyes de Francia e Inglaterra, el emperador se movió con más impulso y determinación, en cabeza de un movimiento genuinamente popular que dirigió los fondos y las vidas de los nobles, sus *ministeriales* y caballeros, los señores de segundo orden, los clérigos de distinta condición, las élites urbanas y rurales y los ciudadanos libres de todos los rincones de Germania. Según observó un coetáneo, con simpatía hacia la expedición, Federico, «que fue el último de los reyes en pronunciar su voto de peregrinaje, fue el primero en cumplirlo».[32] La experiencia de 1147-1148 movió a Federico a mantener un control firme y riguroso sobre la gran coalición. Durante el desplazamiento a Constantinopla, revisó por dos veces las ordenanzas disciplinarias, aplicables a la gran diversidad de soldados y de no combatientes, para establecer un sistema de justicia y castigo que juró aceptar todo el ejército y, más adelante, dividir las huestes en unidades judiciales con autonomía de regulación, dentro del sistema comunitario ya acordado. La diferencia fue muy notable con respecto a las normas disciplinarias dictadas por Luis VII en 1147, porque las de Federico se hicieron respetar. Los comportamientos inciviles se castigaban con la pérdida de las manos; el robo, con la ejecución. Esta disciplina tan severa corría pareja a un énfasis constante en la naturaleza piadosa de la acción. En Viena, Federico purgó al ejército de los elementos indeseables, como las prostitutas. El efecto general que surtió todo ello sobre la moral y la eficacia militar contrastaba claramente con la situación de caos en la cual el ejército de Conrado III había pasado a Asia Menor en el otoño de 1147. Federico no lo había echado al olvido. Su ejército obtuvo una notoria reputación de orden y piedad. Ibn Shaddad se hizo eco de una carta —probablemente, genuina— enviada a Saladino por Gregorio IV, el *catholicos* (patriarca) de la iglesia armenia en el norte de Siria, escrita en 1190;

la misiva atestigua, si no la piedad de los germánicos, al menos la naturaleza y el éxito de su propaganda:

> Son de razas y costumbres diversas. Su causa es magna y conciben con seriedad la empresa; la disciplina es prodigiosa, hasta el extremo de que, si alguno comete un delito, sabe que solo una pena le aguarda, la de que le corten el cuello como a una oveja. Me informaron del caso de uno de sus nobles, que trató mal a un paje de su séquito y le dio una paliza sin contención. Los sacerdotes se reunieron, lo juzgaron y, por unanimidad, decidieron que se le cortara el cuello. Muchos rogaron en su nombre al emperador, pero este no prestó atención a las súplicas y ordenó que le cortaran el cuello. Se ha prohibido los placeres; si saben que alguno de ellos ha sucumbido a algún placer, lo reprenden y apartan de su seno. Todo ello es el fruto de su dolor por Jerusalén. "

La imagen de la «milicia cristiana», defendida posteriormente por los panegiristas del emperador, quizá no fuera tan solo una construcción de los predicadores, comentaristas e historiadores, sino, como en la Primera Cruzada, parte integral de los mecanismos de moral y regulación propia del ejército. Los cronistas compararon a las tropas con la legión de Tebas y los macabeos, algo que los propios soldados quizá consideraran adecuado mientras se esforzaban por abrirse paso en Asia Menor en la primavera de 1190. En cartas que enviara a casa en el otoño de 1189, Federico describía a sus seguidores como «el ejército de la Santa Cruz» o «de la Cruz que da la vida», en clara asociación con la imagen central de la campaña de reclutamiento.[34] Esta convicción de identidad y destino subyacía al conjunto de la expedición. El tono podría haber sido el dictado, en origen, por las ceremonias en las cuales Federico tomó la cruz (en marzo de 1188) y recibió el bastón y la burjaca de peregrino (en Hagenau, el abril de 1189), minuciosamente orquestadas las dos. Sin embargo, a lo largo de la marcha de las huestes germánicas, el mantenimiento de la moral pública y la convicción teleológica corrieron en paralelo a la cuidadosa planificación de Federico y a su uso juicioso de la fuerza.

Los contingentes germanos que seguirían la ruta terrestre se congregaron en Ratisbona el 23 de abril de 1189, según lo acordado. El 11 de mayo, el ejército —o, para ser más realista en la expre-

sión, los ejércitos— comenzó a bajar el Danubio; el alto mando, en barcas, y el resto, siguiendo la costa. El avance fue rápido y pacífico. Pasaron por Viena y llegaron a Bratislava (Pressburg), donde se promulgaron las ordenanzas disciplinarias. El 4 de junio, los germanos habían llegado a Esztergom (Gran), en la frontera de Hungría. Los recibieron, con generosa hospitalidad, el rey Bela III y su esposa Margarita. Al hallarse entre Bizancio y Occidente, la implicación de Hungría en las cruzadas reflejaba su anhelo de asociarse a la cristiandad latina, entre otras razones, por la no poco importante de asegurar su independencia. La reina Margarita, hija de Luis VII de Francia, compañero de armas de Federico en la Segunda Cruzada, era la personificación de esa política. En el aspecto más inmediato, los húngaros suministraron a los cruzados víveres y pertrechos y les dieron permiso para acceder a los mercados, bien abastecidos, aunque onerosos. Tras lo que se diría —al menos, echando la vista atrás— que fue un paso cómodo por las tierras de Hungría, los cruzados llegaron el 2 de julio a la frontera bizantina, en Branitz (Brnjica).

Las relaciones con el imperio bizantino se complicaron porque Isaac II no controlaba con tranquilidad las provincias balcánicas; necesitó firmar un tratado con los turcos selyúcidas para asegurar la frontera oriental; en el pasado habían surgido tensiones con los germanos en Italia; existía una tradición de hostilidad con Sicilia, ahora aliada de Federico, y más en general con Occidente, por la cuestión de Antioquía y los derechos mercantiles de los italianos.[35] Persistía cierto miedo, sobre todo entre las élites constantinopolitanas, por la idea de que todos los ejércitos occidentales tenían como objetivo último la conquista del imperio griego. En el lado de los occidentales, el cisma religioso ahondaba en la impresión de que los griegos eran cristianos de escasa observancia y general indiferencia hacia Tierra Santa. Isaac Angelo había subido al trono en 1185, tras un golpe de estado marcado por el sadismo de las multitudes, infrecuente incluso en Bizancio: el emperador que lo precedía en el cargo, Andrónico I Comneno, a su vez usurpador y asesino, fue despedazado en las calles de la capital. Isaac contrapesaba su debilidad política con la petulancia y bravuconería diplomáticas. Tras haber prometido facilitar el paso de las huestes germánicas, en el verano de 1189 Isaac encarceló de súbito a los embajadores cuya visita

había solicitado él mismo. Continuó buscando una relación de amistad con Saladino, al que mantuvo informado del avance germano.[36] Había enviados de Saladino en Constantinopla cuando llegaron los legados germánicos; al parecer, se entregó a los turcos los caballos de los infortunados occidentales. Resulta difícil adivinar qué ventaja inmediata reportaba a los griegos una alianza con los ayyubíes, característica de la política exterior bizantina desde 1182. Quizá Isaac confiara en equilibrar con eso el posible acuerdo alcanzado entre Federico y los sicilianos o los selyúcidas, o en usarlo como palanca para forzar el reconocimiento de su soberanía en Antioquía y los demás antiguos territorios griegos conquistados por los cristianos. Sin embargo, era una esperanza irremediablemente vana, puesto que Isaac carecía de la fuerza militar necesaria para ejercer presión sobre los cruzados. En el corto plazo, no obstante, lo más perjudicial fue que se demostró incapaz de impedir que el ejército germánico fuera atacado durante el trayecto del Danubio a las llanuras de Tracia. En definitiva, el resultado último de las decisiones políticas de Isaac —si es que merece tal nombre la farragosa suma de interés personal, miopía y estulticia— fue el de conseguir que Federico sopesara justamente lo que más temían los griegos: la conveniencia de atacar Constantinopla.

Desde Branitz, los germanos siguieron camino hacia Nis, donde llegaron el 27 de julio. Como el terreno era irregular y la línea de avance de los cruzados era extraordinariamente larga, el ejército quedó organizado en cuatro divisiones.[37] A pesar del hostigamiento incesante de los lugareños —que actuaban, al parecer de muchos, siguiendo órdenes de Isaac—, Federico era reticente a unir fuerzas con los rebeldes de Serbia, que salieron a su paso en Nis. El viaje hasta Sofía, a través de Bulgaria, se parecía cada vez más a una marcha de combate, nada desconocido para la táctica de los occidentales, que ya la vivieron en la Primera y Segunda Cruzadas. En Sofía, el 13 de agosto, los germánicos hallaron que el emperador había roto su promesa y había dado orden de cerrar los mercados e impedir el cambio de moneda, además de fortificar la ruta del valle de Maritsa y Tracia. Tras cruzar las montañas con varios enfrentamientos armados, el 24 de agosto los cruzados se presentaron en Filipópolis. Pero antes, según había resuelto Isaac, el gobernador de Tracia —el historiador y funcionario civil Nicetas Coniata (Chonia-

tes)— dispuso que se desalojara la ciudad y se destruyeran sus defensas. Años más tarde, a la sombra de la caída de Constantinopla, tomada por la Cuarta Cruzada en 1204, Nicetas dibujó un panorama íntimo, pero nada halagador, de la confusión, duplicidad e impotencia de Bizancio en esa época.[38]

Cuando Federico entró en Filipópolis, el 26 de agosto, estaba al cabo de la detención de sus embajadores en Constantinopla y de que Isaac exigía que los germanos dieran garantías de buen comportamiento y aceptaran entregar una parte de las futuras conquistas. Aunque el abastecimiento de víveres era cada vez más escaso, Federico no estaba dispuesto a pactar, y menos aún, cuando era consciente de su clara superioridad militar. La falta de tacto de la diplomacia isaaquí —que ni siquiera acertó a reconocer el título de Federico, en justa correspondencia— no hizo más que agravar la situación. Las negociaciones diplomáticas eran cada vez más subidas de tono; y aunque el emperador griego liberó a los embajadores germanos, no aportó lo que Federico consideraba reparaciones imprescindibles. Quedaba por resolver una cuestión crucial: la asistencia bizantina en el paso al Asia Menor. Tras haber ocupado Filipópolis y la región circundante, controlar los mercados de la zona y asegurar el suministro de alimentos, a principios de noviembre, Federico había decidido qué estrategia seguiría para obligar a los griegos a cooperar.

Es posible que Federico tuviera en cuenta lo desastroso que había sido el paso de Asia Menor en la campaña invernal de 1147-1148 cuando, tras escoger Adrianópolis como cuartel central, inició la ocupación de Tracia. Al mismo tiempo, estableció contactos con los rebeldes de varias provincias balcánicas y pareció sopesar la idea de asaltar Constantinopla. Tanto la ocupación de Tracia como el ataque a Constantinopla habían sido propuestas defendidas por Luis VII en 1147. A mediados de noviembre, Federico escribió a Enrique VI, hijo suyo y regente del imperio, solicitándole que fletara una armada de guerra en puertos italianos, que debía reunirse con el ejército germánico a mediados de marzo, para atacar de forma concertada Constantinopla. En esa misma época, para indicar que el objetivo último de su empresa no se había modificado, pidió a Enrique que acordara con sus funcionarios y el banquero veneciano Bernardo el Germano la transferencia de fondos imperiales a Tiro,

«pues, como bien sabes, necesitaremos disponer de mucho dinero, dado que nos esperan retrasos difíciles de evaluar». El dinero debía proceder de las cuantiosas sumas que debían a la corona, ante todo —según precisó el propio Federico—, Ancona, Metz, Bremen y el conde de Hanau. No se sabe si el ingreso representaba cuotas sin satisfacer de los impuestos por hogar, obligaciones reales u otra clase de tributos; pero las exigencias de Federico son indicio de que la expedición gozaba de una importante base fiscal y un aparato financiero de consideración. Menos claro aún está el hecho de si afirmó con toda seriedad que pretendía «poner bajo control todo el territorio imperial».[39] Cinco meses era un período muy corto para fletar y pertrechar una armada de guerra y hacerla llegar a su destino en la fecha acordada. Algunas ciudades como Génova, mencionada por Federico, eran capaces de proporcionar transporte a petición; a principios de 1190, los genoveses firmaron un acuerdo para trasladar, en agosto de aquel año, al séquito militar de Felipe II. Sin embargo, la política desarrollada por los germánicos en Italia, junto con las rivalidades comerciales entre las ciudades, dificultaban establecer esa clase de alianzas. Venecia había suscrito hacía muy poco un nuevo pacto con Bizancio y no estaba dispuesta a cooperar con Génova y Pisa. Aunque Federico no lo sabía, en el mismo momento en el que escribía a Enrique solicitando la flota, moría un aliado marítimo potencial, Guillermo II de Sicilia; el trono de la isla fue ocupado por su primo bastardo, contrario a los Hohenstaufen, Tancredo de Lecce. Desde aquel momento, los intereses de Enrique VI en Italia se centraron en asegurarse de que Sicilia volvía a manos de su esposa Constanza, tía y heredera de Guillermo II, antes que en suministrar embarcaciones a su padre. Aun a pesar de las instrucciones que diera Federico en noviembre, el acuerdo simultáneo de enviar fondos directamente a Tierra Santa (y no a Grecia) indica que la propuesta de conquistar Bizancio no era genuina; debía funcionar ora como feroz bravuconada diplomática, ora como concesión al partido más belicista del alto mando germano. Cuando los enviados de Pisa alcanzaron a las huestes de Federico, en Galípolis, en marzo de 1190, los planes de atacar Constantinopla habían pasado a mejor vida.[40]

Fueran cuales fueses sus intenciones últimas, Federico mantuvo la presión sobre los griegos, negociando abiertamente con delega-

ciones serbias y valacas una coalición antibizantina. Las relaciones con los griegos se deterioraron aún más cuando los germánicos consolidaron el control de Tracia (aun cuando sospechaban que el vino local, que no era de su gusto, estaba envenenado, en vez de ser sencillamente nauseabundo). Las fuerzas armadas de Bizancio no causaban ninguna impresión en las guarniciones ni merodeadores germanos, socavando aún más, si es que cabía, la escasa credibilidad que conservaba el régimen de Isaac. El emperador griego, seriamente alarmado, restableció las negociaciones, pero las interrumpió de nuevo en la Nochebuena de 1189, justo cuando el acuerdo parecía inminente. La incoherencia diplomática y la debilidad militar causaron el hundimiento del gobierno griego. Nicetas Coniata habló con desdén de las vacilaciones del tambaleante Isaac, quien, al carecer de la capacidad militar precisa para desestabilizar a los germánicos, se vio forzado a capitular. El 14 de febrero se solemnizó un tratado en la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, que repetía, en esencia, lo acordado en Núremberg en diciembre de 1188. Aparte de varias cláusulas destinadas a resolver las querellas inmediatas surgidas desde agosto de 1189, el tratado garantizaba el libre paso de los germánicos por el territorio imperial, embarcaciones con las que pasar el Helesponto por Galípolis y acceso a los mercados con tasas de cambio razonables. A cambio, Federico se comprometía a no pasar por Constantinopla y a no realizar saqueos indeterminados durante su estancia en tierras de Bizancio. Todo este episodio tortuoso había demorado a los germanos durante más de seis meses. Aunque ello quizá tuviera el corolario fortuito de impedir el desarrollo de una campaña invernal en Asia Menor, también permitió a Saladino, bien informado por Isaac, poner orden en las defensas del norte de Siria. Para los rebeldes y opositores del emperador griego, así como para las potencias occidentales que lo contemplaban, la errática conducta de Isaac puso de manifiesto que era incapaz de controlar el transcurso de los acontecimientos. Desde del punto de vista de Nicetas, Isaac era un sibarita libertino de nula inteligencia política, inconstante y baladrón, que solo contribuyó a acelerar la desintegración de su propio imperio.[41]

Las huestes germanas cruzaron el Helesponto entre el 22 y el 28 de marzo, con la Pascua de por medio (25 de marzo), antes de continuar el camino hacia Filadelfia, Hierápolis y la frontera sel-

yúcida. Con miras a evitar los errores de 1147, de nuevo, las divisiones de Federico, ordenadas y disciplinadas, permanecieron en territorio bizantino durante el mayor tiempo posible. Pero aun así, en otro eco de la experiencia cruzada de cuarenta y dos años atrás, los lugareños se mostraron hostiles y resentidos, y se resistieron a abrir sus mercados y graneros a los occidentales, justo cuando se aproximaban los meses de la primavera, característicamente de hambre. En Filadelfia, tras cuatro semanas de marcha desde el Helesponto, el bandidaje y las reyertas dieron lugar a una serie de actos violentos que estuvieron a punto de degenerar en una batalla campal. Tras abandonar el territorio griego en los últimos días de abril, el ejército germánico siguió el camino principal de Filomelión (Akshehir) a Iconio (Konya), la capital selyúcida. La marcha fue espejo del viaje realizado a través del imperio bizantino, pero más agotadora y letal.

Durante más de un año —el último, antes de que los germanos partieran de Adrianópolis—, se habían producido intercambios diplomáticos amistosos con los soberanos selyúcidas del sultanato de Rum, Kilij Arslan II y su hijo Qutb al-Din, que generaron promesas de fraternidad, paso libre y acceso a los mercados para los occidentales. Sin embargo, como en Bizancio, las tensiones internas —sobre todo entre Kilij Arslan y su hijo— privaron de validez a los acuerdos formales. Qutb al-Din era yerno de Saladino. Tras usurpar de hecho la posición de su padre, animó a la oposición turca local y se preparó para repeler a las tropas germanas. Además, en aquellos años, Asia Menor bullía de grupos de merodeadores turcomanos nómadas, que actuaban en la zona desde 1185, con independencia de cualquier autoridad política selyúcida, y deseaban aprovecharse del ejército cristiano en su pesado avance por las montañas de Anatolia, dado que, aunque bien equipado, no contaba con provisiones satisfactorias. Hubo un enfrentamiento fuerte en las inmediaciones de Filomelión, el 7 de mayo, en el que la división del duque Federico de Suabia rechazó una peligrosa emboscada, causando bajas cuantiosas. El duque Federico perdió algunos dientes delanteros tras ser alcanzado por una piedra.[42] La situación se hacía difícil, por los persistentes ataques de los turcos, algunas pérdidas destacables —como la del *minnesinger* o trovador Federico de Hausen— y la escasez del agua y los alimentos. Cuando las condiciones empeora-

ron aún más y las bajas continuaron ascendiendo, algunos desertaron; otros se rindieron y se dejaron caer en el camino, resignados al cautiverio, sino a la muerte. Los caballos y mulas que murieron en los combates redujeron la efectividad militar del ejército, pero a cambio dieron qué comer a las famélicas tropas.

Pese al estado de debilidad y la persistencia de los ataques turcos, el ejército germánico se abrió camino hasta Konya, protegido por la disciplina militar, el peso de sus números y la falta de otras alternativas. Los combates con el enemigo eran más importantes e intensos a medida que los cristianos se acercaban a la capital selyúcida, que Federico insistió en conquistar, para que no quedara como base enemiga a su espalda. El 18 de marzo se produjo, a las afueras de Konya, una batalla campal entre el ejército principal de Qutb al-Din y las fuerzas germanas, que dividieron al ejército en dos; el duque Federico dirigió un asalto contra la propia ciudad, mientras que el anciano emperador se enfrentaba al ejército de campo turco. Parece ser que la estrategia despistó a los oponentes; la ciudad cayó rápidamente, quizá porque se hubiera quedado sin defensores. Tras una batalla sin cuartel, en la que participó el propio emperador, los turcos del exterior fueron derrotados, aun cuando se cree que gozaban de superioridad numérica. Konya quedó a merced del pillaje germánico.

La victoria de Konya salvó la cruzada, militarmente, y permitió reponer alimentos, pertrechos y dinero. Con la ruina de su estrategia, Qutb al-Din cedió de nuevo el poder su padre, que retomó la política de paz y llegó a un entendimiento con los germanos. Tras un breve descanso, el ejército germano, pertrechado de nuevo, dejó la región de Konya el 23 de mayo, con grandes personajes turcos como rehenes, para garantizar la seguridad de su marcha. El 30 de mayo, la vanguardia llegó a Karaman, en la frontera con la Cilicia cristiana. Federico Barbarroja había logrado lo que no pudieron conseguir los cruzados de 1101 ni de la Segunda Cruzada. En dos meses, desde el paso del Helesponto, había cruzado el territorio turco y accedido a la zona cristiana, con el ejército reducido, pero en lo esencial, intacto, y pese a la constante hostilidad turca, la dificultad del terreno, las cuantiosas bajas y la escasez de víveres. En sí mismo, cabe comparar esta hazaña con los logros más notables de toda la Tercera Cruzada. Una generación más tarde, un escritor de

Outremer aseveraba que Saladino se había asustado tanto por el avance germánico, que desmanteló las murallas de los puertos sirios, para que no fueran capturados y utilizados en su contra.[43] Pero el esfuerzo del emperador resultó inútil. Mientras proseguía camino hacia Antioquía, que se hallaba solo a unas pocas semanas de distancia, y cuando el ejército germano negociaba el paso del río Salef, Federico sufrió un accidente. No se sabe si resbaló, o cayó por alguna razón o fue arrojado de su caballo por algo o alguien; murió por un infarto de miocardio, que quizá fuera lo que le provocó la caída, o quizá se debiera a la conmoción de caer al agua fría. (Una explicación menos plausible da a entender que se ahogó mientras nadaba con la intención de refrescarse.) Las fuentes no se muestran de acuerdo; algunas insisten en que Federico sobrevivió unos pocos días al accidente. Lo que es innegable es que el emperador falleció el 10 de junio de 1190, mientras vadeaba el río Salef, y que su muerte, debida a un ataque al corazón, un ahogamiento o alguna herida, estaba relacionada, de uno u otro modo, con la inmersión en el río.[44]

En el ámbito práctico como en el simbólico, la conmoción causada por la muerte de Federico fue muy honda. Incluso a posteriori, era imposible retratar su figura como la de un nuevo Moisés que encontró la muerte a las puertas de la Tierra Prometida, porque en este caso, su pueblo no consiguió la victoria última. En el momento, su desaparición, en aquellas circunstancias, quebró la moral y la unidad del ejército. Al sentirse libre de la amenaza inminente de un ataque por parte de los lugareños hostiles, el gran ejército, que se había mantenido unido durante más de un año y frente a toda clase de vicisitudes, comenzó a desintegrarse. Algunos se fueron apartando del grupo para regresar a casa desde los puertos de Cilicia o, más adelante, de Siria. Otros se separaron de la fuerza principal para zarpar desde Tarso o Tiro. El resto continuó hacia Antioquía, por tierra y —con Federico de Suabia y el cortejo funerario de su padre— por mar. El duque Federico llegó a Antioquía el 21 de junio de 1190, donde se le unió el ejército de tierra, ya menguado. Las enfermedades se cebaron entonces en los supervivientes, incluidos varias figuras clave del alto mando y la administración regia. El cuerpo de Federico Barbarroja fue hervido y cortado, para preservarlo lo mejor posible. La carne fue enterrada en la catedral de San Pedro, en Antioquía. Los huesos descarnados, elevados a la condición de

reliquias, estaban destinados al Santo Sepulcro, pero terminaron siendo enterrados en la iglesia de Santa María, en Tiro. Poca compensación, para la ausencia de un jefe de tanta personalidad y capacidad de liderazgo.

Su hijo, aunque poseía arrojo y pericia militar, carecía de la autoridad, el empuje y la determinación de Federico. Con la mengua de los recursos disponibles, el duque Federico contempló la idea de asentarse en el norte de Siria como poder autónomo; así se lo habría ofrecido Bohemundo III o, según otras fuentes, él habría reclamado el control de Antioquía.[45] La cuestión no era una insensatez estratégica, puesto que ejercer la presión militar en el norte contribuía a poner en peligro el control de Saladino, relativamente débil en aquella región, y lo obligaría a distraer todavía más tropas del sitio de Acre. La recuperación de los cristianos tras la derrota sufrida frente a Acre el 25 de julio, junto con la facilidad con la que Enrique de Champaña se pudo establecer, podrían haber sido frutos de la política del duque Federico en Antioquía. Sin embargo, el duque, quizá por el hecho de haber visto disminuir su ejército, acabó rechazando la posibilidad de la campaña septentrional. Partió de Antioquía el 29 de agosto y dirigió a sus tropas hacia el sur —bajando por la costa, hacia Trípoli y Tiro—, pero sufrió nuevas bajas por los repetidos ataques turcos. Fue recibido por Conrado de Montferrat en Tiro y, con un resto exiguo y magullado de lo que fuera la gran hueste germánica, se presentó por fin en el campamento cristiano de Acre el 7 de octubre de 1190.

El panorama que encontró debió de inspirarle poca confianza. El sitio estaba atascado en una situación de tablas violentas, que rendía muy poco a cambio de las vidas perdidas. Incluso las esposas de los cruzados se habían unido a las tareas menores de la guerra de asedio, como rellenar de cascotes el foso protector de la ciudad, para que las máquinas pudieran aproximarse a las murallas. Una de estas mujeres, herida de muerte por una flecha turca, pidió a su marido que la enterrara en la zanja que estaba ayudando a cubrir.[46] La sombra de la cruzada germánica inspiró cierto grado de acción concertada contra la ciudad y las fuerzas musulmanas de los alrededores, pero no marcó ninguna diferencia. No contribuyó a elevar los ánimos el hecho de que, poco después de que llegara el duque Federico, se marchara Luis de Turingia. Las rivalidades na-

cionales afloraron peligrosamente, acentuadas por los nuevos refuerzos. Aproximadamente al mismo tiempo que el duque Federico, la vanguardia de la armada real inglesa rindió el bordo en Acre, encabezada por el arzobispo Balduino de Canterbury; por Ranulfo Glanvill, ex regente de la corona, recién despedido de su cargo; y por el sobrino de este, estrella emergente del gobierno angevino, el obispo Huberto Gualterio de Salisbury. Habían dejado a Ricardo I en Marsella, en agosto de 1190, y tardaron dos meses en llegar a Palestina. El contingente inglés ayudó a reforzar las líneas del frente y dirigió incursiones contra el enemigo, pero su presencia surtió asimismo otro efecto: ahondó en la creciente división política del campamento cristiano, por su enfrentamiento con los germanos.

En alguna fecha de octubre de 1190, la enfermedad, que pareció convertirse en endémica en las fétidas condiciones del campamento cristiano y que ya había costado la vida a muchos de los recién llegados, causó también la muerte de la reina Sibila de Jerusalén y sus dos hijas. Ello volvió a poner en suspenso la sucesión del trono jerosolimitano, puesto que Guido era rey en solitario, en su calidad de esposo de Sibila. Los enemigos de Guido entre los barones de Outremer, dirigidos por Balian de Ibelin y su esposa María Comnena, madre de la nueva heredera del trono, Isabel, defendieron que un hombre de éxito militar demostrado, como Conrado de Montferrat, ocupara el lugar de quien había perdido la Ciudad Santa.[47] Para lograrlo necesitaban que Isabel se divorciara de su marido, Umfredo III de Toron, reputado por dominar el árabe y ser, según las malas lenguas, afeminado; luego contraería matrimonio con Conrado. Como Umfredo e Isabel no habían engendrado hijos, el proyecto parecía más viable; aunque otro acontecimiento no poco incómodo era que Conrado ya tenía una esposa en Constantinopla y, posiblemente, otra en Italia, a la que había dejado de lado. Los germanos, el legado pontificio, el arzobispo de Pisa y los vasallos franceses de Felipe II se alinearon detrás de Conrado y la boda con Isabel. Frente a ellos se dispuso el patriarca Heraclio, a la sazón demasiado enfermo para intervenir, y los angevinos, encabezados por el arzobispo Balduino, que eran partidarios de Guido. Balduino era un adversario difícil y, al parecer, incluso alguien tan convenible como Umfredo de Toron habría solicitado a Raúl de Tiberíades, un conocido abogado, que actuara en su defensa. Sin embargo, Balduino

murió de súbito el 19 de noviembre y, a los cinco días, tras haber expuesto a Umfredo a unas enormes presiones políticas y personales —en las que apenas se velaba la amenaza material—, se anuló el primer matrimonio de Isabel y se la casó de manera sumaria con Conrado. Ofició la ceremonia el obispo de Beauvais, primo de Felipe II, con aprobación del legado pontificio. A juicio de algunos, la corona de Jerusalén había recaído en una pareja unida por la política y manchada por la bigamia. Para otros, era la resolución más razonable, más aún cuando la pareja real dio a luz un niño en el año siguiente. Para el ejército de Acre, supuso quedar al borde del cisma, porque Guido insistía en que era el único rey legítimo. Sólo cuando los nuevos reyes se retiraron a Tiro y la epidemia del campamento se intensificó empezaron a calmarse los ánimos.

El golpe asestado por el matrimonio de Conrado supuso el último logro de Federico de Suabia. A las pocas semanas quedó postrado por una enfermedad que le hizo exhalar el último suspiro el 20 de enero de 1191. Recibió sepultura en el cementerio del hospital de campo que habían inaugurado en Acre, en 1190, varios ciudadanos de Bremen y Lübeck.[48] Éste se había consagrado en Santa María de Jerusalén, como recuerdo del hospital que hubo en la Ciudad Santa antes de 1187. En 1196, esta comunidad de atención a los enfermos se había organizado como orden religiosa hospitalaria, a la cual, en 1198, se impuso la obligación de combatir contra los infieles. La Orden Teutónica del Hospital de Santa María de Jerusalén —la orden militar de los caballeros teutónicos— constituyó el legado más importante y perdurable de los germanos a la Tercera Cruzada, aunque, irónicamente, no debía nada a la iniciativa ni el empeño de Federico Barbarroja. El hundimiento de la expedición germánica representa uno de los *¿Qué habría pasado si... ?* más destacados de la cruzada, o incluso de la historia medieval en su conjunto. Si Federico hubiera logrado llevar a Acre a su ejército —formado aún por miles de hombres, aun a pesar de las numerosas bajas—, en el verano de 1190, quizá la ciudad habría caído un año antes de lo que tardó en ser conquistada. Saladino reconoció sentirse alarmado ante el peligro, y su autoridad se habría visto seriamente mermada mucho antes de la llegada de los reyes de Francia e Inglaterra. Por otro lado, las fuerzas de estos dos monarcas no habrían quedado atrapadas en el sitio de Acre. Las rivalidades políticas no habrían dismi-

nuido: Federico era viejo e imperioso; ni Ricardo I ni Felipe II habrían mostrado excesiva disposición a inclinarse ante él. Ahora bien, una campaña conjunta de fuerzas tan poderosas y desde una base ya consolidada en Acre, en el año de 1191, quizá habría colocado a Jerusalén dentro del alcance de los cristianos. Tal como sucedió en realidad, el último gran ataque terrestre de los europeos occidentales en el Mediterráneo oriental terminó en frustración y un fracaso casi completo.

Tolo lo que se dejó a los desmoralizados cruzados de Acre, según escribió con angustia Huberto Gualterio en las primeras semanas de 1191, en misiva enviada desde la ciudad al burócrata inglés mandaría Ricardo FitzNeal, era «mantenerse en el esfuerzo y resistir las penalidades del asedio hasta que lleguen nuestros reyes». Quizá él también confiaba en su venida. Sin ellos, profetizó Huberto, «se extinguirá la esperanza de obtener consolación en este mundo».[49] Todas las miradas, cristianas y musulmanas, estaban fijas en el mar, en espera de la aparición de las velas de los reyes de Francia e Inglaterra.

La expedición anglo-francesa de 1190-1191

El retraso con el que arribaron al sitio de Acre los monarcas de Inglaterra y Francia supuso uno de los grandes escándalos de la época: se consideró prueba de las maniobras de Satán.[50] Federico Barbarroja había fallecido antes incluso de que los otros dos reyes se pusieran en camino. Cronistas, cantores y clérigos unieron sus voces para condenar la indecorosa política que rodeó los preparativos regios en Francia e Inglaterra desde el momento en que Enrique II y Felipe II habían tomado la cruz de forma conjunta, en Gisors, en enero de 1188. A finales de marzo, los dos reyes habían dado instrucciones de recaudar el «diezmo de Saladino» y comunicado los detalles de cómo funcionaron los privilegios de los cruzados. Sin embargo, la inquietud, la rebeldía y la guerra desatadas en los territorios de Ricardo de Poitou, en Aquitania, distrajo la atención y provocó que Felipe II y Enrique II iniciaran otra ronda de ataque y contraataque militar. Cuando ya se terminaba 1188, Felipe acertó a atraerse a Ricardo, para que formara una alianza contra su padre,

sugiriendo que el anciano rey pensaba desheredar a Ricardo en beneficio del hermano menor, Juan. Como Juan se había negado rotundamente a incorporarse a la cruzada, era cierto que estaría disponible para gobernar las tierras angevinas en ausencia de Enrique y Ricardo; la idea no carecía de plausibilidad. A pesar de los reiterados intentos de negociación, la tensión al respecto de la sucesión angevina, intensificada por la mala salud de Enrique en el invierno y la primavera de 1188-1189, se convirtió en guerra abierta entre el rey anciano, por un lado, y Felipe y Ricardo, por el otro. Ello no obstante, no se había puesto fin a otra presión, la de la cruzada. En una conferencia de paz celebrada el 4 de julio de 1189, los tres protagonistas, entre otros reyes, acordaron reunir los ejércitos en Vézelay, a finales de febrero (mediada la Cuaresma) de 1190. Tres días más tarde, murió Enrique II.[51]

Si tomamos en consideración los levantamientos y acuerdos consiguientes a un nuevo reinado en las tierras angevinas, en Francia e Inglaterra, el rasgo más llamativo de los preparativos para la cruzada no es ya su demora, sino a la inversa, la aceleración que experimentaron a uno y otro lado del Canal. Aunque la fecha de partida se retrasó por dos veces, primero en noviembre de 1189 (hasta el 1 de abril) y luego en marzo de 1190 (hasta el 24 de junio), los dos reyes se pusieron manos a la obra para organizar su ausencia política y administrativa y el transporte de las tropas a Oriente. Es sorprendente que ni siquiera un hecho luctuoso —la muerte en el parto de la esposa de Felipe, la reina, y los dos gemelos que iba a dar a luz, el 15 de marzo de 1190— retrasara significativamente la resolución del rey. La sucesión francesa recaía ahora sobre un niño de tres años de edad, el príncipe Luis. No solo Felipe, sino también algunos posibles pretendientes, como el conde Roberto II de Dreux, primo camal, se marcharon a Oriente. La participación de ambos en la cruzada repetía la de Luis VII, sin descendencia, y su hermano Roberto I de Dreux, y, como aquella, puso en peligro la seguridad dinástica de los capetos, la roca sobre la cual se había asentado la fortuna de la casa real durante dos siglos. En cuanto a Ricardo, no había contraído matrimonio ni engendrado hijos; tenía un hermano menor y un sobrino que cabía esperar lucharían por su herencia (y en efecto, así lo hicieron con posterioridad a 1199). En estas circunstancias, embarcarse un año después de la muerte de Enrique II

no puede calificarse de indebidamente dilatorio. Buena parte de las críticas recibidas por Enrique, Felipe y Ricardo parecen ser o de intención polémica o irrealistas. Sin haber resuelto antes desacuerdos notorios sobre la sucesión de las tierras angevinas de Francia y sin haber honrado los acuerdos pasados, no podría haber habido ninguna clase de participación de los reyes de Francia e Inglaterra. Más en general, los críticos subestimaron la importancia de la actividad cruzada no regia, sobre todo en Francia.

Cuando Felipe II y Ricardo I partieron definitivamente de Vézelay, juntos, el 4 de julio de 1190, miles de franceses —algunos de ellos, vasallos de Felipe II, y otros de Enrique II— ya habían desembarcado en Outremer, en las flotas de Jaime de Avesnes y Enrique de Champaña, incluidos muchos de los barones principales de los primeros años de carrera de Felipe II, como por ejemplo el conde de Dreux (en 1189) y los condes de Blois, Clermont y Sancerre (un año más tarde). Ingleses y anglo-normando tales como Guillermo Ferrers, conde de Derby, que se incorporó a un grupo francés en 1189, tras reunirse con ellos en el norte de Francia,[52] o Raúl Hauterive, arcediano de Colchester, que había viajado por mar junto con otros londineses, en 1189, se habían adentrado ya en el rico folklore de los héroes del campamento cruzado, mucho antes de que su monarca se aproximara siquiera al Mediterráneo. Incluso en Inglaterra y Normandía, donde los mecanismos del control y la administración regia estaban centralizados, hubo acciones independientes —con base en señoríos, ciudades, regiones o relaciones de parentesco— que derivaron en muchas salidas, fuera del ámbito de los preparativos de la corona. Entre los que llegaron a Acre en 1189-1190 había representantes de las élites comercial y eclesiástica de Londres, incluidos miembros del cabildo de San Pablo y oleadas cívicas como la de Godofredo el Orfebre o Guillermo «Barbalarga» FitzOsbert, que tuvieron que hipotecar parte de sus propiedades en la ciudad para costearse el viaje. En 1190 llegó un contingente significativo de Normandía, probablemente con Enrique de Champaña, unido por lazos de parentesco, regionales y de señorío: Ricardo de Vemon y su hijo; Gilberto de Tilliéres y su séquito militar, «con una poderosa mano de combatientes» («manu valida bellatorum»).[53] Algunas de estas compañías quizá fueran modestas: así ocurrió con Ivo (Yves) de Vipont, que dirigía a un grupo de tan solo

diez hombres en el trayecto de Acre a Tiro.[54] En cambio, el arzobispo Balduino estaba acompañado por un grupo de parientes muy amplio, la servidumbre y, posiblemente, varias decenas de guerreros. Hubo otros grupos muy numerosos, como los caballeros de Ricardo de Clare o la gran familia Glanvill, que incluía, además de al antiguo regente de la corona (Ranulfo), a su tío, su sobrino (que a su vez era su ayudante) y sus respectivos círculos militares y civiles. Otras asociaciones inglesas eran menos formales, como la que podemos hallar en la lista de cruzados de Lincolnshire y Yorkshire que murieron en Acre en 1190, según la anotó su compatriota Roger de Howden, quien, tras llegar con Ricardo I en junio de 1191, parece ser que estableció contacto con los supervivientes de ese grupo.[55]

Sin embargo, aunque estos viajes cruzados de los anglo-normandos se produjeron en 1189-1190 y en paralelo a la nobleza del resto de Francia (ya fuera francesa o anglo-normanda), la experiencia específicamente inglesa de la Tercera Cruzada fue de otra índole. A pesar de que los reyes de los territorios angevinos y capetos intentaron recaudar su versión del «diezmo de Saladino» y regular los privilegios de los cruzados —sobre todo, en lo que respectaba a las transacciones financieras y la deuda—, Felipe II fue incapaz de imponer su autoridad, pues carecía de la tradición, tanto política como burocrática, de organizar u obligar en la escala de toda la nación.[56] La importancia de los subsidios reales que recibieron los cruzados (individualmente o en grupo) es difícil de calcular. En Inglaterra y, probablemente, Normandía, los cruzados tuvieron acceso a los fondos del «diezmo de Saladino», recaudado bajo los auspicios del gobierno; pero no así sus compañeros franceses. Lo que es más importante, una vez se había adoptado la decisión de viajar por mar, un porcentaje relevante de los adeptos del rey angevino pudieron trasladarse en barcos fletados por los administradores reales con dinero de la corona. En todos los estadios de la cruzada, desde el flete de embarcaciones en los puertos ingleses a la vida en Palestina, Ricardo contrató a hombres y alquiló materiales. Como hecho más llamativo aún, mientras Felipe II tal vez enviara por adelantado algunas máquinas de asalto y cierto número de tropas, la fuerza cuyo transporte pagó a los genoveses en 1190, para que fuera trasladada a Tierra Santa, ascendía a seiscientos cincuenta caballeros y mil trescientos escuderos. En cambio, Ricardo equipó una armada pro-

pia, de más de cien embarcaciones, y alquiló una flota menor en Marsella, de diez buques de carga y veinte galeras. El ejército que transportaba, cuando se reunió en Sicilia en el verano de 1190-1191, tal vez ascendiera a diecisiete mil hombres (sin excluir a los marinos). Así pues, Ricardo no solo fue «el primer rey cruzado que pertrechó y condujo su flota a Outremer», sino que su armada se mantuvo como una de las mayores jamás enviadas.[57]

Los preparativos de la cruzada habían comenzado de forma activa, de hecho, bajo el reinado del odiado Enrique II. El «diezmo de Saladino» fue recaudado con energía, aun cuando, según dieron muchos por sentado, en realidad se dedicó en buena parte a las guerras de 1188-1189. En un principio, Enrique —y por tanto, Felipe, que había aceptado viajar con él— sopesó la posibilidad de emprender la ruta terrestre. Quizá el arzobispo Balduino esperaba que sería así, cuando ordenó a su equipo —no demasiado satisfecho con ese entrenamiento— que caminara por los abruptos valles de Gales, en lugar de recorrerlo a caballo.[58] En 1188 se envió una embajada a Federico Barbarroja, Bela III de Hungría e Isaac II, solicitando promesas de paso seguro y acceso a los mercados para los ejércitos capetos y angevinos; la respuesta fue positiva. En esta etapa, Ricardo de Poitou podría haber decidido embarcarse en solitario, por mar. Quizá las noticias de la decisión de los germánicos, de seguir el camino por tierra, disuadió a Enrique; el precedente de 1147 no era de buen auspicio. Parece ser que, en cierto punto —quizá para anticiparse a su hijo, tan amigo de llamar la atención— Enrique alteró los planes y comenzó a negociar con Guillermo II de Sicilia, su yerno. La sustancia de las negociaciones podría haber quedado reflejada en el testamento del rey Guillermo, pues legó a Enrique tesoros, cereales, vino y cien galeras de guerra armadas.[59] Como Guillermo falleció cinco meses después que Enrique, estas disposiciones tienen que remontarse al menos a la primavera de 1189. De ser así, es un indicio claro de las magnitudes que manejaba el rey Enrique a la hora de planear su expedición; una flota como aquella era capaz de transportar a ocho mil hombres.

Una serie de documentos financieros del gobierno, de septiem-

bre de 1188 al mismo mes del año siguiente, sugiere que existía una actividad por debajo de la gran estrategia, aunque en algunos casos, son posteriores a la muerte de Enrique, ocurrida en julio. Se estableció un depósito específico para el «diezmo de Saladino», con una plantilla propia muy reducida, de diez empleados. Los cronistas se quejaron por la gran cuantía de los ingresos. Según Gervasio de Canterbury, un monje muy crítico, ascendían a setenta mil libras; Roger de Howden, que era persona bien informada, pensaba que Enrique había dejado un tesoro (sumando todas las fuentes) de un valor superior a los cien mil marcos. Aun si tales testigos exageraron la rapacidad de Enrique, el depósito de Salisbury no dejó descansar al dinero. Se enviaron doscientos marcos a Bristol, quizá para un flete; dos mil quinientos marcos a Gloucester, tal vez para herraduras, típicas de la zona del bosque de Dean; y cinco mil marcos a Southampton, que durante el año siguiente fue uno de los centros principales de preparación de la cruzada.[60] Independientemente de las muecas de la alta política, muchos ingleses, normandos y poitevinos realizaron sus propios planes con la bendición oficial. Para Enrique II, el cálculo nacional y de política dinástica había sido siempre una prioridad, por delante de los gestos piadosos o quijotescos. Y así fue hasta el día de su muerte. No obstante, desde 1187 la ayuda a Tierra Santa había dejado de ser una alternativa estudiable y se había transformado en requisito imperioso del Estado.

Al acceder al trono, Ricardo I aportó a la cruzada su experiencia como general, la pericia de impulsar un proyecto a través del gobierno y la política, y un fuerte compromiso personal. Al igual que su padre, reconocía que, probablemente, no había límite a las necesidades de tesorería de una expedición como la prevista, sobre todo tras haberse decidido (posiblemente, antes de su coronación) que se fletaría una armada colosal y al tiempo se pertrecharía a un ejército real numeroso. Por mucho que contuvieran aún los cofres de Enrique II, Ricardo buscó más, y lo hizo de un modo espectacular. Según puso de manifiesto Roger de Howden, con una exageración que es tan solo leve: «puso en venta todo lo que tenía: cargos, señoríos, condados, prefecturas, castillos, ciudades, tierras, todo». Es famosa la ocurrencia según la cual el rey afirmaba que habría vendido la propia Londres, si le hubiera podido encontrar un com-

prador.[61] Se despidió y multó a los *sheriffs** y se nombró a sus sucesores por un precio; las cartas de las ciudades, los derechos de uso de los bosques, los condados, los grandes puestos del gobierno y los obispados se obtenían a cambio de dinero. Esta subasta generalizada corría paralela a la escala de los preparativos. Los agentes del rey hicieron una batida en los puertos de Inglaterra, Normandía, Britania y Poitou, en busca de barcos; la corona ofrecía pagar dos tercios del coste de flete y un año de salarios, a los marinos (2 peniques al día) y los timoneles (4 peniques al día). En el año financiero que se inició en el día de San Miguel de 1189, Enrique de Comhill, el funcionario implicado de forma más directa en la organización de la flota, gastó más de cinco mil libras. Si la armada contaba con más de cien barcos —como calcularon observadores bien informados—, la factura conjunta del flete y los salarios podría haber superado las catorce mil libras, es decir, más de la mitad de los ingresos que el rey obtenía anualmente en Inglaterra. Además de eso, los barcos iban equipados con pertrechos y equipos militares, caballos, infantes, alimentos y barriles de peniques de plata, para los gastos. Las cuentas de la corona ponen de relieve la magnitud de las adquisiciones: al menos cincuenta mil herraduras del bosque de Dean y otras diez mil de Hampshire; catorce mil carcasas de cerdo curadas, de Lincolnshire, Essex y Hampshire; flechas de arco, saetas de ballesta, quesos y habas en cantidades enormes. La urgencia de la demanda, por otro lado, encareció los precios.

La flota podría haber transportado, según cálculos fiables, en tomo a 8.750 soldados y marinos, con pertrechos y caballos para un mínimo de cuatro mil caballeros.[62] El propio ejército de Ricardo, que él llevó al Mediterráneo en el verano de 1190, podría haber ascendido a seis mil personas, incluyendo el propio círculo militar del rey, de entre dos mil quinientos y tres mil hombres, y los contingentes del arzobispo Balduino y Ranulfo Glanvill. La flota conjunta que partió de Mesina en 1191 estaría integrada por 219 embarcaciones, con unos diecisiete mil hombres, entre soldados y

* Representantes de la corona en un territorio dado, responsables de la administración de la justicia y la preservación de la paz. La palabra procede de *shire reeve,* 'alguacil de un condado'. (*N. de los t.)*

marinos.[63] Aunque el rey no había costeado el embarque de todos sus seguidores, solo con sus preparativos resultaba posible que una fuerza tan numerosa viajara conjuntamente. El calendario de los salarios era señal, asimismo, de una concepción estratégica central muy clara. Ricardo presupuestó que se pagara a la tripulación un año que empezaría, como muy tarde, en junio de 1190. Así pues, el viaje tranquilo hasta Sicilia y el hecho de pasar allí el invierno de 1190-1191 se ajustaban a una programación temporal prevista de antemano. Aunque retrasado por las tormentas de abril de 1191 y la posterior conquista relámpago de Chipre (6 de mayo a 1 de junio de 1191), llegó a Acre el 8 de junio de 1191, es decir, en las fechas estimadas.

El recorrido de la propia flota da nuevas pruebas de que Ricardo controlaba la planificación de la cruzada. Hubo al menos tres bloques distintos en su armada. Uno partió de Inglaterra, de Dartmouth, en abril de 1190; otro, dirigido por Ricardo de Camville (caballero destacado en la curia de funcionarios ingleses)* y Roberto de Sablé (un poderoso barón angevino) zarpó de la desembocadura de Loira entre mediados y finales de junio; y una tercera escuadra, de treinta y tres barcos, a las órdenes del poitevino Guillermo de Fors, levó anclas en Oléron a mediados de julio.[64] Aunque empleó barcos y compañías de todas las tierras angevinas, es muy probable que el grueso de la flota (y del ejército de Ricardo en su conjunto) viniera de Inglaterra. Se le impusieron regulaciones disciplinarias estrictas, promulgadas por Ricardo I en Chinon, en junio, fecha en la que también nombró a varios delegados responsables de su cumplimiento. En apariencia, distribuyó algunos barcos entre los *crucesignati* de su entorno militar próximo y conservó el resto para su propio uso.[65] Aunque era sin duda una empresa cooperativa, la flota cruzada angevina no se habría podido reunir de un modo tan bien organizado si la corona no le hubiera aportado dirección y financiación. El primer punto de reunión colectiva era Lisboa, en la desembocadura del Tajo, donde miembros de los dos pri-

* La curia real de Inglaterra estaba formada por funcionarios seleccionados entre las filas de la alta aristocracia, la cúpula de la iglesia y los miembros de la corte del rey. *(N. de los t.)*

meros elementos (en total, sesenta y tres embarcaciones) encontraron distracción sin apenas demora. Espoleados por el alcohol no menos que por la religión, atacaron los barrios musulmán y judío de Lisboa, extendiendo las violaciones y el saqueo a la población cristiana, hasta que fueron sometidos —no sin dificultades— por el rey Sancho I de Portugal y sus servidores. La armada se congregó al completo en la desembocadura del Tajo a finales de julio. El siguiente punto de reunión, ya con el ejército de Ricardo, era en Marsella, a principios de agosto. Era impracticable, claro está, pero cuando la flota atracó en Marsella el 22 de agosto, solo había hecho esperar tres semanas al impaciente rey Ricardo. Impertérrita, tras haberse reaprovisionado, la flota zarpó con rumbo al último punto de cita, previsto en Mesina, donde llegaron hacia las mismas fechas que el monarca, a finales de septiembre. La capacidad de organizar por anticipado una operación en la que participaba una armada muy numerosa y un ejército de tierra muy considerable, actuando de forma concertada durante cientos de millas y sin comunicación directa, dice mucho del desarrollo que había experimentado la navegación marítima en el siglo XII, en las costas tanto del Atlántico como del Mediterráneo, y es además una demostración palpable de que el gobierno de Ricardo I era capaz de trasladar una ambición extravagante a una acción eficiente.

El contraste con los preparativos de Felipe II parece notorio, pero se agrava por el hecho de que conservamos una documentación relativamente menor al respecto. Al no poder imponer el «diezmo de Saladino», Felipe y sus nobles se vieron obligados a partir de sus propios recursos, aislados e independientes, aunque, antes de que terminara el mes de septiembre de 1189, el rey parece haber recibido un pago inesperado: veinticinco mil libras que tenía pendientes Ricardo I.[66] Ello quizá explique el contraste, de apariencia muy modesta, que suscribió con los genoveses para trasladar sus huestes a Oriente. En febrero de 1190, el duque Hugo de Borgoña fue designado responsable de acordar los detalles con Génova. Por un importe de 5.850 marcos (no se sabe con certeza si del peso de París o el esterlino, mucho más pesado), los genoveses proporcionarían una flota para seiscientos cincuenta caballeros y mil trescientos escuderos, sus caballos, los víveres de los hombres y los animales (para ocho meses) y vino (para cuatro).[67] Quizá estas ci-

fras representen solo la fuerza militar inmediata al rey Felipe. Aunque el duque de Borgoña actuó como agente del monarca, es posible que negociara asimismo el transporte de su propio séquito, como hizo el conde Felipe de Flandes. Mientras que la presencia junto al rey Felipe de estos acaudalados magnates provinciales da a entender que el ejército francés no era nada desdeñable, en los dos años previos ya habían partido hacia Outremer ejércitos franceses muy considerables, sin necesidad de aguardar a la corona. No sabemos cuáles fueron las magnitudes últimas de la fuerza francesa de 1190, pero sí que, al parecer, llevó hasta el límite los recursos genoveses, puesto que en agosto, en la misma Génova, Felipe estaba intentando tomar prestadas algunas galeras de Ricardo. Felipe deseaba controlar a sus vasallos, como atestigua el hecho de que, en la Navidad de 1190, pagó mil marcos al duque de Borgoña y otros seiscientos al conde de Nevers.[68] Ello no obstante, la mayoría de las fuentes coinciden en que Ricardo se adelantó a Felipe y lo superó en gasto y en los números del ejército.

Tal era la dimensión y la complejidad de la herencia de Ricardo, en julio de 1189, con propiedades a uno y otro lado del Canal, que no fue coronado rey de Inglaterra hasta el 3 de septiembre, en Westminster. Los preparativos de la cruzada de Ricardo dan fe de la existencia de una comunidad política más amplia, que se extendía más allá de la nobleza, los caballeros y las élites urbanas. La combinación de la obtención de fondos, el reclutamiento y la predicación por el renacimiento de la cristiandad creó una implicación pública muy notable, que en ocasiones tuvo consecuencias violentas. Todas las coronaciones funcionaban como rituales de diálogo y de manifestación política. En el caso de Ricardo, se denegó el acceso a la celebración a los judíos que se acercaron a prestar sus respetos al nuevo monarca, lo que degeneró en una algarada, cuando se vio a algunos judíos entre la muchedumbre, curiosos por ser testigos del banquete. La violencia se extendió a los distritos judíos de la ciudad de Londres, donde se destruyeron casas y se asesinó a varias personas de aquella religión. El tumulto no tardó en dar paso a un saqueo indiscriminado de las propiedades, independientemente del credo de las víctimas. Entre los criminales había miembros del

séquito de los nobles que se habían congregado para la fiesta y también londinenses. En cierto momento, Ranulfo Glanvill y otros destacados funcionarios de la corte intentaron frenar a los amotinados, sin éxito. La implicación personal de ministros del gobierno, por un lado, y una mezcla de los miembros de casas aristocráticas y una sección variopinta de lugareños, por el otro, hizo hincapié en el vínculo existente entre la acción política popular y las políticas del gobierno. Algunos creyeron que estaban siguiendo instrucciones del rey; otros hicieron alusión a la Providencia y a estar participando en la aniquilación cristiana de los «enemigos de Cristo», el tema central de la predicación de la cruzada y de las campañas de reclutamiento.[69]

Estas manifestaciones de respuesta popular a resoluciones y actuaciones públicas concretas, aun cuando se basaron en errores parciales de comprensión, fueron rasgo característico de las cruzadas. Así, también durante el reclutamiento de combatientes para la Tercera Cruzada hubo en Inglaterra agresiones antisemitas, en 1190; los judíos habían quedado en una posición particularmente vulnerable ante la campaña real de recaudación de fondos, la proximidad de la marcha de los ejércitos y las exigencias inmediatas que debían satisfacer los cruzados que iban convergiendo en las ciudades, los puertos y los caminos principales del país, desde los primeros meses del año. En la Cuaresma de 1190, bandas de cruzados ingleses —algunos de ellos, movidos por una concepción equivocada de lo que significaba servir a Dios y la Cruz— comenzaron a entrar a saco en las casas y los establecimientos de centros comerciales como King's Lynn y Stamford. En York, a mediados de marzo, la violencia alcanzó un paroxismo espantoso. Cruzados de la zona, con buenos contactos, dirigieron un ataque conjunto contra la comunidad judía, que culminó con un suicidio masivo y la masacre de los supervivientes en el castillo del rey (la actual Torre de Clifford), tras lo cual, en un acto muy revelador, los cruzados se fueron a la catedral de York, con las manos manchadas de sangre, para destruir los bonos de crédito judíos allí depositados.[70]

El vínculo existente entre la acción del rey y la persecución de los judíos fue directo. En Germania, al tenerse noticias de la expedición inminente, muchos miembros de las comunidades judías de la Renania se exiliaron en bastiones fortificados, hasta que se apagó

de nuevo el fervor cruzado. Otros, como los judíos de Maguncia, permanecieron en la «curia Christi» el 27 de marzo de 1188, cuando Federico Barbarroja tomó la cruz; contaron con la protección de funcionarios del imperio y, más adelante, de edictos imperiales apoyados por la jerarquía de la iglesia.[71] Pero en Inglaterra, la respuesta oficial y eclesiástica fue más incierta. El mensaje que recibieron las masas en la coronación de Ricardo era ambiguo (por decir poco). Sin embargo, donde las autoridades de la corona hicieron cumplir las disposiciones oficiales —que pasaban por proteger las vidas y las propiedades de los judíos—, no se cometieron atrocidades como las antes mencionadas. En Lincoln, en marzo de 1190, la comunidad judía, amenazada, pudo obtener refugio seguro en el castillo del rey; muy distinto fue lo que ocurrió unos días más tarde en York, cuando los judíos buscaron amparo en el respectivo castillo real, pero fueron traicionados por la chusma. Ricardo no estaba en Inglaterra durante la Cuaresma de 1190; esa ausencia quizá contribuyera a debilitar la resolución oficial de amparar a los judíos frente a unos cruzados que, desprovistos de dinero, los miraban con resentimiento (por su tradicional asociación con la riqueza y, quizá, porque eran sus deudores) y, además, con el odio de quien tal vez creía con sinceridad que no hacía sino atacar a los enemigos de la cruz y, por tanto, perseguir de otra manera más local las metas mismas de la cruzada. Fuera como fuese, las agresiones antisemitas de 1189-1190 demostraron que la cruzada podía penetrar tanto en la conciencia popular como en el comportamiento de los grupos, de formas que iban más lejos de los estrechos confines del control social o los preceptos de la iglesia.

En la época de las matanzas antisemitas, Ricardo llevaba mucho tiempo fuera de su reino: había pasado de Dover a Calais el 12 de diciembre de 1189. En el mes anterior, por mediación del embajador francés, el conde Routrou de Perche, había suscrito una programación temporal con Felipe de Francia, para resolver algunas discrepancias de consideración y marchar a Oriente en la primavera de 1190.[72] Estuvo cuatro años fuera de Inglaterra, más tiempo del que confiaba invertir y del que había previsto o imaginado. Sin embargo, aunque absentista, no fue un rey despreocupado. Durante los más de dos años de cruzada mantuvo contacto con los asuntos de Francia e Inglaterra. Llevaba consigo a un gran número de funcio-

narios y burócratas; uno de ellos, el vicecanciller Roger Maceal, se ahogó frente a Limassol* en abril de 1191, mientras aún portaba el sello real en tomo de el cuello (sello que se recobró cuando el cuerpo de Maceal fue arrastrado a la costa).[73] La cruzada vio a una administración regia en la guerra que se asemejaba más a la que cabría esperar de una campaña de Ricardo en Francia, que no en los confines orientales del mar Mediterráneo. Un torrente de mensajeros mantenía al rey vinculado con lo que ocurría en sus dominios. De regreso, él los proveía de cartas en las que anunciaba los acontecimientos más significados, como por ejemplo la conquista de Acre o la derrota de Saladino en Arsuf. El viaje de Inglaterra a Tierra Santa ocupaba, en un trayecto excepcionalmente rápido, de dos a tres meses.[74] Ricardo, al igual que los otros líderes cruzados, no mantenía control directo sobre los asuntos nacionales, pero estaba bien informado de ellos.

En la primavera de 1190, la prioridad era coordinar las dimensiones naval, militar y diplomática de la empresa. La piedra angular de todo el proceso fue la colaboración entre Ricardo y Felipe. Si antaño habían sido aliados muy próximos, con miras a hacerse con el poder de Enrique II, ahora Ricardo y Felipe eran cada vez más conscientes de los motivos del otro. Ricardo, algo mayor (contaba treinta y tres años por los veinticinco de Felipe) era el carácter más volátil y el que mayor experiencia tenía en el campo bélico. Felipe, que llevaba más de dos lustros en el trono, estaba comenzando a desarrollar lo que sería una pericia incomparable en el terreno de la diplomacia felina y las intrigas políticas. Una serie de reuniones de los dos monarcas sirvieron para asegurar que el acuerdo se orquestaba con destreza. Los dos reyes dejaron sus dominios en una situación que esperaban sería de orden. Ricardo viajó por la Aquitania en mayo y junio, llegó a Chinon, en Anjou, el 18 de junio, y de ahí pasó a Tours. En esta ciudad, el 24 de junio —la fecha acordada como inicio de la cruzada— recibió el bastón y la burjaca de peregrino, justo como estaba haciendo, en ese mismo momento, Felipe en Saint-Denis, a las afueras de París, acompañado por el duque de Borgoña y el conde de Flandes, veterano de su propia cruzada en 1176-1177. Según lo previsto, los dos reyes se encontraron en Vé-

*** Lemesós, en Chipre. Véase más adelante. (/V. *de los t.)***

zelay el 2 de julio, lugar que era adecuado para seguir camino hacia el sur, pero además era territorio neutral y estaba santificado por el precedente de Bernardo de Claraval y sus sermones de la Segunda Cruzada. En Vézelay, los monarcas pactaron reunir las tropas en Mesina (Sicilia) y, en un aspecto más controvertido, compartir cualquier adquisición que lograran; si el acuerdo se refería solo a las conquistas conjuntas o incluía asimismo a las aisladas, queda hoy —y quizá quedó entonces— poco claro, de manera crucial. Fue tan llamativa la exhibición de unidad, que cabe considerar los acuerdos de Vézelay como un barómetro claro de la desconfianza existente entre los dos líderes.[75]

Ricardo y Felipe marcharon con sus ejércitos desde Vézelay el 4 de julio, cuando se cumplían tres años y un día del desastre de Hattin. Comenzaron el viaje juntos, acompañados solo por las tropas del séquito más inmediato; los ejércitos y otros grupos que se les iban uniendo marchaban por detrás. En Lyon, las huestes se dividieron; Luis se encaminó hacia el este y luego hacia el sur, a Génova, mientras Ricardo seguía el Ródano hacia el sur, a Marsella, donde llegó el 31 de julio. Fue un recorrido sin incidentes, salvo el hundimiento de un puente del Ródano, en Lyon, debido al elevado peso de los cruzados; Ricardo ordenó construir un pontón en el lugar, con la clase de resoluciones prácticas y decisivas que le dieron fama. La presencia de fuerzas tan numerosas desbordó la capacidad de embarque de los puertos mediterráneos de Italia y el sur de Francia, sobre todo en lo que atañía a las embarcaciones no previstas por los contratos principales suscritos con los reyes. Algunos cruzados tuvieron que buscar el pasaje en ciudades relativamente lejanas, como Venecia o incluso Brindisi. Sin embargo, el punto de reunión de la mayoría de quienes viajaron al sur en los primeros meses del verano de 1190 (si no de todos ellos) era Mesina. Incluso los que viajaban con retraso —como el conde Felipe de Flandes, que no partió hacia Sicilia hasta los primeros meses de 1191— lo tuvieron en cuenta así.[76]

Con su característica impaciencia, Ricardo, tras esperar una semana a su flota, decidió no demorarse más en Marsella. Fletó una escuadra considerable, parte de la cual, a las órdenes del arzobispo Balduino y Ranulfo Glanvill, zarpó directamente hacia Acre, donde llegaron el 21 de septiembre. Esta división de fuerzas podría haber-

se debido a su voluntad de enviar ayuda inmediata, tras recibir la noticia de la muerte de Federico Barbarroja. Cabe otra explicación alternativa: la de que podría haber sido concebida para proteger los intereses políticos de Ricardo en Acre, cuya fuerza de asedio dominaban ahora nobles franceses como el conde de Champaña. Para el resto de las tropas de Marsella, Ricardo fletó diez barcos de carga y veinte galeras, que en total podían transportar, probablemente, a entre dos mil quinientos y tres mil hombres, entre pasajeros y tripulación.[7'] De nuevo, la improvisación de Ricardo, apoyada en la disponibilidad de dinero y una estrategia clara, confirmó su reputación de ser hombre que actuaba con firmeza. A continuación, el rey realizó un crucero tranquilo y veraniego, con el cual descendió por la costa italiana hasta Sicilia, y durante cuyo curso se comportó del mismo modo: ora exhibió astucia, ora agresividad, curiosidad, temeridad o extravagancia. Mantuvo relaciones diplomáticas intensas con Felipe II, a la sazón en Génova; desairó al papa Clemente III, pues se negó a visitar Roma al tiempo que hostigaba a su legado; hizo excursiones turísticas agotadoras por Nápoles y Salemo; y provocó un altercado, innecesario y peligroso, con algunos campesinos calabreses, antes de entrar con magnificencia y cierta dosis de exhibicionismo en Mesina, el 23 de septiembre.

Esta tranquilidad permitió que se reuniera toda la fuerza de los cruzados. Felipe había entrado en Sicilia una semana antes y Ricardo hizo coincidir su llegada con el arribo de su magnífica flota, que lo seguía desde Marsella. Aunque Felipe lució su petulancia al reclamar que partieran de inmediato hacia Tierra Santa, lo cierto es que la estación estaba demasiado avanzada y el paso tuvo que demorarse hasta la primavera siguiente. El reino de Sicilia, que incluía la mayoría del territorio del sur de Italia, además de la isla en sí, reportó un alojamiento problemático, aun a pesar de tratarse de una comunidad económicamente próspera y con una poderosa tradición marítima. La muerte de Guillermo II en noviembre de 1189 había generado una disputa sucesoria entre, por un lado, un primo del rey, Tancredo, que se apoderó de la corona; y, por otro lado, su tía Constanza y el esposo de esta, Enrique VI, hijo mayor de Barbarroja y a la sazón rey de Germania. Cuando llegaron las huestes cruzadas, Sicilia —una sociedad políglota de griegos, normandos, italianos del norte y musulmanes— era un lugar explosivo, que aguardaba con

nerviosismo la invasión de Enrique VI y estaba amenazado por una revolución musulmana en la propia isla. Tancredo se sentía incómodo ante la potencia militar de los cruzados y el problema del coste de los alimentos, más elevado desde la ocupación. La estancia de los ejércitos estuvo señalada por una diplomacia muy compleja y salpicada de episodios de violencia, dado que Ricardo, en particular, intentó imponerse mediante agresiones arbitrarias.

Los disturbios surgidos entre los lugareños y los hombres de Ricardo movieron al rey inglés y a su ejército angevino a saquear Mesina el 4 de octubre, haciendo caso omiso tanto de la presencia de Felipe de Francia, que se alojaba en la ciudad, como del hecho de que los ciudadanos —a pesar de que entre los cruzados circulaban comentarios desdeñosos sobre el mestizaje con los musulmanes— eran súbditos cristianos de una potencia aliada. La presión se mantuvo sobre Tancredo, con la construcción de un castillo de madera frente a las murallas de Mesina, al que se bautizó como «Mattegriffon», digamos, «Mata a los lugareños».* Tancredo se inclinó ante tamaña presión el 6 de octubre y accedió a pagar cuarenta mil onzas de oro en sustitución del legado de Guillermo II a Enrique II y el usufructo correspondiente a la viuda: Juana, hermana de Ricardo, que había estado en situación de arresto domiciliario desde la muerte de su esposo. El 8 de octubre, para contentar a Felipe y respetar los pactos de Vézelay, Ricardo cedió un tercio de sus ganancias al rey francés, que usó una parte para echar un cable a sus seguidores. En adelante, y en el nivel popular, ya no se produjeron más algaradas, porque los monarcas se esforzaron por controlar los precios e impusieron de nuevo la disciplina entre los cruzados, al regular el juego y satisfacer sus deudas.

Durante el invierno de 1190-1191, Ricardo halló tiempo para pertrechar de nuevo y ampliar su flota, tratar con una generosidad casi de mecenas a Felipe, al regalarle algunos barcos en febrero, y alterar el dibujo de parte del mapa diplomático de la Europa occidental. En el tratado suscrito en octubre con Tancredo, prometía una alianza matrimonial, entre su sobrino, Arturo de Britania, y la hija

* En Mesina se denominaba ***griffoni***, despectivamente, a los griegos. (***N. de los t.)***

de Tancredo, así como ayuda en el caso de una invasión de Sicilia. Felipe intentó arrojar dudas al respecto de la sinceridad de Ricardo, pero en vano. En lo que lo atañía a sí mismo, Ricardo acordó contraer matrimonio con Berenguela de Navarra, hija del rey Sancho VI. Berenguela llegó a Mesina a finales de marzo de 1191, escoltada por la inagotable *femme fatale* de la Segunda Cruzada, Leonor de Aquitania. En esta época, Felipe, molesto aún por su fracaso en el intento de enfrentar a Tancredo con el rey inglés, había vencido su reticencia a liberar a Ricardo de su antigua obligación de casarse con su hermana Alix, a cambio de otros diez mil marcos. Con este pago y los barcos ingleses, Felipe zarpó de Mesina el 20 de marzo de 1191, con rumbo a Acre, puerto que alcanzó el 20 de abril. Según un autor musulmán, Ibn Shaddad, Felipe llegó acompañado tan solo de seis grandes buques de carga, que transportaban sus pertrechos, provisiones, caballos y séquito. Otra fuente, occidental y hostil a Felipe, lo describe escabullándose en un único barco, sin fanfarria real. Todos los relatos afirman que lo acompañaban, entre otros, el conde de Flandes (que probablemente viajaba con el conde de Saint-Pol), el duque de Borgoña y un grupo de nobles y funcionarios de la curia, encabezados por el conde Routrou. Según cierto testigo musulmán, Felipe de Flandes viajaba por separado.[78] El grupo que seguía a Felipe II tenía la misma estructura que el ejército de Ricardo: aunque había algunos nobles destacados, el núcleo estaba formado por la corte y la casa real; sin embargo, en el caso de Felipe, la escala debió de ser menor y es probable que no contara con la infantería. Las fuentes musulmanas dieron fe del alivio que sintieron los defensores al ver que la flota real francesa era relativamente reducida. Una vez asentado en el campamento cristiano, Felipe asumió el liderazgo a la hora de impulsar nuevos ataques contra la ciudad de Acre, mientras Saladino ordenaba traer refuerzos para combatir la nueva amenaza de los monarcas occidentales. No sabemos cuáles eran las intenciones de Felipe, pero el asalto definitivo a la ciudad aguardó hasta la aparición del rey Ricardo.

Tras recibir a su futura esposa, Berenguela, en Mesina, Ricardo dio los últimos toques a su gran armada, que debía transportar alimentos, fondos del tesoro, máquinas de guerra (incluido el castillo, desmontado, de Mategriffon), y también a los hombres, las armas y los caballos. Según cierto conjunto de cálculos, que resul-

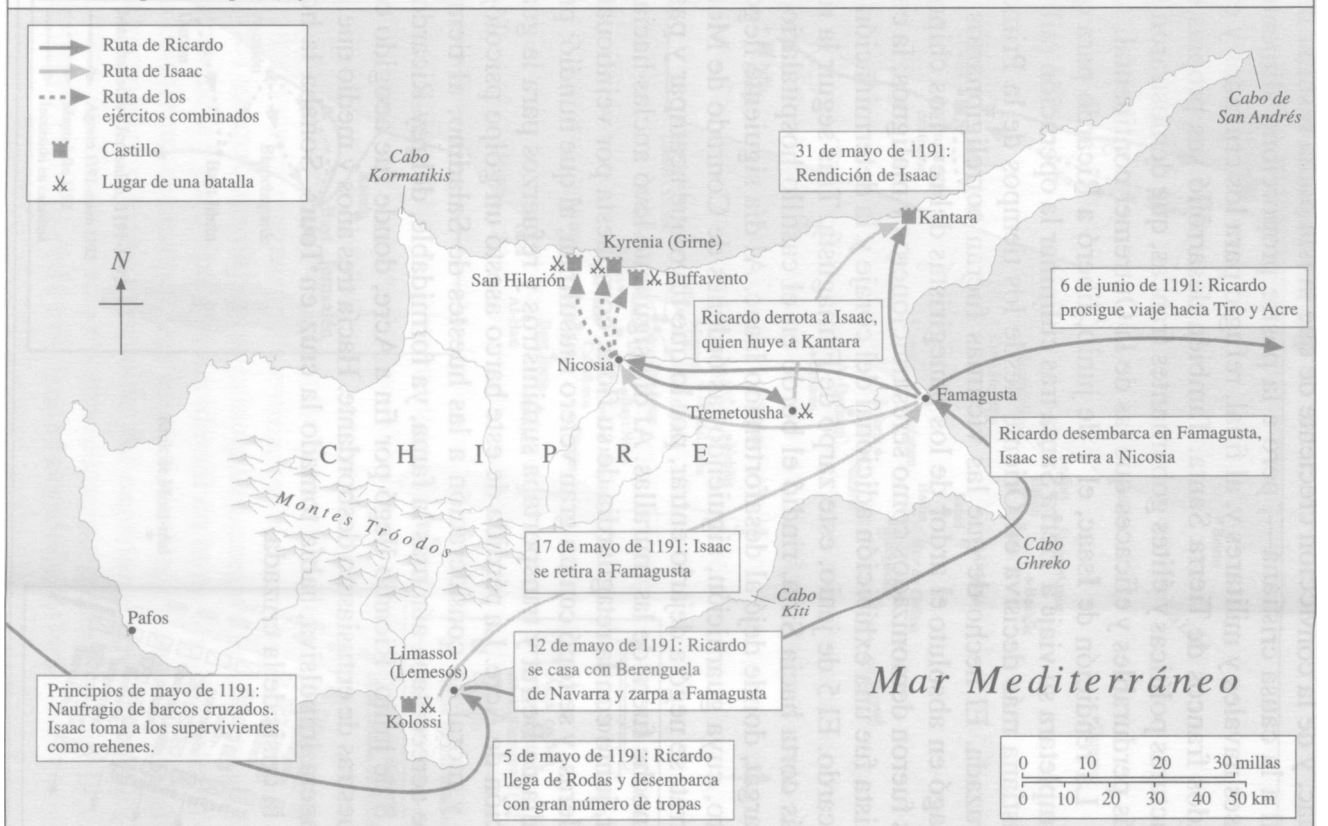
ta plausible, la flota, de 219 barcos, podría haber trasladado a diecisiete mil hombres, entre tripulación y pasaje.[7y] La armada partió de Sicilia el 10 de abril, en dirección a Creta. Tres días más tarde, comenzó a soplar una tempestuosa galerna del oeste, que desperdigó la formación. Un mínimo de veinticinco barcos quedaron aislados de la escuadra principal, incluido el que portaba a la hermana de Ricardo, Juana, y su prometida, Berenguela. Mientras aguardaba en Rodas, entre el 22 de abril y el 1 de mayo, Ricardo recibió noticias de que algunos de los barcos habían sido arrastrados hasta una zona tan alejada como la costa sur de Chipre, donde tres de ellos habían naufragado y la tripulación había sido mal recibida por los lugareños. El resto de las embarcaciones, incluida la de las princesas, esperaba a cierta distancia de la costa. En la isla había, desde 1184, un soberano griego independiente, Isaac Comneno, quien, temeroso de una invasión, fortificó Limassol, buscó un acuerdo con Saladino y procuró atraer a las princesas a palacio, quizá para utilizarlas como rehenes en el caso de un ataque de Ricardo. Era una apuesta arriesgada, en una situación de por sí compleja, con fuerte oposición interna y la abrumadora superioridad militar de los cruzados. Es muy posible que Limassol hubiera sido escogida como punto de reunión para la flota de Sicilia, y quizá Ricardo ya había sopesado la idea de someter a la isla, para utilizarla como plataforma de apoyo a los cruzados de la Palestina continental, en calidad de fuente accesible y segura de aprovisionamiento. Los enfrentamientos de Limassol y la beligerancia de Isaac Comneno dieron a Ricardo la excusa y una buena razón para intervenir en Chipre. El propio Ricardo explicó unos meses más tarde que, por el modo en el que Isaac se había comportado con los náufragos, «nos sentimos movidos a la venganza».[80]

Lo que tal vez se inició como rescate se transformó pronto en conquista. Ricardo llegó a la costa sur de la isla el 5 de mayo. Desembarcó por la fuerza en Limassol y, tras presionar hacia el interior y librar unas escaramuzas, obligó a Isaac a retirarse. El 12 de mayo, en la capilla de San Jorge, en Limassol, Ricardo, el soltero de oro de Europa —a quien, según algunas fuentes, tampoco es que compluguieran mucho las mujeres—, se casó con Berenguela de Navarra. Isaac suplicó llegar a un entendimiento. Ricardo había recibido también una embajada de Acre, encabezada por Guido de Lusiñán,

que pedía el apoyo del rey frente a los intentos de privarlo de la corona de Jerusalén en beneficio de Conrado de Montferrat, que gozaba del respaldo de los franceses. Unos días más tarde, un equipo de embajadores franceses se unió a la petición de solicitar el traslado urgente de Ricardo a Acre. Entre tanto, la tregua con Isaac se había derrumbado y Ricardo había emprendido el asedio sistemático de toda la isla. Su flota dio la vuelta a la isla, conquistando los puertos más estratégicos. De Famagusta, Ricardo dirigió a sus tropas hacia el oeste. Tras derrotar al ejército de Isaac una vez más, en Tremetousha, conquistó Nicosia, sin oposición, y luego Kyrenia (Kerinia), en la costa norte, tras sitiarla por mar y tierra. A los pocos días, Isaac se rindió. Ricardo prometió no aprisionarlo «entre hierros» (grilletes), por lo que, con un toque característicamente ricardiano, lo encarceló con cadenas forjadas en plata.

La conquista de Chipre acrecentó la reputación de Ricardo, colmó sus cofres de tesoros —derivados, en parte, de un tributo impuesto sobre todos los residentes de la isla— y proporcionó una fuente de provisiones para su ejército y las huestes de Acre. En principio, por el deseo de aprovechar los recursos de Chipre para la cruzada, Ricardo retuvo la soberanía directa en la isla y nombró a castellanos y dos administradores angevinos: los comandantes de la flota Ricardo de Camville y Roberto de Thornham. El gobierno resultó impopular y provocó resistencia, por lo que, cuando sus propios costes de estancia en Palestina se incrementaron, al cabo de unas pocas semanas, Ricardo decidió vender la isla a los templarios, por la suma de cien mil besantes sarracenos, de los cuales recibió, en realidad, cuarenta mil. En abril de 1192, los templarios hallaron asimismo que gobernar a los chipriotas era una experiencia demasiado onerosa, por lo que devolvieron la isla a Ricardo; este encontró un nuevo comprador en la figura del recién destronado Guido de Lusiñán, que aportó otros sesenta mil besantes de oro a cambio del privilegio.[81] Guido y, tras la muerte de este en 1194, su hermano Amalarico, establecieron en Chipre una dinastía reinante —con título de reyes desde 1196— que perduró hasta finales del siglo xv. La isla permaneció en manos cristianas hasta que fue capturada por los turcos otomanos en 1571 y fue, por lo tanto, la conquista más perdurable de los cruzados en el Mediterráneo oriental. La anexión había sido fortuita —fruto de una tormenta, del temperamento de

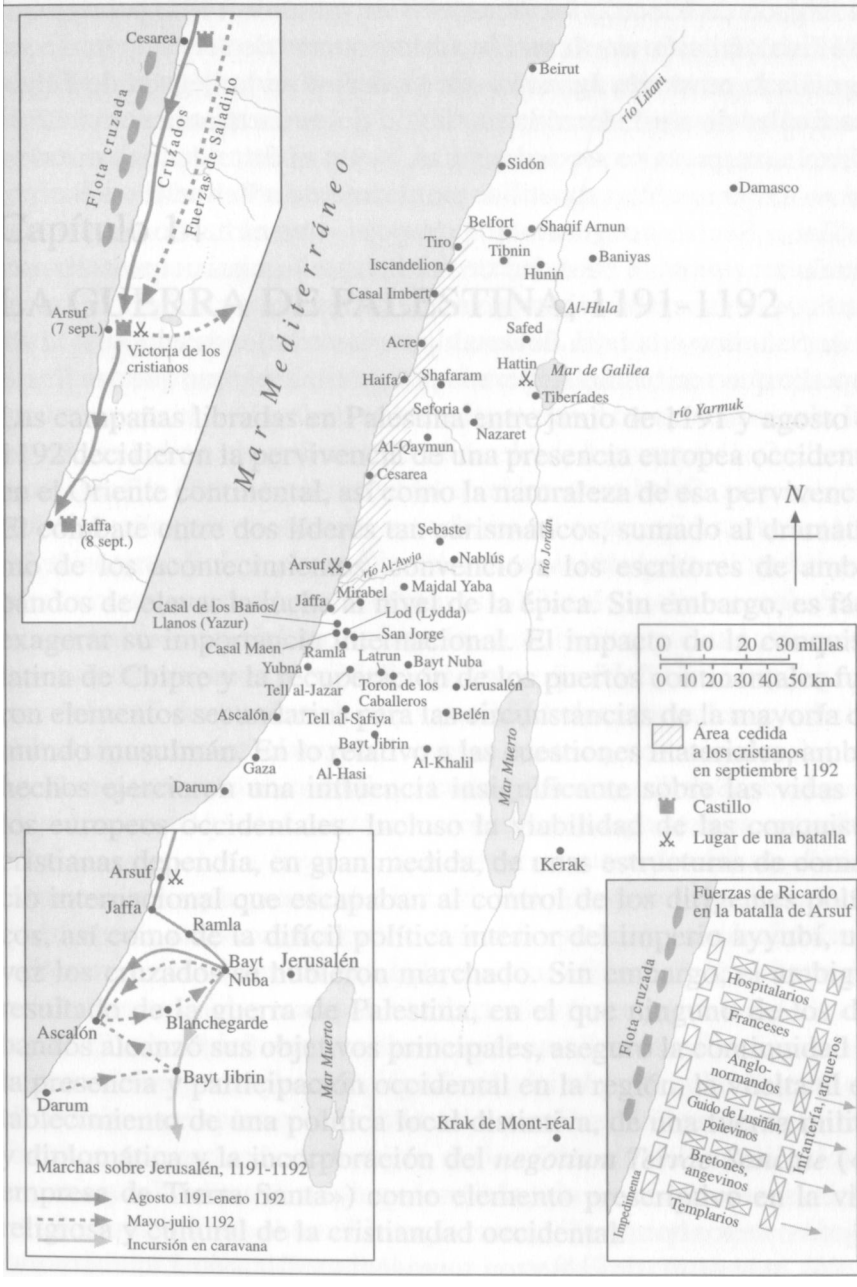
Ricardo I captura Chipre, mayo de 1191



Ricardo, de la agresividad, la impopularidad y la incompetencia de Isaac, y de la convicción creciente de que la isla podía resultar muy útil a la causa cristiana—, pero a la postre proporcionó alimentos, bases navales y militares y, al final, refugio para los cruzados y exiliados francos de Tierra Santa. También desarrolló sus propias estructuras políticas y élites gobernantes francas, que demostraron ser más perdurables y eficaces que las de la Outremer continental.

La rendición de Isaac, el 1 de junio, liberó a Ricardo para que completara su viaje a Tierra Santa tras culminar la operación militar cristiana más decisiva en Oriente desde los tiempos de la Primera Cruzada. El hecho de que las víctimas fueran correligionarios no apagó en absoluto el ardor de los panegiristas del rey. Los chipriotas fueron demonizados como seres traicioneros y malignos; la conquista fue una exhibición adicional del coraje y la determinación de Ricardo. El 5 de junio, este zarpó de Famagusta. Tras seguir la ruta más corta hacia Siria, rindió el bordo en el castillo hospitalario de Margat, donde dejó al desafortunado Isaac. Al día siguiente llegó a Tiro, cuya guarnición, siguiendo las órdenes de Conrado de Montferrat, se negó a dejarlo entrar, por lo que tuvo que acampar y pasar la noche fuera de las murallas. Al día siguiente levó anclas hacia el sur, junto con la retaguardia de su flota, compuesta por veinticuatro galeras, y se topó con un gran velero musulmán, al que hundió; procedía de Beirut y transportaba suministros y refuerzos para la guarnición de Acre. La pérdida de este barco asestó un golpe psicológico y moral de consideración a las huestes de Saladino, al tiempo que acrecentaba aún más la fama, ya formidable, del rey Ricardo.[82] El 8 de junio, Ricardo llegó por fin a Acre, donde fue acogido con muestras de entusiasmo desbordante. Hacía tres años y medio que, de manera impulsiva, había tomado la cruz en Tours. Sonaba la hora de la crisis de la cruzada.

Palestina y las campañas de 1191-1192



Capítulo 14

LA GUERRA DE PALESTINA, 1191-1192

Las campañas libradas en Palestina entre junio de 1191 y agosto de 1192 decidieron la pervivencia de una presencia europea occidental en el Oriente continental, así como la naturaleza de esa pervivencia. El combate entre dos líderes tan carismáticos, sumado al dramatismo de los acontecimientos, convenció a los escritores de ambos bandos de elevar la lucha al nivel de la épica. Sin embargo, es fácil exagerar su importancia internacional. El impacto de la conquista latina de Chipre y la recuperación de los puertos continentales fueron elementos secundarios para las circunstancias de la mayoría del mundo musulmán. En lo relativo a las cuestiones materiales, ambos hechos ejercieron una influencia insignificante sobre las vidas de los europeos occidentales. Incluso la viabilidad de las conquistas cristianas dependía, en gran medida, de unas estructuras de comercio internacional que escapaban al control de los dirigentes políticos, así como de la difícil política interior del imperio ayyubí, una vez los cruzados se hubieron marchado. Sin embargo, el ambiguo resultado de la guerra de Palestina, en el que ninguno de los dos bandos alcanzó sus objetivos principales, aseguró la continuidad de la presencia y participación occidental en la región, la vuelta al establecimiento de una política local distintiva, de una fuerza militar y diplomática y la incorporación del *negotium Terrae Sanctae* («la empresa de Tierra Santa») como elemento prescriptivo en la vida religiosa y cultural de la cristiandad occidental.

LA CAÍDA DE ACRE

La llegada de Ricardo I a Acre, el 8 de junio de 1192, precipitó el acto final del sitio de Acre. Un asalto intenso de seis semanas, que seguía a la renovada agresión que se derivó de la llegada de Felipe II a finales de abril, forzó la rendición del acuartelamiento el 12 de julio. La sorpresa se esconde, quizá, no en el éxito de los cruzados, sino —tal como hizo apostillar mordazmente a Felipe II un escritor de Tierra Santa, una generación después— en el hecho de que «teniendo en cuenta la cantidad de nobles que han participado en este asedio, es extraordinario lo lenta que ha sido la victoria».[1] El fracaso de Saladino a la hora de desalojar a los cristianos en 1189-1190, impedir que recibieran refuerzos por mar o asegurar que las líneas del suministro naval permanecieran interrumpidas hizo que el resultado final fuese casi predecible. Con la llegada de los monarcas occidentales, Saladino carecía de tácticas nuevas, más allá de intensificar los ataques sobre las trincheras cristianas y de aplicar de forma sistemática la política de la tierra quemada en los campos de los alrededores. Aun así, los defensores ofrecieron una resistencia feroz y experta, hasta que se vieron aplastados por la superioridad numérica y la potencia del fuego enemigo. Tal fue la tenacidad de los asedidados que los atacantes tuvieron que demoler, casi literalmente, las defensas de Acre piedra a piedra. Aunque la derrota perjudicó la imagen de Saladino como guerrero, construida con tanto esmero, la forma en que cayó Acre hizo pensar que Jerusalén no sería pan comido para los invasores cristianos.[2]

Las últimas semanas del asedio estuvieron dominadas por la contienda de las escaleras de asalto, los zapadores, las catapultas y los artefactos de asedio cristianos contra los proyectiles incendiarios de los defensores, las lanzadoras de rocas y los antizapadores. Cada comandante cristiano disponía de un gran fundíbulo. El duque de Borgoña, los templarios, los hospitalarios y los písanos tenían uno cada uno. Felipe II contaba con varias máquinas, siendo la «Malvoisine» («Mala vecina») la mejor de todas, aunque constantemente necesitada de reparaciones, porque constituía el principal objetivo de los bombardeos enemigos. El conde de Flandes manejaba dos, que al morir él fueron tomadas por Ricardo I, quien construyó otras dos, además de un par de catapultas *mangonel* y una to-

rre de asalto. Felipe también erigió una plataforma para protegerse de los disparos y un complicado artefacto para escalar, aunque los dos quedaron destruidos por el fuego. El fondo común, establecido en el campamento cristiano por lo menos desde el otoño de 1190, pagaba por su propia lanzadora de rocas, el «Pedrero de Dios».[3] Esta exhibición de tecnología militar avanzada necesitaba la intervención de muchos hombres. Las bajas no parecían ser un elemento de disuasión entre los atacantes, con un despilfarro de vidas humanas que contrarrestó la ventaja defensiva de las poderosas murallas de la ciudad. Los repetidos asaltos de Saladino contra el a la sazón amplio campamento cruzado jamás amenazaron con trastocar la implacable paliza contra la ciudad. El número de los soldados fue una cuestión de importancia capital. Tal vez no había más que unos pocos miles de hombres dentro de Acre, mientras el ejército de Saladino, pese a recibir refuerzos de forma regular, no pudo igualar a las fuerzas congregadas por los cristianos, cuyo ejército sumaba, en aquel momento, más de veinticinco mil hombres. A su llegada, tanto Felipe como Ricardo dispusieron de absoluta libertad para reclutar a caballeros mercenarios. Siendo realistas, solamente situaciones de hambruna, enfermedad o una implosión política hubieran podido evitar la victoria cristiana. Se dio la rara casualidad, no obstante, de que dos de estas posibilidades amenazaron con derribar al gigante cristiano.

A los pocos días de la llegada de Ricardo, ambos reyes fueron abatidos por lo que los contemporáneos llamaron «amaldia» o «leonardia», que tal vez fuera un tipo de escorbuto o de enfermedad de las trincheras, que provocaba la caída del pelo y las uñas del afectado.[4] Ricardo estuvo a punto de morir. Aunque ambos se recuperaron —Ricardo, más despacio que Felipe—, los efectos de la enfermedad persistieron. Felipe, aunque vivió otros treinta y dos años, nunca perdió por completo las huellas de esta condición enfermiza, mientras que la salud de Ricardo siguió siendo mala durante el resto del tiempo que permaneció en Palestina, y en más de una ocasión influyó en su conducta, en asuntos diplomáticos y, tal vez, de la guerra misma. De inmediato, la enfermedad de ambos monarcas debilitó la moral. Para contrarrestar la sensación de que se avecinaba una crisis, una vez superada la peor parte de la enfermedad, Ricardo fue transportado en una litera hasta que estuvo a tiro de los mu-

ros de la ciudad. Allí, amparado por la protección de un barracón circular construido especialmente para la ocasión, se entretuvo y estimuló a sus tropas disparando al azar contra el enemigo con su ballesta.^

La rivalidad entre ambos reyes tenía un potencial destructivo equiparable al de las enfermedades. La sensación de agravio que Felipe sintió por el trato recibido en Sicilia —al sufrir el desaire de Ricardo, que tras llegar a Mesina lo insultó rechazando a su propia hermana, en favor de Berenguela— se agravaba a cada paso. Ricardo contó con la lealtad de los pisanos; sus competidores, los genoveses, apoyaron a Felipe. No se hizo ningún caso a las demandas que el rey francés presentó sobre la mitad de Chipre, atendiendo a las condiciones del acuerdo de Vézelay. Si Felipe contrataba a los caballeros por tres monedas de oro al mes, Ricardo les ofrecía cuatro. Cuando el conde de Flandes murió, fue Ricardo y no Felipe quien adquirió su maquinaria de asedio. Ambos reyes intentaron negociar con Saladino, por separado, condiciones para la rendición de Acre. En parte, todo esto nacía del apoyo respectivo que, con intereses opuestos, prestó cada uno a los dos aspirantes enfrentados al trono de Jerusalén. Felipe había cerrado una estrecha alianza con Conrado de Montferrat, mientras que Ricardo fomentó los intereses de Guido de Lusiñán, quien antaño fuera su vasallo en Poitou. Guido, con un ejército reducido, también había participado en las campañas de Chipre con Ricardo. Dice mucho de la debilidad política de Felipe y el dominio práctico de Ricardo el hecho de que, pese a que el monarca francés contaba con el favor de la mayoría de nobles locales importantes en Outremer, y a que tuvo como vasallos a buena parte de los dirigentes de las cruzadas, aun así, la sucesión de Conrado permaneció bloqueada. En ocasiones, aquella rivalidad puso en peligro las operaciones militares, cuando uno u otro bando no lograban coordinar los ataques, que, por consiguiente, fracasaban. El efecto acumulativo de este rencor socavó fatalmente los compromisos de Felipe con la empresa. Hay una desagradable historieta que circuló por Outremer unos años después, en la que se puede apreciar parte de la amargura característica de las relaciones entre los dos monarcas. Se contaba que Ricardo le decía a un Felipe enfermo que su único hijo, Luis, había muerto. Esperaba que con ello Felipe muriera de la impresión y el dolor. En realidad, Luis no

estaba muerto. Pero, según continuaba la historia, Felipe se sintió tan conmovido que inmediatamente lo dispuso todo para regresar a Occidente.[6]

A Felipe le podría haber molestado el dominio personal que Ricardo ejerció nada más llegar a Acre. Con un tesoro más rico y, probablemente, también con el mayor número de combatientes a su sueldo, Ricardo era un veterano de habilidad y éxito contrastados. La toma de Mesina y la conquista de Chipre sirvieron para consolidar su reputación, creando un papel que a él le encantaba interpretar. Se había embarcado en las cruzadas con la que, según aseveraba, era Excalibur, la espada del rey Arturo. Un objeto muy útil, pues pudo canjearlo por barcos de transporte y galeras con Tancredo de Sicilia. Los magníficos ropajes, el brioso corcel con fastuosa silla y la espada decorada con oro y plata con los que saludó a Isaac Comneno en las puertas de Limassol, el 1 de mayo, estaban cuidadosamente preparados para demostrar que «él era un caballero excepcional».[7] Aquella pirotecnia visual proclamaba un mensaje propagandístico preciso, que los observadores comprendían inmediatamente. Cuando Ricardo desembarcó en Acre el 8 de junio, las celebraciones prolongadas incluyeron recitales de historias sobre antiguos héroes, «como incitación para los pueblos modernos a imitarlos». Ricardo aparecía en público con un aspecto deliberadamente igual al de aquellos guerreros épicos, con lo que se ganó, quizá ya en vida, el apelativo de «Corazón de León».[8] En todo cuanto hizo, aunque no siempre logró el éxito, Ricardo resultó formidable; tanto en cuestiones políticas como administrativas, en la batalla, en las relaciones públicas o en la diplomacia.

A lo largo de la Tercera Cruzada, el objetivo político de Ricardo era inequívoco: la recuperación de Outremer y, sobre todo, del reino de Jerusalén, por lo menos hasta lo que fueron sus territorios antes de Hattin. No obstante, a los pocos días de desembarcar, Ricardo abrió vías de negociación con Saladino, fundamentalmente a través del hermano del sultán, Al-Adil. Nunca llegó a cerrarlas del todo durante los diecisiete meses que pasó en Tierra Santa. Su conducta, en Acre y posteriormente, puso de manifiesto que estaba dispuesto a luchar y matar, pero también a dialogar y a suscribir acuerdos. Como en Occidente, Ricardo usó la fuerza como medio para alcanzar un fin. Si lograba amenazar o intimidar a Saladino hasta el

punto de que aceptara las demandas de Ricardo, entonces no harían falta batallas o asedios; no combatía por el mero hecho de combatir. No obstante, si Saladino rechazaba las condiciones, entonces Ricardo estaría preparado para imponérselas. Aquel baile diplomático, complejo y delicado en más de una ocasión, se representó acompañado de una dura campaña militar, característica de la guerra de Palestina de 1191-1192, y que sentó un precedente para las próximas cruzadas en Oriente. La lucha entre Ricardo y Saladino para hacerse con la ventaja se vio dominada por los crecientes problemas políticos y militares a los que se enfrentaban ambos, pero quedó muy lejos del burdo combate que insinúan algunas descripciones de las cruzadas, incluidas las de algunos contemporáneos, en las que se dibuja una lucha entre dos enemigos que no quisieron contemplar ni los intereses ni el carácter del otro. Ricardo no fue el único que buscó acordar un convenio; según un testigo presencial, Felipe participó en los primeros tanteos con Saladino.[9] No obstante, según Ibn Shaddad, que también estaba allí, la idea resultó controvertida, por lo menos antes de la caída de Acre, al encontrarse con la oposición de otros dirigentes cristianos. La reacción apenas podía calificarse de sorprendente, en aquella época, puesto que los acontecimientos de la Tercera Cruzada se presentaban desde el punto de vista espiritual como una prueba de fe religiosa y, en el plano temporal, como una contienda mundial, en la que Asia y África, tierras de infieles, se alineaban contra la Europa cristiana; el sitio de Acre suponía una nueva guerra de Troya. Según Ibn Shaddad, Ricardo despachó cualquier crítica con su típico estilo: «Las riendas del poder me han sido confiadas a mí. Yo gobierno y a mí nadie me gobierna».[10]

Las negociaciones, que se iniciaron el 17 de junio, sondearon los objetivos y la vulnerabilidad de ambos bandos. Se intercambiaron presentes y se marcaron las posiciones iniciales. La perspicacia de Roger de Howden supo identificar en Saladino una insistencia irreductible por mantener Jerusalén y Transjordania, pues una era el tótem propagandístico de su poder y la otra, un punto de contacto vital para mantener unidas las dos mitades de su imperio sirio y egipcio. Sin embargo, Ricardo no vio ninguna necesidad de comprometerse, cuando la situación militar le resultaba cada vez más favorable, con una maquinaria de asedio cristiana que bombardeaba incesantemente los muros de Acre. Los ataques de Saladino y la po-

lítica de tierras quemadas no consiguieron impedir su avance. El optimismo se mantenía entre los cristianos, por medio del tradicional acompañamiento de visiones divinas e historias de heroísmo individual. Desde una perspectiva más prosaica, con una psicología bien calculada, Ricardo ofreció pagar por cada piedra que quitaran de los muros de la ciudad, con una oferta inicial de dos monedas de oro por cada una, que llegó hasta las cuatro monedas; fue una medida muy popular entre unos soldados «tan ávidos de gloria como de beneficio».[11] Al incrementar el número de mercenarios a sueldo, Ricardo añadió cohesión y dirección al asedio. Sin aflojar el ritmo en los ataques, los comandantes del acuartelamiento musulmán no tardaron en ver que se enfrentaban a una elección desagradable pero forzosa: rendirse o morir. Saladino se mostró reticente, pero la guarnición de Acre capituló el 12 de julio. Las condiciones de la rendición —según parece, negociadas en su mayoría por mediación de Conrado de Montferrat— aceptaban perdonar la vida a los defensores, a sus esposas y a sus hijos, a cambio de un rescate de doscientos mil dinares, la liberación de más de mil quinientos prisioneros cristianos y la devolución de la reliquia de la Vera Cruz tomada en Hattin. Conrado recibió unos honorarios, por la negociación, de diez mil dinares. Todo lo que había en Acre —el principal arsenal de Saladino en Tierra Santa, con provisiones, artillería y quizá hasta setenta galeras— fue entregado a los cristianos. La pérdida de casi toda su marina dañó tanto a Saladino como la caída de la ciudad a su prestigio; según escribió Ibn Shaddad, «estaba más afectado que una madre desconsolada o una joven transtornada de amor».[12] En aquel momento, a Saladino no le quedaba más opción que retirarse, mentir con respecto a los detalles del acuerdo de rendición y aguardar al futuro, tal vez con la esperanza —no demasiado infundada— de que en la victoria resurgieran las rivalidades de los cristianos y, con ellas, se debilitaría su esforzada victoria.

De ser así, poco le faltó para ver cumplidos sus deseos. En cuanto los dos reyes se dispusieron a repartirse Acre entre ellos, los miembros del ejército que no estaban aliados con ninguno de los dos presentaron sus protestas. A pesar de su contribución en el asedio, no iban a recibir nada. Parece ser que el duque Leopoldo de Austria se sintió especialmente agraviado porque, cuando reclamó que el botín fuese compartido, fue rechazado de forma un tanto

brusca. Algunos afirmaron que, cumpliendo órdenes de Ricardo, después de entrar en Acre se había derribado el estandarte de Leopoldo, como signo de que su reclamación de una parte del botín había sido denegada. Así, Leopoldo, junto con otros que se hallaban en la misma situación, abandonó Tierra Santa indignado.[13] Aunque Ricardo cargó con casi toda la culpa por aquella determinación, fue una decisión aceptada de común acuerdo por ambos monarcas. Cumplía con los supuestos ocultos tras el acuerdo de Vézelay y, más en general, reconocía la especial posición de autoridad que los nobles de Jerusalén llevaban tantos años preparándose para ofrecer a los monarcas occidentales en Tierra Santa. De hecho, los dos reyes demostraron un gran sentido de la responsabilidad, al enviar ayuda a Antioquía. No obstante, aquella unidad resultaba engañosa. Tal como escribió Ricardo unas semanas después, lacónicamente, a su impopular canciller y virrey en Inglaterra —Guillermo Longchamp, el obispo de Ely—, «en un plazo de quince días, el rey de Francia nos deja y regresa a sus tierras».[14]

Incluso los más ardientes defensores de Felipe II consideraron que aquel repentino abandono de la cruzada era difícil de justificar. Pero se explicaba fácilmente. La muerte de Felipe de Flandes en Acre, el 1 de junio, había puesto en marcha una serie de reorganizaciones de los señoríos de los territorios situados entre las tierras reales de los alrededores de París y el condado de Flandes, de vital importancia para la seguridad de los capetos. Felipe podría hacerse con la región del Artois, crucial, desde el punto de vista estratégico y económico; y con ello estaría en situación de manipular la sucesión flamenca, objeto de disputa, para su propio beneficio material. Pero tenía que estar presente, para asegurarse de que el proceso avanzara sin complicaciones. Su propia salud y los temores por la salud de su hijo pequeño, la necesidad que tenía de encontrar una nueva esposa, además de las constantes humillaciones —reales o imaginarias— que tenía que aguantar de Ricardo se sumaron para convencer a Felipe de que debía regresar a casa sin mayor dilación. Su partida tal vez no disgustó demasiado a Ricardo, puesto que consolidaba con ello su control sobre la empresa y, además, el rey francés dejaba atrás a la mayoría de sus soldados.

La rapidez con la que Ricardo actuó tras la caída de Acre hace pensar que ya lo tenía todo previsto, pero, con la cautela que lo ca-

racterizaba, había logado ocultar sus intenciones, a sus propios aliados inclusive y, en particular, a Conrado de Montferrat, cuyas perspectivas estaban estrechamente ligadas a la presencia y el apoyo del monarca francés. Habiendo declinado pronunciar el compromiso de permanecer en Tierra Santa durante tres años o hasta que Jerusalén fuera tomada, el 22 de julio, Felipe anunció su decisión de marcharse. Aquello cayó bastante mal a la mayoría de sus partidarios. Pero cuando Ricardo denegó la solicitud de Felipe —poco seria, pero útil— de que le fuera concedida la mitad de Chipre a cambio de aquel compromiso, la suerte estuvo echada. El 28 de julio, tras una reunión de dos días, en la que se estudiaron los derechos al trono de Jerusalén de Guido y Conrado, los dos monarcas anunciaron un pacto que reflejaba el ascendiente de Ricardo. Guido quedaría como rey vitalicio, pero la sucesión recaería, tras su muerte, en Conrado e Isabel y en sus herederos. Las rentas del reino se dividirían a partes iguales entre Guido y Conrado, y a este se le concedería un señorío en el norte, con capital en Tiro. Como contrapeso, el hermano de Guido, Godofredo, recibiría el condado de Jaffa y Ascalón (siempre y cuando recuperasen tales territorios). Aquel trato guardaba ciertas semejanzas con el de 1153, por el que se transfirió la corona inglesa al padre de Ricardo, Enrique II, pero el rey ungido, Esteban, pudo mantener el trono hasta su muerte. Guido también fue un monarca coronado, pero solo en virtud de su esposa, para entonces fallecida. Y a diferencia del acuerdo de 1153, este no llegó a cuajar.

El 29 de julio, Felipe juró públicamente que no causaría daño alguno a las tierras de Ricardo en Occidente. Al día siguiente nombró al duque de Borgoña jefe del resto de las tropas francesas y otorgó su mitad de Acre a Conrado. El 31 de julio, los prisioneros musulmanes fueron repartidos entre Felipe y Ricardo, y el rey francés, con sus cautivos y un séquito reducido, partió de Acre con rumbo a Tiro. Allí cedió los cautivos a Conrado, concediéndole con ello una parte del botín prometido por Saladino. El 3 de agosto, Felipe zarpó desde Tiro hacia Francia. Su comportamiento le valió un oprobio casi universal, incluso entre quienes habitualmente se mostraban favorables a él. Sus propios partidarios dejaron las cartas al descubierto cuando se negaron a acompañarlo. Las acusaciones de codicia, cobardía y abandono del deber aumentaron las culpas que

ya llevaba encima. Sólo su éxito posterior —elevar la autoridad real de Francia a cotas que no se habían vuelto a ver desde el auge carolingio del siglo ix— consiguió salvar su reputación internacional. No osbtante, las acciones de Felipe dejaron un sabor amargo durante varias generaciones. En aquel momento —y aun a pesar de que era obvio que se sentía angustiado por el daño que un Felipe resentido y humillado pudiera causar a sus tierras angevinas, estando él tanto tiempo ausente— Ricardo se permitió unos sarcasmos discretos a costa del monarca francés. Al describir su partida, Ricardo señaló, unos pocos días después: «Nosotros, sin embargo, ponemos el amor de Dios y Su honor por encima del nuestro y por encima de la adquisición de muchas regiones».[15]

DE ACRE A JAFFA

La ausencia de Felipe complicó y simplificó al mismo tiempo la situación a la que se enfrentaban los cruzados. Ricardo se movió con rapidez para ejercer su influencia sobre el resto del ejército francés, prestando cinco mil marcos a su comandante, Hugo de Borgoña, se presume que antes de que los franceses cobraran su parte del rescate de los cautivos de Acre. Pero, a la hora de la verdad, Conrado de Montferrat retuvo a aquellos prisioneros en Tiro, y solo los entregó al duque Hugo, a regañadientes, el 12 de agosto. La independencia de Conrado se vio reafirmada cuando Felipe le hizo entrega de la mitad de Acre, además de confirmar su autonomía en Tiro. En el momento en que los miembros de la nobleza local de Jerusalén se sintieron desilusionados con Ricardo, Conrado les ofreció un foco para la disidencia. Más inmediata fue la renuencia de Saladino a cumplir con las condiciones de la rendición. Aunque la reliquia de la Vera Cruz había sido inspeccionada por los enviados de Ricardo al campamento musulmán el 2 de agosto,[16] las negociaciones se estancaron, debido, pero solo en parte, a que no habían regresado todos los prisioneros de Tiro. Saladino, sin duda, albergaba la esperanza de que el retraso sembraría más disensiones dentro del ejército cristiano, les bajaría la moral y demoraría la marcha de Ricardo al sur. Retener el lucrativo rescate y la Vera Cruz le parecieron bazas bastante útiles. El deseo de los cristianos de recuperar la

Cruz y el ansia de sus dirigentes por el dinero del rescate parecían hacerle el juego al sultán. Después de perder Acre, unas tablas ya servirían al propósito de Saladino.

El 20 de agosto, diez días después de la fecha límite para la entrega de una primera parte de los prisioneros y el dinero del rescate, Ricardo denunció la argucia de Saladino. Por más que deseara la reliquia y el dinero, Ricardo era consciente de que más retrasos solo contribuirían a debilitar la preparación de su ejército para la intensa campaña que se avecinaba. Más tarde describió así lo sucedido:

> Por parte de Saladino se había acordado que la Santa Cruz y las mil quinientas personas con vida nos serían entregadas a nosotros, y él nos indicó el día en el que todo esto se llevaría a cabo. Pero la fecha límite expiró, y, puesto que el pacto que con él firmamos había quedado por completo anulado, nosotros con bastante razón ejecutamos a los sarracenos que se hallaban bajo nuestra custodia —que serían unos dos mil seiscientos—. A unos pocos de entre los más notables les perdonamos la vida y teníamos la esperanza de recuperar la Santa Cruz y algunos cristianos cautivos a cambio de ellos.[17]

Ibn Shaddad estaba en el campamento de Saladino, a unas pocas millas de distancia, cuando se produjo la masacre. Su relato es bastante más vivido, lo cual no resulta difícil de comprender.

> Cuando el rey de Inglaterra vio que el sultán vacilaba a la hora de entregar el dinero, los prisioneros y la Cruz, se dirigió a traición contra los prisioneros musulmanes ... El y todas las fuerzas de los francos, a pie y a caballo, partieron a la hora de las oraciones de la tarde el martes 27 del mes de *rajab* (el 20 de agosto) ... Se trasladaron al medio de la llanura. Entonces el enemigo sacó a los prisioneros musulmanes para los que Dios había decretado el martirio, unos tres mil, atados con cuerdas. Entonces, como un solo hombre, cargaron contra ellos y a base de puñaladas y golpes de espada los fueron asesinando a sangre fría.

La guardia de avanzada musulmana, que se había quedado helada, contempló la escena sin poder hacer nada, mientras esperaban las órdenes del sultán. Cuando trataron de intervenir, la matanza había concluido. Al día siguiente, inspeccionaron los cadáveres y, se-

gún añadió Ibn Shaddad, «fueron capaces de reconocer a unos cuantos».[18]

La carnicería que Ricardo I perpetró con los musulmanes cautivos suponía una atrocidad que no era rara en la guerra. No se trató de un acto de sadismo al azar; menos justificable parece, por ejemplo, la ejecución que llevó a cabo Saladino con los templarios y los hospitalarios después de Hattin. Está a la par, tal vez, de la masacre que Enrique V practicara sobre sus prisioneros franceses en Agincourt, en 1415, salvo que entonces la batalla aún estaba en marcha. Incluso Ibn Shaddad reconoció que la acción de Ricardo tenía lógica: la venganza por los cristianos que se rindieron durante el sitio de Acre y sin embargo murieron a manos musulmanas «o que el rey de Inglaterra había decidido marchar hacia Ascalón ... y no consideró prudente dejar a todos aquellos en la retaguardia».[19] Ricardo y sus defensores, y muchos observadores que no eran conocidos precisamente por sus simpatías hacia el monarca, insistieron en lo justo de las matanzas, e incluso en su legalidad. Una fuente más favorable declaró que, al romperse el acuerdo con Saladino, las vidas de las guarniciones vencidas estaban perdidas *jure belli,* «según la ley de la guerra».[20] El contraste entre el control que demostró Ricardo cuando cayó Acre y el salvajismo a sangre fría de una ejecución en masa, unas semanas más tarde, demostró a Saladino, sin dejar un resquicio de duda, el tipo de enemigo al que se enfrentaba. Probablemente, el sultán reconoció la masacre como lo que era: un acto deliberado de política, del que eran responsables, en parte, sus propias acciones. A lo largo de las siguientes semanas aplicó ejecuciones sumarias a los soldados cristianos que capturaba, y, en ocasiones, permitió incluso que sus cadáveres fueran mutilados, en señal de venganza. En un terreno más serio para la estrategia general de la guerra, se apercibió de que Ricardo suponía un peligro mayor para todos los acuartelamientos musulmanes que fueran asediados en el futuro. Tratando de esquivar aquellas consecuencias, Saladino se movió con rapidez, en septiembre, para desmantelar las fortificaciones de Ascalón, que no en vano era uno de los primeros objetivos de Ricardo, el puerto clave en la zona sur de Palestina y bastión de la ruta a Egipto. Pero Saladino entendió a qué juego estaban jugando los dos y, a juzgar por el respetuoso tono con el que su estrecho colaborador Ibn Shaddad habló de Ricardo, apreció la destreza del

rey en su justo valor. Fueran cuales fuesen sus emociones en público, tardó quince días en autorizar a su hermano a que reanudase las conversaciones cara a cara con Ricardo.[21]

Para entonces, las opciones de Saladino habían disminuido bastante, ante el avance de los cristianos. Cinco días después de la masacre, el 25 de agosto, Ricardo había terminado de reunir a sus tropas e inició la marcha hacia el sur, siguiendo la línea de la costa y pasando por el monte Carmelo, Haifa, Cesárea y Arsuf, hasta Jaffa. Las ochenta millas que separan Acre de Jaffa estuvieron llenas de peligro y resultaron agotadoras. Con el extenuante calor del verano y poca sombra, los cristianos marcharon armados durante casi todo el camino, para repeler los constantes ataques de las tropas de Saladino. El sultán siguió de cerca la hueste, hostigando sin cesar las líneas, sobre todo las de retaguardia. Aquella misión se les confió a los hospitalarios. Los templarios iban a la vanguardia. Entre ellos había cuatro divisiones separadas: los angevinos y bretones; Guido de Lusiñán, sus seguidores de Jerusalén y los de Poitou; los anglonormandos, comandados por el rey; y los franceses, bajo el mando de Hugo de Borgoña y Enrique de Champaña. La infantería y los arqueros estaban divididos en dos columnas, una de las cuales marchaba por el lado de tierra, para ofrecer una defensa exterior a los caballeros contra el ataque de los arqueros montados turcos, mientras que la otra acompañaba la caravana del bagaje, por el lado de mar. La gran flota cristiana siguió de cerca al ejército de tierra, permitiéndoles descansar, comer y ofreciéndoles protección. Ante los cruzados aparecía un paisaje calcinado, los fuertes arrasados y las cosechas quemadas. Las frecuentes e intensas escaramuzas costaron caras a los dos bandos. El propio Ricardo, que volvía a formar las líneas de batalla una vez tras otra, fue herido. Avanzaban muy despacio, apenas cinco millas diarias.* Sin embargo, en la medida en que el maltrecho ejército cristiano aguantaba intacto, suponía una amenaza cada vez mayor para los puertos de Jaffa y Ascalón y, con ello, para toda la posición de Saladino en el sur de Palestina, aun sin la necesidad de atacar directamente Jerusalén. La pérdida del poder marítimo de Saladino estaba resultando tan importante

*** Ocho kilómetros, aproximadamente** ***(N. de los t.)***

como la derrota terrestre en Acre. El 4 de septiembre, cuando reconoció la urgencia de frenar el avance de los cristianos, que estaban acercándose a la llanura de Arsuf, Saladino accedió a la invitación de Ricardo de reanudar las negociaciones. Saladino obtenía la oportunidad de hacer tiempo, hasta que pudieran llegar más refuerzos; en cuanto a Ricardo, formaba parte de su sistemática estrategia de vincular la diplomacia con la presión militar. El 5 de septiembre, Ricardo, con el despechado Umfredo de Toron como su intérprete, sostuvo una entrevista privada con Al-Adil, que terminó acremente; Ricardo acabó aferrándose a sus exigencias de recuperación del reino de Jerusalén anterior a 1187.[22] No se consiguió nada más que convencer a Saladino de que su única opción pasaba por arriesgarse a una batalla campal. Tras el fracaso de la diplomacia y de las tácticas de Fabio,* Saladino se vio impelido a intentar convertir en una victoria decisiva inmediata lo que deberían haber sido ventajas indudables: una base de operaciones, acceso fácil a los suministros y la mano de obra, una población favorable y el conocimiento del lugar.

El 7 de septiembre, justo al sur del bosque de Arsuf y al norte de la ciudad, la creciente presión de los ataques turcos obligó a Ricardo a detener la marcha y girar sus columnas para enfrentarse al enemigo, tal como Saladino pretendía. Las tácticas de ambos bandos estaban claras. La caballería ligera de los turcos hostigaría a las líneas cristianas para provocar un contraataque desorganizado que, al haberse roto la formación de los cruzados, posibilitaría una matanza poco sistemática, protagonizada por arqueros montados, de movimientos rápidos. Si fallaba aquello, una serie de amagos para provocar una carga más coordinada tendrían un efecto similar, aunque implicarían mayor riesgo, al exponer a los cristianos al contraataque turco, siempre y cuando los turcos evitaran caer atrapados por la fuerza plena de un asalto coordinado de la caballería enemiga. El objetivo de los cristianos era resistir a los arqueros turcos, usando la pantalla de la infantería para proteger a la caballería en espera, hasta que los musulmanes se hubieran metido de lleno en un combate

* Técnicas dilatorias, en referencia al general romano Q. Fabio Máximo. *(N. de los t.)*

cerrado con los caballos ya cansados, momento en que se lanzaría una carga de caballería en masa para aniquilar al enemigo y barrerlo del campo. Los dos problemas principales de Ricardo eran sobrevivir a la lluvia de flechas y proyectiles durante el tiempo suficiente, sin contabilizar demasiadas bajas, para lograr que aquello fuera efectivo; y mantener el control suficiente sobre sus divisiones separadas para asegurarse de que, cuando llegara el momento, la caballería cargase como un solo cuerpo y garantizase el impacto máximo.

La batalla se inició a las nueve de la mañana; en adelante, las líneas cristianas fueron bombardeadas sin tregua, hora tras hora, pero lograron resistir. En el mismo momento en que Ricardo estaba preparando un contundente ataque envolvente desde todos los frentes a la vez, los magullados y apaleados hospitalarios, situados en el flanco izquierdo (esto es, al norte), acosados hasta la saciedad y preocupados por la pérdida de caballos, salieron a la carga, llevando con ellos a la división francesa de su derecha. Ricardo aprovechó inmediatamente el imperativo táctico y ordenó un ataque general que hizo retroceder a los turcos. Cuando Saladino se hubo reagrupado, Ricardo, que había mantenido a la brigada anglo-normanda en la reserva, como punto de retomo alrededor del estandarte real —el emblema del dragón, enseña de los monarcas ingleses desde por lo menos Haroldo Godwinson—, consiguió que sus líneas recuperaran el orden y les impido dispersarse en persecución del enemigo.[23] De aquel modo pudo repeler el contraataque turco y, en el tumulto final, lanzar una serie de cargas nuevas que al final echaron a los turcos del campo. Tras un breve descanso, el ejército cristiano reemprendió la marcha y llegó a Jaffa el 10 de septiembre.

Aquello no suponía vengar la derrota de Hattin. El ejército de Saladino había escapado a la destrucción. Varios relatos, incluido un breve despacho del propio Ricardo,[24] no distinguieron aquella batalla como culminante, sino que la describieron como una lucha más dura y más intensa, pero una de las muchas que habían caracterizado la marcha de los cristianos al sur. Cierto autor sugiere que los cristianos tan solo habían perdido cien caballos. De los cruzados que perdieron la vida allí, el más señero —o, por lo menos, el más llorado— fue Jaime de Avesnes, que había llegado por primera vez al sitio de Acre en septiembre de 1189. Más tarde se convirtió en es-

trella de un culto caballeresco secular, héroe conocido de las anécdotas edificantes que usaron los predicadores de las cruzadas, los poetas y los cronistas del siglo xiii.[25] En el bando musulmán, Ibn Shaddad identificó solo tres bajas importantes. Pero, fuera cual fuera el hincapié de cada evaluación, Saladino había precipitado un ataque directo, en el que tomaron parte más soldados que en los anteriores combates, y había sido rechazado de plano, si no derrotado. Su objetivo de detener el avance cruzado hacia Jaffa, el puerto de Jerusalén, había fracasado. Ibn Shaddad recordaba lo inconsolable que apareció Saladino la noche de su derrota. Aunque su ejército permanecía intacto y seguía de cerca la marcha de los cristianos, en aquel momento parecía incapaz de impedir que siguieran ganando terreno. Después de Arsuf, aunque el ejército cristiano continuaba aislado en territorio hostil y lejos de su base, su tamaño, su confianza, el apoyo naval y la cohesión indicaban que, a nivel militar, Saladino debía contentarse con reaccionar; era incapaz de dictar por sí solo el curso de los acontecimientos. Aquello lo llevó a un territorio ignoto, con sus aliados en estado de inquietud. Se enfrentaba a la perspectiva de conservar un ejército de campo con una fuerza de combate notable por un período de tiempo indeterminado. El éxito de Saladino se había basado en ofrecer a los *askar* militares —ejércitos permanentes— o a los gobernantes de Oriente Próximo una parte de los beneficios: tierras, rentas, botines. En aquel momento no les podía ofrecer mucho más que incertidumbres, deudas, luchas y oraciones.

¿Jerusalén?

Una vez superada la segunda crisis de la guerra de Palestina, el ejército cristiano se estableció en Jaffa y en la zona de los alrededores, durante las semanas posteriores a la batalla de Arsuf. Los cruzados se encontraban a tiro de su objetivo. No obstante, las nociones que Ricardo tenía de estrategia eran más sutiles que las de muchos de los que se encontraban a su mando. Una lectura en verdad inteligente de la historia de la Primera Cruzada habría revelado la necesidad de asegurar, tanto como de tomar, la Ciudad Santa. Como sucedió a los dirigentes de la expedición de la década de 1090,

Ricardo, Guido, los nobles locales y las órdenes militares también reconocieron que Egipto podía ser determinante para el destino de Palestina. De igual modo, la experiencia de luchar en Occidente les demostró que las probabilidades de llevar a cabo un asedio victorioso aumentaban si los atacantes controlaban las regiones circundantes. Por todas aquellas razones, Ascalón ocupaba una posición central en los cálculos de Ricardo. Antes de abandonar Acre, había intentado tomar el puerto, probablemente con la intención de convertirlo en su base para cualquier operación que llevara a cabo contra Jerusalén y Egipto.[26] Como logro mínimo, la ocupación de Ascalón limitaría las posibilidades de que Saladino reforzara su ejército de campo en el sur de Palestina. Atento al peligro, Saladino se le adelantó, derribando las fortificaciones poco después de la batalla de Arsuf. Cuando, a mitad de septiembre de 1191, Ricardo no logró convencer a sus aliados en Jaffa para que impidiesen aquella acción, cometió —a ojos de sus defensores, los de entonces y los de ahora— un error táctico crucial.[27]

Las elecciones estratégicas seguían siendo las mismas. Mientras Ricardo volvía las tácticas de Saladino en contra de este por medio de una serie de incursiones y hostigamientos que provocaron la retirada del ejército turco de la llanura costera en los alrededores de Jaffa, él todavía se debatía entre dos resoluciones alternativas: centrarse en Jerusalén o en Ascalón/Egipto. Para aplacar a sus seguidores y tomar por sorpresa a Saladino, intentó cabalgar las dos monturas a un tiempo. En octubre, cuando aún exponía en una carta que le parecía factible tomar Jerusalén mediado enero de 1192, Ricardo presentó un plan a los genoveses para una invasión conjunta de Egipto, durante el próximo verano, que necesitaría de más hombres y más barcos.[28] Hasta qué punto aquel proyecto iba en serio es algo imposible de saber. Pudo tratarse, simplemente, de un ardid para tener contentos a los genoveses mientras se aliaba con sus rivales, los písanos. No obstante, las insinuaciones de una invasión de Egipto resultaron muy útiles para añadir presión diplomática sobre Saladino. Las negociaciones con Al-Adil se intensificaron. Ambos bandos parecían deseosos de explorar el abanico de posibilidades, amplio y extraño al mismo tiempo. Parece que a mitad de octubre Ricardo ofreció a su hermana, la viuda Juana, para que se convirtiera en una de las esposas de Al-Adil, como parte de un tra-

to que se basaba en crear un condominio cristiano-musulmán en Palestina, gobernado por Al-Adil y Juana, bajo el protectorado de Saladino. Los cristianos recibirían las costas, como dote de Juana, y libre acceso a Jerusalén, mientras que los musulmanes conservarían la soberanía nominal del conjunto y el gobierno directo del interior. Aunque luego Ricardo dijo que había sido una broma —tal vez porque, al llegar el plan a oídos de su hermana, esta se desbocó en un arranque de cólera digno del Vesubio, como gesto muy propio de su irascible familia—, las condiciones sugeridas, si dejamos a un lado el matrimonio y el protectorado, perfilaban una partición muy semejante a la que a la postre se acordó, un año más tarde, en el Tratado de Jaffa (2 de septiembre de 1192). Para complicar aún más las cosas, al mismo tiempo, el desafecto Conrado de Montferrat, que se había mantenido apartado de una campaña dominada por su rival, señor y protector de Guido, empezó a buscar un trato independiente con Saladino, aprovechando como intermediario a un viejo adversario del sultán, Reinaldo de Sidón, que hablaba árabe con fluidez. Según parece, Conrado propuso intercambiar Acre por Sidón y Beirut —que ya se le habían prometido bajo el arbitrio de julio de 1191— con la intención de fundar un nuevo Estado libanés, que controlaría él mismo. Saladino podía permitirse mantener las conversaciones con los dos campamentos, hasta que estuvieran resueltas las cuestiones más serias de la guerra palestina.[29]

En un sentido, fueran cuales fueran sus recelos y sus inteligentes planes, el curso inmediato de la política de Ricardo estaba decidido. Para la enorme mayoría de sus seguidores, la atracción de Ascalón, e incluso de Egipto, palidecía frente al encanto de Jerusalén, situada a menos de cincuenta millas de la base de Jaffa.* Dentro de un ejército tan cosmopolita como el de Ricardo, solo cabía una estrategia que se ganara el apoyo mayoritario: la marcha sobre Jerusalén. Se trataba de algo especialmente cierto en el caso de los numerosos cruzados de Occidente que se habían unido a la empresa respondiendo, en concreto, al llamamiento a la recuperación de la Ciudad Santa. Muchos llevaban en Palestina más de un año y otros, desde 1189. Las privaciones del sitio de Acre obedecían a un pro-

*** Aproximadamente, unos ochenta kilómetros. (*N. del t*)**

pósito definido, tanto en lo retórico como en lo emocional, con unos términos propios de la Primera Cruzada. A posteriori, muchas fuentes han sostenido que, aunque el ejército cristiano hubiera tomado Jerusalén, le hubiera resultado imposible conservarla teniendo por enemigo a un ejército de campo invicto como el de Saladino. Se afirmó que los cristianos carecían de los hombres necesarios para asegurar Jaffa, Jerusalén y las líneas de aprovisionamiento para Acre, sobre todo cuando el grueso de los cruzados regresara a sus hogares en Occidente. Para los veteranos locales, las lecciones de la Outremer del siglo xii resonaban alto y claro. Pero, la única razón por la que todo ellos —incluido Ricardo— se encontraban al sur de Palestina a finales de año era la de tratar de recuperar la Ciudad Santa. Todos los planes de Ricardo se encaminaban hacia ese fin último. La naturaleza providencial de la empresa había sido proclamada y reforzada a cada paso con historias de heroísmo, relatos de visiones y —mirando desde la perspectiva de septiembre de 1191— con el éxito. Puesto que Saladino no podía permitirse negociar por el control de Jerusalén —su triunfo más representativo—, cuando Ricardo intentó ejercer presión por otros medios que no fueran un ataque frontal contra la Ciudad Santa, halló que carecía de credibilidad. Si no disponían de hombres suficientes para tomar Jerusalén o conservarla, saltaba a vista que tampoco bastarían —quizá menos todavía— en caso de intentar una invasión sobre Egipto. De hecho, aquella carestía de hombres, sumada a las dificultades en el seno del ejército cristiano (castigado por la división en facciones), las negociaciones con un rival como Conrado de Montferrat y el aplastante hecho de que Ricardo, a diferencia de Federico Barbarroja, no pretendía dedicar el resto de su vida a Outremer, indicaban que las únicas posibilidades de éxito, incluso en las condiciones previstas por Ricardo, pasaban por un golpe militar que hiciera caer a Saladino de rodillas. Era preciso convertir las tablas de Arsuf en un nuevo triunfo. Por lo tanto, incluso la lógica del mismísimo Ricardo dictaba optar por un ataque sobre Jerusalén. Y dada la quebradiza naturaleza de la coalición que capitaneaba, tenía que llevarse a cabo lo antes posible, a pesar de que estaban en mitad del invierno y el tiempo era pésimo.

A pesar de que el consejo de dirigentes votó en contra de su propuesta de dirigirse a Ascalón en septiembre, Ricardo entendió cuál

era su posición. Fueran cuales fuesen sus intuiciones como general secular, aquella no era una guerra normal, por lo menos en cuanto a sus objetivos, si no en la dirección. Si el ejército tenía que permanecer unido y contar con un líder reconocido —dos requisitos imprescindibles para que los tratos diplomáticos con Saladino preservaran la eficacia— tendría que marchar hacia Jerusalén. Por su forma de llevarlo a cabo, hizo pensar que se trataba de un propósito en serio; lo que ya no se vio con tanta nitidez fue de qué propósito en concreto se trataba. Tras una breve travesía por mar hasta Acre, el 31 de octubre, Ricardo partió de Jaffa por el camino de Jerusalén. Los hombres de la Primera Cruzada emplearon una semana para llegar desde la costa a Jerusalén; pero transcurridos dos meses, la vanguardia de Ricardo tan solo había alcanzado Bayt Nuba, en el extremo de la llanura costera, aún a doce millas de Jerusalén.* A lo largo del camino, además de repeler los repetidos ataques turcos, los cristianos reconstruyeron los castillos de la llanura, demolidos por orden de Saladino. Una parada de seis semanas en Ramla les permitió hacer acopio de provisiones. Ricardo pasó las Navidades en Latrun, a solo un día a caballo de Jaffa. Saladino percibía con gran inquietud aquel avance, que parecía tardo, pero inexorable, aunque el espantoso clima contribuía a ralentizar la marcha. A principios de enero de 1192, Ricardo se había hecho con el dominio de la llanura costera, entre Jaffa y las colinas de Judea. Aquél podría haber sido el límite de su ambición. Pero aquella ocupación también resultaba crucial, si se pretendía lanzar un ataque creíble contra Jerusalén. Por medio de todas estas maniobras, Ricardo mantuvo abiertas sus conversaciones con Al-Adil, aunque seguía aferrado a la ambiciosa reclamación de que le fueran restituidos todos los territorios comprendidos en las fronteras previas a 1187. La situación devino apremiante cuando Reinaldo de Sidón fue visto observando la escaramuza entre los turcos y los cruzados, mientras cabalgaba en compañía de Al-Adil.[30] En noviembre las negociaciones entre Al-Adil y Ricardo y sus colaboradores, y el tono amistoso que las caracterizaba, eran del dominio público, y se producían intercambios de presentes, entretenimientos mutuos y fiestas. Este compor-

*** Una veintena de kilómetros.** ***(N. del t)***

tamiento, que en apariencia se contradecía con el esperado en un guerrero de Cristo, sorprendió a muchos de los adeptos de Ricardo. Para quitarse la mancha de la contemporización y demostrar que «no carecía de lealtad ni hacia Dios ni hacia la cristiandad», cuando las negociaciones flaquearon y se reanudó la lucha, Ricardo compensó su anterior comportamiento rebanando los cuellos de los turcos con gran entusiasmo y exhibiéndolos como trofeos por todo el campamento. Aquellos cambios en su comportamiento, tan singulares, no pasaron desapercibidos ni siquera a los partidarios más entusiastas del rey.[31]

Cuando por fin llegaron al pie de las colinas de Judea, desde donde, en condiciones normales, no había más que un día de marcha hasta la Ciudad Santa, el barro y la lluvia de un crudo invierno palestino desataron la tercera crisis de la guerra en el bando cruzado. La decisión de asaltar Jerusalén ya no podía aplazarse por más tiempo. Durante una semana (del 6 al 13 de enero de 1192) el alto mando sostuvo virulentos debates acerca de cuál debía ser el destino de la cruzada. Su dilema giraba en tomo a si debían jugárselo a una carta, por la recuperación de la gloria —y la buena suerte— de 1099, o arriesgarse a provocar la decepción y la desintegración del ejército si adoptaban una línea más prudente. La actitud de la nobleza local y las órdenes militares resultó crucial. Los entrecanos veteranos de Oriente sostuvieron que un ataque inmediato no sería prudente; el clima era terrible y debía empeorar. El problema de conservar Jerusalén una vez tomada seguía sin solución. Los expertos de la región aconsejaron que fortificaran aún más Ascalón, como base desde la que impedir que Saladino trajera refuerzos para su ejército, desde Egipto, para de ese modo bloquear las operaciones del turco en el sur de Palestina. Aquel razonamiento cuadraba a la perfección con el plan anterior de Ricardo, tal como, es de suponer, sabía que sucedería. Un observador iraquí contemporáneo recordaba que fue el propio Ricardo quien presentó las razones tácticas que desaconsejaban un asedio.[32] Impetuoso en la batalla, cauto en la política, pero experto en la ciencia militar, el 13 de enero, Ricardo dio la orden de retirarse.

La moral del ejército se derrumbó al instante. «Jamás, desde que Dios Nuestro Señor creara el mundo, se vio un dolor tan profundo».[33] El liderazgo estaba maldito. Empezaron a circular rumo-

res inevitables, que hablaban del lamentable estado de los turcos y de la facilidad con que hubiera caído la Ciudad Santa, solo con que... Sin embargo, los autores contemporáneos, cristianos y musulmanes, y no solo los panegiristas, estuvieron dispuestos —quizá de un modo un tanto sorprendente— a explicar y excusar la decisión de Ricardo. Ibn Shaddad hizo caso omiso de todo aquel asunto. Sin embargo, la primacía de la táctica por encima de la piedad irrazonable tuvo la consecuencia de alimentar las divisiones entre las facciones cristianas y los distintos grupos de intereses. Mientras que Enrique de Champaña permaneció del lado de Ricardo, Hugo de Borgoña se retiró, aunque permaneció en el sur de Palestina. Otros pusieron rumbo a Acre o se marcharon para unirse a Conrado de Montferrat en Tiro: si la diplomacia iba a decidir la suerte de los cruzados y adjudicaría las victorias, más que la fuerza, entonces Ricardo no era el único jugador con perspectivas de éxito. La retirada de Bayt Nuba también confirmó el defecto de la estrategia de Ricardo, al permitir que Saladino viese la debilidad del éjercito cristiano y la insuficiencia de sus números. Ya no debía temer por el derrumbe de su autoridad en Siria, y aun menos el derrocamiento de su imperio. Todas las conversaciones diplomáticas de Ricardo hablaban de condominio. En cuanto los cruzados iniciaron su dificultoso camino de regreso, bajo la lluvia, en dirección a Ramla, Saladino dio un tiempo de permiso a su ejército.[34]

Los defensores de la decisón tomada por Ricardo, entonces y ahora, elogian su sagacidad. Pero, además de comprender con gran astucia los problemas a los que debía enfrentarse si atacaba Jerusalén, Ricardo también debió de perder los nervios o —quizá sea más acertado decirlo así— la confianza en su propia capacidad para imponerse a las circunstancias. De otro modo —en caso de que no hubiera pretendido jamás lanzar un ataque sobre Jerusalén, de que las maniobras en la zona de la llanura costera no hubieran sido más que un cascabel para atraer a Saladino, al mismo tiempo que aprovechaba para demostrar a sus propios soldados hasta qué punto las dificultades imposibilitaban la misión—, de ser así, entonces su cinismo igualó a sus errores de cálculo. Sus limitaciones habían salido a la luz. Un ejercicio físico, político y psicológico tan agotador, para alcanzar una ventaja diplomática frustrada, dice muy poco en favor de su criterio. Suponiendo que no se trató de meros caprichos, lo

mejor que se puede decir de las decisiones de Ricardo en el invierno de 1191-1192 es que le permitieron conservar el mayor número de alternativas posibles tanto tiempo como pudo ser. El veredicto de Bayt Nuba acabó con muchas de estas opciones y, de inmediato, empezó a restringir otras expectativas de éxito futuro. ¿Qué habría sucedido de haber seguido adelante Ricardo con la marcha a Jerusalén? Resulta imposible saberlo. Tal vez se habría producido otro Hattin o tal vez se habría repetido un 1099; las dos cosas eran posibles. Pero cuando se mermó la confianza en la rectitud del rey, probablemente, muchos se preguntaron qué estaban haciendo entonces los occidentales en Palestina... si es que hacían algo. Independientemente de cómo contemplemos el mérito de la decisión del 13 de enero de 1192 —tanto si se la puede atribuir a la astucia como si obedeció a la pérdida de convicción en la prueba final—, sus consecuencias alteraron la forma y los perfiles de la guerra santa en Oriente, no solo durante los nueve meses posteriores, sino durante todo el siglo XIII y aún más adelante.

Ricardo contrarrestó la melancolía y las decepciones acudiendo a la acción. El cambio de opinión de Bayt Nuba fue descrito como un replegamiento táctico, no una retirada.[35] Las cualidades personales de Ricardo en cuanto caballero osado —o, tal como pensaba el propio Saladino, tontamente precipitado— jamás resultaron más útiles.[36] Las historias sobre las proezas de Ricardo aumentaron de forma inversamente proporcional al éxito militar conjunto de la expedición. A finales de enero, Ricardo había llegado a Ascalón y había puesto a su ejército para trabajar en la reconstrucción de sus fortificaciones, a gran escala, «convirtiéndola en la fortaleza más poderosa de la costa palestina».[37] Aquel agotador ejercicio al aire libre retuvo a su menguado ejército durante los cuatro meses siguientes. Pero sus trabajos no sirvieron para diluir el deseo popular de gastar las energías en la lucha por el Santo Sepulcro. Podría decirse que todo lo que se había logrado servía para confirmar la posición de Ricardo en la mesa de negociaciones, por entonces bastante llena, en virtud de su mando sobre un ejército aún formidable, el control de Jaffa y luego de Ascalón. Pero incluso aquello corría peligro debido al combate implacable entre las diversas facciones de Acre, que requirieron la presencia de Ricardo entre finales de febrero y finales de marzo de 1192.

La ausencia tanto de amenazas turcas como de avance cristiano dejó vía libre a la competencia por el lucrativo puerto de Acre. Conrado de Montferrat, respaldado por los genoveses, los franceses de Hugo de Borgoña y unos cuantos sujetos de la nobleza jerosolimitana, impugnó la autoridad de Guido, al que apoyaban los pisanos y el gobernante *de facto* de la Palestina cristiana, el mismísimo Ricardo. Tal como Ricardo le había recordado a deliberadamente a Al-Adil, él también contaba con cierta participación dinástica, en tanto que sobrino-nieto del rey Amalarico de Jerusalén, por parte de padre.[38] Pero el rey ya estaba preparando su regreso a Occidente, donde retomaría sus responsabilidades. En su campamento de Ascalón, a principios de abril, Ricardo se había enterado de la destitución de su virrey en Inglaterra, Guillermo Longchamp, y del intento de golpe protagonizado por su hermano Juan. Se hacía urgente pensar en el futuro. No solo había que resolver la cuestión del señorío de Acre, sino también la sucesión del trono de Jerusalén, sobre todo porque la desafección de Conrado continuaba menoscabando los intentos de Ricardo por alcanzar un acuerdo negociado con Saladino. El acoso de Ricardo causaba poco efecto por sí solo, puesto que el apoyo de Conrado era poderoso, obstinado y amenazaba con desintegrar la cruzada. Se iba consolidando la opinión de que Guido jamás ofrecería la estabilidad necesaria para mantener el reino después de la marcha de los cruzados. Advertido por el consejo de gobierno de su propio ejército, Ricardo, quisiera o no, estaba obligado a llegar a un acuerdo. A mitad de abril abandonó a Guido y aceptó las pretensiones de Conrado, una decisión en la que tal vez influyó el hecho de saber que las negociaciones de Conrado con Saladino estaban a punto de concluir con éxito. Guido recibió una generosa compensación con el señorío de Chipre, que Ricardo le transfirió con la conformidad de los templarios.

Apenas cerraron el trato sobre la sucesión, el acuerdo se vino abajo. En Tiro, la noche del 28 de abril, mientras volvía a casa tras cenar con el obispo de Beauvais, Conrado de Montferrat murió apuñalado por dos Asesinos. Las pruebas circunstanciales implicaron a Ricardo, por haber sobornado al dirigente de los Asesinos, Rashid al-Din Sinan. Igualmente plausibles hubieran sido las acusaciones contra Saladino o el propio Sinan, preocupado por las ambiciones de Conrado en el Líbano.[39] La muerte de Conrado provocó otro in-

tenso, aunque breve, conato de conflicto, cuando Hugo de Borgoña trató de arrebatar Tiro a la viuda de Conrado, a la sazón embarazada. No obstante, se presentó un nuevo candidato cuando Enrique de Champaña llegó a Tiro desde Acre. Con la bendición de Ricardo, el 5 de mayo, Enrique, por entonces veterano con dos años de estancia en Tierra Santa, estaba casado con la princesa Isabel, de veintiún años, en las terceras nupcias de ella (al final tuvo cuatro maridos). El matrimonio contentó a casi todas las partes. Enrique, como nieto de Luis VII y Leonor de Aquitania, era sobrino tanto de Ricardo I como de Felipe II, y su altura satisfizo el honor de todos. La opinión de Umfredo de Toron, el primer esposo de Isabel y en aquel momento jefe del comité negociador de Ricardo con Al-Adil, no se tuvo en cuenta.

Liberado ya del problema de la sucesión y, por primera vez desde que cayó Acre, con un apoyo unitario, Ricardo siguió adelante con su partida de ajedrez a dos manos en el sur de Palestina: la acción militar iba pisando los talones a las minuciosas negociaciones. Una de las últimas ofertas de Ricardo contemplaba la propuesta de una nueva partición, que incluía la división de la ciudad de Jerusalén; los musulmanes se quedarían con el control de Haram al-Sharif (el Monte del Templo) y la Torre de David.[40] Pero no halló eco. Un acuerdo sobre la partición de Jerusalén y Palestina era más bien una tarea de Sísifo. Para intentar obligar a Saladino a firmar un trato aceptable, Ricardo sitió Darum, uno de los pocos bastiones que Saladino había dejado en pie, que cayó el 22 de mayo. Al día siguiente se unió a su ejército Enrique de Champaña, a quien Ricardo regaló la ciudad, y Hugo de Borgoña, con el resto de las tropas francesas. Aquella nueva unión culminó en una delicada alianza. A finales de mayo, los señores franceses se reunieron con los señores de Ricardo (de Inglaterra, Normandía, Maine, Anjou y Poitou) para decidir que lanzarían un ataque contra Jerusalén, sin importar lo que Ricardo pensara, con o sin él. Filtraron su decisión al ejército, con una decisión que exhibió mucha más habilidad que la de Ricardo. Mientras las celebraciones resonaban en el campamento, el rey se enfurruñaba, sin disfrazar su hostilidad hacia el plan, o su cólera por haber sido vencido. Podría haberse tratado de un síntoma de su recurrente mala salud, pero parece ser que se hundió en una depresión temporal, aunque profunda, angustiado por las perspectivas de la

aventura jerosolimitana y las noticias, cada día peores, que llegaban de Occidente. Se cree que para levantarle el ánimo hizo falta la charla con un confesor; este sacerdote apeló a la reputación de Ricardo, a su destreza de caballero y su destino providencial, para convencerlo de reanudar un liderazgo positivo. El rey prometió no abandonar Tierra Santa hasta la Pascua de 1193.[41]

Aunque los argumentos estratégicos de fondo contra el asedio a Jerusalén no se habían alterado desde enero, la fortificación de Ascalón, la toma de Darum y la anexión de toda la llanura costera del norte del desierto de Negev dio a los cristianos mayor libertad de movimientos. Además, la posición de Saladino se había debilitado, debido a los problemas para mantener su coalición durante otra temporada de campaña, la sexta de la serie (1187-1192), y a la desaparición de Conrado de Montferrat. La única mejora radicaba en las excelentes posibilidades de reunir información que le había suministrado su infinita red diplomática. No obstante, el nuevo avance hacia Jerusalén fue un asunto contradictorio, que creó confusión, o quizá se desarrolló entre la confusión. La segunda marcha a Bayt Nuba resultó ser completamente distinta de la primera. Ricardo seguía mostrando sus dudas, si no una abierta hostilidad al proyecto. El tiempo era caluroso. Escaseaba el agua; más, después de que Saladino ordenara la destrucción o el envenenamiento de las cisternas de agua de Judea. La marcha desde Ascalón, iniciada el 6 de junio, se prolongó cinco días hasta tocar Bayt Nuba, en lugar de dos meses, una señal de que los cristianos o pretendían lanzar un asalto rápido o habían pasado por alto la capacidad de Saladino de cortarles la ruta de la costa, de donde obtenían el reavituallamiento. Pero los cristianos sentaron el real en Bayt Nuba del 10 de junio al 4 de julio, dando muestras, al mismo tiempo, de estar decididos y de carecer de un objetivo único y compartido. El retraso permitió que Saladino, a quien al principio habían tomado con la guardia baja, pudiera reagruparse. El trayecto de Bayt Nuba sorprendió asimismo a ciertos miembros de la coalición cristiana, según parece; desde Acre, Enrique de Champaña solo consiguió alcanzar a la hueste a finales de junio.

La principal actividad en el campamento cruzado de Bayt Nuba se resumía en la polémica sobre si seguir adelante, salpicada con incursiones regulares por los campos vecinos en busca de botín, caza

y turcos. En una de aquellas salidas, según se cuenta, Ricardo vio Jerusalén en la distancia; posiblemente desde Montjoie, la colina del camino de Jaffa en la que los peregrinos solían ver su primera imagen de la Ciudad Santa.[42] En otra ocasión, avisado por los espías locales, Ricardo lanzó un ataque sobre una gran caravana musulmana mientras esta cruzaba por el norte del Negev; Saladino contempló esta pérdida como un golpe grave. La moral cristiana se recuperó con el descubrimiento de otra reliquia de la Vera Cruz. Saladino y sus generales empezaron a alarmarse. Sus tácticas no habían logrado eliminar el campamento de Bayt Nuba o causarle muchas molestias, ni tampoco pudieron cortar la línea de suministros de los cruzados, originaria de Jaffa. Tras apresar el botín y los camellos de la caravana del desierto, en los últimos días del mes de junio se creía que el ataque sobre Jerusalén sería por fin inminente. Según contaron los testigos presenciales, los recuerdos de la Primera Cruzada cobraron vida en el campamento cruzado;[43] probablemente recordaban que, en 1099, la Ciudad Santa había caído un 15 de julio. En Jerusalén, el alto mando de Saladino estaba tan dividido como el de Ricardo: unos apremiaban a resistir en la ciudad, otros urgían a desplegar el ejército para hacer frente a los cruzados en el campo. Saladino empezó a tomar medidas de emergencia para la seguridad de la ciudad. A pesar de los informes de los espías, acerca de las divisiones entre los cristianos, el 3 de julio se decidió que Saladino debía abadonar la ciudad, por su propia seguridad. En las oraciones del viernes, que aquel día se celebraron en la mezquita de Al-Aqsa, lloró sin esconderse.[44]

Pero no es tan evidente que tuviera razones para estar verdaderamente alarmado. La incertidumbre reinaba en las filas de los cruzados. Los franceses situados a las órdenes del duque de Borgoña insistían en pedir un ataque sobre Jerusalén, y sus argumentos le eran transmitidos a Saladino de la mano de sus agentes: «La única razón por la que hemos venido desde nuestros países es Jerusalén. No regresaremos sin ella».[45] Los espías también informaron de la respuesta de Ricardo: la necesidad de buscar agua limpia podría romper la formación de asedio y provocar una aniquilación. No obstante, la lógica cruda de la postura francesa se ganó el apoyo de la gran mayoría de los cruzados corrientes. Las relaciones entre el alto mando angevino y el resto se desgastaron. El campamento se

dividió en enclaves nacionales que se lanzaban insultos entre sí. Hugo de Borgoña apadrinó una canción obscena sobre Ricardo, que se cantaba por todas partes, a modo de provocación; y Ricardo, que no iba a la zaga de nadie en la creación poética, respondió con una propia.[46] La situación se hizo insostenible. La cuarta crisis de los cruzados se había desatado.

Para resolver la cuestión, Ricardo utilizó su autoridad con gran destreza, en su calidad de comandante en jefe, para convocar un comité, supuestamente objetivo, que decidiría si atacar Jerusalén o continuar adelante con la conquista del sur de Palestina, como prefería Ricardo, y amenazar Egipto. La composición del comité garantizaba el resultado de las deliberaciones: cinco templarios, cinco hospitalarios, cinco nobles de Jerusalén y cinco franceses. Se sabía que todos, salvo los franceses, estaban a favor de la cautela y, por lo tanto, de la línea de Egipto. Al haber excluido a todos sus vasallos, se podía creer que Ricardo había actuado con imparcialidad; pero por detrás ejerció una fuerte presión, además del chantaje moral. El comité se decantó por la retirada. Aun así, la duda prevaleció hasta el último momento: hasta que, el 4 de julio, Ricardo ordenó una retirada general inmediata. La palabra «decepción» no basta para describir la amargura que sintieron hasta los escritores que más simpatizaban con Ricardo. Saladino contemplaba la desconsolada y amarga marcha hacia la llanura. Aquél resultó ser un momento decisivo. El siguiente ejército occidental que, con ánimo hostil, se acercó tanto a Jerusalén como los cruzados de Ricardo, estaba al mando del general británico Edmund Allenby, en diciembre de 1917.

Cualquier apariencia de unidad cristiana se hizo trizas. Se tiraban las culpas unos a otros sin ningún reparo; la reputación de Ricardo pagó un alto precio por la retirada. Los franceses que aún quedaban se marcharon a disgusto, negándose a seguir el plan de Egipto. En cualquier caso, aquel plan tan defendido se revelaba cada vez más, en el mejor de los casos, como impracticable; en el peor, como una ilusión. Ricardo carecía de los hombres, el dinero y los barcos necesarios y estaba ansioso por regresar a Occidente y salvar sus dominios de la rapacería de Juan y Felipe II. Una serie de ataques contra el Delta del Nilo o las esperanzas de explotar las posibles divisiones del imperio ayyubí tras la muerte de Saladino pertenecían a un futuro hipotético, no a las circunstancias del verano

de 1192. Inmediatamente se aclararon las opciones estratégicas y diplomáticas. Saladino estaba a salvo en Jerusalén; Ricardo, en Ascalón y Jaffa. Ricardo, directamente o por mediación de Enrique de Champaña, como señor de los francos jerosolimitanos, estaba presionando abiertamente a favor de un asentamiento rápido. En aquel momento admitió que una victoria rotunda escapaba a sus posibilidades. También consideró que Saladino tenía problemas: «tú y yo estamos los dos arruinados».[47] La reclamación de Jerusalén quedó a un lado. Se propusieron nuevas ideas, ingeniosas, para la partición, e incluso una alianza militar posterior a las cruzadas. No obstante, Saladino solicitó que se derruyera Ascalón, como precio para cualquier acuerdo. El equilibro de poderes en el sur de Palestina tenía que cambiar, para que los dos bandos acordaran lo que ambos deseaban: el fin de la guerra.

A finales de julio, Ricardo volvió a Acre; en apariencia, para planear un ataque sobre Beirut, con la intención de apartar a Saladino de las nuevas bases cristianas en el sur de Palestina. Pero en ausencia de Ricardo, Saladino lanzó un ataque sorpresa sobre Jaffa. Si conseguía tomar el puerto, toda la posición cristiana en la región se vería muy debilitada, si no es que acababa destruida; los territorios conquistados se dividirían, los barcos serían vulnerables y saldría a la luz la precariedad de la situación de Ricardo. Los turcos cosecharían una inmediata y amplia ventaja diplomática, además de militar. Se rompería la situación de tablas. Esta quinta crisis —la última— de la guerra de Palestina determinaría su resultado final.

Los turcos iniciaron su asalto el 28 de julio. El 31 del mismo mes, sus mangoneles y zapadores habían destruido secciones enteras de las murallas. El acuartelamiento, modesto, acordó entregar la ciudad, retirándose a la ciudadela mientras tenía lugar el saqueo de Jaffa. Aquella noche, en el campamento preparado para evacuar la ciudadela bajo la supervisión del mismísimo Ibn Shaddad, Ricardo apareció por la costa, con una pequeña flota. Se había enterado de las dificultades de Jaffa tan solo hacía tres días. Una columna de refuerzo, que fue despachada a toda prisa desde Acre a las órdenes de Enrique de Champaña, había sido detenida en Cesárea. Sin embargo, y a pesar de la oposición del viento, la armada del rey llegó cuando la ciudadela estaba aún, en su mayoría, en manos cristianas. El 1 de agosto, tras varios momentos de confusión a propósito de si

los turcos habían ocupado ya la ciudadela o no, Ricardo, superado en número de forma abrumadora, lanzó un ataque famoso, siendo él mismo uno de los primeros en arribar a las costas desde su bote, a la cabeza de su reducido ejército. El impacto, la sorpresa y la potencia de sus magníficas fuerzas concedieron a Ricardo una victoria espectacular e inesperada. Ibn Shaddad, que contempló a Ricardo guiando a sus hombres entre las altas olas, quedó impresionado: «Tenía el pelo rojo, la túnica roja y el estandarte rojo, como su enseña».[48] Más importante fue el momento en el que, tras eliminar a los atónitos y alarmados turcos tanto de la ciudadela como de la ciudad, Ricardo consolidó su control rechazando un contraataque concertado, lanzado por sorpresa por los musulmanes; lo comenzaron en la noche del 4 al 5 de agosto y cogieron a Ricardo y a sus compañeros —literalmente— con los pantalones bajados [49] Aquella victoria en contra de todas las probabilidades —al parecer, Ricardo solo llevaba a diecisiete caballeros y unos pocos cientos de soldados de infantería— enfurismó a Saladino, que tuvo que reconocer su importancia. El combate de Jaffa aseguró algo más que la legendaria condición de Ricardo como guerrero y general: restauró las tablas estratégicas. Ricardo no podía tomar Jerusalén; pero Saladino no podía echarlo del sur de Palestina. Aunque el asalto de Saladino había sido de un oportunismo genial, el fracaso en la toma de Jaffa le asestó un profundo golpe psicológico, además de militar. Las negociaciones se convirtieron en la única alternativa para los dos bandos, que cada vez parecían estar más exhaustos. Parecían dos pesos pesados clamando por la suspensión de un combate infinito.

El esfuerzo de Ricardo en Jaffa acabó siendo casi más letal que las armas de los turcos. Había tenido muy mala salud desde Acre. En aquel momento, se sentía gravemente enfermo. A eso se añadía una alarma creciente, porque corría serio peligro de perder sus posesiones en Francia, debido a la conspiración entre Juan y Felipe II. La urgencia por alcanzar un acuerdo pasó por encima de cualquier otra consideración. Con las energías corporales y políticas tan debilitadas, Ricardo capituló ante Saladino, que insistía en derruir los muros de Ascalón, en cuya construcción el rey había dedicado tanto tiempo y esfuerzo tan solo unos meses antes. Eliminado aquel obstáculo, muy pronto llegaron los acuerdos; el tratado de Jaffa fue suscrito sin más problemas el 2 de septiembre. A cambio de una tre-

gua de tres años, en la que se incluían los territorios de Antioquía y Trípoli, se repartiría Palestina. Los cristianos conservarían los terrenos conquistados de Acre, Jaffa y la costa intermedia; las murallas de Ascalón serían desmanteladas; la llanura costera de los alrededores de Ramla y Lod (Lydda) se convertiría en un condominio. Se garantizaba el libre movimiento de los miembros de los dos credos por los territorios ajenos.[50] En concreto, los peregrinos cristianos tenían permiso para visitar el Santo Sepulcro con tranquilidad. Con una mezcla de emoción y de malestar —bastante comprensible, ante la presencia de tantos soldados turcos— muchos cruzados cumplieron sus votos y visitaron los Santos Lugares antes de regresar a Europa. Huberto Gualterio, el obispo de Salisbury, que iba a la cabeza de tres partidas de cruzados que viajaron hasta Jerusalén, fue incluso recibido por Saladino, como recuerdo del refinado modo de manejar las cuestiones diplomáticas de lo que, de otro modo, habría sido un conflicto sangriento y desesperado. Se le mostró al obispo Huberto la reliquia de la Vera Cruz —importante omisión del tratado final— y este habló de las cualidades de Ricardo con el sultán. En un terreno más práctico, Huberto extrajo a Saladino la promesa de que permitiría que un número reducido de clérigos latinos oficiara en el Santo Sepulcro, en la iglesia de la Natividad de Belén y en la iglesia de la Anunciación, en Nazaret. Ya fuera obedeciendo a una convicción sincera o como recurso para salvar las apariencias —o ambas cosas a un tiempo— Ricardo declinó la oportunidad de cumplir sus votos en el Santo Sepulcro, dejando así abierta, de forma deliberada, la posibilidad de su regreso. Así pues, nunca se llegó a reunir con Saladino, salvo en las leyendas y los romances que empezaron a circular al cabo de pocos años. La cruzada había llegado a su fin.

Ricardo zarpó de Acre el 9 de octubre. Pero no recibió, como tal vez habría esperado, la bienvenida de un héroe, ni, como quizá temiera, el estallido de una crisis política. En lugar de aquello, pasó más de trece meses encerrado en una prisión germana. Tras naufragar cerca de Venecia, fue apresado en Viena, el 21 de diciembre, por su enemigo Leopoldo de Austria, mientras intentaba encontrar un camino de regreso a Normandía e Inglaterra, de incógnito. A las pocas semanas lo entregaron a Enrique VI de Germania, bajo cuya custodia permaneció hasta febrero de 1194. Fue un destino sonado

para el más famoso de los guerreros cristianos en su época, y sirvió, como tantos de los acontecimientos sucedidos desde que las noticias de Hattin llegaron a Occidente en el otoño de 1187, de pábulo a la sentenciosidad de los moralistas. Si las ironías y los azares amargos habían dominado la Tercera Cruzada, este último episodio no iba a ser menos. A principios de 1192, Ricardo había jurado que permanecería en Oriente hasta el final de la primavera de 1193.[51] De haberlo cumplido, habría estado muy cerca de la Ciudad Santa cuando, el 4 de marzo de 1193, Saladino murió en Damasco.

Las respuestas contemporáneas a la Tercera Cruzada fueron tan equívocas como su final. Nadie puso en duda el heroísmo; muchos parece que se cuestionaron tanto el coste como los beneficios del empeño. Un ruidoso defensor de la expedición, y de Ricardo como su líder, Ambrosio (Ambroise), que posiblemente fuera él mismo veterano de la Tercera Cruzada, reconoció las críticas:

> Mas no son pocos los estultos
> que han sostenido que en la Siria
> ni dos dinares se han ganado,
> pues falta aún Jerusalén.[52]

También admitió un número abrumador de bajas, consecuencia de las enfermedades tanto como de la batalla. El día en que se juró el tratado de Jaffa, Balian de Ibelin le dijo a Ibn Shaddad que calculaba que tal vez había muerto en la batalla hasta un 20 por cien de los cruzados, pero eran muchos más los que habían perecido por enfermedad o ahogamiento. Creía que había sobrevivido menos de la mitad del total de las fuerzas cristianas, una impresión confirmada por las fuentes ocidentales, aunque no con esas cifras. Guillermo de Newburgh, que escribía poco después, en el norte de Inglaterra, elevó las pérdidas a más del 75 por cien: «no regresó a casa ni la cuarta parte».[53] Una justificación típica de la discrepancia entre el sacrificio y el éxito tangible consistía en hacer hincapié, tal como hicieron Guillermo y Ambrosio, en la «otra Jerusalén», la Ciudad Santa celestial que aquellas víctimas se habían ganado.[54] No todos

quedaron convencidos. Incluso antes de que las expediciones hubieran partido, algunos escépticos, con cierta lógica, habían sostenido que Dios «podía vengarse por sí solo, sin que todos estos soldados tengan que cruzar el mar».[55] Con posterioridad a 1192, el propósito de Dios parecía menos claro que nunca. Aunque la teología seguía siendo indiscutible y era el pecado de los hombres lo que explicaba sus fracasos terrenales, la pérdida de tantos seres humanos dio pie a reproches de desperdicio. Tras presentar una larga lista de bajas famosas de la cruzada, Gilberto de Mons cuadró el círculo de la culpa al admirarse ante los pecados extremos que, sin duda, debieron darse en tantos caballeros y príncipes magníficos, venidos de todos los rincones de la cristiandad, pero que al final consiguieron muy poco: «solo recuperaron la ciudad de Acre».[56]

Sin embargo, en el lado material del balance de la cruzada, la toma de Acre acabó representando un triunfo, pues dotó al reino de Jerusalén —aquejado, por lo general, de ateliosis— de un centro comercial de importancia internacional. La conquista real de partes muy significativas de la llanura costera permitió establecer un Estado territorial que, con añadidos posteriores (en los diez años siguientes a 1192), se preservó intacto hasta la década de 1260, siendo un participante modesto, pero no el más insignificante de todos, en la lucha cada vez más desesperada por el control del Creciente Fértil, desde el Golfo Pérsico al valle del Nilo. La Tercera Cruzada arrojó una sombra prolongada sobre el futuro. La incorporación de Chipre a la cristiandad de Outremer supuso una base estable y una fuente de riqueza y de oportunidades para la aristocracia. El tratado de Jaffa, de 1192, fue tomado como modelo diplomático en el futuro. Durante los setenta años posteriores, las treguas determinaron casi siempre las relaciones entre los gobernantes cristianos de la Outremer continental y sus vecinos musulmanes. Sólo los occidentales partidistas o irreflexivos contemplaban esta práctica como irreligiosa. Todas las cruzadas importantes que se llevaron a cabo en Oriente entre 1192 y 1254 o bien buscaron o bien tuvieron que admitir la firma de acuerdos con los infieles. La experiencia de la Tercera Cruzada sirvió para consagrar la importancia del poder naval en las perspectivas cristianas en el Mediterráneo oriental. Ya no hubo más expediciones por tierra, en los siguientes doscientos años.

La estrategia egipcia de Ricardo, además, se convirtió pronto en ortodoxia. En parte, fue a consecuencia del fracaso mayúsculo de la Tercera Cruzada: Jerusalén. Al parecer, los argumentos de Ricardo y sus defensores, según los cuales la llave para entrar en la Ciudad Santa se encontraba en El Cairo, resultaron convincentes. La ininterrumpida ocupación musulmana de Jerusalén alimentó otro legado perdurable. A diferencia de lo ocurrido entre 1099 y 1187, Tierra Santa se alzó como una crítica permanente e inevitable a la desobediencia o los pecados cristianos, manteniendo con ello el *negotium Terrae Sanctae* en el centro de la política religiosa y el populismo devoto, durante más de cien años. Quizá en este sentido, quienes defendían el éxito espiritual de la Tercera Cruzada estaban en lo cierto: los logros temporales alcanzados en Palestina palidecieron al lado del efecto que surtió la aventura en el panorama espiritual de la cristiandad occidental.

V. LA CUARTA CRUZADA

Capítulo 15

«LA ESPADA DE DOBLE FILO DE AOD»[1]

Dos décadas después de que Ricardo I abandonara Tierra Santa en 1192, Jacobo de Vitry, miembro privilegiado de la iglesia, mecenas monástico, intelectual y predicador famoso, futuro obispo de Acre y cardenal, estaba reuniendo apoyos para una nueva expedición a Oriente. Su mensaje era sencillo y desagradable. Mientras Jerusalén permaneciera ocupada por los infieles, todos los fieles cristianos tenían el deber moral ineludible de ayudar a recuperar el patrimonio de Cristo, igual que los vasallos obligados por ley a colaborar con sus señores seculares; con la diferencia de que el servicio a Dios trascendía del Derecho y ofrecía una recompensa eterna. La misión estaba clara. Pero, se preguntaba, ¿dónde está ahora el celo de los héroes del Antiguo Testamento, de Matatías, los macabeos, Fineas, Samgar o Sansón? «¿Dónde está la espada de doble filo de Aod?»[2]

Por entonces —durante la prédica de la Quinta Cruzada, después de 1213— aquella retórica era habitual. Reflejaba con todo detalle la teología del señor de Jacobo, el papa Inocencio III, que otorgó una nueva precisión a un concepto universal, que equiparaba el servicio a Dios con la cruzada. Para Inocencio, las pruebas vividas por los héroes israelitas del Antiguo Testamento estaban cargadas de relevancia en la vida contemporánea, no solo de resonancias oratorias. «Las heridas que no responden a una cura con cataplasma deben sajarse con el acero.» Luchar por Dios era «el servicio de los siervos» a su Señor, una prueba de fe —«como el oro en un horno»— que determina la salvación o la condena, no solo para los guerreros, sino para todos los cristianos. Para Inocencio, la cruzada

era «seguir al Señor», y contemplaba sus «servicios a Jesucristo» en unos términos casi litúrgicos, además de feudales. Era imperativo que todos los cristianos fueran capaces de unirse a esta «guerra del Señor». En su gran encíclica de la cruzada —*Quia Maior* de 1213—, Inocencio formuló una versión del texto, central en las cruzadas, de Mateo, xvi, 24: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame»: «Dicho más claro: "Si alguien quiere seguirme *en la corona,* dejadle que me siga también *en la batalla, que ahora se presenta como una prueba para todos los hombres*"».[3] Lo que permitía elevar la guerra por Tierra Santa hasta hacer de ella un arquetipo de la devoción cristiana no eran sino las excepcionales indulgencias plenarias ofrecidas a los participantes, cuyo acceso quiso ampliar Inocencio a los no combatientes. A su vez, aquello dependía del atractivo psicológico y emocional de Tierra Santa, un lugar en el que Dios «cumplió el sacramento universal de nuestra redención»,[4] un lugar santificado que ofrecía inspiración en los cuatro niveles de la exégesis bíblica contemporánea: el literal, como lugar de los acontecimientos históricos del Antiguo Testamento y sobre todo del Nuevo; el alegórico, en tanto que representación de la iglesia militante; el moral (o tropológlco), por ser una metáfora de la vida interior y los combates del alma; y el místico, como imagen del paraíso.

Estas categorías existieron más allá de la dialéctica teológica inteligente, o incluso de las plegarias formalizadas de los predicadores, los evangelistas y los agentes de reclutamiento. El poeta lírico Walter von der Vogelweide señaló entre sus patrones a los duques Leopoldo V (muerto hacia 1194) y Leopoldo VI de Austria (muerto hacia 1230), cuyas experiencias cruzadas, sumadas, se dilataban desde la Tercera hasta la Cuarta y la Quinta Cruzada, además de incluir campañas en la península Ibérica y el Languedoc. La *Canción de Palestina* de Walter («Nu alrest lebe ich mir werde») ilustró esta potencia cuádruple de Tierra Santa, atractiva para el pecador como el lugar en que se produjo la reencarnación de Dios, en el que la tierra y los cielos se tocaron; como tal, se lo consideraba legítima posesión de la cristiandad:

Solo vivo con dignidad
desde que mi ojo pecador contempla

la pura tierra y también el suelo
que tanta honra merece.
Ha pasado aquello por lo que siempre supliqué:
he llegado al lugar
donde Dios se hizo hombre.
Hermosas tierras, ricas y maravillosas:
de todas las que hasta ahora he visto,
tú eres la cima.
¡Qué gran milagro ha acaecido aquí!
Que una doncella pariera un niño
superior a todo el ejército celestial,
¿no fue acaso el mayor de los milagros?
[-.]
Cristianos, judíos y gentiles
afirman que esta es su herencia.
Dios tendría que decidir
por bien de sus tres personas.
Todo el mundo pelea por ello:
estamos del lado de los justos, dicen.
Justo es que nos lo conceda.[5]
{Traducción de María Barbero.)

Un compromiso de aquella naturaleza requería de dirección, foco, organización y explicación, si las obligaciones del servicio iban a traducirse a una auténtica acción devota, material o militar. Algunos predicadores como Gerardo de Gales y Jacobo de Vitry describieron este proceso como una forma de conversión. En boca de Inocencio III, los cruzados de Tierra Santa eran sujetos que se habían «convertido a la penitencia». El cronista cisterciense Gunther de Pairis (muerto hacia 1210) narra cómo su abad, Martín, «convirtió a muchos a la milicia de Cristo», en Basilea, en 1201. Otro cisterciense, Cesáreo de Heisterbach, en su *Dialogus Miraculorum* (hacia 1223), insertó su reflexión sobre la cruzada bajo el encabezamiento: «Sobre la conversión» *{De conversione).* Tanto Cesáreo como Jacobo, ambos, señalaron la similitud entre adoptar la condición de *crucesignatus* e ingresar en una orden monástica, refiriéndose a los cruzados en general, no solo a los que habían tomado los votos en una de las órdenes militares, lo cual constituía una *religio* distinta.[6] En las dos décadas que siguieron a la Tercera Cruzada,

esta construcción de la cruzada, así como la realización de la teología de la guerra de Dios (característica de Inocencio III), consiguieron fundamento ceremonial y administrativo por el desarrollo de instituciones eclesiásticas específicas. Aparejadas con las consecuencias políticas de la Tercera Cruzada y un papado que había adquirido gran seguridad en sí mismo tras la ascensión de Inocencio en 1198, estas circunstancias convirtieron la ideología en una práctica eclesiástica habitual.

Inocencio III y la empresa de la cruz

Lotario de Segni fue elegido papa el 8 de enero de 1198 y tomó el nombre de Inocencio III. Sobrino de Clemente III, había estado vinculado con la curia romana desde finales de la década de 1180 y era cardenal desde 1190. Después de estudiar Teología en París y, probablemente, Derecho en Bolonia, cuando contaba tan solo treinta y siete años, Inocencio reavivó el papado. Sus predecesores inmediatos habían tendido a ser ancianos cautelosos —Celestino III pasó de los noventa—, con gran experiencia, que buscaban proteger, más que fomentar o extender, los intereses pontificios. Los tres pilares del pontificado de Inocencio fueron la afirmación de la autoridad papal —fue él quien popularizó la denominación de «vicario de Cristo»—; el desarrollo de una reforma espiritual y eclesiástica, por medio de la evangelización y el Derecho canónico; y la continuación de la cruzada, que incluía los dos puntos anteriores.

Inocencio describió con regularidad la cruzada como *negotium crucis,* la empresa de la cruz, o, más exactamente, el *negotium crucifixi,* la empresa del crucificado: ante todo Cristo, pero también, por analogía, todos los cristianos.[7] En una obra teológica escrita antes de su elección como santo padre, hacia 1195, *De miseria humane conditionis (Sobre la miseria de la condición humana),* el joven cardenal Lotario explicaba que «el hombre justo "se niega a sí mismo" al crucificar su cuerpo en la cruz de sus propios vicios y deseos, de forma que el mundo está crucificado por él y él por el mundo».[8] La metáfora de la cruz —o, según lo concebía Inocencio, su realidad espiritual— encajaba a la perfección con los proyectos cruzados. En algunos círculos se convirtieron en sinónimos. Cesáreo

de Heisterbach fue uno más de la larga serie de teóricos y propagandistas que usaron la *crux transmarina* y la *crux cismarina* para describir a los cruzados que se dirigían a Outremer y los de Europa. La falta de una palabra canónica y formal que definiera la actividad, al contrario de lo que ocurría con sus participantes (los *crucesignati),* no impidió que, tras la Tercera Cruzada, surgiese un léxico vernáculo basado en la cruz: los verbos *croisier, croier/croisé* en el norte de Francia (*langue d'oil)*\ los nombres *crozeia, crozea* y *crozada* en el sur (*langue d'oc).*[9] La toma de la cruz era, después de todo, la primera ceremonia que distinguió este tipo de actividad religiosa, inventada por Urbano II. En aquel momento, un siglo después, el término latino *crucesignatus* se afianzó con extraordinaria solidez, como resultado de la insistencia en la imagen de la cruz dentro de las propagandas y las exhortaciones cruzadas posteriores a 1187. Aquello concordaba, en el plano teológico, con el énfasis puesto en el compromiso personal de los fieles cristianos siervos del Señor, que llevaban la cruz por imitación y para honrar a su Señor. Una liturgia inglesa contemporánea (hacia 1200) del ceremonial de adopción de la cruz enumeraba sus virtudes de esta suerte: «medio especial de asistencia, sostén de la fe, consumación de sus obras (las del cruzado), redención de su alma y protección y salvaguarda contra los fieros dardos de todos sus enemigos».[10] Como enseña militar, símbolo místico, signo de penitencia, talismán o amuleto, ningún icono la superaba en potencia. Pese a ser omnipresente en la liturgia y como símbolo público cristiano —usado asimismo por órdenes religiosas no cruzadas, miembros de confraternidades o herejes reformados— la cruz, con su particular vínculo a Jerusalén, confirió a la cruzada una plasticidad casi infinita de aplicación, asociación, significado y metáfora al tiempo que conservaba su punto de referencia central con exactitud.

Inocencio III dispuso un marco institucional dentro del cual su teología de las cruzadas halló una expresión concreta, por más que casi todo el resto de su construcción se erigiera aprovechando cimientos previos. Había muy poco que fuera absolutamente original en su línea. Fue un sistematizador, tanto como un innovador. A pesar de todo, la contribución de Inocencio podía contemplarse como una suerte de creación. La bula *Quia Maior,* de 1213, y el decreto *Ad Liberandam* del cuarto concilio lateranense, celebrado en 1215,

contenía una serie de disposiciones fiscales, litúrgicas y legales coherentes, que reunían una variedad de expedientes previos para conformar la base y el modelo de las futuras cruzadas. Se rescataron temas de propagandas anteriores: el servicio a Dios; el ofrecimiento de la salvación; la caridad para con los oprimidos cristianos; la Tierra Santa como patrimonio de Cristo; una prueba de la devoción religiosa.[11] El aparato de los incentivos recibió una claridad nueva, al terminar con un siglo de confusión, dudas y reticencias pontificias a la hora de definir si las indulgencias de las cruzadas remitían los pecados o solo la pena impuesta por el pecado. Por el poder de Cristo con el que se había investido al papa, se garantizó la total remisión de cuantos pecados se hubieran confesado oralmente (en el concilio lateranense de 1215 se impuso a los cristianos una confesión oral al año) a quienes tomaran la cruz y lucharan en persona; a quienes mandasen y pagasen a un representante que combatiera en su lugar; y a esos representantes. Los que suministraran materiales, donaciones y limosnas para la cruzada recibirían una indulgencia proporcional a la contribución, retomando la idea propuesta ya en 1157 por el papa inglés Adriano IV y repetida por el propio Inocencio en 1198.[12] En consonancia con su deseo de alcanzar la eficiencia militar y con su teología de la guerra del Señor, Inocencio, ampliando y clarificando el precedente sentado por Clemente III, invitó «a cualquiera que desee» tomar la cruz «de una forma tal que su voto pueda ser conmutado, redimido o postergado por mandato apostólico cuando una necesidad urgente o un interés evidente así lo requieran». El medio de redención era un pago. La redención de los votos ayudó a modificar radicalmente la financiación de la cruzada, la forma en que se predicaba la cruz, los métodos de reclutamiento y el sistema de planificación, e incluso la reputación del propio ejercicio, en tanto que el sistema acabó siendo vulnerable a las acusaciones de «cruces a cambio de dinero».

La aplicación práctica y social de la teología fue un rasgo distintivo de Inocencio III y sus colegas eclesiásticos formados en París. La financiación de las cruzadas formaba parte de ello. En 1199, Inocencio intentó —sin éxito— imponer un tributo obligatorio de la cuadragésima parte de los excedentes eclesiásticos, para pagar a los mercenarios de las cruzadas.[13] *Quia Maior* sugería la conveniencia de una ayuda voluntaria, pero halló la misma falta de respuesta; de

modo que el decreto *Ad Liberandam* impuso a la iglesia un tributo de tres años, de una vigésima parte, que debían recaudar funcionarios pontificios designados desde la sede central. Igual de prácticos fueron los replanteamientos, en 1213 y 1215, de los privilegios cruzados temporales relativos a la exención del pago de impuestos y devolución de la usura a los judíos, moratorias sobre las deudas y protección eclesiástica general para los cruzados y sus propiedades. Mientras los obispos tenían que hacer cumplir algunas de las disposiciones, al brazo secular se lo invitó a vigilar a quienes estaban en contra de la apertura de créditos con los judíos. Comunidades e individuos seculares fueron animados a suministrar guerreros, de forma colectiva, como en 1198. Siguiendo un mandamiento similar al de 1199, se depositaron en las iglesias parroquiales cofres específicos para recibir las limosnas de Tierra Santa, que valdrían la indulgencia a los caritativos, al tiempo que los cofres eran recordatorios visibles de una obligación permanente.

Aquellas consideraciones materiales se equilibraban por medio de una organización de las penitencias y las predicaciones más sistemática que antaño, para asegurarse de ese modo que el *negotium crucis* se establecía de forma permanente como rasgo de la vida piadosa entre los laicos; «para luchar en un conflicto semejante —según propuso Inocencio— no tanto con las armas materiales, sino con las espirituales».[14] Gregorio VIII y Clemente III instituyeron oraciones especiales y recursos litúrgicos. Dentro de la liturgia de la orden cisterciense, en la década de 1190, se introdujeron oraciones para los *crucesignati* y «pro térra ierosolymitana». Las plegarias ofrecidas y el *clamor* incluían desde entonces las necesidades de Tierra Santa.[15] *Quia Maior* estipuló procesiones penitentes mensuales por toda la cristiandad, acompañadas de prédicas, ayunos y limosnas. Se añadió un nuevo ritual intercesor a los servicios diarios de la misa entre el beso santo y el rito de la comunión. Además de una plegaria compuesta especialmente para orar por la restauración de Tierra Santa, se incluía un salmo ya muy familiar en las cruzadas, el 79: «¡Oh Dios! Han invadido las gentes tu heredad, han profanado tu santo templo y han reducido a Jerusalén a un montón de escombros». El rito subrayaba la asociación de la cruzada como deber público material y la obligación espiritual y personal con la misa. La confesión, la penitencia y la presencia mística de Cristo

Crucificado (la transubstanciación fue otro dogma aceptado por el concilio lateranense de 1215) ofrecían un ceremonial conveniente, además de un contexto espiritual adecuado para, según indicaba la plegaria intercesora de 1213, la liberación de «la tierra que consagró tu hijo unigénito con su propia sangre». Unos pocos años después, las misas por Tierra Santa se indicaban mediante el sonido de una campana mientras se rezaba el Padrenuestro.[16] Aquellos rituales ceremoniosos funcionaban dentro de un proceso más amplio de evangelismo cruzado, al que Inocencio señaló una dirección muy clara, construyendo una compleja red de prédicas cruzadas en cada provincia y cada diócesis de la cristiandad occidental, bajo la dirección de legados nombrados por él mismo. De aquella forma, la causa de Tierra Santa se convirtió en un rasgo habitual en el círculo de la liturgia parroquial, de un modo desconocido hasta 1187. La empresa de la cruz era la empresa de la cristiandad.

Aquello dio lugar a importantes consecuencias prácticas. Hasta la Tercera Cruzada, la aplicación de los privilegios de los cruzados iba por detrás de la retórica de la guerra santa, en unas convenciones coherentes, de instauración reconocida. Dada la inusual naturaleza de las guerras de la cruz, conflictos a gran escala, no era de extrañar. Eso cambió con la gran convulsión de 1187-1192, cuando decenas de miles de *crucesignati* fueron reclutados en todos los rincones de la cristiandad. Las consecuencias no terminaron con el tratado de Jaffa. La incapacidad de recuperar Jerusalén incrustó la reconquista de Tierra Santa en la política de la Europa occidental, por lo que apenas pasaba un año entero sin ver algún intento de movilizar una nueva expedición en alguna parte de la cristiandad. Los desechos humanos de la Tercera Cruzada incuyeron no solo a los que partieron hacia aquella lucha, con sus viudas y otras personas a su cargo en casa, sino también a un número importante de *crucesignati,* que por accidente, por ser pobres o porque les convenía, no habían llegado a cumplir sus votos. Las autoridades eclesiásticas intentaron, en repetidas ocasiones, exigir la realización de los votos cruzados, un problema que había perseguido a todas las expediciones; los primeros cruzados —en Antioquía, en enero de 1098— ya se habían quejado de los que habían permanecido en Europa, amenazándolos con la excomunión. Tras la Tercera Cruzada, el problema parecía endémico. Celestino III, en 1196, e Inocencio III, en 1200 y 1201, manejaron la

cuestión ordenando a las autoridades eclesiásticas locales que forzaran el cumplimiento de los votos (so pena de excomunión), convencieran a los *crucesignati* perjuros de que enviasen representantes o, según las instrucciones de Inocencio, permitieran que pobres o enfermos redimieran sus votos.[17] Ciertas listas de cruzados perjuros, preparadas por el veterano de la Tercera Cruzada Huberto Gualterio —arzobispo de Canterbury desde 1193— revelan el espectro social de la empresa de la cruz, además de algunos de los problemas de sus participantes. En una relación de cuarenta y siete nombres de Cornualles, destacan particularmente los artesanos locales —molineros, herreros, curtidores, sastres, zapateros, etc.— además de cuatro o cinco mujeres *crucesignatae.* Los cruzados podían carecer de altura social, pero necesitaban libertad legal y dinero. Aquel perfil social se repetía en una relación parecida, de Lincolnshire, en la que la principal causa de incumplimiento fue la pobreza. Aquella prueba confirmó la necesidad de contar con una financiación central, que Inocencio III había señalado ya en 1199, cuando propuso imponer a la iglesia el tributo cruzado.[18] Estas listas de cruzados ingleses, análogas a otras de los archivos de gobiernos seculares, pusieron de manifiesto dos rasgos muy importantes de las cruzadas de finales del siglo XII: su amplio espectro social y la creciente burocratización del proceso, como sucedía también en los gobiernos, a lo largo y ancho de toda Europa.

La eficacia de la cruzada dependió siempre de la alianza entre la autoridad eclesiástica y el poder secular. Junto con la institucionalización de las cruzadas en la vida devota de Occidente, los gobiernos se vieron cada vez más inmersos en la tarea de asegurar la condición temporal y los privilegios de los cruzados, además del papel tradicional que venían representando en la organización y dirección de las expediciones militares. Los priviliegios temporales de los cruzados se consolidaron durante la Tercera Cruzada, en la que se hizo necesario que las autoridades laicas reconociesen y protegieran las diversas inmunidades de las que disfrutaban los *crucesignati',* de otro modo, el proyecto resultaba estéril. Es bien sabido que, en 1192-1194, la protección dispensada por la iglesia a la propiedad de uno de los cruzados, Ricardo I, pese a la gran inquietud papal, fue vana frente a las ambiciones de Felipe II y el hermano de Ricardo, Juan. Los privilegios temporales que atañían a la propiedad, los liti-

gios criminales y civiles, las deudas y el pago de intereses, la exención fiscal y la disposición de activos, dependían de la cooperación y el apoyo activo prestado por el poder laico. En realidad, buena parte de las pruebas que nos han llegado acerca del funcionamiento de privilegios de esta naturaleza proviene de documentos de la justicia y la administración seculares. El principio básico —tras los privilegios que retiraban al *crucesignatus* de su anterior condición, puramente laica— requería de la aprobación por parte de los tribunales y los señores. Incumbía a sus responsabilidades establecer, caso por caso, las solicitudes de protección e inmunidad presentadas por cada uno de los cruzados y, en numerosas ocasiones, restringirlas o definirlas de acuerdo con las costumbres locales y la justicia o la administración efectivas. Por ejemplo, adquirió una considerable importancia práctica el hecho de que una investigación secular llevada a cabo en Rouen en 1205 reconociera a un *croisé* una condición legal similar a la del un clérigo.[19]

La Tercera Cruzada sentó el modelo. La bula de Gregorio VIII, *Audita Tremendi,* proporcionaba una guía poco adecuada para los impuestos y la inmunidad frente a las deudas. Las ordenanzas reales angevinas y capetas, relativas al «diezmo de Saladino» y la deuda, clarificaron mejor de qué modo funcionarían las exenciones. El pago de los intereses supuso un problema bastante agudo. La exención, para los cruzados, del pago de los intereses de los préstamos protegía sus bienes y su estado de gracia frente a la usura; pero al mismo tiempo, acababa con su solvencia y, por lo tanto, representaba un obstáculo para el cumplimento de sus votos y su consiguiente acceso a los medios de la gracia. Por ende, varios cruzados del siglo XIII renunciaron de forma voluntaria a esta exención. La asamblea de prelados y notables de París, en marzo de 1188, dispuso normas específicas en lo que fue un intento por estabilizar el sistema bancario, evitar una avalancha de litigios e impedir que los endeudados tomaran la cruz simplemente para escapar de sus obligaciones. Aunque los siguientes decretos papales sobre la inmunidad de los cruzados fueron más precisos, la brecha abierta entre la teoría eclesiástica y la práctica secular seguía allí. Una ordenanza de la realeza francesa, relativa a las exenciones financieras y legales de los cruzados y a sus privilegios, en marzo de 1215, declaró la intención de garantizar «la ley y las costumbres de la Santa iglesia y de un

modo semejante ... la ley y las costumbres del reino de Francia».[20] La aprobación secular era vital para que el sistema funcionara, en cuanto muchos de los privilegios cruzados afectaban de forma directa a los procedimientos judiciales laicos. Así, en 1204, el regente de la corona inglesa Godofredo FitzPeter intervino en un caso de *mort d'ancestor* (que determinaba el derecho a la herencia) porque la demanda se dirigía contra un *cruce signatus*.[21] Por toda Europa, los tribunales seculares tuvieron que reconocer la inmunidad de los cruzados en ciertas causas civiles y criminales sin pena capital, el aplazamiento de sus casos y la condición de sus abogados. Había que modificar los límites legales y cronológicos; en Inglaterra, el llamado «plazo de los cruzados», durante el cual los privilegios eran efectivos, se dispuso en tres años en 1188; pero cincuenta años después, algunos juristas lo revisaron y concedieron un término o de cinco años, o indefinido.[22] Los recaudadores de impuestos necesitaban instrucciones para eximir las propiedades de los cruzados, además de métodos para determinar quiénes eran. Sobre los jueces locales y los agentes de policía, como por ejemplo los *sherijfs* de Inglaterra, recayó la responsabilidad de ejecutar la protección que la iglesia prestaba a las posesiones y a las familias de los cruzados.

Las repercusiones potenciales que acarreaba la decisión de tomar la cruz podían ser de considerable importancia, en lo que respecta a la vida doméstica. Para algunos, la cruzada ofrecía ventajas muy duraderas. La proliferación de representantes en las cruzadas, mientras resultaba onerosa para los *crucesignatus* que no combatían, dejaba al enviado más beneficios, en la mayoría de casos, que el precio del pasaje, el equipo, los gastos de viaje y el sueldo. Para asegurarse los servicios de estos representantes, se añadieron incentivos o sobornos, generalmente en forma de tierras, que se integraban entonces en las propiedades de la familia. Puesto que todos los cruzados eran ipso facto libres —pues legalmente no cabía otra condición para ellos—, si un terrateniente escogía a un vasallo no libre como sujeto al que persuadir con facilidad para que cumpliera sus votos por delegación, aquello implicaba, en último término, la manumisión del representante (esto es, su liberación). Hugo Travers, un vasallo inglés manumitido por haber viajado a Jerusalén a principios del siglo XIII, como delegado de su señor, fue liberado de los deberes serviles y se le permitió conservar la ocupación que tenía

antaño, pero ahora como hombre libre, un cambio que permitió a sus descendientes prosperar en un mercado de tierras agrarias cada vez más competitivo.[23] A quienes ofrecían dinero en metálico o pertrechos a cambio de regalos, arrendamientos, hipotecas o ventas de la propiedad se les otorgaban beneficios más generales.

Aunque el programa de Inocencio III, de ampliar el acceso social a las indulgencias de las cruzadas, integró aún más la actividad cruzada dentro de la sociedad, hubo víctimas que se hallaban muy lejos de los campos de batalla orientales. Los cruzados poco previsores o desafortunados podían infligir un perjuicio duradero a sus patrimonios al contraer deudas o enajenar sus propiedades. No fue accidental que en tantas anécdotas y tantos *exempla* de los predicadores aparecieran esposas que trataban de convencer a sus maridos para que no tomaran la cruz. Aunque muchas mujeres tomaron la cruz, acompañaron a las expediciones y legaron fondos para Tierra Santa en sus testamentos, las esposas de los cruzados podían llegar a perder los ingresos, su condición social, sus medios de vida o incluso la propia vida. De una forma un tanto irónica, Inocencio III, que en el resto de aspectos fomentaba con energía los ideales del matrimonio cristiano, disminuyó los derechos de las mujeres casadas con cruzados; y fue un cambio crucial. Tradicionalmente, en el Derecho canónico, los derechos conyugales afectaban por igual en todo a los dos contrayentes, sin que ninguno de los dos tuviera derecho a negar la protección del otro. En teoría, antes de Inocencio III, los cruzados potenciales necesitaban el permiso de sus mujeres para partir. Inocencio relajó aquella disposición, concediendo un permiso efectivo para que las mujeres fueran abandonadas sin su consentimiento. Las viudas de cruzados —en el sentido metafórico o real de la viudez, sobre todo si poseían o custodiaban propiedades— podían ser muy vulnerables. La protección de los tribunales no lograba impedir, a menudo, que les robaran las tierras; aún menos ofrecer una compensación por cualquier apuro económico derivado de la ausencia del cruzado. Aunque un cruzado necesitara el consentimiento de su esposa para cerrar cualquier acuerdo de propiedad que afectara a la parte de la finca que, en caso de fallecer él, se reconocería como herencia de su mujer, por razones obvias de índole doméstica aquellos permisos llegaban siempre, con lo cual la propiedad quedaba expuesta a los expolios padecidos por el resto.

La privación ilícita o la expulsión de las tierras familiares no fueron la peor de las consecuencias. Guillermo Trussel abandonó sus tierras inglesas en la cruzada de 1190. Seis semanas después, su esposa fue asesinada por su hermanastro bastardo y su cuerpo fue arrojado a una cantera cercana.[24] La propiedad, y no la pasión fue el motivo más probable. Al contrario de lo que suele pensar la fantasía moderna, lo que necesitaba la esposa de un cruzado no era un cinturón de castidad (que, en cualquier caso, fue invento del siglo XVII), sino un buen abogado o un guardián bien fuerte.

La proliferación de pruebas, a partir de 1187, en las que se demuestra la penetración de las cruzadas en los intersticios de la vida social y cultural son reflejo de la creciente aceptación de los archivos y registros escritos, tanto en la política, como en la administración o en el Derecho. Pero además, son reflejo de auténticos cambios en el modo en que se presentaba la empresa de la cruz, en cómo funcionaba y cómo era percibida, en la organización, las prédicas, la prominencia litúrgica y la penetración en la sociedad. Se trata de un proceso que no terminó en el pontificado de Inocencio III. Cada vez estaban más de moda, después de 1216, las teorías que reconciliaban la guerra santa de los cruzados con las categorías de guerra justa del Derecho canónico. Las prédicas iban estandarizándose y sistematizándose cada vez más; proliferaron los manuales y tratados varios sobre cómo hacerlo y qué decir, unidos a la emergencia de un ejército permanente de evangelizadores de las nuevas órdenes de frailes, la dominica y la franciscana, fundadas en la segunda década del siglo XIII. Como miembros de órdenes que no acaparaban posesiones, que mendigaban para su sustento (de ahí que se las conozca como «mendicantes») y, aunque vivían en residencias comunitarias, realizaban su ministerio en el mundo exterior, los frailes eran, por lo menos en teoría, los más adecuados para ejercer la predicación. La situación económica de la cruzada experimentó una transformación ante el aumento de ingresos por la redención de votos, las donaciones, las limosnas y las herencias, además de los impuestos eclesiásticos regulares para la causa. A mediados de la década de 1270, toda la cristiandad occidental estaba dividida en regiones de colecta. Los gobiernos centrales fueron capaces de movilizar respuestas estatales más coherentes, llegando incluso al extremo de imponer una

subvención laica para las cruzadas, como sucedió en Francia en 1248 y en Inglaterra en 1270. El reclutamiento, como consecuencia, estuvo integrado en mayor medida por soldados profesionales, contratados y mercenarios, pues ya no era inevitable ni esencial el vínculo entre la toma de la cruz y el servicio militar. Ser un *crucesignatus* podía denotar una condición espiritual, no una actividad material. Las indulgencias se aplicaron de forma todavía más generalizada, para incluir en ellas al público de los sermones o las congregaciones, a los miembros no *crucesignati* de las familias de los cruzados e incluso, en ocasiones, a los parientes fallecidos. Al cabo de un siglo, los fieles podían adquirir directamente las indulgencias. Aunque era inevitable que se cometiran abusos, la institucionalización era sobre todo la expresión de un compromiso dirigido.

De todos estos cambios, pocos quedaron intactos tras el legado de Inocencio III, que contemplaba la cruzada, junto con la reforma moral y religiosa —observancia del domingo, oposición a la usura y al materialismo—, como elementos centrales de su misión. Aquéllas fueron las razones que proclamó para convocar el cuarto concilio lateranense, en 1215.[25] Todos los grandes predicadores de la cruzada en su reino combinaron la llamada de la cruz de la guerra santa con la de la penitencia personal y la recuperación de la pobreza apostólica; el camino de Cristo en los asuntos públicos, pero también en la devoción personal. Las ordenanzas contenidas en *Quia Major* y *Ad Liberandam* mostraron una visión del mundo, sumada a unos detalles administrativos, que ejercieron un extraordinario control sobre la posterior legislación pontificia, aun cuando su falta de precisión a la hora de definir la condición canónica de la guerra santa o la relación exacta entre la toma de la cruz y los votos reales continuó siendo motivo de preocupación para algunos académicos. Al identificar la cruzada con su programa moral general, en lugar de confinarla a la política exterior, militar y concebida como coto cerrado, Inocencio dio rienda libre al papado y a la iglesia para usar los mecanismos y el lenguaje de la prédica, el reclutamiento, la cruz, los votos, las indulgencias, los privilegios temporales, las limosnas, los tributos y las redenciones. Ya no sería por más tiempo una cuestión tan simple como la de marchar o navegar hacia Palestina; la cruzada adquirió un papel más dominante en la sociedad

cristiana. Paradójicamente, eso ocurrió al mismo tiempo que se diluía su carácter exclusivo; ajuicio de algunos, su carácter distintivo.

LA CRUZADA GERMANA DE I I95-1198

La trabajada resurrección de la cruzada activa en Oriente, después de 1187, fue estímulo para la implantación de guerras de la cruz por todas partes, como había sucedido en los primeros años del siglo XII y de nuevo durante la Segunda Cruzada. La propaganda, el reclutamiento y la congregación de los que habían flaqueado en el cumplimiento de sus votos por Tierra Santa apenas cesó, manteniendo en un primer plano la cruzada y la sensación asociada de que la cristiandad estaba en crisis. Parecía que otras fronteras necesitaban atención. El éxito de la secta política de los almohades —integrada por bereberes islámicos reformistas, originarios del norte de África— desde la década de 1150, y sobre todo en la época de Ya'qub (1184-1199), quien logró anexionarse buena parte de la zona musulmana del sur de la península Ibérica e hizo retroceder los primeros avances cristianos, alcanzó la culminación cuando derrotaron a Alfonso VIII de Castilla, en Alarcos, en 1195. En 1193, Celestino III había autorizado una cruzada para consolidar la resistencia ibérica. De un modo semejante, en el Báltico, en 1195, Celestino vinculó la cruzada y sus privilegios con los intentos de conquista y colonización de Livonia *(grosso modo,* la Letonia moderna) por parte de los sajones; emprendedores, aventureros y penitentes manchados de sangre, dirigidos por el arzobispo Hartwig II de Bremen (1185- 1207) y su protegido Bertoldo, que se denominaba a sí mismo obispo de los livones.[26] Los antecedentes de este tipo de ampliaciones del ámbito cruzado se remontaban al siglo anterior, en la práctica local, y se legitimaban apoyándose en los decretos del primer concilio de Letrán (1123) y de Bernardo de Claraval en la dieta de Francfort (1147). El tercer concilio lateranense, de 1179, se había decantado por una ampliación aún mayor, que afectaba a los propios cristianos, y no ya únicamente a los infieles. El decreto XXVII ofrecía indulgencias plenarias para todos aquellos que murieran mientras colaboraban con los obispos locales en la caza de los herejes cátaros (en el sur de Francia) o de las compañías de mercenarios que, «more paganorum»

(a la manera de los gentiles), aterrorizaban y devastaban regiones enteras. Los que se unieron a estas campañas sin hallar la muerte solamente recibían unas indulgencias limitadas, pero ellos y sus bienes quedaban al amparo de la misma protección eclesiástica que acogía a aquellos que habían visitado el Santo Sepulcro.[27] Inocencio III transformó estos precedentes en un programa inequívoco de guerra religiosa en todos los frentes.

No obstante, la Tierra Santa conservaba su posición principal entre las precupaciones y los esfuerzos en general. Inocencio fue ascendido al trono papal en enero de 1198, justo en el momento en que una gran cruzada oriental estaba a punto de desintegrarse, fracaso que le brindaría al nuevo papa un *casus belli* para preparar otro intento. La cruzada germana de 1195-1198, a pesar de lo modesto de sus victorias, ofreció un modelo de expediciones con base nacional, que fue el que se adoptó de forma regular a lo largo del próximo siglo, cuando crecieron los impedimentos políticos para preparar campañas internacionales capitaneadas por más de un monarca. En 1194, tras la muerte del rey Tancredo de Sicilia, el emperador germano Enrique VI conquistó el reino valiéndose de los derechos de su esposa Constanza y fue coronado rey en Palermo, el día de Navidad de 1194. Como rey de Sicilia y Germania, en la retórica de Enrique se bosquejaban unas pretensiones de carácter universal. Su política desarrolló entonces unas cuantas facetas en las que figuraba la cruzada: las buenas relaciones con el papado —que buscaban asegurarse la aprobación papal para sus planes de una monarquía unida y hereditaria en Germania e Italia—; la reafirmación del poder imperial germánico sobre la cristiandad, al estilo de su padre Federico Barbarroja; y los tradicionales intereses sicilianos en Bizancio y el Mediterráneo central y oriental. En su lucha por alcanzar todo aquello, durante la Semana Santa de 1195, Enrique tomó la cruz personalmente del obispo de Sutri. Aquello le permitió, siguiendo los pasos de Luis VII en Vézelay en 1147, presentarse en Bari el domingo de Resurrección (2 de abril), en una dieta convocada para proclamar una nueva cruzada, siendo él ya un *crucesignatus*.[28]

En Bari, en señal de compromiso y como incentivo para el reclutamiento, Enrique anunció que pagaría durante un año a mil quinientos caballeros y a mil quinientos sargentos (servidores por cuo-

ta); los caballeros recibirían treinta onzas de oro (troy)* y provisiones pra ellos mismos y dos sirvientes; los sargentos percibirían diez onzas de oro. Para sufragar las cinco mil libras de oro (siempre troy) que se requerían para aquello, Enrique pidió un tributo al nuevo emperador bizantino, Alejo III, que había derrocado y cegado a su hermano, Isaac II, el 8 de abril de 1195. Esto formaba parte de una intimidación deliberada por parte de Enrique, que pretendía obtener del emperador bizantino promesas de ayuda material para las cruzadas, además de una indemnización por las pérdidas sicilianas durante las guerras de la década de 1180 y, de modo más pertinente para el caso, por las pérdidas de Federico Barbarroja en 1189-1190. El nuevo poder de Enrique fundamentaba esta beligerancia diplomática. Alejo cedió al acoso y, cuando no consiguió el respaldo político necesario para imponer un tributo general sobre la propiedad, recurrió a la apropiación de los lingotes y las limosnas eclesiásticas, que, según parece sumaban más de siete mil libras de plata y una cantidad bastante inferior de oro. Este impuesto escasamente popular se conoció con el nombre burlón de «Alamanikon» (esto es, el impuesto alemán).[29] Estaban en medio de los preparativos para su entrega cuando llegaron las noticias de la muerte de Enrique, a causa de una de sus recurrentes fiebres (28 de septiembre de 1197), y se congeló el pago. No obstante, aquellas negociaciones con Bizancio ya dibujaron con claridad la actitud de Occidente hacia Bizancio y la cruzada de Oriente. Igual que con el impuesto, a los griegos se les pidió que ofrecieran su propia ayuda para Tierra Santa en una expedición conjunta con los occidentales, señalando que su anterior reticencia y sus vacilaciones o quizá su oposición presente eran motivos para una futura invasión. Las suposiciones y las actitudes de los dirigentes de la próxima gran cruzada oriental, en 1202-1204, podían presumir de un largo historial.

Justo hasta el momento de su muerte, Enrique había supervisado con gran cuidado el reclutamiento y había colaborado con los legados pontificios y los obispos locales autorizados por Celestino III, en julio y agosto de 1195, para predicar la cruz por toda la Germania, además de en Francia e Inglaterra.[30] En una serie de

* Una onza troy contiene 31,1 gramos de oro. Una libra son doce onzas y equivale, por tanto, a 373,2 gramos. *(N. de los t.)*

reuniones celebradas en Gelnhausen (en octubre de 1195), en Worms (en diciembre de 1195) y en Wurzburgo (en marzo de 1196), los cruzados se enrolaron, los preparativos se pusieron en marcha y se acordaron los planes. La partida desde Germania se fijó para las Navidades de 1196; se congregarían en los puertos del sur de Italia y de Sicilia —en Mesina, más concretamente—, a tiempo para embarcar hacia el Levante en la primavera siguiente o, como muy tarde, el otoño. En Gelnhausen, para evitar conflictos jurisdiccionales en Oriente —innecesarios, pero que habían acosado a la Tercera Cruzada— y con el objetivo adicional de demostrar el gran prestigio imperial, Enrique acordó con los embajadores de Chipre aceptar el homenaje de Aimery de Lusiñán, que había sucedido a su hermano Guido como gobernante en la isla en 1194, a cambio de una corona. Más allá de sus ambiciones naturales, Aimery podría haber deseado una alianza como aquella para protegerse de los intentos bizantinos de reconquistar su isla. Poco después, los germánicos cerraron un trato semejante con León II, de la Armenia cilicia. Por más que al final no se hizo realidad, aquella extensión de la autoridad imperial germánica, tan próxima a crear un nuevo imperio oriental, generó grandes consecuencias; sobre todo en lo tocante a la cohesión de los Estados cristianos de Oriente, pero también a Bizancio, que cada vez se veía rodeada más directamente por los Estados satélite de Enrique. La retórica de Enrique sobre el imperio universal iba adquiriendo visos de realidad. En la propia Germania, Enrique simbolizó su control sobre la empresa permaneciendo sentado durante cuatro horas en la catedral de Worms, mientras los *crucesignati* juraban sus votos. Fueran cuales fueran las sutilezas canónicas, la iniciativa y la dirección de esta guerra de la cruz no le correspondió al papa, sino a un mandatario secular con ambiciones extremadamente elevadas, de las cuales la cruzada representaba solo una parte.

Por su vastedad geográfica y la implicación de la aristocracia, si no en los números reales, aquel reclutamiento igualó al de 1188-1189. La principal contribución llegó desde la casa imperial y los aliados del emperador. Tal era la impresión de dominancia que causaba Enrique VI, que un observador de Outremer del siglo XIII se imaginó que habría prometido pagar los gastos de todos los cruzados germanos.[31] Cuando la salud del emperador, que era bastante

débil, y el hecho de no tener del todo asegurado el nuevo reinado del sur lo persuadieron para no ir a la cabeza de la expedición en persona, nombró comandantes al canciller imperial Conrado de Querfurt, obispo de Hildesheim, y Enrique de Kalden, mariscal imperial que había dirigido la embajada a Constantinopla en 1195. El liderazgo eclesiástico recayó en manos de los arzobispos Conrado de Maguncia y Hartwig de Bremen; este último era un entusiasta de la guerra santa, que en 1195 ya convenció a Celestino III de que iniciara un conflicto de aquella naturaleza contra los livonios, en el río Dvina. Sus dos diócesis habían sido con anterioridad centros de apoyo a las cruzadas. Los dirigentes laicos de la cruzada solían provenir del oeste y el sur de la Germania, entre ellos el duque Enrique de Brabante; un hijo de Enrique el León, el conde Enrique del Palatinado Renano; el duque Federico de Austria; los duques de Dalmacia y Carintia y el landgrave de Turingia. Muchos de ellos eran herederos de familias de tradición cruzada y una parte importante había accedido a sus títulos tan solo cinco años antes, aproximadamente. Quizá sintieron que tenían algo que demostrar, más allá del acostumbrado llamamiento de la cruz o la atracción de cumplir los deseos de sus gobernantes. Otros antiguos centros partícipes del entusiasmo por las cruzadas, en Renania o en los valles de la zona norte del Rin, aportaron asimismo una amplia contribución. Según parece, Lübeck envió a cuatrocientos ciudadanos.[32] La escala de las operaciones quedó reflejada en el tiempo y las diversas rutas que tomaron para reunirse en Italia y Sicilia. Algunos contingentes, que habían viajado probablemente desde el sur de la Germania por tierra, partieron hacia Oriente ya en marzo de 1197. El duque de Brabante llegó a Tierra Santa a finales de verano, se cree que en el mes agosto. En cambio, una flota septentrional de cuarenta y cuatro navios, en la que iban posiblemente varios miles de reclutas a las órdenes de Enrique del Palatinado y el obispo de Bremen, solo consiguieron llegar a Mesina en agosto, tras costear penosamente la península Ibérica. Se reunieron con las tropas a sueldo del emperador para formar el cuerpo principal de la expedición, que navegaría desde Mesina a Acre a principios de septiembre de 1197. Un observador distante, Amoldo de Lübeck, afirmó que llevaban a sesenta mil cruzados. Debieron de ser una cuarta o una quinta parte de esta cifra, pero aun así seguían constituyendo una fuerza considerable. Mien-

tras un contingente capitaneado por el obispo de Hildesheim se detuvo en Chipre para coronar a Aimery, el grueso de la flota llegó a Acre el 22 de septiembre.

Por una vez, una cruzada occidental aparecía en Tierra Santa cuando se la necesitaba. La tregua de 1192 había expirado y, doce días antes de que llegara el grueso de las huestes germánicas, Enrique de Champaña había muerto en un extraño accidente, cuando se cayó por una ventana abierta mientras pasaba revista a las tropas, en su palacio de Acre. El jefe de los ayyubíes, Al-Adil (el hermano de Saladino) ya estaba en marcha. La muerte de Saladino, en marzo de 1193, había ocasionado una década de luchas intestinas en el seno de la familia. Al-Adil resultó vencedor y, desde su base inicial en el norte de Siria e Iraq, logró expulsar a sus sobrinos de Damasco (1196), Egipto (1200) y Alepo (1202). En 1197, Al-Adil respondió con rapidez a un ataque lanzado en Galilea por los primeros en llegar de Germania, a las órdenes de Enrique de Brabante, con lo que estos tuvieron que regresar a las inmediaciones de Acre antes de cambiar de rumbo hacia el asedio de Jaffa. Fue precisamente la fuerza de liberación destinada a Jaffa la que Enrique de Champaña estaba inspeccionando cuando encontró la muerte. Días después cayó el puerto, poniendo el peligro el frágil *statu quo* determinado en 1192. No obstante, una vez se hubo reunido toda la fuerza expedicionaria germana, después del 22 de septiembre, se acordó atacar por el norte, en dirección a las ruinas de Sidón y la base musulmana de Beirut, antes que intentar recuperar Jaffa inmediatamente. Aquello tuvo un sentido estratégico inmediato, pues permitía aprovechar la recuperación de Jubail (que habían tomado algo antes, aquel mismo año, y se encontraba un poco más arriba en la costa); la cooperación de Bohemundo III de Antioquía, cuyo hijo, el futuro Bohemundo IV, era entonces también conde de Trípoli; y la colaboración de los pisanos y Amalarico de Chipre, angustiado por los piratas que actuaban desde Beirut. Encabezados por Enrique de Brabante, quien a falta de un soberano franco asumió entonces el mando general, provisionalmente, las fuerzas cristianas, tras tomar posesión de las ruinas de Sidón, ocuparon Beirut a finales de octubre. Las conexiones por tierra desde Trípoli a Tiro y Acre se habían restaurado.

De la seguridad en aquellos puertos costeros no se podía hablar

con gran certeza. La respuesta de Al-Adil al anterior ataque germánico en Galilea había demostrado la vulnerabilidad incluso de Acre frente a un interior hostil. Antes de intentar nada al respecto de Jerusalén, los germánicos, avisados por los nobles locales, decidieron consolidar la posición cristiana en la Galilea occidental, atacando el castillo de Toron. Tras un éxito inicial, el asedio, que se inició el 28 de noviembre de 1197, se complicó. La proximidad con Acre y Tiro del ejército germano, tanto en Toron como antes, en la campaña de Beirut, podría haber tenido una dimensión política. La muerte de Enrique de Champaña había reabierto una vez más la cuestión sucesoria del trono de Jerusalén. Su viuda, Isabel, tenía a la sazón tres hijas pequeñas, dos de Enrique; la mayor, María, hija de Conrado de Montferrat, contaba entonces solo cinco años. Isabel, con tres matrimonios a sus espaldas, pero que aún no había cumplido los treinta, se mantuvo como reina legítima. Algunos propusieron casarla con un noble local, el senescal Raúl de Tiberíades; pero los germanos, respaldados por las órdenes militares y el canciller —Joscio, el arzobispo de Tiro— defendieron a Aimery de Chipre, que acababa de enviudar. El atractivo de una unión entre Chipre y Jerusalén resultaba fascinante, en términos políticos, militares y económicos, sobre todo dadas las tensiones que existían entre los dos desde 1192. Como persona, Aimery contaba con experiencia, lazos familiares estrechos con la nobleza de Jerusalén (los primos hermanos de su difunta esposa, Ibelin, eran hermanastros de la reina Isabel) y, en los últimos tiempos, se había convertido en cliente del emperador germano. Un reino unido chipro-jerosolimitano, bajo el protectorado germánico, ofrecía perspectivas de afianzar el imperialismo Hohenstaufen a lo largo y ancho del Mediterráneo, y de ahí surgiría un conducto permanente de ayuda para Tierra Santa sin comprometer de forma imprescindible los derechos celosamente alentados por la nobleza autóctona, las ciudades italianas o las órdenes militares. La presencia de un gran ejército germano reforzó este optimismo. Joscio de Tiro, que negoció con éxito la aceptación por parte de Aimery de la mano de Isabel y el trono de Jerusalén en octubre de 1197, también podría haber reflexionado al respecto de las ventajas transmediterráneas.[33] Él había sido el jefe de la embajada que Jerusalén envió a Occidente en los días de la desesperanza posterior a Hattin.

En enero de 1198, Aimery se casó con Isabel y fue coronado rey de Jerusalén. Aquel mismo mes, el arzobispo de Maguncia coronó a León II en la Armenia cilicia. Pero el gran designio Hohenstaufen ya había fenecido. El enfermizo Enrique VI había muerto en Mesina, el 28 de septiembre de 1197, dejando un solo hijo, Federico, que aún no tenía tres años, y una agitada, fraccionable y violenta herencia desde el Báltico al mar Tirreno. Otra baja derivada de la muerte de Enrique fue la de su cruzada. Al oír las noticias, y ante la perspectiva de un contraataque musulmán, los germanos levantaron el sitio de Toron el 2 de febrero, acabando, de hecho, con la cruzada germánica. Los francos de Outremer, con su nuevo monarca, prefirieron llegar a acuerdos con Al-Adil, antes que seguir con provocaciones o grandes gestos. Beirut les concedió una baza provechosa en la negociación, además de una importante compensación por la pérdida de Jaffa. Aimery aseguró la renovación de la tregua, en julio de 1198, hasta 1204. Las conquistas de 1197 iban a quedarse en los bandos respectivos: Al-Adil, con Jaffa; los francos, con Beirut, que le fue concedido al nuevo cuñado de Aimery, Juan de Ibelin, más tarde conocido como el «Viejo Señor de Beirut». Sin poder hacer nada en Tierra Santa, los dirigentes del ejército germánico ardían en deseos de regresar a casa, para hacer frente a las nuevas incertidumbres políticas. Dejando a un lado la toma de Beirut —que permanecería en manos cristianas hasta 1291—, la instauración de Aimery como rey de Chipre y luego de Jerusalén, y la de León II como rey de Armenia, la cruzada germánica había tenido un resultado más bien decepcionante. Incluso la división de los ayyubíes resultó más bien contraproducente, puesto que Al-Adil aumentó su reputación como el hombre más fuerte de la zona, capaz de enfrentarse a los infieles occidentales. Enrique VI debió de abrigar la esperanza de que su patrocinio de la reciente orden militar de los Caballeros Teutones, para los cuales había obtenido privilegios papales en 1196, le atraería apoyos constantes de Germania a Tierra Santa; pero el fracaso de esta cruzada impidió que sus posiciones se expandieran más durante toda una generación.

El futuro inmediato de Outremer, por lo menos hasta que expirara la tregua de 1198, parecía recaer sobre la diplomacia, la consolidación interna y nada más que incursiones militares tácticas contra los vecinos hostiles, sin una confrontación general. En Occidente,

las oportunidades de organizar una nueva cruzada en masa a Tierra Santa parecían seriamente debilitadas, después de que el equilibro político prometido por el imperialismo de Enrique VI se hubiera venido abajo. Germania cayó en una guerra civil por una sucesión muy disputada. Italia recayó en su inseguridad y las peleas internas. Los reyes españoles estuvieron ocupados de lleno con los insurgentes almohades, mientras que los reyes de Francia e Inglaterra siguieron inmersos en una guerra de veinte años (1194-1214) por la herencia angevina. La elección de Inocencio III en enero de 1198 no alteró en forma obvia estas realidades políticas. Sin embargo, el nuevo papa prefirió disponer, en lugar de seguir, los modelos de vida privados y públicos dentro de la cristiandad.

INOCENCIO III Y LA NUEVA CRUZADA

En las cartas que mandó por toda la cristiandad el 15 de agosto de 1198, Inocencio III hizo un llamamiento a una nueva cruzada a Tierra Santa. En concreto, hablaba de la retirada de los germanos tras la toma de Beirut y de los temores de un contraataque musulmán. Como si pretendiera señalar un régimen pontificio más enérgico, Inocencio combinó una retórica elevada, la conciencia de los errores pasados y un deseo de controlar la organización. En el esfuerzo colectivo, el pontífice pidió a los nobles y las ciudades que suministraran suficientes hombres armados. Las tropas servirían durante dos años en la campaña oriental. Se instituyeron las prédicas.[34] Un legado papal, Pedro Capuano, intentaría imponer una tregua de cinco años en la guerra que sostenían Ricardo I y Felipe II, que se lidiaba desde que Ricardo fuera liberado de la prisión de Enrique VI, en 1194. Otro, Soffredo, sacerdote cardenal de Santa Práxedes, iría a Venecia para hacer inquisiciones acerca del transporte. La naturaleza plenaria de las indulgencias, ofrecidas por la gracia de Dios, quedo más clara. De hecho, su claridad dejó huella en la memoria de por lo menos uno de los que respondió a la llamada: Godofredo de Villehardouin, mariscal de la Champaña, que la describió simplemente como «una remisión de cualquier pecado que hubieran cometido, siempre y cuando los hubiesen confesado».[35] El único elemento que obviamente resultaba una ilusión en el llamamiento

de Inocencio resultó ser la fecha límite propuesta para la reunión y partida, fijada para marzo de 1199. No obstante, desde el inicio y hasta la desastrosa y amarga conclusión de 1205, todo cuanto pudo ir mal para la cruzada de Inocencio, fue mal. La Cuarta Cruzada, tal como se la conoce hoy, fue la más controvertida de todas, la que provocó la famosa filípica de Runciman: «jamás ha existido mayor crimen contra la humanidad que la Cuarta Cruzada».[36]

El motivo que otorga tanta notoriedad a esta Cuarta Cruzada radicaba —y radica— en su resultado: la conquista de grandes extensiones de terreno del imperio bizantino cristiano, tras el saqueo a manos de los cruzados de su capital, Constantinopla, en abril de 1204. Pero la pretensión de Inocencio había sido cambiar el incierto veredicto de la Tercera Cruzada y el disgusto de la expedición germánica a Palestina, no revivir las amenazas que Enrique VI lanzara contra los griegos en 1195-1196. Era inevitable que Bizancio figurase en los cálculos de Inocencio, como había sucedido con todos los planificadores de grandes cruzadas en Oriente desde 1095. No obstante, un asalto hostil contra Constantinopla no formaba parte del esquema pontificio original. Como quedó de manifiesto en su bula de agosto de 1198, los motivos de Inocencio, en cuanto a las consideraciones que escapaban a la necesidad de recuperar toda Tierra Santa, concernían a su fomento de la autoridad papal, tanto en la actuación de la cruzada misma como en su intervención en la política secular. No se mencionaba para nada Bizancio, ni en la bula de 1198, ni en las otras que guardaban relación con la empresa oriental. La controversia que envuelve la Cuarta Cruzada gira en tomo a la cuestión del propósito. Si fueron crímenes la conquista violenta y el bárbaro pillaje desatados en Constantinopla, junto con el consiguiente desposeimiento de los griegos, ¿fueron resultado de una maldad deliberada, de una conspiración, o de una serie de decisiones fortuitas que generaron consecuencias imprevistas, aunque asumidas conscientemente? La destrucción de Bizancio, ¿fue un asesinato, un homicidio sin premeditación o acaso un acto en defensa propia?

En el plano inmediato, el reclutamiento de cruzados resultó un fiasco. En ocasiones se ha afirmado que Inocencio III deseaba que los monarcas reinantes no capitanearan su cruzada. Las discusiones de la Tercera Cruzada representaron una advertencia clara de las dificultades que podían llegar por ese camino, mientras que la cruza-

da de Enrique VI pareció refutar la autoridad misma del papa. Pero el ansia que Inocencio demostraba por resolver el conflicto político entre Felipe II y Ricardo I, destacado en la bula de agosto de 1198, indicaba que el santo padre había comprendido que los recursos financieros y políticos de los gobernantes le ofrecían la mejor oportunidad de llevar adelante una cruzada con éxito. No fue tanto el éxito de los planes papales, sino más bien el fracaso de la diplomacia pontificia y la constante inestabilidad internacional, lo que hizo que la carga del liderazgo militar recayera en los condes, no en los reyes. La misión de Pedro Capuano en Francia sirvió más para irritar que para pacificar. A ratos falto de tacto, otras veces halagador y moralista, el cardenal Pedro, un predicador de notable eficacia, parece haber combinado el estilo gladstoniano de dirigirse a los individuos como si se hallaran en reuniones públicas y el hábito disraeliano de repartir emociones a capazos.* En diciembre de 1198, cuando Pedro sugirió a Ricardo I que el rey debería acordar una tregua con Felipe II, Ricardo se enfurismó de tal manera ante el sermón que amenazó con castrar al legado.[37] La inesperada muerte de Ricardo en abril de 1199 —por culpa de una herida que le había causado una flecha de ballesta durante el asedio de un castillo rebelde, en Chalus, en el Lemosín— y la consiguiente crisis de sucesión en las tierras de Anjou, que se prolongó hasta la firma de un tratado entre Felipe II y el rey Juan, en Le Goulet, en mayo de 1200, descartó más implicaciones reales. El único beneficio que la cruzada obtuvo de esta larga crisis afectó a aquellos señores que se encontraron de pronto en el bando equivocado y, por ello, estaban dispuestos a alistarse por una buena causa que les venía muy bien, sobre todo por hallarse a dos mil quinientas millas de allí.**

La campaña de predicación prometía ser más eficiente. Una cadena de autoridad que se extendía desde el papa hasta los legados, las jerarquías eclesiásticas locales y los predicadores nombrados especialmente y con poderes para alistar a ayudantes, incluidos monjes y canónigos. El problema no radicaba en el mensaje, sino en la promoción y la recepción. En noviembre de 1198, Inocencio dio un

* William Gladstone y Benjamín Disraeli fueron adversarios políticos y se alternaron en el gobierno de Gran Bretaña hasta en cuatro ocasiones. (*N. de los t.)*

** Unos cuatro mil kilómetros. *(N. de los t.)*

golpe maestro en el terreno de las relaciones públicas, al reclutar al carismático evangelista francés Foulques de Neuilly, que ya gozaba de un gran tirón popular, por su característico estilo de rearme moral austero.[38] Sacerdote de una parroquia, de porte imponente y famoso por la gula, Foulques había afinado su destreza retórica durante una estancia en la sofisticada escuela de Teología de París, en la que tal vez el papa le conociera, en su juventud. A pesar de aquella formación de élite, Foulques prefirió un estilo de sencillez, a lo largo de su carrera como santo varón itinerante. Se labró su reputación a finales de la década de 1190, predicando una vuelta a la virtud apostólica, la práctica de la sencillez y la pobreza y el rechazo de los signos externos de corrupción, como la usura, el lujo y las licencias sexuales. Dio pie a que circularan historias de milagros basadas en las de los Evangelios y los Hechos de los apóstoles: sanación de los enfermos; curaciones de ciegos, mudos y cojos; exorcismos; reforma de las prostitutas; se contaba que había escapado de cadenas y de la prisión. Aunque en realidad era una parte casi oculta de la clase dirigente, Foulques —y sus admiradores— cultivaron la figura del profeta apartado, como Juan Bautista o incluso Pedro el Ermitaño. Aquella imagen cuidadosamente creada —la de quien perseguía con estilo llano la verdad y la redención, sin miedo—, tan provechosa para un evangelista profesional, mejoró muchísimo tras su encuentro con Ricardo I, que fue muy publicitado. Foulques acusó al rey en persona de ser orgulloso, avaricioso y voluptuoso, ganándose una ingeniosa réplica por parte del monarca: «Cedo mi orgullo a los templarios; mi avaricia, a los cistercienses; y mi voluptuosidad, a los benedictinos».[39] Foulques no conocía la timidez; fingiendo humildad y bañado en un mar de lágrimas de cocodrilo se dirigió a un público de cistercienses para decirles, en 1201, que él, personalmente, había conseguido enrolar a doscientos mil cruzados. Era una afirmación ridicula, pero tal vez reflejo de una poderosa necesidad de creer en sí mismo. Según las palabras de su panegirista contemporáneo y compañero de prédicas, Jacobo de Vitry, Foulques fue una estrella («stellam in medio nebule»).[40]

Como tal, Inocencio tenía muchas ganas de aprovechar su fama, su popularidad y su habilidad para promocionar la cruzada. Foulques encamó la tentativa de Inocencio de integrar la guerra de la cruz en el movimiento reformista más amplio, descrito en términos

generales como Pobreza Apostólica. Cuando Foulques fue nombrado predicador de la cruz en noviembre de 1198, tenía carta blanca, sobre todo para escoger a sus compañeros de evangelización. Sus prédicas de la cruzada lo llevaron a Flandes, Normandía y Bretaña, además de a su propia tierra, la île-de-France.[41] Como medida de su impacto nos basta la indeleble impresión que su prédica dejó en el recuerdo de los contemporáneos. Dos *crucesignati* que pusieron por escrito sus experiencias, el gran Godofredo de Villehardouin y un caballero picardo de recursos limitados, Roberto de Clari, inician ambos sus historias de la Cuarta Cruzada con la prédica de Foulques. Para resaltar la importancia del abad Martín de Pairis (un lugar cercano a Basilea) en las predicaciones de la cruz, su panegirista Gunther de Pairis se esforzó mucho por vincularlo con la misión de Foulques. Pero los resultados tangibles de la prédica de Foulques son bastante inaprensibles, sobre todo en cuanto atañe al alistamiento de señores y propietarios, de quienes dependía el éxito de cualquier expedición. Durante el año siguiente no llegaron más reclutas importantes; para entonces, el atractivo de Foulques quizá iba de capa caída.

A pesar de la teología que Inocencio III propugnaba sobre la redención y la Guerra del Señor, había aspectos de la alianza entre Pobreza Apostólica y las cruzadas que chirriaban. Roberto de Clari señaló que, además de predicar la cruz, Foulques había recaudado «muchísimas riquezas que se llevarían a Tierra Santa, en el extranjero», supuestamente en forma de limosnas y donativos, tal como animaba a hacer el papado. El relato de Jacobo de Vitry es menos inocente y más revelador:

> [Foulques] empezó a reunir una gran suma de dinero de las limosnas de los fieles, que se había comprometido a pagar a los pobres que tomaran la cruz, tanto soldados como de otra clase. Pero, ya fuese por avaricia u otro vil motivo, no realizó esos pagos, y desde entonces, por juicio secreto de Dios, el poder y la influencia de sus prédicas fue declinando velozmente. Su fortuna aumentó, pero el temor y el respeto que había infundido se desvanecieron [42]

Según Jacobo, después de aquellas acusaciones de malversación de fondos, con la reputación hecha pedazos, Foulques se apar-

tó del primer plano. De hecho, siguió representando un papel importante, aunque solo fuera simbólico, por lo menos en la memoria de los observadores.

No fue el último evangelista que descubrió en la prédica y la cruzada una mezcla corrosiva. Los sermones de muchos de los moralistas que, tras recibir formación en París, difundieron las cruzadas de Inocencio III, solían centrarse por igual —o en ocasiones, más— en las dimensiones de redención y reforma, antes que en lo militar o lo material. Uno de los abades que Foulques reclutó para predicar la cruz, Eustaquio de Saint-Gemer de Flay, tras realizar viajes de prédica por Inglaterra en 1200 y 1201, fue recordado por sus virulentos ataques contra el comercio ilegal y los infractores del *sabbat,* más que por apremiar a los hombres a la guerra santa.[43] Las dificultades de Foulques procedían de una serie de contradicciones y conflictos potenciales entre su postura habitual contra la usura y las exigencias de la cruzada. Al insistir tanto en rechazar la usura (esto es, los créditos) y abandonar las riquezas en favor de la rigurosa *vita apostólica,* enfrentaban a los que aspiraban a contribuir y participar en la cruzada con dilemas de tipo material y moral. Foulques se descubrió a sí mismo predicando la pobreza y la maldad del dinero, al mismo tiempo que se lo iba guardando. Importa bien poco si fue en verdad un corrupto: como siempre, habría otros clérigos ansiosos por lanzar la primera piedra. Foulques había levantado su nombre a partir de una imagen, y lo perdió de la misma manera. Pero, pese al tufillo del escándalo, sus esfuerzos fueron recordados como algo fundamental. Quizá no fuera una coincidencia que algunas de las zonas en las que predicó —en el norte de Francia, Flandes entre ellas— produjeran grandes grupos de cruzados. Tanto el champañés Villehardouin como el picardo Roberto de Clari insistieron enfáticamente en la probidad de Foulques; tal vez habían oído las historias de los desfalcos. A pesar de los rumores, Foulques siguió inmerso en la aventura de la cruzada hasta su muerte, acaecida en mayo de 1202; atendió a los dirigentes de las cruzadas en Soissons, en mayo de 1201, y presidió el Capítulo General de los cistercienses, una orden muy implicada en la campaña de predicación, en septiembre de ese mismo año.

A pesar de las afirmaciones hechas por Foulques y sobre Foulques, la mayoría reconoció la mano del papa Inocencio tras el ca-

rismático predicador francés. Fuera cual fuese el éxito cosechado por los predicadores, en 1198-1199 la cruzada apenas había avanzado de forma pública, sobre todo debido a las dificultades de Inocencio. Las mismas penalidades de Foulques pusieron sobre la mesa uno de los problemas de Inocencio: el dinero. En diciembre de 1199, pasada ya la fecha límite que él mismo había fijado, y sin ninguna perspectiva de que los reyes fueran a participar, el papa proclamó un impuesto sobre los beneficios eclesiásticos de una cuadragésima parte (el 2,5 por cien) para pagar «por los gastos de sostenimiento de los combatientes».[44] Para intentar prevenir la resistencia a esta original demostración de autoridad papal, prometió que el tributo no crearía precedente, lo cual indica que la manera en la que Inocencio concebía el poder pontificio carecía aún del consenso general. Contratar a soldados a sueldo para la cruzada no era ninguna idea nueva. Conrado III ya lo hizo en Tierra Santa, en 1148, igual que Felipe II y Ricardo I, a su llegada en 1191. Ricardo había pagado por su flota y sus marineros. Enrique VI había suministrado salarios para un regimiento montado de por lo menos tres mil hombres, en 1195. Si, como recogió Jacobo de Vitry, Foulques de Neuilly estaba recaudando fondos para pagar a los soldados, entonces Inocencio había reconocido desde el principio la necesidad de una reserva de hombres y dinero. Las finanzas y los mercenarios iban a ocupar un lugar central en el modo en que se desarrolló y se llevó a cabo la Cuarta Cruzada.

En 1198-1199, los planes orientales de Inocencio estaban tardando en fraguar. En otros lugares, las concesiones de privilegios a los cruzados —como contra los livonios, privilegios renovados en 1198— costaban poco, pues casi toda la carga se soportaba localmente. Las guerras en Francia y Germania fueron, en parte, responsables del retraso en la empresa de Tierra Santa. Mayor presión ejercían las dificultades políticas en Italia, donde un aventurero germano y antiguo administrador imperial, Markward de Anweiler (muerto en 1202), estaba intentando consolidar un poder propio en tierras de su antiguo señor Enrique VI, al sur de Italia y en Sicilia. Inocencio, como guardián de los derechos de Federico II, hijo de Enrique, trató de organizar una resistencia. En enero de 1199, bara-

jó la idea de conceder indulgencias plenarias de Tierra Santa a quienes se enfrentaran a Markward en el continente. En noviembre, quizá como último recurso, cuando parecía que Markward y sus aliados musulmanes tenían Sicilia a su merced, Inocencio ofreció indulgencias de Tierra Santa a quienes estuvieran preparados para luchar contra los invasores, en parte porque contemplaba las ambiciones de Markward como un obstáculo para el proyecto palestino. Una guerra en Italia y Sicilia influía de forma inmediata en los preparativos de cualquier cruzada a Oriente, aunque solo fuera por el hecho de impedir que los cruzados pudieran usar los puertos con seguridad y tuvieran acceso al transporte marítimo. El efecto que produjeran las concesiones de Inocencio es difícil de calibrar. No parece que los otros rasgos centrales de la cruzada, la prédica y la concesión de la cruz, se hubieran empleado en este caso, por más que el conflicto se hubiera llamado la primera «cruzada política».[45]

Aparte de distraer al papa de la cuestión oriental, las guerras de Italia y Livonia confirmaron la forma inclusiva en la que Inocencio interpretaba y usaba la guerra santa de la cruz. Su teología funcionaba. La prédica había empezado a despertar la conciencia de los fieles. La bula de agosto de 1198, que siguió tan de cerca de la ascensión de Inocencio y el final de la cruzada germánica, había confirmado una postura casi permanente con respecto a la cruzada de Tierra Santa, en lo que respecta a las determinaciones religiosas y eclesiásticas de la iglesia occidental. No obstante, convertir la ambición en acción exigía la iniciativa no solo del papa, los legados y el clero; ni siquiera bastaba con las masas entusiasmadas por los evangelistas cruzados. Para llegar a algún sitio, la nueva cruzada de Inocencio, tal como admitió él mismo en su bula, dependía del compromiso y el liderazgo de los ricos y poderosos del mundo secular.

Capítulo 16

LA CUARTA CRUZADA: PREPARATIVOS

La ironía fundamental de la Cuarta Cruzada procedió de sus logros. La captura de Constantinopla, en abril de 1204, junto con la posterior anexión de extensos territorios del imperio griego por parte de señores occidentales, constituyó un triunfo admirable y memorable de los caballeros occidentales, para muchos de los participantes y testigos presenciales. Contra todas las previsiones, según se esforzó en recalcar más adelante uno de sus líderes, Godofredo de Villehardouin, los cruzados habían sojuzgado «a la ciudad más impresionante, más poderosa y mejor fortificada del mundo».[1] Sin embargo, todos los pasos de aquel camino —desde el tratado de Venecia, que hacía hincapié en que todos los ejércitos se congregaran allí en 1202; el asalto del puerto dálmata de Zara; el desvío a Bizancio en 1203— estuvieron acompañados por divisiones, dudas, peleas y deserciones. La victoria en sí misma pareció necesitar de una justificación constante, tanto en su momento como en fechas posteriores. Las conquistas griegas no despertaron demasiado interés ni apoyo en Occidente, al menos, una vez asegurado el enorme botín de reliquias sagradas. Esta «nueva Francia», según la denominó Honorio III, sucesor de Inocencio III, no logró atrapar la imaginación ni competir, en ese terreno, con la Tierra Santa. Mientras que Bizancio ya no se recuperó nunca por completo del trauma de la derrota y la división, el efecto que tuvo la Cuarta Cruzada en la mayor parte de la Europa occidental cabe calificarlo de periférico. La excepción fue Venecia, una ciudad que había apostado mucho —y ganado mucho— en esta inesperada inauguración de su imperio internacional. No obstante, la

imagen de un ejército cristiano de cruzados, como responsable de arrasar la antigua capital cristiana de Constantinopla, era sin duda llamativa, como mínimo, si no inquietante. El papa se sintió horrorizado.[2] Como victoria del pragmatismo —y quizá también de la desesperación— sobre el idealismo, la conciencia y, a juicio de algunos, incluso el Derecho, la Cuarta Cruzada no cumplió su propósito principal de recuperar Jerusalén. Fuera cual fuese la dimensión religiosa de atacar a los griegos cismáticos, la excusa esencial para los hechos de 1203-1204 se basaba en una variedad de argumentos a favor de la guerra justa, junto con las razones de la conveniencia. Cuando la aventura de combatir por Tierra Santa se canceló oficialmente en el verano de 1205, no había habido guerra santa. En realidad, la cruzada se había suspendido antes de empezar.

RECLUTAMIENTO Y FINANCIACIÓN

El primer reclutamiento para la cruzada de Inocencio III debía mucho a un fantasma. Mirando hacia atrás, medio siglo más tarde, un cisterciense bien informado, Alberico de Trois-Fontaines, caracterizó la empresa como «una expedición de ultramar, de nobles bendecidos con la cruz, que antes habían abandonado al rey Felipe, junto con otros barones, tras el ataque del rey Ricardo».[3] Media década de conflictos intensos había obligado a buena parte de la alta nobleza de Francia a elegir entre la lealtad a los capetos o la alianza con los angevinos. Poco antes de 1200, entre los partidarios de Ricardo se contaban los condes de Flandes, Blois y Saint-Pol, que fueron, todos ellos, jefes destacados de la posterior cruzada. La muerte de Ricardo en abril de 1199 transformó las expectativas. En vida de Ricardo, pocos aristócratas, de ninguna región de Francia, se habrían sentido alegres ante la idea de partir a Oriente antes de que se apagara o resolviera la contienda entre los reyes de Francia e Inglaterra; no les habría parecido razonable. Por hermosas que fueran las palabras de un Foulques de Neuilly, no bastaban para quitar peso a las necesidades políticas. El valor de la protección que concedía la iglesia a los cruzados ausentes de sus propiedades quedó claramente manifiesto por el destino de las tierras francesas del propio Ricardo en 1193-1194. Sin embargo, a la muerte de Ricardo se alean-

zaron nuevos acuerdos; entre otras razones, porque su sucesor, Juan, poseía una personalidad repulsiva. Juan fue uno de los monarcas más infaustos de la Edad Media, pues perdió un imperio y solo unió a sus barones en el disgusto, el resentimiento, el miedo y, a la postre, la rebelión. Los antiguos aliados de Ricardo se hallaban en una situación incómoda que, no obstante, podía resolverse de manera honrosa mediante la decisión de tomar la cruz, determinación que serviría a los intereses del rey de Francia y merecería su aprobación. Muchos de los grandes señores del norte de Francia eran jóvenes. En 1199, los condes de Flandes, Blois y la Champaña tenían menos de treinta años y o carecían de descendientes, o estos eran niños de corta edad. Para el rey Felipe, su ausencia en la cruzada suponía eliminar a personas problemáticas —contrastadas o potenciales— y ofrecía oportunidades de una lucrativa intervención real en sus territorios, mediante acuerdos de regencia o de tutela.

En el invierno de 1199-1200, un grupo de grandes nobles del norte de Francia, íntimamente relacionados entre ellos, aceptó tomar la cruz. Los condes de la Champaña y Blois lo hicieron durante un torneo, en Ecry-sur-Aisne, el primer domingo de Adviento (28 de noviembre); los condes de Flandes y Brujas, algo más tarde, el miércoles de Ceniza (23 de febrero).[4] Teobaldo de Champaña y Luis de Blois eran primos. Balduino de Flandes estaba casado con María, hermana de Teobaldo, que tomó la cruz con él, aunque en avanzado estado de gestación. Las fechas no fueron casuales: las dos se encontraban en los primeros días de las dos grandes estaciones penitenciales del año cristiano. Adviento y Cuaresma, épocas ya habituales para los votos penitentes de la cruzada. No eran actos espontáneos, en ningún caso; todos los condes habían reunido a cantidades destacadas de vasallos de primer orden, que también tomaron la cruz. El calendario quizá sea indicativo asimismo de preparativos más amplios, que incluirían al papa, aunque carecemos de pruebas directas de ello. Transcurrido un mes desde la ceremonia de Ecry, Inocencio emitió una bula en la que anunciaba sus propias disposiciones financieras para la expedición.[3] El sumo pontífice podría haber estado esperando la noticia del compromiso público de los nobles franceses. Ciertamente, el preámbulo a la bula del 31 de diciembre da a entender que ya habían comenzado las acciones, a las que el papa confiaba en contribuir. También nombró a dos legados pontificios, que via-

jarían a Tierra Santa. Al mismo tiempo, se renovó o amplió la campaña de predicación, por ejemplo en Germania y las islas británicas.[6]

La campaña de predicación de la Cuarta Cruzada estuvo organizada mediante tres clases de agentes: los legados pontificios; los obispos locales; y los miembros del Cister. Incluso Foulques de Neuilly se ajustaba al proyecto. Inocencio declaró que su nombramiento como predicador de la cruz se había realizado con el «consejo y asentimiento» del embajador enviado a Francia, Pedro Capuano.[7] Una fuente cisterciense bien informada insistió en que Foulques ya había adoptado la cruz antes, en un capítulo general de la orden, en Citeaux, el 4 de septiembre de 1198; pero que luego había fracasado en su intento de convencer a muchos cistercienses de que lo ayudaran en la campaña de sermones. Más tarde se adujo, en Outremer, que parte de la «incontable riqueza» de Foulques estaba depositada con el Císter, que la envió a Tierra Santa para costear la reparación de las murallas de Tiro, Beirut y Acre.[8] Independientemente de esta asociación de Foulques con el Císter, ya sea esta cierta o fruto de engaños piadosos, otros miembros de la orden interpretaron papeles de relevancia tanto en los sermones como en el acto mismo de acompañar a los cruzados. El abad Martín de Pairis despertó mucho entusiasmo en Basilea, en mayo de 1201, probablemente, donde la prédica anterior del obispo local no había logrado más que una respuesta moderada. En consecuencia, se unió a los cruzados de Basilea en el viaje que debía conducirlos a la congregación general de los ejércitos, en Venecia, en el verano de 1202. Los abades de Loos y Les Vaux de Cemay fueron figuras destacadas en la propia expedición, aunque discreparon en la cuestión del desvío a Bizancio. Algunos cistercienses, como el abad de Luciedo, formaban parte del séquito del marqués Bonifacio de Montferrat, cuando este llegó a Francia hacia el final del verano de 1201, dispuesto a aceptar el liderazgo de la cruzada; quizá estos religiosos resultaran cruciales a la hora de convencerlo de asumir tal labor. En septiembre de 1201, el capítulo general cisterciense de Citeaux fue huésped de Bonifacio y otros líderes cruzados, en una asamblea en que la estuvieron también Foulques de Neuilly y, posiblemente, Martín de Pairis.[9] La tradición evangélica de la Segunda Cruzada, que había sostenido el entusiasmo del Císter por la cruzada con posterioridad a 1187, proporcionó a los organizadores de la expedición

una útil red de información, influencia y creación de prosélitos. La orden quedó exenta del impuesto clerical de 1199. Su función quizá añade color al regalo de Ricardo I, dada la codicia del rey.

Sin embargo, como antaño, la predicación era solo parte de un proceso de compromiso público. Cuando Martín de Pairis pronunció su sermón en Basilea, el público ardía de expectación, movido de entrada por los rumores de otras prédicas en otros lugares, «preparados, en sus corazones, para enrolarse en el campamento de Cristo ... anticipando con ansia una exhortación de esta clase».[10] No obstante, aunque las congregaciones masivas podían verse afectadas por escalofríos de emoción y momentos de epifanía, la decisión de tomar la cruz dependía de una larga cadena de cálculos y decisiones conscientes, de carácter tanto individual como colectivo. Esta actividad deliberada y compleja requería tiempo para lograr la aceptación, el permiso y el apoyo de la familia, los señores, los clientes o los vasallos, así como para empezar los preparativos materiales y espirituales. Los sermones actuaban como representaciones ritualizadas de este proceso, pues tomar la cruz servía a un tiempo de confirmación y de inspiración a otros. Pero se requerían meses, si no años, para transformar el compromiso en acción, porque, a diferencia de los primeros cruzados, que emprendieron su aventura en 1095-1096, los sucesores sabían cada vez más qué les aguardaba y se esforzaban por mitigar de antemano las dificultades.

Entre 1199 y 1202, el reclutamiento de la cruzada se extendía desde el mar de Irlanda hasta el Adriático, desde Sajonia y Lombardía a la Provenza. Sin embargo, las regiones centrales iban de Flandes, al sur, por la Champaña e île-de-France, hasta el Loira. En su conjunto, daba la impresión de ser un asunto muy francés. La ceremonia de Ecry, cuidadosamente planeada, supuso un impulso importante. Uno de los que tomó la cruz en ese lugar, con el conde Teobaldo, fue Godofredo de Villehardouin, mariscal de Champaña, quien escribió que «las gentes de todo el país se sentían ciertamente impresionadas cuando hombres de tan alta condición tomábamos la cruz».[11] Tanto si las respuestas al llamamiento cruzado se originaban en el entusiasmo o la convicción personal, ejercían también una influencia muy poderosa las redes de la familia, el señorío, la región, la comunidad y la tradición. Como ocurrió con varios líderes de la cruzada germánica, cuatro años antes, en este caso la ju-

ventud de algunos de los condes franceses podría haber sido un estímulo para la aventura. La prédica, por sí sola, era insuficiente. Muchos *crucesignati* de la aristocracia presumían de la distinguida tradición cruzada de la familia. El padre de Teobaldo de Champaña, el conde Enrique I, había visitado en dos ocasiones Tierra Santa, la primera de ellas, con la Segunda Cruzada; el hermano mayor, el conde Enrique II, del cual había heredado el condado, fue uno de los comandantes de la Tercera Cruzada y soberano de Jerusalén entre 1192 y 1197. Luis de Blois, en su adolescencia, había luchado con su padre en Palestina, en el marco de la Tercera Cruzada. Balduino de Flandes era heredero de una de las tradiciones cruzadas más señeras de todas, que se remontaba hasta el conde Roberto II, durante la Primera Cruzada, e incluía a otros tres condes del siglo xii. Entre los veteranos figuraba asimismo Godofredo de Villehardouin, que había pasado cuatro años en una cárcel musulmana, tras ser capturado fuera del campamento de Acre en 1190, y Simón de Montfort, que acababa de regresar de Tierra Santa.[12]

Al narrar de nuevo la historia de la Cuarta Cruzada, los testigos tendieron a agrupar a los reclutas nobles de acuerdo con su adscripción regional o con las asociaciones de señorío. El caballero picardo Roberto de Clari describió cuerpos de cruzados de Picardía, Flandes, la Borgoña, la Champaña, íle-de-France, el Beauvais y el Chartrain y los dividió entre los muy acaudalados y los que calificó de «pobres», hombres de condición caballeresca, pero sencilla, que manifestaban la misma «prouesse» de la élite de los caballeros,* aunque no siempre se quedaron con lo mejor del botín.[13] También Villehardouin enumera a los reclutas según las afinidades regionales o familiares, aunque los organizó de un modo más jerárcico, según la precedencia de sus condes locales. Cuando Balduino de Flandes tomó la cruz, lo acompañaron su mujer y su hermano Enrique, junto con un séquito significativo de nobles del lugar. Su ejemplo fue imitado pronto por señores vecinos de Artois y Picardía, tales como Hugo IV, el conde de Saint-Pol, y su sobrino, el conde Pedro de Amiens, uno de cuyos vasallos era el mencionado Roberto de Clari. En Flandes, como en la Champaña y Blois-Chartres, el

*** Valentía, bravura. En francés en el original.** ***(N. de los t.)***

compromiso público de los señores sumos de la región atrajo al proyecto a círculos aristocráticos más amplios. Y por el contrario, cuando, en la Borgoña, el duque Eudes (u Odón) III se negó a participar, fueron menos los señores prominentes que se unieron a la empresa; entre ellos, Odón de Champlitte y su hermano Guillermo, muy relacionados con la familia de los condes de Champaña. Sin embargo, el reclutamiento no quedó restringido a las redes de proximidad local, parentesco y clientela existentes en el norte de Francia. Aunque los enrolados en Inglaterra, en 1202, eran una cifra mínima, hubo cruzados del sur de la Borgoña y de Forez que hicieron camino hacia Oriente por Marsella. El sur de Germania y la Renania habían recibido prédicas evangelizadoras desde los primeros meses de 1200, con cierto efecto. La fuerza de Basilea, que partió en 1202, incluía al abad Martín de Pairis, que había encabezado en parte los sermones de la zona. Este foco alternativo de apoyo, en tomo a los obispos locales o a órdenes monásticas como la del Císter, queda demostrado asimismo por la presencia de los obispos de Autun (en la Borgoña), Soissons y Troyes (en la Champaña), el abad de Loos (en Flandes) y, como caso más excéntrico, el obispo de Halberstadt, en Sajonia, un cruzado alejado de la ortodoxia.

En 1202, Conrado de Krosigk, el nuevo obispo de Halberstadt, fue excomulgado por el legado pontificio, el cardenal Guido de Palestina, por actuar como partidario feroz de Felipe de Suabia, cuyas aspiraciones al trono germánico eran contestadas a la sazón, de manera no menos intensa, por Inocencio III. Sin inquietarse por ello, el obispo Conrado tomó la cruz el 7 de abril de 1202, «pues consideraba más prudente confiarse a las manos de Dios que a las manos de los hombres».[14] Tras acompañar al grueso del ejército cruzado de Venecia a Zara y a Constan ti nopla, cumplió sus votos en Tierra Santa, a finales de 1204. Sólo entonces fue absuelto de su anterior excomunión, decisión que fue ratificada por el papa, no sin reticencia, en junio de 1205. Pero durante toda su cruzada, por tanto, el obispo Conrado fue un excomulgado. Su condición equívoca no pareció interferir, sin embargo, en sus relaciones con las autoridades eclesiásticas, ni frenar su compra, en la capital griega, de reliquias escogidas, sedas, piedras preciosas y diversas clases de tejidos y tapices exquisitos. La condición y el entusiasmo de Conrado vencían lo que quedaron como sutilezas legales. Parece haber dispuesto que sus memorias se transcribieran duran-

te su retiro, en 1209. En ellas, el hecho de que la masa de los cruzados escépticos aceptara la decisión de desviar la cruzada a Constantinopla, en 1203, se atribuye a que los combatientes fueron «arrastrados en parte por las oraciones, en parte por la recompensa».[15] Oraciones y gratificaciones: no es un mal resumen de toda la cruzada.

La piedad de los cruzados hacia la causa de Tierra Santa era genuina, sin embargo. Hay abundantes pruebas, en documentos y crónicas, sobre los legados piadosos, que ya eran tradicionales, y la puesta en orden de los propios asuntos. El testimonio de los hechos demuestra que el compromiso, personal y colectivo, podía extenderse incluso hasta la muerte. Según la formulación de los poetas *crucesignati,* la elección entre el amor a la dama y a la cruz, entre «ir con Dios o quedarse aquí», es injusta.[16] Parece ser que el entusiasmo de Teobaldo desempeñó un papel relevante a la hora de poner en marcha la cruzada, aunque su muerte temprana le permitió asumir la función postuma de líder perdido, inmaculado, no afectado por las desviaciones de los hechos posteriores. No obstante, la importancia de, al menos, los condes —y sobre todo, del propio Teobaldo— se debía no menos a su riqueza que a su condición social o su convicción. Si el conde Hugo de Saint-Pol se quejó, en julio de 1203, cuando el ejército cruzado llegó a las puertas de Constantinopla, de haber contraído deudas muy cuantiosas, se refería a los gastos de la campaña, no a la posición financiera que ostentaba en origen.[17] Probablemente, Balduino de Flandes y Teobaldo de Champaña eran los nobles más ricos de Francia; la suma de sus recursos podía rivalizar con la fortuna de rey. Luis de Blois, conde a su vez de Clermont por el derecho de su mujer a tal título, controlaba otro territorio muy amplio y rico. Eran señores capaces de financiar a sus partidarios y seguidores, lo que producía una mezcla, necesaria, de incentivos y control.

Las cruzadas se habían convertido en una gran empresa cooperativa. Los grandes señores costeaban los gastos de su séquito inmediato y el número de mercenarios que quisieran contratar. Aparte de eso, casi como atributo de señoría, muchos líderes consideraban necesario aportar fondos asimismo a sus vasallos de condición aristocrática. Las armadas, como la de Ricardo I, podían fletarse en parte a expensas de los comandantes. La experiencia de las cruzadas del siglo **xii** había dado a entender que una financiación centralizada contribuía a la mayor eficiencia y el máximo orden de la planificación y ejecución

del proyecto. Contra ello, el principio canónico por el cual cada *crucesignatus* debía costear sus propios gastos seguía firme, aunque, con los recursos financieros de Inocencio III, comenzó a debilitarse. La Cuarta Cruzada se desarrolló durante un período de cambio, en el que se pasaba de expediciones sufragadas en su mayoría por los propios participantes, a otras en las que los fondos eran aportados, principalmente, por los jefes militares y la iglesia; este rasgo devino característico de las cruzadas desde mediados del siglo XIII. En ello, los ejércitos cruzados reflejaban modelos de organización militar que habían comenzado a emerger por toda Europa. En 1199-1202, por lo menos, para granjearse el apoyo, según sugirió el mismo papa, la dirección de la cruzada debía estar preparada para ofrecer abiertamente respaldo financiero a sus seguidores. Sin embargo, fue preciso recordar a estos pagadores que solo conservarían la autoridad mientras conservaran la solvencia. Si no había disponibilidad de dinero, no había control ni, en último lugar, cruzada. La experiencia de la Cuarta Cruzada dejó de lado las concepciones sentimentales de la base material de la aventura y su curso fue determinado, casi por completo, por las finanzas y la necesidad constante de obtener recursos. Desde buen principio, los jefes cruzados lo entendieron así. Teobaldo de Champaña calculó que necesitaría veinticinco mil libras para pagar a su propio séquito y contó con otras veinticinco mil para retener a otras tropas. Inocencio III aceptó el reclutamiento de combatientes a cambio de soldadas. En la campaña de Constantinopla, Hugo de Saint-Pol reconoció que tanto los caballeros de condición, como los demás soldados a caballo (venidos de los distintos feudos) y la infantería necesitaban su salario, aunque solo fuera para cubrir los gastos.[18] Balduino de Flandes entregó a Gilíes de Trasignies —que más adelante se convirtió en héroe de la épica en verso vernáculo, además de vasallo jurado *(home lige*)— quinientas libras para que lo acompañara en la cruzada. El conde contrató también a soldados expertos. Además de dotarlos de alimentos, ropas y otras provisiones, Balduino envió a algunos de ellos en sus propios barcos, en una flota que zarpó de Flandes en el verano de 1202, a las órdenes del gobernador de Brujas, entre otros. Era, sin duda, un proyecto condal. Cuando llegaron a Marsella a finales de año, quisieron saber qué ordenaba Balduino para seguir viaje hacia uno u otro lugar.[19] Sin la inversión de los jefes, en suma, no habría habido cruzada.

Se buscaron fondos por toda Europa. El conde Balduino era uno de los hombres más ricos del continente, porque su condado se hallaba en el centro de una industria de telas de algodón y su comercio, que se extendía de las islas británicas al Mediterráneo. Aun así, en 1202 intentó obtener dinero de sus súbditos, con el permiso previo de sus señores directos.[20] El obispo Conrado de Halberstadt recibió quinientos cincuenta marcos de plata del deán de Magdeburgo.[21] Aparte del impuesto clerical de 1199 —en apariencia, ineficaz—, en Inglaterra y Francia se propuso, en 1201, la extracción de un impuesto voluntario de un cuadragésimo, aplicable a los laicos. Ello quizá despertara la hostilidad de Felipe II, como hicieron otras ordenanzas de la iglesia con respecto a la cruzada.[22] En Inglaterra es posible que se recaudaran y entregaran ciertas sumas de dinero, incluidos mil marcos que el rey Juan de Inglaterra concedió a su sobrino Luis de Blois.[23] Odón de Champlitte y Guido de Thourotte, poeta y castellano de Coucy,* quizá gozaran de ciertos fondos cobrados por Foulques de Neuilly.[24] Los cruzados menos señeros optaron por los métodos tradicionales de recaudación. Hilduino de Villemoyenne, en la Champaña, vendió una serie de tierras que le reportaron al menos doscientas ochenta libras, doscientas de las cuales fueron pagadas por los monjes de San Pedro de Montier-le-Celle, en peniques.[25] Un «fidelis» de Balduino de Flandes, Romondo, hipotecó propiedades para un préstamo de ciento cuarenta libras (en dinero de Hainault) en un plazo de seis años.[26] El problema de todas estas medidas, como en las campañas anteriores, radicaba en que los *crucesignati* no podían presupuestar con exactitud los gastos futuros. Hugo de Saint-Pol no fue el único que se vio obligado a contraer deudas para sufragar los costes de la campaña. La financiación quizá determinara la estructura inicial de los ejércitos cruzados, pero —de nuevo, en común con lo ocurrido en cruzadas anteriores— la necesidad de hacerse con sumas cuantiosas en el transcurso mismo de la expedición ejerció una influencia no menos apabullante sobre la estrategia, los objetivos y el resultado de la empresa.

* Este *trouvére* es más conocido, justamente, como *Le Châtelain de Coucy* (el castellano de Coucy). Es el protagonista de la famosa leyenda del corazón comido. *(N. de los t.)*

Preparativos y tratado de Venecia, 1201

La predicación, el reclutamiento y la planificación no eran partes de un proceso secuencial, sino que se desarrollaban en paralelo. Hasta finales de 1199, hay pocas huellas de lo último. Sin embargo, el llamamiento de Inocencio en agosto de 1198 no se produjo en un vacío. En lo que atañe a la estrategia internacional, gracias a la cruzada germánica, el conocimiento de los hechos de Tierra Santa era vivido y reciente. Al año siguiente, el pontífice solicitó al patriarca Aymar de Jerusalén un informe sobre la situación de Oriente.[27] Uno de los rasgos más llamativos de la Cuarta Cruzada fue la conciencia clara de los máximos dirigentes de la política de Oriente Próximo y una corriente incesante de comunicación entre los planificadores de la Europa occidental y los francos de Outremer. Dada la tregua en Palestina, de 1198, una fuerza expedicionaria no habría sido bien recibida en Tierra Santa. Esto parecía ser relevante para el alto mando de los cruzados. En el tratado de 1201, suscrito con los venecianos, por el cual se organizaba un ataque contra Egipto, se acordó de forma explícita que la armada zarparía directamente hacia Africa, sin desembarcar en la Outremer continental, lo que habría puesto en peligro la diplomacia del rey Aimery.[28] Esta insistencia en respetar la tregua de 1198 podría explicar, en parte, la hostilidad constante y estridente de los líderes de la cruzada ante cualquiera que deseara abandonar el ejército para poner rumbo directo a Palestina. No obstante, aunque tal vez la meta de Egipto fue sugerida al papa o por el papa en 1198-1199, no se conocen pruebas al respecto y, a tenor de algunas circunstancias, se diría improbable. La propaganda hablaba exclusivamente de Jerusalén y Tierra Santa. Incluso en 1201, la elección de Egipto como destino fue mantenida en secreto, con toda deliberación. Como signo de fluidez, más que de la claridad de la planificación estratégica, la flota flamenca que surcaba el Mediterráneo en el verano de 1202 no tenía conocimiento exacto de dónde debía reunirse con el conde Balduino, ni, menos aún, de cuál sería su puerto último. A pesar de que, desde lejos, se les dieron órdenes contrarias, cuando se los dejó a su albedrío, en la primavera de 1203, se dirigieron hacia Acre.[29] Son incontables los combatientes que se embarcaron en 1201-1202 e hicieron lo mismo.

Desde un principio, Inocencio lanzó las redes diplomáticas en

una extensión muy amplia. Así, intentó comprometer al emperador bizantino Alejo III en sus planes, de un modo más constructivo que el que había empleado Enrique V con Alejo y su predecesor. Entre 1198 y 1202, el sumo pontífice y el emperador griego intercambiaron al menos ocho embajadas y doce cartas sustanciosas.[30] En un primer momento, Inocencio realizó un esfuerzo diplomático considerable para convencer a Alejo de que aceptara la unión de las iglesias y proporcionara asistencia material a la cruzada; el pontífice comenzó por proponer que los griegos participaran en la expedición, a cambio de sus indulgencias. Esta oferta partía de suponer que Bizancio aceptaría la autoridad papal, algo que Inocencio daba por sentado como *sine qua non.* Se repetían las alusiones al ejemplo de Manuel I, como crítica velada a la incapacidad de los griegos de ayudar a la cruzada. Tras recibir respuestas positivas, pero muy cautelosas, de Alejo, en el invierno de 1199-1200 las negociaciones se hundieron. Alejo pidió que se le devolviera Chipre y se restaurara la independencia imperial con respecto a Roma. El pontífice adoptó entonces una línea más dura, tras haber estado procurando asimismo alianzas con los vecinos de Bizancio: el rey Entérico (o Imre) de Hungría tomó la cruz y Kaloyán (o Iván) de Bulgaria fue coronado por un legado pontificio. Sin embargo, Alejo III terminó rechazando por completo las propuestas de Inocencio, lo que convenció al romano de que Bizancio merecía solo la destrucción o el sometimiento. En la primavera de 1203, fecha ya tardía, en la que la flota cruzada había zarpado ya hacia Bizancio, Inocencio prohibió de modo expreso que se atacara Constantinopla.[31]

Si la diplomacia y el trabajo de inteligencia se había iniciado en 1198, no era posible trazar ningún plan colectivo hasta contar con un ejército cruzado y una dirección militar. En las reuniones de Soissons y Compiégne, en el verano de 1201, los jefes franceses de la cruzada estudiaron el calendario y los objetivos. La asamblea —o *parlement,* según Villehardouin, que estuvo allí— de los condes y barones cruzados en Compiégne[32] sirvió como anticipo de cómo se dirigiría la aventura, con asambleas deliberativas y comités. Aunque Teobaldo de Champaña había tomado la iniciativa en primer lugar y, en ciertos aspectos, era aceptado como su primer motor, en la ausencia de un rey como señor sumo, el mando era colegiado. Los cruzados de Compiégne celebraron una sesión muy animada y, según parece, discutieron sobre todo por temas de trans-

porte, aunque es posible que también discreparan sobre el destino de la expedición. Se acordó enviar a Italia a seis embajadores, elegidos de entre los círculos más próximos a las tres figuras dominantes —las de los condes de Flandes, Champaña y Blois—, para que vieran el terreno y contrataran el traslado a Oriente. Como Egipto aparecía en el acuerdo alcanzado por esta delegación, es posible que así lo propusiera el *parlement* de Compiégne. Al menos cuatro de los embajadores, que recibieron poderes de plenipotenciario para sellar un tratado sobre los temas principales, eran veteranos de la Tercera Cruzada: el ya mencionado Villehardouin y Milón de Brébant (Champaña); Conon de Béthune (Flandes); Juan de Friaise (Blois). Egipto había sido considerada clave del destino de Tierra Santa desde antes de la Tercera Cruzada, pero la campaña de Ricardo I había servido para subrayar su importancia, como tema de varios relatos de la guerra palestina de 1191-1192, que ya comenzaban a circular. En aquellas fechas del cambio de siglo se había convertido ya en ortodoxia, y una conveniente, en vista de la tregua palestina de 1198.

A pesar de las actuaciones diplomáticas de Inocencio en la Europa central, la decisión de viajar a Oriente por mar era inevitable, incluso si el delta del Nilo no hubiera sido el objetivo. Se sabía que era más rápida y más segura y permitía un control más profesional, aunque requería una inversión de capital inicial más elevada. Hacía más de un siglo que las flotas cruzadas habían estado zarpando desde el norte de Europa hacia Siria. Habían sido el sostén material de los esfuerzos de la Segunda Cruzada y del asedio de Acre, en 1189-1191. Balduino de Flandes se preparaba para enviar una escuadra propia, como hizo Ricardo I en 1190. No obstante, como en 1190, no era posible embarcar a toda la fuerza expedicionaria en los puertos del Canal y el Mar del Norte, por su elevado número, sus filiaciones políticas y ubicaciones geográficas, la extensión del rodeo de la península Ibérica y, más en general, el temor al mar y a los mareos. Era necesario realizar el trayecto más corto y a bordo de los barcos más experimentados. Eso quería decir Italia.

Los embajadores se encontraban con alternativas limitadas. Génova y Pisa habían interpretado papeles centrales en la Tercera Cruzada, pero seguían atrapadas en una competencia salvaje y nada amistosa. Roberto de Clari se hizo eco del rumor según el cual los genoveses se negaron a colaborar, abiertamente, quizá como reacción a sus expe-

riendas con Felipe II, que habían dejado mucho que desear. Al parecer, los pisanos rehusaron ante la simple magnitud de los contratos. Quizá una y otra razón habrían convencido a los embajadores de confiar primero en la capacidad de Venecia, con astilleros más dotados. Inocencio III ya había enviado al cardenal Soffredo de Santa Práxedes a Venecia en 1198, «para ayudar a Tierra Santa» («pro Terrae Sanctae subsidio»), aunque no hay pruebas de ninguna connivencia entre Francia y el papa.[33] Venecia podía presumir de una tradición cruzada solo un poco menos constante que la de sus rivales ligur y toscano. Durante un siglo, peregrinos y cruzados habían utilizado Venecia como puerto de embarque para Tierra Santa y a los barcos venecianos como medios de regreso. Para los venecianos, la piedad y el beneficio económico no eran exclusivos, sino, idealmente, complementarios entre sí. En una exhibición de entusiasmo por la causa de Tierra Santa, una flota veneciana notable había viajado a Palestina en los albores de la Primera Cruzada, en 1099-1101, para ayudar en la conquista de Haifa, pero también adquirir la reliquia de San Nicolás de Mira (la ciudad licia). Su intervención cruzada de 1122-1125 pretendía presionar a los bizantinos, para que renovaran los privilegios comerciales.[34] Incluía incursiones en los puertos del Adriático y el saqueo de las islas griegas, en busca de botín y de reliquias. Sin embargo, la flota veneciana también combatió contra una flota egipcia, frente a la costa sur de Palestina, y proporcionó una asistencia que resultó crucial para la conquista de Tiro, en 1124. Es cierto que esta ayuda tenía un precio: derechos legales y comerciales muy amplios en el puerto conquistado. Pero eso no negaba el coste material y humano. Hacer campaña en Oriente suponía una aventura extraordinariamente arriesgada, tanto individual como civilmente. Las recompensas potenciales eran cuantiosas, pero también era muy elevado el riesgo de arruinarse. Los barcos que participaban en la guerra no podían comerciar. El balance de la implicación veneciana en las cruzadas del siglo XII no fue exclusivamente financiero.

Sin embargo, cualquier posible acuerdo entre Venecia y los cruzados debía ser realista, por ambos bandos. De ello dependía la suerte de toda la empresa; y de ello eran conscientes tanto los planificadores de la campaña, en Compiégne, y sus representantes, como, más aún, el dogo de Venecia, Enrico Dándolo (1192-1205) y sus consejeros. Los embajadores franceses llegaron a Venecia en los primeros días de febrero de 1201. Tras varias semanas de minucio-

sas negociaciones, se alcanzó un acurdo en abril. En San Marcos se celebró una ceremonia muy teatral, diseñada como símbolo de la sanción y el compromiso corporativo del *popolo* veneciano; con posterioridad, el tratado se juró, suscribió y selló. Los venecianos se comprometían a proporcionar embarcaciones especiales (*uissiers*) para el transporte de cuatro mil quinientos escuderos y nueve mil escuderos, así como naves (*nes*) para cuatro mil quinientos caballeros y veinte mil infantes, con provisiones de un año para los hombres —agua, vino, trigo, harina, fruta, verdura, etc. —y para los caballos. A cambio, los cruzados pagarían cuatro marcos por caballo y dos por hombre, hasta un total de ochenta y cinco mil marcos. Los venecianos aportarían asimismo su propia armada de cincuenta galeras, a condición de que se compartieran de forma igualitaria todas las conquistas, por tierra o por mar, logradas durante la duración del contrato. Los cruzados debían estar reunidos en Venecia el 29 de junio de 1202. Los pagos se harían en cuatro plazos: quince mil marcos, el 1 de agosto; diez mil, el 1 de noviembre; otros diez mil, el 2 de febrero de 1202; y los cincuenta mil restantes, al terminar abril de 1202. Para que la construcción de la flota se iniciara de inmediato, los embajadores cruzados tomaron prestados cinco mil marcos, que depositaron en manos del dogo. Por razones de relaciones públicas, se omitió la cláusula secreta según la cual el destino de la armada sería Egipto y, más específicamente, El Cairo, «porque desde allí, aplastar a los turcos resulta más sencillo que desde cualquier otra parte de su territorio».[35] Sin embargo, la naturaleza de la flota, incluida la sección especial de *uissier*, bien dotados para el desembarco, y la gran escuadra de galeras venecianas, indicaba a las claras que se pretendía atacar playas hostiles y luchar en el mar o en ríos, como en el delta del Nilo, a diferencia de lo que requerirían un puerto amigo, como el de Acre, o las colinas de Judea.

El tratado de Venecia fue, posiblemente, el más famoso y notorio de los contratos de transporte de la historia de Europa. Como fue la causa última de que se decidiera alterar el rumbo de la Cuarta Cruzada hacia las murallas de Constantinopla, ha atraído una controversia muy intensa; para empezar, la de algunos cruzados, que tuvieron que cargar con las consecuencias.[36] Los términos del tratado funcionaron como un vicio del cual los cruzados fueron incapaces de escapar, por la sencilla razón de que los cálculos sobre los

que se basaba demostraron estar equivocados, de una manera extraordinaria. El precio pactado suponía que el ejército contaría con 33.500 hombres. Ello afectaba de dos maneras. Por un lado, los cruzados tenían que reunirse en ese número, porque al menos parte del coste debían pagarlo en persona los *crucesignati,* aun cuando se esperaba que el grueso del importe lo satisficieran los líderes de la empresa. Los venecianos tuvieron que insistir en el precio acordado porque, en primer lugar, la flota debía prepararse antes de la llegada de los cruzados y, en segundo lugar, porque todo ello tendría un efecto importante en la economía veneciana. Según indica Roberto de Clari, el dogo afirmaba, en 1202:

> En cuanto vuestros mensajeros suscribieron el acuerdo conmigo, ordené por todas mis tierras que ningún mercader realizara negocio alguno, sino que todos debían contribuir a preparar la armada. Y así han estado esperando desde entonces, y no han obtenido ningún beneficio comercial desde hace un año y medio.[37]

Además de todo ello, y aunque no se especificara en el tratado, los venecianos, como no podía ser de otro modo, debían buscar la tripulación. Según cálculos de un estudio reciente, podríamos estar hablando de más de treinta mil personas. Tras renunciar a buena parte de los ingresos comerciales durante un año, e invirtiendo a su vez en una aventura extremamente arriesgada, que no prometía dividendos inmediatos —pero era, sin duda, del gusto del dogo—, tanto los venecianos como, sobre todo, su soberano, no apostaban en el empeño menos que los cruzados.

En este sentido, el tratado se convirtió en una trampa que podía llegar a arruinar a las dos partes. La cuestión central tenía que ver con los números. Si se cuenta individualmente, las sumas negociadas por el transporte de los hombres y los caballos no eran exorbitantes. Eran similares, por ejemplo, a las que Felipe II había suscrito con Génova en 1190. Ahora bien, ¿era realista que se alistara un número tan elevado de cruzados? Por otro lado, ¿se adecuarían a las disposiciones de un acuerdo preparado tan solo por una parte de la dirección? Aun siendo muy ricos y de gran influencia política, los condes franceses carecían de la autoridad necesaria para obligar a nadie más que a sí mismos y a sus vasallos. En estas circunstancias,

¿cabe pensar que los embajadores cruzados fueron ignorantes, ingenuos, o quizá solo irremediablemente optimistas? No necesariamente. En 1198, el sumo pontífice había invitado a los condes, los barones y las ciudades a organizar tropas según sus posibilidades. Propuso, asimismo, un impuesto clerical con el que esperaba pagar un ejército de mercenarios cuyos números cabe presumir que se podían calcular con cierto nivel de exactitud. Quizá esta era la clase de fuerza que Teobaldo de Champaña quería apoyar con su tesoro de veinticinco mil libras. Es posible que los veinte mil «serjanz á pié» del tratado veneciano hicieran referencia a esta división de soldados pagados mediante unos fondos centrales. De ser así, es probable que la cifra hubiera sido determinada por los jefes de la cruzada en Compiégne. Si Roberto de Clari tiene razón, Villehardouin y sus colegas estaban al tanto de lo ingente que era el ejército propuesto, antes aun de alcanzar Venecia; eso fue lo que convenció a Pisa de no participar en la subasta. Los veteranos de la Tercera Cruzada habían visto embarcar a decenas de miles de combatientes, con rumbo a Palestina, entre 1189 y 1191. Parece muy probable que la flota de Ricardo I, cuando zarpó de Mesina, en 1191, contara con más doscientos barcos. Un cálculo reciente del número de galeras de guerra, transportes para caballos y embarcaciones de pasajeros necesarias para cumplir el tratado de 1202 estima la cifra total en más de 240 naves, lo cual no está lejos de los cálculos que hiciera Nicetas Coniata hacia las mismas fechas. Según dos testigos cruzados independientes, la armada que a la postre levó anclas en Venecia en octubre de 1202 tendría unos doscientos barcos; todavía era capaz de cargar, por lo tanto, más de veinte mil hombres, entre soldados y tripulación.[38] Es posible que el tratado de Venecia exagerara la magnitud supuesta de las huestes cruzadas que llegarían a la ciudad del Adriático, pero no por ello cabe afirmar que las cifras acordadas fueran irracionales.

De hecho, unas cifras infladas tampoco convenían a los intereses de los venecianos, que sufrirían pérdidas colosales, si el contrato se acababa rompiendo. La idea de que los venecianos pusieron un precio deliberadamente desorbitado para sus servicios, o la de que extremaron las magnitudes del contrato para desviar la empresa en su propio beneficio, carece de pruebas circunstanciales; a no ser, claro, que se suponga que partieran de un plan muy madurado, de utilizar la cruzada para establecer un imperio propio. Es improbable, a la luz tanto del

propio acuerdo como de la historia veneciana entonces reciente. En el contrato de 1201 no se observa nada que arroje dudas sobre la sinceridad del proyecto de atacar Egipto. Ninguna urgencia obligaba a librar una guerra con Bizancio. Aunque los venecianos habían sufrido penalidades por la hostilidad griega, en 1171 y en 1182, y habían perdido tanto los privilegios comerciales como la base de Constantinopla, en 1187 se había restaurado su barrio comercial y en 1189 se acordaron compensaciones por la expulsión de 1171. Dándolo negoció en persona, con éxito, un acuerdo final que confirmó los derechos de Venecia en el imperio bizantino, en 1198. Este pacto garantizaba que Venecia recibiría un trato especial en el imperio y gozaría de libre acceso a los mercados, aunque el hecho de que Alejo III mostrara una preferencia creciente a favor de los genoveses —que dominaban, sobre todo, el Mar Negro— quizá sembrara cierta inquietud.[39] Como característica más general, la Venecia de 1201 no era una potencia imperial, en un sentido propiamente político, opuesto al comercial. En la carrera del dogo Dándolo tampoco hay nada que permita pensar que sopesara alejarse de su historia de defender, ante todo y con vigor, los intereses tradicionales de Venecia- Nicetas Coniata pensaba que Dándolo se movía por el deseo de venganza, pues había sufrido prolongadas ofensas personales y civiles de parte de los griegos.[40] No obstante, pese a los rumores —casi con toda seguridad, falsos— de que había quedado ciego en Constantinopla durante los disturbios de 1171, Dándolo parecía satisfecho con el enfoque pacífico de las relaciones con Bizancio y con el nuevo *statu quo* del tratado de 1198. Cuando el mercado oriental de Venecia pasaba, en la mayoría de casos, por Bizancio, la paz auguraba un futuro más seguro que la guerra.

Egipto y el gran núcleo comercial y de distribución de Alejandría suponían un alternativa del todo distinta: un riesgo mayor, a cambio de beneficios potenciales mucho mayores. Alejandría había acogido a mercaderes occidentales desde el siglo xi, pues era el centro del comercio de las especias, singularmente lucrativo —en efecto, recibía las especias originarias del sudeste asiático, que desembarcaban en los puertos del mar Rojo y pasaban al Nilo, antes de continuar el camino hacia Europa—, y una fuerte notable de trigo, azúcar y alumbre —que se usaba en la tintura y el curtido del cuero—. No obstante, en comparación con Genova y Pisa, Venecia mantenía en la zona una presencia minoritaria; el comercio con Egipto no representaría más

que una décima parte, quizá, de los negocios orientales de la ciudad. Dándolo había visto las oportunidades de primera mano, durante una visita que realizó a Egipto en 1174. En 1198, tal como respuesta a la misión del cardenal Soffredo, el papa concedió a Venecia la licencia de seguir comerciando con Egipto en los materiales de índole no militar —es decir, excluyendo el metal y la madera—, a pesar de la prohibición general —pero poco atentida— que decretara el tercer concilio de San Juan de Letrán.[41] Una cruzada exitosa daría a Venecia la oportunidad de ampliar su cuota en el mercado más rico de Oriente. El hecho de que el tratado de 1201 estipulara dividir a partes iguales cualquier conquista de ultramar, no hacía sino reconocer el enorme riesgo que asumía Venecia y su enorme contribución tanto material como humana, con las galeras de guerra y una cantidad de marinos que era solo ligeramente inferior a la calculada para los combatientes. También se hacía eco del que se conocía como Pactum Warmundi, de 1124, por el cual los venecianos aceptaban ayudar a los francos, dirigidos por el patriarca Gormundo de Jerusalén, a cambio un tercio de la ciudad.[42] En una nueva Alejandría franca, Venecia controlaría la mayor parte del negocio. Por tanto, la cruzada representaba para la ciudad una oportunidad única de ampliar las redes comerciales, además de reafirmar el patriotismo civil y de alcanzar la gloria inmortal de haber recobrado Jerusalén, la meta en la que los rivales genoveses y pisanos habían fracasado diez años antes. Carece de sentido desenredar los motivos y presentarlos como algo aislable; todos se complementaban entre sí para reforzar lo que era un acto sin precedentes de fe colectiva, tanto en el ideal de la cruzada como en sus beneficios pragmáticos. La magnífica ceremonia pública de San Marcos, con la cual se celebró la firma del tratado —y a la que acudieron, según recalcó Villehardouin con extrema emoción, diez mil personas— fue un acto apropiadamente espléndido de consagración civil.

La congregación de los ejércitos

Tras abandonar Venecia, cuatro de los embajadores franceses intentaron convencer, en vano, a Génova y Pisa, de que les interesaba participar en el proyecto; es de suponer que esperaban que el tratado de Venecia actuara como incentivo. En cambio, Villehardouin y uno de

los enviados del conde Balduino siguieron camino hacia Francia.[43] Al cruzar el paso del Mont Cenis se encontraron a un grupo de cruzados de la Champaña, que viajaban al sur, hacia Apulia, donde su líder, Gualterio de Brienne, pensaba reclamar su derecho al territorio. Esta pequeña compañía halló servicio con el papa, para luchar contra Markward de Anweiler. Ninguno de sus miembros llegó a la ciudad de los canales. Este encuentro casual subraya una de las deficiencias más evidentes del tratado de Venecia: los que podían costearse el viaje a Oriente por sí mismos, o no tenían contacto con los tres grandes condes franceses, no estaban obligados a acatar los términos del contrato. La narración de las cruzadas que nos legó Villehardouin está salpicada de comentarios en los que lamenta y critica que hubiera grupos que marcharan a Oriente solos, sin pasar por Venecia. Entre ellos no estaban únicamente los que se hallaban fuera de la órbita de Champaña-Flandes-Blois, como el obispo de Autun, el conde de Forez y los cruzados de Ile-de-France, sino también muchos que habían recibido ayuda financiera de Teobaldo de Champaña, incluido Reinaldo de Dampierre, sustituto del propio conde. Lo mismo cabe afirmar de algunos señores flamencos, como Gilíes de Trasignies, que gozó de la generosidad del conde Balduino. La armada flamenca también quedó fuera del tratado de Venecia; probablemente, nunca se pensó en que acudiera a la cita de la ciudad adriática. Villehardouin insistía en que los juramentos de Venecia eran vinculantes, pero no todos pensaban lo mismo. La sorpresa del caso no es que fueran pocos los que se congregaran en Venecia, sino, a la inversa, que tantos grupos sin asociación directa con los líderes de la cruzada se aprovecharan de la oferta de transporte; entre ellos, los cruzados de Basilea, con Martín de Pairis; señores del curso medio del Rin, a las órdenes del conde de Katzenellenbogen; y los compañeros del obispo de Halberstadt, en Sajonia.[44]

La naturaleza cohesiva de la empresa vivió otra situación de amenaza con la muerte, el 24 de mayo de 1201, de Teobaldo de Champaña, poco después de que Villehardouin regresara de Venecia. Al parecer, era un hombre entusiasta y de gran carisma, al cual, aun a pesar de su inexperencia, quizá los otros condes cruzados habrían reconocido como líder; tenía la ventaja de que, en su juventud, había sido neutral en la guerra entre sus tíos Felipe II y Ricardo I. Dejó cincuenta mil libras a la cruzada; la mitad, para sus seguidores, y la

otra mitad, para ayudar a cubrir los gastos generales (incluido el pago del transporte veneciano, presumiblemente). Si este dinero había otorgado a Teobaldo autoridad sobre la expedición, el legado funcionó como un cebo, que tentó a otros a tomar su lugar. Al comenzar el verano de 1201 se realizaron maniobras para encontrar un sustituto para Teobaldo, ahora con la competencia explícita de dirigir la expedición («la seigneurie de l'ost»);[45] pero es un aspecto del que sabemos poco, a pesar de que uno de sus agentes principales fue el propio Villehardouin —o quizá por eso mismo—. Según su propio testimonio, era integrante de una delegación de notables de la Champaña, que en primer lugar ofrecieron el dinero de Teobaldo y el liderazgo del ejército al duque Eudes de Borgoña, y luego a otro de los primos de Teobaldo, el conde de Bar-le-Duc. Los dos rechazaron la oferta. Al final, en otra reunión de los líderes de la cruzada, en los meses de junio o julio, en Soissons —cuyo obispo, Nivelo, se había erigido ya como el obispo más influyente de todos los adscritos a la empresa—, Villehardouin propuso a un candidato inesperado: el marqués Bonifacio de Montferrat (norte de Italia). La asamblea estuvo de acuerdo en proponérselo.

La elección de Bonifacio tuvo parte de golpe y parte de misterio. La familia Montferrat era extraordinariamente grande; estaba relacionada con los capetos y los Hohenstaufen y tenía un cumplido historial cruzado. El padre de Bonifacio había luchado en la Segunda Cruzada y en Hattin; su hermano mayor, Guillermo, había sido el primer marido de Sibila (en Jerusalén, en 1176) y padre de Balduino V. Otro hermano de Bonifacio, Renier, había probado suerte en la política de Bizancio: casó con la musculosa María, hija de Manuel I, en 1179, y perdió la vida durante el golpe de estado por el que Andrónico depuso a su cuñado Alejo II en 1182. Un tercer hermano, Conrado, contrajo matrimonio con Teodora Angelo, hermana de Isaac II, emperador bizantino; evitó sufrir el destino de Renier al trasladarse a Tiro en el verano de 1187, justo a tiempo de salvar el puerto del asalto de Saladino y comenzar su carrera por la corona de Jerusalén. El propio Bonifacio había sido la primera elección de Isaac para la mano de Teodora, pero ya estaba casado y declinó (con más escrúpulos en contra de la bigamia de los que luego exhibió Conrado). Esta historia tan movida registra un contexto imprescindible para los hechos de la Cuarta Cruzada: los aristócratas occidentales habían estado buscando

fortuna en Bizancio desde el siglo xi, y, con frecuencia, en respuesta al estímulo de los griegos. Desde el papel de jefes mercenarios al de miembros adoptivos de la familia imperial, la condición social de muchos occidentales se fue elevando a medida que, en el siglo XII, se contrataba a personas no griegas funciones del servicio militar y naval. Pero también se acrecentaron la xenofobia y la hostilidad de los lugareños. La historia de la familia Montferrat remarca asimismo las diferencias entre los precedentes de Bonifacio y los de la mayoría de nobles franceses que solicitaban su liderazgo.

Sin embargo, aunque Bonifacio poseía credenciales inusualmente adecuadas para un comandante cruzado —riqueza sin fin, conexiones ejemplares, reputación de caballero—, su elección fue imprevista. Todo el episodio despide cierto aroma de conspiración. Villehardouin quizá desempeñara una función más importante de lo que estaba dispuesto a recordar. La primera peculiaridad del caso radica en quién fue descartado como nuevo líder. Por su riqueza, su compromiso, la magnitud de su séquito, los lazos familiares con la cruzada y el conocimiento de los planes en marcha, el candidato más obvio para sustituir a Teobaldo de Champaña no era otro que el conde Balduino de Flandes. Su dirección quizá causara problemas a los *champenois,* como evidencia el hecho de que buscaran en otro lugar, o quizá para Luis de Blois, primo de Teobaldo. Un contratiempo más claro es que la altura de Balduino, que le concedía especial autoridad, destacaba su condición y le permitía acceder a más fondos, no habría sido bienvenida por Felipe II, rey contra el cual Balduino se había aliado unos pocos años antes. Las tentativas de persuadir al duque de Borgoña y el conde de Bar-le-Duc tal vez deban interpretarse como producto de un «cualquiera, antes que Balduino».

La segunda peculiaridad del caso tiene que ver con el propio Bonifacio. Incluso Villehardouin tuvo que admitir que su nombramiento era controvertido y despertó la oposición de muchos.[46] Hasta 1201, la cruzada había sido dirigida por un grupo cohesionado de condes franceses, jóvenes y relacionados entre sí. En cambio, Bonifacio era de mediana edad y era italiano; quizá no hablara siquiera la lengua d'oil, vehículo de comunicación vernácula de sus potenciales compañeros. No había tomado la cruz y es probable que la mayoría de los que apoyaron su candidatura no lo conocieran en persona. Quizá el único que se había reunido con él fuera Villehar-

douin, que posiblemente lo vio en Italia, en su viaje de regreso de Venecia. Fuera del grupo de cruzados, también lo conocía Felipe II. Según cierta vida de Inocencio III, la *Gesta Innocenti,* escrita tan solo unos años más tarde, había sido el propio rey Felipe el que había propuesto seleccionar a Bonifacio. De lo que no cabe duda es de que, cuando el marqués fue a Francia, el primero a quien visitó fue el monarca. Además, aceptó formalmente la cruz y la «seigneurie de l'ost» en Soissons, en una ceremonia presidida por el obispo Nivelo, que gozaba del favor real.[47] Las pruebas de una intriga política organizada por los capetos es circunstancial, pero no increíble ni improbable. Tanto el carácter de Felipe como la conveniencia política dictaban que debía intentar influir en acontecimientos que tendrían una relevancia diplomática y territorial extraordinaria.

Bonifacio se mantuvo aparte de los demás líderes. Tras su nombramiento, realizó negociaciones diplomáticas propias e independientes, aunque atañían a toda la cruzada; se relacionaban con su primo, Felipe de Suabia, y la sucesión al trono de Grecia. Llegó tarde a Venecia, en 1202, y dejó que los acuerdos destinados a pagar a los venecianos fueran desarrollados principalmente por Balduino de Flandes. No zarpó hacia Zara con la armada en octubre de 1202 y demoró su llegada a la ciudad hasta que esta fue conquistada en el mes de noviembre. También se demoró en levar anclas de Zara a Corfú, hasta abril de 1203, para esperar a su protegido, el joven Alejo Angelo; el propio Bonifacio había defendido su intento de ocupar el trono de Bizancio. No pretendo sugerir con ello que Bonifacio utilizara deliberadamente la cruzada para sus propios fines ni que tuviera la intención previa de no realizar la campaña del Oriente Próximo. Sin embargo, es cierto que ni sus perspectivas ni sus intereses eran iguales a los de sus compañeros franceses. Mientras los cruzados aseguraban el control de Constantinopla, tras tomar la ciudad el 12 de abril de 1204, parece ser que numerosos ciudadanos griegos se acercaron a los occidentales gritando: «Aiios phasileos marchio» («Bendito el rey marqués»): «lo hacían así porque pensaban que el marqués, a quien los griegos conocían bien ... sería coronado, sin duda, rey de la ciudad capturada».[48] Pero la auténtica relación de Bonifacio con los condes franceses se puso de manifiesto unas pocas semanas más tarde, cuando, aun a pesar de ser el señor nominal de la cruzada, él no fue el elegido como nuevo emperador

latino de Constantinopla. El honor recayó en Balduino de Flandes. El rey Felipe II debió de sentirse muy satisfecho ante la idea de que Balduino no regresara jamás a las tierras flamencas.

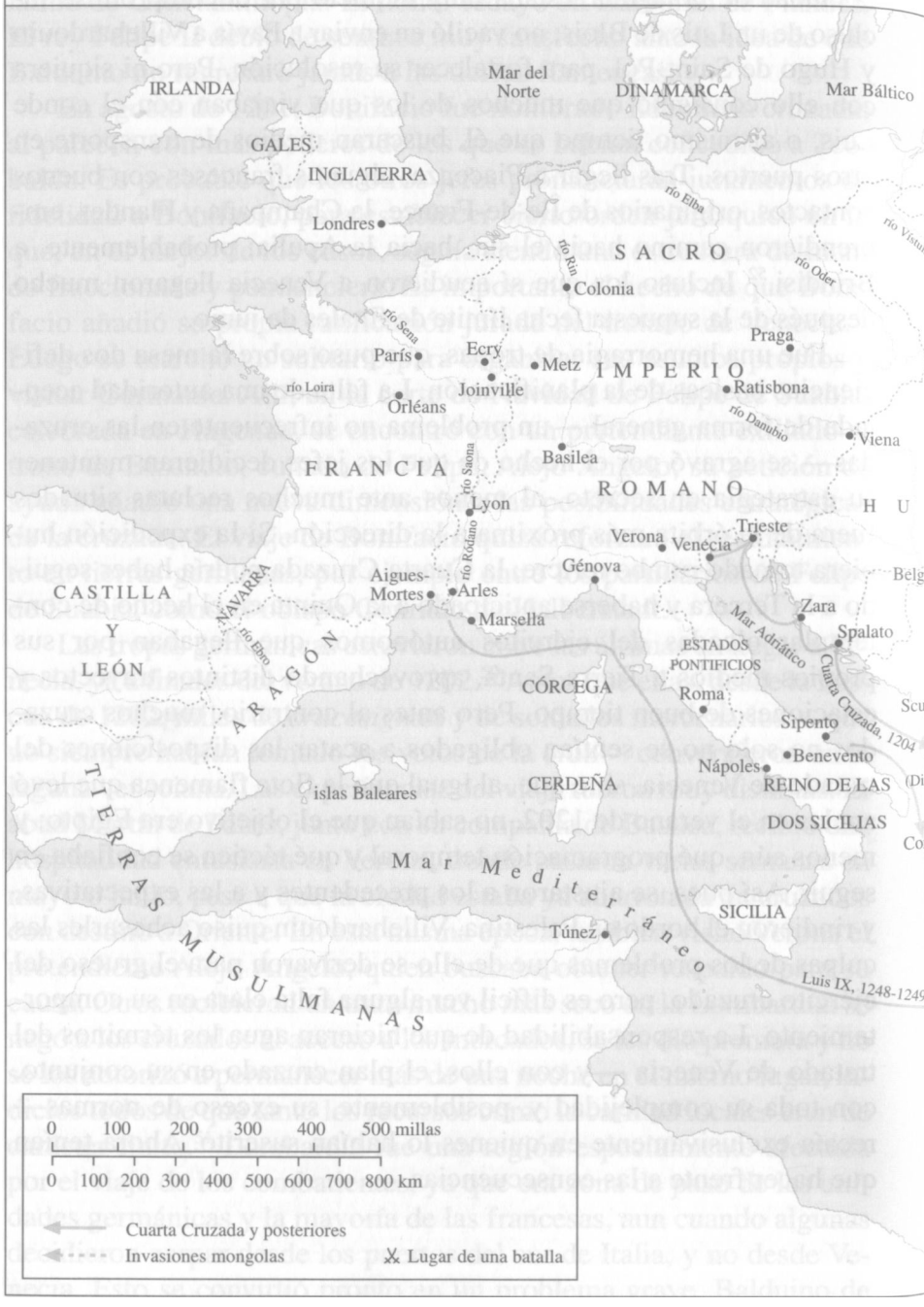
En agosto de 1201, Bonifacio fue nombrado líder de la cruzada; al parecer, con más poderes de los que se habían concedido a Teobaldo. Es probable que los otros jefes pronunciaran juramentos de fidelidad a Bonifacio, para establecer cierto orden jerárquico en lo que, en el mejor de los casos, seguía siendo una estructura de mando fraccionada y pendenciera. Es importante el hecho de que Bonifacio añadió su propia ratificación jurada del tratado de Venecia.[49] Luego se marchó en solitario para organizar sus asuntos propios y visitar Germania. Allí, en la corte de Navidad de Felipe de Suabia, celebrada en Hagenau, se encontró con un pretendiente exiliado al trono de Bizancio, cuñado de Felipe, Alejo Angelo; su petición de ayuda añadió una nueva dimensión a las posibilidades estratégicas de la cruzada. El viaje de Bonifacio quizá reforzara el reclutamiento en tierras germanas, por ejemplo entre los partidarios de Felipe de Suabia, como el obispo Conrado de Halberstadt.

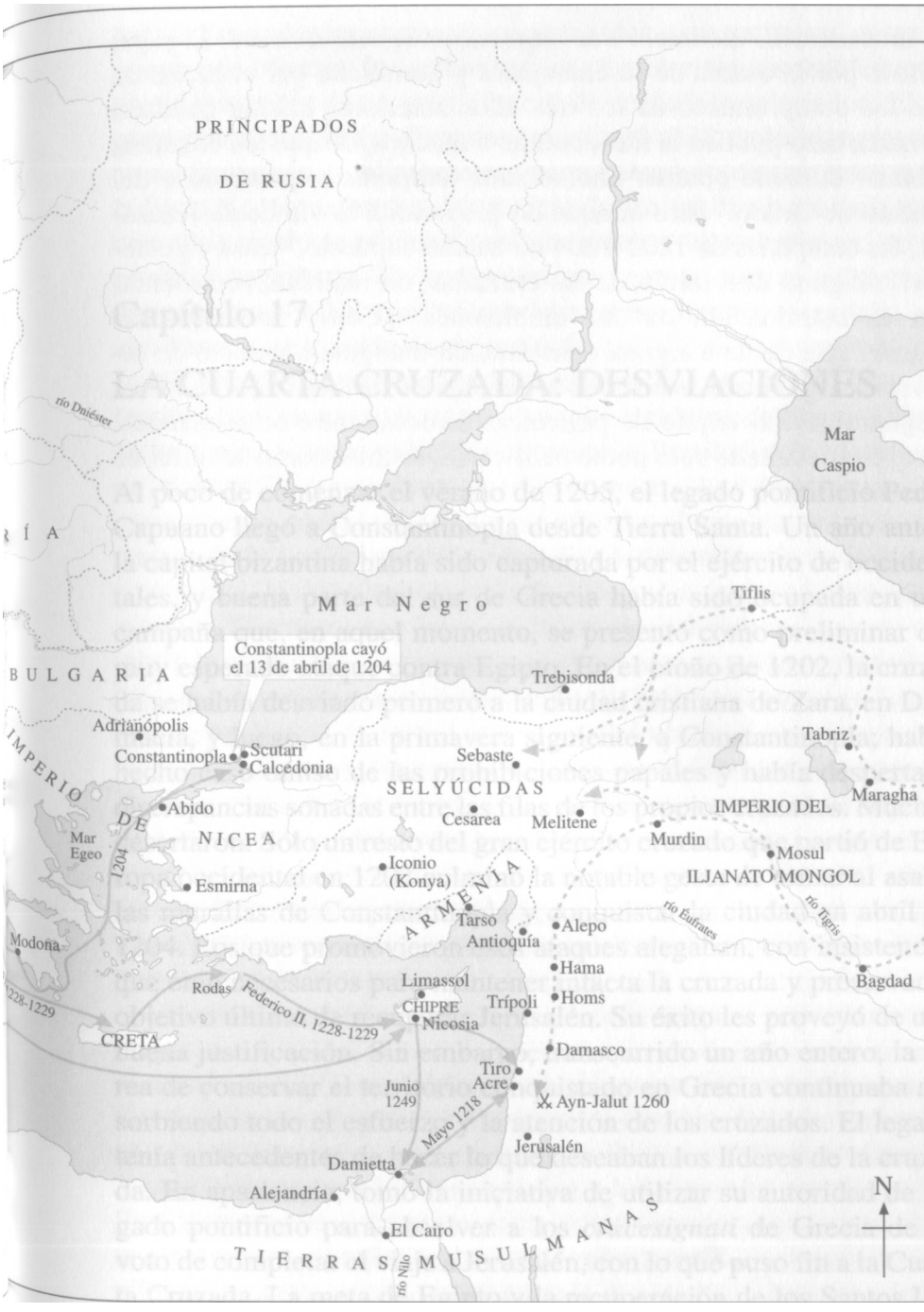
Las tropas germánicas estuvieron entre las últimas en llegar a Venecia, ya a finales del verano de 1202.[50] Antes que ellas, desde la Pascua de 1202, miles de *crucesignati* y de soldados mercenarios —que no siempre habían tomado los votos de la cruz— convergieron en la laguna veneciana. Las experiencias del viaje fueron muy distintas. El abad Martín de Pairis, junto con su compañía de Basilea, recibió una hospitalidad entusiasta en Verona, donde pasaron varias semanas en mayo o junio, pese a que la ciudad estaba ya abarrotada de cruzados con destino a Oriente. En esta misma época, también visitó Verona el pretendiente Alejo Angelo, quien buscaba obtener respaldo para su causa. Otros recibieron un trato mucho más seco en la Lombardía: se negó a los cruzados el acceso a los mercados, se les dio premura y no se los autorizó a permanecer más de una noche en el mismo lugar, indicios todos de que tanto los recursos como la caridad locales eran de carácter finito.[51] Lombardía fue una región especialmente afectada por el viaje de los combatientes, ya que era zona de paso de las unidades germánicas y la mayoría de las francesas, aun cuando algunas decidieron zarpar desde los puertos del sur de Italia, y no desde Venecia. Esto se convirtió pronto en un problema grave. Balduino de Flandes, uno de los primeros señores importantes que se presentó en

la ciudad de la laguna, estaba muy inquieto por el compromiso incluso de un Luis de Blois; no vaciló en enviar a Pavía a Villehardouin y Hugo de Saint-Pol, para fortalecer su resolución. Pero ni siquiera con ello consiguió que muchos de los que viajaban con el conde Luis, o al mismo tiempo que él, buscaran medios de transporte en otros puertos. Tras llegar a Piacenza, algunos franceses con buenos contactos, originarios de île-de-France, la Champaña y Flandes, emprendieron camino hacia el sur, hacia la Apulia; probablemente, a Brindisi.[52] Incluso los que sí acudieron a Venecia llegaron mucho después de la supuesta fecha límite de finales de junio.

Fue una hemorragia de tropas, que puso sobre la mesa dos deficiencias básicas de la planificación. La falta de una autoridad aceptada de forma general —un problema no infrecuente en las cruzadas— se agravó por el hecho de que los jefes decidieran mantener su estrategia en secreto, al menos ante muchos reclutas situados fuera de la órbita más próxima a la dirección. Si la expedición hubiera tomado rumbo a Acre, la Cuarta Cruzada podría haber seguido a la Tercera y haberse anticipado a la Quinta en el hecho de contemplar oleadas del ejércitos autónomos que llegaban por sus propios medios a Tierra Santa, aprovechando distintos trayectos y estaciones de buen tiempo. Pero antes al contrario, muchos cruzados no solo no se sentían obligados a acatar las disposiciones del tratado de Venecia, sino que, al igual que la flota flamenca que levó anclas en el verano de 1202, no sabían que el objetivo era Egipto; y menos aún, qué programación temporal y qué táctica se confiaba en seguir. Así pues, se ajustaron a los precedentes y a las expectativas, y rindieron el bordo en Palestina. Villehardouin quiso achacarles las culpas de los problemas que de ello se derivaron para el grueso del ejército cruzado, pero es difícil ver alguna falta clara en su comportamiento. La responsabilidad de que hicieran agua los términos del tratado de Venecia —y con ellos, el plan cruzado en su conjunto, con toda su complejidad y, posiblemente, su exceso de normas— recaía exclusivamente en quienes lo habían suscrito. Ahora tenían que hacer frente a las consecuencias.

Europa y Oriente Próximo en el siglo XIII




PRINCIPADOS
DE RUSIA
río Dniéster
Mar
Caspio
Mar Negro
Tiflis
Constantinopla cayó
el 13 de abril de 1204
Trebisonda
Adrianópolis
Constantinopla
Scutari
Calcedonia
Sebaste
Tabriz
Maragha
SELYÚCIDAS
IMPERIO DE NICEA
Abido
Cesarea
Melitene
IMPERIO DEL
ILJANATO MONGOL
Murdin
Mosul
Mar
Egeo
1204
Iconio
(Konya)
Esmirna
ARMENIA
Tarso
Antioquía
Alepo
río Éufrates
río Tigris
Modoña
Hama
Bagdad
Limassol
Rodas
Federico II, 1228-1229
CHIPRE
Nicosia
Trípoli
Homs
1228-1229
CRETA
Damasco
Tiro
Acre
Junio
1249
Ayn-Jalut 1260
Mayo 1218
Jerusalén
Damietta
Alejandría
El Cairo
río Nilo
TIERRAS MUSULMANAS
N

Capítulo 17

LA CUARTA CRUZADA: DESVIACIONES

Al poco de comenzar el verano de 1205, el legado pontificio Pedro Capuano llegó a Constantinopla desde Tierra Santa. Un año antes, la capital bizantina había sido capturada por el ejército de occidentales, y buena parte del sur de Grecia había sido ocupada en una campaña que, en aquel momento, se presentó como preliminar del muy esperado ataque contra Egipto. En el otoño de 1202, la cruzada se había desviado primero a la ciudad cristiana de Zara, en Dalmacia, y luego, en la primavera siguiente, a Constantinopla; había hecho caso omiso de las prohibiciones papales y había despertado discrepancias sonadas entre las filas de los propios cruzados. Muchos desertaron. Sólo un resto del gran ejército cruzado que partió de Europa occidental en 1202 culminó la notable gesta de tomar al asalto las murallas de Constantinopla y conquistar la ciudad en abril de 1204. Los que promovieron esos ataques alegaban, con insistencia, que eran necesarios para mantener intacta la cruzada y preservar el objetivo último de recuperar Jerusalén. Su éxito les proveyó de una buena justificación. Sin embargo, transcurrido un año entero, la tarea de conservar el territorio conquistado en Grecia continuaba absorbiendo todo el esfuerzo y la atención de los cruzados. El legado tenía antecedentes de hacer lo que deseaban los líderes de la cruzada. En apariencia, tomó la iniciativa de utilizar su autoridad de legado pontificio para absolver a los *crucesignati* de Grecia de su voto de completar el viaje a Jerusalén, con lo que puso fin a la Cuarta Cruzada. La meta de Egipto y la recuperación de los Santos Lugares quedó relegada a un tiempo remoto, no más cercano que cuan-

do Inocencio III dio inicio a la empresa, en agosto de 1198. El papa, furioso por la osadía de su embajador y humillado por el hecho de que los compromisos de los tres años anteriores habían quedado en nada, hizo pública la idea, común a muchos, de que los cruzados habían «buscado obtener una soldada temporal», apartándose del camino de Cristo.[1] Pero aunque no prepararan la vía hacia Jerusalén, las campañas de 1202-1204 no habían supuesto, vistas a posteriori, ninguna desviación de las cruzadas; en realidad, representaban la culminación de sus ambiciones. ¿Cómo había podido ocurrir? ¿Se debía a alguna conspiración maligna, a un acto de hipocresía organizada, a una concatenación de hechos casuales? Esta pregunta devino objeto de polémicas feroces, entre otras razones, porque el resultado solo podía calificarse, se mire como se mire, de extraordinario.

VENECIA

Cuando los cruzados se reunieron en Venecia, en el verano de 1202, se alojaron en la isla del Lido, en el extremo oriental de la laguna.[2] La creciente ansiedad por cumplir con las condiciones del tratado de 1201 pronto se tomó en pánico. A pesar del gran número de tropas que se congregaron en Venecia en el verano de 1202, era evidente que no alcanzaban a completar la dotación prevista. Villehardouin calculó que había llegado tan solo una tercera parte de los treinta y tres mil quinientos combatientes esperados; Roberto de Clari calculó que serían solo una cuarta parte de los caballeros y la mitad de la infantería.[3] Un ejército de, tal vez, doce mil hombres representaba una magna empresa logística y humana, sobre todo cuando se les sumaba la tripulación de los venecianos y las compañías de galeras. Pero ante tantas hileras de naves, galeras y transportes de caballos vacíos, en el silencio de la laguna, el contrato no se podía cumplir. En la mesa quedaba una cuestión difícil: ¿quién pagaría ahora los costes?, ¿en qué proporciones? ¿Iba a buscarse cada uno sus propios medios de financiación o se contribuiría a un fondo común que además subvencionarían los dirigentes? Si cada uno se costeaba sus gastos, ¿quedaba obligado a cumplir con la fórmula acordada en 1201, de dos marcos por persona y cuatro por ca-

bailo? Los cálculos eran más complicados a causa de las redes de apoyo que ofrecían los señores a sus seguidores y, probablemente, por la presencia de un gran número de soldados asalariados. El legado pontificio, Pedro Capuano, que llegó el 22 de julio, agravó la crisis financiera en el momento en que absolvió de sus votos a los indigentes, los enfermos, las mujeres y los no-combatientes; pues con ello mejoró la eficiencia militar, pero redujo el número de los posibles pagadores. Un testigo renano, que tal vez se refiriera en concreto a aquellos con los que tuvo trato directo, recordaba que «en Venecia se quedó una minoría».[4]

El retraso que provocó la falta de dinero corrió en paralelo a la lentitud para reunir a las tropas. Aunque Balduino de Flandes llevaba en Venecia desde principios de verano, Bonifacio de Montferrat no alcanzó la región hasta mediado agosto. Las condiciones del campamento cruzado del Lido, masificado, alternaban entre los extremos de la angustia y la de comodidad, dependiendo de la condición social, la riqueza y el grado de asociación con el séquito de los grandes. El control que los venecianos ejercían sobre el acceso a la isla, a la ciudad y a los mercados podía usarse como herramienta de presión para obligar a los cruzados a satisfacer sus contratos. La cohesión política de la expedición se mostró obstinadamente esquiva. Cuando el alto mando trataba de negociar con los venecianos, necesitaba contar con la aprobación no solo de los otros jefes y notables, sino también con la del amplio cuerpo de *crucesignati,* una estructura tripartiría que recordaba a las de la Primera y la Tercera Cruzadas, en Palestina. En cuanto el dogo empezó a apretar para exigir el pago, las respuestas de estos grupos devinieron cruciales para la supervivencia de la expedición.

El primer recurso consistía en que cada cruzado costease su propio pasaje. Según Roberto de Clari, a diferencia de lo acordado en el tratado de 1201, en el que se calculó un precio per cápita, los dirigentes fijaron después tarifas según la función de cada cual y, tal vez, sus capacidades de pago: un caballero pagaba cuatro marcos, los sirvientes montados pagaban dos y la infantería, uno; los caballos, como antes, suponían otros cuatro marcos cada uno. Pero como incluso aquello acabó siendo demasiado para muchos de ellos, a la postre, «cada uno pagaba lo que podía».[5] La carga de recaudar lo equivalente a un impuesto sobre los bienes muebles reca-

yó en los notables, que, de todas formas, se enfrentaban al serio problema de que la suma total no alcanzaba aún la mitad del precio pactado. Se propuso instaurar otro tributo discrecional, sobre aquellos que aún disponían de dinero en metálico, pero fue rechazado por la mayoría, que objetó, no sin razón, haber pagado ya por sus pasajes; si los venecianos no los querían llevar, entonces o se irían a cualquier otra parte, o abandonarían definitivamente la empresa. Avergonzado, pero convencido de que su deber pasaba por impedir que la expedición se desintegrase, el alto mando se vio obligado a entregar grandes cantidades de oro y plata de sus propias arcas. Balduino de Flandes, y tal vez alguno más, complementaron sus contribuciones con dinero prestado, que se añadía a la deuda. A muchos cruzados, aquel compromiso los dejó indiferentes. Algunos miraban a los venecianos como gente simplemente rapaz.[6] Sólo unos pocos parecían compartir la sensación de Villehardouin, quien se negaba a romper los juramentos del contrato de 1201, puesto que su honor estaba en juego. Más que cualquier otra de las grandes cruzadas que habían partido hacia Oriente, la Cuarta se convirtió en víctima de unas expectativas confusas y contradictorias.

Aun después de todos sus esfuerzos, los cruzados se quedaron a falta de 34.000 marcos (el cuarenta por cien) de la suma total.[7] A muchos cruzados del Lido, les había quedado apenas lo justo para sobrevivir, cuando el invierno ya se iba aproximando. Sin embargo, lo que para los cruzados se antojaba un desastre, dejaba igualmente a los venecianos —y a Dándolo en especial— en una posición incómoda. El dogo había invertido un gran capital político, financiero, industrial y comercial en el proyecto; suyo, pero también de la ciudad. Al presentar el plan como una empresa colectiva, había comprometido en la expedición el orgullo civil de Venecia. La opción de quedarse con el dinero y dejar que los cruzados volvieran a casa, aunque posiblemente sostenible desde un punto de vista legal, acarreraría una gran pérdida financiera y de prestigio. Si Dándolo quería obtener algún rendimiento de la operación, le convenía dar con un modo de mantener vigente el contrato, de uno modo admisible a un tiempo para los cruzados y para sus ciudadanos. Ante cualquier proyecto de prórroga del pago de la deuda cruzada, Dándolo era consciente del ansia que el alto mando —si no otros— experimentaba por salvar la cara y adelantar en los objetivos de la cruza-

da. Cualquier solución que se diera incluiría, como ingredientes de la receta, la existencia de una gran flota construida a medida; la vulnerabilidad física, la deuda y la culpabilidad de los cruzados; la presencia de una de las fuerzas de combate mayores y potencialmente más efectiva que jamás hubiera navegado en el Adriático, desde la época clásica; el compromiso sostenido de Venecia con el objetivo último de la cruzada; y los intereses políticos inmediatos de la misma Venecia. Dándolo propuso un plan para acabar con aquel punto muerto, que tomaba en cuenta todos aquellos elementos.

En algún momento de septiembre de 1202, el dogo propuso una moratoria temporal para la deuda cruzada, que se satisfaría con la recaudación de las futuras conquistas. A cambio, los cruzados se embarcarían en los barcos ya dispuestos y ayudarían a los venecianos a tomar el puerto dálmata de Zara; con su parte del botín —o por lo menos, así se esperaba— saldarían la deuda. Aquel cambio se interpretó como un primer paso hacia Egipto, puesto que, dada la época del año, los puertos egipcios quedaban fuera de su alcance hasta la primavera siguiente. Para dorar un poco la píldora y disipar las dudas con respecto a la sinceridad de Venecia, el anciano Dándolo tomó la cruz —en una representación muy efectista— y prometió acompañar a la expedición.[8] Pese al consentimiento del alto mando, que es de suponer veía pocas alternativas adicionales, el plan de atacar Zara suscitó fuertes controversias. Zara era una ciudad marítima cristiana, medio independiente, que había pasado buena parte del siglo XII controlada por Venecia. No obstante, desde la década de 1180, a pesar de los reiterados ataques venecianos, Zara gozaba de la protección del rey de Hungría; y en 1202, el rey Emerico de Hungría era otro cruzado. Así pues, toda campaña contra Zara valdría la condena del papa, porque Zara era cristiana y porque su señor, como cruzado, tenía derecho a contar con la protección de la iglesia. Los dirigentes de la cruzada que cerraron el trato con Dándolo eran perfectamente conscientes de lo delicado del asunto. Aunque se le comunicó la noticia de que la deuda había sido congelada, según cuenta Roberto de Clari, que estaba allí en persona, «la hueste en su conjunto no sabía absolutamente nada de este plan, salvando unos pocos hombres muy destacados».[9] Los líderes se agarraron a la cuerda de que el fin justifica los medios, una cuestión imperante en el relato de Villehardouin: cualquier cosa antes de que

«el ejército se disuelva y nuestra empresa fracase». Cuando el obispo de Halberstadt puso en solfa la bondad de la operación, Pedro Capuano, el legado pontificio, reconoció el problema e insistió en que el santo padre «preferiría pasar por alto cualquier actuación impropia por su parte, antes que ver desintegrada aquella campaña de peregrinación». El legado se equivocaba por completo. En cuanto tuvo noticias del intento, Inocencio III mandó cartas en las que prohibía ejecutar el ataque y amenazaba con excomulgar a todos los implicados.[10]

ZARA

Fueran cuales fuesen los murmullos de desaprobación y disentimiento, la confusión sembrada por los dirigentes funcionó. A principios de octubre, la gran flota inició la travesía. Fue extraño que partieran sin el que se suponía su capitán, Bonifacio de Montferrat. Nervioso, tal vez, ante una operación tan controvertida, quizá estuvo más preocupado por explorar las posibilidades diplomáticas del ejército cruzado, que se habían ampliado con la presencia en Italia, durante buena parte del año 1202, de Alejo Angelo, aspirante al trono de Bizancio. No se echó a Bonifacio en falta. La magnitud y la calidad de la flota no habían impresionado solamente a los que la integraban; a su paso, los ciudadanos de las ciudades costeras del Adriático norte se iban rindiendo rápidamente a Venecia. Zara habría seguido el mismo ejemplo, de no ser porque la unidad de sus contrincantes se quebró de forma repentina. Ante la perspectiva de desposeer a unos correligionarios, las conciencias de muchos se rebelaron y provocaron con ello, de forma un tanto irónica, no solo una seria crisis de la cruzada, sino aquello a lo que se habían opuesto con más fuerza: un ataque violento sobre una ciudad cristiana. Un día después del arribo de la flota, el 11 de noviembre de 1202, las autoridades de Zara ofrecieron una rendición pactada, que concedería a los venecianos la ciudad y sus posesiones, a cambio de que ellos perdonaran la vida de sus habitantes. Con la aprobación de casi todos los dirigentes cruzados, Dándolo estaba preparado para aceptar las condiciones. Pero los zarenses retiraron su oferta tras establecer contacto con un grupo de cruzados disidentes, capitanea-

dos por Simón de Montfort y Roberto de Boves. Éstos habían dicho a los representantes de Zara que ellos, como cruzados, jamás ayudarían a los venecianos a conquistar la ciudad, de modo que no era preciso que se rindieran, porque no iba a haber ataque. Por desgracia para ellos, los zarenses dieron crédito a estas palabras y desperdiciaron una oportunidad de resolver la cuestión por la vía pacífica.[11] Aparte del resto de consideraciones, no cabe duda de que las fuerzas cruzadas sabían cómo sitiar una ciudad. Levantaron decenas de máquinas de guerra, que la flota habría transportado desmontadas, en piezas prefabricadas, como se hizo durante la Tercera Cruzada. Cuando vieron que no conseguían nada con el asalto directo, pasaron a excavar pasadizos subterráneos. Zara se rindió el 24 de noviembre. En teoría, se perdonó la vida a los ciudadanos supervivientes, pero se cometieron unos cuantos asesinatos. Cruzados y venecianos se repartieron la ciudad y el botín de su interior y se establecieron allí para pasar el invierno, como vecinos inquietantes en el puerto ocupado.

El fracaso de las primeras negociaciones de paz puso de manifiesto las divisiones internas del ejército cruzado y su peculiar dinámica política. Tras hundir el entendimiento original, la facción hostil al desvío provocó un tumulto cuando el abad Guido de Les Vaux-de-Cernay, colega de Simón de Montfort, presentó una carta de Inocencio III en la que el pontífice prohibía expresamente atacar Zara, so pena de excomunión y cancelación de las indulgencias cruzadas. Los venecianos, encendidos por la rabia e inamovibles en sus propósitos, insistieron en que los cruzados cumplieran con el acuerdo de colaborar en la toma de Zara; en una de sus declaraciones, Dándolo afirmó: «No pienso prescindir de mi venganza [contra Zara]; no, en ningún caso, ni siquiera por el papa».[12] Al abad Guido le faltó poco para volverse con el cuerpo molido. Una vez más, los dirigentes de la cruzada se hallaban atrapados en un dilema moral: cumplir la palabra dada a sus aliados u obedecer al papa (y al Derecho canónico). Cualquiera de las dos opciones les acarrearía una u otra forma de deshonra. Parece que, entre los más comprometidos con la alianza veneciana, imperaba la convicción de que el problema podría resolverse de modo satisfactorio, y salvando el honor, si cumplían con sus obligaciones, incluso con las desagradables, por orden. Una vez se hubieran hecho realidad todos los acuerdos con

los venecianos, entonces el voto inicial de recuperar Jerusalén se empezaría a aclarar. Aquella forma de ver la cruzada como una serie de contratos la compartían todos los miembros de los dos bandos enfrentados por la cuestión de la desviación. Los que deseaban preservar la alianza con Venecia —y el transporte en sus naves—sostenían que la mejor forma de servir a los intereses cruzados era mantener viva la expedición y atenerse a los acuerdos negociados —y negociados libremente—, con una especie de pragmatismo moral. Sus oponentes usaron un lema mucho más sencillo, pues recordaban las palabras de Simón de Montfort: «Yo no he venido aquí a destruir cristianos».[11] Pero, como en la crisis inicial de la propia Venecia, prevaleció el pragmatismo. Simón se retiró del campamento cruzado y no participó en el asedio. En la primavera siguiente, dejó el ejército junto con un amplio grupo de simpatizantes. Tras recibir alguna ayuda del rey de Hungría —«nuestro enemigo», según lo llamaba Villehardouin— llegaron a Italia y zarparon en dirección a Tierra Santa.[14]

La crisis de Zara reveló hasta qué punto se había secularizado la dirección de las cruzadas. Un rasgo que llama la atención en toda la campaña fue la ausencia de dirigentes eclesiásticos, en parte debido a la ausencia de un legado pontificio. Pedro Capuano, tras aprobar el plan de Zara —aunque sin decirlo abiertamente—, no había acompañado a la flota desde Venecia, sino que se había dirigido a Roma, de donde salió en dirección a Tierra Santa, a la espera de los acontecimientos y, se supone, del desembarco de la cruzada. Sin la autoridad siquiera del más pusilánime de los legados, los eclesiásticos que acompañaban al ejército discutían entre ellos y adoptaban posturas partidistas que o eran reflejo de las de los soldados o seguían los deseos de los comandantes. En Zara, la mayoría de los notables —cuántos, en realidad, es imposible de adivinar— insistieron en apoyar a los venecianos. Luego justificarían sus acciones ante el papa, alegando haberse movido más por necesidad que por elección. Pero con el fin de conservar la aprobación de las filas y los compañeros, suprimieron deliberadamente la difusión de la misiva pontificia. Sería simplista alegar que los cruzados más sencillos poseían un compromiso religioso más hondo que el de sus dirigentes de clase alta. No obstante, fuera del consejo de notables, las cuestiones se iban aclarando y la ambición por recuperar Jerusalén era

cada vez más directa. Estas actitudes se reflejaron en unos cuantos relatos de fuentes que no tenían conocimiento de las presiones del alto mando. La relevancia de la opinión popular en el ejército de la Cuarta Cruzada se iguala con la que adquirió en la Primera y la Tercera. Los «comunes», según se llamaban a sí mismos, distaban mucho de ser ignorantes o cortos de miras.[IS] Parecían estar bien informados y sabían hacerse oír; eran capaces de ejercer una influencia política efectiva, precisa y organizada, que recordaba a la de las primeras semanas de 1099 o a las de la guerra de Palestina de 1191-1192. Los dirigentes no podían hacer caso omiso de su voluntad; de ahí la constante ocultación de datos durante la Cuarta Cruzada. Unos cuantos testigos que no pertenecían al consejo de notables se mostraron muy críticos con los venecianos, si no con sus propios líderes, y se registró un amplio descontento con algunas de las decisiones que tomaron. Tras la caída de Zara hubo serios disturbios entre los cruzados y los venecianos; parecía que no se podían ver mucho. Probablemente, no pudieron evitar la sensación de verse explotados. En el verano de 1202-1203, la deserción se convirtió en un mal endémico; en ocasiones desaparecían grupos enteros, la mayoría de los cuales parecía estar decidida a viajar directamente a Tierra Santa. Esto nos deja frente a dos cuestiones relacionadas entre sí: cómo los dirigentes lograron que se aprobaran sus decisiones y por qué eligieron hacerlo de aquel modo.

Un elemento en gran medida latente, que actuó a favor de los dirigentes, fue la costumbre de acatar las decisiones, habitual en tropas ligadas a unas estructuras de mando, ora por lealtad, ora por dinero. Roberto de Clari aceptaba con neutralidad los giros de los acontecimientos, con una actitud que tal vez fuera generalizada. Se quejaba del trato que recibían los menos importantes o más pobres en el reparto del botín, pero no de cómo o dónde lo habían conseguido. Pero, la deferencia y el respeto eran una mercancía negociable, más que un activo fijo. Sin dinero o sin los medios para ser espléndidos, los señores perdían autoridad. No fue una coincidencia que la cruzada siguiera el camino trazado por los señores más acaudalados; en concreto, Bonifacio de Montferrat y Balduino de Flandes. Tampoco es de extrañar que el consentimiento o la instigación de los navieros venecianos ejerciera una influencia decisiva, sobre todo una vez que los cruzados dejaron Venecia. Según descubrió Si-

món de Montfort en el invierno de 1202-1203, no era fácil dar con medios de transporte alternativos. Había grupos de «menúes genz» (los que no eran aristócratas) que se conformaban con alquilar barcos mercantes o incluso transporte de caballos. Un barco que trasladaba a quinientos desertores se fue a pique con toda la tripulación. Escapar por tierra conllevaba el riesgo de enfrentarse a los bandidos locales.[16] Sin un motivo muy poderoso en contra, lo más sensato era quedarse con la flota veneciana.

La cúpula de dirigentes también podría haber contado con otra baza. El proceso por el que se tomaban las decisiones en el ejército cruzado seguía casi en todo el modelo constituyente. Cualquier cosa que decidiera el alto mando, o tal vez una docena de potentados, requería la aprobación de un amplio consejo de notables. Consejo y consentimiento eran elementos centrales dentro de todas las estructuras políticas de la época, en la Europa occidental. El ejército cruzado, un microcosmos de la sociedad política, no constituía ninguna excepción. Algunas de las decisiones más importantes se sometían a un cuerpo aún más amplio, formado por todos los *crucesignati* capaces de sufragar sus propios gastos. No obstante, por encima de ellos —tal vez en sentido literal—, cuando se reunían, estaban las filas asalariadas. Balduino de Flandes capitaneaba a más arqueros y ballesteros que cualquier otro comandante; probablemente, muchos fueran profesionales, contratados a sueldo. La división de mercenarios prevista en el Tratado de Venecia —si, como es probable, se los había reclutado como tales— estuvo, presumiblemente, bajo el control de Bonifacio de Montferrat. En el primer asalto sobre Constantinopla, en julio de 1203, la división del marqués fue descrita como «mult granz» (muy grande), pero se mantuvo en la retaguardia, mientras la fuerza de profesionales del conde Balduino ocupaba la vanguardia.[17] Las tropas a sueldo conferían a sus comandantes una considerable influencia práctica, aunque silenciosa, sobre la dirección de la cruzada, en tanto que su apoyo —y el peligro que representaban— no dependía de consultas. La presencia de mercenarios resultó asimismo vital en otro sentido. Desde noviembre de 1202, las deserciones del ejército fueron muy frecuentes e importantes. El número de soldados disminuyó tanto que, en Corfú, en mayo de 1203, una escisión que se evitó por poco amenazó la pervivencia de toda la expedición. Para entonces es posible que hu-

biera más *crucesignati* que o bien habían abandonado la cruzada o se habían dirigido a Tierra Santa, que no los que permanecían con sus dirigentes en el Adriático. Sin los mercenarios, el resto del ejército no habría seguido adelante, y mucho menos habría logrado la victoria.

Las razones por las que los líderes estaban tan ansiosos por aprobar el desvío a Zara, y luego a Constantinopla, eran de índole pragmática, ambiciosa y oportunista: asegurarse la financiación de la empresa y los recursos materiales, por un lado y, por el otro, intentar centrar de nuevo la política del Mediterráneo oriental en favor de Roma, Outremer y la cruzada. Eran plenamente conscientes de las dificultades morales, aun sin que las palabras de Simón de Montfort y el abad de Vaux resonaran en sus oídos. La contradicción evidente de unos cruzados que combatían contra otros cristianos —«detestable e ilícita», según Gunther de Pairis—[18] se equilibró con peticiones de justicia, de las que dieron fe gran número de testigos: justicia para los anteriores padecimientos de los venecianos a manos de los zarenses; justicia para Alejo Angelo, otro injuriado. El pretendiente griego ofreció lo que se cuenta que Dándolo buscaba para lanzar un ataque contra Bizancio: una «raisnable acoison», una causa razonable, una buena excusa.[19] En una carta dirigida al ejército cruzado en enero o febrero de 1203, Inocencio III, al mismo tiempo que prohibía a los cruzados «invadir [o] violar las tierras de cristianos, en cualquier forma», introdujo una advertencia: «a menos que, por ventura, ellos dificultasen con maldad vuestro viaje u otra causa justa y necesaria», en cuyo caso podría hacerse una excepción, aunque solo si se respetaba la orientación del santo padre.[20] En aquel momento, Inocencio debía de estar pensando en los venecianos, más que en los griegos, sobre todo después de haber rechazado de plano el intento de Alejo Angelo por conseguir que el papa aprobase su restauración. Los cruzados de Zara no podían mantenerse en posiciones tan distantes ni tan teóricas. Las sutilezas legales y morales podían costar vidas y decidir el hado de la cruzada, en el invierno de 1202-1203, muy lejos de las consideraciones meramente académicas. No obstante, la postura moral no era coto exclusivo de una de las partes en la discusión. Pese a la indignación manifestada en su contra, los ataques de cruzados a otros cristianos no se habían contemplado como algo tan horroroso en el pasado; salvo a ojos de las víctimas. Las ciu-

dades situadas en la ruta oriental del Danubio y los Balcanes habían recibido ataques y amenazas en todas y cada una de las tres primeras grandes expediciones. Las ciudades de Tracia y Chipre, y Mesina en Sicilia, habían caído ante los cruzados de la Tercera Cruzada. Como admitió incluso el sumo pontífice, hubo circunstancias en las que aquella violencia fratricida por parte de los *crucesignati* se consideró permisible desde un punto de vista legal; sobre todo la «obstrucción», un concepto y una realidad convenientemente vagos. El principio proclamado por Simón de Montfort no era tan inmutable como este pretendía dar a entender, tal como demostró sobradamente, años más tarde, su propia carrera como dirigente en las cruzadas del Languedoc.

A principios de diciembre, Bonifacio de Montferrat alcanzó por fin Zara, seguido, a finales de mes, por una delegación enviada por Felipe de Suabia y su cuñado Alejo Angelo. A cambio de restituir en el trono bizantino a Alejo, ellos ofrecerían a los cruzados la unión de la iglesia ortodoxa griega con Roma; un donativo de doscientos mil marcos de plata; provisiones para todos los hombres del ejército; diez mil griegos que acompañarían a los cruzados a Egipto; y la promesa de un acuartelamiento bizantino permanente, con quinientos caballeros destacados en Outremer.[21] Las fechas y el contenido de la propuesta parecían idóneos para atraer a su público, lo que da a entender que existieron, por lo menos, unos preparativos minuciosos, si no connivencia clara con algunos dirigentes de la cruzada, sobre todo con Bonifacio de Montferrat. Con aquel ofrecimiento, se veían cumplidas casi por completo las expectativas occidentales, en cuanto a Bizancio y la cruzada; además, suponía una revolución en las relaciones entre la iglesia griega y Roma. Es probable que los venecianos, bien informados, se dieran cuenta de que algunos detalles estaban hinchados hasta rozar lo inverosímil, aunque reconocían los beneficios potenciales de cambiar el régimen griego, sobre todo para su posición comercial. La convenciencia de presentar el plan justo en el momento en el que los cruzados sopesaban la campaña de la próxima estación no fue exactamente fortuita. Sin embargo, se les ofrecía una perspectiva que solo cabe calificar de histórica.

Bizancio y la cruzada

En el siglo XII y principios del XIII, no existía nada semejante a una «actitud occidental» con respecto a Bizancio. Ha quedado como mito de la historiografía cruzada. Por el contrario, se dio una variedad de respuestas, atendiendo a las regiones, la condición social, la naturaleza del contacto o la época en la que se producía. En todo lo que atañía a las sedas, los santos, los soldados, el comercio y los iconos, el intercambio entre los europeos occidentales y los griegos constituía un hecho habitual, tradicional, que redundaba en beneficio mutuo. Aunque las diferencias en la observancia religiosa irritaban cada vez más a la clase dirigente de la iglesia occidental, ansiosa por imponer disciplina y uniformidad, fueron pocos y extraños los absolutismos diplomáticos o políticos (salvando, quizá, un rasgo de la política exterior bizantina, que perseguía, con la resolución inflexible de un Palmerston,* los Ínteres materiales por encima del establecimiento de alianzas o de poses idelógicas, una postura que molestó sobremanera a los papas sucesivos y a los dirigentes de las cruzadas). En cuanto a la política de Italia, de la cuenca del Danubio, de los Balcanes, del Mediterráneo oriental, del Mar Negro, Outremer y el Oriente Próximo, las potencias europeas de Occidente competían, cooperaban y coexistían con Bizancio. En cualquier otro asunto, el plan propuesto al ejército cruzado en Zara hablaba de contactos, no de enajenamiento. También reconocía el hundimiento del poder de Bizancio, tras la muerte de Manuel I, en 1180.[22]

El Bizancio de Manuel I ofrecía, junto a una imagen de poder universal, una realidad que se le aproximaba mucho. Aunque durante el reinado de los antecesores de Manuel, Alejo I y Juan II, la recuperación de las derrotas del siglo xi —en Italia, Asia Menor, Siria y los Balcanes— fue modesta, desde un punto de vista territorial, no obstante, aseguraron el control sobre los puertos de la zona occidental de Asia Menor y restauraron la integridad de la frontera del Danubio; y con todo ello salvaguardaron la estabilidad interna y las

* Henry Temple, vizconde de Palmerston (1784-1865), que ocupó muchos cargos de relevancia en el gobierno inglés y antepuso su concepción de los intereses al país a la lealtad a un determinado partido político. *(N. de los t.)*

condiciones de la prosperidad económica. En 1180, el imperio bizantino incluía los Balcanes (al sur del Danubio), las islas de los mares Egeo y Jónico, Creta, Chipre, la zona occidental de Asia Menor, Cilicia y los puertos costeros de la zona sur del Mar Negro. La moneda de oro apuntaló un sistema de tributos generalizado y una burocracia centralizada que apenas se conocía en Occidente. En cuanto a la diplomacia, el emperador griego conservó intereses y mantuvo correspondencia desde el Atlántico hasta el Golfo Pérsico, del Báltico al desierto del Sahara. Las flotas bizantinas operaban desde el Mar Negro y el Adriático hasta el delta del Nilo. De forma esporádica, hubo asimismo Estados satélites en las fronteras, incluida la Antioquía franca y la Konya selyúcida. Constantinopla siguió siendo, con mucha diferencia, la ciudad cristiana más espléndida, más grande y más rica del mundo, con una población que se mantenía entre trescientas setenta y cinco mil y cuatrocientas mil personas —lo que multiplicaba por seis o siete la de París—, pese a la existencia de suburbios, las desigualdades en los ingresos, la bonanza pública y la miseria privada: Constantinopla era una potentada, en las comunidades comerciales de todo el Mediterráneo y aun más allá. La guardia imperial reclutaba sus miembros desde Escandinavia hasta las islas británicas; llegaban visitantes desde Nubia. Los barrios ocupados por los representantes comerciales de Venecia, Pisa y Génova estaban a la par con los extensos asentamientos judíos y la presencia musulmana, reconocible por la abundancia de mezquitas en la ciudad.

La serenidad del imperio de Manuel ocultaba ciertos problemas subyacentes. La dinastía Comneno, desde 1081, se había apoyado más que los emperadores anteriores en su propia familia, y no tanto en los funcionarios del Estado, en el ejército, más que en los civiles. El poder se concentraba cada vez más en la persona y el entorno inmediato del emperador, y quedaban apartados los servidores civiles y el sistema de gobierno que este presidía. El centralismo público se vio menoscabado por una especie de centralismo privado, una política deliberada de subcontratación en las funciones militares, comerciales y fiscales del Estado, que se delegaban en mercenarios extranjeros —turcos, francos, armenios y eslavos—, y en comerciantes, señores provinciales y contratistas de defensa italianos. El desmedido consumo de Constantinopla desequilibraba

la economía, además de la política. Sigue siendo una incógnita, para los estudiosos, hasta dónde llegó el crecimiento económico en algunas provincias; pero muchas zonas del imperio parecían, sin duda alguna, muy atractivas para los foráneos codiciosos. El imperio se enfrentó a amenazas activas o potenciales de parte de los reyes de Sicilia; los emperadores germánicos; los eslavos de la otra ribera del Danubio; los guerrilleros búlgaros y serbios de los Balcanes; los armenios de Cilicia; y los turcos de Asia Menor y Siria. Como ocurriría en el futuro en muchas capitales cosmopolitas e imperiales, la xenofobia imperaba en sectores de la población griega de Constantinopla, lo cual dio origen a una paranoia que desencadenó violentos tumultos antioccidentales en 1171 y 1182. Aquella resaca de nacionalismo griego —manifiesta en la corriente de helenismo consciente en la cultura bizantina del siglo **xii**— actuó como contrapeso frente a las eclécticas políticas prooccidentales de Manuel, que incluían celebrar torneos al estilo franco o contraer matrimonio con una mujer germánica y, más adelante, con una franca de Antioquía.

Se mantuvieron dos puntos débiles, de importancia crucial, a pesar del éxito político de los Comnenos: la vulnerabilidad de las fronteras, extensas y enrevesadas; y la dependencia de la persona del emperador. Para que el sistema centralizado funcionase de forma eficaz, la base territorial sujeta a impuestos debía ser lo más amplia, pacífica, próspera y segura posible; y para que simplemente funcionara, hacía falta una corte unida, que se dejara guiar por un emperador indiscutido o le diera su apoyo claro. El último cuarto del siglo **xii** vio desaparecer estas dos condiciones y, con ellas, el poder del imperio. El propio Manuel fue derrotado en Miriocéfalo, en 1176, y allí terminaron sus esperanzas de ampliar la reconquista del Asia Menor turca. Tesalónica, la segunda ciudad de Grecia, fue ocupada brevemente por los sicilianos en 1185. Zonas bastantes amplias del noreste de los Balcanes derrocaron la autoridad de los señores griegos en la década de 1180, para luego formar el segundo imperio búlgaro (el primero había sido destruido por el emperador Basilio II, apodado *Bulgaróctono,* «el asesino de búlgaros», a principios del siglo xi). Otras zonas de los Balcanes eslavos, como Serbia, se escabulleron del control imperial. El gobernador de Chipre declaró la independencia en 1184 y la isla fue conquistada por Ricardo I en 1191.

Los mandos militares locales en Asia Menor, en la Grecia central y en el sur del Peloponeso siguieron su ejemplo. La lejanía con respecto al control central ayudaba a la secesión de los puestos de avanzada en Trebisonda o Adalia. Villehardouin comentó, a propósito de la escena que vieron los cruzados: «todos los griegos de renombre ... se habían hechos señores, en beneficio propio, de todas aquellas tierras sobre las que habían podido poner la mano».[23] La Cuarta Cruzada aceleró esta fragmentación, pero no fue su causa; después de 1204 los nuevos gobernantes latinos de Constantinopla se esforzaron por invertir la tendencia. Por lo tanto, aunque resulte paradójico, las presiones de fragmentación que socavaron el imperio bizantino y permitieron a los latinos hacerse con el poder fueron también las que aseguraron la supervivencia de la política griega, porque los occidentales fracasaron en su intento de reconstruir un imperio centralizado, con la capital en Constantinopla.

La desintegración regional que se produjo desde 1180 fue el reflejo del derrumbamiento del propio sistema dinástico de los Comnenos. A Manuel lo había sucedido un menor de edad, Alejo II. A continuación se vivió una caída veloz hacia el caos y el faccionalismo político desatado, exacerbada por la invasión y la rebelión de las provincias. Entre 1180 y 1204 se contabilizaron cincuenta y ocho golpes de estado, rebeliones y conspiraciones contra el emperador existente, de las que por lo menos cinco tuvieron éxito: en 1182-1183, 1 185, 1195, 1203 y 1204. La participación occidental en las de 1203-1204 estuvo a la altura del papel que representaron sus compatriotas en 1182 y 1187. Pocos sistemas políticos podrían sobrevivir intactos a semejante inestabilidad, y, sin duda, ninguno cuyo espíritu se basara en la autocracia. Aquel desplome político se alimentaba a sí mismo. Las pérdidas territoriales redujeron la base de los impuestos, con lo cual se debilitaron los sostenes de patrocinio y militar, que mantenían el control imperial, y se acentuó aún más la desintegración. Dos de los rasgos más llamativos de la campaña cruzada en Bizancio, en 1203-1204, fueron el carácter foráneo de las fuerzas de defensa griegas y la ausencia de una flota griega eficiente. Mientras que la flota de Manuel había combatido en una zona que iba desde el Adriático al Nilo, en 1203 los griegos no pudieron reclutar ni siquiera una flotilla con la que plantar cara al paso de los cruzados por el Helesponto. Tanto si Alejo III fue o no un si-

barita incompetente —según lo describe, con desdén casi de oficio, Nicetas Coniata, jefe del servicio civil de Alejo—, parece ser que los fondos del imperio eran insuficientes para mantener un ejército a sueldo que protegiera Constantinopla y una flota que impidiese los ataques extranjeros. Sólo cuando Alejo III se enteró de que había cruzados en aguas griegas, en la primavera de 1203, se molestó en descubrir que su flota comprendía apenas veinte «esquifes podridos y carcomidos».[24] Quedaron como imagen no de la cultura y la sociedad bizantinas, sino de su sistema imperial. Al declive de este sistema, la Cuarta Cruzada añadió una concentración letal de violencia e intención.

No está del todo claro que podamos presentar todo este conjunto de sucesos y circunstancias como la culminación de un siglo de conflictos —sobre todo en relación con las cruzadas—, tal como sostiene la interpretación que se conoce como «Bizancio se enfrenta a Occidente».[25] Cada una de las grandes cruzadas del siglo XIII acarreó unos problemas propios y concretos, de los cuales solo fueron perennes unos pocos, como las dificultades en los mercados, sobre todo alrededor de las capitales, o la condición de Antioquía. Cierto tópico literario de la historiografía, que apareció entre los cronistas eclesiásticos, retrataba a los griegos como sujetos taimados, embusteros y, esencialmente, sospechosos tanto en materia política como religiosa. La contrapartida la encontramos en la convención bizantina, compartida por Ana Comnena, Juan Kínnamos y Nicetas Coniata, que describían a los occidentales como seres desaforados, desleales y codiciosos, siempre ansiosos por la ocasión de conquistar el imperio. El testamento de Alejo I, en 1118, había expresado su angustia ante los grandes ejércitos que venían de Occidente.[26] Tanto Manuel I como Isaac II habían sufrido enormes dificultades para manejar el tránsito de decenas de miles de cruzados, en 1147 y 1190, respectivamente.

Por otra parte, el deseo de conquistar tierras en Grecia y los Balcanes había constituido un elemento básico de la política exterior de Sicilia y los normandos italianos, desde el momento mismo en que hubieron expulsado a los griegos de su último territorio en la península Itálica (en Barí, en 1071). Las campañas de Roberto Guiscardo, en la década de 1080, iniciaron una serie de asaltos, algunos de los cuales se interpretaron —o se pudieron interpretar— como par-

te de las cruzadas. El ataque de Bohemundo sobre Durrés, en 1107-1108, se enmascaraba como una cruzada hacia el Santo Sepulcro. La campaña de Roger II de Sicilia, en 1147 —en la que tomó Corfú y asaltó Corinto, Atenas, Tebas y el sur del Peloponeso— coincidió con la Segunda Cruzada. En la década de 1190, Enrique VI heredó aquella tradición, además de la rivalidad imperial con Federico Barbarroja y Manuel I en Italia y en cualquier otra parte. Las amenazas de Enrique y las intimidaciones de 1195-1196 estuvieron vinculadas a su cruzada, pero supusieron la continuación de una lucha por el poder, de índole esencialmente secular. El hecho de que Alejo III aceptara las condiciones de Enrique, además de las dificultades por las que pasó para reunir las reparaciones convenidas, pusieron de manifiesto, con gran nitidez, la debilidad del emperador griego y el declive de su sistema de tributario imperial.

Pero aquellos conflictos corrían en paraleo a las relaciones, por lo general más prosaicas, entre Bizancio y sus clientes comerciales de Venecia, Génova y Pisa. Muchos inmigrantes occidentales —los llamados «phrangopouloi»— vivieron muy bien en el Bizancio del siglo xii. Intelectuales como el pisano Hugo Eteriano, en la década de 1160, se sintieron atraídos por Bizancio, al igual que una figura menos conocida, como la del inglés Juan de Basingstoke, que afirmó haber aprendido los rudimentos del griego de la glamurosa e intelectual hija del arzobispo de Atenas, Miguel (1182-1204), hermano mayor del cronista Nicetas Coniata.[27] En una sociedad tan cosmopolita como la de Constantinopla, las relaciones de los griegos con los extranjeros no implicaban necesariamente la disputa. En 1204, Nicetas Coniata, un severo crítico de la contemporización con Occidente, tuvo que agradecer el conservar su vida y la de su familia a su relación con un mercader de vinos veneciano.[28] El contacto y la dependencia mutua, no menos que las sospechas mutuas, caracterizaron las relaciones de Bizancio y Occidente. Los acontecimientos de 1203-1204 fueron la consecuencia directa de todo aquello. Incluso la herida abierta de la unión eclesiástica y las diferencias en la teología y la observancia no levantaron ninguna barrera infranqueable ni consolidaron una enemistad insalvable. En Sicilia, Calabria, Chipre y Outremer, el clero romano y el griego coexistían. Inocencio III albergaba aún la esperanza de unir a las dos iglesias y se esforzaba por mantener buenas relaciones con Ale-

jo III. Se opuso sin ambigüedad a un ataque armado sobre Bizancio. Cuando se enteró del saqueo de Constantinopla, Inocencio observó, airado, que «ahora, y con razón, [la iglesia griega] detesta a los latinos más que a los perros».[29] En Bizancio floreció un partido ferozmente contrario a lo occidental y a la iglesia romana. Para los bizantinos, con el hundimiento del Estado, la iglesia griega se fue convirtiendo cada vez más en un foco de identidad, mientras que la uniformidad disciplinaria de Roma parecía ser cada día más amenazadora e inaceptable. Pero la cuestión de los motivos por los cuales la cruzada se desvió de su meta no se explica por la idea que los griegos tenían de Occidente, sino por la idea que los occidentales tenían de los griegos. Los cien años de contactos previos habían dado pie a ciertos estereotipos e instaurado ciertas suposiciones que dieron forma a las respuestas de los cruzados a los acontecimientos de 1202-1204, pero que, no obstante, no inspiraron sus acciones.

LA «BUENA EXCUSA»

El plan de ayudar a Alejo Angelo a deponer a su tío Alejo III, tal cual se presentó a los cruzados en Zara, en diciembre de 1202, no procedía de la nada ni tampoco de la sombra de una conspiración. A finales de 1202, las ambiciones de Alejo eran un secreto a voces —si es que en algo cabe utilizar el término «secreto»—, puesto que el pretendiente las había estado proclamando por toda Europa. Alejo había escapado a Occidente con ayuda de los pisanos, en 1201, y se trasladó a la corte del esposo de su hermana Irene, Felipe de Suabia. En la corte navideña de Felipe, en Hagenau, Alejo se encontró con Bonifacio de Montferrat, aunque no hay pruebas que demuestren que llegaran a un acuerdo; los datos circunstanciales parecen apuntar más bien a lo contrario. En los primeros meses de 1202, quizá en febrero, Alejo probó suerte en la curia papal, pero Inocencio se negó a respaldarlo, con una negativa rotunda. Parece difícil que Inocencio tendiera a favorecer un plan por el cual se instalaría un gobierno títere dirigido por las manos de Felipe de Suabia. Sin embargo, las negociaciones se llevaron a cabo sin apenas ocultación; la presentación de Alejo en la curia atrajo a gran número de cardenales y otros notables. Tras partir de Roma, Alejo con-

sultó de nuevo con Felipe de Suabia. La congregación de la cruzada concedió al griego nuevas esperanzas. Durante su estancia en Verona, en los meses de verano —según afirma Villehardouin—, estableció de nuevo contacto con Bonifacio de Montferrat y los dirigentes cruzados.[30]

Tanto el papa como Alejo III eran conscientes de estas conversaciones en noviembre de 1202, fecha en la cual los «príncipes» de la cruzada habían enviado a Pedro Capuano a sopesar un posible ataque sobre Constantinopla. Aunque el sumo pontífice reiteró su oposición a estos proyectos, dejó claro a Alejo III que deseaba la unión de las iglesias y que el emperador se hallaba en situación de gran vulnerabilidad.[31] La cronología que se apunta en la correspondencia de Inocencio III muestra que la esencia de las propuestas de diciembre existía antes de que la flota cruzada zarpara hacia Zara, en octubre, aunque los que estaban situados fuera del círculo de liderazgo de la empresa no eran conscientes de ella. Dada la oposición del pontífice tanto a la campaña de Zara como a Felipe de Suabia, y la sensibilidad de la mayoría de los cruzados anónimos ante cualquier decisión que se interpretara como un desvío con respecto al objetivo jerosolimitano, la discreción era clave para el éxito del plan. Pedro Capuano se trasladó a Roma para que Inocencio los autorizara a emprender nuevas negociaciones. Allí se encontró con embajadores de Alejo III, preocupados, justamente, por esa misma posibilidad. Era una medida más de hasta qué extremo se había distanciado Inocencio de las realidades de la cruzada: imaginaba que, con su rigor, impondría su voluntad. Entre 1202 y 1204, Inocencio contó con la desventaja de recibir informaciones parciales o tardías, y justo por mediación de los que más deseaban que continuara absorbido por sus ilusiones. Pese a que su prohibición de atacar Zara había sido desobedecida de manera flagrante, el papa seguía albergando la esperanza de que, a la postre, se alcanzaría la meta última de la cruzada.[32] Una vez que Pedro Capuano y la cruzada se habían separado en Venecia —el uno, para bajar a Roma, los otros, para pasar a Zara—, había quedado fijado el dilema de Inocencio. No podía controlar la expedición; a lo sumo, podía cancelarla.

Las esperanzas del joven Alejo mejoraban a medida que se acrecentaban las deudas de los cruzados. Fue crucial el hecho de que Bonifacio de Montferrat pasara a respaldar el proyecto. Quizá lo

convencieron durante su alejamiento de la armada, entre octubre y diciembre de 1202, lo que confirmaría que, hasta cierto punto, el desvío de Constantinopla representaba un renacimiento de la política oriental de los Hohenstaufen, evidente en la planificación cruzada de Enrique VI. Los venecianos eran grandes partidarios de ese cambio; oficialmente, porque aseguraría los fondos y el aprovisionamiento para la expedición a Outremer. Desde su posición privilegiada en el interior de Bizancio, los venecianos estaban al cabo de la gran debilidad de las defensas navales griegas, así como del hecho de que las provincias se estaban distanciando del centro. Dar apoyo a un golpe exitoso ampliaría la posición de privilegio de Venecia en el imperio, adelantándose, por lo demás, a genoveses y pisanos, con la ventaja añadida de cortar los vínculos entre estos y el joven Alejo Angelo. Éste prometió un botín suficiente para compensar a los venecianos del enorme capital invertido en la construcción y aprovisionamiento de la flota cruzada. Estaban armados con un ejército muy peligroso y pertrechados con una magnífica flota de combate; para los venecianos, la oferta de Alejo representaba una oportunidad única. Habría sido incomprensible que la dejaran perder, por mucho que no haya pruebas que demuestren que la ciudad de la laguna lo había planeado así de antemano.

El alto mando de los cruzados se mostró de acuerdo y determinó así el rumbo futuro de la expedición. Se hizo venir a Alejo de la corte de Felipe de Suabia. Sin embargo, la discusión puso sobre la mesa la existencia de hondas divisiones en el seno del ejército, que no bastaba con despreciar por la vía de la fuerza mayor. Hugo de Saint-Pol alegó que, sin la asistencia financiera ofrecida por los griegos, el viaje a Jerusalén resultaba imposible, pues no habría dinero para el salario de los caballeros y los infantes, ni para la construcción de las máquinas de guerra.[33] Al tratado de Venecia le quedaban seis meses de vigencia. Mientras algunos pensaban que eso urgía a realizar un ataque inmediato contra el Nilo o Tierra Santa, otros, convencidos por los líderes cruzados, eran de la opinión de que la propuesta de Alejo les daría fondos, como mínimo, para otro año militar. El dinero era la clave. Mirando hacia atrás, Gunther de Pairis identificó cinco clases de razones para adoptar el proyecto de Alejo: política (la influencia de Felipe de Suabia); legal (la legitimidad del joven pretendiente); pragmática (el respaldo del que po-

dría disponer la cruzada); religiosa (se pondría fin al cisma); y de oportunidad (los venecianos ardían en deseos de hacerse con el dinero de Alejo y aprovechar la ocasión para imponer «su soberanía en todo el mar»). Según afirmó el mismo Gunther, la opinión de Venecia era esencial: eran los que proporcionarían el transporte, allí donde fuera la cruzada.[34]

En el campamento de Zara, los debates parecían a un tiempo más sencillos y más difíciles. Cuando se tuvo noticia de la propuesta y de que la dirección militar estaba dispuesta a aceptarla, se aceleraron las dimisiones. Las reacciones fueron diversas. Hubo sobre todo dos clases de objeciones. Una de principios: era incorrecto luchar contra otros cristianos. La segunda, más práctica: no se podía seguir demorando el ataque contra Egipto. La argumentación de los líderes estaba destinada a refutar la primera —alegando que el desvío estaba justificado— y a dar tranquilidad sobre la segunda —la estrategia de Grecia no era más que una forma de apuntalar y preparar la guerra del Oriente Próximo—. Pero no todos quedaron convencidos. Algunos optaron por marcharse; resultó especialmente perjudicial el abandono de Reinaldo de Montmirail, primo de Luis de Blois, que se dirigió a Tierra Santa. Roberto de Clari dio fe de la oposición, pero se diría que le pesaban más las historias de las atrocidades cometidas por los griegos contra Alejo y la familia de Bonifacio de Montferrat, así como la sanción religiosa otorgada por los maleables clérigos de la cruzada, que adujeron que Alejo era el heredero legítimo y había sido desposeído sin razón. Por ello, desviarse del propósito original «no sería un pecado, sino un acto de justicia» («grans aumosnes», literalmente, «una gran limosna, un gran acto de caridad»).[35] La sugerencia de que el desvío constituía en realidad una guerra justa, concebida para contrarrestar la oposición de principio, hizo escasa mella en algunos combatientes de la tropa, que, al parecer, juraron no ir a Grecia.[36] Por su parte, los líderes que aceptaron las condiciones se encontraban ante el incómodo problema de intentar convencer al papa de que retirara la excomunión que los afectaba desde al asalto de Zara, aunque no pudieran obtener su bendición para la aventura constantinopolitana. Todo este proceso —conseguir el apoyo del ejército y la aprobación del sumo pontífice— fue más bien caótico, lo que contradice la teoría de que nos hallamos ante una trama cuidadosamente organizada.

No obstante, desde el momento en que el alto mando aceptó el proyecto de Alejo, los cruzados de Zara no contaban más que con dos alternativas exclusivas: o permanecían con la flota y zarpaban a Bizancio, o la abandonaban y buscaban la forma de llegar a Oriente o regresar a sus hogares.

El papa cedió ante la presión y la garantía recibida conforme los dirigentes cruzados cumplirían su penitencia por haber asaltado Zara, un ataque, según estos alegaron, que se habían visto forzados a realizar por pura necesidad.[37] Sin embargo, los venecianos, que no deseaban hacer nada que pudiera poner en peligro los derechos adquiridos en Zara, se negaron a arrepentirse y, por tanto, continuaron excomulgados; pero Inocencio perdonó a Bonifacio de Montferrat el hecho de que, en el nombre de la unidad del ejército, no hiciera pública la bula de excomunión. Ahora bien, fue preciso realizar auténticas contorsiones de sofista, ciertamente complicadas, para que los soldados de Cristo aceptaran un traslado en los barcos de aquellos sobre quienes pesaba el anatema de la iglesia. Más en general, lo cierto era que el papa se estaba situando en una posición cada vez más falsa. En febrero se había negado a condonar cualquier otro ataque «contra tierras de los cristianos», pero el rigor había quedado diluido por el hecho de aceptar que, ante una «causa justa y necesaria», se podía autorizar una excepción.[38] Para algunos observadores, cuando Alejo se ofreció a someter la iglesia griega a la autoridad de Roma, se limitaba a seguir la política declarada de forma expresa por Inocencio, de modo que su desasosiego resultaba más difícil de comprender, si es que resultaba creíble. El 21 de abril renovó su veto, cuando la flota ya había izado las velas con rumbo a Bizancio. En junio, el papa rechazó públicamente las razones que los obispos del ejército habían alegado para justificar la desviación del propósito de Tierra Santa:

> ninguno de vosotros debería correr a complacerse ante la idea de que se le permite ocupar o saquear la tierra de los griegos, solo porque desobedezcan en exceso a la sede apostólica y porque el emperador de Constantinopla haya usurpado el imperio ... pues no es labor vuestra juzgar sus crímenes.[39]

El remedio era escaso y llegaba tarde: mientras se esbozaba la carta, la flota cruzada ya surcaba las aguas del mar de Mármara.

Cuando los cruzados partieron de Zara, en abril de 1202, la hueste era aún más menguada, por el abandono de Simón de Montfort y del abad de Vaux. Al menos, esto tuvo el efecto positivo de eliminar una voz de disensión ruidosa. Sin embargo, el mero hecho de zarpar de Zara no bastó para determinar definitivamente el destino de la cruzada. Así, la armada levó anclas en varias etapas, tras acordar reunirse en Corfú. El joven Alejo no llegó a Zara hasta el 23 de abril de 1203, donde fue recibido por Bonifacio de Montferrat y el dogo Dándolo. Tras una parada de propaganda en Durrés, que permitió a Alejo obtener el reconocimiento público de una ciudad griega —el cual, no obstante, no se otorgó con plena libertad—, el marqués, el *dux* y el pretendiente alcanzaron al ejército principal, ya acampado en Corfú. En la isla, la cruzada estuvo a punto de desintegrarse. Al hallarse frente al aspirante griego, una gran parte del ejército —no menos de la mitad, según afirma Villehardouin— rehusó el compromiso final de restaurarlo en el trono. Aunque la mayoría de los discrepantes por razones de ideología quizá habían abandonado al grupo en la misma Zara, en Corfú eran aún muchos los que se inquietaban por si podían considerar correcto aquel desvío, así como por el incumplimiento, en la práctica, de los votos de Tierra Santa. Sólo mediante una suma de insistencia agotadora, promesas serias, ruegos teatrales y chantaje emocional logró el reducido coto del alto mando mantener intacto lo que aún quedaba de la expedición original. Entre los más comprometidos con la aventura constantinopolitana había, como mínimo, tres de los enviados que habían negociado el tratado veneciano de 1201, además del conde de Flandes y el sector Hohenstaufen, que incluía al marqués Bonifacio y al obispo de Halberstadt. De nuevo, lo más probable es que la balanza se inclinara por efecto del dinero, el control de las tropas mercenarias y el apoyo de los venecianos. Aun así, Alejo tuvo que jurar públicamente que se atendría a los términos de un acuerdo que en aquel momento especificaba que, tras la fiesta de San Miguel de 1203, cuando expiraba el tratado de Venecia, los líderes estaban obligados a proporcionar a todos los miembros del ejército que así lo desearan barcos que los trasladaran a Palestina. Aunque carecemos de pruebas que indiquen que los jefes estuvieran fingiendo al suscribir esas condiciones —antes al contrario, en agosto de 1203 Hugo de Saint-Pol seguía planeando un ataque a Egipto en la pri-

mavera de 1204—, el pacto, tras todos los problemas contractuales que ya había sufrido la expedición, demuestra un grado casi increíble de confianza y optimismo.[40]

Pero el optimismo encontró una primera respuesta cuando los ciudadanos del puerto de Corfú, junto con la jerarquía eclesiástica griega, exhibieron de forma clara su hostilidad hacia Alejo y la alianza occidental.[41] Cuando la flota se alejaba de Corfú, el 24 de mayo de 1203, las perspectivas se antojaban inciertas. Desde el verano pasado, cuando la armada levó anclas de Venecia, la expedición había perdido a gran parte de su fuerza de combate —algunos, como bajas; varios más, por enfermedades; pero la mayoría, por deserción— y el ejército, según se comentó de un modo no del todo especioso, era «tan insignificante como no apreciado en su justa dimensión».[42] El papa, autor del llamamiento a la cruzada y garante de los privilegios de los soldados de la cruz, le había prohibido seguir el camino por el que se adentraba. Sobre la mitad de aquel «ejército cristiano»,[43] la de los venecianos, pesaba el anatema del sumo pontífice. Su candidado al trono, Alejo, era un joven de buena instrucción, pero sin experiencia ni popularidad demostrada. Las anteriores intervenciones de Occidente en las luchas dinásticas de Bizancio no habían tenido resultados precisamente felices. La Sicilia normanda había estado acosando a los bizantinos durante más de un siglo, pero sin obtener a cambio conquistas territoriales perdurables. Constan tinopla nunca había sido tomada por un enemigo exterior desde el momento mismo de su fundación, novecientos años atrás. ¿En qué podía apoyarse el éxito? Al parecer, en la posibilidad de que fueran ciertos los cálculos de Alejo, que se prometía contar el respaldo mayoritario de los griegos. No se trataba, sin duda, de ningún plan arduamente elaborado y secreto, destinado a utilizar la cruzada en beneficio propio sin que nadie se apercibiera. De hecho, según había estado ocurriendo desde Venecia, los hechos contradecían sin cesar a las expectativas.

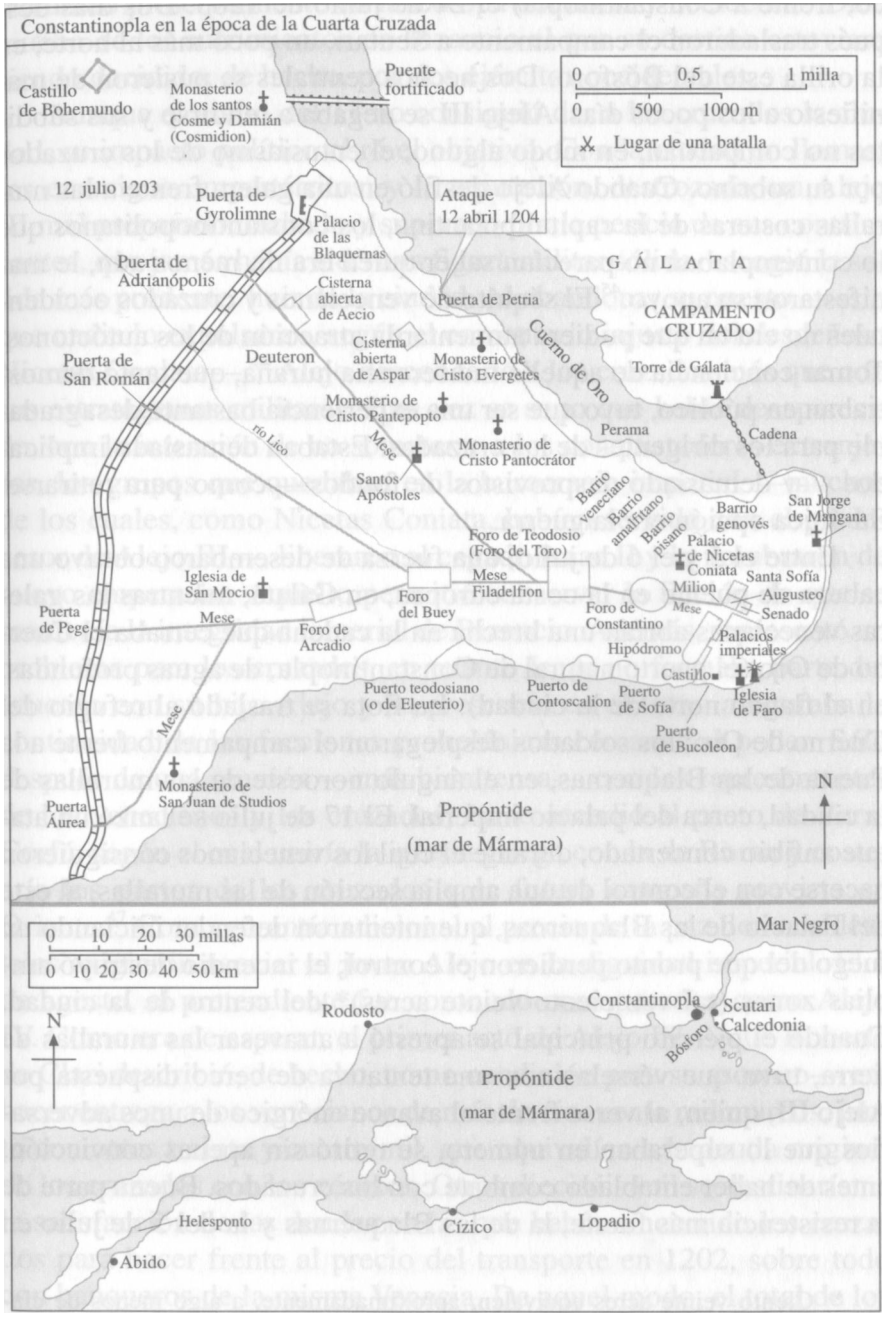
La Cuarta Cruzada se halló ante las murallas de Constantinopla tras una serie de decisiones fortuitas, cada una de las cuales creó nuevos problemas imprevistos. No hubo ni conspiraciones extravagantes ni un estado de ánimo general que fuera susceptible a la propaganda antihelénica; eso no ayuda a explicar adecuadamente el transcurso de los hechos. Sí ejercieron presiones muy fuertes lazos

de solidaridad, honor, obligación y beneficio, que eran conflictivos entre sí; entre otras razones, porque la expedición se dirigió de una forma notablemente consensuada. Aunque un grupo menor y, posiblemente, poco representativo del conjunto fue el que determinó el destino último de la cruzada, sus decisiones estuvieron siempre sujetas a la discusión, el análisis y la disensión del cuerpo general de *crucesignati.* Quienes habían propuesto desviarse de una u otra forma del objetivo original no pidieron disculpas. Villehardouin veía esas desviaciones como una cuestión de honor; para Hugo de Saint-Pol, en el contexto de la unión de las iglesias, atacar Constantinopla en 1203 no era sino perseguir «la empresa de Jesucristo», con una formulación que la asociaba directamente con la guerra santa.[44] No hubo un desvío accidental a Bizancio; fue el fruto de varias decisiones conscientes, que se alcanzaron de un modo penoso, franco y controvertido. La motivación que subyacía podía ser inmediata, contradictoria, ilusa y confusa, pero no obedecía ni a la traición ni a la perversidad.

Constantinopla

La Cuarta Cruzada fue a Constantinopla para instalar a Alejo Angelo en el trono de emperador, antes de proseguir con su viaje hacia Oriente. A los once meses de haber llegado al Bosforo, los cruzados habían participado en dos asedios, un gran número de batallas importantes y tres cambios de régimen, el último de los cuales instauró un nuevo orden véneto-latino en Bizancio, que cambió el imperio griego a mejor. Los fallos prolongados del plan de Alejo Angelo enredaron a los cruzados en la política interior bizantina, de un modo tan inextricable, que fueron incapaces de apartarse sin poner en peligro su propia pervivencia. Al final, el propio éxito del grupo, que superó varias crisis sucesivas, fue el que destruyó su capacidad de ir en pos del objetivo originario. Lo que se planteó con la meta de asegurar la cruzada, a la larga, terminó con ella.

Tras un crucero tranquilo por las costas griegas, durante el cual la flota se fue abriendo en un abanico de incursiones y maniobras para


Constantinopla en la época de la Cuarta Cruzada
0 0,5 1 milla
0 500 1000 m
Lugar de una batalla
Castillo de Bohemundo
Monasterio de los santos Cosme y Damián (Cosmidion)
Puente fortificado
12 julio 1203
Puerta de Gyrolimne
Palacio de las Blaquernas
Ataque 12 abril 1204
Puerta de Adrianópolis
Cisterna abierta de Aecio
Puerta de Petria
GÁLATA
CAMPAMENTO CRUZADO
Cisterna abierta de Aspar
Monasterio de Cristo Evergetes
Cuerno de Oro
Puerta de San Román
Deuteron
Torre de Gálata
Monasterio de Cristo Pantepopto
Monasterio de Cristo Pantocrátor
Perama
Cadena
río Lico
Mese
Santos Apóstoles
Barrio veneciano
Barrio amalfitano
Barrio pisano
Barrio genovés
San Jorge de Mangana
Foro de Teodosio (Foro del Toro)
Palacio de Nicetas Coniata
Iglesia de San Mocio
Mese
Filadelfion
Milion
Santa Sofía
Augusteo
Senado
Foro del Buey
Foro de Constantino
Mese
Puerta de Pege
Mese
Foro de Arcadio
Hipódromo
Palacios imperiales
Castillo
Puerto teodosiano (o de Eleuterio)
Puerto de Contoscalion
Puerto de Sofía
Iglesia de Faro
Puerto de Bucoleon
Mese
Monasterio de San Juan de Studios
Puerta Áurea
Propóntide
(mar de Mármara)
N
0 10 20 30 millas
0 10 20 30 40 50 km
Mar Negro
Rodosto
Constantinopla
Scutari
Calcedonia
Bósforo
N
Propóntide
(mar de Mármara)
Helesponto
Cízico
Lopadio
Abido

avituallarse, los cruzados llegaron a Calcedonia (en el litoral asiático, frente a Constantinopla) el 24 de junio de 1203. Dos días después trasladaron el campamento a Scutari, un poco más al norte, en la orilla este del Bosforo. Dos hechos centrales se pusieron de manifiesto a los pocos días. Alejo III se negaba a rendirse y sus súbditos no compartían, en modo alguno, el entusiasmo de los cruzados por su sobrino. Cuando Alejo desfiló en una galera frente a las murallas costeras de la capital bizantina, los constantinopolitanos que lo contemplaban no parecían saber quién era ni, menos aún, le manifestaron su apoyo.[45] El séquito de venecianos y cruzados occidentales no era tal que pudiera aumentar la atracción de los autóctonos. Tomar conciencia de aquella indiferencia huraña, que tanto demostraban en público, tuvo que ser una experiencia bastante desagradable para los dirigentes de las cruzadas. Estaban demasiado implicados —y demasiado desprovistos de fondos— como para retirarse. Su única opción era la guerra.

Entre el 5 y el 6 de julio, una fuerza de desembarco obtuvo una cabeza de puente en la costa europea, en Gálata, mientras las galeras venecianas abrían una brecha en la cadena que cerraba el Cuerno de Oro (el puerto natural de Constantinopla, de aguas profundas, en el flanco norte de la ciudad). La flota se trasladó al refugio del Cuerno de Oro; los soldados desplegaron el campamento frente a la Puerta de las Blaquemas, en el ángulo noroeste de las murallas de la ciudad, cerca del palacio imperial. El 17 de julio se lanzó un ataque anfibio concertado, durante el cual los venecianos consiguieron hacerse con el control de una amplia sección de las murallas, al este del Palacio de las Blaquemas, que intentaron defender iniciando un fuego del que pronto perdieron el control; el incendio destruyó amplias zonas (tal vez ciento veinte acres)* del centro de la ciudad. Cuando el ejército principal se aprestó a atravesar las murallas de tierra, tuvo que vérselas con una tentativa de cerco dispuesta por Alejo III, quien, al verse frente al avance enérgico de unos adversarios que lo superaban en número, se retiró sin apenas convicción, antes de haber entablado combate con los cruzados. Buena parte de la resistencia más fuerte, la de las Blaquemas y la del 5 de julio en

* Ciento veinte acres equivalen, aproximadamente, a algo menos de cincuenta hectáreas ***(N. del T).***

Gálata, fue organizada por la guardia italiana y varega, que se había reclutado principalmente en la Europa del norte y occidental. Dice mucho de los sufrimientos de Bizancio el que su destino estuviera siendo decidido, de hecho, por dos ejércitos occidentales.

Aunque el asalto del 17 no consiguió dar a los cruzados la ciudad, su impacto político obró el objetivo. Con la ciudad en llamas; los enemigos, impertérritos; y la reputación, destrozada, un Alejo III mal preparado, turbado y superado por la pericia de sus contrincantes, que jamás había sido una figura militar sólida, escogió la salida más prudente: huir de la ciudad. Al abandonar su puesto —«sin que nadie lo expulsara», según el comentario injusto del desdeñoso Nicetas Coniata—,[46] Alejo desconcertó a los cruzados más que con sus estratagemas militares. Una vez se supo que había desaparecido, con la intención de no someterse a los conquistadores extranjeros, los grupos que quedaban en la burocracia imperial —muchos de los cuales, como Nicetas Coniata, habían servido con el predecesor de Alejo III—, liberaron al cegado Isaac II y lo nombraron de nuevo emperador. Aquello permitió conservar la ficción de que se mantenía la integridad imperial de Bizancio. Además, representó un problema para los cruzados, en cuanto Isaac no formaba parte del acuerdo con su hijo Alejo y su presencia en el trono aseguraba la continuidad de las facciones prohelénicas cercanas al poder. Sólo después de una reunión —más bien tensa— con los representantes de los venecianos y los cruzados, Isaac accedió al pacto de Zara-Corfú, según el cual uniría la iglesia griega con la de Roma y costearía los gastos de los cruzados y la futura campaña prevista en Oriente.[47] Como garantía adicional al precio de la paz, los occidentales exigieron asociar al joven Alejo en la dignidad imperial. El 1 de agosto, el pretendiente fue coronado coemperador, como Alejo IV. Como era de esperar, el primer acto de Alejo IV —que Roberto de Clari describió, de hecho, como condición para su ascenso— era hacer entrega a los venecianos de más de cincuenta mil marcos, junto con otros treinta y cuatro mil, que equivalían a la deuda original de los cruzados con los vénetos. Otros dieciséis mil se destinarían a la satisfacción de las deudas en las que habían incurrido los cruzados para hacer frente al precio del transporte en 1202, sobre todo con banqueros de la misma Venecia. De aquel modo, el total de los cien mil marcos (o casi el total) fue a parar a Venecia y a sus ciuda-

danos.[48] Nada podría haber demostrado más crudamente el carácter esencial del tratado de 1201 y el papel que, de modo ininterrumpido, intepretaron los venecianos en toda la empresa.

A diferencia de su padre —cuyo apoyo era ya de por sí bastante débil—, Alejo IV no contaba con ninguna base política en el seno de la clase dirigente griega. El nuevo coemperador se apercibió de que su pervivencia dependía de la presencia continuada de los cruzados. Alejo visitaba con frecuencia a sus protectores en el campamento occidental y sabía cómo trabajaban, por lo que ofreció, en privado, pagarles para que permanecieran en Constantinopla hasta marzo de 1204, fecha en la que se confiaba podría iniciarse la expedición a Egipto. A cambio, sufragaría los costes de las cruzadas durante un año entero, a partir del momento en que expirara el tratado de Venecia (desde las fiestas de san Miguel de 1203 a las fiestas de san Miguel de 1204), con lo cual aseguraba la realización de una campaña de verano en Oriente.[49] La reacción de los dirigentes reveló con una claridad meridiana cómo se organizaba la cruzada. Tras recibir noticias del plan de Alejo, el amplio consejo de notables insistió en que ellos no concederían su aprobación sin el consentimiento general del ejército («le común de l'ost»). Se convocó una asamblea («parlement») a la que asistieron los barones, los comandantes de las compañías («li chevetaigne») y «la mayoría de los caballeros» («des chevaliers la graindre parties»).[50] Los que en Corfú solo habían consentido en seguir en la expedición bajo la condición de que recibirían ayuda para viajar a Outremer durante el otoño, presentaron objeciones ante el nuevo retraso: «Dadnos los barcos, tal como jurásteis».[51] Tras las discusiones ya habituales para entonces sobre lo que más convenía a los intereses de Tierra Santa, para calmar la impaciencia y la incertidumbre, se cerró otro trato más con los venecianos. Cuando Alejo IV les hubo «pagado suficiente como para que la espera les valiese la pena», prometieron mantener su flota a punto y a disposición de los cruzados hasta las fiestas de san Miguel de 1204. Para demostrar que su propósito era rigurosamente serio, los dirigentes anunciaron que habían mandando enviados a Egipto, para desafiar a Al-Adil.[52] Con el transporte aparentemente asegurado y financiado por Alejo IV, los cruzados aceptaron la propuesta del emperador. El beneficio inmediato para Alejo se hizo realidad en el momento en que pagó a

Bonifacio de Montferrat, Hugo de Saint-Pol y Enrique de Flandes, entre otros, para que lo escoltasen en un viaje por Tracia, con el objeto de empezar a establecer su autoridad en las provincias de Bizancio e impedir un contragolpe de Alejo III. Según se cuenta, llovieron grandes cantidades de oro sobre los dirigentes de las cruzadas que acompañaron a Alejo IV, y, aun así, algunos tuvieron la sensación de estar cobrando poco.[53]

El nuevo acuerdo con los invasores occidentales les granjeó pocas amistades con los habitantes autóctonos. Las relaciones aún se estropearon más cuando un asalto protagonizado por devotos del campamento cruzado de Gálata —gente de extracción sencilla—, contra una mezquita situada fuera de las murallas, en la orilla opuesta al Cuerno de Oro, provocó una escaramuza general, en el momento en que los griegos constantinopolitanos acudieron a ayudar a sus vecinos musulmanes.[54] Para protegerse, los occidentales prendieron fuego a la mezquita y las propiedades que la circundaban, con el propósito intencionado de sembrar tanta destrucción como fuera posible. Con un viento del norte que avivaba las llamas, el fuego estuvo ardiendo durante tres días, creando una franja de devastación que atravesaba el centro de la ciudad, desde el Cuerno de Oro hasta el mar de Mármara, que consumió 440 acres de terreno densamente construido y habitado.* No es de extrañar que los constantinopolitanos se volvieran en contra de los miembros de las comunidades occidentales de intramuros y que miles de ellos huyeran al otro lado del Cuerno de Oro, buscando la protección del campamento cruzado, lo cual tenía sus ventajas y sus inconvenientes, puesto que suponían un aumento inmediato del personal disponible (entre ellos, trabajadores especializados), pero, al mismo tiempo, era otra dura carga para el suministro de provisiones.

Las deterioradas relaciones entre los occidentales y los griegos empeoraron por el creciente desencanto con el nuevo régimen, por ambas partes. Los griegos se quejaban de que no se hubiera tomado ninguna medida para controlar el fuego o ayudar a los supervivientes, abandonados a la indigencia. A pesar del saqueo de la ciudad, el nuevo gobierno siguió registrando las iglesias en busca de

*** Equivalen, aproximadamente, a unas 178 hectáreas.** ***(N. de los t.)***

lingotes de oro con los que pagar a sus nuevos protectores occidentales. Por su parte, los occidentales temían que no se los trataría según les correspondía, dado que Alejo e Isaac se antojaban incapaces de cumplir sus compromisos. Las tensiones crecieron entre los dos coemperadores; Isaac no logró ocultar el rencor ante su hijo, cada vez más prominente, y difamaba a Alejo con habladurías desmedidas acerca de su debilidad de carácter y de las compañías de dudosa reputación, con quienes se reunía para realizar sesiones de sadomasoquismo homosexual.[55] Tras el regreso de Alejo a la capital, en noviembre, la situación política era grave. Los pagos a los cruzados se detuvieron cuando el rencor de los griegos hacia las exacciones tributarias de los coemperadores se tornó violento, en una serie de disturbios dirigidos al azar tanto contra el gobierno como contra sus aliados occidentales. Una turba de borrachos destruyó la gran estatua de Atenea Promacos, de Fidias, que una vez estuviera expuesta al aire libre en la Acrópolis de Atenas. Dentro del palacio, Isaac y Alejo estaban aún más distanciados; el padre, replegado en la astrología, y el hijo, entregado a juergas y jugueteos indecorosos con sus aliados occidentales, en el campamento de Gálata.[56] Ninguno de los dos parecía demasiado preocupado por conservar la dignidad pública que les exigía el protocolo imperial bizantino. Los rumores, junto con ciertas historias alarmistas de inspiración astrológica, acentuaron la sensación de que la crisis era inminente. En diciembre, el campamento de los occidentales se parecía cada día a más a una fortaleza sitiada en territorio hostil. Su aliado, Alejo, se enfrentó a un dilema insoluble. Para mantener el poder en sus manos, necesitaba conservar el apoyo de sus protectores occidentales, a corto plazo, pero sin perder por ello el apoyo de la población griega, para sus perspectivas de supervivencia a largo plazo. Pero pagar a sus aliados occidentales para conservar sus favores incitaba a los griegos a mostrarse hostiles, mientras que apaciguarlos poniendo fin a los pagos suponía asumir el riesgo de un ataque occidental. Para los occidentales, que por entonces parecían varados en Gálata, la cuestión tomaba cada vez más tintes de vida o muerte, mientras que para los griegos, que se iban recuperando de la derrota, el fuego y unos impuestos abusivos, continuar con el régimen vigente suponía arriesgarse a caer aún más en la ruina y a perder la independencia política y la inte-

gridad. Una vez más, la falta de dinero y las ilusiones optimistas habían arrinconado la cruzada.

Durante el mes de diciembre, los intercambios diplomáticos —tensos y, a menudo, seriamente acalorados— estuvieron acompañados por una violencia cada vez más desatada. Una facción antioccidental comenzó a desafiar la política de apaciguamiento de Alejo, con el yerno de Alejo III a la cabeza, Alejo Ducas, apodado «Murzuflo» (palabra que combina los sentidos de «ceñudo» y «cejijunto»). Los emperadores iban perdiendo el contacto con la realidad con gran rapidez. El 1 de enero de 1204, la flota veneciana —cuerda de salvamento de los cruzados— estuvo a punto de sucumbir ante el ataque de buques incendiarios griegos. Una semana más tarde, el ejército tuvo que rechazar un ataque terrestre, capitaneado por Murzuflo, cada vez más beligerante. Alejo IV perdió el control en seguida. El 27 de enero, un emperador rival, Nicolás Kannovos, fue ungido por la clase dirigente de los eclesiásticos griegos. Alejo inentó llamar a los cruzados para que lo protegieran, ofreciéndoles acceso al Palacio de las Blaquemas. Aquello precipitó el golpe de Murzuflo, que contaba con el respaldo de los servicios militar, eclesiástico y civil. Alejo IV fue arrestado y encarcelado la noche del 27 al 28 de enero; Isaac fue encarcelado y moriría pronto. A los pocos días, tras nombrarse a sí mismo emperador, como Alejo V, Murzuflo eliminó a Nicolás Kannavos, de modo que, en un plazo muy corto, se deshizo con gran eficacia de sus tres rivales. En febrero empezó la guerra contra los occidentales. Una vez que sus primeras incursiones resultaron fallidas, los intentos de negociación de Murzuflo se toparon con la exigencia —muy poco realista, desde el punto de vista político— de que respetara el acuerdo suscrito con su predecesor Alejo IV. El fracaso total de las conversaciones entre los occidentales y las autoridades bizantinas llegó con el asesinato de Alejo IV, probablemente el 8 de febrero. Si damos crédito a la propaganda occidental, fue cometido en persona por Murzuflo.[57]

Tras eliminar a Alejo IV, desaparecieron las intrigas, las contradicciones y las confusiones del año anterior. Con Alejo murió la esperanza de que se cumplieran los pactos suscritos con los cruzados. En un momento en que los barcos necesitaban revisiones y reparaciones, el abastecimiento se encontraba seriamente amenaza-

do (pues Murzuflo les había cerrado los mercados de la capital) y el nuevo gobierno bizantino se caracterizaba por su militancia antioccidental, puede afirmarse con rotundidad que los cruzados disponían de pocas opciones. Murzuflo se negó a proseguir con las negociaciones, comenzó a reforzar las murallas de la ciudad y se aprestó para la batalla. A diferencia de Luis VII, en 1147, o de Federico Barbarroja, en 1189-1190, los cruzados de Gálata, en 1204, no tenían bajo su control ninguna provincia griega fértil en la que realizar incursiones de saqueo. Si llevaban a cabo asaltos prolongados para buscar provisiones en el exterior, corrían el riesgo de que el campamento, expuesto a los ataques, sufriera el asalto de los griegos; al mismo tiempo, provocarían una intervención hostil de Joannitza, el rey de Bulgaria, que veía en el caos constantinopolitano una buena ocasión de ampliar su poder. Hacía muy poco tiempo que Bulgaria había recobrado la independencia de Bizancio; y en aquel entonces, estaba muy pendiente de apoderarse de cualquier posible migaja del imperio. Ahora bien, la inacción de los cruzados solo les garantizaba el hambre y, probablemente, la destrucción. Para sobrevivir —descartadas ya, además, todas las oportunidades de cumplir los votos del viaje a Jerusalén—, el camino pasaba por la capital. Sólo allí obtendrían el avituallamiento y los fondos necesarios; y solo si derrotaban a Murzuflo y tomaban la ciudad. «Se apercibieron de que no podían adentrarse en el mar, sin un peligro de muerte inmediata, y tampoco podían permanecer en tierra, porque el agotamiento de los víveres era inminente; así pues, nuestros hombres tomaron una decisión».[58] Paso a paso, a trompicones la cruzada había avanzado hasta verse obligada a contemplar la conquista de Bizancio. Aunque cómplices de su destino, ni los cruzados ni los venecianos habían pretendido de entrada este desenlace aterrador, peligroso y sangriento.

Siendo la conquista la única elección posible, el dogo Dándolo, Bonifacio, Balduino, Luis de Blois y Hugo de Saint-Pol se prepararon para llevar a cabo una ocupación ordenada y razonable de la ciudad, el gobierno y el imperio. El llamado Pacto de la Marcha decretaba que todo el botín —oro, plata y telas lujosas— se recogería en un lugar central y luego se repartiría de acuerdo con una fórmula que asegurara a los venecianos cobrar el reembolso total y definitivo de las varias obligaciones pendientes con ellos, por valor de

doscientos mil marcos. Una vez satisfecha la suma, los cruzados y los venecianos se dividirían los beneficios a partes iguales, como se acordara en 1201. Durante el pillaje, se respetaría a las mujeres y a los clérigos; el expolio de las iglesias y las violaciones se castigarían con la pena de muerte. El próximo gobernador de Constantinopla y Bizancio lo elegiría un comité de doce hombres —seis cruzados y seis venecianos— y recibiría una cuarta parte de la capital, además de dos palacios imperiales. Se le prohibía hacer negocios con cualquier enemigo de Venecia, una medida en interés del propio Dándolo —astuta, aunque descamada, pero no más descarada de lo que lo era el tratado entero para todas las partes implicadas—. Si el puesto de emperador y todo el conjunto asociado recaían sobre un cmzado, el nuevo patriarca latino sería veneciano, con lo que se establecía la intervención secular en el proceso de la elección eclesiástica (hecho que, de súbito, entraba en contradicción con ciento cincuenta años de política papal básica). El resto del imperio sena concedido por otro comité, de doce venecianos y doce cruzados, como feudo sujeto al emperador. Para asegurar el nuevo acuerdo político, se decidió que el ejército permanecería junto en Bizancio durante otro año, desde marzo de 1205; de modo que se aplazó, por cuarta vez desde 1202, la invasión de Egipto. Sobre cualquier persona que rompiera las condiciones del pacto pesaría la excomunión.[59]

Pero incluso al borde mismo de la guerra —irremediable, para todo aquel que prestase atención a los enérgicos preparativos de Murzuflo al otro lado del Cuerno de Oro—, seguían existiendo dudas. La Cuarta Cruzada había sido tachada de impura; se le reprochaba que había traicionado los principios originales que inspiraron la guerra de la cruz. Pero la constante evaluación propia entre las filas y la insistencia reiterada de los dirigentes (y sus títeres eclesiásticos) en que participaban en una causa justa, logró ocultar cualquier juicio de esta naturaleza. Las conciencias de muchos cruzados continuaban tan tiernas como el día en el que habían tomado la cruz. Según Villehardouin, incluso en la desesperada situación que vivió el ejército en los meses de febrero y marzo, los dirigentes organizaron una representación pública del caso de guerra, para tranquilizar a sus seguidores con respecto a la legimitmidad y justicia de lo que estaban haciendo. El clero declaró «que esta guerra es jus-

ta y legítima» basándose en que los griegos eran cismáticos; su emperador, un regicida y un usurpador; y sus súbditos, cómplices de esos delitos. Esta invectiva inspiradora estaba en la línea de la perseguida en Corfú. Reconocía la creciente penetración de las ideas académicas sobre la guerra justa en la conceptualización de la guerra santa. No obstante, al enfrentarse a una acción militar inmediata, los clérigos de Gálata añadieron incentivos espirituales, con los que hacer hincapié en la santidad de la causa y subir la moral: «si lucháis para conquistar esta tierra con la intención, como es de justicia, de situarla bajo la autoridad romana, todos aquellos que muráis tras haber confesado os beneficiaréis de las indulgencias concedidas por el papa». Si en verdad fue esta la formulación que emplearon, se copió del canon XXVII del tercer concilio lateranense, que ofrecía la plena remisión de los pecados, pero solo para aquellos que hallaran la muerte en combate.[60] Tanto si era cierto o no que los obispos del ejército occidental —desde el momento en que el legado pontificio aguardaba con impaciencia en Acre— poseían realmente la autoridad papal de la que afirmaban gozar para otorgar aquellas concesiones, poco les faltó para designar Constantinopla como objetivo de la cruzada. La batalla sería justa y se ganaría una recompensa espiritual para los que cayeran sinceramente arrepentidos, igual que había sucedido con las guerras que contaron con aprobación eclesiástica notoria desde el siglo ix; pero no se la podía contemplar como una extensión de la cruzada, y no se hizo. Aquello exigiría que el ataque sobre Bizancio se hubiera equiparado estrictamente a la guerra de Jerusalén y que, para participar en ella, los combatientes asumieran el juramento cruzado. Según parece, los obispos no ofrecían todo aquello. La versión de Villehardouin quizá estaba sazonada con el deseo retrospectivo de justificar lo ocurrido y rogar comprensión, pero Roberto de Clari dejó constancia de una serie idéntica de argumentos, expuestos a las tropas el 11 de abril, como arenga previa al día del asalto final. También recordaba que, en aquella ocasión, los obispos prometieron la absolución para todos, no solo para los muertos, porque los griegos «eran peores que los judíos», «enemigos de Dios».[61] Aunque los relatos de Villehardouin y Roberto estaban pensados para presentar los acontecimientos de abril de 1204 como actos correctos, sin ningún género de dudas, ante los lectores venideros, hacen pensar asimismo que los

cruzados necesitaban un convencimiento que los tranquilizara. No estaba asumido que atacar Constantinopla, aunque era indudablemente necesario, fuera también obviamente justo. La fe y la obediencia, en la Edad Media, no eran ni ciegas ni cortas de alcance, y se basaban en la razón y no en la credulidad.

El 9 de abril se iniciaron los ataques cruzados, a lo largo de la costa norte de la ciudad, entre el Palacio de las Blaquemas y el monasterio de Cristo Evergetes. Se utilizaron técnicas complejas de guerra anfibia, en las que los buques venecianos hacían las veces de transporte de tropas y agresivas máquinas de guerra. Tras el fracaso del asalto inicial, el combate alcanzó el punto culminante el 12 de abril, cuando, en medio de escenas de aguerridas luchas cuerpo a cuerpo, se abrió una brecha en la muralla y los invasores plantaron una cabeza de puente en un sólido frente del interior de la fortificación, sembrando la muerte a diestro y siniestro. Como parte de su táctica, los occidentales mataron y saquearon con decisión a su paso por la ciudad, sin distinguir entre soldados y civiles. Una vez más, temerosos de un contraataque, prendieron un fuego que se extendió rápidamente del norte al sur de la ciudad, arrasando casi todo lo que había quedado o se había reconstruido tras las dos conflagraciones previas. Aunque la guardia varega estaba preparada para entrar en combate, Murzuflo vio que el juego había terminado y huyó durante la noche. El 13 de abril, los cmzados hallaron que no les aguardaba ninguna resistencia de consideración. Habían ganado la ciudad, un asombroso tributo a la pericia naval de los venecianos, la destreza ingeniera, que había convertido sus barcos en castillos de combate y el entrenamiento militar —quizá incluso la cultura militar— de las tropas occidentales.

El saco de Constantinopla se desarrolló en dos fases.[52] La primera, de violencia indiscriminada y pillaje paralelo al asalto, se contuvo el día después de la entrada de los cmzados: con un gran número de fuerzas griegas aún en la ciudad, caer en un caos desorganizado podría haber puesto en peligro la victoria. La segunda fase, tal vez más espeluznante que la primera, contempló el saqueo sistemático de la capital, durante el cual se vivieron las penalidades habituales de las ciudades tomadas al asalto. Durante tres días, los

capitanes cruzados permitieron a sus soldados dar rienda suelta a la cólera, al alivio de la victoria y a la codicia en una orgía cuya crudeza y perfección consternó a casi todos los que supieron de ella. El salvajismo más intenso se reservó para el saqueo de tesoros y propiedades, incluidas las casas, los palacios y las iglesias, más que dirigirse contra el pueblo. Dos de los testigos presenciales más histéricos del bando griego, Nicetas Coniata y Nicolás Mesarites, aunque lamentaban con escabrosas palabras la rapiña etílica y la violencia sexual, dejaron testimonio escrito de ejemplos personales en los que los griegos habían recibido un trato de respeto y protección por parte de los invasores. La impresión que se llevaron los griegos fue hondamente negativa, pero en buena medida, resultó potenciada por la profanación desenfrenada de los lugares santos, un aspecto del saqueo que a los observadores occidentales —orgullosos de las reliquias que habían hurtado— les despertaba más admiración que pesar. Al parecer, los peores excesos perpetrados contra los ciudadanos se concentraron solamente en el primer día, aunque el número de víctimas, según una de las fuentes, ascendió a los dos millares de personas (más o menos, medio punto porcentual, con respecto a la población urbana anterior a 1204).[63] Los saqueadores estuvieron suficientemente controlados para asegurar que se recogiera la mayor parte del tesoro en las tres iglesias fijadas como depósitos centrales. Cuando se concluyó el saqueo, el 15 de abril, la tesorería oficial contaba con depósitos equivalentes a trescientos mil marcos, junto con diez mil caballos. Aquello representaba, quizá, menos de la mitad del valor total de los bienes saqueados; el resto quedó en manos de los saqueadores, que posiblemente acumularon hasta quinientos mil marcos, lo suficiente como para financiar un Estado europeo durante una década. Las cifras no dan cuenta, tampoco, de las embarcaciones cargadas de reliquias robadas por «santos ladrones» tales como el obispo Nivelo de Soissons y el abad Martín de Pairis.[64] Durante el saqueo y durante los difíciles días inmediatos, las pruebas anecdóticas hacen pensar en cierta medida de disciplina y orden, aun dentro del pillaje, incluido cierto respeto por las vidas de, al menos, los griegos de las clases más altas.[65] El saco de Constantinopla fue una atrocidad; pero según las costumbres de la época, no fue un crimen de guerra. El fuego de agosto de 1203 quizá causara el mismo daño material, por no hablar

de los incendios del 1 de julio de 1203 y de abril de 1204, o de los disturbios del invierno de 1203-1204. La codicia del propio Alejo IV, al despojar a las iglesias y los iconos de oro y plata con los que pagar el tributo de los cruzados, estuvo exactamente al mismo nivel que el comportamiento de los conquistadores occidentales. Las pérdidas que experimentaron el arte clásico y el bizantino, la arquitectura y las bibliotecas son incalculables, aunque quizá no llegaron a igualar la devastación cultural causada por la destrucción de Bagdad a manos de los mongoles, en 1258. La intensidad de la carnicería humana palidece al lado de la sed letal desatada en Jerusalén el 15 de julio de 1099. Si los vencedores hubieran proseguido su camino a Tierra Santa en la primavera siguiente, es posible que la caída de Constantinopla jamás hubiera adquirido la reputación de acto excepcional de barbarie.

Romanía y Bizancio

La distribución inmediata de los despojos de Bizancio causó cierta decepción, por el hecho de que una proporción tan alta hubiese ido a parar a manos privadas. Entre las filas provocó un arranque de furia, porque acusaban a los líderes en persona de ser los más avariciosos y acaparadores de todos, capaces de incluso de negar la parte que correspondía legítimamente a los cruzados ordinarios (el «común de la hueste»), los caballeros pobres y los sargentos «que habían ayudado a conquistar el tesoro».[66] Los pagos repartidos a estos combatientes —veinte marcos para los caballeros, diez marcos para los clérigos y los sargentos montados y cinco marcos para los soldados de a pie— ocultaban lo que Roberto de Clari definió como una injusticia, porque se daba a los soldados plata corriente, mientras los notables llenaban sus cofres con oro selecto, joyas y telas preciosas. Se condenó y colgó a algunos, acusados de acaparar en exceso.[67] La ciudad más impresionante de la cristiandad había caído ante un ejército de veinte mil hombres.[68] No había duda, al parecer, sobre cuál era la voluntad de Dios.

Sin embargo, la cuestión devino pronto menos cristalina. A mediados de mayo, Balduino de Flandes había sido elegido como el nuevo emperador latino. El veneciano Tomás Morosini era el nuevo

patriarca. Tras ser escogido, Balduino proclamó con grandilocuencia que pensaba continuar el camino a Tierra Santa una vez que su reino —concedido a su persona por la voluntad manifiesta de Dios, como un don providencial— estuviera tranquilo y en paz.[69] Aunque Alejo Murzuflo no tardó en ser detenido y ejecutado, la pacificación de los alrededores de la capital demostró ser tarea mucho más complicada, por no hablar del control sobre el resto del imperio. Muchos de los jefes cruzados ardían en deseos de obtener nuevas tierras y asegurarse el dominio, especialmente Bonifacio de Montferrat, a quien se había entregado Tesalónica, como consolación por no haber obtenido la diadema imperial. Las relaciones entre Balduino y Bonifacio —como era de esperar, tal vez— se deterioraron hasta derivar en una hostilidad abierta. Otros emprendieron un camino propio, como hizo el sobrino de Godofredo de Villehardouin (del mismo nombre) en el Peloponeso. Desde un principio, el emperador latino careció del personal necesario para Constantinopla. En las provincias, donde se daba el mismo problema, los nuevos señores latinos buscaron entendimiento con los intereses creados en la zona, religiosos y laicos, de los que no podía disponer el emperador latino. El entusiasmo inicial del papa ante la unión de las iglesias se tomó en cólera y desilusión cuando tuvo noticia de las matanzas y la destrucción producidas por el saqueo y la cancelación de la cruzada en 1205. No tardó en abrir canales de comunicación diplomática con el régimen que sucedió a Bizancio en Asia Menor.[70] Para Inocencio, la Cuarta Cruzada había sido una decepción, pero de la que supo extraer lecciones provechosas. Fue un pupilo aplicado.

La naturaleza quebradiza de Bizancio no se terminó de súbito. Mientras que los latinos lograron cierto éxito en la vigilancia de la Grecia continental, el yerno de Alejo III, Teodoro I Láscaris, decidió establecer un imperio griego en Asia Menor, en tomo de Esmirna y de Nicea, su capital eclesiástica. Epiro, en el oeste de Grecia, y Trebisonda, en la remota costa suroriental del Mar Negro, emergieron como otros centros de resistencia y partidismo griegos. Había asimismo peligros más inmediatos, como el que representaba Joannitza de Bulgaria, que en 1203-1204 se había ofrecido a los cruzados para establecer una alianza contra los griegos, oferta que fue rechazada.[71] Al rey búlgaro no le interesaba contar con soberanos poderosos en el Bosforo, ni griegos ni latinos.

El emperador Balduino heredó los palacios, pero también las debilidades de sus predecesores. Intentó aproximarse a la tradición griega, pero fue en vano, porque no se le perdonaba la cuestión de la unión de las iglesias ni se borraba el amargo recuerdo de 1204. La continuidad fue limitada. En Acre, al conocerse la elección de Balduino, Bohemundo IV de Antioquía se apresuró a rendir homenaje a la nueva emperatriz, la condesa María de Flandes, que había llegado a Oriente con la esperanza de reunirse con su marido.[72] María murió antes de embarcarse para Grecia. El nuevo régimen carecía de fondos y la recaudación de los impuestos era proporcional a su limitado control del territorio. Buena parte de Constantinopla seguía en ruinas; sus edificios públicos estaban asolados. Los venecianos, sobre todo tras la muerte de Dándolo, ocurrida en la capital bizantina en 1205, se centraron en asegurar el dominio de su porción del imperio: las islas estratégicas de Eubea y Creta y puestos comerciales como Modona y Coron (Koroni). En cualquier caso, no eran de gran utilidad para Balduino, a la hora de ampliar o defender sus posesiones en tierra firme.

Más inquietante aún para el futuro del nuevo reino latino fue el hecho de que la caída de Constantinopla no generó ninguna gran oleada de pasión y emoción, ni, menos aún, ansias de colonización, lo que era una gran diferencia con respecto al impacto que causó la conquista de Jerusalén en 1099. Tal como demostró la Cuarta Cruzada, el atractivo de Tierra Santa dejaba en la sombra a otros destinos, incluso si, como en el caso de los miles de combatientes que llegaron a Palestina en 1202-1204, era muy poco lo que podían hacer allí. Con la salvedad de Venecia, unas pocas familias francesas (sobre todo de la Champaña), el papado y, más adelante, los soberanos angevinos de Sicilia, Occidente no envió ni ayuda satisfactoria, ni un compromiso material. Las reacciones se caracterizaron ora por la indiferencia, ora por la convicción de hallarse ante una carga. Los papas sucesivos solicitaron ayuda para «Romanía» (como se conocían las conquistas occidentales) y proclamaron diversas cruzadas en su auxilio, pero, hacia la década de 1230, la respuesta de los caballeros occidentales consistía en realizar sus juramentos especificando que no aceptarían la desviación de sus votos cruzados a territorio griego. Nunca alcanzó la Romanía ninguna expedición significativa, ninguna cruzada ni ningún

destacamento con ánimo de socorrer a sus gobernantes o mantener su poder.

El imperio latino fue un fracaso: político, financiero, cultural y dinástico. Transcurrido un año exacto del triunfo de Constantinopla, el 14 de abril de 1205, el emperador Balduino fue capturado en una batalla, en Adrianópolis, donde había acudido a sofocar una rebelión griega apoyada por Joannitza de Bulgaria. En esa misma batalla, Luis de Blois halló la muerte. En la precaria situación derivada de esa derrota, Pedro Capuano puso fin a cualquier posible esperanza —o ilusión— de culminar la campaña en Tierra Santa, al absolver de los votos jerosolimitanos a todos los que combatieran en Grecia a favor de los latinos. La sucesión de desastres ocurridos con posterioridad a 1205 —incluida la muerte en combate de Bonifacio de Montferrat, en 1207— limitó seriamente la extensión del gobierno latino. El que Bonifacio se complacía en llamar «reino de Tesalónica» fue anexionado por los griegos del Epiro en 1224. Todo daba a entender que se perdían los logros de 1204; ese fue el contexto —y quizá el estímulo mismo— en el que varios veteranos se animaron a escribir sus crónicas, como Villehardouin (que escribía antes de 1212-1213) o Roberto de Clari (hacia 1216), con la intención de ensalzar las hazañas de la Cuarta Cruzada. Mientras el gobierno occidental persistía en algunas zonas —como Atenas, el sur del Peloponeso y las colonias marítimas de Venecia— y en otras prosperaba, y ello hasta el siglo xiv, cuando no más adelante —Creta no cayó ante los turcos hasta 1669—, en cambio el centro imperial no tardó en degenerar. La capital cayó en la bancarrota y, para sobrevivir, tuvo que empeñar reliquias tales como la Corona de Espinas (en 1237) o vender el plomo de los tejados de iglesias y palacios (ya desde 1120, aproximadamente).[73] El emperador Balduino daba lástima cuando, como una sombra desamparada, recorría la Europa occidental en la década de 1240, intentando conseguir respaldo para su causa decadente. La sucesión de regentes, menores de edad y tutores que ostentaron el título imperial (Enrique de Flandes, Pedro de Courtenay, Roberto de Courtenay, Balduino II, Juan de Brienne) tras sobrevivir a la crisis de 1205-1206, cuando la existencia misma del imperio se antojaba dudosa, desempeñó un papel cada vez menor en la política de la región, convertido en insignificante en comparación con los griegos de Nicea y, por un período

breve, Epiro, así como el imperio búlgaro. En 1261, Constantinopla fue reconquistada sin apenas ruido por tropas de reconocimiento de Nicea, que se aprovecharon de que la guarnición latina estaba realizando una incursión por lo alto del Bosforo. La caída fue tan repentina que cogió totalmente por sorpresa incluso al nuevo emperador de Nicea, Miguel VHI Paleólogo. Pero el final no podía tardar mucho más en llegar. A diferencia de lo que ocurrió en zonas del Peloponeso, los emperadores latinos fracasaron en su intento de alcanzar un entendimiento con los griegos. No se realizaron esfuerzos serios por crear una nueva identidad cultural. La Constantinopla latina parecía un puesto de avanzada, casi en ruinas, cada vez más irrelevante e impotente; y la aristocracia y el pueblo de Occidente la habían dejado caer en el olvido, aunque su conquista original se les hubiera presentado como un triunfo y una reivindicación.

La principal exportación del imperio latino, desde la noche del 12 al 13 de abril de 1204, eran las reliquias. Llegaron al mercado occidental con tal avalancha, que Inocencio III promulgó instrucciones sobre cómo determinar, racionalmente, su autenticidad. En Constantinopla, tanto los turistas como los cazadores de ofertas sagradas pedían certificados de garantía, que aseguraran que aquel fragmento de hueso, madera, ropa o piedra era genuino. Cuando Gunther de Pairis describe el robo en gran escala del abad Martín, entre los incendios y el caos de Constantinopla, intentaba dotar de validez a esa cosecha, que fue el beneficio más tangible que la empresa había reportado a su abadía. Martín y su capellán habían cargado en sus hábitos más de cincuenta tesoros del monasterio de Cristo Pantocrátor, que iban desde reliquias de la Vera Cruz y la Sangre Santa, a esquirlas pétreas de la mayoría de los Santos Lugares, desechos materiales de índole miscelánea y diversos miembros de santos (entre ellos, «una parte no insignificante de San Juan»).[74] A las descripciones de las hazañas de los obispos de Soissons y Halberstadt subyacen motivos similares de validación; en los dos casos se detalló el botín sagrado obtenido por aquellos héroes episcopales. En lo que respecta a Conrado de Halberstadt, los tesoros incluían trofeos claramente seculares: joyas, sedas y tapices. En cuanto a Nivelo de Soissons, permaneció en Constantinopla entre 1204 y 1205, envió a la Picardía numerosos objetos de gran prestigio, relacionados ora con la Virgen María, ora con san Juan Bautista, y, a su

regreso, llevó consigo piezas de la Vera Cruz. Incluso de las memorias de Roberto de Clari cabe pensar que están añadiendo lustre a sus donativos de reliquias de la Pasión, que entregó en el monasterio de Saint-Pierre, en Corbie.[75] Estas reliquias fueron el legado más positivo y duradero de la Cuarta Cruzada a la Europa occidental. Los receptores de estos tesoros santos, por todo el norte de Francia, esperaban ver aumentar las visitas a los nuevos altares. En varias zonas, clérigos emprendedores consiguieron transformar la suerte de lo que antaño fueran iglesias y monasterios empobrecidos y lúgubres. El monasterio cluniacense de Bromholm (en Norfolk) hizo fortuna tras adquirir una astilla de la Vera Cruz, sustraída de la capilla imperial por un sacerdote inglés, en 1205.[76] La llave del éxito estaba en los milagros. En toda la cristiandad occidental, se entendió que se manifestaba un nuevo influjo del favor divino a través de estos agentes milagrosos, lo que se interpretó, a su vez, como justificación de las barbaridades de 1204. De un modo más tangible, los milagros atraían a los peregrinos. Aumentaron los ingresos de la iglesia. Los nuevos edificios, erigidos para albergar las reliquias y ofrecer servicio a los turistas, dio empleo a la mano de obra y los artesanos locales. Este incremento en los beneficios de las iglesias producía asimismo rentas más altas, que se usaron para mejorar haciendas, caminos y puentes.

Si dejamos a un lado los beneficios trascendentes, las reliquias de Bizancio contribuyeron a crear prosperidad económica en numerosas zonas de toda Europa. Algunas reliquias interpretaron asimismo papeles políticos. La Corona de Espinas, empeñada a los venecianos en 1237 y vendida más adelante a Luis IX de Francia, movió a construir la luminosa Sainte-Chapelle de París y desarrolló una función relevante en la fabricación de una religión de la monarquía capeta. Las naciones más ricas suelen adquirir los iconos culturales de las tierras más débiles, conquistadas o explotadas, y así ha sido a lo largo de la historia universal, como demuestra una mera ojeada a la antigua Roma, la Inglaterra del siglo xix o los Estados Unidos de América del xx. Bizancio fue otro ejemplo claro: era depósito de numerosos objetos artísticos del cristianismo y la época clásica, muchos de los cuales venían de las provincias del imperio (por traslado, robo u otras acciones). Con posterioridad a 1204, el proceso dio otro paso, aunque de una manera cruda, maliciosa y poco grata.

La transferencia de tesoros y reliquias pasó a entenderse como símbolo de la derrota: los cuatro caballos del Hipódromo constantinopolitano, erigidos frente a San Marcos de Venecia, aunque solo se situaron allí después de 1260, suponían una celebración minuciosa y preparada de la victoria y el nuevo imperialismo.

Las consecuencias de la Cuarta Cruzada no se midieron únicamente en los términos de los beneficios y las pérdidas espirituales y materiales. En su historia de las cruzadas, Runciman expresa una queja prohelenista que tiene dos ramas: la destrucción engañosa de una civilización y el debilitamiento gratuito de un bastión de la cristiandad contra las invasiones de Oriente. El imperio bizantino no se recuperó nunca de los acontecimientos de 1203-1204. Buena parte del daño causado se lo infligió la propia Bizancio, por el caos político y la miopía con la que procuró el interés propio, como se pone de relieve, de manera vivida, en las exhibiciones de mal gusto o desesperadas de los emperadores. En cuanto a la destrucción material, en buena medida se derivó, como efecto secundario, de la conquista, los incendios de 1203-1204 y la insaciable ansia de oro de Alejo IV. No hay pruebas convincentes de que los cruzados tramaran derrocar con violencia el sistema bizantino, no hasta que, en 1204, se quedaron sin alternativas viables. Eso no quiere decir que los griegos no fueran tratados como demonios, que no se despreciara su observancia de la religión y que no fueran temidos por las élites occidentales (entre otras). Se podía sacar partido, y así se hizo, tanto de las diferencias doctrinales como de la tradicional tibieza con la que los griegos respondieron al llamamiento de las cruzadas. Según declaró Balduino en la carta que envió en su coronación, Constantinopla había sido asaltada «para honrar a la santa iglesia romana y socorrer a Tierra Santa», con una justificación que no era del todo mendaz.[77]

Por destructivo que fuera el saco de 1204, lo que a la postre perjudicó más la cohesión de Bizancio fue el efecto sobre la unión de las iglesias y la incapacidad de los latinos de establecer de nuevo una capital pujante. No hubo entendimiento entre griegos y latinos, y los latinos no lograron suprimir la oposición; todo ello alteró la naturaleza del sistema de gobierno griego, sin instaurar a cambio un nuevo sistema de gobierno latino. Desde 1204, emergieron pequeños Estados griegos, autónomos e independientes, como los de Ni-

cea-Esmira, Epiro y Trebisonda, sin relaciones constituyentes entre uno y otro y sin lealtad a ninguna autoridad política griega centralizada. En 1261, esta tradición separatista, desconocida con anterioridad a 1204, había quedado establecida como característica de la nueva Bizancio, rasgo que se mantuvo hasta las conquistas otomanas. Antes de 1204, la oposición regional griega había hallado reflejo en la política central e imperial. En cambio, ahora las regiones parecían entregadas a sí mismas. La Cuarta Cruzada había sajado las cuerdas a la lira del orden y la condición universal. Entre 1204 y 1261, Constantinopla dejó de funcionar como un centro de burocracia o consumo; de hecho, dejó de funcionar como una capital, salvo nominalmente. La restauración de 1261 no logró recuperar su dominio imperial. La ausencia de la autoridad de la metrópolis, que antaño había apuntalado el poder y la unidad de Bizancio, permitió a la iglesia ortodoxa colmar el vacío. La función del emperador, desde 1261, quedó debilitada de forma permanente, porque fue la religión cristiana, no el Estado cristiano, la que actuó como fuente principal de cohesión cultural e identidad política. La autoridad cambió de eje; justo por esa razón, los sucesivos emperadores de Bizancio, en los dos siglos siguientes, buscaron la unión eclesiástica con Roma, como precio por la ayuda militar de Occidente. Así pues, la Cuarta Cruzada destruyó al tiempo que definió de nuevo a Bizancio, consagrando una fragmentación política que afectó asimismo al resto de los enclaves occidentales y que desde mediados del siglo xiv fue aprovechada, con brillantez, por los otomanos.

Eso no supone, necesariamente, que deban atribuirse a la Cuarta Cruzada las culpas por las penalidades posteriores de la Europa oriental, la segunda de las quejas de Runciman. Para este autor, Bizancio quedó tan postrado por los hechos de 1204, que «en adelante fue incapaz de proteger a la cristiandad frente al turco», y, a la postre, ello entregó «a los inocentes cristianos de los Balcanes ... a la persecución y la esclavitud».[78] Es una concepción nublada por un análisis religioso y cultural demasiado crudo. Muchos cristianos de los Balcanes, inocentes o no tanto, habían luchado durante generaciones contra los griegos —véanse los casos de serbios, búlgaros y albaneses—, al igual que más tarde lucharon contra los turcos. Bizancio no fue un gobierno de beneficencia universal. Por otro lado, si tenemos en cuenta que la propia Bizancio no supo retener su

integridad territorial desde 1180, ni defenderse en 1203-1204, cuesta pensar que habría sido un bastión infranqueable para los ataques turcos. La Cuarta Cruzada fue tan desagradable como queramos, pero no precipitó el triunfo de los otomanos. De hecho, la ocupación de zonas del imperio griego por parte de latinos y venecianos garantizó, al menos, cierto grado de implicación continuada en la resistencia de Occidente a los otomanos, resistencia que sobrevivió al propio imperio bizantino. Más en general, la premisa de que el gobierno otomano era malo *per se,* peor que el gobierno imperial griego o que los grupos cristianos de los Balcanes (caracterizados por sus guerras internas y, con frecuencia, su crueldad), se basa en estereotipos y prejuicios de índole racial y religiosa. No todos los griegos del siglo xiv preferían Bizancio al gobierno latino o turco. Trasladar al pasado los prejuicios de épocas posteriores —ya sean históricos, religiosos o culturales— no nos ayudará, al menos en este caso, a explicar aquellos fenómenos. Sin embargo, esta actitud refleja el legado más duradero de la Cuarta Cruzada, uno que, incluso en fecha tan reciente como la de 2001, hizo pedir disculpas al papa Juan Pablo II. La Cuarta Cruzada, el fracaso posterior de los latinos (que pese a su victoria, no lograron erigir puentes estables entre las comunidades griega y latina) y el aprovechamiento de la catástrofe por parte de la iglesia ortodoxa (que supo reforzar su imagen de iglesia justa y correcta sin igual) confirmaron y ahondaron el extrañamiento —irresuelto, y quizá irrevocable— de la cristiandad griega y romana. En eso al menos, Inocencio III tenía toda la razón.

VI. LA EXPANSIÓN DE LAS CRUZADAS

Capítulo 18

LAS CRUZADAS ALBIGENSES, 1209-1229

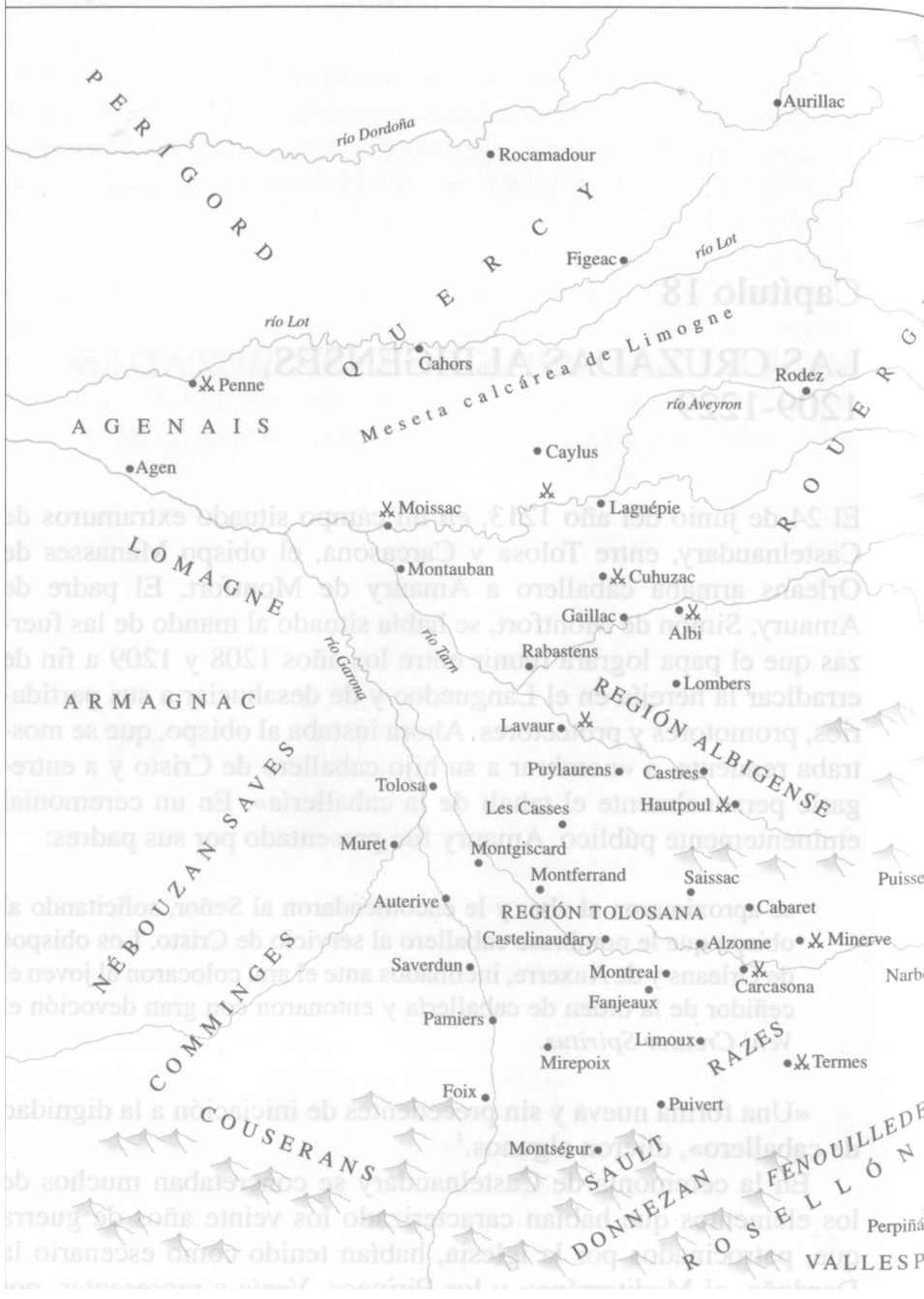
El 24 de junio del año 1213, en un campo situado extramuros de Castelnaudary, entre Tolosa y Carcasona, el obispo Manasses de Orleans armaba caballero a Amaury de Montfort. El padre de Amaury, Simón de Montfort, se había situado al mando de las fuerzas que el papa lograra reunir entre los años 1208 y 1209 a fin de erradicar la herejía en el Languedoc y de desahuciar a sus partidarios, promotores y protectores. Ahora instaba al obispo, que se mostraba renuente, a «nombrar a su hijo caballero de Cristo y a entregarle personalmente el tahalí de la caballería». En un ceremonial eminentemente público, Amaury fue presentado por sus padres:

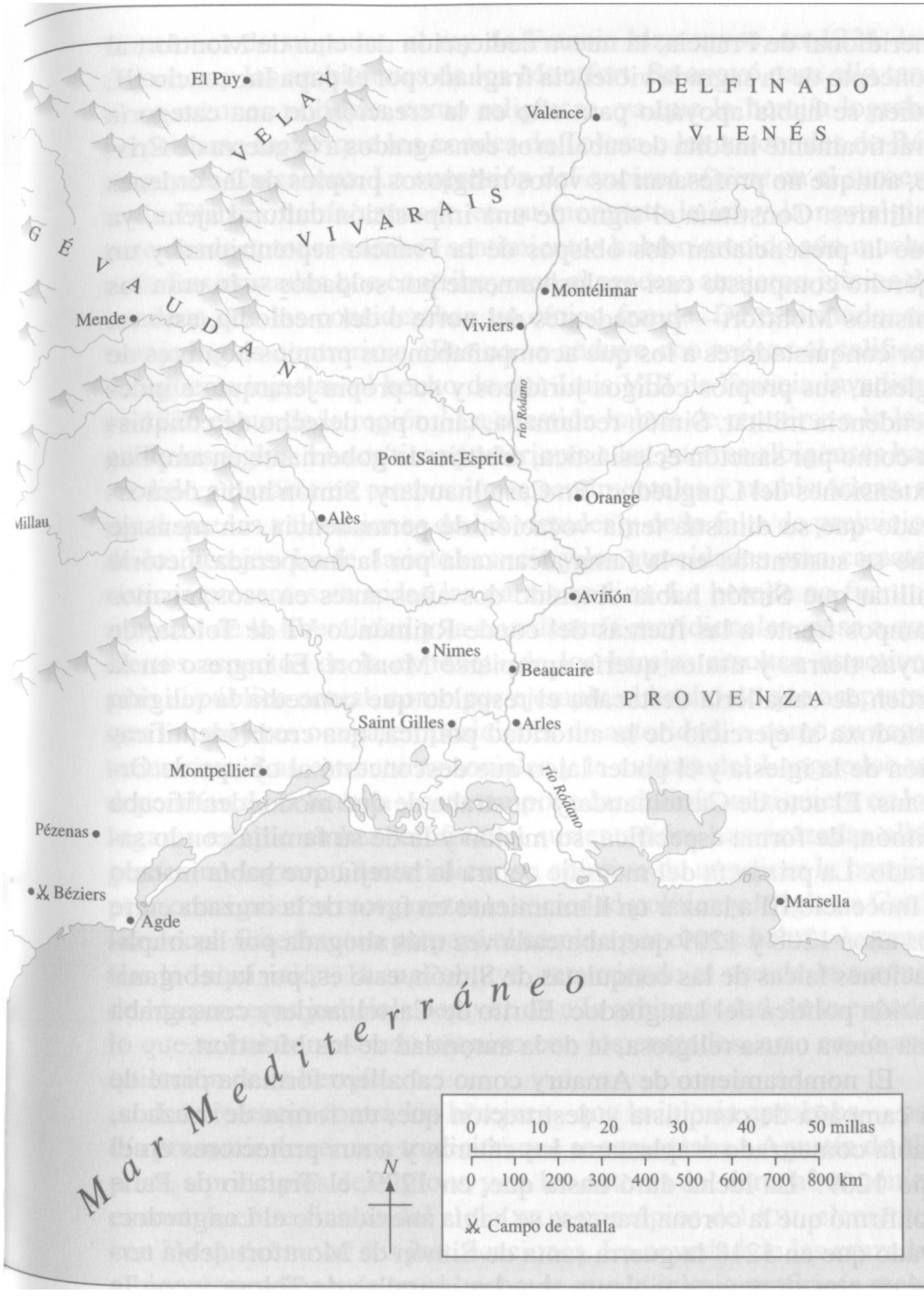
> se aproximaron al altar y le encomendaron al Señor, solicitando al obispo que le nombrase caballero al servicio de Cristo. Los obispos de Orleans y de Auxerre, inclinados ante el ara, colocaron al joven el ceñidor de la orden de caballería y entonaron con gran devoción el *Veni Creator Spiritus.*

«Una forma nueva y sin precedentes de iniciación a la dignidad de caballero», dijeron algunos.[1]

En la ceremonia de Castelnaudary se concretaban muchos de los elementos que habían caracterizado los veinte años de guerra que, patrocinados por la iglesia, habían tenido como escenario la Dordoña, el Mediterráneo y los Pirineos. Venía a representar, por medio de un fasto hasta entonces desconocido en una región tan

El Languedoc, Francia y la cruzada albigense




El Puy
VELAY
DELFINADO
Valence
VIENÉS
VIVARAIS
GÉVAUDAN
Montélimar
Mende
Viviers
río Ródano
Pont Saint-Esprit
Orange
Millau
Alès
Aviñón
Nimes
Beaucaire
PROVENZA
Saint Gilles
Arles
Montpellier
río Ródano
Pézenas
Béziers
Agde
Marsella
Mar Mediterráneo
0 10 20 30 40 50 millas
0 100 200 300 400 500 600 700 800 km
N
Campo de batalla

meridional de Francia, la nueva dedicación del clan de Montfort al concepto de la sagrada violencia fraguado por el papa Inocencio III, quien se había apoyado para ello en la creación de una categoría prácticamente inédita de caballeros consagrados a la guerra de Cristo, aunque no profesaran los votos religiosos propios de las órdenes militares. Constituía el signo de una imposición cultural ajena, ya que la presenciaban dos obispos de la Francia septentrional y un ejército compuesto casi exclusivamente por soldados —lo eran los mismos Montfort— procedentes del norte o del mediodía, esto es, por conquistadores a los que acompañaban sus propios hombres de iglesia, sus propios códigos jurídicos y su propia jerarquía e independencia militar. Simón reclamaba, tanto por derecho de conquista como por sanción eclesiástica, arbitrio de gobernante en amplias extensiones del Languedoc. En Castelnaudary, Simón había demostrado que su dinastía tenía vocación de permanencia, un mensaje que se sustentaba en la fama alcanzada por la inesperada victoria militar que Simón había obtenido dos años antes en esos mismos campos frente a las fuerzas del conde Raimundo VI de Tolosa, de cuyas tierras y títulos quería apropiarse Monfort. El ingreso en la orden de caballería destacaba el respaldo que concedía la religión ortodoxa al ejercicio de la autoridad política, una cruda identificación de la iglesia y el poder laico que desconcertó al obispo de Orleans. El acto de Castelnaudary mostraba de qué modo identificaba Simón, de forma específica, su misión y la de su familia con lo sagrado. La primacía del mensaje contra la herejía que había instado a Inocencio III a lanzar un llamamiento en favor de la cruzada entre los años 1208 y 1209 quedaba cada vez más ahogada por las implicaciones laicas de las conquistas de Simón, esto es, por la reorganización política del Languedoc. El rito de Castelnaudary consagraba una nueva causa religiosa, la de la autoridad de los Montfort.

El nombramiento de Amaury como caballero formaba parte de la campaña de conquista y destrucción que, en forma de cruzada, había comenzado a aplastar a los cátaros y a sus protectores en el año 1209.[2] La lucha duró hasta que, en 1229, el Tratado de París confirmó que la corona francesa se había anexionado el Languedoc. Dado que en 1218 la guerra santa de Simón de Montfort debía terminar con su muerte violenta ante las murallas de Tolosa y con la ulterior incapacidad de Amaury para llevar a buen puerto las reivin-

dicaciones de su padre, el rey de Francia hizo suyos, en 1224, los derechos y las ambiciones de los Montfort. Se apoyó para ello tanto en razones políticas como religiosas, ya que la herejía lograba perpetuarse mejor que los condes de Tolosa o los vizcondes de Béziers y de Carcasona. La supresión del *ancient régime* en el suroeste de Francia había azuzado en su momento la ira y la nostalgia, pero desde entonces ambos sentimientos habían crecido aún mucho más. Las cruzadas que contribuyeron al proceso atrajeron juicios de condena que las consideraban un cínico fraude. De este modo, un monje inglés contrario a ellas no se anduvo con rodeos al calificar de «guerra injusta» el hecho de que Luis VIII de Francia invadiera en 1226 el sur de la región.[3] La cuestión habría de repetirse a lo largo de los siglos. Las críticas posteriores a las guerras albigenses han tendido a basarse en motivaciones sentimentales y no históricas, al igual que las valoraciones de las virtudes y de la falta de prejuicios de los herejes. La fe, la intolerancia y las atrocidades eran características presentes en todas las partes en liza. La herejía no fue una muestra de la liberalidad y la mundanería meridionales, pese a que ciertos aspectos de la conducta de los herejes resulten atractivos para el público actual, como por ejemplo el hecho de que aceptaran que las mujeres ocupasen posiciones de autoridad, o como su vegetarianismo. Las estructuras sociales y la cultura del Languedoc no dependían de la herejía y esta tampoco las definía, ni siquiera en los lugares en que ambas le ofrecían sustentación. Las cruzadas albigenses no lograron materializar su objetivo de erradicar la herejía, pero consiguieron reorganizar la sociedad política y la iglesia Católica local. Este fracaso preparó el camino por el que habría de penetrar la Inquisición, la cual obtuvo, recurriendo al uso de la razón y de los procesos judiciales en vez de a la arbitrariedad de la espada, lo que se había mostrado esquivo con los cruzados, esto es, la aniquilación de la herejía.

La violencia contra los herejes —que la iglesia aprobaba— podía presumir de ser una tradición que se remontaba a Agustín de Hipona, a principios del siglo v, y en los autores del derecho canónico encontró, entre finales del siglo XII y principios del XIII, elementos con los que renovar sus justificaciones. La novedad de las cruzadas albigenses radica más en el hecho de que la iglesia prefiriese reclutar una fuerza internacional que confiar, en su voluntad de combatir

la herejía, en los gobernantes laicos cristianos, así como en la circunstancia de que aplicase a las campañas los privilegios que se concedían en Tierra Santa a las guerras de expiación. Del mismo modo, dichas cruzadas dejaron patente hasta qué punto los miembros de la iglesia se mostraban prontamente dispuestos a aceptar que los poderes laicos matasen herejes poco menos que a voluntad, un entusiasmo que los más sosegados procedimientos de la Inquisición refrenaron una vez que las guerras hubieron terminado. La explotación de estas guerras por Simón de Monfort y por los Capetos no pasó desapercibida ni a Inocencio III ni a sus sucesores. Con todo, despachar las cruzadas albigenses con el simple argumento de que fueron corruptas en términos ideológicos, o de que respondían a una cínica manipulación, es adoptar la postura del hereje pacifista Pedro García de Tolosa, de quien se dice que, en 1247, tronaba contra las cruzadas porque «Dios no deseaba ninguna justicia que pudiese condenar a muerte a alguien». «Todos cuantos predican la Cruz son asesinos; y la cruz que ofrecen los predicadores no es sino un trozo de tela en el hombro.»[4] Muchos católicos disentían de esta postura. Se aprecia asimismo claramente que los adeptos a la herejía también deseaban trabar una lucha cuerpo a cuerpo con sus atacantes.

Las cruzadas albigenses alteraron violentamente los destinos políticos del Languedoc y sus estructuras sociales, así como su orientación religiosa y cultural. Se ha hecho recaer sobre ellas la acusación de que desmantelaron de forma deliberada una cultura singularmente viva y tolerante. Sin embargo, dada la riqueza de la región, la debilidad de sus autoridades políticas y religiosas, sus lazos con las vecinas jerarquías de la iglesia y el Estado, y la importancia estratégica que esta tenía —al estar situada en el centro de un círculo que unía el norte de Italia, el valle del Ebro, el Atlántico y el Mediterráneo—, es de todo punto improbable que el destino del Languedoc de principios del siglo XIII hubiera sido ignorado por sus distantes —y no tan distantes— jefes supremos: los reyes de Francia, Inglaterra y Aragón, además de por el emperador. La implicación de estos monarcas encuentra más antecedente que causa en la preocupación que inquietaba al papa en relación con el debilitado estado de la iglesia del Languedoc y con la amenaza que, según él, constituía —para la supervivencia del propio Languedoc y de toda

la iglesia Católica— la existencia de una herejía particularmente vigorosa y atractiva.

Los cataros

El problema del sufrimiento se asienta en un punto muy próximo al núcleo de la religión cristiana, y la interpretación que tradicionalmente se le ha dado lo considera una consecuencia del pecado, de la caída del hombre según aparece descrita en el libro del Génesis, y resultado, por consiguiente, de la existencia del mal. Tanto los relatos de la Creación como la experiencia del mundo material sugerían a los cristianos que el mal existía en el plano terrenal, en la Ciudad del Hombre, la cual se oponía al paraíso, la Ciudad de Dios. Gran parte de las reformas iniciadas a partir del siglo xi en el seno de la iglesia Católica occidental habían ido precisamente encaminadas a conseguir mitigar algunas de las implicaciones de este planteamiento mediante el desarrollo de explicaciones, mecanismos, sacramentos y prácticas piadosas gracias a las cuales resultaba posible aliviar los efectos de la inevitable caída en el pecado, reparar o expiar los padecimientos que este traía consigo, y alcanzar el cielo. En la ideología de las cruzadas venían a formar parte de este proceso tanto la faceta expiatoria y la indulgencia plenaria que estas llevaban aparejadas como la aceptación, en 1215, en el Cuarto Concilio Lateranense, de la confesión oral individual y de la transustanciación, así como la elaboración de una doctrina coherente sobre el Purgatorio, realizada en el siglo XIII, y sobre el Tesoro de méritos* acumulados por Dios para la salvación de las almas.

Pese a que contribuyera en cierta medida a aplacar las ansiedades de los fieles, esta concentración en los sufrimientos redentores de Cristo revelaba que la fe se hallaba en presencia de un enigma capital. Cristo, Hijo de Dios, podía salvar del pecado al mundo

* Según la teología católica romana, existía un «Tesoro de méritos», reunido por Cristo y los santos, que permitiría redimir las deudas espirituales que de otra manera habrían debido expiarse en el purgatorio. De acuerdo con esta misma teoría, era posible distribuir fracciones de dicho tesoro en forma de indulgencias, por las que se cobraba una cierta cantidad. ***(N. de los t.)***

creado por Dios Padre. Si el mundo material era depravado, no por ello dejaba de ser, por definición, creación de un Dios eterno, omnipotente y supuestamente benigno. Algunas personas devotas y fervorosas consideraban entonces (y consideran hoy) que las explicaciones que da la ortodoxia cristiana a este problema son oscuras, ambiguas y poco convincentes. Esto no constituía un fenómeno inédito en el siglo XII, pero es posible que el hecho añadido de que los cristianos ortodoxos se concentraran en la corrupción del mundo y en las implicaciones del pecado y del mal haya prestado nuevas alas a aquellos que trataban de encontrar doctrinas alternativas y más satisfactorias. La *vita apostólica* que pregonaban los reformadores, entre los que no ocupaban un lugar secundario los grupos de sacerdotes autorizados por el propio Inocencio III, condenaba explícitamente muchas de las ventajas temporales de la iglesia. Y lo que es aún más fundamental, la marcada distinción entre las esferas espiritual y temporal que formaba el meollo de la crítica reformadora gregoriana ponía de relieve la eterna paradoja de la existencia de Dios y de la Materia, de la presencia del mal en un mundo creado por una deidad benefactora. El perenne interés de la ortodoxia por la naturaleza y la inmanencia de Dios constituyó un incentivo para la puesta en cuestión de las creencias y las prácticas, según han expresado teólogos como Anselmo de Canterbury, predicadores como Bernardo de Claraval y varias generaciones de académicos de la Universidad de París. Esto se correspondía con la inquietud oficial por el estado de la iglesia y de sus ministros, fustigados constantemente por las críticas de los reformadores papales gregorianos. Al cuestionar los supuestos y las estructuras tradicionales, y al plantear interrogantes fundamentales en relación con la naturaleza de la iglesia y el lugar de la religión en la sociedad, los reformadores católicos, sin dejar de orquestar una transformación en su iglesia, señalaban vías que se apartaban de una uniformidad disciplinada. La herejía, definida como una serie de sistemas de creencia inaceptables a los ojos de las autoridades eclesiásticas preponderantes, floreció en el mismo momento en que la cúpula de la iglesia hizo proclamación de grandes principios; así lo comentaría Gregorio VII: «Cristo no dijo Yo soy la Tradición, sino Yo soy la Verdad». El radicalismo rara vez fluye por cauces pulcros. La herejía pasó a convertirse en el compañero de viaje ineludible de las reformas tendentes a buscar solucio-

nes a estas cuestiones capitales de fe y de observancia. Por consiguiente, la era de las reformas medievales de la iglesia occidental (c. 1050-1300) fue también su gran período de herejías.[5]

Algunas herejías brotaron del debate académico y apenas superaron el marco de la sala de oradores; otras fueron producto de efímeros cultos a la personalidad; y aun otras más surgieron como consecuencia del hecho de que la disensión y la alienación social se hallaban notablemente extendidas. Muchas compartían un elemento de fundamentalismo bíblico. Todas tenían en común el rechazo de la autoridad eclesiástica y un sentimiento favorable a la apreciación directa o comunal de las Escrituras y de la fe, al margen de las normas, de la mediación y del control oficiales. Las herejías prosperaban a menudo en zonas en las que la autoridad eclesiástica y la secular se mostraban débiles o se veían convertidas en blanco de controversias, y en Occidente fueron pocas las regiones de la cristiandad que lograron mantenerse enteramente libres de ellas, ya que ambas cosas, debilidad y polémica, iban asociadas al hecho de que los dirigentes de la iglesia, por temor a que las reformas degeneraran en libertinaje y terminaran por aniquilar la institución que pretendían mejorar, se esforzaban por conservar el control. Incluso Inglaterra, tan tradicional, tan conservadora y tan celosamente gobernada, atrajo a un puñado de herejes en la década de 1160.[6] Los límites entre la ortodoxia y la herejía podían ser sutiles y cambiantes: era frecuente que se superaran en una u otra dirección, pese a la retórica apocalíptica de odio y demonización recíprocos. La mayor parte de los grupos heréticos sucumbían rápidamente tras la eliminación de alguno de sus cabecillas carismáticos o como consecuencia de la habitual tendencia a la escisión en facciones que suelen manifestar los justos. No obstante, algunas herejías lograron fijar una identidad duradera por medio de diferentes teologías, liturgias, obras literarias y modos de organización. En esta época, el grupo que mayor éxito obtuvo en el reto planteado tanto a la institución como a la teología de la iglesia Católica fue el de los cátaros, cuyo triunfo en el fomento de su solución al problema del mal en la zona nominalmente sujeta al dominio de los condes de Tolosa provocó las cruzadas albigenses.

La palabra cátaro procede del griego *katharós,* que significa limpio o puro. De acuerdo con su intuición fundamental, la explica-

ción que daban los cátaros a la existencia del mal aludía al hecho de que la creación se hallaba determinada por dos principios: el del Bien y el del Mal. Los cátaros eran por tanto dualistas, pero, al igual que los miembros de la secta dualista, cristiana y oriental de los paulicianos, surgida en el siglo VII, eran cristianos, lo que los diferenciaba de los dualistas no cristianos, como los maniqueos o los gnósticos del período tardío del mundo clásico. Para los cátaros, el mundo material era lógicamente obra de un creador malvado, no del Buen Dios, cuyo reino era espiritual. Las diversas tradiciones cátaras proponían identificar a este creador malévolo con dos entes diferentes. Los llamados dualistas mitigados* consideraban que el creador maléfico era un ángel caído, Satán, que había seducido a gran número de espíritus angélicos eternos, los cuales moraban en el cielo y los había aprisionado en cuerpos materiales. La explicación alternativa, la de los dualistas más extremistas, o absolutos —que fueron los que dominaron el movimiento occidental cátaro a partir del finales del siglo XII—, sostenía que el mundo material había sido creado por una potencia malvada, eterna al igual que Dios —a la que en algunos textos se denomina Lucifer, o padre de Satán—, y que había conseguido que el Buen Dios insuflara el divino aliento de la vida en los materiales cuerpos humanos de los ángeles caídos. En ambas versiones, el objetivo del hombre consistía en liberarse del cuerpo material por medio de la ceremonia del *consolamentum* (palabra latina que significa «consuelo»). En último término, cuando todos los espíritus angélicos de los humanos hubieran quedado libres y pudieran por tanto reunirse con sus espíritus guardianes en el cielo, quedaría restablecido el carácter completamente independiente de las esferas de los dos mundos del Espíritu y la Materia. Dada la carga que supone la presencia del pecado en el mundo, el peregrinar de algunas almas hacia el *consolamentum* podía ir acompañado de períodos de reclusión en el interior de otros objetos materiales o de animales.

La teología cátara aceptaba algunas partes del Nuevo Testamento y unos cuantos pasajes del Antiguo, aunque sometiéndolos a una interpretación radicalmente nueva. Se rechazaba la doctrina católica de la Trinidad, y lo mismo ocurría, inevitablemente, con la

*** O garatenses.** ***(N. de los t.)***

de la Encarnación, aunque parece que se aceptaba una jerarquía trinitaria modificada. Por definición, Dios no podía adquirir forma material, y por tanto era imposible que hubiera tenido lugar una Crucifixión y una Resurrección, salvo, tal vez, en el sentido de cierta manifestación metafórica o simbólica del mundo espiritual. El repudio de las enseñanzas sacramentales católicas era, en consecuencia, absoluto. Uno de los atractivos de la doctrina cátara pudo haber radicado precisamente en este desafío a los sistemas penitenciales y sacramentales cada vez más normativos que imponía la iglesia, así como en la consiguiente percepción de que esta se inmiscuía cada vez más en la vida social y privada, obteniendo de ello beneficios crecientes. Los cátaros seguían la herejía donatista de la iglesia primitiva al argumentar que el poder espiritual de los sacerdotes, al igual que la eficacia de su ministerio, dependían de su propia condición moral, lo que hacía que su misma jerarquía sacerdotal resultase vulnerable a las más leves acusaciones de insinceridad, apostasía o corrupción. Una vez más, este planteamiento salía al paso de las cuitas ortodoxas del momento. El propio Gregorio VII había coqueteado con ideas similares. Dada la escasez de los textos cátaros que han llegado hasta nosotros, al menos sin que en su transmisión medie ni la intervención de intérpretes hostiles ni el formulismo judicial de la Inquisición, hay aspectos de su teología y de su misticismo que permanecen oscuros, pero sus temas se desarrollan de forma paralela a las inquietudes que sentían los teólogos ortodoxos respecto del pecado, de los medios para alcanzar la salvación y de los sacramentos. En muchos aspectos, el esteticismo de los cátaros, la huida de la esfera laica, la plena conciencia de las trampas del materialismo y el significado de la realidad del mal eran un reflejo de la espiritualidad católica. La separación de las comunidades cátaras masculinas y femeninas encontraba réplica en la vida monástica. Al igual que la católica, la iglesia de los cátaros era «una iglesia fundada en los escritos», una congregación culta, que hallaba sus cimientos tanto en los textos litúrgicos como en los teológicos y en los místicos.[7] A diferencia de otra persistente herejía de esta misma época, la de los fundamentalistas escriturarios de la secta valdense, la de los cátaros no fue una rama desechada de la iglesia Católica, sino una confesión cristiana que, por sus antecedentes teológicos y por sus ininterrumpidas afi-

nidades intelectuales, mantenía más lazos con otras iglesias similares de los Balcanes bizantinos que con Occidente. No obstante, el auge del movimiento cátaro, pese a situarse en una órbita aparentemente remota, ocupó un lugar en el universo definido por el despertar y la expansión religiosa, intelectual y cultural de Occidente que los historiadores conocen con el nombre de Renacimiento del siglo **XII.**

La estructura de la iglesia cátara reflejaba la rigurosa austeridad de su teología. La mayoría de sus adeptos no estaban dispuestos a atenerse —o eran incapaces de hacerlo— al repudio del materialismo y de los placeres humanos que se prescribía a los plenamente iniciados. La iglesia se organizaba por medio de diócesis, cada una de ellas regida por un obispo y por dos adjutores, llamados «hijos» mayor y menor, respectivamente, y sobre quienes recaía, por ese orden, la responsabilidad de la sucesión episcopal, sustentada en los diáconos. Los *perfecti* o *perfectce,* es decir, los hombres y las mujeres que habían realizado el *consolamentum,* actuaban como sacerdotes de la iglesia, conocidos asimismo como *Boni Homines,* u Hombres Buenos, los cuales recorrían en ocasiones los caminos, vivían otras veces en comunidades instaladas en conventos separados, y aun en otros casos se distinguían por los oscuros hábitos que vestían como signo de su condición y de su pureza. Las principales decisiones que afectaban a la iglesia se debatían en los concilios diocesanos o provinciales. Antes de que comenzasen las cruzadas en el año 1209, en la época en que estos encuentros empezaron a exponerles a situaciones de arresto, de prisión, o incluso de condena a muerte, era frecuente que las controversias formales fueran dirigidas por sacerdotes católicos, lo que constituye otro signo de que la iglesia cátara distaba mucho de ser un nido de sectarios bucólicos atendidos por una orden oscurantista de sacerdotes entregados al sofisma. Había numerosos conventos habilitados como residencia para los *perfecti,* y extensas redes de grupos formales e informales de creyentes dedicados al estudio, grupos en los que participaban hombres y mujeres de todas las clases sociales. Había incluso cementerios cátaros especiales. De capital importancia para la difusión de un credo informado, y para marcar la impronta de una religión auténticamente popular, además de refinada, fueron las traducciones cátaras de textos religiosos latinos a las lenguas vernáculas,

en especial la versión plasmada en la Vulgata de la Biblia y en las liturgias cátaras.

Hay abundantes testimonios, aunque equívocos, del atractivo que tuvo el movimiento cátaro para las mujeres. Pese a que el embarazo era considerado un mal, el Buen Dios no establecía discriminación alguna entre las almas de los hombres y las de las mujeres. La naturaleza era diabólica, así que las mujeres no lo eran más que los hombres. Las mujeres cátaras podían presidir las comunidades religiosas, tal como hacían sus congéneres católicas, excepto por el hecho de que las cátaras tenían la posibilidad de alcanzar la dignidad de *perfectce,* esto es de sacerdotisas, grado que se negaba a las monjas y a las abadesas católicas. Sin embargo, el patente aborrecimiento que inspiraba a los cátaros el cuerpo femenino indica la existencia de una arraigada misoginia. No se permitía que las *perfectce* actuaran como diáconos, «hijas» ni obispos, y tampoco era habitual que oyesen en confesión a los creyentes ni que oficiasen la ceremonia del *consolamentum* sin la presencia de un *perfectus.* Según parece, las mujeres cátaras tampoco se implicaban demasiado en la transmisión de los textos, ni siquiera las *perfectce,* y tampoco intervenían en su lectura, ya que da la impresión de que esta actividad era, accidentalmente o no, coto reservado a los hombres. Es muy posible que la hostilidad que inspiraba a los cátaros la procreación, y en especial la que sentían por el embarazo, haya distanciado a las mujeres laicas de la doctrina, ya que se negaba a las mujeres encintas el derecho a recibir el *consolamentum,* incluso in extremis, en el momento del parto —al menos en teoría—. Las feministas actuales consideran que, de hecho, el movimiento cátaro resultaba desagradable a los ojos de la mayoría de las mujeres de la aristocracia debido a la existencia asexuada de las *perfectce,* a la omnipresente condena de toda tentación camal, a las desigualdades que sesgaban las oportunidades de acceso a las posiciones jerárquicas, y a la creencia de que la salvación abolía las diferencias sexuales.[8]

La gran mayoría de los cátaros laicos era conocida con el nombre de *crecientes,* esto es, creyentes. Éstos eran quienes sostenían económica y materialmente a los *perfecti,* y a cambio esperaban recibir el *consolamentum* cuando se encontraran a las puertas de la muerte, un procedimiento que recordaba a la extremaunción católica y a la práctica popular de admitir que ingresara en una orden reli-

giosa todo aquel que se hallara en el lecho de muerte. En una ocasión, una persona que había realizado donaciones a la abadía de Saint Semin, en Tolosa, fue admitida, estando a punto de expirar, en la orden de dicho monasterio, para descubrirse, tras su sepelio, que también había recibido el *consolamentum*: un claro caso de doble identidad que reveló que los cátaros tenían el hábito de fingir una conformidad exterior u ocasional con la doctrina ortodoxa, una característica que preocupaba enormemente a la jerarquía católica. En este caso el cadáver fue desenterrado a toda prisa y quemado.[4] Pese a que es posible que la doble lealtad confesional fuese un acto de prudencia o de simple sociabilidad, su realidad indicaba que los cátaros podían coexistir con una sociedad católica, cosa que señalan igualmente las pruebas de las auténticas conversiones que llevaban a los devotos de ambos bandos a cruzar la línea divisoria de sus respectivas religiones. La herejía y la ortodoxia compartían intereses, ansiedades y saberes. En la década de 1170, dos *perfecti* se convirtieron al catolicismo y fueron rápidamente promovidos a sendas canonjías en Tolosa. Otros dos *perfecti* del siglo XIII quedaron convertidos en destacados inquisidores dominicos de sus antiguos colegas: Rainiero Sacconi en Lombardía, quien escribió una importante descripción de su anterior fe, y el cruel Roberto le Bougre, esto es, el Sodomita o el Búlgaro* —en referencia a la región en la que se creía que se había originado el movimiento cátaro—. También había movimientos de conversión en sentido opuesto. Teodorico, un destacado teólogo cátaro que polemizaba con los sacerdotes católicos en el año 1207, había sido anteriormente canónigo de Nevers.[10]

* Existe aquí una extraordinaria peripecia etimológica que relaciona ambas palabras. El vulgarismo jergal inglés *bugger* (sodomita) procede de la voz medieval, *bougre*, hereje, que a su vez proviene del francés antiguo *boulgre*, evolución del latín medieval *bulgarus,* búlgaro. A partir de aquí, lo que explica que un toponímico latino contenga una raíz capaz de desarrollar la acepción de sodomita es una extraña ruta semántica: la palabra latina era un préstamo del griego *boulgaros,* lengua que lo había recibido del turco *bulghar,* nominalización del verbo *bulgamaq,* «mezclar», ya que los turcos consideraban «de origen mezclado» al natural de Bulgaria. De este modo, *bulghar*, «mezclado», pasa finalmente a denotar, primero «promiscuo» y más tarde «sodomita». *(N. de los t.)*

LOS CATAROS EN EL LANGUEDOC

La cristiandad dualista de la Europa occidental procedía casi con toda certeza de Bizancio, concretamente de la iglesia dualista de los bogomilas (que recibe su nombre de su fundador), radicada a partir de principios del siglo x en Bulgaria, Macedonia y Tracia. Pese a que las pruebas son desiguales, inciertas y muy controvertidas, y aunque es probable que algunos evangelizadores visitaran Occidente en los primeros años del siglo xi, el mayor impacto de dicha secta no habría de producirse sino un siglo más tarde, en relación con las recién vigorizadas rutas comerciales que unían la Europa oriental con la occidental. Tal vez uno de los orígenes de este incremento de su número de prosélitos se encuentre en la iglesia dualista creada en Constantinopla por los colonizadores occidentales durante los años que siguieron a la Primera Cruzada. Es probable que esta comunidad dualista, inconfundiblemente «latina», procurara a los conversos occidentales traducciones latinas de los textos bogomilas griegos, entre ellos el que describe el ritual del *consolamentum* y el Nuevo Testamento, compulsado con la Vulgata." A mediados del siglo XII se observan en Occidente los primeros signos inequívocos de la existencia de unas creencias característicamente bogomilas o cátaras. Su difusión geográfica, que abarcaba, entre otras, las regiones de Renania, la Champaña, la Lombardía y el Languedoc occidental; su organización institucional, operativa ya en la década de 1140 en Colonia y la Champaña, y más tarde en el Languedoc; así como su rápida expansión ulterior a la Lombardía y a Italia, indican la presencia de redes de evangelización bien arraigadas. Más que proceder directamente de Bulgaria, Tracia o Constantinopla, es posible que, en sus comienzos, la conversión cátara de la Lombardía tuviera su origen en el norte de Francia y en Renania, pero parece que, en Occidente, sus primeros dirigentes conservaron estrechos vínculos con las iglesias matrices situadas en Oriente. Hacia la década de 1170, como muy tarde, los obispos cátaros ya se habían establecido en «Francia» (es decir, en la Francia septentrional), en Albi y, probablemente, en la Lombardía. Al igual que algunos de los elementos de la iglesia de los bogomilas, que también atravesaban un proceso que les llevaría a hacer evolucionar sus doctrinas, estos cátaros occidentales abrazaron el dualismo mitigado,

no el absoluto. Con la conversión de los cátaros occidentales al dualismo absoluto, la iglesia herética, en especial en el Languedoc, pasó a ocupar una posición histórica más claramente visible —y quedó asimismo más expuesta al fuego graneado de la ortodoxia católica—.

En algún momento, bien del año 1167, bien, más probablemente, del período comprendido entre los años 1174 y 1177, se celebró en el pueblecito de San Félix de Caramán, al sureste de Tolosa, un concilio de cátaros occidentales compuesto por *perfecti* y *perfectce.* Ya antes, en 1165, en Lombers, al sur de Albi, se había congregado en el Languedoc una asamblea cátara en la que los herejes habían sostenido una vana disputa teológica con los partidarios locales del catolicismo. La reunión de San Félix atrajo a un público internacional, entre cuyos integrantes figuraban los obispos cátaros de «Francia», la Lombardía y Albi, así como algunos miembros de las iglesias de Carcasona, Agen y Tolosa. Un representante de la iglesia cátara de Constantinopla, el *papa* Nicetas, convenció a la asamblea de que adoptase el dualismo absoluto, crease tres nuevas diócesis —las de Carcasona, Agen y Tolosa—, consagrase a sus nuevos obispos y volviese a consagrar además a los obispos de Francia, la Lombardía y Albi, administrándoles a todos ellos un *consolamentum* renovado. Ya antes, de camino al Languedoc, Nicetas había convertido al dualismo absoluto a la iglesia lombarda. El tema de su alocución ante la asamblea de San Félix destacaba la importancia de la unidad, lo que constituía una advertencia necesaria, no solo en vista de la incipiente fragmentación de los grupos religiosos y del enfrentamiento entre sus distintas facciones, sino en atención igualmente a la escisión surgida en las filas dualistas por la que la propia iglesia dualista absoluta de Nicetas, dominante en Tracia y en Constantinopla, se alejaba del dualismo moderado que seguían observando los bogomilas búlgaros. Casi inmediatamente, la iglesia dualista italiana se vio escindida como consecuencia de una misión procedente de la Petrach de los bogomilas.[12] No obstante, las iglesias del Languedoc permanecieron unidas y prosperaron.

Puede que en tomo al comienzo del siglo **xiii** hubiera de mil a mil quinientos *perfecti* en la zona que, centrada en la comarca situada entre Tolosa y Carcasona, se extendía no obstante hacia el norte hasta alcanzar el valle del Lot y la región de Cahors, y que ha-

cia el sur llegaba hasta las estribaciones pirenaicas.[13] Es imposible calibrar con precisión el número de *credentes* que existía en la zona, en parte debido a la índole de los documentos que han llegado hasta nosotros, pero en parte debido también a que su fe solo se revelaba de forma inequívoca al recibir el *consolamentum,* ceremonia que, por su naturaleza, consistía frecuentemente en un apresurado ritual privado que solía verificarse junto al lecho de personas enfermas y agonizantes. De manera más general, los *credentes* quedaban englobados en un espectro de respuesta más amplio a la doctrina cátara, un abanico de actitudes que comenzaba con el compromiso del *perfectus,* pasaba por la fe de los laicos, así como por la simpatía suscitada en el ámbito general y familiar o mediante el contacto social, y desembocaba, tras pasar por la opción de eludir las cuestiones religiosas y por la indiferencia, en la antipatía, la desconfianza, la oposición y la persecución. El hecho de que cada una de las diócesis cátaras del Languedoc incluyera en su ámbito geográfico un buen número de diócesis católicas no sería tan solo reflejo de una menor capacidad de gasto corriente, sino que podría indicar también que el número de los adeptos era de una densidad relativamente limitada. El Languedoc no se convirtió en una provincia cátara. Las donaciones y las captaciones de adeptos para las órdenes religiosas católicas siguieron produciéndose, y el papel de la herejía fue simplemente el de una más entre las muchas manifestaciones de devoción y de entusiasmo religioso. La sugerencia de que, de algún modo, el movimiento cátaro encamaba de manera especial la peculiar cultura del Languedoc es pura fantasía. Por ejemplo, no puede considerarse hereje a ninguno de los grandes potentados, y muy pocos, si alguno había, de los trovadores locales, por muy críticos que se mostrasen con las autoridades eclesiásticas, respondían a esa condición. Al menos dos eminentes trovadores, Beltrán de Bom y Fulco de Marsella, se hicieron monjes, y Fulco terminó siendo el obispo anticátaro de Tolosa. No obstante, la iglesia cátara conservó su jerarquía, su estructura, su organización y sus fuentes económicas incluso después del período de las cruzadas. Es posible que los efectivos numéricos brutos de los cátaros hayan tenido una significación menor que la derivada tanto de la condición y de la posición social de muchos creyentes como de las implicaciones de la mera existencia de estas creencias anticlericales organizadas y radicales.

Es célebre la anécdota protagonizada en 1206 o 1207 por un caballero, Pons Adémar de Roudeille, en la que se indica la percepción que tenían las autoridades católicas de la naturaleza de la amenaza cátara. El obispo Fulco de Tolosa le había preguntado por qué no había expulsado a los herejes de sus tierras pese a admitir la superioridad de la teología católica, a lo que Pons Adémar contestó con la siguiente confesión: «no podemos; hemos crecido juntos, muchos de nuestros parientes militan en sus filas, y somos testigos de que su modo de vida es virtuoso».[14]

Por consiguiente, no debería exagerarse el predominio de la herejía en el Languedoc. Tampoco debiera darse por supuesta la identidad geográfica, política o cultural de la región. Pese a que hoy esté de moda hablar melancólicamente de las glorias perdidas de Occitania, la tierra en donde la gente hablaba la *langue d'oc* englobaba regiones tan diversas como el Lemosín en el norte, las estribaciones de los Pirineos en el sur y los Alpes en el este, las baldías extensiones de la Camargue en el delta del Ródano, los afloramientos volcánicos de El Puy, el Macizo Central, las colinas provenzales y las ciudades comerciales mediterráneas de Narbona y Montpellier. La geografía contradice la política, incluso en aquella parte de la región a la que hoy resulta más común dar el nombre de Languedoc —*grosso modo* la que se extiende hacia el este y el sur desde de los valles del bajo Garona y la Dordoña hasta llegar a los Pirineos, el Mediterráneo y el valle del Ródano, una región asociada en gran medida, a menudo muy vagamente, con el condado de Tolosa—. Tolosa, aunque se encuentra a menos de ciento sesenta kilómetros del Mediterráneo, se asienta junto al Garona, cuyas aguas desembocan al Atlántico, con lo que, en la época que nos ocupa, su cauce atravesaba, a lo largo de gran parte de su recorrido, tierras gobernadas por los reyes angevinos de Inglaterra, los cuales, en su calidad de duques de Aquitania, controlaron, hasta principios del siglo XIII, la mayor parte de la región, desde el Loira hasta los Pirineos, además de la Normandía y el Anjeo. En el siglo XII, los condes de Tolosa tuvieron que resistir los intentos de dominación de los angevinos y continuaron impidiendo que la región de Agen se convirtiera en un feudo angevino. Gran parte de la región situada al sur y al este de Tolosa, cuyos ríos desaguan en el Mediterráneo, miraba más a Cataluña y a Aragón que al norte de Francia, o incluso más que al

norte del Languedoc. El rey de Aragón era señor de los vizcondes de Béziers y Carcasona, y también le rendían vasallaje algunos de los condados del Gévaudan y de los Pirineos, como los de Foix y Comminges. Al este del Ródano, en la Provenza, la autoridad suprema correspondía al distante emperador de Alemania.

La utilización del término «albigense» (que literalmente significa «de» o «relativo a» Albi, una ciudad episcopal situada junto al río Tarn, a unos 65 kilómetros al noreste de Tolosa) para calificar a los cátaros del Languedoc es una práctica un tanto inapropiada. Pese a que la primera diócesis cátara tuviera allí su sede, las mayores concentraciones de cátaros se encontraban más al sur. La voz «albigense» no comenzó a ser de uso generalizado sino después de que las cruzadas hubieran empezado a combatir a los invasores del norte, posiblemente debido a que, en el año 1209, su primer objetivo fue Raimundo Roger Trencavel, señor de varios lugares, entre otros, de la ciudad de Albi. Inocencio III únicamente utilizó el término en una ocasión. El hecho de que los conquistadores franceses lo emplearan ilustra en qué medida ignoraban las características del territorio que se anexionaban.[15] Mientras no dan comienzo las cruzadas albigenses, la integración observable del Languedoc meridional y occidental en el reino de Francia es más bien escasa. Tal como había sucedido con las victorias de Felipe II de Francia* sobre el rey Juan sin Tierra de Inglaterra en los primeros años del siglo XIII, triunfos que habían dado un nuevo rumbo a la dirección política del noroeste de Francia, también las victorias de Simón de Montfort, y más tarde las de Luis VIII como abanderado de la cruz, determinaron que la corona francesa lograra tener acceso directo al Mediterráneo y que la región vecina mirase hacia París y el Sena en vez de hacia Barcelona o el Ebro. En el interior de esta región, los cátaros prosperaron únicamente en una zona relativamente pequeña, y su presencia fue adquiriendo un carácter cada vez más periférico respecto del amplio conflicto político que había provocado su supresión por medio de las armas. Las cruzadas albigenses sellaron más rápidamente el destino de las naciones que el sino de las almas o el de la fe.

* Conocido también como Felipe Augusto, reinó entre 1180 y 1223. (*N. de los t.*)

El vigor de la iglesia cátara en el Languedoc encontró sustento en la existencia de una autoridad política débil o enredada en competencias por el poder; en una jerarquía eclesiástica frágil o empobrecida; y en el fracaso de la cooperación entre la iglesia y los gobernantes laicos. Podemos añadir a este escenario la falta de centros de erudición católica. No fue una coincidencia que la Universidad de Tolosa no se fundara sino en cumplimiento de algunas de las cláusulas del acuerdo que puso fin a las cruzadas en el año 1229, ni que naciera como factor preliminar a la erradicación judicial de la herejía. En el norte de Francia y en el oeste de Alemania, unos cuantos obispos muy activos y con amplio respaldo económico persuadieron a las autoridades laicas de que la herejía representaba una amenaza tanto para el orden social como para el religioso. Por el contrario, en el Languedoc, los señores locales se apartaron de la iglesia, en especial tras experimentar la influencia de los eclesiásticos gregorianos, cuya mentalidad se hallaba imbuida de las ideas reformadoras. Ese distanciamiento se debió a la pugna por el control de los diezmos y las primicias de la iglesia, cuya parte sustancial tendió a permanecer en manos laicas debido a que el clero de las parroquias conservó únicamente una fracción menor y a que los obispos no recibieron nada. El obispo Fulco de Tolosa se quejaba de que al ocupar su cargo en el año 1205 había descubierto que sus ingresos ascendían a noventa reales: no podía permitirse el lujo de ofrecer protección a su recua de mulas en público y se veía obligado a hacer frente a los acreedores en su propia sala capitular.[16] La apropiación laica de los fondos eclesiásticos no solo debilitaba a la iglesia, también negaba cualquier incentivo material que pudiera haber inducido a los señores locales a socorrerla.

Los esfuerzos que la iglesia o los potentados realizaban para imponer la disciplina religiosa o social encajaban mal con una cultura aristocrática que militaba contra el control jerárquico y que prefería favorecer la independencia de los clanes. La estructura de la sociedad aristocrática rural se caracterizaba por lo que los individuos de esta época definían como *paratge.'*[1] El significado literal de esta palabra aludía al derecho a disfrutar libremente de la propia herencia. Es posible que la propiedad de más del cincuenta por 100 de las tierras de la región de Tolosa fuera de carácter alodial, es decir, libre de toda carga pagadera a un señor. La libertad era una característica

presente tanto en la sociedad rural como en la urbana, y en el seno de esta última los pueblos —incluso a veces una parte de un pueblo— insistían en ver reconocidos unos derechos y una capacidad de autonomía propios. Ni la cuantía del tributo ni las exigencias de la servidumbre de vasallaje eran demasiado elevadas, en especial si las comparamos con lo que era habitual en algunas partes de la Francia septentrional o de Inglaterra. Las obligaciones militares eran raras. Lo que caracterizaba la noción que se tenía de las relaciones entre los señores y los aparceros era la igualdad, no la sumisión. La pertenencia a una orden de caballería constituía más una posición social asociada a una actitud de recíproco respeto en la corte de un señor que un escalón en una jerarquía social de carácter piramidal. El *paratge* no solo implicaba que, en lo referente a la disposición de las propias tierras, el testador disfrutaba de independencia respecto de presiones externas, también amparaba los derechos de todo posible heredero perteneciente a la familia del poseedor, lo que desembocó en la costumbre de compartir los feudos. La primogenitura no había alcanzado en el Languedoc un predominio tan grande en las costumbres de la transmisión de herencias como la que se manifestaba en regiones más septentrionales. Una de las consecuencias de la herencia compartida fue la proliferación de señores copropietarios: en los casos extremos llegó a haber docenas de ellos al mismo tiempo.[18] Otra de las consecuencias fue el mantenimiento de los derechos de herencia de las mujeres, que se habían visto notablemente mermados más al norte. Sin embargo, pese a que la economía basada en una herencia divisible y en el *paratge* estimulara la cohesión en el seno de las familias, también desalentaba el asentamiento de una cohesión social más amplia.

No obstante, los habitantes que ocupaban entonces el Languedoc parecían adjudicar al sistema del *paratge* un significado cultural de carácter casi transcendente, al considerarlo un símbolo de nobleza, de las costumbres libres de toda una sociedad y de un sistema de vida aristocrático cuyas características abarcaban desde los entretenimientos de la corte a la independencia, pasando por la generosidad caballeresca, el honor personal y la moralidad pública. Sus enemigos describían a Simón de Monfort como a un personaje que trataba deliberadamente de aniquilar este mundo del *paratge*,[19] Con todo, y a pesar de que haya quien ha querido ver en el *paratge* el

principio de la libertad personal, podría considerárselo igualmente responsable del egoísmo de la nobleza, egoísmo que provocó el fracaso de la ley y del orden públicos. Puede que la violencia desatada entre los grupos de clanes del Languedoc fuese insignificante, pero no por ello dejó de ser atroz: la visión de tan gran número de pequeños castillos encaramados en los peñascos vecinos aún ofrece testimonio de esa inseguridad. Los terratenientes no tenían la impresión de haber contraído grandes obligaciones con sus dominadores nominales, ni de deberles una gran lealtad. La consecuencia directa de esta situación fue que, para mantener e imponer la autoridad, los grandes potentados tuvieron que recurrir al reclutamiento de mercenarios, una desagradable característica de la vida en el Languedoc que suscitó la condena del Tercer Concilio Lateranense en el año 1 179.[20] La falta de paz en el Languedoc fue uno de los temas, junto con el de la fe —ambos íntimamente relacionados—, que utilizó la propaganda de la cruzada: era frecuente que dicha propaganda describiera el conflicto como un *negotium fidei et pacis,* como una cuestión de fe y de paz. La incapacidad del conde para imponer el orden puso de manifiesto la debilidad del episcopado y espoleó el desarrollo de la herejía.

El hecho de que las familias nobles del ámbito local patrocinaran el movimiento cátaro resultó crucial para el éxito de los herejes y constituyó una de las más peculiares características de la herejía en el Languedoc. En otros lugares, de Bulgaria a Italia, pasando por Francia, Alemania y Flandes, la herejía popular presentaba un aspecto particularmente atractivo a los ojos de los artesanos de las ciudades y de los pobres del campo. Sin embargo, y a pesar de las comunidades cátaras existentes en Tolosa y en los pueblecitos de muy inferior tamaño de Béziers y Carcasona, la urbanización de las zonas del Languedoc más influenciadas por la herejía no conoció un excesivo desarrollo. En Narbona, la segunda ciudad por tamaño de la región, la herejía caló poco o nada. En el ámbito rural, el movimiento cátaro giró en torno a los pequeños castillos, a las plazas fuertes y a las casas de la nobleza local, cuya adhesión a la fe radical se vio facilitada por el refinamiento de la cosmología literaria que Nicetas importara de Constantinopla, una cosmología que no estaba basada en las tensiones jerárquicas o económicas ni en los sentimientos de culpabilidad. Era mucho lo que podían ganar los se-

ñores si se oponían a la afirmación de los derechos financieros de la iglesia y si en lugar de respaldar la separación condicional entre la iglesia y el Estado que preconizaban los católicos optaban por apoyar la absoluta independencia de ambas esferas, como propugnaban los cátaros. A su vez, el sostén de los dirigentes sociales permitió que el movimiento cátaro disfrutase de amparo material y de patrocinio económico; de centros concretos en los que estudiar y hacer prosélitos; de redes para la transmisión de la fe, tanto en dirección transversal —esto es, en la esfera de sus amplios contactos con las familias aristocráticas—, como en sentido vertical —es decir, entre los criados, los aparceros y los campesinos que trabajaban para los señores-—. Una de las acusaciones frecuentes que se formulan contra los *perfecti* cátaros sostenía que se dedicaban a predicar a los vulnerables —a los enfermos, a los moribundos o a los atenazados por la angustia—, difundiendo promesas de salvación incondicional a quien recibiera el *consolamentum* y ofreciera a cambio dádivas, legados en metálico y bienes inmuebles. Fuera esto cierto o no, lo más probable es que la viabilidad económica de la iglesia cátara —una situación que la distinguía de otras sectas heréticas, entre ellas la de la comunidad valdense radicada en esta misma región— dependiera menos de las prácticas de latrocinio realizadas junto al lecho de los agonizantes que de la generosidad de unos protectores muy adinerados.

El patrocinio de la nobleza politizó a los cátaros del Languedoc y fomentó una respuesta política: la guerra. Pese a que en este caso no existan pruebas de que los mayores potentados de la región, como los condes de Tolosa o los condes de la familia Trencavel de Albi, Béziers y Carcasona, fueran herejes, podían encontrarse *perfecti* cátaros en varias de las principales familias aristocráticas. Ya en el año 1178, Raimundo V de Tolosa lamentaba la «infestación de infidelidad» que no solo se había abatido sobre «el más noble de mis señores», sino también sobre buen número de sus seguidores.[21] Al heredar su título, siendo aún niño, el vizconde Raimundo Roger Trencavel (1194-1209) fue encomendado a la protección de un patrono de herejes, Bernardo de Saissac. El conde Raimundo Roger de Foix (1188-1223) se ganó una reputación de hombre malvado entre los observadores católicos por sus expolios a los monasterios y las iglesias locales, saqueos que en una ocasión le llevaron a ma-

tar brutalmente a unos monjes que se habían mostrado poco respetuosos con su tía, *perfecta* de los cátaros, Fais de Dufort.[22] La esposa y la hermana del conde también eran *perfectce,* aunque es probable que la conducta anticlerical de Raimundo Roger de Foix guardara más relación con cuestiones de dinero y de jurisdicción que con asuntos de fe. La madre y dos de las hermanas del rico y poderoso Aimery, señor de Lavaur y de Montreal, al oeste de Carcasona, eran cátaras y crearon una próspera residencia para *perfectce* en Lavaur. Los castillos de la familia se convirtieron en polos de la extensa red de *perfecti, crecientes* y simpatizantes cátaros, lo que provocó, en mayo de 1211, las atrocidades que siguieron a la toma de la «sinagoga de Satán», en Lavaur, por Simón de Monfort. Aimery murió ahorcado; ochenta de sus caballeros perecieron pasados por la espada, y entre trescientos y cuatrocientos cátaros fueron entregados a las llamas. La hermana de Aimery, la *perfecta* Girauda, señora de Lavaur, fue arrojada a un pozo entre grandes alaridos y sepultada viva bajo un montón de rocas.[23] No obstante, las atrocidades cometidas en Lavaur transmitían un mensaje político, y su propósito también lo era. El poder de Aimery ya se había visto seriamente socavado por la invasión de los cruzados; además, Montfort consideraba que los caballeros de Aimery eran unos traidores, con independencia de cuáles fueran sus prácticas piadosas; y la carnicería contribuyó a desalentar la aparición de nuevos focos de resistencia frente a los conquistadores del norte. La estrecha vinculación de los aristócratas laicos con las redes de la herejía supuso para ambas partes un peligro añadido, ya que brindaba a un posible adversario el doble pretexto de atacarles tanto para tratar de someter a los nobles como para erradicar el error.

Cuando comenzaron las cruzadas albigenses, hacía ya más de sesenta años que en el Languedoc se veía un problema en la herejía. Antes de ser ejecutado en Saint Gilíes en 1131, el iconoclasta contrario a la administración de los santos sacramentos, Pedro de Bruys, gozó de cierta notoriedad. En 1145, Bernardo de Claraval dirigió una campaña bien orquestada, y según parece coronada por el éxito, destinada a perseguir a Enrique el Monje, un donatista anticlerical que recorría los caminos y que había fijado su base de operaciones en Tolosa, tras una larga carrera evangelizadora en el oeste de Francia. Hacia el año 1178, el crecimiento del movimiento cátaro alarmó lo

suficiente a Raimundo V de Tolosa como para que decidiera pedirle ayuda a Luis VII de Francia y a Enrique de Marcy, abad de Citeaux. Aunque es posible que esta iniciativa guardara tanta relación con los problemas que causaba a Raimundo el linaje de los Trencavel —en cuyas tierras era donde mejor prosperaban los herejes— como con el hecho de que le desagradara la herejía, el gesto da fe de que no era inevitable que la nobleza del Languedoc se aliara con los herejes para combatir las cruzadas. A fin de cuentas, el padre de Raimundo había participado en la Segunda Cruzada, y su abuelo Raimundo IV había sido uno de los héroes de la Primera.[24] Una fuerza mixta, compuesta por soldados y sacerdotes, llegó a Tolosa para realizar averiguaciones en respuesta al llamamiento de Raimundo V, y la partida descubrió y castigó a unos cuantos herejes locales. El abad Enrique excomulgó a dos destacados cátaros, uno de los cuales era Bernardo Raimundo, obispo cátaro de Tolosa. En el año 1179, el canon XXVII del Tercer Concilio Lateranense anatematizaba a los herejes, y lo que es más significativo, también a quienes les protegieran o conversaran con ellos. Lanzaba además un llamamiento para que se emprendieran acciones militares, prometiendo que quienes tomasen parte en ellas habrían de disfrutar de dos años de remisión de sus pecados y de un amparo de la iglesia equivalente al que dispensara la ciudad de Jerusalén a los cruzados.[25] En 1181, en cumplimiento de este canon, Enrique de Marcy, que ahora era cardenal, condujo un ejército hasta el Languedoc y puso cerco a la ciudad de Lavaur. Prevaleció la discreción de la gente del lugar, y la plaza se rindió. Los dos cabecillas cátaros a los que Enrique había excomulgado en 1178 se convirtieron públicamente y obtuvieron, cada uno, la recompensa de una canonjía en Tolosa.[26] La expedición regresó a su ciudad de origen. A diferencia de lo que ocurriría en el año 1209, no se consideró oportuno que la forma de garantizar la persecución de la herejía pasara por sustituir a las autoridades de la zona, fueran estas eclesiásticas o laicas. Se juzgó que bastaría simplemente con procurarles ayuda y con esgrimir unas cuantas amenazas para estimularles a emprender acciones.

Pese a que la actividad entre los años 1178 y 1181 no hubiera conducido a nada, la política de la iglesia respecto de la herejía quedó clarificada mediante el decreto *Ad abolendam* (1184), promulgado por Lucio III, en el que se disponía que los herejes condena-

dos debían ser entregados a las autoridades laicas para que estas les castigasen, aunque no se especifica cómo.[27] Con todo, a principios del siglo xiii, el movimiento cátaro arraigó de tal modo en el Languedoc «que no fue fácil extirparlo».[28] El hecho de que el control ejercido por las autoridades eclesiásticas fuese de carácter débil había contribuido a esa consolidación cátara, así como la circunstancia de que los obispos tuviesen la costumbre de ausentarse. Parece que hasta el ascenso de Inocencio III al solio pontificio, en el año 1198, toda la energía del catolicismo en la zona solía reservarse para promover los monasterios cistercienses. El nuevo papa siguió una política característicamente activa, aunque bastante cerebral. Ya en abril de 1198,[29] Inocencio encargó a su confesor que investigara y siguiera la evolución de esta práctica mediante una serie de misiones dirigidas por un legado, misiones que tuvieron lugar en los años 1198, 1200 a 1201 y 1203 a 1204. Parece que la alarma del papa creció al percatarse de la ineficacia de las prédicas y de los debates que planteaban sus legados, debido a que la crisis no solo se desplegaba en toda su extensión en el Languedoc y a que el movimiento cátaro tampoco se fortalecía únicamente en el sur de Francia y en Italia, sino que recorría también la totalidad de los Balcanes. Inició una reorganización radical del episcopado del Languedoc e instó a sus legados a adoptar una actitud más agresiva. En el año 1204, fecha en la que sumó al abad Amaldo Aimery de Citeaux a la misión encargada a sus colegas cistercienses, maese Rafael de Frontfroide y Pedro de Castelnau, Inocencio ofreció las indulgencias de Tierra Santa a todos aquellos que «trabajasen lealmente contra los herejes».[30] En sintonía con la política encaminada a la promoción de las cruzadas, una política que ya había aplicado en otros lugares, Inocencio comenzaba a decantarse en favor de una solución militar. Le confirmó aún más esta decisión el hecho de que la última misión de sus legados hubiera llegado a un callejón sin salida, según parece como consecuencia —en opinión de los legados— de la indiferencia o del obstruccionismo practicado por gobernantes laicos como Raimundo VI de Tolosa (1194-1222). Entre los años 1206 y 1207, el enfoque inédito que promovían dos nuevos elementos afectos a la campaña de exhortaciones, el obispo español Diego de Osma y su canónigo, Domingo de Guzmán, apenas logró nada.[31] Se dedicaron a viajar, como imágenes especulares de los *perfecti,*

vistiendo ropas sencillas, recorriendo descalzos senderos y caminos poco frecuentados, y de esta guisa se presentaron a una serie de debates con los dirigentes cátaros. Pese a que esta última misión diera sus frutos, ya que fue el origen de la orden de predicadores de los dominicos, en lo inmediato no consiguió frenar tangiblemente la oleada hereje. Y aún contribuyó menos a abordar el problema de los poderosos protectores de los cátaros.

Las soluciones locales, tal como fueron concebidas en el año 1179, o incluso tal como las ideara el propio Inocencio III en fecha tan tardía como la de 1204, no habían funcionado. A diferencia de Pedro II de Aragón, que había tomado medidas contra los herejes en su reino, el conde de Tolosa parecía estar poco dispuesto a actuar en interés de la iglesia, a menos que simplemente fuese incapaz de hacerlo. El problema se agravó debido a las malas relaciones existentes entre Raimundo y los legados, uno de los cuales, el desabrido Pedro de Castelnau, se había hecho extremadamente impopular entre la gente de la comarca.[32] Para forzar una salida, los legados excomulgaron al conde Raimundo en 1207 y 1208, una acción draconiana que únicamente sirvió para poner de manifiesto su impotencia. Si Raimundo se negaba a tomar medidas contra los herejes, o no era capaz de adoptarlas, sería preciso que alguna fuerza externa consiguiese bien obligarle a ponerlas en práctica o bien imponer su sustitución. En los años 1205 y 1207, el papa trató de lograr que Felipe II de Francia sintiera interés en intervenir. En la segunda ocasión, en una carta del 17 de noviembre de 1207, se le ofrecieron indulgencias de Tierra Santa. La misiva contenía un reconocimiento implícito por el que el papa deslizaba la idea de que los enemigos de esa campaña quedarían desheredados y se les confiscarían las tierras. Pero ni siquiera este incentivo fue capaz de seducir a Felipe, que argumentó que ya tenía suficientes complicaciones con defenderse de sus enemigos Juan sin Tierra de Inglaterra y Otón IV de Alemania, quien, para hacer aún más embarazosa la situación, era uno de los protegidos de Inocencio III. La estrategia del papa seguía plagada de reservas: «deseamos que su majestad tenga presentes», dijo al rey francés, «los aprietos de Tierra Santa, y que no hay ayuda que no llegue a ella». Sin embargo, la actitud de Inocencio respecto a los cátaros y sus partidarios estaba fatalmente clara: «las heridas que no responden al tratamiento con cataplasmas han de ser

sajadas con la lanceta».[33] De forma casi inmediata, se le presentó al papa un perfecto *casus belli.* En la mañana del 14 de enero, el legado Pedro de Castelnau fue asesinado en la orilla oeste del Ródano, al norte de Arles, a 16 kilómetros de la abadía de Saint Gilíes. El criminal había sido un criado del hombre con quien el legado había tenido un violento altercado el día anterior: el conde Raimundo IV de Tolosa.[34]

La cruzada

El asesino de Pedro de Castelnau no consiguió elevar a la víctima a los altares, ya que el propio papa admitió que el mártir no había realizado los milagros de costumbre.[35] Por lo demás, en cuanto a su utilidad propagandística, su muerte no fue solo equiparable a la más célebre del arzobispo Tomás Becket, ocurrida en 1170, sino que por sus consecuencias políticas directas superó fácilmente al martirio de Cantorbery.* El legado que acompañaba a Pedro, el abad Amaldo Aimery, llevó a Roma la noticia del asesinato y convenció a Inocencio de que el conde Raimundo había sido cómplice de la acción. El conde fue excomulgado, y, el 10 de marzo de 1208, Inocencio III lanzó un fulminante llamamiento a las armas. La identidad del culpable se atribuyó de manera inequívoca al «tornadizo, astuto, escurridizo e inconsecuente» Raimundo. Se prometió a los «caballeros de Cristo» la plena indulgencia de Tierra Santa. En sus palabras, Inocencio evitaba comprometerse. «De acuerdo con el dictamen de la verdad, no deben espantamos quienes aniquilan el cuerpo», así que «las pujantes milicias de la caballería cristiana» han de tratar, «de cualquiera de las formas en que Dios os lo revele, de erradicar la falsedad de la herejía y de sus adeptos atacando a los herejes con mano fuerte y largo brazo, y ello con seguridad mucho mayor a la que tendríais si arremetierais contra los sarracenos, pues son peores que ellos». Aunque se arrepintiera, el castigo de Raimundo habría de ser la confiscación de sus tierras y las de sus acólitos. «Los lugareños católicos han de ocupar su lugar.»[36] La combinación de la conquista

* Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, fue asesinado al pie del altar de la recién construida catedral de la ciudad. ***(N. de los t.)***

religiosa y la anexión política complicó esta nueva guerra santa papal. Al legitimar que se echara mano de las tierras, Inocencio invitaba a los aventureros codiciosos a explotar la situación, y es característico que más tarde se revelara incapaz de refrenar esa deriva.

Se consideraba que la nueva cruzada era una continuación de las anteriores misiones de los legados, hecho que se reconocía mediante la designación de Amaldo Aimery como cabecilla de los propagandistas y agente encargado del reclutamiento. La justificación teórica descansaba en fundamentos sutilmente distintos a los de las cruzadas enviadas a Tierra Santa, aunque la retórica evocase metáforas similares y pese a que los privilegios diesen curso a idéntico tipo de aspiraciones espirituales. Se puso mucho empeño en destacar que la cruzada era una guerra tan justa como santa, sesgo interpretativo que se vio facilitado por los terrenales delitos y asesinatos cometidos por los herejes. En sus bulas del 10 de marzo de 1208, Inocencio expuso un argumento jurídico que presentaba la violencia ejercida contra los herejes como una forma de defensa simultáneamente espiritual y material: «los pervertidores de nuestras almas se han convertido también en los aniquiladores de nuestra carne». Raimundo VI era un excomulgado y un asesino. Se calificó a los cátaros —con consideraciones que no habría sido posible plantear cuando se combatía al islam— de «rebeldes» a Cristo y a Su iglesia, y se tachó de «traición» a su herejía, con lo que sus miembros devenían, en este sentido legalista, «peor que los sarracenos». Estamos aquí frente a categorías propias de la guerra justa, unas categorías que a los doctores en derecho canónico de la época les resultaban cada vez más familiares, y que, según daba a entender Inocencio, eran más fáciles de explicar que las transcendentes exigencias de la guerra santa. La venganza era el elemento común a ambos tipos de guerra —represalia por la muerte del legado Pedro de Castelnau, pero de modo aún más fundamental desquite por la ofensa a Cristo—. La panoplia de las promesas solemnes, la cruz, la indulgencia plenaria y los privilegios temporales quedó desplegada en su totalidad, como continuación lógica de los precedentes ya sentados en el siglo XII, como el del canon XXVII del Tercer Concilio Lateranense, y continuación asimismo de la teoría patrística derivada de Agustín de Hipona. La cruzada se emprendía, por medio de una guerra justa, a fin de restaurar el orden de la cristiandad.

Con este objetivo, la cruzada albigense desplegó todo un conjunto de elementos familiares para poner de manifiesto el concepto que Inocencio III tenía de la adhesión universal a la guerra santa. La indulgencia plenaria y la cruz, ausentes en el año 1179, ocupaban ahora un lugar destacado. Se hizo hincapié en los privilegios temporales que llevaba aparejados la cruzada, y sus cabecillas trataron de imponer normas suntuarias a sus seguidores.[37] Existe constancia de que, en 1209, un benefactor borgoñón de los monjes cluniacenses se unió a la campaña albigense motivado por la tradicional procura de «la remisión de mis pecados y los de mis padres». En una cédula en favor de la abadía de Cluny, Odón III, duque de Borgoña, el más ilustre de cuantos participaron en la cruzada de 1209, aparece descrito con la mención *«crucesignatus contra heréticos Albigenses»*.[38] Los cronistas de la época que simpatizaban con la causa solían referirse a los cruzados con el término genérico de *peregrini,* peregrinos, aunque resulta difícil, cuando no imposible, identificar qué objeto pudo haber tenido tipo alguno de peregrinaje penitente. Durante los combates librados en el asedio de Lavaur en 1211, y en el de Moissac en 1212, los clérigos del ejército cruzado entonaban el cántico *Veni Creator Spiritus,* que terminó convirtiéndose en el himno de los cruzados.[3y] Quienes se oponían a las cruzadas eran «enemigos de Cristo» no solo a ojos de los alistados y de los encargados de reclutarles, sino en opinión de los propagandistas de la guerra. Para sus adversarios, Raimundo era «el más cruel perseguidor de Cristo». Inocencio y sus predicadores, como Jaime de Vitry y el inglés Roberto de Cour<¿on (o Curzon), lograron crear un clima de crisis espiritual y convertir la cruzada en un deber. Pocos años después, un manual de prédica de la cruzada aparecido en Inglaterra incluía relatos edificantes en los que se comparaban las heroicas muertes del Languedoc con las hazañas de los mártires de Tierra Santa.[40] María de Oignies, la santa favorita de Jaime de Vitry, era, según este, una gran entusiasta de la causa y tenía visiones en las que le era dado contemplar lo mucho que se inquietaba Cristo por el destino del Languedoc y en las que se le aparecían, no sin utilidad para reclutadores como Jaime, unos ángeles que llevaban en volandas las almas de los cruzados muertos «a la gloria celestial sin pasar por purgatorio alguno».[41] La presencia en las filas de los *crucesignati* del Languedoc de veteranos que ya habían participado en otras

cruzadas reforzó esta congruencia entre la cruz y las guerras de Tierra Santa. Entre esos veteranos se encontraban cuatro de los disidentes de la Cuarta Cruzada que se destacaron en Zadar (la antigua Zara) entre los años 1202 y 1203: el abad Guido de Les Vaux-de-Cernay, Enguerrando de Boves y Simón y Guido de Monfort, así como el empedernido *crucesignatus* Leopoldo VI de Austria, que había sido ganado para la causa en 1210, al igual que los hermanos Felipe de Beauvais, obispo de esa ciudad (que participó también en la campaña del año 1215), y Pedro de Dreux, conde del mismo título, que había servido en Palestina durante la Tercera Cruzada. Otros de los integrantes de la partida se unirían más tarde a la cruzada española de 1212 contra los almohades, capitaneada por el legado del Languedoc, Amaldo Aimery. Tan internacional experiencia de participación en las cruzadas dio cuerpo a la ideología de Inocencio, que abogaba por un combate armado prácticamente eterno contra las fuerzas espirituales y materiales del mal.

La regularidad y la persistencia de este sermoneo sustentó un clima de apremiante crisis espiritual. Una de las inesperadas, y no demasiado bien acogidas, respuestas que habría de recibir más tarde esta situación fue conocida con el nombre de Cruzada infantil (cruzada que estudiaremos en el próximo capítulo). En el verano de 1212, espoleadas por las proclamas que voceaban los peligros que asediaban a la cristiandad, confluyeron en Saint Denis un buen número de procesiones de penitentes evangelistas de la región septentrional de Francia. Todas ellas lanzaban un llamamiento en favor de una reforma moral de carácter general, en lo que era un claro reflejo del programa de reformas del papa. La amenaza de la herejía y la campaña anual de prédicas, junto con la operación de entrega del emblema de la cruz a los cruzados, contribuían a la sensación de alarma. Un cronista normando sugiere que muchos de los que participaron en esa marcha se alistaron más tarde en la cruzada albigense.[42] La guerra contra la herejía proporcionó un importante contexto, tanto religioso como político, al Cuarto Concilio Lateranense, un concilio que, según el anuncio hecho en 1213 por Inocencio III, habría de celebrarse en Roma en el año 1215. El tercer decreto de dicho concilio abordaba expresamente el tema de las cruzadas albigenses y ponía en un mismo plano, equiparándolos, el hecho de participar en ellas y el de prestar ayuda a Tierra Santa [43]

No obstante, no todo el lenguaje ni las prácticas que se emplearon en la propaganda de las cruzadas albigenses fue una réplica de los modelos utilizados en las campañas de Tierra Santa. El eufemismo de la «cuestión de fe y de paz» constituía un lema legalista de carácter más terrenal que el del «asunto de Dios» o el de otras muletillas asociadas con las campañas de Oriente. El hecho de que se luchara en el ámbito de la cristiandad, incluso, en muchos casos, en el interior del propio reino, y con autorización para obtener de ello un beneficio territorial, tuvo repercusiones muy particulares. Para consolidar el respaldo local en Tolosa, el obispo Fulco instituyó la Hermandad Blanca, una milicia concebida para combatir la herejía y la usura (una combinación muy del gusto de Inocencio). Sus miembros no solo recibían el emblema de la cruz, también les era concedida la remisión de sus pecados, para no verse «privados de las indulgencias que se concedían a quienes no pertenecían [a la Hermandad]». Pese a que reflejara tanto un fenómeno de identidad cívica como de emoción piadosa, y pese a enfrentarse al desafío de una cofradía rival de la misma Tolosa denominada la Hermandad Negra, la fraternidad del obispo Fulco contó con la cohesión y el compromiso suficientes como para poder enviar tropas, en mayo de 1211, al cerco de Lavaur.[44]

Las cruzadas albigenses fueron las primeras grandes cruzadas políticas, además de las primeras dirigidas contra la herejía, que combatieron tanto a los cristianos como a los herejes. Los que participaron en ella comprendieron que la guerra del Languedoc, por muy igual que fuera a ella por su mérito, no era lo mismo que la guerra de Jerusalén. Prácticamente no hubo implicación alguna de las órdenes militares, pese a que contaran con una nutrida representación en la zona. Los combates de las guerras del Languedoc entrañaban una menor dificultad que los que se libraban en Palestina, la región era más accesible, planteaba menores exigencias físicas y no requería que se le dedicase tanto tiempo. La oferta de indulgencias realizada en el año 1208 invitaba a un planteamiento bastante despreocupado, cuando no a un flagrante abuso. Los efectivos armados daban muestras de un escaso compromiso con la causa y de poca voluntad de permanecer en su puesto, ya que consideraban que bastaba con hacer una breve aparición en el campo de batalla para obtener una recompensa espiritual, y quizá también para albergar la

esperanza de recibir una parte de los impuestos que el clero estaba recaudando para sostener la empresa. Esto último no llegó a producirse, y es probable que muchos cruzados consideraran que, de hecho, la guerra no solo no les procuraba provecho alguno sino que únicamente les reportaba pérdidas, ya que, hasta la década de 1220, las cruzadas solo favorecieron los intereses materiales de los Montfort. Al llegar el otoño del año 1210, los legados habían comenzado a sentirse ya gravemente alarmados ante la sospecha de que las indulgencias estuvieran comprometiendo la viabilidad militar de la operación. Pedro de Les Vaux-de-Cernay, sobrino del abad Guido, escribió por esos mismos años una detallada y bien informada crónica de las cruzadas, refiriendo hechos de los que, a menudo, había sido testigo ocular. Dejó constancia de las medidas adoptadas para paliar este problema:

> los legados del papa, conscientes de que el entusiasmo que había despertado la campaña en la mayoría de los cruzados daba muestras de haberse entibiado un tanto y de que a todos se les veía constantemente ansiosos por regresar a casa, dictaminaron que no se concedería la indulgencia prometida por el papa a nadie que no hubiese completado al menos un período de cuarenta días al servicio de Jesucristo.[45]

Esta sutileza contractual respecto de la indulgencia terminó convirtiéndose en un singular elemento central de las cruzadas del Languedoc. No siempre logró su propósito. En el otoño del año 1210, el obispo de Beauvais y el ejército del conde de Dreux pusieron fin al cerco impuesto a la ciudad de Termes y regresaron a la región del norte antes de que hubieran transcurrido los cuarenta días.[46] Paradójicamente, la tentativa de los legados, destinada a estabilizar los refuerzos de Montfort, no tuvo más efecto que el de institucionalizar un período de servicio en el frente inoportunamente breve, algo que resultaba especialmente incómodo en una guerra caracterizada más por sus prolongados asedios que por *chevauchées* relámpago. La crónica falta de fondos de Montfort exacerbaba el problema, ya que le impedía reclutar los cruzados necesarios para poder quedarse. Hacia 1226, el conde de la Champaña, impaciente por levantar el asedio a que tenía sometida la ciudad de Aviñón, es-

grimió como derecho el período de cuarenta días, argumentando que era *«de consuetudine Gallicana»,* es decir, conforme a la costumbre gala, o francesa.[47] Una posterior anécdota del siglo XIII, relacionada con los sermones, detallaba cómo un caballero había logrado cerrar un trato por el que únicamente se comprometería a ampliar en otros cuarenta días su ya cumplido plazo de los primeros cuarenta si el archidiácono Guillermo de París —que, de modo muy conveniente al caso, ejercía el doble papel de predicador y de jefe táctico de la máquina de guerra empleada en el asedio— se avenía a conceder la segunda indulgencia plenaria que el cruzado creía haber ganado a beneficio de su difunto padre. Un sueño confirmó la estratagema urdida.[48]

Este tipo de regateo espiritual, pese a resultar de interés para los escolásticos, apenas tenía cabida en las campañas contra el infiel. Tampoco figuraba en el planteamiento inicial de Inocencio. Del mismo modo que en 1198 no le había sido posible prever el giro que habría de adoptar su cruzada, tampoco en marzo de 1208 le resultaba factible al papa profetizar la evolución que habría de sufrir esta nueva expedición. Es probable que Inocencio contara con una drástica operación política capaz de eliminar a los protectores de la herejía y de instalar un régimen laico de rígida ortodoxia católica, decidido, con la cooperación de un episcopado imbuido de nuevo vigor, a extirpar la herejía y a exterminar a los herejes. El hecho de que la cruzada no lograse culminar una rápida conquista desembocó en una trabajosa contienda que obligó a luchar prácticamente por cada valle y por cada puesto fortificado. Las dimensiones políticas de la cruzada competían con las certezas religiosas. Existe constancia de que el obispo de Comminges, antes de la batalla de Muret, en el año 1213, tras cuatro años de cruzada, al enfrentarse las tropas de Simón de Monfort a un ejército capitaneado por el héroe cruzado español, Pedro II de Aragón —reciente aliado de aquellos que ahora cerraban filas contra él—, tuvo que tranquilizar a los seguidores de los Monfort diciéndoles que él mismo se encargaría de garantizar que se cumpliera la promesa de elevar a la condición de mártir a todos aquellos que, tras confesar sus pecados, cayesen en la contienda.[49] Tan solo unos pocos meses antes, Inocencio III había puesto temporalmente fin a la oferta general por la que todos cuantos ayudasen a Monfort en la conquista del condado de Tolosa serían

acreedores a las indulgencias asociadas a la cruzada.[50] Al ser una guerra contra los cristianos, los enemigos podían transformarse en aliados y viceversa, sin que, más allá de las ambiciones de Simón de Monfort, quedaran claramente delimitadas las líneas divisorias del conflicto. La guerra se prolongó, de forma más o menos ininterrumpida, durante más de una década, pero no sucedió lo mismo con su carácter de cruzada. Tras la euforia inicial producida por la victoria del año 1209, y a pesar de que la oratoria lograba ganar adeptos procedentes del norte, las arengas se mostraron incapaces tanto de mantener unidos por mucho tiempo a los combatientes como de conseguir que las operaciones efectuadas en el sur superaran de forma apreciable el plano de una lucha regional por el poder. Al percibir que estaban en juego sus recién adquiridos derechos políticos, Monfort llegó a enemistarse incluso con su antiguo cabecilla, Amaldo Aimery, por una cuestión relacionada con su jurisdicción en Narbona, ciudad a cuyo arzobispado había accedido el antiguo abad en 1212.[51] En el Languedoc, la idea que se hacía Inocencio III de la guerra santa —que concebía como una necesidad constante— obligó a asumir componendas con la integridad del ideal mismo.

En el año 1208, la región en la que se concentró la actividad reclutadora de Amaldo Aimery fue la Francia septentrional. Entre los primeros que se alistaron en su propia provincia de la Borgoña se encontraban el duque Odón y Hervé, conde de Nevers. Por el contrario, Felipe II solo mostró un vivo interés cuando el papa trató de confiscar los feudos de sus vasallos, con lo que, de paso, amenazaba con reducir la cantera de soldados con que podía contar el rey para sus propias guerras. Felipe no había conseguido oponerse con éxito a la injerencia de Inocencio en el conflicto que había mantenido con el rey Juan sin Tierra de Inglaterra por las tierras del Anjeo, en el norte de Francia, entre los años 1202 y 1204, para permitir ahora que el papa trocease sus tierras del sur. En tanto no quedasen resueltas las pugnas por el Anjeo, Felipe tampoco habría de disipar sus energías en el Languedoc. No obstante, cesó en su empeño de limitar el reclutamiento de sus principales vasallos. La respuesta que dio Felipe entre los años 1208 y 1209 habría de fijar la ulterior pos-

tura de los Capetos, una postura determinada de forma más o menos abierta por consideraciones políticas y egoístas. Pese a que su piadoso hijo, Luis VIII,* demostrara actuar aquí, tal como haría en Inglaterra en los años 1216 y 1217, como un voluntarioso aventurero militar, sus intervenciones en el Languedoc —en los años 1215, 1219, y, ya como rey, 1226— se vieron condicionadas por la seguridad de la corona en el norte y por la búsqueda de claras oportunidades de medro dinástico en el sur.

Confiando en el apoyo de Odón de Borgoña y de Hervé de Nevers, que le habían prometido aportar quinientos caballeros, Amaldo Aimery inició la campaña formal de prédicas en Citeaux el 14 de septiembre de 1208, festividad de la Santa Cruz, seis años exactos después de que otra asamblea general cisterciense escuchara la arenga con la que Fulco de Neuilly predicara la necesidad de la Cuarta Cruzada en presencia de Bonifacio de Montferrat. Al igual que entonces, los cistercienses llevaron la voz cantante en la evangelización de las cruzadas albigenses, tal como habían hecho en la Segunda y en la Tercera Cruzadas. A diferencia de lo que ocurriera con las anteriores cruzadas generales a Tierra Santa, la zona de las exhortaciones quedó restringida, principalmente, al norte de Francia. El conde de Auvemia y el arzobispo de Burdeos también reunieron un ejército en el oeste de Francia, ejército que en mayo de 1209 realizó una breve incursión en la región de Agen y en el Quercy, sembrando el terror en el valle del Lot antes de replegarse, una vez aplacado. Permanecen necesariamente oscuros los motivos de esta correría, ya que no podemos saber si la motivaba más el entusiasmo por aniquilar la herejía o el aguijón de las rivalidades fronterizas, aunque, no obstante, buen número de herejes fueron juzgados y entregados a la hoguera. El obispo de El Puy dirigió una penetración similar en la comarca del Rouergue, ataque que, al parecer, guardaba más relación con la obtención de beneficios a costa de los impuestos que con la imposición de la ortodoxia religiosa.[52]

El principal ejército que se logró reunir entre los años 1208 y 1209 dependía notablemente de las redes de aristócratas laicos y eclesiásticos que lo financiaban. El diezmo clerical que el papa ha-

* Rey de Francia entre 1223 y 1226, padre de Luis IX, o san Luis (1214-1270), quien reinó desde el año 1226 hasta el final de su vida. ***(N. de los t.)***

bía autorizado se recaudó fundamentalmente en las provincias de las que procedían los cruzados, sobre todo en la archidiócesis de Sens. Por otro lado, se propuso al laicado el abono de un subsidio voluntario para quienes vivían en las tierras de los nobles cruzados.[53] El reclutamiento de tropas se dejó en manos de los cabecillas laicos. Odón de Borgoña alistó al futuro cacique Simón de Monfort mediante «importantes dádivas», a las que debían seguirles otras más cuando Simón manifestase su conformidad/[4] Los comendadores laicos que se adherían a la empresa movieron a la división, en especial cuando comenzó a divulgarse durante la campaña de 1209 que el sumamente ilustre duque de Borgoña y el advenedizo y oportunista conde de Nevers se detestaban mutuamente a tal extremo que se abrigaba el temor de que cualquier día uno u otro pudiera recurrir al asesinato.[55] Es posible que la desunión en las cruzadas fuese la norma. No obstante, las campañas albigenses demostraron ser especialmente vulnerables a las pendencias surgidas entre sus generales, unos generales que no solían ejercer su cargo más que por un breve espacio de tiempo.

La búsqueda de un cabecilla laico aceptable fracasó por culpa de Felipe II de Francia, que se negó en repetidas ocasiones tanto a involucrarse personalmente como a permitir la participación de su hijo, en particular después de enterarse de la alianza contra Francia que había unido, a principios del año 1209, a Juan sin Tierra de Inglaterra con su sobrino Otón IV de Alemania, ya que ambos reivindicaban derecho de señorío en diferentes partes del Languedoc. No obstante, Felipe, que seguía atrapado en los problemas matrimoniales que había suscitado la censura del papa, tenía necesidad de mantener algún tipo de vínculo con la cruzada si quería salvaguardar sus intereses. En una asamblea celebrada en Villeneuve del Yonne el 1 de mayo de 1209, en presencia de Amaldo Aimery, de Odón de Borgoña y de los condes de Nevers y de Saint Pol, Felipe reiteró que le era imposible participar personalmente en la campaña, pero prometió enviar un contingente regio. Al resaltar que los cruzados franceses participaban en la campaña con la aprobación de su rey, Felipe se reservaba implícitamente el derecho a intervenir. De este modo, toda reorganización de la estructura de la posesión de tierras en el Languedoc requeriría del beneplácito de la corona, lo que ofrecía al monarca francés nuevas ocasiones de afirmar su soberanía en la totalidad de su reino.

La falta de un cabecilla laico dejó nominalmente el mando en manos de Arnaldo Aimery, que no pareció amilanarse en absoluto ante la tarea. La expedición principal se congregó en Lyon el 24 de junio de 1209 y avanzó aguas abajo del Ródano a comienzos de julio. Para esta fecha, la totalidad del contexto estratégico de la partida había sido ya víctima de la confusión, de la que nunca lograría zafarse por completo. Súbitamente, el objetivo que se esperaba neutralizar, Raimundo de Tolosa, se convirtió en aliado, lo que sin duda constituyó un alivio para aquellos de sus vasallos y parientes próximos que ya militaban en las filas de los cruzados. Tras un desesperado intento destinado a reforzar su posición diplomática, y después de que fracasara su esfuerzo encaminado a persuadir a su sobrino —el joven Raimundo Roger Trencavel, vizconde de Albi, Béziers y Carcasona— de que hiciese causa común contra los invasores, Raimundo VI inició negociaciones con el papa. Inocencio no era partidario de suspender la cruzada, ni siquiera en el caso de que Raimundo se sometiera, y tampoco estaba dispuesto a poner en peligro la labor de su legado, Arnaldo Aimery. No obstante, envió dos nuevos legados a fin de imponer las condiciones para la capitulación de Raimundo y su readmisión en el seno de la iglesia. El 18 de junio, en Saint Gilíes, Raimundo aceptó la larga lista de agravios de los que se le inculpaba, se avino a ceder unas cuantas tierras y fue azotado por el legado Milo antes de ser paseado, medio desnudo, ante el ataúd del asesinado Pedro de Castelnau. El 22 de junio, Raimundo recibió la cruz, alineándose con los invasores y asegurándose de este modo de que la iglesia le protegiera de ellos. Desde Saint Gilíes, Raimundo apresuró el paso en dirección al norte a fin de reunirse con los cruzados, que, en pleno avance, se encontraban en Valence.[56]

Al escapárseles la víctima que esperaban atrapar, los cruzados volvieron su atención a las tierras de los Trencavel, incontestablemente infestadas de herejes, pese a que todos reconocieran en el propio vizconde, joven y atractivo, a un ortodoxo. Esta circunstancia apenas constituía diferencia alguna. La cruzada necesitaba un enemigo. Dando pruebas de miopía política, Raimundo de Tolosa había alimentado la posibilidad de aniquilar a un vasallo fastidioso pese a eludir él mismo los ataques. La intentona por la que el vizconde Raimundo Roger había tratado de torcer su destino some-

tiéndose a Arnaldo Aimery fracasó; en el diccionario cristiano del legado parecía no figurar el concepto del perdón caritativo. El 21 de julio, en su avance desde Montpellier, los cruzados penetraron en el territorio de los Trencavel. Raimundo Roger retrocedió ante ellos, dejando Béziers a su merced. El 22 de julio, los cruzados comenzaron a atrincherarse frente a los muros de la plaza. El obispo de Béziers trató de persuadir a los ciudadanos de que se entregaran o abandonaran a los herejes en la ciudad, afirmando disponer de una lista con sus nombres. Los ciudadanos rechazaron sus propuestas. Los habitantes confiaban en que sus defensas y los suministros de alimentos habrían de resistir el asalto. Se aguardaban refuerzos. Es probable que, en una población total de ocho mil o nueve mil almas, no hubiera, como mucho, más de setecientos herejes. Béziers veía a las tropas que la asediaban en términos políticos y militares, no cristianos: era su ciudad y su independencia lo que estaba siendo atacado. Juzgaban, con razón, como habría de descubrirse, que era muy poco probable que el sacrificio de unos cuantos vecinos excéntricos pudiera cambiar este hecho. No obstante, la oferta lanzada por el obispo constituyó un elemento crucial de la justificación católica por cuanto habría de producirse a continuación. Los cristianos de Béziers se habían situado a sí mismos al margen del género humano al rechazar deliberadamente los términos del ofrecimiento del obispo y optar por proporcionar cobijo y apoyo a los herejes. En las palabras del posterior informe que los legados presentaron al papa, su sangre recaía sobre sus propias cabezas.[57]

Pese a ello, las crónicas católicas que narraban el saqueo de Béziers pusieron mucho interés en subrayar que el ataque no había sido encabezado por los nobles ni por los caballeros, sino por los *servientes,* los alguaciles y la masa desarmada de los partidarios de la campaña, en lo que es una inversión de las normas sociales que sugiere que los acontecimientos habían producido cierto desasosiego literario. Con independencia de quién hubiera iniciado el ataque, parece ser que el grueso del ejército se unió a la acción, logrando que esta fuese rápida, despiadada y devastadora. Los legados consignaron lacónicamente en sus escritos: «nuestros hombres no han respetado a nadie, con independencia de su rango, sexo o edad».[58] Al parecer, los ciudadanos fueron víctimas del pánico y opusieron una escasa resistencia. Según cuenta una anécdota posterior, posi-

blemente apócrifa, al preguntarle los sacerdotes cómo les resultaría posible discernir a quiénes debían matar, el abad Amaldo Aimery, inquieto ante la posibilidad de que algún hereje lograra escapar fingiéndose católico, ordenó: «Matadles. El Señor sabe quienes son sus siervos».[59] No se perdonó la vida ni siquiera a las multitudes que se refugiaron en las principales iglesias. Los legados estimaron que en la carnicería murieron unas veinte mil personas, y proclamaron que había sido un milagro.[60] La cifra real fue ciertamente muy inferior. Es posible que la masacre fuera premeditada. Hubo rumores que sugirieron que, en el año 1208, los debates surgidos en el seno de la curia papal habían autorizado la aniquilación de todo aquel que ofreciera resistencia a la cruzada. El clérigo navarro Guillermo de Tudela (fallecido en el año 1213, aproximadamente), autor de una crónica en verso provenzal de las primeras fases de las cruzadas albigenses, señala que los cabecillas de la cruzada habían decidido dar un escarmiento con los habitantes de todas las ciudades que tomasen por asalto, *pour encourager les autres.* «De este modo, no encontrarían a nadie que se atreviese a oponérseles, tan grande era el terror infundido [...] esa es la razón de que los habitantes de Béziers fuesen exterminados; los mataron a todos, era lo peor que podían hacerles.»[61]

En este sentido, y en un primer momento, la matanza de Béziers dio resultado. Narbona envió inmediatamente su rendición incondicional, y el ejército no halló resistencia alguna en su avance sobre Carcasona, ya que los aterrorizados lugareños habían evacuado la campiña, los pueblos, las aldeas y los castillos. No obstante, a largo plazo, el saqueo de Béziers endureció la oposición del Languedoc a la invasión fundada en las divisiones religiosas. A partir de entonces, la adhesión a los cruzados o el sentimiento de antagonismo hacia ellos quedó en gran medida determinado por consideraciones laicas. El principal elemento religioso de las campañas de las dos décadas siguientes halló expresión a través de las periódicas atrocidades militares y de las reiteradas ejecuciones en masa de los herejes capturados —efectuadas por lo general en la hoguera—. Sin embargo, a pesar de la estridente retórica de la guerra santa y de la reputación de soldado de Cristo que se había forjado con todo esmero Simón de Monfort, apenas puede decirse que los cátaros constituyeran su principal objetivo entre la fecha de su nombramiento

como cabecilla de las cruzadas en el año 1209 y su muerte en 1218. Simón dejó intactos la mayor parte de los lugares en que se sabía que vivían cátaros, y solo en una pequeña minoría de los castillos y de las poblaciones de las que se apoderó Monfort se tenía constancia de la presencia de herejes.[62] Tal como había demostrado Béziers, la estrategia se fundaba en la *realpolitik,* no en la religión.

Béziers había marcado la pauta de lo que habría de convertirse en una de las más sórdidas guerras medievales, en parte debido a lo mucho que se hallaba en juego en términos de enajenación de tierras y de conquista, y en parte a causa del desplome del orden social y de la erosión de la primacía del derecho civil en una región que quedó convertida en una permanente zona de guerra. El lustre religioso acabó perdiendo brillo. En mayo de 1213, Inocencio III admite que «sus protectores y defensores [...] son más peligrosos que los propios herejes».[63] Entre los adversarios existía poca confianza, ya que se habían violado los términos de la rendición. La guerra de guerrillas y el hecho de que en el ámbito local se explotara la circunstancia de que no hubiese una autoridad política bien definida hizo que la violencia rebasara notablemente el cauce delimitado por el recorrido de las principales campañas. La presencia de mercenarios, elemento esencial de la guerra del Languedoc durante décadas, garantizaba que muchos de los combates terminaran con la matanza de las tropas derrotadas, a las que se despreciaba por ser huestes a sueldo. Se tenía poca clemencia con las guarniciones que presentaban una enconada resistencia. Las masacres se convirtieron en acontecimientos regulares, desde la perpetrada con la mayoría de los habitantes del modesto *castrum* de Les Touelles, cerca de Albi (en enero de 1212), hasta la que despachó a cinco mil civiles en Marmande, junto al Garona, en la región de Agen, en junio de 1219 —obra del ejército del príncipe Luis de Francia y materializada una vez que la ciudad se hubo rendido—,[M] Los herejes capturados fueron pasto de las llamas. El primero fue quemado sin juicio en Castres, en agosto de 1209, por orden de Simón de Monfort.[65] En lo sucesivo, el fuego del holocausto relumbró con intensas intermitencias en lugar de propagarse embravecido por toda la provincia. En julio de 1210, en Minerve, el abad Amaldo Aimery mostró tanto celo en asegurarse de que los herejes terminaran en la pira que trató de echar por tierra una rendición negociada; ardieron al menos ciento cuarenta de los inculpados. En

mayo de 1211, en Lavaur, fueron quemados más de trescientos *perfecti,* y pocos días después al menos sesenta siguieron su misma suerte en Les Casses. Tal como ha señalado con memorable observación el gran historiador de la Inquisición, H. C. Lea, los nombres de estos lugares «evocan todo cuanto el hombre puede infligir a otros y padecer él mismo por la gloria de Dios».[66] La relativa escasez de semejantes horrores a medida que la guerra fue estancándose podría ser indicio tanto de una falta de celo en la persecución de los herejes por parte de los invasores como de la creciente indiferencia de los cronistas.

La comisión de atrocidades no fue una práctica exclusiva de los cruzados. A finales del año 1209, Giraud de Pépieux había arrebatado el castillo de Puisserguier a los cruzados. Al saber que se aproximaba Monfort, abandonó la plaza, tras enterrar vivos en el foso, bajo un montón de escombros, a los alguaciles capturados. También mandó vaciar los ojos y mutilar a dos de los caballeros de Monfort. Aproximadamente al mismo tiempo, Guillermo de Roquefort, cuyo hermano era el obispo de Carcasona, asesinó al abad de Eaunes y a un cofrade laico «sin razón aparente, excepto la de ser ambos cistercienses». En septiembre de 1212, durante el cerco impuesto a la ciudad de Moissac, los defensores adquirieron el hábito de mutilar periódicamente los cadáveres de los cruzados. Bernardo de Cazenac y su esposa Elisa —una «segunda Jezabel»— capitanearon un reino del terror en el valle del Dordoña en los años anteriores a 1214. Entre sus fechorías figura la de abandonar a ciento cincuenta hombres y mujeres mutilados en la abadía benedictina de Sarlat, todos ellos con las manos cortadas, los pies amputados o los ojos reventados. Elisa se especializó en la extirpación de los pulgares a las mujeres para impedir que trabajasen, y también ordenaba que se arrancaran los pezones a las mujeres campesinas más pobres. Detrás de todo este escabroso sadismo latía un prolongado empeño: el que empujaba a esta pareja de aristócratas locales a conservar su independencia. Un escritor crítico con los invasores decía que Bernardo era un paradigma de los modales caballerescos.[67] La «cuestión de fe y de paz» consiguió, aunque solo fuese de forma temporal, embrutecer a una sociedad que con anterioridad tampoco había sido precisamente pacífica y armoniosa. Bajo el embozo de la guerra, en un período en el que las lealtades podían experimentar un vuelco de forma fácil y rá-

pida, y con la región repleta de nobles despojados de sus posesiones (a los que se conocía con el nombre de *faidits*), la anarquía podía revelarse una inmejorable fuente de prebendas. Dos hombres leales a Monfort en la comarca de Tolosa, Foucard y Juan, oriundos de Berzy, en la región de la île-de-France, acostumbraban a torturar, a dejar morir de inanición, a degradar y a extorsionar económicamente a sus prisioneros de guerra como un elemento más de la persecución normal del constante bandidaje. Tal como habría de observar con mordacidad un posterior comentarista de la zona que asolaron, un hombre partidario de las cruzadas: «[ni uno ni otro] realizaron las tareas que les habían traído originalmente aquí; lo que acabaron haciendo no se correspondía con lo que habían comenzado».[68] Otros tal vez podrían argumentar que justamente ambas cosas encajaban a la perfección.

LA CONQUISTA DEL LANGUEDOC

La fase inicial de la cruzada que había empezado en Béziers terminó con la rendición de Carcasona el 14 de agosto de 1209, tras quince días de asedio. La breve aparición de Pedro II de Aragón —supremo señor, al menos nominalmente, de las tierras de los Trencavel— en el bando de los cruzados vino a reconocer el significado internacional de estos acontecimientos. La decisión que llevó a los cruzados a evitar a Carcasona la destrucción que había sufrido Béziers no había sido inspirada por razones humanitarias, sino por la comprensión de que quienquiera que heredase el señorío de la región precisaría gobernar algo más que ruinas y humeantes osarios. Se expulsó a los habitantes de Carcasona y se depuso y encarceló al vizconde Raimundo Roger, quien habría de morir de disentería en prisión tres meses después. Hubo quien consideró ultrajante este destino. El trovador del Delfinado, Guillén Augier, lamentaba lo que a su juicio había constituido un asesinato.[69] La eliminación del vizconde se reveló notablemente útil para los cruzados, ya que levantó sobre nuevas bases el mapa político de la región.

El primer paso se dio pocos días después de la ocupación de Carcasona, al ser elegido Simón de Monfort como gobernante de las tierras de los Trencavel. Aunque en modo alguno hubiera sido

él la primera opción —puesto que Odón de Borgoña y Hervé de Nevers habían declinado la oferta—, Simón pasó a ser el cabecilla laico de la cruzada. Pese a ser un fatuo farisaico y mojigato, Simón poseía cualidades, alcurnia y reputación, y todo ello en dosis muy superiores a las que habrían sido de esperar dado que solo poseía un modesto señorío, el de Monfort l'Amaury, en la île-de-France. Era fuerte como un toro, de imponente presencia física, y al igual que muchos caudillos de éxito presumía de una melena de lustrosos cabellos. A su resuelta devoción y a su moralidad personal inusitadamente estricta unía unas notables dotes militares: se mostraba tenaz en campaña, era hombre de recursos en materia de logística, audaz en la batalla, capaz de enardecer a sus seguidores y despiadado con sus enemigos. Sin él, la guerra podría haberse ido a pique a causa de las rivalidades, la falta de hombres y de dinero, las dificultades del terreno y la obstinada oposición. Con grandes dificultades, Simón consiguió sortear todos estos obstáculos, y en último término vencerlos, a menudo gracias a una rigurosa determinación. La postura, sujeta a principios, que mantuvo en Zadar entre los años 1202 y 1203 y su posterior participación en la cruzada de Tierra Santa le permitieron sentir confianza en sí mismo, y afianzarse tanto en su convicción como en su compromiso. Antes del año 1209 había sido indirectamente titular, a través de su madre, de un derecho al condado inglés de Leicester. Para el año 1210, sus hazañas en el sur le habían granjeado ya tal prestigio que comenzaba a cuajar un debate en el que se le consideraba un posible sustituto del rey de Inglaterra. Su nombramiento como gobernante de las tierras de los Trencavel, aceptado formalmente hacia el año 1210 por la viuda y el hijo de Raimundo Roger, alteró de forma sutil la naturaleza de la cruzada.[70] Pese a que en el norte de Francia, en Alemania y en los Países Bajos, la iglesia continuaba promoviendo la empresa en tanto que guerra santa, en el Languedoc el conflicto pasó a convertirse cada vez más en la afirmación de un señorío sobre otro, en el afianzamiento de una poderosa autoridad centrípeta sobre una nobleza tradicionalmente propensa a la fragmentación y a conservar su independencia, además de ser un proceso regido por el desposeimiento y la apropiación de tierras. El *casus belli* de la herejía confirió un particular mordiente a la retórica, y en ocasiones también a la acción, pero Simón de Monfort,

18. La Quinta Cruzada: choque entre las fuerzas francas y las egipcias a las afueras de Damieta en junio de 1218. Ilustración tomada de la *Chronica Majora* de Mateo París, c. 1255.

19. La Quinta Cruzada: toma de la torre de Cadenas gracias a la fortaleza flotante de Oliverio de Paderbom en agosto de 1218 (izquierda), y caída de Damieta, en noviembre de 1219 (derecha). Grabado de la *Chronica Majora* de Mateo París, c. 1255.

20. Federico II (1194-1250), rey de Alemania en 1216 y más tarde emperador de Occidente (1220), gobernante, cruzado, erudito y experto en el arte de la cetrería.

21. Luis IX de Francia se apodera de Damieta en junio de 1249. Tomado de un manuscrito iluminado y escrito en Acre en tomo al año 1280. No se ve una sola cruz; en vez de ese símbolo, los cruzados llevan el emblema real de Francia, la *fleur de lis*.

22. La preparación del castigo justiciero en ultramar:
los soldados mamelucos se entrenan.

23. Otro episodio de la venganza ultramarina:
escuadrón de la caballería turca.

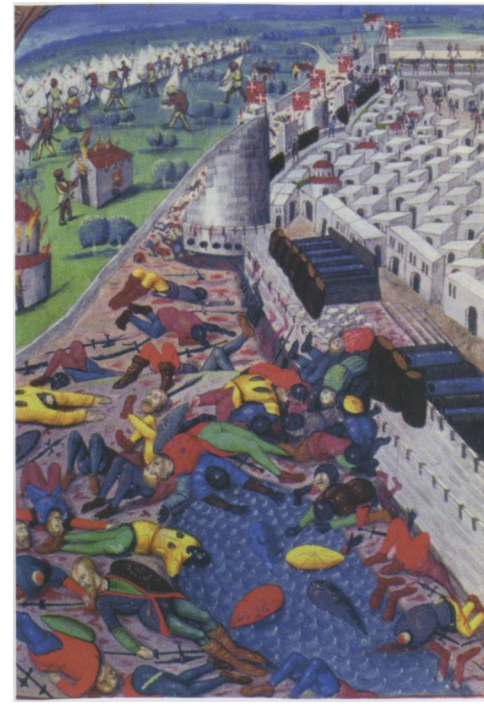
24. La batalla de La Forbie, en octubre de 1244: un ejército integrado por tropas llegadas del reino de Jorezm (situado al sur del mar de Aral, en el actual Uzbekistán) y de Egipto aniquila a una fuerza compuesta por soldados francos y damascenos.

25. Mateo de París concibe a los mongoles como a salvajes caníbales. ***Chronica Majora, c.*** 1255.

26. (Lámina de enfrente) La caída de Trípoli a manos de los mamelucos en abril de 1289.

27. Carlos V de Francia conversa con Carlos IV de Alemania durante un banquete celebrado en París en el año 1378. Obsérvese la suntuosa representación del cerco impuesto a Jerusalén en 1099, dramatización organizada posiblemente por Felipe de Méziéres, que tal vez sea el personaje de hábito negro que aparece en primer plano, a la izquierda.

28. Fresco de Andrea Bonaiuti titulado *La iglesia militante.* La obra se encuentra en la capilla española de Santa María Novella, en Florencia, y en ella se representa a las figuras más descollantes de la época en la guerra de cruzadas. En la fila de atrás, de derecha a izquierda y empezando por el noble de barba negra que empuña una espada, podemos ver a los siguientes personajes: Amadeo VI, conde de Savoy; el rey Pedro I de Chipre; el emperador Carlos IV; el papa Urbano V, y el legado papal de Italia, Gil Albornoz. La persona situada en la fila de atrás, en la cuarta posición comenzando por la izquierda, es Juan Fernández de Heredia, maestre de los Hospitalarios. Finalmente, de pie frente a Pedro de Chipre, se encuentra Tomás Beauchamp, conde de Warwick. Este noble lleva la insignia de la Orden de la Jarretera bajo su rodilla izquierda.



29. El fracasado asedio de los turcos otomanos a la plaza de Rodas, año 1480.

30. Mehmet II el Conquistador (1451-1481) por Gentile Bellini, 1480-1481.

31. La batalla de Lepanto, 1571.

pese a ser un sincero «atleta de Cristo», combatía para fundar un reino perfectamente terrenal.

Las cruzadas albigenses atravesaron cuatro fases diferentes: la anexión de las tierras de los Trencavel (de 1209 a 1211); la conquista del condado de Tolosa y de los condados pirenaicos (de 1211 a 1215); la reactivación de la resistencia en el sur (de 1216 a 1225); y la conquista por los Capetos (de 1226 a 1229). No todos los combates pueden clasificarse como batallas propias de la cruzada, y en el año 1213 se suspendió temporalmente todo el despliegue de la guerra de la cruz.[71] No obstante, el tinte de la guerra santa coloreó por entero la concepción y la ejecución de la guerra, pese a que sus objetivos girasen en torno a una serie de metas esencialmente laicas. En su condición de empresa política clave, las guerras actuaron como un polo de atracción al que se vieron arrastrados todos cuantos contaban con algún derecho en la región. El rey de Aragón, que no simpatizaba en absoluto con los herejes pero temía que se instalase en la zona la nueva potencia de los Monfort, intervino diplomáticamente durante años antes de intentar afianzar —en 1213— sus intereses, contrarios a los de los cruzados, mediante el uso de la fuerza. Fue derrotado y muerto en Muret por la misma gente con la que tan solo unos cuantos meses antes había mantenido estrechas negociaciones. En el año 1214, el rey Juan sin Tierra de Inglaterra recorrió el norte del Languedoc durante la campaña que acababa de emprender para recuperar las tierras que sus antepasados habían perdido a manos de Felipe II de Francia en 1204. Como supremo señor de la región de Agen, recibió en abril el homenaje de los lugareños en La Réole, y en agosto de ese año mismo visitó el Perigord. Juan no deseaba que el poderoso principado de los Monfort, partidario de los Capetos, dominara su frontera meridional. Por lo general se evitaba la confrontación directa, pero en el verano de 1214 una guarnición de las tropas de Juan, capitaneadas por Godofredo de Neville, uno de los chambelanes del rey, resistió en Marmande, junto al Garona, el asalto de Monfort.[72] De haber tenido Juan más éxito en la defensa de sus tierras francesas entre los años 1202 y 1204, o en su intento por recuperarlas en 1214, es probable que su intervención en el Languedoc hubiese sido más agresiva. De este modo, la guerra del Languedoc afectó a la política de la mayor parte de la Europa occidental. En julio de 1214, la victoria de Feli-

pe II sobre Otón IV de Alemania y sus aliados ingleses en Bouvines aseguró el dominio de Monfort en el sur de forma casi tan definitiva como la victoria obtenida el año anterior en Muret.

En cada una de sus fases, lo esencial de la lucha giró en tomo a los asedios, a la conquista física de los territorios, valle por valle y castillo por castillo. Hubo muy pocas batallas campales: las de Castelnaudary (1211), Muret (1213) y Baziége (1218). Entre los años 1210y 1214, uno de los personajes clave del entorno de los Monfort fue el archidiácono Guillermo de París, experto del principado en la máquina de guerra de los asedios, así como su intendente general y el organizador encargado de concebir los ingenios para el cerco. Monfort se hallaba constantemente falto de fondos. Los impuestos de la iglesia no alcanzaban a cubrir los gastos. Los ingresos obtenidos de las tierras conquistadas eran inferiores a las necesidades. Monfort dirigió la cruzada con grandes apuros económicos. En 1210, durante el cerco impuesto a la ciudad de Termes, se decía que «estaba acosado por la extrema pobreza» y que andaba corto de víveres.[73] Por consiguiente, el botín continuó siendo un importante elemento de la viabilidad de las cruzadas, especialmente teniendo en cuenta que en las tierras sometidas al control de Monfort la posibilidad del saqueo quedaba excluida. En 1216, a fin de sufragar los gastos del cerco que había impuesto a la ciudad de Tolosa, Monfort exigió un tributo en sus tierras del Languedoc con la esperanza de recaudar treinta mil marcos. No obtuvo más que la rara reprimenda de un cronista local, que le acusó de estar «cegado por el dinero».[74] Era habitual que la cruzada padeciera escasez de brazos. Todos los inviernos, el esfuerzo de las prédicas no obtenía más que un goteo de partidarios ilustres, los cuales no permanecían, por lo común, más que el período estrictamente mínimo, inferior a seis semanas, fuera cual fuese la situación militar. Cuando el contingente francés abandonó a Monfort durante el asedio de Termes en el año 1210, la única ayuda que recibieron los cruzados fue la que obtuvieron de la posterior llegada de una compañía de infantería de la Lorena.[75] Las arengas del reclutamiento atraían a individuos de todo el norte y el oeste de Europa, y llegaban incluso hasta Austria, pero no solo no se conseguía un alistamiento regular, sino que las riñas eran endémicas y el compromiso, por consiguiente, débil. Monfort se vio con frecuencia obligado a confiar en un grupo muy reducido de mandos

integrado por caballeros de su casa: al parecer, en el otoño de 1209 no quedaban con él más que treinta hidalgos.[76] Sólo un claro sentido táctico, un dinámico optimismo, una cuidadosa administración de los recursos y de las divisiones que reinaban entre sus oponentes hicieron que Monfort saliera airoso. El esfuerzo se vio complicado por las fuertes corrientes contrarias de las lealtades locales y por el hecho de que la percepción de las ventajas resultara cambiadiza. En ningún caso puede decirse que la guerra fuera un asunto tan simple como una invasión del sur a cargo del norte, aunque en los estratos más elevados de la sociedad cada vez lo pareciera más debido a que el número *defaidits* desposeídos y proscritos aumentaba. La obtención de la aquiescencia o la sumisión de las baronías locales demostró no ser fácil de conseguir, debido a la radicalización de las barreras culturales, lingüísticas y, por consiguiente, políticas. Las reiteradas traiciones convencieron a Monfort de que las gentes del Languedoc eran intrínsecamente indignas de confianza; de hecho, una de esas personas comentaría que este «había comenzado a evitar relacionarse con los caballeros que hablan nuestra lengua».[77]

La encrucijada en la que se separaron los destinos de los implicados se había producido a principios del año 1211, fecha en la que, ante las exigencias deliberadamente abusivas de los legados, Raimundo VI se había negado a reconciliarse con los cruzados, quienes rápidamente colocaron el condado de Tolosa entre los objetivos de la guerra, lo que constituyó la señal del comienzo de un combate por el futuro de toda la región. Al mismo tiempo, Pedro de Aragón, tras haber sido incapaz de gestionar un compromiso entre Raimundo, Monfort y los legados, aceptó a regañadientes el homenaje que se ofrecía a Monfort con motivo del dominio que este ejercía en las tierras de los Trencavel. Esta ruptura final con el conde Raimundo había venido fraguándose desde mucho tiempo atrás. En agosto de 1209, en Carcasona, el conde había retirado sus tropas del ejército cruzado y había sido nuevamente excomulgado al mes siguiente. El meollo de la cuestión, según los legados, guardaba relación con el hecho de que el conde se hubiera negado a perseguir a los cátaros, mientras que Raimundo, por su parte, consideraba que su autoridad estaba viéndose comprometida como consecuencia de las exigencias punitivas de los vengativos clérigos. El papa estaba mucho más dispuesto a permitir la reconciliación de Raimundo que sus legados,

los cuales dieron muestras de profesar un odio casi visceral al conde. En repetidas ocasiones, las componendas del papa naufragaron en el escollo de la intransigencia de los legados. Monfort, percibiendo que la situación se le presentaba ventajosa, respaldó a los legados.

En mayo de 1211, después de que las tierras de los Trencavel hubiesen quedado sometidas, Monfort centró su atención en el condado que Raimundo poseía en Tolosa, así como en las tierras pirenaicas de sus aliados, los condes de Foix y de Comminges. Pese a que no fuera capaz de apoderarse de Tolosa, debido a que el número de sus tropas era insuficiente, Monfort derrotó en Castelnaudary, en septiembre de 1211, a un ejército mixto integrado por milicias de Tolosa y de Foix, y al año siguiente consiguió arrolladoras conquistas desde la región de Agen hasta los Pirineos. En diciembre de 1212, para mostrar su confianza en la permanencia del asentamiento ubicado en el norte de Francia, ante una asamblea celebrada en Pamiers a la que asistieron tanto sus seguidores laicos como los eclesiásticos, Monfort promulgó unos estatutos en los que se regulaba el gobierno de sus conquistas.[78] Esto consolidaba las prerrogativas de la iglesia e insistía en la estricta observancia de los derechos públicos y de tenencia de tierras del condado, entre los que figuraba el de exigir la prestación de servicios militares a sus vasallos. Se establecieron distinciones claras entre «franceses» y lugareños: las solteras adineradas podían casarse libremente con los primeros, pero con los últimos solo podían hacerlo si contaban con el permiso de Monfort. Se estipuló el trato que debía dispensarse a los herejes y a los antiguos herejes, y también se establecieron normas reguladoras relacionadas con la transmisión de las herencias y con la economía. El subyacente objetivo colonial afloró en un codicilo que Monfort añadió a los estatutos y en el que se ordenaban las costumbres a que debían atenerse aquellos a los que él hubiera concedido propiedades, esto es, a los barones, a los caballeros, a los burgueses y a los campesinos recién llegados, a quienes se garantizaban «los usos y costumbres que se observan en Francia, en los alrededores de París». Pese a que técnicamente Monfort seguía siendo solo vizconde de las antiguas tierras de los Trencavel, los estatutos que dictara en Pamiers habían sido concebidos con la clara intención de ser aplicados a la totalidad de sus conquistas.

A principios del año 1213, la muy cuidada diplomacia de Pedro II de Aragón, sumada al deseo que tenía Inocencio III de proclamar una nueva cruzada general a Tierra Santa, amenazó brevemente la autoridad de Monfort. Tras descubrirse incapaz de vencer la firme posición de los legados, que se habían negado a aceptar la reconciliación y el final de la guerra en un concilio celebrado en enero en Lavaur, Pedro consiguió persuadir al papa de que Monfort y los legados habían desbordado el marco de sus competencias. En una serie de epístolas fechadas entre los días 15 y 17 de enero, Inocencio canceló la concesión de las indulgencias asociadas a la cruzada, poniéndole de hecho fin, ordenó a Monfort que devolviese las tierras de Foix, de Comminges y del Beam a sus legítimos gobernantes (todos ellos vasallos del rey de Aragón) e insistió en que se restituyeran a la familia las tierras y los derechos de Raimundo. Las dudas que anteriormente había tenido respecto a las motivaciones de los cruzados cristalizaron ahora en las duras palabras que dirigía a Arnaldo Aimery y a Monfort: «habéis aferrado con manos codiciosas unas tierras sobre las que no pesaba la funesta reputación de haber caído en la herejía [...], habéis usurpado las posesiones de terceros de forma indiscriminada, injusta y sin atender a las cautelas pertinentes».[79] Este magistral golpe diplomático animó a Pedro de Aragón a romper con Monfort y con los legados, y a colocar a Tolosa, a Foix y a Comminges bajo su protección. No obstante, en mayo, Inocencio, plenamente informado ahora de lo que había sucedido en Lavaur, y tras la intensa presión ejercida por Monfort y los legados, revocó las epístolas que escribiera en enero. Esto no reactivó la cruzada sobre bases exactamente iguales a las anteriores, ya que en abril, la importante bula *Quia Maior* promulgada por Inocencio, en la que se ponía en marcha la nueva cruzada contra Tierra Santa, dictó que las indulgencias de la cruzada albigense se restringieran únicamente a aquellos que vivieran en la «Provenza», es decir, en el Languedoc.[80] La incertidumbre general se agravó cuando Luis VIII de Francia abrazó la cruz en febrero de 1213, probablemente porque desconocía la cancelación del papa.

Las maniobras diplomáticas del primer semestre de 1213 terminaron con un desagravio, cuando menos parcial, a Monfort, quien ya sabemos que en junio se encontraba entre los asistentes al acto por el que se armaba caballero a su hijo Amaury. Al mismo tiempo,

dichas maniobras no dejaban a Pedro de Aragón más alternativa que la guerra, si quería influir en los acontecimientos y evitar que Monfort se anexionara el suroeste de Francia. A los ojos de algunos, su derrota y muerte en Muret, el 12 de septiembre, resultó providencial.[81] Una fuerza de tamaño muy inferior, capitaneada por Monfort, había aprovechado su oportunidad, y mediante una acción audaz y bien disciplinada había derrotado a un enemigo más poderoso y pagado de sí mismo. Dios había hablado. Pedro yacía muerto en el campo de batalla, su hijo, aún niño, había sido tomado como rehén, y su aliado Raimundo VI había salido huyendo, primero a España y después a Inglaterra. Sin embargo, las consecuencias fueron más ambiguas. Mientras Monfort, pertrechado con nuevos efectivos procedentes del norte, endurecía aún más su férrea sujeción de la zona y la extendía en dirección al valle del Dordoña en 1214, Inocencio III trataba una vez más de negociar un acuerdo basado en la justicia, no en la fuerza. Un nuevo legado, Pedro de Benevento, garantizó la liberación del infante Jaime de Aragón* y la absolución de Raimundo VI. No obstante, las tierras del conde siguieron administradas por Monfort, que ignoraba los esfuerzos dedicados a la obtención de un arreglo. En enero de 1215, una gran asamblea, reunida en Montpellier y presidida por el legado Pedro, recomendó que Monfort fuese elegido como «jefe y único gobernante» de las tierras del conde de Tolosa. No obstante, Monfort siguió siendo poco popular: en Montpellier escapó por los pelos del intento de asesinato urdido contra él por ciudadanos desafectos.[82]

La decisión de Montpellier requirió una ratificación papal. Los despojados de sus tierras y títulos, capitaneados por Raimundo VI y por Raimundo Roger de Foix, que se habían visto desposeídos de sus privilegios en 1214, llevaron su caso a Roma, donde el concilio general de la iglesia habría de decidir su destino. La posición de Monfort fue reconocida por Luis VIII de Francia, quien, libre

* Se trata del futuro Jaime I el Conquistador, que en este momento tiene apenas cinco años, pues había nacido en 1208. Pese a su corta edad, será proclamado rey de Aragón y Cataluña ese mismo año de 1213. Más tarde conquistará las Baleares y los reinos de Valencia y Murcia. Morirá en 1276, no sin dejar una interesante crónica de su reinado y un código jurídico conocido como la *Compilación de Huesca.* (*N. de los t.)*

desde la batalla de Bouvines de la amenaza de Juan sin Tierra de Inglaterra y de Otón IV de Alemania, visitó el Languedoc entre abril y junio de 1215 en cumplimiento de la promesa solemne que hiciera en 1213. Su vasto y distinguido ejército realizó más una gira triunfal que una cruzada, ya que no entabló acción militar alguna, aunque demostró, por primera vez, que, en la región, los Capetos ejercían activamente la jefatura suprema. Con tan poderoso respaldo, resultó sorprendente que la causa de los Monfort topara con la tenaz resistencia que encontró en el Concilio Lateranense de noviembre, oposición que era un reflejo del malestar que había producido en los letrados de la curia la manera pugilística con que habían ejercido la autoridad eclesiástica tanto Monfort como los sucesivos legados. El conde de Foix, un polemista proclive a la injuria, pero eficaz, al menos en la imaginación de un poeta que simpatizaba con su postura, recusó la legitimidad de la transferencia de poder e impugnó asimismo los motivos y los métodos de Monfort, de los legados del papa y de los cruzados.[83] Está claro que consiguió algún efecto, ya que el papa ordenó que se le devolviesen a Raimundo Roger las tierras que habían ocupado los invasores. No obstante, además de granjearle el condado de Tolosa, la lógica del anterior consentimiento de Inocencio ofreció a Monfort una sentencia favorable, excepto por el hecho de que el papa dispuso que Monfort no dominara las tierras del condado situado al este del Ródano, en la Provenza, sino en calidad de fideicomiso, hasta que el joven hijo de Raimundo, el futuro Raimundo VII, alcanzara la mayoría de edad.[84]

Tal como sucediera en los años 1209, 1211 y 1213, apenas había acabado Monfort de hacerse con la victoria, que ya se le escapaba de las manos. Pese a que en abril de 1216, en Melun, Felipe II de Francia le concediera los condados del Languedoc, y a pesar de que a finales de ese mismo año se las arreglara para consolidar su dominio en la incómoda Tolosa, la rebelión, encabezada por el joven Raimundo, ya había comenzado a socavar su control. En agosto del año 1216, el hecho de que Monfort no lograra que Raimundo levantara el cerco impuesto a la plaza de Beaucaire espoleó nuevos movimientos de insurrección por todo el sur. Lo que atizaba el descontento, según señalan algunos comentaristas posteriores partidarios de la cruzada, fue la impopularidad de los subordinados de Monfort, así como la presencia de una gran cantidad de nobles des-

heredados que conocían la comarca y a sus gentes. «Administraban la tierra para su propia satisfacción, no en función de los objetivos por los que había sido adquirida ni en interés de Cristo, sino para atender a sus metas personales, esclavizados como estaban por la codicia y los placeres.»[85] Los partidarios de Monfort fueron perdiendo terreno constantemente a medida que fue renovándose el funesto ciclo que volvía a conducir a la violencia y al endurecimiento de las campañas. Pese al creciente abatimiento que registra un escritor próximo a su entorno, Monfort avanzó trabajosamente, anotándose éxitos significativos sin conseguir evitar que Raimundo VI y su hijo recuperaran la presencia política en todo el condado. La monarquía francesa no proporcionó ayuda alguna a su nuevo vasallo, ya que desviaba su atención la aventura que emprendiera entre los años 1216y 1217 para situar al príncipe Luis en el trono de Inglaterra. En septiembre de 1217, Raimundo VI volvió a presentarse en Tolosa, y recluyó a los seguidores de Monfort en el muro sur de la ciudadela del castillo de Narbona. Monfort dio comienzo a un nuevo sitio de la ciudad. Pese a que en enero de 1218 llegaron refuerzos, los progresos que se hicieron fueron escasos. Transcurridos nueve meses, la ciudad, pese al temor a una masacre, no mostró signo alguno de capitulación. El punto muerto quedó resuelto el 25 de junio: mientras inspeccionaba la máquina de guerra empleada en el asedio, Monfort recibió en la cabeza una piedra arrojada desde uno de los trabucos* de la ciudad, manejado, según decir de algunos, por unas mujeres, y cayó con el cráneo destrozado. De este modo, moría en el acto uno de los hombres más venerados y vituperados que jamás hayan combatido por la cruz.[86]

La eliminación de Monfort hizo bascular el equilibrio de poder. Alentado, el joven Raimundo pasó a la ofensiva y a finales de ese mismo año derrotó a los cruzados en Baziége. El papa Honorio III venteó el cambio que auguraban los hechos y renovó la concesión de indulgencias a las cruzadas en agosto de 1218. En 1219, una contraofensiva encabezada por Luis de Francia, que había vuelto a abrazar la cruz en noviembre de 1218 y que seguía aliado con los partidarios de Monfort que aún quedaban, se apoderó en junio de

* Máquina antigua de guerra, especie de catapulta, con la que se lanzaban grandes piedras y venablos. (N. de los t.)

Marmande del Garona apoyado por Amaury, el hijo y heredero de Monfort, antes de poner sitio a la ciudad de Tolosa. No obstante, el 1 de agosto, Luis abandonó la contienda y regresó a Francia, dando pie a que un cronista observara, lacónicamente y quizá sin ironía, que lo había hecho «tras haber mantenido su cruzada durante el tiempo de servicio requerido».[87] Resulta difícil no ver en esta fugaz presencia otra cosa que un gesto destinado a hacer ondear la enseña de los Capetos a fin de recordar a cualquiera de los bandos que resultase vencedor dónde residía en último término la soberanía.

Al retirarse Luis de Tolosa, la debilidad de los seguidores de la casa de Monfort quedó expuesta a plena luz del día, ya que se vio que dependían de un rey francés que les mostraba indiferencia y de un papa empeñado en continuar la cruzada en Egipto (de 1218 a 1221). El principal respaldo vino de los obispos del sur, cuyos cargos habían sido renovados en gran medida y que debían sus puestos y su regenerada posición económica a la cruzada. Poco pudo hacer Amaury de Monfort, que carecía de la habilidad de su padre, para impedir que quedaran desbaratados los logros de Simón. La recaudación de un diezmo clerical, propuesta en 1221 para procurarse una ayuda, provocó una feroz resistencia.[88] En 1222, el año en que murió, Raimundo VI había recuperado la mayor parte de sus tierras, fundamentalmente gracias a los esfuerzos de su hijo, que le sucedió con el nombre de Raimundo VII (1222-1249). Foix conservó su independencia. Incluso las tierras de los Trencavel volvieron a manos de Raimundo (1209-1247), hijo del despojado vizconde Raimundo Roger. Amaury de Monfort y Raimundo VII pactaron una tregua en 1223. Al año siguiente, Raimundo penetró en Carcasona, el baluarte de los Monfort, mientras Amaury renunciaba a las reivindicaciones que había planteado a Luis de Francia, convertido ya en Luis VIII. La cruzada albigense parecía terminada y perdida.

Esto no se avenía a los intereses de Luis VIII, cuya opinión personal sobre el Languedoc era que no solo constituía un asunto inacabado, sino que formaba parte del más amplio problema del establecimiento del dominio de los Capetos en el suroeste de Francia, cuestión esta que había adquirido un carácter de la máxima urgencia desde que la corona francesa se anexionara el Poitou en 1224, arrebatándoselo al rey de Inglaterra, y desde que en 1225 fracasara el intento de los franceses de conservar la Gascuña. Luis se las in-

genio para conseguir que uno de los legados del papa desbaratase las aspiraciones de Raimundo VII, que en el Concilio de Bourges, en diciembre de 1225, trató de lograr que se reconociera la legitimidad de sus títulos. Ambos bandos se preparaban para la guerra. Una vez más, Honorio III intensificó la organización de la maquinaria de la cruzada a petición del rey; se autorizó un nuevo diezmo clerical, para consternación del clero francés.[89] A diferencia de su padre, Luis no tuvo escrúpulos en aceptar la condición de *crucesignatus.* Tal como habría de hacer su hijo Luis IX, con efecto aún mayor, Luis VIII trató de asociar su reinado y su dinastía con una misión sagrada, para beneficio, según su parecer, tanto de la iglesia como del Estado. El innegable recrudecimiento de la herejía en el Languedoc, como consecuencia de la derrota de los seguidores de Monfort, cubrió la nueva cruzada con un manto de legitimidad. El rey Luis abrazó la cruz en enero de 1226 y avanzó hacia el sur en junio. Pese al largo y costoso asedio de Aviñón (del 10 de junio al 9 de septiembre), que terminó con una rendición negociada, Luis apenas encontró oposición a su paso por el Languedoc. Y aunque Raimundo continuaba negándose a rendirle vasallaje, la mayoría de los señores se sometieron. Luis falleció el 8 de noviembre, probablemente de disentería, mientras marchaba de regreso al norte, pero en esta ocasión una muerte fortuita no habría de invertir el curso de los acontecimientos.

La anexión del Languedoc se culminó mediante una serie de brutales campañas capitaneadas en los años 1227 y 1228 por Humberto de Beaujeu y respaldadas por una incipiente red de administradores y agentes locales de los Capetos. En términos políticos, Raimundo VII no tenía dónde buscar apoyo. En enero de 1229 aceptó lo que había sido estipulado en Meaux y ratificado luego en París el 12 de abril, fecha en la que el conde se sometió a un castigo público como contrapartida de su reconciliación con la iglesia y con sus nuevos jefes supremos. El Tratado de París puso fin a las cruzadas albigenses.[90] Raimundo conservó algunas tierras, pero el elemento crucial era que, a su muerte, su herencia debía pasar a manos de su hija Juana, quien tendría que casarse con un príncipe de la dinastía capetiana. Acabó así la independencia del Languedoc. Pese a las rebeliones de Raimundo Trencavel en 1240 y del propio Raimundo VII en 1242, la decisión adoptada en Meaux y París no se al-

teró. Al morir Raimundo en 1249, sus tierras quedaron en manos de su yerno Alfonso de Poitiers, hermano de Luis IX. Al morir este último y la hija de Raimundo, Juana, en el año 1271, Tolosa quedó unida a la corona francesa. En el Tratado de París había quedado compendiada la paradoja de las cruzadas albigenses. Aunque en último término habían resultado de radical eficacia política, en su principal objetivo declarado habían fracasado. En el año 1229, en París, Raimundo VII había prometido perseguir a los herejes, justamente lo que su padre no había hecho, según las acusaciones que se le dirigieran veinte años antes.

LAS CONSECUENCIAS

Con el Tratado de París, el futuro religioso y político del Languedoc quedó libre de su vinculación con las cruzadas. La reactivación del movimiento cátaro en la década de 1220, que coincidió con el declive del poder de los Monfort, quedó bajo control, y se consiguió invertir la tendencia gracias a los concertados esfuerzos de los nuevos mecanismos de la Inquisición.[91] Instituida en el año 1229, y con los dominicos en su vanguardia, la Inquisición operó en el Languedoc por medio de una serie de investigaciones judiciales diocesanas de carácter esencialmente *ad hoc*. Pese a que se desarrollaron procedimientos estándar para la investigación, la presentación de pruebas, su sometimiento a examen y el pronunciamiento de las sentencias, la Inquisición no se convirtió en la siniestra institución burocrática de represión que ha pasado a ser legendaria. Su funesta reputación posterior fue en gran medida responsabilidad de la Inquisición española de finales del siglo xv y principios del xvi, y es asimismo imputable a los polemistas protestantes que la desaprobaban. El objeto de toda Inquisición consistía, tal como sugiere el nombre, en descubrir quién era o no hereje y en erradicar la incredulidad mediante la persuasión y la reconciliación. Pese a que no se permitía que los acusados conociesen la identidad de los testigos de cargo, sí que se les dejaba preparar su defensa. La tortura era poco frecuente y carecía de refinamientos. La razón, no el terror, era el arma de los inquisidores. En 1229 se fundó en Tolosa una universidad para sustentar la base ideológica de la misión católica. La com-

binación de unos métodos pastorales nuevos, de una predicación eficaz, de índole profesional, la diseminación de la sistemática teología moral de la escolástica y la sencillez y franqueza de la mayoría de los frailes que dirigían la Inquisición formó un todo que combatía al movimiento cátaro a todos los niveles: intelectual, parroquial y personal. Los castigos eran un reflejo de los objetivos del evangelismo. A la inmensa mayoría de los que eran hallados culpables de herejía se les imponía una pena que no implicaba la reclusión. Los transgresores contumaces u obstinados sí que podían esperar la cárcel. Únicamente una muy exigua minoría de herejes convictos era entregada a manos de las autoridades laicas para ser quemada en la hoguera. Según un cálculo realizado sobre la base de centenares de penas impuestas en el Languedoc de mediados del siglo XIII, se estima que las sentencias de muerte constituían el uno por 100; las penas de prisión entre el diez y el once por 100; y el resto eran condenas menores, entre las cuales figuraba la que obligaba a llevar al convicto una cruz como señal de que se trataba de un antiguo hereje. De las 930 sentencias pronunciadas bajo la presidencia de Bernard Gui —el que fuera inquisidor dominicano de Carcasona entre los años 1308 y 1323, autor de un célebre manual del inquisidor que adquiriría notoriedad gracias a la novela *El nombre de la rosa,* de Umberto Eco—, únicamente 45 implicaron la pena de muerte, esto es, menos del cinco por 100.[92]

Dada la frecuencia de la pena capital en otros sectores del ámbito judicial, podríamos considerar que todo esto no resulta excesivamente bárbaro.

Entre los años 1209 y 1229, la mayor violencia fue la provocada por la complicidad entre la religión y la política. En marzo de 1244, la infame quema de más de doscientos *perfecti* tras la caída de Montségur en manos de las tropas del rey, castigo en el que pereció abrasado, entre otros, Beltrán Marty, el obispo cátaro de Tolosa (1225-1244), se produjo como represalia por el asesinato, en mayo de 1242, de dos jefes inquisidores en Avignonet, a cuarenta kilómetros al sur de Tolosa. No obstante, en el contexto de los nueve meses de asedio a la ciudad de Montségur hay que situar la rebelión protagonizada, entre los años 1242 y 1243, por la alianza de Raimundo VII con Enrique III de Inglaterra y los disidentes del Poitou.

La protección que prestaron a los cátaros los señores de Montségur encamó la resistencia al nuevo orden capetiano y católico. El holocausto de marzo de 1244 no fue muestra de los métodos de la Inquisición, sino de los heredados de la época de Simón de Monfort.[93] La diferencia radicaba ahora en que el movimiento cátaro tenía cada vez menos capacidad para encajar semejantes pérdidas en su cúpula institucional. Fue en este aspecto, en la socava de la organización de los valedores y de las redes públicas de la herejía, en lo que la cruzada contribuyó directamente al debilitamiento, cuando no a la erradicación, de los cátaros. Tras las hogueras y las enajenaciones de propiedades de los años 1209 a 1211, se negó al movimiento cátaro la posibilidad de expresarse abiertamente en el mundo civil, lo que le obligó a ponerse a la defensiva. Con la coalición establecida entre la iglesia y el Estado de los Capetos, los cátaros se vieron sometidos a un constante ataque, y lo mismo les sucedió a sus simpatizantes y a sus protectores laicos. Por muy popular que hubiera sido el movimiento cátaro, la decapitación de su eficaz estructura diocesana le garantizó un lento declive, en especial después del año 1250. Los cátaros poseían cada vez menos protección política, social e incluso ideológica frente a los inquisidores y sus aliados, tanto eclesiásticos como laicos. Rodeado de un halo de sospecha, acosado y de apariencia crecientemente provinciana, oscurantista y pasada de moda, el movimiento cátaro vio sellado su destino tras cosechar un fracaso su breve reactivación a principios del siglo xiv en las estribaciones pirenaicas, fracaso debido al hecho de no haber conseguido captar el apoyo de las élites sociales. Un frenesí de actividad inquisitorial terminó de extinguirlo.[94] En torno a la década de 1330, el Languedoc quedó libre de toda herejía cátara organizada.

El legado político de las cruzadas albigenses fue menos ambiguo que su herencia religiosa, como era lógico esperar tras una serie de campañas militares en las que la vertiente laica dominó repetidamente a la religiosa. Con esto no tratamos de denunciar la sinceridad de quienes se consideraron a sí mismos soldados de Cristo, ni tampoco la devoción de los individuos laicos ni la de los clérigos que verdaderamente temían la cancerosa invasión de la herejía. No obstante, sigue existiendo un hecho ineludible: el de que las cruzadas albigenses no lograron aniquilar la herejía, aunque sí con-

siguieran anexionar el Languedoc a la dinastía de los Capetos. Es muy posible que no fuera esa la intención que tenían los cruzados en el año 1209, pese a que Inocencio III tratara persistentemente de involucrar a Felipe II de Francia, dado que reconocía la importancia de recurrir a un Estado fuerte para recrear una iglesia fuerte. Resulta igualmente obvio que este nuevo orden estableció las condiciones necesarias que permitieron la aniquilación de la herejía. Para quienes se comprometían con la causa, puede que esto mitigara el fracaso religioso de las cruzadas albigenses.

Las cruzadas no devastaron la región. La economía del Languedoc demostró ser muy resiliente.*[95] Una vez que se hubo puesto fin a los combates, la prosperidad reapareció. Lo que se había perdido era el pluralismo religioso y político, siempre difícil de conservar, y no solo en la Europa del siglo XIII. Es célebre la peripecia de Oliverio, heredero del señorío de Corbiéres, en los alrededores de la ciudad de Termes, ya que sus altibajos perfilan la descripción del proceso.[96] Termes había sido uno de los centros cátaros conquistados por los cruzados en el año 1210. A principios de la década de 1220, Oliverio había vuelto a hacerse con él tras someterse a la autoridad de los Capetos en 1219. No obstante, a lo largo de toda la década de 1220, Oliverio respaldó la resistencia del Languedoc: primero a Raimundo Trencavel, y más tarde, después del año 1226, a Raimundo VII de Tolosa, conservando al mismo tiempo estrechos vínculos con los *perfecti* cátaros. Pese a perder Termes y verse forzado a renovar su lealtad feudal al rey francés en el año 1228, Oliverio continuó oponiéndose al nuevo régimen y a la Inquisición desde su encaramada fortaleza de Queribus, al norte de Perpiñán, que terminó convirtiéndose en un refugio para los cátaros y otros disidentes políticos. Tras unirse a las revueltas de los años 1240 y 1242, Oliverio fue excomulgado. Irónicamente, la reconciliación con las autoridades

* La resiliencia es un concepto tomado de la mecánica, que la define como «resistencia de la materia a la rotura por choque o percusión», y que se aplica modernamente a la psicología. En este sentido, como la «capacidad de un ser humano o de un sistema social para desarrollarse de forma positiva y salir adelante pese a topar con serias dificultades», ha sido tomado en préstamo por algunas ciencias sociales, como la historia. Más que una capacidad de reactivación o reanimación, esta resiliencia ha de entenderse principalmente como una capacidad de crecimiento. ***(N. de los t.)***

de los Capetos no se produjo sino después de que Oliverio aceptara participar en la cruzada a Egipto que encabezaba Luis IX. A muchos de los rebeldes del Languedoc, entre ellos a Raimundo VII, se les impuso la cruzada a Tierra Santa como modo de expiación. Parece que Oliverio le tomó afición a esta cruzada. Se quedó hasta el año 1255 y regresó a ultramar en 1264, entre los años 1267 y 1270, y 1273 y 1274, como comandante de la guarnición francesa en Acre, donde moriría en 1274. El *quid pro quo* por sus servicios se materializó en una devolución de tierras en el Languedoc y en la absoluta lealtad y ortodoxia de su familia y de él mismo: la independencia política o religiosa se había acabado. La tardía devoción de Oliverio a la guerra santa sugiere la existencia de un fervor variable, aunque serio, fundado en la realidad de las oportunidades temporales. Como no era ningún pacifista, respaldó consecutivamente dos tendencias fuertemente divergentes de la fe del siglo XIII —el movimiento cátaro y la cruzada—, definidas ambas, en cada caso, por una lealtad política antagónica de la otra —lo que no obstante indica que las dos ideologías en pugna reflejaban un común deseo cultural de pureza religiosa activa—.

Oliverio no fue el único de los simpatizantes cátaros, ni siquiera el único *credente,* que abrazó la cruz como signo positivo de reconciliación con la iglesia. No obstante, esta era una vía cerrada para el desventurado Raimundo VI, uno de los hombres más excomulgados de la Edad Media. Su destino fue encontrarse en una posición insostenible. Incapaz de organizar una eficaz resistencia diplomática o militar contra sus enemigos, le habría sido igualmente imposible realizar lo que estos le pedían, incluso en el caso de que hubiese estado dispuesto a hacerlo. Es probable que la diferencia que le separa del empeño que llevó a su padre Raimundo V a tratar de suprimir a los cátaros en el año 1179 no se debiera a las preferencias religiosas personales de Raimundo VI, ya que fue un activo valedor de las órdenes hospitalarias. Lo que sucedió fue más bien que, por la época en que accedió al poder en el año 1194, los cátaros se hallaban ya bien afianzados, tanto en el ámbito social como en el religioso. A menos que lograra una desconcertante y devastadora conquista de sus propias tierras —para la que no tenía ni ganas ni recursos—, resulta difícil concebir qué otra cosa pudo haber hecho Raimundo para apaciguar a los implacables legados de Inocen-

CÍO III y a su protector militar, Monfort, quien, en cualquier caso, andaba tras las tierras de Raimundo. Los enconados ataques de que fue objeto Raimundo son difíciles de comprender, pero su significado simbólico lo es menos. Él era el paradigma del *fautor** del cómplice de los herejes. Como tal, no podía haber perdón alguno, ni siquiera más allá de la muerte. En 1222, Raimundo había muerto, técnicamente excomulgado, ya que la apoplejía que acabó con él le había impedido confesarse de palabra con el abad de Saint Sernin.[97] Se negó sepultura a su cadáver, que fue cubierto con un paño mortuorio ofrecido por las órdenes hospitalarias. Pese a las reiteradas peticiones de su hijo y a las numerosas comisiones indagatorias eclesiásticas, su ataúd permaneció insepulto en el recinto del establecimiento de los padres hospitalarios de Tolosa, y allí seguía más de un siglo después, con los amortajados despojos semidevorados por las ratas. Hacia el año 1515, el féretro, cubierto de gusanos, se había caído a pedazos y los huesos habían desaparecido, excepto la calavera. Los padres hospitalarios la conservaron hasta la década de 1690, fecha en la que aún tenían por costumbre mostrarla a los morbosos o los picados por la curiosidad.[98] Algo de adecuado había no obstante en este alarde de mal gusto de anticuario. La espantosa reliquia representaba por un lado la venganza eterna de una iglesia tan extremadamente nerviosa que se había vuelto incapaz de perdonar o de olvidar y, al mismo tiempo, por otro, la más que obvia corruptibilidad de la carne. Un cátaro podría haber extraído de aquí una sinopsis moral.

* El autor subraya la palabra porque la cita como voz latina (cuyo significado es el de «partidario», «defensor» o «favorecedor» de una causa). A diferencia de lo que sucede en inglés, en castellano sí existe el vocablo —por lo que, sin esta explicación, podría entenderse que hay aquí algún énfasis especial—, y su sentido es, específicamente, el de cooperador en la comisión de un delito o acto censurable. ***(N. de los t.)***

Capítulo 19

LA QUINTA CRUZADA, 1213-1221

En un escrito de tono optimista dirigido en 1298 al duque Leopoldo VI de Austria, un entusiasta de las cruzadas, Inocencio III describía la guerra santa como una imitación de Cristo, como un acto de devoción incondicional. En reconocimiento de ese carácter, enviaba a Leopoldo un paño con la cruz y varios documentos en los que se hacía constar la indulgencia plenaria.[1] Esta inocua correspondencia resumía los elementos distintivos de la política que inspiraba las cruzadas de Inocencio III: el precepto teológico, la convicción moral, la autoridad del papado, la atención pastoral, el control administrativo y la precisión burocrática. Los cambios que había desencadenado la Tercera Cruzada alcanzaron nuevos niveles de meticulosidad al tratar Inocencio de realizar lo que había sido incapaz de lograr entre los años 1202 y 1204: la destrucción del Egipto ayubita, la reconquista de Jerusalén y la renovación espiritual de la cristiandad. Para materializarlo, la llamada Quinta Cruzada —cuyos planes comenzaron a perfilarse en el año 1213 y que habría de ser puesta en marcha en 1215, dando lugar a una constante serie de expediciones entre los años 1217 y 1229— señaló el punto culminante de la cooperación entre el papa y el poder laico. Es frecuente que las descripciones de Inocencio lo presenten como el más exitoso promotor del monarquismo papal, esto es, de la doctrina que anhelaba controlar, tras el desastre del bienio de 1202 a 1204, a los poderes laicos e incluso evitar que ejercieran algún tipo de dominio sobre la política que el papa vinculaba a las cruzadas. También se afirma a menudo que la Quinta Cruzada constituyó a un tiempo el

mayor y el último intento serio de la iglesia de organizar una guerra santa vertebrada en tomo a su propio liderazgo. Con todo, aunque los últimos actos de la Quinta Cruzada se desarrollaran bajo una lluvia de mutuos reproches y desconfianzas entre los papas y el emperador, Federico II, lo que condujo al extraño escenario, aunque no enteramente carente de antecedentes, del año 1228 (caracterizado por una cruzada de Tierra Santa capitaneada por un cabecilla excomulgado —tal como había sucedido en las guerras albigenses—), Inocencio III y su sucesor, Honorio III, basaron su política en tratar de obtener la cooperación y el apoyo de los monarcas laicos. La Quinta Cruzada se proponía concertar las ambiciones universales del papado con el imperialismo de los gobernantes Hohenstaufen de Alemania y del sur de Italia. El hecho de que Inocencio lograra involucrar al joven Federico II abrió la perspectiva de un nuevo orden en la cristiandad. La satisfacción de las aspiraciones orientales de Conrado III, Federico I y Enrique VI —en no menor medida que las de Urbano II, Eugenio III o Gregorio VIII— debía de señalar la aceptación, recíprocamente ventajosa para ambas partes, de la respectiva autoridad del papa y el emperador. El fracaso de la empresa, y la mutua demonización que presidió las relaciones entre los papas y los Hohenstaufen a lo largo de los cincuenta años siguientes, empañó este elemento central de la idea de Inocencio. Si existen los puntos de inflexión históricos, la Quinta Cruzada fue uno de ellos: el rumbo de la alta política internacional pudo haber seguido un derrotero muy distinto.[2]

La organización y la dirección de la Quinta Cruzada quedó sometida a una burocracia creciente. En sintonía con la evolución de los acontecimientos en el gobierno y en las leyes laicas, la cruzada estaba convirtiéndose cada vez más en un fenómeno dominado por la redacción de textos.[3] Los predicadores obtenían licencias para desarrollar su actividad y basaban sus sermones en las bulas que el papa ponía en circulación. El reclutamiento y la gestión económica se sustentaban en la teneduría de cuentas que se organizaba tanto en el plano central como en el local, en la confección de listas de *crucesignati,* de asientos contables con la relación del dinero recaudado y del desembolsado, y en las autorizaciones escritas en las que se estipulaban los privilegios jurídicos y fiscales de los individuos. Pese a que es posible que la creación de nuevas técnicas de archi-

vística no coincida con la aparición de cambios en lo que así queda registrado, la importancia de la consignación de datos por escrito es signo de la creciente institucionalización de las cruzadas en tanto que actividad social y religiosa.

La Cruzada infantil del año i 2 i 2

Los sermones que propalaban la cruzada, la exacción de impuestos y la liturgia de la propaganda llegaban a oídos de un amplio público, y su influencia no se ceñía únicamente a las filas de aquellos que tenían capacidad de sumarse a la contienda, también motivaban a los pobres, a los ancianos, a los desposeídos, a los desarraigados y a los jóvenes, todos ellos privados, cada uno a su manera, de la posibilidad de implicarse directamente en los cada vez más estructurados ejércitos de la cruz. Las demandas de orden general que en materia social y religiosa planteaba la actividad cruzada estimulaban en esas gentes el deseo de comprometerse con lo que más tarde algunos sectores de la comunidad, no necesariamente incluidos en la esfera de las jerarquías dominantes, habrían de describir como sociedad civil —compromiso que habrían de ejercer en calidad de observadores, de comentaristas, de críticos y de participantes—. En las cruzadas albigenses intervinieron los llamados *ribaldi* —seguidores de baja cuna que formaban parte de las campañas—, y también los campesinos locales.[4] La organización de algunos contingentes, como en el caso de las flotas procedentes de los mares del norte de Europa, giraba en tomo al juramento de las comunas y era resultado del establecimiento de amplias consultas entre los grupos sociales, de cierta dosis de debate general, e incluso, en ocasiones —como en los momentos más tensos de la Cuarta Cruzada—, del consenso público.[5] El compromiso colectivo con la cruzada, puesto de manifiesto en las ceremonias comunales de consagración celebradas en las ciudades —de Londres a Colonia, pasando por Venecia—, hallaba elementos de correspondencia en el desarrollo de los periódicos ritos parroquiales de fervor y respaldo. En los actos de adopción de la cruz, al igual que en los sermones, se daba por supuesto que las congregaciones estarían presentes. La oferta por la que Inocencio III prometía la indulgencia a todos aquellos que no

fuesen soldados de la cruz, junto con la expansión de las prácticas de recaudación fiscal vinculadas con la cruzada, confirió al *negotium sanctum* una dimensión aún más auténticamente popular y pública. Los grupos habitualmente excluidos, ignorados, marginados o simplemente desorganizados en virtud de su pobre condición material podían dar cauce a sus inquietudes políticas y sociales mediante el respaldo a la trascendente causa de Tierra Santa. Con el fenómeno conocido como la Cruzada infantil sobrevino una extraordinaria demostración de esta impregnación de la cruzada en amplios círculos de la conciencia política y de la acción comunal.[6]

Durante el invierno y la primavera del año 1211 al 1212, las habituales preocupaciones de Inocencio III respecto a las inclinaciones pecaminosas de los fieles, los herejes del Languedoc, los moros de España y la precaria y grave situación de ultramar quedaron concentradas, por efecto de un decreto papal y de los batallones de predicadores, únicamente en dos: las cruzadas albigenses y los avances de los almohades del norte de África en la península Ibérica. Jaime de Vitry y el archidiácono Guillermo de París, el experto táctico que aconsejaba a Simón de Monfort sobre la máquina de guerra a emplear en los asedios, encabezaron en Renania y en el norte de Francia una intensa campaña de alistamiento en la guerra del Languedoc.[7] Al mismo tiempo, las victorias almohades del otoño de 1211 incitaron a Inocencio III a solicitar socorro para los cristianos de España, para lo cual dictaminó que se celebrara a mediados de mayo una serie de procesiones expiatorias especiales. La impresión de que la crisis se acentuaba, reforzada por los reiterados llamamientos a la simplicidad apostólica y a la penitencia activa —mediante ritos de aceptación de la cruz o de litúrgica contrición colectiva—, espolearon una respuesta popular no provista de las licencias al uso. Al menos en dos regiones, este movimiento se concretó en forma de manifestaciones de respaldo público a la defensa de la cristiandad, manifestaciones integradas por todos aquellos a los que no solía asociarse normalmente con la jefatura de un movimiento cruzado formal.

Durante la primavera y el verano del año 1212, turbas de penitentes se congregaron en los Países Bajos, en Renania y en el norte de Francia, zonas profusamente evangelizadas en favor de la cruzada. Clamaban por una enmienda de sus vidas y, en algunos lugares,

por la liberación de Tierra Santa. Parece que unos cuantos contingentes cruzaron los Alpes y penetraron en Italia buscando un medio de transporte que les llevara a Oriente Próximo. Los detalles de sus distintas intenciones variaban en función de las localidades, pero se juzgaba que todas estas marchas habían sido inspiradas en parte por los rumores de que se cernían amenazas sobre la cristiandad, por la diseminación de una teología de la redención que subrayaba que la cruzada era un acto de penitencia colectiva, y por el hecho de que los dirigentes de la sociedad se mostraran incapaces de cumplir sus obligaciones en ninguna faceta de su incumbencia. El rasgo más sorprendente de estas marchas reside en el hecho de que se hallaran encabezadas por *pueri,* es decir, por niños. En realidad, es posible que estos *pueri* fueran menos infantiles de lo que el nombre implica. Según un cronista de Colonia, que quizá nos esté relatando unos recuerdos de los que él mismo pudo haber sido testigo presencial, la edad de los *pueri* «se situaba entre los seis años y la plena madurez».[8] Los monjes de Normandía y de los Alpes consignaron que los participantes en la marcha eran adolescentes y personas mayores.[9] Las crónicas indican que los que intervinieron en ella no procedían de las habituales jerarquías del poder social —eran jóvenes, muchachas, personas solteras, sin excluir siquiera, en ocasiones, a las viudas— ni de los círculos de buena posición social —pues también había pastores, labriegos, carreteros, trabajadores agrícolas y artesanos rurales carentes de todo interés estable basado en la posesión de tierras o en una comunidad, en situación de desarraigo y de hábitos itinerantes—. La existencia de algunos signos de anticlericalismo y la ausencia de un liderazgo sacerdotal acentuaban la sensación de que se trataba de un grupo de excluidos de la sociedad. No obstante, y a pesar de la falta de una autoridad eclesiástica, no suscitaron muchas condenas por parte de la iglesia. Los movimientos populares del año 1212 demostraban el éxito de la evangelización de Inocencio. Lo que impulsaba las marchas era la ansiedad de las comunas, no una concreta privación social o económica. Es posible que la insatisfacción por el hecho de que los cabecillas de la jerarquía social fuesen incapaces de consolidar la victoria en España, el Languedoc o Palestina coincidiera con una tendencia más difusa por la cual las poblaciones rurales se sintieran atraídas por las ciudades, en especial en una época en que la presión demográfica en el

campo iba en aumento. Con todo, el acicate inmediato parecía ser el religioso.

La cronología de los acontecimientos que ha llegado hasta nosotros es confusa. Existían dos zonas distintas en las que bullía el entusiasmo: una en el norte de Francia, al suroeste de París, y la otra en los Países Bajos y Renania. Puede argumentarse, tomando como base los relatos de las crónicas, que los que participaban en la marcha y procedían de Ile-de-France se unieron a los que venían de Renania, o también, aunque esto último sea menos probable, que los simpatizantes de Renania se sumaron al levantamiento francés, o aun que ambos movimientos permanecieron separados y que su sola coincidencia fue la de verificarse al mismo tiempo. Según el cronista de Colonia, en tomo a las épocas de Pascua (25 de marzo) y de Pentecostés (13 de mayo) del año 1212 comenzaron a desplazarse, poniendo rumbo general a Italia, vastas procesiones de jóvenes reclutados en los tradicionales campos abonados para el alistamiento de cruzados de Renania, los Países Bajos, el noreste de Francia y el oeste de Alemania, enfrentándose a sus familias y amigos. Aunque algunos grupos se congregaron en la Lorena, dado que cierto número de participantes se hallaba detenido en Metz, el grueso de la columna se reunió en Colonia, donde surgió un cabecilla llamado Nicolás, un joven de la campiña circundante. Según la crónica, el objetivo declarado de los congregados era aliviar la situación de Tierra Santa. En abril de ese mismo año, un contingente de cruzados proveniente de Colonia y encabezado por el preboste de la catedral se había unido a Simón de Monfort en el Languedoc, pero las miras de este compromiso habían sido demasiado cortas para satisfacer las expectativas espirituales suscitadas por los auxiliares encargados de la evangelización.[10] Antes al contrario, el fracaso de los experimentados, los ricos y los orgullosos (en lo que parece ser una referencia a la Cuarta Cruzada) debía encontrar redención en la marcha de los inocentes, los puros y los humildes. Algunos de los participantes alemanes en la expedición juvenil comenzaron a utilizar el morral y el bordón de los peregrinos, además de la cruz. Según los recuerdos del autor del texto, su cabecilla, Nicolás, solía llevar una cruz egipcia, un símbolo asociado en otros lugares con Francisco de Asís y con su dinámica orden de pobreza y humildad.

Se dice que las procesiones alemanas se reunieron en Espira el 25 de julio de 1212, antes de dirigirse hacia el sur a través de Alsacia y cruzar los pasos alpinos, probablemente el San Gotardo o el Simplón, hasta llegar a Piacenza el 20 de agosto. Esta secuencia de acontecimientos encaja mal con lo que señala la crónica de Colonia, que sitúa las fechas del comienzo del movimiento en marzo, abril y mayo. Otros relatos encuentran pistas de los expedicionarios en Lieja y en Tréveris, y señalan que su presencia allí se produce antes, en el mes de julio, lo que podría quedar confirmado por la mención que hace el cronista de Colonia, que señala la existencia de agitación en Metz. Algunos historiadores modernos han tratado de reunir a los cruzados de la Lorena, los Países Bajos y Renania, afirmando que todos ellos se congregaron en Espira, mientras que otros estudiosos han explicado que los expedicionarios de la Lorena procedían de territorios situados más al oeste, ya que habían formado parte del levantamiento ocurrido en el norte de Francia.[11] Allí, el vínculo con el programa oficial de las procesiones específicamente expiatorias parecía ser aún más concreto. En este caso, el cabecilla que surgió de entre la muchedumbre, Esteban de Cloyes, una población situada cerca de Vendóme, fue un pastor, una ocupación de notable carácter simbólico en el contexto del fundamentalismo populista cristiano. Las zonas en que se registraba el mayor entusiasmo, la del Dunois, el Chartrain y en île-de-France al igual que en Renania, habían sido recientemente testigo de los alistamientos en la guerra albigense. En junio de 1212, Esteban condujo a algunos grupos de penitentes —chicos y chicas, jóvenes y ancianos— hasta Saint Denis, cerca de París, coincidiendo con la feria anual de Lendit, punto culminante del calendario comercial y meta de las peregrinaciones de la abadía benedictina del lugar. Los seguidores de Esteban exhibían cruces y banderas, los adornos propios de la liturgia, mientras cantaban «¡Dios nuestro Señor, ensalza a la cristiandad! ¡Dios y Señor nuestro, venga a nosotros la Vera Cruz!», haciéndose eco de las prédicas papales.[12] Es posible que algunos de los compañeros de Esteban hubieran sido reclutados para la guerra albigense, pero no existe ninguna prueba de la época que vincule con exactitud esta marcha con la reconquista de Tierra Santa o con la empresa que simultáneamente se estaba desarrollando en Alemania. Si se aceptan las fechas que ofrece la crónica de Colonia, en-

tonces es posible que los rumores de la puesta en marcha de expediciones similares en Renania provocara un movimiento de imitación en el norte de Francia. Si las fechas de julio en que se congregan las procesiones de la Lorena y de Espira reflejan la cronología de la expedición del este, entonces es posible que los elementos que inspiraron el reagrupamiento, e incluso los refuerzos que lo robustecieron, viajaran en dirección opuesta.

De manera similar, el destino de los penitentes y de los cruzados que alcanzaron el Mediterráneo aparece igualmente velado a nuestros ojos, y no actúa en ello como razón menor la posterior existencia de fantasías de morboso romanticismo. Los grupos alemanes, una vez en Italia, se dispersaron. Es posible que algunos llegaran hasta Génova, o incluso hasta Brindisi y Marsella. Otros —tan solo un puñado de los muchos miles que emprendieran la marcha— regresaron a sus hogares. Corrieron rumores de que algunos de los penitentes se habían embarcado en dirección a Oriente, mientras que otros habían sido vendidos como esclavos o habían sufrido una suerte aún peor. No hay pruebas convincentes de que los expedicionarios franceses realizaran su viaje a los puertos mediterráneos por separado. Todos los miembros de las marchas se desvanecen muy pronto de cualquier tipo de documento, dejando únicamente un asombrado recuerdo o excéntricos relatos moralizadores. A diferencia de otros movimientos populares semejantes surgidos con posterioridad y asociados con las cruzadas, estos arrebatos no dejaron huella alguna que haya llegado hasta nosotros a través de los registros papales. No obstante, fuera cual fuese su destino, la llamada Cruzada infantil revela que entre algunos sectores del público habitualmente silencioso, integrado predominantemente en este caso, al parecer, por gente del campo, la actividad propagandística de las autoridades eclesiásticas provocó una reacción popular y ordenada. No se trató de una explosión de la reprimida histeria de las masas. Es posible que el entusiasmo se exacerbara por efecto de las directrices oficiales. El malestar eclesiástico era evidente. Sin embargo, pocas demostraciones de la eficacia del mensaje redentor de la iglesia del siglo XIII podrían haber sido más contundentes. Los acontecimientos del año 1212 revelan el éxito de la política de Inocencio, consistente en utilizar la prédica y los ceremoniales asociados a la cruzada tanto para promover los mensajes reformistas como los re-

lacionados con los combates. El hecho de que se describiera como pastores o *pueri* a quienes participaron en la Cruzada infantil reflejaba el énfasis que ponían los predicadores en la vuelta a una simplicidad apostólica, libre de las asechanzas y las obligaciones del materialismo. Al igual que los frailes, que pronto habrían de convertirse en las fuerzas de choque del evangelismo eclesiástico, los expedicionarios del año 1212 eran mendicantes. Al menos al principio, algunos observadores del clero mostraron claras simpatías por las aspiraciones de los integrantes de las marchas. Tal como queda expuesto en el año 1212, es posible que el alcance y el potencial de la agitación espiritual que invadía las amplias masas del público cristiano espoleara en Inocencio, al año siguiente, la voluntad de poner en marcha una nueva cruzada general a Tierra Santa. En un monasterio de los Alpes se ha conservado una atinada, aunque tal vez un tanto *ben trovata,* tradición según la cual el propio Nicolás de Colonia se habría unido a esta nueva expedición y terminado, unos cuantos años más tarde, enfrentándose al infiel en Damieta, junto al Nilo.[13]

EL LLAMAMIENTO A LA NUEVA CRUZADA DE LOS AÑOS 1213 A 1215

La encíclica papal *Quia Maior* de abril de 1213, el decreto conciliar *Ad Liberandam* de noviembre de 1215, y las correspondientes instrucciones del papa a los predicadores, los legados y los recaudadores de impuestos pusieron en marcha una vasta empresa nueva pensada para la reconquista de Jerusalén, y establecieron además las normas retóricas, legales, fiscales, litúrgicas y administrativas que habrían de regir la actividad oficial de los cruzados a lo largo del siguiente siglo y medio. Las circunstancias parecían propicias y la planificación fue meticulosa. En julio de 1212, los almohades habían sido aniquilados en la batalla de las Navas de Tolosa. Simón de Monfort, tras completar con éxito, en 1211, la anexión de las tierras que poseían los Trencavel en el Languedoc, había consolidado el control de la mayor parte de la región de la Tolosa francesa. Cumplidos, o incluso superados, aparentemente, los objetivos políticos del movimiento contra la herejía, Inocencio III suspendió la cruzada en enero de 1213.[14] Por el contrario, en ultramar, la tregua entre

los francos y el sultán Al-Malik al-Adil de Egipto, que debía renovarse en el año 1211 y expirar en 1217, apenas lograba ocultar la debilidad de los cristianos, acorralados en unos cuantos enclaves situados en el norte de Siria. Juan de Brienne, rey de Jerusalén, regente de la ciudad en nombre de su hija, Isabel II de Jerusalén, dudaba que la tregua se mantuviera por mucho tiempo e instaba apremiantemente a una nueva cruzada. Pese a que al-Adil no mostraba ningún deseo de provocar el levantamiento de Occidente, el hecho de que su hijo, Al Muazzam de Damasco, hubiera fortificado en fecha reciente el monte Tabor, en el oeste de Galilea, representaba una amenaza potencial para San Juan de Acre, así como para la precaria presencia de los francos en la llanura circundante. Dadas las susceptibilidades occidentales, no se necesitaba gran cosa para generar el pánico en Tierra Santa. El monte Tabor, el lugar «en el que Cristo revelara a sus discípulos la visión de su futura gloria», proporcionó al papa un *casus belli*.[15]

La política laica de la cristiandad occidental vio aquí una oportunidad de idéntica índole, aunque sujeta a mayor riesgo. La sucesión alemana seguía enzarzada en la disputa que enfrentaba al antiguo protegido del papa, y ahora en franco declive, Otón IV, y al por entonces nuevo favorito del papa, Federico de Hohenstaufen, hijo de Enrique VI. Sus enfrentamientos resonaban por toda Alemania e Italia, subsumiendo y polarizando un millar de rivalidades y pugnas políticas locales. Las consecuencias de las conquistas de Simón de Monfort en el Languedoc habían creado toda una clase de nobles desposeídos así como una legión de vecinos furiosos, recelosos o atemorizados, el primero de los cuales era Pedro de Aragón. Inglaterra se había visto sometida a un interdicto papal desde el año 1208, debido a que el rey Juan sin Tierra se había negado a aceptar que Inocencio nombrara a Esteban Langton arzobispo de Cantorbery. Ahora, enfrentado a una maquinación de asesinato en el año 1212, a las señales de una destitución orquestada por el papa y a los preparativos de los franceses para invadirle, Juan se mostraba impaciente por alcanzar un acuerdo que le permitiera tomar la ofensiva e intentar recuperar las tierras que había perdido en Francia. Por lo común, los historiadores modernos han asumido que las distracciones de estos belicosos monarcas facilitaron que Inocencio III adecuara la cruzada a sus propios proyectos. Con todo, lejos de con-

siderar que estas divisiones suponían un obstáculo, Inocencio las explotó como una oportunidad. Comenzó su *Quia Maior* insistiendo en que la trascendente causa de Tierra Santa exigía el respaldo activo de todos los fieles cristianos, so pena de quedar condenados. Este apoyo requería que el cristiano se apartara decididamente de las cuitas materiales y siguiera a Cristo. A fin de estimular dicho compromiso, los bienes y las propiedades de los *crucesignati* habrían de recibir el amparo de la iglesia, con lo que se reforzaba el imperativo moral que urgía a la resolución de los conflictos temporales mediante la oferta de garantías prácticas. Inocencio situó el remedio del conflicto civil en el centro de las prédicas en favor de la nueva cruzada. Tradicionalmente, la actividad cruzada había estado vinculada con la gestión de disputas, de lo cual da testimonio la existencia de persistentes lazos, a lo largo de todo el siglo xii, entre dicha actividad por un lado y la Paz y la Tregua de Dios por otro. Las cruzadas ofrecían un contexto en el que las partes enfrentadas podían resolver sus diferencias sin perder ni la dignidad m las ventajas que ya poseían, como es notorio que sucedió entre los angevinos y Felipe II de Francia. Con su característica claridad intelectual y brío administrativo, a lo que unía la experiencia que le daban sus quince años en el solio pontificio, Inocencio empleó ahora este instrumento pasivo como arma con la que imponer el arbitrio eclesiástico tanto en los problemas materiales como en los espirituales. No se trató de ninguna situación sobrevenida por accidente, sino más bien de una de las propiedades que el círculo académico que rodeaba al papa reconocía a la actividad cruzada. Uno de los más destacados predicadores de la Quinta Cruzada, el inglés Roberto de Courgon, legado del papa en Francia desde el año 1213, explicaba en un tratado académico lo muy «reciente» que había sido la iniciativa por la que cierto número de barones habían recurrido a la cruzada para verse libres de la incómoda disyuntiva que les obligaba a optar entre rebelarse o quedar desheredados, refiriéndose probablemente a la situación en que se encontraron los condes de Flandes, Blois y Perche tras la quiebra de la alianza que establecieran con Ricardo I en contra de su señor, Felipe II de Francia en 1199.[16]

La encíclica *Quia Maior* establecía un exhaustivo marco práctico, además de religioso, para la nueva cruzada. Tras exponer la universal obligación moral, el constante escándalo de la existencia de

cristianos cautivos de los musulmanes, y la inminente crisis que amenazaba a Tierra Santa, el papa anunció una indulgencia inequívocamente plenaria de la que no solo se beneficiarían todos cuantos abrazaran la cruz y proporcionaran o enviaran apoderados, pagándolos de su propio peculio, sino los apoderados mismos.

De este modo, prometía «el total perdón de sus pecados a quienes hagan sincera confesión oral y muestren el corazón contrito de noble arrepentimiento». Se enumeraban una vez más los privilegios familiares temporales: la protección de la iglesia a la propiedad de los cruzados; la concesión de moratorias aplicables a las deudas contraídas con los cristianos y su cancelación en caso de que el acreedor fuera un judío. Tras apelar a su autoridad para «hablar como vicario de Cristo», Inocencio daba al clero, a las comunidades civiles y a los potentados laicos que no participaban en la cruzada, instrucciones de que proporcionasen, sufragadas con sus propios recursos, tropas para una campaña de tres años, solicitando además apoyo naval a las ciudades marítimas. El papa prometió que él también contribuiría a la causa. Podía comprometer una aportación equivalente a los ingresos trienales generados por los beneficios del clero. El comercio con los musulmanes quedó prohibido, tal como estaba proscrito asociarse con piratas. La eficacia de la práctica descansaba en la penitencia. Las procesiones mensuales especiales debían ir acompañadas de la prédica de la cruz. El ayuno, junto con las limosnas entregadas en unas arcas colocadas en las iglesias y especialmente dedicadas a recibir las donaciones piadosas, debía venir en auxilio de las oraciones por Tierra Santa. En la misa se insertó una nueva intercesión. Más controvertida, aunque no menos pragmática, resultó la invitación que lanzó Inocencio «para que todo aquel que lo desee, excepto aquellos limitados por la profesión religiosa, cuente con la posibilidad de abrazar la cruz de modo tal que su compromiso pueda quedar permutado [esto es, sustituido por otra penitencia], redimido [es decir, constituido en objeto de exención a cambio del abono en metálico de una cantidad equivalente al coste del empeño cruzado], o pospuesto por mandato apostólico, siempre que así lo exijan urgentes u obvias circunstancias». La pobreza, la discapacidad, las dolencias, la edad, el género o el hecho de que uno se hallara ligado por legítimos deberes anteriores no eran ya razones que impidieran el disfrute de la indulgencia que acompañaba a la cruzada, una medida que redu-

cía los plazos necesarios para comprobar que los presuntos *crucesignati* se adecuaban efectivamente a la tarea y que al mismo tiempo incrementaba su número y el espectro de su procedencia social. Para concentrar el foco de la atención, así como los recursos, en la expedición a Tierra Santa, Inocencio canceló las indulgencias relacionadas con la cruzada de quienes, proviniendo de comarcas exteriores a esas regiones, combatían a los moros de España o a los herejes del Languedoc. Dado que sabía, gracias a la experiencia del cuarto de siglo precedente, lo mucho que podía prolongarse la fase de reclutamiento, Inocencio prefirió esperar a que los enrolados hubieran abrazado la cruz antes de estipular una fecha límite para el alistamiento en la cruzada.

La encíclica *Quia Maior* era parte de una política más amplia. Simultáneamente a su promulgación, Inocencio convocó en el año 1215 la reunión de un concilio general eclesiástico encargado de debatir la reforma de la iglesia y la cruzada, e instituyó elaborados sistemas para la prédica de la cruz. El control del papa era capital. El propio pontífice encabezaba el movimiento en Italia. Se nombraron legados para Francia y para Escandinavia. En Hungría, se concedió a todos los obispos autoridad para predicar la cruz. En otros lugares, se establecieron en todas las provincias registros investidos con los poderes de un legado y se les encomendó la tarea de reclutar representantes. Se cursaron instrucciones a los predicadores a fin de que estos emplearan los pormenores de la encíclica *Quia Maior* como fundamento de su mensaje. Para evitar la controversia que había abrumado a Fulco de Neuilly antes de la Cuarta Cruzada, debían negarse a aceptar dinero para sí mismos y, en recuerdo del caso vivido por el obispo de Osma y Domingo de Guzmán en el Languedoc, tenían que viajar de forma modesta y dar un buen ejemplo con la sobriedad de su conducta. Una vez sobre el terreno, los predicadores conservaban listas escritas de todos cuantos habían reclutado y tenían orden del papa de entregar toda donación destinada a las cruzadas en los conventos religiosos locales y de remitir además los ingresos anuales a la curia papal a fin de que Inocencio pudiese calcular los progresos de la vasta operación.[17] El papa sometía a minucioso examen a los agentes que tenía dispersos por toda Europa. A petición del deán de Espira, que solicitaba una aclaración, Inocencio reiteró la necesidad de desviar a los cruzados del

Languedoc a Tierra Santa, de permitir que los alistados abrazasen la cruz pese a la oposición de sus esposas, y de atenerse a la radical ampliación que establecía la encíclica en relación con la redención y la permuta de los compromisos, cuestión esta que manifiestamente estaba suscitando algunas preocupaciones. A petición suya, se concedió al obispo Conrado de Regensberg un séquito más selecto de lo que Inocencio había propuesto. También se le permitió absolver a determinadas categorías de criminales, con tal de que abrazaran la cruz. El abad de Rommersdorf en Austria reunió una colección de escritos papales, entre otros los de la *Quia Maior,* y la convirtió en una obra de referencia; al mismo tiempo, otros predicadores, como Jaime de Vitry, disertaban sobre los temas que Inocencio había propuesto. 1 R

Mientras daba comienzo la campaña de prédicas, Inocencio se dedicó a preparar el terreno diplomático, ayudado una vez más por los acontecimientos. El sometimiento de Juan sin Tierra de Inglaterra al papa en el año 1213, la derrota de sus aliados a manos de Felipe II de Francia, en la batalla de Bouvines, en el año 1214, y la posterior guerra civil inglesa, empujaron al rey Juan a abrazar la cruz el Miércoles de Ceniza (4 de marzo) de 1215 y a utilizar la nueva posición que le había otorgado tres meses antes la Carta Magna para posponer los dictámenes destinados a zanjar las disputadas cuestiones y agravios surgidos durante el reinado de sus predecesores.[19] Es probable que las intenciones de Juan guardaran más relación con la política que con la penitencia, ya que es posible que su decisión de abrazar la cruz fuera un intento destinado a facilitar un acuerdo con sus enemigos, muchos de los cuales eran *crucesignati,* o estaban a punto de serlo. Entre las clases acaudaladas inglesas, el compromiso con la empresa alcanzó niveles similares a los de la Tercera Cruzada. El contexto de la guerra civil también influyó en la decisión que llevó a Federico II de Alemania y Sicilia a abrazar la cruz ese mismo año, una iniciativa estimulada por los agentes del papa, ahora dedicados a respaldar activamente su causa.[20] Más al este, Leopoldo VI de Austria y el rey Andrés II de Hungría ya se habían convertido en *crucesignati.* Tan fuerte era su determinación de implicar a toda la cristiandad, que Inocencio también reclamó a los venecianos que hiciesen honor a su aún incumplido, y no redimido, voto de participación en las cruzadas, realizado en 1202.[21]

La reunión de monarcas, príncipes y ciudades contribuyó a dar la sensación de que existía una determinación única cuando, en noviembre de 1215, se congregaron en el Palacio de Letrán, en Roma, los 1.300 delegados eclesiásticos procedentes de todos los rincones de la cristiandad latina, desde el Atlántico hasta Siria. Entre dichos delegados se encontraba la mayor parte de los designados para predicar la cruz, los patriarcas latinos de Constantinopla y Jerusalén, así como los representantes de la iglesia maronita del Líbano (en comunión con Roma desde el año 1181) y del arzobispo melquita de Alejandría (esto es, la máxima autoridad de los ortodoxos griegos de Siria y Egipto), con quien el papa había mantenido una correspondencia periódica respecto a las condiciones de los prisioneros francos de Egipto.[22] El asunto a tratar en el concilio era el de la renovación, la reforma y la cruzada cristianas, cuestiones que Inocencio consideraba como aspectos diferentes de una misma empresa religiosa. Las decisiones relacionadas con la cruzada sugieren la existencia de duras negociaciones, lo que no necesariamente implica que el papa se estuviera saliendo con la suya. La defensa que Inocencio hizo de Raimundo VI de Tolosa no consiguió convencer al concilio, que condenó al conde y dictó un fallo favorable a Simón de Monfort, cuyas actividades ya llevaban tiempo haciendo vacilar al papa. Otras inquietudes de orden más general del papa, las relacionadas con la corrección legal de la guerra contra los herejes, parecieron quedar a un lado en el tercer decreto del concilio, que establecía que las medidas adoptadas eran canónicamente legítimas, dado que suscitaban indulgencias y privilegios equivalentes «a los concedidos a quienes acuden en auxilio de Tierra Santa».[21] Puede que esta resolución constituyera una victoria para la belicosa jerarquía francesa, que había venido persiguiendo las campañas del Languedoc con una energía más sistemática que el papa, que se había opuesto a ellas de un modo más escrupulosamente legalista. Y también es posible que, en lo tocante a los planes para la cruzada de Tierra Santa, fuese cierto lo contrario, puesto que la ejecución de las disposiciones que la encíclica *Quia Maior* contemplaba respecto a la redención de los votos solemnes, las deudas y las exenciones fiscales había causado inquietud en los círculos oficiales franceses, que consideraban dichas medidas excesivamente radicales.

La resolución final del concilio (la instrucción número 71), titulada *Ad Liberandam,* respaldaba en gran medida lo estipulado en la encíclica *Quia Maior,* pero indicaba algunos añadidos, modificaciones y omisiones.[24] Determinaba el «*sanctum propositum*» de la causa, el *«negotium Jesu Christi»,* por decirlo en los términos del derecho canónico. Tras dos años de prédica y de reclutamiento activos, el tono empleado era de apremio. La congregación de todas las fuerzas participantes quedó fijada para el mes de junio de 1217, de modo muy significativo en los puertos del *regno* de Sicilia, esto es, en las tierras del nuevo protegido del papa y candidato a la jefatura del imperio, Federico II. Se decidió designar un legado para quienes se propusieran tomar una ruta terrestre. Se animaba a los clérigos a participar en el movimiento, y se les permitía subvenir personalmente a sus gastos con las rentas derivadas de sus prebendas. El papa contribuyó con treinta mil libras y con un navio destinado al contingente que zarpaba de la ciudad de Roma. Se clarificó la aplicación de las exenciones fiscales, aunque es posible que entre bastidores se hubieran hecho concesiones a Felipe II de Francia, quien ya en marzo de 1215 había publicado una ordenanza por la que se restringían las dispensas legales de los cruzados, dispensas que debían ajustarse a las costumbres francesas.[25] Se abandonó el fomento directo de la indiscriminada adopción de la cruz y de la redención de los votos, otro factor de discordia, aunque no se expusieron argumentos explícitos en su contra; un oportuno olvido.[26] Las indulgencias proporcionales a la «ayuda» prestada se mantuvieron. Los torneos quedaron prohibidos por espacio de tres años y se instituyó una paz general, sustentada en la amenaza de excomunión, vigente durante cuatro años.

La innovación más importante implicaba el cobro de un impuesto consistente en la vigésima parte de las rentas eclesiásticas, o tres años de servicio. Tal vez para ofrecer un *quid pro quo,* el papa y los cardenales aceptaron pagar un diezmo. La anterior intentona de Inocencio, que en el año 1199 había querido cobrar tributo a la iglesia en nombre de la autoridad papal, había fracasado. Ahora, para garantizar la conformidad de todos, se invocaba, tanto en el decreto conciliar como en cada una de las epístolas que se remitían para la recaudación de impuestos, el consentimiento expreso del concilio general —mediante la fórmula *«sacro concilio aproban-*

te»—.[27] Tanto el derecho romano como las costumbres políticas que se observaban en toda Europa —según consignaran cinco meses antes las célebres cláusulas 12 y 14 de la Carta Magna inglesa— señalaban la importancia de que las cargas fiscales extraordinarias contaran con un acuerdo representativo.[28] Para llevar a efecto sus planes económicos y legales, Inocencio se estaba plegando simplemente a un constitucionalismo temporal a fin de obligar a todas las partes a cumplir lo pactado con una fuerza más categórica que la de cualquier recurso unilateral al absolutismo papal. El gravamen tributario de la cruzada clerical, unido a la ampliación de unas indulgencias —tanto plenas como proporcionales— redimibles mediante contribuciones en especie y en metálico, a las detalladas disposiciones relacionadas con las limosnas y las donaciones, y a los inicios de una red eclesiástica internacional para la recaudación de impuestos y la revisión de cuentas, transformó la forma en que operaban las cruzadas. Todas las grandes empresas cruzadas ulteriores trataron de dotarse de medidas de financiación similares, en especial de impuestos eclesiásticos, lo que a menudo provocó la consternación de los sacerdotes locales. Pese a suscitar en algunos una actitud cínica, el hecho de que la ideología de la obligación universal contraída con la causa de la Guerra de Dios se trasladara a la exigencia de efectuar aportaciones en metálico, permitió que los comandantes que dirigían la cruzada, y que tenían acceso a dichos fondos, ejercieran notablemente mejor el control central de las operaciones. Esto hizo que las cruzadas resultasen atractivas para los potentados y los reyes, y estimuló un comportamiento más profesional en materia de reclutamiento, financiación y organización militar. Inmediatamente después del Concilio de Letrán, el programa fiscal prestó una coherencia nueva a la recaudación de fondos y al control del papa. En los ámbitos del derecho, la economía y la gestión, Inocencio dejó una huella indeleble en el negocio de la cruz.

EL RECLUTAMIENTO DE CRUZADOS

Por la época en que el decreto conciliar *Ad Liberandam* recibió el apoyo del concilio, el 14 de diciembre de 1215, las prédicas y los alistamientos venían produciéndose ya por espacio de más de dos

años. Esta situación habría de proseguir con intensidad durante otros seis años, para mantenerse después, de forma más esporádica, durante al menos seis más. La empresa era inmensa, en todas las provincias y diócesis, desde Escocia a Francia, pasando por Suecia, Hungría, el Mediterráneo e incluso el propio Acre, cuyo nuevo obispo, Jaime de Vitry, había sido enviado al este en 1216 a fin de movilizar los apoyos locales. Es la primera de estas campañas la que ha dejado pruebas detalladas de cada una de las fases de su ejecución: de la recepción y la diseminación de las epístolas del papa; de la crónica de la prédica así como de los relatos personales relacionados con dicha actividad y con sus efectos; del contenido de los sermones; de la mecánica de la difusión de la propaganda entre los predicadores; de la contabilidad de las sumas recaudadas e invertidas. Todo señala la magnitud del proyecto de Inocencio. No obstante, su éxito dependía de innumerables encuentros locales y de incontables respuestas individuales.

El éxito de la prédica de la cruzada se hallaba supeditado a la hábil manipulación de las percepciones auditivas, intelectuales, emocionales y visuales de los oyentes. Las pruebas relacionadas con las giras de predicación posteriores al año 1213 muestran que se desaprovechaban pocas oportunidades de proveer las circunstancias más propicias para el mensaje papal. Oliverio, *scholasticus* (es decir, retórico o profesor) de la escuela catedralicia de Colonia, y más tarde obispo de Paderborn, dejó consignadas sus experiencias de predicación de la cruz a los habitantes de los Países Bajos en el año 1214.[29] Después de la misa, en la aldea de Bedum, en la Frisia septentrional, Oliverio predicaba ante una muchedumbre que atestaba la iglesia y se desbordaba por los campos aledaños, en lo que es una familiar escena literaria, y posiblemente real. El texto que leía, Gálatas 6.14 («[Njunca suceda que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo»), explotaba la retórica de la cruz y del Cristo crucificado que ya aparecía en la encíclica *Quia Maior,* y recurría al lenguaje de su prédica, especialmente concebida para las cruzadas, y a la liturgia de la eucaristía a fin de subrayar los elementos de penitencia, obligación y vocación. En el momento justo, así lo señala Oliverio, aparecía en el cielo la visión de tres cruces, dos de ellas vacías, mientras en la del centro se apreciaba la imagen del Cristo crucificado. Los testigos, al parecer un centenar, de toda extracción

social y de todos los grupos de edad, veían literalmente la materialidad del argumento que estaba exponiendo. Uno reconoció en las cruces una señal que anunciaba la reconquista de la Tierra Santa. Otro, que había venido siguiendo las prédicas de Oliverio durante algún tiempo, quedó finalmente convencido, gracias a esta prueba visible, de que debía abrazar la cruz. Otras apariciones similares, ocurridas en toda Frisia, confirmaron el mensaje de Bedum. Estas manifestaciones celestiales estaban convirtiéndose en algo cada vez más corriente en todas las crónicas de la predicación de las cruzadas, y era habitual que se les atribuyese, como sucede en este caso, el logro de estimulantes alistamientos en masa. En la región de Colonia, el éxito de Juan de Xanten se atribuyó directamente a este fenómeno.[30] El vínculo entre la mirada absorta en las nubes y el mensaje oral, tanto en el sermón como en la liturgia, estaba claro. En Bedum, según consigna Oliverio, la visión duró lo mismo que la misa cantada. No obstante, las cosas se urdían para que el efecto se produjera mientras se voceaban los sermones, después las maravillas que habían tenido lugar se divulgaban por carta a otros colegas predicadores para que, a través de ellos, la noticia se hiciera un hueco en las posteriores descripciones de las crónicas.

Otras técnicas incorporaban el empleo de profecías. Una de las que circularon tras el acceso de Honorio III a la cátedra de san Pedro en 1216 refería que en 1187 el futuro papa había sido informado por un misterioso anciano —más tarde se supondría que se trataba de san Pedro— de que durante su pontificado se lograría reconquistar Jerusalén.[31] Esta determinación de aferrarse a cualquier esperanza parecía proporcionar una aportación necesaria al programa oficial de la prédica evangélica de la que el abad de Rommersdorf dejó constancia en su libro copiador. La utilización de lo sobrenatural reflejaba el contexto en el que se desenvolvía la predicación. En 1214, en Frisia y en Renania, se hacía especial hincapié en las visiones colectivas, en las revelaciones públicas, y se hacían informes cuidadosos en los que se registraban los detalles del momento y el lugar. Una década más tarde, una misión que se dirigía a Marsella bajo el mando del preboste de Arles, que reivindicaba haber reclutado a treinta mil ciudadanos para la causa de la cruz, se vio acompañada por una serie de milagros privados y de visiones personales. Las mujeres, arrebatadas por trances extáticos, contemplaban «muchos

secretos de la cruz».[32] Pese a que son numerosas las anécdotas que, fomentadas por los predicadores de las cruzadas o por los poetas, adjudicaban a las mujeres, en la mayoría de las ocasiones, el papel de obstáculos para el enrolamiento de los varones —en su calidad de esposas o de amantes—, el compromiso femenino puede considerarse como una prueba más de que el llamamiento era de carácter universal. En el otoño del año 1216, en Génova, Jaime de Vitry se las arregló para conseguir que un gran número de mujeres de la nobleza se sintieran atraídas ante la idea de abrazar la cruz, y utilizó la argucia como preludio del alistamiento de sus maridos.[33] En Génova y en Marsella, los predicadores ponían buen cuidado en dar publicidad a sus experiencias y en dejar bien sentado que su labor en pro de la cruzada formaba parte de una campaña más general destinada a imponer la ortodoxia.

Las vastas dimensiones políticas de la campaña de reclutamiento destacaban la resolución del conflicto. Tal como había ocurrido en Marsella, donde la acogida dispensada a la cruzada había actuado como un ritual de reconciliación entre la iglesia y una ciudad sujeta a un edicto de excomunión, también la gira de Oliverio de Paderbom por el oeste de Alemania y los Países Bajos parecía concentrarse en las zonas que apoyaban a Otón IV, pese a que los patrocinadores de la cruzada fuesen personajes partidarios de los Hohenstaufen, como el veterano de la Cuarta Cruzada, el obispo Conrado de Halberstadt, así como el propio Federico II. Las prédicas que realizó Jaime de Vitry en Génova se proponían garantizar la paz entre la ciudad y sus enemigos. Las facciones en disputa existentes en el interior de Bolonia se unieron entre los años 1214y 1219 a fin de patrocinar un contingente de cruzados y sumarse a él. Las actividades que desempeñaron otros predicadores cruzados por toda la Toscana y el norte de Italia —encabezados, a partir del año 1217, por el cardenal Ugolino de Ostia, el futuro papa Gregorio IX— se caracterizaron por emplear procedimientos similares. Ugolino contribuyó a gestar la pacificación de las disputas de Lucca, Pisa, Padua, Pistoia, Génova, Bolonia y Venecia. Hacia el año 1211, provisto del dinero procedente de la vigésima parte de las rentas que pagaba el clero, Ugolino comenzó a dedicarse a allanar su carrera diplomática mediante la concesión de fondos con los que comprar tanto los servicios de mercenarios para la empresa de Oriente como los de los *crucesignati,*

una distinción que reflejaba los cambios que la relajación de las condiciones impuestas a quienes decidían abrazar la cruz y los apaños ideados para sostener económicamente a la iglesia central habían operado en los métodos de reclutamiento de cruzados.[34] De modo aún más notorio, Roberto de Courgon, legado encargado de las cruzadas en Francia desde el año 1213, trató de resolver, sin éxito, el conflicto que enfrentaba a ingleses y franceses por deferencia a la Tierra Santa. Pese a que se las arregló para reclutar a unos cuantos potentados, Roberto no consiguió evitar las campañas realizadas en el norte de Francia en el año 1214, campañas que terminaron con la derrota del rey Juan sin Tierra, y tampoco logró frenar la invasión de Inglaterra por los franceses entre los años 1216 y 1217. La doble circunstancia de que Juan sin Tierra abrazara la cruz en marzo de 1215 y de que el príncipe Luis de Francia efectuara esa misma primavera su excursión como cruzado por el Languedoc no tuvo nada que ver con los esfuerzos de Roberto.

El contenido de los sermones venía a reforzar los distintos aspectos de la función y de la gestión de las prédicas promotoras de la cruzada y del alistamiento en sus filas. Dichos contenidos, que jugaban con las emociones de recíproco apoyo que generaban la grave situación de Tierra Santa, las penitencias personales, la culpa colectiva y la ira compartida, se plasmaban en los *exempla* de los predicadores —integrados por anécdotas edificantes— y eran amañados, por el procedimiento de resumir en ellos los supuestos, las ansiedades y las expectativas comunes, a fin de que encajasen con los argumentos teológicos y con las razones aducidas para instar al alistamiento. De acuerdo con el conjunto de materiales relacionados con la predicación que se reunieron en Inglaterra durante la movilización de la Quinta Cruzada, materiales identificados con el epígrafe titulado *Ordinatio de predicatione Sancti Crucis,* se concibieron *exempla* destinados a llamar la atención, evitar el aburrimiento, inspirar actitudes de contrición y estimular el repudio de las futilidades terrenales.[35] Es posible que su forma fuera deliberadamente popular, ya que estaba compuesta por contundentes estampas descritas en la lengua vernácula francesa —por oposición a las meditaciones en latín sobre la figura del Cristo crucificado que integraban el grueso de la *Ordinatio*—. Pese a que gran parte del texto explicaba el significado de la cruz y la necesidad de que los

fieles imitasen y siguiesen a Cristo, un apartado del escrito, el titulado «La llamada (o Vocación) por la que los hombres se sienten emplazados por la Cruz», usaba repetidas muletillas y *exempla* para grabar el mensaje en la memoria del público y suscitar un compromiso inmediato por medio del escalofrío de una emoción similar a la de un estado de trance, en una especie de liturgia elástica. Eran muchos los *exempla* en los que aparecían héroes y heroicidades de las cruzadas y en los que se hacía hincapié en la recompensa celestial que alcanzaban quienes fallecían. Igualmente se abordaban otras inquietudes relacionadas con el proceso de convertirse en un *crucesignatus*: las presiones familiares, las dificultades planteadas por las esposas tendentes a poner impedimentos, el pesar de tener que alejarse de los hijos, el valor de las indulgencias, etc. Las dos facetas de las cruzadas, la heroica y la doméstica, representaban la doble batalla que libraban los *crucesignatus:* la que les enfrentaba al enemigo interno —la duda, el lujo, el pecado, el demonio— y la que les oponía al adversario externo, el sarraceno. Aunque algunas anécdotas recorrían todos los corrillos de los que predicaban las cruzadas, convirtiéndose en moneda corriente, otras trataban de lograr que la explicación de los principios teológicos implícitos en el hecho de participar en la cruzada tuviera más repercusión local. La garantía divina que se concedía a los *crucesignati* quedaba confirmada «igual que si se les hubiera otorgado una cédula», una imagen legal con la que estaban familiarizados todos los propietarios de la Europa occidental.[36] Otro *exemplum* bastante sugerente, consignado después de la Quinta Cruzada, es el dirigido al tipo de público holandés al que predicaba Oliverio de Paderborn. Dado que las gentes de Flandes acostumbraban a saltar los pequeños canales con una garrocha, se afirmaba que la indulgencia asociada a la cruzada permitía que los *crucesignati* saltaran del mismo modo, como si de una pértiga se tratase, por encima del purgatorio.[37] En otros lugares se abordó la resistencia femenina a la participación en las cruzadas por medio de algunos relatos sobre las consecuencias —invariablemente nefastas— que sufrirían las mujeres que ponían obstáculos a sus maridos si estos decidían abrazar la cruz, aunque tiempo después, del mismo modo, se considerara que las narraciones que mostraban mayor simpatía por la implicación de la Virgen María y los mila-

gros de la sangre de Cristo estimulaban el apoyo de las mujeres. Las crónicas en que se hablaba de los héroes locales y de sus muertes como mártires abordaban directamente los temores prácticos de los potenciales *crucesignati,* además de aludir a la conducta general que estos seguían en materia de devoción y de fe.

Al aprovechar al máximo el entusiasmo y las inquietudes religiosas y al ofrecer al mismo tiempo un halo de respetabilidad social, el patrocinio de la iglesia y el respaldo del dinero parecieron obtener un gran éxito. Oliverio de Paderbom afirma que gracias a sus desvelos en los asentamientos costeros y en las islas de los Países Bajos consiguió el alistamiento de un total neto de quince mil combatientes, los cuales, unidos a los enrolados en Renania, necesitaron una flota de trescientas embarcaciones para poner rumbo a Oriente. Era inevitable que una empresa de la iglesia tan notoria y tan potencialmente perturbadora resultara controvertida. En Francia, las actividades de Roberto de Cour§on contrariaban los intereses del rey y los derechos de los potentados. Los apologistas oficiales criticaban íntegramente el enfoque que se había dado al asunto de la redención y la permuta de los votos solemnes de participación en la cruzada, procedimiento que había iniciado la encíclica *Quia Maior.* Es posible que esta hostilidad influyera en el decreto conciliar de las cruzadas celebrado en el año 1215, por el que se moderaba la incidencia de estas medidas.[38] La otra consecuencia era probablemente menos predecible. La amplia autoridad concedida por delegación a los agentes regionales permitía un reclutamiento notablemente descentralizado. Pese a que en noviembre de 1215 Inocencio III proclamara en el concilio que la expedición debía estar dispuesta a partir el 1 de junio de 1217 de los puertos del sur de Italia y de Sicilia, no se habían concebido mecanismos para coordinar la congregación de un número tan elevado de grupos autónomos locales, regionales o nacionales. Inocencio sabía, por sus experiencias de los años 1198 a 1202, así como por el recuerdo de lo que sucediera en el lapso comprendido entre 1187 y 1190, lo mucho que podía tardarse en reunir una gran expedición a Oriente, así que el período de cuatro años de preparación que había previsto, deliberadamente largo, había sido una medida prudente. No obstante, el hecho de que el papa y el concilio no lograran abordar la cuestión de un mando y de una planificación unificadas similares a las que sí pudieron organizarse en los años 1146

a 1147, 1188 a 1190, 1201 a 1203, e incluso, 1095 a 1096, confirió un carácter sui géneris a la Quinta Cruzada, que si por un lado fue universal, por otro se vio sujeta a permanentes escisiones. El alcance de la centralización papal tropezó con la complejidad de su propia operación de descentralización, lo que generó perjuicios y una debilidad política potencialmente letal. La magnitud y la ambición mismas del proyecto contenían los gérmenes de su propio fracaso.

En contraste con las anteriores expediciones multitudinarias, la Quinta Cruzada no estuvo dominada por reclutas procedentes del reino de Francia. Eran muchos los grandes potentados franceses que habían abrazado la cruz, entre otros los duques de Borgoña y Brabante, así como los condes de Bar, la Marche y Nevers, este último veterano de las guerras del Languedoc. En el este de Francia y en la Champaña, zonas en las que tradicionalmente había gran entusiasmo por las cruzadas, el reclutamiento se produjo a un ritmo muy dinámico, pese a que en la Champaña resultase difícil realizarlo al verse interferido por una prolongada disputa sucesoria. Algunas pruebas anecdóticas indican que los miembros de todos los sectores de la sociedad abrazaban la cruz en cantidades masivas, tanto en la ciudad como en el campo. No obstante, la aventura albigense y la invasión de Inglaterra por el príncipe Luis entre los años 1216 y 1217 desempeñaron el papel de una ocupación alternativa, incluso para los *crucesignati* que se hallaban a la espera de partir hacia Oriente. Al mismo tiempo, la combinación del amplio y puritano plan de acción de Roberto de Courgon con las implicaciones legales y fiscales de las disposiciones adoptadas por el papa suscitó emociones encontradas, llegando incluso a provocar reacciones de resistencia. Felipe II de Francia y algunos destacados aristócratas pusieron objeciones a lo que consideraban una injerencia del pontífice en las costumbres francesas y una forma de inmiscuirse este en las prohibiciones que pesaban sobre la usura, respaldadas con gran energía por el legado Roberto de Courgon. Odón de Borgoña se opuso a que la iglesia proporcionara un manto protector a los cruzados y a sus propiedades, al hecho de que gozaran de exenciones en el reembolso de sus deudas y a que se hubiera prohibido la concesión de créditos a los judíos. Circulaban rumores que hablaban de la existencia de tensiones entre los señores y la muchedumbre de *crucesignati,* así como quejas de que a los cruzados franceses se les

seguía obligando a pagar impuestos, pese a las anteriores promesas que se les habían hecho en sentido contrario. En marzo de 1215, un acuerdo formal entre Felipe Augusto y el episcopado francés trató de limitar el impacto que tenían las implicaciones fiscales, crediticias y legales de la encíclica *Quia Maior* mediante la eliminación, por ejemplo, de las exenciones fiscales a todos los acusados de crímenes capitales, así como la supresión de ciertos litigios civiles relacionados con las obligaciones contraídas con los señores.[39] Existía el riesgo de que la protección de que disfrutaban los cruzados alterara tanto las obligaciones vinculadas a la posesión de tierras como las de orden económico. La imposición de limitaciones negociadas a los privilegios terminó convirtiéndose en una de las características habituales de la actividad cruzada en el siglo XIII, lo que al parecer constituyó uno de los importantes requisitos previos que necesitó la existencia de una cooperación armoniosa entre la iglesia y el Estado en relación con la intromisión del derecho canónico en la dirección habitual de la vida laica y en los derechos de unos gobiernos cada vez más conscientes de su jurisdicción legal.[40] Con todo, fuera cual fuese la reacción que suscitara su controvertida misión en Francia, Roberto de Courgon, uno de los más destacados intelectuales de la Europa occidental, habría de morir en el pestilente campamento situado a las puertas de Damieta en los últimos días del año 1218 [41] El éxito de la cruzada dependía de miles de compromisos similares.

En Inglaterra, el reclutamiento se vio interrumpido por la guerra civil de los años 1215 a 1217, una guerra en la que algunos de sus protagonistas, además de cierto número de observadores —alentados por la iglesia—, aplicaron los instrumentos y la retórica de la guerra santa.[42] Tras la reconciliación del rey Juan sin Tierra de Inglaterra con el papado en 1213, su gobierno contó con el respaldo que le proporcionó la presencia de una serie de legados del papa. La predicación de la cruz quedaba en manos de un equipo de eruditos: Gualterio, el archidiácono de Londres; Felipe de Oxford, un veterano que había participado en la organización de la Cuarta Cruzada; Juan de Kent; y, después del año 1214, Guillermo de Londres y el deán León de Wells. En marzo de 1215, al abrazar el rey Juan la cruz, la cruzada adquirió la envergadura de un importante gesto político, y de hecho, al morir Juan sin Tierra, su hijo y sucesor, Enri-

que III, habría de seguir el precedente marcado por su padre inmediatamente después de su coronación, en octubre de 1216. Los dos bandos de la guerra civil estuvieron encabezados por *crucesignati,* y si a algunos de ellos se les ofreció la conmutación de sus votos solemnes si decidían combatir por la causa monárquica,* es posible que a otros se les indujera incluso a abrazar la cruz para luchar en favor del rey Juan, un temprano y más bien confuso ejemplo de cómo se aplica a una cruzada un objetivo esencialmente laico y político. Pese a los empeños por lograr lo contrario, en Inglaterra la cruzada no solo no consiguió materializar la reconciliación política, sino que es posible que exacerbara temporalmente las divisiones, ya que un bando trataba de apropiarse de una causa que era común a los dos campos. Únicamente tras el fin de la guerra civil, cuando los potentados de ambos bandos partieron a Oriente, lograron aflorar los aspectos reconciliadores de la cruzada a Tierra Santa. Entre los cruzados que partían, figuraron, entre los años 1218 y 1221, algunos rebeldes, como los condes de Hereford y de Winchester, además del cabecilla insurrecto Roberto FitzWalter, y también monárquicos como el conde de Chester —quien, posiblemente, en su calidad de testamentario del rey Juan sin Tierra, estuviera cumpliendo el voto de asistencia a las cruzadas de su difunto señor— y leales como el capitán Savarico de Mauleón. Los contactos de Savarico con la actividad cruzada ilustran la futilidad de tratar de valorar los motivos y la percepción de los cruzados, y menos aún la rectitud de la institución misma. En 1211, Savarico combatió contra los cruzados de Simón de Monfort en Castelnaudary, y parece haber permutado temporalmente su voto de participación en las cruzadas por la defensa de la causa angevina en Inglaterra en el año 1216, antes de unirse a la Quinta Cruzada en Egipto y de acompañar, finalmente, a Luis VIII en su cruzada al Languedoc de 1226. Savarico, hombre de armas profesional, señor oriundo de la región del Poitou y servidor del rey, parecía sentirse atraído por los oficiales encargados de distribuir la paga y por la respetabilidad. Sus acciones revelan muchas cosas sobre las estrategias cosmopolitas de la aristocra-

* Es decir, la de los barones ingleses, que, enfrentados a Juan sin Tierra, habían aceptado la ayuda del príncipe Luis de Francia, a quien ofrecieron la corona de Inglaterra. ***(N. de los t.)***

cia de la Europa occidental, pero muy pocas acerca de cualquier rasgo de su vida espiritual.[43]

El contingente inglés no carecía de importancia, pero, sin el liderazgo del rey, su estructura estaba falta de cohesión; además, la coordinación de las fechas de partida de sus cabecillas era deficiente. Los grupos, aglutinados en tomo a un señor o en función de sus afinidades regionales, llegaban a Egipto, procedentes de los puertos occidentales, en cada una de las flotillas que partían dos veces al año de los puertos de Occidente. El conde de Chester, que durante un breve período de tiempo tuvo vara alta entre el alto mando de la cruzada, se marchó poco después de la conquista de Damieta, en noviembre de 1219, tras una estancia de dos años, pese a que hacía poco que había llegado al frente el conde de Winchester. Algunos de los participantes, como Felipe de Aubigny, no aparecieron por los mares de Oriente hasta después de que Damieta hubo sido devuelta al sultán, en 1211, mientras que el obispo de Winchester, Pedro des Roches, antiguo y polémico magistrado, no abrazó la cruz sino once días después de que la ciudad hubiera caído, circunstancia que él ignoraba. Durante la campaña de Egipto, la presencia inglesa se hizo notar en repetidas ocasiones.[44] El conde de Arundel desempeñó un destacado papel en los enconados debates que suscitaban las estrategias. Más tarde se señalaría que, después de la conquista de Damieta en 1219, y a fin de honrar la presencia inglesa, se dedicaron dos mezquitas, tras consagrarlas a la confesión cristiana, a los santos ingleses Edmundo el Mártir y Tomás Becket. La nueva iglesia de San Edmundo fue decorada con pinturas murales que representaban la pasión del mártir, frescos realizados por encargo de un caballero inglés, Ricardo de Argentán, quien, durante la expedición, se había vuelto algo así como un experto en las costumbres y las leyendas orientales. Con independencia de cuál fuera su impacto militar, los cruzados ingleses reactivaron un hábito de implicación en las cruzadas de Oriente que se mantuvo vivo durante varias generaciones. Felipe de Aubigny, monárquico y tutor del joven Enrique III, llegó a Damieta en septiembre de 1211 y se vio envuelto en plena evacuación cristiana. Su padre, Rafael de Aubigny, había fallecido en la Tercera Cruzada. En 1228, Felipe volvió a abrazar la cruz y, junto con su sobrino Oliverio y una importante escolta de caballeros, embarcó en dirección a Palestina en el año 1235. Murió en

Jerusalén al año siguiente (en 1229, en cumplimiento de un tratado, la ciudad había sido devuelta a los cristianos), y fue enterrado justo en el exterior de la iglesia del Santo Sepulcro, a la vista, y a los pies, de cuantos visitasen el templo. La losa de la tumba de Felipe, que lleva sus armas, su nombre y la inscripción «Descanse en paz su alma», aún se encuentra allí. Por utilizar las palabras de su coetáneo, el monje de Sant Alban, Mateo París, se trataba de una sepultura por la que «había suspirado largo tiempo en vida».[45]

Este proceso, caracterizado por las partidas poco sistemáticas de los cabecillas, por un liderazgo fragmentado y por una actividad de alistamiento prácticamente permanente, se extendió a Alemania e Italia. Tan pronto como abrazara la cruz, en 1215, animado por el papa, Federico II —rey de Sicilia, además de soberano de Alemania— fue tenido por comandante de la cruzada. En repetidas ocasiones se predijo que partiría a Oriente, y la expectativa de que lo hiciese era constante. En 1215, Inocencio III anunció que la flota principal debía zarpar de los puertos de la Italia meridional. El hecho de que Federico II faltase a su voto de participación, que reiteró al ser coronado emperador en el año 1220, privó a sus súbditos de un punto de referencia en el que anclar su propia implicación. No obstante, dada la naturaleza de sus reinos, así como el papel que desempeñaba la cruzada en la resolución de toda una serie de disputas, tanto locales como nacionales, el retraso de Federico, pese a resultar crucial para la debilidad del liderazgo de la expedición, no fue de importancia capital en relación con la respuesta, excepto en el reino de Sicilia. Allí, la principal contribución se produjo como consecuencia directa del mando de Federico. Cuando resultó patente que no le iba a ser posible viajar a Oriente en un futuro inmediato, el rey despachó a Egipto a Mateo Gentile, conde de Lesina, en el verano de 1220, junto con setenta caballeros y seis galeras, seguidas, un año después, por otra flota capitaneada por el conde Enrique de Malta. No obstante, el envío de estas expediciones se realizó como prueba de buena voluntad, ya que ninguna de ellas pretendía sustituir a la gran fuerza siciliana que habría debido acompañar al propio Federico. En sus tierras alemanas, la indecisión de Federico frenó la implicación activa como *crucesignati* de sus partidarios políticos. Sólo al llegar la primavera del año 1221, tras haber sido coronado emperador en Roma en noviembre de 1220, Federico envió

al duque Luis de Baviera, que era *crucesignatus* desde el año 1215, a fin de que le representase en la campaña de Egipto, que por entonces se hallaba a punto de iniciar su desastrosa fase final. Otros contingentes italianos calcularon el momento de su partida al este en función de las condiciones locales: los de Lucca, Génova y Roma lo hicieron durante el verano y el otoño de 1218, el de Bolonia partió al año siguiente, seguido, en la primavera de 1220, por los de Milán y Venecia.[46]

Esta falta de cohesión quedaba reflejada en el lapso de tiempo que se pasaba en Oriente. Las principales campañas, la de Tierra Santa de los años 1217 a 1218, y la de Egipto, entre 1218 y 1221, duraron en total cuatro años, y sin embargo, el período de tiempo que pasaban como promedio en Oriente los aristócratas, tanto laicos como clérigos, era aproximadamente de un año, según el precedente que había dejado sentado Felipe II de Francia —aunque no así Ricardo I, y menos aún los veteranos de las primeras dos grandes empresas de Oriente—[47] Incluso la expedición en la que embarcaba la única testa coronada de Occidente, el rey Andrés de Hungría, pese a descubrir, en el momento de reunirse en Split, en agosto de 1217, que contaba con un exceso de voluntarios, quedó en nada después de que su cabecilla abandonara Tierra Santa en enero de 1218, a las pocas semanas de haber llegado. Aunque es posible que esta despreocupada indiferencia por los intereses generales de la empresa fuese algo poco habitual, y a pesar de que quizá Andrés fuese un cruzado poco motivado, el hecho de que faltase un poder estable en el frente era una circunstancia característica. Como consecuencia directa de la fragmentaria índole tanto de la congregación de efectivos como del ejercicio del mando, la pasajera fluidez de los actos de prestación de servicios efectuados entre los años 1217 y 1221 no consiguió evitar que la cruzada con mejor dotación económica, más difundida por medio de prédicas y de reclutamiento más profesionalizado de cuantas se habían realizado hasta la fecha se viera en la incapacidad de transformar la popularidad numérica en un logro duradero.

En el verano del año 1217, la fecha límite fijada para la partida, esto era algo que distaba mucho de resultar obvio. A pesar de la inesperada muerte del papa, el 16 de julio de 1216 en Perusa, donde Jaime de Vitry contempló su cadáver, despojado de sus ricas vestiduras por unos ladrones, el impulso de los preparativos apenas disminuyó.[48]

El anciano experto en las finanzas papales, Cencío Savelli, respaldado por su experiencia, su conocimiento de las relaciones fiscales entre la curia y las provincias eclesiásticas, así como por su pasada asociación con Federico II, de quien había sido tutor, fue rápidamente elegido nuevo papa con el nombre de Honorio III. Las disposiciones relacionadas con la cruzada se convirtieron en su principal preocupación. Antes de que hubiera transcurrido un año, se reunieron dos ejércitos en los dos extremos de la cristiandad, esto es, en el Adriático y en el Mar del Norte. En agosto de 1217, los ejércitos del rey Andrés de Hungría y del duque Leopoldo VI de Austria confluyeron en Split, en la Dalmacia. En el contingente del duque Leopoldo, un antiguo *crucesignatus,* figuraban partidarios de los dos bandos de la reciente guerra civil alemana. Por el contrario, el rey Andrés parecía haberse mostrado más reacio, al haberse visto forzado por la presión papal a cumplir el voto de participación en la cruzada que pronunciara su padre, Bela III (fallecido en el año 1196), y su cruzada fue menos un proceso de pacificación que un ejercicio de penitencia. Andrés se había rebelado contra su hermano el rey Emerico (fallecido en el año 1204), otro *crucesignatus,* y en la cruzada le acompañaba un buen número de sus partidarios, procedentes de Eslavonia y de Dalmacia. La suma de sus fuerzas resultó crucial. Pese a que Leopoldo zarpó en dirección a Acre casi inmediatamente, tardando solo 16 días en completar la travesía, Andrés tuvo dificultades para lograr un transporte adecuado para su séquito. El contrato de navegación que había firmado con Venecia, conseguido gracias a la cesión formal de Zadar a la ciudad, preveía la entrega de al menos diez grandes navios, además de un número no especificado de embarcaciones menores, lo que sugiere que se esperaba que viajara con él un complemento militar compuesto quizá por unos mil caballeros y cinco mil infantes. Al final, resultó, en lo que constituía una circunstancia irónica y diametralmente opuesta a la del año 1202, que el número de tropas excedía la inmediata capacidad de transporte de los venecianos. Es posible que los alemanes —que no se hallaban bajo el emparo del acuerdo entre Andrés y los venecianos— hubieran requisado el excedente local de barcos, o también pudo ocurrir que los hubieran ocupado algunos de los demás grupos llegados a Split, entre ellos varios de los procedentes de Francia. Tras haber entrado en Split el 23 de agosto, Andrés no pudo llegar a Acre hasta finales de septiembre. Si hubiera estado

aguardando, lo que no habría sido imposible, a averiguar o conseguir noticias de la inminente llegada de la gran flota del norte, habría quedado muy decepcionado. Con uno de aquellos fallos de coordinación que terminarían por marcar el carácter de la totalidad de la empresa, los cruzados germano-húngaros descubrieron que constituían una avanzadilla aislada de las vastas fuerzas que se congregaban con bastante lentitud en el oeste.[49]

A finales de mayo y primeros de junio de 1217, varias flotillas procedentes de Frisia, los Países Bajos y Renania zarparon de sus puertos base para reunirse, como las que les habían precedido en los años 1147 y 1189, en Dartmouth. Encabezada por Guillermo, conde de Holanda, y por Jorge, conde de Weid, es posible que la flota conjunta, en la que también viajaba el oficial encargado del reclutamiento, Oliverio de Paderbom, estuviera compuesta por un número de naves comprendido entre las doscientas cincuenta y las trescientas unidades, incluyendo en estas cifras numerosas carracas capaces de embarcar a quinientas personas cada una, lo que implica que la fuerza militar contaba con efectivos muy abundantes, quizá con decenas de miles de integrantes.[50] Sus cabecillas parecían considerar que la expedición era parte de un gran proyecto que habría de capitanear, a su debido tiempo, Federico II, pero no hay ninguna indicación de que la empresa contara con ningún tipo de dirección imperial. Durante una breve parada en Dartmouth, la expedición volvió a ajustarse a los precedentes conocidos, ya que organizó algo que venía a ser el equivalente de una comunidad, y en ella se acordaron «nuevas leyes» concebidas para garantizar la calma en el seno del ejército. Pese a que al mismo tiempo se nombró «comendador» al conde de Weid, en su calidad de «jefe del ejército», las decisiones y los desacuerdos posteriores se verificaban más en el marco de la estructura comunal que en el de la esfera de mando. Las nuevas incorporaciones a la flota pasaron a sumarse a esta comuna juramentada, empezando por quienes habían topado con el grueso de la armada frente a las costas de Bretaña a finales de junio de 1217 y terminando por los que habían partido en marzo de 1218 de la ciudad italiana de Civitavecchia y se habían unido al contingente frisio, que había pasado allí el invierno anterior. Pese a que es posible que la comuna proporcionara los medios necesarios para el mantenimiento de la paz y la disciplina en el seno de la flota, no consigui

imponer la unidad política. Tras llegar a Lisboa a finales de junio, después de una tormentosa y difícil travesía por el golfo de Vizcaya, la flota se dividió. El contingente principal, capitaneado por los condes de Weid y de Holanda, aceptó la propuesta de los obispos locales y de los comandantes de las órdenes militares, consistente en atacar la molesta guarnición musulmana de al-Qasr (Alcázar de Sal). Los frisios conducidos por el abad de Werde se negaron a unírseles, e insistieron en que su deber consistía en apresurar la marcha para llegar cuanto a antes a Tierra Santa, añadiendo que, en cualquier caso, Inocencio III había rehusado apoyar ese tipo de campañas en el Concilio de Letrán. Tras zarpar de Lisboa el 28 de julio de 1217, los aproximadamente ochenta navios frisios penetraron en el Mediterráneo y, ciñéndose a su costa septentrional, invernaron finalmente en Civitavecchia, donde disfrutaron de la protección del papa. Mientras tanto, los condes, que posiblemente viajaban con una flota de más de 160 barcos, contribuyeron al costoso cerco impuesto a la ciudad de al-Qasr, que cayó el 21 de octubre. Tal como había ocurrido en 1147 y 1189, el esfuerzo de este acto de vigoroso auxilio fraterno constituyó a los ojos de algunos de quienes participaron en él una adecuada prestación de servicios, así que se las arreglaron para obtener la absolución de sus votos como cruzados. El resto del contingente permaneció en Lisboa hasta marzo de 1218, para después poner rumbo a Acre. Entre finales de abril y principios de mayo llegaron a Tierra Santa los distintos elementos supervivientes de la gran flota que se había reunido en Dartmouth prácticamente un año antes. Un año en el que los viajes entre el Mar del Norte y Palestina repitieron las prácticas establecidas durante la Segunda y la Tercera cruzadas. Y tal como sucediera con esas campañas anteriores, esta flota del norte habría de descubrir que, bien por accidente o a propósito, había sincronizado su llegada de manera que coincidiese con la acción más importante de la cruzada.

Guerra en Oriente

En 1215, en el Cuarto Concilio Lateranense, se había tomado la decisión de atacar Egipto.[51] A diferencia de lo que pasaba entre los años 1201 y 1202, ahora no había necesidad de secretismo, ya que,

al parecer, la nueva ortodoxia estratégica estaba bien consolidada y gozaba de amplia aceptación. Las operaciones preparatorias que los recién llegados alemanes y húngaros habían desarrollado en el norte de Palestina entre finales del otoño y principios del invierno del año 1217 no solo proporcionaron tarea a las agitadas tropas occidentales sin provocar ningún serio contraataque por parte de Al Muazzam de Damasco, también aportaron los suministros de alimentos que la ciudad de Acre necesitaba desesperadamente, y cierto incremento de la seguridad en el enclave franco. Partiendo de su campamento, situado al sur de Acre, los cruzados —que ponían buen cuidado en evitar una batalla campal con las fuerzas ayubitas locales— realizaron un paseo militar a lo largo del río Jordán y dieron la vuelta al mar de Galilea, acciones seguidas, en diciembre, por dos infructuosos asaltos a la fortaleza musulmana del monte Tabor, la plaza que en 1213 había proporcionado un *casus belli* al papa Inocencio III. La posterior incursión en los montes del Líbano, protagonizada por una facción disidente integrada por quinientos húngaros, terminó en desastre. No obstante, con el año nuevo, los cruzados añadieron al éxito de la anterior expedición, efectuada con el fin de conseguir víveres, el nuevo fortalecimiento de dos enlaces vitales con la ruta del sur: el del castillo templario de Athlit, también conocido como Castillo Peregrino, al sur de Haifa (hoy convertido en emplazamiento de una base naval israelí), y el de Cesárea. Pese a que esto no hacía presagiar que fuera a producirse un inmediato avance sobre Jerusalén, la recuperación de estos baluartes no solo presionaba a los estrategas musulmanes, sino que también brindaba protección a Acre. Es posible que estas maniobras desempeñaran igualmente un papel en la alianza establecida con Kay Kavus, el sultán selyúcida de Rum,* que había invadido el norte de Siria y atacado Alepo en el año 1218. Dados los planes que tenían los occidentales en Egipto, estas distracciones sirias resultaron extremadamente útiles para alargar la duración de los recursos y para obligar a decidir a la familia y a los aliados del sultán al-Adil, que controlaban la Siria y la Palestina musulmanas, a optar entre una incómoda cooperación o la rivalidad.

* Nombre que daban los antiguos musulmanes a Anatolia, por haber pertenecido a los bizantinos, herederos de los romanos o rumies. (A. *de los t.)*

La sensación de que se estaba ante una estrategia minuciosamente preparada se vio reforzada en los primeros meses del año 1218. Es posible que incluso la precipitada partida de Acre de Andrés de Hungría, acompañado por muchos de sus seguidores húngaros, en enero de 1218, haya desempeñado un papel secundario. Procediendo en esto de un modo poco habitual, viajó al oeste por tierra, dedicándose a dar dinero a los castillos de la Siria septentrional, a concertar matrimonios para sus hijos con princesas armenias y griegas, y probablemente también a pasar por territorio selyúcida.[52] Es muy posible que este insólito itinerario respondiera asimismo a un objetivo diplomático de carácter secundario: el de contribuir a los refuerzos que sostenían el remoto flanco norte del bando cruzado. No habría tenido sentido permitir que Acre o Antioquía fuesen atacadas mientras el grueso de los ejércitos combatía en el delta del Nilo. No cabe duda alguna de que se había planeado que el ataque a Egipto se produjese en estas fechas, ya que tan pronto como llegaron las flotas del norte, a finales de la primavera, se lanzó el asalto. Cuando los comandantes de las distintas flotas se reunieron con el duque de Austria y con los jefes locales de las órdenes militares y los estamentos laico y clerical, el apoyo concedido a la campaña de Egipto fue unánime, según Jaime de Vitry, que había asistido al encuentro. La única duda que asaltaba al rey de Jerusalén, Juan de Brienne, estribaba en determinar si los cruzados debían poner rumbo a Alejandría o a Damieta. Dado que en ultramar el consenso general la consideraba «la llave de Egipto», la elección recayó en Damieta.[53] A finales de mayo, los cruzados habían establecido una cabeza de puente en la orilla izquierda del Nilo, frente a Damieta, y comenzado a poner a prueba las formidables defensas de la ciudad. A lo largo de los tres años y medio siguientes, esta angosta región habitualmente anegada de agua y compuesta por esteros, marismas, canales y ríos, polarizó la atención de los miles de individuos que se unían a la cruzada después de llegar de Occidente, dando así pie a la más larga campaña estacionaria de la historia de las cruzadas en Oriente.

Damieta, asentada entre depósitos de sedimentos, lagunas, bancos de arena, dunas y bajíos de lodo, en la desembocadura del principal estuario oriental del Nilo, era, según los criterios vigentes entonces en Oriente Próximo, un puerto de tamaño relativamente

pequeño, cuya población ascendía quizá a sesenta mil individuos, es decir, menor que Alejandría, y de dimensiones muy inferiores a las de El Cairo. Con todo, dada su importancia estratégica, puesto que venía a proteger una de las principales rutas de acceso a El Cairo, estaba bien fortificada con murallas y resguardada por canales y cauces fluviales.

La guerra que se libró por conquistar Damieta pasó por cuatro fases. Tras los desembarcos iniciales de finales de mayo de 1218 y la instalación de un campamento enfrente de Damieta, una serie de intensos ataques condujo, el 24 de agosto de 1218, a la toma de la llamada Torre de Cadenas, ubicada en el Nilo, en medio del brazo fluvial que separaba el campamento de los cruzados de la ciudad. Una sucesión de esfuerzos cada vez más desesperados por consolidar la posición en la orilla derecha del río, así como unas cuantas acciones infructuosas contra los muros de la ciudad, desembocaron, en febrero de 1219, en la imposición de un cerco total a la plaza, sitio que se produjo por las mismas fechas en que el nuevo sultán, al-Kamil, abandonaba su campamento de al-Adilyah. A lo largo del verano de 1219, y a pesar de algunos serios reveses, los cruzados mantuvieron sus posiciones. En ese momento llegó Francisco de Asís al campamento cruzado.[54] Tras predecir acertadamente que los cruzados no lograrían desalojar a los musulmanes de su campamento de Fariskur, le fue concedido, a regañadientes, permiso para atravesar las líneas enemigas con la desesperada misión de tratar de convertir al sultán. Bastante tuvo Francisco con lograr escapar con vida. La incomparecencia de los refuerzos ayubitas, junto con las condiciones cada vez más duras que reinaban en el interior de la ciudad y el consiguiente descuido de la defensa, dieron como resultado la caída de la plaza en noviembre de 1219. El vecino puerto de Tinis fue tomado poco después. La tercera fase asistió a un largo y curioso período de 21 meses de crispada diplomacia y de falsa guerra, un período durante el cual los dirigentes cruzados se pelearon en su afán de decidir cuál había de ser la mejor estrategia a seguir. La disyuntiva se planteaba entre la posibilidad de aceptar los términos de paz de los musulmanes, según prefería el rey Juan de Jerusalén, y la opción de avanzar en masa hasta conquistar El Cairo, política que respaldaba el cada vez más enérgico cardenal Pelagio. Sobre el telón de fondo contra el que se recortaban estos desacuer-

dos se perfilaban las periódicas partidas de los cruzados, unas partidas que las nuevas incorporaciones no conseguían compensar. El hecho de que Federico II no terminase de hacer honor a su compromiso de unirse a la campaña de Egipto exacerbó la ya creciente impaciencia generada por la inacción. El acto final quedaría rubricado con una marcha fallida sobre El Cairo en agosto de 1221 y con la evacuación cristiana de Damieta al mes siguiente. Pese a que unos cuantos cruzados permanecieron en sus puestos para contribuir a la defensa de ultramar, y aunque un goteo de nuevos reclutas seguía viajando a Oriente, la rendición de Damieta señaló el final de la acción más importante de la cruzada. Las menos nutridas expediciones del año 1227, así como la de Federico II en 1228, constituyeron una especie de fin de fiesta del empeño de Damieta, aunque también establecieron una pauta de actuación marcada por la continua afluencia de pequeños contingentes de apoyo militar a ultramar, situación que habría de caracterizar el resto del siglo XIII, salvo por la excepción de la cruzada francesa de los años 1248 a 1250.

La campaña de Damieta del período comprendido entre 1218 y 1221 giró en tomo a problemas de liderazgo, de aportación de refuerzos, y de cuestiones tecnológicas y diplomáticas. El hecho de que la conquista de Damieta se retrasara suscitó interrogantes relacionados con la concepción central de la estrategia egipcia. ¿Se encontraban allí los cruzados para conquistar Egipto o para obligar al espantado sultán ayubita a devolver el reino de Jerusalén? La totalidad de las particularidades clave de la operación guardaban algún tipo de relación con este asunto. ¿Quién determinaba los objetivos de la cruzada? ¿Contaban las huestes occidentales con la pericia técnica necesaria para realizar con éxito una campaña en el delta y lanzar un ataque victorioso contra El Cairo? ¿Tenían las suficientes tropas sobre el terreno para conseguir y conservar una conquista como esa? ¿En qué medida podía la negociación con los ayubitas, o con otras potencias de Oriente Próximo, garantizar la seguridad de una Jerusalén ya en manos cristianas? Al final, ninguna de las respuestas a estas preguntas resultó satisfactoria para los cruzados. El hecho de que el esfuerzo se mantuviera durante tanto tiempo, pese a la obtención de tan modestas ganancias materiales, dice mucho en favor del entusiasmo y los niveles de compromiso que se habían suscitado a lo largo de la campaña de reclutamiento.

El problema del liderazgo se planteó tan pronto como la vanguardia de la flota cruzada llegó a aguas egipcias, el 27 de mayo de 1218. En ausencia de la mayoría de los más importantes capitanes, que se habían visto retrasados por vientos contrarios, los cruzados decidieron que debería ser el conde Simón de Saarbrücken quien dirigiera el desembarco y el establecimiento de un campamento en la orilla oeste del Nilo, frente a Damieta.[55] Esta medida, surgida como consecuencia de la inmediata necesidad militar, era únicamente temporal, y probablemente reflejara la circunstancia de que la tripulación de los barcos que integraban la flota de vanguardia estuviera compuesta por cruzados renanos. Una vez que se hubo reunido la totalidad del ejército, se eligió como cabecilla de las huestes, «con el acuerdo de todos» *(par accort de toz),*[56] a Juan de Brienne, rey de Jerusalén. Pese a que más tarde sus partidarios proclamaron que también se le había prometido que habría de gobernar cuantos territorios conquistase, su posición le otorgaba un dominio considerablemente inferior al que Ricardo I, e incluso Conrado III, tuvieran en campañas anteriores. El liderazgo de Juan debía más a la conveniencia militar que al reconocimiento de su autoridad política. Era improbable que los señores occidentales estuvieran dispuestos a aceptar sus órdenes incondicionalmente, entre otras razones por los nada desdeñables motivos de que ellos capitaneaban a su vez sus propios contingentes y de que muchos se hallaban atados a sus señores por estrechos vínculos de carácter regional, terrateniente o familiar. El papado, personificado en el legado Pelagio, el cardenal obispo de Albano que había llegado en septiembre de 1218, exigía su cuota de influencia, respaldado en su iniciativa por las significativas sumas económicas que había obtenido con los impuestos clericales, las redenciones y las donaciones del año 1215. El hecho de que el control de esos fondos se hallara en sus manos dotaba al legado de un gran poder efectivo. Oliverio de Paderbom dejó constancia de haber utilizado, al menos en dos ocasiones, los fondos centrales: en mayo de 1219 para auxiliar a los pisanos, los genoveses y los venecianos a sacar adelante su asalto a los muros de Damieta; y en 1220, al contratar tropas francesas y alemanas para que se unieran a su séquito.[57] Un asiento contable del papado, cuya fecha es del año 1220, consigna que la cámara del papa (esto es, sus arcas) había realizado, a expensas del impuesto de 1215, pagos a

Pelagio por un montante muy superior a los 35.000 marcos de plata, a lo que añade el abono de más de 25.000 onzas de oro.[58] Este papel capital en la administración de fondos, junto con su supuesta arrogancia e imperiosa seguridad en sí mismo catapultó a Pelagio y le llevó a desempeñar un papel clave en las decisiones tácticas de un ejército cuyos reclutas laicos se encontraban continuamente cortos de efectivo.

La posición del propio rey Juan era escasamente segura. Juan de Brienne, un aristócrata de la Champaña, se había labrado una carrera por sí mismo gracias a las útiles funciones militares que había desempeñado en puestos encumbrados. No obstante, pese a haber disfrutado de un buen número de oportunidades de oro, fracasó repetidas veces, debido a una falta de perspicacia política o de buena fortuna, en el intento de aplicar sus talentos a la posesión de un trono propio. Había llegado a Palestina en 1210 y se había casado con la reina María, hija de Conrado de Montferrat e Isabel I. Su esposa había fallecido en 1212, dejando a Juan en la situación técnica de regente de su hija, aún infanta, Isabel II. Juan volvió a casarse, esta vez con una princesa armenia, hija del rey León II (fallecido en el año 1219), a través de la cual, y en nombre de su hijo, Juan reclamó el trono de Armenia. El proyecto se vino abajo al morir su mujer y su hijo en Acre en 1220, muy poco tiempo después de que Juan hubiera abandonado el ejército cruzado de Egipto para trabajar en la consecución de su herencia armenia.™ En 1225, al casarse Isabel II con Federico II, Juan perdió incluso su posición en Jerusalén; luego se dedicó a hacer campaña en Italia en favor del papa y, finalmente, actuó como regente de Balduino II y compartió el poder con el emperador del imperiolatino de Constantinopla. La vulnerabilidad política del rey Juan quedó de manifiesto con el liderazgo colectivo de la cruzada, cuyos integrantes cambiaban constantemente. Esto se debía por una parte a la composición de la expedición, y por otra al modo en que esta se regía. El hecho de que se insistiera en que las decisiones hubieran de tomarse colectivamente podía implicar, como había sucedido durante la Cuarta Cruzada, que las huestes quedaran organizadas al modo de una vasta comunidad militar. Si el crucial debate mantenido a lo largo de la primavera del año 1220 respecto a si debía avanzarse o no sobre Damieta para lanzar un ataque contra la ciudad de El Cairo tuvo el desenlace que tuvo —con-

tra el parecer del cardenal Pelagio, del arzobispo de Milán y de otras lumbreras— fue porque se impuso la opinión de los caballeros, no el criterio de los jefes militares, que se hallaban divididos.[60] Los cruzados no modificaron su postura. En julio de 1221, en Sharamsah, el grueso de los cruzados rechazó el consejo de Juan de Brienne, que les sugería la retirada.[61] Tal como había sucedido en todas las grandes cruzadas anteriores, las decisiones del alto mando debían superar el minucioso y crítico examen a que las sometía la opinión general de sus tropas, lo que representa un proceder poco habitual en las prácticas de guerra normales de los militares occidentales de la época. La falta de cohesión política, la retórica de una prestación de servicio voluntaria y la realidad de las normas de disciplina de unas comunidades juramentadas generaron un sólido clima de participación que, para los dirigentes, resultaba en ocasiones incómodo e impredecible.

La promesa de que habría de aparecer Federico II lo eclipsaba todo. Era una promesa que se había difundido desde el momento en que llegaron los alemanes, entre los años 1217y 1218, y que se mantuvo luego, a partir del instante en el que se presentó Pelagio —en el otoño de 1218— hasta la aparición de Mateo de Lesina entre 1220 y 1221. Era asimismo una promesa que el papa acostumbraba a reiterar periódicamente y cuyo cumplimiento deseaban los cruzados con todo fervor. Federico, pese a no ser aún el personaje en que habría de convertirse, una figura de ambición exorbitante y entregada a la promoción de su propia aura, parecía representar, respaldado por su patrimonio de Sicilia y Alemania, así como por la dignidad imperial, un nuevo orden laico en la cristiandad, aliado, por el momento, con el papado. Se atribuía a su llegada una dimensión totémica que alentaba ideas de optimismo y de éxito. En palabras de Pedro de Montague, maestre de la orden de los Templarios, «hacía tiempo que se esperaba» al emperador.[62] Incluso en fecha tan tardía como la del año 1221, uno de los argumentos de peso que se oponían a la aceptación de lo que en apariencia eran unos términos de paz generosos era el hecho de que Federico hubiera prohibido que se llegase a ningún acuerdo antes de su llegada.[63] No existía ninguna figura laica que pudiera sustituirle, ni siquiera la de sus representantes, que hicieron acto de presencia en los años 1220 y 1221. La ausencia de Federico desestabilizaba las consideraciones tácticas y

los planes estratégicos. El cardenal Pelagio, que representaba a la otra potencia universal, tenía la poco envidiable tarea de tratar de mantener activa la cruzada hasta que el emperador estuviese listo para unirse a ella.

El ritmo de las partidas y llegadas a Tierra Santa hizo que su labor resultase considerablemente más difícil. La regularidad de las dos travesías anuales, así como el número de naves y de cruzados que se desplazaban, constituye un notable testimonio del grado de desarrollo que habían alcanzado a lo largo del siglo XII la navegación y las rutas comerciales del Mediterráneo. Sin embargo, estos avances contribuyeron poco a la eficacia de la campaña militar. Uno de los elementos clave de las anteriores expediciones cruzadas de larga duración había sido la aparición de un *esprit de corps* fundado más en el hecho de compartir unos mismos intereses que en el de tener unos orígenes comunes —así había sucedido en las campañas de 1097 a 1099, 1191 a 1192, y 1203 a 1204—. Mientras duraron las operaciones efectuadas en torno a la ciudad de Damieta, desde mayo de 1218 a septiembre de 1221, el ejército cruzado se vio privado de una dirección coherente por la muerte o por la partida de sus efectivos. No hubo un solo gran señor occidental que permaneciera en el delta del Nilo durante el transcurso íntegro de la guerra. Oliverio de Paderborn fue uno de los muy escasos clérigos de relieve que se constituyó en excepción a esta regla. A diferencia de lo ocurrido en la Tercera Cruzada, los barones de ultramar, el clero y los maestres de las órdenes militares pasaban significativos períodos de tiempo lejos del frente. Por sí sola, la ininterrumpida presencia de Pelagio, que como hemos dicho se hallaba en Tierra Santa desde el otoño de 1218, incrementó la influencia de que disfrutaba. La contribución de cada contingente recién arribado quedaba contrarrestada por la partida de otros barcos.[64] Pocos parecían resignarse a permanecer en la brecha hasta que se culminase la campaña egipcia o se reconquistase Jerusalén. Tal como había ocurrido durante las guerras albigenses, los *crucesignati* parecían creer que bastaba con prestar únicamente un restringido servicio activo a la causa de la cruz para merecer la indulgencia. Pese a que la encíclica *Quia Maior* y el decreto conciliar *Ad Liberandam* indicaban que Inocencio III preveía que la campaña se prolongaría por espacio de tres o más años, en ninguno de los dos documentos se esta-

blecía que el disfrute de la indulgencia plenaria estuviera condicionado a ninguna limitación de tiempo. La naturaleza temporal del compromiso de los cruzados ejercía un poderoso influjo. Ni siquiera las amenazas de excomunión del legado conseguían evitar que algunos, como el conde de Katzenellenbogen en 1220, desertaran.[65] En octubre de 1218, las noticias de que los cruzados se marchaban animaron a los musulmanes a atacar el campamento cristiano. Más tarde, la presión ejercida a fin de mantener *in situ* el mayor número de tropas posible incitó a Pelagio, entre los años 1220 y 1221, a argumentar en favor de una política más agresiva. Detenidos los combates y desaparecida la perspectiva de obtener un botín o de alcanzar el éxito, la opción de permanecer indefinidamente a la espera en Damieta difícilmente podía resultar atractiva o sostenible. Igual perjuicio causaba el incesante ir y venir de llegadas y partidas, ya que esta situación consolidaba las divisiones regionales, nacionales y sociales que habían dominado los debates públicos y privados relacionados con el curso que debía seguir la campaña, una desunión alimentada por la ausencia de un único cabecilla aceptado por todos.

La tecnología tuvo un papel capital en la campaña de Egipto. Los testigos oculares anotaban la circunstancia de que los nuevos cruzados hubieran traído con ellos máquinas de asedio, tal como había ocurrido durante el cerco impuesto a la ciudad de Acre en la Tercera Cruzada. Aparte de la competición que mantenían ambos bandos con sus artilugios para lanzar proyectiles, buena parte de los combates vino determinada por los respectivos méritos de la ingeniería bélica de los atacantes y los defensores, ya que los choques tuvieron como escenario las bocas del Nilo que rodeaban la ciudad de Damieta, y posteriormente, durante el verano del año 1221, se desarrollaron corriente arriba, en dirección a El Cairo. En un entorno en el que la agresión militar estaba trufada de albures, dado que casi invariablemente exigía atravesar ríos y canales, el agua resultaba alternativamente un elemento de protección y de perjuicio. El primer gran obstáculo, la Torre de Cadenas, de 21 metros de altura, situada en el Nilo, entre Damieta y el campamento cruzado, se hallaba separado de la orilla izquierda, en manos de los cristianos, por un estrecho cauce fluvial. Entre la torre y los muros de la ciudad se extendía una cadena que, recuperada por Saladino, tenía la misión

de evitar el paso del tráfico fluvial no deseado que quisiera remontar el Nilo. Esta torre no logró controlarse hasta agosto de 1218, gracias a una compleja fortaleza flotante concebida por el propio Oliverio de Paderborn.[66] Pese a haber sido costeada y construida por los alemanes y los frisios, el ingenio —una plataforma fortificada dotada de escalas de asalto y suspendida sobre dos grandes naves amarradas con cabos— se asemejaba a los artefactos que habían armado los venecianos frente a las murallas de Constantinopla en el año 1204. Es posible que se hallaran por los alrededores unos cuantos expertos marítimos de Venecia, que probablemente se quedaron en Oriente para hacer nuevos clientes cuando Andrés de Hungría decidió regresar a casa por tierra.

El dispositivo de Oliverio se hizo necesario porque no era posible someter por inanición a la guarnición de trescientos soldados que custodiaba la Torre de Cadenas, ya que desde Damieta se aprovisionaba a la torre mediante un puente construido con embarcaciones. Río arriba, otro puente de pontones protegía al campamento ayubita de al-Adilyah, al sur de la ciudad, además de permitir que los musulmanes atacaran las posiciones que mantenían los cruzados al otro lado del río. Este puente se convirtió en el polo en el que convergieron las operaciones de ambos bandos, lo que dio lugar a una de las proezas de ingeniería más notables de la campaña. Para burlar el puente, los cruzados dragaron y agrandaron el canal de al-Azraq, que se extendía varios kilómetros y unía la costa del Mediterráneo con el Nilo al sur del campamento cristiano y aguas arriba de las defensas musulmanas, a las que ahora se habían añadido los cascos hundidos de unas cuantas naves en el principal brazo fluvial.[67] Se tardó un mes en ensanchar el canal. Cualquier ventaja inmediata que hubiera podido conseguirse quedó desbaratada a finales de noviembre por una devastadora tormenta y por un golpe de mar que lo inundó todo y a punto estuvo de tragarse a los dos campamentos enemigos, episodio al que siguió además una epidemia, posiblemente de escorbuto. Es posible que el total de víctimas cristianas se elevara a un veinte por 100 de las fuerzas presentes.[68] No obstante, tras un crudo e inestable invierno, los esfuerzos de ingeniería realizados durante el otoño anterior contribuyeron a facilitar, en febrero de 1219, la ocupación del campamento ayubita situado en la orilla derecha del Nilo, aunque el campamento había sido aban-

donado como consecuencia de una tentativa de golpe de mano contra el nuevo sultán al-Kamil.[69]

A partir de ese momento, la falta de una adecuada capacidad tecnológica debilitó primero los intentos de conquista de la ciudad que realizaron los cruzados a lo largo del verano de 1219, y más tarde, durante la marcha de avance hacia el sur que se efectuó en los meses de julio y agosto de 1221, colocó a las huestes occidentales en una fatal situación de desventaja. La falta de brazos, exacerbada por la partida en la primavera de 1219 de Leopoldo de Austria, al que imitarían otros muchos en el otoño siguiente, resultó determinante. Estas ausencias dejaron a los cruzados en situación de inferioridad numérica, de manera que los cristianos quedaron sin capacidad para lanzar ataques. La fuerza física, humana o animal, proporcionaba toda la energía de la que dependía el ejército, papel que en siglos muy posteriores habrían de asumir la pólvora, la gasolina y la electricidad. De las técnicas artesanales que se hallaban bien representadas en todas las expediciones cruzadas, sobresalían las del carpintero. En febrero de 1219, Juan de Brienne envió a uno de los suyos, Auberto el Carpintero, a reconocer el desierto campamento ayubita.[70] Tanto en tierra como en el mar, las tecnologías de la madera ocuparon un lugar central en las guerras medievales. El delta del Nilo presentaba problemas peculiares, entre ellos, el nada desdeñable de la falta de troncos adecuados en la zona, extremo que Inocencio III reconoció al tratar de prohibir en 1213 y 1215 que Occidente realizara exportaciones de madera o de barcos a Egipto. A partir del invierno de 1218a 1219, ya pesar de que lograron mantener el bloqueo impuesto a la plaza de Damieta tras cercar la ciudad en febrero, los cruzados no hicieron progreso alguno y únicamente fueron capaces, a duras penas, de resistir los contraataques del sultán al-Kamil, que ahora se había acantonado más al sur. Al final, el bloqueo tuvo éxito, y la ciudad, al verse reducida por inanición, disminuyó la resistencia y dejó sin guardia una parte de la muralla, lo que determinó su capitulación en noviembre de 1219. Los musulmanes habían evitado deliberadamente que interviniera en la acción el grueso principal de sus fuerzas. Cuando finalmente se implicaron en la contienda, casi dos años después, salieron a la luz las limitaciones tecnológicas de los cruzados. Carecían de un número suficiente de barcazas de fondo plano para transportar al principal

contingente del ejército, y por consiguiente se vieron obligados a mantener la precariedad de los enlaces que unían al ejército de tierra con muchos de sus dirigentes, entre ellos el legado, ya que estos se hallaban a bordo de las naves. Esta forma de guerra anfibia superaba la experiencia de muchos de los que intervenían en la acción, así que la partida de los frisios y los holandeses, producida a lo largo de los dos años anteriores, se hacía sentir de modo muy agudo. La ausencia de las destrezas precisas y en número suficiente permitió que la capacidad táctica de los egipcios superara a la de los cruzados. Utilizando los poco profundos canales laterales, los musulmanes cortaron las comunicaciones que unían a los cristianos con la base de operaciones que estos tenían en Damieta, y una vez que los cristianos se adentraron más al sur, penetrando en el corazón del Delta, más allá de Sharamsah, a finales de julio de 1221, pusieron en peligro toda posibilidad de repliegue de los occidentales.[71]

Con todo, estos problemas de liderazgo, fuerza de trabajo y tecnología no evitaron que la cruzada supusiera una amenaza para la supervivencia del imperio ayubita, aunque solo fuese —claro que con significado muy especial— a los ojos de los defensores egipcios. Su desasosiego explica que se emprendiera una política de contención militar y de apaciguamiento diplomático, una política que, a diferencia de lo ocurrido en el caso de las negociaciones que habían mantenido en tomo a Palestina Ricardo Corazón de León y Saladino entre los años 1191 y 1192, supuso un estrepitoso fracaso, ya que no logró que los cristianos se implicaran en ella. En esta falta de implicación, de la que tradicionalmente se ha solido echar la culpa a la miope tozudez del cardenal Pelagio, son muchos los que ven la causa del descalabro de la cruzada. En realidad, los objetivos de cada uno de los bandos eran incompatibles. La frágil unidad del imperio ayubita se había visto seriamente conmocionada tras la muerte del sultán al-Adil, ocurrida en agosto del año 1218, justo después de la caída de la Torre de Cadenas.[72] A partir de ese momento, ninguno de los hijos y sobrinos del sultán que proclamaban tener derecho a la sucesión tenía posibilidades realistas de entregar a los cristianos el control de Palestina, y menos aún el dominio de la Ciudad Santa de Jerusalén, con lo que todos estos ofrecimientos tenían tantas limitaciones territoriales que resultaban poco convincentes. La debilidad militar de los ayubitas, puesta de manifiesto

por el ataque simultáneo que efectuaron los cruzados contra Egipto y los selyúcidas contra Alepo en el año 1218, impuso a las dinastías rivales una unidad temporal dictada por sus intereses egoístas. Hallándose en situación de grave apuro, al-Kamil, hijo y sucesor de al-Adil en Egipto, recibió la vital ayuda de su hermano Al Muazzam de Damasco. Al Muazzam hizo campaña en Egipto en los años 1219 y 1221 y lanzó una serie de ataques contra las posiciones francas en Siria, reconquistando Cesárea a finales de 1219 y amenazando Acre y Castillo Peregrino en 1220. Con todo, no estaba en modo alguno claro que al-Kamil ejerciera o no sobre Palestina un control suficiente como para poder materializar cualquier promesa que pudiese hacer en el sentido de restituir Jerusalén a los cristianos. Es posible que los francos tuviesen conocimiento de esta circunstancia. La vacuidad de toda devolución negociada de Jerusalén quedó de manifiesto cuando Al Muazzam desmanteló sus murallas en el año 1219 y ordenó una nueva demolición en la ciudad en 1220.[73]

La percepción de la amenaza que representaban los cruzados era suficientemente real. El hecho de que la lucha se hubiera extendido a Egipto había asestado un duro golpe a la moral musulmana y constituyó por tanto un elemento favorable clave para los ayubitas, cuyo poder había venido fundándose en su capacidad para unir y proteger al islam de los invasores infieles. Al-Adil había evitado cuidadosamente correr el riesgo de una confrontación directa o de una batalla campal. Al-Kamil no tuvo más remedio que asumir el choque, debido especialmente a que, al menos en una ocasión, a principios de 1219, un fallido golpe de mano en el que había intervenido otro de sus hermanos, al-Faiz, había amenazado su propia posición. Esto hizo que al-Kamil abandonase el campamento del frente de al-Adilyah en febrero de 1219 y que reagrupase sus fuerzas más al sur. Tal como la prolongada incapacidad de los cruzados para rentabilizar la capitulación de la Torre de Cadenas había socavado su moral entre los años 1218 y 1219, también la impotencia de sus oponentes para expulsarles de suelo egipcio sometió a gran tensión los recursos logísticos, militares, defensivos y económicos de los egipcios. La mera presencia de los cruzados en el delta del Nilo, respaldada por flotas procedentes de cierto número de ciudades comerciales italianas, suponía una amenaza mucho más cierta para la inmensamente lucrativa actividad mercantil de Egipto que las ilusas prohibiciones que el papa

imponía a los intercambios. Al-Kamil, tras reorganizar su ejército a principios de 1219, tuvo que recurrir a decretar que se aumentaran los impuestos a los coptos y a otras comunidades cristianas. En el año 1219, la inquietud del sultán respecto a la amenaza militar le llevó a consagrar su atención a las fortificaciones de la propia ciudad de El Cairo. Dos años más tarde, la noticia de que se avecinaba el tanto tiempo esperado avance de los cruzados sobre El Cairo provocó el pánico.[74] Algunos miembros de la élite política trataron de congraciarse con los cristianos que se hallaban cautivos en El Cairo como medio para garantizarse cierta seguridad en caso de una victoria de los cruzados. El sultán anunció una llamada a filas general, probablemente con la doble intención de vigorizar la moral y de dotarse de una eficaz fuerza militar adicional. Se evacuaron tanto la ciudad nueva de El Cairo como la vieja. La dominación ayubita había sido consecuencia de los intentos francos de lograr la ocupación de Egipto, ya que las tropas francas se habían acantonado en El Cairo y en Alejandría en el año 1167, y más tarde, en 1168, habían puesto cerco a la ciudad de El Cairo. La dinastía ayubita temía que su predominio pudiera terminarse del mismo modo. Es posible que el número total de soldados cruzados —que en su punto culminante, producido en el año 1218, quizá hubiera alcanzado la cifra de treinta mil hombres aptos para el combate y que con posterioridad fue disminuyendo gradualmente, aunque de manera irregular (elevándose la tasa de víctimas, entre los cabecillas, en tomo a una tercera parte de esos efectivos)— nunca llegó a ser el adecuado para lograr o conservar tal conquista. Con todo, existía la clara posibilidad de que se concretara la amenaza planteada a la estabilidad política, y también la perspectiva de que retomara el caos generado por la disputa entre las facciones que había presidido los últimos días de la dinastía fatimita. Según Oliverio de Paderbom, cuyas cifras son extraordinariamente precisas y se basan posiblemente en las estimaciones oficiales de la época, el ejército que partió en dirección a El Cairo en julio de 1221 estaba compuesto por la modesta cantidad de mil doscientos caballeros y cuatro mil arqueros, con una flota de seiscientas naves de diversos tamaños. A esto hay que sumarle una cantidad no especificada, integrada quizá por unos cuantos miles de hombres, de tropas auxiliares de caballería, como los lanceros turco-griegos y la infantería.[75] Es poco probable que esta fuerza haya sido capaz de someter

a la ciudad de El Cairo a un serio bloqueo, incluso en el caso de que el ejército hubiera utilizado la madera de sus barcos para construir máquinas de asedio. No obstante, para al-Kamil el peligro procedía de la titubeante lealtad de sus emires y de los *askars* (o guardias militares profesionales de las casas nobles), tanto suyos como de los emires. El hecho de librar una guerra prolongada en suelo propio negaba a los participantes muchas de las oportunidades de lograr botín o beneficios, y sometía a tensión el sistema militar que sustentaba la autoridad política ayubita. Sucedió que los cruzados recibieron algo de ayuda local, gracias a la intervención, entre otros grupos —según Oliverio de Paderbom—, de «una gran multitud de beduinos», resentidos por la exacción fiscal de los advenedizos ayubitas.[76] El temor a estas disensiones internas, exacerbado por el fallido intento de golpe de mano de febrero de 1219, incitó a al-Kamil, al menos en dos ocasiones, a realizar una oferta que creyó que tal vez los cruzados juzgaran aceptable: la devolución de Jerusalén a cambio de retirar sus fuerzas de su territorio.

La primera oferta se produjo después de que al-Kamil hubiese logrado rechazar con éxito el ataque cruzado contra su campamento de Fariskur a finales de agosto de 1219, una vez que hubo quedado claro que era improbable que se diera una rápida solución militar. El empeoramiento de las condiciones en ambos campamentos, así como en Damieta, la incapacidad de cada uno de los bandos para asentar una clara ventaja militar y las tensiones existentes en el seno de las dos esferas de mando indicaban que el planteamiento de un arreglo negociado tal vez encontrara oídos bien dispuestos. El hecho de que Francisco de Asís interviniese en este preciso momento dio a entender que tanto los cristianos como los musulmanes estaban considerando la posibilidad de un acuerdo pacífico. Es muy posible que Francisco se sintiera inclinado al pacifismo, pero su misión ante el sultán al-Kamil fue bastante diferente. Se presentó con intención de convertirle, no con idea de garantizar un armisticio duradero. No trataba de llegar a un compromiso con el islam, sino que buscaba más bien su erradicación mediante una evangelización razonada. No obstante, la ingenua magnitud de su visión no consiguió ocultar que en la inmediata vecindad del campamento cruzado, y de forma más general entre las élites intelectuales, existía una alternativa cristiana a la cruzada militar. La idea de liberar los Santos Lu-

gares de la garra del islam y de conjurar por medio de la conversión, y no de la conquista, la amenaza que este representaba para la cristiandad iba atrayendo a un número de adeptos cada vez mayor a medida que las dimensiones de la diversidad racial y religiosa del mundo comenzaron a resultar más patentes a los ojos de los europeos occidentales, cosa que había empezado a producirse en el siglo XIII, coincidiendo al mismo tiempo con el hecho de que la guerra revelaba ser incapaz de materializar los objetivos que la cruzada deseaba obtener.[77] Fuera como fuese, en las circunstancias que reinaban a finales del verano de 1219 en el campamento cristiano junto al Nilo, desalentado, dividido y mísero, la misión de Francisco ante al-Kamil era la expresión, desde luego excéntrica, de un deseo que muchos albergaban: el de llegar a un acuerdo para poner un fin honroso a sus dificultades.

Según refieren los autores occidentales, el sultán propuso, a cambio de que los cruzados evacuaran Egipto, devolver la Santa Cruz perdida en la batalla de Hattin y poner asimismo Jerusalén y todos los castillos situados al oeste del Jordán en manos cristianas, a lo que añadía un subsidio económico para contribuir a la reconstrucción de los muros de la Ciudad Santa, demolidos a principios de ese mismo año.[78] Como era de esperar, Juan de Brienne recomendó encarecidamente que se aceptara la oferta, ya que era incontestable que podía proporcionarle, de un solo golpe, un reino considerablemente acrecentado. Pese a las suposiciones de sus simpatizantes, las reivindicaciones que Juan pudiera plantear en relación con cualquier conquista egipcia encontraron la oposición tanto del legado —que actuaba siguiendo las instrucciones del papa, que le había concedido la potestad de disponer de cualquier conquista de territorios— como de los representantes del emperador. La idea de canjear una incierta conquista por el tradicional objetivo de la expedición tenía pleno sentido ajuicio del rey, y del mismo parecer se mostraban la mayor parte de los cruzados venidos del norte y la mayoría de los Caballeros Teutónicos. No obstante, el legado, el resto del clero y los italianos manifestaron su desacuerdo. Para los italianos no se trataba necesariamente, como había solido suponerse, de una simple cuestión vinculada al deseo material de obtener el control de un enclave comercial en Egipto en beneficio propio. Lo que muchos de ellos perseguían más bien, como sucediera con los venecianos

entre los años 1203 y 1204, era una compensación por la interrupción de los intercambios con Egipto. La devolución del reino de Jerusalén difícilmente podría ofrecerles esa compensación. En vista de la irritación que suscitó entre los soldados de a pie la falta de botín al conquistarse Damieta dos meses después, es probable que la mayoría de los que ahora abogaban en favor de la aceptación de los términos estipulados por al-Kamil se hubieran sentido parecidamente disgustados en caso de que finalmente se hubiese alcanzado el acuerdo. Lo que resultó crucial fue que se mostraran contrarios a la posición esencialmente interesada del rey Juan los miembros de las órdenes hospitalarias y de los Templarios, es decir, los integrantes de unas órdenes militares que, a diferencia de los Caballeros Teutónicos, conservaban memoria institucional y colectiva de los problemas padecidos en el siglo XII. Estas órdenes argumentaron que la falta de las plazas de Kerak y de Montreal, y por consiguiente, la incapacidad de controlar la región de Transjordania, hacía insostenible el dominio de Jerusalén. Durante los años 1191 y 1192 habían apoyado al rey Ricardo I de Inglaterra en la creencia de que no sería posible conservar Jerusalén, incluso en el caso de que fuese conquistada, debido a la partida de la mayor parte de los cruzados occidentales. Ahora volvían a depender de realidades estratégicas. Los términos estipulados por al-Kamil, incluso en el improbable caso de que resultaran aceptables para los ayubitas de Siria, no ofrecían a un eventual reino renacido de Jerusalén ni una paz ni una seguridad duraderas, como tampoco había podido garantizarlas el tratado de Jaffa del año 1192. Al insistir en conservar Transjordania para sí, al-Kamil señalaba su intención de mantener su dominio sobre las fibras vitales del poder ayubita que unían Egipto y Siria, e indicaba asimismo que el motor de sus propuestas era el interés propio y no la generosidad. Otro de los factores que contribuyó a poner aún más en duda su seriedad fue el recuerdo de que Saladino, después de haber prometido devolver la Vera Cruz, había sido incapaz de hallarla. Toda evacuación de Egipto tras las luchas de los años 1218 a 1219 habría conducido, con seguridad prácticamente completa, a la liquidación de la cruzada, cosa que habría expuesto a la región de ultramar a una situación de inmediata vulnerabilidad. Después de un debate que dañó aún más la cohesión de la empresa, se rechazó la oferta del sultán.

Dos años más tarde, cuando los cruzados se disponían a avanzar sobre El Cairo, en agosto de 1221, al-Kamil reiteró su oferta de paz: Damieta a cambio de Jerusalén. Seriamente alarmado por la potencial erosión que toda prolongación de los combates en el corazón de Egipto podía infligir a su posición política, por no hablar de la perspectiva de una derrota, es posible que al-Kamil hubiera percibido que su proposición estaba destinada a sembrar la discordia entre las filas de los cruzados y que habría de fomentar una demora en la respuesta. Esto permitiría que sus aliados sirios dispusieran de más tiempo para congregarse, y además lograría que el ritmo de avance de los cristianos les expusiera incómodamente a la inundación anual del Nilo. Es posible que a los cristianos les hubieran ofrecido en más de una ocasión este pacto, ya que Oliverio de Paderborn, al describir sus términos, utiliza la frase «tan a menudo planteados por el enemigo».[74] Una de las llamativas, aunque nada sorprendentes, características de la guerra librada en Egipto entre los años 1218 y 1221 es la relacionada con la intensidad y la frecuencia de los contactos informales que se dieron entre ambos campos mientras maniobraban en su intento de lograr una posición ventajosa en la estrecha franja de tierra que rodeaba Damieta: los espías, los renegados, los prisioneros de guerra y los embajadores tuvieron todos ellos un papel destacado. Cada uno de los bandos tenía una aguda idea de las circunstancias, motivos y miedos del otro. Una vez más, como en el año 1219, la diplomacia de al-Kamil dividió al ejército, aunque en esta ocasión, y viendo lo resueltamente que se negaba Pelagio a llegar a un compromiso que consintiera en los términos propuestos por al-Kamil, incluso algunos de sus admiradores parecieron mostrarse menos entusiastas, pues sin duda echaban la vista atrás y tenían en cuenta lo que había sucedido en otras ocasiones. Es posible que en el caso del texto de Oliverio de Paderborn esto fuese un reflejo de las diferentes fases en que lo compusiera, ya que su anterior apoyo a los planteamientos de Pelagio había sido redactado antes de que se produjera el fracaso de la cruzada.[8]" Pese a que es probable que aún se siguieran debatiendo los argumentos expuestos en el año 1219, para agosto de 1221 tanto el papa como el emperador habían prohibido explícitamente a sus representantes en Egipto que se mostraran favorables a un tratado. En tales circunstancias, era imposible que las negociado-

nes tuvieran éxito. El destino de la cruzada tendría que decidirse en el campo de batalla.

Con la perspectiva del tiempo, este rechazo final de los términos de paz de al-Kamil resulta extraordinariamente obstinado o insensato. Es difícil pensar que la prohibición del papa y del emperador constituya una explicación adecuada para el hecho de que se hiciera caso omiso del desequilibrio de oportunidades existente entre proseguir una peligrosa campaña en un territorio extranjero, que pronto habría de quedar inundado por el agua del desbordamiento del Nilo, y la pacífica devolución de la Ciudad Santa y de gran parte de Palestina. Es probable que Ricardo I se hubiera apresurado a aceptar unos términos de esa naturaleza. Y, sin embargo, el pragmatismo de Ricardo no había conseguido alcanzar un éxito duradero. Aunque es posible que Juan de Brienne se hubiera manifestado excesivamente impulsado por el interés propio, da la impresión de que también Pelagio había comenzado a dar crédito a su propia propaganda, una propaganda que se vio nutrida por unas aportaciones inesperadas. Tras residir durante aquellos años en el umbral de Asia, los cruzados estaban familiarizándose cada vez más con la complejidad y con el exotismo que presentaba la política de la región a los ojos de un occidental. Les llegaron noticias de acontecimientos ocurridos más al este y más al norte, desde sucesos acaecidos en Georgia hasta circunstancias vividas en las grandes estepas euroasiáticas. A través de esos vastos espacios se filtraban los distorsionados rumores de las conquistas extraordinarias de Gengis Kan (fallecido en el año 1227). Para el año 1220, los mongoles parecían amenazar Iraq y el califato de Bagdad. Pese a que al-Ashraf, de la Armenia Mayor, otro de los hermanos de al-Kamil, consideraba que los cruzados constituían una amenaza más grave que la de los mongoles, los relatos que referían las hazañas de un conquistador no musulmán que operaba al este del mundo islámico suscitaron una considerable conmoción en el campamento cruzado. Gengis Kan, o más bien una confusa versión de su persona, se convirtió en el rey David de los indios, conocido comúnmente, como habría de escribir Jaime de Vitry al papa, con el nombre de Preste Juan.[81] Esta figura legendaria de un rey cristiano que combatía al islam por su flanco oriental, tal como hacían los cruzados por el ala occidental, había rondado la imaginación de Occidente desde mediados del siglo XII, fecha

en la que llegaron por primera vez a oídos europeos los relatos de los cristianos nestorianos de Extremo Oriente y de las grandes victorias obtenidas sobre los musulmanes en las estepas euroasiáticas. Para los observadores ilusos encerrados en Damieta, ávidos de aferrarse a cualquier signo favorable a su empresa, los grandiosos acontecimientos que se desarrollaban en Oriente presagiaban una nueva reorganización de los asuntos temporales que habría de dejar dispuestas esas cuestiones de una manera similar a lo que ya hiciera la Primera Cruzada. Siguiendo su línea habitual, Jaime de Vitry describió las privaciones que se sufrían en el campamento de Damieta con palabras tomadas textualmente del relato que había hecho Guillermo de Tyre de la Primera Cruzada.[82] La esperanza de los cristianos estribaba en que la historia estaba a punto de repetirse. Encontraron una confirmación añadida, e inusitada, a dicha esperanza en una serie de profecías que, de modo muy conveniente, salieron a la luz en los meses anteriores y posteriores a la caída de Damieta, en noviembre de 1219. La tradición profética constituía un poderoso elemento de la prédica y de la promoción de la cruzada. Ahora, según parecía, esa tradición resultaba tener más enjundia que la achacable a la caprichosa exégesis bíblica y a la prestidigitación intelectual.

Incluso antes de la conquista de Damieta, había llamado la atención de los cruzados una obra escrita en árabe, y de carácter aparentemente profético, en la que se predecía la toma de la ciudad. Circulaban rumores que hablaban de un levantamiento pancristiano contra el poder del islam. Estas turbadoras influencias constituían el contexto emocional en el que tuvieron lugar las iniciativas diplomáticas de paz de los años 1219a 1221. Tras la conquista de Damieta, el supuesto descubrimiento de nuevos textos proféticos —cuya traducción se difundió rápidamente hasta el último rincón de las filas cruzadas, puesto que su contenido transmitía directamente la propaganda y las prédicas oficiales— exacerbó aún más el clima de cósmica expectativa.[83] Una de esas obras, la *Profecía de Hannan, hijo de Isaac** pese a que según se pretendía, había sido escrita en el si-

* No consta que esta o la siguiente obra hayan sido traducidas al español. Si se han consignado sus títulos al castellano ha sido para una mayor facilidad de lectura, y porque la lengua de los originales tampoco es el inglés. (***N. de los t.)***

glo ix por un erudito nestoriano de origen persa, era probablemente obra de un grupo local de nestorianos egipcios entre los años 1219 y 1220. Otro de los escritos asociaba la profecía de mayor éxito con una irreprochable fuente cristiana: *Las revelaciones del bendito apóstol Pedro, según su discípulo Clemente.* Estas obras, de carácter bastante esotérico, se presentaban con la auréola de un origen venerable, reforzado mediante referencias a lenguas antiguas, a custodios locales y a viejas encuademaciones. Pese a que conectaran directamente con la corriente de optimismo que habían mantenido los clérigos propagandistas del campamento cruzado, estas profecías parecían aumentar su prestigio al unirse a las noticias de los acontecimientos que estaban sucediendo por aquellos mismos años en el este, a los relatos del «rey David» y del Preste Juan, aunque imperara cierta confusión respecto a la ubicación del reino de este último, ya que no se sabía si situarlo en el este de Asia o en el este de África. Pelagio y sus asesores intelectuales, que gozaban de grandes poderes, como Jaime de Vitry, parecían mostrarse convencidos de que, en lo fundamental, aquellas profecías de victoria eran exactas. Las mandaron traducir, las enviaron a Occidente y las distribuyeron entre las tropas, en especial durante los prolegómenos del avance hacia el sur, ocurrido en julio de 1221. Estos augurios, combinados con las instrucciones que difundían los cabecillas que se hallaban en Occidente, hicieron que la cúpula del clero optara por desechar lo que todas las partes implicadas consideraban, de común acuerdo, que sería ventajoso: aceptar los términos ofrecidos por el sultán. El hecho de que esta resolución recibiera entre los años 1220 y 1221 el respaldo imperialista la fortaleció aún más.

Lo que Pelagio albergaba respecto a la victoria de los cruzados no era una esperanza: en realidad creía *saber* que ganarían. Aunque sea imposible penetrar en la mente de los protagonistas, la aceptación de lo que a los ojos de los testigos inteligentes de la época revestía la apariencia de unos documentos objetivamente proféticos —pese a constituir una abominación para la mayoría de los observadores modernos sensatos— encajaba bien en la disposición psicológica que concebía que el lugar propio de la actividad cruzada era el marco de la historia universal. Rechazar la posibilidad de una verdad profética habría equivalido a negar la mentalidad cruzada misma. Desconocer el mensaje profético para inclinarse en favor

del crudo egoísmo de corto recorrido de Juan de Jerusalén habría parecido traicionar los designios de Dios. Entre los años 1219 y 1221, las profecías falsificadas de Damieta ejercieron un gran impacto debido a que no solo no actuaban a contrapelo de las expectativas y del modo en que entonces se comprendía el avance de la historia humana en dirección al Día del Juicio Final, sino que se orientaban en su mismo sentido. Únicamente la perspectiva del tiempo hace que parezca una insensatez haberse negado a aceptar el acuerdo ofrecido por al-Kamil. El principal fracaso de la Quinta Cruzada no fue diplomático sino militar.

EL FRACASO DE LA CAMPAÑA DE EGIPTO

El resultado de la campaña de Egipto causó sorpresa y consternación a partes iguales. El astuto pandit iraquí Ibn al-Athir lo calificó de «inesperado».[84] Los observadores occidentales se mostraron menos benévolos, y atribuyeron la culpa, según los casos, a Pelagio, al papa, al retraso de Federico II, al clero, a los cabecillas de la cruzada, al pecado, al orgullo, al materialismo y a la avaricia. Muchos quedaron confusos, tanto por las decisiones que se habían adoptado sobre el terreno como por el desenlace del juicio de Dios en la causa de sus partidarios. «¿Qué cúmulo de males lo había causado?»[85] En todas partes, la apreciación de lo cerca que habían estado los cruzados del éxito agudizó la reacción. Se había logrado consolidar la posesión de un importante puerto egipcio pese a una feroz oposición, y se había conseguido sin que el ejército de tierra cediera una sola batalla y en un terreno desfavorable, algo que, a su manera, constituía una hazaña comparable a la de la toma de Acre en el año 1191. El imperio ayubita se había visto gravemente sacudido, especialmente a consecuencia de la muerte de al-Adil en 1218. La constatación de la seriedad de la amenaza a Egipto había unido brevemente a las facciones rivales ayubitas en todo el Oriente Próximo. Durante dos años, el sultán al-Kamil había estado dispuesto a ofrecer un acuerdo cuyos términos eran a primera vista generosos, aunque lo había hecho simplemente para conseguir que los cruzados abandonaran su territorio. La perspectiva de que los cruzados lanzaran un asalto contra El Cairo en el año 1221 había generado una

alarma generalizada. Y, sin embargo, en el verano de 1221, aquella última incursión al corazón del delta del Nilo puso al descubierto la existencia de sistemáticas situaciones de debilidad en el liderazgo de los occidentales, en su capacidad de control y en su número de efectivos. Al igual que en los tres años anteriores, en 1221 el ejército se mostró demasiado vacilante y en exceso dividido, además de evidenciar un tamaño muy reducido. Tradicionalmente se había considerado que estos problemas remitían a un conflicto personal entre Pelagio y Juan de Brienne. La realidad era más compleja.

Por sí misma, la falta de un ejército estable no tenía por qué haber minado necesariamente las perspectivas de la cruzada. Las divisiones regionales o nacionales nunca llegaron a quedar zanjadas durante la Tercera Cruzada, y tampoco se logró que lo estuvieran en la Quinta. No obstante, entre los años 1218 y 1221, en Egipto, dichas divisiones no contaron con el contrapeso de una estructura de mando indiscutible, lo cual explica en cierto modo el letargo que paralizó a la expedición entre noviembre de 1219 y julio de 1221. Cuando cayó Damieta, el alto mando fue incapaz de distribuir el botín y los productos del saqueo de un modo que el conjunto de las tropas pudiera considerar equitativo, lo que recuerda a los acontecimientos que se habían producido quince años antes, tras la caída de Constantinopla.[86] El conflicto era triangular. Sobre los hombros de Pelagio, en su condición de controlador de los fondos centrales, recaía la responsabilidad de la distribución de los frutos del pillaje, y además él mismo provocó la ira del cruzado corriente, que había tenido la impresión de que Pelagio se había comportado de forma mezquina. Este último también se encontró con la oposición de Juan de Brienne, que no solo insistía en su derecho a gobernar la ciudad, sino que, apoyado por sus barones, recurrió a las armas para ejercer mayor presión en favor de su causa. Pese a que Pelagio recibió el apoyo de los imperialistas, ávidos de preservar cualquier derecho futuro de Federico II, Juan podía explotar la impopularidad de Pelagio para asegurarse de que se llegara a un compromiso propicio para sus intenciones. Se le concedió el dominio de la ciudad hasta que llegara Federico, con lo que aumentó la división del botín de guerra. Esto representó una victoria pírrica, ya que las propiedades y las mezquitas de la ciudad quedaron asignadas a distintos grupos nacionales de Occidente, cuyas diferentes identidades se preserva-

ban gracias a la constante llegada de compatriotas. Ni Pelagio ni Juan lograban controlar los acontecimientos, ya que esos grupos nacionales se dedicaban a aplicar sus propias políticas con una incongruencia que indicaba que ni uno ni otro podían confiar en su apoyo. Tal como habría de descubrir el legado, junto con algunos franceses y alemanes, ni siquiera el dinero contante y sonante era capaz de garantizar la lealtad.[87] Era frecuente que uno y otro contingente realizaran, como si se tratara de iniciativas particulares inconexas, complejas operaciones militares. Por una vez, el liderazgo colegiado no funcionó.

Esta dislocación en cadena del mando y del control de la situación no solo frustró las políticas de Pelagio, sino que animó al rey Juan a abandonar el ejército, en tomo a la Pascua de 1220, por espacio de más de un año.[88] Su partida provocó las críticas de los adeptos al legado y debilitó la fama del rey entre los veteranos de Damieta, que recordaban las promesas de inquebrantable apoyo que este realizara antes del comienzo de la campaña, en el año 1218. La retirada de Juan instó a otros muchos a partir, lo que emasculó aún más la capacidad ofensiva del ejército. Juan estaba tratando de consolidar la reivindicación al trono de Armenia que le permitía su matrimonio con Estefanía, la hija mayor de León II de Armenia, y el hecho de haber tenido un hijo con ella, entonces infante. León II murió en el verano del año 1219, lo que desembocó en una dañina disputa sucesoria entre su sobrino nieto, Raimundo Roupen, que recientemente había visto frustrada su pretensión de convertirse en príncipe de Antioquía, y las hijas de León: Estefanía e Isabel, a la que León prefería como sucesora. Pese a que es posible que Juan enviara tropas a Armenia en apoyo de su causa, su aspiración quedó truncada por los fallecimientos de su esposa y de su hijo en Acre, muertes que sobrevinieron poco después de que él mismo llegara de Egipto. El hecho de que Juan tardase otro año más en regresar a Damieta tras la quiebra de sus esperanzas armenias erosionó aún más su posición. Por la época en que reapareció, según parece a regañadientes, en julio de 1221, y a pesar de que seguían produciéndose las habituales divisiones entre las facciones agresivas y las defensivas, el ejército había asistido a la incorporación de varios recién llegados influyentes, en especial la de los imperialistas capitaneados por Luis de Baviera y por el conde de Lesina, que no se ha-

liaba vinculado por lazo alguno de lealtad ni respeto a los derechos o a la autoridad de Juan. En su ausencia, y *faute de mieux,* Pelagio había asumido un papel de mayor predominio. De este modo, cuando Juan aconsejó sensatamente precaución ante los riesgos que entrañaba una campaña en el delta, se vio carente del crédito político necesario para imponer su voluntad, debilidad que no era enteramente obra de sus enemigos. No obstante, es posible que la ausencia de Juan hubiera contribuido a los intereses de la cruzada de un modo que sus oponentes no reconocieron en Damieta. Al permanecer en su reino entre los años 1220 y 1221, podía contarse con Juan para entorpecer las constantes incursiones que efectuaban Muazzam y al-Ashraf para tantear las defensas sirias y palestinas de los francos, tanteos entre los que hay que incluir la realización de ataques contra Castillo Peregrino y San Juan de Acre.

Una de las características más notables de la campaña de Egipto fue su tenacidad, primero en la desesperada guerra de los años 1218 a 1219 y, más tarde, durante el largo período de defensa y de inactividad que se extendió de 1219 a 1221. En el verano del año 1221, las huestes cristianas seguían intactas. Sin embargo, si el ejército quería permanecer en Egipto, la acción parecía constituir ahora una absoluta necesidad.[89] Desde luego, la élite clerical que rodeaba a Pelagio creía que la inacción forzosa había hecho que la totalidad de la empresa empezara a quedar enfangada por la corrupción, la indolencia y el pecado. Únicamente la actividad podría elevar la moral, la moralidad y la integridad del ejército. Con todo, la perspectiva del tiempo indica que las decisiones a las que llegó el alto mando de la cruzada en julio y agosto del año 1221 parecen un desafío a la razón. La primera de esas decisiones consistió en lanzar un ataque contra El Cairo a principios de julio, una época peligrosamente próxima al desbordamiento anual, con una fuerza militar, compuesta quizá por una minoría de las tropas disponibles, bastante más pequeña que la formada conjuntamente por los ejércitos ayubitas de Egipto y Siria que se enfrentaban a ella e integrada por un número de efectivos excesivamente reducido para tomar la capital egipcia por asedio o incluso mediante un prolongado ataque. Es improbable que el plan de marchar sobre El Cairo se hubiera decidido de manera súbita. El legado encontró en Luis de Baviera, que se había personado en Damieta en mayo, un aliado para su estrategia y un co-

mandante para sus tropas. La llegada del rey Juan y de una gran fuerza el 7 de julio coincidió precisamente con el movimiento de las tropas de Damieta, que se disponían a entrar en combate. No obstante, la congregación final de los efectivos cristianos en Fariskur, el 17 de julio, se produjo tan solo un mes antes de que el Nilo desbordara su cauce. Los cabecillas cruzados supieron asimismo que habían llegado refuerzos sirios en ayuda de al-Kamil. Sin embargo, el desvelo de preparar la fuerza expedicionaria había sido tal que todo nuevo retraso, o incluso la aceptación de los renovados términos de paz del sultán, no solo habría dividido a los capitanes cruzados, sino que habría implicado el riesgo de provocar la completa desintegración del ejército cristiano. Esto, a su vez, habría animado al sultán y a sus aliados a renegar de cualquier oferta planteada mientras el ejército cruzado aún conservara sus fuerzas y resultara amenazador. Una vez iniciado, difícilmente podría haberse cancelado el avance. Pese a que expresara sus dudas, en ningún momento el rey Juan ordenó el repliegue de sus tropas. De hecho, había planeado el instante de su regreso a Egipto de modo que coincidiese exactamente con el avance.

La segunda decisión fatídica fue la de continuar la marcha hacia el sur desde Sharamsah, una población situada a 32 kilómetros al sur de Damieta, en dirección a El Cairo, a finales de julio. Hasta esa localidad, el avance se había producido en medio de una relativa ausencia de oposición. La insistencia predominante del grueso de los cruzados, que reiteraba su voluntad de seguir avanzando, fue antes que nada una consecuencia directa del esfuerzo realizado para movilizar a sus efectivos. También constituía un testimonio de lo frágil que era el ascendiente del parecer colectivo en el seno del ejército. Una vez más, y pese a que vociferara su descontento con el resultado, el rey Juan permaneció lealmente al lado del ejército cuando este emprendió la marcha hacia Al-Mansurah. En Sharamsah, donde tuvo la última oportunidad de hacerlo, había rechazado la posibilidad de separar del ejército a su propio contingente, ya que eso lo hubiera desmembrado. Los detalles y los motivos subyacentes al debate que mantuvieron los dirigentes de la cruzada son irrecuperables. No obstante, no era la primera vez, ni sería la última, en que un criterio militar cuestionado se revelara finalmente equivocado. Debemos recordar que hasta el instante en que partió de Sharamsah, el único

contacto con el enemigo que había tenido el ejército había sido el que le enfrentara a la caballería ligera turca. El hecho de que los cristianos fueran incapaces de percibir la trampa que se les tendía sugiere antes un fracaso de la inteligencia militar que una cejijunta obstinación o un miope amateurismo.

La tercera decisión fue sopesada con menos refinamiento. Los cruzados habían avanzado, vigilantes, hasta una posición ubicada frente a Al Mansurah, entre el Nilo y el al-Bahr-as-Saghir, un canal que unía el río con el lago Manzalah, situado al noreste. En cierto sentido, esas vías fluviales les protegían de un ataque, pero por otro lado quedaban atrapados por ellas. Mientras duró su marcha hacia el sur, los cruzados hicieron caso omiso de un tablazo lateral que desembocaba en el Nilo, al norte de Baramun. Ahora los musulmanes lo usaban para bloquear el río aguas abajo del campamento cristiano situado de cara a Al-Mansurah. Al mismo tiempo, los reclutas sirios se desplazaron a posiciones emplazadas en tierra, en el flanco noreste de los cruzados, obstaculizando el acceso a su base, instalada en Damieta. Los cristianos quedaron atrapados. Tan pronto como se percataron de ello, comenzaron a debatir sobre si debían replegarse o atrincherarse, con la esperanza de recibir ayuda de Damieta o de encontrar auxilio en la prometida llegada de Federico II. Con unas provisiones que no alcanzaban más que para veinte días, tenía poco sentido tratar de conservar una posición tan avanzada y expuesta. El 26 de agosto, los cruzados iniciaron una retirada confusa, aunque no enteramente desordenada. Acosado por los constantes ataques del enemigo y las crecientes aguas del Nilo, el ejército cristiano pugnaba por avanzar en dirección norte. Fueron muchos los cruzados de a pie que decidieron consumir las provisiones de vino que no podían llevar consigo, lo que redujo aún más su eficacia militar. Y como último golpe de efecto, el sultán abrió las compuertas de contención e inundó el campamento que los cristianos habían instalado cerca de Baramun, atrapándolos, según las palabras del maestre de la orden de los Templarios, «como a un pez en la red».[90] Pelagio se resignó a lo inevitable y pidió a Juan de Brienne que concertara la paz.

A pesar de las apariencias, los cruzados seguían teniendo algunas bazas con las que negociar. La amplia guarnición apostada en Damieta no había sido derrotada. El importante ejército de tierra,

pese a haber recibido un formidable vapuleo y haber sufrido fuertes bajas, permanecía intacto, en gran medida gracias a la organización impuesta por los Templarios. Se esperaba que en cualquier momento llegaran refuerzos de Europa. La prioridad de al-Kamil seguía siendo la misma de antes: el alejamiento de las tropas extranjeras del suelo egipcio. No tenía deseo alguno de presionar en favor de una solución militar definitiva, entre otros motivos por la no desdeñable amenaza potencial que suponía para su autoridad el hecho de que sus hermanos sirios y sus ejércitos siguieran presentes en su reino. Rendir por asedio la ciudad de Damieta podía llevar meses. Tras cierto ruido de sables inútil en ambos bandos, el 29 de agosto se alcanzó un acuerdo sobre los términos de paz que Oliverio de Paderborn calificó, impresionado, de «excelente».[91] En realidad esto era un tanto exagerado. A cambio de la rendición de Damieta, se permitiría que los cristianos evacuaran libremente Egipto, sin cobro de ningún rescate. Debería procederse a un intercambio de todos los prisioneros y se establecería una tregua por espacio de ocho años que no sería vinculante para Federico II si optaba por entrar en campaña en Oriente. Como hoja de parra con la que ocultar la decepción cristiana, se prometió la devolución de la Vera Cruz, objeto que había terminado convirtiéndose en uno de los elementos formales, no refrendados luego por la realidad, de dichos tratados. Tras alguna agitación surgida al llegar a Damieta las noticias del acuerdo, la evacuación se verificó de forma ordenada, pese a que una nueva fuerza imperial, al mando del conde de Malta, acabara de arribar a puerto. Los cruzados se dispersaron: algunos de ellos se trasladaron a Acre, mientras que otros pusieron rumbo directamente a Occidente.

Por muy buena cara que a tan mal tiempo pusieran los apologistas cristianos, el fracaso de la campaña de Egipto se oponía, con agudo contraste, a las esperanzas suscitadas en el año 1219 y, en un sentido más amplio, a los prodigiosos esfuerzos que se habían hecho en toda la cristiandad después del año 1213. Pese a que prosiguieran tanto la recaudación de fondos como el reclutamiento de efectivos, el anhelo político que hiciera desear la reedición de una cruzada general había cesado. La relación entre el papa y el emperador, sobre la que había llegado a decirse que descansaba el éxito de toda la empresa, se fue deteriorando cada vez más como consecuencia de los mutuos reproches y recelos, situación que en 1227

hizo que Gregorio IX excomulgara a Federico II porque tampoco ese año llegara el monarca a emprender la cruzada.[92] Otros contingentes viajaron hacia Oriente en 1227, entre ellos un importante ejército en el que se encontraban los obispos ingleses Pedro des Roches, procedente de Winchester, y Guillermo Brewer, venido de Exeter. Este ejército había sido reclutado como parte del contingente cruzado de Federico II, y algunos de sus miembros permanecieron en Oriente para unirse al emperador cuando finalmente puso el pie en Tierra Santa en el año 1228.[93] Con todo, difícilmente puede considerarse que el resultado que Inocencio III y su ejército de predicadores y agentes de reclutamiento tuvieran en mente una década y media antes fuera el del espectáculo de un general cruzado excomulgado, rechazado por amplios sectores de las jerarquías políticas y clericales francas, y dedicado a tratar de amarrar ansiosamente con al-Kamil el pacto cuya conclusión se había mostrado esquiva con los cruzados acampados junto al Nilo.

Quizá la sorpresa de la Quinta Cruzada resida menos en su fracaso que en el hecho de haber estado tan cerca de alcanzar el éxito, al menos en lo tocante a desestabilizar al imperio ayubita en el crítico período de inseguridad que se produjo tras la muerte de al-Adil en 1218. Esto es lo más notable, ya que parece poco probable que la expedición haya contado en momento alguno con tropas suficientes como para tratar de lograr una conquista en toda regla, y menos aún como para haber intentado la ocupación de Egipto. El perturbador impacto que ejerció en la región da fe de la fragilidad de las estructuras de poder ayubita. No obstante, son pocos los logros duraderos que se consiguieron en Oriente. La fortificación de Castillo Peregrino superó la prueba del tiempo. Jamás llegó a ser conquistado por los musulmanes, únicamente fue evacuado en agosto de 1291, después de que la caída de Acre hiciera que toda resistencia ulterior careciera de sentido práctico. La experiencia de un constante tráfico marítimo de ejércitos por el Mediterráneo marcó una tendencia que habría de mantenerse durante el resto del siglo XIII, ya que sirvió para sostener los principales puestos avanzados de ultramar conforme los grupos musulmanes vecinos fueron aumentando su grado de unión y de belicosidad. Los sistemas encargados de la aportación de fondos, la propaganda y la penitencia, sistemas que habían sido perfeccionados en el lapso de tiempo que duraron los preparativos de la cruza-

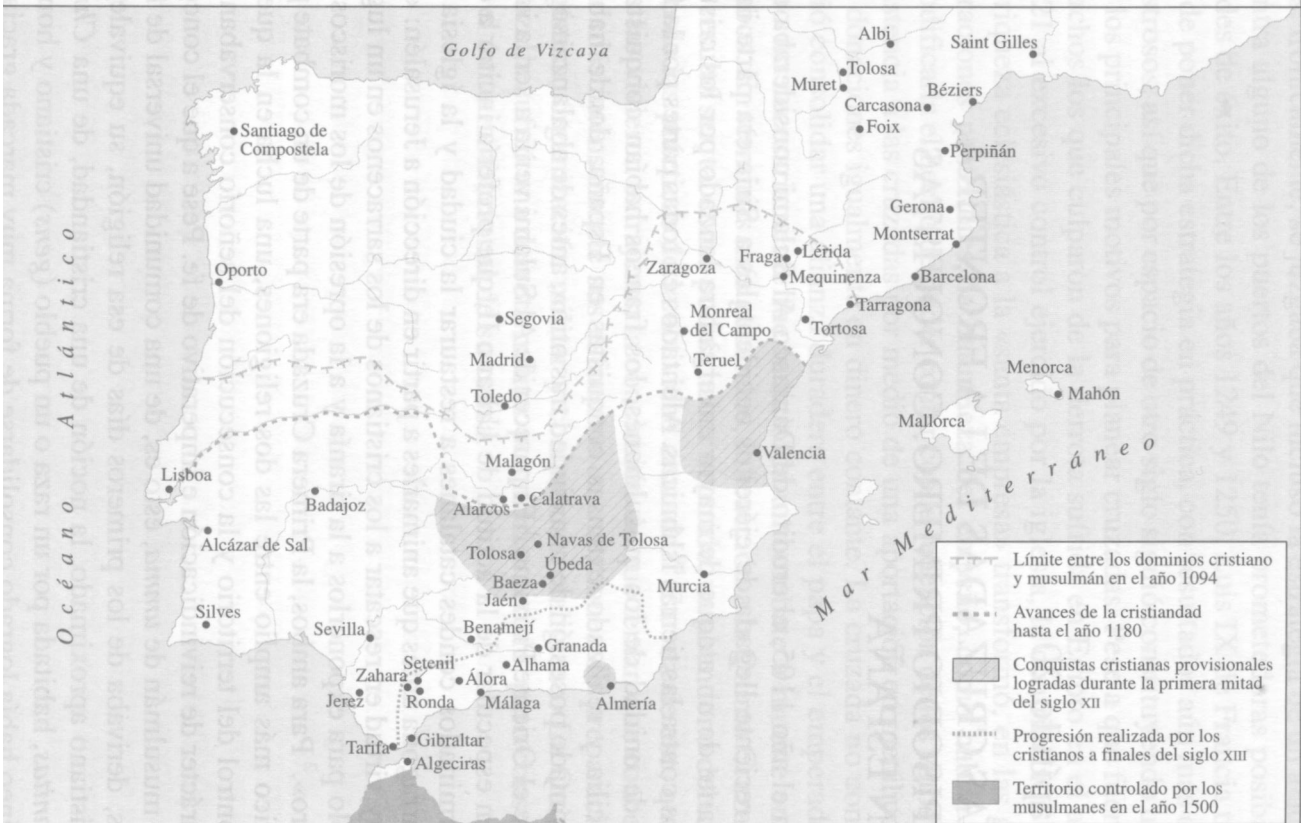
da, constituyeron la base para la organización de futuras expediciones. Irónicamente, se juzgaba que incluso la estrategia de un ataque contra alguno de los puertos del Nilo tenía prometedoras posibilidades de éxito. Entre los años 1249 y 1250, Luis IX de Francia trató de poner dicha estrategia en práctica, con resultados aún más desastrosos, así que por espacio de otro siglo siguió constituyendo uno de los principales motivos para planear cruzadas. Pese a que fueron muchos los que culparon de la derrota sufrida en Egipto en el año 1221 al excesivo control ejercido por la iglesia, la contribución de la riqueza eclesiástica a la «santa empresa» transformó, en las generaciones posteriores, la naturaleza del empeño, como habría de modificarla el hecho de poder contar con la redención de los votos de asistencia a las cruzadas por medio de una aportación en metálico y de donaciones igualmente en dinero contante. La cruzada no consiguió consolidar una alianza duradera entre el papa y el emperador, pero no necesariamente fue indicio de un combate a muerte entre ambos. En términos más generales, la reacción a la Quinta Cruzada no resultó ser, tal como podría haber ocurrido, un abandono del ideal o de las prácticas de la actividad cruzada.[94] En vez de eso, quienes las vivieron extrajeron la conclusión de que tenían que concentrar más intensamente sus esfuerzos en cuestiones de preparación logística, organización militar y compromiso religioso. La Quinta Cruzada sufrió una derrota militar por mérito propio, pero consolidó el éxito institucional de su causa.

Capítulo 20

LAS CRUZADAS DE LA FRONTERA, EPISODIO PRIMERO. CONQUISTAS EN ESPAÑA

En el año 1105, el erudito de Damasco Al Sulami consideraba que la reciente llegada de ejércitos occidentales a Siria era parte integrante de un ataque de mayor envergadura lanzado por los cristianos contra las tierras islámicas. Alentados en todas partes por la falta de unidad de los musulmanes, los francos habían conquistado Sicilia y realizado extensas conquistas en España, donde habían «tomado posesión de una ciudad tras otra», antes de abalanzarse sobre el Oriente Próximo.[1] El parecer de Al Sulami venía a ser la imagen especular de la actitud de Urbano II, que prefería incitar a determinados condes catalanes a restaurar la ciudad y la iglesia de Tarragona antes que animarles a partir en dirección a Jerusalén: «no hay virtud en rescatar a los cristianos de los sarracenos en un lugar, solo para exponerlos a la tiranía y a la opresión de los moriscos en otro».[2] Para ambos, la Primera Cruzada era parte de un combate político más amplio entre las dos religiones, una lucha en la que el control del territorio y la consecución del señorío conservaban su carácter de reivindicación e imperativo de fe. Pese a que el concepto musulmán de *umma,* esto es, de una comunidad universal de fieles, derivaba de los primeros días de esa religión, su equivalente cristiano aproximado, la noción de una cristiandad, de una *Christianitas,* habitada por un raza o un pueblo (*gens*) cristiano y homogéneo había logrado consolidarse de forma muy marcada gracias a las reformas papales del siglo xi. Esta situación reforzaba la unifor-

La Reconquista española



midad doctrinal y piadosa. Allí donde los oponentes mantenían creencias diferentes resultaba posible asociar lo material con lo trascendente. El hecho de que los conflictos fronterizos quedaran configurados en términos de identidad religiosa permitía aplicar el lenguaje y las instituciones propias de la guerra santa a los choques de las divisorias en las que se enfrentaban vecinos musulmanes y paganos.

No puede decirse que a finales del siglo xi, así como a lo largo de todo el siglo xii, fuera este un fenómeno nuevo. Las guerras que emprendiera Carlomagno en el siglo VIII contra los sajones, por entonces paganos, así como las que se llevaron a cabo contra los vikingos, los magiares y los sarracenos en los siglos ix y x, habían estado rodeadas de retórica cristiana. En el siglo xi, ciertos conflictos fronterizos quedaron impregnados de la doctrina de la guerra de expiación que había elaborado el papado reformado con la doble intención de contribuir tanto a la propagación (*dilatio*) de la cristiandad como a su defensa. La dinámica imagen de una fe en formación de batalla y decidida a plantar cara a los enemigos, que surgían por todas partes, despertó la imaginación de cuantos se alistaron para participar en la Primera Cruzada. En el plazo de medio siglo, la ideología y las fórmulas utilizadas en la guerra de Jerusalén promovida por el papa Urbano encontraron expresión en las campañas que enfrentaban a los señores cristianos con sus vecinos no cristianos, tanto en la totalidad de la península Ibérica como en el Báltico. Sin embargo, a pesar de las obvias analogías, hay un aspecto capital por el que estas guerras fronterizas —a las que en unos casos los papas aplicaban los privilegios propios de la guerra de la Cruz mientras que en otros eran los señores locales quienes los daban por supuestos— resultan distintas de las cruzadas de Oriente. Los intercambios políticos a lo largo y a ambos lados de las inmediatas fronteras de la cristiandad eran constantes, con independencia de las recién amañadas maneras de justificar la violencia. La competencia por la conquista de tierras y por el control de los recursos, los conflictos relacionados con la obtención del señorío, con la cultura y con la religión, eran todas ellas características inevitables de las comarcas fronterizas de la cristiandad, y se observaban ya de forma habitual mucho antes de que Urbano II fomentara la guerra de expiación. Tanto en España como en el Báltico, la expansión política y la colonización fueron los factores que impulsaron las cruzadas y no al

revés, como sucedió en Oriente Próximo. La cristiandad occidental no tenía frontera alguna con el Oriente Próximo musulmán, salvo la representada por la imaginativa empatia colectiva causada por una cultura religiosa que nutría sus sermones, su liturgia y su arte con la interminable reiteración de los relatos bíblicos. La presencia de los caballeros de Occidente en las colinas judías no venía forzada por estrategia ni interés material alguno. Para los pobladores, los colonos y los conquistadores, los botines más fáciles —aunque no siempre fueran los más valiosos—jalonaban las reñidas marchas de penetración en España, Sicilia, Pomerania, Prusia, Livonia o incluso Grecia y el Egeo. Podría considerarse que la presencia de soldados y de pobladores occidentales en estas fronteras tenía cierto sentido en términos económicos o políticos, pero las aventuras emprendidas por Occidente en Palestina, Siria y Egipto solo pueden recibir una explicación satisfactoria si se las comprende en clave de misión religiosa, por muy materiales que fuesen los medios empleados para ponerla en práctica y sostenerla. La expansión alemana en el Báltico, o la integración de Dinamarca y Suecia en la organización política de la Europa occidental, no dependían de la ideología ni de los hábitos propios de las cruzadas, aun cuando recibieran de ellas un notable respaldo. En España, el conflicto entre los gobernantes musulmanes y los cristianos era muy anterior a la aparición de las indulgencias de las cruzadas. Tal como había sucedido con las guerras de colonización del Báltico, lo que dio en llamarse Reconquista de España —un empeño llevado a cabo por las potencias cristianas entre los siglos XII y XIII— conservó, incluso en aquellos casos en que llegó a aceptar los beneficios espirituales, jurídicos y fiscales del *negotium crucis,* unas cuantas características singulares en las que no intervenía la idea de la cruzada.[3]

LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

La historia política de la alta Edad Media española presenta similitudes más próximas a las de la experiencia vivida en el norte de África, el Oriente Próximo y las islas del Mediterráneo que a las conocidas en la Europa occidental situada al norte de los Pirineos. De hecho, se ha afirmado que la aplicación de la peculiar fórmula de las

cruzadas a las guerras de la Península constituye un barómetro que indica las influencias venidas del norte así como el grado de integración de la sociedad y la cultura españolas en el ámbito de vigencia de las normas propias de la cristiandad latina. A principios del siglo VIII, la antigua provincia romana de Hispania había pasado a ser feudo de un reino visigodo cristiano surgido dos siglos antes y con capital en Toledo. Este reino visigodo se vio posteriormente destruido por una potencia que no debía nada a la herencia romana y tampoco a la germánica. En el año 711, una serie de ejércitos constituidos en gran parte por bereberes y encabezados por generales árabes invadió la Península y derrotó y asesinó al último rey visigodo, Don Rodrigo, en la batalla de Guadalete (711). La estructura política de España se vio así rápidamente transformada. El estado visigodo desapareció, y quedó sustituido por un emirato musulmán (756 a 1031) que tenía su capital en Córdoba y que en el año 929 se metamorfoseó en un califato independiente dominado por los descendientes de los anteriores califas omeyas de los siglos VII y VIII, los mismos que habían gobernado la totalidad del imperio islámico. Los nuevos gobernantes impusieron su autoridad política en casi toda la península Ibérica, a excepción de las remotas tierras del norte, al otro lado del valle del Duero, esto es, en las montañas cántabras y en el País Vasco. En estas regiones se coaligaron a lo largo del siglo y medio que siguió a la invasión árabe unos cuantos señores cristianos decididos a ofrecer resistencia. En las zonas que llegó a ocupar, la conquista árabe condujo también, aunque más despacio, a la creación de una cultura de carácter islámico y arabizado. Los pobladores bereberes adoptaron la ortodoxia de sus comandantes árabes musulmanes y, gradualmente, a lo largo de muchas generaciones, una significativa cantidad de la población indígena romano-hispánica que no había emigrado fue haciendo suyas las costumbres, la lengua, las leyes y la religión de los conquistadores. Aunque en tomo al año 900 es posible que solo se hubiera hecho musulmán un 25 por 100 de la población de la España islamita, en el año 1000, la proporción quizá se elevara ya al 75 por 100 de los habitantes de al-Ándalus, «la tierra de Occidente».[4]

El resultado de esta situación no derivó ni en una segregación cultural ni en un Edén de concordia multicultural. Como en las demás regiones sometidas a los gobernantes islámicos, se permitió

que los judíos y los cristianos formaran una clase subalterna en su condición de pueblos del Libro, sujetos al habitual impuesto de capitación. Vivían en estrecha convivencia con sus vecinos musulmanes y adoptaron las costumbres y el idioma de sus amos. De hecho, a los cristianos que hablaban árabe se les conocía con el nombre de mozárabes. La España altomedieval sometida a los Omeya de Córdoba era una tierra caracterizada por la diversidad así como por la convivencia, pero no siempre por la armonía. La autoridad central era con frecuencia desigual y la identidad cultural adquiría a menudo un perfil complejo debido a las conversiones, los matrimonios mixtos y la ambición. En tiempos del califato de Córdoba, la reivindicación de una estirpe árabe, incluso en el caso de que esta fuera fingida, era casi una condición *sine qua non* para la obtención del éxito político. La Península se hallaba atravesada por una serie de fronteras políticas, sociales y culturales que trataban de adecuarse a su geografía física, la cual llevaba implícitas dificultades de división muy espinosas. Estas fronteras eran causa de situaciones de síntesis y contacto, y al mismo tiempo de enfrentamiento y hostilidad. La independencia de los enclaves cristianos septentrionales, centrados inicialmente en tomo a Oviedo, en Asturias, debió más al hecho de que los musulmanes se retiraran muy pronto de esta región que al de su propia resiliencia. Sólo a comienzos del siglo x se expandió este principado hacia el sur hasta alcanzar la amplia zona fronteriza situada al sur de la cordillera cantábrica e incorporar al territorio una nueva capital, León, así como el condado de Castilla ubicado en los alrededores de Burgos y la cabecera del Ebro. Por esta época, otro señorío cuya identificación resulta oscura se había formado por fusión de territorios en torno a la región de Pamplona, en los Pirineos occidentales, señorío al que más tarde se conocería con el nombre de Navarra. Al sureste de Navarra, el valle del río Aragón, uno de los afluentes del Ebro, también se convirtió en un centro de poder y creció hasta convertirse en un reino independiente en el siglo xi. En los primeros años del siglo ix, Luis I el Piadoso, hijo de Carlomagno, había establecido en el extremo oriental de los Pirineos el condado de Cataluña, región que habría de constituir un puente político y cultural con las costas cristianas del Mediterráneo, así como un cauce para la gente y las ideas procedentes del sur de Francia. Los intentos que realizara el propio Carlomagno, ten-

dentes a crear una marca francesa más al sur, en los alrededores de Zaragoza, junto al Ebro, fracasaron estrepitosamente en el año 778, en una campaña que adquirió celebridad por la derrota de su retaguardia en Roncesvalles.

Con la excepción de Cataluña, cuyos condes permanecían vinculados a la órbita de los políticos francos del otro lado de los Pirineos, estos minúsculos principados cristianos permanecieron aislados, encerrados en una estrecha dependencia ligada a sus rivalidades recíprocas, y protagonizaron incursiones a lo largo y ancho de la frontera con el califato de Córdoba, comportándose como bandidos y asaltantes, no como soldados de Dios. El hecho de que en la *Chanson de Roldan* se transformara la desastrosa matanza sufrida por un regimiento franco a manos de los vascos pirenaicos en el año 778 en una épica contienda en la que se enfrentaban la caballería cristiana y la reconcentrada y exótica malignidad del islam de España y del norte de Africa debe todas sus claves a la retórica religiosa, los valores sociales, las experiencias culturales y las construcciones propias del imaginario de quienes habitaban al norte de los Pirineos. El argumento del *Cantar de Roldán* —aunque la más antigua versión escrita que haya llegado hasta nosotros sea de comienzos del siglo XII, posterior por tanto a la Primera Cruzada— no reflejaba en modo alguno las realidades de la Península. No obstante, la idea de una frontera militar ibérica en inmediato contacto con el islam desempeñó cierto papel en la forja de la particular cosmovisión de Urbano II. En la segunda mitad del siglo xi, las guerras fronterizas españolas atrajeron a reclutas procedentes del sur de Francia y es incluso posible que contaran con indulgencias papales una generación antes de que se celebrara el Concilio de Clermont, señales todas ellas, cuando menos, del gran interés que despertaba España fuera de la región. Cuándo y en qué medida llegaran a considerar quienes participaban en ellas que estas guerras de supervivencia, lucro y conquista encamaban algún propósito religioso trascendente o un determinado valor espiritual es cuestión que permanece a un tiempo oscura y controvertida.

La mayor parte de las identidades nacionales encuentran su fundamento, al menos en parte, en una serie de mitos pseudohistóricos compartidos. La España cristiana, la de Femando e Isabel, Felipe II o el general Franco, se definió en el contexto de la Reconquista ob-

tenida con la victoria sobre los moros (lo que literalmente alude a los pueblos de la antigua provincia romana de Mauritania, esto es, a los bereberes del litoral de lo que hoy es Marruecos y Argelia), un proceso que comenzó con la resistencia que ofrecieron los asturianos del siglo VIII a los conquistadores musulmanes y que alcanzó su punto culminante con la toma de Granada en el año 1492. Esta construcción dio forma a una historia política que de otro modo habría resultado muy embarullada: explicó y justificó los elementos de la exclusión religiosa, e incluso racial, existente en los períodos primitivo y maduro de la cultura moderna española; proporcionó un vínculo capaz de unir el dominio cristiano de la baja Edad Media con su remoto predecesor visigodo; y prestó a la historia de España la auréola de contribuir a un destino providencial. El punto de aplicación de la palanca de la guerra santa fue el núcleo mismo del mito de la Reconquista. El más destacado de los santos patronos de España, Santiago, se convirtió en un arquetipo del soldado santo. Tanto en época de guerra como en período de paz, la iglesia secundó al Estado con paso militante. No fue ninguna coincidencia que la bula de la cruzada, eminentemente española —esto es, la sanción pontificia a la práctica de conceder privilegios espirituales a cambio de pagos en metálico a las autoridades laicas o eclesiásticas, una herencia directa de los instrumentos propios de las cruzadas medievales—, resistiera a los muchos intentos que, destinados a aboliría, se realizaron a partir del siglo xvi. Sólo tras el Concilio Vaticano II (1962-1965) se enterraron finalmente estos residuos de la actividad cruzada.[5]

Pese a estar íntimamente relacionadas, la Reconquista no fue un equivalente de las cruzadas. La conquista de la España musulmana por parte de los príncipes cristianos fue resultado de un dilatado proceso político; el hecho de considerar que se tratara de una reconquista, es un planteamiento subjetivo. Una cruzada era un acontecimiento, y las cruzadas españolas vienen a ser los jalones de una más vasta narrativa de conquista y colonización. Los cruzados conquistaban, pero si después se establecían en esas tierras recién adquiridas, no lo hacían en calidad de cruzados *per se.* Es verosímil que los asentamientos fronterizos hayan sido obra de soldados de la cruz, pero en ningún caso constituyeron «comunidades de cruzados», a excepción, posiblemente, de las zonas y castillos sujetos al control de las órdenes militares. Al designar ciertas regiones, algu-

nos historiadores han utilizado términos vinculados a la ideología de conquista, como sucede por ejemplo con «el Reino Cruzado de Valencia» del siglo XIII.[6] Esta denominación podría juzgarse inapropiada. La ideología de la guerra de expiación confirió cierta ventaja a las mentalidades preexistentes, proclives a la noción de reconquista, pero resulta notable que la evolución de la intolerancia comunal y religiosa, así como el surgimiento del nuevo racismo biológico que a finales del siglo xv y principios del xvi marcó la persecución de los judíos, los musulmanes y los musulmanes conversos (o moriscos), sea posterior al período en que las cruzadas constituyeron una característica habitual de la política ibérica.

Las primeras versiones del mito de la Reconquista surgieron entre los propagandistas relacionados con la corte real de la Asturias de finales del siglo ix. Su objetivo radicaba en la aseveración de una legítima continuidad del reino de Asturias —que quedaba de este modo unido a su pasado visigodo—, en la reparación de los antiguos pecados que habían determinado que España quedara perdida para la cristiandad, y en la justificación de la providencial encomienda de restaurar el dominio cristiano y la libertad de la Península. Las preocupaciones del siglo ix moldearon los relatos de la creación del reino de Asturias, cuyo artífice había sido un rey llamado Don Pelayo —de sangre real ostensiblemente visigoda— tras haber obtenido una victoria sobre los moros en el año 722. Este triunfo logrado contra todo pronóstico, según subrayaba el mito, señalaba el nacimiento de la inevitable recuperación de la España cristiana. Pese a que estas pretensiones fueran ficticias, este moldeado de las percepciones dejó sentadas tradiciones importantes y duraderas. La idea rectora de las guerras de defensa y conquista que se libraron contra los moros fue la de que respondían a un propósito de naturaleza fundamentalmente religiosa: la salvación (*salus*) de España.[7] La agresión, presentada como la recuperación de un territorio perdido por los antepasados visigodos, era de este modo intrínsecamente justa. La lucha contra los vecinos musulmanes quedó elevada a la categoría de una especie de contienda maniquea entre religiones y culturas cuya relación real con la índole de la competencia y los intercambios fronterizos era muy escasa, y cuyos vínculos con los continuos conflictos internos que inducían a los pequeños hidalgos cristianos del norte a enfrentarse en una serie de choques de aniquilación recípro-

ca eran aún menores. Como en otras partes de la Europa occidental, la iglesia, con sus obispos y sus santos, terminó implicándose profundamente en la promoción de la identidad política. La permanente presencia del infiel contribuyó al avance de la guerra de religión en formas que encuentran su paralelismo en la retórica bélica que se utilizaba por esa misma época en el Wessex gobernado por el rey Alfredo el Grande o en la posterior Francia carolingia. Hacía ya mucho tiempo que el simbolismo religioso y la liturgia eclesiástica habían sido incorporados a los ritos de guerra. En el *Liber ordinum* visigodo figura una liturgia muy elaborada por la que se bendice al rey guerrero que parte al frente, y es posible que en los reinos cristianos sobreviviera la tradición de portar una cruz en la batalla, o alguna reliquia de la Vera Cruz.[8]

No obstante, difícilmente puede considerarse que una guerra inscrita en el marco de un lenguaje religioso sea lo mismo que una tímida Reconquista respaldada por la religión o que una guerra de raíz confesional. La aprobación de una guerra en términos religiosos era un lugar común destinado a suscitar lealtades, a establecer un propósito común, a redimir conciencias y a aplacar las dudas surgidas a ambos lados de la frontera ibérica. El gran visir cordobés Almanzor (esto es, «el Victorioso», 976-1002) atacó iglesias y monasterios durante sus devastadoras incursiones en territorio cristiano (años 985 a 1102), correrías en las que saqueó cuanto encontró a su paso, desde Barcelona y Pamplona hasta León, el valle del Duero y Coimbra. En el año 997, robó las campanas de la basílica de Santiago de Compostela para adornar la mezquita de Córdoba. Almanzor hizo pública virtud de su devoción, y se dice que llevaba a las campañas un ejemplar del Corán escrito de su puño y letra, campañas que presentaba como actos de una *yihad.* Esto no le impidió emplear como mercenarios y guías a algunos cristianos, ni evitó que su propio pueblo le recordara con el apelativo de «nuestro proveedor de esclavos».[9] Todos los gobernantes ibéricos emprendieron guerras de agresión por afán de beneficio. Pese a que en tomo al año 1000 una gran parte de estas acciones tuviera lugar al otro lado de la región fronteriza que circunda el valle del Duero y se extiende en dirección noreste hacia el alto Ebro y las estribaciones de los Pirineos, existían muchas fronteras menores en la Iberia de comienzos del siglo xi, pues las barreras alzadas por la religión eran únicamente las más evi-

dentes. Lo que hizo que el califato de Córdoba se convirtiera en una amenaza y en un objetivo para sus vecinos cristianos no fue tanto su fisonomía religiosa como su autoridad política y sus recursos materiales. La disputa por los recursos y el poder enfrentó a los cristianos entre sí e indujo la aparición de alianzas políticas capaces de superar las divisiones religiosas. No fue este el aspecto que presentó la situación a los ojos de los observadores posteriores y de algunos extranjeros de esa misma época, como el monje burgundio Rafael Glaber (c. 980-1046), que escribió acerca de la resistencia con la que topó Almanzor en términos de fe y de celestial exaltación.[10] No obstante, el hecho de que esta visión idealizada de un conflicto entre dos confesiones enfrentadas recurriera al estímulo de la religión pasaba por alto las realidades de la España del siglo xi.

Los motores de la Reconquista fueron la política y el dinero en metálico, no la religión. El desmembramiento del califato de Córdoba como consecuencia de las riñas intestinas surgidas entre los miembros de la generación que provocó su extinción en el año 1031 y su sustitución por un mosaico de reinos llamados de taifa o de «facción», dio a los gobernantes cristianos la oportunidad de intervenir en los asuntos del sur, en lo que suponía una completa inversión de la política que había caracterizado la época de Almanzor. La España musulmana quedó transformada en una serie de principados antagónicos, muchos de los cuales no eran más fuertes —y algunos resultaron incluso más débiles— que sus equivalentes cristianos: Badajoz, Sevilla, Granada, Málaga, Toledo, Murcia, Valencia, Denia, Zaragoza, Lérida y las Islas Baleares. Los gobernantes cristianos fuertes, como Femando I de Castilla y León, su hijo, Alfonso VI, y Ramón Berenguer I, conde de Barcelona (1035-1076), explotaron estas divisiones mediante el establecimiento de una red de estratagemas para la protección de la propiedad. Se redactó toda una serie de tratados formales en los que se estipulaba que el gobernante cristiano accedería a defender a su taifa cliente a cambio de ingentes cantidades de la mercancía clave que impulsaba este tipo de relaciones: el oro. Pese a que la debilidad material de los emires de las taifas permitió la expansión territorial —y así consiguió Femando I anexionarse Coimbra en el año 1064—, existía en tomo a estos pequeños reinos una intensa competencia por la obtención de su oro, bien mediante la exacción anual de tributos, o bien por medio del

cobro en metálico de la protección brindada, gravamen conocido con el nombre de parias. Históricamente, la próspera economía urbana de al-Andalus había contado con las abundantes cantidades de oro que le llegaban, a través del Sáhara y el Mediterráneo, de la Costa de Oro* situada al oeste de Africa. Ahora eran los reyes cristianos quienes se las ingeniaban para utilizar esa riqueza en provecho propio. De este modo, por ejemplo, Femando I ingresaba, en tomo a la década de 1060, las parias de Zaragoza, Toledo y Badajoz. Los reinos de Castilla y León, Navarra y Barcelona se habían disputado el control de Zaragoza. Al morir Fernando, Zaragoza pasó brevemente a manos de Sancho IV de Navarra. Al-Andalus se convirtió en la vaca lechera que hizo posible el afianzamiento cristiano. El hecho de que circulara en grandes cantidades el oro, un metal que en el resto de Europa occidental era una mercancía muy escasa, financió la consolidación del poder regio, la formación de estados estables y la expansión de las fronteras cristianas. Además de enriquecer a quienes servían el rey en los ámbitos militar, religioso, civil o comercial, la afluencia de oro a los reinos cristianos despertó interés al otro lado de los Pirineos, tanto entre las partidas de aventureros como entre los aliados diplomáticos. Fue esta vía indirecta, la del sistema de parias, la que contribuyó a abrir a España a las ideas de la guerra santa que cobraban cada vez mayor empuje al norte de los Pirineos.[11]

La religión no tuvo un papel determinante en estas componendas. En el pacto que, establecido con el emir de Zaragoza, debía tener vigencia durante el año 1069, Sancho IV de Navarra aceptaba explícitamente no proporcionar ayuda a nadie que, viniendo «de Francia u otra parte», pretendiera atravesar su reino para atacar Zaragoza. También se avenía a no aliarse con ningún grupo cristiano o musulmán en contra del emir, con quien Sancho manifestaba hallarse unido por una relación «de hermandad». A cambio de estas promesas, el emir acordó pagar mil monedas de oro al mes.[12] Estos acuerdos presuponían acertadamente que existía una inestabilidad intrínseca capaz de permitir que determinados grupos de caballeros emprendedores y dedicados al saqueo pusieran precio a su espada y

*** Es decir, de la región de lo que hoy se conoce como Ghana. (V *de los t.)***

a la fuerza de su séquito armado y lo pusieran al servicio del mejor postor, o incluso que ellos mismos se establecieran como gobernantes independientes. Fue algo que sucedió a lo largo y ancho de la Península, lo que dio lugar, por primera vez en siglos, a la aparición de un único, aunque caótico, sistema político. Un resuelto mandatario musulmán del sur, Abenámar (1031-1084), había ganado y perdido de este modo el control de Murcia. Tras pasar varios años exilado en la corte de Zaragoza, fue asesinado por su antiguo señor, el emir de Sevilla, quien se valió para ello de un hacha que le había obsequiado Alfonso VI de León y Castilla. El más célebre ejemplo de un aventurero al que las circunstancias permiten sacar provecho de la ambigüedad de esta situación de crecimiento y poderío políticos fue el noble castellano Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid (c. 1045-1099). Prestigioso general y diplomático en tiempos de Femando I, sirvió, después de enemistarse con Alfonso VI, al emir de Zaragoza (1081-1086), y se enriqueció gracias a sus victorias sobre catalanes y aragoneses. Tras un breve período de reconciliación con Alfonso, Rodrigo sostuvo, desde el año 1089 en adelante, un ejército privado con el que emprendió una serie de exitosas y lucrativas campañas contra los gobernantes del este de España, tanto cristianos como musulmanes, antes de fundar su propio reino taifa independiente en Valencia (entre 1094 y 1099), señorío que sobrevivió hasta el año 1102.[13] Ésas eran las oportunidades que brindaba la inestabilidad política.

Fueron dichas ocasiones las que estimularon la ideología de Reconquista y no al revés. En vez de confiar únicamente en la explotación indirecta, los embaucadores como Alfonso VI, con la intención en parte de asegurar sus ingresos, procuraban gobernar sus estados clientes en persona. El filón argumental que proporcionaba el pretexto de la Reconquista resultó ser muy útil, en particular, según parece, para Alfonso VI. Cuando recaudaban las parias, sus apoderados invocaban la estrategia de la recuperación última de unas tierras que, «en origen, habían pertenecido a los cristianos». Cuando se estableció el nuevo arzobispado de Toledo en 1086, un año después de que la plaza fuera conquistada, Alfonso VI habló de poner la ciudad una vez más, tras 376 años de administración morisca, en manos «de la tutela de Cristo... de los devotos a Su fe». Se describió la dominación musulmana como una usurpación debida a

los blasfemos y la conquista de Toledo como la reconstrucción de un «lugar santo». Sancho I de Aragón retomó este tema y presentó sus conquistas como «la recuperación y la ampliación de la iglesia de Cristo». Tanto Gregorio VII como Urbano II, que mostraron, al igual que otros muchos papas de los siglos XI y XII, un particular interés por la cristiandad ibérica, hicieron suyo el argumento de la liberación de las antiguas tierras cristianas. Alfonso VI, sugería Urbano en un murmullo, había «devuelto» Toledo «a los preceptos cristianos».[14] La Reconquista no fue una guerra de conversión sino de conquista y, en algunos lugares, de expulsión. Con todo, pese a la realidad de una colaboración política, las confesiones, el lenguaje y los símbolos de la religión revelaron ser de gran utilidad. Al atacar Zaragoza en el año 1101, se dijo que Pedro I de Aragón era portador de una cruz (*crucifer*).[15] Para entonces disponía ya de un modelo de mayor envergadura en el que inspirarse: el de la expedición a Jerusalén.

Las cruzadas españolas

Pese a que es posible que la provechosa idea de una guerra de reconquista que uniera a su naturaleza justa una motivación política y religiosa se remonte a los orígenes indígenas de la Península, el estímulo que impulsó la utilización de los parámetros propios de la guerra santa fue probablemente una importación venida del extranjero. En concordancia con la política que aplicaba el papa en otros lugares, es muy verosímil que en el año 1063 Alejandro II ofreciera a los «caballeros destinados a partir hacia España» tanto el perdón de la penitencia como el de los pecados confesados, aunque la autenticidad de su bula haya sido puesta en tela de juicio.[16] Tanto si el papa Alejandro quería sugerir con esto que la guerra contra los moros tenía en sí misma un carácter de expiación como si no era esa su intención, la campaña catalano-aragonesa de los años 1064 a 1065, que culminó con la ocupación, durante un breve período de tiempo, de Barbastro, plaza situada al noreste de Zaragoza, atrajo tropas procedentes de Borgoña, Normandía, Aquitania y posiblemente también de la Sicilia normanda, unas tropas que, durante la fugaz dominación de la ciudad, cometieron el tipo de atrocidades que ter-

minarían por justificar la notoriedad de los caballeros occidentales en el mundo musulmán. Pese a que difícilmente merezca el título de «cruzada anterior a las cruzadas»,[17] la expedición a Barbastro hizo que creciera el interés que suscitaban los asuntos españoles al otro lado de los Pirineos. Una de sus consecuencias fue el endurecimiento de la actitud hacia los musulmanes, una severidad basada en la ignorancia y en el doble hecho de que los cristianos estuviesen escasamente familiarizados con la cultura vecina y de que la espiritualidad del papado reformado fuera de índole castrense. España se convirtió en una especie de campo de pruebas en el que debían dirimirse las reivindicaciones por las que la iglesia de Roma reclamaba para sí la dirección de la cristiandad en dos frentes: el de la imposición a la iglesia española de una liturgia romana en vez de mozárabe y el del combate contra el islam. En el año 1073, en una de sus afirmaciones características, Gregorio VII sostuvo que España «pertenecía a san Pedro desde los tiempos antiguos». Y añadía: «Ni siquiera hoy», pese a la prolongada ocupación de los moros, «incumbe a mortal alguno..., ya que únicamente atañe a la sede apostólica». Apenas puede por tanto sorprendernos que cuatro años más tarde Alfonso VI empezara a denominarse a sí mismo «emperador de España entera» a fin de conservar su libertad de acción.[18] La penetración de la orden cluniacense en la región septentrional de España a lo largo del siglo xi reforzó los intereses de la iglesia. En el año 1064, en lo que era una señal más de la acelerada rapidez con que se estaba verificando la transmisión religiosa y cultural a través de los Pirineos, Ramón Berenguer I de Barcelona promulgó la Paz y la Tregua de Dios.

Al llegar la década de 1080, la participación militar extranjera en las lucrativas guerras ibéricas había pasado a ser un hecho familiar, y lo mismo había ocurrido con las costumbres matrimoniales de los príncipes y princesas españoles, que se habían habituado a buscar cónyuge al norte de los Pirineos. En el año 1068, Sancho I Ramírez de Aragón se unió con la hermana del conde Ebles de Roucy, quizá como parte de un pacto destinado a conseguir que este le apoyara militarmente en sus luchas contra los reyes de taifas, componenda que cinco años más tarde todavía seguía fomentando el papado. Alfonso VI tuvo cinco esposas en su intensa y complicada vida marital: se casó con una hija del duque de Aquitania (Gui-

llermo VIII, uno de los veteranos de la campaña de Barbastro, años 1064 a 1065) y con una hermana del duque de Borgoña, además de con otras dos francesas y una italiana. Entre los maridos de sus hijas (no sobrevivió ninguno de sus hijos legítimos) figuraban dos personajes íntimamente relacionados con la casa ducal de Borgoña y Roger II de Sicilia. De sus hijas ilegítimas, una se casó con Raimundo IV de Tolosa, un monarca que había participado en las guerras españolas y acaudillado la Primera Cruzada, y otra contrajo matrimonio con el sobrino del duque de Borgoña. En términos dinásticos, el reino de León y Castilla había pasado a formar parte del linaje integrado por los gobernantes de la Europa occidental, pese a que en el ámbito doméstico Alfonso conservara gustos locales; una de sus amantes, Zaida, era nuera del emir de Sevilla.[19]

Dos fueron los acontecimientos que transformaron la renovada definición de la Reconquista que figura en algunos textos de finales del siglo xi y la asociaron con la tradición de la guerra santa: la invasión de España por los fundamentalistas almorávides marroquíes y el desarrollo de la política papal de fomento de la guerra de expiación, política que condujo a la Primera Cruzada. Los almorávides, una secta de austeros fundamentalistas islámicos venidos de su terruño original, situado en las lindes del Sáhara, habían conquistado Marruecos a principios de la década del 1080. Estos almorávides, representantes de una vertiente cultural muy distinta a la caracterizada por el refinamiento de los árabes mediterráneos que gobernaban al-Andalus, unían el fanatismo de los conversos a la belicosidad de los extraños. Eran los *al-Murabitun,* «pueblos del *ribat*», zona de monasterios defendidos militarmente y situados en la frontera del islam que imponían una estricta observancia a sus seguidores, súbditos y vecinos mediante la fuerza de la fe y las armas. La religión se encontraba en el núcleo de su agresiva política. A mediados de la década de 1080 estaban listos para extender su autoridad al otro lado del estrecho de Gibraltar y penetrar en al-Andalus, tanto si los gobernantes musulmanes de la región les daban la bienvenida como si no, circunstancia esta última que se verificó prácticamente en todos los casos. Los almorávides mostraban a los reyes de taifas, que a sus ojos se hallaban sumidos en una pura decadencia corrupta, el mismo desprecio que les inspiraban los infieles cristianos. A su vez, los emires de al-Ándalus, en no menor medida que sus vecinos y so-

cios cristianos, consideraban a los invasores marroquíes como una amenaza para su poder y la totalidad del sistema político del que obtenían beneficios mutuos. No obstante, en el año 1085, dada la creciente presión que había comenzado a ejercerse desde el norte como consecuencia de la toma de Toledo por Alfonso VI, apenas les quedó más opción a los emires de las taifas, encabezados por el de Sevilla, que la de solicitar la ayuda de los almorávides. La invasión, capitaneada por Yusuf ibn Tashfin, se saldó con la derrota de Alfonso en Sagrajas, en el año 1086. A lo largo del siguiente cuarto de siglo, mediante la utilización de la fuerza, la coerción y la diplomacia, los almorávides absorbieron los restantes emiratos de las taifas —el último de los cuales, Zaragoza, cayó en el año 1110— y los incorporaron a su imperio.

La adopción de un nuevo concepto agresivo de la guerra santa cristiana fue una respuesta directa a esta nueva amenaza que se cernía sobre el territorio y el cómodo sistema de las parias. No obstante, pese a las declaraciones oficiales de la iglesia, la percepción que se tenía no era la de que esa situación definiese un simple conflicto religioso general. Los autores cristianos de la España del siglo XII subrayaron repetidamente la distinción entre los musulmanes de al-Andalus, a los que en ocasiones se daba el nombre de «agarenos», con quienes se podía hacer negocios, y los invasores venidos de fuera, a los que se adjudicaba el apelativo de «moabitas», con quienes no era posible observar la misma conducta.[20]

Dispuestas así las condiciones de esta nueva situación política, se produce la aparición de cierto número de soldados extranjeros que difunden la ideología y las instituciones propias de la guerra de expiación. En 1089, quizá como respuesta a las noticias que señalaban que se había verificado ya la invasión almorávide de ese año, Urbano II ofreció a quienes cooperasen en la reconstrucción de la ciudad y la iglesia de Tarragona el mismo perdón de los pecados que se concedía a cuantos realizaban, como penitencia, la peregrinación a Jerusalén —oferta que se repitió en el año 1091—. El hecho de contribuir a la defensa de Tarragona, situada en el límite mismo de la costa, a unos ochenta kilómetros al sur de Barcelona, constituía una penitencia, ya que la ciudad había sido construida con la intención de que actuase, «para los cristianos, como muro y bastión (literalmente "parapeto") frente a los sarracenos».[21] Esta

mezcolanza entre las nociones de una guerra justa religiosa y defensiva y la absolución de los pecados, asociación definida por analogía con la penitencia extrema que suponía la peregrinación a Jerusalén, muestra en qué sentido se orientaban las ideas papales. El comienzo de la Primera Cruzada no hizo que Urbano desistiera de brindar apoyo al empeño de Tarragona. El papa trataba de remachar la idea de que los condes locales no debían cumplir su solemne voto de acudir a Jerusalén yendo a Oriente, sino que harían mejor en combatir a los musulmanes más cerca de sus terruños. Esta esperanza no logró un éxito completo. Existen pocas pruebas de que la causa de Tarragona gozara de popularidad, y sin embargo hay bastantes más de la implicación española en la campaña misma de Jerusalén. No obstante, el éxito de la Primera Cruzada tuvo una notable repercusión en España, al igual que en otros lugares. En el año 1100, Pedro I de Aragón había abrazado la cruz para ir a Jerusalén. Un año después, cuando aún pugnaba por anexionarse Zaragoza, hizo ondear los pendones de la cruz en el cerco impuesto a la ciudad y construyó, para intimidar a sus habitantes, una fortaleza a la que se conoció con el sobrenombre de «Juslibol»,* es decir, «Dios lo quiere», el lema de Clermont.[22]

La incorporación de los instrumentos formales asociados a la actividad cruzada —bulas, indulgencias, privilegios temporales, cruces— vino impulsada por la más amplia y antigua vinculación entre el ímpetu de conquista cristiano y la guerra de religión. Según revelan las crónicas de las primeras campañas que se libraron contra los moros en el siglo XII, se reorganizó el pasado a fin de poder incluir en él la guerra santa. A partir del año 1115, aproximadamente, empezaron a surgir referencias al santo patrón, Santiago Apóstol, que lo describían como «caballero de Cristo», alusiones que, al parecer, escandalizaron a un personaje griego que visitaba el país, lo que sugiere que el reciente papel que desempeñaba el santo debía de ser realmente novedoso.[23] También se enroló a otros santos en la providencial misión de reconquista —tal fue el caso de Jorge en Aragón y Cataluña, e incluso, extrañamente, el del erudito del siglo VII, Isidoro de Sevilla, muy conocido en León—, y lo mismo se

* Esta denominación es una corrupción del romance aragonés antiguo ***Deus o vol. (N. de los t.)***

hizo con el culto a la Virgen María. Ya perteneciesen al acerbo local o se los hubiese aceptado como propios, siendo de otros lugares, estos aliados celestiales dieron amparo a los argumentos con los que el pontífice trataba de promover la idea de que la Península era propiedad de san Pedro. Pero la aceptación de la cruzada topaba asimismo con otros límites. Los autores del siglo xii que habían observado de cerca las acciones bélicas continuaban escribiendo crónicas en las que se afirmaba que la interacción entre los cristianos y los musulmanes de al-Andalus no era violenta. Incluso el relato épico de principios del siglo XIII sobre la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, el *Poema de Mió Cid,* confiesa la amistad que unía al héroe con algunos musulmanes y no enumera menos los defectos de los compañeros cristianos de Rodrigo que los de los moros. Como sucede con la *Historia Roderici,* compuesta un siglo antes, difícilmente puede considerarse que sea esta una literatura «de cruzadas».[24] Pese al goteo de bulas papales que comienza a producirse a partir de las primeras décadas del siglo XII, la guerra santa no quedó injertada en los conflictos españoles sino de forma gradual, y, desde un punto de vista ibérico, incompleta. No todas las guerras posteriores que se libraron contra los musulmanes fueron cruzadas. La actividad cruzada no determinaba, como a menudo sucedía en el Mediterráneo oriental, la agenda militar y política, sino que dependía de ella, ya que su responsabilidad se limitó a dar configuración a las mentalidades, no a las estrategias. La asociación entre la idea de santidad y las luchas de defensa y conquista arrojaba dividendos prácticos, no solo en relación con el empleo de las órdenes militares en los asentamientos próximos al frente y en las campañas mismas, sino también en lo tocante a la posibilidad de instituir tributos a beneficio de la iglesia o del laicado. No obstante, los musulmanes de la península Ibérica rara vez suscitaron entre los cristianos de este mismo territorio la sistemática demonización que la retórica occidental había forjado en las zonas alejadas del frente de la cruzada. La convivencia española, pese a que en ningún caso pueda resumirse en la paradisíaca situación de armonía multicultural que algunos han imaginado, evitó los peores excesos de odio religioso que acompañaron la pugna por la supremacía que aún habría de retumbar y suscitar choques durante el siglo y medio que siguió a la Primera Cruzada. El corrupto legado de la enraizada intolerancia y la

persecución racista que precedieron a la expulsión de los españoles de fe no católica fue más propio del período posterior a la culminación *de facto* de la Reconquista —con la excepción del caso de Granada—, es decir, del que abarca los años intermedios del siglo XIII, que de la anterior época de activo quehacer cruzado.[25] No obstante, los estereotipos cruzados influyeron efectivamente en las condiciones que generaron el excepcional carácter de que dio muestras el catolicismo en la España de finales del siglo xv y principios del xvi, y sirvieron para justificar la discriminación interna, aunque esta contara ya con el respaldo de un incentivo externo permanente: el de la reconquista de Jerusalén. De este modo, la imagen que tenían de sí mismos los soldados de Cristo —la de haber sido bendecidos con un singular favor y cargar sobre sus hombros con una encomienda particular—, una imagen que en tomo al año 1500 había impregnado ya la cultura oficial española, era una consecuencia indirecta de la experiencia histórica vivida con la cruzada de la propia Reconquista.[26]

La GUERRA SANTA

Debido a la analogía que la asimilaba a ella, la Primera Cruzada contribuyó a definir la aplicación de la guerra santa a la Reconquista de España. Pese a que Pascual II vinculara algunos actos de remisión de los pecados con distintas campañas españolas, la parafernalia entera habitualmente asociada a las cruzadas, en la que cabe incluir el rito de abrazar la cruz, se utilizó en el ataque que lanzaron con efímero éxito los písanos, en unión con los catalanes y los franceses del mediodía, contra las Islas Baleares entre los años 1113 y 1114. Y es incluso posible que también se empleara en la frustrada ofensiva que planeaba realizarse contra Tortosa en 1115. El asedio de la ciudad de Zaragoza, que Alfonso I de Aragón logró culminar con éxito en 1118, hizo que se concediera una indulgencia papal a los fallecidos, y contribuyó, siguiendo la tradición que se instaurara en Tarragona tras el llamamiento lanzado en 1089 por Urbano II, a la erección de la nueva iglesia de la ciudad y a la organización de su clero. La actitud a la que el papa se atenía sistemáticamente radicaba en la noción de que la guerra que los españoles libraban contra el

islam resultaba tan útil, y por tanto tan meritoria, como las guerras emprendidas en favor de la recuperación de Tierra Santa, pese a que no contasen con símbolos ni privilegios equivalentes. El Primer Concilio Lateranense, celebrado en el año 1123 y convocado por Calixto II, antiguo legado pontificio en España, confirmó la identificación entre una y otra contienda al agrupar en una misma categoría tanto a quienes habían abrazado la cruz para dirigirse a Jerusalén como a quienes lo habían hecho para luchar en España (canon IX).[27] Al mismo tiempo, Calixto garantizó a los *crucesignati* que acudían a España para participar en la expedición que se planeó en Cataluña en época de los legados del arzobispo de Tarragona «una remisión de los pecados idéntica a la que concedemos a los defensores de la iglesia de Oriente».[28] En 1125, en el otro extremo de la Península, el arzobispo Diego Gelmírez de Santiago retomó la asociación entre los elementos lingüísticos y los teológicos, insertándolos en un grandioso plan aparentemente concebido para llegar a Jerusalén a través del norte de Africa: «enrolémonos en las milicias de Cristo... tomemos las armas... por la remisión de los pecados».[29] No obstante, como ya sucediera con el plan pontificio, que preveía realizar en 1123 una cruzada general en España, la ambición del arzobispo terminó malográndose. En general, el conjunto de rituales que acompañaban a la actividad cruzada se mostraba más efectivo cuando venía a encajar en unos planes previos, no cuando se pretendía estimular con él la acción misma, a la manera de lo que ocurría en muchas de las campañas del Mediterráneo oriental. Es notable la regularidad con que los otorgamientos pontificios asociados a las cruzadas vinieron a responder a las demandas de los gobernantes locales de la península Ibérica. Quizá la influencia que ejerció la parafemalia formal de la guerra santa de Jerusalén en las aspiraciones bélicas tuviera un mayor significado que su propio funcionamiento. Entre sus promotores, se extendió gradualmente la consideración de que las guerras de España debían comprenderse en los términos establecidos por el vasto conflicto que había definido la guerra de Jerusalén. Esta reorganización de la comprensión de la empresa no fue ni universal ni invariable. Con todo, era evidente que impregnaba las crónicas de León y Castilla, y lo que resulta aún más sorprendente, también las disposiciones testamentarias que dejara escritas en 1131 Alfonso I de Aragón y Navarra (fallecido en el

año 1134), que abandonó su reino junto con los Templarios, los Hospitalarios y los Canónigos del Santo Sepulcro. Diez años antes de su muerte, Alfonso había tratado de fundar una *militia Christi,* concebida a partir del modelo de los Templarios y encargada no solo de la misión de combatir a todo musulmán, sino de desbrozar, al modo del arzobispo Gelmírez, un nuevo camino que condujera a Jerusalén.[30]

La experiencia de los últimos años de la década de 1140 vino a resaltar hasta qué punto influían en la guerra santa ibérica los requerimientos locales que coincidían con los más solemnes designios cruzados, es decir, en este caso, con la Segunda Cruzada. Los genoveses habían atacado en el año 1146 el puerto de Almería, situado en la costa meridional andaluza, y los cronistas de la época habían descrito la expedición en términos totalmente laicos. Al año siguiente, aliados con Alfonso VII de Castilla, los genoveses renovaron su ataque, aunque esta vez el choque había sido elevado a la categoría de guerra santa sin que le faltara detalle, ni siquiera el de la remisión de los pecados. Alfonso captó aliados para que se unieran al empeño valiéndose de la promesa de la «redención de las almas», y poco después obtuvo de Eugenio III confirmación de que, en efecto, el nuevo ataque contra Almería no solo contaba con los privilegios anunciados, sino que estos serían de efecto retroactivo, según consta en la bula *Divina dispensatione* (abril de 1147).[31] En octubre de 1147, los cristianos tomaron Almería. Dejando a un lado el hecho de que disfrutara de los privilegios propios de las cruzadas, la campaña de Almería carecía, por su concepto y su ejecución, de vínculos directos con la más ambiciosa expedición a Oriente. En 1148 se aplicó a la acometida catalano-genovesa contra Tortosa, en la desembocadura de Ebro, un nuevo otorgamiento pontificio de indulgencias cruzadas, unas indulgencias «que el papa Urbano concedía a todos aquellos que participasen en la liberación de la iglesia de Oriente». En diciembre de 1148, tras cinco meses de asedio, se conquistó Tortosa.[32] La campaña de Tortosa reclutó, entre otros efectivos, a veteranos que habían intervenido en la operación de Almería y en el exitoso asedio de Lisboa (realizado entre julio y octubre de 1147). No obstante, resulta notable que, a diferencia de las empresas aragonesas y catalanas de los años 1147 y 1148, la expedición a Lisboa no parezca haber instado al pontífice a promulgar explícita-

mente una bula de cruzada específica, con lo que la invitación portuguesa a los cruzados de Tierra Santa, pese a haber sido contemplada durante largo tiempo, parece a esta luz, por comparación, bastante más oportunista.

El fracaso de la Segunda Cruzada en Oriente enfrió el entusiasmo que las cruzadas entendidas al modo de la guerra santa despertaban en el papa, y probablemente refrenara también el de las masas populares. No obstante, las condiciones locales, tanto en España como en el Báltico, espolearon de manera ininterrumpida la identificación de lo que era un conflicto laico con una guerra de religión. El hecho de que los almohades, agrupados bajo la denominación de *al-Muwahhidun,* esto es, los «Defensores de la unidad divina», plantearan una nueva amenaza a las conquistas cristianas prestó nuevo vigor a esta asociación de ideas. Los *al-Muwahhidun,* fundamentalistas unitarios oriundos del sur de Marruecos, como los almorávides, trataban de depurar el régimen almorávide, cada vez más corrupto, y de devolver al Magreb y a al-Ándalus la pureza y la vehemencia espirituales del islamismo primitivo. Antes incluso de abandonar su austeridad inicial, los almorávides habían puesto el acento en una observancia legalista de las normas y regido un régimen teocrático muy laxo. Los almohades, encabezados por quien había dado inicio a su movimiento, Mohammed Ibn Tumart (que falleció en el año 1130 y a quien sus seguidores, que le consideraban el *mahdi** asociaron este título a su persona en 1121), así como por su sucesor, ‘Abd Al-Mu’min, aniquilaron el poder de los almorávides en el Magreb y a partir del año 1146 comenzaron a infiltrarse en España a través del Estrecho. (En 1159 fundaron una ciudad en Gibraltar.) Pese a que al principio la amenaza que representaban recayese fundamentalmente en los emires, que habían vuelto a obtener cierta autonomía al decaer, a partir de la década de 1120, la autoridad de los almorávides, los gobernantes cristianos habrían de advertir muy pronto la pujanza de esta nueva potencia. Hacia el año 1173, los almohades, conducidos porYusuf I (1163-1184), se habían anexionado ya la al-Ándalus continental. Durante el siguiente cuarto de siglo, los almohades desbarataron buena parte de los avances

* Es decir, el enviado por Dios para purificar la religión y hacer que reinen la justicia y la fe verdadera. *(N. de los t.)*

logrados por los cristianos a lo largo de las generaciones anteriores. En 1195, derrotaron a Alfonso VIII de Castilla en Alarcos, junto al río Guadiana, y continuaron su penetración por el valle del Tajo. No obstante, en el desarrollo de los acontecimientos intervino, incluso en este caso, la complejidad de la política española. En Alarcos, hubo al menos un noble castellano desafecto que luchó en el bando de los almohades y que en el año 1196 capitaneó un regimiento musulmán que se había asociado mediante un pacto al ejército con el que Alfonso IX de León invadió Castilla.[33] El avance almohade no sirvió más que para añadir un nuevo aliado potencial a los belicosos reyes cristianos, enfrentados entre sí. En 1197, en un intento de imponer la unidad cristiana, el nonagenario papa, Celestino III, llegó incluso a convencerse de que era necesario autorizar la concesión de todos los privilegios asociados a las cruzadas de Oriente a cuantos lucharan contra el renegado Alfonso IX.[34] Si alguna vez la cruzada española fue una simple guerra de religión, debió de ser únicamente en las crónicas doradas por el tiempo.

La iniciativa que empujó a Celestino III a promulgar una cruzada contra el rey cristiano Alfonso IX, pese a suscitar, al menos de forma patente, una escasa respuesta, demostró hasta qué punto la violencia que contaba con el beneplácito de la iglesia había llegado a verse dominada por la mecánica rectora de la contienda de Jerusalén. En el año 1166, un concilio eclesiástico celebrado en Segovia había propuesto conceder las indulgencias de Jerusalén a todos aquellos que defendieran el reino de Castilla de la invasión. En torno a los primeros años del siglo XIII, los privilegios asociados a las cruzadas habían pasado a ser un elemento corriente y aceptado de las empresas bélicas de la iglesia. No obstante, Celestino tenía un interés de orden más personal en la política ibérica. Siendo todavía el cardenal Jacinto, había estado ejerciendo las funciones de legado pontificio en la Península entre los años 1154 y 1155, y 1172 y 1173. En ambas ocasiones había promocionado la concesión del rango de cruzada a la Reconquista, asociación que reactivó durante su pontificado, al enviar a España, en calidad de legado, a su sobrino, Gregorio de Sant'Angelo.[35] Pese a que el compromiso de Celestino revelara el contraste entre la retórica de la guerra santa y la realidad de la política laica, su larga carrera fue testigo de la consolidación de una tradición cruzada que, pese a reflejar a un

tiempo la ausencia general de actividades cruzadas entre los años 1149 y 1187 por un lado, y su posterior reanudación y generalización por otro, presenta distintos rasgos.

La más obvia de esas características fue la utilización de las órdenes militares, ya tuviesen estas alcance internacional o local, como tropa de guarnición de las regiones fronterizas comprendidas entre el sur de Aragón y Portugal.[36] Como receptoras de limosnas, donaciones de tierras, aldeas y castillos, las órdenes militares desempeñaron un papel central tanto en la política como en las campañas de la Reconquista, posición que se vio reflejada en la determinación con la que se aplicaron a controlarlas los sucesivos gobernantes. Todos los reinos crearon su propia orden militar, y respaldaron además a las de los Templarios y los Hospitalarios, que actuaban como modelos para el resto de hermandades. En la década de 1140 ya se había extendido la costumbre de emplear a estas dos órdenes internacionales como formaciones militares, en vez de limitar su papel al de meras beneficiarías de cesiones de tierras. En el plazo de treinta años, todos los reinos, excepto el de Navarra, habían instituido sus propias órdenes, aunque sin dejar por ello de contar con los servicios de los Caballeros del Temple y los padres Hospitalarios, en especial en Aragón y Cataluña. Algunas de las nuevas fundaciones lograron perdurar: entre ellas figuran las de Calatrava (1158) en Castilla; Santiago (1170) y San Julián de Pereiro, más tarde conocida con el nombre de Orden de Alcántara (hacia el año 1176) en León; y Évora, posteriormente denominada Orden de Avís (en tomo al año 1176), en Portugal. A lo largo de esta misma época, se estableció igualmente cierto número de órdenes de vida más efímera, cada una de ellas radicada, al igual que las cofradías de carácter más permanente, en castillos situados en las fronteras que, en muchos casos, les confirieron su nombre además de servirles de cuartel general. Una de estas órdenes, la de La Merced (c. 1230), fue fundada en Barcelona para auxiliar a aquellos que, cautivos de los moros, debían pagar rescate para obtener la libertad, tarea en la que contó con el apoyo de la orden francesa de la Trinidad.[37] Aunque es frecuente que los detalles hayan quedado oscurecidos, la iniciativa por la que se procede a la fundación de estas órdenes parece haber emanado de cierto número de aristócratas devotos (o, en el caso de los mercedarios, de un rico comerciante), aunque con el estímulo y el patrocinio de los reyes y de

las jerarquías de la iglesia. Las órdenes de mayor tamaño comenzaron muy pronto a asemejarse a las órdenes militares de Tierra Santa por una circunstancia: la de ser capaces de captar inversiones internacionales. Hacia el año 1200, la Orden de Santiago contaba con propiedades que se extendían desde las Islas Británicas hasta la provincia austríaca de Carintia. La cronología de las fundaciones, centrada en la segunda mitad del siglo XII, sugiere que la institucionalización de la guerra santa no fue una consecuencia inmediata de los éxitos cosechados por la Reconquista a lo largo del siglo anterior y tampoco de los obtenidos por la Primera Cruzada. La presencia de estas órdenes influyó en el modo en que se verificó la progresión de la Reconquista, y desempeñó asimismo un papel muy destacado tanto en la política nacional como en las guerras intestinas en que se hallaban enzarzados los gobernantes cristianos. No obstante, únicamente al ir aproximándose el momento en que habrían de culminar las principales conquistas de al-Andalus comenzaron a recibir las órdenes de Alcántara (1238) y Calatrava (1240) los privilegios permanentes que el papa concedía, ya que fue entonces cuando este decidió otorgar indulgencias a todos aquellos que hubieran combatido contra los moros junto a estas hermandades y crear, específicamente para ellas, la noción de un tipo de «cruzada eterna» que habría de aplicarse más tarde, ya en el siglo XIII, a las actividades encomendadas en el Báltico a los Caballeros Teutónicos. En congruencia con lo anterior, la actividad cruzada de España, a pesar de proporcionar un marco en el que poder dar cauce al entusiasmo laico y de contar además con instituciones con las que conservar lo conquistado —en forma de hermandades militares—, no dejó de ser en ningún momento un elemento complementario o de segundo orden, no solo respecto de las consideraciones laicas, sino de la antigua asociación de la conquista cristiana con la guerra de religión.

Otra característica de la actividad cruzada que se observa en España radica en el hecho de que los otorgamientos papales procuraran complacer a dos públicos diferentes. En el interior de la Península, los privilegios cruzados vinieron simplemente a sustentar la previa convicción de que el combate contra los ejércitos de infieles, así como la determinación de conquistar tierras destinadas, aparentemente, a la cristiandad, eran señales que indicaban a un tiempo que el país había recibido la encomienda de una particular misión y

que era justa la propia causa. Es difícil calibrar el efecto que pudieron haber ejercido sobre los alistados cada uno de estos planteamientos. Las guerras se habrían librado en todo caso, aunque dichos puntos de vista no se hubieran generalizado, e igualmente en todos los casos se habría señalado que su causa era justa y debida a motivos religiosos. La movilización de ejércitos se ajustaba a las pautas laicas asociadas a las obligaciones militares y al clientelismo. Se emplazaba a la tropa de igual manera que en cualquier otra guerra, y las condiciones para su prestación de servicio eran las mismas, tanto en términos de duración como de dotación económica, que las vigentes en las guerras laicas o sin relación con las cruzadas. Tanto la paga como la participación en el botín de guerra mantenían la cohesión de los ejércitos. Es posible que la iglesia se haya sentido más obligada a contribuir a los empeños cruzados, dado que albergaba la expectativa de obtener nuevas tierras y obispados. Los privilegios cruzados se concebían también, en especial los incluidos en los llamamientos de orden general del tipo instituido por Calixto III en el año 1123, para alentar la ayuda extranjera, ya que uno de los principales papeles que desempeñó la cruzada en la Reconquista española fue el de actuar como mecanismo internacional de reclutamiento de tropas. También se ponía especial empeño en captar el interés de determinadas regiones, como la del sur de Francia. Hubo algunas excepciones, como las de los años 1189 a 1190 y 1217, fechas en que los cruzados que se dirigían al Mediterráneo oriental prestaron auxilio a los gobernantes locales y les ayudaron a materializar las nuevas conquistas que estos pretendían a lo largo del litoral meridional de la península Ibérica, de acuerdo con una práctica que ya venía siendo habitual desde los años 1147 a 1148. A pesar de ello, la importancia de la ayuda procedente del otro lado de los Pirineos se vio en gran medida restringida al período que finaliza con el mayor hito triunfal de la Reconquista: el acaecido en Navas de Tolosa en el año 1212. Después de esa fecha, pese a que los extranjeros continuaron realizando campañas bélicas en la Península y ocupando las nuevas plazas conquistadas, como Sevilla (tomada en el año 1248), las cruzadas comenzaron a convertirse, de forma cada vez más patente, en un elemento secundario respecto de las prioridades, esto es, la expansión del territorio nacional y, en el ámbito interno, el avance del proceso de construcción estatal. El hecho

de que los sucesivos gobernantes de Cataluña y el Languedoc fracasaran en su empeño de crear un reino unificado que se extendiese desde el Ebro hasta el Ródano agravó las dificultades asociadas a esta creación de soberanía derivada de la cruzada española.

La campaña de las Navas de Tolosa contribuyó decisivamente a esta evolución de los acontecimientos. En la batalla que se libró el 16 de julio de 1212 obtuvo la victoria una coalición de monarcas españoles integrada por Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra. Pese a que unos cuantos aliados del norte capitaneados por el arzobispo Amaldo Amaury de Narbona permanecieron en el ejército cristiano durante la batalla, el grueso de los soldados franceses había abandonado la campaña quince días antes, ya que sus integrantes no solo se sentían descontentos por la falta de acción y de botín, sino también agobiados por el calor estival. Por otra parte, el duque de Austria aún no había llegado. De este modo, pudo proclamarse que la victoria obtenida sobre Muhammad al-Nasir (1199-1214) y su nutrida hueste de almohades había sido una hazaña específicamente española, y vino por tanto a encajar en una narrativa asociada a la Divina Providencia en la que se resaltaba la venganza que ahora se cobraban las tropas castellanas, aragonesas y navarras por la derrota «española» del año 711. Pese a que se hubiera visto acompañada por el habitual despliegue de elementos propios de la actividad cruzada, la campaña se había sostenido gracias a los recursos laicos de Castilla. Alfonso VIII había financiado la totalidad de la empresa, ya que había corrido con los gastos generados por la parte más importante de las tropas de la coalición, incluyendo los estipendios destinados a Pedro II y a su ejército aragonés, además de suministrar caballos al poco fiable ejército francés. Para poder permitirse estos desembolsos, Alfonso había exigido a la iglesia castellana el abono de una colosal ayuda obligatoria equivalente al cincuenta por 100 de sus ingresos anuales. El cobro de la suma quedó fijado para la Pascua de Pentecostés del año 1212, en la ciudad castellana de Toledo. La campaña de las Navas tuvo hondas consecuencias, aunque ambiguas. La asociación de la Reconquista con las instituciones propias de la actividad cruzada no consiguió disimular el hecho de que el éxito dependiera, en particular, del vigor nacional de Castilla, dependencia que se vio confirmada en el año 1213, tras morir Pedro II en Muret, durante la cruzada albigen-

se —fallecimiento marcado por la circunstancia de que el rey hubiera muerto, como cruzado, a manos de otros cruzados—. La victoria de las Navas de Tolosa dejó Andalucía expuesta a la agresión castellana. Fue un triunfo que socavó fatalmente el prestigio y el poder de los almohades, tanto en España como en Marruecos, lugar en el que falleció al-Nasir, desmoralizado, en 1214. Es posible que el precedente económico ejerciera una muy directa influencia material, ya que a partir de ese momento los sucesivos monarcas ibéricos explotaron a la iglesia a fin de financiar sus guerras. En este sentido, cabe destacar particularmente el hecho de que se apropiaran de una tercera parte de los ingresos recaudados por el diezmo eclesiástico (las tercias), así como la circunstancia de que desviaran los fondos que se obtenían gracias a la tributación al clero y que en principio estaban destinados a prestar apoyo a las campañas de Tierra Santa. Unidas al abanico de exacciones extraordinarias y de préstamos forzosos que recaudaba el laicado, las necesidades de la Reconquista fortalecieron materialmente el poder fiscal, y por tanto el vigor político del Estado en la Iberia del siglo XIII, en lo que fue el duradero legado de la concentración de recursos con la que se había logrado el triunfo de las Navas.[38]

En el plazo de cuarenta años, el único elemento político que quedó de la al-Ándalus musulmana fue el emirato de Granada, que quedó reducido a la condición de tributario de Castilla. Conforme el descompuesto imperio almohade fue cayendo, con rapidez cada vez más acentuada, en manos cristianas, la cruzada española adquirió progresivamente un resuelto sabor local. No se produjo ya ningún nuevo contraataque musulmán capaz de provocar el miedo de toda la cristiandad occidental. Cuando en el año 1234 el reino de Navarra recayó sobre los hombros de Teobaldo I, conde de Champaña (1201-1253), el nuevo gobernante francés prefirió abrazar la cruz y dirigirse a Tierra Santa, no a Andalucía. Los grandes reyes militares del siglo XIII, Fernando III de Castilla (y de León a partir del año 1230), así como Jaime I de Aragón, el Conquistador, hicieron retroceder tímidamente la frontera musulmana en nombre de Dios. Todos coquetearon con la idea de trasladar la lucha más allá de los límites de la Península, a África o a Palestina. Sin embargo, ninguno de ellos logró verse respaldado por un compromiso equiparable al que condujo a su contemporáneo, el rey Luis IX de

Francia, hasta el Nilo (1249-1250), pese a que Jaime I, en su condición de estadista decano de la cristiandad, enviara un regimiento aragonés a Oriente en el año 1269 y desempeñara un papel que podríamos considerar central —aunque difícilmente quepa calificarlo como positivo— en los planes que se fraguaban en 1274 con vistas a una nueva cruzada en el este. Algunas conquistas se vieron acompañadas de gestos tendentes a la restauración y la purificación religiosas, gestos cuyo objetivo declarado era el de ampliar los límites de la fe cristiana. Cuando Fernando III tomó la ciudad de Córdoba en 1236, devolvió a la catedral de Santiago de Compostela las campanas de las que se había apoderado Almanzor en el año 997 y que habían estado depositadas desde entonces en la gran mezquita cordobesa. En otros lugares, el asedio de la plaza de Valencia (1238) atrajo a reclutas ingleses y franceses, y Sevilla (conquistada en el año 1248) fue repoblada en parte por cristianos llegados del extranjero, ya que era preciso remplazar a los musulmanes expulsados. No obstante, una gran parte de la tarea asociada a la Reconquista fue la de la negociación y el concierto de las libertades religiosas, jurídicas y civiles de los conquistados, como sucedió con la anexión de Mallorca (1229) y Valencia (1231-1238) por parte de Jaime I, así como con la ocupación de Murcia por Fernando III en el año 1243. La mayoría de población del reino de Valencia, de confesión musulmana, permaneció en él, pese a que Jaime I hubiese abrazado la cruz en 1232 a fin de expresar simbólicamente sus nuevas señas de identidad religiosas. Los escasos intentos de conversión apenas revistieron importancia, aunque algunos musulmanes apostataran, como Abu Zaid, rey de Valencia, depuesto en 1229 y aliado de Jaime I. Abu Zaid bue bautizado con el nombre de Vicente. En el año 1245, su hijo, Al-Hasan, por entonces gobernador del puerto atlántico marroquí de Salé, se ofreció en vano a convertirse y a poner la ciudad en manos de la Orden de Santiago como prolegómeno a la conversión del Magreb.[39] Tras las conquistas, musulmanes y cristianos invirtieron, en muchos sentidos, sus papeles. De este modo, los mudéjares pasaron a constituir ahora una clase protegida de ciudadanos de segunda categoría. En algunas regiones se mantuvo durante siglos el sonido de las llamadas del muecín a la oración, para creciente incomodidad de sus vecinos cristianos. Pese a que se crearon nuevos paisajes, tanto sa-

grados como laicos, y a que se promovieron nuevas acciones —desde el estímulo de la inmigración cristiana y la modificación de los topónimos árabes a la conversión de las mezquitas en iglesias—, al menos al principio la guerra santa no se tradujo en la imposición de una colonización sacralizada de las antiguas comunidades musulmanas de la al-Ándalus conquistada. El hábito de la adaptación perduró. En regiones como la de Valencia, las comunidades no cristianas negociaron su propio futuro, y su condición subordinada no degeneró en una discriminación convenida más que de modo muy gradual. No obstante, es un hecho que la posición social y los derechos de los mudéjares se deterioraron, proceso que continuó hasta que el recrudecimiento de la nueva vocación de defensa de la actividad cruzada desembocó en la imposición de una uniformidad cristiana intolerante y crecientemente racista en tiempos de los soberanos católicos Fernando II de Aragón e Isabel de Castilla, así como bajo el reinado de sus herederos, Carlos V y Felipe II. Con todo, las expulsiones y persecuciones de los mudéjares y los moriscos dan fe de que la actitud de los gobernantes ya no se atenía a los ideales cruzados que resultaban habituales en los siglos XII y xin, sino a una militancia agresiva de nuevo cuño que instó tanto a la tradición cruzada como al mito de la Reconquista a poner en movimiento su máquina de guerra.

Con la caída de Sevilla en el año 1248 se completaba la ofensiva principal de la Reconquista. En lo sucesivo, y cabe suponer que fuera algo que ya viniera sucediendo en años anteriores, la cruzada de España quedó subsumida casi en su totalidad en la corriente principal de la vida española, y si en alguna medida podía reclamar aún el título de ejercicio independiente de devoción religiosa, de empresa militar o de recurso económico, no era ya, en gran parte, más que de manera nominal. La ocasional reactivación de la guerra, como sucedió con la campaña contra los invasores benimerines procedentes de Marruecos, campaña que terminó con la derrota de los moros a manos de Alfonso XI de Castilla en la batalla de río Salado, en el año 1340, aún ponía en marcha la concesión de bulas de la cruzada. La mentalidad religiosa asociada a la actividad cruzada que se había venido fomentando y que se legó a los conquistadores aparece re-

flejada en su verdadera dimensión en los instrumentos fiscales y de expiación que esa misma mentalidad había generado, instrumentos como el de la «bula de la cruzada». Dichos útiles se convirtieron en elementos que la vida pública española conservó obstinadamente, en especial en Castilla, región que, superados los primeros años del siglo XIII, quedó transformada en el único reino cristiano separado de los moros de Granada por una frontera terrestre. La ideología de la cruzada y la Reconquista, reflejada en la ininterrumpida prominencia material de las órdenes militares, confirió un tinte providencial a la retórica del poder estatal y la identidad nacional.

Pese a que después del año 1300, aproximadamente, pueda rastrearse un signo del declive del militarismo fronterizo activo en el debilitamiento del culto a Santiago frente al de la Virgen María, la tradición de la guerra santa siguió viva bajo su atavío cruzado. Pese a la existencia de estrechos intercambios sociales y económicos a uno y otro lado de las barreras confesionales que recorrían Andalucía, Murcia y Valencia, para las clases caballerescas y aristocráticas, así como para sus patrocinadores regios y eclesiásticos, absortos en librar nuevas guerras contra los infieles —ya fueran musulmanes o paganos— en Granada, el Mediterráneo, el norte de Africa o el Atlántico, la identificación con la cruzada siguió constituyendo no solo un aliento cultural activo, sino un estereotipo. Pese a que sus capitanes observaran a los habitantes del oeste de Africa sin la influencia impuesta por el corsé de la estética cruzada, el príncipe portugués Enrique el Navegante (1394-1460) hizo suyas las aspiraciones cruzadas y realizó una campaña en el norte de África.[40] Aún en el año 1578, otro rey de Portugal, Don Sebastián, murió al mando de un ejército internacional que contaba con indulgencias y legados papales y que se había enfrentado a los moros de Marruecos en la batalla de Alcazarquivir. La penetración de la cristiandad latina en la islas del Atlántico oriental durante los siglos xiv y xv instó al papa a conceder otorgamientos a fin de contribuir a la expansión del cristianismo [41] La tradición ibérica facilitó que el genovés Cristóbal Colón, entusiasta partidario de las cruzadas, fuese escuchado con ánimo comprensivo. La cruzada sostuvo una de las líneas de justificación conceptual de la conquista de las Américas y también secundó, aunque de forma más vaga, la mentalidad subyacente a la trata de esclavos, que algunos consideraban un medio para la pro-

pagación del cristianismo. Lo que hizo posible todo esto fue la idea, muy popular en tomo al año 1500, de que la propia España constituía una Tierra Santa, de que sus habitantes eran los nuevos israelitas, templados y puestos a prueba en la llama de la Reconquista, como campeones de la causa divina contra los infieles que amenazaban la cristiandad desde el exterior o frente los herejes que la corrompían desde dentro.[42]

A finales del siglo xv, la reactivación de la misión cruzada —a la que se dotó de bulas papales al concretarse en la ofensiva contra Granada en el año 1585— guardaba con esta nueva catalogación de España, y en particular de Castilla, como otra Tierra Santa comprometida con una tarea encomendada por la Providencia, una relación tan estrecha como la que la vinculaba con las verdaderas tradiciones cruzadas de Aragón y Castilla. La toma de Granada, ocurrida en el año 1492, y los persistentes intentos realizados en el siglo xvi por conquistar la costa de Marruecos y Túnez infundieron nueva vida al mito de la Reconquista y al destino manifiesto de la España católica. En el plano interno, se utilizó esta situación para justificar la expulsión de los moros, los judíos y los moriscos, así como para afianzar el desarrollo de una sociedad abiertamente excluyente y proclive al racismo sectario. En el ámbito exterior, la consideración de la actividad cruzada como un rasgo propio, así como su proyección en la definición de la identidad nacional, moldeó la creación del imperio español, en ocasiones con extrañas consecuencias. En la remota América Central, los aliados locales con que contaban los conquistadores en Tlaxcala, una ciudad-estado situada al este de México, iluminaron el tratado firmado en 1538 en Aigues-Mortes por Carlos V y el rey francés Francisco I con una suntuosa representación en la que se mostraba al rey de España, a modo de anticipación de lo que se suponía hazaña inminente, como conquistador de Jerusalén. El día de Corpus Christi del año 1539, en presencia de la hostia consagrada, se realizó una espléndida exhibición en la que figuraban dos «ejércitos» cristianos abstraídos en las labores de asedio de la Ciudad Santa. Uno de esos ejércitos estaba integrado por europeos, y el otro obedecía las órdenes del virrey Antonio de Mendoza. Además, sus integrantes —pobladores de Tlaxcala y otros súbditos de la «Nueva España»— vestían sus propias ropas de guerra, sin que faltasen «plumas, emblemas [ni] escudos». Según parece, todos lo pa-

saron estupendamente bien. Pocas semanas antes, los mejicanos del este habían escenificado un espectáculo similar en el que se representaba el asedio de los turcos a la ciudad de Rodas.[43] A través de estas imágenes tradicionales de la actividad cruzada pasada y futura, la Nueva España iba asemejándose, en términos de cultura y fe, a la vieja. La asociación no era casual. La paz entre las grandes potencias cristianas de la Europa de principios del siglo xvi se presentaba por lo general asociada al horizonte de una nueva guerra santa contra el turco. Para algunos propagandistas españoles, el deber de defender y propagar el cristianismo había recaído únicamente sobre los hombros de España, «Madre de los héroes de guerra, confidente de los soldados católicos, crisol en el que se purifica el amor a Dios, tierra testigo de que el Cielo entierra a quienes al Cielo habrán de ir, como defensores de la más depurada fe».[44] Son palabras de Miguel de Cervantes. La cruzada y la Reconquista alimentó un nuevo mesianismo nacional que terminó por fundirse inseparablemente con la ideología imperial española y por vincularse, de forma más difusa, a la identidad cultural. A una distancia aún más remota en el tiempo de lo que México se hallaba en el espacio respecto de las contiendas medievales de la cruz, pero extrañamente más próximos en la esfera del sentimiento, el ímpetu y la longevidad del mito cruzado español, junto con sus implicaciones sociales y políticas, aún habrían de hallar pujante confirmación en el siglo xx en la insidiosa pero eficaz apropiación de que fueron objeto por parte del general Franco y sus elogiadores fascistas.

Capítulo 21

LAS CRUZADAS DE LA FRONTERA, EPISODIO SEGUNDO. EL BÁLTICO Y EL NORTE

«Deberán convertirse o serán borrados.»[1] Así anunciaba Bernardo de Claraval el hecho de que la aplicación de las indulgencias de Jerusalén quedara ampliada a la campaña emprendida en el verano de 1147 contra los eslavos paganos, o wendos,* situados entre los ríos Elba y Oder. Esta decisión, adoptada en la Dieta de Frankfurt en marzo de 1147, sentó las bases de lo que quizá pueda considerarse la más radical y eficaz asociación para la guerra santa y la expansión territorial. La actividad cruzada en el Báltico afectó a los destinos de todas las regiones que se encontraban al este del Elba, en una zona que describe un gran arco y que se extiende hacia el este a lo largo de la costa y en dirección norte hasta Livonia,** Estonia, Finlandia y los golfos de Finlandia y Botnia. La analogía empleada por Bernardo al comparar esta campaña con las guerras en las que se combatía por la recuperación de la Tierra Santa de Palestina proporcionaba una pátina religiosa a la limpieza étnica, a la explotación comercial y al engrandecimiento político, y se constituyó además en una justificación influyente, duradera y, para algunos, sinceramente

* También conocidos con el nombre de lusatianos o sorbos, aunque estas últimas no sean en realidad tribus idénticas, sino únicamente emparentadas. *(N. de los t.)*

** Antigua provincia báltica de Rusia, hoy dividida entre Letonia y Estonia.

sentida, del cruel proceso de apropiación de tierras, cristianización y germanización que habría de incorporar al redil de la cristiandad y al marco de la cultura occidental europea a las comunidades paganas del litoral oriental y septentrional del Báltico.

Los comienzos

Con todo, no había sido Bernardo quien ideara el pretexto religioso para emprender la campaña de conquistas en el Báltico. Se le habían adelantado en el llamamiento lanzado en Magdeburgo en el año 1108, en el que se animaba a prestar apoyo a un ataque contra los wendos, llamamiento que era probablemente obra de un clérigo flamenco perteneciente a la familia del arzobispo. La campaña a la que se instaba debía liberar «nuestra Jerusalén», una ambigua referencia a las vulnerables tierras cristianas situadas a lo largo de la frontera del Elba y a las provincias eclesiásticas perdidas que se encontraban más allá de ese límite, unas provincias establecidas durante un breve período de tiempo por la dinastía otomana* de Alemania en el siglo x y que luego, tras el levantamiento eslavo del año 983, serían abandonadas. Esta provocadora analogía anticipaba el modo en que la actividad cruzada habría de influir en la expansión de Alemania hacia el este mediante la nueva explotación del ímpetu y la definición que las campañas libradas en la Jerusalén oriental habían dado a la guerra santa al subrayar la necesidad de defender todas las fronteras cristianas y al dejar implícito que, en el Báltico, al igual que en Palestina, el objeto de la contienda estribaba en recuperar las tierras cristianas. Haciendo gala de una vena realista que no resultaba menos profética respecto de las cruzadas que se cernían sobre el futuro del Báltico, el clérigo de Magdeburgo acentuó el efecto de los disparadores emocionales y los pormenores le-

* La dinastía otoniana, compuesta por reyes germánicos (919-1024), recibe su nombre de Otón I el Grande, el primer emperador de la familia. También se la conoce como monarquía sajona —pues de esta región era duque Otón I—, o como monarquía ludolfinga, ya que el primer miembro conocido de esta casa fue Ludolfingo (o Liudolfingo). Se considera que son los primeros soberanos del Sacro imperio Romano, en tanto que sucesores de Carlomagno. *(N. de los t.)*

gales con los más ásperos atractivos del materialismo flagrante y la recompensa espiritual:

> Esos gentiles son sumamente malvados, pero su tierra es de lo mejor que hay, rica en carne, miel, trigo y aves; y si estuviera bien cultivada, no habría región que pudiera compararse a ella por lo abundante de su producción... Por tanto, celebérrimos sajones, franceses, loreneses, flamencos y conquistadores del mundo, esta es para vosotros la ocasión de salvar vuestra alma, y si lo deseáis, de conseguir la mejor de las tierras en que residir. Quiera Aquel que con la fuerza de su brazo condujera triunfalmente a los hombres de la Galia en la marcha que, desde los confines de Occidente, les llevara a combatir a sus enemigos del más recóndito Oriente concederos la determinación y la energía precisas para conquistar a los muy inhumanos gentiles que andan en las inmediaciones, así como para prosperar en cuanto os propongáis.[2]

La codicia material como motor de las acciones de los señores cristianos de Sajonia en sus tratos con los eslavos paganos continuaría siendo un lugar común indiscutible, aunque lamentado, incluso entre los apologistas cristianos de la región que mayores simpatías profesaban a la causa.

Tanto como pudiera hacerlo en los territorios cristianos de la zona, la religión contribuía a definir también la identidad cultural, social y política al otro lado de la frontera de las tierras paganas que se extendían a lo largo de la costa báltica del golfo de Finlandia, e incluso más allá de él. Pese a hallarse subdivididos en numerosos principados, tribus o grupos familiares muy extensos, la más destacada de las segmentaciones generales existentes entre los pueblos paganos seguía siendo la lingüística. Entre Kiel y el Vístula vivían los eslavos occidentales, a quienes los alemanes y los escandinavos conocían con el nombre de wendos. Éstos eran un pueblo emparentado con los polacos, los rusos, los checos y los sorbos de origen eslavo que habitaban en el sur y en el este, aunque se diferenciaban de ellos. Entre los wendos, los grupos tribales y políticos se sostenían en una religión politeísta, organizada y resiliente dirigida por una casta sacerdotal disciplinada y poderosa que gobernaba una red de cultos regionales y un sistema de ricos templos locales bien surtidos de imágenes y de ídolos. El paganismo wen-

do estaba estrechamente ligado a las tensiones existentes entre los príncipes de los territorios rurales y los pueblos fundados en el comercio y el intercambio, situados principalmente en la costa, ya que era frecuente que sus respectivas filiaciones religiosas reflejasen la existencia de aspiraciones encontradas de autonomía y poder. A ojos de los alemanes y de los daneses, tanto los príncipes como las pequeñas ciudades de los wendos mostraban unas estructuras y unos hábitos políticos fácilmente reconocibles. Se hallaban en cambio menos familiarizados con las prácticas existentes más al este. Desde el Vístula al Duina, así como hasta las costas del golfo de Riga, los habitantes del Báltico se dividían en cuatro pueblos distintos: los prusianos, los lituanos, los letones y los curlandeses. En el seno de estos antiguos grupos tribales, la autoridad política y religiosa operaba a una escala más pequeña y menos centralizada que entre los wendos. El poder de los jefes locales dependía de su capacidad para organizar a la aristocracia militar asentada en las zonas en que ellos mismos ejercían influencia; de su habilidad para dominar a la población agrícola amparándose más en importantes movimientos de tierras que en la creación de fincas rurales estables; y de su destreza para explotar una amplia gama de cultos a la fertilidad que giraban no solo en torno a lugares, plantas y animales sagrados, sino que guardaban también relación con los muertos y con los dioses. La tenacidad y la constante viveza del paganismo de las regiones bálticas da fe de lo importante que era ese culto para la cohesión social y política. Desde el golfo de Riga y desde Estonia hasta el golfo de Finlandia, e incluso más allá de esa zona, se hallaba asentado todo un conjunto de comunidades de habla fino-úgrica, algunas de las cuales subsistían en la periferia misma de los cultivos estables. La estructura social se fundaba en amplias familias compuestas capaces de unirse, siempre que existiera una necesidad económica o militar, y de formar asociaciones políticas aún mayores que, no obstante, seguían siendo de carácter muy local. Las dificultades del entorno imponían un estrecho contacto con la naturaleza, y esto se reflejaba en los cultos religiosos, que ayudaban a explicar el mundo natural y que ofrecían la posibilidad de atenuar sus rigores.

Pese a que, al parecer, de la exhortación de Magdeburgo, considerada en sí misma y aisladamente, no se derivara nada, la cruzada

de 1147 contra los wendos fue el producto de un contexto autóctono alemán, un contexto que mostraba por entonces un creciente interés en prender la mecha de la agresión política, eclesiástica y religiosa. Pese a que Juan de Wurzburgo se sintiera embargado por la pesadumbre al comprobar el escaso relieve de la presencia alemana en Palestina en la década de 1170, el interés por la guerra santa penetró en las tierras alemanas en medida similar a la observable en las situadas más al oeste.[3] Entre los años 1103 y 1104, el emperador Enrique IV había acariciado la idea de efectuar cuando menos una peregrinación —y posiblemente también una expedición militar— a Palestina. Veinte años después, Conrado de Hohenstaufen, el futuro Conrado III, libró una campaña en Tierra Santa.[4] La ideología de la guerra santa, pese a haber sido importada por occidentales como el clérigo flamenco de la admonición de Magdeburgo, habría de infectar muy pronto no solo la literatura alemana, sino en idéntico grado también su política. De este modo, personajes épicos familiares como Rolando comienzan a aparecer con el inconfundible atavío del *miles Christi* de las cruzadas.[5] En el siglo XII se asistió, en las tierras de la frontera entre alemanes y eslavos, a una escalada del conflicto vinculado a las distintas posiciones religiosas y eclesiásticas. La observancia religiosa definía la identidad comunal y la autoridad política a ambos lados de las inestables fronteras. Los conquistadores, como el cristiano Boleslao III de Polonia (1102-1138), que controlaba la Pomerania; los señores regionales, como los príncipes pomeranos que aceptaron el bautismo en la década de 1120; o los jefes locales, como Enrique, el señor cristiano de los wendos abodritas paganos (fallecido en el año 1127), utilizaron o abrazaron el cristianismo y la misión cristiana para afianzar su poder, en particular sobre las élites urbanas aferradas a un floreciente y bien organizado paganismo. Buena parte del avance del cristianismo entre los valles del Elba y del Oder estuvo basado en el sometimiento de las pequeñas ciudades independientes, provistas de lugares sagrados destinados al culto cívico y de una casta sacerdotal propia. De este modo, estos pueblos quedaron sujetos a una estructura eclesiástica más dispuesta a dejarse controlar y regida por prelados y sacerdotes respaldados por los príncipes terratenientes a quienes prestaban servicio. En los años 1124 y 1127, las prédicas evangélicas del obispo Otón de Bamberg, en Pomerania, hablaban de la des-

tracción violenta de los templos paganos y del sometimiento de ciudades como Stettin.[6]

El nuevo Dios era un Dios al que podía calificarse de alemán sin ambigüedad alguna, ya que Sus éxitos iban acompañados del asentamiento de los pobladores alemanes. El rechazo que inspiraba la sujeción política se expresaba en forma de oposición religiosa. Enrique de los Arbotritas, sostenido su dominio por mercenarios alemanes y daneses, y tras haberse convertido él mismo al cristianismo, permitió que los misioneros sajones devastaran los altares del culto wendo en sus territorios. Con los sacerdotes cristianos llegó la perspectiva de la imposición de los tributos eclesiásticos, de la incautación de las parcelas de tierra y de la pérdida de la autonomía política y económica, además de eclesiástica. Por muy sólidos que fuesen los lazos piadosos privados o colectivos que unían a los sometidos con las antiguas creencias, las consecuencias políticas de la disyuntiva entre el paganismo y la conversión eran inconfundibles. La religión era la política. Tras la muerte de Enrique, dedicado a la cristianización, la independencia wenda se fortaleció en tiempos del príncipe Nicklot, de vigorosas convicciones paganas. En el año 1168, la destrucción del templo y la aniquilación del culto pagano público de Arkona por Valdemar I de Dinamarca puso fin a la independencia de los ragos, acción que vino a ser una repetición —aunque de efectos más duraderos— del bautismo forzoso que los daneses impusieron a la guarnición de la plaza de Arkona entre los años 1134 y 1136. La apostasía, como la que asumieron los rugos después del año 1136 y los wendos después de 1127, era una expresión de la identidad comunal. La relevancia de la conversión superaba a la de una mera cuestión de fe. Mucho antes de la cruzada del año 1147, la confrontación política ya había quedado articulada en términos religiosos.

El crudo y canónicamente problemático dilema planteado por Bernardo de Claraval —bautismo o muerte— reconocía implícitamente el componente religioso de las percepciones rivales relacionadas con la condición étnica, la identidad cultural, la autonomía política y la conciencia racial. A lo que Bernardo se refería era a la disyuntiva entre la conversión o el exterminio de las razas paganas. Pese a que es posible que este enfoque haya apaciguado a los expertos legales, al eludir la aprobación directa de la conversión obli-

gatoria de los individuos, la equiparación entre la amenaza de la destrucción colectiva de la nación pagana y la alternativa de un bautismo personal entraba en clara contradicción con el derecho canónico. Y lo que es aún más evidente, la incitación directa con la que Bernardo pretendía poner en manos de los fieles el arma de «la Santa Cruz [para que lucharan así] contra los enemigos del emblema de Cristo» sugería una interpretación y una respuesta notablemente más simples.[7] La cruzada contra los wendos del año 1147 fue una guerra evangelizadora que no encubría, sino que glorificaba y legitimaba una campaña de acrecentamiento material no disimulado. El lejano recuerdo de las conquistas logradas al otro lado del Elba por los reyes sajones y por los monarcas salios alemanes en los siglos x y xi se mezclaba con la confusa historia reciente de un flujo y reflujo de conversiones ceñido al interés político y eclesiástico de los gobernantes locales y permitía una justificación retrospectiva presentada conceptualmente como una reconquista de las tierras perdidas por los cristianos.[8] En términos militares y políticos prácticos, tales excusas apenas influían en la realidad, mientras que desde los puntos de vista intelectual y retórico —pese a no constituir argumentos enteramente espurios— suponían un útil ejercicio de doble lenguaje. No obstante, la facilidad con la que se aceptaron en el Báltico las composturas del empeño cruzado reveló hasta qué punto había penetrado en el ámbito occidental cristiano la ideología positiva de una violencia religiosa legítima, y lo mucho que la codicia cultural y territorial caminaba de la mano del imperialismo espiritual.

Las implicaciones a largo plazo apenas interfirieron, al menos de forma directa, en las circunstancias de la cruzada del año 1147. Una generación más tarde, el sacerdote misionero de la frontera, Helmoldo de Bosau, siguiendo el ejemplo de Bernardo, trató de equiparar los esporádicos enfrentamientos del verano de 1147 con el combate por Tierra Santa. En este sentido, sostuvo que las expediciones habían sido una forma de vengar el hecho de que los eslavos hubiesen ocupado unas tierras que previamente habían sido cristianas, así como un modo de responder a los ataques y a las atrocidades cometidos contra los cristianos. Con todo, también describió las complejas relaciones transfronterizas que mantenía uno de los cabecillas cruzados, el conde Adolfo de Holstein, con Nicklot de los abodritas, uno de sus objetivos militares. Ambos habían sellado una alianza poco antes de las

campañas del año 1147.[9] En el contexto de la decisión que llevó a extender los privilegios de Tierra Santa a los príncipes sajones había pesado la necesidad que empujaba al rey Conrado III a dejar tras de sí, al partir en dirección a Palestina, un reino en calma. Pese a no estar dispuesto a aceptar las exigencias que había planteado Enrique el León en la Dieta de Frankfurt en marzo de 1147 —por las cuales pedía la restitución de las ancestrales reivindicaciones que mantenía en Baviera—, Conrado trató de incorporar a este potentado potencialmente disidente a la Paz general asociada a la cruzada. El tío de Enrique se unió al ejército de Conrado, pero los aliados sajones de Enrique se negaron a sumarse a las campañas de Oriente. Al ampliar al ámbito de aplicación del voto de intervención en la cruzada y las obligaciones relacionadas con él a las anuales incursiones veraniegas al otro lado de la frontera wenda, Conrado y Bernardo realizaron la espléndida jugada de conceder aprobación eclesiástica al tradicional conflicto por la autonomía regional, haciéndolo además de un modo que implícitamente ataba a la política regia a cuantos participaban en él, aunque solo fuese temporalmente. Resulta significativo que entre quienes se hallaban congregados en Magdeburgo en agosto de 1147 se encontrara Vibaldo, abad de Stavelot, un destacado miembro del gobierno regente, ya que su presencia era señal de que en la reunión intervenía el elemento de la sanción del rey, por no decir el de su control. Se reconocía así de forma simbólica la desusada, local y peculiar naturaleza de la cruzada integrada por alemanes y wendos. Otón de Frisinga, un *crucesignatus* que había estado en Tierra Santa, había dicho que las cruces de los expedicionarios sajones «difieren de las nuestras en este aspecto, ya que no las llevan simplemente cosidas sobre sus ropas, sino que las enarbolan en lo alto de una roldana», lo que según todas las apariencias equivalía tanto a un tótem de agresión y de triunfalismo religiosos como a una insignia penitente.[10]

Debido a toda la propaganda religiosa y a la amplia representación de obispos alemanes (había al menos ocho) —muchos de los cuales, al ejercer simultáneamente en sus ciudades el poder temporal y la autoridad eclesiástica, habían logrado reunir importantes ejércitos propios—, lo que mejor captó la índole de las campañas que en 1147 avanzaron en dirección a Dobin y a Demmin fue el lamento que se elevó entre los cruzados sajones al convertirse el asedio de la primera de estas dos plazas en una guerra de desgaste:

> ¿No es acaso nuestra la tierra que estamos devastando, y nuestro el pueblo al que combatimos? ¿Por qué, entonces, han de ser hallados enemigos nuestros y tenidos por aniquiladores de quienes se acaban de incorporar a nuestras filas? ¿No es esta pérdida responsabilidad de nuestros señores?"

La dinámica temporal quedó expuesta, de modo aún más embarazoso, cuando uno de los ejércitos cruzados terminó asediando la ciudad cristiana de Stettin en tanto el obispo pomerano local no vino a señalar su error. La cruzada del año 1147 fue una guerra regional librada bajo una nueva bandera de conveniencia. En tanto que cruzada no consiguió objetivo alguno; tal como reza la reflexión del abad Vibaldo: «No salió bien».[12]

No obstante, la implicación de dos aspirantes enfrentados al trono danés, Canuto V y Suenón III, vino a sugerir el potencial que encerraba la guerra santa. Ambos monarcas abandonaron temporalmente su disputa y sumaron sus fuerzas antes de unirse a un ejército alemán que, a las órdenes del arzobispo de Brema y de Enrique el León, lanzaba un ataque contra la ciudad de Dobin. En el ámbito interno de Dinamarca, la cruzada actuó como en cualquier otro lugar del Occidente cristiano, ya que sirvió para legitimar la anexión de territorios, para proporcionar un contexto respetable a la resolución de los conflictos políticos y para estimular, mediante la asociación de la realeza con una misión a la que se reconocía el mérito de proceder de la inspiración divina, el desarrollo de las instituciones del Estado. Al igual que los sajones, los daneses se habían mostrado reacios a unirse a la expedición a Oriente de Conrado III, pero la perspectiva de lo que debió de parecer una fácil apropiación de tierras a costa de los wendos vino a sumarse a la oferta de indulgencias cruzadas e instó a los monarcas rivales a unirse a la acción. El año anterior, Suenón había trasladado los restos mortales de su tío, el duque Canuto, asesinado por el padre de Canuto V en 1131, a una tumba situada en un monasterio como parte de los preparativos para su canonización (la cual se produjo en el año 1169). El duque Canuto había combatido contra los wendos en unas campañas a las que más tarde habría de concederse el carácter de guerra santa. Su hijo, Valdemar I (1157-1182), pese a continuar guerreando con los wendos, consolidó la condición de bienaventurado de su padre, hizo acuñar en sus mone-

das la efigie de un soldado santo y terminó convirtiéndose en valedor de los padres hospitalarios. Pese a que la participación en la expedición de 1147 resultó ser un fiasco, los gobernantes daneses de años posteriores se mostraron muy dispuestos a asociar tanto su corona como sus conquistas en todo el Báltico con las guerras de religión, algunas de las cuales se rodearon del aparato formal propio de las cruzadas e introdujeron, a lo largo de los dos siglos siguientes, un elemento de rivalidad en la ambición que empujaba a los cristianos a apoderarse de las tierras del Báltico.[13] Con todo, definir la Dinamarca de Valdemar I y sus sucesores como un «Estado cruzado» pone un énfasis muy preciso en lo que es el más general concepto del expansionismo armado, una noción que en este caso, debido a su tinte cristiano, aparecía a una luz favorable al ser contrastada con el glorioso pasado vikingo. Tal como declarara Esbem, hermano del arzobispo Absalón de Lund, martillo de eslavos, al comienzo de la Tercera Cruzada, la lucha de los cruzados procuraba «mayores y más ventajosas conquistas» que las logradas por los héroes de los tiempos antiguos.[14] El beneficio era espiritual, pero también material.

El DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS

La actividad cruzada en el Báltico contribuyó a la expansión que conoció la Alemania del siglo XII, y que se adentró en los territorios comprendidos entre el Elba, el Oder y la Pomerania occidental; favoreció la penetración alemana del siglo XIII en las tierras meridionales del Báltico que, situadas entre el Vístula y el Niemen, abarcaban también Prusia y Curlandia; y cooperó igualmente, ya en el siglo xiv, al control alemán de la región de Pomerelia, situada al oeste del Vístula. Las cruzadas secundaron asimismo, en ultramar, la colonización de Livonia en el siglo XIII, colonización realizada a expensas de una combinación de hombres de iglesia y de comerciantes procedentes de algunos centros de intercambio alemanes como Lübeck y Brema; el agresivo expansionismo del trono danés, en especial en la Estonia septentrional; y el avance de los suecos en tierras finlandesas. Las implicaciones accesorias de estos escenarios bélicos afectan también al territorio ruso de Novgorod, adscrito a la confesión ortodoxa griega, y, a partir de finales del siglo XIII, a la zona de Lituania, región que al constituir

un frente de disputas tanto religiosas como políticas contribuyó a proporcionar a la idea y a la práctica de la guerra santa unas peculiares y algo más suavizadas formas —aunque no obstante sangrientas— a lo largo del siglo xv. Pese a todo, sería desacertado atribuir la responsabilidad de la cruzada a la acerba barbarie de algunos de los aspectos del imperialismo alemán, danés o sueco. Se podría hacer gravitar igualmente esa responsabilidad sobre la iglesia occidental de la Edad Media. Y del mismo modo, debería recordarse que los paganos del Báltico mostraban, siempre que tenían oportunidad de hacerlo, exactamente la misma afición a la matanza de adversarios y a la erradicación de símbolos de cualquier fe extranjera. La realidad laica de estas guerras se imponía brutalmente a los conquistados, y solo se atenuaba mínimamente en el caso de los conquistadores, o de los alemanes y los flamencos que se asentaban en las tierras siguiendo su estela.

Después de 1147, la guerra del Báltico dejó de contar con la concesión formal de bulas asociadas a la actividad cruzada hasta el año 1171, y dichas bulas no pasaron a constituir una peculiaridad habitual de la conquista cristiana en la zona sino a partir de la década de 1190. Pero las apariencias pueden resultar engañosas. Los observadores locales como Helmoldo de Bosau o los cronistas daneses Sven Aggeson y Sajón Gramático solían recurrir a la retórica de la guerra santa religiosa. En el año 1169, el papa Alejandro III afirmó que la conquista de Valdemar I, así como la conversión forzosa de los habitantes de la isla de Rügen el año anterior, había encontrado «su inspiración en la llama de Dios, su fuerza en los brazos del Cristo, sus armas en el escudo de la fe, y su amparo en la fe divina».[15] La bula ligada a la cruzada del año 1171 ansiaba extender la guerra santa y lograr que se propagase de la Pomerania wenda a la lejana Estonia. Sin embargo, y a excepción de esa bula, no aparecen las instituciones propias de la actividad cruzada —los votos solemnes, la cruz, la indulgencia—,[16] Sajón sostiene que los motivos de los ataques daneses contra sus vecinos paganos eran cuestión de venganza e imperialismo. Es célebre la denuncia que hace Helmoldo de la codicia mundana de Enrique el León: «en las varias expediciones que el joven [duque] ha conducido hasta el momento a Eslavia, no se ha hecho mención alguna del cristianismo, únicamente se ha hablado de dinero».[17] Uno de los veteranos de las luchas del año 1147, Alberto I el Oso (fallecido en el año 1170), no tuvo necesidad de ningún tipo de bula de las cruzadas

para hacerse con el principado de Brandeburgo, más allá del Elba, pese a que, como era de esperar, sus apologistas mantuvieran que su codicia contaba con la aprobación de Dios, «que le había concedido la victoria sobre sus enemigos».[18] También para los paganos los motivos guardaban tanta relación con lo material como con lo eterno. En el año 1156, Pribislav de Lübeck se mostró dispuesto a aceptar el bautismo, a erigir iglesias e incluso a pagar diezmos, con tal de que «los derechos que los sajones poseen en lo tocante a la propiedad y a los impuestos se nos concedan igualmente a nosotros».[19] Hasta el cambio de siglo, la expansión del poderío alemán y danés a lo largo de las costas meridional y oriental del Báltico, pese a poder interpretarse en clave de guerra santa, permaneció en gran medida al margen de las prioridades de una contienda de esa clase.

La actividad cruzada en el Báltico estuvo directamente al servicio de ambiciones políticas, económicas y eclesiásticas, ya que contribuyó a la ampliación del dominio de los alemanes y los daneses; a la fundación de nuevas ciudades de pequeño tamaño, así como a la creación de emplazamientos comerciales y a la implantación de comunidades rurales regidas por condiciones de privilegio; y finalmente al establecimiento de arzobispados y a la proliferación, en particular, de monasterios cistercienses. La dimensión ligada a la actividad cruzada hizo suyo el muy distintivo elemento de hallarse vinculada a la conversión, según la disyuntiva planteada por Bernardo de Claraval: bautismo o muerte. Los conversos eran bien recibidos, mientras que los que se resistían eran degradados o aniquilados. Inocencio III utilizó con entera libertad la retórica de la necesidad imperiosa, y así, por ejemplo, animaba a Valdemar II de Dinamarca a continuar con «la Guerra de Dios... a fin de arrastrar al bárbaro a las mallas de la ortodoxia».[20] Esta malsana doctrina reconocía el auxilio que prestaba la religión a la agresión política. E igualmente reconocía el componente religioso subyacente tanto a los distingos prácticos de la condición étnica, la identidad cultural y la conciencia racial, como a los teóricos. A diferencia de lo que sucedía en España o en Oriente Próximo, en las cruzadas del Báltico la conversión se produjo como corolario y reconocimiento de una conquista. Pese a su carácter destructivo y brutal durante los primeros contactos, la insistencia en la conversión entendida como el precio de una coexistencia constructiva permitió en el largo plazo, pa-

radójicamente, una mayor aclimatación cultural. Y si los paganos podían convertirse en cristianos, también los eslavos, los letones, los baltos y los livonios podían devenir alemanes, como comenzaba a señalar ya Pribislav de Lübeck.

Este proceso hallaba fundamento tanto en los intereses egoístas como en la imagen que se hacían estos pueblos de sí mismos. En el año 1160, las fuerzas cristianas habían dado muerte al gobernante wendo abodrita Nicklot. Pese a que se convirtió ese mismo año, su hijo mayor Pribislav quedó desheredado. Pasó gran parte de la década de 1160 a la cabeza de una rebelión contra el nuevo dominador de la zona, Enrique el León, hasta que, en los últimos años de la década, logró que se le instaurara finalmente como mandatario de Mecklenberg, fundamentalmente en calidad de heredero del principado de su padre. Según las fuentes cristianas, durante buena parte de este período Pribislav destacó que la causa de su lucha era la independencia de los pueblos eslavos frente al nuevo yugo alemán. Pero tan pronto como se reconcilió con el nuevo régimen, aceptó sus políticas de cristianización y ayudó a Valdemar I a destruir los ídolos y los templos de Rügen en el año 1168, y no solo se alió con el principal misionero enviado a las tierras de los abodritas, Bern de Amelungsbom, sino que se convirtió además en un activo protector de los cistercienses. En el año 1172, Pribislav acompañó a su supremo señor, Enrique el León, en su complicada peregrinación a Jerusalén. Bautizó a su propio hijo con el nombre no eslavo, y por tanto políticamente correcto, de Enrique. En las posteriores generaciones de su familia predominaron los nombres alemanes y latinos sobre los eslavos. Sus sucesores, los duques de Mecklenberg, se convirtieron en valedores de los padres hospitalarios. En el año 1147, el padre de Pribislav había sido el objetivo de una de las cruzadas. En 1218, uno de sus descendientes se unía a una cruzada que se dirigía a Livonia.[21] En las costas meridionales del Báltico, al menos, la lucha por la posición social, la riqueza y el poder, así como el deseo de sacar el máximo partido de las posibilidades de conquista y rescate que pudieran encontrarse más al este, dictaron estas transformaciones. Hasta los sucesores de los príncipes de Rügen, decididamente paganos pero obligados a convertirse en el año 1168, terminaron por unirse a los ataques que habrían de lanzarse en el siglo xiii contra los paganos del Báltico oriental.

Por muy difícil de aceptar que resultara para los quisquillosos en cuestiones religiosas, la conversión forzosa tuvo éxito por el hecho de ir asociada a ventajas materiales. Hacia el año 1400, el Báltico se había convertido en un lago cristiano, a pesar del permanente conflicto con los cristianos ortodoxos griegos de Rusia y de la existencia de distintas comunidades y pueblos paganos. Bajo la superficie, los elementos de la cultura pagana operaban libremente. Sin embargo, en las ciudades pequeñas, en las catedrales, en las iglesias y en los fuertes; en los nuevos calendarios litúrgicos, incluso en los casos en que se hallaban infectados por las antiguas creencias y costumbres ceremoniales; en los cultos a los nuevos santos; en el pago de los diezmos; en la presencia de eruditos y de autoridades eclesiásticas educados en Occidente; en las nuevas leyes destinadas a los inmigrantes venidos del oeste; en la literatura, tanto en latín como en lengua vernácula; en las ideologías del gobierno; así como en la propia presencia de los gobernantes y en las actividades que estos llevaban a efecto, ya se tratase de mandatarios laicos o clericales, además de esa peculiar mezcla de ambos que eran las órdenes militares, la cristiandad latina se impuso de forma indeleble en el paisaje físico, mental y humano. De no haberse visto respaldada por la coerción, pese a resultar lacerante y laboriosa, es posible que la conversión hubiera dado lugar a luchas más enconadas, especialmente en las regiones apartadas de la inmediata línea fronteriza lindante con la cristiandad latina de Polonia y del este de Alemania. La supervivencia del paganismo en Lituania fue consecuencia de una eficaz resistencia política y militar, así como del desarrollo de un estado pagano fuerte. Los lituanos no aceptaron el cristianismo hasta el año 1386, y lo hicieron en sus propios términos, debido a que su rey Jagellón* acababa de hacerse con el trono polaco. En todas partes, lo que ocurrió fue que la conversión religiosa de las capas populares se produjo, caso de verificarse, mucho después de la imposición de unas autoridades políticas y eclesiásticas cristianas. Es

* Jagellón, o Jagiello (1350-1434), gran duque de Lituania, se convirtió al catolicismo para casarse con Jadwiga (o Hedwige), reina de Polonia, por lo que pasó a ser soberano de este país. Reinó con el nombre de Ladislao V (aunque otros cómputos le adjudican el numeral II) y fundó la dinastía de los Jagellones. *(N. de los t.)*

posible que la observancia formal de la nueva confesión, o la conformidad ocasional, hayan sido necesarias para garantizar la supervivencia social y económica. No obstante, y del mismo modo, los conquistadores cristianos de las costas bálticas precisaban mantener abiertos los lazos comerciales con las tierras paganas u ortodoxas del interior. De haberse visto obligados a actuar en solitario, resulta difícil imaginar que los misioneros pudieran haber logrado el mismo éxito que los asesinos, los aventureros, los emprendedores y los constructores de imperios. La aplicación de los incentivos propios de las cruzadas a la competencia política y económica entre los alemanes, los daneses y, en menor medida, los suecos, no fue lo que creó el vínculo que mantenía unidas a la fuerza y a la fe. El proceso del imperialismo cultural y territorial se había establecido mucho antes del año 1147, y para esa fecha sus entusiastas ya lo habían organizado tanto en términos religiosos como raciales.

El verdadero impulso que fomentó la vinculación del aparato técnico de la actividad cruzada —el voto, la cruz, la indulgencia y demás— con la conquista cristiana del Báltico se produjo cuando a finales del siglo XII la atención pasó de estar centrada en los wendos y los eslavos occidentales del Báltico meridional a girar en tomo a las tribus idólatras situadas más al este, primero en Livonia (en la actual Letonia), y más tarde en Estonia, Prusia y Finlandia. Estos fueron los escenarios en que habrían de desarrollarse predominantemente, a partir de la década de 1190 y por espacio de un siglo, las operaciones cruzadas. En el año 1193, Celestino III autorizó la organización de una cruzada a Livonia, llamamiento que Inocencio III repetiría en el año 1198. Entonces, a partir de principios del siglo xiii, tanto las bulas asociadas a la cruzada como el reclutamiento para nutrirla de efectivos comenzaron a vincularse a los intentos con que los daneses, de forma cada vez más beligerante, trataban de colonizar Estonia y sus islas vecinas, y a relacionarse asimismo con la conquista de Prusia y con los ataques que los daneses y los suecos dirigían contra Finlandia. Este nuevo enfoque se produjo como consecuencia de la reactivación que experimentaron, después del año 1187, la fórmula de la cruzada y su concienciación correspondiente, un cambio que se hizo patente tanto en la ideología como en la práctica. Los sucesivos papas que habrían de proseguir la tarea de Celestino III, entusiasta promotor de cruzadas tanto

en España y en Palestina como en el Báltico, y de Inocencio III, enlazaron el mencionado enfoque con la asunción por su parte del compromiso de dar la más amplia continuación posible a la Guerra de Dios. Era igualmente un planteamiento que reflejaba las ambiciones comerciales y eclesiásticas de algunas ciudades mercantiles alemanas, como Brema, Lübeck e incluso Colonia. La agitación política y civil, junto con el conflicto social existente en Alemania desde la década de 1190, creó un grupo de personas dispuestas a asumir riesgos y a iniciar una nueva vida como colonos y conquistadores. Amoldo de Lübeck, al describir a quienes se alistaron para combatir en la desastrosa cruzada a Livonia del año 1198, decía que había entre ellos obispos, miembros del clero y caballeros, además de ricos y pobres, y de negociantes o mercaderes (*negotiatores*).[22] Al otro lado del Báltico, tanto en Dinamarca como en Suecia, los monarcas que ansiaban afirmar su autoridad mediante un crecimiento militar que ampliase los límites de sus fronteras tradicionales encontraron atrayente la perspectiva de unas guerras de expansión consentidas por la iglesia. La relativa falta de refinamiento técnico de las comunidades paganas del Báltico oriental y septentrional, sumada al doble hecho de su desunión política y de ofrecer un flanco abierto a la explotación comercial, las hacía parecer vulnerables. Si resultaban atractivas se debía más a la circunstancia de que poseyeran pieles, pesca, ámbar, cera y esclavos que a la necesidad de reformar sus descarriadas creencias. Las cruzadas del Báltico impusieron un nuevo y decisivo equilibrio de poder en la región, un equilibrio al que dotaron de una ideología reconfortante y de un bárbaro perfil. Así lo comprendieron, en el año 1211, los estonios paganos que defendían Fellin. Tras un breve y brutal asedio, marcado por la implacable carnicería de los sitiadores cristianos, la guarnición se rindió con la promesa de aceptar el bautismo: «Reconocemos que vuestro Dios es más grande que nuestros dioses. Al vencernos, Él ha hecho que nuestros corazones se sientan predispuestos a adorarle».[23]

La imputación de un carácter religioso a la guerra del Báltico adoptó distintos disfraces. En tomo al año 1200, en Livonia o en Estonia, se podía justificar mezquinamente la conquista expansionista presentándola como una defensa de las iglesias misioneras. Ya anteriormente, la evangelización y la conversión habían prestado legi-

timidad a las guerras emprendidas contra los wendos o a las libradas en determinadas zonas de la Pomerania. De Prusia a Finlandia, el tema de la apostasía y de la restitución de los territorios cristianos perdidos adquirió un carácter generalizado a partir del momento en que el desenlace de todas y cada una de las incursiones que de forma temporal emprendían durante el verano las flotas cristianas comenzó a resolverse en la sumisión pasajera de los paganos de la zona, y una vez que las costas bálticas empezaron a quedar cubiertas por los restos de los puestos abandonados o destruidos de los misioneros, paisaje al que venían a sumarse los pocos que aún permanecían en pie. Resulta significativo que Enrique de Livonia, sacerdote comprometido con la labor misionera, y triunfalista apologista cristiano del establecimiento de colonias livonias y de las guerras que acompañaban al empeño, dijera que los livonios eran seres «pérfidos», infractores de la fe.[24] Las campañas que libraban los reyes de Dinamarca en la costa meridional del Báltico o más al norte, en Estonia, eran en realidad campañas encabezadas por unos monarcas que se otorgaban a sí mismos una auréola de soldados cristianos, de «activos caballeros de Cristo».[25] Al arrancar de raíz el paganismo, los conquistadores pensaban estar realizando una labor sagrada, y sus conquistas, por el hecho de ser incorporadas a la cristiandad, quedaban ipso facto santificadas. En términos aún más generales, existía la costumbre de asignar a las zonas atacadas un nuevo rango de comarca santa, a imitación de la Tierra Santa de Palestina o de las tierras santificadas por san Pedro o Santiago en la península Ibérica. Esto permitió una forma de gestión política y militar muy particular. A partir del año 1202, aproximadamente, el obispo misionero de Riga, en Livonia, comenzó a reunir una orden religiosa de caballeros, las Milicias de Cristo, o Hermanos de la Espada, dedicada a defender y a extender su diócesis por el río Duina. El símbolo que utilizaban era una espada coronada por una cruz. En el año 1207 se les concedió la tercera parte del asentamiento cristiano. En 1210, un acuerdo entre los Hermanos de la Espada y el obispo estableció en Livonia y en la vecina Letia (es decir, la zona de Letonia situada al sur del río Duina) un condominio permanente. Unos cuantos años más tarde, el obispo misionero de la frontera entre Polonia y Prusia reclutó un cuerpo armado similar, las Milicias de Cristo de Livonia, para luchar contra los prusianos, cuerpo al que también se conoció con el nombre

de Caballeros de Dobrin (o Dobryzn), en alusión al lugar en el que establecieron su primer cuartel general junto al Vístula. En el año 1228, la orden fue reconocida por el papa, y en su emblema figuraba, entre otras cosas, una espada rematada por una estrella. Pese a que habían extraído sus reglas de las de los Templarios y a que en materia de defensa y de construcción de asentamientos compartían algunas características con las órdenes militares radicadas en las fronteras cristiano-musulmanas de España, estas organizaciones exhibían rasgos únicos. Oficialmente, su posesión de tierras y su autoridad derivaba del obispo local. Sus escasos recursos procedían casi exclusivamente de aquello de lo que lograban apoderarse por sus propios medios. A diferencia de las órdenes internacionales, no poseían en el próspero Occidente ninguna lujosa propiedad rústica que pudiese protegerles de la empobrecida realidad de las áridas fronteras y páramos del interior de la región báltica. También hubieron de enfrentarse a los problemas legales y prácticos derivados de tener que tratar con paganos y con conversos a la fuerza. Con todo, el modelo de una guarnición permanente de soldados cristianos dedicada a custodiar las fronteras y las colonias entre dos cruzadas, a aportar su contribución a la elaboración de planes y a la dirección de las expediciones que iban llegando *defacto*, y, rasgo que les era aún más característico, a gobernar efectivamente los territorios conquistados que ellas mismas habían consolidado, fue un modelo que, tras adoptar la forma que le confirieron los Caballeros Teutónicos a partir de la década de 1220, acabó por dominar la agresión cristiana en buena parte del Báltico oriental durante el resto de la Edad Media.[26]

La santificación de las guerras del Báltico reorganizó la región y le confirió rango de ámbito sagrado. En el año 1212, Inocencio III declaró que Livonia había sido sometida a mayor gloria de san Pedro, reivindicación que sus sucesores trataron de justificar a lo largo del cuarto de siglo siguiente. Prusia se convirtió en un feudo papal en 1234. Treinta años antes, en la ciudad livonia de Riga —cuando aún no había transcurrido una década desde que fuera fundada por misioneros, caballeros y comerciantes alemanes—, se había consagrado a la Virgen María, protectora de los colonos, una catedral, dedicándose asimismo a san Pedro, garante de los privilegios eclesiásticos, una iglesia. Se instó a los efectivos destinados a

la defensa de la colonia a que «aceptaran la cruz de la santísima Virgen». En el Cuarto Concilio Lateranense de 1215, Alberto de Buxtehude, obispo de Riga, declaró que Livonia era el país de la Virgen María, tal como Jerusalén era la patria de su Hijo. Esta designación de la Virgen como patrona de la colonia de Riga, junto con la afirmación de que las tierras de Livonia constituían su dote, permitió que los apologistas sostuvieran que los cruzados eran peregrinos, o una «milicia de peregrinos», semejante a los *crucesignati* de otros lugares, incluso a los del Languedoc.[27] Cuando los Caballeros Teutónicos asumieron la responsabilidad de dirigir la guerra y de encargarse del gobierno de Prusia, y más tarde del de Livonia, en la década de 1230, proceso en el que absorbieron a las demás órdenes militares, la identificación con el culto a la Virgen María se vio reforzado, ya que era la patrona de la primitiva orden militar. En Livonia, los caballeros portaban su imagen en el estandarte de guerra. Para finales del siglo, a los ojos del caballero religioso del versificado relato de la historia de Livonia —la *Livlandische Reimchronik*—, la Virgen María se había convertido en una diosa bélica. Al no existir una auténtica justificación histórica, el autor, posiblemente algún caballero teutónico, insinuaba la influencia de un contexto trascendente. Tras un preámbulo en el que refería la Creación, la inspiración de Pentecostés y las misiones de la iglesia primitiva, el bardo admitía que ningún apóstol había llegado hasta las tierras de Livonia, a diferencia de lo que ocurría en el mito de Santiago, que había convertido a España. En vez de eso, lo que se desarrollaba en las tierras vírgenes del Báltico oriental era una altísima misión. La sagrada tarea de ganar prosélitos por todo el mundo, iniciada por los apóstoles, se proseguía ahora gracias al servicio y a la entrega de la vida a los ejércitos de la Madre de Dios en defensa de Su tierra.[28]

Si estos recursos literarios y retóricos confortaban a quienes participaban en la cruzada y atraían a nuevos reclutas se debía en parte al hecho de que evitaban disfrazar la verdadera naturaleza de las guerras, ya que no ocultaban ni su crudeza ni sus dificultades ni sus frustraciones ni su violencia. Sin embargo, algunos de sus aspectos no admitían una fácil transposición al marco de tan imponente afán edificante. La rivalidad y la competencia marcaron los esfuerzos cristianos tanto como la unidad de la fe. En Livonia y en

Estonia, los daneses disputaron las ambiciones de los Hermanos de la Espada y más tarde las de los Caballeros Teutónicos. En el año 1234, los Hermanos de la Espada de Riga manifestaron su desprecio por la autoridad del papa al matar a cien hombres que trabajaban al servicio del legado pontificio, amontonar después sus cadáveres en una gran pila, y «clavar en una estaca, en lo alto del resto de los cuerpos, a uno de los degollados, que había mostrado excesiva fidelidad a la iglesia, a fin de representar así la imagen feudal del papa».[29] Según se le dijo a Gregorio IX, lo que estos caballeros de Cristo pretendían por medio de esta atrocidad era mostrar ante «los conversos, los rusos, los paganos y los herejes que su grandeza era superior a la de la iglesia romana». Andando el siglo, la brutalidad de los Caballeros Teutónicos habría de verse en la tesitura de tener que encarar las críticas. En la década de 1260, el erudito de Oxford Roger Bacon argumentaba que el deseo que empujaba a los caballeros a dominar y a esclavizar a los prusianos paganos constituía un freno, y no un incentivo, para la conversión. Al asesorar al Segundo Concilio de Lyon en el año 1274, el predicador y experto dominico Humberto de Romanos desautorizó la premisa de que los paganos representaran una auténtica amenaza para las tierras cristianas, un punto de vista que difícilmente podía compartir ninguno de los hombres asentados en las tierras fronterizas de Livonia o Lituania.[30]

El planteamiento cuasi maniqueo de la existencia de un conflicto entre las mundanales fuerzas del bien y del mal apenas encajaba con las muy distintas realidades prácticas de la conquista y la colonización. A través de las innumerables barreras políticas y religiosas que se extendían desde el Elba hasta el lago Lagoda se filtraban contactos, compromisos y cambios. En Prusia, especialmente en sus zonas occidentales, se observaba la presencia de importantes asentamientos alemanes y flamencos. En Livonia y en Estonia, regiones a las que únicamente podía accederse mediante un azaroso y caro viaje por mar en las épocas en que las aguas se hallaban libres de hielos, la colonización occidental era prácticamente nula, ya que se limitaba casi exclusivamente a unos cuantos puestos comerciales fortificados situados junto a los principales ríos. Prusia asistió a un lento proceso de aculturación similar al de las anteriores experiencias vividas entre el Elba y el Oder. Los eslavos se convirtieron en

alemanes, una idea incómoda para los posteriores nacionalistas raciales situados a ambos lados de la divisoria lingüística. El pluralismo judicial y la segregación familiar respecto de otros frentes en los que se libraban cruzadas no impidió que los prusianos hiciesen suyos algunos elementos del derecho hereditario alemán y también, con iniciativa más enojosa para los invasores, unas cuantas nociones de tecnología militar alemana. A lo largo de las generaciones, la brutalidad de las conversiones forzosas, de la ocupación, de la enajenación de propiedades, de los asentamientos de extranjeros y de la discriminación transformó a Prusia en una provincia característicamente alemana. Por el contrario, en Estonia y en Livonia se estableció tan solo una pequeña élite militar, clerical y comercial, recluida en gran medida en la costa y en los valles fluviales, en particular en el del Duina. El poder encontraba su principal bastión en la existencia de sólidas fortalezas; en la superioridad tecnológica de la artillería, de las máquinas de asedio, de las corazas y de las armas; en las inestables alianzas con los gobernantes indígenas que buscaban en los invasores protección frente a otros enemigos regionales; y en el control cristiano de los puertos y del acceso a las rutas comerciales marítimas a través de las cuales se exportaban los productos locales procedentes de las zonas paganas del interior. La sombra de estas experiencias coloniales fue muy alargada. En marzo de 1939, Adolf Hitler insistía en que Lituania debía ceder Memel, fundada por los invasores alemanes en el año 1252, al Tercer Reich, acto que obligó a Gran Bretaña a garantizar la protección de Polonia. La idea era que ninguna parte de la Prusia histórica debía quedar fuera de la Gran Alemania. No obstante, cinco meses después, Hitler se contentaba con incluir a Letonia y a Estonia, junto con Lituania, en el lote asignado a los rusos, como si se tratase, en un sentido capital según la perversión nazi del pasado, de regiones menos «alemanas».

LAS CRUZADAS Y LOS CRUZADOS

Livonia de 1188 a 1300

Los orígenes del dominio cristiano en Livonia resultaron de carácter profético, ya que en él vino a mezclarse un auténtico entusiasmo mi-

sionero, la política eclesiástica, el imperialismo cultural y el afán de beneficio, elementos todos ellos fundamentales en cualquier conquista. Atraído por los crecientes vínculos comerciales existentes entre los puertos occidentales de Alemania y los de la costa báltica —puertos como los de Brema y, sobre todo, Lübeck—, el arzobispo Hartwig II de Brema (1185-1207), en su calidad de autoridad eclesiástica superior, asumió el control de la aislada misión que, encabezada hasta entonces por el canónigo alemán Meinhard, había sido enviada poco antes al valle del Duina. Hartwig elevó al misionero a la dignidad de obispo y comenzó a solicitar el apoyo del papa para emprender una invasión cristiana. El hecho de que Meinhard fracasara en su intento de lograr conversiones duraderas —pese a haber mostrado a los lugareños el modo de construir fortalezas de piedra— estimuló, a su muerte, ocurrida en el año 1196, la adopción de una política más vigorosa. Hartwig, que ansiaba garantizar un nuevo imperio eclesiástico a la ciudad de Bremen —que un siglo antes había dominado la región septentrional—, envió a un nuevo obispo, Bertoldo. A una infructuosa incursión inicial realizada entre los años 1196 y 1197 le siguió, en 1198, una expedición armada cuyos efectivos habían sido reunidos con la ayuda de la concesión de privilegios papales. Pese al éxito militar del ejército alemán, Bertoldo solo consiguió que le matasen. La expedición no logró nada, salvo atraer obligadamente a la fe a unos cuantos conversos de circunstancias y mostrar la eficacia de la táctica alemana de tierra quemada.

Pero el arzobispo Hartwig no se desanimaba fácilmente. No se contentó con limitarse a dirigir una serie de correrías piratas, y ni siquiera se satisfizo con la creación de puestos comerciales a lo largo del Duina. Su idea consistía en instaurar un nuevo estado eclesiástico y misionero, atento al control episcopal, no a las órdenes laicas. Para lograrlo precisaba un clérigo apto para la empresa, respaldo político y apoyo papal. Todos estos ingredientes se hallaban oportunamente a mano, y se presentaban reunidos en las personas de su sobrino, Alberto de Buxtehude; de Canuto VI de Dinamarca y de su hermano Valdemar; de Felipe de Suabia, aspirante Hohenstaufen al disputado trono alemán; y del papa Inocencio III, para quien el proyecto de Hartwig constituía una demostración práctica del tipo de autoridad teocrática que concordaba exactamente con sus propias ambiciones de grandeza. Alberto quedó convertido en el nuevo

obispo de Livonia (1198-1229), y poco después, en octubre de 1199, Inocencio III lanzaba un inequívoco llamamiento por el que se instaba a emprender una cruzada en defensa de los cristianos de Livonia, ficción que hicieron posible las referencias a la misión evangelizadora de Meinhard y la posterior apostasía de los livonios. El obispo Alberto llevó hasta la corte de invierno de Felipe de Suabia la noticia de una bula relacionada con la cruzada. Inmediatamente después, Alberto se embarcó en una agotadora gira de prédicas y acciones diplomáticas. En Sajonia y en Westfalia se hicieron prédicas de la cruz, pero la ayuda más importante fue la que obtuvo Alberto de sus visitas a la comunidad mercantil de Visby, en Gotlandia, donde aparentemente quinientas personas habían abrazado la cruz, así como de su encuentro con el rey Canuto, su hermano, y con un veterano soldado santo, el arzobispo Absalón de Lund. Pese a que el apoyo danés resultaba vital para lograr que los efectivos reclutados navegasen sin impedimentos desde Lübeck hasta Livonia, los cruzados habrían de considerarlo más tarde como la aceptación de una supremacía, dándose pie de este modo a un conflicto de intereses absolutamente característico de la colonización del Báltico oriental.[31]

En el año 1200, la cruzada dirigida por el obispo Alberto contra Livonia sentó los cimientos del nuevo estado cristiano, y marcó lo que habría de ser la pauta militar e ideológica de su conquista y ocupación. La dinámica central unía el imperialismo eclesiástico al comercial. Livonia fue inequívocamente, más que cualquier otro de los escenarios de las cruzadas, una colonia de la Alemania septentrional y de la cristiandad latina. Durante un cuarto de siglo, el obispo Alberto se ciñó a una rutina consistente en la realización de giras de reclutamiento de carácter más o menos anual por Alemania y por el oeste del Báltico. En el año 1204 recibió una bula papal que le autorizaba a enrolar cruzados siempre que lo juzgara oportuno.[32] Pese a que se consideraba que la cruzada a Tierra Santa era de la máxima importancia —la nueva colonia de Alberto aportaba su particular contribución, por ejemplo, al impuesto que la iglesia recababa para la Quinta Cruzada—, el habitual respaldo de los privilegios que acompañaban a la cruzada concedía una categoría especial tanto al emplazamiento comercial del obispo como a las respuestas que este promovía. Tal como ha hecho notar Eric Christiansen, «la ruta marí-

tima entre Lübeck y Livonia se convirtió en una constante fuente de beneficios y absoluciones para los capitanes de los barcos, para los caballeros, para los burgueses y para los príncipes».[33] En el plazo de una década, el obispo Alberto logró someter a las tribus paganas de la costa y del curso bajo del Duina, levantar una nueva capital en Riga provista de un puerto en el que albergar a los grandes buques mercantes procedentes de Occidente, comenzar la construcción de su nueva catedral y crear su guarnición permanente de caballeros cristianos, los Hermanos de la Espada. Mientras se afalaba por conseguir todo esto, y al igual que cualquier otro señor feudal conquistador, se dedicó a colmar de riquezas a los miembros de su propia familia. Los hermanos de Alberto, un cuñado y algunos de sus primos recibieron la recompensa de importantes y potencialmente lucrativos cargos en la iglesia y en el Estado, lo que les permitió fundar dinastías que formaron parte del núcleo de la clase dominante integrada por los colonos alemanes.

El estado livonio descansaba sobre unos cimientos volátiles. El obispo Alberto se vio obligado a hacer frente a varios desafíos a su soberanía provenientes del papado y del rey de Dinamarca. Internamente, la dominación del clero dependía del apoyo de los comerciantes alemanes, cuyos intereses eran principalmente económicos, no espirituales, y de los nominalmente sumisos, pero en realidad autónomos, Hermanos de la Espada, que controlaban una tercera parte del conjunto del territorio y reivindicaban el derecho a disfrutar de idéntica porción en todas las futuras conquistas. Los observadores críticos veían pocas diferencias entre los negociantes y los caballeros, y acusaban a los Hermanos de la Espada de comportarse como maleantes, ya que venían a ser simples mercaderes sajones acaudalados y renegados. La élite mercantil se negaba a permitir que el obispo Alberto firmase la capitulación de la ciudad de Riga y la entregara a los daneses como parte de una componenda concebida en el año 1222 para saldar rivalidades de orden jurisdiccional. Los Hermanos de la Espada habían comenzado a regirse cada vez más por sus propias leyes, en especial después de la muerte de Alberto, ocurrida en el año 1229. Tanto los caballeros como los comerciantes tenían una manifiesta actitud empresarial en relación con Livonia, y lo mismo puede decirse de la jerarquía eclesiástica. La difusión del cristianismo pasó a resultar indistinguible de la ere-

ación de lonjas comerciales privilegiadas, de agrupaciones mercantiles y de nuevas propiedades rústicas destinadas a las órdenes militares, actividades que se vieron acompañadas por un empeño encaminado a fundar, a dotar de medios o a anexionarse toda una serie de obispados (como el de Dorpat, instituido en 1133) y de monasterios, como el de Dunamunde. Al aportar refuerzos físicos para la defensa y el ataque, las periódicas cruzadas que penetraron en tierras de Livonia durante el primer tercio del siglo XIII resultaron de capital importancia para sustentar los aspectos prácticos de esta congruencia entre el expansionismo material y espiritual. Estas guerras de la Cruz apuntalaban las señas de identidad ideológicas de la operación, incluso frente a casos de explotación, de escándalo y de corrupción, casos que para mediados de la década de 1230 habían empezado a amenazar la supervivencia misma de la colonia.[34]

La primera oleada de conquistas del año 1209 sometió al valle del bajo Duina al control de Riga, y sojuzgó igualmente, mediante una estrategia que combinaba el establecimiento de alianzas con el uso de la fuerza, a los semigalios situados al sur y al oeste del río, así como a los letones del norte y del este. Una de las ventajas con las que contaban los alemanes era la extendida percepción que les consideraba un invasor capaz de proteger a los gobernantes locales de sus enemigos tradicionales, los lituanos del sur y los estonios del norte. El gobernante de la ciudad de Polotsk, situada aguas arriba del enclave livonio, llegó a un arreglo con los nuevos pobladores a fin de facilitar el comercio. Entre los años 1209 y 1218, los livonios marcharon hacia el norte, llegando a penetrar en Estonia, pero después se vieron frenados por la intervención de Valdemar II de Dinamarca, que reclamaba la soberanía de la región. Tras una inicial alianza de conveniencia establecida entre los livonios alemanes y los daneses en el año 1219, la existencia de enconadas rivalidades comenzó a socavar no solo la reciente conquista de Estonia, sino la propia dominación feudal que ejercía el obispo Alberto en Livonia. En el año 1222, Estonia quedó dividida, lo que dejó en manos de los daneses el control de la costa septentrional situada en las inmediaciones de su nueva fortaleza de Reval (hoy Tallin), erigida en el año 1219, y logró que se les reconociera cierto derecho al supremo señorío en el resto del territorio. Para el obispo Alberto, el problema residía en el hecho de que Valdemar tuviera sometida por completo a su dominio la na-

vegación por el Báltico, y particularmente el acceso marítimo a la ciudad de Lübeck. Si no se podía contar con Lübeck como base para las operaciones de reclutamiento y flete de mercancías, la Livonia alemana, con independencia de quién ejerciese el poder, difícilmente podría existir. Por consiguiente, Alberto dejó tras de sí un sistema político esencialmente inestable, que no solo impugnaban los señores extranjeros que residían en puntos remotos o se hallaban siempre ausentes, sino también los daneses y el papado, los colonos y los comerciantes locales, los Hermanos de la Espada, la población indígena, integrada por conversos, aliados y paganos, y unos cuantos vecinos inquietos o agresivos, como los curonios, los lituanos y los rusos de Novgorod. Difícilmente podía considerarse que la situación constituyera un modelo válido de estado cristiano, fuera cual fuese la retórica de la peregrinación y de la cruz.

Durante la generación posterior al obispo Alberto, y a pesar de que se produjeran nuevas conquistas, los principales desafíos planteados a la viabilidad de la Livonia alemana continuaron siendo la invasión, la rebelión y la desintegración interna. Los habitantes de la isla de Ósel y los curonios capitularon en el año 1231, y a partir de entonces se comenzó a consolidar, gracias a una red integrada por una barrera de fuertes defensivos, una especie de frontera con los samogitios y los lituanos en el sur, y con los rusos en el este. Los modestos ingresos que producían las tierras condujeron a una feroz competencia entre los Hermanos de la Espada y otros terratenientes, tanto eclesiásticos como laicos. La rapaz explotación del campesinado local y los portazgos comerciales provocaron una rebelión en el año 1222 y otra en el año 1236, esta última vinculada a la derrota militar que infligieron los lituanos a los Hermanos de la Espada. Entre los años 1225 y 1227, los Hermanos de la Espada, aplicados a maximizar sus ingresos, se apoderaron de las regiones danesas del norte de Estonia, entre ellas la de Reval, plaza que conservarían hasta el año 1237, contraviniendo directamente lo establecido en la partición del año 1222. Para esta época, la rebelde independencia de los Hermanos de la Espada había suscitado también la desaprobación del papado. Pese a su éxito, o tal vez debido a él, estos caballeros —cuyos efectivos nunca llegaron a superar los ciento veinte hombres, aproximadamente— acabaron por aficionarse a un comportamiento de grosero matonismo y a actos de cruel

barbarie, lo que les hizo adquirir la correspondiente y merecida fama. Wenno, el primer maestre de la orden, había sido asesinado con un hacha por un camarada de la milicia. Su sucesor, Folkwin, un noble de Hesse, emprendió una política movida por vigorosos impulsos militares y por un bandolerismo al servicio de sus propios intereses. Los Hermanos de la Espada se aliaban de buen grado con los enemigos de Livonia para obtener ventajas territoriales. Tras la muerte del obispo Alberto, hicieron caso omiso de los acuerdos alcanzados en los años 1204 y 1207 e invadieron las propiedades del episcopado. Se saquearon los monasterios cistercienses, se hizo una matanza de conversos y se impidieron los bautismos. Para los miembros de los Hermanos de la Espada, el mejor livonio o litonio era el esclavizado, no el que compartía su misma religión. La atrocidad de la carnicería sufrida por los hombres del legado pontificio en el año 1234 consiguió que el papado se alejara aún más de ellos, un papado que llevaba años sometiendo a la orden a una indagación crítica. Hacia mediados de la década de 1230, los Hermanos de la Espada se vieron aislados. El papa les había condenado, y el rey de Dinamarca se había transformado en su enemigo. En 1236, Folkwin, que comandaba un ejército de reclutas cruzados, apoyado por cincuenta hermanos de la orden, fue muerto por los lituanos en la batalla de Saule, en Samogitia. Al año siguiente, la orden fue liquidada, y sus restantes miembros absorbidos por la orden de los Caballeros Teutónicos, que pasaron a asumir en Livonia las responsabilidades que anteriormente recaían sobre los Hermanos de la Espada.

La llegada de los Caballeros Teutónicos, gracias a la ayuda de los amplios recursos internacionales con que contaban, al respaldo del papa y a la aquiescencia del rey danés —a quien le fue restituida la Estonia septentrional en el año 1238—, devolvió a la colonia livonia la integridad territorial y la cohesión política que prácticamente se habían esfumado en el año 1236. Mediante una exitosa combinación en la que intervenían el poder militar, las alianzas con los vecinos y cierta tolerancia con los gobernantes clientes, los Caballeros Teutónicos se erigieron en los indiscutibles amos de Livonia. El experimento eclesiástico del obispo Alberto se abandonó cuando los obispos de Riga (que habrían de convertirse en arzobispos a partir del año 1253) cedieron a la orden las dos terceras partes de las conquistas realizadas. Con todo, el asentamiento continuó

siendo precario. Entre los años 1259 y 1260, una nueva revuelta general, respaldada por los rusos y los lituanos, amenazó con barrer de la región la totalidad de la estructura alemana de poder. El levantamiento tuvo su base en los estados clientes que los Caballeros Teutónicos habían alimentado cuidadosamente en las inmediaciones de sus posesiones clave, mientras que Livonia y Prusia, pese a la dureza con la que habían sido gobernadas, se mantuvieron leales. Durante el resto del siglo, los Caballeros Teutónicos combatieron para reclamar territorios y consolidar las fronteras de Livonia. Al final lo consiguieron, aunque al precio de una gran devastación y de numerosas muertes. Semigalia quedó arrasada y despoblada, ya que sus habitantes huyeron a Lituania. Samogitia permaneció libre de la férula livonia. La victoria de los Caballeros Teutónicos se logró a costa de una nueva e incluso más larga confrontación con Lituania que habría de prolongarse hasta bien entrado el siglo xv. No obstante, la rama livonia de los Caballeros Teutónicos, provista de su propio maestre provincial, sobrevivió hasta el año 1562, fecha en la que Gotardo Kettler abandonó sus votos religiosos para convertirse en duque de Curlandia y Semigalia, 37 años después de que se hubiese secularizado la orden en Prusia. Por entonces, la orden alemana parecía ya una especie de vestigio, y se enfrentaba a la presión que se ejercía desde Moscú sobre las fronteras de Livonia, así como a la generada en el interior de la región por los conversos luteranos.[35]

Las conquistas de Dinamarca y Suecia

La espectacular hazaña colonizadora realizada por los alemanes en Livonia y Prusia no debiera oscurecer otros aspectos, de orden más general, de la invasión del Báltico septentrional y oriental por huestes extranjeras. Del mismo modo que las relaciones entre los cristianos latinos, los paganos indígenas, los conversos y los cristianos ortodoxos griegos estuvieron presididas tanto por la adaptación y la componenda como por la enemistad visceral o racial, también sucedió que no todos los conquistadores fueron alemanes o miembros de la iglesia. Y si los reyes escandinavos estaban ansiosos por penetrar en la órbita de la cristiandad latina, también deseaban expandir al

mismo tiempo sus intereses y su poder hacia el este. Al aunarse, ambos procesos consolidaron el surgimiento de nuevas ideologías nacionales y la cohesión de las élites en el poder. Podríamos decir que los motivos que espolearon los ataques contra Estonia y Finlandia fueron de índole comercial, y que a ellos se añadió la necesidad de combatir o de regular la piratería, así como la de incrementar las ganancias. Sin embargo, los medios que se emplearon —las incursiones navales y el asentamiento de centros religiosos y de puestos mercantiles— fueron de naturaleza más prudencial que ideológica. Con todo, incluso sin la ayuda de sus propias órdenes militares, los reyes de Dinamarca y de Suecia se las arreglaron para conseguir que la iglesia aprobara sus guerras de conquista en el Báltico.

La flota danesa ya habían operado en el Báltico oriental, a finales del siglo XII, en cierto número de ocasiones, de Finlandia a Prusia. También se decía que los suecos habían realizado de cuando en cuando incursiones en las costas del golfo de Finlandia y en las del golfo de Riga. Estas penetraciones en tierra extranjera, aunque de carácter transitorio, permitirían que los propagandistas de años posteriores afirmaran la existencia de supuestas reivindicaciones históricas, políticas, religiosas y eclesiásticas. En el plano de una implicación más directa, hacia el año 1200, cualquier guerra que pudieran emprender los cristianos latinos contra enemigos no cristianos podía contar con hallar un respaldo religioso. En el ámbito local, la construcción de iglesias y la erección de catedrales, de diócesis y de monasterios afianzó el imperialismo político y comercial. La iglesia, aliada con la corona, gobernaba a sus aparceros, hacía acopio de materias primas, recaudaba impuestos (en forma de diezmos) y administraba justicia en sus propiedades rústicas. A estas estructuras administrativas se sumaba el ejercicio de la acción social, que se verificaba por medio de la conversión de los naturales de las regiones tomadas, lo que venía a ser a un tiempo símbolo y garantía de que en la esfera local se aceptaba el nuevo orden. La iglesia otorgó a la conquista, a los conquistadores y a sus aliados una clara y compartida identidad comunal. En el ámbito internacional, el soberano que encabezara campañas de conquista presentadas como una extensión de los límites de la cristiandad o como una forma de salir en su defensa podía obtener el reconocimiento y el visto bueno del papado, lo que constituía un valioso activo para situar a las monarquías re-

gionales por encima de los desafíos domésticos. Produjese o no efectivos dividendos materiales, el empeño que pusieron los reyes escandinavos en asemejar su posición a la de los grandes monarcas de la cristiandad occidental sugiere que creían que esa política podía reportarles compensaciones tangibles.[36]

En el año 1711, Alejandro III ofreció a cuantos hiciesen campaña contra los paganos del Báltico oriental, probablemente los estonios, un año de indulgencia plenaria, privilegio idéntico al concedido a los peregrinos que visitaban el Santo Sepulcro. Los que murieran en la expedición obtendrían la plena remisión de todos los pecados que confesaran. Pese a que técnicamente no fueran el exacto equivalente a una cruzada —la acción no requería voto solemne de participación, no hacía exhibición de la cruz y sus privilegios espirituales eran menores—, esos incentivos reconocían que la empresa se guiaba por el pensamiento pontificio.[37] Pese al interés que tenía Valdemar I en la zona, la iniciativa no logró nada. Parece que la primera acción danesa en el Báltico oriental a la que quepa dar plenamente el nombre de cruzada, y en la que no faltaron siquiera los *crucesignati,* fue la que acompañó al ataque lanzado por Valdemar II contra la isla de Ósel en el año 1206.[38] Dicha ofensiva no dio lugar a una ocupación duradera, pero estimuló el apetito del rey, que se aficionó a crear colonias y protectorados daneses en toda la región. En 1218, Honorio III apoyó las ambiciones de Valdemar en el Báltico oriental al proclamar la realización de una cruzada contra los paganos de Estonia. Como parte de una coalición en la que participaban los Hermanos de la Espada, las fuerzas cruzadas danesas invadieron Estonia en los años 1219 y 1220, tras atacarla por el flanco sur, y el rey Juan de Suecia tomó la plaza de Leal, en la costa occidental de Estonia. En el año 1219, Valdemar estableció una guarnición en Reval que controlaba el principal puerto natural de la Estonia septentrional. Allí los daneses levantaron una nueva ciudad y la poblaron con colonos alemanes procedentes de Sajonia, Holstein y Westfalia, ya que el rey se contentaba con actuar como un dominador ausente y con llevarse la parte del león de cuantos beneficios produjera el comercio, además de los ingresos de las extensas propiedades rústicas que la corona se había asignado a sí misma. A largo plazo, esto permitió que los burgueses y los terratenientes de Reval y de Estonia disfrutaran de una autonomía cada vez mayor. Los intereses daneses fueron decreciendo paulatinamente.

En el año 1346, Valdemar IV vendió Estonia a los Caballeros Teutónicos, quienes la incorporaron de forma laxa en Livonia.

La primera amenaza a la implantación de los daneses y los alemanes en el norte de Estonia fue la planteada por unos antiguos aliados. Pese a que los suecos pronto habrían de evacuar Leal, los Hermanos de la Espada, como ya se ha señalado, continuaron su avance desde el flanco sur, y llegaron a tomar la propia Reval en el año 1227. Los conflictos de jurisdicción ocasionaron una apelación a Roma. Sólo tras llegar a un acuerdo con las nuevas autoridades de Livonia, esto es, con los Caballeros Teutónicos, se aceptó en 1238 la suprema jefatura de los reyes daneses, o al menos así lo hicieron sus correligionarios en el cristianismo latino. A partir de entonces, el principal interés de los reyes daneses se centró en las perspectivas de una nueva expansión al este, hasta la región de Vod, controlada por los rusos de Novgorod. Los límites de la expansión danesa quedaron establecidos por medio de la serie de guerras que se libraron a lo largo de la frontera oriental. Valdemar II terminó implicándose en la cruzada que se emprendió contra los rusos entre los años 1240 y 1242, y en la que combatió junto a los Caballeros Teutónicos, que lanzaron su ataque desde Livonia, y al lado de los suecos, que avanzaron hacia el este desde las posiciones que tenían en Finlandia. No obstante, en el año 1240 los suecos sufrieron una derrota en el río Neva, y los Caballeros Teutónicos, tras un primer éxito en la ciudad de Pskov, quedaron vencidos junto al lago Chud-Peipus (y en sus propias aguas) por Alejandro Nevsky de Novgorod, incidente que Eisenstein imaginó, rodeándolo de una gloriosa auréola, en su célebre película nacionalista. La política papal posterior a la década de 1220 tachó constantemente de cismáticos a los rusos, afirmando que era preciso oponerse a ellos mediante el uso de la fuerza, y dio amparo a rocambolescos planes para la conversión de los paganos del extremo oriental del golfo de Finlandia. Las esperanzas pontificias, cifradas en lograr que se pusieran en marcha coordinadamente varias cruzadas contra los rusos, hicieron que Erik IV de Dinamarca (1241-1250) se decidiera a abrazar la cruz en 1244, aunque sin consecuencias. El papa Alejandro IV reactivó la cruzada en el año 1256 al lanzar un llamamiento a los fieles de Prusia y de Livonia, llamamiento en el que les pedía que contribuyesen a la conversión de los paganos que habitaban más al este. En reali-

dad, la modesta expedición que se produjo seguidamente sirvió solo para ayudar a un terrateniente local a consolidar su poder en el curso bajo del Narva: no se intentó conseguir ningún bautismo. Las futuras campañas realizadas en la región, las dirigidas contra la República de Novgorod o contra los paganos de Finlandia, se confiaron a los reyes de Suecia, que ya habían establecido su presencia en la costa septentrional del golfo de Finlandia. A los ojos de los daneses, la índole de los beneficios políticos y económicos extraídos de tan remotas e incultivables tierras comenzó a parecer progresivamente más secundaria, mientras que, por otro lado, las relaciones entre Livonia y los rusos quedaron en gran medida determinadas por el tráfico comercial y no por las controversias religiosas.[39]

El interés de los suecos por Finlandia se remontaba al siglo XII.[40] El envío de misiones a las tierras de los suomi del suroeste de Finlandia comenzó después del año 1209, y estuvo acompañado de cierta actividad colonizadora por parte de los suecos. Los intentos de convertir a los más ariscos tavastios, que habitaban las regiones situadas más al este, tropezaron con dificultades religiosas y políticas. Los lugareños estaban menos dispuestos a aceptar nuevas disciplinas. Al tratar de penetrar en Tavastia, los suecos entraron en competencia con los vecinos carelios, controlados a su vez por los rusos de Novgorod. En 1237 se promulgó una cruzada para meter en cintura a los tavastios. Birger Jarl, el cuñado de Erik XI, dirigió nuevas campañas en el año 1249. En 1257, el papa lanzó un llamamiento a los suecos instándoles a atacar a los carelios, en una guerra que se proponía combatir tanto a los rusos como a los paganos. En el año 1292, otra expedición amplió aún más la influencia sueca en Carelia. Esta expedición, que el rey Birger (1290-1319) había organizado con el fin aparente de promover la causa de la cristiandad latina en la región, se proponía como auténtico objetivo el control del lucrativo comercio nororiental del Báltico, no la salvación de las almas. Lo que arrastró a los ejércitos suecos a los eriales de las tierras del interior de Finlandia no fue la fe, sino la fama y el lucro.

La guerra fronteriza que ocupaba a suecos y a rusos prosiguió hasta bien entrado el siglo xiv. En Carelia se estableció un puesto avanzado sueco en Viborg. Hubo algunos intentos encaminados a lograr que la dimensión de estos conflictos se ampliara hasta con-

vertirse en el tipo de guerra de religión permanente con el que estaban familiarizados los habitantes de Livonia y de Prusia. A finales del siglo XIII, un rey del siglo XII que había sido declarado santo, lo que no dejaba de ser muy apropiado al caso, Erik IX, fue ensalzado como modélico soldado santo en la lucha contra los finlandeses, todo ello apoyado en fundamentos muy precarios, cuando no totalmente espurios. La propaganda de la iglesia iluminó con potente luz la figura de algunos mártires finlandeses de los que apenas se guardaba más que un borroso recuerdo. De hecho, la causa de la conversión retrocedió, aunque conservó su influencia como ideal capaz de justificar los aspectos violentos del poder y de la cultura aristocráticas. En la década de 1340, Brígida de Suecia expuso apremiantemente a su primo el rey Magnus II (1319-1363) los aspectos positivos derivados de organizar un ejército selecto, integrado por hombres piadosos, y de librar una guerra santa, en lo que debía ser un acto de fe y de caridad provisto de virtudes expiatorias y redentoras.[41] En un plano más práctico, dada la expectativa de que se produjeran guerras cruzadas, debían seguir recaudándose los impuestos eclesiásticos, y además el dinero podía asignarse al rey si este daba muestras de simpatizar con la causa. Incluso Brígida, una mujer de refinados sentimientos religiosos que más tarde habría de ser canonizada, argumentaba que el rey procedía de modo más justo si reunía fondos para una cruzada que si lo hacía para librar una guerra de carácter más mundano, con lo que reconocía que aún podía recurrirse a la idea de una guerra santa para sustentar la autoridad regia y neutralizar la oposición que suscitaba el hecho de que los reyes reclutaran hombres y amasaran fuertes sumas dinero.

Transcurrida una generación presidida por la existencia de movimientos de adaptación en toda la longitud de la frontera carelia, y una vez superada la década de 1320, Magnus II organizó en los años 1348 y 1350 dos nuevas cruzadas en la región situada a lo largo del río Neva, a ambos lados de la zona de aparición de la peste negra. Respaldado por otro nuevo y entusiasta partidario de las cruzadas elevado al trono de san Pedro, Clemente VI, Magnus trató de reforzar su posición en su propio reino y lanzó para ello un ataque contra los rusos de Novgorod mientras los potenciales aliados de estos últimos se hallaban distraídos en Lituania y Moscovia. Tomó la ciudad de Orekhovo, junto al río Neva, y la ocupó brevemente antes de que

los rusos de Novgorod la recuperaran a principios del año 1349. En 1350, tras una infructuosa gira por el extremo oriental del gollo de Finlandia, Magnus llegó a Reval y allí trató de conseguir mediante la imposición de un bloqueo comercial a la región de Novgorod lo que no había logrado obtener con las armas. En marzo de 1351, una nueva aprobación papal permitió que Magnus intentara seguir imponiéndose en la región, apoyado por la perspectiva de un nuevo diezmo eclesiástico destinado a sostener otra cruzada. Pese a los jugosos beneficios reunidos mediante ese tributo, Magnus no logró movilizar los respaldos suficientes, ni en su reino ni en ningún otro lugar del Báltico latino. Su empeño cruzado quedó en agua de borrajas. Casi inmediatamente, Magnus hubo de hacer frente a una rebelión en Suecia y a un desagradable cambio de política de la curia papal: en el año 1355 la casa pontificia exigió que se le devolviesen el dinero. En el Báltico, esto supuso el fin de las actividades cruzadas suecas dignas de tal nombre. En la década de 1370, el rey Alberto (1364-1389) trató de reactivar la cruzada contra los rusos, y en 1378 Urbano VI ofreció indulgencias. Las incursiones que de cuando en cuando atravesaban la frontera carelia conocieron un período de explosión en el siglo xv. La última bula otorgada a las cruzadas suecas, promulgada en 1496 por otro papa devoto de esa actividad —a pesar de ser un pontífice de improbable fe en las conversiones—, el corrupto y lujurioso Alejandro VI, no consiguió siquiera llegar a su destino, ya que fue interceptada por un rey danés hostil a la empresa. El triunfo de la política cristiana interna relacionada con la manipulación —ya fuera esta de carácter sentimental, hipócrita o piadoso— de las instituciones encargadas de la guerra santa proporcionó un adecuado colofón a lo que se había convertido en uno de los conflictos más prolongados y menos gloriosos de todos cuantos se han asociado a las cruzadas. No obstante, debería recordarse que Finlandia siguió formando parte del reino sueco hasta el año 1809.

Prusia

La actividad cruzada en Prusia fue de muy distinto cuño al de las deslucidas campañas libradas en el lejano norte, y dejó una impronta mucho menos evidente. Si en algún lugar existió algo que admitiera ser

descrito como un «estado cruzado» fue sin duda el principado que crearon los Caballeros Teutónicos en la Prusia del siglo XIII. Más incluso que las de Livonia, las instituciones y la identidad prusianas se foijaron por la acción de una continua guerra santa y estuvieron gobernadas por una orden militar cuya autoridad, pese a tener que encarar los constantes desafíos de los pueblos indígenas y de los vecinos paganos, obtuvo tanto el reconocimiento del papa como el del emperador y contó con el apoyo que le concedía la permanente posibilidad de recurrir a los privilegios, las prédicas y las fórmulas propias de las cruzadas. Mientras que en Livonia o en Estonia la orden tuvo que competir con el patriciado de las ciudades, con las jerarquías de la iglesia o con los reyes daneses, en Prusia los Caballeros Teutónicos lograron, en tomo a la década de 1240, el control supremo del territorio interior, donde ya disfrutaban del privilegio de declarar guerras cruzadas por iniciativa propia y no papal. Aunque no fueron los sádicos demonios que pintan ciertas leyendas negras, el dominio de la orden fue eficaz y transformador. Pese a que tuvieron que encajar repetidos desastres militares, los recursos internacionales de la orden y la dinámica incorporación de reclutas en sus filas evitaron que desapareciera. Pese al malestar generado por algunos de los métodos y comportamientos de los Caballeros Teutónicos, muchos de los que en el siglo xiv discurrían sobre nuevas formas de recuperar Tierra Santa adoptaron el modelo de esta orden militar, encargada de gobernar un estado colonizador. La orden constituía una aristocracia, regía los castillos, controlaba el comercio y poseía vastas extensiones de tierras. Prusia pasó de ser un señorío conquistado que cooperaba en las campañas de su señor a devenir un nuevo feudo de Alemania y de lo alemán. Pese a constituir uno de los legados más delicados, y para algunos, más incómodos, de las cruzadas, la Prusia de los Caballeros Teutónicos fue también una de sus más influyentes y duraderas herencias.[42]

En Prusia, las cruzadas comenzaron más de una década antes de que se implicaran en ellas los Caballeros Teutónicos. Los esfuerzos de Cristián, un misionero cisterciense que se hallaba en la región desde el año 1206 y que fue nombrado obispo de los prusianos en 1215, obtuvieron el respaldo de las bulas concedidas por el papa a las cruzadas a partir del año 1217. Después de esa fecha, y durante unos cuantos años, el obispo, aliado con los señores alemanes y polacc os de

la cuenca alta del Vístula, trató sin éxito de difundir el cristianismo entre las tribus paganas del bajo Vístula. En 1225, las feroces represalias que solían seguir a este tipo de incursiones convencieron a Conrado, duque de Masovia, de que debía proponer a los Caballeros Teutónicos que prestasen su apoyo a la empresa, lo que le dejaba las manos libres para entregarse a sus ambiciones en el interior de Polonia. Desde el año 1211, fecha en la que el rey Andrés de Hungría recurriera a ellos para defender la Transilvania oriental de los cumanos, los Caballeros contaban con una sólida reputación. La hermandad de los Caballeros Teutónicos, fundada como una orden hospitalaria alemana en Acre durante la Tercera Cruzada, había disfrutado del patrocinio de Enrique IV, quien les garantizó el reconocimiento del papa, y más tarde contó con el apoyo de su hijo, Federico II, que confirmó sus privilegios en el año 1215 y aumentó enormemente su dotación económica. Tras adoptar los preceptos de los Templarios de forma más o menos íntegra, y a pesar de que el principal campo de operaciones de la orden fuera siempre, al menos en el ámbito ideológico —ya que no siempre en la esfera real—, el de Tierra Santa, los Caballeros Teutónicos se convirtieron, en tomo a la década de 1220, en grandes terratenientes con posesiones dispersas por toda la cristiandad occidental. Y lo que es igualmente importante, la orden contaba, en la persona de su maestre, Germán de Salza (1209-1239), con un hábil dirigente político, que mantenía estrechas relaciones con Federico II. En el año 1226, en una bula imperial promulgada en Rímini, Federico concedió a los Caballeros autorización para invadir Prusia por orden suya. Germán habría de conservar las conquistas que había logrado en el territorio próximo a la ciudad de Kulm y en Prusia, dada su condición de *Reichsfiirst,* esto es, de príncipe imperial independiente. De manera similar, Conrado de Masovia estaba igualmente decidido a reconocer la autoridad autónoma de la orden en Prusia. Germán explotó la rivalidad entre el pontífice y Federico al conseguir, en el año 1234, que el papa Gregorio IX declarara que las tierras que la orden poseía en Prusia constituían un feudo papal, sometido a la protección de san Pedro, pero en manos de los Caballeros Teutónicos.[43] Esta astuta comprensión de las agitadas aguas de la política internacional permitió a la orden gozar de entera libertad, en especial cuando, en 1233, los prusianos capturaron al obispo Cristián, el único freno no-

minal a sus actividades, y lo retuvieron hasta el año 1239. En el seno de la orden, este período resultó vital para la consolidación del liderazgo en los territorios conquistados y para la organización de las periódicas cruzadas que se declaraban para ayudarles. Fueron pocos los esfuerzos palpables que hicieron para asegurar la liberación del obispo. En el año 1245, el otorgamiento de Inocencio IV reconocía el papel que había desempeñado la orden en la coordinación de los refuerzos militares procedentes del exterior, reconocimiento que permitió a los Caballeros Teutónicos reclutar efectivos para organizar cruzadas según su propio parecer, sin necesidad de tener que obtener cada vez el consentimiento expreso del pontífice.[44] Esta devolución de la facultad de convocar empresas cruzadas era una decisión lógica, si se tiene en cuenta que el papado debía tratar con órdenes militares que se hallaban permanentemente en el frente, y hubo situaciones paralelas en Livonia y España. En Prusia, dicha capacidad sirvió para fortalecer la posición dominante de la orden, la cual actuaba como principal autoridad política en el nuevo estado que estaba surgiendo como consecuencia de las conquistas que sus propios miembros habían consolidado, no solo en su faceta de gestores de las cruzadas, sino también gracias a sus propios esfuerzos en solitario.

El primer ofrecimiento que le hiciera Conrado de Masovia en el año 1225 no había impresionado lo suficiente a Germán de Salza como para que este se mostrara incondicionalmente dispuesto a cooperar. Pospuso su compromiso con la orden en tanto no regresara de la cruzada a Tierra Santa, en la que permaneció, como acompañante de Federico II, entre los años 1228 y 1229. Tras su retomo, un pequeño pelotón de reconocimiento al mando de Germán Balk estableció en el año 1229 una guarnición en la frontera entre Polonia y los territorios de la región de Kulm, acción con la que se preparaba un ataque corriente abajo del Vístula. Como en Livonia, el campo de batalla decisivo era el situado a lo largo de los ríos, ya que los fuertes y los puestos comerciales riparios constituían las bases desde las que resultaba posible controlar la campiña adyacente y lanzar nuevos avances. No obstante, y a diferencia de lo ocurrido en el caso de la guerra librada a lo largo del Duina, la invasión de Prusia vino de las cabeceras de los ríos, y estranguló el comercio que esta potencia mantenía con las regiones del interior. Y en contraste igualmente con

lo sucedido en Livonia, la orden y sus aliados cruzados operaron cerca de los cuarteles generales que tenían en Polonia y Pomerania, desde los que les resultaba fácil acceder al resto de la Alemania septentrional. Esto se reflejó en el hecho de que la popularidad numérica de la cruzada prusiana de la década de 1230 fuera mucho mayor que la alcanzada por cualquier otra cruzada librada en Livonia, Estonia o Finlandia. También vino a significar que, contrariamente a lo que sucedía en los puestos alemanes avanzados de Riga y Reval, que de vez en cuando se veían acosados, existían pocas perspectivas de que los alemanes de Prusia fueran arrojados al mar. Esto no evitó que estallaran una serie de revueltas ni que se produjeran contraataques capaces de plantear no solo un desafío al proceso de la conquista, sino de invertirlo incluso en alguna ocasión.

En el año 1230 comenzó el avance aguas abajo del Vístula. A lo largo de la década siguiente se avanzó río abajo en dirección al Báltico y al Frisches Haff. Con el apoyo de nutridos ejércitos regulares y cruzados procedentes de la Europa oriental, se construyeron fortalezas desde Torun (1231) hasta Marienwerder (1233) y Elbing (1237), en las costas del Frisches Haff. Se levantaron fuertes en las tierras interiores del este del Vístula, en Rheden (1234) y en Cristoburgo (1237), un nombre cuya elección resulta significativa. Al obligar a los lugareños a realizar trabajos y al atraer a colonos alemanes y a misioneros dominicos, estos centros añadieron a su condición de bases militares la de símbolos de dominación. En el año 1233, los inmigrantes silesios que se presentaron en la región de Kulm obtuvieron la concesión de los derechos civiles en Torun y en Chelmno, según las leyes de Magdeburgo. Los señores alemanes comenzaron a dividir en parcelas las propiedades rústicas situadas a lo largo del Vístula. Tras ser tomada, la ciudad de Elbing fue inmediatamente colonizada por ciudadanos venidos de Lübeck. Desde Elbing, los invasores avanzaron hacia el noreste, en dirección a Samlandia, lo que, al dejar a los prusianos sin comunicación con la costa, animó a algunos de ellos a congraciarse con la nueva potencia extranjera. En 1239, se construyó un castillo en Balga, en el Frisches Haff. Tras haber asumido en el año 1237, junto con las facciones que aún quedaban de los Hermanos de la Espada, la responsabilidad de gobernar Livonia, los Caballeros Teutónicos se vieron en una buena posición para completar la maniobra envolvente con

la que querían reducir a los recalcitrantes prusianos y unir así sus dos provincias a fin de crear una faja de terreno cristiano latino desde la Pomerania hasta Estonia.

El rápido éxito de la conquista provocó un violento y eficaz contraataque de las tribus prusianas del interior. Se aliaron con el duque Swantopelk de Danzig, que había sufrido graves perjuicios: había visto como le bajaban notablemente los humos tanto los Caballeros como los cruzados, y parecía entusiasmado con la idea de materializar, mediante usurpación, sus ambiciones políticas y comerciales en el valle del Vístula y a lo largo del litoral que se extendía en dirección a Samlandia. La derrota de la orden de los Caballeros en el lago Chud a manos de los rusos del territorio de Novgorod les había vuelto vulnerables. La revuelta prusiana se inició en 1242 y duró más de una década. Al principio, la orden perdió la mayor parte de las conquistas que había obtenido en la década de 1230. La orden no conservó sus posesiones más que en la Pomerania y en unos cuantos puestos avanzados como Elbing y Braga. Para los Caballeros Teutónicos, las ventajas tecnológicas con que contaban en una batalla en campo abierto —ventajas fundadas en la caballería pesada, en la cerrada descarga de las ballestas, y en el dominio de las vías fluviales— resultaron ser menos decisivas de lo que tal vez habían esperado. Los prusianos consiguieron hacer uso de las emboscadas y de lo que podríamos considerar un equivalente de las tácticas de guerra de guerrillas no solo para privar a la orden de cualquier control de los territorios situados lejos de las fortalezas, sino para organizar celadas con éxito y lograr así algunas significativas victorias. No obstante, los asedios tendían a ser un recurso superior a sus posibilidades.

Expuesta de este modo, la fragilidad de las primeras conquistas tuvo dos resultados complementarios. La orden se preparó para una larga y dura guerra de represión, de lo que da fe el otorgamiento emitido por Inocencio IV en el año 1245, que autorizaba una cruzada más o menos permanente. Al mismo tiempo, una más refinada política de compromisos con los naturales de Prusia condujo a la paz de Cristoburgo en el año 1249, firmándose un tratado por el que se concedían libertades civiles a los conversos prusianos a condición de que acataran las leyes y las costumbres cristianas tal como las entendían los tribunales eclesiásticos, lo que en la práctica sig-

niñeaba atenerse al dominio de la orden de los Caballeros Teutónicos. Al tener que hacer frente a los desafíos que comenzaron a plantear los naturales del territorio a partir del año 1260, desafíos que ahora revestían un carácter más serio, la política de crear una élite de prusianos cristianizados provista de privilegios especiales pasó a convertirse en una de las peculiaridades que distinguieron de manera persistente el modo en que la orden eligió dirigir los asuntos públicos de Prusia. Su planteamiento consistía en integrar a una minoría, en tolerar la tradicional estructura social de la complaciente aristocracia local y en discriminar a la mayoría: a los paganos, a los individuos carentes de libertad y a los recalcitrantes, algunos de los cuales, si poseían los medios para ello, emigraron a tierras provistas de regímenes más amables, al otro lado de la frontera lituana.

En la década que siguió al tratado de Cristoburgo la orden superó tácticamente a sus competidores. La conquista de Prusia nunca fue una simple cuestión que enfrentara a los Caballeros Teutónicos y a sus aliados cruzados de Alemania con el resto de los contendientes. No se permitía que la cruzada interfiriese en la marcha de los asuntos diplomáticos ni políticos, y tampoco se admitía que estorbara las posibilidades de obtener un éxito duradero, aunque contribuyera a hacer avanzar los tres frentes. En el año 1253, tras amenazarle con una cruzada, se llegó a un arreglo con el duque Swantopelk respecto al control del bajo Vístula, pero lo más importante para la orden fue que con ello consiguió adelantarse a los planes que los polacos tenían para la zona. La conquista de Samlandia (1254-1256), con ayuda de la cruzada encabezada por el rey Otokar II de Bohemia, evitó que se anexionara la región Haakon IV de Noruega, a quien el papa había ofrecido el control de la zona. La conquista permitió igualmente que la orden superara a la élite de Lübeck, que había empezado a organizar la colonización de Samlandia en el año 1246. La presión que ejercieron los rusos sobre las poderosas tribus yatwingias del este de Prusia logró que el rey de Lituania, Mingaugas, tratase de conseguir unas relaciones más estrechas con la orden y se aviniese a aceptar el bautismo. Esto a su vez permitió construir en paz dos baluartes en el norte de Samlandia y del Kurisches Haff, junto al río Niemen, en Memel (1252) y en Georgenburg (1259 —otro nombre significativo—).

El dominio ejercido por los Caballeros Teutónicos entró en cri-

sis —una crisis que en muchos sentidos afectó a toda la cruzada del Báltico— al producirse la gran revuelta del año 1260. El levantamiento general de las tribus o naciones prusianas logró casi invertir por completo las tomas. Con la ayuda del hijo de Swantopelk, Mestwin de Danzig, y con la participación de la totalidad de las más poderosas naciones prusianas, la rebelión estaba esta vez bien organizada y bien equipada. Los prusianos habían aprendido de sus conquistadores. Ahora poseían ballestas, sabían cómo construir máquinas de asedio y habían perfeccionado sus tácticas de batalla en campo abierto, así que ya no se veían obligados a confiar en la realización de campañas furtivas en regiones apartadas. Entre los años 1260 y 1264, dos maestres prusianos de los Caballeros Teutónicos fueron asesinados, un ejército cruzado quedó aniquilado en Pokavis, al sur de Kónigsberg, los colonos terminaron degollados, y muchos de los fuertes de la orden se perdieron, entre ellos el de Marienwerder, que había permanecido en manos de los conquistadores desde el año 1233. La bárbara naturaleza de esta guerra refleja la importancia del envite. En ambos bandos las atrocidades cometidas en nombre de la fe salpicaron unas campañas de devastación y brutalidad. Hubo regiones que quedaron íntegramente reducidas a la condición de tierras baldías, pueblos enteros que se vieron obligados a elegir entre la muerte, la esclavitud o la emigración. Sólo por medio del periódico refuerzo que les aportaban los importantes ejércitos cruzados y con el ininterrumpido apoyo del papa y de la iglesia, que contribuían con sus prédicas, con el reclutamiento de hombres y con la aportación de fondos, lograrían los Caballeros Teutónicos recuperar su posición. Hacia el año 1277, la mayoría de las tribus prusianas se habían sometido o habían quedado aniquiladas. Los yatwingios se rindieron en el año 1238, aunque muchos prefirieron emigrar a Lituania a tener que inclinarse ante unos gobernantes extranjeros y un dios ajeno. El final de la resistencia prusiana trajo consigo la conquista de los curonios y de los letones. En 1290, los semigalios quedaron sometidos. Los levantamientos fallidos de los años 1286 y 1295 no sirvieron sino para endurecer aún más la depravación del dominio de la orden. En Prusia y en otros lugares, el coste de la derrota fue el exilio o la esclavitud, salvo para unos pocos aristócratas leales y algunos colaboracionistas. El precio de la victoria fue la creación de un estado militarista confesio-

nal. Pese **a** que en **el** siglo **XIII** la mayor parte de los estados de la cristiandad occidental tenían hasta cierto punto un carácter confesional y militarista, Prusia y las regiones bajo su dominio eran de índole singular por el hecho de que la religión y la guerra las definiera profundamente desde el punto de vista institucional y social, lo que dio lugar al llamado *Ordensstaat.*[45]

Las cruzadas alemanas de la década de 1260 permitieron que los Caballeros Teutónicos conservaran la posesión de Prusia. La posición y los recursos de los cruzados que se unieron a los Caballeros Teutónicos proporcionaron a estos últimos una clara ventaja si cotejamos su aportación con la que pudieran haber ofrecido los reclutas comparativamente debilitados que participaron en las guerras que se libraron en Livonia en defensa de la Cruz. La primera década de la conquista había atraído a algunos nobles polacos importantes: a Conrado de Masovia, a su hijo, el duque Ladislao Odonicz; a unos cuantos príncipes alemanes como el duque Enrique de Silesia y Cracovia, al margrave Enrique de Meissen y al duque Enrique de Brunswick. Con ellos llegaron los burgueses de Silesia, de Breslau* y de Magdeburgo, así como los de Lübeck, y también otros señores de menor importancia, venidos por ejemplo, en pos de nuevas tierras, de Sajonia y Hannover. Durante las décadas siguientes, habrían de figurar entre los cruzados prusianos algunos de los más relevantes personajes de la política alemana, como Rodolfo de Habsburgo (1254), Otón III de Brandeburgo (1254 y 1266), el rey Otokar II de Bohemia (entre los años 1254 y 1255 —fecha en la que asoció su título al nuevo castillo de Konigsberg (que en alemán significa «Monte del rey»), en Samlandia—, y en 1267), Alberto I de Brunswick, Alberto de Turingia (1264-1265) y Dietrich de Landsberg (1272).[46] El peso político de estos apoyos era tanto más notable cuanto que coincidía con la prolongada y destructiva guerra civil que se libraba en Alemania desde finales de la década de 1230. Es muy posible que, para los nobles alemanes, estas aventuras en tierras extranjeras fueran de mucha utilidad, ya que les evitaban tener que tomar decisiones incómodas en sus propios feudos. Entre los participantes se encontraban algunas de las más destacadas figuras contrarias a los Hohenstaufen, pero del mismo modo hay que aña-

*** Nombre alemán de la ciudad polaca de Wroclaw.** ***(N. de los t.)***

dir que los Caballeros Teutónicos pusieron buen cuidado en no cortar sus relaciones con Federico II y su familia. El largo enfrentamiento entre la casa Hohenstaufen y el papado permitió que la orden disfrutase de un grado de independencia que en otras circunstancias le habría sido imposible conseguir. No obstante, puede decirse que hasta cierto punto fueron artífices de su propia suerte, ya que la habilidad diplomática reveló ser crucial para sortear las dificultades surgidas con los pontífices, que de vez en cuando se mostraban molestos con las políticas de la orden y con el poder que esta acumulaba. Esta tarea diplomática les resultó más sencilla gracias a las buenas relaciones que mantuvieron con Guillermo de Saboya, cardenal de Santa Sabina (fallecido en el año 1251), que desempeñó con periódica intermitencia el cargo de legado en el Báltico (1225-1226, 1228-1230 y 1234-1242). Por regla general, Guillermo acostumbraba a promover los intereses de la orden, lo que supone un agudo contraste con el comportamiento de su sucesor, Alberto Sürbeer, hombre tercamente independiente que ejerció el cargo de arzobispo de Prusia entre los años 1246 y 1253, y de Riga entre 1253 y 1273.

Una de las claves que explican la supervivencia de la hermandad radica en el hecho de que, frente a las presiones de los reyes alemanes, de los cruzados extranjeros, de los colonos inmigrados, del papado, de los indígenas rebeldes y de las potencias vecinas, la orden preservó siempre la capacidad de conservar en manos propias el control de su destino. En el año 1235, teniendo aún a su protector preso de los prusianos, la orden absorbió a las Milicias de Dobryzn del obispo Cristián, posiblemente con la connivencia de Conrado de Masovia, que deseaba hacerse con sus propiedades, y desde luego para disgusto de algunos de sus Caballeros. Dos años después, se hicieron con el control de los Hermanos de la Espada de Livonia. Después de 1250, la desmembración del poder de los Hohenstaufen contribuyó a la autonomía legal de la orden y promovió su dominio sobre los colonos laicos. Con un rasgo de comportamiento que compartía con los gobernantes de la Francia y la Inglaterra de la época, la orden, en tanto que autoridad laica soberana, rechazó toda interferencia innecesaria del papa o de los obispos locales. Incluso el agresivo legado papal Alberto Sürbeer se vio obligado, al final de su carrera, a no elevar a Roma ningún llamamiento contrario a los Caballeros, tras haber pasado un breve período de tiempo preso en

manos de la orden como consecuencia del fallido golpe de mano ocurrido en Livonia entre los años 1267 y 1268. Para quienes abogaban en favor del poder del papa o de la iglesia, la dificultad estribaba en el hecho de que el Báltico fuese una región tan apartada; en las divisiones y en la hostilidad generadas por las guerras contra los Hohenstaufen; en los privilegios de que ya gozaban los Caballeros Teutónicos; y, finalmente, en los innegables éxitos militares de la orden. En el año 1243, el número de obispados de Prusia —instituciones que, en potencia, eran rivales jurisdiccionales— era limitado, y se permitió que la orden dividiera sus posesiones, haciéndolas pasar de dos tercios a uno.[47] En 1245, el hecho que Inocencio IV, que no era uno de sus aliados naturales, otorgara indulgencias de Jerusalén a todos los que, habiendo participado en las guerras de la orden, abrazaran «sin prédica pública» la cruz, devolvió a los Caballeros la capacidad de convocar cruzadas en toda regla.[48] Esto no evitó los posteriores llamamientos del papa a las cruzadas, ni que se autorizara la amplia difusión de los sermones de los frailes. No obstante, el otorgamiento de Inocencio estableció un automatismo por el que los Caballeros Teutónicos adquirieron la facultad de poder organizar de forma permanente, por sus propios medios y en beneficio de sus intereses, cuantas cruzadas quisieran sin tener que recurrir constantemente a la aprobación específica del papa. En el año 1260, el hecho de que Alejandro IV permitiera que los sacerdotes de la orden predicaran la cruz por iniciativa propia, en términos similares a los ya concedidos a los dominicos, a los franciscanos y a los obispos locales, reforzó esta situación.[49] Dadas las circunstancias reinantes en las revueltas ocurridas entre 1242 y 1249, y entre 1260 y 1283, así como en la eterna cruzada contra Lituania del siglo xiv, esta particular posición de la orden le permitió organizar sus asuntos como un empeño autónomo.

La baja Edad Media

Hacia el año 1300, los Caballeros Teutónicos gozaban de una situación segura en Prusia, en Livonia y en la Estonia meridional, y a lo largo de la generación siguiente consolidaron su dominio mediante, por un lado, el sometimiento y el disfrute del favor de una minoría

selecta de los «prusianos viejos», y el patrocinio, por otro, que los «prusianos nuevos» alemanes ejercían en los campos del comercio y de la inmigración rural y urbana. En su afán por dominar la mayor cantidad posible de tierras del sur y el este del Báltico, la orden se anexionó, entre los años 1308 y 1310, Danzig y la Pomerania oriental. En 1337, el emperador Luis IV dio a la orden autorización para conquistar la totalidad de la Europa oriental, aunque hay que tener en cuenta que por Europa oriental entendía principalmente el creciente poder de la Lituania pagana y el de sus habituales aliados de Polonia, pese a los frecuentes intentos que llevaron a los sucesivos papas a tratar de conseguir que la nobleza de este último país, que era una potencia cristiana, se apuntara a su vez a una cruzada contra los mongoles y a otra, más confusa, contra Lituania. En el año 1346, la orden compró la Estonia septentrional a Valdemar IV de Dinamarca. Los motivos de este costoso y prolongado programa de expansión residen en la naturaleza de la política báltica y en la índole de la orden misma. Tras ser expulsados de Tierra Santa, junto con los demás cristianos latinos, al producirse la toma de Acre por los mamelucos de Egipto en el año 1291, los Caballeros Teutónicos trasladaron su cuartel general a Venecia. Dice mucho respecto de las respectivas categorías de ambas empresas el hecho de que, pese a que la orden se hubiese consolidado como único poder gobernante de un gran estado del norte de Europa, al precio de inimaginables riquezas y de un derramamiento de sangre aún mayor, sus Grandes Maestres, según se denominaban a sí mismos, permanecieran en el Mediterráneo. Fue necesario que se produjera una crisis en tres frentes para que los cabecillas de la orden se decidieran a desplazarse al norte.[50]

En Livonia, los desafíos que planteaban al dominio de la orden tanto el arzobispo como los ciudadanos de Riga condujeron a una turbulenta guerra civil entre los años 1297 a 1299, una guerra similar a las contiendas que habían marcado las últimas décadas de dominio cristiano en Acre. Los Caballeros parecían dispuestos a sacar adelante sus derechos, incluso en el caso de que ese empeño les obligara a emplear la fuerza física contra el clero. Los protagonistas de la confrontación apelaron al papa. El papel de los Caballeros Teutónicos había sido objeto de consideraciones críticas, al menos desde el Segundo Concilio de Lyon, celebrado en el año 1274. Pese

a que en 1272 el obispo Bruno de Olmütz había elogiado en un memorando escrito que había sido presentado a Gregorio X las cartas credenciales y el rol de bastión que había desempeñado la orden frente a los lituanos paganos, otros observadores expresaban sus dudas respecto de los métodos y los motivos de la orden.[51] Hacia finales del siglo XIII, los llamamientos a la participación en la cruzada báltica fueron apagándose, y no habrían de reactivarse sino en el siglo xiv. El conflicto de Livonia añadió gravedad a las acusaciones que se imputaban a la orden, y esos cargos siguieron coleando durante años en la curia pontificia. En 1310, Clemente V ordenó que se investigaran las afirmaciones que sostenían que la orden estaba preparando una guerra «contra Cristo».[52] Esta iniciativa legal coincidió con los concertados esfuerzos que realizaban por esa época los poderosos, y todavía paganos, lituanos que habían seguido al gran príncipe Vitenis en su campaña destinada a conquistar Livonia y Prusia. Más alarmantes resultaron incluso las detenciones y los juicios que Felipe IV de Francia comenzó a emprender contra los Templarios en 1307, y que un año más tarde habría de confirmar Clemente V. Por espacio de más de una generación se había venido hablando seriamente de fusionar todas las órdenes militares, a fin de defender o recuperar Tierra Santa más eficazmente. Con los Templarios a buen recaudo, los Hospitalarios se establecieron en Rodas (entre 1306 y 1310), y trasladaron su convento central a esta plaza en 1309. Los Caballeros Teutónicos siguieron su ejemplo. En el año 1309 desplazaron su cuartel general a Marienburg, para disfrutar de la seguridad de encontrarse en su propio reino. Esta iniciativa simbolizaba su compromiso de continuar la lucha contra el infiel. Con todo, sus enemigos cristianos casi lograron desmantelarles, ya que en el año 1312 los hermanos de la orden de Livonia fueron excomulgados por espacio de un año.

En el siglo xiv, la cruzada contra Lituania contribuyó a un abanico de propósitos bastante diferentes. Hizo que los Caballeros Teutónicos, cuyo número nunca había superado los mil o mil doscientos efectivos, se repartieran en partes desiguales entre Prusia y Livonia, lo que les hizo necesitar refuerzos sobre el terreno y situó su capital política en el extranjero. Las cruzadas legitimaron, para escándalo en ocasiones de los observadores, la prolongada lucha que enfrentaba a la orden con Lituania, lucha que, a su vez, contri-

buyo al mantenimiento del dominio de los Caballeros en sus propios territorios. Las periódicas incursiones, o *reisen*, que se producían en los gélidos inviernos y en los húmedos veranos se convirtieron en un alentador foco de atención para la inveterada imagen de misión religiosa que la cristiandad tenía de sí misma. Hasta el año 1386, Lituania continuó siendo un vigoroso y agresivo reino pagano, pese a que las hostilidades no tuvieran tanto que ver con la conversión como con el poder y las ganancias. Por decirlo de forma más precisa, estas campañas ofrecían a los aristócratas aventureros oportunidades de darse a conocer. Estas incursiones, cuya reputación, pese a estar aureolada de gloria, se hallaba igualmente marcada por las dificultades, eran peligrosas y sórdidas en la práctica. En cualquier caso, era frecuente que la orden organizara las que recorrían las extensiones baldías que constituían la frontera entre Prusia, Livonia y Lituania, al modo de una especie de gira turística caballeresca, en la que no faltaban los banquetes especiales, los alardes de abolengo, los recuerdos e incluso los torneos. Perfeccionados por el Gran Maestre Winrico de Kniprode (1352-1382), estos festejos de caballerías se convirtieron casi en acontecimientos *de rigueur* para las clases nobles de la Europa occidental, que constituían una clientela bastante distinta a la integrada por los cruzados bálticos venidos de Alemania y de la Europa central, cuya presencia era más habitual.[53] La docena de ganadores de los certámenes que se reunieron a cenar después de la *reisa* del año 1375 en tomo a la mesa, organizada a modo de Cuadro de Honor, recibieron todos ellos una insignia con el lema «El honor lo conquista todo», divisa muy alejada del decreto de Clermont emitido en Jerusalén («A quienquiera que por la sola devoción, no en pos del honor o del dinero, vaya a Jerusalén...»). Pese a que siguieron gozando de popularidad a lo largo del siglo xiv, en especial durante las treguas de la guerra de los Cien Años, declaradas en las décadas de 1360 y 1390, el significado estratégico de estas empresas cruzadas decreció. Sus cimientos ideológicos se vinieron abajo tras la conversión de Lituania. Sus promotores y sus apologistas recurrieron cada vez más a lo que era llamado «el lenguaje de la ilusión» para justificar una cuestión que simplemente se había convertido en incumbencia propia de la política laica.

La duración de la actividad cruzada en el Báltico fue impresionante. Desde el año 1304 hasta el 1423 no dejaron de llegar conti-

nuos contingentes de reclutas alemanes. Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, participó por tres veces en las campañas, y lo mismo hicieron Guillermo IV, conde de Holanda, y el mariscal francés Boucicaut. Guillermo I de Gelderland intervino en no menos de siete *reisen* entre los años 1383 y 1400. En las campañas de verano podían verse ejércitos de envergadura (a las *reisen* de invierno no acudían, por lo general, más que unos cuantos cientos de soldados). El duque Alberto III de Austria se presentó en el año 1377 con dos mil caballeros propios. Se ha calculado que, a lo largo de toda esta época, fueron al menos cuatrocientos los nobles franceses e ingleses que realizaron el viaje, hábito que Geoffrey Chaucer reconoce al hacer descender a su Caballero, como corresponde, de una gran estirpe aristocrática:

> Muy a menudo la linde había dejado atrás
> De todas las naciones, principalmente en Prusia;
> En Letonia había irrumpido, y en Rusia,
> Nunca cristiano alguno de su cuna lo hiciera más.[54]

Las pruebas procedentes de Inglaterra revelan que en las cruzadas participaban grupos familiares enteros, que en el empeño se involucraban amplios estratos sociales, y que existían relaciones entre el frente del Báltico y otras guerras libradas en nombre de la fe.[55] Entre los años 1362 y 1368, durante la paz concertada con Francia, los caballeros y sus séquitos partían de Inglaterra en dirección al Báltico con una periodicidad prácticamente anual, actividad que fue en aumento hasta alcanzar su punto culminante en el invierno del año 1367 a 1368, período en el que se concedió licencia para viajar a Prusia a un mínimo de 97 hombres. Estos efectivos estaban compuestos por personas de diversa condición. En un extremo había las bien pagadas, como las que integraban las comitivas de los hijos del conde de Warwick, que era un veterano del Báltico, pues había participado dos años antes en la acción, mientras que en el otro eran notablemente más modestas había gente, como el escudero Guillermo Dalleson, a quien, al parecer, no acompañaba más que un único auxiliar de caballería, y que no poseía sino dos jamelgos y treinta marcos.[56] El empeño podía resultar caro y peligroso: se presentara como se presentara, los combates eran bien reales. La iglesia de

Santa María de Konigsberg se convirtió en un mausoleo, así como en un monumento erigido a la dimensión internacional de las guerras de Lituania; en ella fue enterrado en el año 1391 con honores militares Juan Loudeham, muerto en una *reisa* en Vilnius. Cierto número de los que se unieron a los Caballeros Teutónicos prestaron igualmente servicio contra el infiel en el Mediterráneo. El papa consideró que el voto de participación en las cruzadas que había hecho Tomás Beauchamp, conde de Warwick, en 1365 podía utilizarse indistintamente, bien para acudir a Prusia, bien para presentarse en Palestina.[57] Humphrey Bohun, conde de Hereford, estuvo en el Vístula en el año 1363; también había acompañado al rey de Chipre en la toma de Satalia, en la Turquía meridional, en el año 1361, y lo mismo había hecho uno de los camaradas que estuvo junto a él en Prusia, Ricardo Waldegrave, oriundo de Bures, en Suffolk, y futuro presidente de la Cámara de los Comunes inglesa (1381).

La idea que tenían de su acción estos participantes era la de estar respondiendo a un llamamiento del cielo. Los observadores que simpatizaban con la causa afirmaban que los reclutas eran peregrinos. Muchos de ellos visitaban los numerosos lugares sagrados que salpicaban Prusia y que ofrecían indulgencias a cuantos viajeros se acercaran hasta ellos. Pese a que resulte difícil saber con seguridad si quienes luchaban con los Caballeros Teutónicos habían abrazado o no la cruz en una ceremonia formal, la retórica tradicional seguía siendo válida, y de este modo, un personaje de la época señala que Enrique de Bolingbroke, el futuro Enrique IV de Inglaterra, acudía a Prusia en 1390 para luchar «contra los enemigos de la cruz de Cristo» y «vengar al crucificado».[58] Fueran cuales fuesen las concretas sutilezas legales, la participación extranjera en estas campañas bálticas no puede entenderse más que en el contexto de la cruzada y de su ininterrumpida tradición. Esto no significa que las exhibiciones de piedad y conducta caballeresca produjeran necesariamente una transformación de los comportamientos. Entre los años 1390 y 1391, Enrique de Bolingbroke gastó 69 libras en satisfacer sus deudas de juego y únicamente 12 en limosnas.[59] Las motivaciones laicas continuaban en vigor. Si la orden se mostró sensata fue por temor a que sus derechos comerciales se vieran comprometidos a causa de la infiltración de extranjeros que seguían la estela de los ejércitos venidos de otras tierras. Hubo esfuerzos concertados

para tratar de introducir a los recién llegados en el mercado del Báltico, esfuerzos que toparon con una gran resistencia por parte de la Liga Hanseática y de los Caballeros Teutónicos. Las primeras guerras estallaron en el Mar del Norte. En el año 1373, el gobierno de Eduardo III de Inglaterra animó a un arquero de York a crear una fábrica de arcos en Prusia. Al año siguiente, se permitió que un vinatero de Norwich saturara las existencias de vinagre del mercado prusiano introduciendo en él catorce toneles de vino fermentado español cuya venta en Inglaterra, debido a «su baja calidad y a su solera... no podía ya producir prácticamente beneficio alguno».[60] En Danzig y en Kónigsberg se instalaron bastantes comerciantes ingleses. Lord Bourgchier poseía una casa en Danzig. Esto no contribuyó a generar unas relaciones armoniosas, pese a toda la ayuda militar que recibieron los Caballeros Teutónicos. Durante los primeros años del siglo xv, el fisco inglés tuvo que abonar a las autoridades prusianas importantes cantidades en concepto de daños y perjuicios a fin de compensar las irregularidades comerciales. Los soldados no quedaron al margen de esta situación. En 1391, Bolingbroke se vio envuelto en una disputa relacionada con unos comerciantes de arenques. Ese mismo año, su tío, el duque de Gloucester, recibió autorización para pactar con los Caballeros Teutónicos, y es probable que la negociación abordara la cuestión del fallido acuerdo comercial de 1388 y también la de la participación en las *reisen.* Al final resultó que el mal tiempo puso fin a ambos asuntos.[61]

La combinación de los elementos materiales e idealistas que tachonaban el tapiz entero de las cruzadas y la guerra santa podía llegar a deshacerlo. Las décadas de guerra en el Báltico no habían procurado ninguna ventaja duradera a ninguno de los bandos. Lituania no había arrojado al mar a los alemanes. Los Caballeros Teutónicos, pese a haber conseguido algunos triunfos notables, fueron incapaces de frenar el creciente poderío de Lituania o de impedir que esta se uniera con Polonia, convirtiéndose de este modo al cristianismo en el año 1386. Una vez que su principal adversario hubo abandonado el paganismo, la *raison d'être* de las cruzadas, y, según el parecer de algunos, del propio dominio de los Caballeros Teutónicos en Prusia y Livonia, fue puesto en tela de juicio. A pesar de la retórica de la guerra santa contra un «infiel» que ahora ya no era pagano, la batalla política carecía de todo elemento religioso claro, ya

que la orden, en una maniobra concebida para lograr no solo una buena posición sino también el control de la región, trataba de enemistar a Lituania con Polonia. En la década de 1390, la orden consiguió algunos éxitos con cada una de esas dos potencias, éxitos que coincidieron con la reactivación de la ayuda militar extranjera, a veces con ejércitos de mayor tamaño que los que habían guerreado en las décadas de 1360 y 1370. En la década de 1390, los Caballeros se anexionaron brevemente Dobryzn, y entre los años 1398 y 1406 ocuparon Samogitia. Con todo, la estrategia basada en dividir para vencer se vino abajo el 15 de julio de 1410, fecha en la que el Gran Maestre Ulrico von Jungingen y prácticamente la totalidad de la cúpula jerárquica de la orden más cuatrocientos hermanos fueron derrotados y muertos en la batalla de Tannenberg (o Grünwald) por un ejército muy superior en número e integrado por tropas lituanas y polacas.[62]

La derrota de Tannenberg no terminó con el dominio que ejercían los Caballeros Teutónicos en Prusia. Marienberg resistió a los lituanos, y al final las pérdidas territoriales fueron mínimas. Tampoco puso fin a la cruzada báltica. De Alemania había venido un significativo número de cruzados, y es incluso posible que hubiesen estado presentes unos cuantos franceses en la batalla. Además, a lo largo de los tres años siguientes, fueron llegando nuevos refuerzos de Alemania y de Borgoña. No obstante, no hay pruebas claras de que después del año 1413 hayan participado en las campañas efectivos no alemanes, lo cual se debió quizá a la reanudación de la guerra de los Cien Años, que se reactivó en 1415, tras un intervalo de un cuarto de siglo. Ya antes de Tannenberg las cruzadas no alemanas habían experimentado una disminución. Después de ese choque, los tradicionales graneros de los que brotaban los apoyos para las cruzadas, como Inglaterra, parecieron haberse agostado por completo. A partir del año 1423, ni siquiera los alemanes se acercaron por la zona. Fue difícil convencer a los simples espectadores de que debían considerar Tannenberg como una derrota similar a la de Hattin para la cristiandad, una dificultad de la que no fue causa menor la circunstancia de que en realidad no lo fuera. El Concilio de Constanza (1414-1418), en el que se resolvió el gran cisma papal (1378-1417), fue testigo de un violento debate entre los apologistas de la orden —ansiosos por lograr que el concilio aprobara la conde-

na de Polonia y una cruzada contra dicha potencia— y el defensor de la causa polaca, Pablo Vladimiri, quien con convicción, pero poco sólidos argumentos de derecho canónico, trató de exponer la idea de que el comportamiento de los Caballeros Teutónicos había sido, tanto en sus guerras como en sus alianzas, impropio de unos cristianos, y de presentarlos como gobernantes ilegítimos de Prusia.[63] Aunque la defensa de Vladimiri, en la que figuraba un contundente ataque contra las cruzadas no dirigidas a Tierra Santa, contó con pocos seguidores, el concilio decidió someter efectivamente a juicio los métodos y la misión de la orden. En el año 1418, la orden evitó la censura, pero no consiguió obtener el respaldo que deseaba para una cruzada contra sus enemigos. En vez de eso, los gobernantes de Polonia y de Lituania fueron nombrados vicarios generales del papa en los asuntos relacionados con la guerra que los polacos habían prometido librar contra los cismáticos rusos. Toda insinuación de que los polacos eran malos cristianos —punto este en el que trataban de insistir algunos de los más extremistas partidarios de la orden— quedó de este modo definitivamente rechazada. Las actas del Concilio de Constanza dejaron en la reputación de la orden una mancha de hipocresía, tiranía y belicosidad contra los cristianos que resultó ser indeleble.

La última cruzada extranjera que acudió en ayuda de los Caballeros Teutónicos terminó en el año 1423. Durante el resto del siglo xv, el dominio que ejercía la orden en Prusia se vio reducido por dos de sus flancos: por el de sus propios terratenientes y burgueses y por el de Polonia. Tras una guerra de treinta años, los integrantes de esos dos bandos, adversarios durante todo ese tiempo, se unieron para arruinar la honorabilidad del dominio ejercido por la orden en Prusia. Por el Tratado de Thorn, rubricado en el año 1466, los Caballeros Teutónicos cedieron el oeste de Prusia, lote en el que quedó incluida la sede que la propia orden tenía en Marienberg, así como la mayor parte de sus primitivas conquistas —que se remontaban a mediados del siglo XIII—. La nueva capital de la porción oriental del territorio se fijó en Kónigsberg, y los Grandes Maestres pasaron a convertirse en clientes de Polonia. De vez en cuando, los Caballeros Teutónicos aún habrían de emprender alguna guerra santa más. En el año 1429, un destacamento de la orden combatió a los turcos otomanos, tras ser invitados a hacerlo por su aliado y protec-

tor Segismundo de Luxemburgo, sacro emperador romano y rey de Hungría. En Livonia, donde continuaba la interminable lucha contra los rusos, se perpetuó una situación en la que la orden vino a desarrollar una función relativamente semejante a la que había tenido en origen. No obstante, la orden ya no parecía capaz de reclutar cruzados para sus propias empresas ni para los papas, perfectamente dispuestos a promulgar bulas de cruzada para las guerras que se libraban contra los turcos y los herejes, pero contrarios a volver a introducir la práctica de la actividad cruzada en la política de lo que ahora había pasado a ser la cristiandad latina de Oriente. Alejandro VI se negó a conceder lo que se le pedía incluso al suplicarle repetidamente los Caballeros, en los años 1495 y 1502, la concesión de una bula vinculada a la cruzada que debía auxiliar a la orden de Livonia en su lucha contra los rusos. La cruzada del Báltico se había acabado, era un experimento de guerra santa que ya no daba más de sí. En 1525, la orden prusiana se secularizó, y en 1562 el convento de Livonia habría de seguir su ejemplo.

En cierto sentido, el declive de los Caballeros Teutónicos y de la cruzada báltica fue consecuencia de su propio éxito. Sumados, ambos factores habían conseguido que el Báltico pasara a formar parte de la cristiandad, y por consiguiente terminaron resultando superfluos. Las cruzadas bálticas desempeñaron un papel en uno de los más decisivos procesos de colonización infraeuropea que se habían dado desde las invasiones bárbaras de la Antigüedad tardía. Pese a que esta expansión trajo consigo ventajas comerciales y tecnológicas, adoptó una definición de la identidad, al menos al iniciarse el siglo xiv, tímidamente religiosa. Las cruzadas no impulsaron la expansión del poderío alemán, danés o sueco; fueron otras fuerzas de carácter más amplio —cultural, económico, demográfico y social— las que se encargaron de hacerlo. Al organizar en términos religiosos estos impulsos expansionistas y agresivos, la actividad cruzada propuso un vocabulario peculiar, a un tiempo práctico e inspirador, capaz de actuar al servicio de las ideologías autorreferentes y de las farisaicas políticas de dominación. La guerra santa otorgó a Prusia, Livonia, Estonia e incluso Finlandia, unos antecedentes y una legitimidad que permitieron a estas regiones compensar su falta de historia, carencia que siempre constituye una dificultad en las tierras conquistadas y en las organizaciones políticas

nuevas. Los símbolos sagrados —de orden físico, humano e institucional— adquirieron un significado político, social y jurídico, y las iglesias católicas y sus sacerdotes dirigieron la transmisión de una cultura característicamente europea, incluso en aquellos lugares en que los subyacentes procesos del comercio, el asentamiento de nuevas poblaciones y la posesión de tierras conservaron una índole resueltamente laica. Vislumbramos algo de la racionalidad medieval en el hecho de que en ninguna época se diera por sentada la existencia de esta alianza entre lo material y lo religioso. Cuando sus contradicciones comenzaron a resultar excesivamente notorias, se abandonó la actividad cruzada del Báltico, no necesariamente porque supusiera un mal negocio, sino porque había degenerado hasta convertirse, en el mejor de los casos, en una farsa y, en el peor, en una falacia.

VII. LA DEFENSA DE ULTRAMAR

Capítulo 22

SUPERVIVENCIA Y OCASO: LA TIERRA SANTA DE LOS FRANCOS EN EL SIGLO XIII

El siglo que siguió al Tratado de Jaffa en 1192 y la posterior muerte de Saladino al año siguiente establecieron una configuración totalmente nueva en Oriente Próximo. El siglo XII había estado dominado por los atabeks, emires belicosos, señores y capitanes mercenarios de ciudades-estado rivales en coaliciones cambiantes y alianzas que trascendían la región, la raza y la religión. Cien años más tarde, un imperio basado en el Nilo, que incorporaba Palestina y Siria, controlaba la región y se enfrentaba a un estado mongol sucesor del ilkanato de Persia en el que estaba incluido Irak, una división del Creciente Fértil que sobrevivió hasta el siglo xvi[1] y un proceso durante el cual los enclaves cristianos en los límites de Asia occidental distaron mucho de ser espectadores pasivos.[2] El siglo de la renovada ocupación cristiana de Acre constituyó la edad de oro de las cruzadas, en cuanto al número de expediciones militares significativas al este, y en cuanto a la integración de las instituciones de los cruzados en la vida de los creyentes cristianos. La vida del llamado segundo reino de Jerusalén fue más larga que la del primero. El control de los puertos del litoral sirio y palestino permitió a las autoridades cristianas, a menudo una alianza confusa y volátil de nobles locales, aventureros extranjeros y competitivos comerciantes italianos, explotar las rutas comerciales internacionales que encontraban el camino hacia el Mediterráneo a través de sus territorios. La función comercial y los beneficios de Ultramar iniciaron un período de decadencia tan solo tras la modificación de estas rutas co-

merciales a consecuencia de la invasión mongol de finales de la década de 1250 y la consiguiente decadencia económica de Siria. El fenómeno coincidió con la emergencia del agresivo sultanato mameluco de Egipto, que descubrió en los cristianos de la costa levantina unos útiles chivos expiatorios para establecer su autoridad interna y afianzar su lustre internacional, desenlace que, sin embargo, distaba mucho de ser inevitable.

ULTRAMAR EN EL SIGLO XIII

La estructura del reino cristiano de Ultramar en el siglo XIII difería de forma significativa de la que había tenido en el siglo XII. Jerusalén, o más exactamente, Acre, constituía el centro sentimental y comercial del Ultramar continental. Chipre, no obstante, se convirtió en un principado independiente (1192) y después en un reino (1197), aun manteniendo una relación semidependiente, mediante lazos familiares y de tenencia y el reconocimiento de una herencia judicial común, siendo las leyes, costumbres y precedentes de Jerusalén aceptados en los tribunales chipriotas de los francos. Chipre, gobernado por una rama menor de herederos de Isabel I hasta que las dos coronas se unieron en el año 1269, seguía estando muy comprometido con el continente, al mismo tiempo que afirmaba su propia integridad como reino. La fortuna de la isla no dependía de la fortuna del continente ni, según se demostraría, tampoco ocurría a la inversa. La hegemonía latina en Chipre sobrevivió al Acre cristiano más de tres siglos.[3] En el norte, a pesar de que Antioquía había renunciado a sus reivindicaciones formales de señorío sobre la Armenia cilicia en el año 1194, las firmes relaciones dinásticas y políticas enfrentaron a estos dos principados cristianos en un pugna que solo terminó cuando el conde de Trípoli consiguió afianzar su gobierno en Antioquía bajo el nombre de Bohemundo IV (en el año 1219), frente a las reclamaciones del pretendiente armenio. Ya hemos visto antes que la oportunidad que la muerte de León II había brindado a su yerno Juan de Brienne, rey de Jerusalén, de gobernar Armenia se desvaneció tras la muerte de la esposa de Juan, Estefanía, hija de León, y de su hija en el año 1220.[4] El proyecto imperial de los Hohenstaufen ofreció, si bien por poco tiempo, la perspecti-

va de una Ultramar unida. Chipre y Armenia habían recibido sus coronas bajo los auspicios de Enrique IV en 1197 y 1198. Su hijo, Federico II, que había contraído matrimonio con la heredera de la corona de Jerusalén en el año 1125, intentó imponer su dominio sobre Chipre en los años 1228 y 1229. Su fracaso, y también más tarde el de sus agentes, garantizaron el *statu quo* fragmentario de Ultramar.

Una de las características más extraordinarias de Ultramar después de 1192 consistía en la manera en la que, en términos legales, se ignoraba o se soslayaba la cesura en la propiedad de la mayor parte de las tierras recuperadas. Allá donde fue posible, se recuperaron los antiguos señoríos o los derechos de las corporaciones terratenientes, como la iglesia o las órdenes militares. Los nobles mantenían los títulos incluso de las tierras perdidas desde hacía ya tiempo. Muchos títulos y cartas de propiedad de tierras parecieron haber sobrevivido a la catástrofe de 1187, al menos en los archivos de los señores eclesiásticos. Los libros de leyes del siglo XIII mantenían con devoción y, en la medida de lo posible, con imaginación, los precedentes y las tradiciones, sobre todo al alentar el mito de creación del reino por Godofredo de Bouillon y los piadosos caballeros que le acompañaron.[5] Aunque los observadores modernos tienen la tendencia a establecer una abrupta división en la historia del reino en el año 1187, los *pullani,* sus residentes del siglo XIII, preferían hacer hincapié en la continuidad. En determinados aspectos, los gobernantes de Acre crearon un reino virtual, trasladando las instituciones principales y las sedes de las grandes corporaciones eclesiásticas, como las órdenes militares y los cánones del Santo Sepulcro, a la nueva capital, al mismo tiempo que mantenían la ficción de un reino cuya sede se hallaba en la Ciudad Santa. Incluso cuando los cristianos controlaban Jerusalén, entre los años 1229 y 1244, la capital permaneció en Acre.[6]

La auténtica diferencia con el reino anterior a 1187 estribaba en la carencia de un territorio rural externo, colonizado y seguro. El campo era, en una mayor medida que antes, un lugar de donde extraer rentas y recursos más que un lugar de asentamiento de inmigrantes, a pesar de que existen algunas pruebas de que se intentaron alentar nuevos asentamientos después de 1191 y 1192. Tanto si los campesinos francos habían sobrevivido *in situ* las invasiones ayubíes de 1191 y 1192, como si no lo hicieron, algunas propiedades,

al menos cerca de Acre, fueron recreadas como si nada hubiera ocurrido.[7] Este tipo de continuidades no fue posible en zonas más alejadas de los puertos y ciudades francos. Sin embargo, la falta de tierra tal vez no fuera una fuente de debilidad desastrosa. Los nuevos colonos del siglo XIII tendían a congregarse en las ciudades, junto a los refugiados internos. La urbanización del gran barrio residencial de Montmusard, rodeado de murallas, en la zona norte de la capital, entre los años 1198 y 1212 constituye el testimonio del incremento de la población de Acre,[8] ciudad que proporcionó a sus gobernantes una incalculable fuente de beneficios. Mateo de París, un observador bien informado, si bien en este caso tal vez algo optimista, aprendió de Ricardo de Comualles, tras la cruzada de este último en los años 1040 y 1041, que Acre aportaba la suma de cincuenta mil libras (esterlinas) anuales, una cantidad enorme comparada con la totalidad de los ingresos de las coronas de Europa occidental.[9] Por ley, la corona mantenía el monopolio de los beneficios del comercio internacional. Acre ocupaba una posición pívot en las lucrativas rutas comerciales este-oeste. Además, del intercambio de productos alimenticios con otros mercados levantinos, y de especies orientales, objetos de metal, porcelana, cristal, azúcar, perfumes, vino, joyas y esclavos, también se intercambiaban textiles occidentales, metales en bruto, madera y peregrinos. Los nichos de mercado incluían el gusto cristiano por la carne de cerdo curada y el azafrán de Toscaza que gozaba de una gran demanda en Oriente Próximo. La riqueza de Acre permitió a sus gobernantes del siglo XIII, al menos en la década de 1240, mantener una guarnición militar numéricamente similar a la del reino anterior a 1187, cuyo territorio había sido mucho mayor.[10] Estimuló asimismo la importancia de la propia Acre como un foro donde se ensayaban y debatían amplios temas políticos. En el año 1231, un grupo de aristócratas, caballeros y burgueses establecieron una comuna jurada en Acre, que permaneció durante más de una década y cuyos miembros pretendían representar, un deseo algo parcial, a la comunidad de todo el reino.[11]

La fortuna de Acre, que se reflejaba en la influencia política que ejercía, también se demostraba en su arquitectura y en las nuevas construcciones para adaptarse a las necesidades de una capital. Esta opulencia, evidenciada en las descripciones de los grandes y suntuosos salones cubiertos de mármol del palacio de Juan de Ibelin

construido en Beirut entre 1197 y 1212 y adornado de mosaicos y elaboradas fuentes, ratificaba la supervivencia de los enclaves cristianos.[12] Como parte de un sistema comercial más amplio que incluía las tierras interiores musulmanas y rutas comerciales que se extendían desde Extremo Oriente hasta el Atlántico, esta prosperidad económica se hacía eco y garantizaba las relaciones, generalmente pacíficas, con los vecinos de los francos hasta que la irrupción de los mongoles en Oriente Próximo en la década de 1250 desvió las caravanas hacia el norte y hacia el sur, alejándolas de los puertos sirios. A partir de ahí, la decadencia económica y financiera dejaba traslucir las perspectivas cada vez más sombrías del Ultramar cristiano, algo que no les pasó desapercibido a sus contemporáneos más alerta. A principios del siglo xiv, el escritor, mercader, diplomático y propagandista de las cruzadas, el veneciano Marino Sañudo Torse-11o (c. 1270-c. 1343), que visitó Acre en la década de 1280, insistía en que si se quería recuperar Jerusalén, el contraataque cristiano debía ser precedido por una guerra económica contra Egipto.[13] El comercio daba el poder.

A partir de 1192, la dependencia del reino de Acre-Jerusalén de los soportes antagónicos de defensa y comercio impulsó a las órdenes militares y a las comunas italianas a un papel dominante, cada una de ellas resuelta a proseguir con sus propios y sectarios intereses corporativos. Las escasas fortalezas costeras y de tierra adentro que quedaban en manos de los cristianos, o que llegaban a su poder, se asignaban con mayor frecuencia a las órdenes militares, que disponían de los recursos internacionales procedentes de sus propiedades en Occidente que les permitían construirlas y mantenerlas, y de una reserva constante, aunque modesta, de hombres que dirigieran las guarniciones. Incluso las pequeñas fortificaciones fueron traspasadas a las órdenes,[14] cuyas sedes se encontraban entre las edificaciones más impresionantes y mejor fortificadas de Acre, como quedó demostrado en el papel fundamental que desempeñaron en la defensa de la ciudad en mayo del año 1291. De los representantes de las comunas italianas, Venecia gozaba al principio de una posición hegemónica en Tiro, y Génova y Pisa controlaban Acre, hasta que a partir de la década de 1260 los venecianos afirmaron su poder también en Acre.[15] Los italianos proporcionaban la marina mercante, que transportaba peregrinos, además de mercancías, y la fuerza

naval del reino de Jerusalén. Sus centros comerciales atraían importantes inversiones de Italia. Los privilegios comerciales y legales de los italianos, la mayoría de los cuales se remontaban al siglo XII, planteaban a las autoridades locales incómodos problemas de política, de aduanas, finanzas y justicia. Aun así, sin su presencia y apoyo, Acre, Tiro y el resto de ciudades no hubieran podido resistir. Carentes de un sólido gobierno central, estas poderosas corporaciones militares y comerciales se convirtieron en los árbitros de los asuntos de estado.

Cualquiera que fuera la escabrosa propaganda que circulara por Occidente, lo cierto es que, en el siglo XIII, la amenaza de la aniquilación no se cernía de forma permanente sobre el reino de Ultramar. La crónica de la reconstrucción de la fortaleza de Safed al norte de Galilea en 1240 proporciona una idea acerca de la delicada mezcla de rivalidad, agresión, adaptación y fragilidad a ambos lados de la frontera entre cristianos y musulmanes. Safed, una fortaleza cristiana antes de ser capturada por Saladino en el año 1188, fue restituida en virtud del tratado firmado entre el cruzado visitante, Teobaldo V de Champaña, y el sultán de Damasco. En el tiempo que duró la tregua, Benedicto de Alignan, obispo de Marsella (1129-1167), visitó el santuario de Santa María en Saidnaya, al norte de Damasco, un lugar poco habitual de peregrinación de griegos ortodoxos, y venerado tanto por musulmanes como por cristianos latinos, y por cuyo culto los templarios mostraban un especial interés. Mientras visitaba Damasco, donde fue recibido con gran cortesía, sus habitantes le preguntaron al obispo si los cristianos tenían la intención de reconstruir Safed, algo que, insistían, representaba una amenaza a la seguridad de su ciudad. Durante el viaje de regreso a Acre, el obispo Benedicto, libre de obstáculos y de trabas a pesar de que, en parte, estaba reconociendo tierras que todavía se hallaban bajo el control musulmán, realizó una minuciosa inspección de Safed y sus alrededores y descubrió que la reconstrucción de la ciudad conllevaba el control de todo el distrito. En Acre, presionó con insistencia a un Gran Maestre del Temple muy reticente para que organizara la reconstrucción del castillo, pese a que los cruzados del conde Teobaldo, que ya habían abandonado Tierra Santa, habían incumplido su promesa de financiarla. En diciembre del año 1240, los equipos de albañiles, entre los que se contaban esclavos musulmanes, ini-

ciaron los trabajos, y el obispo, tras el apropiado sermón de exhortación, colocó la primera piedra, y, algo tal vez más útil a corto plazo, dejó una «jarra de plata dorada llena de dinero para financiar los trabajos posteriores».[16] El coste de reconstruir Safed fue enorme, 1.100.000 besantes* a lo largo de dos años y medio. El complemento diario de la guarnición incluía mercenarios y el mismo número (cincuenta) de turcopolos, probablemente cristianos locales, y caballeros templarios. La dependencia del trabajo de los esclavos, de los reclutas locales y de los mercenarios indica la habilidad que había adquirido la reducida élite franca en manipular los amplios recursos sociales de las comunidades que tenía sometidas. Cuando veinte años más tarde el obispo Benedicto volvió a visitar el lugar, todavía en poder de los cristianos, el castillo transmitía una impresionante imagen de fuerza y poder; gracias a la fortaleza, los templarios ejercían el control sobre las ricas tierras que lo rodeaban y sus recursos, parece ser que hasta 260 poblaciones. Seis años más tarde, caería en manos de los egipcios.

Por una parte, la historia revela el contacto, la explotación y la comprensión de cada una de las partes hacia los intereses y oportunidades de la otra, y por la otra, lo reducido del territorio en disputa. Los residentes de Ultramar se mantuvieron dependientes y estrechamente unidos a sus vecinos y rivales. En ocasiones, la fraternización se agriaba. El asesino que atacó a Eduardo de Inglaterra durante su estancia en Acre en los años 1271-1272 era un converso reciente del islam que Eduardo conservaría junto a él como espía.[17] Eduardo, al no ser un *pullanus,* necesitaba un intérprete, pero desde un punto de vista lingüístico, muchos habitantes locales estaban mejor adaptados. El conocimiento del árabe que tenían algunos de los nobles de Ultramar resultó de gran utilidad en la cruzada del Nilo en el año 1250.[18] El autor de la crónica más completa, y testigo de los últimos días del Acre cristiano, conocido de forma engañosa por el sobrenombre de «el templario de Tiro» (de hecho, quizá un chipriota de nacimiento y, desde luego, no un templario), leía y hablaba árabe, puesto que estaba muy involucrado en la red de espionaje dirigida por el Gran Maestre del Temple, Guillermo de Beaujeu (1273-1291)

* Besante: Antigua moneda bizantina de oro o plata, que también tuvo curso entre los mahometanos y en el oeste de Europa. (A. ***de los t.***)

que enlazaba los puertos francos de Siria con la corte de los mamelucos en Egipto.[19]

LA AMENAZA A ULTRAMAR

Llegados a este punto, por supuesto, las perspectivas que los francos tenían ante sí parecían bastante desalentadoras, pero no siempre había sido así. En repetidas ocasiones, los gobernantes musulmanes vecinos se habían manifestado dispuestos a llegar a acuerdos a fin de evitar conflictos, algunos de los cuales incluyeron la restitución de territorios perdidos en el año 1187. Las treguas con Jerusalén-Acre cubrieron setenta de los noventa y nueve años transcurridos entre el Tratado de Jaffa de Ricardo I en el año 1192 y la pérdida final de Acre en 1291. Los últimos ayubíes parecían aceptar los enclaves cristianos y, si bien su extinción era una condición deseable, no constituía una necesidad política determinante. No sería hasta el advenimiento de los nuevos gobernantes de Egipto, los mamelucos, en el año 1250, que una ideología musulmana más radical que hacía hincapié en el compromiso de la *jihad* regresó a la retórica y a la política de los enemigos de Ultramar.[20] En la Siria del siglo XIII, los mamelucos, más agresivos y militantes, pasaron por alto la poco exigente *convivencia* de los últimos ayubíes de un modo que recordaba, aunque con algo más de éxito, a los fundamentalistas marroquíes almorávides y almohades en España que desafiaron al poder cristiano y desplazaron a los gobernantes musulmanes indígenas moderados de al-Ándalus.

La conciencia occidental de los acontecimientos en Tierra Santa se daba a muchos niveles. Inocencio III había solicitado información del patriarca de Jerusalén antes de la Cuarta Cruzada.[21] A lo largo del siglo siguiente, los boletines informativos y la correspondencia diplomática circulaban por las cortes y a través de las redes de predicadores mendicantes y órdenes monásticas, y encontraron su camino hasta los trabajos de los cronistas como Rogelio de Wendover y Mateo de París en la abadía inglesa de Saint Alban's. Mateo de París, para recabar información, también entrevistó a los cruzados que regresaban y a los viajeros de paso.[22] Los llamamientos personales de ayuda, por ejemplo del obispo de Beirut en el año 1245,

proveían la base de un compromiso renovado.[23] Gregorio X, al planificar una nueva cruzada en la década de 1270, solicitó información acerca de toda una amplia serie de cuestiones que hacían referencia a las cruzadas, entre ellas el estado de Tierra Santa y los modos en los que podía ser defendida.[24] Más allá de esta circulación entre la élite, las predicaciones reiteradas diseminaban las noticias de las crisis sucesivas a un público más amplio, preparado por las nuevas liturgias y por la aplicación de los impuestos de las cruzadas. El movimiento popular francés conocido como Cruzada de los Pastores en el año 1251[25] confirmaba el empeño de una opinión pública alerta y crítica.

La imagen de Ultramar difundida en Occidente era una imagen sobre todo de rivalidad, crisis y amenaza, pero la realidad en Tierra Santa era algo diferente. Los francos supieron sacar provecho de las divisiones ayubíes y, mediante una mezcla de acción local, diplomacia esmerada, poder naval superior y asistencia militar occidental, habían conseguido, a principios de la década de 1240, restablecer cierto control sobre la llanura costera, desde Tortosa (nombre que le daban los cruzados a la ciudad de Tartus, en la actual Siria) hasta Ascalón; Jerusalén y Belén fueron restituidas en virtud del tratado del año 1229. Después de otros acuerdos posteriores en 1240 y 1241, y mientras Samaría, Hebrón y Transjordania permanecían en manos de los musulmanes, los francos reabsorbieron la llanura costera y Galilea y reocuparon cierto número de fortalezas clave en las tierras del interior, como la de Safed o la de Beaufort, o las refortificaron, como la de Krak de los Caballeros.[26] En el norte, Antioquía permanecía en apariencia segura en el interior de lo que quedaba de un principado situado en la zona baja del valle de Orontes, unido dinásticamente a Trípoli desde 1219 aunque quedara geográficamente separado.

Una de las claves de la reanimación de los francos consistió en la política deliberada de reconstrucción táctica de castillos y refortificación de importantes puntos de la costa. Esta reconstrucción se convirtió en una tarea especial de las cruzadas visitantes: en los años 1217y 1218, Athlit y Cesárea; Cesárea, Sidón y Jaffa en 1227-1229; Ascalón en 1240 y 1241; Cesárea en 1250-1254; Acre en 1271-1272. La reconstrucción de Safed en 1240 fue incluso alentada por visitantes occidentales y por la promesa incumplida de diñe-

ro de los cruzados. El control del territorio se traducía en propiedad de las plazas fuertes y señoríos, no en ocupación física y colonización del campo. A este respecto, aún más que en el siglo XII, los francos se alinearon junto a los sucesivos señores musulmanes en Siria, al menos a partir de los selyúcidas, estrategia que no se desharía hasta que Baibars, en la década de 1260, inició la sistemática destrucción de los castillos y plazas fuertes de los cristianos. Antes de esto, partes de la llanura costera, el norte y el oeste de la moderna Galilea y muchos castillos del interior permanecieron en poder de los cristianos.[27]

La caída, en el año 1250, del sultanato ayubí en Egipto, la erradicación de los ayubíes de Siria por los mongoles en 1260, su posterior derrota por los mamelucos y su retirada de la región presentaron una amenaza más agresiva y seria para los francos. El desafío mongol al control de los mamelucos de Siria persistió durante las cuatro décadas siguientes, puntuado por guerras fronterizas e invasiones ocasionales.[28] La erradicación de cualquier posible aliado de los mongoles se convirtió en una prioridad de los mamelucos, lo que no había sido el caso de los ayubíes. Los francos se vieron arrojados a una situación de defensa permanente en la que las treguas con los mamelucos eran cada vez más desesperadas y desventajosas. Después de la cruzada de Luis IX de Francia (1248-1254), la ayuda occidental consistía en pequeñas cruzadas y en el envío de contingentes armados profesionales. Los franceses estaban especialmente empeñados en este tipo de apoyo. Luis IX había dejado al jefe de su guardia personal, Godofredo de Sergines, al mando de una guarnición de cien caballeros en el año 1254. En 1259, Godofredo alcanzó el grado de *bailli* (bailío), regente efectivo, y a su muerte en 1269, Olivier de Termes, el antiguo simpatizante cátaro y veterano de la primera cruzada de Luis, asumió el mando del regimiento francés.[29] Más tarde se estimó que entre 1254 y 1270 la corona francesa se había gastado un promedio al año de cuatro mil *livres tournois,* la moneda francesa de la época, en hombres y subsidios para Tierra Santa.[30] También contribuyeron otros personajes, como el papa Gregorio X, quien recibió la noticia de su nombramiento mientras visitaba Acre en el invierno de 1271-1272. Una de sus primeras actuaciones consistió en enviar un contingente de quinientos soldados.[31] Eduardo de Inglaterra dejó una guarnición

pagada en Acre en el año 1272; en 1278 transformó la defensa de una torre que había construido en Acre para una efímera Orden de San Eduardo.[32] Los fondos de las tres grandes órdenes militares seguían fluyendo hacia el este, donde, en Acre, cada una de ellas seguía manteniendo su propia sede. Este tipo de ayuda transmediterránea, por mísera que fuera, esbozaba lo que podría haber sido un apoyo material y militar eficaz. Sin embargo, no llegaba ninguna ayuda militar substancial. En gran medida, el angustiado Occidente abandonó Ultramar a su propia suerte.

LA política de Ultramar

La política interna del reino de Jerusalén en el siglo XIII le ofrece al observador una imagen casi impenetrable, densa y puntillista de confusión, rivalidad y conflicto. Las perennes disputas dinásticas y políticas agravaron la vulnerabilidad militar del territorio continental de Ultramar. El efecto debilitador de las laberínticas rivalidades, aunque no fuera responsable del fin del reino del Ultramar, apenas alentaba una planificación o rumbo político coherentes. En ocasiones, como a finales de las décadas de 1220 y de 1230, impedía aprovecharse plenamente de las oportunidades favorables de consolidar lo ganado. Ahora bien, no todo era disensión interna. A las envidias tradicionales en el seno de una nobleza, que se disputaba los ascensos ante un pequeño grupo de padrinos, se añadieron los intentos de anexión de Jerusalén por Federico II y los Hohenstaufen, además de los intereses en conflicto de las comunidades italianas y de las tres grandes órdenes militares. La carencia de una dimensión rural significativa de los asentamientos francos en el siglo XIII y la insistencia en las treguas regulares que permitían la libre circulación y la tolerancia intercomunal limitaban las tensiones interreligiosas en Jerusalén-Acre. No obstante, en Antioquía, durante las luchas de sucesión de 1201-1219, los seguidores francos de Bohemundo IV se enfrentaron a los seguidores francos y armenios de su sobrino Raimundo Roupen, hijo del hermano mayor de Bohemundo IV, dejando en el centro a una amplia comunidad griega, a quien por turno se halagaba o se presionaba al objeto de conseguir su favor.[33]

Ninguna monarquía medieval podía haber prosperado frente a las dificultades genéticas y los accidentes físicos padecidos por la casa de Jerusalén. La reina Isabel I, hija y única heredera superviviente del rey Amalarico, se casó cuatro veces entre 1183 y 1197, y sus tres últimos maridos encontraron la muerte en circunstancias extraordinarias. Conrado de Montferrat fue asesinado mientras regresaba a su casa caminando después de la cena (1192), Enrique de Champaña se cayó hacia atrás desde una ventana alta (1197) y se dijo que Aimery falleció a causa de un empacho de pescado (1205).[34] Tal vez perpleja por las razones de la providencia, la propia Isabel siguió el mismo camino poco después, falleciendo a la edad de 33 años, antes que otros maridos pudieran correr peligro. Su heredera María todavía era una adolescente y la hija de esta, Isabel II, le sucedió en 1212 cuando todavía era un bebé; Isabel, a su vez, tras contraer matrimonio con Federico II de Alemania en 1225, murió en 1228 a los 16 años, pocos días después de dar a luz a su sucesor, Conrado II de Jerusalén (IV de Alemania). A pesar de que Conrado alcanzó la edad adulta (murió en 1254), nunca visitó su reino oriental, ni tampoco lo hizo su hijo Conradino, quien le sucedió nominalmente a la edad de 2 años con el nombre de Conrado III de Jerusalén, y que fue ejecutado a los 16 años, en 1268, por Carlos de Anjou, su rival al trono siciliano.[35] La aceptación de esta extraordinaria secuencia de acontecimientos, la prolongación de una serie de calamidades dinásticas difícil de superar y cuyo inicio se remontaba a la década de 1170 dice mucho de la reverencia por mantener las formas legales, del respeto a la sangre de la antigua casa de Jerusalén, o tan solo de la conveniente costumbre de tener un señor ausente. Aun así, el reino aguantó, aprovisionado por sus flotas, protegido por las murallas de sus ciudades y castillos, y tolerado por sus vecinos que no veían un modo fácil de capturar Acre, ni de evitarlo como un centro de comercio, durante más de seis décadas.

Tras la muerte de Saladino, y sus posesiones reducidas a poco más que Acre, Jaffa (perdido en 1197-1204) y una franja de territorio en la llanura costera, Enrique de Champaña estableció el patrón que caracterizaría al nuevo reino: diplomacia pacífica con los vecinos musulmanes hasta donde fuera posible, dependencia de las órdenes militares para la defensa, alianza con las comunas marítimas italianas, y el reconocimiento consciente de que, sin unos impues-

tos significativos reales sobre la tierra, su capacidad de acción independiente y de protección, y por lo tanto también su autoridad sobre la nobleza, quedaba limitada. La principal baza de Enrique era Acre. Tras la muerte de Enrique en 1197, la sucesión recayó sobre Aimery de Lusiñán, hermano de Guido, monarca desde 1194 y, al recibir la corona concedida por Enrique VI de Alemania en el año 1197, rey de Chipre.[36] Para conseguir la corona de Jerusalén, contrajo matrimonio con la viuda de Enrique, Isabel I, sin embargo, fracasó en su intento de unir las coronas de Chipre y de Jerusalén.[37] Pese a sus deseos de alianza, a los nobles que le habían ofrecido la corona a Aimery la perspectiva de una monarquía dual podía haberles parecido excesiva. Hubo que esperar hasta el año 1269, cuando el bisnieto de Isabel I y de Enrique de Champaña, Hugo III de Chipre, fue aceptado como legítimo rey de Jerusalén.

A lo largo del reinado de Aimery, el equilibrio entre el poder naval de los francos, o tal vez convendría mejor decir de los italianos, y la ventaja de los territorios musulmanes alentaron el compromiso. La renovación por seis años más de la tregua de 1204 restituyó Jaffa y Ramla al reino, además de confirmar el control franco sobre Sidón y de mejorar el acceso de los peregrinos a Nazaret y Galilea, un negocio que convenía a ambas partes. Las muertes en rápida sucesión de Aimery y de Isabel I demostraron la sensatez de la aproximación diplomática. La heredera, María de Montferrat, era menor de edad y soltera. El regente de Jerusalén y tío de María, el hermanastro de Isabel, Juan de Ibelin (1177-1236), «el viejo señor de Beirut», hijo de Balian de Ibelin y de María Comnena, pudo planificar los pasos a tomar a la expiración del tratado en el año 1210. Su regencia marcó la llegada de una dinastía de nobles que llegaría a dominar la política de Chipre y de Jerusalén durante los siguientes cien años.[38] La solución a la sucesión fue inesperada. Reavivando la tradición del siglo XII, se buscó un marido para María en Occidente, y la elección recayó sobre un aventurero enérgico y obstinado, pero, extrañamente, de escaso éxito, miembro de una familia noble de Champaña, Juan de Brienne. Armado de la aprobación real, de un importante subsidio y de un pequeño ejército, contrajo matrimonio con María en 1210, convirtiéndose en rey de Jerusalén, título que retuvo tras la muerte de su esposa en 1212 en calidad de regente de su hija Isabel II.[39] Se firmó un nuevo tratado de seis años con

al-Adil en 1211. Al expirar la tregua, la Quinta Cruzada condujo a la construcción de fortificaciones en Athlit y Cesárea, a la consiguiente fragmentación del imperio ayubí tras la muerte de al-Adil en 1218, al colapso de las ambiciones armenias de Juan de Brienne y a otra tregua.[40] La cruzada reveló además el interés y la influencia de Federico II, un mal augurio tanto para Juan de Brienne personalmente como para el reino en su totalidad.

Al inicio del período de los Hohenstaufen en el año 1225, Isabel II estaba casada con Federico II, quien se convirtió en rey por derecho de matrimonio, privando de inmediato a Juan de Brienne de su posición. Juan se quedó sin reino (más tarde marcharía a Grecia en busca de otro) y el reino se quedó sin rey, puesto que Isabel y su esposo permanecieron en Occidente entre 1225 y 1282. Cuando Federico llegó por fin a reclamar su reino, en los años 1228 y 1229, Isabel había fallecido y Federico ya no era el rey. En el capítulo siguiente veremos que algunos elementos de la iglesia y del Estado ponían en duda sus derechos de rey a cada paso que daba, motivo por el cual Federico intentó establecer sus derechos como representante de su hijo bebé Conrado IV y II, lo que desencadenó una larga y amarga guerra civil conocida con el nombre de la «guerra de los Lombardos» (1228-1243), librada sobre todo entre el representante de Federico, Ricardo Filangieri, y la nobleza local al mando de Juan de Ibelín, el antiguo regente; tras su muerte en el año 1236, el mando recayó sobre su hijo Barisan y después, a partir de 1239, sobre Felipe de Montfort, señor de Toron y de Tiro, un sobrino de Juan y emparentado al cruzado albigense Simón de Montfort. La guerra involucró a Chipre, donde Federico reivindicaba su señorío, y al reino continental [41] A Filangieri, aun a pesar de haberle sido reconocida la posición de representante legal de Federico, se le negó la autoridad en virtud de la legislación tradicional de Jerusalén. Filangieri había establecido su base en Tiro y le apoyaban los Caballeros Teutónicos, los Hospitalarios, Bohemundo V, nuevo príncipe de Antioquía y Trípoli, los pisanos y algunos enemigos chipriotas y jerosolimitanos de los ibelinos. Su único triunfo simbólico consistió en obtener el control de Jerusalén. La mayor parte de la nobleza continental y chipriota, Acre, los templarios y los genoveses estaban detrás de los ibelinos, cuyas tierras familiares incluían Beirut, Cesárea y Arsur. En 1231, se estableció una comuna basada

en la iglesia de San Andrés de Acre para proporcionar algún tipo de cohesión corporativa a la oposición a Filangieri más allá de los legalismos del tribunal supremo; Juan de Ibelín fue su alcalde en 1232.[42]

En mayo de 1232, los imperialistas vencieron a los ibelinos en Casal Imbert, pero, el mes siguiente, al llevar la lucha a Chipre, Filangieri sufrió una dura derrota en Agridi; en menos de un año, sus seguidores habían sido expulsados de Chipre. El conflicto se arrastró a trompicones hasta el año 1242.[43] El año anterior, los barones y la comuna le habían ofrecido el cargo de bailío de Acre a Simón de Montfort, el hijo menor del cruzado albigense, conde de Leicester, que más tarde se haría famoso al dirigir la rebelión de los barones contra Enrique III de Inglaterra entre los años 1258 y 1265. Casado con la cuñada de Federico II, cuñado del futuro rey de Inglaterra y, a través de su primo, Felipe de Montfort, emparentado con los ibelinos, Simón parecía el candidato ideal para reconciliar a las dos partes en litigio, pero no dio resultado.[44] Al año siguiente se declaró la mayoría de edad de Conrado IV (o II) y la guerra de los lombardos terminaba. El tribunal rechazó la reivindicación de Federico a la regencia a favor de Alicia de Chipre, esposa de Hugo I e hija de Isabel I y de Enrique de Champaña. Alicia no tardó en anunciar el rechazo de cualquier autoridad ejercida por Conrado IV o de sus representantes. Los ibelinos capturaron Tiro y arrestaron a Filangieri. Durante los 25 años que siguieron, Jerusalén quedó establecido como una regencia y no como una monarquía.

Los vencedores fundamentales de este desorden fueron los nobles locales, en especial los ibelinos, que siguieron siendo la fuerza principal que mantenía unidos a Jerusalén, Acre y Chipre. Cualesquiera que fueran los derechos de la corona que persistían en la incesante ronda de discusiones legales y constitucionales, lo cierto es que quedaron socavados por la pérdida de la heredad real de Tiro. Tras su captura por los ibelinos en el año 1242, Tiro se fue integrando poco a poco bajo el firme mandato de Felipe de Montfort, uno de los líderes de la facción de los ibelinos hasta su asesinato en 1270. Al mismo tiempo, el primo de Felipe, Juan de Ibelín, recibía el expuesto condado de Jaffa, de nuevo rodeado de la legalidad más dudosa. Las regencias de Alicia de Chipre (1242-1246) y de Enrique IV de Chipre (1246-1253) fueron casi tan poco eficaces como

el ausente Conrado IV. Entre 1253 y 1258, la regencia se delegó a miembros rivales del clan dominante ibelino, mientras que, por razones más egoístas que prudentes, a la muerte de Conrado IV en 1254, los nobles aceptaron como rey a su hijo de dos años Conradino (Conrado III de Jerusalén). No obstante, Luis IX de Francia, durante su permanencia en Tierra Santa entre los años 1250 y 1254, ejerció una autoridad efectiva a través de una especie de administración paralela basada en su casa real, en la organización militar y en el dinero. El nombramiento de Godofredo de Sergines, comandante del regimiento que Luis dejó tras él, como mariscal, senescal, después de 1259, lugarteniente del reino y finalmente regente (1261-1263, 1264-1267) expuso la incompetencia y el fracaso en serie de los políticos locales.[45]

EL FIN DEL REINO DE JERUSALÉN

Los nobles de Jerusalén no gozaban en absoluto de la exclusividad del monopolio del poder o del egoísmo. A partir de 1256, Génova y Venecia se enfrentaron en una guerra viciosa, conocida con el nombre de guerra de San Sabas, que arrastró a la nobleza de Tierra Santa. El equilibrio de poder entre las comunidades italianas se había modificado desde el año 1200. En el siglo XII, la ciudad italiana más comprometida había sido Pisa, pero a partir de principios del siglo XIII los intereses venecianos se habían incrementado de una forma regular tanto en su sede de Tiro como más allá.[46] Hacia finales de la década de 1250, los genoveses, desde hacía tiempo rivales comerciales de Venecia, estaban intentando conseguir el dominio en todo el Mediterráneo oriental, desde el Mar Negro hasta Egipto. En menos de un año, la violenta disputa sobre una propiedad en Acre se había convertido en una guerra en toda regla que involucraba y dividía a toda la élite política. Venecia recibió el apoyo de los pisanos, los templarios, los caballeros teutónicos y la mayoría de los ibelinos y provenzales, mientras que los genoveses podían contar con los hospitalarios, la cada vez más importante comunidad mercante catalana y dos ibelinos prestigiosos, Juan de Arsuf y Felipe de Montfort, que aprovechó la oportunidad para intentar expulsar a los venecianos de Tiro. La familia genovesa Embriaco, que gobernaba Jubail, se rebe-

]ó contra su señor Bohemundo VI de Trípoli y Antioquía, quien estaba intentando obligar a sus vasallos a apoyar a los venecianos, lo que originó una guerra civil que se prolongó de forma intermitente hasta 1282. La guerra de San Sabas se libró con intensidad hasta 1258, y después de forma esporádica casi hasta la caída final del reino; la rivalidad italiana se manifestaba en el mar y en los puertos del Levante, extendiéndose en la década de 1260 hasta el restaurado imperio bizantino. Fruto de la mediación de Luis IX en 1270, reinó cierta paz entre Génova y Venecia, pero los venecianos solo pudieron regresar a Tiro en el año 1277, y un tratado entre Génova y Pisa tuvo que esperar hasta 1288. El despilfarro de recursos, la debilidad de Acre como mercado y centro comercial, el daño infligido a las ciudades por cuyo control se luchaba y la subsiguiente imposibilidad de organizar una armada occidental unida disminuyeron todavía más las probabilidades de supervivencia del reino.

A la tragedia política, por si no fuera suficiente, había que añadirle el absurdo legal; en 1258 los nobles de Jerusalén fueron persuadidos a reconocer como regente del rey niño ausente Conradino, o Conrado III, a otro niño, Hugo II de Chipre, y la escasa autoridad que quedaba fue ejercida por la reina Plasencia (muerta en 1261), la madre de Hugo. El arreglo reflejaba menos la corrección constitucional que una elaborada lucha por el poder en la que participaban los intereses chipriotas y antioqueños (Plasencia era hija de Bohemundo V de Antioquía además de viuda de Enrique I de Chipre) y dos ibelinos rivales, Juan de Arsuf y su primo Juan de Jaffa, de quien Plasencia no tardó en convertirse en amante.[47] Durante la década de 1260, las complejidades de la autoridad monárquica y legal adoptaron un sesgo aún más alejado de la claridad, al tiempo que el sultán Baibars iniciaba la destrucción sistemática del reino. Los señores negociaron sus propias treguas individuales con sus vecinos hostiles, un indicador de la desintegración del reino: Juan de Jaffa con el sultán de Damasco en 1255 y 1256, y con Baibars de Egipto en 1261; Felipe de Montfort en Tiro en 1266 y 1267; e Isabel de Ibelín, heredera de Beirut, con Baibars en 1269. Aunque este tipo de negociación individual ya había ocurrido antes, era notorio el tratado firmado por Raimundo III de Trípoli y Saladino en los años 1186 y 1187, lo cierto es que iniciaba una tendencia que tan solo terminó cuando lo hizo el propio reino en el año 1291.[48]

La experiencia de Isabel, señora de Beirut, demostraba el grado de desorganización y confusión en el que había caído el reino, y el punto hasta el cual, desde un aspecto práctico, dependía ahora de los mamelucos. Isabel, que había heredado Beirut de su padre, quien también había negociado un acuerdo con Baibars, estaba prometida en matrimonio a Hugo III de Chipre cuando este último encontró la muerte en el año 1267. Tras garantizarse su propia tregua con Baibars, en 1271 y 1272, Isabel, después de unos amoríos con Julián de Sidón, contrajo matrimonio con Hamo L'Estrange, un rico señor de la marca de Gales. Antes de morir, unos pocos años más tarde, a fin de impedir que Isabel, sin duda una mujer independiente, se viera obligada a aceptar un nuevo marido elegido para ella por el rey Hugo I, Hamo confió a su viuda a la protección de Baibars. Apoyada nada más y nada menos que por los Templarios, algo extraordinario, Isabel defendió ante el Tribunal Supremo de Jerusalén la protección de Baibars contra de la pretensión del rey Hugo de afirmar su señorío. Al objeto de garantizarse su libertad, Isabel instaló una guardia de mamelucos en Beirut. A la muerte de Baibars en 1277, Isabel buscó y encontró la protección de dos maridos más, antes de su propia muerte en el año 1282.[49]

Sin embargo, mientras esta extraña y sórdida pantomima de egoísmo y desesperación se deslizaba hacia el olvido, uno de sus principales actores, Juan de Jaffa (c. 1216-1266), ultimaba los detalles de su gran obra, la codificación de las leyes del reino de Jerusalén, *Le livre des assises* (completado entre 1264 y 1266).[50] Su obra no contenía ningún indicio del caos ni de la debilidad que reinaban a su alrededor. Juan, hijo de Juan, «el viejo señor de Beirut» (muerto en 1236), conde de Jaffa desde 1246, era un personaje importante en el reino franco de Ultramar. Joinville quedaría muy impresionado por su gran galera de guerra en Damieta, propulsada por trescientos remeros y profusamente decorada por su escudo heráldico. El cruzado francés, en su crónica de la estancia de Luis IX en Tierra Santa, describía a Juan como un hombre de una gran y práctica piedad, que rebosaba energía y generosidad hacia sus seguidores, y cuyo consejo se solicitaba y seguía.[51] Su *Livre des assises,* en parte original, en parte una compilación de materiales antiguos, pretende describir un sistema legal de armonía, claridad y eficacia. El gusto por la teoría y la práctica de la ley parecía estar muy desarro-

liado en determinados sectores de Ultramar. La gran obra de Juan seguía los precedentes del *Livre au Roi* (c. 1200), del *Assises d'Antioche* del siglo XIII, del casi contemporáneo *Livre des assises de la tour des Bourgeois* de Acre, del trabajo de Godofredo le Tor, y del *Livre deforme de Plaint* (1250-c. 1260) de Felipe de Novara. El interés en compilar libros de leyes era compartido por todo el mundo de la cristiandad latina en siglo XIII, donde la ley todavía no se había convertido en algo exclusivo de los abogados profesionales (según sucediera de forma precoz en Inglaterra); no sorprende que los nobles intelectuales, que pasaban buena parte de su tiempo defendiendo sus derechos o ejerciendo de jueces, desarrollaran cierto interés en la codificación legal, aunque solo fuera para dar salida al entusiasmo académico que de otra forma les estaba negado. La mayor parte del gran público aristocrático no tenía acceso a la educación superior impartida por las nuevas universidades, en especial en Ultramar, donde estas no existían. Igual que las leyendas de caballería representaban una forma de escapismo para aquellos que libraban penosas y auténticas batallas, del mismo modo, la evocación de un sistema legal perfecto que se había desarrollado intacto y carente de defectos desde la legendaria fundación del reino mantenía la misma distorsionada relación con el mundo real donde Juan escribía y defendía su feudo en los frágiles confines de la cristiandad. A pesar de que la mayoría, si no todos, de los códigos de leyes medievales (y modernos) expresan ideales, tanto o más que la realidad actual, o incluso la pasada, el libro de leyes de Juan no era un trabajo novelesco, aunque en el tono de la obra se sintiera cierta ficción. Trataba de la ley y de casos difíciles, y contenía principios y precedentes. Igual que ocurriera con aquel otro texto legal de la época, *Laws of England,* de Bracton, la construcción de un libro de leyes crea ley. El de Juan todavía estaba en uso activo en Chipre en el año 1530.[52]

La carrera de Juan de Jaffa revela otro aspecto de Ultramar. Su padre había construido los frescos y sombreados salones del gran palacio de Beirut. Un colaborador suyo, Felipe de Novara, había sido cronista además de legista. Acre albergaba una colección excepcional de talleres donde se producían manuscritos suntuosamente iluminados que testimoniaban un estilo artístico característico y sintético pero que no derivaba de las formas locales, griegas y occidentales.[53]

Los grandes edificios de Acre y las impresionantes fortificaciones de castillos y murallas de las ciudades se podían comparar a las más impresionantes de la cristiandad.[54] La tradición eremítica local particularmente intensa dio lugar a una nueva orden religiosa, los carmelitas, que no tardó en establecerse en Occidente, en uno de los raros ejemplos de colonización inversa.[55] La Siria franca no era una sociedad que se arrastraba en la penuria estética y material hacia una aniquilación predestinada. Sin embargo, mientras continuaba el desorden político y la base territorial se iba desvaneciendo, la economía sobre la que se sostenía la cultura de Ultramar empezó a evaporarse. Juan de Jaffa había podido recompensar con gran generosidad a sus caballeros por haber sabido asaltar y explotar las caravanas que cruzaban Egipto y Siria transportando, por ejemplo, telas de lujo.[56] Aun así, Jaffa cayó ante Baibars en 1268, tan solo dos años después de la muerte de Juan. Al perder estas bases, los beneficios y los ingresos se agotaron. No obstante, el propio Juan ya estaba endeudado incluso antes de esto. Cada vez más, los señores se veían obligados a vender sus propiedades a las órdenes militares por motivos económicos y no por protección. Ningún intercambio de propiedades, que menguaban a gran velocidad, podía mitigar el daño a la disfunción política crónica.

En 1268, al ser aceptada la regencia de Hugo de Antioquía y Jerusalén, desde 1267 Hugo III de Chipre, en nombre de Conradino-Conrado III, se pudo restaurar una semblanza de orden constitucional, aunque no político; Hugo, tras la ejecución de Conradino en Italia al año siguiente, ascendió posteriormente al trono de Jerusalén con el nombre de Hugo I, el primer monarca residente en el este desde 1225. Desde su base en Chipre, Hugo apenas podía dirigir los asuntos de su territorio continental. La cruzada de Eduardo de Inglaterra, la tregua de 1272 y la muerte de Baibars en 1277 le proporcionaron una breve ayuda. No obstante, según demostró el matrimonio de Isabel de Beirut, Hugo ejercía una autoridad limitada y dependía de unos nobles cuya celosa manera de preservar lo que percibían como sus derechos superaba cualquier sentido de un desastre al acecho. Algunos de ellos tal vez creyeran sus propios mitos nacionales acerca del estatus providencial de Ultramar. Otros, de forma más prosaica, no podían imaginar la aniquilación de su *patria.* Observar los últimos años de la Siria franca a través del úni-

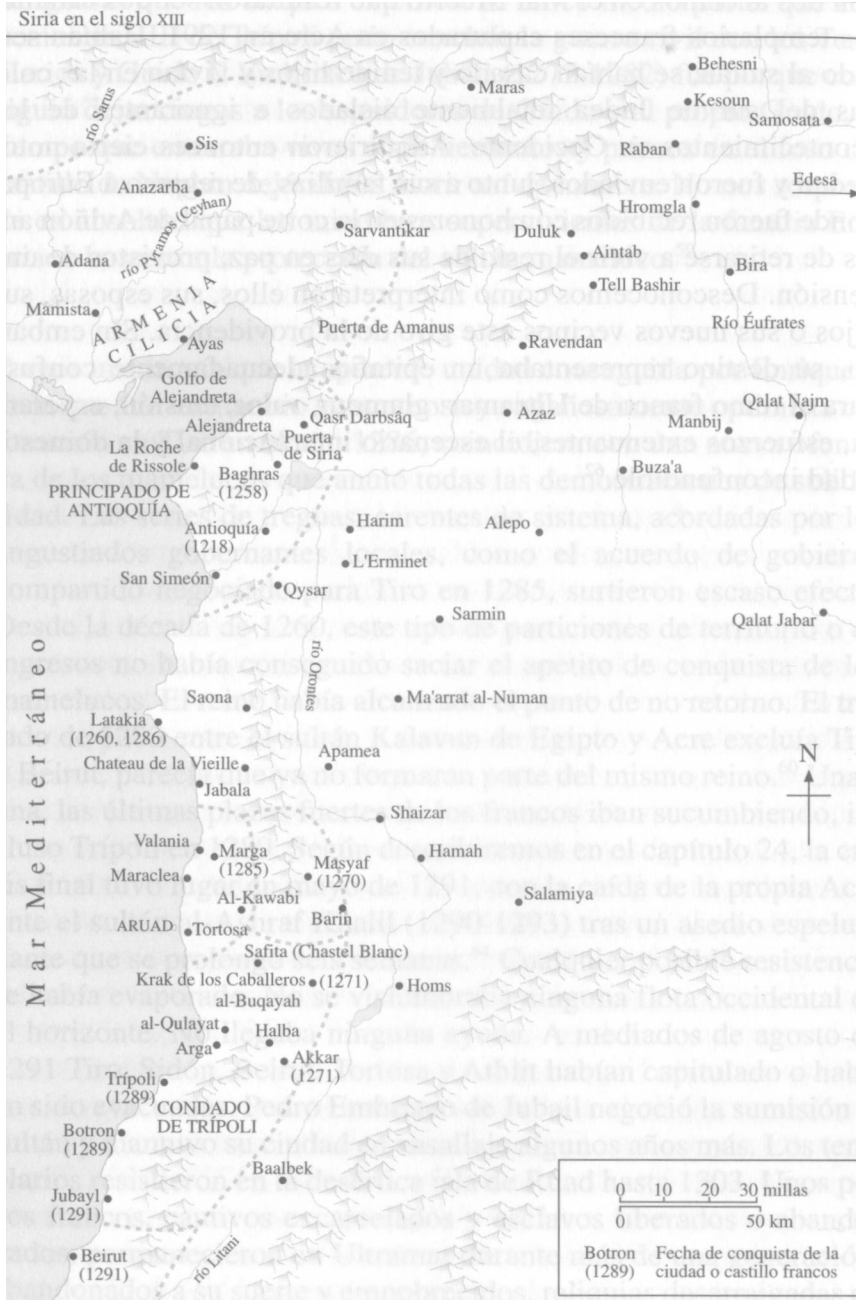
co prisma del tiempo o desde la perspectiva de Europa occidental puede inducir a engaño. La familia Ibelin puede representar a muchos. Es posible que descendieran de un inmigrante italiano, tal vez de Cerdeña o de Pisa, que se convirtió en el castellano de Jaffa en la segunda década del siglo XII. Tal vez a causa de su lugar relativamente humilde en la aristocracia de Jerusalén, en el siglo **xii**, los ibelinos se casaron con habitantes del reino, en lugar de buscar cónyuges en Occidente. La familia se enriqueció y engrandeció alrededor de 1200 y en los años posteriores, sobre todo por asociación y matrimonio con miembros de la familia real, por ejemplo, María Comnena, a pesar de que, en escasas ocasiones, incluso en el siglo XIII, se casaran con miembros del núcleo de las casas reales de Chipre o de Jerusalén. Los hombres como Juan de Jaffa no eran colonos, aun cuando creyeran controlar el bastión más remoto de los confines de la cristiandad. Eran jerosolimitanos y chipriotas indígenas, formaban parte de la cristiandad latina, y eran igual de autónomos en leyes, costumbres, tradiciones, historia y esperanzas que cualquier otro. Desde principios del siglo **xii** y hasta finales del siglo xiv, cuando la línea masculina se extinguió en Chipre, Ultramar constituía el hogar familiar de los ibelinos, el único que conocían.[57] Carentes de la visión de altura de los observadores occidentales o de los historiadores modernos, sus luchas políticas internas tal vez no parecieran una actitud miope, sino, simplemente, algo natural.

Esta tendencia de la nobleza de Jerusalén a competir y discutir fue puesta a prueba una vez más antes del fin. El caos político se había agudizado todavía más en 1277, cuando María de Antioquía, una nieta de la Isabel I que había disputado la sucesión en 1268, vendió sus derechos sobre Jerusalén a Carlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia, adalid del papa en la guerra italiana contra los Hohenstaufen y verdugo de Conradino (Conrado III) y del nuevo y codicioso rey de Nápoles y Sicilia. Mientras los mamelucos atacaban las puertas de la ciudad, los francos se contentaban en reconocer a dos reyes. Acre, Sidón y los Templarios optaron por Carlos de Anjou y su bailío, Rogelio de San Severino (1277-1282); Tiro y Beirut se decantaron por Hugo I.[58] El cisma solo acabó con la muerte de Carlos en 1285. Al año siguiente, Acre se sometía al nuevo rey de Chipre (desde 1285) y Jerusalén, Enrique I, el hijo de Hugo I. La discordia en el centro igualaba a la de otros lugares y lo que queda-

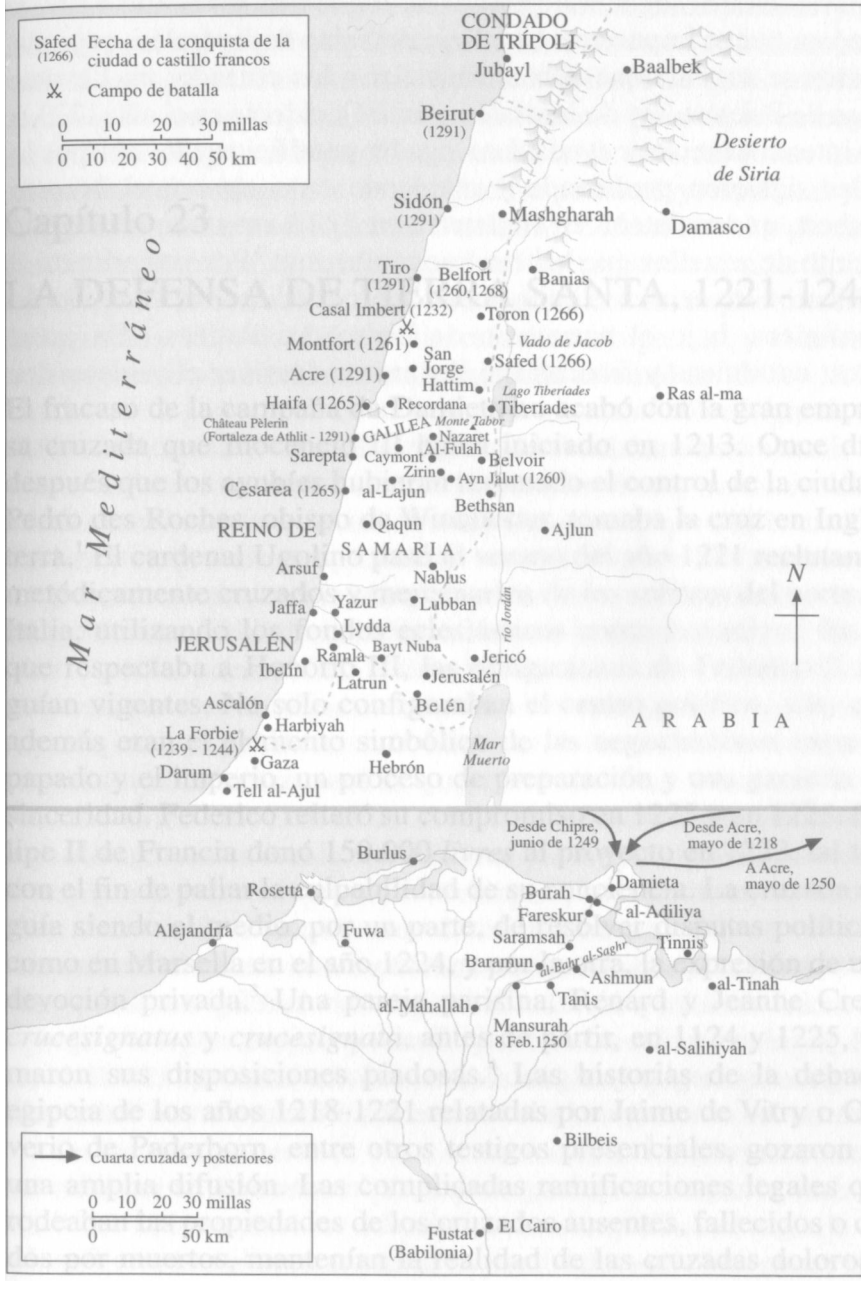
ba del reino de Ultramar se enfrentaba a divisiones internas igual de peligrosas que los ataques externos. El único medio por el que Bohemundo VIII de Trípoli pudo concluir la guerra civil con los Templarios y Guido II Embriaco de Jubail (1277-1282) fue porque consiguió dejar ciegos a los seguidores de Guido y al propio Guido, al tiempo que enterraba vivos a sus hermanos y primos en el foso del castillo de Naphin dejándoles morir así de hambre. No nos sorprende en absoluto que los miembros supervivientes de la familia Embriaco buscaran la protección del sultán mameluco.[59]

Parece una ironía que la aparente unidad conseguida por Enrique I, de la que fue testimonio su suntuosa y engañosamente optimista coronación en Tiro en el año 1286, coincidiera con una nueva ofensiva de los mamelucos que anuló todas las demostraciones de solidaridad. Las series de treguas, carentes de sistema, acordadas por los angustiados gobernantes locales, como el acuerdo de gobierno compartido negociado para Tiro en 1285, surtieron escaso efecto. Desde la década de 1260, este tipo de particiones de territorio o de ingresos no había conseguido saciar el apetito de conquista de los mamelucos. El reino había alcanzado el punto de no retomo. El tratado de 1283 entre el sultán Kalavun de Egipto y Acre excluía Tiro y Beirut, parecía que ya no formaran parte del mismo reino.[60] Una a una, las últimas plazas fuertes de los francos iban sucumbiendo, incluso Trípoli en 1289. Según describiremos en el capítulo 24, la crisis final tuvo lugar en mayo de 1291, con la caída de la propia Acre ante el sultán al-Ashraf Khalil (1290-1293) tras un asedio espeluznante que se prolongó seis semanas.[61] Cualquier posible resistencia se había evaporado. No se vislumbraba ninguna flota occidental en el horizonte. No llegaba ninguna ayuda. A mediados de agosto de 1291 Tiro, Sidón, Beirut, Tortosa y Athlit habían capitulado o habían sido evacuadas. Pedro Embriaco de Jubail negoció la sumisión al sultán y mantuvo su ciudad en vasallaje algunos años más. Los templarios resistieron en la desértica isla de Ruad hasta 1303. Unos pocos francos, cautivos excarcelados y esclavos liberados o abandonados, permanecieron en Ultramar durante más de una generación, abandonados a su suerte y empobrecidos, reliquias desarraigadas de un reino perdido.

Casi medio siglo más tarde, un peregrino alemán se tropezó con dos ancianos en el Mar Muerto que resultaron ser dos caballeros templarios franceses capturados en Acre en 1291. Habían servido al sultán, se habían casado y tenido hijos y vivían en las colinas del sur de Judea totalmente aislados e ignorantes de los acontecimientos en Occidente. Adquirieron entonces cierta notoriedad y fueron enviados, junto a sus familias, de regreso a Europa, donde fueron recibidos con honores en la corte papal de Aviñón antes de retirarse a vivir el resto de sus días en paz, provistos de una pensión. Desconocemos como interpretaron ellos, sus esposas, sus hijos o sus nuevos vecinos este giro de la providencia. Sin embargo, su destino representaba un epitafio adecuadamente confuso para el reino franco de Ultramar: glamour, valor, tensión, esperanza, esfuerzos extenuantes, el escenario internacional y la domesticidad inconfundible.[62]


Siria en el siglo XIII
Behesni
Maras
Kesoun
Samosata
río Sarus
Sis
Raban
Edesa
Anazarba
Hromgla
río Pyramos (Ceyhan)
Sarvantikar
Duluk
Aintab
Adana
Bira
Tell Bashir
ARMENIA
CILICIA
Mamista
Río Éufrates
Puerta de Amanus
Ayas
Ravendan
Golfo de
Alejandreta
Qalat Najm
Azaz
Alejandreta
Qasr Darbsâq
Manbij
Puerta
de Siria
La Roche
de Rissole
Baghras
(1258)
Buza'a
PRINCIPADO DE
ANTIOQUÍA
Harim
Alepo
Antioquía
(1218)
L'Erminet
San Simeón
Qysar
Sarmin
Qalat Jabar
río Orontes
Saona
Ma'arrat al-Numan
Latakia
(1260, 1286)
Apamea
Chateau de la Vieille
Jabala
N
Shaizar
Valania
Marga
(1285)
Hamah
Maraclea
Masyaf
(1270)
Al-Kawabi
Salamiya
Barin
ARUAD
Tortosa
Safita (Chastel Blanc)
Krak de los Caballeros
(1271)
Homs
al-Buqayah
al-Qulayat
Halba
Arga
Akkar
(1271)
Trípoli
(1289)
CONDADO
DE TRÍPOLI
Botron
(1289)
Baalbek
Jubayl
(1291)
Beirut
(1291)
río Litani
Mar Mediterráneo
0 10 20 30 millas
0 50 km
Botron (1289) Fecha de conquista de la ciudad o castillo francos

Palestina y Egipto en el siglo XIII



Capítulo 23

LA DEFENSA DE TIERRA SANTA, 1221-1244

El fracaso de la campaña de Damieta no acabó con la gran empresa cruzada que Inocencio III había iniciado en 1213. Once días después que los ayubíes hubieran retomado el control de la ciudad, Pedro des Roches, obispo de Winchester, tomaba la cruz en Inglaterra.[1] El cardenal Ugolino pasó el verano del año 1221 reclutando metódicamente cruzados y mercenarios de los señores del norte de Italia, utilizando los fondos eclesiásticos como incentivo.[2] En lo que respectaba a Honorio III, las obligaciones de Federico II seguían vigentes. No solo configuraban el centro práctico, sino que además eran el elemento simbólico de las negociaciones entre el papado y el imperio, un proceso de preparación y una garantía de sinceridad. Federico reiteró su compromiso en 1223 y en 1225. Felipe II de Francia donó 150.000 *livres* al proyecto en 1223, tal vez con el fin de paliar la culpabilidad de su conciencia. La cruzada seguía siendo el medio, por un parte, de resolver disputas políticas, como en Marsella en el año 1224, y por la otra, la expresión de una devoción privada.[3] Una pareja parisina, Renard y Jeanne Crest, *crucesignatus* y *crucesignata,* antes de partir, en 1124 y 1225, tomaron sus disposiciones piadosas.[4] Las historias de la debacle egipcia de los años 1218-1221 relatadas por Jaime de Vitry o Oliverio de Paderbom, entre otros testigos presenciales, gozaron de una amplia difusión. Las complicadas ramificaciones legales que rodeaban las propiedades de los cruzados ausentes, fallecidos o dados por muertos, mantenían la realidad de las cruzadas dolorosamente viva, puesto que los vecinos combativos, los familiares y los

tribunales locales les dedicaban una gran cantidad de energía en casos que algunas veces llegaron a durar hasta quince años.[5] Las contribuciones seguían llegando. En Inglaterra, en el año 1222, se creó un nuevo impuesto a beneficio del reino de Jerusalén, cuyos ingresos se suponía que debían financiar a los cruzados en Levante. Juan de Brienne, rey de Jerusalén, visitó Occidente en el año 1223 en un intento de recabar ayuda. Los legados pontificios y los obispos locales siguieron predicando y reuniendo *crucesignatr,* el Maestro Hubert, que reclutaba en Inglaterra en 1227, mantuvo un registro escrito de aquellos que habían tomado la cruz.[6] Por vez primera se utilizaron los servicios de la nueva orden predicadora de los frailes dominicos, bajo el patrocinio de Pedro des Roches.[7] En pocos años, dominicos y franciscano llegaron a dominar el *verbum crucis,* la palabra de la cruz.

Desde un punto de vista más general, las décadas posteriores de 1221 vieron como el «negocio de Tierra Santa» se incrustaba en la cultura religiosa de la cristiandad occidental. Independientes de los llamamientos a campañas específicas, las plegarias especiales, la liturgia, el tañer de las campanas, las procesiones y las invitaciones a donar limosnas, costumbres establecidas desde 1187, asumieron lugares habituales en la ronda devocional de los fieles laicos. Tras el Cuarto Concilio de Letrán, la democratización de la penitencia mediante la confesión oral, la mejora de la educación del clero y la presencia extraparroquial de frailes y, para los más ricos, de confesores privados, se reflejaba, por una parte, en la creciente importancia de la espiritualidad, expresada en confraternizaciones religiosas que surgieron por toda Europa, más evidentes en las ciudades, y por la otra, en las vidas privadas de los devotos laicos. La insistencia en la vida espiritual y en el comportamiento moral de los individuos reconocía la validez y el valor de la observancia religiosa laica personal y colectiva. La cruzada tipificaba precisamente este tipo de compromiso seglar, y algunos observadores contemporáneos compararon los *crucesignati* a los conversos o incluso a una orden religiosa, una *religio*.[8]

Las percepciones y las prácticas de las cruzadas se modificaron en el siglo XIII. Tomar la cruz indicaba un compromiso espiritual que no se limitaba en exclusiva a la empresa militar específica. La cruzada quedó entrelazada con la identidad religiosa personal en un

sistema de espiritualidad práctica canalizado mediante ejercicios regulares de devoción, confesión, penitencia, limosnas, oraciones y conducta. Luis VII de Francia había sido un monarca piadoso y un cruzado, pero el papel que desempeñó la cruzada en su vida espiritual, si las apariencias externas han de servimos de guía, palidece comparado con la importancia que su bisnieto Luis IX le atribuyó. La cruzada ocupó un lugar fundamental en la vida del joven Luis, un medio de conseguir la emancipación personal y espiritual y la propia afirmación y realización. Otro *dévot* destacado del siglo XIII, Simón de Montfort el Joven, demostró de un modo similar la importancia de la cruzada en una vida espiritual más amplia de seriedad puritana. Hijo del líder de las cruzadas albigenses, y él mismo *crucesignatus* y participante en la campaña oriental de 1240 y 1241, Simón, en la gran crisis de su vida, las guerras civiles inglesas de 1263-1265, apeló a las imágenes de las cruzadas para sostener su causa, actitud característica de la época.[9] Incluso para un cruzado poco entusiasta como el enemigo de Simón, Enrique III, la cruz se convirtió en la forma aceptada de hacer públicas sus credenciales religiosas, casi prescindiendo de si se embarcaba o no hacia Tierra Santa. Enrique tomó la cruz al menos en tres ocasiones (1216, 1250 y 1271). Ni la primera ni la última representaron una decisión seria de participar en la campaña. La primera indicaba la renovación de la protección pontificia hacia el niño recién coronado rey, una renovación imprescindible para la supervivencia de su dinastía. Cincuenta y cinco años más tarde, el gesto del viejo y achacoso rey hablaba de una nueva entrega de su alma, preocupada por la salvación e inquieta por el compromiso incumplido de dos décadas antes. Para el tío de Enrique, Ricardo I, las cruzadas habían constituido una ambición mucho más específica, no menos intensa tal vez, pero menos esencial para su vida espiritual habitual o la observancia religiosa. Un siglo después, la cruzada se había convertido, según observó F. M. Powicke, en inseparable del aire que respiraban los hombres.[10]

En los años posteriores a la evacuación de Damieta, aun cuando los cuarenta mil nombres que supuestamente contenía la lista de 1227 del Maestro Hubert no puedan ser comprobados, el flujo de *crucesignati* hacia Levante nunca se detuvo del todo. No menos significativo de lo difuso del compromiso, los personajes típicos de los

cruzados de salón, a quienes se les colgó el mote de «*ashies*»* porque permanecieron junto a su chimenea, y el *décroisié,* el hombre que había redimido o abandonado su voto, ingresaron en el vocabulario y en las convenciones literarias.[11] Este patrón de actividad constante, a menudo discreta, de reclutamiento de hombres, de concienciación y de recaudación de fondos estableció un modelo de compromiso occidental que se mantendría durante el resto del siglo y los años posteriores. La participación de alguno de los grandes señores de la cristiandad occidental atraía con cierta regularidad la atención hacia estas iniciativas, lo que desembocaba en la organización de grandes expediciones cruzadas, en 1227-1229, 1239-1241, 1248-1250 y 1269-1271. Algunas iniciativas, por ejemplo las de 1248 y 1269, estaban impulsadas de una forma clara por una crisis, la pérdida de Jerusalén o de Antioquía, otras se debían más a la atmósfera política o a las demandas de Europa occidental que a alguna amenaza a Ultramar. El contacto con el este se mantenía a varios niveles: comercial, de peregrinación e incluso diplomático. Tanto Federico II como Enrique III de Inglaterra mantenían relaciones diplomáticas con los monarcas ayubíes; un empresario genovés, una de cuyas líneas comerciales consistía en proveer a la corte inglesa de arcos, ejercía la función de embajador del rey inglés.[12]

La CRUZADA DE FEDERICO II, 1227-1229

Ha existido la tendencia a considerar algo secundaria la cruzada que se coaligó alrededor de Federico II a finales de la década de 1220, la expresión indulgente y políticamente inepta de la arrogancia de un monarca a quien apenas le inquietaban los motivos que impulsaban a los cruzados, una expedición contradictoria en su génesis y de resultados estériles, sin embargo, este es un punto de vista distorsionado. Federico II, cultivado, intelectual, lingüista, erudito, experto en el arte de la cetrería y un político imaginativo, arrogante, ambicioso y enérgico, no era menos sincero en sus ambiciones cruzadas que Ricardo I. La causa ocupó un lugar central en la política de Federico durante más de quince años, y al llevarla a cabo se

*** De *ashes,* ceniza en inglés. (*N. de los t.)***

arriesgaba al desastre político en Alemania y a la derrota en el extranjero. Tan solo a la luz de la decadencia del reino de Jerusalén tras la década de 1240 y la escisión simultánea entre el modo de hacer del papado y el del imperio en Occidente, se empezó a demostrar que los acontecimientos ocurridos entre 1227 y 1229 fueron fútiles, excéntricos o irrelevantes. En aquel momento, y a pesar de sus malabarismos políticos, la actuación de Federico II manifestaba una ambición que, sin un propósito religioso convencional, resulta inexplicable.[13]

Si bien es cierto que había atraído a un gran número de participantes, la organización, la dirección y el núcleo militar de la expedición de Federico dependían del férreo control impuesto por la financiación principal, en forma de subsidios reales o eclesiásticos concedidos a los líderes individuales y de impuestos laicos y clericales. Así, probablemente constituyera una de las expediciones a Tierra Santa más profesionales hasta la fecha, en el sentido que muchos, tal vez la mayor parte, de los soldados participantes cobraban sueldos y eran transportados por sus lacayos. Había sido concebida como un ejercicio de cooperación entre el papado y el imperio, pero el nuevo papa, Gregorio IX, excomulgó a Federico, por no haber salido hacia Tierra Santa en 1227, según había prometido, aunque el retraso estuviera justificado por un motivo genuino, la enfermedad. Por su parte, la determinación de Federico de seguir adelante a pesar de todo en el año 1228 colocó al papa en una posición falsa, puesto que su prohibición fracasó en el empeño de disuadir a miles de cruzados y tuvo un impacto mínimo en Ultramar. La escena del emperador cristiano ostentando su corona en la iglesia del Santo Sepulcro en marzo de 1229 mientras era perseguido con insistencia por los clérigos, ansiosos por poner a la propia Ciudad Santa bajo un interdicto, no resultaba precisamente edificante. Los esfuerzos del papa tampoco pudieron frenar la imposición de un diezmo eclesiástico a beneficio de las cruzadas en tierras de Federico, que los ejércitos pontificios estaban invadiendo. No obstante, Jerusalén fue recuperado en virtud de un tratado y sin derramamiento de sangre. Aquello que Ricardo I no pudo conseguir por la fuerza, y que la Quinta Cruzada había rechazado como poco valioso o poco factible, Federico lo obtuvo mediante negociaciones obstinadas y enfrentándose a la enemistad del papa. Los tres lugares más sagrados, Jerusalén, Belén y Nazaret fue-

ron restituidos al control de los cristianos; el reino de Jerusalén, al incrementar su territorio y reforzarse las fortificaciones de las ciudades y de los castillos, recibió una nueva viabilidad. Si la campaña de Federico 11 marcó la culminación de la cruzada de Inocencio III, también marcó el mayor desafío a la visión de Inocencio de una monarquía pontificia. Al menos a ojos del emperador, la campaña parecía vindicar el imperialismo independiente de un imperio Hohenstaufen que Federico había intentado imponer por la fuerza de la intimidación en los estados de Ultramar. La campaña de Federico poseía una cualidad relacionada con el pasado, que se remontaba a la cruzada precedente, y con el futuro, puesto que al mismo tiempo proporcionaba nuevas soluciones diplomáticas, políticas y logísticas. Una de las consecuencias más extrañas de la expedición captó los ecos de la cruzada de Inocencio al mismo tiempo que auguraba el futuro. En el momento de la aparición triunfal de Federico en Jerusalén, el ejército del papa, bajo el mando conjunto de Juan de Brienne y del cardenal Pelagio, atacaba sus posesiones del sur de Italia.[14] La unión de estos dos contrincantes de la Quinta Cruzada, en un intento de desarticular el poder de un cruzado que en aquel momento se hallaba en Tierra Santa, no obtuvo más éxito que su anterior asociación.

Igual que muchos gobernantes del siglo XIII, Federico era un *crucesignatus* en serie. Tomó la cruz por primera vez en julio de 1215, el día de su coronación en Aquisgrán como rey de Alemania. En esta ocasión, probablemente de forma deliberada, imitó la ceremonia de su padre, Enrique VI, en Worms en diciembre de 1195 al presidir personalmente la nueva distribución masiva de cruces a sus nuevos súbditos.[15] Los problemas con los que se tropezó Federico para consolidar su gobierno le impidieron honrar su voto, aunque la obligación seguía siendo ineludible. En noviembre de 1220, durante la ceremonia de su coronación imperial en Roma, volvió a recibir la cruz, esta vez de manos del cardenal Ugolino, una confrontación personal que produjo amargos frutos cuando siete años más tarde el cardenal, ahora ya el papa Gregorio IX, excomulgó a Federico. Federico juró ayudar a Tierra Santa, una vez más y en público, en las reuniones de Ferentino en marzo de 1223 y de San Germano en ju-

lio de 1225, esta última diez años después del día (25 de julio) exacto en el que había tomado la cruz por primera vez. Esta proliferación de compromisos reflejaba todo lo contrario de bravatas vacías. Del mismo modo que tomar la cruz en 1215 había asociado al joven rey Federico a la aprobación papal, y el compromiso de 1220 lo había asociado al liderazgo conjunto de la cristiandad, igualmente las promesas de 1223 y de 1225 marcaban etapas en el desarrollo del plan de cruzada que respondían a las duras críticas recibidas por su pasividad en la campaña de Damieta.

El problema de Federico radicaba en su impaciencia, o en su despreocupación en fijarse plazos precisos de actuación. En 1220, prometió partir hacia Oriente en agosto de 1221. En lugar de ello, se limitó a enviar una flota y un ejército bajo el mando del duque de Baviera, que alcanzó Damieta justo a tiempo de asistir a la debacle final. En 1223, Federico garantizó su partida en el año 1225; la política interna interfirió. En 1225, su cruzada fue retrasada a 1227, pero esta vez habiendo acordado que se le sancionaría además con la excomunión si no conseguía cumplir su promesa. Habida cuenta que en Ferentino y en San Germano Federico había adquirido el compromiso de proveer una gran cantidad de soldados a sueldo, una flota y grandes reservas financieras para la expedición, la precisión de las fechas podría deberse, por una parte, al deseo de convencer de su sinceridad a seguidores, contribuyentes y banqueros potenciales, y por la otra, a la necesidad de contrarrestar las acusaciones de falta de honor que se le imputaban desde 1221. Más importante aún, las promesas de 1223 y de 1225 apaciguaron al bien predispuesto, aunque receloso, papa Honorio III. Federico necesitaba el apoyo papal si quería consolidar su autoridad en Alemania, Italia y Sicilia. Sin embargo, estas negociaciones no significaban la rendición del emperador. Al reconocer que el mando de la cruzada lo ostentaba Federico, incluso en los duros y restrictivos términos alcanzados en San Germano, el papa le estaba concediendo la posición en la cristiandad que el emperador había elegido para sí mismo, la de la máxima autoridad seglar después de Dios.

Al mismo tiempo que empezaba a recaudar fondos, tropas y aliados para la expedición, Federico desarrolló su más amplia estrategia para Oriente. En 1223 se acordó el matrimonio del emperador con la hija de Juan de Brienne, Isabel II, que le daba al emperador el

poder de reivindicar directamente la jurisdicción del Ultramar continental. La boda se celebró en 1225. Federico relevó de inmediato a Juan de Brienne de su función de regente, ganándose de este modo bastante característico un enemigo de por vida. Los sentimientos heridos del rey Juan no impidieron que los nobles de Jerusalén, muchos de los cuales habían asistido a la boda en Brindisi en noviembre de 1225, aceptaran los nuevos arreglos, pese a las reservas que sentían acerca de la auténtica extensión y del ejercicio del poder real en Jerusalén. Al menos mientras se encontraran en campaña, desde su posición de monarca de Jerusalén por derecho de matrimonio, tal vez Federico confiara en poder evitar las disputas sobre autoridad y soberanía que habían desembocado en el fracaso de la Quinta Cruzada. De un modo más amplio, la presencia del rey de Jerusalén al frente de un ejército cruzado occidental, en lugar de asumir el papel de anfitrión local más o menos reticente, prometía resolver la tensión inherente a todas las expediciones emprendidas a Tierra Santa desde 1099. El plan de Federico proporcionaba un nuevo comienzo a las cruzadas orientales, un modelo unitario que se pondría de moda un siglo más tarde en los círculos que intentaban reavivar la idea de recuperar Tierra Santa, aun cuando al plan de Federico se le negara cualquier crédito. La corona le permitiría a Federico hacer la guerra, conquistar nuevas tierras y negociar la paz con una total e incontestada legitimidad. Federico, quizá ya en el año 1226, había iniciado negociaciones directas y detalladas con el sultán al-Kamil de Egipto (1218-1238) sobre la restitución de Jerusalén, aunque la posibilidad de su aparición en Levante resultaba imprescindible para persuadir al sultán de considerarle un aliado.[16] La corona de Jerusalén también complementaba su reivindicación de la autoridad sobre Chipre como feudo imperial, puesto que en 1197 el padre de Federico, Enrique VI, le había concedido la corona a Aimery de Lusiñán. Los tentáculos de poder de los Hohenstaufen eran expansivos. Enrique VI había concedido también la corona a la Armenia cilicia. La nueva esposa de Federico era nieta de Conrado de Montferrat, un vasallo imperial y miembro de una casa leal a los Hohenstaufen en los años de la guerra civil del imperio oriental después de 1197. En su condición de heredero de los reyes de Sicilia de la casa de Hauteville (Rogerio II era su abuelo materno), Federico poseía un más amplio interés estratégico y comercial en la política del Mediterráneo. La boda de 1225

parecía acercarlo un paso más hacia la realización de su ambición, crear el imperio transmediterráneo que había imaginado Enrique VI. Alimentaba asimismo la grandiosa política y la retórica imperial universalista heredada de Federico Barbarroja; su propaganda y sus actuaciones evidenciaban que Federico II era muy consciente de ambas. Sin embargo, podía entenderse además que el Tratado de San Germano incluía la cooperación de iglesia y Estado en la recuperación de los territorios perdidos del rey de Jerusalén, un monarca cristiano. Pese a la reputación que adquiriría posteriormente como una suerte de fuerza política elemental, de *stupor mundi,* y pese a su propia posición, los grandes proyectos de Federico se fundamentaban en reivindicaciones y derechos tradicionales, inmediatos y sostenibles, y a menudo prosaicos.

La retórica no ganaba las guerras. El dinero, los hombres y los barcos podían hacerlo. Las finanzas, la logística y el reclutamiento configuraban el núcleo de las negociaciones con el papado en 1223 y 1225. La promesa de Federico de financiar la expedición sirvió para tranquilizar al papa, alentar a sus propios súbditos y atraer seguidores de más allá de sus territorios. Asimismo, garantizaban cierto control imperial sobre la totalidad del proyecto, otra lección aprendida de los acontecimientos de 1217-1221. Tras el acuerdo de Ferentino en 1223, Federico había aceptado disponer una flota que transportara a Oriente a diez mil soldados de infantería y mil caballeros. El Tratado de San Germano especificaba que el séquito militar del emperador incluiría mil caballeros, que serían mantenidos durante dos años, cada uno de ellos con tres caballos, además de su *familia,* escuderos y ayudas de cámara. La reunión se fijó para el 15 de agosto de 1127.[17] A fin de financiar los gastos de este ejército una vez en Ultramar, Federico consintió en depositar cien mil onzas de oro que serían retiradas en Acre. A lo largo de los dos años siguientes Federico amplió su compromiso ofreciendo transporte y víveres gratis a todos los *crucesignati,* fueran cuantos fueran. Estaba claro que su campaña no igualaría la escala de los reclutamientos de 1188, 1202 o 1217, un punto que se reflejaba no solo en la ausencia de un impuesto eclesiástico, sino también en las distracciones coincidentes de la guerra del Languedoc, las campañas contra los moros en España de Femando III de Castilla y Jaime I de Aragón, y en 1227, una cruzada que autorizaba al rey de Hungría a atacar a los

disidentes bosnios. Aunque Federico había recibido, en uno de los raros momentos de acercamiento a su suegro, la parte de Juan de Brienne (cincuenta mil marcos) del legado de la cruzada de Felipe II, empleó sobre todo los recursos de su reino italiano de Sicilia. Las fuentes locales sugieren que los monasterios soportaron la mayor parte del diezmo, que fue calculado, aplicado y rápidamente convertido en oro, la moneda de cambio del Mediterráneo oriental. Entre 1220 y 1230, Federico parecía impaciente por aumentar sus reservas de oro, e insistía que los mercaderes que visitaban su reino utilizaran el oro en todas sus transacciones financieras. Si bien esta política podía haber tenido el propósito de almacenar las reservas en preparación de su audaz plan de producir una unidad monetaria de oro en 1231-1232, también pudiera haber sido instituida teniendo en mente la cruzada. El oro no solo era la moneda de cambio en Oriente, sino que su valor era menos voluminoso de transportar que su equivalente en plata. Otros cruzados, como el obispo de Winchester, parecían compartir con Federico el gusto por el oro para financiar el viaje a Oriente.[18]

Las repercusiones del Tratado de San Germano se hicieron sentir casi de inmediato. Después de 1223, Juan de Brienne y el Gran Maestre de los caballeros teutónicos, amigo íntimo y consejero de Federico, Germán de Salza, habían intentado reclutar un ejército en Alemania y en otros lugares, pero habían encontrado una fría respuesta. Ahora, la reacción era muy diferente, especialmente en Alemania, Italia e Inglaterra. Los compromisos de Federico se habían divulgado por toda Europa occidental. En Inglaterra, por ejemplo, un nuncio papal, Otho, hacía circular copias de los acuerdos de San Germano en todas las diócesis[19] y las instrucciones papales de predicar la cruz se distribuían de forma similar. La promesa de ayuda imperial garantizaba el apoyo de importantes magnates alemanes, como los duques de Turingia y Limburg y el conde de Urach, de algunos *ministeriales* imperiales y de los contingentes de los centros tradicionales de cruzados como Holanda, y las ciudades de Worms, Colonia y Lübeck. Federico podía asimismo contar con su red de funcionarios y seguidores en el sur de Italia y Sicilia, entre ellos Tomás de Aquino, conde de Acerra. Los *crucesignati* independientes eran alentados a unirse a la reunión convocada en Brindisi para agosto de 1227.[20]

Desde Inglaterra, una de las contribuciones más destacadas puso de relieve la escasez del reclutamiento de la cruzada de 1227 comparado con otras expediciones en general más populares.[21] El personaje principal era el antiguo primer ministro y obispo de Winchester, Pedro des Roches, uno de los políticos más controvertidos del primer tercio del siglo XIII, cuyo apoyo al rey Juan y a los ideales y prácticas de una monarquía autoritaria habían motivado su reciente caída en desgracia. Había tomado la cruz en 1221 entre los rumores de su nombramiento como arzobispo de Damieta. Parece que las noticias de los planes de Federico en 1225 habían estimulado los preparativos del obispo Des Roches. A partir de 1226 mantuvo un contacto directo con el emperador, coordinando planes y posiblemente reservando su plaza en la flota imperial. Las fechas escogidas para la partida le resultaban convenientes al obispo, puesto que acababa de ser excluido del poder. Sin embargo, el joven rey Enrique III y sus consejeros, en lugar de ayudar a Tierra Santa o al antiguo ministro caído en desgracia, estaban intentando reconquistar las tierras angevinas ancestrales en Francia. Aparte de condonar sus deudas con el Estado, forzar los pagos de los préstamos que se le debían y defender algunos de sus derechos de propiedad, tal vez en reconocimiento de su condición de cruzado, el gobierno no contribuyó económicamente a la expedición de Des Roches, aunque el papa le autorizó a recaudar fondos en su diócesis. La sede diocesana de Winchester era una de las más ricas de Europa occidental y Des Roches poseía una gran fortuna privada, por lo que la negativa a concederle subsidios oficiales tal vez no tuviera demasiada importancia. Durante la cruzada, parecía disponer de fondos suficientes. No obstante, ni un solo magnate inglés le acompañó a Siria. El único compañero cruzado de cierta notoriedad que le acompañó fue William Brewer, obispo de Exeter. Brewer había tomado la cruz en los años 1226 y 1227 y representaba a su tío y homónimo, un veterano funcionario quien ya en 1188 había tomado la cruz, pero a quien el papa le había permitido posponer el cumplimiento de su voto. Para pagar la cruzada de su sobrino, el viejo Brewer depositó cuatro mil marcos en la sede de los templarios en Acre.[22]

Los obispos no habían tenido ningún contacto social o político anterior, y por tanto la coincidencia de sus cruzadas no indicaba un gran entusiasmo entre la clase gobernante inglesa. En 1227, un sé-

quito militar y religioso adecuado acompañó a Des Roches, quien además reunió un pequeño ejército, con toda probabilidad mercenarios de Inglaterra o del continente. Le acompañaba asimismo un pequeño grupo de otros cruzados ingleses conocidos. Un año más tarde, Felipe de Aubigny, superviviente de la campaña de Damieta, tomaba la cruz. Con todo, la cifra de cuarenta mil *crucesignati* que proporciona el monje Rogelio de Wendover parece una burda exageración.[23] El contingente inglés asumió, no obstante, cierta prominencia entre el reducido ejército que se embarcó en Brindisi en agosto de 1227, confirmada mientras duró la estancia de la cruzada en Ultramar. Des Roches se convirtió en el confidente del mando alemán, y las fuerzas inglesas desempeñaron un papel fundamental en la refortificación de las ciudades costeras, en especial Sidón y Jaffa. Los obispos asistieron a la firma del Tratado de Jaffa de 1229 que restituyó Jerusalén, y Des Roches supervisó la reconstrucción de la puerta de San Esteban y de la Torre de David. Si bien las fuentes inglesas dedican grandes alabanzas al obispo, lo cierto es que su cooperación con el emperador excomulgado le valió la censura papal, algo que no pareció afectarle en exceso. En Acre, Des Roches transformó un hospital inglés ya existente, que podría datar de la Tercera Cruzada, dedicado a santo Tomás Becket, en una orden militar que al cabo de pocos años adoptaría las reglas de los Caballeros Teutónicos, continuaría como una corporación militar durante un siglo, y como una orden religiosa dos siglos más.[24] A su regreso a sus diócesis, Brewer en 1229 y Des Roches en 1231, fueron recibidos con honores de héroes, aunque sus éxitos y los de su cruzada, aun siendo diplomáticamente extraordinarios y políticamente controvertidos, fueran modestos, comparados con campañas anteriores.

Hasta el verano de 1227, los preparativos de Federico habían transcurrido con fluidez. El reclutamiento no parecía de ninguna manera diseñado para conseguir una respuesta masiva. El contexto de la campaña de Federico era limitado y preciso, centrado en la afirmación de sus derechos reales e imperiales en Ultramar, en la satisfacción de las obligaciones políticas contraídas con el papado como parte de la consolidación de su poder en Italia y Alemania, y en la explotación de la oportunidad diplomática que le había ofrecido el sultán al-Kamil de Egipto. El sultán, conocedor del plan del emperador de viajar a Oriente, había enviado en 1226 al emir Fakhr

al-Din a la corte de Federico a proponerle una alianza en contra de su hermano al-Mu'azzam, emir de Damasco. Al-Muazzam estaba desafiando la supremacía del imperio ayubí y se había aliado recientemente con Jelal al-Din, el monarca de los jwarizmíes, una federación turca de las estepas entre el río Oxus y el mar Caspio. Los asaltantes jwarizmíes podían hacer inclinar el equilibrio de poder en Siria de una forma decisiva en contra de al-Kamil.[25] El aliciente ofrecido por el sultán egipcio consistía en la restitución de Jerusalén y de otras ciudades a los cristianos, reviviendo de hecho las propuestas hechas a los cruzados de 1219-1221. Federico, sin duda, se entendió bien con Fakhr al-Din, aparentemente llegando incluso a nombrarle caballero; en 1249 el emir todavía ostentaba las armas del emperador en su enseña.[26] Una embajada imperial viajó a Egipto en 1227 y se dirigió después a Damasco, donde fue rechazada por al-Mu'azzam. A fin de formalizar el tratado con al-Kamil, Federico necesitaba aparecer en Ultramar con un ejército. Sin embargo, y tal como sugería el fracaso de las conversaciones de Damasco, Federico probablemente se preguntara hasta qué punto la posición de al-Kamil le permitiría cumplir sus promesas. La muerte de al-Mu'azzam en noviembre de 1227 reconfiguró el mapa político. Al-Kamil y otro hermano suyo, al-Ashraf, con toda su atención concentrada en intentar anexionarse Damasco, ya no necesitaban a Federico. Según Ibn Wasil, un funcionario ayubí bien informado de la siguiente generación, Federico se había convertido en «una molestia».[27] Ahora bien, el sultán no podía permitirse luchar también contra él, puesto que eso le desviaría de su objetivo principal, someter a Damasco. Por otra parte, si cumplía la promesa hecha a Federico, al-Kamil se arriesgaba a que los damascenos, quienes consideraban que Palestina formaba parte de su esfera de influencia, endurecieran su oposición contra él. Cuando las noticias del tratado de 1229 llegaron a Damasco, proporcionaron a los enemigos de al-Kamil un excelente instrumento de propaganda: la ciudad inició un período de duelo público, y predicadores y poetas avivaban el sentido de atentado contra el islam.[28] Por consiguiente, la diplomacia egipcia de Federico exigía un uso de la fuerza militar mucho más delicado de lo que había parecido en un principio.

Toda esta situación no era aparente en el verano de 1227, cuando los cruzados abarrotaban los caminos desde Alemania hasta

Apulia.[29] La congregación en Brindisi atrajo a muchos miles, aunque el núcleo comprendía una fuerza de más de mil caballeros a sueldo del emperador. La muchedumbre y el calor veraniego afectaron a la expedición, la peste se propagó en los campamentos de los cruzados y a medida que aumentaba el número de víctimas, hubo quien abandonaba la empresa. El grueso de la flota germana zarpó a mediados de agosto, probablemente con los obispos ingleses a bordo. Federico y el landgrave de Turingia embarcaron junto a las tropas sicilianas el 8 de septiembre. Al cabo de pocos días, quizá fruto de la peste, el landgrave había muerto y Federico estaba incapacitado, viéndose obligado a poner rumbo a Otranto y recalar en su puerto para recuperarse. Como muestra de que su compromiso seguía vigente, envió a Siria a Germán de Salza y al patriarca de Jerusalén con veinte galeras para unirse al grueso de las fuerzas, cuyo mando había sido confiado a Enrique, el nuevo duque de Limburgo. Lo que en otras circunstancias no hubiera representado más que un contratiempo desafortunado e inevitable, se convirtió en el eje alrededor del cual la cruzada pasó de ser una operación de solidaridad cristiana a convertirse en una operación de confrontación y división. A pesar de haber sido informado de las razones de este nuevo retraso, el papa excomulgaba a Federico el 29 de septiembre por haber quebrantado los términos del Tratado de San Germano.[30]

La vehemencia irracional de la condena de Gregorio y su negativa a aceptar la subsiguiente y comedida defensa de Federico dejaba entrever que el papa había estado esperando la ocasión de lanzar un ataque contra el emperador. A diferencia de su antecesor, Honorio III, a quien había sucedido en marzo de 1227, Gregorio no era de naturaleza conciliadora. Sobrino de Inocencio III, uno de los primeros protectores de los frailes, abogado canónico y diplomático papal de larga y amplia experiencia, Gregorio había desarrollado una gran desconfianza personal y política hacia Federico. Temiendo la ampliación del poder de los Hohenstaufen sobre toda Italia, y receloso de la imperiosa actitud de Federico respecto a la independencia eclesiástica en todo su imperio, era de suponer que Gregorio esperaba que la excomunión obligaría a Federico a una nueva sumisión o bien hacia la abierta desobediencia. Federico creía que la postura de Gregorio era una forma de extremismo monárquico papal que contradecía y socavaba el orden justo tradicional de la cristiandad. En menos

de un año, el mundo asistía al asombroso espectáculo que ofrecían un cruzado excomulgado que zarpaba con el propósito de recuperar Jerusalén, y un papa que al mismo tiempo organizaba ejércitos, uno de los cuales estaba al mando del antiguo monarca de Jerusalén, a fin de garantizar el derrocamiento del cruzado en Occidente.

Por una parte, Federico necesitaba ahora más que nunca que el papa diera un paso en falso, y por la otra, reafirmar sus credenciales de monarca honrado y cristiano. Anunció su partida para mayo de 1228, inició un nuevo reclutamiento en Alemania y en Italia e impuso un nuevo tributo de ocho onzas de oro por cada feudo del reino de Sicilia. En abril de 1228, el mariscal imperial Ricardo Filangieri zarpó rumbo a Acre junto a quinientos caballeros, que se sumarían a los ochocientos que ya se encontraban allí al mando del duque de Limburgo. El propio Federico siguió en junio con un flota de alrededor de setenta barcos.[31] Si estas cifras son exactas, una flota así podía haber transportado algunos miles de soldados. En Acre, el ejército de Federico solo podía instalarse en un campamento fuera de la ciudad, en Recordana, detrás de las dunas de arena de la costa al sur de la ciudad. Una fuente poco fiable pero bien informada calcula el número de soldados de infantería en diez mil.[32] Aunque no fuera una expedición multitudinaria, Federico había conseguido reunir una fuerza de combate cohesionada y lo bastante poderosa para presidir un programa de reconstrucción importante y persuadir a al-Kamil a negociar. El duque de Limburgo ya había iniciado un programa de reconstrucción un año antes. Cuando las noticias del retraso de Federico provocaron el regreso a casa de muchos participantes, el duque Enrique, a fin de mantener el ejército intacto, se trasladó a la costa para reforzar las defensas de Cesárea y Jaffa. Algunos de sus soldados soñaban con un asalto a la propia Jerusalén. Al enterarse de la muerte de al-Muazzam en noviembre de 1227, un grupo separado de cruzados que habían permanecido en Acre anexionaron la mitad musulmana de Sidón. Durante el invierno de 1227 y 1228 los cruzados germanos y los Caballeros Teutónicos cooperaron en la construcción de un castillo en Montfort, en una de las posesiones de la orden, a unos 35 kilómetros al noreste de Acre en las colinas de Galilea, que pronto se convirtió en la sede de los Caballeros Teutónicos.

Las actividades de Enrique de Limburgo y de los obispos ingleses en 1227 y 1228 constituían los deliberados preliminares a la lie-

gada de Federico. Tras una guerra de palabras cada vez más envenenadas, y aun a riesgo de abandonar sus territorios europeos a la amenaza de la confiscación pontificia, Federico zarpó de Brindisi el 28 de junio de 1228, y llegó a Limassol el 21 de julio. A lo largo de cinco tempestuosas semanas en Chipre, Federico se propuso afianzar su señorío imperial, intentando convocar a Juan de Ibelín para que respondiera de su gestión del reino en nombre del joven rey Enrique I (1218-1253), e instalar una regencia chipriota más dócil y más conforme a los intereses imperiales. Lo único que impidió la ruptura total fueron los propósitos más amplios de Federico. Tanto Juan de Ibelín como el rey Enrique se encontraban entre el séquito del emperador cuando, el 2 de septiembre de 1228, Federico zarpó hacia Acre, adonde llegó cinco días más tarde y donde por primera vez en Ultramar se tropezó con los inconvenientes de la excomunión. La negativa del papa a levantar la prohibición forzó la oposición del patriarca de Jerusalén y provocó una respuesta un tanto nerviosa de los caballeros Templarios y Hospitalarios al liderazgo de Federico. Federico tuvo que extremar la prudencia a fin de evitar herir la sensibilidad de los francos, y nombró diferentes comandantes para las diferentes divisiones del ejército, impidiendo de este modo que se viera a cruzados piadosos obedeciendo las órdenes de un excomulgado. Los obispos ingleses no mostraron tantos reparos; en la práctica, la prohibición papal apenas consiguió restringir los movimientos de Federico. Ni siquiera los belicosos nobles de Jerusalén intentaron rechazar su autoridad a causa de la excomunión; el código de leyes existente ya les proveía de suficientes argumentos con los que atacarle.

El desafío de Federico era a tres bandas: insistir en sus derechos como rey de Jerusalén, mantener unido a su ejército, y cerrar el proyecto de tratado con al-Kamil. En el primer caso, la muerte de su adolescente esposa Isabel II en mayo de 1228 al dar a luz había debilitado en gran medida su posición. Desde un punto de vista técnico, Federico, a partir de ahí, solo podía ejercer el poder en el reino de Jerusalén en calidad de regente de su hijo y el de Isabel, el bebé Conrado IV y II, y abandonar su insistencia en ejercicio de los derechos reales. Más embarazoso aún, al haber desaparecido al-Mu'azzam, al-Kamil ya no necesitaba cumplir sus anteriores promesas respecto a Jerusalén, puesto que él y al-Ashraf habían

iniciado acciones militares contra Damasco para expulsar a su joven sobrino al-Nasir Dawud. Al-Kamil había acordado con al-Ashraf dividir los territorios de al-Nasir y quedarse Transjordania y Palestina. Cualquier concesión a los francos parecería superflua o, cuando menos, arriesgada. No obstante, a Federico, una solución diplomática le resultaba esencial y, habida cuenta de los rumores que corrían acerca de los ejércitos pontificios que atacaban sus territorios en Italia, también rápida. Siguiendo los pasos, a menudo literalmente, de Ricardo I 35 años antes, la única opción posible consistía en el diálogo permanente apoyado por una demostración de fuerza. Sin embargo, y a diferencia de Ricardo, el ejército de Federico era a todas luces incapaz de conquistar los territorios del interior de Palestina, y aún menos de llevar a cabo un asedio o defensa eficaces de Jerusalén. La máxima presión que Federico pudiera ejercer sobre el sultán egipcio no representaba más que una pequeña molestia en el camino del nuevo acuerdo ayubí.

Nada más llegar, Federico reanudó las negociaciones con al-Kamil. Tras un inicial, intercambio de obsequios amistoso aunque vano, Federico y Fakhr al-Din prosiguieron las conversaciones, a lo largo de la cuales Federico se iba encontrando en su elemento, explotando con gran habilidad su cultura cosmopolita para seducir a los negociadores ayubíes y persuadirles de su sinceridad y buenas intenciones. Las acusaciones de sus enemigos de Occidente, muy difundidas pero falsas en su mayor parte, según las cuales sentía simpatías hacia el islam y manifestaba un escepticismo irreligioso en general, hallaron un sentimiento algo más aprobador en los observadores árabes, que gustaban de describirlo como un hombre de razón y de fe, tolerante, cuando no bien predispuesto, hacia el islam. A Federico le gustaba alardear, desde los elaborados ceremoniales monárquicos, hasta el intercambio de esotéricos argumentos intelectuales. Acompañado en Palestina por su tutor de lógica árabe, junto al que, aparentemente, leía a Aristóteles, Federico envió a al-Kamil una lista detallada de preguntas sobre filosofía, geometría y matemáticas.[31] Este tipo de alarde intelectual reflejaba la educación siciliana de Federico, igual que también lo hacía su negativa, tras la restitución de Jerusalén, a adoptar una dura postura anti-islámica. Censuró la decisión del *qadi* local de Jerusalén de suspender las llamadas del muecín; al mismo tiempo que impedía a los sacerdotes cristianos in-

sultar la sensibilidad musulmana llevando copias de la Biblia a los santos lugares del Haram al-Sharif, el acceso común a los cuales había quedado especificado en el tratado, y consentía que sus guardias musulmanes dijeran sus oraciones del mediodía en aquel lugar. Aunque este comportamiento impresionara de un modo favorable a los comentaristas árabes, permitió que sus críticos latinos atacaran lo que percibían como decadencia, o peor aún, carencia de una fe sincera. El patriarca Geroldo, en una posición incómoda pero leal a la prohibición del papa, acusó a Federico de disfrutar de regalos del sultán que no consistían únicamente en soluciones matemáticas, sino en cantantes, bailarinas y malabaristas, personas no solo de mala reputación, sino además ni siquiera merecedoras de ser mencionadas por los cristianos (lo que, por supuesto, no le impidió al patriarca hacer justo eso). Corrían historias de que Federico correspondía proveyendo a los musulmanes de bailarinas cristianas.[34] La presunta mezcla de razas garantizaba con una gran seguridad el interés, si no la sangre, de los comentadores monásticos de Occidente.

Por agradables que fueran sus relaciones sociales, la tarea de los negociadores de Federico y de al-Kamil no resultaba nada fácil. Al-Kamil sentía la necesidad de un acuerdo con Federico que le diera carta blanca en Siria, pero le inquietaba el precio que tendría que pagar en prestigio si accedía a un acuerdo pacífico o, según dirían sus enemigos, a una rendición. No podía permitir que se le viera dando demasiado o con demasiada generosidad. Por otra parte, Federico, aunque desesperado por conseguir un tratado que restaurara su reputación en la cristiandad y le permitiera regresar a defender sus territorios italianos, no podía aparecer como un suplicante. Ambos debían ser muy cautelosos, pero insistentes. Un miembro de las fuerzas de Federico, el poeta Freidank, comparaba el proceso a observar dos avaros intentando dividir equitativamente tres monedas de oro.[35] En noviembre de 1228, cuando las negociaciones habían alcanzado un punto muerto, al-Kamil se trasladó al sur de Palestina. Federico le siguió, en una demostración de fuerza, casi una copia de la marcha de Ricardo I en septiembre de 1191, al mando de una coalición de magnates locales, órdenes militares y cruzados occidentales, viajando por la ruta de la costa hacia Cesárea y Jaffa, en preparación manifiesta de un asalto a la ciudad de Jerusalén. Los Templarios, que no querían ser vistos sirviendo a un comandante

excomulgado, siguieron al grueso de las tropas un día más tarde. Sin embargo, al alcanzar Arsuf cayeron en la cuenta de lo absurdo de esta división y los ejércitos se unieron sin encontrar resistencia antes de alcanzar Jaffa, donde, aprovisionados por mar, Federico completó las refortificaciones y almacenó provisiones. Entretanto, de Occidente llegaban noticias informando de las invasiones papales de sus territorios italianos que agudizaron el dilema del emperador. A pesar de haber enviado a buscar más galeras a Sicilia, un viaje de regreso en invierno era algo difícilmente realizable para la mayor parte del ejército del emperador.

Finalmente, al-Kamil aceptó casi todas las condiciones de Federico y la situación se desbloqueó. Aunque insistió ante sus súbditos que cualquier concesión territorial podía ser revertida con facilidad una vez que el ejército de cruzados hubiera abandonado la región, y exageró la amenaza que significaba la permanencia de Federico en la región, la aceptación del tratado por parte de al-Kamil reconocía las prioridades de la política ayubí.[36] Damasco y Transjordania eran más importantes que Judea; las relaciones pacíficas con los amos francos de los centros comerciales costeros eran más valiosas para los gobernantes de las tierras interiores que los obstinados puntos de principio. Cada parte pudo sacarle brillo a los detalles del tratado a fin de adecuarlo a sus necesidades internas, y los críticos en ambas partes podían condenar el tratado en su totalidad como carente de principios, lo que constituía un indicador del éxito diplomático. El Tratado de Jaffa del 18 de febrero de 1229, que recordaba el acuerdo entre Saladino y Ricardo I, les daba de inmediato a ambas partes lo que estas querían.[37] Las prioridades de los ayubíes recaían sobre la estrategia política; las de los cristianos, sobre lo que podría denominarse estrategia religiosa. Jerusalén, Belén y Nazaret, los lugares de la Crucifixión, de la Natividad y de la Anunciación fueron restituidos al gobierno de los cristianos, unidos por corredores territoriales que enlazaban con la llanura costera gobernada por los francos. La totalidad de Sidón fue cedida a los francos, lo mismo que Toron, en Galilea occidental, aunque con la estipulación de que no debería ser fortificada, una restricción que, pese a la afirmación de al-Kamil en sentido contrario, no se aplicó en Jerusalén o en otros lugares. Los prisioneros de guerra de la Quinta Cruzada y posteriores, siempre un tema muy delicado, debían ser libe-

rados y devueltos. Se estableció una tregua que debía durar diez años. Los castillos de los Templarios y de los Hospitalarios, y las tierras de Bohemundo IV de Antioquía y Trípoli quedaron excluidos o ignorados por los términos del acuerdo, tal vez en venganza por su negativa a jurarle lealtad a Federico en el verano de 1228. En el interior de Jerusalén, el monte del Templo, al-Haram al-Sharif (la moderna explanada de las mezquitas), debía quedar bajo la jurisdicción de las autoridades religiosas musulmanas, y la cúpula de la Roca y la mezquita de al-Aqsa debían seguir siendo lugares de oración. Se permitía el acceso de los cristianos a estos lugares del mismo modo que los musulmanes estaban protegidos en sus devociones y disponían de su propio *qadi* residente. En el resto de los casos, la población musulmana iba a ser evacuada y sustituida por francos, quienes de inmediato iniciaron la refortificación de la ciudad, aunque la capital política efectiva permaneciera en Acre.

El Tratado de Jaffa horrorizó a algunos sectores del mundo musulmán, en particular a los enemigos de al-Kamil en Damasco. Incluso algunos cronistas que simpatizaban con al-Kamil reconocieron el desagrado provocado por la entrega de Jerusalén, que, tal como uno de ellos afirmó con gran claridad, invertía «uno de los logros más notables de Saladino».[38] Por parte de los cristianos, los Templarios y los Hospitalarios tenían pocos motivos de satisfacción, en especial porque durante su estancia, Federico había favorecido a los Caballeros Teutónicos de una forma muy evidente. Pocos fueron más vitriólicos en su condena que el patriarca Geroldo de Jerusalén, que arremetió contra Federico por su temeridad, su desobediencia, sus engaños, su mal comportamiento y su orgullo.[39] La restitución de Jerusalén planteó un problema de difícil resolución a los clérigos locales y a sus aliados entre la aristocracia local y las órdenes militares. La recuperación del territorio abría las puertas a una devolución de propiedades que, si alguien se oponía, podían ser entregadas a otro. Alicia de Armenia tuvo que apelar al alto tribunal para impedir que Toron permaneciera en poder de los Caballeros Teutónicos, a quienes Federico se la había concedido.[40] La mayoría de los peregrinos disfrutaban ante la perspectiva de poder consumar sus votos en el Santo Sepulcro, y eso sin haber vertido ni una gota de sangre infiel. Impedir el acceso a los Santos Lugares o insistir en la violencia en detrimento de la diplomacia colocaba a los religio-

sos en situación delicada, más aún a los obispos de Exeter y de Winchester, apoyados por Federico, que se habían ganado la censura del papa. El interés propio no tardó demasiado en convencer a Templarios y Hospitalarios de las ventajas de reocupar Jerusalén y otras zonas restituidas. La oposición cristiana al tratado de 1229 tenía mucho más que ver con su arquitecto, Federico, que con su contenido, que en esencia reproducía la mayor parte de las propuestas de Ricardo I en 1191 y 1192.

Federico no se podía permitir el lujo de este tipo de dudas. El 17 de marzo, Federico entró en Jerusalén antes que un interdicto del patriarca Geroldo, en Acre, pudiera alcanzarle. Tras visitar los santuarios musulmanes en compañía de las autoridades islámicas locales, al día siguiente se dirigió, al frente de sus seguidores, hasta la iglesia del Santo Sepulcro, donde, en una de las representaciones del teatro religioso y político más memorables de la cristiandad del siglo XIII, Federico tomó su corona, situada sobre el altar mayor de la nave románica del siglo XII de la iglesia, y se la colocó sobre la cabeza. No se trataba tanto de una autocoronación al estilo napoleónico, como de la demostración de su única autoridad, el emperador ciñéndose su corona de rey de Jerusalén, un recordatorio de su papel preeminente en el orden de la sociedad cristiana y, lo más audaz de todo, una afirmación de su condición de heredero del favor especial que Dios, en una ocasión, le había conferido al rey David. Fue uno de los propagandistas y promotores de sí mismo más hábiles de su tiempo; Federico se lo dejó muy claro a Enrique III en una carta en la que le describe la escena:

> Nos, el emperador católico... Nos ceñimos la corona, que Dios Todopoderoso proveyó para Nos del trono de Su Majestad, cuando en Su gracia especial, Nos exaltó como el más alto de los príncipes del mundo; así, mientras hemos ostentado el honor de esta alta dignidad, que Nos pertenece por derecho soberano, es más y más evidente para todos que la mano del Señor es la que ha hecho tal cosa: y puesto que Sus misericordias están sobre todas Sus obras, dejemos que todos los creyentes en la fe ortodoxa de hoy en adelante conozcan y expliquen a lo largo y ancho de este mundo que Él, quien es para siempre bendito, ha visitado y redimido a Su pueblo, y ha suscitado un poderoso salvador en la casa de David su siervo.[41]

Durante la ceremonia en la que Federico se ciñó la corona, Germán de Salza leyó una proclama, una vez en alemán y otra en francés, en la que se justificaban las acciones de Federico en torno a la cruzada y se atacaba a sus críticos. La intención del ritual de Jerusalén trascendía Tierra Santa. La escena en el Santo Sepulcro había sido insertada de forma destacada en la imagen que Federico tenía de sí mismo. Más tarde, cuando en 1229 su ejército se lanzara al campo de batalla contra los soldados del papa intentando, y consiguiendo, recuperar su reino de Italia, los cronistas simpatizantes del emperador lo describirían como «el ejército de cruzados (*crucesignatorum*)».[42] Según se le atribuye haberle dicho a Fakhr al-Din, el principal motivo por el que deseaba tomar Jerusalén era porque «tan solo quiero salvaguardar mi reputación ante los cristianos».[43] En el futuro inmediato, parecía poco probable que esto sucediese. El arzobispo de Cesárea no pudo llegar hasta el día siguiente para imponer el interdicto del patriarca de Jerusalén sobre la Ciudad Santa. Sin embargo, el pájaro había volado; Federico había levantado el campo y se había esfumado en dirección a Jaffa aquel mismo día, ansioso de regresar a Occidente y asegurarse de que no se convertía en un emperador sin imperio. Incluso mientras estuvo en Jerusalén, algunos clérigos le habían acompañado, como el dominicano Walter, que había predicado la cruz en Inglaterra en el año 1227, y otros habían celebrado una misa para los cruzados que se hallaban en el exterior, al pie de las murallas de la ciudad. Una vez que el emperador hubo abandonado Tierra Santa, el obispo de Winchester y las órdenes militares iniciaron la reconstrucción de las fortificaciones de la ciudad y, según apuntó un amargado observador inglés, los clérigos, desde grandes prelados hacia abajo, volvieron a abarrotar la Ciudad Santa «al haberles sido restituidas sus iglesias y antiguas propiedades».[44] Por controvertida que pudiera haber sido, la restitución de Jerusalén a la ocupación cristiana subsistió, con un breve interludio, durante quince años más. Existen pruebas de que se benefició económicamente del resurgir del negocio de los peregrinos; se construyó al menos un nuevo lugar santo, el Cenáculo del monte Sión, donde se suponía que se había desarrollado la Ultima Cena. Parece que en la Ciudad Santa se estableció un *scriptorium* bien financiado y equipado donde trabajaron excelentes copistas, y en cuyos muros se invirtieron generosas sumas de dinero. La breve pér-

dida de la ciudad en 1240, y de forma permanente en 1244, demostró la sabiduría de aquellos quienes, desde 1191, habían argumentado la nula utilidad de intentar defender Jerusalén sin un territorio militarizado a su alrededor y sin el control de los castillos de Transjordania. Según estaban las cosas, después de 1229 había una base militar musulmana estacionada a pocos kilómetros de distancia, en al-Bira, lugar del antiguo asentamiento franco de Magna Mahomeria. La recuperación de Jerusalén en 1229, aunque no fuera tenida en cuenta por los acontecimientos posteriores, constituyó, a pesar de todo, un logro significativo real, además de simbólico, en el contexto de la cantidad de emociones, sangre y tesoro que con tanto derroche se le dedicaron a la ciudad desde 1187.

Las prisas de Federico por dejar Ultramar empeoraron todavía más sus ya amargas relaciones con el clero y la nobleza local. Igual que en Chipre en 1228, Federico deseaba imponer un régimen servil en el reino cortándoles las alas a los ibelinos. Además, a su regreso a Acre, los Templarios, el patriarca y una buena parte de los comerciantes italianos de la ciudad, nerviosos ante la reacción extremadamente hostil de Damasco a consecuencia de la cesión de Jerusalén, se habían puesto en su contra. El patriarca Geroldo estaba planeando un golpe de estado junto a los templarios para arrancar Jerusalén de las manos de los agentes imperiales. El proyecto de Federico de instalar a Tomás de Acerra como su bailío o, mejor, como el bailío de su pequeño hijo Conrado, encontró una fuerte resistencia, y tras intentar intimidar por la fuerza a los Templarios y al patriarca, Federico admitió su derrota. Mantuvo la presencia imperial dejando una guarnición en Acre y asegurando Montfort para los Caballeros Teutónicos, además de concederles todas las propiedades que sus adversarios no pudieran impugnar legalmente. No obstante, se vio obligado a ceder a la presión local y nombrar a dos nobles, leales aunque sirios, como sus regentes. El futuro del control de los Hohenstaufen en Jerusalén o en Chipre se resolvería en los siguientes quince años en una guerra en la que los aliados de Federico fueron derrotados.[45]

La política de Ultramar significaba que el éxito diplomático de Federico, y aún más su grandioso gesto en Jerusalén, fue recibido con un escarnio generalizado, a ambos lados de la frontera ayubí. Un contemporáneo damasceno estableció un pulcro contraste litera-

rio entre las pretensiones políticas e intelectuales de Federico y su poco atractiva apariencia física. Citando a uno de los guardianes de la Cúpula de la Roca, Ibn al-Jawzi observó que Federico tenía la tez enrojecida, una calvicie adelantada y era miope, «si hubiera sido un esclavo, nadie hubiera dado ni doscientos *dirham* por él».[46] Los francos de Acre se mostraron aún menos caritativos. Mientras Federico embarcaba a toda prisa para zarpar de la ciudad, el 1 de mayo de 1229, los carniceros locales le lanzaron despojos de animales,[47] pero sus críticos y los que dudaban de él se equivocaban. Poco tiempo después, la victoria de al-Kamil sobre Damasco disiparía los temores en Acre de una amenaza a su comercio con la capital Siria. La victoria del propio Federico sobre el ejército del papa en los años 1229 y 1230 y la consiguiente reconciliación con Gregorio IX, en virtud de los Tratados de San Germano y de Ceprano en 1230, garantizaba la aceptación de la iglesia del acuerdo de Ultramar de 1229. La cruzada de Federico había creado las posibles bases de una relación constructiva con los ayubíes para el desarrollo de un poder compartido en Palestina. Cuando la inestabilidad regresó a la región tras la muerte de al-Kamil en 1238, la base territorial y castellana establecida en 1229 pudo haber configurado una plataforma que permitiera mayores avances a los francos. Federico mantuvo un interés casi patrimonial en los asuntos de Ultramar y en la necesidad de contribuir en la defensa de Tierra Santa. No obstante, el rechazo de los nobles de Ultramar al control de los Hohenstaufen, las fisuras en la organización de su propio estado y el colapso de las relaciones entre el papa y el imperio en Occidente permitirían poco más que una muy modesta respuesta tras la expiración de la tregua, en 1229. Federico, sin embargo, nunca olvidó su cruzada. Cuando se abrió su tumba de pórfido en Palermo en 1782, se descubrió que el cuerpo del emperador llevaba en el hombro izquierdo su cruz de cruzado [48]

LAS CRUZADAS DE 1239 Y 1241

En los diez años que duró la tregua de 1229, en Occidente, la atención se dirigía a los preparativos de una nueva expedición; ahora bien, las circunstancias políticas en Occidente difícilmente podían

conducir a un nuevo gran reclutamiento masivo. En Inglaterra y Francia, el fin de las minorías de edad de los reyes estimuló las rebeliones y las facciones internas. En el año 1230, Enrique III de Inglaterra intentó recuperar sus tierras ancestrales de Poitou por la fuerza. Las relaciones entre Federico y Gregorio IX, sobre todo con referencia a la política imperial en Italia, se deslizaron hacia su ruptura final, que tendría lugar en 1239. Los monarcas de Iberia proseguían con energía su propia expansión y consolidación de las conquistas a los moros y entre ellos. En Europa oriental, los rumores y los refugiados alertaban a los gobernantes de la nueva amenaza que suponían los avances mongoles más allá de las estepas euroasiáticas, y que culminaron en la gran campaña (1236-1242) de Batu, nieto de Gengis Kan, que le llevó, primero hasta las marcas de la Europa latina y después, en 1241-1242, hasta Polonia, Hungría y, por poco tiempo, hasta la costa adriática de Dalmacia. El imperio latino de Constantinopla inició su caída hacia la bancarrota política y económica, a pesar del firme liderazgo del nuevo coemperador, el siempre disponible y cooperador, si bien a estas alturas ya bastante deteriorado, Juan de Brienne. En el Báltico, la energía de los monarcas locales se concentraba en el empeño de someter a Prusia, en el colapso de los Hermanos de la Espada en Livonia (1236) y en la creciente rivalidad de Novgorod.

Aun así, y a pesar del contexto en apariencia poco propicio, se preparó una nueva serie de expediciones. Un coleccionista de leyendas heroicas y de buenas historias, no demasiado amigo del emperador, observó que una vez que el papa Gregorio «cayó en la cuenta de que Federico no iba a proponer ningún plan para liberar Tierra Santa de los infieles», inició la predicación de la cruz en Inglaterra y Francia.[49] La afirmación era injusta. Federico mantuvo un gran interés en los planes de una nueva cruzada, e incluso en el año 1239, tras ser excomulgado por segunda vez, mantuvo la esperanza, al menos diplomática, de encontrar una nueva función para sí mismo o para su hijo Conrado, el rey ausente de Jerusalén. Gregorio, no obstante, veía en la cruzada el único instrumento de autoridad eclesiástica, y específicamente papal, que tenía una amplia aplicación. Autorizó las campañas cruzadas contra los campesinos y supuestos herejes en los Países Bajos y en el bajo Weser en la década de 1220 y principios de la de 1230, y de nuevo contra los bosnios en 1227 y en 1234. Su pro-

mesa de respaldo a Constantinopla desembocó en planes de cruzada en 1231 y en 1236-1238. En el Báltico, el papa autorizó a los Caballeros Teutónicos a conquistar Prusia y les apoyó mediante repetidos llamamientos a cruzadas, entre ellos, en 1240, la guerra contra Novgorod. A partir de 1234, utilizó a los dominicos y a los franciscanos de una forma regular para predicar el *verbum crucis.* Al fin, en 1239 y 1240 inició una serie de cruzadas contra Federico que marcaron el inicio de una lucha de treinta años cuyo objetivo consistía en destruir a los Hohenstaufen.[50]

Sin embargo, a lo largo de toda esta guerra santa, seguían resonando los ecos del sufrimiento de Tierra Santa.

> Cualquier hombre que no parta de inmediato
> Hacia la tierra en la que vivió y murió Dios,
> Cualquier hombre que no tome la cruz de Tierra Santa
> Tendrá pocas posibilidades de ir al Cielo.[51]

Aunque estos versos del conde Teobaldo IV de Champaña (1201-1253, rey de Navarra desde 1234), que marcaban su propia determinación de zarpar hacia Siria, fueran muy poco imparciales, los sentimientos que expresan permeaban la literatura, la liturgia y la retórica diplomática de Occidente. En 1234, las perspectivas parecían, al menos, realistas. En Ultramar, la guerra de los lombardos se había detenido temporalmente tras la derrota de los imperialistas en Chipre en 1232-1233 y el papa colaboraba en la pugna para conseguir que se aceptara la administración imperial en el Ultramar continental. En Occidente, después que Luis IX de Francia alcanzara la mayoría de edad en el año 1234, la grave inestabilidad política de los años precedentes dejó paso a la aceptación del régimen real; en Inglaterra tuvo lugar una grave crisis política entre 1232 y 1234 aunque se pudo evitar una prolongada guerra civil. En ambos países, exactamente igual que durante la predicación de la Quinta Cruzada, la institución de una nueva expedición a Tierra Santa proporcionó un útil ritual político mediante el cual se podían solucionar las disputas y rivalidades y se podía restaurar el consenso político.

Gregorio IX presentó su nueva iniciativa en sendas cartas a los ingleses (4 de septiembre de 1234) y franceses (6 de noviembre de 1234).[52] El plan que había diseñado constituía un desarrollo sofisti-

cado y lógico de la experiencia entre los años 1213 y 1221, y 1227 a 1229. Además de los propios cruzados, Gregorio proponía la creación de una guarnición de diez años (o «milicia») financiada a través de unos impuestos laicos con los que los contribuyentes se ganarían la remisión no plenaria de los pecados.[53] A fin de financiar a los cruzados, se impusieron tributos al clero y el papa instituyó una campaña para atraer redenciones de votos y ofreció indulgencias a cambio de contribuciones materiales. Si la responsabilidad de la prédica recayó, sobre todo, en los frailes, los fondos recaudados se conservaban en los repositorios diocesanos, desde donde se liberaban bajo instrucciones directas del papa o de un legado pontificio. Los fondos se entregaron a los comandantes regionales de la cruzada para cubrir sus propios gastos y los de sus seguidores y pagar a los mercenarios. Algunos participantes, como el conde Amaury de Montfort, habían saldado sus deudas, mientras que a otros, entre ellos el conde de Champagne, estos subsidios les permitieron tomar parte en la cruzada.[54] El participante más importante, el hermano de Enrique III, Ricardo, conde de Comualles, se hallaba en una categoría diferente. Desde Comualles recibía grandes ingresos procedentes de la floreciente industria del estaño, lo que le convertía en el hombre más rico de Europa. No obstante, estaba ansioso por aumentar sus recursos y pagar de este modo el equipamiento, mantenimiento y transporte de un pequeño ejército hasta Tierra Santa. En 1237, el conde Ricardo recibía tres mil marcos derivados de los tributos impuestos a la comunidad judía inglesa, que cada vez pasaba más apuros. Al año siguiente, el papa le asignó las donaciones concedidas a Tierra Santa y el dinero procedente de las redenciones de votos, que se le entregarían una vez desembarcara en Ultramar. De hecho, el complicado sistema de financiación tropezó con graves dificultades administrativas. La recaudación de las redenciones de voto concedidas al conde Ricardo fue glacial, y se prolongó hasta la década de 1250, aunque lucrativa. Al llegar el año 1247, año en el que Inocencio IV reanudó los esfuerzos por cerrar las cuentas, un arcedianato había recaudado, al parecer, la cantidad de seiscientas libras y en aquel momento, según observaron los críticos, ya resultaba evidente que, en realidad, tan solo una escasa parte de este dinero había sido utilizada en la cruzada. Del mismo modo que hubo quien manifestó su disgusto por el énfasis de los predicadores en la

recaudación de fondos, otros observaron lo absurdo de proveer al inmensamente rico conde de algún tipo de pensión regular procedente de los pagos de los piadosos, los lisiados, los enfermos y los pobres.[55] En Francia, la confusión burocrática condujo a que los mismos fondos de la diócesis de Poitiers fueran asignados de forma simultánea a dos cruzados diferentes, Godofredo de Argentán y al duque de Bretaña, mientras que la recaudación de tres diócesis en la provincia de Lyon, que había sido previamente asignada al conde Juan de Macón, fue entregada al duque de Borgoña.[56]

Además de los tributos papales organizados, los cruzados recurrieron a los medios tradicionales de conseguir capital, sobre todo a partir de sus propias posesiones y de la generosidad de sus señores. Ricardo de Comualles taló y vendió sus bosques tras tomar la cruz en 1236.[57] Su cuñado y compañero *crucesignatus,* Simón de Monfort, el hermano menor de Amaury y conde de Leicester, recibió mil libras por la venta de su bosque en Leicester.[58] Otros cruzados fueron financiados por el rey, especialmente el séquito de Ricardo de Comualles. Al «jefe del estado mayor» del conde, el prior de los Hospitalarios, Thierry de Nussa, se le prestaron mil libras. Los funcionarios reales que habían tomado la cruz recibieron adelantos sobre su sueldo o regalos. Otros *crucesignati* pudieron conseguir hipotecas de la corona. Al otro lado del Canal de la Mancha, el papa alentaba a Luis IX a aportar fondos a la expedición de 1237.[59] Los cruzados que marchaban a Tierra Santa y que conseguían el dinero necesario gracias a la venta de sus tierras proporcionaron un fuerte impulso al mercado de bienes raíces que, si bien no puede cuantificarse, resulta sin duda evidente.

A pesar de que algunos contemporáneos observaron, tal vez más formal que aritméticamente, la participación de grandes cantidades de gente «mediocre» o del pueblo «llano», de ciudadanos comunes o «personas ordinarias»,[60] y tenemos pruebas de la participación de propietarios de tierras que no eran ni nobles ni caballeros, el núcleo de la cruzada comprendía a los séquitos subvencionados de los condes y de los duques agrupados alrededor de los nobles según sus afinidades políticas y dinásticas. Superficialmente, los cruzados franceses se dividían en determinados y amplios grupos, funcionarios reales pertenecientes a la nobleza, como Amaury de Montfort, el condestable y mayordomo, Robert de Courtenay, y cír-

culos de nobles unidos por lazos de sangre o de lealtad hacia algunos grandes señores que habían tomado la cruz: el duque Hugo IV de Borgoña, Teobaldo de Champaña y el conde Pedro de Bretaña. La reunión, donde acudieron cruzados desde todos los lugares del reino excepto del sur, representaba el compromiso más amplio de los nobles franceses desde la Cuarta Cruzada e incluía a los condes de Bar, Macón, Joigny, Sancerre, Soissons, Grandpré y Nevers; sin embargo ocultaba la característica más notable de los participantes. Cada uno de estos señores, además de muchos de quienes les seguían en la cruzada, como los condes de Bar, de Châlons y de Nevers, había desempeñado un papel fundamental en los grandes disturbios contra la corona a finales de la década de 1220 y principios de la de 1230. Tomar la cruz formaba parte del proceso de reconciliación con Luis IX y su madre, la poderosa regente Blanca de Castilla. Tal vez sea significativo que al final el aristócrata más leal que tomó la cruz, Humberto de Beaujeu, en realidad iba a defender Constantinopla y no acompañó a sus antiguos adversarios a Tierra Santa. Tomar la cruz concedía protección a los antiguos rebeldes y servía de garantía de su futura conducta, además de brindarles a los perdedores políticos la oportunidad de ausentarse del reino de una manera honrosa. El gobierno podía sentirse seguro y los antiguos rebeldes podían evitar que se les continuara persiguiendo. Una de las funciones clave de la cruzada en la política laica consistía en contribuir al proceso de alcanzar el consenso político, cuya carencia convertía a cualquier estado en ingobernable.

Inglaterra seguía un patrón similar. El acto simbólico de tomar la cruz que realizaban los políticos importantes en el año 1236 representaba un intento de reconciliar a los disidentes con la corte del rey, tras haber rozado la guerra civil en 1233 y 1234, cuando el rey y sus consejeros extranjeros, bajo el mando del antiguo cruzado Pedro des Roches, se enfrentaron a una coalición de nobles acaudillados por Richard y Gilbert Marshal. Entre 1236 y 1239, muchos antiguos aliados y enemigos tomaron la cruz. Al tomar la cruz juntos, se consolidaba la alianza entre Ricardo de Cornualles y su cuñado Gilbert Marshal. La cruzada comprendía complejas corrientes de hostilidad personal y entre facciones, entre ellas el proscrito Richard Siward, enemigo desde hacía tiempo del conde Ricardo, y el hombre que organizó su arresto en 1236, Simón de Montfort. En

Northampton, en 1239, los *crucesignati*, entre ellos antiguos disidentes como Siward o Gilbert Marshal, además de capitanes reales que habían participado en los combates contra los Marshal, como Henry de Turbeville,[61]juraron no desviarse del objetivo de su expedición, Tierra Santa. Los que se embarcaron en 1240 incluían desde aliados cercanos, sirvientes y familiares del rey, hasta los que anteriormente había sido enemigos acérrimos, como Robert Tweng o Philip Basset.

No obstante, y aunque los personajes destacados de la política en Inglaterra y Francia, las principales zonas de reclutamiento de cruzados, hubieran formulado sus votos en el contexto de las luchas políticas internas de la década de 1230, la estructura de los ejércitos cruzados que embarcaron apenas reflejaba el impulso a la unidad que su compromiso original parecía simbolizar. La mayoría de los grandes señores franceses e ingleses había tomado la cruz a finales de 1236. Aun así, y a pesar de que el proyecto había sido concebido por Gregorio IX, e incluso por Federico II, como una única operación, parecía que el esfuerzo de coordinación era solo parcial. La principal oleada francesa zarpó en 1239. La contribución inglesa estaba dividida en tres ejércitos diferenciados: uno al mando de Ricardo de Comualles, que inició su marcha en junio de 1240 y zarpó de Marsella; otro al mando de Simón de Montfort, que partió de forma independiente y zarpó de Brindisi; y un tercero al mando de Guillermo de Forz, que partió en 1241. Cada uno de ellos atraía a una circunscripción determinada de seguidores. A Ricardo le acompañaba su propia y amplia *familia,* cortesanos, familiares cercanos y aliados, su primo William Longspee y su hermanastro Eudo entre otros. Simón de Monfort encabezaba un séquito en el que se mezclaban franceses e ingleses, mientras que, según parece, a Guillermo de Forz le seguían sus compañeros expatriados del Poitou. Cada grupo mantenía su independencia de estructura, de política y, una vez en el este, de acción.[62] Ricardo de Comualles calculó su llegada a Acre unas pocas semanas después que Teobaldo hubiera abandonado Tierra Santa para regresar a Occidente, hecho que describe una de las características más curiosas, y más reveladoras, de la cruzada de 1239-1241.

Ahora bien, los ejércitos franceses no estaban más unidos. Tras retrasar su salida hasta 1239 en deferencia a la oposición de Federi-

co II a la ruptura precipitada de la tregua de diez años de 1229, un retraso tal vez garantizado por la promesa de contribuir económicamente a la campaña de Teobaldo de Champaña una vez desembarcado en Tierra Santa, los cruzados franceses manifestaron una escasa cohesión.[63] La mayoría había zarpado de Marsella, pero otros lo hicieron desde los puertos de Apulia. A Teobaldo de Champaña, tanto antes de embarcarse como en Tierra Santa, se le brindó una aparente primacía, tal vez más en deferencia a su gran linaje de cruzado que a su fortuna menguante o a su evidente falta de talento. Aunque Teobaldo había abandonado la cruzada albigense de 1226 durante el sitio de Aviñón, su padre (muerto en 1201) había caído en combate mientras se encontraba al mando de la Cuarta Cruzada; su tío Enrique había gobernado Jerusalén entre 1192 y 1197, y sus predecesores y su condado, desde la década de 1090, habían desempeñado un papel fundamental en fomentar el entusiasmo hacia las cruzadas. Sin embargo, en la campaña de Palestina, y a pesar de que, a su llegada a Acre una asamblea de cruzados y francos había reconocido su puesto de comandante de la cruzada, parecía incapaz de imponer la unidad en el seno del ejército cruzado. En diferentes ocasiones, Pedro de Bretaña, Hugo de Borgoña y Enrique de Bar aplicaron sus propias tácticas independientes. El duque de Borgoña se comportó durante toda la cruzada como un distante aliado, permaneciendo en el este un año más después de que, en 1240, Teobaldo y la mayoría de los franceses hubieran dejado Tierra Santa. Cuando en una incursión privada Pedro de Bretaña consiguió capturar un sustancioso botín, distribuyó ganado y carne a los otros comandantes y a «los pobres», pero solo a modo de regalos, un gesto que causó resentimiento y envidias. El duque de Borgoña y los condes de Bar y de Montfort decidieron, de forma desastrosa, saquear y buscar provisiones por sí mismos porque «eran igual de poderosos que el conde de Bretaña», y perderían su honra si no seguían su ejemplo.[64] Los intentos del conde Teobaldo de detenerlos, incluso apelando a la lealtad que le habían jurado en Acre como comandante del ejército, fracasaron. Este tipo de divisiones reflejaba no solo la financiación, sino también la política y las personalidades de la operación francesa. No existía un centro económico dirigido por un mando unificado. Cada noble había sufragado sus propios gastos y los de sus seguidores y había recibido subvenciones individuales de

las reservas eclesiásticas. Ninguno de los grandes señores dependía económicamente de otro. Sin paga, no había disciplina. Un comentarista observó que al término de su estancia en Ultramar, a finales del verano de 1240, Teobaldo de Champaña se lamentaba de la cantidad de miembros de su ejército que sentían antipatía hacia él, hasta el punto que «no obedecían sus órdenes, incumpliendo lo que habían prometido al principio, a su desembarco en Siria».[65]

Esta falta de unidad no era del todo culpa de los cruzados. Poco tiempo antes de finalizar el reclutamiento para Tierra Santa, hacia finales de 1236, Gregorio IX complicó las disposiciones al sugerir una expedición paralela que fuera a colaborar en la defensa del agonizante imperio latino de Constantinopla frente a una nueva y amenazadora coalición de griegos y búlgaros. Pese a las presunciones de los historiadores posteriores, el imperio latino nunca atrajo demasiado apoyo de Occidente más allá de los familiares de los nobles franceses que se habían establecido en Grecia. La presencia latina en Grecia, o Romania, como la llamaban, no desvió de ninguna manera la ayuda occidental a Tierra Santa, desinterés que quedaría confirmado por la reacción a las nuevas demandas del papa en la década de 1230. Más bien ocurrió lo contrario; el dinero recaudado en Inglaterra a beneficio del imperio latino tuvo que ser asignado a la cruzada palestina porque ningún señor inglés estaba dispuesto a cambiar el rumbo y dirigirse al Bosforo en lugar de Acre.[66] El llamamiento de Gregorio en 1236 y 1238, que hizo coincidir con la misión en Occidente del coemperador Balduino II, no logró apartar a demasiados *crucesignati* del camino de Tierra Santa. Los denodados esfuerzos del papa a favor de Balduino no consiguieron disimular la pobre imagen que ofrecía Balduino: un político mendicante sin recursos que suscitaba escasa admiración, y que tan solo podía ofrecer algunas reliquias, por ejemplo la Corona de Espinas, que adquirió un ansioso Luis IX de Francia, y la venta de los vestigios de algunas de sus tierras patrimoniales en Occidente. La insistencia y las tentativas de convencer a los cruzados de conmutar sus votos de Jerusalén a Constantinopla perjudicaron aún más al proyecto palestino. El objetivo principal del papa en Francia fueron Pedro de Bretaña y sus aliados, entre ellos los condes de Bar y de Soissons. Aunque las negociaciones se alargaron un par de años, la resistencia a la cruzada griega se fue endureciendo. Los condes de Bretaña

y de Bar rechazaron de forma explícita conmutar sus votos a la empresa griega.[67] De entre los nobles franceses, Humberto de Beaujeu y Tomás de Marle fueron los únicos que acompañaron a Balduino II a Constan!inopia en 1239; Pedro de Bretaña y sus compañeros pusieron rumbo a Palestina. En Inglaterra, Ricardo de Comualles también se resistió a los lisonjas papales y a conmutar su voto y desviar los fondos de su cruzada para subvencionar la campaña de Balduino II.

Si los devaneos del papa con Grecia sembraron la confusión y el resentimiento, su renovada excomunión de Federico II y la subsiguiente cruzada contra el emperador en 1239 provocaron la desobediencia declarada. Por una parte, la ruptura con Federico cerró parcialmente varias de las rutas hacia Oriente, en particular los puertos de Apulia. Al menos un ejército, el de Simón de Monfort, evitó este problema utilizando el puerto de Brindisi. El hijo de Federico, Conrado, era el titular del reino de Jerusalén, y el emperador mantenía agentes en Ultramar que tenían acceso a las tropas y a los fondos necesarios para cualquier cruzada. Controlaban la propia Ciudad Santa. Muchos en Francia y en Inglaterra no compartían la paranoia de Gregorio hacia el rey Hohenstaufen. Más allá de lo práctico, estaba el principio. Cuando se enfrentaron a la exigencia pontificia de recaudar un tributo eclesiástico para financiar la guerra contra los Hohenstaufen, los párrocos de Berkshire, en Inglaterra, rechazaron de plano la idea de la guerra, señalando que Federico no había sido condenado por hereje.[68] Más precisamente, si podemos fiamos de Mateo de París de Saint Alban's, siempre predispuesto en contra del papa, el 12 de noviembre de 1239, Ricardo de Cornualles y otros *crucesignati* ingleses confirmaron mediante un juramento su intención de liberar Tierra Santa «a menos que las objeciones de la iglesia romana obstaculizaran su honorable voto y lo desviaran para derramar sangre cristiana en Grecia o en Italia».[69]

Aunque los intentos de desviar a los cruzados y a sus recursos fracasaran en su mayor parte, agravaron la confundida y dividida naturaleza de la empresa a Tierra Santa. La carencia de una estructura de mando definida, de un ejército unido, incluso de una estrategia compartida contrastaba con la disciplina económica impuesta en el seno de algunos de los propios contingentes. Aun así, las cruzadas de 1230-1241 demostraron que la transición de las expedido-

nes tradicionales formadas por alianzas flexibles entre nobles casas militares a las expediciones dependientes de una financiación y organización centralizadas podía ser más aparente que real. Si bien cada contingente de nobles tenía acceso a una parte de los fondos, su viabilidad dependía, igual que en otros ejércitos cruzados, de la existencia previa de lazos de clientelismo, asociación y dependencia. Los medios tradicionales de autofinanciación persistían. Un poeta cruzado, Philip de Nanteuil-le-Hardouin, se lamentaría amargamente más tarde, desde una prisión egipcia, que los caballeros y hombres libre corrientes, una vez que se les acabó el dinero obtenido hipotecando sus tierras, no recibieron «ni favor, ni ayuda, ni consuelo de los grandes señores».[70] Otros documentos revelan que la cohesión entre los contingentes de nobles se sostenía en contratos escritos, promesas específicas de pagos en efectivo acordados con antelación, más que en lazos menos concretos de lealtad y expectativas de protección. Tal vez no sea más que un accidente de las fuentes documentales. Desde la Primera Cruzada, se había contratado a soldados y caballeros, incluso nobles, a quienes se les pagaba un sueldo por su participación en la expedición. A mediados del siglo XIII, estas técnicas habían desarrollado registros escritos y tal vez una mayor precisión en el proceso.

El entorno de Ricardo de Comualles reveló esta combinación de lo obviamente tradicional y lo posiblemente nuevo, y sirvió para compensar, en cuanto a grandes gestos políticos y emoción popular, las crónicas que daban apoyo a la cruzada. El propio Ricardo se presentó como garante financiero de sus seguidores, muchos de los cuales, por ejemplo su administrador John FitzJohn, pertenecían a su *familia*, eran miembros a sueldo de su casa, que incluía funcionarios además de caballeros. Tres días después de desembarcar en Acre en octubre de 1240, Ricardo proclamó por toda la ciudad que tomaría a su servicio a cualquier cruzado que se ofreciese.[71] Entre sus seguidores, se establecieron contratos similares, pero más formales. Philip Basset, uno de los acompañantes de Ricardo, acordó con el guarda de los bosques del rey, John de Neville, que viajarían juntos, y Philip pagaría su propio pasaje y el de dos caballeros y cuatro caballos; una vez en Acre, Neville integraría a Basset y a sus dos caballeros en su *familia* a sueldo.[72] Este tipo de relaciones proporcionaron el esqueleto que sostendría todas las campañas entre

1239 y 1241, según indica la cohesión entre los diferentes séquitos de la cruzada francesa de 1239-1240 y, en contraste, la incapacidad de Teobaldo de Champaña de aglutinarlos en una sola unidad. El dinero puede unir y desunir. Este tipo de contratos, al llegar la década de 1270 y tras haber sido utilizados a lo largo de otra generación, eran corrientes entre todas las huestes cruzadas, y, más tarde, se convertirían en habituales en todos los ejércitos de Europa occidental.

Las sutilezas de la organización interna y de los preparativos materiales no pudieron impedir la naturaleza superficial y la desigual fortuna de las campañas. Los éxitos diplomáticos dependían de las continuas divisiones entre los monarcas ayubíes de Damasco, Transjordania y Egipto. A la muerte de al-Kamil en 1238, sus hijos, al-Salih Ayyub y al-Adil II, y el tío de estos, el hermano de al-Kamil, al-Salih Ismai'il, se disputaron la sucesión. El gobernante de la región en tomo a Kerak, al-Nasir, anterior monarca de Damasco derrocado en 1229, se mantenía a la espera como observador, el auténtico poder en la sombra que podía anular cualquier acuerdo al que pudieran llegar los otros respecto al futuro de Palestina. En 1240, al-Salih Ayyub, con la ayuda de al-Nasir de Kerak, expulsó a al-Adil II de Egipto tras haberle cedido previamente el control de Damasco a su tío al-Salih Ismai'il. Las tensiones entre estos dos monarcas les brindó una oportunidad a los francos, al mismo tiempo que hacía muy difícil el garantizar cualquier concesión territorial. En el interior del reino de Jerusalén, las diferentes facciones proponían diferentes alianzas. La sistematicidad resultaba imposible frente a unos cambios de régimen tan inestables en el imperio ayubí. Un gran ejército de francos y cruzados bien organizado podría haber ejercido una considerable influencia en la región, pero este ejército no se había reunido y, aun cuando lo hubiera hecho, no disponía de un plan estratégico claro.

La cruzada que llegó a Acre al mando de Teobaldo de Champaña a principios de septiembre de 1239 estaba compuesta, según algunas estimaciones casi contemporáneas, por más de mil caballeros. La mayor parte de la flota había zarpado de Marsella y el resto lo había hecho desde los puertos del sur de Italia. Bien surtido de grandes señores, el ejército carecía de caballos, una posible penalización del transporte marítimo por lo que parece ser que algunos ca-

balleros se vieron reducidos a montar en burro.[73] El número total de participantes que no eran caballeros podría haber alcanzado algunos millares. Las opciones militares y diplomáticas eran complicadas: por una parte, ni Damasco ni Egipto, las amenazas más importantes a los francos, no controlaron Jerusalén ni el sur de Palestina mientras la cruzada permaneció en Tierra Santa, y por la otra, en 1239, a la expiración de la tregua era al-Nasir de Kerak quien amenazaba a la Ciudad Santa y quien a final de año consiguió ocuparla. Sin embargo, el consejo de Acre que había confirmado a Teobaldo como comandante aceptó la política potencialmente desastrosa de amenazar a Damasco y a Egipto. En primer lugar, se refortificaría Ascalón para asegurar el sur, y de este modo, tal vez, disuadir a los musulmanes de atacar Jerusalén, y después, los cristianos lanzarían un ataque sobre Damasco. Esta crónica del plan quizá le deba más a los acontecimientos posteriores que a las decisiones tomadas en Acre.[74] No obstante, una política de desestabilización simultánea de Damasco y Egipto podía haber resultado atractiva en tanto no se resolviera el conflicto sucesorio de los ayubíes. La lógica de este plan, si es que la tenía, reflejaba asimismo las divisiones e intereses en el seno de la nobleza local. Un destacado recién llegado a Ultramar, Walter de Brienne, vasallo de Teobaldo de Champaña en Occidente y casado con la hermana de Enrique I de Chipre, controlaba el condado de Jaffa en nombre de su suegra, Alicia de Champaña. Ascalón pertenecía por tradición a este condado y la voz de Walter tenía un gran peso entre la nobleza local. La preocupación de muchos, sobre todo de la comunidad de comerciantes de Acre, a menos que se deterioraran las relaciones con Damasco, podría haber alentado una incursión hacia el sur, decisión a la que también podría haber contribuido el deseo de los cruzados de visitar la Ciudad Santa. En el invierno de 1239-1240, Egipto podría haber parecido un objetivo menos difícil que Damasco, pero la asistencia explícita a la guarnición de Jerusalén significaba ayudar a la guarnición imperial establecida en la ciudad. A lo largo de todo el proceso, a pesar de la esperanza albergada por Teobaldo de recibir un subsidio de Federico II al alcanzar Acre, la hostilidad de los aristócratas locales encabezados por los ibelinos garantizó que el agente del emperador en el este, Ricardo Filangieri, quedara excluido de las operaciones.

Igual que ocurriera en 1228-1229, las maniobras militares de la

cruzada de Teobaldo parecían diseñadas principalmente para obtener una solución diplomática, a la que se llegó, pero más gracias a la política interna ayubí que a la actuación de los cristianos. Las tropas iniciaron la marcha hacia Ascalón el 2 de noviembre, y alcanzaron Jaffa diez días más tarde. Por el camino, el conde de Bretaña asaltó un gran convoy de transporte de ganado que se dirigía a Damasco y cuyo éxito proveyó al ejército de los alimentos necesarios, aunque esta acción independiente también alimentó el resentimiento interno.[75] Una vez en Jaffa, las noticias de un ejército egipcio que se acercaba desde el sur incitaron a una gran división de nobles y caballeros a las órdenes del duque de Borgoña, Walter de Brienne y de los condes de Bar y de Montfort, junto a otros aristócratas locales y miembros de las órdenes militares, a ofrecer batalla. Haciendo caso omiso de las advertencias y de las súplicas del conde Teobaldo que apelaban a la unidad, avanzaron durante la noche y acamparon más allá de Ascalón, cerca de Gaza, absteniéndose de apostar centinelas. Al llegar la mañana, este ejército escindido se vio rodeado. Algunos de sus comandantes pudieron abrir una brecha y huir; el resto, al mando de los condes de Bar y de Montfort, se quedó y fueron superados por los egipcios; Enrique de Bar cayó muerto en combate, y Amaury de Montfort y muchos otros fueron capturados. La derrota en Gaza, aunque modesta en número de pérdidas, socavó gravemente cualquier posible estrategia diplomática, puesto que debilitó al ejército de los cruzados en reputación, más que materialmente, y proporcionó a los egipcios decenas de rehenes aristocráticos y bien relacionados. Atado de pies y manos tanto militar como diplomáticamente, Teobaldo abandonó los planes de reconstruir Ascalón y se retiró de Jaffa en dirección a Acre, según parece, a esperar acontecimientos.

Los acontecimientos en el imperio ayubí configuraron la actividad durante el resto de la estancia del conde. En otoño de 1239, al-Salih Ayyub fue expulsado de Damasco por su tío al-Salih Ismai'il y encarcelado por su primo al-Nasir de Kerak. A finales de año, al-Nasir ocupaba Jerusalén. En los primeros meses de 1240, el caleidoscopio levantino sufrió una nueva serie de cambios. Al norte, el cambio de gobierno en Damasco impulsó al emir de Hamah, partidario de al-Salih Ayyub, a ofrecer una alianza a los francos a cambio del señor del vecino Homs, un aliado del nuevo régimen de Damasco, pro-

puesta que llevó al conde Teobaldo a Trípoli, en el norte, con el único objetivo de que su presencia indujera al señor de Homs a relajar su presión sobre Hamah, cuyo emir se desdijo en seguida de la prometida alianza con los cruzados. Mientras Teobaldo era manipulado por las facciones políticas del norte de Siria, en Egipto una nueva alianza entre al-Nasir y su antiguo prisionero al-Salih Ayyub derrocaba a al-Adil II, y al-Salih Ayyub asumía entonces el sultanato. En mayo de 1240, sin que ni los cruzados ni los francos hubieran contribuido a ello de ninguna manera, el panorama político que el conde Teobaldo había encontrado a su llegada nueve meses antes se había alterado significativamente. Jerusalén se hallaba bajo el control de al-Nasir de Kerak; su nuevo aliado al-Salih Ayyub gobernaba Egipto, aunque conservaba los rehenes de Gaza capturados por su expulsado predecesor al-Adil II; y al-Salih Ismai'il había consolidado su autoridad sobre Damasco y sus vasallos del norte de Siria. Por lo tanto, las opciones políticas que le quedaban a Teobaldo le habían sido dictadas. Si deseaba recuperar a los rehenes, resultaba imprescindible un tratado con Egipto, pero si quería asegurar las concesiones territoriales de más al norte y apaciguar a los comerciantes de Acre, era deseable una alianza con Damasco; por último, para obtener tierras al oeste del Jordán y recuperar Jerusalén, debía conseguirse un acuerdo con al-Nasir de Kerak.[76]

La nueva autoridad de al-Salih Ayyub en Egipto impulsó un acuerdo entre el nervioso gobernante de Damasco y el cauteloso pero hábil al-Nasir y Teobaldo, quien lanzó una breve incursión militar en Galilea, una maniobra de presión para conseguir un tratado. Los detalles de esta negociación y de las que siguieron son confusos, víctimas del partidista modo de informar de la época y de épocas posteriores. Parece ser que Teobaldo, a pesar de no haber conseguido ningún éxito militar, negoció un tratado, que en principio parecía muy ventajoso, con al-Salih Ismai'il de Damasco. Beaufort, la región más allá de Sidón, buena parte de Galilea, incluyendo Tiberias y Safed, Jerusalén, Belén y, posiblemente, la mayor parte del resto del sur de Palestina fueron asignados a los francos. Buena parte de este acuerdo tan solo podía ser aplicado mediante un tratado paralelo acordado con al-Nasir de Kerak, quien en aquel momento ocupaba Jerusalén y la región alrededor de la ciudad. Una vez firmado el tratado con Damasco, Teobaldo marchó otra vez hacia el

sur, y es posible que visitara Jerusalén, maniobras que tal vez convencieran a al-Salih Ayyub de Egipto de liberar a los prisioneros de Gaza en agosto de 1240. Ante la nula perspectiva de obtener mayores frutos, inquieto por la posible competencia por el liderazgo que pudiera plantear la inminente llegada de Ricardo de Comualles, y ante el deterioro de las relaciones con Damasco, Teobaldo salió de Acre en septiembre de 1240, según algunos cronistas, a toda prisa.[77] Dejó tras de sí un modelo viable, aunque precario, de recuperación territorial, una guarnición imperialista en una Jerusalén recuperada, el resentimiento de la aristocracia local, y al duque de Borgoña, apoyado por una guarnición champañesa que todavía acampaba en Ascalón.

Unas semanas más tarde, Ricardo de Cornualles arribaba al puerto de Acre acompañado de una flota bien equipada. La cruzada de Ricardo marcaba su mayoría de edad en el escenario internacional, como correspondía a su fortuna procedente del estaño córnico y a sus relaciones dinásticas por nacimiento y matrimonio, y le brindaba además la oportunidad de ejercer su notorio poder de autopublicitarse. La recepción, en general favorable, de sus hazañas en el este, anunciadas a bombo y platillo por cronistas simpatizantes, descansaba en su propia opinión, difundida en los boletines informativos y hojas parroquiales a su regreso a Europa en julio de 1241, y donde elogiaba su tratado con Egipto, denigrando implícitamente los logros del conde Teobaldo.[78] De hecho, la breve estancia de Ricardo en Ultramar entre octubre de 1240 y mayo de 1241 resultó un cosecha, en su mayor parte, bastante estéril de logros significativos.

Ricardo poseía algunas ventajas bien definidas: arcas bien repletas, un séquito muy unido y, algo extraordinario, la aprobación tanto del papa como del emperador. Sufragado por las subvenciones pontificias, Ricardo, no obstante, mantuvo informado de sus progresos a Federico y cabe la posibilidad de que recibiera incluso algún tipo de acreditación imperial. Aunque fuera una potencial fuente de fricciones con los antiimperialistas de Ultramar, esta conexión imperial brindaba la esperanza de poder alcanzar algún compromiso en las debilitadoras luchas políticas internas. En el verano de 1241, el bando de los nobles proponía el nombramiento de Simón de Montfort, el cuñado de Ricardo, como lugarteniente

imperial.[79] Pero más de inmediato, Ricardo debía enfrentarse a la misma disyuntiva que Teobaldo: reforzar el tratado con Damasco, según sugerían los Templarios, o una alianza con Egipto, la opción de los Hospitalarios. De nuevo siguiendo los pasos de Teobaldo, el ejército de Ricardo, integrado por alrededor de ochocientos caballeros, a los que quizá se uniera más tarde el contingente de Simón de Montfort (la expedición de Guillermo de Forz posiblemente llegara demasiado tarde para poder participar en la campaña de Ricardo), marchó hacia el sur en dirección a Jaffa en noviembre de 1240, donde abrió las negociaciones con los embajadores egipcios antes de seguir camino y unirse al duque de Borgoña en Ascalón. Mientras la diplomacia seguía su curso, Ricardo supervisó la reconstrucción de una nueva fortaleza en la ciudadela de Ascalón, que descansaba sobre los cimientos puestos un siglo antes por su tío Ricardo I.[80] Una vez terminada, la nueva fortaleza le fue entregada a Walter Pennenpié, el agente imperial en Jerusalén.[81] Este acto representaba un equilibrismo político: por una parte indicaba la aceptación de Ricardo de la autoridad imperial, por la otra satisfacía los deseos de los nobles locales, un acuerdo con Egipto. Igual que su tío, el conde Ricardo esperaba, presumiblemente, que el restablecimiento de una plaza fuerte poderosa en el sur de la costa palestina alentaría a los egipcios a llegar a un acuerdo. Si este era el caso, la táctica funcionó. El 8 de febrero se firmó un tratado con al-Salih Ayyub que confirmaba, en apariencia, el acuerdo territorial del año anterior entre el conde Teobaldo, Damasco y Kerak, que otorgaba a los francos el control de Palestina al oeste del Jordán, incluyendo Galilea pero excluyendo a Samaría y Hebrón. En realidad, el sultán al-Salih Ayyub no tenía ningún control sobre las tierras cedidas a los cristianos. Al aceptar el tratado, afirmaba un señorío nominal que formaba parte de una pugna más antigua por recuperar sus antiguos territorios al norte de Siria, y de la cual los francos no eran más que meros espectadores. El tratado garantizaba la liberación del resto de los prisioneros de la batalla de Gaza, una victoria más importante para la reputación de Ricardo en Occidente que las teóricas ganancias territoriales. Ricardo utilizó la tregua para ordenar la cristiana sepultura de los restos de los treinta y tres nobles y otros quinientos soldados que todavía quedaban por enterrar en el campo de batalla.[82] Pensionista del papa y amigo

del emperador, este acto de caridad le convirtió en un héroe ante los franceses. No contribuyó en absoluto a modelar el destino de Ultramar, puesto que el tratado con Egipto dependía totalmente de la buena voluntad de al-Nasir de Kerak y de la aquiescencia del emir de Damasco.

Una vez completados sus gestos y su construcción, y tras la habitual gira por los Santos Lugares, Ricardo se marchó, zarpando de Acre el 3 de mayo de 1241. Un observador poco impresionado por sus hazañas escribiría: «Así, todos estos hombres no hicieron apenas nada en Tierra Santa que fuera de alguna utilidad».[83] A pesar de haber restaurado el reino a su mayor extensión desde Hattin y de haber consolidado una frontera fortificada, las cruzadas de 1239 a 1241 parecían bastante insignificantes comparadas con los grandes acontecimientos que no tardarían en ocurrir en toda la región, el desplazamiento de los jwarizmíes y el advenimiento de los mongoles. Las cruzadas no resolvieron las tensiones internas que debilitaban Ultramar, ni siquiera se intentaron solucionarlas. Durante un intenso período de inestabilidad ayubí, los cruzados aparecieron por turno como observadores y marionetas, manipulados según las ambiciones cambiantes y las rivalidades de los príncipes musulmanes. No obstante, en organización y en percepción de las posibilidades modestas y crecientes de todas las campañas, salvo la mayor de las invasiones occidentales, las cruzadas de Teobaldo y de Ricardo confirmaron un patrón en la ayuda occidental. El proyecto de Gregorio IX de instalar una guarnición permanente financiada por fondos occidentales se haría realidad una década más tarde, configurando un elemento esencial en la defensa final de Tierra Santa. De un modo algo más ambigua, la experiencia de las cruzadas de 1239-1241 reveló un nuevo profesionalismo en la organización del negocio de la cruz y demostró, al tiempo que mostraba, cómo este mismo profesionalismo podía fácilmente poner en peligro su éxito. La diferencia en aumento entre el entusiasmo hacia la cruzada, que podía ser expresado en donaciones y no en servicio, y las campañas cruzadas, que dependían de complejos sistemas de reclutamiento militar y de financiación, redujo la singularidad de estas iniciativas, si no en ambición, al menos en organización. Las cruzadas, al convertirse cada vez más en asuntos que atañían a los gobiernos de los estados, ofrecían mayores perspectivas de éxito y, al mismo tiempo, una ma-

yor vulnerabilidad a las distracciones de estos gobiernos, una de las paradojas fundamentales de las cruzadas a Tierra Santa a partir de finales del siglo XIII. Unicamente se podía esperar que se resolvieran estas tensiones en el caso que un gobernante hiciera de Tierra Santa su política principal, un caso que tan solo sería aplicable, durante todo el siglo XIII, a un único monarca.

Capítulo 24

LUIS IX Y LA CAÍDA DEL REINO CONTINENTAL DE ULTRAMAR

A ojos de la cristiandad occidental, la cruzada de Luis IX en 1248-1250 constituyó uno de los grandes acontecimientos del siglo XIII. Este intento fracasado de conquistar Egipto, realizado por una de las mayores potencias de Europa occidental, precipitó el colapso del gobierno de los ayubíes y desencadenó el ascenso al poder político en su lugar de una élite militar de esclavos turcos y guerreros profesionales: los mamelucos. La derrota de la cruzada, organizada con la mayor profesionalidad y financiada con la máxima minuciosidad de entre todas las cruzadas a Oriente, redujo la estrategia cristiana en Oriente Próximo a tratados poco sistemáticos y soluciones de compromiso, entre intentos cada vez más desesperados de apuntalar los residuos del reino franco en Palestina. Se podía reconocer la nueva configuración política de la región en los intentos de establecer contactos con los mongoles, que proseguían su avance y que abrieron aún más las ventanas de Occidente a las tierras más allá del mar Caspio que antes se habían considerado fabulosas. La prepotencia cómplice de Luis y de sus cruzados contrastaba de forma cruel con su insignificancia en el contexto de los asuntos asiáticos. El ataque de Luis sobre Egipto prometía la inversión radical de los fracasos de los cristianos. Su desenlace expuso los vestigios del reino continental de Ultramar a nuevas fuerzas sobre las cuales los francos no ejercían ninguna influencia. Resulta irónico que la brillante reputación que Luis y su cruzada se ganaron en un apesadumbrado pero admirado Occidente surgie-

ra precisamente a partir de la derrota absoluta de estas ambiciones.

PREPARATIVOS

En 1244, el incómodo y confuso asentamiento palestino que habían dejado las cruzadas de 1239-1241 fue brutalmente destruido. Hasta entonces, las perspectivas de los francos habían parecido más brillantes que en cualquier otra época desde la década de 1170.[1] En 1243, un nuevo tratado con Damasco prometía afianzar la seguridad franca en Siria, sin embargo, un año después, los francos se enfrentaban de improviso a la irrupción en Palestina de los jwarizmíes, aliados del sultán al-Salih Ayyub de Egipto. Se trataba de saqueadores turcos, procedentes en un principio de las estepas asiáticas, a quienes el avance mongol de la década de 1220 les había empujado hacia el oeste. Sobreviviendo como una banda de mercenarios en el norte de Irak, habían formado una alianza con al-Salih Ayyub cuando este último gobernaba la región de Jazira en la década de 1230. En sus esfuerzos por controlar Siria, el sultán solicitó su ayuda ofreciéndoles paga y tierras. En 1244, un gran ejército jwarizmí inició un destructivo ataque desde Irak a través de Siria y Palestina antes de unirse al ejército egipcio de al-Salih Ayyub que llegaba desde el Nilo. Por el camino, atacaron Jerusalén el 23 de agosto, doblegando sin ningún problema sus débiles defensas, matando a todos los francos que se les pusieron por delante y profanando los Santos Lugares cristianos. El control cristiano de la Ciudad Santa había tocado a su fin, y ya no sería restaurado, por el ejército británico, hasta el final de la hegemonía otomana en diciembre de 1917. Los francos de Acre convocaron a la totalidad de sus ejércitos y obtuvieron la ayuda de sus aliados, los monarcas de Damasco y de Homs. Unidos, marcharon hacia el sur a enfrentarse al ejército combinado egipcio y jwarizmí cerca de Gaza. El 17 de octubre, los egipcios y los jwarizmíes aniquilaron al gran ejército franco-sirio-ayubí en La Forbie (Harbiya), cerca de Gaza. Aunque la batalla de La Forbie constituyera un desastre militar para los francos del que Ultramar nunca se recuperaría por completo, en palabras de un observador, la batalla consistía más bien en una contienda de «sarracenos contra sarrace-

nos»,[2] exponiendo hasta qué punto los francos parecían periféricos en los conflictos regionales más amplios. De lo último que se trataba era de religión. Los jwarizmíes se revelaron como aliados ingobernables y empleados violentos. Tras ayudar a al-Salih Ayyub a conquistar Siria, Damasco caería en 1245, se habían convertido en prescindibles. El sultán llevaba algunos años construyendo su *askar* personal, su regimiento de mamelucos entrenados, conocidos con el nombre de Bahriyya (derivado de su base en el Nilo, Bahr al-Nil) o Salihiyya, que proporcionaban un apoyo militar eficaz al gobierno. En 1264, los jwarizmíes fueron destruidos por los emires ayubíes de Homs y Alepo sin la participación de los francos. Entretanto, se habían ido perdiendo la mayoría de los territorios francos ganados en 1240-1241 en el sur de Palestina, hasta que Ascalón cayó en 1247.[3]

El desastre en Oriente planteó dudas acerca de la supervivencia del reino franco, y se enviaron peticiones de ayuda a Occidente. Sin embargo, la memoria colectiva de Europa occidental atribuyó la inspiración de una nueva expedición de ayuda a un acontecimiento local. En diciembre de 1244, Luis IX de Francia tomó la cruz tras sobrevivir a una enfermedad casi fatal. No está claro si recibió la cruz a causa de sus místicas propiedades cicatrizantes, una creencia ampliamente difundida entre los contemporáneos, o en muestra de gratitud tras haberse encontrado entre la vida y la muerte. Tal vez ya supiera que Jerusalén se había perdido en agosto. El papa Inocencio IV, exiliado en Lyon, sin duda había tenido noticias de ello a finales del mes de diciembre.[4] No obstante, el motivo que impulsó el compromiso del rey se hallaba en la propia personalidad, piedad y ambición de Luis. Pese a la aparente fuerte oposición de su dominante madre, Blanca de Castilla, y posiblemente la de otros miembros de su entorno, Luis persistió en su decisión, y repitió su voto cuando hubo recuperado su salud física, si no la mental, persuadiendo a sus hermanos y a su corte de seguirle.[5]

El apoyo público de la familia real revelaba la meticulosidad de los planes de Luis. A mediados de la década de 1240, en Francia, las conquistas de Felipe II y de Luis VIII, no solo habían ampliado la heredad de la familia real de una forma extraordinaria, sino que además habían dejado buena parte de las provincias a manos de los miembros más jóvenes de la dinastía, los hermanos de Luis: Roberto, en Artois; Carlos, en Anjou; y Alfonso, en el Poitou y heredero

de Toulouse. El reino se transformó en una empresa familiar. La adhesión de sus hermanos al plan de la cruzada constituía un prerrequisito político para que la política funcionara, y no solamente un indicador de una acogedora armonía familiar. Luis había tomado la cruz (es posible que del obispo de París, el académico y erudito Guillermo de Aubemia), en apariencia, sin ninguna autorización papal previa. De forma paralela a su función eclesiástica, el obispo Guillermo, un experto desapasionado y poco habitual en algunos aspectos de la filosofía árabe, se había convertido en una especie de experto en asuntos orientales, característica que, si le hemos de conceder algún crédito al bien informado y chismoso Mateo de París, podría haberle sido de gran ayuda ante las dudas que, según París, Guillermo había expresado acerca de lo acertado de la decisión de Luis.[6] Sin embargo, y frente a la oposición materna, episcopal y seguramente política, Luis siguió adelante con sus planes de una forma tan determinada que resulta difícil no suscribir la idea de que su cruzada marcaba un rito iniciático personal y político, además de espiritual, una ocasión y un proceso de emancipación individual.

La leyenda de Luis tal vez distorsiona la imagen. La experiencia de encontrarse a las puertas de la muerte, el regreso casi milagroso a la salud y la asunción de la cruz «que daba la vida», según iba la frase, puede parecer de un dramatismo demasiado bien presentado para que le demos crédito. En pocas semanas, Inocencio IV enviaba una convocatoria a un nuevo concilio de la iglesia en Lyon, en el que se debatiría la grave situación de Tierra Santa, aunque el tema que dominaba el orden del día era la pugna contra Federico II; la crisis oriental se citaba junto a posibles campañas de defensa de Constantinopla y de resistencia contra los mongoles.[7] La decisión de Luis de arriesgar la vida, el tesoro y su reputación en una aventura oriental podría no haber sido tan espontánea como los observadores, admirados o perplejos, sugirieron. Alentado por una sólida posición política en el interior de su reino, conseguida gracias a las victorias en 1241-1244 sobre los magnates descontentos, entre ellos el conde de Toulouse, y sobre el rey de Inglaterra (en 1242), un gesto así de grandioso podía haber parecido muy oportuno incluso sin el estímulo de una grave enfermedad. La cruzada proporcionaba la excusa y la oportunidad de reformar e infundir más rigor en la administración real, ampliando el alcance judicial y fiscal del rey, y de

incrementar los ingresos. Igual que ocurriera diez años antes, podía constituir el mecanismo que consolidara o impusiera la reconciliación de las facciones regionales y de los nobles. El mando de una nueva expedición oriental interponía una conveniente distancia entre él y el perseguido emperador, y le evitaba la obligación de tomar partido contra los Hohenstaufen como un perrillo faldero del papa. Todo el plan resaltaba la autoridad moral de Luis, y la utilización de frailes como agentes de la reforma del gobierno y de la recaudación de los diezmos revelaba su particular estilo de puritanismo político. Controlar el negocio de lo sagrado era la mejor manera en la que Luis podía modelar más directamente y con mayor solidez el nuevo culto a una monarquía sagrada, elevando a la propia Francia, por sí misma ya una tierra santa, a la categoría de cuna de santos guerreros, conscientes de su misión especial e inspirada por Dios. La determinación con la que Luis proseguía todos estos objetivos indica quizá que cuando tomó la decisión en su lecho de enfermo en Pontoise, en diciembre de 1244, lo hizo al final de un largo proceso de reflexión. Igual que con la mayoría de los cruzados, y sin que ello menoscabe de ninguna manera su sinceridad, resulta de una sencillez demasiado burda explicar la devoción a la causa de Luis IX con relación únicamente a la piedad.

Dos meses después que Luis tomara la cruz, el papa promulgaba una bula de cruzada y autorizaba su prédica, dirigida en Francia por el legado Odo de Cháteauroux, obispo cardenal de Tusculum (1244-1273), quien además legitimó a los predicadores regionales y a los recaudadores de fondos.[8] Igual que había sucedido en otras ocasiones, la predicación combinaba el sentido práctico con la persuasión a fin de crear una atmósfera o un estado de ánimo que alentara a los creyentes a tomar la cruz, a comprar redenciones de voto o a proporcionar asistencia, un compromiso menos exigente, en forma de donaciones o de plegarias. Todos estos elementos aparecían siempre en los sermones del cardenal Odo. Aunque nunca demasiado alejada del léxico de la retórica eclesiástica, la difícil situación de Tierra Santa necesitaba ser colocada en un marco emocional y cultural apropiado que atrajera el tipo de compromiso activo que el rey deseaba. De modo que, junto a los recordatorios de recompensas espirituales, el deber religioso y la obligación cristiana de la cruz, Odo le recordaba a su público en sus sermones aquellos «no-

bles de antaño que dejaron el reino de Francia y capturaron Anfioquía y la tierra de Jerusalén».[9] Tal vez el incentivo de la nostalgia causara algún efecto con mayor facilidad en los círculos aristocráticos laicos a causa de la popularidad y de la difusión de los poemas de aventuras vernáculos que hoy conocemos con el título de Ciclo de las Cruzadas, que transmutaron los acontecimientos de la Primera y Tercera cruzadas en cantares épicos de caballería. La nostalgia solo funciona si las imágenes que se renuevan mantienen una resonancia contemporánea. Sin embargo, el estímulo de una ligera pátina de orgullo religioso, cultural y, en el caso de la predicación de Odo, nacional francés, no resultó suficiente. Odo y el resto de los predicadores tenían que explicar además cómo los creyentes podían contribuir en persona, con dinero o mediante la oración.

La campaña de predicación de 1245-1248 transcurrió con algunos contratiempos, dificultada menos por la indiferencia pública o la hostilidad que por las contradicciones oficiales y las pugnas institucionales. Fuera de Francia, se organizó la predicación en las islas Británicas, Escandinavia, Alemania y los Países Bajos. Enrique III de Inglaterra, todavía resentido por las heridas infligidas por la derrota a manos de Luis IX en el año 1242 en Poitou, recelaba ante la idea de participar en lo que desde un principio parecía ser un proyecto francés, recelo que le indujo a prohibir la entrada al obispo de Beirut, quien confiaba poder visitar Inglaterra para obtener apoyos.[10] En Languedoc, el gobierno francés asoció deliberadamente la cruzada de Tierra Santa a la supresión de la rebelión de 1242-1244 y a la erradicación de la herejía. Rebeldes como Raimundo VII de Tolosa o Oliverio de Termes fueron instados a tomar la cruz como un símbolo y una muestra de lealtad hacia los capetos, mientras que las sentencias dictadas a los herejes reformados les conminaban a tomar la cruz por Palestina, aunque muchos prefirieron el exilio.[11] En otros lugares, se explicaba con insistencia a los creyentes las alegaciones de las otras guerras santas del papa. Después que el Concilio de Lyon (junio-julio de 1245) destituyera a Federico II, se inició la prédica de una cruzada contra él en muchos lugares de Alemania, lo que desembocó directamente en conflictos de intereses y de iniciativas. En julio de 1246, Inocencio IV instruyó al cardenal Odo a que instruyera a su vez a los predicadores de Tierra Santa en Alemania para que predicaran la guerra contra Federico II.

Inocencio, reconociendo lo delicada que era esta orden, ordenó a Odo mantenerla en secreto,[12] lo que no contribuía de ningún modo a la claridad administrativa. En Frisia, igual que en otros lugares, las dos campañas de predicación se ponían zancadillas mutuas. Un predicador empezó predicando contra Federico II antes de ser transferido a la guerra de Tierra Santa. A los voluntarios de Tierra Santa de las diócesis de Cambrai, Lovaina, Metz, Toul y Verdún se les prohibió cambiar sus votos para luchar contra Federico, a pesar de que en esa región se predicaba la cruzada contra el emperador Hohenstaufen. No sorprende que la competencia por conseguir voluntarios llegara a la recaudación de las redenciones de voto, que brindó a los operadores poco escrupulosos la oportunidad de obtener ganancias ilícitas cuando dejaron de funcionar el control y las auditorías.[13] En algunos lugares, se promocionaba la cruzada en defensa del imperio latino de Constantinopla. En Provenza, mientras se predicaba la cruzada de Tierra Santa, con un éxito dudoso en el vecino Languedoc, los dominicos de Provenza fueron bombardeados por bulas papales que hacían referencia a la cruzada contra los griegos.[14] Si bien la cruzada de Tierra Santa podía ser predicada con éxito en toda la cristiandad, el reclutamiento para las otras iniciativas cruzadas, en la Grecia franca (o Romanía), Alemania, Italia o el Báltico, se adecuaba mejor a las circunscripciones geográficamente más limitadas.

El vigor del proceso de reclutamiento en las zonas más alejadas de la corte francesa variaba según las regiones, pero en algunos lugares su desarrollo era lento. El ejército del hermano menor de Luis, Alfonso de Poitiers, no estuvo preparado hasta el verano de 1249. Incluso en el norte de Francia, en el año 1250, los hombres todavía se seguían enrolando.[15] La leva para Tierra Santa se concentraba en el reino de Francia, Borgoña, Lorena y los Países Bajos entre el Meuse y el Rin. En otros lugares como en Inglaterra o Noruega, se reunían o se prometían pequeños contingentes. Sin embargo, la evangelización, y el modo en el que Luis la utilizaba para consolidar y ampliar su autoridad interna, demostraba que esta era una expedición francesa. Además del rey y de sus hermanos, también participaban en la cruzada algunos nobles leales, como el veterano de las cruzadas, el duque Hugo IV de Borgoña o el conde Guillermo de Flandes, de cuya firme adhesión el rey se aseguró durante la dispu-

ta por la sucesión flamenca. Antiguos disidentes como Pedro Mauclerc y el ahora retirado conde de Bretaña, otro veterano de la cruzada de 1230-1240, se alistaron junto a una serie de rebeldes más recientes, entre ellos Raimundo de Toulouse y Hugo de Lusignan. Los participantes llegaban desde todos los puntos del reino, desde Flandes y Bretaña hasta el Poitou, Borbonés y Languedoc. Parece que desde Bretaña, acudieron a la llamada la mayor parte de los terratenientes, un patrón que tal vez se repitiera en otros lugares. Aunque Teobaldo de Champaña declinó sin ningún rodeo unirse a la cruzada, los champañeses aportaron un contingente bastante numeroso, tal vez 175 caballeros y un total de alrededor de 1.000 hombres.[16] Una cantidad bastante significativa de clérigos, incluyendo algunos obispos, tomaron la cruz. Las pruebas documentales indican que también se alistaron miembros de las élites rurales y urbanas, artesanos, e incluso algunos prósperos agricultores. Al no estar necesariamente asociados a un señor, parecían haberse movilizado algo más despacio. Otros encontraron maneras más localizadas de cumplir con su compromiso. En el verano de 1247, los cruzados de Cháteaudun, con la aprobación del legado Odo de Cháteauroux, habían formado una confraternidad (*confratria)* cuyo propósito consistía en facilitar las compras de material de guerra, la contratación de buques y la financiación a aquellos que iban a «luchar por el Señor», además de ejercer la función de centro de recaudación de donaciones posteriores procedentes de los no *crucesignati.* La creación de una confraternidad así sirvió para recordar los costes materiales de la operación y la creciente diversidad de respuestas al voto y a su aplicación. Sus miembros obtuvieron el consentimiento del papa, la garantía de la aprobación de este ejercicio en iniciativa empresarial que recordaba la acción comunal de las primeras cruzadas.[17] Los motivos de otros participantes causaron cierta alarma. Los privilegios temporales de los cruzados, que otorgaban una determinada inmunidad legal, habían corrido siempre el riesgo de atraer a aquellos que querían evitar los litigios pendientes y a los criminales. En 1246, en Ruán, se anunció que no se permitiría a los *crucesignati* rehuir los juicios que estuvieran relacionados con feudos o promesas. Aquel mismo año, Luis IX se lamentaba ante Inocencio IV de que muchos cruzados, en lugar de abstenerse de cometer excesos, según correspondía a su condición de privilegiados,

se daban con entusiasmo al robo, a las violaciones y al asesinato. El papa ordenó a los obispos dejar de proteger a tales sinvergüenzas, a pesar de sus privilegios de cruzados.[18]

Si los aspectos sociales del reclutamiento para las cruzadas quedaban en su mayor parte fuera del alcance del rey, la dimensión política del proceso de leva era manifiesta, y no se limitaba tan solo a incorporar a los rebeldes. En octubre de 1245, Luis reunió una asamblea nacional de nobles con el objeto de recibir su consentimiento y apoyo para la cruzada, y en la primavera de 1248, Luis convocó en París otra reunión de la nobleza a fin de que juraran lealtad a sus hijos en caso de que él no regresara de la cruzada. Uno de los convocados era Jean, señor de Joinville y senescal de Champaña, cuya extraordinaria crónica de la cruzada de Luis pervive como la descripción personal más detallada y vivida de cualquier cruzada.[19] Aunque, en su calidad de vasallo del conde de Champaña, Jean se negara a prestar su juramento, el rey, al convocarlo, había dejado clara su intención de ampliar la red de lealtades directas al monarca a regiones del reino anteriormente autónomas.

La dimensión política abarcaba reformas administrativas.[20] Todos los regímenes de Europa occidental del siglo XIII se enfrentaban al problema de conciliar lo que las administraciones entendían como un gobierno efectivo con lo que sus súbditos percibían como un buen gobierno. Los derechos y las libertades constituían un arma de doble filo, en especial a causa de la costumbre cada vez más generalizada de poner las leyes por escrito y mantener un registro de las decisiones legales y los precedentes. En Francia, igual que en Inglaterra en aquella época, el gobierno corría el riesgo de encontrarse en un aprieto por partida doble. La práctica administrativa ineficaz o arcaica les negaba ingresos al rey y justicia eficaz a los ciudadanos. Al mismo tiempo, la persistente dificultad de arbitrar en los desacuerdos administrativos alentaba el recelo de los funcionarios reales. ¿Quién podía proporcionar una justicia imparcial, si las quejas se dirigían contra los agentes de la autoridad judicial suprema, la corona? La reforma de la administración real en provincias podía amenazar a los intereses creados y levantar las sospechas populares. Sin embargo, en paralelo a los preparativos de la cruzada, la necesidad práctica de maximizar los ingresos reales se unía a

la oportunidad que brindaba una política pública que casi todos admiraban para introducir los cambios.

En la reforma intervenían dos mecanismos. Desde 1245 se inició el proceso de sustitución de los agentes fiscales y los administradores locales de la corona (*baillis* en el norte, *sénéschaux* en el sur), a menudo, por lo que un moderno erudito ha bautizado con el nombre de «apagafuegos», expertos en detectar y solucionar problemas,[21] cambio que redujo la independencia de los agentes, mejoró su sensibilidad a los intereses y demandas de la corona, enfatizó su responsabilidad e incrementó los ingresos que llegaban a las arcas reales. Los ingresos procedentes de las heredades del rey se incrementaron de una forma extraordinaria, al tiempo que la cruzada actuaba como una justificación conveniente y no del todo falaz. Junto al endurecimiento de la administración local, en los primeros meses de 1247 Luis nombró inspectores (*enquéteurs réformateurs*) para que investigaran las quejas contra los funcionarios reales. Por tradición, los cruzados a punto de marchar intentaban resolver las quejas pendientes de sus vasallos. Al confiar la mayor parte de estas investigaciones a los frailes, Luis hacía hincapié en el nexo de unión entre la reforma gubernamental y la misión religiosa. También le confería al ejercicio una pátina de imparcialidad, posibilidad espuria aunque políticamente necesaria. Estas investigaciones, desarrolladas en los territorios de la heredad de la corona y en las tierras de sus hermanos (conocidas como *apanage*), contribuyeron a los cambios en los métodos y en el personal de los *baillis* y *sénéschaux* en 1247-1249.

Esta reforma creaba un consenso de apoyo a la monarquía, una ventaja a la que se sumarían las ganancias fiscales. Más tarde se calcularía que, entre la auditoría de la Ascensión de 1247 y la de 1257, los gastos de Luis en la cruzada *{«pro passagio ultramarino»* en las cuentas) ascendieron a 1.537.570 *livres tournois,* 13 *sous* y 5 *deniers tournois,* quizá seis veces los ingresos anuales del rey.[22] La factura del rey solamente por las tropas podría haber ascendido a 1.000 *l.t.* al día. Aunque Luis pudo cubrir la mayoría de estos gastos de fuentes diferentes a la de sus ingresos ordinarios, los costes ocultos de la administración y del gobierno durante la cruzada necesitaban ser cubiertos, y la administración de la regencia financiada de un modo adecuado. El incremento de las rentas e ingresos reales procedentes de las reformas de la administración proporcionó una

parte importante de la recaudación de fondos general de Luis. Determinadas medidas específicas guardaban una clara relación con la expedición. Entre 1248 y 1249, los prestamistas judíos fueron expulsados del reino y sus propiedades confiscadas, un endurecimiento de la habitual y destacada política antijudía y de los prejuicios del rey. Se buscaron más ingresos en los beneficios de las iglesias sin atribuir; y lo más extraordinario de todo, se recaudaron a gran escala «regalos» de las ciudades, a veces explícitamente *«pro auxilio viae transmarinae»* («para contribuir al viaje por mar»). Al menos 82 ciudades del norte y del centro de Francia recaudaron más de 70.000 *l.t.* en el año 1248, una cifra que excluía las contribuciones de Normandía, que tal vez igualaran esta suma. Parece ser que los «regalos» urbanos, entre ellos las subvenciones suplementarias percibidas de las ciudades que ya habían pagado antes, podrían haber alcanzado casi 275.000 Z.í.[23] Los tributos que Luis impuso a sus ciudades no tienen precedentes y es posible que hubieran contribuido a costear su cruzada. Sin embargo, su amplia extensión y meticulosidad los identifican como el símbolo de la nueva autoridad ejercida por el rey francés en su reino. A pesar de no ser del todo transparente, el sistema de contabilidad parecía ser capaz de identificar los ingresos de la cruzada, de modo que Luis pudiera o bien organizar junto a sus agentes el modo de gastarlos, o bien desviar el superávit hacia los Templarios, los banqueros habituales de la corona, para su transmisión a Oriente, donde los fondos podían quedar depositados o bien utilizarse en la compra de provisiones, a la espera de la llegada del ejército del rey.

La mayor parte de la financiación del rey francés, y el mayor recurso individual del resto de los cruzados, era el dinero procedente de la iglesia, o el que esta gestionaba, fondos que se recaudaban de dos maneras: fuentes privadas, redenciones de voto, legados y limosnas recogidos por el clero, y los impuestos eclesiásticos. El Concilio de Lyon en 1245 había alentado los legados a las cruzadas, igual que hacía Odo de Cháteauroux. Las redenciones de voto se incluían ahora en las campañas de predicación. En el año 1247, las redenciones se ofrecían sistemáticamente y las recaudaban los agentes diocesanos, en general frailes.[24] En Normandía, en 1248, dos grupos de agentes pontificios se enzarzaron en una riña sobre el derecho a recaudar las redenciones de voto de las cruzadas.[25] El mis-

mo año, Inocencio IV expresaba su preocupación acerca de las poco estrictas condiciones de la redención y de las tarifas demasiado bajas que se aceptaban.[26] El riesgo de especulación y de fraude era evidente. En los primeros tiempos de la campaña de predicación, un franciscano de Frisia se aprovechó de la escasa supervisión para hacerse pasar por agente autorizado y recaudar las redenciones y los legados, que en realidad se embolsaba él mismo.[27] Consciente de que el sistema podía degenerar en una estafa generalizada, en el año 1247 Inocencio IV impuso una forma de auditoría. El proceso de examinar las redenciones parecía meticuloso. La redención de un caballero, por ejemplo, podía valorarse alrededor de 200 *l.t.,* el salario de un año.[28] No obstante, la política eclesiástica podría haber alentado a que los predicadores, los recaudadores y los *déscroisiés,* todos a partes iguales, intentaran ahorrarse trabajo. Luis, en su búsqueda de los guerreros y unidades de apoyo más apropiados, aparentemente dejó a muchos en tierra el día que se embarcó, en agosto de 1248. Suponemos que los que se quedaron no tuvieron más opción que redimir sus votos por dinero en las mejores condiciones posibles, es decir las más baratas, en orden a disfrutar de los beneficios espirituales anticipados.

Si bien es imposible calcular la cantidad de dinero recaudado en redenciones, legados y limosnas para la expedición de Luis, acerca de los ingresos de la iglesia no cabe ninguna duda. El Concilio de Lyon autorizó un impuesto eclesiástico de una vigésima. El clero francés ofreció un diezmo durante cinco años. La distracción que suponía la cruzada en contra del rey Hohenstaufen y la clara identificación de la aventura de Tierra Santa con los franceses disminuyó las contribuciones internacionales y las iglesias inglesa y alemana se mantuvieron a distancia. No obstante, a lo largo de las fronteras orientales de Francia, en Borgoña y en Lorena, se impuso un tributo, una indicación de la creciente asimilación de las regiones más allá del Ródano y del Meuse a la política francesa y a su cultura. Los ingresos totales de los cinco años de diezmo eclesiástico pudieron haber ascendido a la suma de 950.000 *l.t.*[29] Igual que entre 1239 y 1241, los comandantes de cruzada recibieron subvenciones individuales, en particular los hermanos del rey, a las que ellos, y otros terratenientes, sumaron los fondos recaudados en sus propias tierras. Sin embargo, el grueso de los fondos de la cru-

zada y de los tributos eclesiásticos posiblemente encontró su camino a las arcas reales. Este sistema centralizado de financiar la expedición, al aumentar los ingresos de la heredad personal del rey, le proporcionó a Luis un control sin precedentes sobre sus seguidores principales.

La experiencia de Jean de Joinville es típica. A pesar de haberse negado a prestar el juramento de lealtad a Luis en 1248, se embarcó con su primo en un buque que ambos habían fletado en Marsella, junto a una compañía de veinte caballeros. Jean anotó que, pese a haber hipotecado la mayor parte de sus tierras, cuando llegaron a Chipre en otoño de 1248, y después de haber pagado por el pasaje, tan solo le quedaban 240 *l.t.* o, como mucho, más o menos lo suficiente para los gastos anuales de un par de caballeros. Su séquito se amotinó, lo que obligó a Jean a entrar al servicio del rey, a cambio de lo cual recibió una subvención inmediata de 800 *l.t.*[30] Este patrón de deudas rescatadas por la ayuda real estaba bastante extendido, e involucraba a señores de importancia, como los condes de Flandes o de Forez. Alfonso de Poitiers gozaba de subvenciones eclesiásticas sustanciales e importantes ingresos procedentes de sus grandes posesiones (solamente Aubemia contribuyó con 7.500 *l.t.).* Aun así, se vio obligado a buscar la ayuda económica de su hermano.[31] La habilidad de Luis, incluso al borde de la derrota, en encontrar las 200.000 *l.t.* necesarias para pagar el rescate de su ejército en el año 1250, y después, en financiar su posterior estancia en Tierra Santa, aún cuando los gastos de esa estancia alcanzaran más de 1.000.000 *l.t.* en el período entre 1250 y 1253, constituye un testimonio extraordinario del éxito conseguido por Luis en la financiación de toda la operación. No sería hasta los años 1252 y 1253 que, según las apariencias, empezarían a escasear los fondos, algo que podría reflejar las dificultades atravesadas por Francia tras la muerte de la regente Blanca de Castilla.[32] Resulta difícil imaginar que Luis hubiera podido conseguir la solvencia necesaria sin el dinero de la iglesia, incluso después de las mejoras realizadas en las finanzas de la corona y de la administración, un precedente que tendría amplias y controvertidas consecuencias futuras sobre la financiación del Estado por la iglesia.

Transferir los fondos a las cruzadas exigía una organización de la corona igual de enérgica. La flota del rey, 16 buques fletados en

Génova y 20 en Marsella, constituía el núcleo de la expedición. Los contratos establecidos en 1246 especificaban la entrega de los buques en Aigues Mortes, un pequeño puerto poco prometedor y de aguas poco profundas en un oscuro recodo del delta del Ródano.[33] A pesar de su tendencia a encenagarse y del difícil canal de acceso al Mediterráneo, Aigues Mortes tenía la ventaja de que hacía poco tiempo que había sido incorporado a la heredad de la corona, lo que permitió a Luis evitar negociar con los patriciados de otros puertos más obvios y mejor equipados, a algunos de los cuales les molestaba el creciente poder de la corona francesa en la región. Otros puertos convenientes estaban controlados por potencias extranjeras, por ejemplo Montpellier, dominio del rey de Aragón, y la excomunión de Federico II había cerrado los puertos de Apulia y de Sicilia. No obstante, la elección de Aigues Mortes demostró la determinación de Luis de conducir él mismo su cruzada. No fue su mejor decisión. La conveniencia política prevalecía sobre la eficacia práctica. Fue necesario construir a partir de cero un nuevo puerto que dispusiera de los accesos suficientes por tierra y por mar. Que el rey fuera capaz de reunir en ese lugar a su ejército y a su armada en apenas tres años y medio tras decidir su partida hacia Oriente demuestra la energía y la resolución del gobierno de Luis.

La naturaleza y el equipamiento de la flota planteaban otro tipo de problemas. Además de los barcos fletados, tanto Génova como Marsella aceptaron suministrar buques adicionales a su propio cargo que más tarde, una vez en Levante, quedarían a disposición del rey para su flete. Algunos de los barcos eran para transportes de caballos, *tarridae*, pero la flota carecía de lanchas de desembarco, que tuvieron que ser construidas una vez que Luis llegó a Chipre en el invierno de 1248-1249. Aunque en los contratos de 1246 se incluía el equipamiento de cada barco, los agentes de la corona en 1248, además de reunir alimentos y vino, gastaron al menos 5.296 *l.t.* en efectos navales de primera necesidad, entre ellos lona, cabos, penóles o timones.[34] Cabe también la posibilidad de que los armadores de los buques hubieran regateado en exceso, conocedores de que, igual que ocurriera en Venecia en los años 1201 y 1202, este era un mercado muy competitivo. A su regreso de Tierra Santa en 1254, sus capitanes genoveses informaron a Luis de que el valor de su bu-

que enseña, que había embarrancado en Chipre, estibado al máximo, ascendía a 4.000 *l.t.* En 1246 Luis había abonado hasta 7.000 libras por el barco de mayor tonelaje.[35] Sin embargo, en general, la alianza de Luis con Génova había resultado mutuamente fructífera. El negocio de las cruzadas se había extendido por toda la ciudad. A cambio, los genoveses no solo suministraron las tripulaciones de los barcos y proporcionaron una asistencia militar significativa en Egipto, sino que también facilitaron un valioso servicio bancario al rey durante toda su estancia en Oriente.

El ejército que zarpó con Luis de Aigues Mortes a finales de agosto de 1248, más de diez mil soldados, tal vez pudiera compararse al de Ricardo I cuando partió de Sicilia en abril de 1191. Acompañando a Luis, y en otro viaje aparte, iban tropas que no estaban directamente a su sueldo o servicio. No todos pudieron seguir al rey a Aigues Mortes. El conde de Tolosa, que murió antes de zarpar, había negociado un contrato con unos armadores de Marsella, igual que habían hecho Jean de Joinville y su primo. Parece ser que algunos de los barcos venían de muy lejos. El conde de Saint-Pol, otro cruzado que falleció antes de partir, y aunque parezca algo improbable, fletó un barco que tenía que llegar desde Invemess, mientras que uno de los transportes del ejército de Raimundo de Tolosa tuvo que llegar a Marsella desde la costa del Atlántico vía el estrecho de Gibraltar, un retraso que dejó al conde en puerto todo el invierno de 1248 y 1249.[36] Incluso a los comandantes mejor financiados, como Alfonso de Poitiers, se les acabaron sus recursos propios y descubrieron que recaudar fondos y reunir un ejército tomaba más tiempo de lo que en un principio hubieran deseado. Alfonso solo pudo levar anclas hacia el este en 1249. Si bien la logística de los participantes no funcionaba tan bien como la suya propia, Luis también reconocía los límites de lo que podía prepararse en Francia. Cuando llegó a Chipre, el punto de reunión designado, sus agentes llevaban dos años almacenando grandes cantidades de provisiones. Joinville describió los barriles de vino apilados que parecían grandes graneros de madera y las montañas de trigo y cebada que parecían colinas: «la lluvia los había hecho germinar en el exterior de modo que todo lo que se podía ver era hierba verde».[37] El cerdo salado, otro alimento básico de la dieta militar occidental, consumido en grandes cantidades, se compró en Chipre o bien se envió con el

ejército desde Francia. Luis, al contratar, pagar, comprar o manufacturar, parecía determinado a dejar lo menos posible a merced de la suerte o del destino.

La cruzada nunca se limitó a ser un asunto de logística. Lo personal y lo doméstico no eran menos importantes que lo público y lo material. Joinville, con su memoria cubierta por la pátina de sesenta años de nostalgia, dejó una imagen vivida de los rituales de partida de un cruzado acaudalado.[38] El linaje de cruzado de Joinville era impecable. Su abuelo había muerto en la Tercera Cruzada. Dos de sus tíos habían participado en la Cuarta Cruzada y uno de ellos viajó a Palestina donde murió. Su padre, Simón, había luchado en las guerras de los albigenses y en Egipto durante la Quinta Cruzada. En preparación a su partida en 1248, Joinville reunió el capital necesario hipotecando la mayoría de sus tierras, posiblemente con unos banqueros de Metz, y se asoció con su primo para fletar un buque en Marsella que debía transportar las dos comitivas; estas sumaban veinte caballeros, lo que tal vez supusiera una fuerza total de algo más de cien hombres. Cumpliendo con la tradición, según la cual la cruzada proporcionaba un contexto para hacer justicia, en Pascua del año 1248, Joinville presidió una asamblea de sus vasallos donde, en medio de una ronda entusiástica de festejos, resolvió todos los pleitos y quejas que había en su contra. Los registros de las disputas que saturaban los tribunales después de cada cruzada confirman de forma reiterada la necesidad de poner sus asuntos en orden, puesto que, y así lo reconoció Joinville ante sus arrendatarios y colonos, era muy posible que el cruzado no regresara. Este tipo de resoluciones y satisfacciones se llevaban a cabo a fin de garantizar de alguna manera la integridad de las tierras de los cruzados. En el caso de Joinville, sus arrendatarios y familiares probablemente reconocieran a su hijo recién nacido como su heredero. Podían encontrase ejemplos por toda Europa occidental de esposas de cruzados apaleadas y asesinadas y de herederos desposeídos. Por lo tanto, las festividades y los juicios de Joinville compartían un propósito común.

Tras enviar su equipaje por adelantado, Joinville recibió la burchaca y el bordón de peregrino de manos del abate cisterciense de Cheminon. Armado de esta guisa y vestido de penitente, descalzo y cubierto solo por una camisa, Joinville peregrinó por los santuarios

locales para hacer hincapié en el carácter religioso de su empresa y para equipar su alma igual de bien que había equipado a sus soldados. Recordaba cómo, mientras realizaba estas peregrinaciones, «ni una sola vez volví la vista hacia Joinville, por miedo a que mi corazón pudiera llenarse de añoranza al pensar en mi hermoso castillo y en los dos niños que dejaba atrás»,[39] uno de ellos de apenas unas semanas de edad. Joinville, una vez reunido con su equipaje en Auxonne sur Saóne, viajó hacia el sur por el río al tiempo que sus caballos de combate eran conducidos por la ribera. Una vez en Marsella, con hombres, caballos y equipaje estibados a bordo, el buque levó anclas y zarpó; toda la compañía de a bordo, dirigida por sacerdotes, entonó el *Veni Creatior Spiritus* al tiempo que la nave iniciaba su singladura. Joinville, como muchos marinos medievales, temía ahogarse y le asustaban los terribles mareos de la travesía de tres semanas hasta Chipre.

La experiencia de Joinville, incluso pulida por sesenta años de repetidas narraciones, exhibía la mezcla de pragmatismo y de ritualidad característica de las cruzadas, cuya importancia muy pocos supieron captar mejor que el propio Luis IX. Su partida, minuciosamente orquestada, revelaba extraordinarios paralelismos con la de Joinville. Luis había invitado a sus súbditos a exigir la resolución de sus pleitos y quejas a través de sus *enquéteurs.* A medida que los preparativos se acercaban a su fin, Luis escenificó su progreso hacia Aigues Mortes de modo que pareciera tanto una procesión religiosa como una comitiva real. El clímax de las ceremonias que marcaban su partida de la capital lo constituye la participación, en abril de 1248, en la consagración de la nueva Sainte Chapelle en el palacio real de la lie de la Cité en París, que había sido construida como un gigantesco relicario que albergaba la reliquia de la Corona de Espinas, pignorada por Balduino II de Constantinopla, y que Luis había redimido en 1239 de los venecianos. Junto a la Corona de Espinas se hallaban otras reliquias importantes de la Pasión, adquiridas, tras pagar una considerable fortuna, a los latinos de Constantinopla, entre ellas un fragmento de la Vera Cruz. Éste era el modo en el que Luis indicaba que Francia se erigía ahora en heredera de Israel, en protectora de las reliquias más sagradas de la cristiandad, casi en una segunda Jerusalén, una nueva Tierra Santa. El rey de Francia «Más Cristiano» (un título honorífico que databa del siglo XII) asu-

mía el liderazgo de la cristiandad que había dejado vacante el emperador excomulgado. Antes de dejar París para dirigirse hacia el sur en junio, Luis recibió la insignia de peregrino y, siguiendo los precedentes ancestrales, recogió la oriflama en Saint Denis. Luis conducía su cruzada como un penitente, pero también como rey de Francia; los dos eran inseparables en propaganda y en política. Desde Saint Denis, vestido de penitente, se dirigió a pie hasta Notre Dame para escuchar misa antes de continuar hacia la abadía de Saint Antoine, siempre igual que Joinville en sus peregrinaciones locales, descalzo. Durante su lento viaje al sur, Luis tuvo mucho cuidado en dejarse ver con el atuendo de peregrino en una serie de festejos cívicos y de apariciones públicas. Tras reunirse con Inocencio IV en Lyon, viajó hacia el Mediterráneo, impartiendo justicia por el camino. Era el primer rey francés en visitar la región desde la última visita de su padre en 1226. El 25 de agosto, Luis zarpó de Aigues Mortes, y llegó a Limassol, en Chipre, el 17 de septiembre.[40]

EL ataque a EGIPTO, i 249-i 250

Se dice que Luis declararía más tarde que le hubiera gustado navegar sin escalas hasta Egipto [41] En retrospectiva, la opción podría parecer interesante. En 1248, el sultán al-Salih Ayyub se encontraba ausente del país, totalmente comprometido en Siria intentando conquistar Homs durante otra ronda de disputas ayubíes. En junio de 1249, cuando finalmente aterrizaron los cruzados, él y su ejército ya estaban de regreso en el país. No cabía ninguna duda de que el destino era Egipto, puesto que en caso contrario no hubiera sido necesario almacenar grandes cantidades de provisiones en Chipre. Mucho antes de que Luis ordenara iniciar el ataque, el sultán había reforzado Damieta, como si supiera donde esperar el asalto de los cristianos, aunque, habida cuenta de la importancia del espionaje, el sultán seguramente no desconocía esa información. El retraso en Chipre, de septiembre de 1248 hasta mayo de 1249, había devorado las reservas, minado la moral de las tropas y proporcionado tiempo a los egipcios de preparar sus defensas. Sin embargo, Luis no podía saber que Damieta, de nuevo el objetivo escogido, iba a ser una pre-

sa tan fácil. Pasar el invierno en Chipre permitió a Luis esperar a los retrasados, entre ellos Alfonso de Poitiers, que todavía tenía que salir de Francia, y el duque de Borgoña, que estaba pasando el invierno en Esparta, invitado por Guillermo de Villehardouin, el monarca franco de esta zona del Peloponeso. También les procuró el tiempo necesario a los contingentes que habían encontrado refugio en Acre, Trípoli o Antioquía para reunirse con el grueso de la armada. Luis, que había instalado su corte en Nicosia, consiguió atraer donaciones y refuerzos de los cristianos del Mediterráneo oriental, entre ellos a Guillermo de Villehardouin y a su flota de 24 barcos, y a amplios sectores de la nobleza local de Jerusalén y Chipre, bajo el mando de Juan de Jaffa. Parece ser que Luis supo utilizar a su favor su condición de rey de las tierras ancestrales de los francos de Ultramar; el rey de Chipre declaró que tomaría a Luis «como su amigo y su señor». La estancia de Luis en Chipre, aunque prolongada a causa de una disputa, violenta y confusa según era su costumbre, entre genoveses y pisanos, contribuyó, por una parte, a consolidar el control sobre sus seguidores, sufragando los gastos de muchos de ellos a medida que se les iban acabando sus fondos particulares y, por la otra, a planificar su estrategia egipcia y construir las lanchas de desembarco y las naves subsidiarias necesarias para combatir en el delta del Nilo.[42]

Durante su estancia en Chipre, Luis recibió insinuaciones claras de que en su providencial comprensión de su misión no se habían tenido en cuenta las realidades de la política euroasiática. En opinión de muchos en Europa del este y en Oriente Próximo, el suceso reciente más significativo y alarmante no lo constituía el cambio de propiedad de una ciudad en las colinas de Judea, por muy sagrada y santa que fuera, sino el avance de los mongoles a lo largo de un frente que se extendía desde Rusia hasta Irak.[44] Tras la invasión mongol de Europa central en los años 1241 y 1242, la perspectiva de una cruzada a Tierra Santa que dejara a toda la cristiandad desprovista de soldados sorprendía y alarmaba a Bela IV de Hungría, que vivía bajo el constante temor a un nuevo ataque. En otoño de 1244, Bohemundo IV de Antioquía y Trípoli había solicitado ayuda a Federico II contra un ejército mongol que amenazaba a Siria, una llamada que había tenido un gran eco. Inocencio IV era muy consciente de la amenaza mongol. En 1245, antes de que el Concilio de

Lyon hubiera debatido el problema, el papa había enviado al menos tres misiones diferentes a Oriente con el doble propósito de establecer contacto con los diversos ejércitos mongoles, y, al mismo tiempo, construir una amplia coalición de cristianos orientales, que podría incluir aliados musulmanes, en contra de los mongoles. Pese a la aparente respuesta positiva, o desesperada, de muchos monarcas ortodoxos y de otros gobernantes cristianos, el dominico André de Longjumeau no lograba obtener ningún progreso con los ayubíes, mientras el franciscano Juan de Plano Carpini, que había penetrado hasta el corazón de Mongolia y se había entrevistado con un nuevo kan, Guyuk, entronizado en 1246, traía de regreso las noticias del rechazo frontal a cualquier cosa que no fuera la sumisión de los cristianos a los mongoles, los conquistadores del mundo.[44] Las crónicas de Juan de Plano, donde explicaba la corte y las costumbres mongoles, además de darle cierta celebridad, manifestaban también la amplitud del poder mongol y de sus ambiciones, aparentemente ilimitadas, de futuras conquistas en Occidente. Una de las tareas del hermano Juan había sido, por supuesto, la de espiar. La idea de que Inocencio IV y sus enviados buscaran una alianza con los mongoles contra los musulmanes parece poco probable. La actuación de los enviados pontificios sugiere una política de resistencia y de contención; sus informes indicaban que ninguna de ellas tenía demasiadas posibilidades de éxito.

El menosprecio hacia los mongoles no excluía la diplomacia. En diciembre de 1248, Luis recibía en Nicosia a los embajadores del general mongol en Persia, Elijigidei.[45] La embajada mongol buscaba de una forma manifiesta la ayuda de Luis para aliviar la difícil situación en la que se encontraban los cristianos del este que vivían bajo el gobierno de los francos en Ultramar. Bajo el dominio de los mongoles, gozaban, afirmaron, de la exención de impuestos individuales y de la obligación de realizar trabajos obligatorios. Los embajadores llegaron incluso a insinuar que el propio Elijigidei era cristiano y que el kan Guyuk simpatizaba con su fe, una perspectiva que ya habían intentado vender hacía pocos meses en una carta desde Samarcanda dirigida a un príncipe armenio, Sempad, con quien Luis se había entrevistado a su llegada a Chipre. Algunos testigos recordaban incluso la conversación sobre la ayuda mongol para recuperar Jerusalén y el resto de Tierra Santa. Tras un intenso

interrogatorio a los embajadores de Elijigidei, unos cristianos nestorianos de la región de Mosul, Luis quedó lo bastante impresionado para, en respuesta, enviar una embajada encabezada por el experto en cultura mongol André de Longjumeau, quien hacía poco tiempo que había llegado a Chipre. Desde un punto de vista retrospectivo, la participación de Luis parece bastante ingenua. Se diría más tarde que él mismo se había arrepentido de su actuación.[46] Aunque algunos mongoles se hubieran convertido al cristianismo y aunque en el olímpico complejo de superioridad cultural de los mongoles tuviera cabida la tolerancia de otras religiones y la utilización de sus adeptos, lo cierto es que su política era intransigente. Medían a musulmanes y cristianos por el mismo rasero, súbditos en potencia y no aliados. La iniciativa de Elijigidei guardaba probablemente más relación con contrarrestar el acercamiento pontificio a los ayubíes y con neutralizar el impacto de la política de Luis en Siria, donde la influencia mongol ya se estaba asegurando la clientela. Un ataque de los cruzados a Egipto constituiría una distracción perfecta para los ayubíes, y permitiría más avances mongoles en la región. Que Luis aceptara las propuestas de Elijigidei de buen grado indica una falta de visión estratégica, o tal vez una visión estratégica distorsionada por la excesiva piedad de sus aspiraciones.

Luis y sus consejeros no ignoraban la amenaza mongol o su historia pasada. La correspondencia pontificia y los llamamientos de los monarcas de Europa central y oriental de los diez años precedentes las trataban con amplitud. Tal vez la muerte del kan Guyuk en el año 1249 fuera lo único que impidió la explotación inmediata del caos en el que se hundió el imperio ayubí durante la invasión de Egipto de Luis. La misión de André de Longjumeau no consiguió nada, salvo la confirmación de que los mongoles se negaban a considerar a los demás como sus iguales y de que no estaban a punto de convertirse en una nueva potencia cristiana. Este interludio diplomático dice tanto de la habilidad de los mongoles en explotar la mentalidad de sus enemigos como de la miopía de un futuro santo. También aumentó la percepción de la existencia de un mundo más allá de los horizontes acostumbrados del pensamiento occidental, incremento testimoniado por la popularidad de las noticias o, más bien, de las historias acerca de la nueva potencia exótica que se había inmiscuido en la consciencia occidental.[47] Si bien es posible que

el interés de los cruzados en Oriente Próximo hubiera acelerado los contactos entre Europa occidental y Asia antes de la aparición de los mongoles en las fronteras del mundo cristiano en la década de 1240, en este contexto, y en muchos otros, cuesta entender que la aventura de Luis desempeñara algo más que un papel secundario.

A mediados de mayo de 1249, la flota aliada cristiana inició su viaje a Chipre. Llevaba a bordo alrededor quizá de más de quince mil soldados, una cifra impresionante para una batalla, pero que resultaba bastante más modesta en el caso de una conquista.[48] Al ejército francés de Luis se habían unido soldados y aliados del reino franco de Ultramar y de Grecia. Otros llegarían más tarde a las aguas orientales, entre ellos el gran ejército de Alfonso de Poitiers, tal vez algunos miles, y un regimiento selecto de unos dos mil caballeros ingleses, entre los que viajaba un grupo pagado por su comandante William Longspee, primo de Enrique III [49] Este grupo no se uniría al grueso del ejército en Egipto hasta finales de otoño. Según el chambelán real, Jean Sarasin, uno de los ministros de Finanzas de Luis que le acompañaban en la cruzada, aparte de los dos mil quinientos caballeros y la caballería pesada, apoyados por sargentos a caballo y por la infantería, una de las características más extraordinarias del ejército que Luis condujo a Egipto consistía en los cinco mil ballesteros[50] que, al establecer unas formidables barreras de flechas que apoyaban los ataques o cubrían las retiradas, desempeñaron un papel crucial durante toda la campaña en el delta del Nilo. La adquisición de los proyectiles de las ballestas había sido una preocupación especial en los preparativos de la cruzada, y los contratos de aprovisionamiento de las pesadas flechas habían sido concedidos a los almirantes genoveses empleados para gobernar la flota real. Las imprescindibles lanchas de desembarco habían sido ensambladas; algunas fueron compradas o fletadas en Chipre, y otras, como la galera de Juan de Jaffa que podía llegar hasta la playa, pertenecían a la nobleza de Ultramar.[51]

A pesar de la meticulosa preparación, las cosas se torcieron, un fenómeno habitual en la mayoría de las operaciones militares. Una tormenta dispersó a la flota, muchos buques tuvieron que buscar refugio en los puertos sirios, y solo pudieron unirse a la cruzada más tarde, tras el desembarco en Egipto. El resto llegó a aguas de Damieta el 4 de junio de 1249, donde descubrieron que el enemigo ya

había previsto su plan. El sultán al-Salih Ayyub había dejado una fuerte guarnición en Damieta al mando del veterano comandante Fakhr al-Din, el antiguo compañero de batallas de Federico II quien, según relataría Joinville, todavía hacía ondear en su enseña de guerra las armas del emperador en honor a su antigua amistad.[52] No obstante, un audaz ataque masivo en la costa frente a Damieta en la mañana del 5 de junio consiguió tomar y asegurar una cabeza de playa, aun cuando algunos de los soldados, entre ellos el propio Luis, tuvieran que vadear hasta la costa con el agua a la altura del pecho. La superior potencia de fuego de los ballesteros probablemente resolviera el éxito de esta ambiciosa operación anfibia. Al caer la noche, mientras los cruzados montaban el campamento, a los defensores musulmanes les entró el miedo. Muchos de los que estaban apostados en la playa huyeron hacia el sur, donde el sultán esperaba con el grueso de su ejército río arriba más allá de Damieta, muy consciente de no repetir los acontecimientos de 1218 y 1219, y de entablar una estéril y costosa batalla alrededor del propio puerto. La guarnición de la ciudad quedó por lo tanto ampliamente expuesta. Antes que arriesgarse a morir en el asalto o por inanición, los defensores evacuaron la ciudad sin presentar lucha, dejando tras ellos grandes reservas de alimentos y de materiales de guerra intactos. Ante el asombro, la incredulidad y la felicidad de los invasores, Damieta había caído en horas en lugar de los 17 meses que había tardado en los años 1218y 1219. Resultaba simbólico, tal como escribió Sarasin, que los vencedores encontraran 53 cautivos cristianos en la ciudad que afirmaban haber estado encarcelados allí desde la Quinta Cruzada.[53] En señal de bienvenida, la guarnición huida había dejado la ciudad bien aprovisionada e intacta. La noticia del abandono de Damieta representó una gran indignidad para Fakhr al-Din y causó el pánico en El Cairo.[54]

Desgraciadamente para Luis, la caída de Damieta tras un solo día de lucha marcó el punto culminante de toda su campaña. Se ha argumentado que si hubiera sabido aprovechar el momento, hubiera podido conseguir un gran triunfo. En El Cairo reinaba el caos a causa del temor. El sultán agonizaba, posiblemente a causa de la tuberculosis, en su nuevo campo avanzado, instalado en Al-Mansurah, en el mismo lugar que lo había hecho su padre; su heredero se hallaba ausente del país, y las facciones rivales celosas en el seno

del alto mando egipcio y del propio entorno militar del sultán rondaban el trono con avaricia y ansiedad. Sin embargo, los problemas que habían retrasado el embarque hacia Chipre les habían dejado poco tiempo a los cruzados para organizar una marcha hacia el sur antes de las crecidas del Nilo. Los precedentes de la Quinta Cruzada seguían vivos en el recuerdo de ambas partes. Ante la sorpresa y el horror de Luis, cuando se conocieron tras la captura del rey, al menos un veterano del ejército de Juan de Brienne, originario de Provins en Francia, había permanecido en Egipto, se había convertido al islam y contraído matrimonio con una egipcia, y había alcanzado una posición de cierta importancia en la corte.[55] Quedarse a salvo en Damieta podía parecerle una opción atractiva a la mayor parte del ejército, incluyendo al clero, muy ocupado reclamando mezquitas para convertirlas en iglesias, y a los mercaderes italianos, asegurándose muelles y almacenes. Luis podía tal vez haber razonado que, antes de intentar cualquier acción hostil, necesitaba esperar la llegada del ejército de su hermano Alfonso y del resto de los contingentes de Occidente, como los ingleses, o los que habían quedado desperdigados a causa de la tormenta en aguas chipriotas. Alfonso no llegó a Damieta hasta el 24 de octubre.

No obstante, si la crecida anual del Nilo excluía cualquier acción inmediata, los planes sí que podían establecerse. Se discutió un plan en apariencia coherente que consistía en atacar Alejandría en lugar de arriesgarse con una marcha hacia El Cairo atravesando los brazos del delta, propuesta que incitó, según Joinville, al impetuoso Roberto de Artois a exclamar: «si queremos matar a la serpiente, lo primero que hay que hacer es aplastarle la cabeza».[56] Roberto, cuya opinión era compartida por el rey, insistía en un avance hacia El Cairo. Los acontecimientos posteriores atribuirían al conde Roberto la decisión de atacar El Cairo, según Joinville, en contra de la oposición casi unánime del resto de los nobles franceses. Parece ser que el apoyo de Luis bastó para conseguir que el punto de vista minoritario de Roberto triunfara sobre los otros, triunfo quizá muy indicativo de la autoridad personal de Luis, o de la riqueza de sus arcas, que en aquel momento estaban sufragando los gastos de muchos, tal vez de todos, los comandantes cruzados. La derrota última de la estrategia de El Cairo, sumada a la muerte de Roberto de Artois, ha confundido perspectivas posteriores. El con-

sejo estratégico que proporcionó en Damieta, añadido a su comportamiento suicida en Al-Mansurah en febrero de 1250, hicieron de Roberto el chivo expiatorio de la derrota de la cruzada. Ahora bien, quedarse encerrados en Damieta o capturar algún otro puerto del Nilo únicamente tenía sentido si el plan incluía utilizar cualquier conquista como moneda de cambio para la recuperación de Jerusalén y de Tierra Santa. Por el contrario, si lo que Luis planeaba era conquistar Egipto, y la posibilidad parece real, e incluso convertir a los musulmanes locales, existían excelentes razones tácticas y estratégicas por las que insistir en la ventaja cristiana de un ataque a El Cairo, habida cuenta, en especial, del creciente desorden entre los ayubíes.

Al-Salih Ayyub, alarmado por el modo en el que se estaba desarrollando la invasión, y ahora ya en el estadio final de su enfermedad terminal, permaneció en Al-Mansurah. Protegido por el Nilo y por sus canales secundarios, el lugar disponía de un terreno seco y en altura que permitía acampar al exterior de una ciudad defendible. Bloqueaba el camino directo a El Cairo, pero estaba lo bastante cercano a Damieta para mantener cierta presión sobre los cristianos. Los problemas más inmediatos del sultán eran las tensiones internas entre su alto mando que su frágil estado de salud había creado y que habían sido exacerbadas por la invasión francesa. Pese a que había ejecutado a algunos miembros de la desmembrada guarnición de Damieta, *pour encourager les autres,* para alentar a los otros, no se sintió capaz de destituir a Fakhr al-Din. Cualquier repentino interregno necesitaría el apoyo de esta clase de veteranos leales al sultán a fin de mantener a raya tanto a los cruzados como a los desafíos internos planteados por la sucesión ayubí. No obstante, la desaparición inminente del sultán inquietaba a sus cada vez más poderosos y autoritarios mamelucos, los Bahriyya, que temían perder su posición, si no algo peor, bajo el gobierno de su heredero, al-Mu'azzam Turan Shah. Las rivalidades se complicaban todavía más a causa de las ambiciones de la esposa turca de al-Salih Ayyub, Shajar al-Durr, quien abrazaba con el mismo entusiasmo la posibilidad de convertirse en un poder en la sombra como, según cuenta la leyenda, a los cuerpos de algunos de los poderosos.[57] Por consiguiente, desde un punto de vista político, el retraso de los cruzados en Damieta, de junio a noviembre, no mejoró de manera evidente la

unidad de sus enemigos a quienes la crecida del río obstaculizaba sus planes militares, igual que les ocurría a los invasores.

El 20 de noviembre de 1249, con su ejército en su momento más fuerte, Luis IX salió de Damieta encabezando a sus tropas y dejando tras él a su esposa, embarazada de cinco meses, y una guarnición muy bien equipada, apoyada por los genoveses y los pisanos. Los meses transcurridos desde junio habían sido utilizados para reforzar las defensas de Damieta, excesivamente, en opinión de algunos,[58] pero la planificación meticulosa de Luis, que incluía la concesión de los palacios y de las iglesias de la ciudad, caracterizaba toda la empresa, y también confirmaba su objetivo general: conquistar y no regatear. A pesar de su meticulosa organización y de sus enormes reservas financieras, planeaba la duda acerca de si Luis poseía el ejército y el equipamiento adecuado para abrir un camino a través del delta del Nilo y montar un ataque victorioso sobre El Cairo, y en eso radicaba su principal problema. Tal vez el rey francés confiara en la implosión de la resistencia egipcia tras la muerte del sultán, de cuya grave enfermedad los cristianos habían sido con toda seguridad debidamente informados. Luis no solo sufrió un desengaño en esta esperanza, sino que además subestimó la importancia de los mamelucos del sultán en la supervivencia de alguna versión del actual régimen egipcio.

Más perjudicial a corto plazo, la marcha hacia el sur de los cruzados avanzaba con una tremenda lentitu, puesto que cubrían una media de menos de cuatro kilómetros diarios. El grueso del ejército marchaba junto a la ribera del río, acompañado por una gran flota compuesta, según parece, por grandes buques de transporte en su gran mayoría, además de algunas galeras más ligeras y de menor calado más apropiadas en la guerra en el Nilo. Un fuerte viento del sur que ralentizaba a los barcos de vela de mayor tonelaje y que carecían de maniobrabilidad complicaba todavía más el avance. Sin embargo, y a pesar de la lentitud del avance, no parece que Luis estableciera una serie de puestos de aprovisionamiento o de guarniciones de protección a lo largo de su camino, el mismo error cometido en el año 1221. A diferencia de sus predecesores, Luis no había asegurado Tinnis u otras plazas fuertes locales. Tal vez reconociera carecer de suficientes hombres y prefiriera enfrentarse al enemigo en un combate decisivo con el mayor número de hombres a su dis-

posición. El ejército tardó 32 días en llegar al mismo punto entre el Nilo y Bahr al-Saghir frente a Al-Mansurah que la Quinta Cruzada había alcanzado en solo siete días en junio de 1221. Una de las diferencias estribaba en la gran cantidad de provisiones y de material bélico, en especial madera, que Luis llevaba consigo y que le permitieron, por una parte, establecer su campamento frente a Al-Mansurah sin el temor a morir de hambre y, por la otra, construir vehículos de protección para sus zapadores y sus grandes catapultas.[59] La Quinta Cruzada había viajado más ligera de equipaje, y las consecuencias habían sido fatales.

En tanto que el ejército de las cruzadas avanzaba con cautela hacia el sur a través de los canales y arroyos del delta, a finales de noviembre al-Salih Ayyub moría al fin en el campamento de Al-Mansurah. Su muerte fue silenciada mientras su viuda, Shajar al-Durr, disponía la transferencia efectiva de poder al comandante en jefe del ejército, Fakhr al-Din, y se convocaba al hijo y heredero de al-Salih Ayyub, al-Mu'azzam Turan Shah, desde Hisn Kayfa, su cuartel general en el valle del alto Tigris, al norte de Irak. Turan Shah tardó tres meses en alcanzar Al-Mansurah, tiempo durante el cual la autoridad se había ido transfiriendo gradualmente a la sultana, a Fakhr al-Din y a los mamelucos Bahriyya del fallecido sultán. En el Nilo se gestaba una crisis, y la urgencia de gestionar una transición del poder sin problemas resultaba manifiesta. El campamento musulmán junto a la orilla del río en las afueras de Al-Mansurah se empezó a reforzar, al tiempo que se preparaba una batería de catapultas y balistas, y los especialistas en escaramuzas hostigaban a los cristianos, cuyo avance no pudo impedir un violento enfrentamiento, el 7 de diciembre, entre la vanguardia de los cristianos encabezada por Caballeros Templarios y el ejército musulmán. Quince días más tarde, el ejército y la flotilla de barcos de apoyo de Luis alcanzaban la orilla frente al campamento de los egipcios, de quienes solo les separaba Bahr al-Saghir, uno de los brazos del Nilo. En aquel lugar se atrincheraron a fin de protegerse de los ataques procedentes de tierra y construyeron e instalaron 18 balistas de madera, enormes y pesadas ballestas que lanzaban grandes dardos o jabalinas, que utilizaron para salpicar de proyectiles a sus enemigos, que devolvían los ataques por el mismo procedimiento.

La DERROTA, FEBRERO-MARZO DE 1250

Durante las seis semanas siguientes y bajo una incansable y mutua lluvia de flechas y saetas a través del Nilo y de Bahr al-Saghir, los cristianos intentaron construir algún tipo de puente sobre Bahr al-Saghir, es de suponer que con el propósito de permitir el paso de sus máquinas de guerra y de los caballeros.[60] Todas las tentativas acabaron en fracaso, como también fracasaron los ataques egipcios por tierra sobre los campamentos cristianos, y por el río, en los que intentaban romper la formación de la flota cristiana, o destruirla, utilizando barcos incendiados. La batalla quedó en tablas hasta que unos desertores egipcios informaron a los cruzados de la existencia de un vado río abajo, información que le proporcionó a Luis una excelente oportunidad, aunque algo arriesgada, de sorprender al enemigo atacándole por el flanco. No tenía más elección. Cuanto más tiempo permaneciera frente a Al-Mansurah, más cercano se encontraba el nuevo sultán, más reducidas sus provisiones y menores sus opciones tácticas. Las defensas de su perímetro no resistirían indefinidamente, ni tampoco podía esperar que su flota saliera indemne. Con toda seguridad, Luis había planificado una guerra de movimiento, puntuada por batallas en campo abierto, y no quería desperdiciar semanas consumiendo tiempo y provisiones en inútiles trabajos de ingeniería, por ingeniosos que fueran. A menos que pudiera iniciar una batalla en toda regla y destruir al enemigo, su campaña estaba condenada al fracaso. A diferencia de Ricardo I en Palestina en los años 1191 y 1192, de Pelagio y de Juan de Brienne en Egipto en 1221 e incluso de los cruzados de 1228 y 1229 y de 1239 a 1241, Luis no disponía de una estrategia alternativa. Al no tener jurisdicción sobre el reino de Jerusalén, el auténtico o el deseado, no podía utilizarlo para negociar, aunque algunos señores francos muy poderosos, como Juan de Jaffa, formaran parte de su ejército. Sus disposiciones en dicha ciudad habían dejado claro que consideraba que dicha ciudad le pertenecía y que no formaba parte de Jerusalén, y por consiguiente imposible de negociar a cambio de otros territorios. Luis era un hombre intensamente piadoso, que parecía creer que Dios le premiaría su visible piedad, incluso donde se había demostrado que las preparaciones temporales no bastaban para garantizar la victoria. De otro modo, su estrategia en Egipto no te-

nía ningún sentido, un gesto quijotesco de optimismo en lugar de un sobrio ejercicio de liderazgo militar cristiano.

El ataque a través del vado, tan profundo que solo pudo cruzarlo la caballería obligando a sus caballos a nadar en el río, se inició al amanecer del día 8 de febrero. La infantería y los ingenieros quedaron atrás en el campamento, bajo el mando del duque de Borgoña y de los nobles de Ultramar, esperando la oportunidad de cruzar a la otra orilla una vez que esta hubiera quedado asegurada por el audaz ataque lateral de los caballeros. La elección de únicamente regimientos franceses indicaba que se había comprendido la necesidad de disciplina. La delicada maniobra funcionó y casi consiguió un resultado positivo. La guardia avanzada, acaudillada por Roberto de Artois, reforzada por los Templarios y los Hospitalarios y por el escuadrón inglés al mando de Robert de Longspee, logró cruzar el río, pero en lugar de permanecer en la cabeza de puente y esperar al rey y al resto de la caballería, el ejército del conde atacó de inmediato el campamento enemigo a las afueras de Al-Mansurah, tomando por sorpresa a los defensores. El comandante musulmán y gobernante en funciones de Egipto, Fakhr al-Din, murió durante el ataque, que le había pillado desarmado y realizando sus abluciones matutinas.[61] Los aterrorizados egipcios huyeron a buscar refugio en la ciudad. Roberto y su división, enardecidos por la repentina victoria, desacataron abiertamente todas las órdenes anteriores y en lugar de detenerse a esperar a que se reuniera todo el ejército, continuaron el ataque persiguiendo a los enemigos hasta la ciudad de Al-Mansurah, una ciudad fortificada donde se encontraba estacionado el grueso del ejército egipcio. Las estrechas callejuelas de Al-Mansurah inutilizaron por completo a la caballería cristiana y el ataque triunfal del conde Roberto se transformó en una masacre, puesto que sus caballeros fueron divididos, arrinconados y atrapados. Los ánimos de los musulmanes estaban altos, liderados y enardecidos por los mamelucos de Bahriyya estacionados en la ciudad. La avanzadilla de los cruzados no tardó en ser destruida. Luis y el grueso de su caballería, ahora ya en seguridad tras cruzar Bahr al-Saghir, se quedaron de espaldas al Nilo para enfrentarse a un contraataque de los egipcios que gozaban de una renovada confianza.

La batalla se prolongó todo el día en combates desesperados por todo el frente. La táctica del rey consistía en forzar un camino para

tomar posición frente al campamento cristiano, desde donde podían esperar refuerzos, en especial de la infantería y de los ballesteros. En algunos lugares, la línea se rompió en pequeñas escaramuzas. En otros, las flechas enemigas acosaban con dureza a la caballería. Joinville afirmaba haber recibido cinco, y su caballo, quince.[62] Protegidos por sus armaduras y por mantas reforzadas, debían parecer monstruosos alfileteros. El peso de las tropas enemigas constantemente renovadas les impedía llevar a cabo la habitual carga de la caballería franca, por lo que buena parte del combate se redujo al cuerpo a cuerpo, «mazas contra espadas» según diría Joinville, y añadiendo, de una forma bastante sentenciosa, «fue un auténtico y noble lance de armas, puesto que nadie allí utilizó ni arco ni ballesta», armas que los caballeros como Joinville consideraban plebeyas.[63] Por muy adornada que hubiera quedado por el recuerdo, la composición y la necesidad consiguiente de justificar y de glorificar a su santo héroe, la crónica de Joinville de la batalla de Al-Mansurah proporciona una de las imágenes más vividas de la experiencia de la guerra medieval, el caos, la camaradería, la improvisación, el horror y la pura bravura en el campo de batalla. Al calor y a la tensión del combate, incluso la pátina de caballerosidad se resquebrajaba. En un momento muy wellingtoniano,* el conde Pedro de Bretaña, un veterano cruzado e intrigante político, herido y temiendo que sus propios hombres le aplastaran mientras intentaban llegar a la formación principal alrededor del rey en busca de seguridad, escupiendo sangre por la boca, lanzó una blasfemia «¡Voto a Dios! ¡Habrase visto semejante escoria!»[64] Al acabar el día, los cristianos resistían en el campo de batalla. Desde el campo en la orilla opuesta habían llegado refuerzos, proporcionándoles fuego de cobertura y acceso a las provisiones. Los egipcios se retiraron a Al-Mansurah, pero su ejército no había sido destruido y el camino hacia El Cairo seguía bloqueado.

* Referencia al notorio carácter del duque de Wellington y a una anécdota de la guerra de Independencia española. En 1813, al fin de la batalla de Vitoria, por cuya victoria Wellington sería ascendido a mariscal de campo, las tropas inglesas se desmadraron y se lanzaron a saquear los carros de aprovisionamiento que habían abandonado los franceses, en lugar de perseguir al enemigo que huía. Se ha hecho famoso el informe de Wellington, donde describía con acritud a sus soldados como: ***«the scum ofthe earth, enlisted onlyfor drink».*** la escoria de la Tierra, alistados solo para poder emborracharse. ***(N. de los t.)***

La victoria de Al-Mansurah, amarga y dulce al mismo tiempo, era el preludio de la catástrofe. Aparte de demostrar el valor personal de Luis, tocado de su bruñido casco chapado en oro y armado de su espada de acero alemán,[65] la batalla había expuesto la fragilidad de su estrategia. Había conducido a su ejército a un callejón sin salida que se podía rápidamente convertir en una ratonera. Las consecuencias del fracaso en aniquilar al ejército egipcio fueron tan funestas que fue necesario redirigir la culpa y alejarla del futuro santo. La precipitación de Roberto de Artois les proporcionó la excusa perfecta a los cronistas, que intentaban alejar del rey la responsabilidad de la derrota. El propio Luis declinó condenar a Roberto y, algo característico en él, se culpó a sí mismo del descalabro. A pesar de las alabanzas recibidas por su bravura, y de ser enaltecido en los sermones memoriales redactados y pronunciados en la corte de Luis en Tierra Santa en los años posteriores, Roberto gozó de una reputación mucho peor que la de algunos de sus compañeros a quienes condujo a la muerte.[66] Roberto fue incluido en la lista de mártires, pero no se le dedicó ningún culto laico heroico de santidad cruzada similar al dedicado al «mártir evidente» William Longspee en Inglaterra.[67] Al cabo de pocos años, y junto a las leyendas acerca de su muerte, se puso en circulación un romance en el idioma anglofrancés vernáculo. El malestar que acompañaba a Roberto de Artois fue mitigado hasta cierto punto, al menos en los círculos oficiales, al interpretar su sacrificio como otra demostración de cómo los franceses se habían convertido en la nueva tribu de Judea, liderando la fe y ofreciendo ejemplos de comportamiento cristiano, agentes de la divina providencia.

Ninguna de las subsiguientes interpretaciones de los acontecimientos podía cambiar el problema al que se enfrentaba el ejército de Luis. A medida que pasaban los días, el equilibrio táctico se iba inclinando cada vez más en contra de los cruzados. A final del mes de febrero, el nuevo sultán, Turan Shah, había llegado a Al-Mansurah. A pesar de haber sido incapaces de desalojar a los cristianos de sus posiciones atrincheradas en el lugar que había sido el campamento de Fakhr al-Din en el margen derecho del Nilo, el ejército egipcio estaba reforzado. Refuerzos y material bélico, en especial barcos, se habían incorporado al ejército musulmán, mientras que los cruzados tenían que depender de lo que habían llevado consigo. Luis ca-

recía de los recursos físicos adecuados para forzar su paso a través del ejército alineado en su contra, aun cuando las noticias de su victoria hubieran incitado el pánico en El Cairo por segunda vez.[68] Su única esperanza realista se fundamentaba en las rivalidades intestinas que estaban surgiendo entre las casas militares del nuevo y del antiguo sultán, y confiaba en que estas degeneraran en una guerra civil abierta. Sin embargo, la presencia de Luis retrasó cualquier baño de sangre musulmán hasta la derrota del rey francés. A medida que las semanas de luchas sin vencedores ni vencidos transcurrían con lentitud, el hambre y las enfermedades, como el escorbuto o la disentería, atacaron a los cristianos. Los traumáticos detalles quedaron grabados en la memoria de Joinville. Cuando los barberos-cirujanos amputaban la carne putrefacta alrededor de las encías de los enfermos «era penoso oír los alaridos: parecían los chillidos de una mujer pariendo».[69]

Las calamidades de los franceses no terminaban ahí, los egipcios habían conseguido transportar por tierra, sobre carros, cierto número de barcos, cincuenta galeras según algunas estimaciones, y botarlos en el Nilo río abajo del campamento cruzado,[70] con las que establecieron un bloqueo efectivo entre los cruzados en Al-Mansurah y su base de aprovisionamiento en Damieta. En dos ocasiones, largos convoyes de Damieta que transportaban pan, vino, sal, carne y otras provisiones, fueron interceptados y no consiguieron traspasar el bloqueo. Hacia finales de marzo, las condiciones empeoraron y los ataques coordinados de los musulmanes durante la Semana Santa (del 20 al 27 de marzo) obligaron a Luis a abandonar su posición frente a Al-Mansurah y regresar al antiguo campamento en la otra orilla de Bahr al-Saghir. Para entonces la moral había caído tan bajo como las reservas de alimentos. Los informes indicaban que se habían expresado dudas evidentes acerca de toda la empresa puesto que «podían ver que Dios no la aprobaba».[71] Unas tibias negociaciones acerca de la posibilidad de intercambiar Damieta por Jerusalén no llevaron a ninguna parte puesto que el sultán, que tenía clara su ventaja, ofrecía condiciones inaceptables. En cualquier caso, Luis disponía de pocas cosas sólidas con las que negociar. Finalmente, en la tarde del 5 de abril, Luis ordenó la retirada. La lógica de haber permanecido durante tanto tiempo en una posición tan expuesta sigue siendo un misterio, a menos que Luis hubiera

admitido que su estrategia había fracasado, y que no obstante mantuviera la esperanza de una implosión de la unidad egipcia, o de un milagro.

El devastado ejército de tierra, enfrentándose a las fuerzas enemigas, a la enfermedad, al hambre, al agotamiento, a la dificultad del terreno y a una moral por los suelos, escoltado por una armada variopinta, cada vez más vulnerable a los barcos enemigos en el Nilo, acabó por desintegrarse. Carlos de Anjou afirmaría más tarde, aunque tal vez exagerara un poco, que el ejército ya había perdido al ochenta por 100 de sus caballeros.[72] Apenas unos pocos barcos consiguieron atravesar el bloqueo del Nilo y llegar a Damieta. El propio Luis, que padecía una disentería tan aguda que tuvieron que cortarle los pantalones, se negó a huir a pesar de la gravedad de su estado de salud que le llevó al borde de la muerte. Había entrado en un estado de ánimo fatalista, en el que aceptaba con resignación la voluntad de Dios y en el que permanecería el resto de su vida. A otros les impresionó menos esta pasividad piadosa. Uno de los bodegueros de Joinville (cuya presencia indica el estilo de vida aristocrático que los cruzados gustaban de llevar incluso en campaña) no estaba de acuerdo en la decisión de rendirse, opinando que «deberíamos dejar que nos mataran, y así todos iremos al paraíso». Su consejo fue ignorado.[73] En las cruzadas, igual que en otras guerras, el entusiasmo religioso no erradicaba el instinto de supervivencia pragmático. Mientras los ejércitos cristianos avanzaban con gran dificultad hacia el norte a una velocidad considerablemente más rápida que cuando recorrieron el mismo camino hacia el sur cuatro meses y medio antes, nada sorprendente, los egipcios no se arriesgaron. Temerosos de que algunos cristianos consiguieran alcanzar Damieta y ponerse a salvo, el sultán saturó el terreno de tropas que asaltaban, provocaban escaramuzas, saqueaban y mataban casi a voluntad. En menos de dos días, el ejército cruzado había dejado de existir. Aun sin haberse sentido físicamente tan impotente, Luis no hubiera sido capaz de mantener el tipo de disciplina que Juan de Brienne había mantenido en 1221. Las tropas enemigas eran irresistibles, dirigidas por los mamelucos de Bahiryya, descritos por un observador egipcio, en un halago velado, como los «templarios del islam».[74] La cohesión del ejército cristiano desapareció durante el penoso avance hacia el norte. El 6 de abril, cuando el rey se rendía,

apenas había conseguido llegar a Sharamsah, a menos de la mitad del camino en dirección de Damieta, mientras que la guardia avanzada había conseguido alcanzar Fariskur, quizá a solo dos días de marcha de la seguridad, antes de ser superados por los soldados egipcios. Joinville, a bordo de su galera y a merced de sus propios recursos, y al ver las repetidas atrocidades padecidas por los cruzados en tierra, consultó con sus caballeros y el resto de su séquito acerca de la única decisión posible que les quedaba, si rendirse a la flota del sultán o a sus asesinos en tierra. La compañía de Joinville tomó una decisión colectiva, una manera habitual de operar de los ejércitos cruzados, y se decidió por la flota del sultán, puesto que los soldados de tierra, creían, les venderían como esclavos, algo que ya había ocurrido con muchos cruzados. Por todas partes, las compañías individuales negociaban rendiciones similares. La rendición del rey Luis del 6 de abril fue negociada por el noble de Ultramar, Felipe de Montfort, directamente con el sultán. El rey y su séquito fueron encadenados y transportados hasta Al-Mansurah, donde en los días siguientes se les unieron otros cautivos notables capturados por unos egipcios exultantes. Su victoria había sido total.[75]

Por todo el Oriente Próximo musulmán, la reacción inmediata a esta sorprendente inversión de los acontecimientos fue una celebración. Turan Shah le sacó el mayor partido posible a la ocasión. El manto del rey Luis fue enviado a Damasco, donde, el 20 de abril, el erudito e historiador de la época, Abu Shama, observó como el gobernador lo exponía al público. «Estaba tejido en lana roja, bordeado de armiño y lo adornaba una hebilla de oro.»[76] Sin embargo, las negociaciones entre captores y cautivos no eran del todo unilaterales, pese a que, según recordaba Joinville, los cruzados vivían bajo el constante temor por sus vidas a causa de las tácticas de intimidación de los guardas y de sus constantes amenazas de muerte inminente. Al enterarse de la rendición del rey, lo único que pudo persuadir a genoveses, písanos y otros en Damieta de no abandonar la ciudad fueron las promesas de la reina de costearles sus gastos, que incluían la comida, mientras se quedaran en Damieta, a un coste que se conjetura en 360.000 *l.t.,*[11] situación que desempeñaría un papel aún más decisivo. Con Damieta segura en poder de los cristianos, Turan Shah se enfrentó a la misma elección que su abuelo en 1221: un asedio potencialmente costoso o un acuerdo pacífico y prove-

choso. A pesar de los intentos de los egipcios de incluir concesiones territoriales en Tierra Santa, las negociaciones se redujeron al intercambio de Damieta por la vida y la libertad de los cautivos, conseguido a un precio muy alto. Tras largas negociaciones y regateos, a finales de abril se acordó que el rescate por la totalidad del ejército cristiano ascendería a 800.000 besantes (400.000 *l.t.),* la mitad a pagar antes de que Luis abandonara Egipto, además de la rendición de Damieta; el rescate representaba una especie de compensación de guerra. Las provisiones cristianas en Damieta se conservarían intactas para su posterior recogida y los prisioneros de ambos bandos, que se remontaban a la Quinta Cruzada, devueltos. La integridad territorial del reino franco de Ultramar no fue cuestionada. Una vez se hubo alcanzado el acuerdo, Turan Shah trasladó su campamento al norte, cerca de Damieta, para recibir la rendición de la ciudad, llevando a sus cautivos con él, todavía rehenes, hasta el primer pago del rescate.[78]

El civismo relativo con el que se condujeron las negociaciones y la ausencia de cláusulas punitivas en el tratado podría haber reflejado, según sugieren algunas fuentes occidentales, el respeto de los egipcios hacia el rey Luis. Parece más realista creer que Turan Shah necesitaba una resolución rápida y pacífica de la guerra. La prolongación del conflicto únicamente hubiera subrayado su dependencia militar de los mamelucos de Bahriyya, sirvientes de su distante padre y poco amigos del nuevo régimen, en el preciso momento en el que Turan Shah estaba intentando instalar a sus propios mamelucos y sirvientes en puestos de autoridad en la corte y en el ejército. Para su desgracia, la propia paz intensificó estas tensiones crecientes. Los mamelucos de Bahriyya eran en gran parte los responsables de la derrota de los cruzados y de haber mantenido la moral de los soldados egipcios tras la muerte de al-Salih Ayyub y los primeros fracasos de la batalla de Al-Mansurah. Ahora, en lugar de recibir una recompensa, se enfrentaban a la exclusión a la vez que Turan Shah recompensaba a sus propios mamelucos y, tal vez algo escandaloso, habida cuenta del racismo de los regimientos de mamelucos blancos, ascendía a eunucos negros y los ponía a la cabeza de la casa real y de la guardia real. Los Bahriyya forjaron una alianza con la anterior sultana, Shajar al-Durr, que veía reducirse su poder y cómo su estatus se modificaba. El 2 de mayo, los Bahriyya montaron un

contragolpe contra Turan Shah y sus mamelucos. Tras un primer intento fallido de asesinato, Turan Shah, ante los ojos de sus aterrorizados prisioneros cristianos, fue despedazado por los Bahriyya, entre los que se encontraba un ambicioso joven oficial, Baibars al-Bunduqdari, la futura némesis de la Palestina franca. El comandante Bahriyya, Faris al-Din Aqtay al-Jamdar extrajo el corazón del joven sultán para mostrárselo al rey Luis mientras el resto de su cuerpo se arrojaba al Nilo sin más ceremonia. La autoridad fue transferida a Shajar al-Durr, quien durante tres meses gobernó como reina soberana, *malika al-Muslimin* (reina de los musulmanes), «un acontecimiento sin precedentes en toda la historia del mundo musulmán»,[79] y un hecho controvertido. En julio de 1250, la reina abdicó, pero conservó su influencia al casarse con su sucesor, un emir turco, Aybeg al-Turkumani. No obstante, el poder militar del régimen, y cada vez más el gobierno político de Egipto, a pesar de la restauración de un sultán ayub*ífainéant* (1250-1252), un monarca marioneta, se encontraba en manos de los regimientos mamelucos que competían por el poder. La cruzada de Luis IX, pese a haber fracasado en conquistar Egipto, capturar El Cairo o recuperar Jerusalén, había desempeñado un papel significativo en la caída del imperio ayubí.

El nuevo régimen ratificó el tratado de Turan Shah con los líderes francos, horrorizados y muy angustiados. El 6 de mayo, Damieta se rindió y el rey Luis fue liberado. El dinero del rescate se abonó en los dos días posteriores; el único problema no consistía en el crédito del rey, sino en la poca disponibilidad de efectivo, inconveniente que se resolvió con métodos expeditivos, por ejemplo, y entre otros, el de asaltar las arcas de los Templarios (contando con su complicidad tácita) en busca de 30.000 *l.t.*[80] Ambas partes parecían ansiosas de cerrar la transacción de forma rápida y honesta, si bien Joinville se lamentó de que los egipcios no honraban su parte del acuerdo al quemar las máquinas de asedio de los francos y los graneros donde se guardaba la carne de cerdo salada en hogueras que ardieron durante tres días.[81] Una vez pagada la mitad del rescate y liberados todos los prisioneros importantes, Luis zarpó directamente hacia Acre adonde llegó el 12 o el 13 de mayo. Aunque la mayoría de sus magnates, entre ellos sus hermanos, decidieron no permanecer más allá del otoño, Luis, tal vez a causa de un sentimiento

de bochorno o de culpa mezclado por la piedad y la preocupación por la Tierra Santa, o tal vez oculto por ellas, decidió permanecer en Oriente, empeñado en salvar algo de la debacle egipcia.

A pesar del alto precio del rescate, y del enorme coste de mantener a su pequeño ejército en Palestina (estimado más tarde en más de un millón de *l.t.),* era evidente que Luis podía costearlo. El subsiguiente acuerdo del gobierno egipcio según el cual se cancelaba el segundo pago del rescate contribuyó a mantener en una condición excelente la línea de crédito de Luis con los banqueros italianos, al menos hasta los años 1252 y 1253, que se traslucía posiblemente por los fondos que seguían llegando desde Francia.[82] En ausencia del rey legítimo de Jerusalén, Conrado II (es decir, Conrado IV de Alemania), Luis pudo actuar como el gobernante *defacto.* Durante los cuatro años que duró su estancia, y apoyado por menos de 1.500 soldados propios, invirtió grandes sumas de dinero en nuevas fortificaciones en Jaffa, Cesárea, Sidón y Acre. En 1252, incluso aceptó una alianza con Egipto según la cual se prometía la restitución de Jerusalén y de los territorios al oeste del Jordán una vez que el sultán, con la ayuda de los franceses, hubiera sometido a Damasco. Este revolucionario plan diplomático fracasó de inmediato en uno de los raros momentos de unidad panislámica, inspirado, en parte, por el avance de los mongoles algo más al este. La embajada de Luis encabezada por André de Longjumeau había regresado en 1251 trayendo la exigencia del regente mongol Oghul Qaimush del pago de un tributo anual, situación que el rey francés no había previsto en absoluto. Al recibir las noticias de la conversión al cristianismo de un príncipe mongol, Luis envió a Willem van Ruysbroeck en una nueva embajada a la corte del nuevo Gran Kan, Mongha Kan.[83] Aunque se trataba principalmente de una expedición misionera, y a pesar del esmero aplicado por Luis en no concederle a Van Ruysbroek ninguna acreditación para negociar, desde todos los bandos hubo quien consideró que la misión constituía otro intento de capturar la quimera de una alianza franco-mongol contra los musulmanes. Este empeño, igual que el de la cristianización de los mongoles, demostró ser una falsa esperanza tanto para Ultramar como para el resto de la cristiandad. Cuando Luis dejó Tierra Santa para regresar a Francia en el año 1254, dejó tras él una pequeña guarnición y se comprometió a seguir aportando ayuda económica y mili-

tar a la defensa de Tierra Santa. Sin embargo, el derroche realizado, en vidas y en dinero, había sido un fracaso en casi todos los aspectos salvo, según sus contemporáneos intentaron verlo, en el aspecto espiritual. Se habían salvado almas, pero en la muerte y en la derrota, y no en el triunfo. La cruzada de Luis IX constituía el más espectacular de los fracasos.

Se podrían proponer causas estructurales e inmediatas que expliquen el desastre. Entre los años 1248 y 1250 se tomaron reiteradamente las decisiones tácticas equivocadas. Si bien los motivos de los retrasos en Chipre en el invierno de 1248-1249 y de nuevo en Damieta entre julio y noviembre de 1249 estaban justificados, las decisiones tácticas, al ser llevadas a la práctica en la campaña del delta del Nilo, produjeron una combinación letal. Aunque resulte demasiado sencillo culpar del insatisfactorio resultado de la batalla de Al-Mansurah a Roberto de Artois, su actuación indica una combinación fatal de indisciplina y de una moral alta. La subsiguiente situación en la que ninguno de los dos ejércitos podía ganar la batalla, entre febrero y abril de 1250, expuso tanto la debilidad de la comprensión estratégica de Luis como la torpeza de sus tácticas en el campo de batalla. No parecía disponer de ninguna solución al problema de su incapacidad de expulsar a los musulmanes de Al-Mansurah y carecía de la flexibilidad necesaria para organizar una retirada táctica. La sombra de 1221 se cernía sobre todas sus acciones. Aun así, el error cometido al no asegurar las defensas de su retaguardia y la ruta de aprovisionamiento hacia Damieta demostró ser la omisión más perjudicial de todas, puesto que condujo directamente al descalabro de la expedición. En este caso, la ignorancia de las condiciones locales y la mala planificación acaso contribuyeran a la derrota. Los egipcios, mostrándose más hábiles que la flota de los cruzados, confiaron en las galeras, mientras que los cruzados parecían depender más de los grandes buques de transporte, entre ellos las pesadas cocas de tipo nórdico, excelentes para el transporte de pesadas cargas en el mar, pero vulnerables en los brazos poco profundos del delta. El escaso conocimiento que tenían los cristianos de las vías fluviales del bajo Nilo selló su destino. A pesar del programa de construcción naval desarrollado en Chipre entre 1249 y 1250, los desembarcos en Damieta indicaban que únicamente una pequeña proporción de la flota consistía en el tipo de galera de poco

calado o en lanchas de desembarco, y en una cantidad poco adecuada al tipo de las operaciones previstas.[84]

No obstante, los planes y los preparativos deberían entenderse no solo en cuanto a la ejecución, sino también al propósito. En este sentido, la magnitud de la derrota de Luis y su responsabilidad en ello eran proporcionales a su gran ambición. Luis imaginaba a Egipto como algo más que la puerta de acceso a Jerusalén, entendía que Egipto constituía una nueva colonia franca en Ultramar. En consecuencia, tenía un concepto preciso y radical de las necesidades políticas y coloniales de la cruzada. En el transcurso de la Quinta Cruzada, se había debatido hasta la saciedad si las conquistas en Egipto debían ser intercambiadas por territorios en Palestina, debate que reapareció en las discusiones de Damieta en 1249, al discutir la posibilidad de capturar Alejandría y avanzar hacia El Cairo. No obstante, a Luis no le interesaba utilizar Damieta como moneda de cambio. Al cabo de pocos días de la ocupación de los cruzados, había transformado las mezquitas en iglesias. Antes de su partida en 1249, había establecido un arzobispado y un capítulo permanente de canónigos catedralicios. Durante todo el período, Luis trató a Damieta como si la ciudad le perteneciera y la administró como parte de sus dominios. Al final, la utilizó para comprar su libertad. Luis veía en sí mismo al gobernante de Damieta por derecho de conquista, y en Damieta el inicio de la conquista del propio Egipto, un proyecto mucho más amplio. Las fuentes árabes hacen referencia al desafío formal que Luis lanzó al sultán en 1249: Dios decidirá cual de nosotros ha de ser el amo de Egipto.[85]

Mateo de París, en su crítica velada a toda la estrategia egipcia, que caracteriza como la conspiración de los magnates cuyo objetivo consistía en subvertir la auténtica meta de la cruzada, centrada en la recuperación de Jerusalén y de Tierra Santa, parece haber comprendido, aunque las desapruebe, las intenciones de Luis.[86] El cronista inglés tampoco era imparcial, puesto que se manifestaba contrario a la imposición de los tributos necesarios que debían financiar este tipo de expediciones y recelaba de los motivos de algunos *crucesignati,* sobre todo de Enrique III, quien tomó la cruz en 1250 pero hizo todo lo posible para impedir que muchos ingleses se incorporaran realmente a la expedición. Sin embargo, París parece haber captado el deseo de Luis de sumar la conversión de los egip-

cios a su conquista de Egipto.[87] París, cuya inmejorable posición le permitía reflejar las actitudes y las habladurías de las cortes inglesas y francesas, reprodujo también la afirmación de un monje de Pontigny, lugar donde el papa pasó cierto tiempo a lo largo de estos años, según la cual Luis llevó consigo azadas, rastrillos y arados y otros materiales agrícolas, añadiendo que a Luis le preocupaba «no disponer de las personas suficientes para guardar y habitar el territorio en Egipto que ya había ocupado y el que estaba a punto de capturar».[88] La conquista, la conversión y el asentamiento parecían constituir el objetivo último de Luis: la creación de un nuevo estado franco en Ultramar gobernado por los capetos, tal vez por alguno de sus hermanos. Una política así de asombrosa se ajustaría a los convenios económicos ampliamente respetados que proveían a Luis de fondos regulares procedentes de Occidente. Un plan así explicaría, por una parte, el rechazo a cualquier compromiso y, por la otra, el plan de tomar Alejandría en lugar de atacar El Cairo. La culpa de la conducta y de las tácticas de la campaña del Nilo no recae sobre Roberto de Artois, sino que hay que atribuirle su responsabilidad a la política de Luis IX.

Ahí radica la fatal paradoja. De todas las grandes expediciones a Oriente, es posible que la cruzada de Luis fuera la que disfrutó de una planificación más clara, la mejor organizada y la que dispuso de un montaje más coherente, algo que no es tan solo una impresión creada por la mayor cantidad de pruebas documentales que han sobrevivido gracias a los sistemas burocráticos más eficientes de registros escritos. Aunque su poder no debería ser exagerado, los gobiernos del siglo XIII poseían herramientas más poderosas de organización fiscal, política, administrativa y de control que sus predecesores inmediatos; el propio Luis poseía todo el vigor administrativo, la bravura personal y la estudiada piedad asociada al cruzado ideal. Aun así, fracasó de una forma igual de deprimente que cualquier vencido de sus predecesores. Su cruzada carecía de la potencia naval o militar adecuada para la guerra en el delta del Nilo y aún menos para llevar a cabo largos asedios o una conquista y ocupación duraderas. Menos tangible, pero no menos perjudicial, la ideología y la manera de gestionar la iniciativa elevaron precisamente el tipo de barreras culturales y religiosas que incidirían de manera expresa en contra de cualquier posibilidad de que los elementos disidentes políticos de

Egipto (o de otras zonas de la región) hicieran causa común duradera con los invasores. La posterior crónica de Joinville, donde narraba cómo algunos elementos de la élite egipcia, tras el asesinato de Turan Shah, deseaban convertir a Luis en el sultán, caracterizaba la imaginación calenturienta de un viejo guerrero y narrador. Ahora bien, se correspondía con precisión a la debilidad principal de prácticamente todas las cruzadas del siglo XIII en Oriente Próximo. Los gobernantes musulmanes locales, supeditados a sus élites militares, administrativas, legales y religiosas, podrían, en determinadas circunstancias, haber tolerado a los francos como aliados, quizá cogobemantes, pero nunca como señores.

Sin embargo, se había comprobado de nuevo que una cruzada resultaba ineficaz incluso contra el objetivo estratégico más limitado. El impacto de la expedición de Luis sobre los conflictos más amplios de Oriente Próximo fue marginal. El régimen ayubí en Egipto había dependido desde hacía tiempo de los quisquillosos grupos de mercenarios. La diplomacia, la guerra y la estancia de Luis en Palestina no ejercieron ninguna influencia sobre el avance de los mongoles o las perspectivas de resistencia musulmana, y aún menos sobre la supervivencia de los francos. No obstante, y en contraste con la desilusión posterior al destino igualmente ignominioso de la Segunda Cruzada, la expedición de Luis no desembocó en el abandono del entusiasmo por la causa. La cruzada se había incorporado en aún mayor medida que en el siglo anterior en la mentalidad devota de la cristiandad occidental y, por consiguiente, la reacción no consistió en asumir la culpa, sino en la consternación ante la aparente pérdida del favor de Dios y en el deseo de redimir los pecados. Igual que ocurriera después de 1221, en lugar de concluir la inviabilidad de la estrategia egipcia, el legado de la campaña de Luis alentó a los planificadores, estrategas y propagandistas a estudiar el modo exacto de conquistar Egipto. Las recomendaciones detalladas compuestas a lo largo de los siguientes 75 años ponen de manifiesto que intentaban aprender de las lecciones de 1248-1250, actitud que se hace patente en el trabajo de Marino Sañudo Torse-11o, cuyo plan (diseñado *c.* 1306-1321) se apoyaba en un extenso estudio histórico sobre las campañas orientales, entre ellas la de Luis IX. La solución de Torsello proponía un bloqueo del comercio marítimo que debilitara la economía egipcia, una pequeña fuerza ex-

pedicionaria que asegurara algunas plazas fuertes en el Nilo, a la que seguiría un ejército profesional totalmente equipado y una flota adecuada para conquistar el país, punto tras el que se podría lanzar entonces, y no antes, a un enorme ejército de *crucesignati* que reconfigurara el mapa político y religioso de Oriente Próximo.[89] Sañudo, igual que Luis IX, identificó los problemas, pero ni él ni el rey francés, ni tampoco la larga serie de políticos y de autodenominados expertos, podían escapar a la realidad de que la extravagante leyenda de 1099 y su subsiguiente y enérgica promoción habían transmitido un optimismo injustificado hacia un ideal que, sin sentido o con él, se mostraba cada vez más inalcanzable.

La CRUZADA DE LOS PASTORES DE 1251

La cruzada de Luis constituyó la última de las grandes campañas occidentales en alcanzar las costas del Mediterráneo oriental hasta la llegada de Napoleón Bonaparte a Egipto en el año 1798. Su fracaso causó la misma sensación en Occidente que la que había causado en Oriente. Las malas noticias viajan rápido. El 1 de agosto de 1250, Ricardo de Cornualles recibía en Westminster la noticia de la muerte de William Longspee en Al-Mansurah, y conocía su historia.[90] Cuando la magnitud real del desastre alcanzó Occidente, se produjeron disturbios en Venecia y otras ciudades italianas y Francia se sumergió en una especie de duelo público. Muchos sintieron un dolor inmediato y personal por los hijos, hermanos, maridos y padres perdidos, y algunas madres e hijas también. Mientras descansaba en una choza de Sharamsah esperando el cautiverio, el 6 de abril de 1250, una mujer de París mecía la cabeza de Luis contra su pecho.[91] En Francia, sin embargo, las reacciones adoptaron un tono más agresivo que revelaba la dimensión del compromiso popular en los asuntos públicos, la fragilidad del control social y político que ejercían las autoridades y la existencia de una sociedad civil más amplia cuya voz solían ahogar las actuaciones de sus superiores sociales, más educados y más ricos.

En la primavera de 1251, en Brabante, Flandes, Hainaut y Picardía, todas ellas áreas activas aunque algo confusas en algunos lugares, de predicación y recaudación de fondos a beneficio de las

cruzadas, se iniciaba la organización de un movimiento popular que reunió a grupos rurales de gente, descrita con cierta ligereza por los observadores religiosos como «pastores y gentes sencillas», y que manifestaron su firme propósito de unirse a Luis en Tierra Santa.[92] Críticos con la nobleza por su fracaso en conseguir su objetivo en la cruzada, y hostiles hacia aquellos que ni siquiera habían viajado a Oriente, la marcha de estos *pastoureaux* (literalmente, pequeños pastores o pastorcillos) adoptó el aspecto de una procesión religiosa que recordaba a 1212. Se dirigieron a París enarbolando estandartes religiosos y proclamando haber sido inspirados directamente por la Virgen María, mientras ofrecían a su paso cruces y la absolución de los pecados. La influencia de la prédica de la cruzada y de la propaganda religiosa de Luis que había rodeado el reclutamiento de hombres, la recaudación de fondos y el aprovisionamiento se evidenciaba en los símbolos de la Pasión que llevaban inscritos en sus banderas, la cruz y el cordero; acaso este último fuera lo que contribuyó a darles su nombre.[93] Los que desfilaban no eran una muchedumbre inarticulada, sino que su misión expresaba una respuesta ordenada a la crisis que la derrota de Luis había provocado, y es posible que su origen, las regiones limítrofes de Francia, hubiera acentuado su deseo de ocupar el centro del debate político evitando las tradicionales redes de contacto e intercambio con la autoridad central. Su crítica social coincidía con la línea oficial acerca del pecado colectivo, y su creciente anticlericalismo constituía el reflejo de la importante función que el clero, y en particular los monjes, había desempeñado en los preparativos de los aspectos administrativos y financieros de la cruzada.

En un principio, los *pastoureaux* parecían una fuerza creíble de apoyo activo al atormentado rey. El gobierno de la regente Blanca de Castilla, la madre de Luis, los recibió con agrado en París y les proporcionó provisiones. Parece ser que al menos algunos de ellos encontraron el modo de unirse al rey en Tierra Santa.[94] Sin embargo, el radicalismo social que su mensaje insinuaba no tardó en convertir a algunos miembros del movimiento en seres inaceptables desde el punto de vista de la respetabilidad política. Aunque los observadores los describieran como un único gran ejército de manifestantes, es muy posible que, igual que los contingentes más importantes del noreste del reino, se tratara de estallidos de entusiasmo popular si-

multáneos e independientes que se dieron por todo el norte de Francia, desde Normandía hasta el Loira y la región de Berry. Después que el gobierno decidiera rechazar sus demandas, algunos de estos grupos recurrieron a la violencia y al crimen. En junio, se produjeron disturbios en Ruán, en Orleans se agredió a algunos eruditos y por todo el norte del país los sacerdotes y monjes recibían amenazas. Los *pastoureau* parecían ahora grupos de bandidos que vivían de la tierra y aterrorizaban a la población. En Bourges, un gran grupo dio rienda suelta a la violencia, bajo el mando de un cabecilla a quien llamaban «el Maestro de Hungría», quizá un monje renegado a quien se le atribuía el dominio de los idiomas francés, alemán y latín, descripción que servía a los propósitos de los observadores críticos puesto que localizaba a la autoridad en manos tradicionales aunque pervertidas. Este grupo asaltó a los judíos y saqueó la sinagoga local antes que las autoridades de la ciudad y sus habitantes se volvieran contra ellos. El propio «Maestro» fue apaleado hasta la muerte y sus seguidores dispersados, a pesar de que algunos consiguieron seguir arrasando con todo hasta la ciudad de Burdeos.

Muchos aspectos de estos levantamientos mostraban una comprensión y un conocimiento claros y precisos de la política pública de la corona francesa, testimoniado por los símbolos de la pasión, la necesidad de contar con la aprobación de Blanca de Castilla, la hostilidad hacia la corrupción del clero, la crítica de la nobleza y la apropiación de la mecánica de otorgar la cruz y la remisión de los pecados. Los ataques a los judíos se ajustaban perfectamente a la propia persecución de Luis, igual que la llamada general a proseguir la acción política al servicio de Dios, a quien se presentaba como el principal instigador de la política. Aun cuando sus detractores los describieron como criminales sexuales y hedonistas, marginados por el orden social y, por lo tanto, carentes de control moral, lo cierto es que los participantes en la marcha parecían poseer disciplina. El Maestro de Hungría afirmaba tener estudios. Ante un público más amplio que el de los alborotadores, sus objetivos podrían tildarse de una forma convincente de gorrones privilegiados: judíos, eruditos y clero confabulados con un sistema político cuya ostentosa corrupción contradecía sus metas manifiestas. No obstante, no se trataba de una revolución proletaria o de una rebelión social esporádica. Los *pastoureaux* proclamaron su devoción por el rey y su causa, y soste-

nían que ellos, y no la élite tradicional, eran quienes expresaban, y llevaban a la práctica, los intereses de la política real. La organización, la cohesión y el comportamiento de la revuelta sugieren la implicación de los marginados, políticos, más que económicos, pero no de los ignorantes o inocentes. Los disturbios de 1251 evidenciaban aún más el grado de penetración de la práctica de las cruzadas en la mentalidad de una sociedad civil cada vez más diversa y sofisticada, una sociedad educada por la evangelización y los impuestos, cuya energía provenía de la circulación de noticias detalladas acerca de las atrocidades y de los desastres que, desde la perspectiva de la imaginación religiosa colectiva, no parecían tan distantes, sino inmediatos y urgentes. Estas emociones, que subrayaron los preparativos de Luis entre 1244 y 1248, y los explicaban, también fueron la causa de los disturbios y de la violencia del año 1251.

El contraataque fallido de la segunda cruzada de Luis IX

El protectorado oficioso de Luis IX sobre la Palestina franca sobrevivió a su marcha en abril de 1254, y quedó representado por la guarnición francesa que quedaba estacionada de forma permanente y por los subsidios financieros y ayudas materiales que se canalizaban hacia Oriente: algunos años, miles de *livres* procedentes en su mayor parte de los fondos eclesiásticos y de préstamos garantizados por el gobierno francés. A pesar de que Joinville, el día que zarparon de Acre, había vaticinado que Luis «aquel día había vuelto a nacer», iniciando una «nueva vida cuando escapó de aquella peligrosa tierra», el rey nunca olvidó Jerusalén.[95] No solo no lo hizo, sino que en su lugar fomentó la imagen de un monarca cuya vista descansaba sobre el mundo espiritual, un enfoque cuya expresión física se manifestaba en sus declaraciones permanentes, y las de su corte, de devoción al sufrimiento de Tierra Santa. Esta postura, sumada a su poder material, le proporcionó a Luis un inmenso prestigio y eficacia en calidad de árbitro internacional, especialmente cuando diversos y sucesivos papas buscaban la destrucción de la dinastía Hohenstaufen, una causa a la que no todos los cristianos otorgaban una importancia trascendental. Luis gozó de una autoridad moral extraordinaria en un personaje laico de la Edad Media. En ciertos

aspectos se convirtió, *mutatis mutandis,* en el Nelson Mándela de su época, un hombre que había sufrido, que conocía bien el dolor, y de una integridad aparentemente intachable, aunque activo en los asuntos temporales de las naciones. Igual que hicieran otros muchos políticos, Luis modeló su vida de modo que se ajustara a sus necesidades públicas, una creación llena de arte y de piedad.[96] Esta imagen, más que ser una pose, constituía el marco en el que desarrollaba una política práctica y, sobre todo, la voluntad de regresar a Oriente para invertir la decisión de 1250.

No obstante, los acontecimientos en Italia y en Siria tuvieron mucha más importancia que el entusiasmo personal de Luis hacia las perspectivas de una nueva cruzada general o hacia la supervivencia del reino franco de Ultramar. La atención internacional y los recursos de la iglesia occidental se dirigían cada vez más a la exterminación de los Hohenstaufen. La política de los sucesivos papas se centró en la controversia acerca del control de la iglesia siciliana y de la integridad territorial y la seguridad de los estados pontificios en Italia central, temas que acaparaban más su atención que los problemas de Tierra Santa, pese a toda la palabrería dedicada al amenazado reino de Ultramar. Junto a la concesión de privilegios de cruzada a quienes lucharan por el papa contra sus enemigos italianos, la prioridad consistía en encontrar un paladín pontificio. Tras una serie de salidas en falso, en 1265 se llegó a un acuerdo con Carlos de Anjou, el hermano menor de Luis IX, quien, a continuación procedió a destruir primero a Manfredo, el hijo ilegítimo de Federico y monarca de Sicilia, en 1266, y después, en 1268, a Conradino, el nieto de Federico y rey titular de Jerusalén. Hasta entonces, las posibilidades de una gran campaña en el este eran remotas, habida cuenta en especial que Inglaterra apenas empezaba a recuperarse de un prolongado y, en sus postrimerías, vicioso período de conflictos intestinos y de guerra civil entre los años 1258 y 1265.

No obstante, a mediados de la década de 1260, las perspectivas de Ultramar parecían poco halagüeñas. La estructura del reino de Jerusalén se desintegraba poco a poco. Mientras Juan de Jaffa componía su gran libro de leyes conmemorando un mundo de sutilezas legales y precedentes jurídicos, en parte histórico y en parte imaginario, algunas de las instituciones se enfrentaban a la aniquilación física y legal. En 1255, el papa Alejandro IV concedió diplomas de

la abadía de Nuestra Señora de Josafat, situada fuera de Jerusalén, renovando unos privilegios que tenían la misma validez que las concesiones originales, porque parte de los archivos de la abadía habían sido destruidos por los «sarracenos», y por lo tanto se había puesto en peligro la propia identidad legal de la corporación religiosa.[97] Otras amenazas similares para la existencia del asentamiento latino no tardaron en alcanzar a la política de alto nivel y a la diplomacia. La aparición de los mongoles en Siria alteró radicalmente la estructura de poder en la región, con gran desventaja para los francos. En febrero de 1258, Hulagu Kan (muerto en 1265), hermano del gran kan Mongha Kan (1251-1259), capturaba Bagdad y mataba al último califa abbasí, al-Musta'sim. Los mongoles continuaron hasta Siria, tomaron Alepo (enero de 1260) y Damasco (marzo de 1260), y expulsaron al monarca ayubí, al-Nasir Yusuf, lo que dejó a Palestina desprotegida. Los ataques mongoles llegaron a Ascalón, Jerusalén y a las puertas de Egipto. Una guarnición mongol se estableció en Gaza, y Sidón fue atacada y ocupada brevemente en agosto de 1260. Llegados a este punto, la mayoría de los ayubíes restantes y los otros príncipes que quedaban entre el Éufrates y el Mediterráneo habían capitulado.[98] Los francos estaban divididos respecto a la manera de responder. Bohemundo IV de Antioquía y Trípoli, durante un corto período de tiempo uno de los poderes en la sombra más importantes, ya había aceptado el señorío de los mongoles y la presencia de un representante mongol residente acompañado de un batallón mongol estacionado en la misma Antioquía, donde permanecieron hasta la caída de la ciudad en poder de los mamelucos en 1268. Los francos de Antioquía colaboraron con los mongoles en la captura de Alepo, consiguiendo así uno de los objetivos tradicionales de los francos, ayuda que se vio recompensada por la concesión de territorios. En contraste, los francos de Acre no vieron ninguna ventaja en someterse a los mongoles, del mismo modo que se mantuvieron a distancia de una alianza militar directa con el nuevo sultán mameluco de Egipto, Qutuz, quien estaba preparando un ejército para disputarles a los mongoles la conquista de Siria. Aunque muchos de ellos querían participar en el contraataque egipcio, los francos se contentaron con conceder a Qutuz salvoconducto a través de su territorio y proporcionarle provisiones.[99] Dado lo inseguro del resultado, lo poco digna de confianza que era cual-

quier alianza con Egipto y el desprecio universal mostrado por los mongoles hacia cualquier otro grupo, una neutralidad así de cautelosa tal vez constituyera la decisión menos mala, y distaba mucho de ser lo que algunos tildaron de grave y catastrófico error diplomático. No se trataba de una gran oportunidad desperdiciada. Según pudo descubrir Luis IX, y según la propia experiencia de Bohemundo IV, una alianza con los mongoles no beneficiaba en nada a los francos. El 3 de septiembre de 1260, y tras la retirada al este de Hulagu Kan y el grueso de su ejército, los egipcios infligieron una aplastante derrota en Ain Jalut, en el sur de Galilea, a un pequeño ejército mongol acaudillado por Kitbugha Nayan, que cayó muerto en combate. Esta victoria, sumada a la preocupación de Hulagu Kan por consolidar su control sobre Irak e Irán, permitió a los mamelucos ocupar Siria y expulsar a los príncipes ayubíes supervivientes. A finales de octubre, Qutuz había sido asesinado por Baibars y los Bahriyya, que temían que se les olvidara en el reparto del botín sirio. Baibars estaba ahora instalado en el trono de Egipto y en el de Siria, más unidos que en cualquier otra época desde la muerte de Saladino en 1193.

Baibars vio en la erradicación del reino franco el medio de consolidar su poder y de establecer además sus credenciales de monarca islámico respetable. Como veterano del drama de los años 1240 a 1250, desechó la política complaciente de sus predecesores ayubíes y mamelucos; rechazó los intentos de alianza de los francos en los primeros años de su sultanato (1260-1277) y a partir de 1265 inició la destrucción sistemática del reino, capturando en poco tiempo Cesárea, Arsuf, Toron y Haifa en 1265, y Safed, Galilea, Ramla y Lydda en 1266.[100] La pérdida total del reino parecía una posibilidad inmediata, por lo que en Occidente la alarma reavivó los planes latentes de una nueva cruzada general. El fin de la guerra civil inglesa en 1265 y la victoria de Carlos de Anjou en Sicilia en 1266 alentaron al papa Clemente IV a reactivar los planes de una cruzada oriental iniciados por su predecesor Urbano IV en 1263. La ayuda económica a larga distancia y la protección de las guarniciones, como por ejemplo los dos mil marcos prometidos por Enrique III de Inglaterra en 1264 que debían mantener a una compañía de caballeros en Acre, resultaban a todas luces insuficientes para detener el avance de los mamelucos, que utilizaban una sofisticada tecnología

de asedio a la que se sumaba una igual de sofisticada brutalidad militar. En septiembre de 1266, Luis IX decidió tomar la cruz una vez más y dirigir lo que él y el papa, un antiguo consejero legal del rey francés, esperaban que fuera una liga internacional de recuperación. El 25 de marzo de 1267, el día de la Anunciación de la Virgen, ante las reliquias conservadas en la Sainte Chapelle, Luis, sus tres hijos, su familia más cercana y la mayoría de los grandes nobles de Francia tomaban la cruz una vez más.[101]

La segunda cruzada de Luis IX destacó por sus sofisticados métodos de reclutamiento y por los resultados obtenidos, prácticamente nulos. Buena parte del proceso seguía muy de cerca los precedentes de la década de 1240. Luis obtuvo el diezmo eclesiástico en Francia durante tres años, las recaudaciones procedentes de los legados y de las redenciones fueron depositados a disposición de los cruzados, se recortaron los gastos habituales, los *enquéteurs* investigaban las quejas contra los agentes de la corona, se aplicó el impuesto de talla a las ciudades y en algunas regiones y se hostigó a los prestamistas judíos. Igual que ocurriera con anterioridad, Génova y Marsella proporcionaron buques, aunque a unas tarifas menos exorbitantes que en el año 1248.[102] No obstante, los acuerdos de otros capitanes cruzados reconocían el creciente poder de los puertos catalanes. Y lo que es más significativo, la flota del rey se hallaba al mando no de los almirantes genoveses, sino de un noble picardo, Florent de Varennes, que carecía de cualquier experiencia marítima previa. El rey, una vez más, ejerció de banquero principal de la expedición y costeó los gastos del veterano cruzado Hugo IV de Borgoña, que ahora se enfrentaba a su tercera campaña oriental. Los fondos eclesiásticos fueron desviados hacia Alfonso de Poitiers y los condes de Champaña, Bretaña y Flandes. En 1269, Luis prestó a Eduardo de Inglaterra 70.000 *l.t.* a fin de asegurar una importante participación inglesa y gascona: a Gastón de Verán se le adjudicaron 25.000 *l.t.*[103] A ambos lados del Canal de la Mancha, los líderes cruzados completaron sus compañías utilizando contratos formales. A cambio de una cantidad fija a pagar por su señor o comandante, el cruzado contratado quedaba ligado a la obligación de proporcionar un número determinado de caballeros. En ocasiones, el cruzado podía re-

cibir subsidios adicionales en forma de regalos monetarios o de provisiones gratis. Los contratos estaban respaldados por compromisos menos formales de clientelismo, lazos familiares o políticos y asociación regional. De este modo, Luis consiguió el compromiso de 325 caballeros y Eduardo de Inglaterra de 225, si bien estos tan solo representaban el núcleo de un ejército mucho más significativo, al menos en el caso francés.[104] Parece ser que Alfonso de Poitiers reunió él solo hasta 100.000 *l.t.* para financiar su contingente de caballeros, ballesteros, provisiones y buques, consiguiendo reunir los fondos a partir de los impuestos eclesiásticos que el rey le había adjudicado, vendiendo activos, por ejemplo madera, e imponiendo tributos a sus súbditos del Midi según la leña consumida en las chimeneas de cada casa. A juzgar por el nivel de compromiso de los nobles en Francia, el ejército de la segunda cruzada de Luis no podía haber sido, al menos en las previsiones, mucho menor que el del año 1248, tal vez entre diez y quince mil hombres. La segunda cruzada de Luis fue testimonio de otra increíble demostración del creciente poder del estado francés sobre los nobles y las regiones. Para alentar los apoyos necesarios, el itinerario del rey en 1269 incluía zonas del reino que no habían recibido todavía visitas reales.[105] Joinville, que en esta ocasión se negó a unirse a la expedición, recogía en su crónica, reconociendo de una manera indirecta la autoridad real de Luis, que algunos de los *crucesignati* franceses sentían que únicamente tomaban la cruz más para no perder el favor del rey, que para no perder el de Dios,[106] en cuyo caso, la práctica unanimidad de la alta nobleza al seguir los pasos del rey dice mucho de la fuerza del clientelismo, por encima de los escrúpulos piadosos o de la pureza de sus motivos.

A las levas francesas había que añadir las contribuciones de Frisia, los Países Bajos, Escocia, Aragón, Inglaterra y Carlos de Anjou, ahora entronizado rey de Sicilia. La participación de Jaime I de Aragón y de Eduardo de Inglaterra, en especial la de este último, se debía en gran medida a la diplomacia personal y al dinamismo moral del propio Luis IX. A pesar de la oposición de su padre, el ya entrado en años Enrique III, y la del papa Clemente IV, Eduardo tomó la cruz en Northampton en 1268.[107] Él y su hermano Edmundo reunieron un importante ejército reclutado entre los miembros de la corte real; más de la mitad de los que se sabía que habían sido reclutados

en Inglaterra poseían algún tipo de lazo formal con algún cortesano. Por mucho que la cruzada pudiera haber contribuido a unir a la nobleza inglesa tras el trauma de la guerra civil, la empresa, lo mismo que en Francia, había sido concebida, y así permanecía, como un proyecto real y pontificio. Se pueden observar indicadores adicionales del compromiso del gobierno inglés con la cruzada en los insistentes esfuerzos de la corte por conseguir la aprobación del parlamento a un impuesto de una vigésima sobre bienes muebles, aprobación finalmente obtenida en 1270. Fuera cual fuese la suma procedente de los impuestos que se aportó a la cruzada, tal vez 30.000 libras, representaba una evolución significativa de la nueva y restaurada política consensuada posterior a la guerra civil inglesa y la confirmación de la nueva función fiscal de los comunes en el Parlamento, el primer subsidio laico concedido a la corona inglesa desde el año 1237.[108]

Si bien la centralización de la financiación y la red de contratos, que abarcaban no solo a los contingentes franceses, sino también a los ingleses, colocaron a Luis en una posición de influencia que le permitió ordenar la expedición, lo cierto es que no se tradujo en el control de la coordinación de la campaña. En febrero de 1268, Luis fijó la fecha de partida para mayo de 1269. Sin embargo, a un extremo de la escala, el rey de Aragón se embarcó en junio de 1269, con tan mala fortuna que su flota fue destruida por una tormenta y tan solo la pequeña parte que quedó de ella pudo alcanzar Tierra Santa sin el rey.[109] En el otro extremo, Carlos de Anjou no tomó la cruz hasta febrero del año 1270 y empezó a preparar su flota el mes de julio siguiente. Incluso Eduardo de Inglaterra retrasó algunos meses su llegada al punto de reunión del ejército cruzado, y no se embarcó hasta el mes de agosto de 1270, mientras que su hermano Edmundo zarpó en el invierno de 1270-1271. El número real de participantes, en contradicción con las estimaciones contractuales, parece ser menor de lo que indicaba la primera avalancha de *crucesignati* de 1267 y 1268. La fuerza impulsora que alentaba toda la expedición seguía siendo la voluntad y el entusiasmo del rey Luis, enfatizada por el largo interregno pontificio tras la muerte de Clemente IV en noviembre de 1268, puesto que no se eligió a un sucesor hasta septiembre de 1271, y la cristiandad, en los preparativos finales de la cruzada, carecía de papa. Por muy culpable que Luis

pudiera sentirse por los desastres de 1250, su confesor afirmaba que los motivos del rey eran más positivos y altruistas, se trataba de llevar a cabo un acto de penitencia de una severidad tal que Dios tendría que mostrar clemencia hacia Tierra Santa.[110] Además de la gestión administrativa y financiera que proporcionó, y a pesar de la amplia respuesta nacional e internacional obtenida, la decisión personal de Luis sobre la estrategia, acaso más que cualquier otro motivo, confirió a la iniciativa su carácter particular, algunos dirían su especial inutilidad.

Mientras la prédica se iniciaba en 1267 y en 1268, conducida por cardenales, antiguos consejeros del rey, algo muy apropiado al carácter de la operación, la situación en Tierra Santa seguía deteriorándose, situación que culminó, en mayo de 1268, con la caída de Jaffa, Beaufort y, en medio de un gran baño de sangre, de Antioquía a manos de Baibars. En un principio, parece que Luis había estudiado la posibilidad de repetir la estrategia de los años 1248 a 1250 y realizar un desembarco en Egipto, el destino más probable de la nueva campaña. Sin embargo, en algún momento en 1268 o 1269, la atención de Luis se desvió en una dirección totalmente diferente, un ataque a Túnez, algo que parecía gozar de varias aparentes ventajas. Las diversas flotas de la cruzada, que zarpaban de diferentes puertos y en fechas distintas, necesitaban un puerto donde reunirse. Puesto que todos, las grandes flotas y los grandes ejércitos, debían esperar al fin de la cosecha antes de zarpar, el embarque hacia Oriente se solía retrasar hasta finales de verano o hasta el otoño, lo que a su vez exigía encontrar un puerto que pudiera acoger a toda la flota para que esta pudiera pasar el invierno: Lisboa en 1147-1148, Messina en 1190-1191, Zara en 1202-1203, Acre en 1217-1218, y Limassol en 1248-1249. El puerto de Túnez se encontraba a una distancia segura y accesible desde Chipre. La conquista de la ciudad y de la región podría contribuir a las ambiciones políticas del nuevo rey de Sicilia, Carlos de Anjou, puesto que el emir hafsí Mohamed no solo había acogido a los renegados y partidarios del expulsado rey Hohenstaufen de Sicilia, sino que además era un aliado del rey de Aragón y un rival en potencia a las aspiraciones de Carlos en el Mediterráneo oriental. Tal vez fuera esta posibilidad de invadir Túnez lo que convenciera a Jaime de Aragón de eludir integrar su ejército y flota a los de Luis. No obstante, las ambiciones de Carlos se

concentraban en el este, en los Balcanes y Bizancio. Pese a las conjeturas posteriores, Luis, y no su hermano, fue el único responsable de la decisión de hacer de Túnez el objetivo. En opinión de Luis, la conquista de Túnez privaría a Egipto de un aliado y constituiría una base de operaciones útil para un ataque al Nilo en 1271, una miopía geográfica de escala muy corriente en los círculos de Europa occidental de la época. Más específicamente, los estrechas relaciones que Luis mantenía con los frailes dominicos tal vez le indujeran a creer que Túnez estaba maduro para la conversión, una percepción fundamentada en el perenne optimismo de los misioneros y en los contactos diplomáticos amistosos entre el reino tunecino y la cristiandad occidental.[111] Este tipo de fantasías sobre conversiones condujo a toda una serie de desafortunadas misiones en el norte de África a finales del siglo XIII y en el siglo xiv, cuya voluntad en creer que los musulmanes podían ser convertidos al cristianismo ejercía la función de una especie de tótem cultural, similar al entusiasmo moderno que existe por exportar la democracia occidental. Los frailes parecían incapaces de separar la apertura comercial de la religiosa. Los tunecinos enviaron una embajada a la corte del rey francés en 1269, quizá porque les hubieran llegado noticias de los planes de Luis, visita que podría haber alentado aún más las ideas del rey. La táctica de Luis, si bien en sí misma no se contradecía del todo con la naturaleza de la cruzada, era lo bastante delicada para ser ocultada a sus seguidores hasta después que la flota hubiera zarpado. Ahora bien, al haber fijado los puntos de reunión en puertos de Cerdeña y del oeste de Sicilia, un destino norteafricano no podía de ninguna manera resultar una sorpresa para nadie. Aunque a posteriori la idea fuera condenada, lo cierto es que los quijotescos motivos de Luis se fundamentaban en buenas razones.

Los rituales de partida del año 1270 copiaban con exactitud los de 1248. El 14 de marzo de 1270, Luis recogía la oriflama, el estandarte de la abadía de Saint Denis, y la burchaca y el bordón, la bolsa y el bastón de peregrino. Al día siguiente, entraba en la catedral de Notre Dame de París como un penitente, descalzo, antes de dirigirse a pie a Vincennes donde se despidió de su esposa. La primera dificultad la encontraron ya en Aigues Mortes el 2 de julio, donde Luis descubrió que los barcos prometidos se habían retrasado y que solo llegarían a finales de junio, momento en el cual la en-

fermedad ya se había incubado en el ejército. La flota zarpó de Aigues Mortes el 2 de julio y arribó a Cagliari, en Cerdeña,el 4 de julio, donde esperaron a que el resto de los escuadrones se les uniera. Allí, el 13 de julio, Luis anunció formalmente el destino, Túnez, adonde la flota llegó el 17 de julio, realizando un desembarco al día siguiente. El 24 de julio el ejército trasladó sus operaciones a Cartago, a algunos kilómetros de Túnez por la costa, buscando mejores terrenos donde acampar y que dispusieran de agua. El avance previsto se retrasó el tiempo de esperar la llegada de Carlos, el hermano de Luis, que apenas había empezado a equipar a su flota en Sicilia algunos días antes. El intenso calor del verano, una dieta pobre y el agua contaminada por el ejército inactivo no tardaron en alimentar el brote de las enfermedades virulentas, probablemente tifus o disentería, que afectaron de igual modo al mando que a los soldados rasos. El hijo de Luis, Juan Tristán, nacido en Damieta en la sombría primavera de 1250, falleció, y el rey y su primogénito, Felipe, cayeron enfermos. Obligado a permanecer en cama durante un mes, Luis murió el 25 de agosto de 1270, en el preciso momento en el que los primeros destacamentos de la flota de Carlos de Anjou estaban tocando tierra. Alguien dijo que sus últimas palabras fueron «¡Jerusalén!, ¡Jerusalén!», aunque su confesor, que le administró la extrema unción, olvidó mencionar tan admirable final.[112]

Al estar el nuevo Felipe III aún convaleciente, Carlos de Anjou asumió el mando. La evacuación parecía la única opción. El 1 de noviembre, tras un período de negociaciones y de escaramuzas poco entusiastas, Carlos y el emir Mohamed llegaron a un acuerdo. A cambio de liberar a los prisioneros, del permiso del emir para la práctica del culto cristiano y el proselitismo, y de una indemnización de guerra de 210.000 onzas de oro (c. 500.000 *l.t.),* Carlos aceptó retirarse, apropiándose de una tercera parte del dinero, lo que airó a algunos sectores del ejército cristiano, sobre todo a Eduardo de Inglaterra, para que llegó a Túnez el 10 de noviembre, en el preciso momento en el que los cruzados se preparaban a levar anclas. La flota cristiana zarpó hacia Sicilia, donde decidiría cual debía ser el siguiente movimiento, y arribó a Trapani el 14 de noviembre. Una tormenta los días 15 y 16 de diciembre que destruyó una gran cantidad de buques y averió muchos más impidió que se tomara alguna decisión sobre la continuidad de la campaña. Se per-

dieron tal vez hasta cuarenta barcos, entre ellos dieciocho grandes transportes, y unas mil vidas, lo que terminó de hecho con la cruzada; únicamente Eduardo de Inglaterra siguió insistiendo en continuar hasta Tierra Santa. Cuando Felipe III regresó a su nuevo reino, su caravana, que transportaba los cuerpos de su padre, su hermano, su cuñado, su esposa y su hijo nonato, parecía un cortejo funerario.[113]

El fracaso de la cruzada de 1270, aunque dramático y espectacular, no significó el fin de las cruzadas como foco de las aspiraciones monárquicas. Algunos mantuvieron viva la llama, entre ellos Alfonso de Poitiers, antes de su muerte al año siguiente. En 1271 los cardenales eligieron papa a Tedaldo Visconti, patriarca de Jerusalén, quien adoptó el nombre de Gregorio IV y que, de hecho, se encontraba en Acre en el momento de su nombramiento como nuevo pontífice. El proyecto de una nueva cruzada general a Oriente y el intento de impulsar a los reyes occidentales a unirse a ella ocuparon buena parte de su pontificado, y el de sus sucesores inmediatos. Eduardo de Inglaterra fue más allá. Acompañado por unos pocos nobles franceses, Eduardo zarpó hacia Acre en la primavera de 1271 a pesar de los intentos de persuadirle de regresar a Inglaterra, donde su padre Enrique III estaba gravemente enfermo. Eduardo se negó a regresar, algo habitual, insistiendo según parecen que viajaría a Acre si era necesario aunque solo le acompañara su mozo de cuadra Fowin.[114] En cualquier caso, su ejército era pequeño, tal vez unos mil hombres, transportado en una pequeña flotilla de trece barcos. Tras llegar a Acre el 9 de mayo de 1271, habiendo hecho escala en Chipre, Eduardo permaneció un año en Tierra Santa, donde, en septiembre de 1271, se le unió su hermano Edmundo. La fuerza del ejército de Eduardo no bastaba para conseguir producir ningún cambio significativo o duradero en la posición de los francos, y llegó demasiado tarde para impedir que Baibars capturase la fortaleza, o Krak, des Chevaliers en el mes de abril. Eduardo se contentó con perseguir las quimeras de una alianza con el il-kan mongol de Persia y de la armonía interna en el reino franco de Ultramar. Participó en alguna batalla, como la defensa de Acre frente al ataque de Baibars en diciembre de 1271, y organizó un par de salidas militares a los campos de alrededor de la ciudad. La tregua firmada entre Hugo III y Baibars en mayo de 1272 no consiguió convencer a Eduardo de la inutilidad de su presencia permanente, terquedad que tal vez hubiera provocado

su notorio intento de asesinato. Antes que Eduardo abandonara Tierra Santa en octubre de 1271, algunos de sus seguidores ya habían empezado a marcharse en mayo, entre ellos su hermano. A pesar de los escasos logros conseguidos en Ultramar, más allá de establecer una pequeña guarnición en Acre, el coste de la cruzada de Eduardo resultó ser extremadamente alto, tal vez más de 100.000 libras. Aunque las deudas contraídas por la cruzada ascendían a decenas de miles de libras,[115] la cruzada recompensó al ahora rey inglés con jugosos dividendos en imagen y reputación que él y sus aduladores supieron aprovechar sin tardanza. En la cada vez más acalorada discusión de las cortes europeas occidentales sobre cómo salvar Tierra Santa, Eduardo sobresalía en su calidad de única cabeza coronada en Occidente que realmente había estado allí. En 1287, incluso tomó la cruz por segunda vez e inició los preparativos, en apariencia serios, de una nueva expedición. Aun así, y a pesar de haber sido la única ayuda tangible que llegó a Palestina desde la gran cruzada francesa organizada por Luis IX, la cruzada de los años 1271 y 1272 le reportó a Eduardo un flaco beneficio. En comparación, la canonización de Luis IX en 1297 resultó a su manera mucho más provechosa para la monarquía francesa, aunque no para Palestina. Ahora bien, en opinión de uno de los personajes cuyas pruebas habían contribuido a garantizar la elevación del rey a la santidad, incluso este honor religioso venía cubierto por una pátina de desilusión. Joinville lamentó que Luis figurara en el santoral únicamente como confesor, y no, en opinión de Joinville, lo único apropiado a la vista de los graves sufrimientos padecidos por el rey en las cruzadas, como mártir.[116]

La pérdida de Tierra Santa

Durante el resto de su vida, Eduardo I de Inglaterra (muerto en 1307) manifestó su impaciencia por regresar a Tierra Santa, y solía hacerlo junto a la insistencia en que graves asuntos de estado le impedían marcharse enseguida. Si bien en ocasiones la excusa resultaba un tanto insincera, lo cierto es que expresaba la realidad de las cruzadas de finales del siglo XIII y del siglo xiv. Luis IX había demostrado cómo los recursos de un reino sumados a los fondos eclesiásticos podían dirigirse de manera muy eficaz a la cruzada. Sin

embargo, precisamente estas nuevas y poderosas administraciones centrales incidían en contra del cumplimiento de otra política similar, puesto que los gobiernos se enzarzaron en conflictos cada vez más difíciles de resolver, internacionales y de administración interna. La experiencia de la cruzada de Luis alertó a los funcionarios sobre los gastos casi ilimitados que conllevaba este tipo de iniciativas, y las cuentas de Luis, durante más de medio siglo después de su muerte, fueron copiadas y estudiadas por burócratas interesados y ansiosos."[7] El creciente volumen de tratados de planificación teórica o de consejos prácticos escritos a partir de la década de 1270 empezó a exponer con claridad las dificultades materiales a las que se enfrentaba cualquier expedición a Oriente. Esta mayor transparencia de las dificultades planteadas por la organización de una cruzada fue resumida en 1274 por un diplomático francés, el veterano cruzado Alardo de Valéry, en el Segundo Concilio de Lyon convocado por Gregorio X para intentar lanzar una nueva ofensiva. Sería como un pequeño cachorro desgañitándose ante un gran mastín.[118] El consejo que recibió Gregorio ante la asamblea del concilio explicaba que la existencia de diferentes teatros de cruzadas, por ejemplo el Báltico, desviaban el interés y el compromiso. Incluso los grandes promotores de las cruzadas europeas contra los Hohenstaufen, entre ellos el predicador dominico y canonista, Humberto de Romans, repararon en que engendraban cinismo, cuando no una declarada hostilidad, entre una amplia, aunque no necesariamente profunda, coalición de observadores de toda Europa occidental. El Concilio de Lyon autorizó más tributos eclesiásticos y la prédica de la cruz, pero el silencio de los representantes de las monarquías y de los portavoces de las órdenes militares en el concilio, al solicitar su opinión en cuanto a las mejores medidas a tomar, resultó muy significativo.[119] La preocupación por la crisis en Tierra Santa no había disminuido, pero la acción se hacía cada vez más difícil de organizar y, en consecuencia, socavaba los futuros compromisos, un círculo vicioso del que, a partir de aquel momento, ya nunca pudieron escapar.

Los intentos de organizar una nueva cruzada no terminaron en 1270. En 1274 y en 1291 se autorizaron de nuevo la prédica de la cruz y los diezmos. Se llevó a cabo una seria reflexión acerca de la estrategia a seguir, que incluía la propuesta (en 1274 y en 1292) de

unificación de las órdenes militares a fin de aprovechar mejor la economía de escala fiscal y militar y la unidad de propósitos. El Segundo Concilio de Lyon, en especial, parecía prometer un nuevo punto de partida de los esfuerzos por restaurar el gobierno de los francos en Tierra Santa. Gregorio X concentró sus esfuerzos diplomáticos en la cruzada oriental. Antes de abandonar Acre en el año 1271, tras conocer su elección como papa, Gregorio predicó deliberadamente un sermón sobre el texto «¡Jerusalén, si yo de ti me olvido, que se seque mi diestra!» (Salmos, 137, v.5). Al llegar a Europa, convocó un nuevo concilio general al objeto de debatir acerca de la reforma de la iglesia y los planes para una nueva cruzada, que propuso dirigir personalmente. Antes de la reunión del concilio, en mayo de 1274 en Lyon, Gregorio buscó el consejo de políticos y religiosos, profesionales que ya hubieran participado. Se le propusieron cierto número de tratados que contenían variados consejos: desde un catálogo de los defectos de la iglesia, entre ellos las cruzadas, compilado por un monje franciscano, Gilberto de Toumai, hasta un llamamiento interesado del obispo de Ólmutz a favor del rey de Bohemia que solicitaba que la cruzada se concentrara en el frente báltico y Europa del este, pasando por una súplica de un monje dominico de Acre, Guillermo de Trípoli, a favor de la conversión, y no la destrucción, de los musulmanes.[120] El propio concilio expuso la brecha existente entre la intención y la acción. El decreto *Constitutiones pro zeli fidei* (18 de mayo de 1274) ampliaba el que había tomado como ejemplo, *Ad Liberandam,* de Inocencio III, promulgado en 1215, e instituía una estructura administrativa más transparente para la recaudación del diezmo eclesiástico de seis años que se había propuesto, estableciendo 26 parroquias diezmeras específicas.[121] Se propuso un impuesto laico personal voluntario. A fin de proporcionar un contexto diplomático más favorable, se negoció la unión de las iglesias ortodoxa griega y romana, una respuesta parcial a los temores de aislamiento del emperador bizantino Miguel VIII Paleólogo frente a las ambiciones agresivas del anterior favorito papal, Carlos de Anjou, que tenía la vista puesta en los Balcanes con un propósito que no escondía. Los embajadores de los mongoles fueron recibidos por el concilio y su líder incluso se sometió a una forma simbólica de bautizo público cristiano.

No obstante, solamente un monarca occidental se molestó en asistir: el ya entrado en años Jaime I de Aragón. A pesar de haber ofrecido una guarnición militar preliminar, formada por quinientos caballeros y dos mil soldados de infantería, que abriese el camino a una expedición posterior más importante, la voluntad política se hallaba lejos de ser abrumadora, pese a los grandes esfuerzos realizados para incitar el apoyo general.[122] Una bula papal autorizó la prédica en septiembre de 1274.[123] El diezmo recaudó grandes cantidades de fondos en algunas regiones como la Toscana, pero fue más un testimonio de la nueva eficacia burocrática que el de un abierto entusiasmo.[124] Igual que en 1215, se instalaron cepillos en las iglesias parroquiales, el papa Gregorio convenció a Felipe III de Francia, a Carlos de Anjou y a su candidato preferido al trono imperial, Rodolfo de Habsburgo, de tomar la cruz en 1275. Se fijó una fecha de partida para abril del año 1277 en la cual el papa y el nuevo emperador embarcarían juntos hacia Oriente. Se pusieron en marcha los planes de organizar una flotilla pontificia de veinte buques. Sin embargo, la tibia reacción de los delegados en Lyon demostró ser un indicador más seguro de las posibilidades de la cruzada que la actividad administrativa, fiscal y diplomática. No bastaba la pulcritud burocrática. La carencia de apoyo verbal de las órdenes militares y de los enviados franceses en Lyon a la expedición propuesta ya proporcionaba su propio testimonio. La cruzada de Gregorio X revelaba, por una parte, el alto grado de eficacia administrativa alcanzado por el liderazgo pontificio a finales del siglo XIII y, por la otra y al mismo tiempo, el alto grado de incapacidad política y emocional para conmover los corazones de los políticos y de las personas. A la muerte de Gregorio, en enero de 1276, los planes de la cruzada fueron aparcados y posteriormente abandonados. Los tributos eclesiásticos, los diezmos, se seguían percibiendo y la recaudación se desvió hacia las guerras pontificias en Italia, combatidas bajo la enseña de cruzadas. La alianza mongol, a pesar de otras seis embajadas más a Occidente entre 1276 y 1291, quedó en agua de borrajas.[125] La posibilidad de una coalición en contra de los mamelucos se desvaneció a causa de la pasividad de los occidentales, que los convertía en aliados inútiles de los mongoles, a lo que a su vez solo se consideraba seriamente como asociados en potencia en el caso de una nueva cruzada que nunca se llevó a cabo. La unión de las iglesias romana y

ortodoxa griega fue rechazada por los fieles ortodoxos. En cualquier caso, tampoco había conseguido disminuir las pretensiones angevinas de conquistar los Balcanes a costa de los griegos. La actividad de la década de 1270 estableció un patrón para el futuro, que se imitaría, con una monotonía de frustración creciente y predecible, tras el Concilio de Viena (1311-1312), en la década de 1330 y en la de 1360: entusiasmo del papa o de algún rey, compromiso, impuestos, desatención y fracaso. La desintegración de los planes de Gregorio confirmaron los temores de los observadores, incluso de los más favorables, como el monje franciscano italiano Salimbene di Adam, muy bien informado y relacionado, de que «no parece que la recuperación del Santo Sepulcro sea voluntad divina».[126]

Las campañas de Baibars de 1261 y 1275 redujeron las posesiones francas en Palestina a un resto a duras penas sostenible de algunos castillos y ciudades costeras del litoral mediterráneo y apenas ningún territorio tierra adentro. Ni siquiera la superioridad marítima de los francos pudo detener la marea de los mamelucos. Baibars, al demoler los lugares que conquistaba, les negaba la posibilidad de una reconquista. No se repetirían los acontecimientos de 1189 y de 1192, aun cuando los cristianos siguieron manteniendo bases en Cilicia y Chipre. Se ha dicho de las campañas de Baibars y de sus sucesores inmediatos que consiguieron lo que no habían podido lograr sus predecesores persas, árabes, turcos o francos, la «destrucción de la antigua civilización de ciudades sirio-palestina».[127] El acto final se pospuso, no por la determinación franca ni por una nueva cruzada, sino por la enmarañada política interna del imperio de los mamelucos y por la amenaza mongol sobre Siria, que se prolongó hasta bien entrado el siglo xiv. En 1281, los francos rechazaron una invasión mongol en Homs, y lo único que evitó un nuevo asalto el año siguiente fue la muerte, a consecuencia de un *delirium tremens,* del agresivo il-kan Abaqa. Su sucesor, Teguder, era un converso musulmán,[128] lo que dejó vía libre al sultán Kalawun (1279-1290) para reanudar sus ataques sobre los francos. La gran fortaleza de Margat, en el norte, cayó en 1285, y Latakia lo hizo en el año 1287. Trípoli siguió en 1289, tras 180 años de dominio cristiano ininterrumpido, el de mayor duración entre todas las conquistas francas. Desde la muerte del último conde, Bohemundo VII, en 1287, había estado bajo control de los genoveses y se rumoreaba que el ataque

del sultán había sido alentado o bien por los venecianos, o bien por los písanos. Aquellos que no pudieron escapar, sobre todo ciudadanos plebeyos, fueron víctimas de una matanza, y la ciudad fue demolida, un presagio para el destino de Acre.[129]

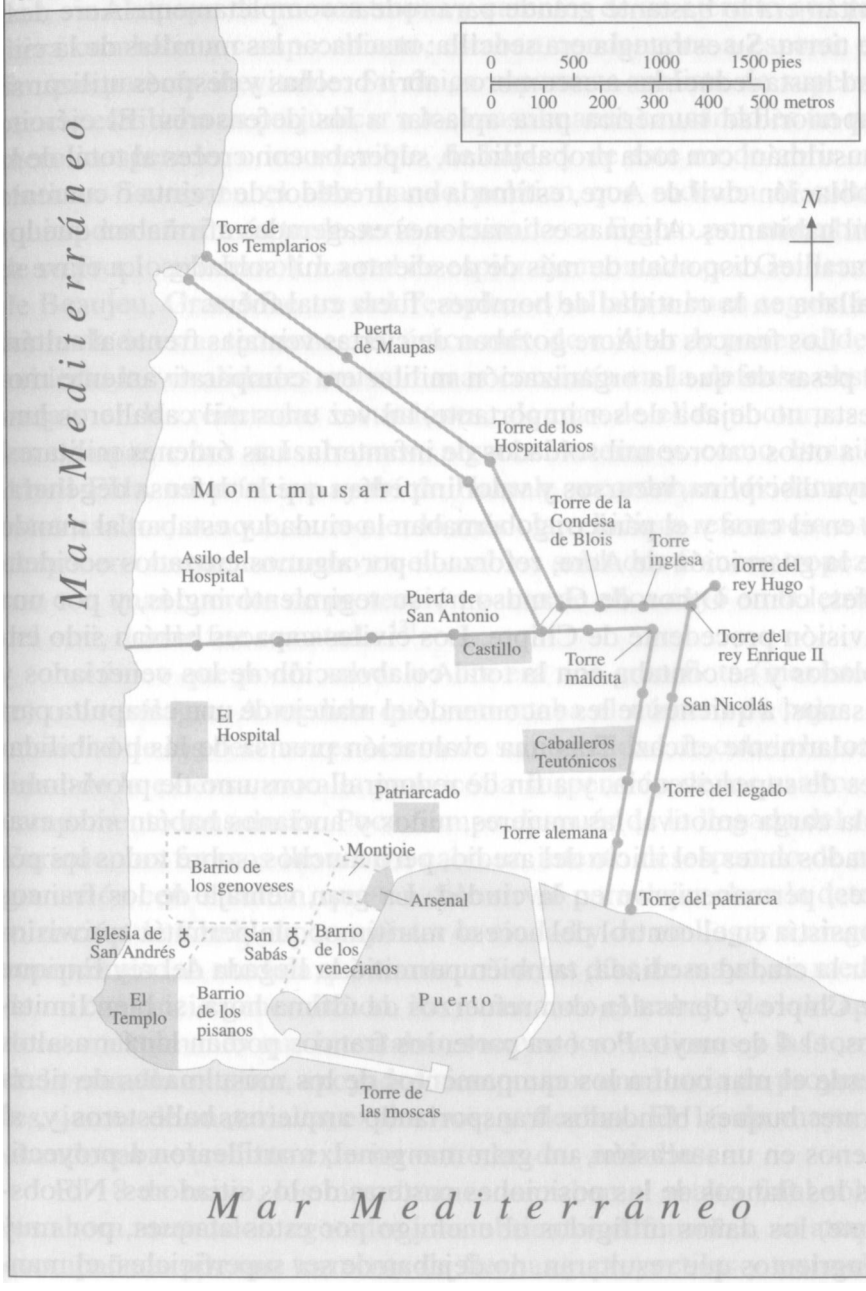
Durante las décadas de 1270 y de 1280, los papas y los monarcas occidentales enviaron hombres y dinero a Tierra Santa. A medida que se iba desintegrando la posición franca en Palestina, en Acre iban apareciendo pequeñas compañías, al mando de cruzados bien relacionados que venían a reforzar temporalmente la resistencia local y las guarniciones occidentales permanentes, financiadas por monarcas europeos preocupados, tal vez culpables: la condesa Alicia de Blois y el conde Florent de Holanda en 1287, Juan de Grailly en 1288 y el amigo íntimo de Eduardo I, Othon de Grandson, en 1290. Ninguna de estas expediciones pudo impedir el destino final de Ultramar. La política de Europa occidental incidía en contra de una nueva cruzada con la misma firmeza que lo hacía la política de Oriente Próximo. La intervención de la tentativa de Carlos de Anjou de anexionarse el reino de Jerusalén en el año 1277 pareció ofrecer, aunque fuera brevemente, un remedio.[130] Sin embargo, la ambición de Carlos tan solo sirvió para poner en peligro la unidad de Ultramar y provocar una dañina guerra en Occidente conocida como la guerra de las Vísperas Sicilianas, después que Sicilia se rebelara contra el dominio angevino en el año 1282. La guerra de las Vísperas Sicilianas enfrentó el reino de Aragón contra Carlos de Anjou y sus aliados franceses, destruyendo, precisamente, la coalición construida por Luis IX y deseada por Gregorio X. En el año 1285, Felipe III de Francia moría en una cruzada, igual que su padre, pero luchando contra los aragoneses y no contra los mamelucos. Las prioridades de Eduardo I estaban en la conquista de Gales (hasta 1284) a la que seguiría poco tiempo después su participación en la sucesión de Escocia que predominaría cada vez más en los últimos años de su reinado (1290-1307). A medida que las relaciones se deterioraban, su alianza con Francia se iba transformando en un lejano recuerdo, hasta desembocar en una guerra provocada por una disputa acerca del estatus del ducado francés de Gascuña, una posesión de Eduardo (1294). El interregno imperial (1250-1273) impidió cualquier contribución unificada alemana. A pesar de que el último gran ataque mongol a Europa había terminado en 1260, a

causa de la guerra civil que había estallado en Extremo Oriente con motivo de la sucesión del kanato, y mientras los monarcas de Europa occidental se mantenían ocupados en la consolidación de sus propias fronteras, los intentos de recomponer una coalición contra los musulmanes demostraron que dicha alianza era tan esquiva como antes. Del mismo modo que el poder de los reyes prometía una cruzada más eficaz, también impedía en gran manera cualquier iniciativa alternativa de sus nobles. La brecha entre habilidad y política llegó a igualar la que existía entre el idealismo y la voluntad.

Las divisiones en Occidente crearon problemas en Ultramar durante los intentos de Carlos de Anjou de arrancarles la corona de Jerusalén a los reyes de Chipre (1277-1285). No obstante, incluso tras la muerte de Carlos en 1285 y la restauración de una autoridad nominal única en la persona de Enrique II de Chipre y I de Jerusalén, cualquier proyecto de defensa permanente en el continente resultaba inviable si no se podía contar con una enorme y poco práctica asistencia exterior. A medida que el sultán Kalawun apretaba la soga, cada señorío franco se enfrentaba a su propia destrucción en medio de una desesperación autónoma, algunos aceptando el señorío de los mamelucos o el gobierno compartido, otros, como Trípoli, sufriendo conquistas y carnicerías. El acto final, iniciado por Kalawun en 1290 contra Acre, continuó tras su muerte al mando de su sucesor al-Ashraf Khalil. El asedio de Acre se prolongó desde el 6 de abril hasta el 18 de mayo, el día que cayó la ciudad. La frenética defensa y los incontables actos de bravura, en ambos bandos, todavía se recuerdan.

El asalto de Khalil sobre Acre estaba diseñado para ser el último. El sultán, continuando los preparativos puestos en marcha por su padre, había reunido soldados, ingenieros zapadores y máquinas de asedio llegados desde el norte de Siria, Damasco y Egipto. La doble muralla de Acre, muy bien mantenida, representaba un obstáculo formidable, de modo que el sitio se asemejaría a un concurso de máquinas de asedio y catapultas. Una de ellas, un gran mangonel traído por el ejército de Hamah desde Hisn al-Akrad, la magnífica fortaleza de Krac des Chevaliers, en el medio Orontes y capturada por Baibars en el año 1271, fue transportada sobre cien carros y tardó un mes en recorrer los alrededor de 200 kilómetros hasta Acre. El paso de Khalil y su posterior bloqueo de la ciudad no encontra-

Acre en el año 1291



ron ninguna oposición puesto que los francos, llegados a este punto, no disponían de ejército de campo. El ejército combinado del sultán era lo bastante grande para rodear completamente Acre desde tierra. Su estrategia era sencilla: machacar las murallas de la ciudad hasta reducirlas a escombros, abrir brechas y después utilizar su superioridad numérica para aplastar a los defensores. El ejército musulmán, con toda probabilidad, superaba con creces al total de la población civil de Acre, estimada en alrededor de treinta o cuarenta mil habitantes. Algunas estimaciones exageradas afirmaban que los atacantes disponían de más de doscientos mil soldados. La clave se hallaba en la cantidad de hombres, fuera cual fuera.

Los francos de Acre gozaban de ciertas ventajas frente al sultán. A pesar de que la organización militar era comparativamente modesta, no dejaba de ser importante, tal vez unos mil caballeros junto a otros catorce mil soldados de infantería. Las órdenes militares, cuya disciplina, recursos y valor impedían que la defensa degenerara en el caos y el pánico, gobernaban la ciudad y estaban al mando de la guarnición de Acre, reforzada por algunos cruzados occidentales, como Othon de Grandson y su regimiento inglés, y por una división procedente de Chipre. Los civiles capaces habían sido enrolados y se contaba con la total colaboración de los venecianos y pisanos, a quienes se les encomendó el manejo de una catapulta particularmente eficaz. Tras una evaluación precisa de las posibilidades de supervivencia, y a fin de reducir el consumo de provisiones y la carga emotiva, las mujeres, niños y ancianos habían sido evacuados antes del inicio del asedio, pero muchos, sobre todos los pobres, permanecieron en la ciudad. La gran ventaja de los francos consistía en el control del acceso marítimo, que permitía aprovisionar la ciudad asediada; también permitió la llegada del rey Enrique de Chipre y Jerusalén con refuerzos de última hora, si bien limitados, el 4 de mayo. Por otra parte, los francos podían lanzar asaltos desde el mar contra los campamentos de los musulmanes de tierra firme: buques blindados transportando arqueros, ballesteros y, al menos en una ocasión, un gran mangonel, martillearon a proyectiles los flancos de las posiciones costeras de los sitiadores. No obstante, los daños infligidos al enemigo por estos ataques, por muy sangrientos que resultaran, no dejaban de ser superficiales; el mangonel no tardó en estropearse un día de mar agitado.

Aunque los francos podían resistir con una seguridad razonable protegidos por las doce torres de las murallas exteriores de la ciudad, sin el apoyo de nuevas tropas y carentes de un ejército que pudiera combatir a campo abierto, estaban condenados a esperar un fin que parecía inevitable. Su única esperanza realista de supervivencia estribaba en perjudicar a los musulmanes causándoles un número inesperado, o insostenible, de bajas y de este modo abrir auténticas fisuras en el alto mando político que rodeaba al sultán (quien dos años más tarde sería asesinado en Egipto por miembros de su propio gobierno). La red de espionaje montada por Guillermo de Beaujeu, Gran Maestre del Temple, se hallaba a buen seguro informada de estas tensiones. El único método militar de poner al descubierto las rivalidades musulmanas consistía en la defensa obstinada y en las reiteradas incursiones, algunas de ellas nocturnas, a los campamentos musulmanes; algunos veteranos como Ismai'il Abu'l-Fida, un príncipe ayubí de Hamah, recordaban vividamente estos asaltos, aunque su recuerdo más claro hiciera referencia a un chapucero ataque nocturno en el cual los soldados francos tropezaron con unas cuerdas de protección y uno de ellos cayó en la letrina del emi, donde fue rematado.[m]

Lo único que podía salvar a Acre era una gran flota (inexistente) o un milagro. A medida que aumentaba el número de bajas, la ansiedad de los defensores acerca de su capacidad de cubrir la totalidad de la extensa muralla provocó la suspensión de los asaltos al campamento musulmán. Poco tiempo después de la llegada del rey Enrique, los francos llevaron a cabo un intento desesperado de negociación con el sultán, que tan solo sirvió para dejar clara la determinación de Khalil de conquistar la ciudad y de no llegar a ningún compromiso. A medida que transcurrían los días de mayo, en medio de un cansancio generalizado, iba avanzando el trabajo de los zapadores musulmanes que intentaban socavar los bastiones y las torres de la muralla exterior, apoyados siempre por una lluvia de proyectiles, jarras de materiales explosivos, y flechas. El 16 de mayo se abandonaba el recinto exterior entre las dos murallas.

El 18 de mayo, los musulmanes lanzaban el asalto final sobre los ahora mermados, agotados y hambrientos defensores, un ataque acompañado por una tormenta de flechas y proyectiles y estimulado por el habitual redoble de tambores y el sonido de címbalos y

trompetas. Los musulmanes no tardaron en penetrar las defensas de la ciudad y enzarzarse en un feroz combate calle a calle y cuerpo a cuerpo. Muy pocos cristianos salieron ilesos y cientos, si no miles, murieron antes de poder llegar al puerto, donde espantosas escenas de caos, pánico y confusión marcaron la evacuación desordenada de los supervivientes. El insuficiente número de barcos provocó la sobrecarga y el vuelco de algunos de ellos, y una repugnante compraventa de pasajes en los buques más grandes. Parece que Roger de Flor, un capitán templario catalán que más tarde adquiriría notoriedad como mercenario luchando en Oriente Próximo, hizo una fortuna extorsionando a mujeres de la nobleza franca que huían de Acre. Las crónicas occidentales están iluminadas por bellas historias, una de las más conmovedoras, el heroísmo y estoicismo mostrado por Guillermo de Beaujeu herido de muerte, y por leyendas de violaciones y atrocidades violentas. Muchos de los comandantes, entre ellos el rey Enrique, consiguieron escapar. Los que se quedaron sufrieron una carnicería, o fueron capturados para pasar el resto de sus días esclavizados o prisioneros, la secuela habitual a este tipo de desastres militares. Al llegar la noche del 18 de mayo, los musulmanes se habían apoderado de la mayor parte de Acre, aunque el recinto fortificado de los Templarios, que sobresalía sobre el mar al suroeste de la ciudad, consiguió resistir diez días más. Un intento de conversaciones acabó en un baño de sangre, mientras las tropas egipcias intentaban capturar a las mujeres y los niños refugiados en el complejo de los Templarios, y aquellos Templarios que habían aceptado las condiciones del sultán fueron ejecutados sumariamente. En los momentos finales del 28 de mayo, tan solo permanecieron en los edificios de los Templarios los impedidos y los tullidos. Quizá el único consuelo que se les permitió a los últimos defensores francos de Acre, o acaso al cronista ausente, pero admirado, que describió la escena, fuera que, mientras las tropas del sultán avanzaban y entraban en el recinto, sus murallas, debilitadas por más de una semana de ataques y trabajos de minado, se derrumbaron al fin, enterrando a vencedores y vencidos, tal vez algo muy apropiado, en una tumba compartida.

Una vez eliminada la última resistencia a finales de mayo, se hizo patente la imposibilidad de cualquier contraataque inmediato o socorro. El sultán, según uno de sus oficiales, tras ejecutar a todos

los defensores supervivientes, una auténtica masacre, ordenó que la ciudad de Acre fuera «destruida y reducida a escombros».[132] No cabía la posibilidad de que se repitieran los acontecimientos de la Tercera Cruzada. En el mes de agosto, todas las plazas fuertes francas restantes en territorio sirio y palestino habían sido rendidas o evacuadas: Tiro, Sidón, Beirut, Tortosa y Athlit. Un testigo presencial del asedio final que había conseguido escapar de la caída de Acre, un chipriota franco que hablaba árabe y había servido más de veinte años en Ultramar, terminando su carrera como secretario del Gran Maestre de los Templarios y agente secreto ocasional, narraba con una claridad lacerante la muerte heroica de su superior y los últimos días de la ciudad franca de Acre. Este hombre, cuyo único hogar era Ultramar, mostró la justa medida de los acontecimientos de Acre en el año 1291: «Por lo tanto toda Siria estaba perdida... En esta ocasión todo estaba tan perdido que las posesiones de los cristianos se reducían a poco más que un palmo de tierra en Siria».[133]

Los desconsolados contemporáneos occidentales lo ignoraban. Ellos y sus sucesores durante muchas generaciones se negaron a aceptarlo. Un siglo más tarde, todavía podía verse a mujeres de la nobleza chipriota que, en público, iban de duelo riguroso por la pérdida de Acre.[134] No obstante, con relación a sí mismo, el intento de los europeos occidentales de establecer y asegurarse el gobierno de Tierra Santa y de los Santos Lugares de su religión en nombre de Cristo había terminado en fracaso.

VIII. LAS ÚLTIMAS CRUZADAS

Capítulo 25

LAS CRUZADAS ORIENTALES EN LA BAJA EDAD MEDIA

La evacuación de las posesiones francas del territorio palestino marcó un período en la historia de las cruzadas, pero no su final. Durante las generaciones siguientes, el fracaso de los europeos occidentales en montar una gran campaña militar, y aún menos una campaña eficaz, contra los mamelucos, o posteriormente, contra los turcos otomanos, modificó el énfasis de las guerras de la cruz al mismo tiempo que transformaba su naturaleza. En Iberia, los Balcanes, y el norte, centro y este de Europa se ramificaron a lo largo de líneas de frente muy dispersas; en Italia las campañas políticas se concebían con estrechez de miras y reclutaban pocos participantes; y en el Levante, se trataba de pequeñas iniciativas, a menudo poca cosa más que incursiones pirata. La pasividad internacional alteró el papel de la ideología, la retórica, la liturgia, el ceremonial, la política y las finanzas de cruzada. Después de 1291, la actividad cruzada no decayó, sino que cambió, del mismo modo que había cambiado en los dos siglos transcurridos desde la Primera Cruzada.

Esta transformación explica la aparente contradicción de las cruzadas en el transcurso de la Baja Edad Media; su ineficacia no consiguió destruir el constante compromiso comunitario hacia la idea, ni tampoco la comprensión de su ideología e ideales. No se trataba de algún tipo de escapismo colectivo o de atrofia mental, sino que más bien, la mentalidad de cruzada, transmitida a través de hábitos establecidos desde hacía tiempo, la liturgia del momento, la renovación constante en las llamadas a dar limosnas, pagar tributos,

comprar indulgencias y, en ocasiones, al servicio de armas, establecía un marco en el que entender el mundo. Esta mentalidad, ampliamente difundida entre la sociedad, permitía la expresión de la fe y de la identidad mediante los rituales sociales y las instituciones religiosas sin la necesidad de una acción política o militar individual. La relativa escasez de *crucesignati* quedaba enmascarada por la ubicuidad cultural. La actividad cruzada, independiente de guerras o combates, evolucionó hacia un estado mental, un medio de alcanzar la gracia divina, una metáfora y un mecanismo de redención, y un examen de la fragilidad humana, del Juicio de Dios y de la corrupción de la sociedad. La cruzada se convirtió en algo en lo que creer en lugar de ser algo que hacer.

La guerra santa también persistió como una característica de la Europa de la Baja Edad Media por razones externas. Los puestos avanzados del Mediterráneo oriental seguían amenazados. El imperio mameluco consolidaba de forma gradual su hegemonía sobre los territorios conquistados en el siglo XIII, resistía los ataques de los mongoles en Siria alrededor del año 1300, y extendía sus agresiones a los puertos y costas de la zona norte del Levante mediterráneo. El enclave cristiano de la Cilicia armenia, que de cuando en cuando se proponía, con algunos aspavientos, como la posible base de una reconquista de Tierra Santa, fue finalmente anexionado por los mamelucos en 1375. Chipre siguió siendo un objetivo de los ataques egipcios hasta bien entrado el siglo xv. Aun así, a pesar del torrente de escritos orientadores, de la enérgica diplomacia y de los asaltos ocasionales a la costa levantina, no se organizó ninguna campaña occidental importante para regresar al estado de cosas anterior a 1291. La presencia europea occidental en Palestina se reducía a espías y mercaderes, a las visitas de clérigos y al turismo de ricos peregrinos. A mediados de la década de 1330, los franciscanos se establecieron en calidad de representantes de la iglesia de Roma en Jerusalén, con licencia de los mamelucos;[1] ocuparon los sectores latinos en el recinto del Santo Sepulcro, además del Cenáculo (cámara superior), la tumba de la Virgen María y la Gruta de la Natividad en Belén; concibieron un paquete de visitas turísticas rituales desviando el camino del Via Crucis e inventando ceremonias apropiadamente conmovedoras, entre las que se incluían vigilias de una noche en la iglesia del Santo Sepulcro y, más tarde, ceremonias en las

que se armaban caballeros, utilizando en el acto una espada que, decían, había pertenecido a Godofredo de Bouillon. La agresión militar cristiana contra los mamelucos apenas interfería en este constante negocio del peregrinaje. En 1370, un tratado entre Egipto y Chipre garantizaba explícita o implícitamente derechos de visita duraderos para los peregrinos cristianos latinos, a un precio fijo, y proporcionaba las circunstancias favorables a la popularidad continuada de esta forma de turismo de aventura religioso que, en el año 1400, había evolucionado hacia un itinerario habitual de visitas turísticas guiadas. Sin embargo, a partir de la década de 1330, una nueva potencia vino a alterar los acuerdos del siglo XIII. El sultanato otomano, cuya base territorial se hallaba en el noroeste de Asia Menor, se fue erigiendo de forma gradual en la mayor amenaza a la integridad de la cristiandad desde los mongoles en la década de 1240, y una amenaza que demostró ser más duradera y más inmediata. Cuando la cristiandad occidental empezó a sucumbir al violento, e imposible de erradicar, cisma religioso del siglo xvi, los otomanos habían conquistado Grecia, los Balcanes, Asia Menor y el imperio mameluco, incluyendo Palestina, y estaban golpeando a las puertas de Austria. Las oportunidades de cruzada contra los musulmanes seguían siendo amplias.

Imaginando la cruzada

Uno de los géneros literarios más característicos de la Baja Edad Media podría ser descrito como «literatura de recuperación», libros, panfletos e informes que mostraban preocupación por la cruzada, la restauración de Jerusalén y el avance de los turcos. A las élites laicas y religiosas de Europa occidental les resultó poco menos que imposible abandonar Tierra Santa como ambición política o como una visión de perfección. A lo largo de los siglos xiv y xv, gobiernos, moralistas, predicadores y miembros de grupos de presión regresaron una y otra vez a un tema en el que los objetivos morales y prácticos se fusionaban. A principios del siglo xiv, un gran maestre de los Caballeros Hospitalarios describía la cruzada como «el camino más cercano al Paraíso»; otro veterano algo entrado en años insistía en que podía «curar todas las enfermedades y transformar la

tristeza en alegría».[2] La ingente cantidad de consejos escritos que se propusieron durante los dos siglos posteriores a 1291 asociaban de forma sistemática la recuperación de Tierra Santa o la defensa de la iglesia a la redención personal, al honor y a la resolución de los problemas internos políticos, sociales y religiosos de Europa. Este tipo de ideas circulaban en forma de documentos de estado y de literatura efímera. Todos los monarcas que contemplaban la posibilidad de una cruzada exigían consejos detallados y documentación de sus consejeros o agentes, de partes interesadas reconocidas, por ejemplo las órdenes militares o los venecianos, quienes se definían a sí mismos como expertos, y de los miembros de grupos de presión que diseminaban sus ideas a través de redes de contactos, clientelismo y autopromoción. El antiguo canciller de Chipre, Felipe de Méziéres (1327-1405), dirigía un cuerpo de propagandistas y suministraba un flujo de panfletos y de trabajos más extensos. Marino Sañudo Torsello escribió un gran volumen histórico en apoyo de sus informes, y comprometió a un *scriptorium* muy activo a producir mapas y otra literatura de cruzadas, además de explotar sus amplios vínculos con miembros de las cortes de Inglaterra, Francia, Aviñón, Nápoles y Bizancio.[3] Se tomaba en serio a este tipo de personajes. Sañudo asistió a reuniones del consejo real francés en la década de 1320 que debatían sobre sus planes; setenta años más tarde uno de los agentes de Méziéres fue interrogado a conciencia por los duques de Borgoña y de Gloucester con respecto a sus propuestas de cruzada.[4] Todos estos teóricos, grupos de presión y autores panfletarios no escribían necesariamente porque les divirtiera, sino que el contexto era de interés oficial y de acción. Estos escritores se movían entre los círculos sobre los que se deseaba influir, y los grupos de presión y su público compartían una susceptibilidad emotiva hacia la ideología de la cruzada. El propósito práctico de estos planes no debería ser minimizado, aunque sus detalles no convenzan. La receta de sopa de babosa del médico de Felipe IV, Guido de Vigevano, constituía un remedio facultativo serio para evitar el envenenamiento durante las cruzadas.[5]

El peso del asesoramiento sobre las cruzadas reflejaba la confianza permanente en las posibilidades de recuperación de Tierra Santa. Los planes se acompañaban de elaboradas explicaciones, estadísticas, pruebas históricas y demostraciones que variaban desde

lo más impresionante hasta lo absurdo y banal; contribuían a establecer las estrategias ortodoxas que determinarían la planificación. El abrumador consenso del siglo xiv propugnaba una serie de expediciones marítimas que destruyeran el poder económico y político de Egipto. Algunas voces, en general ibéricas, proponían seguir una ruta terrestre a través del norte de África para atacar el Nilo, pero solo el advenimiento de la amenaza otomana sobre Europa oriental reavivaría las ideas de la utilización de la ruta marítima de la Primera y Segunda Cruzadas. Se plantearon algunas dudas, sugeridas por la experiencia y el coste, acerca de la eficacia de una gran cruzada. Sañudo calculó el coste de la fuerza expedicionaria inicial a Egipto en más de dos millones de florines, diez veces los ingresos ordinarios anuales del papado, un orden de magnitud confirmado por los propios gobiernos que estimaron el coste de este tipo de campañas.[6] Esta conciencia del coste explica la insistencia, tan a menudo criticada, en los métodos de recaudación que acompañaban cualquier iniciativa seria. Sin embargo, los problemas económicos no consiguieron disuadir a los gobiernos de investigar, al menos, las posibilidades de acción, aun cuando las dificultades para obtener los fondos necesarios constituyeran un bloqueo político y una manera de desincentivar materialmente las iniciativas.

No obstante, la teoría desembocó en la acción en muy escasas ocasiones. No se llevaron a la práctica ni las propuestas de Sañudo en la década de 1320, ni las de Méziéres en la de 1390. Cuando, medio siglo más tarde, Bertrandon de la Brocquiére ponía en duda la viabilidad o la oportunidad de una cruzada contra los turcos, su señor, el duque Felipe de Borgoña, hizo caso omiso de su opinión y siguió adelante con sus planes contra los otomanos.[7] Aparte de identificar las dificultades planteadas por las cruzadas orientales, la tendencia de los autores y de los grupos de presión a formular sus planes en el más amplio contexto de la reconciliación internacional indicaban la razón por la que sus ideas no se llevaban a cabo. Debatir acerca de los obstáculos a las cruzadas no los hacía desaparecer. El extraordinario conservadurismo de muchas de las recomendaciones y de la teoría de cruzada resultaba igual de restrictivo. Durante la Baja Edad Media, los planes de una cruzada oriental se desligaban en muy raras ocasiones de la familiar y reconfortante invocación a la recuperación de Tierra Santa, aun cuando el peligro

más evidente procediera de los turcos otomanos. Esta propaganda tradicional iba en paralelo a la floreciente liturgia de Tierra Santa en misas, oraciones y procesiones que persistió en toda Europa occidental hasta bien entrado el siglo xvi. Hermanar las guerras contra los turcos a la lucha histórica por recuperar Tierra Santa aumentaba la receptividad de aquellos, al menos entre las élites cortesanas, de quienes se buscaba su contribución piadosa y económica.

Los promotores de las guerras de la cruz nunca pudieron despojarse del todo de este tradicionalismo. Sin embargo, la nueva amenaza de los turcos otomanos coincidió con la aparición de nuevas interpretaciones de las cruzadas, y posiblemente fuera provocado por ellas, entre los historiadores humanistas y los intelectuales que intentaban presentar el pasado como un modelo que determinara el comportamiento público presente y futuro. El drama y el éxito de la Primera Cruzada seguía siendo fuente de inspiración, pero los humanistas entusiastas de las cruzadas adoptaron una perspectiva característica. La gran historia de la Primera Cruzada escrita por el canciller florentino Benedetto Accolti (1464-1466) se refería constantemente a los turcos y otros musulmanes con el nombre de «*barbari»,* bárbaros, lo que insinuaba una comparación clásica.[8] Las cruzadas y su fracaso brindaron a los intelectuales humanistas un comentario sobre el estado de la sociedad civil en Occidente, además de la más familiar exégesis religiosa. Según esta lectura, la cristiandad latina había heredado el *imperium* de la Roma clásica, y por lo tanto la conquista de Palestina constituía una doble recuperación, del espacio religioso y de los territorios imperiales. En opinión de algunos apologistas que adoptaron esta línea de pensamiento, sobre todo el papa Pío II, que realizó grandes esfuerzos para organizar una nueva cruzada general, los dos aspectos de las cruzadas se unían en la institución pontificia: el papa como vicario de Cristo y heredero residual del imperio romano. El ascenso de los otomanos permitió que el fracaso de las cruzadas ilustrara la decadencia política y moral de la Europa latina, en contraste con la unión y la disciplina reinante entre los turcos, e impuso su permanencia en el centro del debate público en el siglo xvi.

LAS CRUZADAS A ORIENTE

Después de 1291, y del fracaso de los planes de Nicolás IV de lanzar una nueva cruzada que recuperara Tierra Santa lo antes posible, se planearon expediciones internacionales en serio en tres ocasiones.[9] El Concilio de Viena de los años 1311 y 1312 autorizó un diezmo eclesiástico para la cruzada durante un sexenio. Un año más tarde, Felipe IV de Francia ejercía de anfitrión en una elaborada ceremonia en París donde él, sus hijos y su yerno, Eduardo II de Inglaterra, tomaron la cruz. Este tipo de gestos se habían convertido en habituales en las cortes de Europa occidental y no indicaban necesariamente más que el deseo de obtener respetabilidad diplomática, algo así como ingresar en la Sociedad de Naciones, e igual de eficaz. Sin embargo, Felipe realizó esfuerzos propagandísticos e invirtió, tal vez, devoción personal en la causa de Tierra Santa, abrazando con entusiasmo el aura de San Luis. La actividad hacia la cruzada garantizaba asimismo el acceso legítimo a los fondos de la iglesia, que de otro modo hubiera provocado una gran polémica. Si bien la sinceridad de Felipe no debería ser descartada con demasiada facilidad, lo cierto es que su muerte y la del papa Clemente V en 1314, el interregno pontificio en los años 1315 a 1317, el desplome de la posición política de Eduardo II tras su derrota en Bannockburn en 1314 y una hambruna que afectó a toda Europa entre 1315 y 1317 lograron realmente acabar con la cruzada de Viena. No obstante, Felipe V de Francia intentó imponer tributos laicos que financiaran una nueva cruzada, y su sucesor, Carlos IV, intentó reavivar una planificación seria en 1323, patrocinando una flotilla para Oriente que nunca llegó a zarpar.[10]

Entre 1331 y 1336, Felipe VI de Francia negoció, planificó y preparó una nueva expedición a Tierra Santa.[11] Tomó la cruz en octubre de 1333 tras haber conseguido el nombramiento del papa como «rector y capitán general» de la iglesia, y el deseado gran subsidio económico del papa Juan XXII el mes de julio anterior. Felipe, Venecia, Bizancio y los Caballeros Hospitalarios patrocinaron una liga naval contra los turcos (1332-1334), y jugaron durante un corto espacio de tiempo con la idea de una pequeña expedición preliminar. Sin embargo, la política francesa parecía más atraída por la idea de un nuevo *passagium* general según los precedentes de 1248

y 1270. Esta estrategia, aunque atrajera sin duda mayores oportunidades de grandes subvenciones pontificias, contradecía la realidad de la política internacional contemporánea. Felipe solo habría podido salir hacia Tierra Santa en el año 1336, según sus planes, si hubiera sido capaz de conseguir la paz en sus fronteras y en Europa occidental. Las posibilidades de iniciar la cruzada parecían algo turbias, habida cuenta de que quedaba por resolver la disputa entre el papado y el rey alemán, Luis IV, de que Italia seguía en guerra, y la no participación de las monarquías ibéricas. Más perjudiciales aún resultaban las relaciones entre Francia, Inglaterra y Escocia. A pesar de que Eduardo III de Inglaterra se había involucrado en la diplomacia de la cruzada, al menos desde 1332, los intentos ingleses de someter a Escocia entre los años 1332 y 1335 y de derrocar al rey de los escoceses, David Bruce (1329-1371), el aliado de Felipe, imposibilitaban la cooperación formal. El nuevo y pacífico papa Benedicto XII se mostraba reticente a permitir cualquier flexibilidad en el modo en el que Felipe gastaba (o, más apropiadamente, malgastaba o desviaba) los fondos procedentes de los impuestos de la cruzada. El rey francés, consciente de que los ingleses podrían aprovecharse de su ausencia, ligó su partida a un acuerdo en Escocia. Reclutar soldados, recaudar dinero y reunir los materiales necesarios también resultó ser más difícil de lo que Felipe había previsto; de modo que el proyecto de la cruzada se cancelaba en el año 1336. La flota destinada a Levante fue posteriormente redirigida hacia el Canal de la Mancha para los preámbulos de la guerra de los Cien Años (1337-1453), un conflicto que significaría el final definitivo no solo de los planes de cruzada de Felipe IV, sino además de cualquier campaña importante en el Mediterráneo oriental. La cancelación de la cruzada de Benedicto XII eliminó las restricciones diplomáticas por ambas partes y precipitó el estallido de hostilidades abiertas un año más tarde.

Se ha argumentado que la organización en cierto modo esclerótica de la cruzada antes de 1336 sugería una actitud poco entusiasta hacia la iniciativa, en especial entre algunas de las facciones dominantes en la corte de Felipe VI, y que se abandonó la cruzada porque parecía cada vez más arriesgada. Si bien esto último es evidente, la acusación de falta de compromiso subestima los riesgos a los que se expuso Felipe, sobre todo al agotar su capital político en in-

tentos infructuosos de obtener un subsidio laico en los años 1335 y 1336. La cruzada contribuyó asimismo a reafirmar la reivindicación de Felipe de la autoridad inherente a la religión de la monarquía creada por sus predecesores capetos, en particular San Luis, para su nueva dinastía monárquica, la casa de Valois. El esfuerzo administrativo y diplomático había sido considerable y abarcaba los impuestos eclesiásticos y la predicación autorizada más allá de las fronteras de Francia. Es más, según había predicho algún cruzado francés, el fracaso o el engaño atraería la *«honte du monde»,* la deshonra ante el mundo.[12] Las reacciones, que variaban entre la vergüenza resignada hasta la denuncia salvaje de hipocresía, y de las que se hacían eco los comentaristas, resonaban en todas las cortes. Sus contemporáneos acusaban a Felipe de utilizar la cruzada como una cortina de humo tras la cual preparaba su guerra contra los ingleses, y hubo quien atribuyó sus fracasos en esta guerra a su supuesto engaño. Décadas más tarde, Felipe de Méziéres, en aquella época todavía un adolescente en Picardía, recordaba con claridad las desafortunadas consecuencias del fracaso de Felipe VI.[13] El recuerdo había quedado insertado en las narrativas de los acontecimientos recientes populares alrededor del año 1400 a ambos lados del Canal. La ambición de 1332 y, aún más, la decisión de 1336 no dejó de obsesionar a los reyes Valois de Francia.

La última tentativa diplomática concertada de organizar un nuevo *passegium* general directamente contra los mamelucos tuvo que esperar a la gran tregua de la guerra de los Cien Años, entre 1360 y 1369. El rey Pedro I de Chipre (1359-1369) sentía impaciencia por alistar la ayuda occidental en su ambiciosa política de proteger el comercio chipriota en el Levante mediante la desestabilización del régimen de los mamelucos y de su hegemonía sobre las rutas comerciales que pasaban por Alejandría.[14] La reciente relajación de los embargos pontificios sobre el comercio occidental con Egipto alentó a Pedro a llevar a cabo una acción más audaz. En 1361, capturó el puerto de Adalia, al sur de Turquía. En 1362, y explotando el tradicional entusiasmo de los caballeros occidentales, Pedro anunció una nueva campaña para recuperar Tierra Santa, una declaración a la que siguió una visita personal a todas las grandes capitales europeas, desde Inglaterra, Flandes y Francia hasta Polonia y Bohemia. Había conseguido el respaldo del papa Urbano V en una con-

ferencia en Aviñón en marzo y abril de 1363, en la que participó un amplio y distinguido grupo de asistentes, entre ellos el rey Juan II de Francia, el conde Amadeo de Saboya, el Gran Maestre de la orden del Hospital, y el inglés Tomás de Beauchamp, conde de Warwick. El punto culminante de la conferencia lo marcó el momento en el que estos notables personajes, junto al nuevo legado pontificio y diplomático veterano, Elias de Périgord, cardenal Talleyrand, recibieron la cruz. Se propusieron nuevos impuestos de cruzada, se autorizó la prédica y se ofrecieron indulgencias. Los protagonistas de Aviñón fueron inmortalizados en el fresco de Andrea Bonaiuti de la iglesia militante de Santa María Novella de Florencia.[15]

Los resultados de la gran gira europea de Pedro I entre los años 1362 y 1365 no satisficieron las extravagantes esperanzas de la Conferencia de Aviñón. En el año 1364 fallecían Juan II y el cardenal Talleyrand. La gestión de la cruzada fue transferida a Pedro I y a sus consejeros, el nuevo legado cruzado Pierre de Thomas (muerto en 1366), que ya ostentaba el cargo de legado en Oriente, y el canciller del rey chipriota, Felipe de Méziéres. El dinero del papa Urbano costeó la contratación de una importante cantidad de soldados, entre ellos mercenarios ingleses, posiblemente de la Compañía Inglesa Libre, residente en Pisa. Al dejar Venecia en junio de 1365, Pedro fijó la reunión con los refuerzos chipriotas y hospitalarios en agosto; la flota combinada sumaba tal vez unos 165 barcos capaces de transportar una gran cantidad de hombres, se ha barajado la cifra de diez mil, y a sus caballos. Los reclutas procedían de Escocia, Francia, Ginebra e Inglaterra. El contingente mercenario inglés se hallaba al mando de un noble inglés que pudiera haber sido el conde de Hereford.[16]Sin embargo, la naturaleza políglota del ejército acaudillado por Pedro no tendía a la cohesión o a la unidad de propósito, de táctica o de estrategia. Aunque la decisión de atacar el puerto principal de Egipto, Alejandría, emanara del rey, ya en el primer día de combates un grupo de nobles propuso casi de inmediato la retirada al objeto de evitar las bajas inútiles, propuesta que sugería que consideraban inútil toda la empresa.

La campaña incluyó una sensacional victoria, una retirada vergonzosa y un enorme, y corrupto, beneficio. Contra todas las expectativas, Alejandría, uno de los puertos mejor defendidos del Mediterráneo, cayó al primer asalto en el primer día de combate, el 10

de octubre de 1365. Una vez en el interior de la ciudad, los cristianos pasaron la semana siguiente realizando una matanza de civiles al querer asegurarse rápidamente grandes cantidades de botín de uno de los centros de distribución más ricos del mundo conocido entonces por los europeos. La escena no era agradable; pero parece ser que, sobre todo a los ojos de los testigos egipcios, resultó muy eficaz, aunque se pareciera más a Damieta en 1249 que a Constantinopla en 1204. El repentino éxito provocó una disputa inmediata. Los apologistas posteriores describirían al rey Pedro, a Pierre de Thomas y a Méziéres defendiendo la opción de conservar Alejandría como un medio para garantizar la restitución de Jerusalén. Otros, también muy versados en la historia de las cruzadas, insistían en que la posición militar de los cruzados era insostenible. Era preferible abandonar la ciudad llevando consigo el inmenso botín capturado a perseverar en un sacrificio inútil. La prudencia prevaleció y los cristianos evacuaron Alejandría el 16 de octubre.

Pedro posiblemente estuviera de acuerdo con este análisis. Podría haber comprendido que sin la promesa de la ayuda de un gran ejército, el camino de Alejandría no llevaba a ninguna parte. Los intereses de los chipriotas consistían en transtomar el comercio egipcio y favorecer así sus propios puertos. Al presentarle a Occidente una victoria tan espectacular, sorprendente y lucrativa, la primera de esta envergadura desde el año 1249, Pedro quizá albergara asimismo la esperanza de alentar un nuevo compromiso contra los mamelucos en un momento en el que la atención de los papas y los príncipes se desviaba cada vez más hacia el norte y los turcos. La novedad del plan de cruzada de Pedro de 1362-1365 estribaba en el liderazgo activo de un monarca oriental latino al frente de una cruzada occidental, una coalición que resultaba tan obvia como escasa. Si Pedro esperaba crear sensación, lo había conseguido. Los aduladores como Méziéres, y el poeta y músico de moda, Guillaume de Machaut, en su poema épico en verso *La Prise d'Alexandre,* dejó una crónica vivida, aunque política y moralmente sesgada.[17] El cronista monástico Thomas Walsingham observaba que no solo el precio de las especias aumentó a consecuencia del saqueo de Alejandría, sino que muchos ingleses y gascones regresaron de Egipto con «telas de oro, sedas y joyas exóticas y espléndidas que testimoniaban la victoria obtenida».[18] A pesar de las críticas a la evacuación y

de las caricaturas fáciles de la avaricia de las tropas, la captura de Alejandría se erigió en un duradero y brillante honor de campaña del que Geoffrey Chaucer, que había conocido a muchos veteranos auténticos, tuvo gran cuidado de apropiarse en su caracterización del Caballero en los *Cuentos de Canterbury*.'[9]

Sin embargo, la estrategia de Pedro I, fuera de conquista o de guerra comercial, fracasó estrepitosamente. La cruzada de 1365 se desintegró con la evacuación; la siguiente iniciativa cruzada occidental la dirigió el conde de Saboya en 1366 y 1367 en los Dardanelos y el Mar Negro. Algunas incursiones chipriotas más sobre la costa levantina a lo largo de los siguientes años y otro amplio avance occidental por el rey Pedro en 1367 y 1368 no obtuvieron ningún resultado. El propio Pedro fue asesinado en 1369, víctima de las disputas internas chipriota que solían ser despiadadas. De hecho, había iniciado negociaciones con los mamelucos en 1366; tras su muerte, se firmó un tratado de paz entre chipriotas y egipcios que, según se supo, significó el fin de la última cruzada dirigida específicamente contra los mamelucos que controlaban Tierra Santa. Las prioridades habían cambiado a pesar del manto de la retórica tradicional. Mientras Chipre y los Hospitalarios acordaban treguas, firmaban tratados y concertaban pactos con los mamelucos con regularidad, la nueva potencia de los turcos otomanos redireccionaba la utilización de la cruzada.

EXPANSIÓN Y RETRACCIÓN

Las cruzadas tradicionales en el Mediterráneo oriental operaban en el contexto de una aplicación más amplia de las guerras de la cruz. Las instituciones relacionadas con las cruzadas, voto, cruz, indulgencias y privilegios, se seguían asociando a una lista creciente de conflictos armados. El profesionalismo del reclutamiento y de la organización, al alentar las redenciones de voto, las limosnas y los legados, ampliaba el alcance social de la participación, al mismo tiempo que corría el riesgo de frustrar a los que se veían obligados a participar como no combatientes en una actividad cada vez más ritualizada. Al insistir en los beneficios redentores de la cruz, a fin de alentar las donaciones, los sermones *de cruce* se prestaron a la in-

troducción de temas penitenciales y escatológicos más dilatados que la cruzada. Por precepto y analogía, la cruzada se había insertado en el amplio evangelismo de la iglesia y, a partir de ahí, en la experiencia religiosa, las actitudes y las esperanzas. La cruzada se convirtió asimismo en una característica de las finanzas públicas del estado. La disponibilidad de grandes sumas de dinero derivadas de las propiedades de la iglesia a través de la recaudación de fondos y de la imposición regular de tributos eclesiásticos, a menudo le resultaba irresistible a los monarcas laicos.

El registro de la correspondencia oficial de Inocencio IV, un distinguido abogado canónico autor de una teoría sobre la guerra justa, había demostrado con exactitud lo extenso de la aplicación de la cruzada a una variedad de conflictos políticos.[20] Se ordenó la prédica de la cruz contra Federico II, su hijo Conrado IV, el duque de Baviera, los seguidores de los Hohenstaufen en general, los baltos y livonios en Livonia y en Prusia, los mongoles, los irreligiosos de Cerdeña, los musulmanes de España, África y Palestina, los griegos que amenazaban al imperio latino de Constantinopla, los presuntos herejes de Italia, Lombardía y Bosnia, y contra Ezzelino da Romano. En otras ocasiones, los objetivos de las cruzadas incluyeron a los campesinos de Drenther, en la diócesis de Utrecht (1228-1232); los campesinos de Stedinger del Bajo Weser (1232-1234); los ortodoxos griegos rusos (a partir de 1240); los fineses (con seguridad en 1257 y a partir de 1348); los opositores políticos de los reyes de Inglaterra (1216-1217 y 1265); los sicilianos y aragoneses (1283-1302); los seguidores cultuales piamonteses del carismático Fray Dulcino (1306-1307); un índice geográfico de las ciudades-estado italianas a partir de 1255, que incluía Venecia (1310) y Milán (a partir de 1360); las islas Canarias (cruzada planeada en 1344); diversos emires turcos del Egeo (a partir de la década de 1330); compañías mercenarias del siglo xiv, o *routiers* (a partir de 1357), que se alimentaban de las oportunidades y de los botines de guerra proporcionados por las guerras franco-inglesa e italianas; seguidores a ambos bandos del Gran Cisma de Occidente (1378-1417), sobre todo en la década de 1380; los husitas de Bohemia (a partir de 1420) y, por supuesto, los otomanos. De las decenas de campañas de la cruz en los siglos posteriores a la derrota de Luis IX en 1250, algunas constituían la respuesta a una necesidad militar ur-

gente o a una ambición estratégica tradicional, y otras eran el resultado de la presión política sobre el papado de sus aliados para que el pontífice les concediera estatus y acceso a los fondos de la iglesia a fin de contribuir al reclutamiento, a la diplomacia o a las finanzas de guerra. Al pontífice no siempre se le convencía fácilmente. Gregorio IX instituyó una investigación meticulosa sobre la presunta herejía de los campesinos de Stedinger en la diócesis de Brema, antes de autorizar una cruzada para eliminarlos en el año 1232.[21] En 1318, Juan XXII se negó a aceptar los argumentos de Felipe V de Francia según los cuales sus enemigos, los flamencos, estaban a la misma altura que los sarracenos porque, al haber sido excomulgados, su hostilidad hacia la política francesa obstaculizaba una cruzada oriental.[22] Los sucesores de Juan mostraron siempre reticencias a aplicar las fórmulas de la cruzada a beneficio de los franceses durante la guerra de los Cien años. Algunos papas sintieron más entusiasmo por las guerras en el Mediterráneo oriental, otros por las guerras en Italia, otros prefirieron, en general, un enfoque más pacífico a los males de la cristiandad.

Este uso ampliado de las cruzadas seguía patrones variables de política internacional y diplomacia. Las disputas irresolubles en el Mediterráneo occidental entre Nápoles, Sicilia y Aragón de finales del siglo XIII fueron sustituidas por las amargas rivalidades intestinas italianas del siglo xiv, alentadas por el reavivado interés imperial alemán en la Península, la ausencia pontificia en Aviñón (1309-1377) y el ascenso de la *signoria* en las ciudades-estado de Toscana y Lombardía, en sempiterna rivalidad. A todos ellos se les asignaron privilegios de cruzada en algún momento. Es cierto que la guerra de los Cien Años no atrajo ninguna cruzada, salvo durante el Gran Cisma, pero mucha de la retórica que propugnaba una paz negociada se había construido en el contexto, primero, de la recuperación de Tierra Santa y, después, de la defensa contra el avance de los turcos. Lejos de representar la expresión de una devoción por lo antiguo, la cruzada conservaba una auréola práctica. Continuó asimismo proporcionando un contexto de neutralidad aparente y, en general, respetado, y una excusa para acuerdos diplomáticos y cierta transigencia, desde Escandinavia hasta el Mediterráneo. El lenguaje de las cruzadas no tenía por qué ser cínico, hipócrita o de sentimientos ambiguos, a pesar de la existencia de estos elementos. Durante los

dos largos períodos de tregua entre Inglaterra y Francia en las décadas de 1360 y de 1390, los planes de cruzadas y de acción se llevaron a cabo en cooperación con antiguos enemigos, puesto que el fracaso en garantizar la paz podía inducir las acusaciones de obstaculizar la causa de Tierra Santa o de la cristiandad. Las fórmulas tradicionales persistieron hasta el siglo xvi.

No obstante, en el siglo xv, el ámbito de la actividad cruzada, acción, instituciones y retórica, se había contraído y, en consecuencia, su naturaleza se había modificado. De nuevo, la dialéctica de la decadencia se equivoca. Dicho de manera muy cruda, en cuanto a la actividad material y la atención política internacional, las cruzadas a Tierra Santa dominaron el período entre 1188 y 1250; las italianas lo hicieron desde 1250 hasta finales del siglo xiv; y las guerras con los turcos, desde finales del siglo xiv hasta finales del siglo xvi.[23] Los conflictos italiano y turco inevitablemente se fusionaron con mucha más facilidad en su contexto local y político, ajeno a la cruzada, que las campañas de Palestina y Egipto, aun cuando el papado hubiera presentado el estatus legal de todos ellos como idéntico. Fuera de Iberia y, en menor grado después del año 1300, en el noreste de Europa, la cruzada se adscribía principalmente a operaciones defensivas: resistencia a los mamelucos, a los piratas turcos o a los otomanos; a la eliminación de los *routiers*\ o a la derrota de aquellos que, en opinión del papa, pisoteaban los derechos de la iglesia y amenazaban su patrimonio en Italia. Incluso cuando las campañas militares eran ofensivas, como la del Egeo en las décadas de 1330 y de 1340, o las guerras italianas, se seguía aduciendo la justificación convencional de la defensa de la cristiandad en peligro. Este mecanismo persuasivo formaba parte del lenguaje de las cruzadas desde la década de 1090. Aun así, antes de 1250, muchas de las guerras sostenidas por estas justificaciones habían sido realmente campañas de agresión, sobre todo los ataques a Egipto. Después de 1250, ninguna otra ofensiva similar había abandonado la mesa de planificación. Incluso la campaña de Nicópolis de 1396, que enfrentó un ejército europeo occidental contra los turcos en el bajo Danubio, había sido enmarcada como parte de un plan de defensa de Hungría, aun cuando los optimistas albergasen la esperanza de una subsiguiente guerra de reconquista. En el siglo xv, el problema de las cruzadas se había subsumido en otro problema mayor percibido desde Europa: una

cuestión de supervivencia cultural y política ante lo que parecía, al menos hasta las victoriosas defensas de Belgrado (1456) y de Rodas (1480), una fuerza inexorable. Según advertiría Pío II en el año 1463: «La cristiandad ha quedado reducida a un ángulo del mundo».[24]

El cambio de planes estratégico del siglo xiv, de una nueva invasión de Oriente Próximo a los intentos desesperados de reforzar las fronteras de la propia Europa cristiana latina, coincidió con la reducción de los destinos de las cruzadas. La campaña egipcia de Luis IX no tenía sucesores: constituía la última ocasión en la que un gran ejército de tierra de Europa occidental había intentado conquistar, o reconquistar, territorios en el Mediterráneo oriental. A excepción hecha de Nicópolis y de Belgrado, todos los ataques posteriores contra los mamelucos y los turcos consistieron en incursiones navales o en asaltos marítimos rápidos, equivalentes a las salidas de pequeños grupos de jinetes, rápidas y a tierra quemada, de la guerra de los Cien Años, conocidas bajo el nombre de *chevauchées,* cabalgadas. De los ataques contra Esmima (1344), Adalia (1361), Alejandría (1365), Trípoli (1367, 1403) o Beirut (1403), tan solo se ocuparía Esmima (1344-1402). La excepción la constituyó Rodas, conquistada y colonizada por los Hospitalarios (1306-1310), un éxito que, sin embargo, no fue fruto de ninguna cruzada general. La presencia de la orden del Hospital en Rodas hasta el año 1522 ilustraba cómo las guerras cristianas en el Mediterráneo oriental se habían convertido en una función a merced de los intereses locales (Venecia, Génova, Chipre, y los caballeros del Hospital), más que a merced de los imperativos de la cristiandad occidental. La sofisticada administración fiscal establecida por el Segundo Concilio de Lyon en 1274 se utilizó como sistema universal a lo largo de menos de medio siglo. El Concilio de Viena concedió en 1312 el último diezmo eclesiástico general de cruzadas, gravado y cobrado por toda la cristiandad y recaudado entre 1313 y 1319. A partir de entonces, el sistema se aplicó a los impuestos de ámbito nacional y regional. Durante el siglo XIII, la penitenciaria pontificia, que funcionaba como una especie de cámara de compensación de la curia, se hizo cargo de la administración central de la iglesia para asuntos no fiscales relacionados con las cruzadas: privilegios, protección de la propiedad e inmunidad legal. Sin embargo, esta estructura más burocrática y más coherente no se tradujo de ninguna manera en acciones cruzadas; un estrepitoso fracaso.

Algunas de las características principales de las iniciativas cruzadas del siglo xiii y anteriores desaparecieron en las generaciones posteriores a 1250. Las guerras del Báltico se subcontrataban casi en exclusiva a los Caballeros Teutónicos o a los reyes de Dinamarca y Suecia. La participación internacional en las guerras de Iberia contra los moros era muy limitada; estas guerras, además de ser infrecuentes, se habían convertido en el dominio exclusivo de los gobiernos de los monarcas y, hasta finales del siglo xv, eran por igual vehículos de financiación y de mejora de la imagen personal, e intentos serios de expulsar a los musulmanes de Granada. A partir de 1230, las tentativas, en su mayor parte fracasadas, de los papas sucesivos de lanzar cruzadas contra los griegos en defensa de la Romanía latina se vieron comprometidas por los intentos paralelos de unificar las iglesias romana y ortodoxa griega, que se llevaron a cabo a partir de la década de 1270. Tras la muerte de Carlos de Anjou en 1285, los arduos e insistentes esfuerzos diplomáticos por involucrar a la familia real francesa en Grecia produjeron algunos resultados tangibles. En 1320, y a pesar de la política antilatina del emperador bizantino Andrónico II, se acabaron de extinguir de hecho las perspectivas de una cruzada contra los griegos. Estos planes, que nunca alcanzaron ninguna popularidad en Occidente, tampoco consiguieron el respaldo de una prédica extensa o de una recaudación de fondos efectiva. En los años posteriores a la década de 1320, la política occidental buscó una alianza con los griegos contra los piratas turcos y los codiciosos emires del Egeo. Del mismo modo, en los años anteriores y posteriores a 1300, las actuaciones dirigidas a complacer a otro antiguo enemigo, los mongoles, eliminarían otro objetivo de las cruzadas. El estado mongol sucesor de la Horda de Oro, en lo que es en la actualidad el sur de Rusia y Ucrania, empezó a operar en la órbita de la política seglar de Europa oriental, una potencia competidora entre las rivalidades existentes entre Lituania, Polonia, Novgorod, Hungría y los Caballeros Teutónicos. En muy escasas ocasiones, alguna potencia cristiana podía extraerle al pontífice una concesión papal de privilegios de cruzada contra la Horda de Oro, una de ellas en 1345, cuando los genoveses defendían Caffa, su base comercial de operaciones en Crimea.[25] Apenas se realizaron unas pocas nuevas solicitudes de privilegios de cruzada, como los planes e intentos frustrados de

conquistar las islas Canarias en los años 1344 y 1345 y en 1402, justificados por el principio de expansión *{dilatió),* y no solo de defensa, de la fe cristiana, un argumento muy poderoso que sería utilizado posteriormente en la penetración europea en el Atlántico y en el continente americano.[26]

La caída de los Templarios

Como un síntoma más de la contracción, uno de los elementos militares, ideológicos e institucionales más notables de la actividad de las cruzadas fue víctima de ataques y transformado. Al llegar el año 1291, hacía ya tiempo que la reputación de las órdenes militares era equívoca. Ningún observador podía ignorar su contribución a la causa de la cruz en todos los frentes, sin embargo, a otros grupos de interés eclesiástico les molestaban las órdenes a causa de sus privilegios protegidos por el papado. Pese a justificarlos como el medio de financiar la guerra en Oriente, los beneficios exigidos a sus grandes propiedades en Occidente provocaron el resentimiento de sus arrendatarios. Los monarcas laicos, en especial los reyes de Francia, dependían de la destreza bancaria de las órdenes, en especial la de los Templarios, que asistían a la corona en la gestión de las finanzas reales. Los gobernantes, aunque emplearan a sus dirigentes en el gobierno laico, sentían envidia y recelos ante la autonomía y la supuesta riqueza de las órdenes. Los Grandes Maestres y responsables regionales de las órdenes ocupaban importantes posiciones en calidad de representantes de las grandes corporaciones de terratenientes en todos los reinos de Europa occidental. En España, la determinación protectora de la corona y un control creciente erosionaron gradualmente su autonomía hasta que, hacia el final de la Edad Media, se convirtieron casi en un brazo del Estado. Durante el reinado de Federico II, Germán de Salza desempeñó un papel importante en la política imperial y, en su calidad de príncipe del imperio, contribuyó a crear en Prusia una orden-estado única. En Francia, el Temple de París funcionaba en el siglo XIII como una especie de banco nacional, estrechamente integrado al servicio de las finanzas de la corona. En Inglaterra, los priores del Hospital pertenecían a la Cámara de los Lores, y algunos incluso llegaron a ejer-

cer las funciones de tesorero real, como por ejemplo Joseph Chauncy (1273-1280), o Robert Hales (1381), el veterano del ataque cristiano a Alejandría en 1365 que pagó con su vida su compromiso con el gobierno: murió a manos de los rebeldes en Londres durante la Revuelta de los Campesinos de 1381.[27]

No obstante, la pérdida de Tierra Santa en 1291 puso en duda la propia función de las órdenes. Los Caballeros Teutónicos, en los años anteriores y posteriores a 1300, sufrieron los intensos ataques de la jerarquía eclesiástica local de Livonia que les acusaba de crueldad, avaricia, amistad con los paganos, robo y violencia contra la iglesia. Los caballeros se salvaron gracias a su constante función de defensores, con su sangre y su tesoro, de los cristianos de Livonia ante los ataques de los paganos lituanos. Aun así, estuvieron muy cerca de sufrir la censura pontificia y la disolución de la orden.[28] La Orden de San Juan pudo acogerse a la reivindicación de su vocación hospitalaria original. Sin embargo, casi desde los primeros tiempos de las comunidades religiosas militarizadas a mediados del siglo XII, los escritores ya habían observado las rivalidades y las divisiones que reinaban entre las órdenes, desde las guerras egipcias de la década de 1160 hasta las guerras civiles de Ultramar a finales del siglo xiii. Por mucho que sermones y crónicas incluyeran anécdotas que ensalzaban el especial heroísmo cristiano de los miembros de las órdenes, el aspecto más sombrío de su reputación no podía ser disipado, en especial después de la caída de los territorios de Ultramar.

La pérdida de las grandes fortalezas de las órdenes en Siria y Palestina representaba una amenaza terminal en potencia a la actividad de las órdenes. El Segundo Concilio de Lyon propuso una reforma en 1274. El escándalo siempre había rodeado a algunas de las órdenes militares, sobre las que las autoridades eclesiásticas locales apenas tenían control, puesto que su vocación las había hecho institucionalmente introspectivas. La disolución de los Hermanos Livonios de la Espada en el año 1237 tan solo se podía interpretar como un ejemplo extremo, o muy publicitado, de los escollos inherentes a un ideal corporativo que insistía en la incómoda combinación de la exclusividad conventual religiosa y la estrecha y necesaria participación en los asuntos seculares: guerra, diplomacia, economía y propiedad. Todas las órdenes religiosas solían dejarse atrapar por

estas trampas seculares, que en muchas ocasiones, y a lo largo de toda la Edad Media, atrajeron quejas similares de corrupción. No obstante, las órdenes militares eran más vulnerables. Su vocación, encaramada a un extremo de lo culturalmente aceptable, siempre había sido controvertida en algunos aspectos. A diferencia de otras órdenes religiosas, el éxito de una orden militar se podía medir, en cierto modo, mediante resultados tangibles, y no solo espirituales. La derrota en Tierra Santa indicaba un fracaso claro y la causa solo podía radicar en el desagrado de Dios provocado por el pecado contumaz. Las órdenes militares, por lo tanto, representaban símbolos, cabezas de turco en potencia, de lo que se percibía como fallos morales de la cristiandad.[29]

El alcance de las críticas, no todas ellas coherentes, se amplió después de 1274. Se acusaba a las órdenes de corrupción. Su sofisticación inútil exigía que se desprendieran de sus posesiones alejadas de la línea del frente. Las órdenes debían ser unificadas en una «súper-orden» que proporcionaría un núcleo bien financiado y disciplinado para los intentos de recuperar y defender Tierra Santa. Algunos incluso argumentaron que el gobierno en la reconquistada Tierra Santa debía ser asignado a esta orden unificada y que su líder, un *Bellator Rex,* debía reclutarse entre las casas reales occidentales. Estas ideas no gozaban de consenso, y el Gran Maestre del Temple, Jacques de Molay (1292-1314), fue uno de los que se mostraron contrarios a esta unificación. Algunos críticos manifestaban el mismo entusiasmo a favor de la idea de las órdenes militares que el que manifestaban contra su práctica. Otros admiraban el modelo de orden-estado ideado por los Caballeros Teutónicos. Estas ideas no eran del dominio exclusivo de los teóricos y de los grupos de presión. En 1291, Nicolás IV instruyó a los concilios de las iglesias provinciales a que estudiaran el futuro de las órdenes. Al menos cuatro (Arles, Cantorbery, Lyon y Norwich) apoyaban la fusión, igual que hacía Carlos II de Nápoles, hijo de Carlos de Anjou y pretendiente al trono de Jerusalén.[30] Mientras que entre los años 1305 y 1307 los Grandes Maestres del Temple y del Hospital añadieron sus propias opiniones apoyando a su propia orden, actitud nada sorprendente, el peso de las recomendaciones emitidas entre 1290 y 1312 instaba, cuando menos, a la reforma de las órdenes, si no a su unificación o a la creación de una nueva orden diferente.

El arresto, persecución, proceso judicial y disolución final de la orden del Temple no cayó, por tanto, del cielo.[31] El sórdido proceso, empezando con la detención de todos los Templarios en Francia el viernes 13 de octubre de 1307 (hecho al que se atribuye el origen de la leyenda de los malos augurios asociados con los viernes 13),* y marcado por la tortura, las confesiones, las retractaciones y las quemas, fue dirigido por funcionarios del rey de Francia y atemperado por la curia pontificia y otros monarcas de Europa occidental. El ataque culminó con la disolución de la orden por Clemente V en el Concilio de Viena de 1312 y con la final y brusca ejecución, en 1314, del último Gran Maestre en París. El asalto a los Templarios alcanzó una gran notoriedad a causa de las escabrosas acusaciones que se les imputaron, el salvaje uso que de la tortura hicieron los inquisidores franceses, la dirección incoherente de Clemente V, la confusa defensa montada por la orden y la resuelta falta de misericordia de Felipe IV de Francia y de sus ministros, en especial Guillaume de Plaisians y Guillaume de Nogaret. Pudiera ser que el ambicioso pero esporádico derrochador Felipe IV quisiera el control de la fortuna y de las posesiones de los Templarios. También pudiera ser que creyera genuinamente que los Templarios habían fracasado en su misión sagrada por la que, tal vez, sintiera un sincero apego.[32]

Si así era, el rey no era de ninguna manera el único. La convicción piadosa, la brutalidad farisaica y la miope certidumbre moral son patrones que nos resultan familiares. La fe en la justicia de su causa que tenían los perseguidores franceses y los observadores laicos y eclesiásticos de las élites de la cristiandad occidental bastaba para mantener una campaña de opresión que desprendía un fuerte tufo a hipocresía, mendacidad y avaricia, además de a crueldad. La percepción de negligencia y de abandono del deber confirió mayor credibilidad a las acusaciones de blasfemia, sodomía y ceremonias irregulares y obscenas, la moneda habitual de los abusos e insultos de la iglesia. El bajo nivel de los integrantes de la orden de los Templarios, que comprendía un preocupante número de oscuros miembros de la pequeña nobleza, a menudo viejos y políticamente inadecuados, no mejoraba su defensa ni inspiraba confianza en el valor y

* En algunas culturas occidentales, el viernes 13 es el equivalente al martes 13 español. (TV. ***de los t.)***

la viabilidad de la orden a largo plazo. Las explicaciones tergiversadas de los rituales de admisión, peculiares y recordados a medias, podían indicar prácticas extrañas, frecuentes en las sociedades de élite masculinas, cerradas y secretistas. Aun así, las confesiones de las acusaciones importantes parecen haber sido obtenidas en su mayor parte bajo tortura, y mediante el trauma de la humillación pública, de la repentina pérdida de la libertad o de la amenaza de la violencia. Mientras sus perseguidores le conducían al cadalso, en el año 1314, el infortunado Jacques de Molay insistía en su inocencia, y en la de su orden, de todos los cargos que se les imputaban, una protesta in extremis de un hombre poco sutil y a cuya evidente y sincera fe tal vez pudiera darse crédito. Clemente V se negó a ceder a la presión de los franceses a condenar a la orden, limitándose a citar la pérdida irremediable de su reputación como el motivo de su disolución en 1312, sin dictar un veredicto de culpabilidad o de inocencia. Clemente puso incluso a los inquisidores franceses en una situación violenta al conceder las propiedades confiscadas de los Templarios a la Orden del Hospital.

El escándalo de los Templarios ejercería una influencia significativa en la trayectoria futura de las dos mayores órdenes militares supervivientes. Los Caballeros Teutónicos evitaron por muy poco un destino similar de disolución, tal vez más merecido, tras otra investigación iniciada por Clemente V en 1308. Apenas recuperados tras haber escapado a una condena del papa Bonifacio VIII, la orden de Riga fue excomulgada brevemente entre los años 1312 y 1313; le salvó la presión ejercida y el papel que desempeñaba la orden en Prusia y en la política imperial alemana, más que cualquier cambio notable en el comportamiento público y privado, que no dejó de suscitar comentarios hostiles, entre ellos un crítico veredicto pontificio en 1324 con relación al problema livonio, todo ello antes de resurgir de forma notoria en el Concilio de Constanza (1414-1418).[33] Los Hospitalarios tampoco estaban protegidos frente al escrutinio externo, en parte muy crítico y a veces peligroso; como cuando el papa Inocencio VI amenazó con imponerles una reforma desde el exterior.[34]

Ambas órdenes aprendieron de la debacle de los Templarios que Hospitalarios, igual que los Templarios, habían instalado su cuartel general en Chipre, y los Caballeros Teutónicos en Venecia. Entre

1306 y 1310, los Hospitalarios conquistaron la isla de Rodas, adonde trasladaron su cuartel general en 1309. El mismo año, el Gran Maestre de los Caballeros Teutónicos se trasladaba a la seguridad del lejano Marienburg (Marlbork) en Prusia. Ambas órdenes estaban ahora instaladas en su propio orden-estado; el momento elegido para esta reubicación distaba de ser accidental, puesto que coincidió precisamente con los juicios a los Templarios. Estos traslados procuraron protección a las órdenes y les permitieron reafirmar su vocación de guerreros de Cristo en las fronteras de la cristiandad. Fueran cuales fueran los compromisos a los que llegaran con los supuestos enemigos al otro lado de la frontera religiosa, y los acuerdos fueron muchos, el traslado de las órdenes militares alteró su función. De hecho, los Caballeros Teutónicos abandonaron el Mediterráneo oriental, mientras que los Hospitalarios crearon allí un principado independiente. Si bien todavía mantenían sus posesiones en toda Europa, por ejemplo Rodas recibía sus beneficios occidentales en forma de pagos anuales, ambas órdenes operaban ahora de forma soberana y tras sus propias empalizadas, supeditadas a nadie más que a ellas mismas. Este modo de actuar contribuyó a modelar el patrón de la Baja Edad Media: campañas locales y descentralizadas en el este que sustituyeron a las grandes expediciones internacionales de las generaciones anteriores como el medio de abordar las nuevas y grandes empresas cruzadas de la Baja Edad Media.

LOS TURCOS OTOMANOS

Los otomanos, uno de entre los diez emiratos que surgieron de los restos del caído sultanato selyúcida de Rum a finales del siglo XIII, se nutrieron de la carcasa del imperio bizantino.[35] Mientras que sus rivales en el sur se dedicaban a la piratería en el Egeo, lo que indujo la formación de ligas navales bajo los auspicios del papa en los años 1332 a 1334 y 1343 a 1345, y que desembocó en la captura y la ocupación de Esmima (1344-1405), y en una inútil campaña de Humberto, delfín de Viena (1345-1346), los otomanos planteaban un problema diferente. Originarios de la región alrededor de Bursa, al noroeste de Asia Menor, los otomanos, seguidores de Osmán y de

su hijo Orhan (1326-1362, empezaron a anexionarse tierras en las costas del mar de Mármara que en la década de 1330 alcanzaron hasta el Bosforo y los Dardanelos. En 1345, y en tanto que otros mercenarios turcos defendían Esmirna de la Santa Liga cristiana, Orhan fue contratado por Juan VI Cantacuceno, pretendiente al trono bizantino, para combatir en Tracia durante la guerra civil imperial, primero contra los rivales griegos y después contra los invasores serbios. Los otomanos no tardaron en asegurar sus propias plazas fuertes en la península de Gallípoli, donde la propia ciudad de Gallípoli caería en el año 1354. Se estaba creando un imperio otomano en Europa, no en Asia, y tierra adentro, y no alrededor de costas fácilmente accesibles.

La alarma ante los avances de los otomanos en Tracia suscitó las primeras coaliciones cruzadas a fin de detenerlos. Una pequeña expedición al mando del conde Amadeo VI de Saboya en los años 1366 y 1367, una ramificación de los planes de cruzada de Urbano V y de Pedro I de Chipre, logró capturar Gallípoli y algunos puertos del Mar Negro,[36] hazaña que apenas consiguió detener a los otomanos, quienes, alrededor de 1369, conquistaron Adrianópolis (Edirne) y la convirtieron en su capital. A finales de siglo, y tras derrotar a Serbia en Kosovo en el año 1389, dominaban los Balcanes entre el Danubio y el golfo de Corinto. Aunque la cruzada, enérgica pero mal dirigida, que en 1396 sufrió una aplastante derrota en Nicópolis en el Danubio, tan solo sirviera para consolidar el poder de los otomanos, lo cierto es que la derrota de los turcos en Timur en el año 1402 evitó a Europa central inmediatos asaltos posteriores. Bajo el gobierno de Murad II la presión se reanudó. Los otomanos, asistidos por las riñas políticas y confesionales entre sus rivales cristianos, conquistaron gradualmente todos los Balcanes, además de Asia Menor y Anatolia. La captura de Constantinopla, aislada desde hacía ya tiempo, por Mehmet II el Conquistador en el año 1453 condujo a la absorción del resto de la Grecia latina y bizantina a mediados de la década de 1460 y de la isla veneciana de Negroponte en 1470. Tras la muerte de Mehmet, y el transcurso de una generación en una relativa paz, Salim I el Cruel y Solimán I el Magnífico conquistaron la Siria de los mamelucos, Palestina y Egipto (1516-1517), Belgrado (1521), Rodas (1522-1523) y la mayor parte de Hungría tras una victoria aplastante en Mohacs (1526). Los otomanos asediaron Vie-

na, sin poder conquistarla, en el año 1529. Esta transformación del mapa político de Europa oriental y del Mediterráneo tuvo lugar en el territorio ideológico de las guerras de la cruz, pero lo cierto es que, salvo el improbable éxito de la defensa de Belgrado en 1456, ninguna cruzada había hecho demasiado para impedirla.

Resulta sorprendente, habida cuenta de la cantidad de sermones predicados, los tributos impuestos y las indulgencias vendidas, que las cruzadas activas contra los turcos no dejaran de ser más que actividades secundarias. Incluso en el punto álgido de la amenaza otomana a Europa central, cuando en 1462 Pío II señalaba su presencia «desde el Mar Negro hasta Hungría, y desde la costa del Egeo hasta el Danubio», los estrategas sintieron la necesidad de asociar sus más grandiosos planes de resistencia a la quimera de la recuperación de Tierra Santa.[37] Ahora bien, esta no era una guerra remota que dependiera de las ficciones retóricas consagradas y de la empatia religiosa para transformarla en inmediata, como era el caso de Tierra Santa. El emigrado griego, el cardenal Juan Bessarión, argüía en el año 1463 que los otomanos amenazaban a «nuestro país, nuestros hogares, nuestros hijos, nuestras familias y a nuestras esposas», puesto que querían «someter al mundo entero, empezando por Italia».[38] Cuatro años antes, el legado pontificio le había explicado a Enrique VI de Inglaterra que la hegemonía otomana sobre el Danubio amenazaba el Rin y, por lo tanto, directamente a los intereses ingleses. La Cámara de los Comunes inglesa, a finales del siglo xv, temía que las conquistas otomanas pudieran interrumpir el suministro de varas de madera de tejo, necesarias para fabricar sus arcos, que venían de Crimea.[39] El alarmismo en Italia no parecía descabellado cuando la ciudad de Otranto fue ocupada durante algún tiempo en 1480. Las posibilidades de que los otomanos conquistaran Roma y de que los artistas italianos del Renacimiento sirvieran a un sultán otomano no quedaban tan lejanas. Como un barómetro de su éxito, el turco demonizado sustituyó al sarraceno como el hombre del saco, o el nuevo coco, de toda Europa.

No obstante, esta percepción del grave peligro que representaban los otomanos para la integridad tradicional de la cristiandad latina tardó varias generaciones en consolidarse en la imaginación y en la política de Occidente, que nunca erradicó del todo la luminosa imagen de la Tierra Santa perdida, la metáfora del fracaso cris-

tiano. Las razones de ello eran diversas. Las probabilidades de que las primeras víctimas de la conquista otomana fueran griegos cismáticos o católicos eran las mismas. La confusa política de Bizancio, de la Grecia latina y de los Balcanes cristianos carecía de la resonancia de la recuperación de Tierra Santa, sostenida por una extendida liturgia de súplica, intercesión y sacramento. No sería hasta el siglo xv cuando el turco empezaría a competir por las oraciones de los fieles.[40] La confusión y las ilusiones, a menudo muy presentes en las cruzadas, abundaban. Cuando Urbano V autorizó su nueva cruzada a Oriente en 1363, no hizo ninguna distinción entre turcos y mamelucos.[41]

Los obstáculos conceptuales palidecían junto a las dificultades prácticas. La primera estrategia (c. 1332-1367) consistente en pequeñas ligas navales o modestos ataques anfibios al litoral de Grecia o de Asia Menor apenas podían igualar los recursos militares de los otomanos a medida que se adentraban en los Balcanes. El imperio de los otomanos era un imperio terrestre, no una talasocracia. Otro problema contribuía a debilitar a los cristianos: la implacable enemistad entre los proveedores de transporte en potencia más importantes, los genoveses y los venecianos; los genoveses se aliaban unas veces sí y otras no con los turcos para robarles la ventaja material a sus eternos rivales comerciales, cuyo imperio mercantil estaba siendo resquebrajado por los otomanos. La alternativa, un ataque masivo por tierra de las potencias occidentales en conjunción con los gobernantes locales, nunca llegó a materializarse, salvo en formas muy atenuadas en 1396, en 1444 y en 1456. Incluso la creciente aceptación de una ruta terrestre para una nueva cruzada, aun reconociendo la difícil situación de Europa oriental, se solía justificar con relación a Godofredo de Bouillon y no a Mehmet el Conquistador.

Los TURCOS Y BIZANCIO

La naturaleza de la amenaza de los otomanos les diferenciaba de los enemigos anteriores de Bizancio.[42] En el año 1300, los otomanos habían perdido o adaptado su cultura nómada originaria de las estepas que les había llevado inicialmente hasta Asia Menor. Mucho an-

tes del establecimiento de su capital en Adrianópolis (Edime), su organización política ya giraba alrededor de una sociedad civil que había dejado de depender del pastoreo y de un estilo de vida nómada. La condición de otomano dependía de la lealtad a la dinastía gobernante y no del origen étnico o de la identidad: otomano, seguidor de Osmán, o Utmán, el fundador epónimo y semilegendario de la grandeza de la dinastía. Igual que ocurriera con las comunidades políticas cristianas, la observancia religiosa proporcionaba el aglutinante social y propagandista, algo en lo que los otomanos imitaron a los bizantinos. Si antes de 1204, los latinos, los turcos y otros bárbaros se habían siempre convertido en bizantinos, de igual modo los griegos se convertían ahora en otomanos, incluyendo, tras la caída de Constantinopla en 1453, a los miembros de la propia familia imperial y a sus cortesanos. A pesar de su insistencia en el islam, los otomanos no libraban guerras religiosas, aun cuando confiaran en la retórica tradicional de la *jihad.* La proximidad inicial a la frontera bizantina probablemente fomentara esta actitud; una inscripción en Bursa, su primera capital, describe al sultán Orjan como un *«mujahid*, sultán de los *gazis* (es decir, guerreros santos, o combatientes de la fe), *gazi,* hijo de *gazi*», una útil argucia de reclutamiento y aplicación de disciplina.[43] No obstante, la política otomana era esencialmente seglar: engrandecimiento dinástico, fortuna, poder y dominación, y no la conversión. Se aliaban con otros pueblos sin tener en cuenta su religión y toleraban la fe de sus súbditos siempre y cuando se mantuvieran leales. El éxito otomano constituía un producto de la similitud cultural y del contacto con sus vecinos y adversarios. El gran caudillo de la resistencia albanesa del siglo xv y héroe cristiano, Scanderberg (muerto en 1468), había iniciado su carrera como rehén de los otomanos, se convirtió al islam al servicio de Murat II, que le dio su nombre, Alexander Bey, y más tarde se convirtió al catolicismo a fin de facilitar una alianza con los monarcas de Nápoles al otro lado del Adriático.[44] Los viajeros occidentales que visitaron la corte otomana, entre ellos el espía borgoñón Bertrandon de la Brocquiére, en la década de 1420, no lo describían como un bárbaro. El cruzado francés, el mariscal Boucicaut, un veterano de Nicópolis, defensor de Constantinopla en 1399, y participante en el ataque a la costa siria en 1403, se ofreció en una ocasión a servir al sultán Bayaceto I (1389-1403) [45] Aunque

en la década de 1460 Pío II y sus agentes se contentaran en apoyarse en la agotada, si bien escabrosa, hipérbole de la barbarie, los turcos como «bestias salvajes de forma humana», el cardenal Bessarión reconoció el mundano imperativo racional tras la política de los otomanos: «el turco invade las tierras extranjeras para no perder las suyas».[46] La conquista otomana de Bizancio encaja difícilmente con el esquema de un choque inmemorial de culturas o de religiones, el «debate de los mundos» de Gibbon.

La historia de Asia Menor y de los Balcanes en la Edad Media no se puede explicar desde un punto de vista confesional. La retórica de la confrontación religiosa impuso (e impone) un patrón sobre los acontecimientos preferido por algunos apologistas, diplomáticos y polemistas contemporáneos y que difícilmente se correspondía con la experiencia. A pesar de las tragedias individuales y colectivas inevitables en las conquistas y en todo conflicto militar, los avances de los otomanos no constituyeron desastres en estado puro. Bizancio, en la Baja Edad Media, no había logrado imponer orden, paz y civismo en la región una vez que la tuvo bajo su dominio, un fracaso que se remontaba hasta antes del año 1204, hasta el siglo XII. Los otomanos restauraron la coherencia geográfica, política y económica del antiguo imperio griego. Los turcos entraron en Europa como vasallos y aliados del emperador bizantino. El imperio otomano como tal, en oposición a la dinastía otomana, se inició en Europa, no en Asia. Los miembros de las dinastías imperiales griegas rivales del siglo xiv contrajeron matrimonio con miembros de la familia del sultán. La caballería serbia cristiana luchó junto a los turcos en Nicópolis en 1396 (contra los cruzados) y en Ankara en 1402. Los genoveses ayudaron a Murat II a derrotar a una peligrosa cruzada occidental en 1444. Los aliados cristianos lucharon junto a los turcos en el ataque final a Constantinopla en 1453, un acontecimiento en realidad bien acogido por algunos clérigos ortodoxos griegos disidentes. La guerra santa seguía siendo en buena parte un lujo occidental que los griegos y otros habitantes de los Balcanes podían difícilmente permitirse. En la región de Tesalónica, las preferencias de sus habitantes expresaban esta complejidad. Conquistada por los turcos en la década de 1380, los bizantinos recuperarían el control sobre la región en el año 1403. Bajo los otomanos, los impuestos directos se habían incrementado (mediante el *kharaj,* o im-

puesto sobre bienes raíces con el que gravaban al «Pueblo del Libro», los cristianos y judíos), pero las rentas que los campesinos pagaban a sus señores habían disminuido, reduciendo la carga fiscal neta. Después de 1403, los griegos mantuvieron el régimen fiscal de los otomanos, dos tercios de cuya recaudación se destinaba a los monjes del monte Athos, quienes, en 1384, habían propugnado el apoyo a los turcos musulmanes en contra de quien ellos consideraban un emperador griego hereje (Juan V Paleólogo).[47] Este tipo de contracorrientes resultaba habitual.

En consecuencia, la cruzada contra los turcos no respondía ni al contexto político ni a las exigencias militares del avance otomano. A grandes rasgos, las iniciativas occidentales se desarrollaron en dos fases. La primera, interrumpida por el desplome del poder otomano tras su derrota ante Tamerlán en el año 1402, se centraba en la defensa de Bizancio, una tarea que, al llegar la década de 1460, ya constituía un completo fracaso. La segunda, consecuente con la primera, consistía en la defensa de los territorios latinos cristianos en Europa central y oriental. La reticencia a abandonar la tranquilidad conceptual de la polémica de Tierra Santa configuraba el núcleo de la confusa reacción occidental al turco, incluso frente a las recomendaciones detalladas y las pruebas evidentes acerca del funcionamiento del poder de los otomanos obtenidas de los espías y de los veteranos de las guerras turcas. La tradicional y maniquea calificación de «cristiano» e «infiel» no conseguía abarcar por completo la realidad de la política tras el avance otomano, y menos aún su dimensión militar. El antiguo punto de vista según el cual los turcos conquistaron el bastión cristiano bizantino debilitado por la indiferencia latina y el odio a los griegos, y los musulmanes esclavizaban a los resentidos pueblos cristianos, no encaja con los acontecimientos. A diferencia de las guerras para defender Tierra Santa, en este caso los compromisos y las realidades políticas contradecían los imperativos del idealismo religioso.

La fragmentación política de los Balcanes y de Asia Menor en el siglo **xiii** proporcionó el contexto necesario a la creación de la potencia otomana. El imperio bizantino del siglo **xii** había sido sustituido por una serie de estados griegos sucesores en Nicea (y más tarde, tras haber sido reconquistada en 1261, en Constantinopla), Epiro y Trebisonda, los restos fragmentados del imperio bi-

zantino. Estos estados rivalizaban, por una parte, con los territorios latinos asentados en Grecia, los pequeños estados de Atenas en Ática, Beocia, y Acaya en el Peloponeso y, por la otra, con las posesiones venecianas en los archipiélagos del Egeo, Eubea (o Negroponte) y puertos repartidos a lo largo de la costa sur del Peloponeso y de la costa jónica. Al norte, los búlgaros y los serbios mantenían reinos independientes mientras los sucesivos reyes de Hungría intentaban expandir su autoridad al sur del Danubio hacia Bosnia, y al este hacia Valaquia. En Asia Menor, una desintegración similar había ocurrido tras el colapso del sultanato selyúcida de Rum a mediados del siglo XIII. A principios del siglo xiv, la autoridad había sido transferida a los emiratos turcos rivales, como Aydin, Menteshe y Tekke en la costa oeste y suroeste de Asia Menor, los otomanos al noroeste y Karaman al sudeste. A fin de sobrevivir y multiplicarse, cada uno de estos principados, desde el Danubio hasta los montes de Taurus, incluyendo al debilitado y renovado imperio bizantino, proseguían una complicada ronda política de alianzas cambiantes y de hostilidades con y contra sus vecinos que se fundamentaba en la ventaja, y no en afinidades religiosas y culturales. El terreno más fértil a la expansión otomana demostró hallarse en los Balcanes cristianos, y en particular los ortodoxos, y no en la Anatolia musulmana. El fragmentado control político ocultaba las grandes diferencias existentes en la naturaleza de estas potencias rivales. Ninguna de ellas, ni siquiera in extremis, constituía terreno propicio para nuevas grandes cruzadas. Las ciudades italianas, a pesar de alardear de una antigua tradición de cruzada, de forma muy apropiada, desarrollaban sus políticas comerciales e imperiales en función de los beneficios, y no de la salvación eterna. Los estados latinos de la Romania franca, gobernados por una aristocracia militar occidental repartida por Grecia central y el Peloponeso, nunca habían atraído a demasiados cruzados occidentales. Los príncipes eslavos de los Balcanes deseaban autonomía y no el control de los latinos o de los católicos romanos. La desconfianza religiosa por ambas partes complicaba la ayuda a Bizancio, que dependía de una unificación de las iglesias oriental y occidental que los griegos, conscientes del comportamiento latino desde 1204, rechazaban sistemáticamente.

Aun cuando la amenaza de los turcos había sido reconocida en

Occidente, el obstáculo planteado por la unión de las iglesias no desapareció.[48] El precio de una importante cruzada occidental, desde el punto de vista del papa, consistía en la obediencia griega a Roma, un dilema fatal al que se enfrentaban los emperadores bizantinos. Una garantía de ayuda militar occidental en estas condiciones significaba correr el riesgo de enemistarse con el pueblo al que se destinaba la ayuda que se solicitaba. En principio, una forma de acuerdo eclesiástico parecía factible. Algunos sectores de la iglesia ortodoxa armenia habían entrado en comunión con Roma en el siglo **xii.** Sin embargo, el legado de 1204, la creciente equiparación de la iglesia ortodoxa griega al estado bizantino y a su identidad cultural, y el ascenso del misticismo popular griego, conocido como movimiento hesicasta, a principios del siglo xiv imposibilitaban la reconciliación. La ineludible insistencia de Roma en la supremacía del papa institucionalizó la división. El primer intento de reunión, en el Segundo Concilio de Lyon de 1274, una proeza diplomática de Miguel VIII Paleólogo para asegurar una alianza con el papa contra las aspiraciones de Carlos de Anjou sobre los Balcanes, fue rechazada por el sucesor de Miguel, Andrónico II, en el año 1282. No obstante, tras las guerras civiles de las décadas de 1340 y de 1350, la alternativa a una alianza con Occidente consistía en la sumisión a los otomanos. Juan V ofreció la reunificación en 1355 y visitó Roma y Occidente en 1369, un viaje repetido por Manuel II en los años 1400 y 1401, y por Juan VIII en 1423. La renovada presión otomana después de 1420 persuadió a algunos elementos de la élite griega, liderados por el distinguido erudito y humanista Juan Bessarión (1403-1472), con el apoyo de Juan VIII, de aceptar la unión de las iglesias en el Concilio de Florencia en 1439.[44] Bessarión había desarrollado su carrera en Occidente, durante treinta años había sido un acérrimo defensor de una nueva cruzada, más tarde, cardenal de la iglesia romana y, en 1455, una diferencia de muy pocos votos impidió que fuera elegido papa. Bessarión encamaba la posibilidad de la reunificación de las iglesias, pero operaba en un plano enrarecido de alta política, diplomacia y erudición cosmopolita. Su propuesta de acuerdo apenas consiguió convencer a la mayoría de sus compatriotas ortodoxos griegos. Por otra parte, las alternativas en el siglo xiv, o la unión de las iglesias o el turco, ya no eran realistas. El sultán otomano Mehmet II el Conquistador deseaba susti-

tuir a Bizancio, a la sazón poca cosa más que Constantinopla. La unión de las iglesias no tuvo lugar y Occidente no aportó la ayuda adecuada. Una alianza pancristiana resultaba imposible en las arenas movedizas de la política balcánica: el interés personal y racional de los monarcas locales y el poder de los otomanos lo garantizaban. En Bizancio, la unión de Florencia fue rechazada por la mayoría, provocando un pernicioso conflicto entre la jerarquía ortodoxa y los dos últimos emperadores, Juan VIII y Constantino XI. El último emperador bizantino nunca se retractó del acuerdo de Florencia y expulsó a los clérigos contrarios a la unificación. Durante la última y mortal agonía de su ciudad en 1453, le sostuvieron tropas italianas que demostraron ser más leales que muchos de sus súbditos ortodoxos. En una última ironía de la historia bizantina, el patriarca ortodoxo fue reinstaurado en Constantinopla por su conquistador turco.[50]

La campaña hacia la unificación de las iglesias no supo captar lo esencial del problema bizantino. Aunque la prosperidad económica y comercial continuada sostenía a las élites bizantinas nobles y urbanas, además de a los predadores comerciales italianos, para el gobierno imperial bizantino, la pérdida irreversible de territorio significaba pérdida de ingresos. Las guerras fronterizas constantes dislocaban la agricultura; los altos impuestos necesarios provocaban la enemistad de aristócratas y campesinos hacia los administradores imperiales en Constantinopla. La escasez de fondos y de mano de obra obligó a los monarcas bizantinos a abandonar grandes proyectos navales, aumentando de este modo su aislamiento. Forzados a contratar ejércitos de tierra que les protegieran y apoyaran durante las guerras civiles regulares, los emperadores y los pretendientes al trono descubrieron que, con frecuencia, no podían pagar a sus tropas, quienes entonces se apropiaban de las tierras: la Compañía Catalana en Grecia central entre los años 1305 y 1311 y los turcos otomanos en Tracia después de 1345. Las incesantes disputas políticas consolidaron esta dependencia militar de los ejércitos privados y no imperiales. Al llegar la década de 1340, las estrecheces del emperador bizantino habían llegado a tal punto que se vio impelido a empeñar las joyas de la corona en Venecia, sustituyendo los atributos e insignias imperiales por copias de vidrio. Las donaciones destinadas a sufragar el mantenimiento de la gran iglesia de Santa Sofía se

desviaron para pagar a los mercenarios turcos. A pesar de sus pretensiones cósmicas, los emperadores de Bizancio se habían convertido en dependientes de los otomanos, luego en tributarios y, al llegar la década de 1380, en vasallos del sultán. El sistema comercial, que seguía siendo muy lucrativo, estaba gestionado por otros; en un momento dado, los genoveses controlaban el 87 por 100 de los ingresos de las aduanas del Bosforo. La iglesia ortodoxa constituía el único poder robusto e independiente de la sociedad civil griega e impedía cualquier ayuda occidental. El contraste entre las antiguas reivindicaciones y la debilidad contemporánea fue capturado de una forma muy vivida por un testigo de la visita de Manuel II a Enrique IV de Inglaterra en las Navidades del año 1400:

> «... cuán doloroso resultaba ver cómo este gran príncipe cristiano era empujado por los sarracenos desde el lejano Oriente hasta las islas más occidentales en busca de ayuda para luchar contra ellos... ¿Qué será de ti ahora, o, antigua gloria de Roma?»[51]

Sin embargo, a finales del siglo xiv, los emperadores griegos solían ser aliados y vasallos de los turcos, y no sus enemigos implacables. El propio Manuel, menos de una década antes, había servido durante seis meses en el ejército del sultán Bayaceto I en Anatolia. En eso consistían las contradicciones de la supervivencia bizantina.

Al llegar el año 1400, los emperadores de Bizancio sobrevivían mal que bien. Las guerras civiles bizantinas de los años 1346 y 1354, entre Juan V Paleólogo y Juan VI Cantacuceno hicieron de los otomanos los árbitros del imperio. El sultán Orjan contrajo matrimonio con una hija de Juan VI en 1346, gracias a la gran ayuda diplomática de la poligamia musulmana. La propuesta de Juan V de una nueva cruzada occidental en 1355 coincidió con lo peor y lo más fiero de los combates de la guerra de los Cien Años y de las renovadas cruzadas pontificias en Italia. En 1358, Juan V reconoció el poder otomano cuando una de sus hijas se casó con un hijo del sultán Orjan. Los nuevos intentos de Juan V de conseguir ayuda occidental a finales de la década de 1360 tan solo produjeron la pequeña intervención de la cruzada de Amadeo de Saboya en 1366-1367. El sultán Bayaceto, una vez hubo asumido el control de la mayor

parte de los Balcanes al norte de Ática y al sur del Danubio, inició, en el año 1394, un bloqueo de ocho años a Constantinopla. La cruzada occidental de 1396, a pesar de alejar temporalmente el fuego del sitio de Constantinopla, no sirvió de nada. La capital se salvó, durante medio siglo más, gracias a factores ajenos a su control entre los que no se incluía la cruzada. Hasta la adopción generalizada de la pólvora en el siglo xv, los turcos carecían de la capacidad de destruir las formidables murallas de Constantinopla. Tampoco controlaban el mar, motivo por el cual dependían de aliados occidentales, como los genoveses, para el transporte marítimo y la experiencia técnica. Los otomanos no se convertirían en una potencia naval hasta las décadas anteriores y posteriores al ataque final a Constantinopla, un requisito fundamental si querían alcanzar el objetivo de Mehmet II de recrear un imperio mediterráneo con sede en Constantinopla. La pérdida de la hegemonía naval occidental selló en último término el destino del Oriente latino marítimo, del mismo modo que la carencia de poder militar había condenado a la Grecia continental y a los Balcanes. En el siglo xiv, el imperio otomano en Europa y Asia Menor se había sostenido en una serie de señoríos y de alianzas poco definidas, con el poder central delegado en vasallos. En contraste, en el siglo xv, el sistema político otomano surgido tras la restauración del imperio que siguió a la retirada de Tamerlán a Asia central y a su muerte en 1405, y tras la resolución a favor de Mehmet I, en 1413, de las luchas de poder familiares, era un sistema muy centralizado y disciplinado. Los otomanos, que adquirieron cañones y una armada, recuperaron el control sobre los Balcanes al sur del Danubio en una generación. A menos que ocurriera una milagrosa revolución en las prioridades de Europa occidental, la caída de Constantinopla parecía inevitable.

La CRUZADA DE NICÓPOLIS

La reacción occidental a la conquista turca alcanzó en pocas ocasiones el nivel de una cruzada armada, a pesar de los llamamientos esporádicos de los papas y de las ofertas de privilegios de cruzada que se remontaban a las décadas de 1360 y de 1370. La expedición de Amadeo de Saboya en los años 1366 y 1367, una ramificación de

los planes del papa y del rey de Chipre de los años 1362 a 1365, puso en evidencia los límites de hasta dónde se podía llegar. Las incursiones, o incluso la ocupación de las bases marítimas estratégicas, como Gallípoli o Esmirna, aun cuando contribuyeran a los intereses de los monarcas latinos en el Egeo y en Rodas, apenas frenaban el avance terrestre de los turcos. El prerrequisito necesario para cualquier iniciativa seria de cruzada consistía en la consecución de la paz en Europa occidental. Las iniciativas de la década de 1360 se verían superadas por la reanudación de la guerra de los Cien Años en el año 1369 y por el Cisma de Occidente de 1378, y no se iniciaría una nueva planificación de lucha internacional contra el infiel hasta la tregua anglo-francesa de 1389, que introdujo una paz incierta durante una generación. El primer objetivo, de acuerdo con la actitud de la aristocracia, no era el turco, sino un enemigo más tradicional, aunque secundario.

En los años 1389 y 1390, los genoveses aprovecharon la tregua para invitar al gobierno francés de Carlos VI a patrocinar una expedición cuyo objetivo consistía en capturar el puerto tunecino de al-Mahdiya. Los genoveses quizá esperasen que esta iniciativa ampliara sus intereses en la región tras haberse anexionado, en 1388, la isla de Djerba, al sur de al-Mahdiya. Los franceses aceptaron la oportunidad que se les brindaba de una guerra inequívocamente meritoria. Unos fastuosos torneos organizados en Smithfield, en Londres, y en especial en Saint Inglevert, en las cercanías de Calais, contribuyeron al reclutamiento de nobles en un escenario caballeresco muy apropiado. El tío de Carlos VI, Luis II, duque de Borbón,se puso al mando de la expedición.[52] En Francia el reclutamiento se limitó a 1.500 hombres, entre los que, con toda probabilidad, no se contaban arqueros. El contingente inglés, compuesto sobre todo de cortesanos de segunda fila que ocupaban buenas posiciones, estaba al mando de Juan Beaufort, un hijo ilegítimo del poderoso tío de Ricardo I, Juan de Gante, duque de Lancaster, que contribuyó con 25 caballeros y 100 arqueros.[53] Los genoveses suministraron una flota estimada en 22 galeras y 18 buques de transporte. Aunque tanto el papa de Aviñón como el de Roma ofrecieron indulgencias, lo cierto es que la expedición de al-Mahdiya se parecía más a una correría frenética, al estilo de los *reisen,* las destructoras incursiones de los Caballeros Teutónicos contra los paganos bálticos, que a un intento serio de

conquistar territorio en el norte de África. Si bien en Europa, con toda seguridad, se organizarían procesiones y oraciones por la victoria, los cruzados no recibieron ayudas económicas gubernamentales o eclesiásticas. Se esperaba que los dirigentes fueran de noble cuna y capaces de costearse sus propios gastos. A pesar de las indulgencias concedidas y del lenguaje de cruzada utilizado por los cronistas, no existe ninguna evidencia clara de que alguno de los participantes tomara realmente la cruz.

El ejército anglo-francés, que zarpó de Génova en julio de 1390, asedió al-Mahdiya a lo largo de nueve semanas, y rechazó algunos intentos de ayuda a los tunecinos. Entre los diferentes elementos del ejército parecía reinar una buena cooperación y Luis de Borbón consultaba a los ingleses, cuyos arqueros desempeñaron una función destacada durante la acción. Sin embargo, una vez que el monarca hafsí de Túnez propuso sus condiciones de paz, todos los contingentes ajenos a la casa del duque Luis rechazaron los deseos de este último y las aceptaron. Las semanas frente a al-Mahdiya costaron algunas vidas, pero la enfermedad fue mucho más letal.[54] La campaña no obtuvo ningún resultado de algún valor, aunque pudiera haber mejorado los vínculos franceses con Génova. Resulta difícil situar la campaña de 1390 en el marco de la tradición de las penetraciones esporádicas en el norte de África, llevadas a cabo en esa época sobre todo por castellanos y portugueses. Más bien debería de entenderse como parte de la estrategia comercial de Génova: sacarle partido a la tregua anglo-francesa de 1390. Ambos gobiernos supieron reconocer las ventajas diplomáticas de este mecanismo de reconciliación. Nobles y caballeros a ambos lados del Canal de la Mancha se sentían ansiosos de justificar su estatus en campos de batalla exóticos y loables, y no solamente al servicio de la patria y el rey. Muchos veteranos de 1390 también encontraron el camino hacia Prusia y Europa occidental. La aventura de al-Mahdiya representó un ensayo general en preparación de la cruzada de Nicópolis seis años más tarde.

Los primeros años de la década de 1390 fueron testigo de la intensificación de los antiguos sueños de cruzada. Las victorias de Bayaceto I le habían llevado hasta las fronteras del sur de Hungría, cuyo nuevo rey, Segismundo, buscó la ayuda militar de Occidente, coincidiendo con la emergencia, en las cortes francesa e inglesa, de

una nueva política de cruzada. Fomentada por el energético Felipe de Méziéres, a la sazón instalado en París, se barajaron planes para una cruzada que debía sellar la nueva paz entre Inglaterra y Francia, cerrar el Cisma de Occidente y liberar Tierra Santa. El compromiso individual se garantizó mediante el ingreso en la nueva orden de caballería concebida por Méziéres, *Nova Religio Passionis* (Nueva orden de la Pasión), que entre los años 1390 y 1395 pudo gozar de la protección de Carlos VI (a pesar de que Carlos había enloquecido en el año 1392) y de Ricardo II (1377-1399), además de atraer a decenas de caballeros ingleses y franceses. Méziéres y los miembros de su orden, utilizando el favor de la corona, la diplomacia personal y los panfletos bien dirigidos, influyeron en el lenguaje de la diplomacia y crearon una atmósfera perceptible de entusiasmo y de esperanza cruzadas.[55]

Coincidencia o no, los planes concretos se pusieron en marcha a partir de 1392. La iniciativa la tomó Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, quien se valió de los planes de cruzada para consolidar su poder frente sus hermanos sobre el control de los asuntos franceses tras el estallido de demencia de Carlos VI. También es probable que sintiera un entusiasmo genuino. Al llegar el año 1394, ya se había concretado un plan según el cual el duque Felipe, su sobrino y rival Luis, duque de Orleans y hermano menor de Carlos VI, y Juan de Gante iniciarían la marcha hacia Hungría al año siguiente. Felipe inició la recaudación de fondos en sus territorios de Borgoña y Flandes; Luis y Gante podrían haber recibido dinero de la corona. A finales de año, Gante había reunido 1.500 hombres, aunque es posible que fueran destinados a controlar una revuelta de los gascones. Se habían iniciado contactos con Venecia y Segismundo esperaba la llegada del ejército en 1395. Igual que ocurriera en 1390, los papas Bonifacio IX en Roma y Benedicto XIII en Aviñón promulgaron sendas bulas, si bien es cierto que solo lo hicieron poco antes de la partida de la expedición, en la primavera de 1396. Otro punto de coincidencia con la expedición de al-Mahdiya es que no existe ningún indicio claro de que alguno de los participantes en este empeño tomara realmente la cruz.[56]

No obstante, los retrasos en la coordinación de la ayuda occidental con los planes de los húngaros, las dificultades diplomáticas entre Inglaterra y Francia y los problemas políticos internos, en Gas-

conia y en la quisquillosa corte francesa, sabotearon este ambicioso programa. Los tres nobles que se suponía que debían dirigir el ejército cruzado se retiraron: Gante delegó sus funciones en su hijo bastardo Juan Beaufort, el veterano de al-Mahdiya; Felipe el Atrevido nombró comandante de sus tropas a su hijo y heredero, y Luis de Orleans abandonó por completo el proyecto. La participación inglesa se transformó en secundaria. Beaufort tal vez se uniera a la expedición en el momento de partir, en la primavera de 1396, pero no es seguro, puesto que no existen pruebas inequívocas de la participación inglesa. Si se alistaron personas individualmente o compañías privadas, no es demasiado probable que incluyeran algún regimiento importante u oficialmente patrocinado.[57] La expedición se transfirió a la casa de Juan de Nevers, un círculo de caballeros borgoñones y un puñado de nobles franceses simpatizantes de la facción borgoñona de la corte, muchos de los cuales tenían experiencia pasada, o la tendrían en el futuro, en las guerras de Prusia, Túnez y Grecia. El total de hombres de armas sumaba quizá una centena, y el ejército franco-borgoñón al completo algunos miles, cifra que no se acercaba ni de lejos a la gran cruzada redentora imaginada por Méziéres. Salvo darle algo más de peso a la defensa fronteriza de Segismundo, resulta difícil imaginar qué podría lograr este ejército. Por otra parte, la decisión de viajar a Hungría por tierra, añadida a la envergadura del ejército, limitaba en gran medida sus opciones, impidiendo cualquier acción independiente de los planes de los húngaros.

Por muy serias que fueran sus intenciones, y por muy valerosos que fueran en el campo de batalla, parece ser que los comandantes de las huestes occidentales fueron seducidos por ilusiones de autoestima y no por la sobria estrategia. Las esperanzas de un camino jalonado de victorias hasta Constantinopla, de barrer a los otomanos de un plumazo, o incluso, según parece que algunos habían imaginado, de continuar hasta Jerusalén, eran del todo ilusorias. Si bien Segismundo, con toda seguridad consciente de ello, propugnaba una estrategia defensiva una vez que el ejército hubiera alcanzado Hungría, lo cierto es que para conseguir sus poderosos, y gratuitos, refuerzos, les siguió el juego a las fantasías de los borgoñones. Esta política había surgido a partir de la diplomacia de cruzadas posterior a 1390 y de la impaciencia, demostrada en al-Mahdiya, de los nobles franceses por entablar una guerra remota que se consideraba

casi universalmente meritoria. El siglo xiv había sido testigo de la institucionalización del culto a la caballería en una legión de órdenes seglares, por ejemplo, la de la Jarretera (1348) en Inglaterra o la de la Estrella (1352) en Francia. Muchas de estas órdenes de caballería, entre otras, la napolitana Orden del Espíritu Santo del Nudo, dedicada al Espíritu Santo (1352), encarecían a sus miembros a servir en una cruzada oriental, una obligación que tenía más que ver con la imagen personal que con las exigencias de la política de los Balcanes o las guerras levantinas. La campaña de 1396 proporcionaba la ocasión de honrar este compromiso.[58]

El ejército de Juan de Nevers partió de Borgoña en abril de 1396 y llegó a Buda, la capital de Hungría, a finales de julio. Las tropas combinadas occidentales y húngaras, empeñadas en forzar una reacción precipitada e incompleta del sultán Bayaceto, avanzaron Danubio abajo hacia la ocupada Bulgaria. Tras capturar las fortalezas fronterizas de Vidin y Rahova, donde sus defensores más pobres, y por lo tanto sin medios de pagarse un rescate, fueron objeto de una matanza indiscriminada, los cristianos asediaron Nicópolis, unos kilómetros río abajo, donde les alcanzó el ejército de Bayaceto. El 25 de septiembre, el ejército de coalición cristiano era destruido por los otomanos y sus aliados serbios. Los aliados cristianos habían tomado la iniciativa y buscaron un asalto contra los turcos que avanzaban. La caballería francesa, negándose a permanecer a la espera como una poderosa defensa, e incapaz de coordinarse con los húngaros, cargó contra la infantería turca y la primera fila de jinetes, rompiéndose así la formación francesa antes de alcanzar la columna principal de la caballería pesada turca, los *sipahis,* que los despedazó. Jean de Vienne, almirante de Francia, y Guillaume de la Trémoille, mariscal de Borgoña, se encontraban entre los muertos, y Juan de Nevers, Felipe de Artois, condestable de Francia, el mariscal Boucicaut y Enguerrand de Coucy, entre los capturados. Los rescates de todos ellos sumarían más tarde hasta quinientos mil francos. Los húngaros, cuyos reclutas de Valaquia y de Transilvania habían desertado, no corrieron mejor suerte a manos de los serbios, al mando del déspota Esteban Lazarevic. La victoria turca fue abrumadora e indiscutible, una derrota aplastante de los soldados franceses similar a la de Agincourt diecinueve años antes, donde se cometieron exactamente los mismos errores. En Agincourt, igual que

en Nicópolis, la caballería francesa insistió en atacar una línea de arqueros y de infantería protegida por varias hileras de estacas, obstinación que dice mucho acerca de la escasa habilidad de los comandantes franceses de la época: uno de los principales estrategas de Agincourt era el veterano de Nicópolis, el mariscal Boucicaut.[59]

La desastrosa campaña de Nicópolis ha sido descrita de un modo muy melodramático como «el fracaso final». «No habrían más cruzadas».[90] Otros han reconocido que la derrota fue tan decisiva como aplastante. Al confirmar el poder militar de los otomanos y la adhesión de sus aliados balcánicos, puso en evidencia la ineficacia de las armas occidentales, de las estrategias tradicionales de cruzada y del escaso control de Segismundo sobre sus aliados. Lo único que salvaría a Constantinopla y a Europa central sería la irrupción de Tamerlán en Asia occidental en el año 1400 y su derrota a manos de Bayaceto en 1402. En la Europa cristiana por una parte se ha atribuido a Nicópolis la decisión de Segismundo de renunciar a las agresiones contra los otomanos a favor de sus intereses en Alemania y en Bohemia y, por la otra, la desintegración de la unidad anglo-francesa, que tuvo amplias repercusiones en la supervivencia del régimen de Ricardo II (cayó en 1399) y la reanudación de la guerra de los Cien Años (en 1415). No obstante, no resulta difícil exagerar los efectos tanto inmediatos como a largo plazo. Los combatientes de Nicópolis formaban un pequeño ejército. A Froissart, un popular poeta de la corte y cronista, le explicaron que tan solo participaron setecientos caballeros franceses.[61] El fracaso de la coordinación entre el ataque terrestre y las operaciones navales se contradecía con la experiencia contemporánea y a los consejos recibidos. El desastre de 1396 no consiguió desarmar el entusiasmo de la lucha contra el infiel. Nicópolis no constituyó ni técnica ni genéricamente la última cruzada. Nicópolis no condujo a la conquista de Hungría, puesto que, entre los años 1397 y 1400, las agresiones de Bayaceto se dirigieron hacia el este. En Francia, la reacción a Nicópolis no igualó a la de otras derrotas durante la guerra de los Cien Años y, en Inglaterra, el silencio casi universal de los cronistas indica un impacto mínimo. Nicópolis no marcó ningún hito entre el optimismo y el pesimismo de las cruzadas.

La reacción ante la derrota de Nicópolis reveló la visión que se tenía de las cruzadas. Al ser liberados del cautiverio de los otoma-

nos y regresar a Francia en 1398, Juan de Nevers y sus compañeros fueron recibidos como héroes entre el entusiasmo generalizado. El modo en el que habían sido derrotados había inspirado la ronda habitual de introspección preocupada. El 9 de enero de 1397 las iglesias de toda Francia habían celebrado misas de funeral cargadas de dolor. Los escritores cercanos a la corte francesa y que mantenían contacto con los supervivientes no tenían ninguna duda de que la vanidad y la locura habían llevado a la destrucción de los franceses, lo que no les impidió alabar debidamente la bravura de los cruzados. Nicópolis fue transformada en una historia moral de pecado, redención y heroísmo, un paradigma de la imagen de las propias cruzadas de finales de la Edad Media. El cronista oficial del monasterio de Saint Denis, siempre bien informado, evitó los clichés fáciles al subrayar el contraste entre los festines fastuosos, las tiendas adornadas, los ropajes llamativos y las mujeres fáciles de los cristianos, y Bayaceto, temeroso de Dios, prudente y discreto, un apropiado instrumento de Dios para castigar a los pecadores a pesar de su «superstición turca».[62] Los escritores laicos transmutaron los acontecimientos en buenas historias con un propósito didáctico. Froissart, en su relato casi del todo fantástico que narraba la campaña de 1396, escrito antes de 1402, enfatizaba el grado de la amenaza otomana, inventando amenazas proferidas por Bayaceto, por ejemplo la de marchar sobre Roma y alimentar a su caballo en el altar de San Pedro.[63] No se trataba de una mera llamada a tomar las armas de nuevo, sino de una polémica para acabar con el Cisma de Occidente y unir a la cristiandad, precisamente la política anglofrancesa que había precedido a Nicópolis, un punto de vista que no consiguió alterar las presunciones subyacentes acerca del honor caballeresco o de la eficacia de la guerra santa. La primera reacción literaria a las noticias de Nicópolis, la obra de Felipe de Méziéres *Epistre Lamentable et Consolatoire,* escrita en las primeras semanas de 1397 por un veterano propagandista, que a la sazón ya rondaba los setenta años de edad, estaba impregnada de temas similares: locura, orgullo, cristiandad en desorden, derrotas catastróficas, el cisma de Occidente y el deseo utópico de hacer frente a la marea islámica y empujarla de regreso a Asia hasta más allá de Jerusalén.[64] El modo en el que Méziéres revistió una evaluación pragmática de la responsabilidad con un cliché de recuperación representaba todo

un conjunto de opiniones contemporáneas muy meditadas, que se reflejaban en la mayoría de las otras consideraciones literarias, históricas, e incluso diplomáticas de la cuestión oriental. Sus ideas no constituían meras fiorituras retóricas o las excentricidades de una vieja gloria política solitaria y decepcionada. La caballería y la guerra santa no eran distracciones de oropel, sino las armas ineludibles en el combate contra el islam, un punto de vista que la derrota de Nicópolis, al menos interpretada por los observadores literarios, hizo mucho por reforzar. Sin embargo, la respuesta a la derrota de Nicópolis confirmaba un rasgo aún más nocivo. Las reacciones de los occidentales padecían un renqueante solipsismo que exploraba su propia disposición cultural de una manera obsesiva, mientras que no lograba comprender, o diseccionar, sostenida o seriamente, la naturaleza de sus enemigos, rasgo que también coincidía con algunas de las más antiguas tradiciones de las cruzadas y que la derrota del Danubio no haría desaparecer.

BORGOÑA Y LA CRUZADA

La expedición de Nicópolis había consistido sobre todo en un asunto de Borgoña, un elemento de la cada vez más intensa lucha por el poder alrededor del trono del demente Carlos VI. Los borgoñones conservaron la tradición de liderar cruzadas occidentales hasta el fin de la dinastía de los duques de Valois en 1477.[65] Los escritores borgoñones, entre otros, no cesaban de recordarles a los duques del siglo xv la gallardía de su antecesor y santo guerrero, Juan de Nevers, sobre todo con la intención de desviar la atención de su subsiguiente carrera como duque, la de un personaje furtivo y tortuoso que apenas inspiraba orgullo o atracción, y aún menos honor.[66] Los duques de Valois, tanto en su calidad de condes de Flandes como de duques de Borgoña, podían atribuirse las dos mayores tradiciones dinásticas y regionales en cuanto a participación en cruzadas. Su defensa de las cruzadas y la necesidad de tratar de resolver la cuestión oriental tenían un propósito político igual de sistemático. Una vez esfumada la posibilidad de hacerse con el gobierno francés después de las victorias inglesas de 1415 y 1420, el duque Felipe el Bueno dedicó su atención a consolidar su autoridad autónoma en

Borgoña, Flandes y los Países Bajos. A pesar de carecer de la importante baza de una corona, el duque Felipe y su hijo Carlos el Temerario intentaron durante más de medio siglo consolidar su papel de monarcas independientes en Occidente, sacándole partido a la guerra entre franceses e ingleses y a la debilidad del imperio germánico. Al erigirse en caudillos de la cruzada, realzaban su propia imagen y estatus, y les permitía a los duques ejercer una función diplomática diferenciada e independiente. También les facilitó el acceso a los tributos de la iglesia: Felipe el Bueno recibió tres subvenciones de los diezmos eclesiásticos de sus tierras en los Países Bajos solamente entre 1449 y 1455. Su política de cruzada se vio aún más fortalecida gracias a los enormes ingresos ducales en los cuales el carísimo rescate de Nicópolis apenas había hecho mella.

No obstante, para conseguir estos beneficios políticos, diplomáticos y fiscales, la política de cruzada necesitaba ser revalidada por la acción. Aquí es donde el archivo de los duques de Borgoña parece equívoco; enérgicos a lo largo de muchas décadas pero sin llegar a adquirir nunca un compromiso militar importante. En un aparente intento de superar la miopía solipsista de las generaciones anteriores, los duques enviaron espías en largos viajes al este para investigar a los enemigos turcos y mamelucos en las décadas de 1420 y de 1430, y reunieron textos cruzados anteriores, que se tradujeron cuando se consideró necesario.[67] Felipe empleó a Jean Germain, obispo de Châlons (1436-1461), como el experto en cruzadas favorito de la corte durante más de veinte años, proveyéndole incluso de una traducción del Corán realizada por el capellán veneciano de Damasco, donde Bertrandon de la Brocquiére había obtenido una copia en el año 1433 en su gira de reconocimiento por Oriente Próximo.[68] A lo largo de más de dos décadas, Germain vendió una combinación erudita, si bien un tanto confusa, de exégesis histórica e insulsas exhortaciones. Entre el resto de los cortesanos se encontraban algunos especialistas en Oriente, como Ghillebert de Lannoy (el espía a sueldo de Felipe el Bueno y de Enrique V de Inglaterra en el año 1421) y Brocquiére, y soldados con experiencia en la guerra contra los turcos, entre ellos Geoffrey de Thoisy, con veinte años de participación activa en campañas en el norte de Africa, el Mediterráneo oriental y el Mar Negro entre las décadas de 1440 y de 1460, o Waleran de Wavrin, un veterano de las operaciones en el

Mar Negro en los años 1444 y 1445. Durante décadas, la corte de Borgoña atrajo a extranjeros entusiastas de las cruzadas, a grupos de presión y a diplomáticos, y se convirtió en una especie de cámara de compensación y de intercambio de planes de cruzadas, por descabellados que fueran algunos. Cuando Giovanni Torcello presentó en el Concilio de Florencia, en representación de Juan VIII Paleólogo, un proyecto de cruzada contra los turcos, el plan fue sometido al escrutinio de los borgoñones, y fue diseccionado y rechazado por el experto del duque, Brocquiére, rechazo nada sorprendente, habida cuenta que Giovanni predecía que, tras la derrota de los turcos, Jerusalén caería en pocas semanas.[69] Entre 1470 y 1480, cualquier plan serio y muchos otros extravagantes se ventilaban en la corte ducal.[70]

Las cruzadas encontraron expresión institucional a través de la orden de caballería ducal, la orden del Toisón de Oro (1431), a la que pertenecían figuras clave de la nobleza y de la corte, además de militares, en calidad de caballeros o de oficiales de la orden. La orden ejercía el papel de un foro permanente que ponía a prueba e incitaba el entusiasmo. En la década de 1460, su canciller, Guillaume Filastre, obispo de Toumai, encabezó la reacción de Borgoña a los planes de cruzada de Pío II; en 1473 el capítulo de la orden proporcionó el contexto para un nuevo llamamiento pontificio a cruzadas.[71] Una generación antes, Jean Germain había ejercido el cargo de canciller de la orden y utilizado la reunión del capítulo en Mons, en el año 1451, para desarrollar sus ideas de cruzada. Una consecuencia de aquella reunión fue el gran Banquete del Faisán, que tuvo lugar en Lille el 17 de febrero de 1454 para fomentar el compromiso borgoñón a la guerra santa oriental. Constantinopla había caído el mes de mayo anterior y el duque se encontraba preparando activamente una expedición contra los turcos. El clímax de las diversiones ofrecidas en aquel banquete consistió en un retablo teatral que representaba el Lamento de la Santa iglesia, y que, según la tradición, ofreció al duque y a los caballeros reunidos uno de los organizadores del festejo; Olivier de la Marche, vestido de mujer con un hábito de satén blanco, tocado de un griñón de monja y cubierto de un manto negro, entró en la sala encaramado en lo alto de un castillo portado por un falso elefante que era conducido por un gigante de aspecto adusto vestido como un «sarraceno de Granada». (Oli-

vier explicaría más tarde la alegoría: el elefante representaba a la exótica Constantinopla; el castillo, a la fe; la dama llorosa, a la iglesia; y el gigante, al turco.) Una vez hubo terminado la conmovedora protesta, el rey de armas de la orden del Toisón de Oro (es decir, el heraldo principal) entró llevando un faisán vivo. Sobre esta extraordinaria o químicamente aquiescente ave se formularon más de doscientos votos, de plausibilidad variable, de luchar contra los infieles. Uno de los votos más sensatos lo pronunció Ghillebert de Lannoy, el que treinta años antes había sido espía. Todo el acontecimiento fue de una fastuosidad que trascendía la excentricidad; incluso el ojo profesional de Olivier de la Marche se apercibió del exceso de extravagancia.[72]

El voto del faisán configuró el núcleo de un asalto más amplio a los intereses de la nueva cruzada. A los jolgorios visuales y rituales de las festividades de Lille se sumaron escritos que gozaron de una amplia difusión, por ejemplo la crónica del florentino Giacomo Tedaldo, testigo presencial de la caída de Constantinopla, asambleas públicas de la orden del Toisón de Oro, ceremonias religiosas, poemas y versos, como los del propio Lamento, y música: el gran músico borgoñón Guillaume Dufay (c. 1400-1474) compuso un motete en cuatro movimientos sobre el mismo tema. El duque Felipe estaba invirtiendo fuerte en crear una atmósfera de dedicación, donde la cruzada, aunque no fuera precisamente la más racional de las ocupaciones, se convirtió en respetable y aceptada y perdió su excepcionalidad. Por muy juguetonas que resultaran las fiestas dedicadas a la cruzada, reflejaban un compromiso genuino, si bien algo sentimental, a la guerra santa, un prerrequisito de la estatura principesca.[73] En un clima internacional que impedía organizar un ejército cruzado, este tipo de gestos lúdicos permitió que el tema siguiera siendo tangible y se mantuviera emotivamente vivo.

Los logros prácticos en cruzada del duque Felipe distaban mucho de satisfacer las intoxicantes, y quizá intoxicadas, demostraciones de Lille. El laicismo constituía la asombrosa característica del Banquete del Faisán, a pesar del retablo sobre la iglesia y de otro que trataba el tema de la gracia divina. Nadie tomó la cruz y no había ningún clérigo a la vista. Jean Germain había sido desterrado a la periferia. Jasón, el moralmente dudoso y pagano progenitor de la orden del Toisón de Oro, protagonizaba los retablos de Lille, y no el

héroe bíblico Gedeón y su camero humedecido por el rocío del Cielo que promovía Germain como inspiración de la orden.[74] Sin embargo, sin el apoyo activo de la iglesia, lo más probable es que la obsesión de la corte hubiera quedado confinada en sí misma. El compromiso popular con la postura antiturca de la corte borgoñona en las décadas de 1450 y 1460 tan solo llegó con la prédica, la venta de indulgencias, las procesiones de las iglesias locales y la toma de la cruz. Desde un punto de vista práctico, la actividad cruzada de Borgoña se puede dividir en tres categorías: planificación específica de grandes cruzadas, ahínco diplomático general y asistencia habitual militar y material a pequeña escala a los monarcas cristianos de Oriente. El tercer matrimonio de Felipe el Bueno con la contundente Isabel de Portugal en el año 1430 asoció a Borgoña con una de las tradiciones ibéricas de guerra santa que todavía permanecía, lo que indujo a planes de acción conjunta, por ejemplo en Grecia en los años 1436 y 1437. Juan de Nevers, tras su liberación del cautiverio entre 1397 y 1398, había establecido buenas relaciones con los Hospitalarios de Rodas y su hijo proporcionaba ayuda regular a la isla, por ejemplo en 1441 y en 1444, cuando Geoffrey de Thoisy contribuyó a la defensa frente a un ataque de los mamelucos a la isla. Los buques y los soldados borgoñones participaron en la campaña del Mar Negro en 1444 y 1445. En los años 1472 y 1473, Carlos el Temerario prometió dinero y galeras para contribuir al plan veneciano de un ataque a dos bandas sobre los otomanos. Igual que ocurriera en tantas otras ocasiones, todo quedó en agua de borrajas. Un destino similar recayó sobre los dos esfuerzos más intensos de planificación de una nueva cruzada, la de los años 1451 a 1454 y la de 1459 a 1464.

LA CRUZADA DE VARNA

Una de las intervenciones occidentales en el este de Europa más significativas atrajo apenas una modesta ayuda borgoñona. Después del acuerdo conseguido en el Concilio de Florencia del año 1439 sobre la unión de las iglesias, el papa Eugenio IV intentó coordinar un plan de ayuda destinado a Constantinopla. En 1442 y 1443, el papa nombró un legado para Europa oriental, el cardenal Giuliano

Cesarini (anteriormente legado en la cruzada contra los husitas de 1431), e intentó orquestar, junto a Venecia, un bloqueo naval occidental de los Dardanelos mientras un ejército húngaro y serbio, al mando de Juan Corvino de Hunyadi, de Transilvania (1440-1456, regente de Hungría entre 1445 y 1446), atacaba Rumelia, nombre con el que se conocía a la sazón a las provincias europeas del imperio otomano. Los venecianos permanecieron al margen, motivo por el cual, cuando a finales de otoño y durante el invierno de 1443-1444, el gran ejército serbo-húngaro, reforzado por reclutas de Bohemia y Moldavia y algunos voluntarios occidentales, lanzó un ataque contra Bulgaria a través de Tracia, ninguna flotilla occidental había llegado a fin de bloquear el paso de los otomanos por el estrecho.[75] El ataque constituyó un gran éxito. Los serbo-húngaros capturaron Nis y Sofía y amenazaron la capital otomana en Edurne (Adrianópolis), antes de retirarse a Belgrado. Sin embargo, las contradicciones existentes en los objetivos bélicos de los aliados pusieron en peligro los planes para 1444. Los húngaros y los serbios buscaban su propio beneficio; los primeros, la seguridad de sus fronteras, y los segundos, la recuperación de su independencia. No sentían ningún interés por el deseo del legado pontificio de liberar Constantinopla, plan por el que además sentían recelos. Los habitantes de la región eran más realistas. En la década de 1440, la mayor parte de Tracia se había adaptado profundamente a los turcos y no existía ningún imperio bizantino que restaurar. El sultán Murat II supo explotar estas divisiones al ofrecer condiciones de paz a Jorge Brancovic de Serbia (1427-1456) y al rey Ladislao IV de Hungría. Brancovic aceptó, y Ladislao, tras algunas evasivas, las rechazó. Las negociaciones retrasaron la reunión de un nuevo ejército y dieron tiempo a que los otomanos prepararan sus defensas.

Una flota occidental de 22 o 24 galeras, tripulada por los venecianos y a la que habían contribuido sobre todo el papado, Borgoña y Venecia, llegó a los Dardanelos en julio de 1444. La flota, al permanecer inmóvil en su posición, no impidió de ninguna manera que Murat, al mando de un gran ejército, cruzara el Bosforo al norte de Constantinopla en octubre de 1444. Tampoco realizó ningún intento de hostilizar la costa del Mar Negro o unirse al ejército de tierra que avanzaba desde el Danubio hacia el puerto búlgaro de Varna, precisamente con esa intención. El capitán veneciano de la flota,

Alvise Loredan, declinó arriesgar sus buques, provocar a los turcos o ayudar a los húngaros, tal vez temeroso del peligro que conllevaba involucrar demasiado a Venecia en los intereses de otras potencias terrestres. El ejército otomano y el húngaro se encontraron el 10 de noviembre en Varna. Pese a que los turcos les superaban con creces en número, los húngaros lucharon todo el día, y la batalla terminó sin ninguna ventaja clara para ninguno de los dos bandos. Sin embargo, las bajas fueron espantosas. El rey Ladislao y el cardenal Cesarini murieron, y la moral se hundió. Lo que quedaba del ejército húngaro al mando de Hunyadi emprendió la retirada, dándoles así la victoria a los otomanos. Varna consolidó el control otomano sobre Rumelia al mismo tiempo que dejaba al descubierto la fragilidad diplomática de sus enemigos. A muchos serbios, húngaros y polacos les parecía mejor un acuerdo pacífico, aunque fuera bajo coacción; una opinión reforzada por la catastrófica cantidad de bajas de Varna y la pasividad de los almirantes venecianos. La agresión no constituía una respuesta tan evidente al poder otomano a lo largo del Danubio o de la costa del Egeo como había parecido en las reuniones conciliares de Roma o en las salas de banquetes de los Países Bajos. La reticencia de los monarcas orientales a ponerse de acuerdo entre ellos, y aún menos a luchar a instancias de los occidentales, obstaculizaba la ayuda extranjera. Hunyadi, ahora regente de Hungría (en nombre de Ladislao V), llevó a cabo una política agresiva que reflejaba su propia vulnerabilidad territorial como señor de Transilvania. En 1448 obtuvo indulgencias de cruzada de Nicolás V para una incursión en Serbia que acabó en una derrota a manos de Murat II en Kosovo, el emblemático lugar de la gran derrota serbia a manos de Murat I en 1389. No le acompañaba ningún cruzado occidental. Después de Varna, Europa oriental y central quedó a merced de sus propios recursos. Los intereses políticos de los monarcas occidentales se concentraron en Grecia, el Egeo y Chipre, y sus ansiedades emocionales se enfocaron en Constantinopla.

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

En el año 1453, Mehmet II decidió arriesgarse a efectuar un asalto total sobre Constantinopla, pese a los enemigos en sus fronteras oriental (Karaman) y occidental (Hungría), a quienes todavía no había vencido. La ciudad unificaría su imperio, eliminaría una posible y problemática base de tropas hostiles y contribuiría a definir una ideología imperial universalista. La artillería pesada y la supremacía naval temporal le proporcionaron los medios inmediatos de llevar a cabo la conquista. El asedio final por tierra y por mar se inició en abril de 1453.[76] El último emperador griego, Constantino XI se encontraba en bancarrota política y financiera, carecía de suficientes hombres y de aliados con voluntad de prestarle ayuda, y tanto Hungría como Venecia se mantenían a una distancia prudente. Su vacilante y despoblada ciudad estaba defendida por una guarnición de apenas algunos miles de soldados, reforzada por profesionales italianos. Lo único que podía hacer Constantino era esperar tras las grandes murallas de su ciudad aguardando una ayuda que nunca llegaría. Tras varias semanas de bombardeos pesados, los turcos iniciaron el asalto final en la mañana del 29 de mayo de 1453 cuando los atacantes se colaron en tropel por las brechas creadas en las murallas occidentales. La escena final obligó a los escasos defensores, en especial los italianos, a presentar una última y desesperada defensa en el interior de la muralla. Constantino murió en el tumulto y su cuerpo posiblemente fuera mutilado y su cabeza cortada y exhibida como trofeo del victorioso sultán. El segundo saqueo de Constantinopla tal vez fuera igual de dañino que el primero, en 1204. Quizá hasta cuatro mil civiles griegos perdieran la vida, aproximadamente una décima parte de lo que quedaba de la población, y muchos otros fueron esclavizados o presos a fin de cobrar un rescate. En el transcurso de una década se habían capturado los últimos puestos avanzados griegos del continente y la posición de las últimas posesiones latinas que todavía sobrevivían parecía cada vez más precaria.

El humanista italiano Eneas Silvio Piccolomini, algún tiempo después papa Pío II, se lamentó de las noticias de la conquista de Constantinopla, «la segunda muerte de Homero y Platón».[77] No tardó en aparecer una polémica más tradicional de dolor: la iglesia en

peligro, y el legado de Cristo profanado. Del mismo modo, este tipo de reacciones tampoco conseguían estimular un contraataque serio puesto que no captaban el significado del acontecimiento. El caos, la muerte y la destrucción, sobre todo de edificios y bibliotecas, no deberían ignorarse, pero la tragedia humana exige su propia perspectiva. El intercambio cultural entre Grecia y Occidente había florecido durante generaciones y el conocimiento griego no era algo que hubiera llegado a Europa occidental en las maletas de los refugiados constantinopolitanos en 1453. El estado bizantino había fracasado totalmente en su función de institución política. El destino de la cristiandad oriental no descansaba en la malignidad de la guerra santa occidental ni en la indiferencia diplomática, sino en el modo de operar de las fuerzas indígenas. El advenimiento de los otomanos no era el desastre en estado puro que algunos habían imaginado; sin duda no lo era para los otomanos, ni para sus aliados, los grupos balcánicos locales a los que acogían y trataban con condescendencia, o sus súbditos musulmanes, ni tampoco para el campesinado griego. Aunque determinadas élites griegas sufrieran, lo cierto es que la persecución religiosa no formaba parte de la cultura otomana de los siglos xiv y xv. Muchos griegos que no huyeron encontraron trabajo al servicio de los otomanos, algunos incluso se beneficiaron de convertirse al islam. La cultura otomana, igual de ecléctica y sofisticada que cualquier otra en Europa o en Asia occidental, no introdujo una nueva barbarie. La presunción de la superioridad cultural o ética cristiana constituye un legado muy perjudicial de la era del colonialismo, y una característica de una muy mal informada moderna demonización. El triunfo otomano aportó seguridad a los territorios del antiguo Bizancio y reactivó su economía. Al recrear el antiguo imperio territorial bizantino, los otomanos lograron el éxito precisamente allá donde los cruzados de 1204 y generaciones de monarcas griegos habían fracasado. Después de 1453, Constantinopla se convirtió de nuevo en el centro del mundo del Mediterráneo oriental, ahora con su nuevo y resonante nombre, Estambul, «en la ciudad», «el centro de la ciudad».

La reacción occidental a la caída de Constantinopla varió desde la auténtica preocupación hasta la histeria ritual. En las cortes europeas, desde Alemania hasta la península Ibérica, se impulsaron complicados planes para una nueva cruzada. El papado, a través de la

afirmación del liderazgo pontificio, intentó estimular a la cristiandad a adoptar una nueva causa redentora y meritoria. Nicolás V promulgó una bula de cruzada, *Etsi ecclesia Christi,* el 30 de septiembre de 1453; el *Reichstag* imperial alemán debatió la guerra turca en tres ocasiones entre 1454 y 1455; Felipe de Borgoña asistió a la dieta de Regensburg en abril de 1454; y Piccolomini, en un discurso que gozó de una amplia difusión, se dirigió a la asamblea de Frankfurt en noviembre de 1454.[78] Se produjeron un gran número de panfletos exhortatorios, algunos de los cuales utilizaron la nueva tecnología de la imprenta. Calixto III, el sucesor de Nicolás V, mantuvo vivo el impulso al autorizar la prédica, los diezmos eclesiásticos y la venta de indulgencias. La carga fiscal incitó, era previsible, el resentimiento eclesiástico. Si por una parte se demostró la eficacia económica de la campaña de indulgencias, por ejemplo en Inglaterra, por la otra, la ubicuidad de los perdonadores levantó las sospechas y alentó el fraude generalizado.[79] Los timadores y las cruzadas solían ser una combinación habitual. Calixto, a pesar de su avanzada edad y de la gota que debilitaba su salud, mostraba una energía obsesiva en la promoción de la nueva iniciativa, vendiendo propiedades pontificias, entre ellas, vajillas, cubertería y valiosas cubiertas procedentes de las encuademaciones de los libros de la nueva Biblioteca Vaticana creada por su predecesor inmediato. Se construyeron galeras en el río Tíber y Calixto persuadió a Alfonso V de Aragón (también rey de Nápoles), de quien había sido secretario, a tomar la cruz en noviembre de 1455. El emperador alemán, Federico III, le siguió los pasos. Dirigir la cruzada convenía a los intereses de sus posesiones familiares de Habsburgo, fronterizas con Hungría, al mismo tiempo que permitía a Federico desempeñar un papel auténticamente imperial en Alemania. Ante esta compañía, Felipe de Borgoña, pese a que en sus dominios inició la recaudación de impuestos laicos a fin de financiar la cruzada, se puso en evidencia al no tomar la cruz, en parte un reflejo de su anómala posición como uno de los monarcas más ricos y poderosos de la región y que, sin embargo, seguía subordinado a otros monarcas. Su señor francés, Carlos VII, rechazó su cooperación y se negó a aprobar sus planes.

En otoño de 1454, Felipe propuso realizar una expedición el año siguiente, pero ante la falta de respuesta alemana, la oposición de Carlos VII y la muerte de Nicolás V en abril de 1455, la acción

se pospuso. Más allá de recaudar fondos, una pequeña carga para cualquier príncipe, la contribución de Felipe a los preparativos militares fue extraordinariamente escasa. El tiempo corría y la agenda no se cumplía. Alfonso sugirió un ambicioso y gran ataque anfibio para el año 1457, que no obtuvo ninguna respuesta. La negativa veneciana a participar resultó decisiva; Venecia estaba en paz con los turcos desde 1454. Mientras las potencias occidentales empezaban a titubear, Mehmet II expandía su control hasta Serbia (1454-1455), en preparación de un ataque a Hungría y al Danubio central. Las fantasías de Lille de los nobles borgoñones, o las de los príncipes germanos en Frankfurt, o las de los cortesanos de Alfonso V, saturadas de imágenes de las históricas guerras de la cruz en Tierra Santa, no solo se demostraban imposibles de realizar, sino que tampoco consiguieron enfrentarse a la amenaza real que pendía sobre sus correligionarios latinos en el Danubio. La incapacidad de los monarcas occidentales de organizar una expedición de alguna importancia después del año 1453 relegó las grandes cruzadas tradicionales al trastero de la estrategia militar, en palabras de Jean Germain, «las antiguas expediciones y campañas ultramarinas a las que se denomina cruzadas (*croisiez*)».[80] La pasividad occidental confirmaba que la única ayuda eficaz que las instituciones de las cruzadas podían proporcionar en la lucha contra los otomanos consistía en el apoyo moral, la ayuda económica, las expediciones navales limitadas y a pequeña escala y el aliento a la resistencia local.

BELGRADO, 1456

El éxito de la defensa de Belgrado en julio de 1456 ejemplificó precisamente este tipo de cruzadas a pequeñas escala.[81] Mehmet II avanzó Danubio arriba en el verano de 1456, y puso sitio a Belgrado en la primera semana de julio. El sultán confiaba en que, una vez que la ciudad hubiera caído, podría continuar hacia Buda antes de que finalizara la temporada de campañas militares. La modesta guarnición a la que se enfrentaba en Belgrado fue apercibida para que se rindiera. Sin embargo, llegaron unos refuerzos inesperados al mando de Juan de Capistrano, un franciscano de setenta años que tenía tras de sí una larga historia de entusiasmo por las cruzadas y

de rearme moral. Su interés por la recuperación de Tierra Santa y la cuestión turca se remontaba a la década de 1440, y formaba parte de la contribución de su orden desde hacía muchos años a la prédica contra los enemigos de la iglesia, entre los que se incluían herejes y judíos. Muy bien relacionado, Juan había visitado la corte borgoñona en marzo de 1454 y asistido a la dieta imperial de Frankfurt en noviembre, tras lo cual empezó a predicar la cruzada. Al llegar el verano de 1455, Juan se encontraba en Hungría fraguando junto al sin duda escéptico regente Hunyadi un absurdo plan para una gigantesca cruzada internacional de cien mil hombres. Juan realizó una gira algo más constructiva por la región, predicando y consolidando sus credenciales de reformista religioso. La credibilidad de los predicadores de las cruzadas había adquirido una gran importancia. Algunos años más tarde, Pío II reconocería el daño que habían causado el engaño, la corrupción y la ociosidad anteriores: «la gente piensa que nuestro único objetivo es amasar oro. Nadie cree lo que decimos. Estamos desacreditados, igual que insolentes comerciantes».[82] Tan solo la demostración ostentosa de simplicidad y sinceridad podía neutralizar estos sentimientos, y Juan destilaba el correcto equilibrio de santidad personal y de dirección práctica.

La prédica de Juan en Hungría, iniciada en mayo de 1455 y que alcanzó su punto culminante de intensidad entre febrero y junio de 1456, había sido minuciosamente organizada y su progreso, que reflejaba tanto su edad como la cuidadosa preparación, contabilizado: unos seiscientos kilómetros en catorce meses, menos de dos al día. En febrero de 1456, en una ceremonia muy publicitada en Buda, Juan tomó la cruz de manos del legado pontificio, Juan de Carvajal. Según Juan, al menos, su evangelismo obtuvo un gran éxito, en particular entre «el pueblo llano». Dos elementos parecían configurar la estrategia de Hunyadi. El regente concentró su esfuerzo en alistar a una nobleza reticente mientras que Juan y sus predicadores proveían el núcleo de la leva militar popular general, basada en el sistema llamado *militia portalis* que se llevaba utilizando desde hacía dos generaciones.[83] Este sistema de reclutamiento militar entre los campesinos significaba que estos reclutas plebeyos poseían al menos armas rudimentarias y tal vez alguna formación elementales. La sinceridad transparente de Juan mitigaba cualquier resentimiento social y fiscal que hubiera suscitado un llamamiento de los nobles, y su atractivo

trascendía deliberadamente la jerarquía seglar. Muy poca cosa se dejó en manos de la suerte. Los obispos locales prestaron su apoyo, y las noticias de su prédica se difundieron con esmero antes de su llegada. En ocasiones, las congregaciones sufrían una decepción, una de ellas, por ejemplo, estuvo esperándole durante más de una semana sin que Juan hiciera acto de presencia. Los reclutas también llegaron desde fuera de Hungría, sobre todo de Austria y Alemania, y entre ellos, según parece, muchos estudiantes de la Universidad de Viena, tal vez en busca de unas atractivas y aventureras vacaciones veraniegas alejados de las aulas. Los esfuerzos de Juan tan solo configuraban parte del núcleo central de una campaña que desembocó en un verano dedicado, en algunas regiones de Hungría, a la cruz, y que fue objeto de informes muy favorables. Los observadores debieron de sentirse agradablemente sorprendidos por la insistencia en el reclutamiento de hombres en lugar de la habitual caza de dinero. Si bien los escritos de Juan y las crónicas hagiográficas que no tardaron en acumularse alrededor de los acontecimientos de 1456 podrían haber exagerado su contribución, lo cierto es que reunió un importante ejército, tal vez alrededor de algunos miles de soldados, aun cuando su cohesión sugiera que algo más que la sola personalidad del fraile mantenía unidos a los hombres.

Pese a la sentimental insistencia de los apologistas en lo maravilloso y en lo milagroso, el ejército cruzado de Juan de Capistrano, aunque no fuera necesariamente la agrupación de civiles inspirados y devotos que describía la propaganda y que nos cuentan las leyendas, desempeñó un papel importante en la defensa de Belgrado. Proporcionaron una importante fuerza de combate y la imprescindible moral. La guarnición húngara, demasiado pequeña para combatir a los turcos en el exterior de las murallas de Belgrado, si no recibía ayuda, tenía muy pocas probabilidades de poder resistir indefinidamente al bombardeo de los turcos. Asimismo, cabe la posibilidad de que Mehmet confiara en la reticencia de la nobleza húngara a entablar combate si podían llegar a un acuerdo. La llegada de las tropas de Juan a partir del 2 de julio permitió tácticas más agresivas. El 14 de julio ayudaron a Hunyadi a romper el bloqueo naval turco alrededor de la ciudad y, una semana más tarde, en la noche del 21 al 22 de julio, tomaron posición, junto a la guarnición, en las brechas de la maltrecha muralla y repelieron el asalto principal de los turcos.

Al día siguiente, mientras Mehmet empezaba a organizar la retirada, conformaron un elemento importante del contraataque que invadió en tropel las posiciones avanzadas turcas, infligió un número de bajas importante y capturó grandes cantidades de *maté riel,* armamento y equipamiento bélico. Parece ser que el éxito del reclutamiento de Juan obstaculizó los planes de Mehmet, que dependían de la captura relativamente rápida de Belgrado si quería alcanzar los objetivos posteriores. La aparición en masa de los cruzados hizo añicos las esperanzas de que su superioridad numérica inicial y el control de las comunicaciones fluviales forzaran la rendición de Belgrado. Su retirada precipitada ante el fracaso de su artimaña desesperada, un asalto frontal nocturno, confirma que el ejército otomano no daba más de sí.

Las tensiones, bien documentadas, entre los cruzados de Juan y Hunyadi añaden lustre a la imagen de un ejército providencial cuya fe triunfó allá donde las hazañas militares y el profesionalismo habían fracasado. De hecho, buena parte del antagonismo entre los dos grupos giró alrededor del reparto del botín y de la falta de control Hunyadi sobre los cruzados, a consecuencia de la decisión tomada a principios de año según la cual se concedía a Juan autoridad parcial y autónoma sobre sus reclutas. No obstante, Juan demostró comprender la relación existente entre su ejército y los hombres de Hunyadi: al día siguiente de la retirada de los turcos, cuando sus tropas intentaron afirmar su independencia reclamando el crédito exclusivo de la victoria y, por lo tanto, la propiedad exclusiva del botín, las desmanteló sumariamente.[84] La reputación de Juan y sus cruzados debía mucho a la búsqueda, a la sazón y desde entonces, de héroes que pudieran ser vistos consiguiendo éxitos temporales y al mismo tiempo llevando una vida que satisfacía las más altas normas espirituales exigidas por la retórica cruzada. Sin duda, el carisma espiritual de Juan contribuyó a unir a su ejército y comprometerlo a la causa. Sus enseñas hablaban tanto de la cruzada como del estricto programa moral de su orden. El evangelismo había alimentado de forma perenne el entusiasmo hacia las cruzadas, en especial al carecer de la disciplina seglar y de la coerción ejercida por las jerarquías laicas ejecutorias y por el señorío secular. Pero este tipo de actividad cruzada popular y efervescente tendía a evaporarse rápidamente, y la cruzada de Juan de Capistrano no constituyó una ex-

cepción. Su ejército fue desmantelado y el propio Juan falleció víctima de la peste negra en octubre de 1456. A partir de entonces, las guarniciones y las treguas fueron las que mantuvieron a los otomanos a raya y fuera de Hungría hasta la década de 1520, y no los cruzados, fueran indígenas o extranjeros.

Los intentos más convencionales de Calixto III de defender Hungría fracasaron estrepitosamente. Su flota tan solo consiguió zarpar en agosto de 1456, y obtuvo unos resultados muy modestos durante su período de servicio, que se prolongó hasta finales de 1457. Se recuperaron Lemnos, Samotracia y Tasos en el Egeo, se derrotó a una flota turca en Mitilene en el verano de 1457, y se llevó a cabo una alentadora, aunque inútil, incursión contra la costa levantina de Egipto. El papa Calixto les sacó jugo a estas pequeñas victorias. Las victorias navales se conmemoraron con una medalla, y la de Belgrado, con la institución de la observancia general de la Fiesta de la Transfiguración el 6 de agosto, fecha en la que habían llegado a Roma el año anterior las noticias del triunfo y que coincidía con el día que se libró la batalla de Mitilene.[85] No obstante, estos gestos apenas incidieron en la consolidación del poder otomano al sur del Danubio y en Grecia. Aunque cabe la posibilidad de que se hubiera frenado el flujo del avance otomano, no se emprendió ningún contraataque. La abrumadora presencia del control de los turcos desde Serbia hasta Cilicia se mantuvo inalterada, un hecho que obsesionaría profundamente al sucesor de Calixto III, a quien algunos llamarían «el último cruzado».

La CRUZADA DE PÍO II

Cuando en agosto de 1458, Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464) fue elegido papa con el nombre de Pío II, hacía ya veinte años que intentaba promover una cruzada oriental contra turcos y musulmanes. Erudito distinguido, hombre de letras y diplomático con experiencia, Pío había adquirido un profundo compromiso durante las negociaciones desarrolladas a principios de la década de 1450. Tras su elevación al trono de san Pedro, renovó de inmediato el llamamiento a la cruzada (octubre de 1458) y convocó una reunión internacional en Mantua (del verano de 1459 a enero de 1460). A pesar

de que la asistencia fue escasa y la reacción decididamente tibia, Pío condujo las conversaciones hasta conseguir un acuerdo para una nueva expedición, y a la conclusión de la reunión imaginó que tenía un plan y promesas seguras de tropas y dinero. El optimismo no duró demasiado. Las perspectivas internacionales eran muy pobres, Inglaterra atravesaba una guerra civil y el nuevo rey francés, Luis XI, mantenía la hostilidad de su predecesor hacia la participación de Felipe de Borgoña. Luis no tenía tiempo para las poses de su anterior protector y opinaba que Felipe era un consentido, muy arrogante y «de escaso intelecto».[86] En Italia, la sucesión de Nápoles arrastró al papa a un conflicto que enfrentó a Francia y Aragón y en el que Pío no era de gran ayuda. Después de 1453, parecía ansiar una anticuada cruzada general que derrotara a los turcos y recuperara Jerusalén, deseo que se parecía cada vez más a un código para realzar la supremacía papal y no una seria propuesta militar. El lenguaje de Pío y de sus consejeros al referirse a los turcos adoptó un tono rudo e insultante. Sin embargo, al colocar la cruzada en el centro de su pontificado, Pío estaba jugándose la autoridad pontificia e incluso, según admitió en 1462, el respeto hacia la propia jerarquía de la iglesia.[87]

Esto explica lo que de otro modo podría considerarse una extraña, patética o trágica coda a su reinado. A principios de 1462, Pío había decidido que la única manera de rescatar su cruzada y salvar la autoridad pontificia consistía en dirigir él mismo la expedición, decirles a los fieles: «venid conmigo», y no: «marchad solos», una actitud que representaba el colmo de la inutilidad. Pío era un viejo prematuro y medio inválido y, según reconocería en público en el año 1463, una cruzada le mataría. Quizá suponía que un gesto heroico de martirio conmocionaría a la cristiandad y le impulsaría a llevar a cabo la reforma que las decenas de miles de sus sabias palabras no habían conseguido. Pío había llegado tarde al sacerdocio, pasados los cuarenta años, tras una vida pública y privada de hombre laico brillante y después de haber sido padre de algunos hijos. Su conversión al alcanzar la mediana edad le proporcionó un punto de vista original y una libertad de pensamiento de la que carecían otros clérigos más institucionalizados. La frescura de su punto de vista, su alto intelecto y la impresionante forma de articular las cosas llevaron a Pío a establecer una extraordinaria co-

nexión entre la cruzada, la supremacía pontificia y su propio recorrido espiritual.

Las posibilidades de acción eran mejores que en el año 1459. Felipe el Bueno, a pesar de estar a medio camino entre los sesenta y los setenta años, se comprometió de nuevo con la aventura. Venecia, al borde de la guerra con los turcos, había dado marcha atrás a su neutralidad de diez años antes. Pío relanzó su cruzada en octubre de 1463, esta vez, un proyecto limitado dirigido contra los turcos.[88] Se ensayó la panoplia completa de prédica, concesión de la cruz, indulgencias de Tierra Santa, privilegios y aparato financiero, y el caudillaje del papa se convirtió en el punto fundamental. El papa no les ocultaba a los cardenales su vocación personal: «en cierto sentido, vamos a una muerte segura», un noble final que podría haber seducido tanto a su fe religiosa como a su clásica imaginación.[89]

El otoño de 1463 asistió a serios esfuerzos diplomáticos en conseguir apoyo material. Pío negoció con los escépticos estados italianos al mismo tiempo que cerraba una gran alianza entre el papado, Venecia, Hungría y Borgoña. El 22 de octubre, y en medio de cierta pomposidad, Pío declaraba la guerra a Mehmet II y se fijó el punto de reunión del ejército internacional en Ancona. Los venecianos transportarían las tropas a través del Adriático y se unirían a los húngaros o bien a los luchadores serbios por la libertad al mando de Scanderberg. Como era habitual, tras otra *fête,* otro fastuoso festejo en honor a la cruzada en las Navidades de 1463, Felipe de Borgoña se plantó, aunque envió una compañía de tres mil hombres al mando de su hijo ilegítimo Antonio, que partió hacia Ancona en mayo de 1464. Otros pequeños contingentes iniciaron la marcha hacia el sur. El único cardenal que proporcionó una galera fue Rodrigo Borgia, el futuro Alejandro VI de notoria mala fama, sobrino y protegido del fanático de las cruzadas Calixto III.[90] Habida cuenta de su conocido pluralismo y avaricia, Rodrigo podía sin duda pagarla. El propio Pío, antes de tomar la cruz en San Pedro el 18 de junio de 1464, tal vez el único papa en funciones que jamás lo hiciera para luchar contra los infieles, reunió una flota de galeras con las que debía reunirse en Ancona. Ahora ya muy enfermo, tal vez se diera cuenta de que su misión en Ancona, adonde se dirigió a finales de junio, tan solo podía servir *pour encourager les autres,* para alentar a los otros, y a la salvación de su alma. La flotilla veneciana de doce

galeras al mando del mismísimo dogo se retrasó, y algunos elementos del ejército pontificio, al observar lo que estaba ocurriendo, empezaron a desertar. Se dijo que las cortinas de la litera de Pío tuvieron que cerrarse para impedirle contemplar el panorama de su ejército que se desintegraba.[91] El 14 de agosto, poco después de llegar a Ancona, Pío, tal como él había imaginado, falleció, y su cruzada murió con él.

El problema otomano no se extinguió con Pío. En 1481, a la muerte de Mehmet el Conquistador, Venecia había perdido Negroponte, su capital en el Egeo, en 1470, los Hospitalarios en Rodas habían sobrevivido por muy poco a un gran asedio en el año 1480, y Otranto, en el sur de Italia, había sido brevemente ocupada. Los turcos no se retiraron más de Rumelia, aun cuando Bayaceto II hubiera detenido las conquistas, que Salim el Cruel y Solimán el Magnífico retomaron con gran entusiasmo. No obstante, la cruzada seguía asumiendo papeles de comparsa en el drama, se continuaban promulgando bulas y los hombres seguían tomando la cruz y los monarcas el dinero. Se seguía rindiendo obediencia a la eficacia del ideal, a veces genuina, a veces no. En Hungría, reconocida como «la muralla, el bastión y el escudo» de la cristiandad latina, la defensa era prioritaria.[92] El hijo de Hunyadi, Matías Corvino, utilizó la retórica de la cruzada para consolidar sus credenciales reales de monarca perteneciente a una dinastía advenediza. Ahora bien, los ingresos procedentes de los fondos pontificios destinados a las cruzadas, si bien útiles, apenas afectaban el coste de la organización militar húngara. En la península Ibérica, el recrudecimiento del entusiasmo por las cruzadas dirigía su atención hacia otros escenarios de guerra santa, aun cuando sus promotores intentaran asociarlos entre ellos. Cuando Carlos VIII de Francia invadió Italia en 1494 para reafirmar su reivindicación sobre el reino de Nápoles, situó la aventura en el contexto del empeño de combatir al turco y recuperar Jerusalén. No cabe duda acerca de la sinceridad de sus sentimientos, a pesar de que su aplicación se alejaba de la política práctica. Al iniciar una guerra en Italia que duraría sesenta años, Carlos VIII destruyó cualquier posibilidad seria de satisfacer su ambición. Sus prioridades estaban muy claras. Igual que muchos de sus predecesores, la cruzada siempre ocuparía la segunda posición en su lista, siempre a la distancia de un nuevo golpe diplomático o militar más.

Las cruzadas se negaban a desvanecerse. Seguían enfrentándose a cuestiones fundamentales de política, guerra, fe y comunidad. Las cruzadas internacionales seguían siendo objeto de especulación cortesana, de retórica diplomática y de debate académico y, en ocasiones, intelectual. Los papas seguían promoviendo cruzadas con gran vigor literario, aunque la frecuencia y la elocuencia de sus bulas no venía igualada por las acciones. Cada vez más, la *cruciata*, a través de los impuestos o de la venta de indulgencias, se transformaba en una cuestión de fiscalidad piadosa; y en España, en una característica muy significativa de las finanzas públicas, guardada celosamente por los monarcas del siglo xvi. Las indulgencias siguieron siendo populares. Sólo en Inglaterra entre 1444 y 1502 se organizaron doce campañas de venta de indulgencias a beneficio de cruzadas contra los turcos. Uno de los primeros documentos impresos en Inglaterra que ha llegado hasta nosotros es un formulario de una indulgencia concedida a Henry y Katherine Langley de Londres el 13 de diciembre de 1476.[93] En 1464 se creó en la curia un nuevo departamento de finanzas cuyo objetivo específico consistía en recibir el dinero de las cruzadas. Y mientras que se le seguía otorgando una importancia vital a la amenaza otomana, los intercambios verbales insulsos y rimbombantes configuraban el núcleo central de las conversaciones sobre la recuperación de Jerusalén, por ejemplo, en el intento de Francisco I de imponer la paz en Italia en 1515. Su posterior tratado con los turcos en el año 1536 asestó un duro golpe al concepto de política exterior confesional. Al fin y al cabo, resulta difícil deshacerse de los hábitos establecidos. En 1498, el laureado poeta romano le había prometido al nuevo rey francés Luis XII un triunfo romano y una recepción del dios Apolo si conseguía liberar Tierra Santa y Constantinopla.[94]

La atmósfera, más que el aparato de las cruzadas, infectaba el lenguaje utilizado en la descripción de las batallas contra los turcos. Una crónica del ataque a Lesbos en 1501 viene adornada por un sermón cruzado laico, que incluye toda la parafemalia de promesas de indulgencias papales, salvación y gloria, y honra eternas y temporales, pronunciado, en teoría, por el lugarteniente del rey francés.[95] Irónicamente, en vísperas de la revuelta luterana contra las indulgencias papales en 1517, el mayor desafío a la teología de las cruzadas jamás montado, un anacronismo tranquilizador, dio paso a

cierta apreciación de la realidad. Ninguno de los debates o decretos del Quinto Concilio Lateranense (1512-1517) que debatieron una *expeditio* contra los turcos mencionaba Jerusalén.[96] La política febril y hostil de Italia, Francia y España impedía cualquier actividad que no fuera verbal. La disensión religiosa, hasta cierto punto desconocida por la cristiandad desde hacía siglos, complicaba las reacciones tanto ante las cruzadas como contra el turco. La mayor amenaza musulmana a la cristiandad, el avance de los otomanos hasta las puertas de Viena en 1529, tuvo lugar el mismo año en el que los príncipes evangélicos alemanes firmaron la «Protesta», de la que se deriva el nombre «protestante». A partir de ese momento, y aunque muchos protestantes distaran mucho de sentir remilgos por la guerra santa o por combatir a los turcos, la cruzada asumiría un estatus partidista, un arma, si es que alguna cosa era, de una afinidad confesional dividida, algunas de cuyas presunciones ideológicas y fundamentos habían sido atacados, si no descaradamente cortados de raíz. Las instituciones de las cruzadas se conservaron en la armería pontificia, en especial en apoyo de la campaña de los Habsburgo en el Mediterráneo. Para los fieles de la iglesia Católica romana el ideal seguía brillando. La convocatoria del papa Pablo III a un gran concilio reformista en Trento en el año 1544 anunciaba su propósito: «la supresión de la discordia religiosa, la reforma de la moral cristiana y una nueva expedición contra el infiel bajo el más sagrado de los símbolos, la cruz».[97]

Pablo, sin embargo, albergaba la esperanza de que el concilio aboliera o restringiera las bulas de indulgencias de cruzada, esfuerzos frustrados por la oposición española, cuyas razones se fundamentaban en los ingresos y no en la salvación. Aun así, la suerte estaba echada. Los apologistas de la iglesia Católica romana se mostraban cada vez más reticentes a hacer hincapié en la oferta de indulgencias, cuya venta sería abolida por Pablo V en el año 1567. La cruzada conservó su puesto: el vehículo apropiado que los católicos romanos utilizarían para combatir guerras santas. No obstante, la división religiosa anatematizaría su teología ante sectores importantes de la sociedad cristiana que buscaban, y encontraron, otro camino y otro medio de articular y utilizar la violencia en nombre de su Dios.

Capítulo 26

LA CRUZADA Y LA SOCIEDAD CRISTIANA EN LA BAJA EDAD MEDIA

La mentalidad de las cruzadas no dependía totalmente de la participación militar activa. Las emociones suscitadas de forma esporádica por las convocatorias al apoyo económico o al reclutamiento se alimentaban de la liturgia, la literatura, la prédica, la venta de indulgencias y la fiscalidad, desde Chipre hasta Groenlandia.[1] Al llegar el siglo xiv, los estrategas y publicistas habían obtenido la comprensión generalizada del pueblo, y las cruzadas contra los musulmanes, la simpatía. La familiaridad de las cruzadas dio nacimiento a estereotipos sociales identificables: el *descroisié,* «descruzado», o *ashy,* ceniciento, el dogmático cruzado de salón, así llamado porque permanecía sentado en su sillón junto al fuego; el avaricioso charlatán vendedor de indulgencias; el predicador de cruzadas ávido de poder; el piadoso y galante caballero cruzado; y el fiel soldado de infantería. Estas categorías identificadas por Francis Bacon en su debate acerca de las reacciones a la guerra santa a principios del siglo XVII poseían una larga y orgullosa historia: teólogos reflexivos, exaltados fanáticos religiosos, soldados pragmáticos, cortesanos calculadores y políticos que trataban de ganar tiempo.[2] En la Baja Edad Media, las cruzadas gozaban de una mayor notoriedad entre la sociedad europea occidental que en las numerosas fronteras con los infieles.

ATRACTIVO SOCIAL

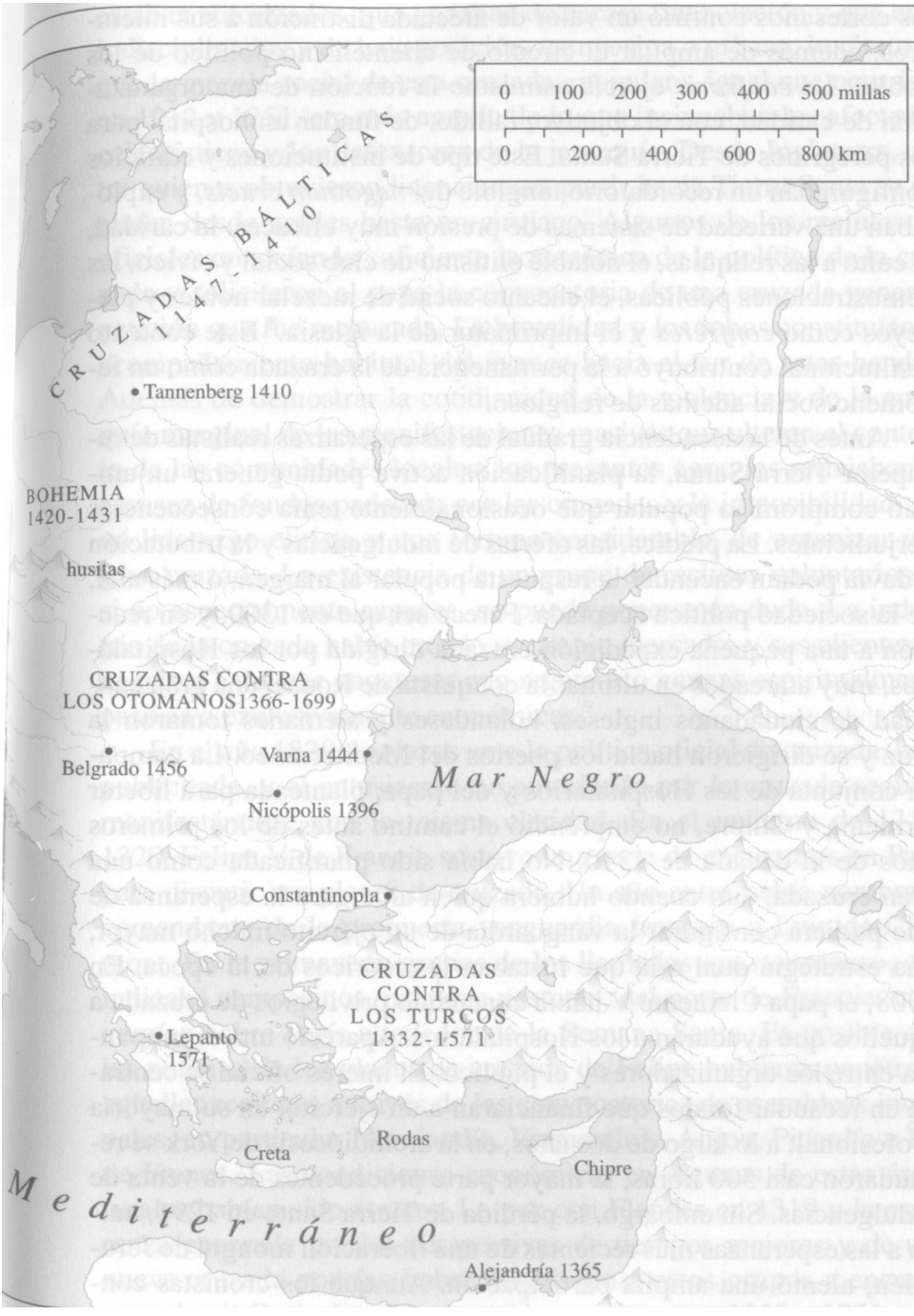
La amplitud del contacto de la sociedad con las ideas de las cruzadas y sus fórmulas trascendió las alegaciones especiales que las promovían y la exageración de los cronistas. El plan final de Felipe de Méziéres con respecto a su orden cruzada de la Pasión (1397) dividía a los guerreros cristianos en tres categorías: reyes y príncipes, plebeyos, y una última formada por «caballeros, señores terratenientes y otros magnates, nobles, burgueses, mercaderes y hombres de honor de rango medio».[3] En campaña, los cruzados más humildes eran por naturaleza los más evidentes. Lo mismo que en cualquier ejército, los comandantes necesitaban hombres a quienes mandar. La presencia en las cruzadas, ampliamente testimoniada, de señores terratenientes, mercenarios y marineros no nos sorprende. Los ciudadanos urbanos y las élites trabajadoras que demostraban entusiasmo en unirse a la cruzada quizá resultaran más indicativos. En las décadas de 1320 y de 1330, los habitantes de las ciudades del norte de Francia, aunque se habían negado a pagar los subsidios de cruzada, habían afirmado con energía su voluntad de servir en persona, alentando a sus conciudadanos a hacer lo mismo.[4] Por supuesto, estas manifestaciones tal vez representaran el mecanismo legal de evitar las nuevas exigencias fiscales, pero indicaban que la cruzada seguía siendo una actividad pública respetable. Los aprendices de Londres que intentaron llevar a cabo una cruzada liderada por el obispo de Norwich contra los partidarios del papa de Aviñón (es decir, los franceses) en el año 1382, o los ochenta ciudadanos de Gante que tomaron la cruz, eligieron a su propio comandante y emprendieron la marcha hacia Venecia en marzo de 1464 (estaban de regreso en Navidades), fueron bastante más directos. El orgullo corporativo sostenía la tradición de la cruzada en las grandes ciudades comerciales como Venecia, Génova, Florencia o Londres. El vino suministrado por las autoridades cívicas de la pequeña población flamenca de Axel en el año 1464 alivió las lacrimosas despedidas públicas de sus cruzados, que acababan de recibir el sustento espiritual de la santa misa.[5]

Estas ceremonias cívicas ocasionales se correspondían con las demostraciones más permanentes del compromiso cruzado: celebraciones regulares, confraternidades y gremios. Cabe la posibili-

dad de que en Toumai, en la década de 1330, los intereses de la cruzada se hubieran asociado a la semana de festividades en honor a la Santa Cruz que finalizaron el 14 de septiembre, el día de la Santa Cruz, una fecha íntimamente relacionada con las cruzadas.[6] Mientras las órdenes de caballería laicas satisfacían los gustos y las aspiraciones de la nobleza, aparecieron organizaciones no nobles que atendían los de un público más amplio. Ya en la década de 1240 en Francia podían encontrarse confraternidades seglares que canalizaban la devoción y el apoyo material, y en Italia, confraternidades similares servían a la causa pontificia. En 1384, en Norfolk, Inglaterra, se fundaron dos gremios, el de Saint Christopher en Norwich y el de Saint Mary en Wiggenhall, que iniciaban sus reuniones con oraciones en las que se pedía la recuperación de Tierra Santa. Si el patrocinio de la peregrinación a Jerusalén que realizaban otros gremios nos ha de servir de guía, estas expresiones de sociabilidad espiritual podrían haber funcionado como centros de organización de las necesidades prácticas de las cruzadas, además de proporcionarles a los *crucesignati* una buena despedida.[7]

La *confrarie* parisina del Santo Sepulcro demostró que la superposición de las redes locales, políticas y sociales podía alentar el interés. Fundada con una fastuosa ceremonia el día de la Santa Cruz del año 1317 en la iglesia de la Santa Cruz de París, el mecenas de la confraternidad era Luis I, conde de Clermont y duque de Borbón, abuelo del comandante de la expedición a al-Mahdiya de 1390, y el príncipe francés perteneciente a la familia real más frecuentemente asociado a los planes franceses de cruzada durante los veinte años posteriores a 1316. Entre 1325 y 1327, se construyó una iglesia para la *confrarie* consagrada al Santo Sepulcro, la cual cobijaba una serie de reliquias, entre ellas tres fragmentos de la Vera Cruz, una llave de las puertas de Jerusalén, un brazo de San Jorge y un trozo de la propia roca del Santo Sepulcro. A pesar de haber atraído a la realeza y a la nobleza, el núcleo de sus miembros, tal vez más de mil en la década de 1330, lo conformaban los *bourgeois* parisinos, muchos de los cuales habían tomado la cruz en la gran ceremonia organizada por Felipe IV en 1313. El propósito de la confraternidad consistía en proporcionar a los *crucesignati* un medio de estructurar y manifestar su continua devoción y, sin lugar a dudas, su estatus especial y su asociación pública con los grandes. El patrocinio de

Las cruzadas en Europa


0 100 200 300 400 500 millas
0 200 400 600 800 km
CRUZADAS BÁLTICAS 1147-1410
Tannenberg 1410
BOHEMIA 1420-1431
husitas
CRUZADAS CONTRA LOS OTOMANOS1366-1699
Belgrado 1456
Varna 1444
Mar Negro
Nicópolis 1396
Constantinopla
CRUZADAS CONTRA LOS TURCOS 1332-1571
Lepanto 1571
Rodas
Creta
Chipre
Mediterráneo
Alejandría 1365

los cortesanos confirió un valor de afectada distinción a sus miembros, además de ampliar el círculo de clientelismo político de los nobles. La *confrarie* ejercía asimismo la función de una organización de caridad, con el objetivo, fallido, de fundar un hospital para los peregrinos de Tierra Santa. Este tipo de instituciones y edificios configuraban un recordatorio tangible del *negotium crucis,* y explotaban una variedad de sistemas de presión muy eficaces: la caridad, el culto a las reliquias, el notable elitismo de club social y cívico, las demostraciones públicas, el encanto social de mezclar nobles y plebeyos como *confréres* y el imprimátur de la iglesia.[8] Este contexto institucional contribuyó a la permanencia de la cruzada como un fenómeno social además de religioso.

Antes de la decadencia gradual de las esperanzas realistas de recuperar Tierra Santa, la planificación activa podía generar un amplio compromiso popular que ocasionalmente tenía consecuencias perjudiciales. La prédica, las ofertas de indulgencias y la tributación todavía podían encender la respuesta popular al margen, o más allá, de la sociedad política aceptada. Parece ser que en 1309, y en reacción a una pequeña expedición cruzada dirigida por los Hospitalarios, muy atareados en ultimar la conquista de Rodas, una gran cantidad de ciudadanos ingleses, holandeses y alemanes tomaron la cruz y se dirigieron hacia los puertos del Mediterráneo. La campaña conjunta de los Hospitalarios y del papa, planteada para liberar Armenia y Chipre, no emprendió el camino antes de los primeros años de la década de 1310. No había sido planificada como una gran cruzada, aun cuando hubiera quien albergara la esperanza de que pudiera configurar la vanguardia de un ejército mucho mayor, una estrategia dual a la que instaban los teóricos de la época. En 1308, el papa Clemente V había concedido privilegios de cruzada a aquellos que ayudaran a los Hospitalarios. Apareció una discrepancia entre los organizadores y el público. El interés oficial se centraba en recaudar fondos que financiaran a un ejército, en su mayoría profesional; a lo largo de dos años, en la archidiócesis de York se recaudaron casi 500 libras, la mayor parte procedentes de la venta de indulgencias. Sin embargo, la pérdida de Tierra Santa en 1291, unida a las esperanzas más recientes de una liberación mongol de Jerusalén, alentó una amplia participación. Aunque los cronistas conservadores y hostiles descartaran a los reclutas al considerar que no

estaban autorizados, que gozaban de escasa financiación y que eran indisciplinados y de baja posición, campesina o urbana, lo cierto es que la mezcla social de esta cruzada «popular», igual que ocurriera en 1212 y 1251, era más amplia de lo que insinuaban los afectados eclesiásticos y los defensores de la jerarquía. Desde Inglaterra, entre quienes obtuvieron licencia para partir hacia Tierra Santa se incluían desde nobles hasta un cirujano. Algunos de los reclutas no oficiales conocían lo suficiente la mecánica de la política de la cruzada y solicitaron al papa la convocatoria de una cruzada general, petición que fue rechazada. La brutalidad y los robos constituían el acompañamiento habitual del avance hacia el sur de estas bandas. Además de demostrar la cotidianidad de la violencia y de la anarquía marginal de las manifestaciones masivas que alteran el contexto de las comunidades locales, los presuntos agravios reflejaban la escasez de fondos padecida por las cruzadas y la imposibilidad, sin un liderazgo elitista y una fortuna considerable, de organizar una gran cruzada. La existencia de un grupo de reclutas voluntariosos, si no especialmente capaces, no puede ponerse en duda. La industria de la cruzada había creado su propio mercado, y sus clientes se negaban a dejarse engatusar con regateos o gangas espiritualmente pasivas o exclusivamente económicas.[9]

En el año 1320, los lazos ente la política oficial de cruzada, bien publicitada, y el entusiasmo no autorizado por la cruzada seguían manifestándose con la misma claridad. En el invierno de 1310-1320, Felipe V de Francia sostuvo una serie de encuentros en París para discutir sus planes de cruzada. Un año antes había nombrado comandante de la propuesta vanguardia francesa a Luis de Clermont. En la primavera, grupos de los llamados *«pastoureaux»,* que indicaba campesinos, más que pastores, del norte de Francia, convergían sobre París alrededor de la Semana Santa. Es posible que las noticias de los planes de cruzada de Felipe hubieran penetrado aquellas regiones a través de las convocatorias de asambleas invernales, en particular Normandía, Vermandois, Anjou, Picardía e île-de-France. Las condiciones económicas en algunas de estas áreas rurales habían sido atroces. La paz con Flandes en 1319 y la esperanza generada por las perspectivas de tiempos mejores y de una nueva cruzada podrían haber impulsado a estos grupos a encaminarse hacia París. Igual que ocurriera en los años 1212 y 1251, mu-

chos de aquellos que emprendieron el camino eran hombres jóvenes, con escasos vínculos domésticos, y es posible que desempleados o sin tenencias que pudieran mantenerles durante la grave depresión agraria. Aun así, su asociación con la política de la corte resultaba evidente. Un observador parisino reparó en que muchos de ellos procedían de Normandía, muy representada siempre en las asambleas de las cruzadas.[10] Algunos marchaban tras el estandarte de Luis de Clermont, posiblemente con su consentimiento, lo que insinuaba la convocatoria de una más amplia sociedad civil en apoyo de una élite política preocupada. El papa Juan XXII expresó su sorpresa ante el consentimiento de Felipe V a las actividades de estos *pastoureaux*Al principio, las iglesias los alimentaron y albergaron y se propuso utilizar a los manifestantes en la campaña que había proyectado en Italia el primo de Felipe V, Felipe de Valois, el futuro Felipe VI, desde luego, no la tarea más adecuada para una turba criminal. Los parisinos les dejaron pasar sin causar problemas. Las bandas estaban bien organizadas, y algunas de ellas profesaban objetivos claros, como Aigues Mortes, de donde deseaban zarpar hacia Tierra Santa, propósito que indicaba el poder de su nostalgia; precedente, historia y leyenda, en este caso, del recuerdo sobresaliente de san Luis. A medida que las bandas avanzaban hacia el sur, la falta de asistencia, la percepción de su aislamiento y su resentimiento hacia los privilegios parásitos de quienes ellos consideraban que habían explotado la cruzada, o que les habían fallado, se canalizaron en forma de violencia. Atacaron a ricos seglares o religiosos y organizaron matanzas de judíos. Este caos fue el síntoma y la causa de su desintegración, un indicador de la desesperación por sostenerse a ellos mismos a través de actos de castigo, en su opinión, actuaciones morales que debían sustituir al mayor de los actos morales, la cruzada.

El grado de complicidad del régimen francés al alentar a los *pastoureaux* a ejercer presión sobre el papa para que este concediera fondos de cruzada a Felipe V no deja de ser una mera conjetura. No obstante, los *pastoureaux* franceses no actuaban del todo ajenos al perímetro de la política oficial de las cruzadas. Los *pastoureaux* desafían cualquier idea de disminución del entusiasmo popular por la cruzada de Tierra Santa, o de su retroceso hasta la categoría de sueño de las clases caballerescas. Tampoco estaban llevando a cabo

una revolución social encubierta. La crítica social era más sutil, una aceptación, compartida con las élites, de propósitos morales unidos a la dura crítica del modo en el que estas élites los aplicaban. El fracaso público, y no la explotación social, constituía el núcleo de las protestas del año 1320.[12]

Excepcionalmente, el concepto de cruzada podía ser utilizado a beneficio de las demandas radicales. En la primavera de 1514, el arzobispo Thomas Bakocz de Esztergom, con la poderosa colaboración de los franciscanos observantes, organizó a toda prisa una cruzada en Hungría contra los turcos, en parte para compensar a su ego, muy maltrecho tras su ajustada derrota en el cónclave pontificio del año anterior. La prédica, recordando escenas de 1456, tocaba la fibra sensible de los agobiados campesinos, de los habitantes de las ciudades y de los estudiantes. La situación económica era precaria en extremo, y afectaba de igual modo a poblaciones comerciales, ganaderos, campesinos y granjeros arrendatarios. La cruzada se vendió como una redención espiritual y social. La nobleza húngara, ansiosa por mantener los ingresos destinados a la defensa de la frontera con los turcos e indignada ante la posible pérdida de mano de obra agrícola para la siega del heno y la cosecha, manifestó su oposición y no mostró ningún interés en apoyar una guerra contra los turcos. Casi de inmediato, los cruzados se revolvieron contra los nobles. Demostrando un fuerte sentido comunitario, el ejército cruzado, compuesto al parecer por miles de hombres y bajo el mando de Jorge Dozsa, un pequeño aristócrata, inició un reinado de terror contra los nobles y sus propiedades que se extendió por toda la llanura húngara. A pesar de que el arzobispo Bacokz canceló la cruzada tan pronto observó el giro que estaba tomando la situación, los cruzados continuaron sus saqueos al mismo tiempo que mantenían su devoción por la cruz, por los privilegios de cruzada, por el rey y por el papa. Como tan a menudo ocurría en la Europa del siglo xvi, se trataba de una revuelta muy conservadora. El 22 de mayo de 1514 el ejército de nobles fue derrotado y no se pudo aplastar a los cruzados hasta mediados de julio, en Timisoara (Temesvar). Ambos contendientes habían cometido atrocidades, y la última de ellas fue la más espantosa. Dozsa fue situado en una estaca, plataforma o trono ardiendo, donde se le colocó en la cabeza una «corona» de hierro al rojo vivo, y sus seguidores fueron obligados a masticar tro-

zos de su carne quemada y a beber su sangre, todo ello acompañado de cantos y bailes en una atmósfera carnavalesca. A Dozsa se le habían imputado acusaciones de traidor a su nación, a su clase y a su fe, precisamente lo que él había negado en público. La cruzada de 1514 había sido oficialmente sancionada y había atraído a un gran número de participantes procedentes de una extensa clase baja de la sociedad civil, cuya percepción política era muy sensible y que no solo acusaron a los nobles, con gran acierto, de ser incapaces de dedicarse a la cruzada, sino que llevaron esta acusación aún más lejos. Los nobles húngaros fueron calificados de ser peores que los turcos, la habitual acusación que se solía lanzar contra los que obstaculizaban el *negotium Dei.* Sin embargo, en esta ocasión, los que lanzaban las acusaciones no eran papas, ni príncipes ni prelados, sino pequeños aristócratas y campesinos que se habían tomado demasiado al pie de la letra el mensaje de la cruz como símbolo de emancipación.[13] Tal vez resulte significativo que un término posterior del idioma húngaro que define «rebelde», *kuruc,* derive de la palabra *cruz,* y quizá signifique la consagración de un antiguo recuerdo cultural de los macabros acontecimientos ocurridos en la primavera y el verano del año 1514.[14]

La excéntrica y espantosa revuelta de la cruzada húngara reveló que la cruzada no constituía por necesidad un privilegio exclusivo de las élites sociales. No obstante, también ilustró el modo en el que los motivos de los cruzados podían emplearse en contextos no esencialmente conectados con la guerra santa y, a la inversa, cómo las emociones y las aspiraciones tangenciales o no relacionadas con la cruzada podían encontrar su expresión en el lenguaje y las formas de la cruzada, por muy excéntrica o tendenciosa que fuera su construcción, en este caso, la de los radicales franciscanos observantes. De igual modo, el comportamiento de los nobles húngaros en 1514 indica lo absurdo que resulta generalizar acerca de la popularidad de la cruzada o su alcance social. La élite húngara perdió el entusiasmo por las cruzadas formales en un momento en el que los Habsburgo, los herederos de los duques de Borgoña, y en especial en su manifestación ibérica, empleaban con entusiasmo la panoplia completa de la retórica, la teología y los privilegios, temperados por su propio sello de mesianismo monárquico. El renacimiento ibérico tuvo una resonancia menor en la Inglaterra del siglo xv, cuando tras

el colapso de la credibilidad de la cruzada prusiana no surgió ningún otro objeto de acción nuevo y factible que la sustituyera, excepto para aquellos que se unieron a la orden del Hospital. En Francia, la cruzada mantuvo su brillo, pero había quedado unida de forma inextricable a la religión de la monarquía que iniciaba su expansión. En muchos lugares y en muchas ocasiones, la cruzada como lazo de unión de la comunidad y justificación para la guerra, tras haber proporcionado el modelo, había quedado desbancada. Precisamente esta falta de confianza, en la parte que les correspondía de identidad nacional, podría haber sido el fenómeno que alentara a los elementos menos nobles de Hungría a definir de una forma tan obstinada su acción contra los turcos, y después contra sus nobles, según el modelo tradicional de la cruzada.

MANTENIENDO LA TRADICIÓN

Igual que en los siglos anteriores, algunas familias y regiones mantuvieron la tradición de participar en las cruzadas, actitud que podía imponer un sentido de obligación, casi de responsabilidad, habida cuenta, en especial, que las historias del antiguo heroísmo cruzado gozaban de una amplia difusión en la literatura, la polémica y la prédica. Las reliquias de ancestros cruzados y pasadas campañas adornaban las iglesias parroquiales y las casas familiares. La tradición motivó que a los sucesivos reyes de Francia se les proclamara portadores de una particular responsabilidad, sobre todo personal, hacia las cruzadas en Oriente, deber que formaba parte de su condición de monarcas, una asociación protectora cuidadosamente alimentada por los dos primeros reyes de la dinastía de Valois, Felipe V en la década de 1330 y Juan II en la de 1360. Otras ramas menores de la dinastía estaban igual de infectadas, en especial Luis I de Borbón y su nieto Luis II, el comandante de al-Mahdiya. Por toda Europa, historias de familia similares alentaban a los miembros de todos los sectores de la nobleza y de la aristocracia a mantener la tradición, y algunas familias, por ejemplo, los Beauchamp, Mowbray o Percy de Inglaterra, o la familia Brienne en Champaña, alardeaban de una estirpe de guerra santa que se extendía, en algunos casos, desde el siglo XII hasta finales del xiv. En el siglo xiv, el

compromiso de las familias apenas amainó.[15] Algunos utilizaban las guerras santas como una escuela de perfeccionamiento de la educación de los caballeros, aunque hubo quien opinaba que este aprendizaje resultaba demasiado duro. Para los muertos y heridos de Nicópolis o para el joven Geoffrey Scrope de Masham, Yorkshire, caído en las inhóspitas estepas de Lituania en el año 1362, igual que para aquellos reclutas occidentales que combatieron junto a los Hospitalarios en la defensa de Rodas contra los mamelucos en el año 1444, por ejemplo Daniel Habin de Mallorca que perdió una mano, o Mateo de Transilvania que se vio privado del uso de su brazo derecho, estas guerras no eran juegos.[16] El declive de la actividad cruzada fue el fruto de una disminución de las oportunidades y no, según se afirma muy a menudo, a la inversa. En relación al menos con las cruzadas orientales, tan solo la atracción permanente de los Santos Lugares ya constituye un testimonio de que el interés se mantenía vivo. A partir de la década de 1330, y consolidado por el tratado entre Chipre y Egipto de 1370, los monarcas mamelucos de Palestina siguieron el precedente de Saladino y permitieron a los cristianos occidentales el acceso a los Santos Lugares a un determinado precio. Los siglos xiv y xv asistieron a un resurgimiento a gran escala de las peregrinaciones a Palestina y Egipto y de un fárrago de publicaciones de crónicas y relatos acerca de las experiencias de peregrinos, además de itinerarios formales. Muchos de esos peregrinos también lucharon en otras ocasiones contra el infiel, pero no en Tierra Santa.

La ronda de indulgencias en venta y la celebración de las liturgias compensaron la ausencia de cruzadas activas. En algunos casos, el elemento cruzado que dominaba en el *milieu* cultural pudo encontrar una demostración más puntual. En 1407 y 1408, en parte como un ejercicio de relaciones públicas, los caballeros hospitalarios de Rodas construyeron la fortaleza de San Pedro en Bodrum, el antiguo Halicamaso, frente a la isla de Kos. A fin de pagar el altísimo coste de la construcción, que incluía la reutilización de los bloques de piedra procedentes del mausoleo cercano, los Hospitalarios hicieron un llamamiento, respaldado por las indulgencias pontificias. Tan solo las contribuciones inglesas ya contribuyeron a pagar una torre en cuyos muros se grabaron 26 escudos de armas, entre ellos los del rey Enrique IV, sus cuatro hijos y las familias de estir-

pe cruzada, reciente o antigua, como Montague, Courtenay, Neville, Percy, Beauchamp y Holland. Es posible que los copiaran con la intención de representar una lista de los escudos heráldicos de los principales contribuyentes. Un conjunto de ellos correspondían a los de la familia FitzHugh. Henry FitzHugh había enviado equipamiento a Bodrum en 1409 y sir William, posiblemente el hijo de Henry, y su esposa buscaron indulgencias de Bodrum en el año 1414. A lo largo del siglo xv, Bodrum mantuvo fuertes lazos con la sección inglesa (o *langue*) de los Hospitalarios, período durante el cual William Dawney y John Langstrother, que más tarde sería prior de los Hospitalarios ingleses, estuvieron al mando de la fortaleza, en 1448 y en 1456 respectivamente.[17]

El compromiso regional variaba, aunque también manifestaba sus firmes lazos con el pasado. En la década de 1450, los duques de Borgoña, y condes de Flandes, supieron explotar su herencia y el legado cruzado de los flamencos durante los intentos de suscitar el apoyo de sus súbditos a una cruzada. Al tratarse de una iniciativa cuyo objetivo consistía en ayudar a Constantinopla, les resultaba conveniente invocar el recuerdo de Balduino IX, el primer emperador latino. Cada región parecía exigir sus héroes cruzados, san Luis en Francia, Ricardo I en Inglaterra, o los paladines ibéricos de la reconquista, entre otros, aun cuando las credenciales de algunos de ellos fueran espurias, un caso similar al de san Ladislao de Hungría. Los Países Bajos, el oeste de Alemania, Champaña y el norte de Francia, las tierras centrales de la Primera Cruzada, seguían siendo tierra fértil para reclutar participantes. Suscitar el entusiasmo por las cruzadas en los grupos sociales que no estaban en sintonía con la larga experiencia resultaba menos fácil, y así lo testimoniaba la relativa indiferencia de las noblezas polacas o húngaras a finales del siglo xv. Los largos períodos sin la prédica concertada o el reclutamiento real podían relegar a la cruzada activa a una minoría cada vez más excéntrica, aunque no menos sincera; Inglaterra después de la década de 1330, y aún más intensamente tras 1400, es una buena muestra de ello. A la inversa, como ocurrió en Iberia a finales del siglo xv, el entusiasmo hacia la cruzada podía ser reavivado por el compromiso y la acción del gobierno. En cualquier caso, el reconocimiento cultural, una vez establecido, demostró ser muy firme, aun cuando tan solo produjera estallidos intermitentes de actividad oficial o pública.

El modo en el que la cruzada ejercía la función de vehículo de avance social constituye un indicador de lo anterior. Los advenedizos utilizaban el servicio en una guerra santa como el medio de ingreso en las filas de los caballeros y de las personas respetables, una entrada en la élite laica. Este tipo de ritos iniciáticos sociales podían incluir un servicio meritorio en las guerras nacionales o las de los reyes, pero la cruzada, según indicaba el énfasis puesto en ella por las numerosas órdenes de caballería seglares, atraía un reconocimiento especialmente gratificante. Nicolás Sabraham, un veterano de Crécy en 1346, construyó su fortuna combatiendo en guerras durante más de treinta años, a partir de la década de 1330, en las campañas inglesas en Escocia, Francia y España. También combatió en Prusia, se unió a la cruzada a Alejandría de Pedro de Chipre en el año 1365 y después pasó a servir en la expedición de Amadeo de Saboya de 1366 y 1367 a los Dardanelos y Bulgaria. La mayoría de las cruzadas ofrecían pocos, si es que los había, botines fáciles. En el año 1386, Sabraham, un soldado profesional muy diferente a los dorados jóvenes cruzados con los que se codeaba, fue llamado, no obstante, a testificar en una gran disputa heráldica que tuvo lugar en la Corte de Caballería inglesa, donde describió con gran minuciosidad sus hazañas cruzadas.[18] Sus actos constituían la garantía de su de su nobleza, sin tener en cuenta su cuna. Al otro lado del Canal de la Mancha, Bertrand du Guesclin, el comandante militar en jefe y estratega de Carlos V, sin lugar a dudas miembro de la más alta nobleza francesa, intentó enaltecer su estatus, cuando combatía junto a los aliados de Francia en España en el año 1366, asociando la guerra española contra los ingleses a una cruzada a Granada. Bertrand fue incluso coronado «rey de Granada» por el rey Enrique II de Castilla, quien lo había contratado.[19] La imagen de las guerras santas de la cruz exigía pocas explicaciones o alegaciones especiales para atraer la admiración.

LA IMAGEN DE LAS CRUZADAS

El compromiso de los individuos y de las comunidades con los ideales y la práctica ocasional de la cruzada encontraron expresión en el arte y la literatura. Al final de *La muerte de Arturo* de sir Tho-

mas Malory (acabada entre los años 1469 y 1470), sir Bors, sir Héctor, sir Blamore y sir Bleoberis terminan su carrera luchando contra «turcos y bellacos» en Tierra Santa.[20] A juzgar por los contenidos de las bibliotecas de finales del siglo xv, se trataba de un anacronismo histórico, pero no cultural. Los textos de historia y consejos sobre las cruzadas se seguían escribiendo, copiando y, más tarde, imprimiendo con energía sostenida hasta bien entrado el siglo xvi, cuando surgieron nuevos géneros de literatura vernácula que trataban de la amenaza de los turcos, en particular en Alemania. Las narraciones y leyendas de las cruzadas a Tierra Santa, cuyos personajes no se limitaban solo a reyes, príncipes y cortesanos, gozaban de una especial popularidad por toda Europa. Las crónicas de Jerusalén, atribuidas a Guillermo de Tiro, encontraron su camino hasta las bibliotecas de los terratenientes, pequeña nobleza y alta burguesía de Norfolk y Bedfordshire en Inglaterra. El caballero de Norfolk, John Paston II, poseía una crónica, en inglés, acerca de Ricardo I. El impresor William Caxton tradujo a Guillermo de Tiro en 1481.[21] Se presuponía el conocimiento histórico. Eduardo III de Inglaterra, anfitrión de Pedro de Chipre en el invierno de 1363-1364, con ocasión de una cena organizada en Londres bromeó con su invitado afirmando que, si Pedro conseguía recuperar Jerusalén, Chipre, «cuyo cuidado mi antepasado Ricardo encomendó a vuestro antepasado», debería ser restituido a la corona inglesa.[22]

Las noticias coetáneas procedentes del frente oriental se devoraban con la misma avidez, fueran transmitidas oralmente o escritas. La crónica de las guerras contra los turcos durante la década de 1440, escrita por Jean Waurin, alcanzó la corte inglesa bajo el reinado de Eduardo IV. El testimonio de Guillaume de Caoursin del sitio de Rodas (1480), que contenía grabados ilustrativos muy vividos, gozó de una amplia difusión internacional en menos de diez años tras su aparición, y no tardó en ser traducido, por ejemplo, al inglés en el año 1484.[23] Otros impresores, además de Caxton, supieron sacar provecho. El compendio de exhortaciones a la cruzada, guía de peregrinos e historias de las míticas maravillas orientales, escrito en el siglo xiv bajo el pseudónimo de Juan de Mandavila y conocido en castellano como el *Libro de las maravillas del mundo,* obtuvo un éxito internacional de ventas que duró más de doscientos años, y se transmutó en una serie de, al menos, catorce versiones

distintas en doce idiomas diferentes que satisfacían a los diversos gustos, propósitos y regiones. Existía incluso una versión ilustrada «sin texto» del Mandavila derivada de una redacción en checo. Algunas de sus versiones, al menos, subrayaban la necesidad de recuperar Tierra Santa porque «aquesta nos fue prometida en eredamiento, porque cada fiel cristiano deve de disponerse de demandar su eredamiento y ganar esta tierra de poder de infieles».[24]

Hacía ya mucho tiempo que las representaciones visuales de las cruzadas se habían hecho muy populares. Muchos manuscritos y libros impresos estaban embellecidos de representaciones especialmente luminosas de los momentos más gloriosos de las cruzadas. Algunos de ellos insinúan que, estéticamente, el pasado apenas se distinguía del presente, puesto que las figuras se mostraban con anacrónicas vestiduras de la época. Las ilustraciones de finales del siglo xv presentan al emperador bizantino del siglo VII, Heraclio, cuya devolución de la Santa Cruz a Jerusalén abre la crónica de Guillermo de Tiro, ostentando el escudo de armas e insignias de los emperadores alemanes del siglo xv de la casa de Habsburgo. Cristaleras, murales, esculturas y mosaicos decorativos proporcionaban el medio donde conmemorar un pasado heroico que les permitía a algunos soñar un futuro heroico. En la década de 1390, Thomas de Woodstock adornaba su castillo de Pleshey con quince tapices que narraban los romances de Godofredo de Bouillon.[25] Setenta años más tarde, la demanda por este tipo de objetos llevó al comerciante de Londres, sir Thomas Cooke a ser acusado y procesado por traición al haberse negado a venderle a la suegra de Eduardo VI un paño de Arrás «ricamente trabajado en oro y que representaba la historia del asedio a Jerusalén».[26]

Los retablos dramáticos y las representaciones teatrales ritualizadas constituían otro medio de recordarle al público la importancia de su patrimonio cruzado. En 1378, Carlos V de Francia invitó al emperador Carlos IV de Alemania a asistir a una fastuosa representación en París del sitio de Jerusalén, de la que Felipe de Méziéres podría haber sido el director de escena.[27] El impacto que causó esta representación quedó consagrado más tarde en las iluminaciones de un manuscrito que describía el acontecimiento. Aunque, a cierto nivel, la obra se deleitaba en la nostalgia caballeresca compartida, la producción de París tuvo una resonancia práctica. Tanto la corte

francesa como la alemana habían participado en la organización de la cruzada de 1360 y estaban sujetas a otras convocatorias más recientes de acción contra los otomanos. Esta clase de obras teatrales podía reducir la gran brecha abierta entre el tiempo y las circunstancias de una forma paralela a la impresión estática del tiempo que solían dar los sermones en la iglesia; el pasado era en cierto modo contemporáneo, fuera bíblico o cruzado. Estas representaciones tenían un propósito: crear una atmósfera de comprensión hacia la circulación de las ideas de cruzada, y demostrar el compromiso oficial permanente, aunque fuera generalizado. Carlos V fue el primer rey de Francia en no involucrarse personalmente en una cruzada o en su planificación desde Luis VI (muerto en 1137), a pesar de lo cual, la *féte* de París afirmaba sus credenciales. En otros lugares, estas representaciones teatrales promovían causas más inmediatas, como en Mons en 1454, cuando la corte de Borgoña asistió a la representación de una obra cuyo tema central trataba de la Cuarta Cruzada, Balduino de Flandes y la captura de Constantinopla de 1204.[28] La extravagancia de estas obras plantea preguntas acerca de su seriedad y sinceridad. Se trataba de distracciones espectaculares, y no plataformas de reclutamiento. Sin embargo, revelaban la animación cultural de la cruzada y la receptividad hacia el mantenimiento de, al menos, un idealismo sentimental en el seno del cual las guerras de la cruz podían ser entendidas como posibles, además de admirables. A la luz de quienes lucharon y murieron en estas guerras, esta alegría contenía un mensaje muy serio.

LAS CRUZADAS Y LA SALVACIÓN

La documentación acerca de las prácticas devotas de la cruzada confirma que los dos elementos centrales que daban atractivo a la cruzada mantuvieron su fuerza a través de la Baja Edad Media y más allá: la oferta de remisión de los pecados y el temor al infiel, en general formulados con relación a la recuperación de Tierra Santa. La promoción de la cruzada por la iglesia seguía siendo la más clara y la más ubicua de todas las prolongaciones de la cruzada. El aparato de los privilegios seguía en su lugar, los impuestos eclesiásticos se hicieron habituales, aunque localizados, y el ofrecimiento de

indulgencias seguía formando parte del sistema de penitencias, cada vez más comercial puesto que la redención de votos, o incluso la ejecución de cualquier acto meritorio, dejó paso a la simple venta y pago. Clemente VI perfeccionó la doctrina de la Tesorería de Méritos, una especie de cuenta corriente divina establecida por Dios y a disposición del fiel penitente, institucionalizando de este modo aún más las indulgencias de las cruzadas. La prédica, las donaciones y los legados persistieron. Las tesorerías reservadas a las contribuciones se quedaron en las iglesias parroquiales. Los procedimientos cada vez más burocráticos del papado y de las diócesis locales todavía administraban la cruzada y su promoción, privilegios, organización y finanzas. A un nivel más mundano y parroquial, la liturgia de la recuperación de Tierra Santa y las invocaciones a Dios para que hiciera retroceder al infiel alcanzaron el día a día de las vidas de los fieles de toda la cristiandad hasta que la Reforma la desgarró.

Investigaciones recientes han identificado una gran cantidad de manuscritos que han sobrevivido y que registran una amplia variedad de ritos litúrgicos asociados centrados en súplicas específicas o generales de ayuda divina en la defensa de Tierra Santa o contra los turcos.[29] Revelan la amplitud de la actividad religiosa, regular y enérgica que se llevaba a cabo en las iglesias parroquiales, monasterios y catedrales de toda Europa entre los siglos XIII y XVI, dirigida directamente al objeto de la cruzada, la liberación de Tierra Santa o la defensa contra infieles, paganos o turcos. A pesar de la existencia de ejemplos del incumplimiento de las órdenes pontificias, según las cuales debían celebrarse misas por Tierra Santa, tal como ocurría en la diócesis de Ruán en la década de 1330, la naturaleza e importancia de los registros indica que las oraciones y las misas no se copiaban en algún arcano homenaje colectivo y anticuado a viejas costumbres ya muertas, sino que representan un conjunto de normas de observancia que seguían en activo.[30] Los mecanismos suplicatorios de Tierra Santa aparecieron en algunas categorías litúrgicas. El *clamor*, que invocaba la ayuda de Dios para Tierra Santa, se insertó en la misa, entre la consagración y la fracción del pan, antes de la comunión, y apareció en diversas formas estándar en manuscritos y misales impresos entre los siglos XIII y XVI, los más notables de los cuales procedían de las diócesis de Salisbury, York y

Hereford. Estas oraciones asociadas al rito de tomar la cruz se insertaron en la misa en ocasiones especiales. En contraste, las celebraciones habituales de la Eucaristía podían estar dedicadas en su conjunto al propósito votivo de la recuperación de Tierra Santa. Los papas Juan XXII (1333), Urbano V (1363) y Gregorio XI (1373) incluyeron la previsión de estas misas especiales en las instrucciones de preparativos de cruzada. Estas misas especiales podían estar dirigidas a una cruzada determinada o, en especial en el siglo xv, al objeto algo menos preciso de la asistencia a Tierra Santa. A finales del siglo xv se incrementaron las misas dedicadas a la lucha contra los turcos, aunque también se utilizaron en las invocaciones contra los husitas y, de una forma más vaga, contra «paganos» e «infieles».

Una manera más extraordinaria de utilizar las misas por Tierra Santa consistía en lo que se conoce como treintenas gregorianas, que se originaron en Inglaterra en el siglo xiv, y comprendía series de treinta misas a celebrar por el alma de los muertos tras la muerte y el entierro del testador que había dotado las misas. En el transcurso de la misa se incluían oraciones que únicamente solicitaban la liberación de Tierra Santa, o bien que combinaban la liberación de Tierra Santa con la liberación del alma de los fallecidos de «las garras de los demonios», es decir, en el purgatorio. Se equiparaban así el destino del alma y el de Tierra Santa y, por analogía, los paganos quedaban litúrgicamente demonizados. Tan solo en Inglaterra han llegado hasta nuestros días ochenta fuentes litúrgicas diferentes que hacen referencia a este hábito, además de casi ciento cincuenta testamentos, la mayoría de ellos del siglo xv. Parece ser que Calixto III, durante los preparativos de su cruzada en 1455, había alentado esta práctica. En Inglaterra al menos estas misas diarias se podían cantar 365 días al año.

A pesar de que estas liturgias forzaban los vínculos entre la ideología de la cruzada y la acción cruzada hasta un grado extremo, lo cierto es que constituyen un testimonio del poder ineludible y de la penetración de la imagen de la liberación de Tierra Santa, que no dependía de la prédica oficial esporádica ni de la recaudación de fondos para controlar los pensamientos de los fieles. Podemos encontrar la confirmación posterior en los testamentos de toda Europa occidental, sin duda en el siglo xiv, que legaban fondos a la cruzada y a las misas por Tierra Santa. No obstante, el que no se asocia-

ran a las cruzadas activas sugiere que la liberación de Tierra Santa brindaba una metáfora espiritual, por una parte, de la liberación del alma del individuo de las consecuencias del pecado, como en las treintenas gregorianas inglesas, y por la otra, de una forma más amplia, de la lucha contra el infiel. Las oraciones en las que se pedía por Tierra Santa ponían de manifiesto esta respuesta pasiva. Se trataba de oraciones vernáculas de intercesión que se decían en las iglesias parroquiales de toda Europa los domingos y días festivos inmediatamente después del sermón. A partir de finales del siglo xiii formaron parte de forma habitual del aparato suplicatorio general de la liturgia de la iglesia y distaban mucho de ser convocatorias a la cruzada, a diferencia de otros elementos en otros lugares de la liturgia.[31] La única acción prescrita para la recuperación de Tierra Santa consistía en la oración, la síntesis última de la creciente pasividad que la ampliación de las instituciones de las cruzadas en el siglo xiii alentaba por inadvertencia. Una vez más, la recuperación de Tierra Santa aparece como el símbolo del favor de Dios y de la aceptabilidad de las oraciones de los fieles. Esta tradición sostenía la imagen de las cruzadas como la actividad fundamental de la devoción de los cristianos mucho tiempo después que las luchas de los cruzados se hubieran convertido en una rareza. Sin embargo, a ambos lados de todas las divisiones religiosas que se abrieron en el siglo xvi, estas manifestaciones exteriorizadas de religión corporativa que utilizaban un acto físico, la recuperación de Tierra Santa, como el medio de garantizarse la gracia y la salvación, se hicieron cada vez menos convincentes, mientras que más y más creyentes se dirigían hacia sistemas de devoción que se concentraban más directamente en la experiencia interior y personal de Dios y de la fe. Es más, las diferentes categorías de «impío» se incorporaron a la demonología cristiana, reemplazando a los antiguos estereotipos y analogías, y convirtiendo la polémica imaginería de la cruzada en superflua.

Las principales ceremonias relacionadas con las cruzadas persistieron. Igual que en las oraciones, el énfasis en la cruz del que hacían gala los sermones se integró en la evangelización más general y en la exhortación a la penitencia fundamentada en los poderes redentores de la cruz; muchos de los fragmentos de los sermones de cruzada eran intercambiables con otros que hacían referencia a la

reforma moral. Los sermones pronunciados o los que circulaban en forma de manuscrito con la intención de proporcionar un modelo para la exhortación local exhibían un formalismo tradicional de estructura y de contenido, evidente, por ejemplo en Inglaterra, en los sermones de cruzada hasta bien entrado el siglo xiv. De hecho, el lenguaje metafórico de cruzada extremadamente alusivo fue desarrollado, más que por los predicadores activos, por predicadores de despacho o por propagandistas de la corte, la mayoría de ellos laicos, que tendían a operar entre los límites de una tradición académica muy restringida. A pesar del trabajado estilo de la prédica de, por ejemplo, el dominico inglés del siglo xiv John Bromyard, o el del francés Pierre Roger, el futuro papa Clemente IV, los verdaderos herederos de los grandes predicadores de cruzada de las generaciones anteriores fueron personajes del estilo de Méziéres. Las estadísticas de los sermones en el norte de Francia entre 1350 y 1520 indican que tan solo una pequeña proporción de ellos hacían referencia a la cruzada, las indulgencias, los sarracenos o los herejes.[32] La gira de prédica y el sermón, lo mismo que la venta de indulgencias, se convirtieron en aspectos rutinarios de la administración, y dejaron de constituir el núcleo necesario del reclutamiento y la propaganda, e incluso a veces se llegaban a omitir del todo. La evangelización popular de Juan de Capistrano en Hungría en el año 1456, una excepción, expuso el contraste con las otras iniciativas de cruzada, en las que, si es que existían, los sermones se pronunciaban ante un público de la élite cortesana sin intención de comunicación de masas. Cada vez más, los encuentros más habituales se llevaban a cabo con los perdonadores o vendedores de indulgencias, y no con los predicadores.

Otros aspectos de la organización de las cruzadas, entre ellos los privilegios y la toma de la cruz, variaban de forma similar en intensidad y en aplicación. En Douai, a mediados del siglo xv, eran regulares las procesiones inspiradas por campañas específica. Estas demostraciones públicas asumieron una gran importancia frente a la falta de otras actividades frecuentes de reclutamiento. La casi permanente venta de indulgencias, en muchas regiones sólidamente asentada en cuanto a los beneficios, operaba a un nivel diferente, menos intenso, de compromiso público o personal.[33] Al existir menos personas que tomasen en verdad la cruz, los pri-

vilegios asociados tendían a caer en desuso. Uno de los privilegios del cual los *crucesignati* se aprovecharon con creces les permitía posponer su presencia en los tribunales si tenían algún juicio pendiente, denominado por el derecho anglosajón medieval «*essoin of court*». En su *Mirror of Justices,* Andrew Horn (muerto en 1328), pescadero de oficio y chambelán de la ciudad de Londres, describió como un hecho natural el *essoin* de los cruzados comprometidos en «un pasaje general hacia la tierra de Jerusalén». A finales de siglo, este tipo de presunciones debían de haberse convertido en genuinamente anacrónicas. En Francia, en la década de 1380, por ejemplo, el tratado de leyes *Grand Coutumier de France* omitía cualquier mención a los cruzados en su lista detallada de *essoins.*[34] La costumbre de tomar la cruz se había hecho demasiado infrecuente.

La ceremonia de tomar la cruz, el ritual que definía la cruzada, se mantuvo a disposición de los fieles, penitentes o aventureros, pero, como expresión activa de interés en la guerra santa, su excepcionalidad parece aumentar en comparación con los siglos anteriores. En diciembre de 1382, el obispo Henry Despenser de Norwich tomaba la cruz en la catedral de Saint Paul en Londres y aparentemente tuvo dificultades en localizar una orden de servicio, habida cuenta de su reciente rareza. De hecho, existían copias de la ceremonia en muchas catedrales y abadías, y los ritos para tomar la cruz eran diferentes en York, Lincoln y Salisbury (Despenser encontró su versión en los libros de liturgia de los monjes de Westminster).[33] Los ejemplos de personas y de grupos tomando la cruz, pese a que destacaron por su ausencia durante las expediciones de al-Mahdiya en 1390 y la de Nicópolis en 1396, o los de las exhibiciones de entusiasmo cruzado de la corte de Borgoña en la década de 1450, demuestran que la práctica aún permanecía vigente, como en el caso de los campesinos húngaros en 1456 o el de los ciudadanos de Gante en la década de 1460. Los votos individuales de luchar contra el infiel pueden encontrarse desde Francia y Baviera en el siglo xiv, entre los ingleses y escoceses en la década de 1450, hasta los tejedores de estambre de Norfolk en 1499.[36] Los ritos para tomar la cruz se siguieron copiando en los libros de servicio diocesanos a lo largo de todo el período, junto a la más amplia liturgia de Tierra Santa. Cuando Inocencio VIII normativizó el rito en el *Pontificóle Romanum,* reconoció las

nuevas circunstancias del avance turco al modificar el preámbulo de la ceremonia, de uno restringido a aquellos que «marchaban en ayuda de Tierra Santa» a otro dirigido a aquellos que deseaban «asistir y defender la fe cristiana o la recuperación de Tierra Santa».[37] El cambio indicaba que el papa creía que el rito era de uso corriente, o que así lo esperaba. A niveles inferiores al de la autorización pontificia, la cruz podía ser concedida por el clero local a aventureros como Robert Almer de Cantorbery en 1642, o a ladrones penitentes, como unos que recibieron la cruz en Saint Alban's en 1479.[38] La adaptabilidad de la ceremonia y de la institución se vio reiteradamente confirmada, desde los nuevos conquistadores ibéricos hasta los católicos romanos devotos que combatían a los hugonotes protestantes en Toulouse durante las guerras de religión de la década de 1560. Pablo III, cuando convocó el Concilio de Trento de 1544-1545, igual que Inocencio III al convocar el Cuarto Concilio Lateranense en 1213, estaba convencido de que su congregación conocía la importancia de asumir la cruz de Cristo.[39]

Para entonces, todo el concepto del mérito redentor de las cruzadas había sido puesto en duda por los críticos de la iglesia romana y, sobre todo, aunque no en exclusiva, por los opositores confesionales protestantes, cuyo objeto de crítica, irónicamente, se centraba en la cuestión de las indulgencias. A pesar de que las indulgencias, cuya utilidad se dirigía a la recuperación de Tierra Santa, la lucha contra los turcos o la financiación de los Hospitalarios de Rodas, seguían gozando de popularidad, su amplia aplicación y, en algunos lugares, la estafa descarada que conllevaban amenazaban con desacreditar todo el sistema, algo de lo que ya había advertido Pío II.[40] Por lo tanto, en el propio núcleo de las prácticas de la cruzada había emergido una división *defacto* entre su función, la lucha contra el infiel, y su método, la compraventa de indulgencias, un fenómeno que ocurría al mismo tiempo que otros aspectos de la guerra santa se consolidaban por toda la cristiandad, algunos de ellos asociados abiertamente a las cruzadas, otros menos y algunos nada. Husitas y protestantes podían dedicarse con entera tranquilidad a las guerras santas prescindiendo de toda la parafemalia de la teología de la cruzada de la iglesia Católica romana. Las oraciones de petición de ayuda en la lucha contra los turcos aparecieron en el Libro de Oraciones Protestantes de Eduardo VI de Inglaterra (1549, 1552). Del

mismo modo que no todas las oraciones por Tierra Santa indicaban cruzadas no declaradas, tampoco cada una de las expresiones de la guerra santa, guerra justa y hostilidad hacia los infieles llevaban el mismo envoltorio formal de cruzada. Incluso entre los católicos romanos, la transferencia de la actividad cruzada a los frentes de las guerras, donde el combate representaba un asunto de supervivencia nacional, y no de deber religioso, diluyó todavía más cualquier exclusividad ideológica que la cruzada hubiera tenido nunca. La asociación de la guerra santa con la política seglar proporcionó uno de los campos de batalla más controvertidos y más habituales de los cruzados. Igual que ocurriera con las indulgencias, una de las características más distintivas de las cruzadas de la Baja Edad Media demostró ser la más contraproducente. Para comprenderlo, es necesario regresar al siglo XIII.

CRUZADAS CONTRA LOS CRISTIANOS

Entre finales del siglo XIII y principios del xv, las cruzadas lanzadas contra los cristianos, en el núcleo de la sociedad cristiana, conformaron la aplicación más sistemática de la guerra santa de los papas. Inherente a la emergencia de una ideología de guerra santa a principios de la Edad Media, los canonistas y los teólogos del siglo XIII, entre ellos Tomás de Aquino, desarrollaron y llevaron más allá la doctrina de la guerra justa religiosa en la cristiandad. Enrico da Susa, o Hostiensis, argüyó que la *crux cismarina*, la cruzada en el seno de la cristiandad, apremiaba más y tenía más justicia que la *crux transmarina, o* la cruzada a Ultramar. Al aprobar la política pontificia, Hostiensis reflejaba las actitudes tradicionales, lo que no las absolvía de la crítica y de la controversia. Cuando predicaba en Alemania contra los Hohenstaufen en el año 1251, el propio Hostiensis descubrió que existía una amplia y profunda oposición hacia la prédica de la cruz en contra de otros cristianos.[42] Las cruzadas contra los cristianos, intelectual y legalmente válidas, nunca se insertaron en la mentalidad de los creyentes con la misma comodidad que las guerras contra los infieles. Una de las atracciones principales de la cruzada radicaba en la demonización de los «extranjeros» contra quienes los fieles podían definir su identidad; las cruzadas de

cristianos contra cristianos resultaban muy irritantes puesto que parecían cruzadas contra sí mismos.

Durante el siglo XII, el papado siguió sancionando guerras contra sus opositores políticos. Aun así, parece que la prédica, la toma de la cruz o el paquete completo de los privilegios de Tierra Santa no acompañaron a ninguna de estas guerras, ni siquiera a la expedición más importante dirigida contra el aventurero Markward von Annweiler en 1 199.[43] La parafemalia completa de Tierra Santa se utilizó únicamente en la cruzada de los albigenses en 1209, dirigida por igual contra los protectores cristianos de los herejes y contra los propios herejes, y su equiparación con las guerras orientales quedó confirmada por la bula *Excommunicamus* promulgada por el Cuarto Concilio Lateranense (1215). El deseo de Inocencio III de ofrecer indulgencias de cruzadas de la forma más amplia posible y su manera de alentar la idea de la sociedad cristiana como una iglesia militante desafiada permanentemente por el pecado y los enemigos temporales hicieron de la incorporación de las guerras contra los cristianos un paso lógico. La imposición de tributos eclesiásticos para financiar conflictos políticos captó la atención de los gobernantes seglares que se hallaban atrapados en ellos, y además proporcionó al papado un mecanismo de control y la oportunidad, brindada por las grandes sumas de dinero concedidas por la iglesia, de iniciar acciones militares en su propio nombre. Esta oportunidad les resultó muy útil a Inocencio II y a sus sucesores tras la adquisición, en Italia central, de Estados Pontificios temporales que exigían mantenimiento y defensa.

Las guerras de la cruz contra cristianos más importantes en los siglos XIII y XIV giraban alrededor de la posición temporal del papado en Italia, la defensa de los Estados Pontificios, los derechos de la iglesia, el acceso a la fortuna eclesiástica y el temor a ver su territorio rodeado. Esto último no constituía una ficción paranoica. Los papas del siglo XIII, como Inocencio IV, pasaron largos períodos de exilio alejados de Roma. Un peripatético papado regular que presidía sobre una burocracia centralizada cada vez más eficaz y el reconocimiento de la jurisdicción eclesiástica del pontífice ofrecían una ironía que no se les escapaba ni a los seguidores ni a los detractores del papado. La inseguridad física contradecía las reivindicaciones de la plenitud de poderes tanto espirituales como temporales.

La manera de compensar esta situación, dirigir las cruzadas, llevaba a la práctica las repercusiones ideológicas de las ambiciones papales, además de enfrentarse a sus adversarios materiales. En consecuencia, la cruzada se convirtió en un importante mecanismo para los intentos de los papas de proteger a sus vasallos y aliados. Los papas, a fin de conseguir la independencia en Italia y la hegemonía sobre la cristiandad, aplicaron la cruzada a guerras contra los monarcas Hohenstaufen de Alemania y de Sicilia (1239-1268), a las guerras de las Vísperas Sicilianas, con el objetivo de restaurar el gobierno angevino en Sicilia (1282-1302), a las campañas que pretendían asegurar los intereses pontificios en el centro y el norte de Italia durante la evacuación de la curia pontificia a Aviñón (1309-1377), y a los intentos de resolver por la fuerza el Gran Cisma (1378-1417), cuando dos, y hasta tres papas afirmaron ser los sucesores legítimos de san Pedro.

La ideología pontificia podía desviarse con suma facilidad hacia los conflictos en esencia seglares, por ejemplo, en Inglaterra en los años 1216 y 1217 y de 1263 a 1265.[44] Entre 1208 y 1214, Inglaterra había sido víctima de un interdicto pontificio (que significaba que la iglesia dejaba de funcionar, excepto en los bautismos de infantes y en la Extrema Unción), a causa de la negativa del rey Juan a aceptar al elegido por el papa, Stephen Langton, para ocupar la archidiócesis de Cantorbery. Juan fue excomulgado (1209-1213). En 1213, como parte del acuerdo que ponía fin al interdicto, Juan declaró Inglaterra e Irlanda feudos del papado. Después de su intento de recuperar las tierras perdidas en Francia en 1214, Juan tomó la cruz en 1215, en parte a fin de ganar protección frente a la creciente amenaza de rebelión contra sus duras exacciones económicas y su desconsiderada manera de tratar a la nobleza del país. Este gesto impidió que Inglaterra cayera en la guerra civil, y la alianza con la iglesia de Roma se mantuvo. Tras la muerte de Juan, su heredero, Enrique III, de nueve años, reforzó sus credenciales de merecido receptor de la ayuda de la iglesia tomando la cruz inmediatamente después de su coronación en 1216. Los privilegios de cruzada producían dividendos. En enero de 1216, Inocencio III ofreció la remisión de los pecados a aquellos que habían luchado por el rey Juan y sus opositores fueron calificados de renegados que obstaculizaban la cruzada a Tierra Santa. Honorio III repitió las indulgencias en

septiembre de 1216, año en el que se permitió que los cruzados destinados a Oriente desviaran su voto de cruzada para servir al rey. Los cronistas de la época describen de forma inequívoca a los partidarios del rey como *crucesignati,* y las ilustraciones muestran a los vencedores sobre los rebeldes en la crucial batalla de Lincoln llevando las cruces blancas de los angevinos, aunque en la espalda y no al hombro. A pesar de que las pruebas documentales son más equívocas, parece posible que cierto número de personas tomaran la cruz en defensa del rey inglés en 1216 y 1217. Los testigos presenciales, un testimonio más seguro, describieron el conflicto en términos explícitamente cruzados utilizando un lenguaje muy conforme al amplio uso que hizo Inocencio III de las guerras de la cruz.

Medio siglo y muchas cruzadas contra los cristianos más tarde, no cabía duda. En otoño de 1263, en repuesta a una petición realizada por Enrique III, Urbano IV nombraba negociador de un acuerdo de paz entre el rey y sus opositores nacionales a Guido de Foulquois (más tarde, papa Clemente IV), si era necesario, predicando la cruz contra ellos. La victoria de los rebeldes en Lewes en mayo de 1264 impidió el acceso de Guido a Inglaterra y, más allá de excomulgarlos, no hay ni rastro de que Guido hubiera predicado la cruz. Sin embargo, como papa Clemente IV, Guido renovó la cruzada de los seguidores del rey Enrique. En verano de 1265 le dio instrucciones al cardenal Ottobuono de predicar la cruz en el noroeste de Europa e imponer y recaudar diezmos en Inglaterra, evitando las zonas del sur de Europa donde se estaba predicando la cruzada de Carlos de Anjou a Sicilia. En cualquier caso, los seguidores del rey aplastaron a los rebeldes, liderados por Simón de Monfort, en Evesham en agosto de 1265, antes de que se hubiera podido reunir cualquier ejército cruzado. No obstante, la voluntad de Urbano IV y de Clemente IV de lanzar toda la panoplia de las cruzadas a Tierra Santa tras los intereses políticos de sus aliados temporales revela el punto hasta el cual la cruz se había integrado en todos los aspectos de la política laica pontificia, en opinión de sus promotores, sinónimo, aunque solo fuera retóricamente, de la defensa de la fe, es decir, de la iglesia de Roma. Esta presunción, que caía como una carga material en forma de los tributos sobre toda la iglesia, crispaba a muchos, habida cuenta en especial que no parecía prometer ningún fin de los conflictos y producía escasos beneficios tangibles.

La guerra contra los Hohenstaufen (1239-1268) vivió la aplicación más sostenida de esta política.[45] Marcó el desplome final de la esperanza de poder llegar a una alianza entre el imperio y el papado, posibilidad que había parecido alcanzable en algunas ocasiones entre los años 1180 y 1230, sobre todo durante la juventud de Federico II, cuando este gozaba de la protección del pontífice y era el comandante designado de la cruzada del papa. El origen de la disputa se hallaba en una serie de problemas irresolubles. Las reivindicaciones dinásticas de Federico sobre Sicilia y el imperio alemán, que incluían los derechos sobre el norte de Italia, planteaban un posible desafío a la independencia pontificia. La creación de los Estados Pontificios condujo inevitablemente a tensiones relacionadas con las regiones fronterizas, en particular la marca de Ancona y el ducado de Espoleto. Las rivalidades territoriales locales se vieron complicadas por la especial relación que mantenían el papa y el emperador, simbolizada por el reconocimiento del papa y la coronación de los candidatos imperiales. El control de Sicilia como feudo pontificio creaba otro foco de conflicto, habida cuenta, en especial, que Federico y sus sucesores, en sus territorios, gobernaron la iglesia con escasa consideración hacia la supremacía papal y desdén hacia la interferencia del pontífice. La amarga hostilidad del papa hacia Federico II en particular era fruto de una cordial relación anterior que se había agriado. La falta de confianza fundamental de Urbano IV hacia lo que él denominaba «una raza de víboras» alimentó la tenacidad con la que los sucesivos papas persiguieron a Federico y a sus herederos.

Las anteriores campañas patrocinadas por los papas contra Federico II, como la que había dirigido Juan de Brienne en 1228-1230, habían sido financiadas por el diezmo eclesiástico. Federico había sido excomulgado dos veces, en 1227 y en marzo de 1239. Ahora bien, Gregorio IX no haría un llamamiento para una cruzada formal contra el emperador hasta el invierno de 1239-1240. Federico había derrotado de una forma aplastante a los aliados del papa, la Liga Lombarda de las ciudades del norte de Italia, en el año 1237. El ejército imperial amenazaba Roma, donde, igual que ocurría con frecuencia en aquella época, el apoyo al papa seguía siendo inestable. Al convocar una cruzada, Gregorio podía esperar endurecer la resistencia local, pero también, al poner los fondos eclesiásticos a disposición de quienes estuvieran preparados a to-

mar las armas contra el emperador, movilizar una coalición aún mayor en el norte de Italia y en Alemania. La cruzada, renovada en 1240 y en 1243, se predicó principalmente en tierras imperiales, al norte y al sur de los Alpes. En Alemania se instauraron anti-reyes: Enrique Raspe de Turingia (1246-1247), y más tarde Guillermo de Holanda (1247-1246). Estas cruzadas contra los Hohenstaufen, enérgicamente refrendadas por el Primer Concilio de Lyon (1245), atrajeron a muchos participantes, algunos de ellos procedentes de la cruzada de Luis IX. Asociar las cruzadas a los conflictos políticos de Italia y de Alemania confirió a la causa antiimperialista un elemento de compromiso institucional y de atractivo (o de indignación, dependiendo del observador) internacional del que, de otro modo, no hubiera gozado. Sin embargo, la principal contribución de la cruzada fue económica: la iglesia subvencionó la guerra para destruir a los Hohenstaufen, lo que de otro modo hubiera estado fuera del alcance de los recursos, y aún más lejos de su voluntad, de la variopinta colección de nobles laicos alineados junto al papa.

A la muerte de Federico, los intentos de llegar a un acuerdo con sus sucesores fracasaron, y se renovaron las cruzadas contra su heredero, Conrado IV, y contra Manfredo, el hijo ilegítimo de Federico, regente (1250-1258) y luego rey de Sicilia. El objetivo de las cruzadas se centraba de forma creciente en Italia y Sicilia. En el año 1255, Alejandro IV, albergando la esperanza de sumar los recursos de un reino laico a los de la iglesia, convenció a Enrique III de Inglaterra de que aceptara la corona de Sicilia en nombre de su segundo hijo, Edmundo. La participación inglesa acabó en fracaso puesto que las obligaciones económicas del proyecto y la extravagancia de su ambición contribuyeron a levantar oposición y provocaron una guerra civil en Inglaterra (1258-1265). No obstante, el plan de contratar a un príncipe seglar para atacar a Manfred fue reanimado por Urbano IV y por Clemente IV, quienes se aseguraron los servicios del hermano menor de Luis IX, Carlos de Anjou. Tras una campaña relámpago en el invierno de 1265-1266, Carlos derrotó y mató a Manfredo en la batalla de Benevento en febrero de 1266. Dos años más tarde, Carlos aseguraba su posición con la victoria de Tagliacozzo, en agosto de 1268, sobre el hijo adolescente de Conrado IV y rey titular de Jerusalén, Conradino. En octubre de 1268, en

Nápoles, Carlos hizo ejecutar a Conradino, el último varón de la dinastía Hohenstaufen.[46]

El siniestro legado de las cruzadas de conquista en el sur de Italia y en Sicilia infectó la política de la Península durante generaciones. Los opositores a los intereses del papa fueron conocidos con el nombre de «gibelinos» (*ghibellini*), un apodo que, parece ser, derivaba del grito de guerra de los Hohenstaufen en el siglo XII, «Waiblingen», el nombre de una posesión familiar en Suabia. Los seguidores del papa y los antiimperialistas, en un deliberado contraste, fueron conocidos por el nombre de «güelfos», en reconocimiento a la oposición a los Hohenstaufen de la familia Welf desde hacía largos años. La cruzada se convirtió en un fenómeno casi endémico en la política italiana, y se lanzaron cruzadas contra Ezzelino y Alberico de Romano en 1255, y contra Cerdeña en el año 1263. Un nuevo impulso de energía papal siguió al levantamiento siciliano contra Carlos de Anjou en marzo de 1282, el conocido como Vísperas Sicilianas, y a la anexión de la isla unos meses más tarde por Pedro III de Aragón, casado con una hija de Federico II [47] En enero de 1283, Martín IV promulgó una nueva cruzada contra Aragón, para la que se reclutó a Felipe III de Francia, cuya invasión de Aragón en 1285 acabó en un estrepitoso fracaso. Tras haber malgastado los meses de verano en el infructuoso asedio de Gerona, al noreste de Cataluña, y haber perdido su flota ante la armada aragonesa, Felipe se vio obligado a ordenar la retirada, durante la que murió. Esta debacle posiblemente convenciera al hijo y heredero de Felipe III, el inescrutable aunque resuelto Felipe IV, de que debía evitar este tipo de complicaciones directas en el futuro. Cuando Federico de Sicilia, el hijo menor de Pedro III de Aragón, desafió a su hermano mayor, Jaime II de Aragón, a retener el control de la isla, pese al acuerdo firmado en 1295 entre el papado y Aragón que la restituía a los angevinos, se promulgaron nuevas bulas de cruzada. Esta nueva ronda de cruzadas tan solo tocó a su fin al firmarse el Tratado de Caltabellota en el año 1302 entre Federico de Sicilia y el nuevo pretendiente a la isla y protegido del papa, Carlos de Valois, hermano menor de Felipe IV de Francia. A partir de aquel momento, no se organizarían más cruzadas contra Sicilia. Si bien la cruzada hubiera podido ser el arma que había contribuido a destruir a los Hohenstaufen, lo cierto es que el acuerdo final respecto al territorio se alejaba mucho de las

aspiraciones pontificias; Sicilia permaneció separada del reino de Nápoles durante dos siglos más.

En el siglo xiv, los frentes bélicos italianos se fragmentaron, en especial ante la ausencia del papado, la mayor parte del tiempo, de la Península (a partir de 1305, y en Aviñón entre 1309 y 1377). Los papas insistían en utilizar la cruzada para ampliar su política.[48] Dos reyes alemanes ansiosos por obtener el tradicional título imperial, Enrique VII en 1310, y Luis IV entre 1328 y 1330, cuya agresión a Roma provocó la convocatoria de una cruzada en su contra, intentaron en dos ocasiones reafirmar sus reivindicaciones imperiales en Italia de un modo agresivo. La mayoría de las cruzadas italianas de este período fueron dirigidas contra objetivos más locales: la familia Colonna, en 1297-1298, rivales de Bonifacio VIII, y a quienes el papa se enfrentó; en 1306-1307, el dirigente hereje piamontés fray Dulcino, a quien se eliminó; y los venecianos (1309-1310), a quienes el papa intentaba impedir que se anexionaran Ferrara. Juan XXII se mostró particularmente belicoso. Los *signori* (gobernantes militares de las ciudades) de Lombardía, Toscana y centro de Italia tendían a ser gibelinos antipapales, sobre todo los Visconti de Milán. Florencia y lo que quedaba del reino angevino de Nápoles favorecían al bando pontificio, los güelfos. Prescindiendo de la tradicional retórica de la cruzada, de los privilegios, la financiación y otros arreos, como las cruces rojas y blancas que adornaban los estandartes de los cruzados italianos de Juan XXII, lo que determinaba la acción era el interés personal y no los principios o la fe.[49] En consecuencia, en 1334, la ciudad güelfa de Florencia se alió a la ciudad gibelina de Milán para frustrar los planes del papa de crear un nuevo estado marioneta lombardo. Solamente una ecuación muy estrecha, técnica, partidista y cada vez menos convincente, constituida por los intereses políticos de los papas y la salud espiritual de la cristiandad, podía conferir a esta guerra un significado religioso, lo que no impidió que los participantes gozaran de los privilegios que se ofrecían y del estatus de cruzado. Las guerras hubieran tenido lugar de todas maneras y los hombres habrían combatido en ellas. La cruzada se limitaba a añadirles brillo; apenas determinaba su naturaleza práctica. La cruzada en Italia, igual que ocurriría en España, se transformó cada vez más en un mecanismo fiscal, un medio de recaudar fondos para hacer la guerra.

Los cardenales y legados pontificios Bertrand du Poujet y Gil de Albornoz organizaron importantes campañas por los Estados Pontificios, Du Poujet después de 1319 y De Albornoz a partir de 1353. Se instigaron cruzadas contra Milán y Ferrara en 1321, contra Milán, Mantua y los rebeldes de Ancona en 1324, contra Cesena y Faenza en 1354, y de nuevo contra Milán en 1360, 1363 y 1368. Después de 1357, se introdujo un nuevo elemento, y las cruzadas se dirigieron a la erradicación de aquellas compañías mercenarias que no estaban a sueldo del papa, en 1357, 1361 y 1369-1370, y se dilapidaron grandes sumas de dinero, en particular Juan XXII, un papa derrochador y aficionado a promover guerras. Sin embargo, fuera de Italia, los mismos papas se mostraban reticentes a aplicar las cruzadas a las guerras de otras personas, como las que enfrentaban a Francia e Inglaterra. Incluso en Italia, resulta difícil ver cómo la utilización de la cruzada a modo de arma de coacción local, cuyos objetivos, prédica, reclutamiento e impacto regionales estaban muy restringidos, podía marcar alguna diferencia. Tal vez no fueran perversiones teóricas de la institución de la cruzada, pero sin duda, y en primer lugar, aquellos que se alineaban junto al papa los abrazaban con entusiasmo, y tal vez convencieran a más personas de subirse al carro espiritual. En cualquier caso, garantizaban que la cruzada seguía insertada en la experiencia de Europa occidental, aunque solo fuera a una escala limitada. Las guerras italianas no eran universales, ni siquiera a nivel propagandístico. Pese a ser canónicamente legítimas (¿cómo podrían no serlo, puesto que los papas determinaban qué es lo que era canónico?), las cruzadas de los papas en Italia y, en general, las cruzadas contra los cristianos carecían de la resonancia histórica trascendental característica que confería a las guerras santas de otros lugares su particular carga espiritual.

Como si trataran de subrayar este aspecto, en los primeros años del Gran Cisma de Occidente (1378-1417) ambos bandos se lanzaron cruzadas el uno contra el otro. En 1378 el papa de Roma, Urbano VI, lanzaba una cruzada contra su rival de Aviñón, Clemente VII. En 1383, una campaña contra Flandes, organizada y dirigida por el obispo Henry Despenser de Norwich, consiguió apoyo económico y popular al serle concedido el estatus de cruzada por el papa Urbano VI, una manera de atacar a los seguidores de Clemente. A pesar de la panoplia de toma de la cruz, prédica, misas, proce-

siones, confesiones y una campaña masiva de venta de indulgencias, la expedición de 1383 se limitó a constituir, aunque bajo otra denominación, un mero episodio más de la guerra de los Cien Años. Su auténtica naturaleza quedó expuesta de forma evidente: la mayor parte del ejército de Despenser, al servicio de Urbano, se dedicó a saquear los territorios del papa Urbano VI y a asediar sus ciudades.[50] Los elementos cruzados de la cruzada de Flandes de 1383, un mecanismo ingenioso para organizar una *chevauchée* barata, consiguieron no obstante irritar a algunos miembros de la sociedad inglesa recelosos del excesivo control eclesiástico sobre las asuntos seglares y, según se hizo aparente, muy desconfiados, y con toda la razón, de la eficacia de la estratagema.[51] El malestar oficial quedó eclipsado por la condena radical del heresiarca inglés John Wycliff de la cruzada de Despenser y de la venta de indulgencias, *De Cruciata,* que describía la maniobra como una estratagema corrupta y engañosa cuyo objetivo, entre otras cosas, consistía en conseguir dinero.[52] La opinión de Wycliff no era general y las cruzadas cismáticas continuaron. En 1386, Juan de Gante recibía credenciales de cruzada que respaldaban sus intentos frustrados de satisfacer las reivindicaciones de su esposa al trono de Castilla, reino partidario de Clemente. El año anterior, en la batalla de Aljubarrota, las victoriosas tropas anglo-portuguesas, partidarias de Urbano, recibían la cruz del obispo de Braga, un gesto que las fortalecía, mientras que sus enemigos vencidos, los castellanos y clementistas, recibían indulgencias de los asesores espirituales de Clemente VII. Sin embargo, en Aljubarrota, igual que ocurriera con la cruzada de Despenser, la popularidad de la imagen cruzada y sus privilegios se fundieron con el sentido de identidad nacional,[53] confiriendo a estos gestos tradicionales una intensidad prolongada, aunque no en el tradicional contexto de las cruzadas.

La muerte del beligerante Urbano VI (1389) y la retirada del apoyo político activo del gobierno francés al papado de Aviñón en la década de 1390 pusieron fin a la utilización de la cruzada como arma en el Cisma de Occidente. En el reino de Nápoles, la larga disputa por la sucesión atrajo bulas de cruzada en 1382 emitidas por Clemente VII, y en 1411 y 1414, por Juan XXIII, un antiguo marino aventurero y comandante militar en las guerras napolitanas. No obstante, una vez finalizado el Cisma en el año 1417, la experiencia

de las guerras italianas del siglo anterior, unida a las guerras del Cisma, disuadió a los papas de utilizar la cruzada en defensa de los Estados Pontificios. Solamente el agresivo Julio II reavivó la tradición de las cruzadas en Italia (por las que Erasmo le satirizaría para siempre en *Julius Exclusus*) y concedió estatus de cruzada a la guerra de Enrique VIII de Inglaterra contra los franceses en 1512.[54] La renuncia a utilizar las cruzadas contra los enemigos políticos quizá señalara el reconocimiento retrospectivo de su inutilidad y del daño que causaban a la imagen del papado y de la cruzada. En el contexto del creciente peligro que presentaba para la cristiandad el avance de los otomanos, esta aplicación de la teoría pontificia de la cruzada parecía política, militar y económicamente contraproducente. En contraste, allá donde luchar por la cruz parecía más apropiado, no cabía la vacilación. Se combatieron cinco cruzadas contra los herejes de Bohemia (1420, 1421, 1422, 1431, 1465-1471) y se planeó otra más (1428-1429).[55] Los husitas, fundamentalistas escriturarios y puritanos similares a los seguidores de Wycliff en Inglaterra, habían tomado su nombre de uno de sus primeros dirigentes, Jan Hus, un académico de Praga quemado en la hoguera por el Concilio de Constanza en el año 1415. Los husitas combinaban un sólido evangelismo religioso con un poderoso sentido de identidad colectiva. Los pilares gemelos de su unidad corporativa se sostenían por una parte sobre la fe, expresada en rituales como la comunión bajo las dos especies, que los diferenciaba de los católicos romanos, y, por la otra, en el nacionalismo, demostrado por la utilización del checo escrito vernáculo. La combinación de rebelión política, social y religiosa forjó una poderosa amenaza que proporcionó a Bohemia un período de independencia, obtenida tras una dura lucha, que se prolongó durante buena parte del siglo xv. Los fracasos en serie de las cruzadas lanzadas inicialmente por Segismundo, rey de Bohemia y Hungría y emperador de Alemania (muerto en 1437), y la brutalidad indiscriminada de los cruzados invasores no hicieron sino intensificar el reconocimiento de los checos de la excepcionalidad de su propio destino, una guerra santa que rechazaba de forma decisiva a otra guerra santa.

La reforma del siglo xvi desempolvó unos efímeros planes de cruzada contra los nuevos herejes y cismáticos, como Enrique VIII de Inglaterra en la década de 1530, o su hija Isabel I en los últimos

años del siglo, cuando el ataque español del año 1588 y la subversión de los católicos romanos en Irlanda fueron asociados a las cruzadas.[56] En ocasiones, los papas, exasperados por los acuerdos de sus opositores religiosos, podían amenazar con lanzar una cruzada contra los monarcas católicos, como en el caso por ejemplo de Enrique II de Francia, víctima de las críticas de Julio III. Pablo IV, el austero militante pontificio, llegó incluso a amenazar con una cruzada a los monarcas de la casa de Habsburgo, Carlos V y Felipe II.[57] A un nivel más definido y local del conflicto religioso, en los primeros años de las guerras francesas de religión (1562-1598), los temas cruzados hicieron su aparición entre las asociaciones católicas comprometidas en el combate contra los hugonotes. En Toulouse, los católicos que defendían la ciudad del ataque de los hugonotes en 1567 empezaron a llevar cruces blancas para simbolizar su santa causa. Al año siguiente, Pío V concedió a estos *crucesignati* indulgencias plenarias.[58] Sin embargo, la orientación política generalizada en la lucha contra los protestantes, en Alemania. Francia o Inglaterra, evitaba la cruzada declarada, aun cuando las circunstancias de guerra santa resultaran ineludibles.

La ausencia de cruzadas contra los protestantes proporcionó su propio barómetro de la decadencia de la cruzada como una fuerza viva en el seno de la cristiandad, fenómeno que, hasta cierto punto, representaba más una serie de cambios en el énfasis cultural que un abandono total de la tradición de las cruzadas. En 1536, algunos elementos de la sociedad en el norte de Inglaterra se rebelaron contra las medidas religiosas y políticas del gobierno de Enrique VIII. Cuando la rebelión sufrió una crisis, se les dio a los rebeldes unas insignias de las Cinco Llagas de Cristo que habían sido fabricadas para un contingente inglés enviado a Cádiz y que debía haberse unido a una cruzada del norte de África en el año 1511. Almacenadas desde entonces, se utilizaban ahora a fin de subrayar la legitimidad religiosa de la rebelión, ante la gran alarma de los ministros de Enrique VIII que sospechaban que el mando de los rebeldes intentaba equiparar el levantamiento a una cruzada. La cruzada de 1511 había terminado en reyertas de borrachos en Lisboa, puesto que los ingleses, igual que muchos de sus sucesores en el extranjero y ultramar, habían descubierto el poder intoxicante del vino local. Las insignias entregadas a los rebeldes no les proporcionaron una mejor fortuna,

pero revelaron el grado hasta el cual podían haberse interiorizado las prioridades religiosas y el concepto de violencia santa. Treinta años más tarde, en Inglaterra, durante la rebelión del norte del año 1569, se volvían a exhibir símbolos cruzados en una rebelión que, como la anterior, constituía en parte una protesta contra los cambios religiosos. No obstante, para entonces, y a diferencia de los líderes de la Peregrinación de la Gracia,* muy pocos tenían alguna experiencia cruzada. Los ecos de la cruzada se habían debilitado, algo que, en parte, marcó el éxito de la política de Isabel I que favorecía el protestantismo, y que, en parte, revelaba un cambio significativo en las percepciones del sistema político cristiano.[59]

La cristiandad ya no constituía una unidad confesional, sin embargo, frente a un enemigo común, el turco, el sentido de unidad trascendía la brecha religiosa. La amenaza otomana fue una de las razones por las que las cruzadas del siglo xvi contra los protestantes no pudieron consolidarse con mayor firmeza. Tanto los luteranos como los católicos romanos se enfrentaron a la amenaza turca por escrito y con acciones. Frailes y calvinistas por igual intentaban extraer lecciones de fe y devoción de las historias de las cruzadas.[60] En 1552, Eduardo VI y sus ministros definieron a los turcos como «el antiguo enemigo común del Nombre y de la Religión de toda la cristiandad».[61] En 1571, las noticias de la decisiva victoria naval de Lepanto, en el Mediterráneo, obtenida por los Habsburgo sobre los turcos, batalla que los católicos romanos entendían como una empresa cruzada, fueron recibidas con entusiasmo en Londres: se pronunciaron sermones de acción de gracias en la catedral de Saint Paul, y se encendieron fogatas y celebraron banquetes en las calles en honor a «una victoria de tan gran importancia para todo el estado de la comunidad cristiana». Un observador llegó incluso a expresar la esperanza de que las iglesias protestante y católica romana pudieran llegar a un compromiso y unir sus recursos para enfrentarse al turco,[62] algo extraordinario, habida cuenta que apenas hacía un año que la monarca de Inglaterra había sido excomulgada

* La Peregrinación de la Gracia es el nombre con el que se conoce al levantamiento popular en el norte de Inglaterra, en el año 1536, una protesta ante la ruptura con la iglesia de Roma y el «divorcio» de Enrique VIII y Catalina de Aragón, entre otros motivos de índole política, económica y social. (TV. ***de los t.)***

y que el papa, planificador de la coalición que había logrado la victoria de Lepanto, había encarecido a los súbditos ingleses a que la derrocaran. El concepto de una Europa cada vez más seglar, de un continente compartido por diversos y diferentes grupos confesionales, sustituyó a la idea de una cristiandad uniformemente religiosa. En este nuevo mundo, las cruzadas contra los cristianos tenían ya muy poco sentido, y aún menos las perspectivas de éxito ajenas al pequeño círculo cerrado de estrategas Habsburgo españoles y sus apologistas de la curia papal.

Incluso cuando se hallaron en su apogeo, las cruzadas contra cristianos habían revelado la existencia de anomalías. La longevidad de las guerras de la cruz dirigidas contra cristianos dependía de actitudes culturales y de una comprensión de cómo funcionaba el mundo que exigía sanciones religiosas formales para lo que, según otros puntos de vista, constituía un comportamiento seglar. Esta mentalidad contribuye a explicar el excéntrico fenómeno de lo que tan solo puede ser denominado cruzados contra cruzados, y observado en los rebeldes de Inglaterra entre los años 1215 y 1217,[63] en los opositores alemanes al papa en la década de 1240,[64] durante la Cruzada de los Pastores de 1251 y en los idealistas contrarios a la corona y radicales de Simón de Montfort en los años 1263 a 1265.[65] Estas contracruzadas parecen estar confinadas al siglo XIII. Aun cuando los ingleses y los franceses incorporaran sin ningún contratiempo los temas de guerra santa en su propaganda y apologías y, más tarde, tanto los husitas como los protestantes se familiarizaran totalmente con las justificaciones de las guerras de religión, aun así, la simbología de la cruzada había llegado a ser diferenciada y controvertida al mismo tiempo, gracias a su uso, o abuso, según algunos críticos de la época, en las guerras internas de la cristiandad. La víctimas y los opositores intentaban, naturalmente, distanciarse de lo que muchos consideraban abusivo. Las cruzadas contra los cristianos podían parecer sórdidos jaleos que desviaban a los fieles de sus más altos deberes en Tierra Santa o en la defensa de Europa central y del este. En el siglo XIII, muchos ciudadanos, que de otro modo hubieran manifestado simpatía por las cruzadas, se opusieron a las guerras pontificias en Italia: clérigos resentidos por los impuestos, nobles franceses e ingleses re-

ticentes a conmutar sus votos, ciudadanos de Lille en 1282, y florentinos que se negaron a permitir que sus legados de cruzada fueran desviados. Hostiensis, un defensor apasionado de las cruzadas contra los cristianos, se vio obligado a admitir la extendida hostilidad que hacia ellas sentían los alemanes.[66] Incluso Inocencio IV, al insistir que se mantuviera en secreto la orden dictada de dejar de predicar la cruz por Tierra Santa para facilitar las guerras de la cruz contra Federico II, supo reconocer este hecho.[67] La utilización del diezmo de Tierra Santa, concedido en 1274 y en 1312, en las guerras de Italia tenía todo el aspecto de un fraude. Muchos de aquellos, en especial en el siglo xiv, que veían en la cruzada el medio y la expresión de la regeneración moral y espiritual deseaban guerras contra herejes e infieles, y no guerras contra sus correligionarios cristianos. Muchos papas estaban en general de acuerdo con este deseo, entre ellos, Gregorio X, Nicolás IV, Benedicto XII y Gregorio XI; incluso Urbano V, a pesar de haber utilizado la cruzada para enfrentarse a los *routiers,* las grandes compañías de mercenarios que, en tiempos de paz o de tregua, vivían del saqueo. Mientras que algunos papas y sus apologistas insistían en que las cruzadas contra los Hohenstaufen y las italianas constituían los prerrequisitos necesarios de cualquier campaña oriental, otros, como Marino Sañudo, miembro de un grupo de presión y habitual de la curia pontificia, o Felipe de Méziéres, argumentaban, por el contrario, que constituían importantes impedimentos a la recuperación de Tierra Santa y a la defensa contra los turcos.[68] A algunas personas les llamó la atención, y les pareció reprobable, la coincidencia de la pérdida gradual de Tierra Santa a partir de 1250 con la intensificación de las cruzadas italianas. Las cruzadas contra los cristianos no destruyeron la popularidad de algunas de las guerras santas de la cruz, salvo en la medida en la que agudizaban el escepticismo acerca de los motivos del papa y proveían de munición polémica a los enemigos del papa, como Wycliff o el influyente filósofo político Marsilio de Padua, en la década de 1320. A principios del siglo xv, con la plenitud del poder papal amenazada por el Cisma, una burocracia esclerótica, la corrupción política y la creciente afirmación de la autonomía eclesiástica nacional, las cruzadas italianas parecían, en el peor de los casos, objetos de escarnio, y, en el mejor, irrelevantes más allá de los conflictos regionales donde se aplicaron. Cuando, en los últimos años del siglo xiv, el poeta y

funcionario inglés Geoffrey Chaucer esbozó la carrera del perfecto caballero cruzado, omitió deliberadamente de su cuadro de honor las cruzadas italianas, con las que él mismo estaba personalmente muy familiarizado. Cualesquiera que fueran los hipotéticos beneficios espirituales de los que gozaran los cruzados, en cuanto a su función de arma de aplicación de la política no había logrado trascender las restricciones seglares de la política y de la acción militar. Las cruzadas laicas contra los cristianos se abandonaron una generación después de Chaucer, no tanto por estar ideológicamente corruptas, sino por ser un mal negocio. Un siglo y medio más tarde, se les unirían las cruzadas contra los cismáticos y los herejes.

CRUZADA Y NACIÓN

En los primeros años del siglo xiv, un servicial clérigo francés intentó presentar argumentos a favor de considerar la guerra que enfrentaba al rey de Francia y al conde de Flandes como una guerra santa, equivalente en méritos a una cruzada. Los reyes franceses eran sagrados porque «honran lo sagrado, protegen lo sagrado y engendran lo sagrado». Su victoria sobre sus opositores flamencos, calificados de rebeldes, sería justa y piadosa porque «la paz del rey es la paz del reino; la paz del reino es la paz de la iglesia, de la sabiduría, de la virtud y de la justicia, y es [una condición previa para] la conquista de Tierra Santa». Los franceses se inspiraban en Macabeos (2:15, vv.7-8) al buscar la ayuda de Dios, en la esperanza de que aquellos que murieran «por la justicia del rey y del reino recibirían la corona de mártir de las manos de Dios».[69] El argumento tomaba elementos fundamentales de los reiterados intentos llevados a cabo en la Baja Edad Media de elevar los conflictos laicos nacionales a la categoría de guerra santas, análogos a la cruzada o, en ocasiones, sinónimos de ella: santidad monárquica, identificación de monarca y nación, destino providencial de una *patria* especialmente favorecida, la consiguiente perfidia y maldad de los enemigos de esa nación, traslación de los privilegios de cruzada y de guerra santa a la guerra laica, promesa de la salvación, y la evaluación de contiendas políticas no relacionadas frente a las exigencias de la recuperación de Tierra Santa. El éxito de estos intentos afectó

profundamente la cultura política occidental y caracterizó a uno de los legados de las cruzadas más significativos a las siguientes generaciones.

En cierto sentido, la transferencia de la ideología y emociones de la cruzada a los conflictos nacionales acompañó a una resurrección del patriotismo santificado de la Alta Edad Media que había rodeado a monarcas cristianos como Carlomagno. Sin embargo, el concepto de guerra santa se había aliado ahora a un mayor control central de la sociedad y de las ideas sociales por parte de los gobiernos. Los crecientes costes de la guerra, y las técnicas de explotación fiscal centralizada que suscitaron, proporcionaron autoridad añadida a los gobernantes. Aunque la iglesia, en muchos casos, había abierto camino en la experimentación de nuevas técnicas de fiscalidad pública y en dotar de justificación a los nuevos tributos, el poder laico fue el que salió más beneficiado, fenómeno observable por toda Europa, en Inglaterra, Francia, Iberia, Borgoña en el siglo xv, en los principados regionales alemanes y en las ciudades-estado italianas. La teoría política y la propaganda siguieron el mismo camino. La fusión de gobernante y gobernado adquirió una importancia crucial en los procesos de desarrollo de la identidad política, donde el poder laico personificaba o representaba al pueblo o nación. Dos fenómenos asociados apoyaban esta creación de estados autosuficientes y egoístas: la percepción de ser el Pueblo Elegido, cuyos asuntos públicos resultaban por tanto meritorios en un plano trascendente y no solo temporal; y la asunción de los monarcas de lo que se ha definido como una religión de monarquía, que copiaba y usurpaba las presentaciones eclesiásticas tradicionales de autoridad.

El ámbito en el que las cruzadas podían adoptar un sesgo nacional se ampliaba de este modo de forma considerable. El proceso podía desarrollarse de tres formas: a través de un sentimiento de orgullo nacional por la participación pasada en las cruzadas, mediante cruzadas formales combatidas por intereses nacionales, y a través de la elevación de la propia patria a la categoría de Tierra Santa, cuya defensa quedaba sancionada por Dios y las Escrituras. La sacralización del conflicto bélico, los destinos de la guerra y sus participantes, elementos inherentes al concepto de la cruzada y a sus prácticas, subrayaban esta transformación. Los objetos de la agresión cruzada se expresaban sistemáticamente en términos espiritua-

les que hacían referencia a la recuperación de los territorios de Cristo (Palestina), de Su Madre (Livonia) o de Sus discípulos, como Santiago (Iberia) o Pedro (cualquier región bajo protección o señorío pontificios, por ejemplo Prusia). Por extensión, las tierras de donde procedían los cruzados adoptaron algo de la cualidad trascendental de toda la santa iniciativa. En su calidad de patria universal de estos nuevos israelitas, o macabeos, la cristiandad (*christianitas)* se fragmentó en reinos diferenciados, principados o ciudades, *patriae,* que se apropiaron para sí el concepto de una Tierra Santa y las imágenes del Antiguo Testamento del Pueblo Elegido. El hábito subsiguiente de equiparar la ambición nacional al bien universal configuró una parte importante del nacimiento del estado-nación.[7]"

En algunos casos, el lazo de unión entre la cruzada tradicional y la cruzada nacional era inmediato y directo. La idea de bastiones defensivos de la cristiandad (*antemurales*) que se alzaran en la frontera con los infieles, a pesar de remontarse, al menos, hasta Urbano II a finales del siglo xi,[71] se adoptó de manera generalizada a partir del siglo xiv en las fronteras con los otomanos, desde Polonia hasta Hungría y el Adriático. Aparentemente enzarzados en una guerra santa constante, los monarcas locales fomentaron el excepcionalismo nacional, y su propia autoridad, por medio de la imaginería cruzada y la sacralización de sus reinos. Alejadas de la línea del frente, y de los mitos y rituales de identidad cívica o nacional, el arte, la literatura y el ceremonial municipal públicos de Pisa, Génova o Venecia proclamaban con orgullo su participación en las cruzadas orientales. En Florencia, las cruzadas reforzaron el excepcionalismo civil. La enseña enarbolada por los florentinos en Damieta en el año 1219 se convirtió en una venerada reliquia en la iglesia de San Giovanni. Florencia renovó en repetidas ocasiones sus credenciales de cruzada, respondiendo incluso de forma positiva, aunque con precaución, a la llamada a la cruzada de Pío II en los años 1463 y 1464. Es probable que este contexto de cruzada que ayudaba a definir la virtud e identidad cívica distintivas favoreciera al evangelista radical Girolamo Savonarola, un personaje destacado en Florencia entre los años 1494 y 1498, que declararía a la ciudad como la nueva Jerusalén.[72] A pesar de que el grado de imaginería de cruzada que desplegaban ciudades como Florencia o Venecia las podía haber hecho excepcionales, otras ciudades del norte, por ejemplo Londres

o Colonia hicieron gala de una atención similar hacia su pasado cruzado.

Podemos observar una tendencia paralela en el cortejo de cruzados canonizados que adornan los árboles genealógicos de la realeza europea: Carlomagno, reconocido universalmente como un proto-cruzado (canonizado en 1166), Erik IX de Suecia (muerto en 1160, canonizado en 1167), Ladislao de Hungría (muerto en 1095, canonizado en 1192), Femando III de Castilla (muerto en 1252, y cuyo culto se manifestó de forma aparente tras su muerte, aunque no fuera canonizado hasta 1671) y el más famoso, Luis IX de Francia (muerto en 1270, canonizado en 1297). Los «santos» laicos locales se podían fabricar a partir de los héroes cruzados, como Jaime de Avesnes, fallecido en Arsuf en 1191, o William Longspee, descuartizado en al-Mansurah en 1250.[73] Si no se disponía de ningún cruzado santificado, se podía enrolar a los santos locales, el caso, por ejemplo, de Tomás Becket, cuya sombra los ingleses invocaron con regularidad durante la Tercera Cruzada y que prestó su nombre a una orden religiosa, y efímeramente militar, en Acre. Este tipo de personajes aparecieron como celebridades nacionales o regionales características; aquellos que habían sido reyes favorecían de forma material la consolidación de las dinastías monárquicas locales, y todos ellos conferían un aura de santidad a las ciudades, regiones o naciones que contribuía a moldear la identidad colectiva.

La incorporación de la religión pública, aunque no necesariamente la cruzada declarada, en la creación de una imagen nacional propia se reflejaba en la adopción por toda Europa de la cruz a modo de símbolo nacional, enseña o uniforme. Proporcionó su signo de identidad al *popolo* florentino. Los reyes daneses hicieron suyo el símbolo de la cruz alrededor del año 1200. Como ya hemos visto, en el año 1265, en la batalla de Evenshan en Worcestershire, los monárquicos lucían cruces rojas frente a los rebeldes que ostentaban las cruces blancas de los cruzados. En el siglo xiv, la cruz roja se convirtió en el emblema de las tropas inglesas que combatían en España y Francia, y también en el símbolo nacional inglés, designado con el nombre de cruz de San Jorge. Parece ser que algunos de los rebeldes las lucieron durante la llamada Revuelta de los Campesinos de 1381. Sin embargo, en su aspecto iconográfico, las cruces rojas permanecieron asociadas a las cruzadas y fueron lucidas por los cruzados en

Prusia, en la cruzada de Despenser en 1383 y contra los husitas en la década de 1420.[74] Esta elisión referencial tal vez no fuera fortuita. Una descripción de la campaña de Eduardo I de Inglaterra contra los escoceses en Annandale y en Caverlock, en el año 1300, hacía referencia al rey y sus tropas santiguándose con «la Cruz del Señor», un gesto inconfundible en una guerra que todos los observadores equiparaban a una guerra santa. En una línea similar, en la década de 1390, Henry Knighton, un canónigo de Leicester, repasando las guerras francesas de la generación anterior, describía a los ingleses antes de la batalla de Poitiers (1356) santiguándose «con la Santa Cruz».[75] El trasfondo de guerra santa le resultaba conveniente a Eduardo III, a quien muchos culpaban de echar por tierra los planes de cruzada de la década de 1330, y que era el primer rey inglés desde Esteban que no tomaba la cruz por Tierra Santa.

Los franceses supieron llevar a cabo el secuestro más sistemático de la cruzada a beneficio de sus objetivos nacionales. Al llegar el año 1330, las cruzadas habían sido reivindicadas casi como una prerrogativa nacional, una empresa de la que el rey francés constituía el mayor accionista. Un manuscrito lujosamente iluminado producido en Acre alrededor del año 1280 muestra a Luis IX atacando Damieta en 1249: el rey y sus seguidores llevan estampado el emblema real de la flor de lis y no hay ni rastro de cruces.[76] Las ideologías de cruzada y el destino providencial de Francia y de su monarca, modelados en la corte real francesa por una coalición de clérigos xenófobos y persuasivos abogados romanos, se entretejieron en un imperialismo legal respaldado por una forma de mesianismo real apocalíptico, y por lo tanto, nacional. El argumento esgrimido contra los flamencos era típico. La manipulación de la semiótica de cruzada inspirada en los libros del Antiguo Testamento, Israelitas y Macabeos, amplió la transformación de una tierra de cruzados a una Tierra Santa por derecho propio. Desde un punto de vista diplomático, al menos, hubo quien quedó convencido. En 1311, el papa Clemente V, un francés de Gasconia, declaraba: «Igual que los israelitas son conocidos por tener concedido el legado del Señor, una elección del Cielo, de llevar a cabo los deseos ocultos de Dios, del mismo modo el reino de Francia ha sido elegido como el pueblo favorito del Señor».[77] Esta tradición contribuyó a sustentar la propaganda francesa en los días mas sombríos de la derrota durante la guerra de los Cien Años.

En 1429, Cristina de Pizán profetizaba que las recientes victorias de Juana de Arco sobre los ingleses presagiaban que la doncella conduciría a Carlos VII a la reconquista de Tierra Santa porque la casa real de Francia gozaba del favor especial de Dios. Juana, como Moisés, dirigiría al nuevo pueblo de Dios, los franceses, y lo liberaría de la derrota y de la ocupación.[78] Al estilo de los primeros cruzados, se determinó que Carlos satisfacía la profecía del Último Emperador, cuya carrera y conquista del mundo culminaría con la ofrenda de su corona en el Monte de los Olivos en preparación del Día del Juicio Final. Dios dirige el destino de Francia, y aquellos que mueran por su causa se ganarán el paraíso. Revestida de sus adornos formales, o despojada de ellos, en este caso, la ideología y la mentalidad de cruzadas permeaban la propaganda nacionalista. Esta mezcla de profecía, escatología, guerra santa y recuperación de Jerusalén animaba la retórica que rodeaba la invasión de Carlos VIII de Italia en 1494. Este tipo de justificaciones ejercían tanto la función de una tapadera de la ambición política como la de genuina inspiración. La fuerza de la identificación de la cruzada con los «reyes más cristianos» de Francia (un título de cortesía concedido en el siglo XII por un papa agradecido) era tal que sobrevivió a las destructivas guerras de Religión (1563-1598) y encontró una nueva expresión literaria en la iglesia Católica romana y los apologistas hugonotes de Enrique IV (1589-1610).[79]

No obstante, la apropiación de la mentalidad de las cruzadas no desembocó en la aplicación de las instituciones formales cruzadas a las guerras francesas. Los papas negaban sistemáticamente la elevación de los conflictos con Flandes o Inglaterra a la categoría de cruzada. Aquí, el contraste con lo que de otro modo podría considerarse una experiencia paralela muy cercana a la España de finales de la Edad Media, en particular Castilla, es más notable. Una tradición profética ibérica indígena, alimentada por la Reconquista, alentaba la creencia de que las guerras santas ibéricas exigían la satisfacción inmediata de la recuperación de Jerusalén. A diferencia de los franceses, cuyos enemigos mas cercanos eran sus correligionarios cristianos, los españoles se enfrentaban a musulmanes, lo que permitía que las concesiones de privilegios pontificios, especialmente impuestos e indulgencias, circularan más o menos según la demanda. La expulsión de los moros de Granada condujo a Femando de Ara-

gón y a su nieto Carlos V (y I de España) a realizar incursiones en el norte de África que no solo atrajeron privilegios de cruzada, sino que además los polemistas reales las caracterizaron como el preludio a la recuperación del Santo Sepulcro. Cualquiera que fuera la dimensión religiosa, se trataba de campañas nacionales que buscaban la conquista estratégica, la agresión política y la ventaja comercial locales. Sin embargo, para el hijo de Carlos, Felipe II, la sinergia entre la guerra de Dios y la guerra de España ocupaba el centro de su cosmovisión. La cruzada, en el Mediterráneo, en el norte de África, en Europa o en el continente americano, imponía una responsabilidad nacional específica que satisfacía la misión providencial de España, liderar la redención de la cristiandad, sin importar si el resto de la cristiandad la aprobaba o no.

Si bien esta combinación de lo temporal y de lo trascendental demostró ser algo más difícil de lograr en otros lugares, había quien jugaba al mismo juego. El canciller Adam Haughton, obispo de Saint David, reflexionando sobre las victorias inglesas en las guerras francesas, insistía ante el Parlamento en el año 1377 que «Dios nunca habría honrado a esta tierra de la misma manera que había honrado a Israel... si no la hubiera elegido como Su sucesora». Un poema popular de la época reforzaba el mensaje; el papa se había hecho francés, pero Jesús se había convertido en inglés. La carrera de Dios como ciudadano inglés duró unos cuantos siglos.[80] Este tipo de fantasías y de referencias a las escrituras enlazaban con las tradiciones del Antiguo Testamento, anteriores a las cruzadas, y con los precedentes providenciales de la defensa de la patria. No obstante, la congruencia del lenguaje utilizado para sacralizar las guerras nacionales con la retórica cruzada paralela hizo que las distinciones claras resultaran poco convincentes. El propósito de estas fuentes inglesas al describir las cruzadas de los años 1216 y 1217 contra los rebeldes, o a los *crucesignati* de Simón de Monfort, como luchadores *«pro patria»* era evidente, como también lo eran los motivos de los escritores como Henry Knighton o la propaganda escocesa que equiparaba su guerra de independencia de principios del siglo xiv a la cruzada a Tierra Santa. En Inglaterra, la finalidad de la liturgia, las procesiones de la iglesia y las plegarias, similares a las dedicadas a la recuperación de Tierra Santa, consistía en dar apoyo a las guerras reales.[81] En la década de 1340, quienes estaban al servicio

del rey recibieron privilegios temporales de *«essoin ofcourt»,* exenciones fiscales, moratorias sobre sus deudas o el indulto de sus crímenes. Parece que lo único que la cruzada no podía transferir a las guerras nacionales eran las indulgencias, aunque si hemos de creer las palabras de Froissart, un observador cercano de la nobleza anglo-francesa, tal vez estas ni siquiera importaran: «Hombres y armas no pueden vivir del perdón, ni tampoco le hacen demasiado caso salvo a las puertas de la muerte».[82]

Si bien podemos encontrar numerosos ejemplos de escritores que cubrían con un manto de cruzada cualquier guerra laica, la transferencia más poderosa y duradera se dio allá donde se confería a las guerras nacionales un valor equiparable al de la cruzada, el de guerras santas por derecho propio, independientemente de la tradición de Tierra Santa. Igual que la guerra de los Cien Años había socavado mortalmente la voluntad práctica de organizar una nueva cruzada oriental, del mismo modo llegó muy lejos en la sustitución de la cruzada como el acto militar meritorio y público más importante, aun cuando muchos siguieran anhelando las sencillas incertidumbres de las guerras de la cruz contra infieles en campos de batalla remotos. La construcción de una guerra santa no cruzada constituyó una característica de la Europa del siglo xv, donde no todas las guerras nacionales estaban ligadas a la tradición cruzada. Los husitas de Bohemia, al tiempo que rechazaban la teología y las instituciones de las cruzadas, crearon meticulosamente su propia tierra santa, rebautizando lugares de culto con nombres procedentes de Palestina, como el monte Tabor o el monte Horeb. Otras reinvenciones similares también fueron posibles y verosímiles, dentro de los límites de lo aceptable en la cristiandad católica. El rey Enrique V, según la descripción que hizo su capellán de la batalla de Agincourt (25 de octubre de 1415), calificó a los ingleses de «pueblo de Dios», puesto que vestían la «armadura de la penitencia», y les exhortó a seguir el ejemplo de Judas Macabeo.[83] La confesión, la absolución y la comunión formaban parte de las técnicas para levantar la moral de los soldados antes de la batalla, pero el mensaje central de la descripción de este episodio no es ambiguo en absoluto. El rey Enrique no solo era el soldado de Dios, sino que además había sido ungido por Él. A su regreso a Londres tras su victoria, fue recibido con grandes exhibiciones de patriotismo en honor del bien-

aventurado reino de Inglaterra, sus santos patrones y sus reyes sagrados.[84] Aunque, a finales de la Edad Media, la mentalidad y las imágenes de cruzada infectaran la sacralización del gobierno político y la identidad patriótica, las tierras santas nacionales y las guerras santas adquirieron y proyectaron una vitalidad independiente. Las cruzadas nacionales se habían convertido en las guerras de las naciones.

El mundo más allá

Los profetas medievales y algunos historiadores posteriores no han sentido ningún reparo en atribuir consecuencias demoledoras a las cruzadas, desde un papel en la Apocalipsis hasta la apertura de Occidente al nuevo conocimiento erudito y los nuevos mercados comerciales. Un moderno historiador ha reaccionado frente a este tipo de afirmaciones reduciendo la contribución de las cruzadas a la cultura occidental a la introducción del albaricoque.[85] Aun así, resulta innegable que, tanto práctica como intelectualmente, la tradicional ambición europea occidental de ocupar Palestina alentó la sensibilidad hacia el lugar que ocupaba la cristiandad en el más amplio mundo de los tres continentes clásicos: Europa, Asia y Africa. Una actitud que, por su parte, contribuyó al expansionismo inquisitivo y adquisitivo que caracterizó los puntos de vista europeo-occidentales respecto a otros pueblos y regiones cercanas y remotas en la Alta y la Baja Edad Media. La expansión de la cultura y del poder cristianos europeo-occidentales hacia otros lugares del globo proporcionó una de las características más importantes de la historia del mundo posterior al año 1500. En el origen de este proceso, que configuró unos contrastes tan marcados con, por ejemplo, la experiencia china posterior a 1400, el idealismo y la actividad de los cruzados en los cuatro siglos posteriores a 1095 desempeñarían un destacado papel.

Los aspectos intelectuales y geográficos de la influencia de las cruzadas durante la expansión europea no se pueden separar con claridad, y ninguno de ellos debería ser exagerado. La creación de los imperios asiáticos y la modificación de las rutas comerciales, el desarrollo de la economía, la tecnología y el comercio europeos, o

la transmisión de los textos clásicos árabes a través de España, Sicilia, el sur de Italia y Bizancio marchaban en paralelo a los efectos de las guerras de la cruz, aunque diferenciados de ellos. Sin embargo, el idealismo cruzado condujo a acuerdos políticos significativos de los latinos cristianos en Oriente Próximo y, en determinados lugares, desembocó en una preocupación obsesiva de los europeos por Asia occidental y el Mediterráneo oriental que no se habría desarrollado del modo en el que lo hizo sin el dinamismo característico de la mentalidad y la tradición cruzada. En su aspecto político, los monarcas y guerreros francos concedieron importancia a la naturaleza de las potencias musulmanas de Oriente Próximo. Durante la Quinta Cruzada, el profundo interés por los acontecimientos que ocurrían más al este representó un ejemplo extremado de la preocupación más general, manifestada, por ejemplo, en la historia del Oriente musulmán de Guillermo de Tiro, documento perdido. A pesar de que la irrupción de los mongoles en Asia occidental y Europa oriental no guardaba ninguna relación con las cruzadas, la reacción europea sí que lo hacía, en la medida en que se enviaron misiones sucesivas a los monarcas mongoles en el siglo XIII, en parte, al menos, para sondear las posibilidades de una alianza contra los musulmanes.

A partir del siglo XIII, la presencia latina en el Mediterráneo oriental y la necesidad de los posibles cruzados de Occidente de obtener información estimuló una pequeña industria de información escrita sobre Asia y el norte de África. Este sentido de lugar y el deseo de adquirir conocimientos sobre él fue alentado y sostenido por el creciente volumen de crónicas de peregrinación a Tierra Santa y Oriente Próximo después del año 1300, a las que había que sumarles las memorias de prisioneros liberados o de los espías occidentales, muchos de los cuales gozaron de amplia difusión y que, en el siglo xv, serían impresos. Aunque muchos de los escritos sobre Asia y África eran imaginativos, poco empíricos, inexactos y se apegaban a la tradición conservadora de los textos clásicos o estaban viciados por las ilusiones, proporcionaron un modo de entender el mundo no cristiano y no europeo que trascendía las meras leyendas de lo maravilloso (aunque estas siguieron siendo muy populares durante toda la Baja Edad Media). La geografía, política, economía, sociología y demografía asiáticas, musulmanas y mongoles fueron

objeto de un escrutinio cada vez más familiar, especialmente en el gran número de tratados de «recuperación» compuestos entre las décadas de 1270 y 1330.[86] Estas obras, de autores tan dispares como el príncipe armenio Hayton, que escribió sobre los tártaros (1307), o el abogado de provincias francés Pierre Dubois, a quien le preocupaban las desigualdades demográficas de latinos y sarracenos (1306-1308), reflejaban preocupaciones académicas y pragmáticas acerca de la naturaleza del mundo exterior que iban más allá de la simple planificación de una cruzada.[87] Las misiones a tierras mongoles y la apertura de China a los visitantes occidentales después de la conquista mongol de 1276 añadían nuevos horizontes geográficos, nuevos desafíos intelectuales y, para algunos, un nuevo deseo apremiante de cruzada. El idealismo introspectivo y la necesidad de recuperar el legado de Cristo para la cristiandad fueron igualados o sustituidos por una nueva comprensión del contexto mundial de Tierra Santa, de la cristiandad y del propio cristianismo. Estas percepciones condujeron al natural desarrollo, a partir del siglo XIII, de la idea de cruzada para la expansión de la fe (*dilatio*) y no solo su defensa, un concepto que los cruzados ibéricos que ampliaban sus conquistas en las costas del Magreb y hacia el Atlántico Norte en los siglos xiv y xv abrazaron y promovieron con entusiasmo. La consecuencia de este concepto agresivo de guerra santa, que incluso toleró *de facto* las guerras de conversión, antes ilegales, quedó poderosamente demostrada a partir de la década de 1490 en las conquistas del continente americano.[88]

Jerusalén y América pueden parecer extremos opuestos del mapa conceptual y geográfico, pero de hecho, el camino hacia una llevaba directamente a la otra. Cristóbal Colón, un entusiasta de la recuperación de Jerusalén, al final de su vida imaginaba sus viajes hacia lo que entendía con obstinación tanto formando parte del viejo mundo como satisfaciendo las profecías bíblicas de reconquista de Jerusalén, en especial Isaías 60:9. En el año 1501, escribió a sus protectores, Isabel y Fernando: «Nuestro Señor deseaba manifestar un milagro de lo más evidente en este viaje a las Indias con objeto de consolarme a mí y a los otros en la cuestión del Santo Sepulcro».[89] Colón, en esta carta y en su propio trabajo sobre las profecías, el *Libro de las profecías*, diez años después de su primer viaje, se había adjudicado a sí mismo un papel casi mesiánico como liberador de

Jerusalén. Este tipo de orgullo desmesurado y delirante tal vez sobresaltara a sus reales protectores, pero surgió de la intensa atracción que sentían los españoles por las profecías extravagantes, el nacionalismo, Tierra Santa y la cruzada que la corte y la política de Isabel y Femando habían hecho mucho por suscitar y fomentar. El interés de Colón se sustentaba en algo más que un sueño apocalíptico. Su voluntad consiguió que en el año 1498 se creara en Génova, su ciudad, un fondo para la recuperación de Jerusalén.[90]

Las cruzadas, lejos de ser un anacronismo, impulsaron una edad europea de descubrimientos. Uno de los textos que Colón tal vez consultara, y sin duda muy bien conocido entre su círculo de amistades y entre las personas que frecuentaba, era el *Libro de las maravillas,* escrito bajo el pseudónimo de Mandavila, cuyo prólogo no manifestaba ninguna ambigüedad acerca del estatus de Tierra Santa, el legado de Cristo, como el centro del mundo, ni sobre la obligación de los cristianos de recuperarla por la fuerza. La crónica de Mandavila de sus supuestos viajes a Jerusalén, Oriente Próximo, Asia y el fabuloso Oriente proveyó una rica fuente de romances, historia, teología, topografía y geografía. A partir del original, y de sus muchas y diferentes variantes, el público de diferente procedencia podía extraer cualquier cosa que deseara y que conviniera a sus propios intereses, tolerantes o intolerantes, fantasiosos o topográficos. Al círculo de Colón, la insistencia en la cruzada, que proporcionaba el marco para Mandavila, quizá le resultara igual de atractiva que una de las afirmaciones más inequívocas del libro: «porque vos digo por cosa cierta, que hombre podría rodear alderredor toda la tierra y redondez del mundo, assí de alto como de baxo, y tomarse a su tierra».[91] Esta presunción de la posibilidad de circunnavegación venía apoyada por mediciones. Mandavila rechazaba los habituales cálculos medievales de la circunferencia de la Tierra derivados de Ptolomeo de Alejandría, 32.580 kilómetros, a favor de los más precisos 50.693 kilómetros, la cifra de Eratóstenes incluida en el libro de texto universitario *De Spaera* (1230x45) de Juan de Scarabosco.[92] Según Colón, si bien no estaba directamente influenciado por Mandavila, aunque pudiera haberlo estado, la ciencia, la cosmología y la cruzada eran complementarias, no aspectos de culturas antagonistas o sistemas de pensamiento hostiles. Al meditar sobre las maneras de satisfacer el mandato de recuperar el legado de

Cristo, Colón, igual que muchos de sus predecesores cruzados en potencia desde la llamada a las armas de Urbano II en Clermont, intentó primero comprender mejor, tanto el mundo, sus fenómenos naturales, su diversidad y su amplitud, como su destino último. Las cruzadas permanecieron incrustadas en la cultura occidental europea durante tanto tiempo precisamente por este motivo. Al presentar una visión espiritualizada de la realidad, reconocían el mundo temporal y la experiencia real del hombre, al mismo tiempo que ofrecían transformarlos a ambos.

CONCLUSIÓN

Hoy en día, los papas no convocan cruzadas, y ello, por cierto número de razones. Una parte de la cristiandad, en el siglo xvi, rechazó de forma decisiva la teología que se hallaba tras las guerras medievales de la cruz. La propia iglesia Católica romana depuró sus enseñanzas para modificar las prácticas penitenciales y despojarlas de la parafemalia fiscal y litúrgica que rodeaba a las cruzadas medievales. La ideología de las cruzadas apenas se había desarrollado desde Inocencio III. Sustentada en esencia en la teología patrística y escolástica y, por añadidura, de una forma bastante vaga, parecía cada vez más difícil justificarla frente a la teología escrituraria y los ataques del siglo xvi fundamentados en el Nuevo Testamento. La creciente interiorización de la fe, compartida hasta cierto punto por todos los grupos de las divisiones confesionales más importantes, incidía en contra de algunas de las formas más espectaculares de la devoción medieval ejemplificadas por las cruzadas, y de las que la venta de indulgencias, cada vez más controvertida, se limitaba a ser la más notoria. Los hombres pudieron tomar la cruz, y lo siguieron haciendo, tal vez hasta el siglo **XVIII,** contra los turcos y los piratas de Barbaria. La guerra de la Liga Santa contra los otomanos, entre 1684 y 1689, constituyó, con toda probabilidad, la última cruzada formal. Pero estos gestos se apartaban de la ronda comunitaria de prácticas devotas o de estética cultural. Aunque en tiempos de crisis, como por ejemplo en la primera guerra mundial, prelados inflamados puedan apremiar a sus congregaciones a librar alguna que otra batalla, temporal además de espiritual, y aun cuando sigan existiendo defensores del legalismo seglar de la guerra justa, en la actualidad, la mayoría de las denominaciones cristianas que no in-

terpretan las escrituras de una forma fundamentadsta, o «literalista», rechazan la tradición de la guerra santa, algunos de ellos incluso pretendiendo que fue algún tipo de aberración. A finales del siglo xx, la iglesia Católica romana extremó la precaución al no suscribir las teologías potencialmente violentas (y sin duda radicales) como la Teología de la Liberación. Juan Pablo II se disculpó incluso ante las víctimas de las cruzadas. Las guerras de la cruz se han convertido en algo así como el hedor permanente que invade una casa fastuosamente redecorada.

La evolución cambiante de la cruzada en cuanto a arma de aplicación de la política y mecanismo de redención, según se dijo en referencia a un cruzado que partió en 1197, «para luchar contra los sarracenos visibles e invisibles», suscitaba, era inevitable, reacciones diversas. La idea de que la cruzada «decayó» a causa de su creciente falta de popularidad apenas tiene sentido desde un punto de vista histórico y conceptual. Algunos aspectos de las cruzadas, por ejemplo la venta de indulgencias y las guerras italianas, engendraron críticas, pero también lo hizo la pasividad de los gobernantes de Europa occidental ante la pérdida de Tierra Santa y el avance de los turcos. Ninguno de estos dos fenómenos condujo al abandono de los fundamentos ideológicos de las guerras de la cruz. Las indulgencias se siguieron comprando. Los privilegios de las cruzadas solían encontrar interesados, cualquiera que fuera la causa por la que combatir. Los testimonios de la opinión pública medieval nunca son neutrales; ignorar a los partidarios de las cruzadas resulta igual de absurdo que hacer caso omiso a sus críticos. Es indudable que las cruzadas no decayeron por falta de interés. El apoyo a las cruzadas, en cuanto a mecanismo de gestión del negocio de la cruz, resultó mucho más perjudicado por el cambio de las actitudes condicionadas por fuerzas externas, entre ellas la decadencia de la aceptación de la autoridad moral del papa, un fenómeno observado tanto por los papas como por sus detractores en el siglo xv. Puesto que las cruzadas siempre habían formado parte del conjunto de las pretensiones papales, las fortunas de ambos siempre estuvieron íntimamente ligadas. En un contexto laico, la transformación gradual a partir de finales del siglo xv de los aristócratas militares, de caballeros en oficiales y de guerreros en gentilhombres, un largo proceso que dependía de los hábitos educativos, de las condiciones so-

ciales, de las exigencias del estado y del modo de conducir la guerra, convirtió en superfluos los impulsos caballerescos. Igual que la armadura de placas se transformaba de forma gradual en un símbolo de prestigio y de lucimiento en el siglo XVII, también lo hizo toda la parafemalia de las cruzadas.

La cruzada no desapareció de la cultura europea porque hubiera quedado desacreditada, sino a causa del abandono de los sistemas de valores religiosos y sociales que la habían sostenido. Desde un punto de vista pragmático, y como herramienta de gestión de las relaciones internacionales, ya no convenía a la política, a la diplomacia ni a la guerra de los siglos XVI y XVII. No se debía a un fracaso moral, y menos aún a su falta de «modernidad»; las sociedades en teoría más «avanzadas» del siglo xv, las ciudades-estado italianas o las comunidades urbanas comerciales de los Países Bajos, eran unos entusiastas, igual que muchos eruditos humanistas. Aun así, a medida que el estado laico se apropiaba de muchas de las funciones que antes se fundamentaban en la visión religiosa del mundo, en especial de las actitudes de identidad cívica, social y nacional, las cruzadas, características a causa de su dimensión especialmente espiritual, podían parecer desplazadas. Ni siquiera esto era inevitable; en el siglo xvi, la España de los Habsburgo supo integrar la mentalidad cruzada en el floreciente nuevo poder del estado. Sin embargo, para entonces, las cruzadas se habían convertido en el privilegio casi exclusivo de anticuarios y miembros de las sectas confesionales. Había cambiado la manera de entender el mundo. Por protestante que fuera, Richard Hakluyt incluía una versión del *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandavila en su primera edición de *Viajes y navegaciones* (1589), que incluía la declaración de que «la tierra de Jerusalén... merece ser poseída más que cualquier otra tierra del mundo». En la segunda edición, Mandavila había desaparecido.

Fundamentalmente, la iglesia cristiana occidental fracasó en su intento de controlar la sociedad civil. En el ámbito de la justicia, así como en el de gobierno, la autoridad laica se erigió en árbitro, guardián y brazo ejecutor de la ley. Las tensiones que habían existido entre la iglesia y el Estado durante toda la Alta y la Baja Edad Media se resolvieron con el triunfo del estado temporal y la sumisión de la iglesia al poder laico. La jurisdicción de la iglesia se mantuvo, diferenciada pero absorbida por el nuevo orden civil, tanto en los

estados europeos protestantes como en los católico-romanos, por ejemplo en la supervivencia de los tribunales eclesiásticos que se ocupaban de asuntos morales o testamentarios. La religión no dejó de ocupar un lugar central en la sociedad, en ocasiones determinante. El estado eclesiástico de Ciudad del Vaticano sobrevive, aunque sea el único en Europa. Las cruzadas siempre constituyeron una actividad pública cívica, una guerra, no solo una oración o una penitencia. Al haber fracasado el largo experimento teocrático pontificio, y a medida que se reducía la preponderancia de las iglesias regionales y de los sacerdotes sobre el discurso político, la guerra quedó sometida a las reglas, leyes y liderazgo laicos. A principios del siglo XVII, teóricos como Gentili y Grocio elaboraron leyes de guerra internacionales que rechazaban de forma explícita que la religión constituyera una causa lo bastante justa, lo que reflejaba la sanción de los acontecimientos políticos: la alianza en el siglo xvi de los franceses con los otomanos, el acuerdo de Augsburgo de 1555 según el cual se aceptaba que la religión de cada principado alemán quedara determinada según la de su gobernante, y el Tratado de Westfalia en 1648 que ponía fin a la gran guerra europea de los Treinta Años al establecer un marco explícitamente laico para las relaciones internacionales, un sistema de naciones temporales en una Europa laica. El cristianismo prosperaba pero la cristiandad estaba muerta, y con ella murió una de sus características más distintiva, la cruzada. La competencia de la acción política civil correspondía a los estados laicos, y la justicia cívica, a los hombres seglares, y no al clero; la ley y la religión ocupaban esferas diferentes de la vida civil, ni siquiera complementarias o dependientes la una de la otra. Allá donde la justicia civil estuviera protegida por la ley religiosa e interpretada por los estudiosos religiosos, el sistema de estado racional podía seguir siendo la comunidad religiosa, no necesariamente el estado seglar. Por lo tanto, la guerra santa musulmana, la *jihad* menor, sigue siendo un fenómeno moderno. La cruzada cristiana, salvo en boca de algunos académicos ampulosos y de políticos irreflexivos, no lo es.

La historia posterior a las cruzadas es un tema de estudio en sí mismo, en palabras de David Hume en siglo XVIII, «que desde entonces

no deja de alimentar la curiosidad de la humanidad». En oposición a los polemistas de la razón, del colonialismo, del imperialismo, del medievalismo, del nacionalismo, del capitalismo, de la libertad, de la religión o de la apocalipsis cultural que han dominado por tumos la interpretación popular de las cruzadas durante buena parte de los últimos cuatro siglos, al historiador le sorprende la maleabilidad de las cruzadas, su penetración en tantos resquicios religiosos, políticos, sociales y personales de la vida medieval. Aunque la cruzada no definiera una sociedad o una cultura, resulta imposible comprender la naturaleza o la cualidad de esta actividad observándola aisladamente, y aún menos en relación con los acontecimientos ocurridos siglos más tarde. Pocos rincones de Europa y del Mediterráneo escaparon del todo al contacto de las guerras de la cruz. Existen buenos fundamentos para asociar las cruzadas con algunos de los procesos más fascinantes de la política y de la sociedad medievales: la invención de la cristiandad, una identidad europea expresada mediante la expansión y la conquista; la retórica y la utilización aceptables de la violencia pública y su influencia consiguiente sobre la afirmación del poder seglar legítimo y sacralizado; los experimentos en gobierno corporativo sobre mecanismos de creación y de ordenación de una amplia sociedad política civil; y el incremento de los sistemas de fiscalidad pública. Más evidente aún, las cruzadas reflejaron, por una parte, algunos aspectos de los intentos de establecer un orden moral en Europa dirigido por una iglesia centralizada y, por la otra, los intentos, algo más logrados, de expandir las fronteras del mundo cristiano latino. La cruzada logró impulsar un compromiso en tierras lejanas y remotas, del que es testimonio la apertura del Mediterráneo oriental a los comerciantes y peregrinos, pero también fracasó de un modo espectacular. Jerusalén estuvo en poder de los cristianos durante un corto período de tiempo, y únicamente logró provocar pequeñas molestias marginales en la política de Asia occidental y de Oriente Próximo.

Igual que con cualquier ejercicio en selectividad histórica, lo que significa todos los escritos históricos, extraer el hilo de la cruzada del tejido de la Edad Media los distorsiona a ambos. Aun así, merece la pena estudiar la experiencia de las cruzadas, aunque tan solo sea por la inmediatez con la que se dirige al observador. El mundo, las presunciones y las acciones de los cruzados y de sus

coetáneos son irrecuperables, pero ineludibles. Sus acciones se enfrentan directamente al historiador: el puro esfuerzo físico de tantas tentativas, el idealismo inspirador, el utopismo armado de miopía, la elaborada y sincera intolerancia, y la diversidad y complejidad de sus motivos y realización. Las historias de las esposas de los cruzados ausentes apaleadas, las pruebas de las vidas arruinadas o enriquecidas de los veteranos y supervivientes, las cruces grabadas en las piedras de la iglesia del Santo Sepulcro o en las iglesias parroquiales de toda Europa, testigos cercanos de las ambiciones de quienes buscaron transformarse a sí mismos y a su mundo al tomar la cruz de su Salvador, tienen tanto o más poder de conmover que las grandes representaciones de la historia de las cruzadas: Urbano II en Clermont, la matanza de Jerusalén, Saladino en Hattin, Ricardo I en Acre o Luis IX en Al-Mansurah. Josserand de Brancion oraba con las siguientes palabras antes de tomar la cruz en el año 1248: «Señor, apártame de las guerras entre cristianos en las que he combatido tantos años de mi vida; permíteme morir a Tu servicio para que pueda compartir Tu reino en el Paraíso». Aunque constituya el principal lugar común del compromiso aristocrático con las cruzadas, del que se hacen eco las fuentes a partir de la Primera Cruzada, la profundidad de estos sentimientos conmovedores queda atestiguada por las decenas de miles de cadáveres de hombres y mujeres de todos los estamentos sociales. La cruzada, por mucho que derrochara vidas y tesoros, por muy estrecha que fuera la aspiración original que la sustentaba (la posesión física de los Santos Lugares) configuraba un ideal que inspiraba sacrificio, cuya intensidad alcanzaba en ocasiones un grado inimaginable.

Sin embargo, el sentimentalismo no funciona. Apenas consigue abarcar el tema. Demasiadas personas murieron al perseguir una ambición sectaria. Ahora bien, los motivos, lo mismo que las acciones, pueden contradecirse sin hipocresía. Aunque en general el historiador, al insistir en la búsqueda de la elusiva quimera de las emociones privadas, no obtenga ningún fruto, no deja de preguntarse qué es lo que impulsó a tantas personas a cambiar su vida de una forma tan decisiva. El mito de que la piedad religiosa excluye la avaricia, la coacción, la conformidad y la irreflexión es el mito favorito de los religiosos, y un mito que permanece. El lenguaje de la trascendencia no debería distraer ni engañar, ni tampoco insistir en

juzgar. Luchar por la cruz no era necesariamente más atractivo que pagar impuestos por ella, tan solo más agotador. Ambas actividades están abiertas a las interpretaciones reduccionistas de las inevitables coacciones sociales o culturales. Sin embargo, no se puede hacer un resumen sonoro o claro. Las guerras destruyen y crean, aun cuando lo hagan en medidas desiguales para sus participantes, víctimas y comunidades de origen. Explicable en términos colectivos como una expresión, o expresiones, de fe, ansiedad, obediencia social o religiosa, autopromoción moral o material, identidad y solidaridad corporativas, intolerancia solipsista y agresión expansiva, para cada individuo, cualquier elección relacionada con la cruzada podría haber capturado, o tal vez no, «los secretos deseos de Dios». Aunque podamos observar las manifestaciones externas, la decisión personal e interna de seguir la cruz, de infligir daño a otros exponiéndose a sí mismo a un grave riesgo, al precio de enormes privaciones, al servicio de una causa que consumía, no puede ser explicada, excusada o rechazada ni como una virtud ni como un pecado; antes bien, sus propias contradicciones caracterizaban su humanidad.

NOTAS

En las notas se utilizan las siguientes abreviaturas:

MGH	*Monumento Germaniae Histórica* (Hannover, etc., 1826 ss.)
MGHS	*Monumento Germaniae Histórica Scriptores,* ed. G. H. Pertz *et al.* (Hannover, 1826 ss.)
MGH SS	*MGH Scriptores in Folio et Quarto* (Hannover, etc., 1826-1934)
PL	*Patrología cursus completus. Series Latina,* ed. J. P. Migne (París, 1844-1864)
RHC	*Recueil des historiens des croisades* (París, 1844-1906)
RHC Arm.	*RHC Documents arméniens* (París, 1869-1906)
RHC Occ.	*RHC Documents occidentaux* (París, 1844-1895)
RHC Or.	*RHC Documents orientaux (*París, 1872-1906)
RHGF	*Recueil des historiens des Gaules et de la France* (París, 1738-1876)

CAPÍTULO 1. EL ORIGEN DE LA GUERRA SANTA CRISTIANA

1. *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny,* ed. A. Bruel, V (París, 1894), 51-53, n.° 3703; *Cartulaire de l'abbaye de Saint-Victor de Marseille,* ed. M. Guérard (París, 1857), I, 167-168, n.° 143.

2. H. Hagenmeyer, *Die Kreuzzugsbriefe aus den Jahren 1088-1100* (Innsbruck, 1902), pp. 138-140, 141-142, 144, 146-151, 157, 160, 162; y pp. 136-137. Para la carta de Urbano a los flamencos, J. y L. Riley-Smith, *The Crusades: Idea and Reality* (Londres, 1981), p. 38.

3. *De expugnatione Lyxbonensi,* ed. C. W. David (Nueva York, 1936; reimpresión, 1976), p. 81, como parte de una exhaustiva justificación de

la guerra santa, en boca del obispo de Oporto; para la identidad del autor, H. Livermore, «"The Conquest of Lisbon" and its Author», *Portuguese Studies,* 6 (1990), pp. 1-16.

4. *De laude novae militiae, Sancti Bemardi Opera,* ed. J. Leclercq *et al.* (Roma, 1963), pp. 214-215; J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 102.

5. S. Runciman, *A History of the Crusades* (Cambridge, 1951-1954), m, 480.

6. Raimundo de Aguilers, *Historia Francorum qui ceperunt Iherusalem,* RHC Occ., III, p. 300, trad. J. H. y L. L. Hill (Filadelfia, 1968), p. 128; para las citas bíblicas, véase R Alphandéry, «Les citations bibliques chez les historiens de la premiére croisade», *Revue de l'histoire des religions,* 99 (1929), pp. 139-157, esp. p. 154, nota 4; *cf.* Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 153-155.

7. *Die Traditionsbücher des Benediktinerstiftes Góttweig,* ed. A. Fuchs (Viena y Leipzig, 1931), *Fontes rerum Austriacum,* LXIX, n.° 55.

8. Para un resumen, F. H. Russell, *The Just War in the Middle Ages* (Cambridge, 1977), pp. 1-39.

9. San Agustín, *Ciudad de Dios,* libro XIX, cap. 7; *cf.* libro I, cap. 21, trad. H. Bettenson (Londres, 1984), pp. 32, 862.

10. C. Erdmann, *The Origin of the Idea of the Crusade,* trad. M. W. Baldwin y W. Goffart (Princeton, 1977), p. 19.

11. Beda, *Ecclesiastical History ofthe English People,* ed. B. Colgrave y R. A. B. Mynors (Oxford, 1969), pp. 214-215, 231, 240-243, 251.

12. A. Bruckner y R. Marichal, *Chartae Latinae antiquores,* XII (Zúrich, 1987), 74, n.° 543; P. D. King, *Charlemagne: Translated Sources* (Kendal, 1987), pp. 223, 309-310; Einhard (Eginhardo), *Vita Caroli magni imperatoris,* ed. L. Halphen (París, 1981), pp. 22-28, trad. ingl. L. Thorpe, como *Life of Charlemagne* (Londres, 1969), pp. 61-64; M. McCormick, «The Liturgy of War in the Early Middle Ages», *Viator,* 15 (1984), 1-23.

13. King, *Charlemagne,* pp. 78, 112; *cf.* Walafrid Strabo *ca.* 840-842, sobre la capa de san Martín, *De Exordiis et Incrementis,* MGH, Capitularía, II (Hannover, 1890), 515; y Notker Balbulus («el Tartamudo»), *Two Lives of Charlemagne,* trad. L. Thorpe (Londres, 1969), p. 96.

14. P. Godman, *Poetry of the Carolingian Renaissance* (Oxford, 1985), pp. 189, 255, 276-277; *cf.* K. Leyser, «Early Medieval Canon Law and the Beginnings of Knighthood», *Communications and Power in Medieval Europe,* I, ed. T. Reuter (Woodbridge, 1994); J. Nelson, «Ninth Century Knighthood; the Evidence of Nithard», *Studies in Medieval History Presented to R. A. Brown,* ed. C. Harper-Bill *et al.* (Woodbridge, 1989).

15. Godman, Poetry, pp. 128-129,300-303.

16. MGH, Epistolarum, V (Berlín, 1898), p. 601 y también 853; VII (Berlín, 1912), pp. 126-127, n.° 150; Erdmann, *Origin,* p. 27.

17. *Anuales Fuldenses,* ed. F. Kurze, MGH SS (Hannover, 1891), p. 120, también 891; C. J. Tyerman, *England and the Crusades 1095-1538* (Chicago, 1988), p. 10 y nota 4 para Alfredo.

18. Abbon de Saint-Germain, *Abbonis de bello Parisiaco,* ed. G. H. Pertz, MGH SS (Hannover, 1871), pp. 9-10, libro I, vv. 108-110; trad. Godman, *Poetry*, p. 313; para la historia de san Benedicto, véase Adelarius, *Miraculi S. Benedicti,* ed. O. Holder-Egger, MGH SS, xv-i (Hannover, 1887), 499-500.

19. *The Dream of the Rood,* ed. B. Dickins y A. S. C. Ross (Londres, 1954), pp. 20-35.

20. G. R. Murphy, *The Saxon Saviour* (Nueva York-Oxford, 1989), esp. pp. 6, 19-20, 58, 62, 65, 70-71 y ss., 98-99, 102-103, 105-106, 109-110, 113.

21. *English Histórical Documents,* I, ed. D. Whitelock (Londres, 1955), 293-297.

22. *La Chanson d'Antioche,* ed. S. Duparc-Quioc (París, 1977-1978), I, 25-28, para este pasaje; hay fragmentos en J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 72-73.

23. Elfrico de Eynsham, *Lives ofthe Saints,* ed. W. W. Skeat, Early English Text Society (Londres, 1890), II, vv. 688-704; *cf.* 966. La carta de fundación del rey Edgar para la nueva catedral de Winchester puede verse en R. W. Southern, *Western Church and Society in the Middle Ages* (Londres, 1970), pp. 224-225; para algunas ideas similares expresadas por el emperador Luis el Piadoso en 817, véase MGH, Capitularía, I, 349-351.

24. Elfrico, *Saints,* II, 66-143, 324-325; Macabeos, vv. 681-682, para la cita; Abbon de Fleury, *Passio Sancti Edmundi,* en *Carolla Sancti Edmundi: the Garland of St Edmund King and Martyr,* ed. y trad. lord F. Hervey (Londres, 1907), esp. pp. 20, 26, 30, 32.

25. P. Rousset, «L'idéal chevaleresque dans deux Vitae clunisiennes», *Etudes de civilisation médiévale, Mélanges ojferts á E. R. Labande* (Poitiers, 1974), pp. 623-633; PL, 133, esp. cois. 647-648.

26. Ralph (Raúl) Glaber, *Historarium Libri Quinti,* ed. J. France (Oxford, 1989), p. 61.

27. H. E. J. Cowdrey, «The Peace and Truce of God in the Eleventh Century», *Past and Present,* XLVI (1970), 53 y, en general, 42-67; compárese con una perspectiva contraria, basada en pruebas del Limousin: M. G. Bull, *Knightly Piety and the Lay Response to the First Crusade* (Oxford, 1993).

28. El texto penitencial de Ermenfrido, obispo de Sitten, fue traducido por D. C. Douglas, *English Historical Documents,* II (Londres, 1963), 606-607; sobre el canonista Burchard de Worms, véase *Decretum Libri XX,* PL, CXL, esp. libro VI, *De Homicides,* p. ej. 23; *cf.* J. Gilchrist, «The

Erdmann Thesis and the Canon Law», *Crusade and Settlement,* ed. P. Edbury (Cardiff, 1985), pp. 3-45.

29. Bonizo de Sutri, *Líber de Vita Christiana,* ed. E. Perels (Berlín, 1930), esp. libro II, cap. 3, 43; libro III, cap. 89; libro Vil, cap. 28; libro X, cap. 79, pp. 35, 56, 101, 248-249, 336; *cf* H. E. J. Cowdrey, «Pope Gregory VII and the Bearing of Arms», *Montjoie: Studies in Crusade History in Honour of H. E. Mayer,* ed. B. Kedar, J. Riley-Smith, R. Hiestand (Aldershot, 1997), pp. 21-35; I. S. Robinson, «Gregory VII and the Soldiers of Christ», *History,* LVIII (1973), 161-192.

30. Gregorio VII a miembros de la archidiócesis de Rávena, 11 dic. 1080, trad. E. Emerton, *The Corre spondence of Pope Gregory Vil* (Nueva York, 1969), p. 165.

31. Benzo de Alba, *Ad Heinricum IV, imperatorem,* ed. H. Seyffert (Hannover, 1996), pp. 240, 242, 248 («Comefredus»), 300 («Grugnefredus»).

32. Ordene Vitalis, *The Ecclesiastical History,* ed. M. Chibnall (Oxford, 1969-1980), III, 216, 226, 260-262.

33. Emerton, *Corre spondence of Gregory Vil,* pp. 23, 25-26, 33, 39, 56-58, 60-61, para encontrar traducciones inglesas de algunas (pero no todas) cartas relevantes de 1074 (c/. p. 165 para la referencia de 1080 a los «enemigos de la Cruz de Cristo»); Cowdrey, «Gregory VII and Bearing of Arms», esp. p. 30 y nota 35 para referencias al *Registro* de Gregorio; ante todo, Gregorio VII, *Regestrum,* ed. E. Caspar, MGH, Epistolae Selectae, 2, I II (Berlín, 1920-1923), libro I, n.° 46, 49; libro II, n.° 31, 37, pp. 69-71, 75-76, 165-168, 172-173; *The Epistolae vagantes of Pope Gregory VII,* ed. y trad. H. E. J. Cowdrey (Oxford, 1972), n.° 5, pp. 10-13; Cowdrey, «Pope Gregory VII's "Crusading" Plans of 1074», *Outremer,* ed. B. Kedar, H. E. Mayer y R. C. Smail (Jerusalén, 1982), pp. 27-40.

34. *Chanson de Roland,* v. 1015.

35. Guillermo de Tiro, *Chronicon,* ed. R. B. C. Huygens, Corpus Christianorum Continuado Mediaevalis, LXIII (Turnhout, 1986), libro I, cap. 1-2, pp. 105-107 (rúbrica del primer capítulo: «Quod tempore Eraclii ... Homar ... universam occupaverit Syriam»), Runciman, *History of the Crusades,* I, 3-5, tiene un pasaje grandilocuente y famoso sobre la caída de Jerusalén en 638; compárese, para una visión alternativa y controvertida, con P. Cronne y M. Cook, *Hagarism: the Making ofthe Islamic World* (Cambridge, 1977), p. 51; para una versión convencional, L. V. Vaglieri, «The Patriarchal and Umayyad Caliphates», *Cambridge History of Islam,* ed. P. M. Holt *et al.* (Cambridge, 1970), I, 62. Umar debía tener un aspecto llamativo: enorme, con barba larga, acostumbraba a patrullar las calles de Medina armado con un látigo.

36. R. Fletcher, *Moorish Spain* (Londres, 1992), p. 75.

37. *Storia de'Normanni di Amato di Montecassino,* ed. V. de Bartholomaeis (Roma, 1935), v. 12, p. 234; citado en C. Morris, *The Papal Monarchy* (Oxford, 1989), p. 142 y, para este período en general, pp. 79-153.

38. *Epistolae pontificum Romanorum ineditae,* ed. S. Lówenfeld (Leipzig, 1885), n.° 82, p. 43; Cowdrey, «Gregory VII and Bearing of Arms», p. 28, nota 31; Bull, *Knightly Piety,* pp. 72-78; A. Ferreiro, «The Siege of Barbastro», *Journal of Medieval History,* IX (1983), pp. 133-135.

39. Glaber, *Historiarum,* pp. 134-137; para la bula de Sergio, Morris, *Papal Monarchy,* pp. 146-147 y nota 16; *cf.* A. Gieysztor, «The Génesis of the Crusades: the Encyclical of Sergius IV», *Medievalia et Humanística,* 5 (1949), pp. 3-73, y 6 (1950), pp. 3-34; para el punto de vista musulmán sobre los peregrinos occidentales, véase el *Libro de los viajes,* de *ca.* 1047, de Naser-e Josrau: en su edición inglesa, Naser-e Khosraw, *Book of Travels (Sapamama),* trad. W. M. Thackston Jr. (Nueva York, 1986), pp. 21,35, 37-38.

40. Ademar de Chabannes, *Chronicon,* ed. R Bourgain, *Opera Omnia,* I, Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis, CXXIX (Tumhout, 1999), libro III, caps. 38, 39,45,47, 52, 55, 65, 68, 69, pp. 159-160, 165-167, 171, 174, 184,188-189.

41. Glaber, *Historiarum,* pp. 37, 61, 83-85, 118-121, 194-196, 198-209,212-215.

42. Véase el análisis de J. Riley-Smith, *The First Crusade and the Idea of Crusading* (Londres, 1986), pp. 18-19 y notas 27 y 29; Gregorio VII, *Regestrum,* libro II, n.° 37, p. 173.

CAPÍTULO 2. ¡MARCHAD A JERUSALÉN!

1. Sigebert de Gembloux, *Chronica,* MGHS, vi, p. 368.

2. La bibliografía moderna sobre la Primera Cruzada es muy amplia; para obras recientes, en inglés, véase en particular Riley-Smith, *First Crusade',* Riley-Smith, *The First Crusaders 1095-1131* (Cambridge, 1997); J. France, *Victory in the East* (Cambridge, 1994); Runciman, *History of the Crusades,* vol. I, sigue siendo una lectura absorbente.

3. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 15.

4. La cita procede de la obra anónima *Gesta Francorum,* ed. y trad. R. Hill (Oxford, 1972), p. 1.

5. Bernoldo de Saint-Blasien, *Chronicon,* MGHS, v, p. 462; sobre Alejo y Occidente, véase especialmente J. Shepard, «Aspects of Byzantine Attitudes and Policy Towards the West», *Byzantium and the West c. 850-c. 1200,* ed. J. D. Howard-Johnston (Ámsterdam, 1988), pp. 102-118.

6. Bernoldo de Saint-Blasien, *Chronicon,* p. 462.

7. R. Somerville, «The Council of Clermont», en *Papacy, Courcils and Canon Law* (Londres, 1990), VII, p. 58 y *passinr, cf ibid.* V, «French Councils of Pope Urban II» y VIII, «The Council of Clermont and the First Crusade»; sobre Balduino, Alberto de Aquisgrán, *Historia Hierosolymitana,* RHC Occ., IV, 626.

8. *Annales S. Benigni Divionensis,* MGHS, v, 43; *Annales Besuensis* (es decir, de Blaise, cerca de Dijon), MGHS, n, 250. Para el itinerario de Urbano, A. Becker, *Papst Urban II* (Stuttgart, 1064-1088), II, 435-457.

9. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 136-138; W. Wiederhold, «Papsturkunden in Florenz», *Nachrichten von der Gesellschaft des Wissenschaften zu Góttingen* (Gotinga, 1901), pp. 313-314; Foulques IV de Anjou, *Gesta Andegavensium peregrinorum,* RHC Occ., V, 345-346; Sigebert de Gembloux, *Chronica,* p. 367.

10. H. E. J. Cowdrey, «Pope Urban II and the Idea of the Crusade», *Studi Medievali,* 3.ª serie, 36 (1995), 737-738; *Chroniques des comtes d'Anjou et des seigneurs d'Amboise,* ed. L. Halphen *et al.* (París, 1913), pp. 100-101.

11. Abad Godofredo de Vendóme, *Epistolae,* n.° XXI (véase PL, CLVII, col. 162); J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 38, para una traducción inglesa de la carta flamenca; para los decretos de Clermont, R. Somerville, *The Councils of Urban II, vol. I: Decreta Claromontensia* (Amsterdam, 1972) y arriba, nota 7; J. D. Mansi, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima Collectio,* XX (Venecia, 1775), cois. 816-819.

12. Guillermo de Malmesbury, *Gesta Regum Anglorum,* ed. R. A. B. Mynors *et al.,* I (Oxford, 1998), pp. 593-594.

13. Para una reconstrucción vivida de Clermont, véase Runciman, *History of the Crusades,* pp. 107-108 y su p. 108, nota 1, para las referencias.

14. Gerardo de Wales, *Joumey Through Wales,* trad. L. Thorpe (Londres, 1978), p. 75.

15. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 137-138; *Vita Altmanni episcopi Pataviensis,* MGHS, xii, 230; *cf.* Riley-Smith, *First Crusaders,* pp. 62-63, 81-83, 97. Para la penitencia y el peregrinaje en los documentos de las cruzadas, *ibid.,* esp. caps. 3 y 4, y también Riley-Smith, *First Crusade,* esp. cap. 2.

16. Becker, *Papst Urban II,* vol. II, pp. 352-362 (esp. pp. 352-353), 374-376, 398-399.

17. Urbano a los boloñeses, 19 de septiembre de 1096, Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 137-138; J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 39.

18. Roberto el Monje (de Reims), *Historia,* RHC Occ., III, 727-730.

19. Mansi, *Sacrorum Conciliorum,* XX, col. 816; Somerville, *Decreta Claromontensia,* p. 74; en general, H. E. J. Cowdrey, «Pope Urban D's

Preaching of the First Crusade», *History,* 55 (1970), 177-188; para la carta de Bolonia, J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 39.

20. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 136-137; J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 38.

21. Foulques de Anjou, *Gesta Andegavensium,* RHC Occ., V, 345; J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 39.

22. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 13.

23. Enrique de Huntingdon, *De captione Antiochae a Christianis,* RHC Occ., V, 374.

24. Glaber, *Historiarum,* pp. 200-201.

25. Ademar de Chabannes, *Chronicon,* libro III, cap. 47, pp. 166-167.

26. *Vita Altmanni,* p. 230.

27. Benzo de Alba, *Ad Heinricum IV. Imperatorem Libri VII,* MGHS, xi, 605-606, 616-617, 652; MGHS, LXV, 144; J. Shepard, «Cross-purposes: Alexius Comnenus and the First Crusade», en *The First Crusade,* ed. J. Phillips (Manchester, 1997), pp. 107-129 y nota 5, arriba.

28. Cowdrey, «Urban II and the Idea of Crusade», pp. 721-742; *cf.* G. J. C. Snoek, *Medieval Piety: From Relies to the Eucharist* (Leiden, 1995), pp. 25-26 y 35; Ademar de Chabannes, *Opera,* PL, CXLI, col. 110.

29. Snoek, *Medieval Piety,* p. 87.

30. *Winchester Annals, Annales Monastici,* ed. H. R. Luard, Rolls Series (Londres, 1864-1869), II, 38.

31. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 142, 164; *Gesta Francorum,* p. 7 (para la fecha, con frecuencia mencionada como septiembre de 1096, véase E. Jamison, «Some Notes on the Anonymi *Gesta Francorum», Studies in French Medieval Literature Presented to M. K. Pope* (Manchester, 1939), pp. 183-208.

32. R. Chazan, *European Jewry and the First Crusade* (Berkeley y Los Ángeles, 1987), p. 77; *cf.* S. Eidelberg, *The Jews and the Crusaders: The Hebrew Chronicles of the First and Second Crusades* (Madison, 1977), pp. 21-115.

33. Baldric de Bourgeuil, *Historia Jerosolimitana,* RHC Occ., IV, 12.

34. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* p. 136.

35. Nota 21, arriba; Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 136-144, 176, 179; cartas de Urbano, J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 38-40; sobre Limoges, RHC Occ., V, 350-53; sobre Amanieu, *Cartulaire du prieuré de Sainte-Pierre de la Réole,* ed. C. Grellet-Balguerie, *Archives historiques de la Gironde,* V (1863), 140.

36. Hill, *Gesta Francorum,* pp. 19-20.

37. Riley-Smith, *First Crusaders,* p. 62 y referencias en nota 41; PL, CLVII, col. 162.

38. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* p. 138; *cf.* p. 154, para los líderes

que hablaban de peregrinaje en 1098; véase la nota 15, arriba, para los motivos de peregrinación expuestos en los documentos.

39. *Notitiae duae Lemoviensis de praedicatione crucis in Aquitania,* RHC Occ., V, 350-353. Para la importancia de los festivales cristocéntricos, véase el acuerdo suscrito por Cluny y Achard de Montmerle el 21 de abril (Sábado Santo) de 1096, en Bruel, *Chartes de Cluny*, V, 51-53.

40. Riley-Smith, *First Crusaders,* p. 75; France, *Victory,* p. 45.

41. Para las ofertas económicas de los monjes, *Cartulaires de l 'abbaye de Molesme 916-1250,* ed. J. Laurent (París, 1907-1911), II, 83-84; *Cartulaire de l'abbaye de Noyers, Mémoires de la société archéologique de Touraine,* XXII (1872), ed. C. Chevalier, pp. 274-275; *Cartulaire du prieuré de Notre Dame de Longpont de l'ordre de Cluny,* ed. A. Marión (Lyon, 1879), pp. 189-190; para la inculcación del sentimiento de pecado en los cruzados, *Cartulaire Manceau de Marmoutier,* ed. E. Laurain (Laval, 1911-1945), n, 86-89.

42. Hill, *Gesta Francorum,* p. 2.

43. Caffaro, *De liberatione civitatum Orientis,* RHC Occ., V, 49.

44. Las fuentes primarias principales sobre Pedro son Alberto de Aquisgrán, *Historia,* RHC Occ., IV, 271-274; Guiberto de Nogent, *Gesta Dei per Francos,* RHC Occ., IV, 142-143 (p. 140 para el «gran rumor»); *La Alexiada* de Ana Comnena: *The Alexiad,* trad. E. R. A. Sewter (Londres, 1969), pp. 309-311; *cf.* Ordene Vitalis, *Ecclesiastical History,* ed. y trad. M. Chibnall (Oxford, 1969-1979), V, 29. Véase E. O. Blake y C. Morris, «A Hermit Goes to War: Peter and the Origins of the First Crusade», *Monks, Hermits and the Ascetic Tradition,* ed. W. J. Shields, Studies in Church History, XXII (1985), 79-109, que contradice la ortodoxia fijada por H. Hagenmeyer, *Peter der Eremite* (Leipzig, 1879); la carta del patriarca se halla traducida en E. Peters, *The First Crusade* (Filadelfia, 1998, 2.ª ed.), pp. 283-284. Agradezco a Jonathan Shepard la conversación sobre varios de estos puntos.

45. Hill, *Gesta Francorum,* p. 2, «Los galos se organizaron en tres partes. Un grupo de francos entró en la región de Hungría, a saber, Pedro el Ermitaño y el duque Godofredo...».

46. Riley-Smith, *First Crusaders,* p. 56.

47. Ademar de Chabannes, *Chronicon,* libro III, c. 47, pp. 166-167; Gieysztor, «Génesis of Crusades».

48. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 272; sobre el retiro de Pedro y la fundación de la abadía agustina de Neumoustier, cerca de Huy, consagrada al Santo Sepulcro y a san Juan Bautista «como recuerdo y veneración de la iglesia de Jerusalén», *Chronica Albrici monarchi Trium Fontium a monarcho novi monasterii Hoiensis interpolata,* MGHS, XXIII, 815; Giles de Orval, *Gesta episcoporum Leodiensium,* MGHS, XXV, 93.

49. Naser-e Khosraw, *Book ofTravels,* p. 39; C. Cahen, «La Chronique abrégé d'al-Azimi», *Journal Asiatique,* 230 (1938), 430; C. Hillenbrand, *The Crusades: Islamic Perspectives* (Edimburgo, 1999), p. 50.

50. C. De Vic y J. Vaissete, *Histoire générale de Languedoc,* V (Tolosa, 1875), col. 737-738; Riley-Smith, *The First Crusade,* p. 21.

51. France, *Victory,* p. 194; Alberto de Aquisgrán, *Historia,* pp. 348-349; sobre Alejo y los occidentales, véanse los artículos de J. Shepard, «Aspects of Byzantine Attitudes»; «Alexius and the First Crusade»; «When Greek Meets Greek: Alexius Comnenus and Bohemund in 1097-8», *Byzantine and Modern Greek Studies,* 12 (1988), 185-277; «The English in Byzantium», *Traditio,* 29 (1973), 52-93. La nota sobre Sicilia se la debo al doctor Jeremy Johns.

52. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* III, 134-136; V, 156-159.

53. *Frutolfi et Ekkehardi Chronica,* ed. F.-J. Schmale e I. Schmale (Darmstadt, 1972), p. 106. C. Haskins, «A Canterbury Monk at Constantinople», *English Historical Review,* 25 (1910), 293-295; Shepard, «Cross-purposes», pp. 116-122.

54. Duparc-Quioc, *La Chanson d'Antioche,* v. 3449.

55. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 44, 51.

56. Hill, *Gesta Francorum,* pp. 19-20.

57. *Jerusalem Mirabilis,* en R. L. Crocker, «Early Crusade Songs», *The Holy War,* ed. T. R Murphy (Columbus, Ohio, 1976), pp. 78-98.

58. Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* pp. 140-141.

59. Riley-Smith, *First Crusaders,* esp. pp. 93-105.

60. RHC Occ., III, 727-730.

61. Duparc-Quioc, *Chanson d'Antioche,* v. 7921.

62. Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* pp. 12-14.

63. Fulquer de Chartres, *A History of the Expedition to Jerusalem 1095-1127,* trad. F. R. Ryan, introd. H. S. Fink (Knoxville, 1969), pp. 66-67.

64. Citado por Riley-Smith, *First Crusaders,* pp. 113-114.

65. Raúl de Caen, *Gesta Tancredi,* RHC Occ., III, 605-606; para Tomás de Marle, Suger de Saint Denis, *Vita Ludovici Grossi regis,* ed. H. Waquet (París, 1929),pp. 30-34y 174-178,y pp. 150-151 para Esteban de Blois; Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* p. 79, para Guillermo; para Raimboldo, PL, CLXII, cois. 144-145 y C. J. Tyerman, *The Invention ofthe Crusades* (Basingstoke, 1998), pp. 11-12.

66. Citado por Somerville, *Prolegomena* a *Decreta Claromontensia,* en *Papacy, Councils and Canon Law,* VI, pp. 33-35.

67. Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* p. 251; *Deeds ofGod through the Franks,* trad. R. Levine (Woodbridge 1997), p. 56.

68. *Vita Altmanni,* p. 230.

69. Sigebert de Gembloux, *Chronica,* p. 367; sobre su hostilidad ha-

cia el uso de indulgencias papales en la guerra, MGH, *Libelli de Lite Imperatorem et Pontificum,* II (Hannover, 1892), 464.

Capítulo 3. La marcha hacia Constantinopla

1. Sigebert de Gembloux, *Chronica,* p. 367; Alberto de Aquisgrán, *Historia,* pp. 274, 277, 289, 340; Raimundo de Aguilers, *Historia,* III, 244; Hill, *Gesta Francorum,* pp. 2-3; Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* p. 136 y *passim;* Riley-Smith, *First Crusade,* esp. pp. 111-112, 141-142, 147-148; Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 141-142, 146; France, *Victory,* pp. 148, 210.

2. La mejor descripción moderna de la campaña se halla en France, *Victory.*

3. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 91.

4. Las expediciones lorenesa y germánica son el tema principal de Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 272 y ss. Para la cronología, véase J. W. Nesbitt, «The Rate of March of Crusading Armies», *Traditio,* 19 (1963), que corrige a H. Hagenmeyer, *Chronologie de la premiére croisade* (París, 1902).

5. Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* pp. 140-192 y 142-143 para su retrato hostil a Pedro; *cf* F. Duncalf, «The Peasants' Crusade», *American Historical Review,* 26 (1920-1921), pp. 440-453, esp. p. 441.

6. Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* pp. 183-184.

7. Ana Comnena, *Alexiad,* p. 286 y pp. 293-308; Shepard, «Cross-purposes», esp. p. 115, para comentarios sobre este trasfondo.

8. Nesbitt, «Rate of March», esp. p. 173; Alberto de Aquisgrán, *Historia,* pp. 278-282, para las magnitudes del ejército y la longitud de la línea en los Balcanes.

9. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 280.

10. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 288.

11. Chazan, *European Jewry,* p. 23 y, en general, pp. 1-37.

12. R. Chazan, «1007-1012: Initial Crisis for Northern European Jewry», *Proceedings of the American Academy for Jewish Research,* 38-39(1970-1971), 101-117.

13. Chazan, *European Jewry,* p. 36.

14. Runciman, *History of Crusades,* 1, 137 y pp. 134-141 para el pogromo; *cf* Chazan, *European Jewry,* pp. 50-136; las principales fuentes judías han sido traducidas por S. Eidelberg, *Jews and the Crusaders,* pp. 21-75, 79-93, 99-115. Anteriormente Emich de Flonheim era conocido, en la historiografía, como Emich de Leinengen, A. V. Murray, «The Army of Godfrey de Bouillon: Structure and Dynamics of a Contingent on the

First Crusade», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire,* 70 (1992), pp. 315-322.

15. Eidelberg, *Jews and Crusaders*, p. 36.

16. Eidelberg, *Jews and Crusaders,* p. 50.

17. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 295.

18. Guiberto de Nogent, *De vita sua,* ed. E.-R. Labande (París, 1981), pp. 246-248; Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 293; Ekkehard de Aura, *Hierosolymita,* RHC Occ., V, 20.

19. Eidelberg, *Jews and Crusaders,* p. 108 (anónimo de Maguncia); en general Chazan, *European Jewry,* pp. 72-84; *cf.* los violentos pasajes de Riley-Smith, *First Crusade,* pp. 53-57.

20. Eidelberg, *Jews and Crusaders,* pp. 21, 112.

21. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 138-139.

22. *Cf.* Riley-Smith, *First Crusade,* p. 50.

23. Chazan, *European Jewry,* p. 145.

24. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 19; Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 137-138.

25. *Actes des comtes de Flandres 1071-1128,* ed. F. Vercauteren (Bruselas, 1938), pp. 65-66, n.° 22; el conde de Roucy es un testigo.

26. Fulquer de Chartres, *History,* p. 74.

27. Se preserva de forma incompleta en Ana Comnena, *Alexiad,* pp. 313-314.

28. «Elias, que había desertado del bando del emperador», *Alexiad,* p. 314.

29. H. E. Mayer, *Mélanges sur l'histoire du royaume Latín de Jérusalem* (París, 1984), pp. 17, 22-27,43-44,49; Murray, «The Army of Godfrey de Bouillon», pp. 301-329, esp. pp. 314, 327.

30. Hill, *Gesta Francorum,* p. 2; G. París, «La Chanson du pelerinage de Charlemagne», *Romanía, 9* (1880), 1-50; J. Flori, *«Pur eschalier sainte crestienté.* Croisade, guerre sainte et guerre juste dans les anciennes chansons de geste frangaises», *Le Moyen Age,* 97 (5.ª serie, vol. V, 1991), 171-187.

31. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 274.

32. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 311, y pp. 305-311 para la distancia de Constantinopla.

33. Esta es, al menos, la impresión que transmite Alberto de Aquisgrán, que los escuchó.

34. Véase ahora J. D. Howard-Johnston, «Anna Komnene and the *Alexiad»,* en *Alexios Komnenos,* ed. M. E. Mullett y D. Smythe (Belfast, 1996); J. France, «Anna Comnena, the *Alexiad* and the First Crusade», *Reading Medieval Studies,* 10 (1983), 20-32.

35. Runciman, *History of Crusades,* I, 157-158.

36. Sobre la expedición de Bohemundo, Hill, *Gesta Francorum,* pp. 7-9 y ss., cuyo autor iba en ella; E. Jamison, «Some Notes on the *Anonymi Gesta Francorum»',* sobre la posición de Bohemundo al respecto de la cruzada, J. Shepard, «When Greek Meets Greek», *Byzantine and Modern Greek Studies,* 12(1988), 185-276.

37. Marquis de la Forcé, «Les Conseillers latins du basileus Alexis Comnene», *Byzantion,* XI (1936), 153-165; D. Nicol, «Symbiosis and Integration; Some Greco-Latin Families in Byzantium», *Byzantinische Forschungen,* 7 (1979), 1 13-135; W. B. McQueen, «Relations between the Normans and Byzantium 1071-1112», *Byzantion,* 56 (1986), 427-476.

38. Shepard, «Greek Meets Greek», para estos detalles.

39. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 22.

40. France, *Victory,* p. 98.

41. Para el caso de España, Bull, *Knightly Piety,* p. 83.

42. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 18.

43. Según Guillermo de Poitiers; véase Shepard, «Aspects of Byzantine Attitudes towards the West».

44. Sobre la cruzada y la carrera de Roberto, C. W. David, *Robert Curthose, Duke of Normandy* (Cambridge, Massachusetts, 1920); *cf* Guillermo de Malmesbury, *Gesta Regum,* ed. W. Stubbs, Rolls Series (Londres, 1887-1889), II, 431, 460-461, para mitos y chismes posteriores.

45. France, *Victory,* p. 129.

46. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* p. 149.

47. Fulquer de Chartres, *History,* pp. 75-76.

48. J. H. Pryor, «The Oath of the Leaders of the First Crusade to the Emperor Alexius Comnenus; Fealty, Homage», *Parergon,* 2 (1984), 111-141; France, *Victory,* pp. 107-121, para una descripción mordaz; *cf.* Shepard, «Cross-purposes» y «Greek Meets Greek».

49. France, *Victory,* p. 154.

50. Ana Comnena, *Alexiad,* pp. 315, 325, 327, etc.

51. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p.73.

52. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p.74.

53. Ana Comnena, *Alexiad,* p. 329; *cf Gesta Francorum,* que seexpresa aquí con vergüenza, p. 12.

54. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* p. 140.

Capítulo 4. De camino al Santo Sepulcro

1. France, *Victory,* pp. 165-169 y, para las negociaciones con Egipto en general, pp. 211, 252-254, 302, 304, 317, 325-326; *cf* R. J. Lilie,

Byzantium and the Crusader States 1096-1204 (trad. ing. Oxford, 1993), cap. 1, pp. 1-60.

2. Ibn al-Qalanisi, *The Damascus Chronicle of the Crusades Extracted and Trans late d from the Chronicle of Ibn al-Qalanisi,* trad. H. A. R. Gibb (Londres, 1932), p. 41; G. Dedeyan, «Les Colophons de manuscrits arméniens comme sources pour l'histoire des croisades», *The Crusades and their Sources: Essays Presented to Bemard Hamilton,* ed. J. France y W. G. Zajac (Aldershot, 1998), pp. 89-110; R M. Holt, *The Age of the Crusades* (Londres, 1986), p. 27, para la traducción de Al-Sulami.

3. Hill, *Gesta Francorum,* p. 21 y en todo el relato sobre el asedio de Antioquía, pp. 28 y ss. Para una descripción de las comunidades cristianas de Oriente, véase pp. 226 en adelante.

4. Emerton, *Correspondence of Gregory* **VII,** p. 94.

5. Véase el análisis y las referencias de R. Ellenblum, *Frankish Rural Settlement in the Latin Kingdom of Jerusalem* (Cambridge, 1998), pp. **20**-**22**.

6. Para resúmenes generales breves, véase Holt, *Age of Crusades,* y R. Irwin, *The Middle East in the Middle Ages* (Londres, 1986).

7. Hill, *Gesta Francorum,* p. 21.

8. Fulquer de Chartres, *History,* p. 85; la mejor descripción moderna de la batalla y su situación se encuentra en France, *Victory,* pp. 169-185, que también proporciona el relato más detallado de las campañas de los cruzados en Asia Menor, Siria y Palestina.

9. Hill, *Gesta Francorum,* pp. 19-20.

10. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, pp. 28-29; Hill, *Gesta Francorum,* p. 23; Fulquer de Chartres, *History,* pp. 87-88; Alberto de Aquisgrán, *Historia,* pp. 340-341.

11. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* pp. 347-348.

12. Hill, *Gesta Francorum,* pp. 25-26.

13. Sobre esta estrategia armenia, véase France, *Victory,* pp. 190-196.

14. Fulquer de Chartres, *History,* pp. 88-92 (p. 90, en lo que respecta al número de caballeros).

15. Para la *Chanson d'Antioche,* véase la edición de S. Duparc-Quioc (París, 1977-1978); R. F. Cook, *«Chanson d'Antioche», chanson de geste: le cycle de la croisade est-il épique?* (Ámsterdam, 1980); para otras historias, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 22-23; *cf* la secuencia de vidrieras sobre las cruzadas en Saint-Denis, *ca.* 1146-1147.

16. Ana Comnena, *Alexiad,* pp. 438-439.

17. Para las ambiciones de Bohemundo, J. Shepard, «When Greek Meets Greek»; T. S. Asbridge, *The Creation of the Principality ofAntioch 1098-1130 (Woodbridge,* 2000), pp. 15-42.

18. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 31.

19. Usama ibn Munqidh (Usamah Ibn-Munqidh), *An Arab-Syrian Gentleman and Warríor in the Period of the Crusades: Memoirs of Usamah Ibn-Munqidh,* trad. P. K. Hitti (reimpresión Princeton, 1987), pp. 149-150.

20. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 35.

21. J. A. Brundage, «Prostitution, Miscegenation and Sexual Purity in the First Crusade», en *Crusade and Settlement,* ed. P. Edbury (Cardiff, 1985), pp. 57-65.

22. Raimundo de Aguilers, *Historia,* pp. 36-37; J. Richard, «La Confrérie de la premiére croisade: á propos d'un episode de la premiére croisade», *Etudes de civilisation médiévale: mélanges ojfert á E. R. Labande,* ed. B. Jeannau (Poitiers, 1974) pp. 617-622.

23. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 141-142, 144-149.

24. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 435; France, *Victory,* pp. 209-220 y referencias.

25. Hill, *Gesta Francorum,* pp. 34-35; Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 37; *cf* Shepard, «Greek Meets Greek».

26. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* p. 150

27. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* p. 149; Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 59; *Gesta Francorum,* p. 63.

28. Hill, *Gesta Francorum,* p. 46 y, para la versión —aparentemente, de testigo presencial y, sin duda, dramática— del episodio, pp. 44-48.

29. El carnicero podría haber sido un pastor, según Ibn al-Athir, fuente del siglo XIII; véase *Arab Historians of the Crusades,* trad. F. Gabrieli (Londres, 1984), pp. 6-7; para otras referencias, France, *Victory,* p. 267.

30. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* p. 150.

31. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* V, 98; VI, 18.

32. Uno de los personajes clave de los hechos dejó la narración más detallada: Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, pp. 51-61; pero compárese con Hill, *Gesta Francorum,* pp. 57-60 y 65-66, y las cartas de aceptación de la autenticidad de la Lanza, de Anselmo de Ribemont, julio de 1098, y los jefes de la cruzada, septiembre de 1098; véase Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 159-160, 163; C. Morris, «Policy and Visions: the Case of the Holy Lance at Antioch», *War and Government in the Middle Ages,* ed. J. Gillingham y J. C. Holt (Woodbridge, 1984), pp. 33-45.

33. Dedeyan, «Les Colophons», pp. 94-95.

34. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 52.

35. Para las posteriores visiones de Pedro, Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, pp. 66-72, 76-78, 93-103; *cf* France, *Victory,* p. 322; Morris, «Policy and Visions», pp. 42-43; Runciman, *History of the Crusades,* I, 273-274.

36. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, pp. 108, 110, 122-123, 128; sobre las reliquias en general, *cf.* pp. 111-113.

37. Fulquer de Chartres, *History,* p. 106; Hill, *Gesta Francorum,* p. 67, y Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* V, 108, para el intérprete Herluino; France, *Victory,* pp. 270-296.

38. Compárese Ana Comnena, *Alexiad,* pp. 348-350, con Hill, *Gesta Francorum,* pp. 63-65, Lilie, *Byzantium and the Crusader States,* esp. pp. 32-60.

39. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 161-165; *cf.* la carta anterior de los príncipes, de entre abril y julio de 1098, que carece de la agresividad antigriega, pp.153-155.

40. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 155-156.

41. Véase arriba, la nota 1, y las referencias sobre las negociaciones con Egipto.

42. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, pp. 74-75 («paz de discordia»).

43. Sobre el canibalismo en Ma'arrat, *Gesta Francorum,* p. 80; Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 81; en general, Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* pp. 241-242; la «fuente» principal es la posterior *Chanson d'Antioche,* que sitúa el primer brote en Antioquía: L. A. M. Sumberg, «The "Tafurs" and the First Crusade», *Medieval Studies,* 21 (1959), 224-246, esp. 235-246. Sumberg defiende que los Tafur y su «rey» eran de origen flamenco. Alberto de Aquisgrán, que por lo general es una fuente rica en información sobre los franceses del nordeste, no los menciona en esta ocasión.

44. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, pp. 81-83; Hill, *Gesta Francorum,* p. 81.

45. Para los hechos de Arqa (Arqah), Raimundo de Aguilers, *Historia,* pp. 87-113; Hill, *Gesta Francorum,* pp. 83-85; France, *Victory,* pp. 316-326 y pp. 326-331 para la marcha a Jerusalén. Sobre el supuesto decreto de Urbano II sobre el derecho de conquista, R. Somerville, «The Council of Clermont and the First Crusade», *Studia Gratiana,* 20 (1976), 335-337, pero *cf.* J. Richard, *The Crusades* (Cambridge, 1999), p. 112.

46. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 113, alude al problema de la podredumbre de su madera.

47. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 116; Hill, *Gesta Francorum,* p. 87.

48. Las mejores descripciones modernas son las de J. Prawer, «The Jerusalem the Crusaders Captured», *Crusade and Settlement,* ed. Edbury, pp. 1-16; France, *Victory,* pp. 330-357.

49. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 470; Hill, *Gesta Francorum,* p. 90; Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, pp. 121-123.

50. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* pp. 476-477.

51. *Gesta Francorum,* p. 91; Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad J. H. y L. L. Hill, pp. 117-118.

52. S. Goitein, «Contemporary Letters on the Capture of Jerusalem by the Crusaders», *Journal ofJewish Studies,* 3 (1952), pp. 165, 173 y, en general, pp. 161-177.

53. Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 127; Hill, *Gesta Francorum,* p. 92; Goitein, «Contemporary Letters», p. 172; Goitein, «Geniza Sources for the Crusader Period», *Outremer,* ed. B. Redar, H. Mayer, R. Smail (Jerusalén, 1982), p. 312 y, en general, pp. 306-314.

54. Véanse las dos notas anteriores, 52 y 53.

55. Hill, *Gesta Francorum,* p. 97; Raimundo de Aguilers, *Historia,* trad. J. H. y L. L. Hill, p. 118.

56. Las consecuencias de la captura y la batalla de Ascalón son descritas de modo discrepante por Runciman, *History of the Crusades,* I, 289-302; y France, *Victory,* pp. 356-366.

57. Fulquer de Chartres, *History,* p. 89; Murray, «The Army of Godfrey de Bouillon», pp. 301-329.

58. A. E. Laiou, *Constantinople and the Latins: The Foreign Policy of Andronicus II 1282-1328* (Cambridge, Massachusetts, 1972), pp. 130-199; K. Setton, *The Papacy and the Levant 1204-1571* (Filadelfia, 1976-1984), I, 163-164, 168-169, 441-456.

59. J. France, «Crusading Warfare and Its Adaptation to Eastem Conditions in the Twelfth Century», *Mediterranean Historical Review,* 15 (2000), 49-66.

60. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 138-140, 144-146, 149-152, 156-160.

Capítulo 5. La fundación de la outremer cristiana

1. Traducción inglesa en M. Biddle, *The Tomb of Christ* (Stroud, 1999), pp. 92-94, y véase en general pp. 91-95; para las fechas de construcción, M. de Vogue, *Les Églises de la Terre Sainte* (París, 1860), esp. p. 218; para Foulques, Guillermo de Tiro, *Historia,* trad. E. A. Babcock y A. C. Krey: *A History of Deeds Done Beyond the Sea* (Nueva York, 1976, reimpresión de la ed. de 1941), II, 62 (en adelante, mencionada como Guillermo de Tiro, *History).*

2. Véanse los ejemplos estudiados por C. Morris, «Picturing the Crusades», *The Crusades and their Sources,* ed. J. France y W. G. Zajac (Aldershot, 1998), pp. 195-216; *cf* Biddle, *The Tomb of Christ.*

3. H. W. C. Davis, «Henry of Blois and Brian FitzCount», *English Historical Review, 25* (1910), 301-303.

4. J. Delaville le Roulx (ed.), *Cartulaire général de l'ordre des Hospitaliers de S. Jean de Jerusalem 1100-1310* (París, 1894-1906), I, 222-223, n.° 309; Roberto de Reims, *Historia Iherosolimitana,* RHC Occ., III, 723.

5. B. Hamilton, *The Latin Church in the Crusader States* (Londres, 1980), pp. 61-62; J. Richard, *The Crusades c. 1071-c. 1291* (Cambridge, 1999), pp. 100, 119; para la recreación de Tierra Santa en el siglo xx, véase M. Benvenisti, *Sacred Landscape: The Buried History of the Holy Land since 1948* (Londres, 2000).

6. En general, para las expediciones de 1100-1101, véase Riley-Smith, *First Crusade,* pp. 120-134; Riley-Smith, *First Crusaders,* pp. 75-77 y *passinv,* Runciman, *History of the Crusades,* II, 18-31; J. L. Cate, «The Crusade of 1101», *History of the Crusades,* ed. K. Setton (2.ª edición, Madison, 1969-1989), I, 343-367; *cf.* Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 141-142, 144-165, 174-179. Para los números, France, *Victory,* pp. 122-142; J. Riley-Smith, «Casualties on the First Crusade», *Crusades,* 1 (2002), 13-28; Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* III, 182-183 (escrita antes de 1130) para su referencia a la cruzada de 1107-1108 como «tercer viaje» (*tercia profectio)* a Jerusalén, lo que da a entender que el de 1101-1102 se consideraba como el segundo.

7. *Cartulaire de St. Cyr de Nevers,* ed. R. de Lespinasse (Nevers y París, 1916), n.° 96.

8. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* V, 324.

9. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* pp. 175-176, n.° XX y pp. 144-146, 155-156 para las cartas; Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* p. 219, para su circulación.

10. Cita de M. Angold, *The Byzantine Empire 1015-1204* (Londres, 1984), p. 150; para la glosa de Ana Comnena, *Alexiad,* pp. 355-357.

11. Alberto de Aquisgrán, *Historia,* p. 563.

12. Ekkehard de Aura, *Hierosolymita,* V, 30.

13. Hagenmeyer, *Kreuzzugsbriefe,* p. 150.

14. Fulquer de Chartres, *History,* pp. 284-288, 300-302; para descripciones generales de la Outremer del siglo XII, J. Prawer, *The Latin Kingdom of Jerusalem* (Londres, 1971); Richard, *The Crusades,* pp. 77-215; J. Riley-Smith, *The Crusades: A Short History* (Londres, 1990), pp. 40-87; H. E. Mayer, *The Crusades* (2.ª ed., Oxford, 1988), pp. 58-136, 151-195. Las crónicas occidentales principales son, hasta 1130 aproximadamente, las de Fulquer de Chartres, Alberto de Aquisgrán y, en adelante, Guillermo de Tiro.

15. M. Benvenisti, *The Crusaders in the Holy Land* (Jerusalén, 1970) pp. 14, 132; J. Riley-Smith, «The Survival in Latin Palestine of Muslim

Administration», *The Eastern Mediterranean Lands in the Period of the Crusades,* ed. P. M. Holt (Warminster, 1977), pp. 9-22 y esp. p. 16.

16. Fulquer de Chartres, *History,* pp. 132, 150; Guillermo de Tiro, *History,* I, 408; para los relatos del inglés Saewulf (1101x3) y el abad ruso Daniel (1106x8), véase J. Wilkinson, *The Jerusalem Pilgrimage 1099-1185,* Hackluyt Society, NS, 167(1988), 100, 108, 145, 148-150, 154, 167.

17. H. E. Mayer y M. L. Favreau, «Das Diplom Balduins I für Genua und Genuas Goldene Inschrift in der Grabeskirche», *Quellen und Forschungen aus italianischen Archiven und Bibliotheken,* 55-56 (1976), 22 y ss.; otros eruditos defienden aún la autenticidad del privilegio de 1104 y de la inscripción.

18. Caffaro de Génova, *De Liberatione Civitatum Orientis Líber,* RHC Occ., V.

19. Richard, *The Crusades,* pp. 98-99.

20. Fulquer de Chartres, *History,* pp. 149-150.

21. Hillenbrand, *Crusades,* pp. 73-74 y, en general, pp. 69-76.

Capítulo 6. Los **estados latinos**

1. Fulquer de Chartres, *History,* pp. 271-272.

2. Además de las descripciones generales de Riley-Smith, Mayer, Richard y Prawer (arriba, nota 14 del capítulo 5), véase, para la perspectiva musulmana, Holt, *Age of Crusades,* pp. 23-59; C. Cahen, *La Syrie du Nord* (París, 1940); y los capítulos de H. S. Fink, R. L. Nicholson y H. A. R. Gibb en *History of the Crusades,* ed. Setton, vol. I. No pervive ninguna crónica latina de Edesa, pero *cf* la del armenio Mateo de Edesa, trad. A. E. Dostourian, *Armenia and the Crusades* (Nueva York y Londres, 1993); también Guillermo de Tiro *et al.* tienen mucho que decir al respecto. Sobre Edesa en su conjunto, J. B. Segal, *Edessa, «The Blessed* Ciíy»(Oxford, 1970).

3. Sobre las relaciones de Edesa y Antioquía, T. S. Asbridge, *Creation of the Principality of Antioch,* esp. pp. 50-91, 104-128.

4. Guillermo de Tiro, *History,* II, 52.

5. H. Kennedy, *Crusader Castles* (Cambridge, 1994), p. 18.

6. Guillermo de Tiro, *History,* II, 201, *cf.* pp. 140-141.

7. En general y en concreto, Asbridge, *Creation of the Principality,* Cahen, *Syrie du Nord*\ Lilie, *Byzantium and Crusader States',* sobrevive una crónica de Antioquía, la de Gualterio (o Walter) el Canciller: *The Antiochene Wars,* trad. T. S. Asbridge y S. B. Edgington (Aldershot, 1999).

8. Aunque sí lo era: Gualterio, *Antiochene Wars,* p. 163; Usamah, *An Arab Syrian Gentleman,* p. 149; Ibn al-Qalanisi, *Damascus Chronicle,* p. 149.

9. Lilie, *Byzantium and Crusader States,* pp. 103-104; Mayer, *Crusades,* p. 115; Runciman, *History ofthe Crusades,* II, 364-365 y nota 1.

10. R Deschamps, *Les Cháteaux des Croisés en Terre Sainte* (París, 1934-1973), III, 191-199; Asbridge, *Creation of Principality,* pp. 73, 175; Mayer, *Crusades,* p. 163.

11. Asbridge, *Creation of Principality,* pp. 176-177 y referencias.

12. Cahen, *Syrie de Nord,* pp. 41-42, 343-344, 405, 540; B. Z. Kedar, «The Subjected Muslims of the Frankish Levant», *Muslims under Latin Rule,* ed. J. M. Powell (Princeton, 1990), pp. 137, 156-157; para Alan, señor de Al-Atharib, Asbridge, *Creation of Principality,* p. 169.

13. Cahen, *Syrie du Nord,* p. 278.

14. Gualterio, *Antiochene Wars,* pp. 87-89.

15. Mayer, *Crusades,* p. 192; Runciman, *History ofthe Crusades,* II, 346-347; Guillermo de Tiro, *History,* II, 235-236.

16. Richard, *The Crusades,* pp. 113-114.

17. Ana Comnena, *Alexiad,* p. 434, 424-434 para el texto del tratado; Lilie, *Byzantium and Crusader States,* pp. 72-82; Asbridge, *Creation of the Principality,* pp. 94-103.

18. Lilie, *Byzantium and Crusader States, passim.*

19. Guillermo de Tiro, *History,* II, 77-78.

20. Runciman, *History of the Crusades,* II, 182-183 y referencias; Guillermo de Tiro, *History,* II, 199.

21. J. H. y L. L. Hill, *Raymond IV Count ofToulouse* (Nueva York, 1962); Kennedy, *Crusader Castles,* p. 63.

22. Ibn al-Qalanisi, *Damascus Chronicle,* p. 89.

23. Para las fortificaciones, Kennedy, *Crusader Castles,* pp. 64-67; para el final de los Embriacos, véase más adelante.

24. *Damascus Chronicle,* pp. 287-288; Runciman, *History of the Crusades,* II, 287-288, para otras referencias.

25. Guillermo de Tiro, *History,* II, 214; Holt, *Age of Crusades,* pp. 28, 39-40; B. Lewis, «The lsma'ilites and the Assassins», *History ofthe Crusades,* ed. Setton, I, 99-132.

26. Verbigracia Guillermo de Tiro, *History,* II, 192-193, reacciones tras la debacle del sitio de Damasco, 1148; II, 418-420, 434-435, para las tensiones que rodearon la visita del conde Felipe de Flandes, en 1177, sobre lo cual véase también B. Hamilton, *The Leper King and his Heirs* (Cambridge, 2000), pp. 119-133.

27. Solo una obra épica en verso del siglo XII, la *Chanson des Chétifs,* se originó en Outremer: en Antioquía, probablemente en la corte de Raimundo de Poitiers (m. 1149), pero otros ciclos de canciones se conocían tanto allí como en Occidente; para un panorama de conjunto, Mayer, Crusades, pp. 192-193.

28. A. V. Murray, «The Accession of Baldwin I of Jerusalem», *From Clermont to Jerusalem: The Crusade and Crusade Societies 1095-1500* (Tumhout, 1998), pp. 81-102.

29. Sobre los títulos, J. France, «The Election and Title of Godfrey de Bouillon», *Canadian Journal ofHistory,* 18 (1983), 321-330; *cf.* J. Riley-Smith, «The Title of Godfrey de Bouillon», *Bulletin of the Institute ofHistorical Research, 52* (1979), 83-86; A. V. Murray, «The Title of Godfrey de Bouillon as Ruler of Jerusalem», *Collegium Medievale,* 3 (1990), 163-178; Richard, *The Crusades,* p. 78; H. E. Mayer, «Latins, Muslims and Greeks in the Latin Kingdom of Jerusalem», *History,* 63 (1978), 175.

30. Guillermo de Tiro, *History,* I, 416; Mayer, Mélanges, esp. pp. 11, 17,30-72.

31. Guillermo de Tiro, *History,* I, 487-488; para el texto latino, Guillermo de Tiro, *Chronicon,* libro II, cap. 14, p. 518.

32. Fulquer de Chartres, *History,* p. 222.

33. Fulquer de Chartres, *History,* p. 222; Guillermo de Tiro, que utilizaba a Fulquer, no hace mención alguna de los latinos en su narración.

34. S. Tibble, *Monarchy and Lordship in the Latin Kingdom of Jerusalem 1099-1291* (Oxford, 1989); *cf.* la reseña de H. E. Mayer en *Gottingischen Gelehrten Anzeigen,* 245 (1993), 59-70.

35. H. E. Mayer, «Angevin *versus* Normans: The New Men of King Fulk of Jerusalem», *Proceedings of the American Philosophical Society,* 133 (1989), 1-25.

36. F. de Roziére (ed.), *Cartulaire de l'église du Saint Sépulchre de Jérusalem,* V (París, 1849), 17, n.° 15; en general, H. E. Mayer, «The Succession to Baldwin II of Jerusalem», *Dumbarton Oaks Papers,* 39 (1985) 139-147.

37. Guillermo de Tiro, *History,* II, 47; como niño, al residir en Jerusalén, Guillermo quizá viera al rey Foulques en persona.

38. Guillermo de Tiro, *History,* II, 51.

39. Riley-Smith, *First Crusaders,* pp. 169-188.

40. C. J. Tyerman, *England and the Crusades 1095-1588* (Chicago, 1988), pp. 50-51; *cf* Hamilton, *The Leper King,* pp. 211-214.

41. P. Edbury y J. G. Rowe, *William ofTyre* (Cambridge, 1988), pp. 61-84.

42. Para un resumen, J. Folda, «Art in the Latin East», *The Oxford History ofthe Crusades,* ed. J. Riley-Smith (Oxford, 1999), p. 141.

43. Alejandro III, *Opera Omnia,* PL, 200, col. 1294; Hamilton, *The Leper King, passim,* para una glosa moderna positiva sobre Balduino.

44. Guillermo de Tiro, *History,* II, 446, 460.

45. R. C. Small, «The Predicaments of Guido of Lusignan 1183-1187», *Outremer,* ed. Kedar *et al.,* pp. 159-176.

46. B. Z. Kedar, «The General Tax of 1183 in the Crusading Kingdom of Jerusalem», *English Historical Review,* 89 (1974), 339-345; Guillermo de Tiro, *History,* II, 486-487.

Capítulo 7. Oriente es Oriente y Oriente es Occidente:
Ultramar en el siglo XII

1. Guillermo de Tiro, *History,* II, 397-398; E. Kohlberg y B. Z. Kedar, «A Melkite Physician in Frankish Jerusalem and Ayyubid Damascus», en B. Z. Kedar, *The Franks in the Levant* (Aldershot, 1993), cap. XII, pp. 113-115; C. Cahen, «Indigénes et croisés», *Syria,* 15 (1934), 351-360; sobre Guillermo de Tiro, Edbury y Rowe, *William ofTyre,* esp. pp. 1-22, y *passim* para su interpretación histórica.

2. *Livres des Assises de la Cour des Bourgeois,* c. 241, RHC Lois (París, 1843), II, 172.

3. Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* p. 245; Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* V, 136-137; Richard, *The Crusades,* pp. 144-145.

4. Ellenblum, *Settlement,* pp. 9, 14-19.

5. Fulquer de Chartres, *History,* pp. 149-150, 271-272; *The Travels of Ibn Jubayr,* trad. R. J. C. Broadhurst (Londres, 1952), p. 325; Usamah, *An Arab-Syrian Gentleman,* p. 170.

6. A. de Barthélémy, «Libre Exercise de commerce octroyé á un pélerin champanois», *Archives de l'Orient Latin,* 1 (1881), 535-536; en general, Ellenblum, *Settlement, passim', cf.* Prawer, *The Latin Kingdom',* y Prawer, «Colonization Activities in the Latin Kingdom», *Crusader Institutions* (Oxford, 1980), pp. 102-142.

7. *Le Cartulaire du chapitre du Saint-Sépulchre de Jérusalem,* ed. G. Bresc-Bautier (París, 1984), n.° 121, pp. 246-247; Hugo *le Poitevin, Chronique de l'abbaye de Vézelay, Monumento Vizeliacensis,* ed. R. B. C. Huygens (Tumhout, 1976), pp. 400, 402.

8. H. E. Mayer, «Abu'alis Spuren am Berliner Tiergarten», *Archivfür Diplomatik,* 38 (1992), 132-133; Guillermo de Tiro, *History,* II, 292-294; véase arriba, nota 1.

9. Raúl Niger, *De Re Militari et Triplici Via Peregrinationis Ierosolimitanae,* ed. L. Schmugge (Berlín, 1977), pp. 186-187, 193-199; Guillermo de Tiro, *History,* II, 192-193; para una rehabilitación de Heraclio, B. Z. Kedar, «The Patriarch Eraclius», *Outremer,* ed. Kedar *et al.,* pp. 177-204.

10. Juan de Wurzburgo, en *Jerusalem Pilgrimage,* ed. Wilkinson, Hakluyt Society, NS, 167 (1988), pp. 259, 266; Juan Focas, *ibid.,* p. 324.

11. Teodorico, *Jerusalem Pilgrimage,* ed. Wilkinson, p. 310.

12. C. Kohler, «Documents inédits concemant l'Orient Latin et les croisades», *Revue de l'Orient Latin* (París, 1893-1911), VII, 1-9.

13. En palabras de B. Z. Kedar, «The Subjected Muslims of the Frankish Levant», *Muslims under Latin Rule,* ed. Powell, p. 174; Kedar, «A Second Incamation in Frankish Jerusalem», *The Experience of Crusading,* II, ed. P. Edbury y J. Phillips (Cambridge, 2003), p. 89.

14. Kemal al-Din, *Chronicle of Aleppo,* RHC Or., III (París, 1884), 597-598.

15. Guillermo de Tiro, *History,* II, 374-375; los niveles de las obligaciones militares derivaban de las listas recopiladas por Juan de Ibelin a mediados del siglo XIII.

16. Sobre los señoríos, Tibble, *Monarchy and Lordships.*

17. Prawer, «Colonization», p. 140 y referencias.

18. Wilkinson, *Jerusalem Pilgrimage,* pp. 170-171, 215-218, 222-222; para los clérigos y los burgueses de Jerusalén, véanse las listas de testigos en los documentos de R. Rohricht, *Regesta regni Hierosolymitani* (Innsbruck, 1893, 1904), *passim.*

19. Wilkinson, *Jerusalem Pilgrimage,* pp. 264-265, 267, 273, 319, 330, 335-336.

20. Delaville le Roulx, *Cartulaire général de l'ordre des Hospitaliers,* n.° 399, I, 272-273; Bresc-Bautier, *Cartulaire du Saint-Sépulchre,* n.° 117, pp. 237-239; Ellenblum, *Settlement,* pp.74-82; Prawer, «Colonization», pp. 119-121, 127-128.

21. Prawer, «Colonization», pp. 140-141 y nota 162; Ellenblum, *Settlement,* pp. 65-68.

22. Barthélémy, «Libre Exercise», pp. 535-536; Ellenblum, *Settlement,* p. 84 y nota 16; C. J. Tyerman, «Who Went on Crusades to the Holy Land?», *Horns of Hattin,* ed. B. Z. Kedar (Jerusalén, 1992), pp. 13-26 y, en general, pp. 82-85; Rohricht, *Regesta regni, passim.*

23. Para un resumen de los procesos legales, con referencias a los aspectos debatidos, Mayer, *The Crusades,* cap. 8, pp. 152 y ss.

24. En palabras de Prawer, «Colonization», p. 105. Para análisis generales, Prawer, «Colonization»; Ellenblum, *Settlement,* esp. parte II.

25. Estudiado por Prawer, «Colonization», p. 110.

26. *Cartulaire général de l'ordre des Hospitaliers,* n.° 309, I, 222-223.

27. Tal es la concepción central de Ellenblum, *Settlement,* pp. 111-144 y parte IV; *cf.* D. Pringle, «Churches and Settlement in Crusader Palestine», *Experience of Crusading,* ed. Edbury y Phillips, II, 161-178.

28. C. E. Bosworth, «The "Protected Peoples" in Medieval Egypt and Syria», *Bulletin of the John Rylands Library,* 61 (1979-1980), 11-36.

29. En general, véanse las obras de Prawer, Mayer y Riley-Smith; so-

bre los judíos, J. Prawer, *The History ofthe Jews in the Latín Kingdom of Jerusalem* (Oxford, 1988); para el *ra'is* musulmán, Broadhurst, *Ibn Jubayr,* p. 317.

30. Broadhurst, *Ibn Jubayr*, p. 316; en general, Kedar, «The Subjected Muslims of the Frankish Levant».

31. Broadhurst, *Ibn Jubayr,* p. 322; Guillermo de Tiro, *History,* II, 214; Fulquer de Chartres, *History,* p. 146.

32. Pero véase B. Z. Kedar, *Crusade and Mission* (Princeton, 1984), pp. 75-76, nota 95; y en general, pp. 74-83.

33. Broadhurst, *Ibn Jubayr,* pp. 321-322; Hillenbrand, *Crusades,* pp. 408-414.

34. Fulquer de Chartres, *History,* p. 232; Broadhurst, *Ibn Jubayr,* pp. 316-321, 323; Kedar, «The Subjected Muslims of the Frankish Levant»; Mayer, «Latins, Muslims and Greeks», pp. 175-191, esp. pp. 177-180.

35. Usamah*, An Arab-Syrian Gentleman,* pp. 164, 167-169; *Chronique d'Emoul et de Bemard le Trésorier,* ed. L. de Mas Latrie (París, 1871), pp. 82-84; B. Z. Kedar, «The Samaritans in the Frankish Period», *Franks in the Levant,* ed. Kedar, cap. XIX, pp. 86-87; J. Drory, «Hanbalis of the Nablus Región», *The Medieval Levant: Studies in Memory of Eliyahu Ashtor,* ed. B. Z. Kedar y U. L. Udovitch (Haifa, 1988), pp. 95-112; E. Sivan, «Refugiés Syro-palestiniens au temps des croisades», *Revue des Études Islamiques,* 35 (1967), 138-140.

36. Guillermo de Tiro, *History,* II, 20-21, 76-77; Usamah, *An Arab-Syrian Gentleman,* pp. 93-96, 149-150, 159-160, 163-164, 169-170; Kedar, *Crusade and Mission,* pp. 74-83.

37. *Assises des Bourgeois,* c. 241, RHC Lois, I, 172; en general, Kedar, «Subjected Muslims of the Frankish Levant».

38. B. Z. Kedar, «Gerald of Nazareth», *Franks in the Levant,* ed. Kedar, cap. IV, pp. 55 y ss.; Mayer, «Latins, Muslims and Greeks», pp. 187-192; Runciman, *History of the Crusades,* II, 232, 321-323; Rohricht, *Regesta regni,* n.° 502; Ellenblum, *Settlement,* pp. 119-120, 125-128; *abbé* Martin, «Les Premiers Princes croisades et les Syriens jacobites», *Journal asiatique,* 12 (1888), 471-490; 13 (1889), 33-79; Dedeyan, «Les Colophons», pp. 96-97 y nota 38.

39. Véase el mapa; Ellenblum, *Settlement,* p. xviii y *passim;* D. Pringle, *Secular Buildings in the Crusader Kingdom of Jerusalem* (Cambridge, 1997), esp. pp. 4-5; D. Pringle, *The Red Tower* (Edimburgo, 1986).

40. Usamah*, An Arab-Syrian Gentleman,* pp. 95, 130.

41. Pringle, *Red Tower,* pp. 58-63; Tibble, *Monarchy and Lordships,* pp. 103-104, 108-110, 113, 141-143; Ellenblum, *Settlement,* pp. 198-204.

42. Ambroise, *Estoire de la Guerre Sainte,* trad. M. J. Hubert y J. L. Lamonte, *The Crusade of Richard the Lion-Heart* (Nueva York, 1976), vv.

7121-7125, p. 281. (En adelante, citado como Ambroise, *Crusade of Richard.)*

43. Hillenbrand, *Crusades,* pp. 342 y 343, para la descripción de Abu Shama de Reinaldo de Sidón; Runciman, *History ofthe Crusades,* II, 469; III, 59, 489; para los comentarios de Ibn Shaddad sobre la diplomacia bilingüe, Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 228-229.

44. Róhricht, *Regesta regni,* n.° 502; A. E. Dostourian, *Armenia and the Crusades: The Chronicle of Matthew of Edessa* (Nueva York y Londres, 1993), pp. 245-257.

45. Para un resumen útil, Mayer, *Crusades,* pp. 189-193 y referencias; y los artículos de J. Folda y D. Pringle en J. Riley-Smith (ed.), *The Oxford Illustrated History ofthe Crusades* (Oxford, 1995).

46. *De constructione castri Saphet,* trad. Kennedy, *Crusader Castles,* p. 194, pero véase la nota 7, p. 211; Broadhurst, *Ibn Jubayr,* p. 322.

47. Usamah, *An Arab-Syrian Gentleman,* pp. 169-170.

48. Pringle, *Red Tower,* p. 178; *Cartulaire du Saint-Sépulchre de Jérus alem,* n.° 137, pp. 237-239; G. A. Loud, «Norman Italy and the Holy Land», *Horns ofHattin,* ed. Kazar, p. 52 y nota 14.

49. Runciman, *History of the Crusades,* II, 317 y nota 2.

50. Citado en Mayer, *Crusades,* p. 183 y nota 97.

51. Véanse los comentarios de B. Z. Kedar, *Homs ofHattin,* pp. 350-353, 359-360, 363, y la reacción de J. Prawer, *ibid.,* esp. pp. 365-366.

52. *Cf.* Prawer, *Latin Kingdom, y* Kedar, *Crusade and Mission,* p. 78.

53. Dietmar (Thietmar), *Peregrinatio,* en *Peregrinationes Medii Aevi Quatuor,* ed. J. C. M. Laurent (Leipzig, 1873), II, 37.

CAPÍTULO 8. ¿UN NUEVO CAMINO HACIA LA SALVACIÓN? LA CRISTIANDAD OCCIDENTAL Y LA GUERRA SANTA, ENTRE 1100 y 1145

1. Guiberto de Nogent, *Gesta Dei,* p. 124; Ekkehard de Aura, *Hierosolymita,* V, 39.

2. Riley-Smith, *First Crusaders,* p. 167 y, en general, pp. 144-168; Riley-Smith, *Oxford Illustrated History of the Crusades,* pp. 80-81.

3. H. W. C. Davis, «Henry of Blois and Brian FitzCount, *English Historical Review,* 25 (1910), 301-303.

4. *Chronicon S. Andreae in Castro Cameracesii,* ed. L. C. Bethmann, MGH SS, VII (Hannover, 1846), 544-555; en general, C. Morris, «Propaganda for War», *Studies in Church History,* XX, ed. W. J. Shields (Woodbridge, 1983), 79-101.

5. *Gesta Francorum,* pp. 50-56, 66-67; para las historias de la Primera Cruzada, Riley-Smith, *First Crusade,* pp. 60-61, 135-152.

6. P. Rousset, *Les origines et les caracteres de la premiére croisade* (Ginebra, 1945); K. Skovgaard-Petersen, *A Journey to the Promised Land: Crusading Theology in the «Historia de profectione Danorum in Hierosolymam»* (Copenhague, 2001); R. Hiestand, «II cronista medievale e il suo pubblico», *Annali della Facoltá di Lettere e Filosofía dell'Universitá di Napoli,* 27 (1984-1985), 207-227; Gunther de Pairis, *Historia Constantinopolitana,* ed. Comte Riant, *Exuviae Constantinopolitanae,* I (Ginebra, 1877), 60-66, ahora trad. A. J. Andrea, *The Capture of Constantinople* (Filadelfia, 1997; en adelante, citado como Gunther de Pairis, *Capture)',* Gunther de Pairis, *Solymarius, Archives de l'Orient Latin,* I (1881), 555-561; para la presentación del abad a Federico I, Biblioteca Apostólica Vaticana, MS Vat. Lat. 2001, fol. 1 recto.

7. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 71, *cf* pp. 68-69; Ekkehard de Aura, *Chronicon,* ed. G. Weitz, PL, 154, col. 987, para el sermón de 1101; para el llamamiento de 1108 contra los vendos, W. Wattenbach, «Handschriftliches», *Neues Archiv* (1882), VII, 624-626, trad. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 75-77.

8. Gaimar, *Estoire des Engleis,* ed. T. D. Hardy y C. T. Martin, Rolls Series (Londres, 1888-1889), I, 244-245; *cf* Guillermo de Malmesbury, *Gesta Regum Anglorum,* ed. W. Stubbs, Rolls Series (Londres, 1887-1889), II, 433,460, 461.

9. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 352-355.

10. Citado por Morris, «Propaganda for War», p. 93.

11. D. Denny, «A Romanesque Fresco in Auxerre Cathedral», *Gesta,* 25 (1986), 197-202.

12. Véase M. Biddle, *Tomb ofChrist* (Stroud, 1999), p. 31

13. R. L. Crocker, «Early Crusade Songs», *The Holy War,* ed. T. P. Murphy (Columbus, 1976), pp. 78-98.

14. Sigebert de Gembloux, *Epístola Leodicensium adversus Paschalem Papam, Libelli de Lite Imperatorum et Pontificum,* II, MGH (Hannover, 1892), 451-452; D. Girgensohn, «Das Pisaner Konzil von 1135 in der Überlieferung des Pisaner Konzils von 1409», *Festschrift für Hermann Heimpel* (Gotinga, 1972), II, 1099-1100.

15. Duparc-Quioc, *Chanson dAntioche,* I, 171; Suger de Saint-Denis, *The Deeds ofLouis the Fat,* trad. R. C. Cusimo y J. Moorhead (Washington, DC, 1992), pp. 37, 106-109.

16. Gouffier de Lastours, según Godofredo de Vigeois, *Chronicon,* en *Recueil des historiens des Gaules et de la France,* ed. M. Bouquet *et al.* (París, 1737-1904), XII, 428; la historia describe a Androcles, como cruzado, y al León; el caballero y el león devienen amigos inseparables después de que Gouffier hubiera liberado al animal, amenazado por una serpiente. Se trata de una historia más exótica que verdadera, probablemente.

17. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 162.

18. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 287.

19. Suger, *Louis the Fat,* p. 84; *Gesta Ambaziensium Dominorum, Chroniques dAnjou,* ed. P. Marchegay y A. Salmón (París, 1856), pp. 181-205, esp. pp. 188-190, 193, 205; Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* V, 168; VI, 158; Ivo de Chartres, *Epistolae,* PL, 162, cois. 144-145, n.° 135.

20. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 240, 410.

21. Enrique de Huntingdon, *Historia Anglorum,* ed. T. Amold, Rolls Series (Londres, 1879), pp. 262-263; Godofredo de Monmouth, *Historia Regum Britanniae,* ed. A. Griscom y R. Ellis Jones (Londres, 1929), pp. 437-438, trad. ingl. L. Thorpe, *The History of the Kings of Britain* (Londres, 1966), p. 216.

22. PL, 163, col. 508, n.° 25, para la carta de Gelasio de 10 de diciembre de 1118; *Chanson de Roland,* véase *Song of Roland,* trad. D. L. Sayers (Londres, 1975), p. 135, v. 2197.

23. Snorri Sturluson, *Heimskringla,* trad. L. M. Hollander (Austin, 1964), pp. 688-697; P. Riant, *Expéditions et pélerinages des Scandinaves en Terre Sainte au temps des croisades* (París, 1865), pp. 156, 161-163; Guillermo de Malmesbury, *Gesta Regum Anglorum,* ed. R. A. B. Mynors, R. M. Thomson, M. Winterbottom (Oxford, 1998-1999), I, 740-743.

24. *Armales Hildesheimensis,* ed. G. Waitz, MGH (Hannover, 1878), pp. 50-51; Otón de Frisinga, *Chronica,* ed. A Hofmeister, MGH (Hannover y Leipzig, 1912), p. 318; Ekkehard de Aura, *Chronicon,* col. 987; *Die Briefe Heinrichs IV,* ed. C. Erdmann, MGH (Leipzig, 1937), pp. 39-40, n.° 31.

25. Romualdo de Salemo, *Chronicon,* en *The History of the Tyrants ofSicily,* ed. G. Loud y T. Weidemann, p. 231, *cf.* p. 242; *Materials for the History ofThomas Becket,* ed. J. C. Robertson y J. B. Sheppard, Rolls Series (Londres, 1875-1885), IV, 163, 174; Roger de Howden, *Chronica,* ed. W. Stubbs, Rolls Series (Londres, 1868-1871), II, 17; F. Barlow, *Thomas Becket* (Londres, 1986), pp. 258-259.

26. Roberto de Ely, *De Vita et Miracula S. Canuti Ducis, Vitae Sanctorum Danorum,* ed. M. C. Gertz (Copenhague, 1908-1912), esp. pp. 236-237.

27. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 379.

28. Gualterio de Thérouanne, *Vita Karoli,* ed. R. Koepke, MGH SS, XII (Hannover, 1866), 540, y p. 568 para el relato de Galberto de Brujas; Ekkehard de Aura, *Chronicon Universale,* ed. D. G. Waitz, MGH SS, VI (Hannover, 1844), 262.

29. Juan de Wurzburgo, en *Jerusalem Pilgrimage,* ed. Wilkinson, p. 265; en general, para referencias a los *crucesignati* de principios del siglo xii, Riley-Smith, *First Crusaders,* pp. 148, 158-188.

30. Para las órdenes militares, A. J. Forey, *The Military Orders* (Lon-

dres, 1992); J. Riley-Smith, *The Knights of St John in Jerusalem and Cyprus c. 1050-1310* (Londres, 1967); M. Barber, *The New Knighthood: A History ofthe Order of the Temple* (Cambridge, 1994).

31. Orderic Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 308-310; *cf* Riley-Smith, *First Crusaders,* pp. 159-165.

32. *Anglo-Saxon Chronicle, sub anno* 1128, trad. S. I. Tucker, *English Historical Documents 1042-1189,* ed. D. C. Douglas y G. W. Greenaway (Londres, 1953), II, p. 195.

33. Citado en Barber, *New Knighthood,* pp. 49-50; para el *De laude* de Bernardo, véase, *S. Bemardi Opera,* III, ed. J. Leclercq y H. M. Rocháis (Roma, 1963), trad. ingl. C. Greenia, *Works of St Bernard,* VII (Kalamazoo, 1977).

34. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* (Editiones Paulinae, Roma, 1962), Seconda Secundae, quaestio 188, articulus 3, p. 1.843, col. 2.

35. Barber, *New Knighthood,* pp. 26-27; E. Lourie, «The Confraternity of Belchite, the Ribat and the Temple», *Viator,* 13 (1982), 159-176; para una traducción de las referencias de Saxo Grammaticus a la confraternidad de Roskilde en *Gesta Danorum,* libro 14.6, véase K. V. Jensen, «Denmark and the Second Crusade», *The Second Crusade,* ed. J. Phillips y M. Hoch (Manchester, 2001), p. 176.

36. Otón de Frisinga, *Gesta Frederici 1 Imperatoris,* trad. C. C. Mierow (Nueva York, 1966), p. 102: Otón, hermanastro de Conrado, probablemente también se alojó allí.

37. J. Brundage, *Medieval Canon Law and the Crusader* (Madison, 1969), pp. 157-158 y nota 83.

38. En la bula de Eugenio III, diciembre de 1145, *Quantum praedecessores',* véase P. Rassow, «Der Text der Kreuzzugsbulle Eugens III». *Neues Archiv,* 45 (1924), 302-305; trad. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 57-59.

39. Ivo de Chartres, *Epistolae,* PL, 162, cois. 170-174, 176-177, n.° 168-170, 173.

40. *Libellus de Vita et Miraculis S. Godrici Heremitae de Fínchale,* ed. J. Stevenson, Surtees Society (1847), pp. 33-34, 52-57; Guillermo de Newburgh, *Historia rerum Anglicarum,* ed. R. Howlett, *Chronicles ofthe Reigns of Stephen, Henry II and Richard I,* Rolls Series (Londres, 1884), I, p. 149; *Chartes de St. Julien de Tours,* ed. L. J. Denis (Le Mans, 1912-1913), I, 87-88, n.° 67; *Chronica de Gestis Consulum Andegavorum, Chroniques d'Anjou,* ed. Machegay y Salmón, p. 157.

41. *Decrees ofthe Ecumenical Councils,* ed. N. P. Tanner (Londres y Washington, 1990), pp. 191-192 para el Canon XX del Concilio Lateranense de 1123, *Eis Qui Hierosolymam;* Ivo de Chartres, *Epistolae,* PL, 161, cois. 170-174, 176-177, n.° 168-170, 173.

42. *Epistolae pontificum Romanorum ineditae,* ed. Lówenfeld, n.° 199, pp. 103-104; R. Hiestand, «The Papacy and the Second Crusade», *The Second Crusade*, ed. Phillips y Hoch, p. 36; en general, Tyerman, *Invention ofthe Crusades.*

43. J. G. Rowe, «Paschal II, Bohemund of Antioch and the Byzantine Empire», *Bulletin ofthe John Rylands Library,* 49 (1966), 165-202; para una descripción completa, basada en las pruebas de testigos presenciales, Ordene Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 68-73, 100-104.

44. Ordeñe Vitalis, *Ecclesiastical History,* VI, 70-71.

45. Ana Comnena, *Alexiad,* pp. 422, 424-434.

46. Ordeñe Vitalis, *Ecclesiastical History,* IV, 264-265.

47. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 75-76.

48. Para la carta que Urbano, con posterioridad a Clermont, envió a los condes catalanes con una equiparación de España y Jerusalén, véase J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 40. Véase también más adelante.

49. *Historia Compostellana, España sagrada,* ed. H. Flórez, XX (Madrid, 1791), 428, trad. ingl. Riley-Smith, *Short History,* p. 92; R. Fletcher, «Reconquest and Crusade in Spain», en *Transactions of the Royal Historical Society,* 5.ª serie, 38 (1987), 31-47. Véase más adelante, el capítulo 20.

50. S. Barton y R. Fletcher, *World of El Cid: Chronicles of the Spanish Reconquest* (Manchester, 2000), p. 250.

51. Roberto de Ely, De Vita S. Canuti Ducis, pp. 234-241; Jensen, «Denmark and the Second Crusade», pp. 165-172.

52. Sobre esta afinidad, Riley-Smith, *First Crusaders,* pp. 169-188.

53. *Anglo-Saxon Chronicle, sub anno* 1128, *English Historical Documents,* II, p. 195.

54. *Historia Ducum Veneticorum,* ed. H. Somerfeld, MGH SS, XIV (Hannover, 1883), pp. 73-74; *Translatio mirifici Martyris Isidori a Chio Insula in civitate Venetam,* RHC Occ., V, 322-323; Guillermo de Tiro, *History,* I, 548-556; II, 7-21.

CAPÍTULO 9. LO QUE DIOS NOS OFRECE; LLAMAMIENTO A LA SEGUNDA CRUZADA

1. Ibn al-Qalanisi, *Damascus Chronicle,* p. 271.

2. Continuación de la *Crónica* de Mateo de Edesa por Gregorio el Sacerdote, Dostourian, *Armenia and the Crusades,* pp. 243-257; en general, H. A. R. Gibb, «Zengi and the Fall of Edessa», *History of the Crusades,* ed. Setton, pp. 449-462.

3. Holt, *Age of Crusades,* p. 42 y, en general, pp. 38-45.

4. E. Sivan, «Réfugiés Syro-palestiniens», p. 142; Hillenbrand, *Crusades,* p. 115; C. Hillenbrand, «"Abominable Acts": The Career of Zengi», *The Second Crusade,* ed. J. Phillips y M. Hoch (Manchester, 2002), pp. 111-132,esp. pp. 120-127.

5. D. S. Richards, «Imad al-Din al-Isfahani», *Crusaders and Muslims in Twelfth-century Syria,* ed. M. Shatzmiller (Leiden, 1993), pp. 133-146.

6. Hillenbrand, *Crusades,* pp. 150-161 y, en general, pp. 89-170; N. Elisséef, «The Reaction of the Syrian Muslims after the Foundation of the First Latin Kingdom of Jerusalem», *Crusaders and Muslims,* ed. Shatzmiller, pp. 162-172.

7. Sivan, «Réfugiés Syro-palestiniens», esp. p. 145; Hillenbrand, *Crusades,* pp. 69-71, 78-79, 114-115; Holt, *Age of Crusades,* pp. 24-25, 27-28.

8. Hillenbrand, *Crusades,* pp. 108-110.

9. Hillenbrand, *Crusades,* pp. 110-111 y nota 35; Hillenbrand, «"Abominable Acts"», p. 122.

10. Holt, *Age of Crusades,* p. 27; Elisséef, «Reaction of Syrian Muslims», pp. 162-166; Hillenbrand, *Crusades,* pp. 69, 105-108; Richard, *The Crusades,* p. 124.

11. Otón de Frisinga, *The Two Cities: A Chronicle of Universal History to the Year 7146 AD,* ed. y trad. C. C. Mierow (Columbia, 1928), pp. 440-443; R.-J. Lilie, *Byzantium and the Crusader States,* pp. 144-153; P. Magdalino, *The Empire of Manuel I Komnenos 1143-1180* (Cambridge, 1993), esp. pp. 37-51.

12. E. Caspar, «Die Kreuzzugsbullen Eugens III», *Neues Archiv der Gesellschaft für altere Deutsche Geschichtskunde,* 45 (1924), 285-305 (texto en 300-305); J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 57-59.

13. R. W. Southern, «England's First Entry into Europe», *Medieval Humanism and Other Studies* (Oxford, 1970), p. 147; *cf* M. Pacaut, *Louis VII et son royaume* (París, 1964), esp. pp. 221-223.

14. Gualterio Map, *De Nugis Curialum,* ed. C. N. L. Brooke y R. A. B. Mynors (Oxford, 1983), pp. 450-451.

15. Otón de Frisinga, *The Deeds of Frederick Barbarossa,* trad. C. C. Mierow (Columbia, 1953), p. 70; Odón de Deuil, *De Profectione Ludovici VII in orientem,* ed. y trad. V. G. Berry (Columbia, 1948), pp. 6-7.

16. *Abbreviationes Chronicorum* de Raúl de Diceto, *Opera histórica,* ed. W. Stubbs, Rolls Series (Londres, 1876), I, 256; A. Grabois, «The Crusade of Louis VII», *Crusade and Settlement,* ed. Edbury, pp. 94-104.

17. *Cartulaire général de l'Yonne,* ed. M. Quantin (Auxerre, 1854-1860), I, 428-429, n.° 277; *cf. Cartulaire du Chapitre de l'église métropolitaine Ste-Marie d'Auch,* ed. C. Lacave la Plague Barris (París y Auch, 1899), pp. 65-66, n.° 64; *Archives administratives de la ville de Rheims,* ed. P. Varin, I (París, 1839), 318-320, n.° 95.

18. *Cartulaire de l 'abbaye cardinale de la Trinité de Vendóme,* ed. C. Metáis (París, 1893-1897), II, 353-355, n.° 520.

19. Raúl de Diceto, *Opera histórica,* I, 256-257; *De Tributo Floriacensibus imposito,* RHGF, XII, 94-95; *cf.* carta del abad Juan de «Ferraricensis» a Suger, RHGF, XV, 497 y Pedro el Venerable a Luis VII, RHGF, XV, 641-643.

20. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 20-21.

21. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 6-9; Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 70; en general, W. Williams, *Saint Bernard of Clairvaux* (Manchester, 1935), pp. 261-288; V. G. Berry, «The Second Crusade», *History ofthe Crusades,* ed. Setton, pp. 463-512 y, en especial, G. Constable, «The Second Crusade as Seen by Contemporaries», *Traditio,* 9 (1953), 213-279.

22. Bernardo de Claraval, *Letters,* trad. B. S. James (Stroud, 1998, 2.ª edición), n.° 32, 216, 217, 395, 396; Snoek, *Medieval Piety,* pp. 114-115.

23. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 70.

24. RHGF, XV, 439-440; Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 323, a Eugenio III, que comienza: «Que Dios te perdone, ¿qué has hecho?».

25. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 8-11; Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 391; *cf* n.° 391-394.

26. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 8-9.

27. *Ex Chronico Mauriniacensis,* RHGF, XII, 88; carta del secretario de Bernardo, Nicolás, al conde y barones de Britania, RHGF, XV, 607.

28. RHGF, XV, 607.

29. Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 323; para su itinerario, Williams, *Bernard of Clairvaux,* esp. pp. 268-281, 397-398; J. Phillips, «Bernard of Clairvaux, the Low Countries and the Lisbon Letter of the Second Crusade», *Journal of Ecclesiastical History,* 48 (1997), pp. 485-497.

30. *Papsturkunden für Kirchen im Heiligen Lande,* ed. R. Hiestand (Gotinga, 1985), pp. 193-195.

31. PL 185, cois. 373-419; Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 75-76.

32. *Annales Rodenses,* ed. G. H. Pertz, MGH, XVI (Hannover, 1869).

33. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 74; Williams, *Bernard of Clairvaux,* p. 266.

34. Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 393; Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 74.

35. Rabino Efraím de Bonn, *Sefer Zekhirah (The Book of Remembrance),* en *Jews and the Crusaders,* trad. Eidelberg, p. 122; en general, sobre los ataques contra los judíos, véase pp. 121-133; Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 74.

36. RHGF, XV, 641-643; para Guillermo de Norwich, véase R. Finucane, *Miracles and Pilgrims* (Londres, 1977).

37. Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 393.
38. Efraím de Bonn, *Sefer Zekhirah,* pp. 126-13 E
39. Efraím de Bonn, *Sefer Zekhirah,* p. 130; *Chevalier, Mult Estes Guariz. Les Chansons de Croisade,* ed. J. Bédier y P. Aubry (París, 1909), p. 9.
40. Efraím de Bonn, *Sefer Zekhirah,* pp. 123-124.
41. En palabras del rabí Efraím, *Sefer Zekhirah,* p. 117; Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 75, para Radulfo en Maguncia.
42. Efraím de Bonn, *Sefer Zekhirah,* p. 124; Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 393.
43. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 74.
44. Efraím de Bonn, *Sefer Zekhirah,* pp. 121-123, y para la persecución en general, pp. 121-133.
45. A. Momigliano, «A Medieval Jewish Autobiography», *History and Imagination,* ed. H. Lloyd-Jones *et al.* (Londres, 1981).
46. *Annales Rodeases,* MGH, XVI, 718.
47. PL, 185, col. 383; *Annales Herbipolenses,* MGH, XVI, 3 (para la misión del obispo de Wurzburgo); F. Dolger, *Regesten der Kaiserurkunden des Ostromischen Reiches* (Munich y Berlín, 1924-1965), II, pp. 206-207, n.° 1348-1350; para la diplomacia franco-bizantina, RHGF, XV, 440-441; XVI, pp. 9-10.
48. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 78; en general, R. Hiestand, «Kingship and Crusade in Twelfth Century Germany», *England and Germany in the High Middle Ages,* ed. A. Haverkamp y H. Vollrath (Oxford, 1996), pp. 235-265; F. Lotter, «The Crusading Idea and the Conquest of the Región East of the Elbe», *Medieval Frontier Societies,* ed. R. Bartlett y A. Mackay (Oxford, 1989), pp. 267-306; J. Phillips, «Papacy, Empire and the Second Crusade» *The Second Crusade,* ed. Phillips y Hoch, pp. 15-31.
49. Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 74-75; PL, 185, cois. 381-386.
50. Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 75-76.
51. PL, 185, col. 339.
52. Arriba, notas 21 y 29; P. Jaffé, *Regesta Pontificum Romanorum,* II (Leipzig, 1888), 40-58, para el itinerario de Eugenio; R. Hiestand, «The Papacy and the Second Crusade», *Second Crusade,* ed. Phillips y Hoch, pp. 32-53; Phillips, «Papacy, Empire and the Second Crusade», *ibid.,* pp. 18-19, 25-26.
53. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 10-13; RHGF, XV, 440-41; XVI, 9-10.
54. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 13-16.
55. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 32-33.
56. *Chronicon Turonense,* RHGF, XII, 473; C. Devic y J. Vaissete,

Histoire générale de Languedoc (Tolosa, 1872-1904), III, 754; V, c. 29; Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 78-79.

57. Aparte de *Quantum praedecessores, cf.* Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 58-59, 130-131.

58. Odón de Deuil, testigo presencial, pp. 14-19.

59. Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 78-79; Berry, «Second Crusade», pp. 478-479.

60. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 76; Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 394.

61. PL, 180, cois. 1203-1204.

62. *Monumento Corbeiensia,* ed. P. Jaffé, *Biblioteca rerum Germanicorum,* I (Berlín, 1865), 245; E. Christiansen, *The Northern Crusades* (Londres, 1997, 2.ª edición), pp. 50-59.

63. Otón de Frisinga, Frederick, pp. 74-76, 79, 102; Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 50-51, 92-93.

64. Juan de Salisbury, *Historia Pontificalis,* ed. M. Chibnall (Londres, 1956), p. 55; Hiestand, «Papacy and Second Crusade», pp. 38, 41-42.

65. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 79.

66. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 114-115 y, en general, *passim',* Guillermo de Tiro, *History,* XVI, 24; sobre Itier de Magnac, II, 176-177, complemento a Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 122-123.

67. Runciman, *History ofthe Crusades,* II, 262; David, *De Expugnatione Lyxbonensi,* pp. 56-57 *(mulieres).*

68. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 6-7, 22-25, 28-29, 54-55, 70-71, 74-79.

69. La mayoría de los chismes procede de Juan de Salisbury, *Historia Pontificalis,* pp. 54-56.

70. Juan de Salisbury, *Historia Pontificalis,* p. 56, para la pericia lingüística del conde y su amistad con Conrado III.

71. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 122-123; Guillermo de Tiro, *History,* II, 176-177.

72. Bédier y Aubry, *Chansons,* p. 9.

73. Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 391.

74. David, *De Expugnatione Lyxbonensi,* pp. 52-57; para los templarios, RHGF, XVI, 9-10; XV, 496; Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 124-127; Tyerman, *England and the Crusades,* p. 31 y notas.

75. Lowenfeld, *Epistolae pontificum,* pp. 103-104, n.° 199; Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 76; hay acuerdos locales repartidos por casi todos los cartularios conocidos de los monasterios.

76. *Chartes et documents pour servir á l 'histoire de l 'abbaye de Saint-Maixent,* ed. A. Richard, *Archives historiques de Poitou,* XVI (Poitiers, 1886), 349-350, n.° CCCXXXI.

77. RHGF, XIV, 324.
78. RHGF, XII, 94-95.
79. *Register of St Benet of Hohne,* ed. J. West, Norfolk Record Society, n.° 2 y 3 (1932), I, 54, 87, n.° 92, 155.
80. *Annales Rodenses,* MGH, XVI, 718-719.
81. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 102; RHGF, XV, 496; Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 122-125, 130-133, 136-137.
82. Phillips, «Bemard of Clairvaux and the Low Countries».
83. Para traducciones de la carta de Winand al arzobispo de Colonia y de Duodechin al abad de Disibodenberg, véase S. Edgington, «Albert of Aachen, St Bemard and the Second Crusade», *The Second Crusade,* ed. Phillips y Hoch, pp. 61-67.
84. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 20-21.
85. David, *De Expugnatione Lyxbonensi,* pp. 56-57, 104-105, 176-177.
86. Odón de Deuil, *De profectione,* pp. 124-127.
87. David, *De Expugnatione Lyxbonensi,* pp. 56-57 y nota 5, pp. 57-59.
88. *Chronicle ofPierre de Langtoft,* ed. T. Wright, Rolls Series (Londres, 1866-1868), I, 495.
89. David, *De Expugnatione Lyxbonensi,* pp. 176-177.
90. Quantin, *Cartulaire général de l'Yonne,* I, 437, n.° 283.

Capítulo 10. «EL **espíritu del Dios peregrino»; los combates de LA SEGUNDA CRUZADA**

1. Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 25-27; Helmoldo de Bosau, *Crónica Slavorum,* ed. J. M. Lappenberg y B. Smeidler, MGH (Hannover, 1937), p. 115; *The Chronicle ofthe Slavs,* trad. F. J. Tschan (Nueva York, 1966), p. 172.
2. Helmoldo, *Crónica Slavorum,* p. 118; Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 130; Enrique de Huntingdon, *Historia Anglorum,* ed. y trad. D. Greenway (Oxford, 1996), pp. 752-753; bula de Eugenio III, *Divina dispensadone,* 11 de abril de 1147, PL, 180, cois. 1203-1204; Bernardo de Claraval, *Letters,* trad. James, n.° 394.
3. Christiansen, *The Northern Crusades,* pp. 50-65; PL, 180, cois. 1203-1204; K. V. Jensen, «Denmark and the Second Crusade», *The Second Crusade,* ed. Phillips y Hoch, pp. 164-165, 168 y referencias.
4. Helmoldo de Bosau, *Chronicle of the Slavs,* pp. 187-188.
5. Helmoldo de Bosau, *Chronicle ofthe Slavs,* p. 180 y, para su descripción de las campañas de 1147, pp. 170-182.
6. Vicente de Praga, *Annales,* ed. G. H. Pertz, MGH SS (Hannover, 1861), pp. 662-663.

7. Vicente de Praga, *Anuales,* p. 663.

8. Lo que sigue se basa en los testimonios de testigos presenciales, recogidos por Raol, *De Expugnatione Lyxbonensi*, ed. David; y los escritores de la que se conoce como «carta de Lisboa», ed. S. Edgington, «Albert of Aachen, St Bernard and the Second Crusade», *The Second Crusade,* ed. Phillips y Hoch, pp. 62-67; *cf.* M. Bennett, «Military Aspects of the Conquest of Lisbon», *ibid.,* pp. 71-89.

9. David, *De Expugnatione,* pp. 160-161.

10. David, *De Expugnatione,* pp. 100-104, 110-111, para Veils; para el reclutamiento en Flandes, J. Phillips, «Bernard of Clairvaux and the Low Countries», pp. 485-497.

11. David, *De Expugnatione,* pp. 68-69, 98-99, 110-111; Edgington, «Lisbon Letter», p. 63; Phillips, «Bernard of Clairvaux and the Low Countries», pero la carta de Bernardo a Alfonso Enríquez (Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 469) es probablemente espuria.

12. David, *De Expugnatione,* pp. 78-79; y, para su sermón, pp. 68-85.

13. Posiblemente el propio Raol: David, *De Expugnatione,* pp. 154-155

14. Bédier y Aubry, *Chansons,* p. 8.

15. David, *De Expugnatione,* pp. 60-61, 68-85, 102-103.

16. David, *De Expugnatione,* pp. 100-111, para debate;sobre la autoría y la carrera de Raol, H. Livermore, «The Conquest of Lisbon and its Author», *Portuguese Studies,* 6 (1990), 1-16.

17. David, *De Expugnatione,* pp. 110-115.

18. David, *De Expugnatione,* pp. 136-137.

19. *Loe. cit.*

20. Edgington, «Lisbon Letter», p. 64.

21. Para los pisanos, Edgington, «Lisbon Letter», p. 64; David, *De Expugnatione,* pp. 162-163.

22. David, *De Expugnatione,* pp. 176-177, para el saqueo y los asesinatos.

23. David, *De Expugnatione,* pp. 178-181 y nota 5, sobre Gilberto de Hastings.

24. Edgington, «Lisbon Letter», p. 67, *cf.* versión de Duodechin, MGH SS, XVII, 28; *Anuales Elmarenses. Les Anuales de Saint-Pierre de Gand et de Saint-Amand,* ed. P. Grierson (Bruselas, 1937), pp. 111-112; G. Constable, «A Note on the Route of the Anglo-Flemish Crusaders of 1147», *Speculum,* 18 (1953), 525-526.

25. N. Jaspert, «Tortosa and the Crusades», *The Second Crusade,* ed. Phillips y Hoch, esp. pp. 90-91, 95, 97-100 y referencias.

26. Odón de Deuil, *De Profectione,* esp. pp. 88-97; Helmoldo de Bosau, *Chronicle ofthe Slavs,* p. 174; Juan Kínnamos, *Deeds of John and Manuel Comnenus,* trad. C. M. Brand (Nueva York, 1976), p. 68;

Conrado III a Wibaldo de Corvey, finales de febrero de 1148, *Die Urkunden der Deutschen Kónige and Kaiser, IX: Die Urkunden Konrads III.,* ed. F. Hausmann, MGH (Viena, Colonia, Graz, 1969), n.° 195; en general, Berry, «Second Crusade», *History of the Crusades,* ed. Setton, I, 483-512.

27. Kínnamos, *Deeds,* p. 60.

28. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 94-95.

29. J. W. Nesbitt, «The Rate of March of Crusading Armies in Europe», *Traditio,* 19 (1963), 177; para la marcha germánica, Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 79-81; Kínnamos, *Deeds,* pp. 58-68; Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 32-35, 40-51.

30. Para la política de Manuel, Lilie, *Byzantium and the Crusader States,* pp. 145-163; Magdalino, *Empire of Manuel I Komnenos,* pp. 46-53.

31. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 94-95.

32. Hausmann, *Urkunden Konrads III,* n.° 195.

33. Para la versión de un testigo presencial, aunque no cabe calificarla de objetiva, Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 20-143.

34. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 40-41.

35. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 58-59; pp. 54-55 para los ataques contra el obispo de Langres y Guillermo de Warenne.

36. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp.68-69.

37. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp.68-73.

38. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp.70-71.

39. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp.76-83.

40. Kínnamos, *Deeds,* p. 70.

41. La marcha de los franceses por Asia Menor ha sido descrita, de modo vivido y doloroso, por Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 82-143; *cf.* Kínnamos, *Deeds,* pp. 70-71.

42. RHGF, xvi, 149; *O City of Byzantium, Annals ofNicetas Choniates,* trad. H. J. Margoulias (Detroit, 1984), pp. 38-39.

43. Kínnamos, *Deeds,* pp. 70-71; Hausmann, *Urkunden Konrads III,* n.° 195.

44. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 122-123;*cf.* pp.136-141.

45. Odón de Deuil, *De Profectione,* pp. 118-121;pp.124-127 para la fraternidad templaría.

46. Guillermo de Tiro, *History,* II, 179.

47. Ibn al-Qalanisi, *Damascus Chronicle,* pp. 281-282.

48. Guillermo de Tiro, *History,* II, 179-180.

49. Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 101-102; Guillermo de Tiro, *History,* II, 181 -181; y nota 24, arriba.

50. Hausmann, *Urkunden Konrads III,* n.° 195; sobre las alternativas de 1148, M. Hoch, «The Choice of Damascus as the Objective of the Se-

cond Crusade», *Autour de la premiére Croisade,* ed. M. Balard (París, 1996), pp. 359-369; Hoch, «The Crusaders' Strategy against Fatimid Ascalon», *The Second Crusade and the Cistercians,* ed. M. Gervers (Nueva York, 1992), pp. 119-129; Hoch, «The Price of Failure», *The Second Crusade*, ed. Phillips y Hoch, pp. 180-200; A. J. Forey, «The Failure of the Siege of Damascus in 1148», *Journal of Medieval History,* 10(1984), 13-23.

51. Guillermo de Tiro, *History,* II, 181-183.

52. Juan de Salisbury, *Historia Pontificalis,* pp. 52-53; *cf* las insinuaciones de Guillermo de Tiro, *History,* II, 180-181.

53. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 102; Hausmann, *Urkunden Konrads III,* n.° 195.

54. Para el concilio de Acre y la campaña de 1148, Guillermo de Tiro, *History,* II, 184-195; *cf* Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 101-103; para el feudo real de Jerusalén, H. E. Mayer, «Studies in the History of Queen Melisende of Jerusalem», *Dumbarton Oaks Papers,* 26 (1972), 93-182.

55. Ibn al-Qalanisi, *Damascus Chronicle,* p. 283 y, para el sitio, pp. 282-287.

56. Hausmann, *Urkunden Konrads III,* n.° 197; Guillermo de Tiro, *History,* II, 190-194; Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 103; Juan de Salisbury, *Historia Pontificalis,* pp. 57-58; Berry, «Second Crusade», p. 509.

57. Hausmann, *Urkunden Konrads III,* n.° 197; Guillermo de Tiro, *History,* II, 195.

58. Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 105-106.

59. RHGF, XV, 501, 508-509; Juan de Salisbury, *Historia Pontificalis,* p. 60; Kínnamos, *Deeds,* p. 72.

60. Para el proyecto de 1150, Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 399-400; T. Router, «The "Non-crusade" of 1149-50», *The Second Crusade,* ed. Phillips y Hoch, pp. 150-163; Esteban de París, *Fragmentum Historicum de Ludovico VII,* RHGF, XII, 89-91.

61. Carta de Eugenio III, PL, 180, col. 1414; carta de Adriano IV, *ibid.,* 188, cois. 1615-1617.

62. *Anuales Herbipolenses,* MGH SS, XVI, 5. En general, véase E. Siberry, *Criticism of Crusading 1095-1274* (Oxford, 1985).

63. Vicente de Praga, *Annales,* p. 663.

64. Otón de Frisinga, *Frederick,* pp. 103-106; para una traducción inglesa de *De Consideratione,* II (PL, 182, cois. 741-745), J. Brundage, *The Crusades: A Documentary Survey* (Milwaukee, 1962), pp. 122-124; la p. 124, para la cita; Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 399.

65. *Vita Prima* de Bernardo, por su antiguo notario Godofredo, PL, 185, cois. 366-367.

66. Guillermo de Tiro, *History,* II, 193.

67. Otón de Frisinga, *Frederick,* p. 27; Helmoldo de Bosau, *Chronicle of the Slavs,* p. 174.
68. Brundage, *Crusades,* p. 123.

Capítulo 11. «UN gran motivo de duelo»: el renacer DE LAS CRUZADAS Y LA TERCERA CRUZADA

1. Gregorio VIII, *Audita Tremendi,* octubre-noviembre de 1187, en respuesta a las noticias de la batalla de Hattin, J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 65.
2. PL, 197, cois. 187-188; *cf* Guillermo de Tiro, *History,* II, pp. 360, 417-413, 425,434-435.
3. Gerardo de Gales, *De Principis instructione, Opera,* ed. J. S. Brewer, Rolls Series (Londres, 1861-1891), VIII, p. 207.
4. Raúl Niger, *De Re Militari,* pp. 193-194; *cf.* pp. 186-187 para otros comentarios sobre los vicios de los solimitanos.
5. Guillermo de Tiro, *History,* II, pp. 407-408.
6. Para un relato testimonial equívoco, Ibn al-Qalanisi, *Damascus Chronicle,* pp. 317-321.
7. Ibn Muñir de Trípoli, trad. Hillenbrand, *Crusades,* p. 150 y, en general, pp. 118-167; para el incidente del baño, Holt, *Age of Crusades,* p. 44.
8. Traducido en Gabrieli, *Arab Historians,* p. 71, y pp. 70-72 para una apreciación halagadora.
9. Tomado de la inscripción del almimbar de Nur al-Din, de Alepo y Jerusalén, trad. Hillenbrand, *Crusades,* p. 152 y, en general, pp. 151-161.
10. Guillermo de Tiro, *History,* II, p. 235, y pp. 253-254 para la incursión de Chipre.
11. Sobre la política de Manuel con respecto a Antioquía, P. Magdalino, *The Empire of Manuel I Komnenos,* pp. 66-76; Lilie, *Byzantium and the Crusader States,* pp. 174-1883.
12. Beha al-Din ibn Shaddad, *The Rare and Excellent History ofSaladin,* trad. D. S. Richards (Aldershot, 2001), p. 45.
13. Las versiones difieren, entre la del propio Saladino —véase M. Lyons y D. Jackson, *Saladin: The Politics of Holy War* (Cambridge, 1984), p. 47— y la que posiblemente dio el mismo Saladino, más adelante, a su amigo Ibn Shaddad: Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 47.
14. Según Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 69; *cf.* Ibn Shaddad, con una versión más especiosa, *Saladin,* p. 49.
15. La mejor biografía moderna es la de Lyons y Jackson, *Saladin.* Su nombre completo se traduce: «el rey, el gobierno, la bondad del mundo y la Fe, padre de Mustafá, José, hijo de Ayyub, hijo de Shadhi, el kurdo».

16. *Itinerarium Peregrinorum et Gesta Regis Ricardi,* trad. H. Nicholson, *The Chronicle ofthe Third Crusade* (Aldershot, 2001), p. 2-7 y nota; en adelante, citado como *Itinerarium.*

17. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 117 y nota 26.

18. Ambroise, *Crusade of Richard,* vv. 5.499-5.500, p. 227; J. Gillingham, *Richard I* (New Haven y Londres, 1999), pp. 188, 216, 262.

19. Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 69, 119, 141; para la reputación de Saladino en el mundo islámico, Hillenbrand, *Crusades,* pp. 193-195, 592-600.

20. Lyons y Jackson, *Saladin,* pp. 87-90, 105-106; B. Lewis, *The Assassins* (Londres, 1967), cap. 5.

21. Según dejó escrito su secretario, Imad al-Din Isfahani: Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 171-172.

22. M. Lyons, «Saladin's Hattin Letter», *The Horns ofHattin,* ed. Kedar, pp. 208-212.

23. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 28-29.

24. Tibble, *Monarchy and Lordships,* esp. pp. 134-135, 166.

25. Guillermo de Tiro, *History,* II, p. 314.

26. Guillermo de Tiro, *History,* II, pp. 486-489; Kedar, «The General Tax of 1183», pp.339-345.

27. En fecha más reciente, B. Hamilton, *The Leper King.*

28. Juan de Ibelin, *Livre des Assises,* c. XIII, ed. P. Edbury, *John of Ibelin and Kingdom of Jerusalem* (Woodbridge, 1997), pp. 118-120.

29. La vieja continuación francesa de Guillermo de Tiro se halla en traducción de P. Edbury, *The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade,* ed. Edbury (Aldershot, 1998), p. 33; para el asedio de Jerusalén, *ib id.,* pp. 55-67; Mas Latrie, *Chronique d'Emoul,* p. 175; *L'Estoire de Eracles,* RHC Occ., II (París, 1859), p. 70; Nicholson, *Chronicle ofthe Third Crusade,* pp. 38-39 (aquí se da un número de catorce caballeros); *Libellus de expugnatione Terrae Sanctae per Saladinum,* ed. J. Stevenson, Rolls Series (Londres, 1875) pp. 241-251.

30. Roger de Howden, *Gesta Regis Henrici Secundi,* ed. W. Stubbs, Rolls Series (Londres, 1867), I, p. 328.

31. Según ha sugerido H. E. Mayer, «The Beginnings of King Amalric of Jerusalem», *Homs ofHattin,* ed. Kedar, pp. 121-135.

32. Guillermo de Tiro, *History,* II, pp. 296-298, donde también se acusa al rey de avaricia financiera, acusación habitual contra los soberanos en apuros.

33. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 90; Hamilton, *The Leper King,* p. 34, nota 62.

34. Sobre el estado de salud de Balduino y el diagnóstico de lepra, véase Piers Mitchell, «An Evaluation of the leprosy of King Baldwin IV», en Hamilton, *The Leper King,* pp. 245-258.

35. P. Edbury, «Propaganda and Faction in the Kingdom of Jerusalem», *Crusaders and Muslims,* ed. Shatzmiller, pp. 173-189; *cf.* Runciman, *History of the Crusades,* II, 403-473.

36. Sobre los prejuicios de Guillermo de Tiro, P. Edbury y J. Rowe, *William ofTyre: Historian ofthe Latin East* (Cambridge, 1988).

37. La crónica atribuida a Emoul; véase ahora Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 1 -8.

38. Guillermo de Tiro, *History,* II, p. 417-434.

39. Hamilton, *The Leper King,* p. 139, y nota 50 para referencias.

40. Hamilton, *The Leper King,* p. 167, notas 40-41.

41. Véase la reconstrucción en Hamilton, *The Leper King,* pp.179-185.

42. Guillermo de Tiro, *History,* II, pp. 491-498, para los hechos de la campaña de 1183; Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 61-62.

43. Guillermo de Tiro, *History,* II, pp. 498-504, 507-509.

44. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 11-16. Para una reconstrucción convincente de los hechos de 1184-1185, basada esencialmente en las diversas continuaciones de Guillermo de Tiro, véase Hamilton, *The Leper King,* pp. 198-210.

45. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 68-69.

46. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 24-30, 154-155; aunque las continuaciones de Guillermo de Tiro miran con simpatía la figura de Raimundo, la inferencia es inevitable.

47. Ibn Jubayr, *Travels,* trad. R. J. C. Broadhurst (Londres, 1951), p. 301 y, en general sobre Outremer en el otoño de 1184, pp. 315-325.

48. Para los acontecimientos que culminaron en la batalla de las fuentes de Cresson, Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 114-118; Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 30-34, 156-157; Stevenson, *Libellus de expugatione Terrae Sanctae,* pp. 211-217. Para las leyendas, Nicholson, *Chronicle ofthe Third Crusade,* pp. 25-26.

49. Sobre la campaña de Hattin, Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 118-139; Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 34-49, 158-162; *Libellus de expugnatione Terrae Sanctae,* trad. Brundage, *Crusades,* pp. 153-163; Lyons y Jackson, *Saladin,* pp. 258-264; Lyons, «Saladin's Hattin Letter»; R. C. Smail, «The Predicaments of Guido of Lusignan 1183-7», *Outremer,* ed. Kedar *et al.,* pp. 159-176; y, para la topografía y los detalles de la batalla, sobre todo, B. Z. Kedar, «The Battle of Hattin Revisited», *Homs of Hattin,* pp. 190-207.

50. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 130.

51. Ibn al-Athir, en Gabrieli, *Arab Historians,* p. 123.

52. Pedro de Blois, *Passio Reginaldis Principis Antiocheni,* PL, 207, cois. 957-976.

53. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 125.

54. Para el sitio y la caída de Jerusalén, Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 77-78; Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 139-175; Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 55-65, 162-163, 165-166.

55. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 73-76.

56. Para referencias completas, Gillingham, *Richard I,* p. 87, nota 36.

57. Traducido por J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 64-67.

CAPÍTULO 12. LA LLAMADA DE LA CRUZ

1. *Pipe Roll 1 Richard I,* ed. J. Hunter (Londres, 1844), p. 20; *Pipe Roll 3 Richard I, The Great Rolls ofthe Pipe* (Pipe Roll Society, Londres, 1884-), pp. 28, 33,58, 76.

2. Para referencias véase Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* esp. p. 27.

3. Texto en J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 64-67; *cf* Benedicto de Peterborough, *recte* Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 15-19.

4. *Itinerarium,* pp. 43-44; Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 73-75, para una versión que se halla en una continuación de la crónica de Guillermo de Tiro.

5. Gillingham, *Richard I,* p. 87, nota 36 para una lista completa de referencias, esp. Raúl de Diceto.

6. *Historia de expeditione Friderici Imperatoris,* ed. A. Chroust, *Quellen zur Geschichte des Kreuzzuges Kaiser Friedrichs* /., MGHS (Berlín 1928), esp. pp. 5-15.

7. *De Profectione Danorum in Hierosolymam,* en *Scriptores Minores Historiae Danicae,* ed. M. C. Gertz (Copenhague, 1970, reimpresión), II, pp. 464-468; en general, pp. 457-492.

8. Gervasio de Canterbury, *Historical Works,* ed. W. Stubbs, Rolls Series (Londres, 1879-1880), I, p. 389.

9. *Historia de expeditione,* Chroust, *Quellen,* p. 14, *cf.* p. 12 para los llamamientos de Enrique de Albano «ad curiam Iesu Christi»; Gilberto de Mons, *Chronicon Hanoniense,* ed. G. H. Pertz, MGHS (Hannover, 1869), pp. 182-184.

10. *Epistolae Cantuariensis, Chronicles and Memorials of Richard I,* ed. W. Stubbs, Rolls Series (Londres, 1865), II, n.° 158, 167; *cf* Gervasio de Canterbury, *Historical Works,* I, p. 394 y ss., para el contexto local.

11. Para los nobles franceses, Rigordo, *Oeuvres,* ed. H. F. Delaborde, I, pp. 83-84 y 84-85 para la reunión de marzo en París; para las fuentes anglo-normandas del encuentro de Gisors, Tyerman, *England and the Crusades,* p. 391, nota 7 y, para los preparativos ingleses en general, pp. 57-85.

12. Gerardo de Gales, *Journey*, p. 201.
13. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 44-45.
14. *Itinerarium,* p. 143.
15. Por ejemplo, el terrateniente francés Heraclio de Montboissier; véase *Recueil des actes de Philippe Auguste,* I, ed. H. F. Delaborde *et al.* (París, 1916), n.° 286 (diciembre 1189).
16. Enrique de Albano, *Tractatus de peregrinatione civitate Del*, PL, 204, col. 353.
17. Pedro de Blois, *De Hierosolymitana Peregrinatione Acceleranda,* PL, 207, col. 1063 y, en general, cois. 1058-1070, como parte de una pieza más larga, combinada, en origen, con *Dialogus ínter regem Henricum secundum et abbatem Bonnevallensem,* PL, 207, cois. 975-988; *cf.* su otra gran obra de propaganda de la cruzada, *De passione Reginaldi*, PL, 707, cois. 957-976.
18. Alan de Lille, *Sermo de truce domini,* en *Textes inédits,* ed. M. T. Alvemy, *Etudes de philosophie médiévale*, 52 (París, 1965), pp. 281-282.
19. J. y L. Riley Smith, *Crusades,* p. 66.
20. *Historia de expeditione,* Chroust, *Quellen,* p. 10.
21. Gerardo de Gales, *Journey,* p. 114.
22. *De Profectione Danorum,* Gertz, *Scriptores,* p. 467.
23. Rigordo, *Oeuvres,* p. 84.
24. *Cartulaire de l'abbaye Notre-Dame de Bonnevaux,* ed. U. Chevalier, *Bulletin de l'Académie Delphinale,* 4.ª serie, II (Grenoble, 1889, con fecha de 1887-1888), n.°310, pp. 143-144.
25. Para estos tratrados, véase arriba, notas 16 y 17.
26. Gerardo de Gales, *Opera,* VIII, p. 207.
27. Raúl Niger, *De Re Militari,* esp. pp. 194-199.
28. Información transmitida a la corte de Enrique I por Pedro de Blois, Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 15.
29. *De profectione Danorum,* Gertz, *Scriptores,* p. 467; *cf.* K. Skovgaard-Petersen, *A Journey to the Promised Land* (Copenhague, 2001), esp. pp. 75-76.
30. A. Macquarrie, *Scotland and the Crusades 1095-1560* (Edimburgo, 1985), pp. 27-32.
31. Gerardo de Gales, *Journey,* p. 184.
32. *Ordinatio de predicatione S. Crucis in Angliae,* ed. R. Rohricht, *Quinti Belli Sacri Scriptores Minores, Société de l'Orient Latin,* II (Ginebra, 1879), p. 24 y, en general, pp. 1-26.
33. Rigordo, *Oeuvres,* p. 99.
34. Gerardo de Gales, *De Rebus a se gestis,* trad. H. Butler, *The Autobiography of Giraldus Cambrerais* (Londres, 1937), pp. 99-101. (En adelante, citada como Gerardo de Gales, *Autobiography.)*

35. Ibn al-Athir, en Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 182-183; Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 225.

36. Gerardo de Gales, *Joumey,* pp. 1-209.

37. Gerardo de Gales, *Joumey,* p. 75; *Opera,* I, p. 74; *Autobiography,* p. 99.

38. Gerardo de Gales, *Autobiography,* pp. 99-101, 104.

39. *Historia de expeditione,* Chroust, *Quellen,* pp. 11-13, 14; Rigordo, *Oeuvres,* pp. 84-85.

40. Gerardo de Gales, *Joumey,* pp. 114, 185-186; *Opera,* VI, 55 «conversi sunt».

41. *Cf.* el relato de Roger de Howden de una aparición milagrosa de Cristo en la cruz, en el cielo, en las inmediaciones de Dunstable, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 47.

42. *Ordinatio, passim,* esp. pp. 18-26; para la anécdota de Gerardo de Gales, *Joumey,* p. 172.

43. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 26-28; para la identidad de Berthier, J. W. Baldwin, *The Government of Philip Augustus* (Berkeley y Los Ángeles, 1986), pp. 462, nota 38 y 572, nota 30.

44. Conon de Béthune, *Ahi! Amours, con dure departie,* Bédier y Aubry, *Chansons,* n.° III, pp. 32-35; *cf.* pp. 45-47, *Bien me Deusse Targier.*

45. *Actes des Comtes de Namur 946-1196,* ed. F. Rousseau (Bruselas, 1936), n.° 2-8, pp. 61-64.

46. Raúl Niger, *Chronica,* ed. H. Krause (Francfort, 1985), p. 288. Para los detalles de la expedición de Federico, *Historia de expeditione,* Chroust, *Queden, passim.*

41. Roger de Howden, *Chronica,* III, p. 8; para los acuerdos de Felipe II, L. Delisle, *Catalogue des Actes de Philippe Auguste* (París, 1856), n.° 327A; Rigordo, *Oeuvres,* p. 99; Delaborde *et al., Recueil des actes de Philippe Auguste,* I, n.° 252; para Ricardo, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 75-85.

48. Raúl Niger, *Chronica,* p. 288; *Historia de expeditione,* Chroust, *Queden,* p. 96.

49. Rigordo, *Oeuvres,* pp. 106, 116-117; Ambroise, *Crusade of Richard,* vv. 4575-4599, 4686-4690; *Itinerarium,* p. 204; Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, 176; Ricardo de Devizes, *Chronicle,* ed. J. T. Appelby (Londres, 1963), pp. 43-44; Gillingham, *Richard I,* p. 166.

50. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 32.

51. Joscelino de Brakelond, *Chronicle,* ed. H. E. Butler (Londres, 1949), pp. 39-40, 51, 53-54, 123, 138-139; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 64-65, 78.

52. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 47-48, para un cobrador poco honrado de Inglaterra, el templario Gilberto de Hogestan; para

una reprobación poética del engaño y la avaricia oficiales, quizá atribuible a Conon de Béthune, *Bien me Deusse Targier,* Bédier y Aubry, *Chansons,* p. 45.

53. Delaborde *et al., Recueil des Actes de Philippe Auguste,* I, n.° 252.

54. Delaborde *et al., Recueil des Actes de Philippe Auguste,* I, n.° 237.

55. *Itinerarium,* p. 148.

56. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 32.

57. *Historical Manuscripts Commission, Report on Various Collections,* I (Londres, 1901), pp. 235-236.

58. *Itinerarium,* pp. 48, 142.

59. Arriba, nota 24.

60. *Itinerarium,* p. 48.

61. Amoldo de Lübeck, *Chronica Slavorum,* ed. G. H. Pertz, MGHS (Hannover, 1868), p. 127; *cf.* pp. 126-128.

62. Ricardo de Devizes, *Chronicle,* pp. 10-11, 15, 27-28, para los que se echaron atrás.

63. Por ejemplo, Godofredo FitzPeter, Guillermo Brewer y Hugh Bardolf, así como el regente y ministro de justicia Hugo du Puiset, Tyerman, *England and the Crusades,* p. 65.

64. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 83-84.

65. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 132-133; *cf.* Ricardo de Devizes, *Chronicle,* p. 17.

66. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 64-75, para los detalles que siguen.

67. *Itinerarium,* p. 48.

68. Gerardo de Gales, *Journey,* p. 204.

69. Ambroise, *Crusade of Richard,* v. 5680; *cf* Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 61-63.

70. *Historical Manuscripts Commission, Fifth Report,* Apéndice (Londres, 1872), p. 462.

71. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, 30. Para los normandos, *Itinerarium,* p. 99; Rigordo, *Oeuvres,* esp. pp. 83-84, para los franceses.

72. Gilberto de Mons, *Chronicon Hanoniense,* ed. L. Vanderkindere (Bmselas, 1904), pp. 206-207.

73. Traducción de *Historia de expeditione* por E. N. Johnson, «The Crusades of Frederick Barbarossa and Henry VI», *History ofthe Crusades,* ed. Setton, II (Madison 1969), p. 90, y para las cuestiones que siguen sobre el reclutamiento germánico, pp. 50, 89-93.

74. *Historia de expeditione,* p. 22 y, para los reclutados, pp. 18-24; *Itinerarium,* p. 77.

75. B. Amold, *Germán Knighthood 1050-1300* (Oxford, 1985), pp. 24, 101.

76. *Narrado Itinere Navalis ad Terram Sanctam, Historia de expedidone,* pp. 179-196; *Chronica Regia Colonesis,* ed. G. Waitz, MGHS (Hannover, 1880), p. 140 y pp. 142-144.

77. *Historia de expeditione,* pp. 96-98.

CAPÍTULO 13. HACIA EL SITIO DE ACRE

1. *Itinerarium,* p. 44; *cf.* p. 160 y referencias dadas en la nota 62.

2. La historia se encuentra en la continuación del siglo xiii, en francés antiguo, de Guillermo de Tiro, trad. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. **66**.

3. En el momento de escribir estas palabras, no existe ninguna descripción académica moderna de la Tercera Cruzada. Véanse los libros generales de Mayer, Runciman, Riley-Smith, Setton (director), vol. 2.

4. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 81 y *passim* para Saladino y la Tercera Cruzada; sobre Saladino, Lyons y Jackson, *Saladin.*

5. Dietmar (Thietmar), *Peregrinado,* II, p. 37. Para los asentamientos rurales francos, Ellenblum, *Settlement,* y pp. 66-71 para Casal Imbert.

6. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 90-91, 93, 95-97, 108; Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 71-73.

7. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 182.

8. Ibn Shaddad, *Saladin, passim,* y p. 80 para el momento en el que entró a servir a Saladino.

9. Runciman, *History of the Crusades,* III, p. 22.

10. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 169; Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 91.

11. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 106.

12. La cronología de las llegadas se toma principalmente de *Itinerarium,* pp. 71-83, que posiblemente se basó en informes de testigos presenciales.

13. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 104.

14. Waitz, *Chronica Regia Colonensis,* pp. 140-144; *Itinerarium,* pp. 73-74.

15. *Historia de expeditione,* Chroust, *Quellen,* pp. 23-24; *Itinerarium,* pp.74-77, 81-83.

16. *Itinerarium,* p. 74; y pp. 25-26, 34 para las historias de elevación del ánimo protagonizadas por dos templarios, Jakelino de Mailly y Nicolás, en las batallas de Cresson y Hattin, 1187, habituales durante el sitio de Acre.

17. *Itinerarium,* pp. 81, 83.

18. *Narrado Itineris Navalis ad Terram Sanctam, Historia de expeditione,* pp. 179-196; *Itinerarium,* p. 74.

19. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 206.

20. Ibn al-Athir, en RHC Or., II-i, p. 15; Abu Shama, *The Book ofthe Two Gardens,* RHC Or., IV, p. 412.

21. Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 204-206.

22. *Itinerarium,* p. 89; *cf* Imad al-Din, que vió conmocionado el tema de las mujeres guerreras, en Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 206-207.

23. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 118-120; *Itinerarium,* pp. 94-96; Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 171.

24. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 94.

25. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 106, 113-117, 121-122, 125 para la recepción, en el campamento de Saladino, de las noticias del avance germánico.

26. *Itinerarium,* p. 49; *loe. cit.* pp. 49-68, para una fuente germánica sobre la cruzada de Federico y, para la narración contemporánea más detallada, véase *Historia de expeditione,* pp. 1-115.

27. De Enrique, deán de Scháftlam, Biblioteca Apostólica Vaticana, MS Vat. Lat. 2001 fol. 1 recto.

28. *Historia de expeditione,* p.39; Amoldo de Lübeck, *Chronica Slavorum,* pp. 130-131; *Itinerarium*, p. 60; J. W. Nesbitt, «The Rate of March», pp. 178-179.

29. Amoldo de Lübeck, *Chronica Slavorum,* pp. 10-21.

30. *Historia de expeditione,* pp. 15-16; Waitz, *Chronica Regia Colonensis,* p. 140; para cartas falsas de desafío entre Federico y Saladino, *Itinerarium,* pp. 49-54.

31. Enrique de Albano, *Tractatus de peregrinatione,* PL, 204, col. 360.

32. *Itinerarium,* p. 55.

33. *Historia de expeditione,* pp. 24-25; Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 114-116.

34. *Historia de expeditione,* pp. 85, 86; *Die Urkunden der Deutschen Kónige und Kaiser,* X, parte IV, *Die Urkunden Friedrichs* /., ed. H. Appelt, MGH (Hannover, 1990), pp. 301, 303.

35. En general, Angold, *Byzantine Empire',* y Angold, *The Fourth Crusade* (Londres, 2003); Magdalino, *Empire of Manuel I Komnenos',* Lilie, *Byzantium and the Crusader States.*

36. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 121-122.

37. Se creó una quinta división en Filipópolis, *Historia de expeditione,* pp. 34-35.

38. *O City of Byzantium, Annals of Nicetas Choniates,* trad. H. J. Margoulias (Detroit, 1984), pp. 220-226. (En adelante, *Nicetas.)*

39. *Die Urkunden Friedrichs* /., pp. 302-306; *cf.* su carta, del mismo período, a Leopoldo de Austria, pp. 306-307, y su correspondencia anterior con Enrique, pp. 301-302.

40. *Historia de expeditione,* p. 71.

41. *Nicetas,* pp. 233-234.

42. *Epístola de Morte Friderici Imperatoris, Historia de expeditione,* p. 175; *Itinerarium,* pp. 60-61.

43. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 89, pero *cf.* p. 76, para un recuerdo contrario, de Saladino fortificando esos bastiones, no desmantelando sus murallas.

44. *Historia de expeditione,* pp. 91-92; *Epístola de Morte,* pp. 177-178; *Itinerarium,* pp. 65-66; Ibn al-Athir, en Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 209-210; Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 113-117; Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 87-88.

45. *Itinerarium,* p. 67; Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 175.

46. *Itinerarium,* p. 106; Ambroise, *Crusade of Richard,* vv. 3625-3660, pp. 162-163.

47. Para las bodas de Conrado e Isabel, Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 95-97, 171, 172-174; *Itinerarium,* pp. 100-102, 121-126; Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 177-180; Imad al-Din, *Conquéte de la Syrie,* trad. H. Masse (París, 1972), pp. 105-106.

48. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 89-90; *cf.* H. E. Mayer, *Crusades,* p. 142 y nota 71, p. 304.

49. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 171-172.

50. *Itinerarium,* p. 143; se hace eco de la indignación de observadores tales como Enrique de Albano y Pedro de Blois.

51. En general, sobre la cruzada de franceses e ingleses, véase Gillingham, *Richard I,* pp. 85-154; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 57-85; entre los cronistas principales están el *Itinerarium-,* Ambrosio (Ambroise); los ingleses Roger de Howden, Raúl de Diceto y Guillermo de Newburgh; y el francés Rigordo.

52. *The Complete Peerage,* por G. E. C. (reimpresión de Gloucester, 1987), IV, 194, nota a.

53. *Itinerarium,* p. 99, *cf.* pp. 74, 76, 82, 96-98; el texto latino se halla en *Itinerarium peregrinorum et gesta Regis Ricardi,* ed. W. Stubbs, Rolls Series (Londres, 1864), p. 93; para los londinenses, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 73-74, 183.

54. *Itinerarium,* p. 108.

55. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 68, 70-72, 179.

56. Delaborde *et al., Recueil des Actes de Philippe Auguste,* I, pp. 305-306, n.° 252 (aunque hay ciertas dudas sobre la autenticidad de esta acta; véase Baldwin, *The Government of Philip Augustus,* pp. 53-54 y nota 86).

57. Gillingham, *Richard I,* p. 114.

58. Gerardo de Gales, *Joumey,* p. 184; Tyerman, *England and the Crusades,* p. 60.

59. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 132-133; Ricardo de Devizes, *Chronicle,* p. 17.

60. Para los preparativos logísticos y financieros en Inglaterra, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 75-83.

61. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 90; Guillermo de Newburgh, *Historia rerum Anglicarum,* ed. H. C. H. Hamilton (Londres, 1856), II, p. 121; Ricardo de Devizes, *Chronicle,* p. 9.

62. Ricardo de Devizes, *Chronicle,* p. 15; en calidad de monje de San Swithun (en Winchester), quizá estuviera próximo a los servidores del rey en la ciudad, implicados en la organización de la expedición; *cf.* Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 117.

63. Ricardo de Devizes, *Chronicle,* p. 28, para la magnitud de la flota.

64. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 116-124, para una descripción completa de la flota de Ricardo, marzo a agosto de 1190.

65. Roger de Howden, *Chronica,* III, p. 8.

66. Hunter, *Pipe Roll 1 Richard I,* p. 5.

67. Rigordo, *Oeuvres,* 1,99; Delaborde, *et al., Recueil des Actes de Philippe Auguste,* I, n.° 292; *Códice diplomático della repubblica de Genova,* ed. C. Imperiale de Sant'Angelo (Génova, 1936-1942), II, pp. 366-368.

68. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 113, 129; Rigordo, *Oeuvres,* I, p. 106.

69. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 83-84; Guillermo de Newburgh, *Historia, Chronicles,* ed. Howlett, I, 294-299.

70. Guillermo de Newburgh, *Historia, Chronicles,* ed. Howlett, I, pp. 308-324, contiene la narración más completa; *cf.* R. B. Dobson, *The Jews of Medieval York and the Massacre of 1190,* Borthwick Papers, n.° 45 (York, 1974).

71. Chazan, *European Jewry,* pp. 139-142, 170-171.

72. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 92-93.

73. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 162-163.

74. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 67 y p. 395, nota 56, para referencias.

75. *Itinerarium,* p. 151; Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 44; Gillingham, *Richard I,* p. 128 y nota 13.

76. *Itinerarium,* p. 151, para el puente hundido; sobre Felipe, véase Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 157-159.

77. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 112 y pp. 112-115 y 124-126 para el viaje de Ricardo a Sicilia; Howden estaba, a la sazón, en la compañía del rey.

78. *Itinerarium,* p. 167; Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 64. Estas dos narraciones, estrechamente emparentadas, del viaje de Ricardo a Oriente parecen reflejar versiones de los hechos derivadas de testigos pre-

senciales. Puede encontrarse una excelente narración moderna de los acontecimientos de Sicilia en Gillingham, *Richard I*, pp. 131-144.

79. Ibn Shaddad, *Saladin*, pp. 145, 146; Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 191-192; *Itinerarium,* pp. 703-704.

80. Arriba, notas 62 y 63; el relato más vivido de la campaña de Chipre es el de Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 74-108; *cf* P. Edbury, *The Kingdom of Cyprus and the Crusades 1191-1374* (Cambridge, 1991), pp. 5-9.

81. «Epistolae Cantuarienses», *Chronicles and Memorials of the Reign of Richard I,* Rolls Series (Londres, 1864-1865), II, 347.

82. Para los acuerdos de Chipre, Edbury, *Cyprus,* pp. 7-9; Gillingham, *Richard I,* pp. 152-153, 196-197.

83. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 150-151; *cf.* Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 108-118; *Itinerarium,* pp. 195-203; Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 167-169.

Capítulo 14. La guerra de Palestina, 1191-1192

1. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 98 y, para la guerra palestina en general, pp. 98-99, 104-121.

2. Las principales narraciones sobre los acontecimientos de 1191-1192, por parte de testigos presenciales o derivadas de su información, incluyen las de Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 145-234; *Itinerarium,* pp. 201-380; Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 114-118, 191-448; Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* I, pp. 169-192, 230-231. Las mejores descripciones de fuentes secundarias son las de Gillingham, *Richard I,* pp. 155-221, una apología vigorosa, crítica pero admirativa, de Ricardo I, y Lyons y Jackson, *Saladin,* pp. 295-361. Sobre el asedio, R. Rogers, *Latín Siege Warfare in the Twelfth Century* (Oxford, 1992), pp. 212-235.

3. *Itinerarium,* pp. 208-210.

4. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 170; Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 196; *Itinerarium,* p. 204; Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 153.

5. Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 207-208; *cf.* pp. 203-204, donde Felipe hace lo mismo; *cf. Itinerarium,* pp. 210, 213-214.

6. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 108-109.

7. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, p. 159; *Itinerarium,* p. 190.

8. *Itinerarium,* p. 202; Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 115, para «coeur de lion».

9. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 171-172.

10. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 153, 155; *Itinerarium,* pp. 83, 92.

11. *Itinerarium,* p. 214, *cf.* p. 204; Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 208.

12. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 162, *cf.* pp. 156-157.

13. Ricardo de Devizes, *Chronicle,* pp. 46-47.

14. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 179.

15. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 179; para la reputación de Felipe, véase Gillingham, *Richard I,* pp. 164-166; para su viaje de regreso a Europa, véase la narración de Roger de Howden, que lo acompañó, como uno de los espías de Ricardo, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 192-199, 203-206, 227-230.

16. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 163.

17. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 179-180, al abad de Citeaux, 1 de octubre de 1191.

18. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 164-165.

19. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 165.

20. *Itinerarium,* pp. 218-219.

21. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 173; sobre la mutilación y la ejecución, pp. 168-169.

22. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 173-174.

23. Para la batalla, Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 249-273; *Itinerarium,* pp. 247-261; para el estandarte del dragón, Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 250 y, para el carro armado o la torre en laque se lotransportaba, *Itinerarium,* p. 237, e Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 170; loscarrosde guerra armados se hicieron comunes a principios del siglo xv, por ejemplo en las cruzadas husitas.

24. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 180.

25. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 165 y notas 53 y 54, p. 411.

26. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi,* II, pp. 185-186; Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 229; *Itinerarium,* p. 232; Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 165.

27. Véase Gillingham, *Richard I,* pp. 179-180; *cf.* Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 277, vv. 7025-7030.

28. La carta de 11 de octubre de 1191 se puede leer traducida al inglés en Edbury, *Conquest of Jerusalem,* pp. 181-182.

29. Para estos tratos diplomáticos, Ibn Shaddad, pp. 187-188, 191-192, 194-196, y Gillingham, *Richard I,* pp. 21, 184-189 y referencias.

30. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 196.

31. Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 291 y, en general, pp. 289-291; Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 193.

32. Ibn al-Athir, RHC Or., II, pt. I, pp. 55-56.

33. Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 303.

34. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 197; Ambroise, *Crusade of Richard,* **p.** 307; *Itinerarium,* p. 287.

35. Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 303, vv. 7783-7784, *cf.* Ambroise, *L'Estoire de la Guerre Sainte,* ed. G. Paris (París, 1897), col. 208.

36. Saladino confió sus ideas al obispo Huberto Gualterio de Salisbury en septiembre de 1192, Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 442.

37. Gillingham, *Richard I,* p. 192; *cf.* D. Pringle, «King Richard 1 and the Walls of Ascalon», *Palestine Exploration Quarterly,* 116 (1984).

38. Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 290; *Itinerarium,* p. 272. Por línea paterna, el bisabuelo de Ricardo era el conde Foulques V de Anjou, que subió al trono de Jerusalén y fue padre de Balduino III y Amalarico.

39. Para un análisis completo, Gillingham, *Richard I,* pp. 197-201, 226-227.

40. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 198.

41. Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 355-364; *Itinerarium,* pp. 321-326.

42. Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 368-369; *Itinerarium,* p. 328.

43. Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 393-394; *Itinerarium,* p. 346.

44. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 211.

45. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 211-212; el trabajo de inteligencia fue excelente, *cf.* Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 377-379.

46. Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 393; *Itinerarium,* p. 346.

47. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 212.

48. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 223 y, más en general, pp. 219-226; Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 399-426; *Itinerarium,* pp. 349-369.

49. *Sine feminalibus,* en latín, Stubbs, *Itinerarium,* p. 415.

50. Ibn Shaddad, *Saladin,* pp. 228-233.

51. Ambroise, *Crusade of Richard,* pp. 363-364; *Itinerarium,* p. 325.

52. Ambroise, *Crusade of Richard,* p. 444.

53. Ibn Shaddad, *Saladin,* p. 26; Guillermo de Newburgh, *Historia, Chronicles,* ed. Howlett, p. 374; *cf.* pp. 372-381, 379-381, para reflexiones generales.

54. Ambroise, *Estoire de la Guerre Sainte,* ed. G. Paris (París, 1927), v. 12.255, col. 319.

55. Alberto de Johansdorf, un *minnesinger* germano, citado por Siberry, *Criticism of Crusading,* p. 193.

56. Gisleberto de Mons, *Chronicon Hanoniense,* ed. L. Vanderkindere (Bruselas, 1904), p. 272.

CAPÍTULO 15. «LA ESPADA DE DOBLE FILO DE AOD»

1. Jueces, III: 16; Aod era un israelita que mató a Eglón, rey de los moabitas.

2. Sermón 1213x1218 sobre la Quinta Cruzada, trad. de J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 134.

3. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 77-78 (carta a Valdemar II de Dinamarca sobre «la guerra del Señor»), 79 (carta a Felipe II, 1207), pp. 119-124 *(Quia Maior),* p. 119, para el texto de Mateo (la cursiva es mía); *Selected Letters of Pope lnnocent III concerning England 1198-1216,* ed. C. R. Cheney y W. H. Semple (Londres, 1953), p. 4 («ab obsequio Iesu Christi», en referencia a la cruzada de Ricardo I); *cf.* p. 91, a Leopoldo VI de Austria, que tomó la cruz «para seguir a Cristo».

4. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 123.

5. Traducción de María Barbero.

6. Gerardo de Gales, *Journey,* p. 114; Jacobo de Vitry, *Letters,* ed. R. B. C. Huygens (Leiden, 1960), p. 77; Gunther de Pairis, *Historia,* p. 66, *cf. Capture,* p. 73; Cesario de Heisterbach, *Dialogus Miraculorum,* ed. J. Strange (Colonia, Bonn y Bruselas, 1851), I, pp- 12-13; Jacobo de Vitry, *Historia Occidentalis,* ed. J. F. Hinnebusch (Friburgo, 1972), pp. 20-21.

7. Cheney y Semple, *Selected Letters of lnnocent III*, pp. 207, 208, 216,218,219.

8. Citado en J. Gilchrist, «The Lord's War as the Proving Ground of Faith; Pope lnnocent III and the Propagation of Violence», *Crusaders and Muslims,* ed. Shatzmiller, p. 69 y, en general, pp. 65-83.

9. Sobre esto, véase Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* pp. 27, 50, 76-83, 86; M. Markowski, «Crucesignatus: Its Origins and Early Usage», *Journal of Medieval History,* 10 (1984).

10. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 139

11. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 119-129.

12. Tyerman, *Invention of the Crusades,* pp. 14-15 y nota 35; la bula enviada a Inglaterra en 1198 se incluye en Roger de Howden, *Chronica,* IV, pp. 70-75.

13. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 145-148.

14. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 123, y pp. 119-124, en general, para lo que sigue.

15. J.-M. Canivez (ed.), *Statuta Capitulorum Generalium Ordinis Cisterciensis ab anno 1116 ad annum 1786* (Lovaina, 1933-1941), I, pp. 122, 172, 181-182, 208, 210, 268, 270, etc.; Snoek, *Medieval Piety,* pp. 168-169 y referencias.

16. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 124; *Councils and Synods with*

Other Documents Relating to the English Church, ed. dirigida por F. M. Powicke (Oxford, 1964-1981), II, p. 175.

17. La carta del patriarca de Jerusalén, de enero de 1098, en nombre de los participantes de la Primera Cruzada embarcados en la conquista de Antioquía, se traduce al inglés en Peters, *The First Crusade,* pp. 183-184; Roger de Howden, *Chronica,* III, pp. 317-319; IV, 165-167; *cf.* C. Cheney, *Hubert Walter* (Londres, 1967), pp. 124-132.

18. *Roy al Commission on Historical Manuscripts, Fifth Report,* Apéndice (Londres, 1872), p. 462; *idem, Report on Various Collections,* I (Londres, 1901), pp. 235-236; Roger de Howden, *Chronica,* IV, pp. 108-112; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 168-172.

29. *Coutumiers de Normandie,* ed. E. J. Tardif (Ruán, 1881-1903), III, 91; *cf,* para un estudio general de los privilegios, J. Brundage, *Canon Law and the Crusader;* Tyerman, *Invention of the Crusades,* pp. 55-62; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 187-228; S. Lloyd, *English Society and the Crusade 1216-1307* (Oxford, 1988).

20. Delaborde, *et al., Recueil des actes de Philippe Auguste,* n.° 228, 1360; Rigordo, *Oeuvres,* I, pp. 84-88.

21. *Curia Regis Rolls* (Londres y Woodbridge, 1922-), III, p. 193.

22. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 71, 135, 204, 219, 221.

23. F. M. Stenton, «Early Manumissions at Staunton», *English Historical Review, 26* (1911), 95-96; P. R. Hyams, *Kings, Lords and Peasants* (Oxford, 1980), p. 32 y nota 37.

24. *Curia Regis Rolls,* X, 293; *Bracton 's Note Book,* ed. F. W. Maitland (Londres, 1887), II, pp. 159-160, 196; J. Brundage, «The Crusader's Wife: A Canonistic Quandary», *Studia Gratiana,* 12 (1967), 427-441.

25. Cheney y Semple, *Selected Letters of Innocent III,* pp. 144-147.

26. Christiansen, *The Northern Crusades,* p. 98.

27. J. D. Mansi, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio,* XXII (Venecia, 1778), cois. 231-233.

28. Para una versión contemporánea completa, Amoldo de Lübeck, *Chronica Slavorum,* pp. 195-212; *cf.* Waitz, *Chronica Regia Colonensis,* pp. 157-161.

29. *Nicetas,* pp. 261-263.

30. Jaffé, *Regesta Pontificum Romanorum,* II, n.° 17.226, 17.270, 17.274; Raúl de Diceto, *Ymagines Historiarum,* en *Opera Histórica,* ed. Stubbs, II, 131-135; Waitz, *Chronica Regia Colonensis,* p. 157.

31. Edbury, *Conquest of Jerusalem,* p. 139 y, en general, pp. 236-245.

32. Amoldo de Lübeck, *Chronica Slavorum,* p. 195.

33. Sobre estas negociaciones, Edbury, *Cyprus,* p. 33 y referencias.

34. *Die Register lnnocenz' III.,* ed. O. Hageneder *et al.* (Graz-Colo-

nia, Roma y Viena, 1964-), I, n.° 336; *cf.* Roger de Howden, *Chronica,* IV, pp. 70-75.

35. Godofredo de Villehardouin, *The Conquest of Constantinople,* trad. M. R. B. Shaw (Londres, 1963), p. 29.

36. Runciman, *History ofthe Crusades*, III, p. 130.

37. J. Crosland, *William Marshal: Knighthood, War and Chivalry* (Londres, 2002), pp.78-81; *Histoire de Guillaume le Maréchal,* ed. P. Meyer (París, 1891-1901), vv. 11.373-11.688.

38. Véase la carta de Inocencio III, de 5 de noviembre de 1198, en C. Tyerman (ed.), *An Eyewitness History of the Crusades,* Folio Society (Londres, 2004), IV, *The Fourth Crusade, 4.*

39. Roger de Howden, *Chronica,* IV, pp. 76-77.

40. Jacobo de Vitry, *Historia Occidentalis,* pp. 89-90; *cf.* pp. 96-101; sobre Foulques, véase Roger de Howden, *Chronica,* IV, pp. 76-77; Raúl de Coggeshall, *Chronicon Anglicanum,* ed. J. Stevenson, Rolls Series (Londres, 1875), pp. 80-83, 130, 131, para una narración muy halagadora; Anales de Winchester, véase *Annales Monastici,* ed. Luard, II, pp. 67-68, para una perspectiva hostil; Villehardouin, *Conquest,* pp. 29 y 38; Roberto de Clari, *The Conquest of Constantinople,* trad. E. H. McNeal (Nueva York, 1966), pp. 31, 34, 38.

41. Según Gunther de Pairis, *Capture,* p. 67.

42. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 31, p. 38 para la supuesta utilización del dinero de Foulques; Jacobo de Vitry, *Historia Occidentalis,* p. 101. Para otros retratos de Foulques, sobre su personalidad controvertida y el empleo de su dinero, véase la *Devastado Constantinopolitana,* narración de la cruzada atribuida al que se conoce como Anónimo de Soissons, así como la pintoresca crónica del cisterciense Alberico de Trois Fontaines, trad. A. J. Andrea, *Contemporary Sourcesfor The Fourth Crusade* (Leiden, 2000), pp. 213, 233, 293; y Mas-Latrie, *Chronique d'Ernoul,* p. 233.

43. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 160-170 y referencias.

44. Roger de Howden, *Chronica,* IV, p. 111; J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 145-148.

45. Inocencio III, Hageneder *et al., Register,* I, n.° 555; II, n.° 212; E. Kennan, «Innocent III and the First Political Crusade», *Traditio,* 27 (1971), 231-249; N. Housley, «Crusades against Christians», *Crusade and Settlement,* ed. Edbury, pp. 77-78.

CAPÍTULO 16. LA CUARTA CRUZADA: PREPARATIVOS

1. Villehardouin, *Conquest*, p. 93. En general, D. E. Queller y T. F. Madden, *The Fourth Crusade: The Conquest of Constantinople* (Filadelfia, 1997); M. Angold, *The Fourth Crusade* (Londres, 2003).

2. Al menos en una ocasión, con bastante retraso, supo de la violencia y los actos de pillaje; véase su carta de 12 de julio de 1205, traducida en Andrea, *Sources,* pp. 163-168.

3. Andrea, *Sources,* p. 294.

4. Villehardouin, *Conquest,* pp. 29-31.

5. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 145-148.

6. Sobre Germania, Gunther de Pairis, *Capture,* pp. 67-72 y p. 149, nota 28 y referencia. Para las islas británicas, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 96, 160, 162, 163, 167, 168, 170; A. Macquarrie, *Scotland and the Crusades,* pp. 32-33.

7. Andrea, *Sources,* pp. 19-21.

8. Raúl de Coggeshall, trad. Andrea, *Sources,* p. 280; Mas-Latrie, *Chronique d'Ernoul,* p. 338; *cf. Devastado Constantinopolitana,* trad. Andrea, *Sources,* p. 213.

9. Gunther de Pairis, *Capture,* pp. 67-77 y 149, nota 28; C. Maier, «Kirche, Kreuz and Ritual», *Deutches Archiv für Erforschung des Mittelalters,* 55 (1999); este autor sitúa el sermón de un modo menos plausible, dada la cronología posterior de la cruzada de Martín en 1200; Villehardouin, *Conquest,* pp. 38-39, 51.

10. Gunther de Pairis, *Capture,* p. 68.

11. Villehardouin, *Conquest,* p. 29.

12. Para información biográfica, J. Longnon, *Les Compagnons de Villehardouin* (Ginebra, 1978).

13. Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 33-34, 102, 117-118.

14. *Deeds of the Bishops of Halberstadt,* trad. Andrea, *Sources,* p. 246 y, en general, pp. 246-264.

15. Andrea, *Sources,* p. 250.

16. Hugo de Berzé, *S'onques ñus hom pour dure departie,* escrito en Lombardía en junio de 1202, Bédier y Aubry, *Chansons,* pp. 126-129.

17. Andrea, *Sources,* p. 186.

18. Villehardouin, *Conquest,* pp. 36-37; Roberto de Clari, *Conquest,* p. 34; J. y L. Riley Smith, *Crusades,* p. 147 («in stipendia bellatorum», en latín, Roger de Howden, *Chronica,* IV, p. 111); Andrea, *Sources,* p. 188.

19. Villehardouin, *Conquest,* pp. 40-41, 52-53.

20. A. Wauters (ed.), *Tahle chronologique des chartes et diplomes imprimés concemant Thistoire de la Belgique* (Bruselas, 1866-1965), ID, p. 174.

21. Andrea, *Sources,* p. 247.

22. Tyerman, *England and the Crusades.* p. 96 y p. 400, nota 35 y referencias; Baldwin, *The Government of Philip Augustas,* pp. 96 y 480, nota 62.

23. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 191.

24. Según la contemporánea *Devastado Constantinopolitana,* Andrea, *Sources,* p. 213.

25. *Collecdon des principaux cartulaires du diocese de Troyes,* VI, *Cartulaire de Monder-le-Celle,* ed. C. Lalone (París y Troyes, 1882), pp. 10-11, n.° 9; *Pélerins champenois en Palesdne,* ed. A. de Barthélémy, *Revue de l'Orient Latin,* 1 (1898), p. 366.

26. *Chartes de Chapitre de Sainte-Waudru de Mons,* ed. L. Devillers (Bruselas, 1899-1913), I, n.°XLV, pp. 84-86.

27. Rohricht, *Regesta,* pp. 202-203; para la posible respuesta, que solicitaría negociar antes que emprender la guerra, J. Bongars (ed.), *Gesta Dei Per Francos* (Hannover, 1611), pp. 1125-1129.

28. Para el texto del tratado, G. L. Tafel y G. M. Thomas, *Urkunden zur alteren Handels— und Staatsgeschichte der Republik Venedig* (Viena, 1856-1857), I, 362-373; *cf.* Villehardouin, *Conquest,* p. 33.

29. Villehardouin, *Conquest,* pp. 40, 52-53.

30. Andrea, *Sources,* pp. 33-39; *cf.* J. M. Powell, «lnnocent III and Alexius III: a Crusade Plan that Failed», *The Experience of Crusading,* I, ed. M. Bull y N. Housley (Cambridge, 2003), pp. 96-102.

31. Andrea, *Sources,* pp. 46-54, 61-64.

32. Villehardouin, *La Conquéte de Constantinople,* ed. E. Faral, I (París, 1961), p. 14.

33. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 37; Roger de Howden, *Chronica,* IV, p. 73.

34. Monje anónimo de San Nicolás del Lido, *Historia de Translado-ne,* RHC Occ., V, 253-278 y arriba, pp. 255-256.

35. Tafel y Thomas, *Urkunden,* I, 362-373; Villehardouin, *Conquest,* pp. 33-35. *Cf.* el iluminador estudio de J. Pryor, «The Venetian Fleet for the Fourth Crusade and the Diversión to Constantinople», *Experience of Crusading,* ed. Bull y Housley, I, 103-123.

36. Por ejemplo el Anónimo de Soissons, como reflejo, quizá, de las ideas del obispo Nivelo, en relación con las exigencias «excesivas» de los venecianos, Andrea, *Sources,* p. 1-33; *cf.* Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 37-41.

37. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 40.

38. Pryor, «Venetian Fleet», esp. pp. 114-117 y nota 6; *Nicetas,* pp. 295-296; la *Devastado Constantinopolitana* y Hugo de Saint-Pol, Andrea, *Sources,* pp. 186-201, 212-221.

39. Angold, *Fourth Crusade,* pp. 52-58, es una lectura sensata.

40. *Nicetas,* p. 295.
41. Andrea, *Sources,* p. 23.
42. Guillermo de Tiro, *History*, I, 552-556.
43. Villehardouin, *Conquest,* pp. 35-41 para esto y lo que sigue.
44. Gunther de Pairis, *Capture*, pp. 76-77; Villehardouin, *Conquest,* p. 45.
45. Villehardouin, *Conque te,* p. 42.
46. Villehardouin, *Conquéte,* p. 42; *cf.* Queller y Madden, *Fourth Crusade,* pp. 25-27 y referencias, para una concepción distinta de Bonifacio, como «elección brillante»; quiero dar las gracias a la doctora Jean Dunbabin por sus ideas sobre la dimensión real francesa.
47. *Gesta Innocenti,* cap. 83, PL, ccxiv, col. 132; Villehardouin, *Conquest,* p. 38; Baldwin, *The Government of Philip Augustus,* p. 481, nota 1. El rey Felipe podría haber aducido que estaba formalmente involucrado, dado que en el Tratado de Venecia se anticipaba su supuesta aprobación; Tafel y Thomas, *Urkunden,* I, 367.
48. Gunther de Pairis, *Capture,* pp. 107-108. La fama de Bonifacio relucía, asimismo, gracias a la publicidad personal que hacía de él su amigo, el trobador Raimbaut of Vaqueiras.
49. Villehardouin, *Conquest,* pp. 37-38; Tafel y Thomas, *Urkunden,* I, 369.
50. Villehardouin, *Conquest,* p. 45.
51. Gunther de Pairis, *Capture,* pp. 76-77; Villehardouin, *Conquest,* p. 45; *Devastado,* como probable reflejo de la experiencia de un renano, Andrea, *Sources,* p. 213.
52. Villehardouin, *Conquest,* p. 41.

CAPÍTULO 17. LA CUARTA CRUZADA: DESVIACIONES

1. Andrea, *Sources,* p. 166; para la carta completa, pp. 163-168.
2. Las narraciones principales son las de Villehardouin, Roberto de Clari y Gunther de Pairis; hay relatos más breves, asimismo importantes, como los de Hugo de Saint-Pol, el Anónimo de Soissons, el autor de *Los hechos de los obispos de Halberstadt* y la *Devastado Constandnopolitana,* que han sido traducidos al inglés por Andrea, *Sources,* pp. 186-264; la útil *Crónica de Novgorod* fue traducida por J. Gordon, *Chronicle ofNovgorod,* en *Byzandon,* 43 (1973), 297-321; *cf.* las cartas de Inocencio y sus *Gesta* en PL, 214.
3. Villehardouin, *Conquest,* p. 42; Roberto de Clari, *Conquest,* p. 40.
4. Andrea, *Sources,* p. 213.
5. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 40; Villebardouin, *Conquest,* p. 42.

6. Villehardouin, *Conquest,* p. 43; Roberto de Clari, *Conquest,* p. 41; Andrea, *Sources,* pp. 213, 233; Gunther de Pairis, *Capture,* pp. 77-78.

7. Roberto de Clari habla de treinta y seis mil marcos, *Conquest,* p. 41.

8. Villehardouin, *Conquest,* pp. 43-44.

9. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 42.

10. Villehardouin, *Conquest,* p. 43; Andrea, *Sources,* p. 250 y pp. 35-48; para la correspondencia de Inocencio, *cf.* Gunther de Pairis, *Capture,* p. 78.

11. Villehardouin, *Conquest,* pp. 47-48.

12. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 44.

13. Pedro de Les Vaux-de-Cemay, *The History of theAlbigensian Crusade,* trad. W. A. y M. D. Sibly (Woodbridge, 1998), p.58,y pp. 57-59 para los hechos de Zara en general; Peter era sobrino del abad Guido.

14. Villehardouin, *Conquest,* p. 54.

15. Para el término, Villehardouin, *Conquéte,* ed. Faral, p. 200; Roberto de Clari, *La Conquéte de Constantinople,* ed. P. Lauer (París, 1924), p. 81; Andrea, *Sources,* pp. 188, 213. Una conferencia pronunciada por Jonathan Riley-Smith en Oxford, en enero de 2004, me ayudó a clarificar mis ideas y el análisis de este y otros puntos relacionados sobre la estructura del ejército.

16.Villehardouin, *Conquéte,* ed. Faral, p. 100.

17.Villehardouin, *Conquéte,* ed. Faral, pp. 148-152.

18. Gunther de Pairis, *Capture,* p. 78.

19. Roberto de Clari, *Conquéte,* p. 16.

20. PL, 214, cois. 1123-1125; Andrea, *Sources,* pp. 35-39.

21. Villehardouin, *Conquest,* p. 50.

22. Para leer panoramas generales de utilidad, Angold, *Byzantine Empire and Fourth Crusade',* Magdalino, *Empire of Manuel I Komnenos*; J. Harris, *Byzantium and the Crusades* (Londres, 2003).

23. Villehardouin, *Conquest,* p. 99.

24. *Nicetas,* p. 296.

25. Como en C. Brand, *Byzantium Confronts the West* (Cambridge, Mass., 1968); pero compárese con concepciones más matizadas, como por ejemplo la de A. M. Bryer en D. Baker (ed.), *Relations between East and West in the Middle Ages* (Edimburgo, 1973).

26. Citado en Angold, *Byzantine Empire,* p. 150.

27. Mateo de París, *Chronica Majora,* ed. H. R. Luard, Rolls Series (Londres, 1872-1884), V, 284-287.

28. *Nicetas,* pp. 323-324.

29. Andrea, *Sources,* pp. 163-168.

30. PL, 214, cois. 130 y ss., cap. 82; cois. 1123-1125; Villehardouin, *Conquest,* pp. 44-45.

31. Véase la nota anterior.
32. Véase su correspondencia, Andrea, *Sources,* pp. 35-98.
33. Andrea, *Sources,* p. 188.
34. Gunther de Pairis, *Capture,* pp. 90-91.
35. Villehardouin, *Conquest,* p. 52; Roberto de Clari, *Conquéte,* p. 40.
36. *Devastado Constandnopolitana,* Andrea, *Sources,* p. 216.
37. Andrea, *Sources,* pp. 46-59.
38. Andrea, *Sources,* p. 48.
39. Andrea, *Sources,* pp. 62-63.
40. Para las disputas de Corfú, Villehardouin, *Conquest,* pp. 54-56; Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 58-59, 66; Andrea, *Sources,* pp. 188 y ss., 216 y ss., 250.
41. *Nicetas,* p. 297; Andrea, *Sources,* p. 254.
42. Andrea, *Sources,* p. 155.
43. Las palabras de Inocencio III se hallan en su carta de noviembre de 1202, arriba, notas 20 y 30.
44. Andrea, *Sources,* p. 199.
45. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 67.
46. *Nicetas,* p. 301.
47. Villehardouin, *Conquest,* pp. 74-75.
48. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 81, que menciona una deuda de treinta y seis mil marcos; posiblemente estuviera mejor informado Villehardouin, que habla de treinta y cuatro mil, p. 43.
49. Villehardouin, *Conquest,* pp. 76-77.
50. Villehardouin, *Conquéte,* ed. Faral, p. 200.
51. Villehardouin, *Conquest,* p. 77.
52. Villehardouin, *Conquest,* p. 78; Hugo de Saint-Pol, Andrea, *Sources, pp.* 199-201.
53. Villehardouin, *Conquest,* p. 78-79; Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 81-82; *Devastado Constandnopolitana,* Andrea, *Sources,* p. 218; *Nicetas,* p. 304.
54. *Nicetas,* pp. 302-304.
55. *Nicetas,* p. 305.
56. *Nicetas,* pp. 304-306; Villehardouin, *Conquest,* pp. 81-83; Roberto de Clari, *Conquest,* p. 82.
57. *Nicetas,* pp. 306-312, p. 309 para el asesinato; Villehardouin, *Conquest,* pp. 83-86; Andrea, *Sources,* p. 105, para los detalles escabrosos de la comunicación enviada por Balduino de Flandes, tras su elección como emperador.
58. Anónimo de Soissons, que escribía antes de 1207, con material del obispo Nivelo, Andrea, *Sources,* p. 234.

59. Tafel y Thomas, *Urkunden,* I, 445; Andrea, *Sources,* pp. 140-144; Villehardouin, *Conquest,* p. 88; Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 91-92.

60. Villehardouin, *Conquest,* pp. 84-85; Mansi, *Sacrorum Conciliorum,* XXII, cois. 231-233.

61. Roberto de Clari, *Conquest,* p. 94.

62. Villehardouin, *Conquest,* pp. 91-95; Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 99-102; *Nicetas,* pp. 314-325; Nicolás Mesarites, en Brand, *Byzantium,* p. 269; Gunther de Pairis, *Capture,* pp. 106-113; Andrea, *Sources,* pp. 100-112, 221, 235-237, 255, 261-263; *Chronicle of Novgorod,* pp. 309-310.

63. Gunther de Pairis, *Capture,* p. 107, quizá para exonerar a su abad de la culpa por asociación; un análisis reposado y útil es el de Angold, *Fourth Crusade,* pp. 111-113 y referencias.

64. En palabras de Gunther de Pairis, como descripción de su abad, *Capture,* p. 111; las cifras se estudian en Queller y Madden, *Fourth Crusade,* pp. 294-295; *cf* Villehardouin, *Conquest,* pp. 94-95.

65. Angold, *Fourth Crusade,* pp. 111-112; *cf Nicetas,* pp. 323-325.

66. Roberto de Clari, *Conquéte,* p. 81, para «quemun de l'ost»; Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 100-102.

67. Villehardouin, *Conquest,* pp. 94-95; *Devastado Constantinopolitana,* Andrea, *Sources,* p. 221; Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 101-102.

68. Villehardouin, *Conquest,* p. 93.

69. Andrea, *Sources,* pp. 100-112. Sobre el imperio latino, Angold, *Fourth Crusade,* parte 2, esp. pp. 113-150; P. Lock, *The Franks in the Aegean 1204-1500* (Harlow, 1995); D. Jacoby, «The Encounter of Two Societies», *American Historical Review,* 78 (1973), 873-906.

70. PL, 215, cois. 1371-1375, de marzo de 1208; la iniciativa podría haber procedido de Teodoro Lascaris; véase Angold, *Fourth Crusade,* pp. 195-198.

71. Roberto de Clari, *Conquest,* pp. 86-88.

72. Alberico de Trois Fontaines, Andrea, *Sources,* p. 306 y nota.

73. Angold, *Fourth Crusade,* pp. 148, 237-240.

74. Gunther de Pairis, *Capture,* pp. 109-112, 119-127; Angold, *Fourth Crusade,* pp. 228-247.

75. Andrea, *Sources,* pp. 235-237, 261-263; Roberto de Clari, *Conquest,* p. 5.

76. Raúl de Coggeshall, *Chronicon Anglicanum,* pp. 201-203, trad. Andrea, *Sources,* pp. 288-290. En general, M. Barber, «Western Attitudes to Frankish Greece in the Thirteenth Century», *Latins and Greeks in the Eastern Mediterranean after 1204,* ed. B. Arbel *et al.* (Londres, 1989), pp.111-128.

77. Andrea, *Sources,* p. 108.

78. Runciman, *History ofthe Crusades,* III, p. 477.

CAPÍTULO 18. LAS CRUZADAS ALBIGENSES, 1209-1229

1. Pedro de Les Vaux-de-Cemay, *Historia Albigensis,* traducido al inglés con el título de *The History ofthe Albigensian Crusade,* por W. A. y M. D. Sibly, Woodbridge, 1998, p. 197 (PVC, a partir de ahora).

2. Véase en general, en inglés, A. P. Evans, «The Albigensian Crusades», *History ofthe Crusades,* Setton, (comp.), II, pp. 277-324; W. L. Wakefield, *Heresy, Crusade and Inquisition in Southern France, 1100-1250,* Londres, 1974; J. Sumption, *The Albigensian Crusade,* Londres, 1978; M. Barber, *The Cathars,* Londres, 2000.

3. Así lo afirma, basándose principalmente en las pruebas de contratiempos y de pérdidas, entre las que hay que incluir la muerte de Luis VIII, Rogelio de Wendover en *Flores Historiarum,* edición de H. G. Hewlett, Colección Rolls, Londres, 1886-1889, II, p. 315.

4. Wakefield, *Heresy,* p. 245.

5. Barber, *Cathars, passim',* respecto a los estudios panorámicos de orden general, véase M. D. Lambert, *Medieval Heresy,* segunda edición, Oxford, 1992; *idem, The Cathars,* Oxford, 1998; y R. I. Moore, *The Origins of European Dissent,* Oxford, 1985.

6. Guillermo de Newburgh, *Historia,* edición de Howlett, pp. 131-134; J. Sayers, *Innocent III,* Londres, 1994, p. 157 y nota 55.

7. P. Biller, «The Cathars of Languedoc and Written Materials», *Heresy and Literacy 1000-1350,* P. Biller y A. Hudson, (comps.), Cambridge, 1994, p. 63 y, en general, las pp. 61-82.

8. Para un resumen, véase L. M. Paterson, *The World ofthe Troubadours,* Cambridge, 1993, pp. 249-252 y las correspondientes referencias.

9. Guillermo Pelhisson, *Chronicle,* traducción inglesa de Wakefield, en *Heresy,* p. 210.

10. Guillermo de Puylaurens, *Chronicle,* traducción inglesa de W. A. y M. D. Sibly, Woodbridge, 2003, p. 12 (WP, a partir de ahora); Barber, *Cathars,* pp. 21-22, nota 43, y, en relación con Sacconi, *passim*; Wakefield, *Heresy,* pp. 139, 143 y, en relación con Roberto le Bougre, 192 nota 4; respecto a Teodorico, véase PVC, p. 18.

11. Véase el importante artículo de B. Hamilton titulado «Wisdom from the East», *Heresy and Literacy,* pp. 38-60.

12. Sobre el Concilio de San Félix, véase Barber, *Cathars,* especialmente las pp. 21-22, 71-73.

13. Wakefield, *Heresy,* pp. 68-81.

14. WP,p. 25.

15. Para un examen de la cuestión, véase WP, pp. XXIX-XXX, y sus respectivas notas.

16. WP,p. 22.

17. Paterson, *World ofTroubadours,* pp. 70-71; Barber, *Cathars,* pp. 55-58.

18. Wakefield, *Heresy,* p. 52.

19. La *Chanson de la croisade contre les Albigeois,* traducido al inglés por J. Shirley con el título *The Song of the Cathar Wars,* Aldershot, 1996, pp. 84-85 *(Song,* a partir de ahora).

20. Decreto 27.

21. Gervasio de Cantorbery, *Historical Works,* I, pp. 270-271.

22. Barber, *Cathars,* p. 52 y nota 62.

23. PVC, p. 117; WP, p. 40; *Song,* p. 41.

24. Extremo que se trae a colación en WP, pp. 16-18, a fin de reprobar aún más la actitud de Raimundo VI.

25. Mansi, *Sacrorum Conciliorum,* XXII, columnas 231-233.

26. WP, p. 12 y nota 36, en referencia a los relatos de la expedición del año 1181.

27. *Ketzer und Ketzerbekampfung im Hocmittelalter,* edición de J. Feams, Gotinga, 1968, pp. 61-63.

28. PVC, p. 8.

29. Sobre Inocencio III, véase Barber, *Cathars,* en especial pp. 115-120, y Wakefield, *Heresy,* pp. 86-91.

30. Respecto a la designación de Arnaldo Aimery, véase PL, p. 215, columnas 358-360; y sobre los comentarios relacionados con las virtudes espirituales de la «espada material», véase la columna 362.

31. Véase, por ejemplo, PVC, pp. 16-22; WP, pp. 23-29.

32. PVC, p. 19.

33. La carta de Inocencio aparece traducida en J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 78-80.

34. Sobre la versión de Inocencio, véase PVC, pp. 31-38; compárese con lo que se afirma en *Song,* p. 13, en relación con el culpable.

35. PVC, p. 33.

36. PVC, pp. 31-38.

37. Véanse las cartas del papa en PL, p. 215, números CLVI-CLVIII; Siberry, *Criticism of Crusading,* p. 107 y nota 215.

38. *Recueil des Chartes de l'abbaye de Cluny,* edición de Bruel, V, números 4, 452-453, pp. 826-828.

39. PVC, p. 116.

40. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 164 y su correspondiente referencia.

41. Cita tomada de Riley-Smith, *Oxford History ofthe Crusades,* pp. 10-11.

42. *Sigeberti Gemblacensis chronica auctarium Mortui Maris,* edición de G. H. Pertz, MGH SS, VI, Hannover, 1844, p. 467.

43. N. P. Tanner, *Decrees of the Ecumenical Councils,* Londres y Washington, 1990, p. 234.
44. WP, pp. 35-36, 39; *Song,* p. 32.
45. PVC, p. 97.
46. *Loe. cit.*
47. Rogelio de Wendover, *Flores,* II, pp. 312-313.
48. *Anecdotes historiques, légendes et apologues d'Etienne de Bourbon,* edición de A. Lecoy de la Marche, París, 1877, pp. 36-37.
49. PVC, p. 209.
50. Traducido en PVC, Apéndice F, p. 308.
51. PVC, pp. 250-251 y nota 29; Wakefield, *Heresy,* p. 73.
52. Para un relato claro, véase Sumption, pp. 77-87.
53. PL, p. 216, columnas, 97-99.
54. PVC, p. 56.
55. PVC, p. 60.
56. PVC, pp. 44-45, nota 75 y sus referencias correspondientes; *Song,* pp. 13-18; WP, p. 32 (en donde se indican erróneamente las fechas de las propuestas hechas a Felipe II y a Otón IV).
57. Traducido en WP, Apéndice A, pp. 127-129; para un completo debate en inglés sobre la masacre y las fuentes, véase PVC, Apéndice B, pp. 289-293.
58. WP, p. 128.
59. Cesáreo de Heisterbach, Dialogus Miraculorum, edición de J. Strange, Colonia, 1852,1, p. 302.
60. WP, p. 128.
61. *Song,* pp. 19.22; PVC, p. 291.
62. Para un debate sobre el particular, véase Barber, Cathars, pp. 133-135.
63. PVC, p. 189, donde se cita una carta pontificia fechada el 21 de mayo de 1213.
64. Sobre los mercenarios, véase PVC, pp. 299-301, Apéndice D; véase también la p. 144; *Song,* pp. 181-189; WP, pp. 64-65.
65. PVC, pp. 62-63.
66. PVC, pp. 84-85, 117, 120; WP, pp. 40-41; *Song,* pp. 41, 48; H. C. Lea, *A History of the Inquisition,* Nueva York y Londres, 1888,1, p. 162.
67. PVC, pp. 70, 71-72, 163, 237-238 y nota 98.
68. WP, pp. 65-66; *Song,* pp. 181-183.
69. Citado por M. Routledge en Riley-Smith, *Oxford History of the Crusades,* p. 109.
70. *Song,* pp. 26-28; PVC, pp. 55-59 y Apéndice C, pp. 294-298; J. R. Maddicott, *Simón de Montfort,* Cambridge, 1994, pp. 1-5.
71. Véanse las cartas de Inocencio III fechadas en enero y mayo, PVC, pp. 186-189, 308.

72. PVC, pp. 154, 228 y nota 50, así como pp. 232, 234 y nota 90.
73. PVC, p. 95.
74. WP, p. 58.
75. PVC, pp. 98-99 y 90-100; *Song,* pp. 34-36.
76. PVC, pp. 63-64 y nota 105.
77. WP, p. 42, situación precipitada por el hecho de que Guillermo Cat, un antiguo hombre de confianza, lo traicionara en Castelnaudary en el año 1211.
78. Traducido por PVC, en pp. 320-329 de su obra.
79. PVC, p. 310; respecto a la correspondencia, véanse pp. 308-311.
80. PVC, pp. 186-189; J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 122.
81. PVC, pp. 203-217; la fecha que se indica en *Song,* pp.68-71 y WP, pp. 45-49, es posterior, pero cuenta con respaldo.
82. PVC, pp. 242-245.
83. *Song,* pp. 74-75.
84. Traducido por PVC, en pp. 311-312 de su texto.
85. WP, p. 56.
86. *Song,* p. 172 (y compárese con lo que se indica en la página 176, donde se puede encontrar una nota necrológica espléndidamente adversa); PVC, pp. 276-277; WP, pp. 61-62.
87. WP, p. 65.
88. R. Kayes, «The Albigensian Twentieth of 1221-3», *Journal of Medieval History,* VI, 1980, pp. 307-316.
89. *Chronicon Turonense,* RHGF, edición de Bouquet *et al.,* XVIII, p. 314; compárese con Siberry, *Criticism of Crusading,* p. 131, así como las referencias a las cartas y bulas de Honorio III.
90. Los términos de este tratado aparecen traducidos en WP, Apéndice C, pp. 138-144.
91. Para un práctico resumen reciente, véase Barber, *Cathars,* pp. 141-175, donde se ofrecen referencias completas.
92. Wakefield, *Heresy,* pp. 179-189, 193.
93. WP, pp. 107-108; Barber, *Cathars,* pp. 154-158, y las correspondientes referencias.
94. Incidente que hizo célebre E. Le Roi Ladurie en *Montaillou* —traducido al inglés en Londres, en el año 1978—, una obra bastante engañosa (compárese con los comentarios que ofrece L. E. Boyle en «Montaillou Revisited», *Pathways to Medieval Peasants,* J. Raftis, (comp.), Toronto, 1981, pp. 119-140); para un debate académico reciente sobre esta reactivación, véase Barber, *Cathars,* pp. 176-202.
95. Véase J. H. Mundy, *Society and Government at Toulouse in the Age ofthe Cathars,* Toronto, 1997.

96. Véase G. Langlois, *Olivier de Termes: Le Cathare et le croisé,* Tolosa, 2001, donde se presenta un estudio reciente (la nota 509 de la p. 269 corrige la fecha que habitualmente se atribuye a su muerte). Para otros análisis, véase «Cathar crusaders», *ibid.,* pp. 121 y ss.; WP, p. 111; Barber, *Cathars,* p. 164; Wakefield, *Heresy,* p. 187 y p. 213 (en la crónica de Guillermo Pelhisson se lee lo siguiente: «eran por esa época [1229] muchos los que habían abrazado la cruz para partir a ultramar debido a sus actos atentatorios contra la fe»).

97. WP, p. 67 y nota 93.

98. WP, pp. 111-112, nota 26 y sus correspondientes referencias.

Capítulo 19. La quinta cruzada, 1213-1221

1. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 91-92.

2. El mejor estudio moderno es el de J. M. Powell, *Anatomy ofa Crusade 1213-21,* Filadelfia, 1986.

3. Respecto al fenómeno en general, véase M. Clanchy, *From Memory to Written Record,* Londres, 1979.

4. PVC, p. 50; véase el informe de los legados en WP, p. 127.

5. Véanse más arriba pp. 525, 530, 540-541, 542, 547, 551-552, 554.

6. Véase, en general, P. Raedts, «The Children's Crusade of 1212», *Journal of Medieval History,* 3, 1977, pp. 279-323 y, en especial, G. Dickson, «La Genése de la croisade des enfants (1212)», *Bibliothéque de l'École des Chartes,* 153, 1995, pp. 53-102, e *idem,* «Stephen of Cloyes, Philip Augustus and the Children's Crusade of 1212», *Joumeys towards God: Pilgrimage and Crusade,* B. N. Sarget-Baur, (comp.), Kalamazoo, 1992, pp.83-105.

7. PVC, pp. 142, 150-151.

8. Waitz, *Chronica Regia Colonesis,* p. 234; compárese con la traducción de E. Peters, (comp.), *Christian Society and the Crusades 1198-1229,* Filadelfia, 1971, p. 36.

9. *Sigeberti Gemblacenses chronica auctarium Mortui Maris,* edición de W. Pertz, MGH SS, VI, p. 467; *Annales Admuntenses,* edición de W. Wattenbach, MGH SS, IX, pp. 579-593.

10. PVC, p. 151; respecto a la versión de Colonia, véase más arriba la nota 8.

11. Véase más arriba la nota 6.

12. Para una enumeración de las fuentes, con relatos en los que se habla de cartas celestiales y de apariciones de Cristo, véase Dickson, «Stephen of Cloyes», pp. 84-86 y notas 7, 27, pp. 98, 101.

13. Wattenbach, *Armales Admuntenses,* p. 592.

14. Véase la traducción en PVC, p. 308.

15. Cita procedente de *Quia Maior,* traducida en J. y L. Riley-Smith, *Crusades*, pp. 120-121. El texto completo se encuentra en las pp. 119-124.

16. Roberto de Courgon, *Summa,* X, p. 15, citado por J. W. Baldwin, *Masters, Princes and Merchants: The social Views of Peter the Chanter and His Circle,* Princeton, 1970, II, 148-149, nota 37, y véase también I, p. 211; compárese con Russell, *Just War,* pp. 225-226 y nota 37.

17. Véase la carta que Inocencio dirige a los miembros del clero alemán, c. mayo 1213, traducida en J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 130-131; para una lista de los cruzados con que contaba un tal Maestre Hubert en Inglaterra, véase Rogelio de Wendover, *Flores Historiarum,* II, p. 323.

18. Para la correspondencia de Inocencio, véase J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 131-132, y para un ejemplo de las prédicas de Jaime de Vitry, véanse las pp. 134-135; sobre la colección de escritos papales del abad, véase F. Kempf, «Das Rommersdorfer Briefbuch des 13 Jahrhunderts», *Mitteilungen des Ósterreichischen Instituís für Geschichtsforschung, Erganzungsband,* 12, 1933, pp. 502-571.

19. Magna Carta, cláusulas 52, 53 y 57.

20. Sobre Inglaterra, véase Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 135, 136, 139; sobre Federico II, véase Powell, *Anatomy,* pp. 3, 23, 74,75.

21. PL, 216, columna 830, número XXXV.

22. Para consultar algunas de las cartas de petición de cuentas del papa, véase PL, p. 216, columnas 823-831.

23. Tanner, *Decrees,* p. 234.

24. Tanner, *Decrees,* pp. 267-271; J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 125-129.

25. Delaborde *et al., Recueil des Actes de Philippe Auguste,* número I, p. 360.

26. La hostilidad oficial se refleja en los comentarios de Guillermo le Bretón: véase R. Róhricht, (comp.), *Testimonia Minora de quinto bello sacro, Société de l'Orient Latín,* III, Ginebra, 1882, pp. 78-79, traducidos en Powell, *Anatomy,* p. 35.

27. Compárese con Powell, *Anatomy,* pp. 44-45 y nota 50.

28. El foro en el que se debía llevar a efecto la cláusula 12 —«no se impondrían cargas para permitir la exención de una prestación de servicio ni se recaudarían ayudas [...], al menos no lo hará así en concejo común de nuestro reino»— queda explicado en la cláusula 14, en la que se detalla la composición y el modo de convocar una asamblea representativa integrada por potentados del clero y el laicado así como por la totalidad de los más importantes terratenientes.

29. Oliverio de Paderbom, *Die Schriften des Kólner Domscholasters,* edición de H. Hoogeweg, Tubinga, 1984, pp. 285-286, presenta esas experiencias en una carta dirigida al conde de Namur; para otros ejemplares puestos en circulación, véase D. U. Baratier, «A Propos de Jacques de Vitry», *Revue Bénédictine,* 27, 1910, pp. 521-524; y para una traducción, véase J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 135-136. Para conocer el relato en la versión que da Oliverio de la campaña de Damieta, véase Peters, *Christian Society,* pp. 60-61.

30. Waitz, *Chronica Regia Colonensis,* pp. 192-193.

31. Burchardus Urspergensis, MGH SS, XXIII, pp. 378-379.

32. E. Baratier, «Une Prédication de la croisade á Marseille en 1244», *Economies et sociétés au moyen age: Mélanges ojferts á Edouard Perroy,* París, 1973, pp. 690-769.

33. Jaime de Vitry, *Lettres,* p. 77; compárese lo anterior con el *exemplum* de misoginia que él mismo proporciona en sus *Sermones Vulgares,* edición de T. F. Crane, Londres, 1890, p. 56.

34. *Registro del Cardinale Ugolino d'Ostia,* edición de G. Levi, Roma, 1890, en especial pp. 128 a 133; compárese con lo afirmado en pp. 7-9, 11-13, 19-24, 101, 109-110, 113-114, 138-140, 152-153; véase también Powell, *Anatomy,* en particular las pp. 33-50 (en las que se habla de la misión encomendada a Cour?on en Francia), y 67-87.

35. *Ordinatio de predicatione S. Crucis in Angliae, Quinti Belli Sacri Scriptores Minores,* edición de R. Róhricht, *Société de l'Orient Latin,* II, Ginebra, 1879, VII-X y 1-26; para la definición de *exempla,* véase la pp. 24.

36. Róhricht, *Ordinatio,* p. 22.

37. C. T. Maier, *Preaching the Crusades,* Cambridge, 1994, pp. 118, 173. Sobre los frisios que saltaban los canales con garrocha, véase J. A. Mol, «Frisian Fighters and the Crusade», *Crusades,* I, 2002, pp. 107-108.

38. Powell, *Anatomy,* en especial p. 35; véase también más arriba la nota 26.

39. Para un análisis de la cuestión, véase Powell, *Anatomy,* pp. 38-39, así como las referencias que se encuentran en la nota 22 de la p. 48; véase también el relato que hace el abad Gervasio de Premontré sobre el malestar popular en RHGF, XIX, pp. 604-605; Delaborde *et al., Recueil des Actes de Philippe Auguste,* número 1360. Respecto al acuerdo que alcanzaron los condes de Nevers y La Marche con la ciudad de Génova en relación con el transporte, véase *Anuales Genuenses,* Róhricht, *Testimonia Minora,* p. 238.

40. Véase por ejemplo, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 217-224.

41. Jaime de Vitry, *Lettres,* p. 116.

42. Tyerman, *England and the Crusades*, pp. 95-101, 133-144, 180, 201,205,211,227, 329.

43. Respecto a la presencia de Savarico en el Languedoc, así como para una anotación relacionada con sus otras hazañas en las cruzadas, véase PVC, p. 130 y nota 12.

44. Así lo hace constar, por ejemplo, Oliverio de Paderbom en *Capture of Damieta,* obra traducida por Peters en *Christian Society,* pp. 49-139 (Oliverio de Paderbom, a partir de ahora). El texto latino se encuentra en la edición de Hoogeweg, Tubinga, 1894.

45. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 98-99, y, para las referencias, véase p. 401, notas 49 y 50.

46. El papel desempeñado por Federico se analiza de forma exhaustiva en Powell, *Anatomy, passim.*

47. Powell, *Anatomy,* p. 116.

48. Jaime de Vitry, *Lettres,* pp. 73-74.

49. Para la cruzada de Andrés, véase Tomás de Split, *Historia pontificum Spalatensis,* edición de L. Von Heineman, MGH SS, XXIX, pp. 577-579; sobre el tratado de Venecia, véase *Monumento spectantia historiam Slavorum meridionalium,* I, 1868, pp. 29-31; T. Van Cleve, «The Fifth Crusade», *History ofthe Crusades,* Setton, (comp.), pp. 387-389; J. R. Sweeny, «Hungary and the Crusades», *International History Review,* 3, 1981, pp. 467-481.

50. Las dos fuentes principales se encuentran en *Gesta Crucigerorum Rhenanorum y* en *De Itinere Frisonum,* en Róhricht, *Scriptores Minores,* pp. 29-56, 59-70.

51. Sobre las campañas de Palestina de los años 1217 y 1218, véase Oliverio de Paderbom, p. 61 y pp. 53-59. En general, véase también Róhricht, *Scriptores Minores y Testimonia Minora-,* respecto a Ibn al-Athir, véanse los fragmentos escogidos que figuran en Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 255-266, y consúltese, para la traducción francesa, RHC Or., II-I, así como la compilación hecha por Abu Shamah en RHC Or., V. Powell, en *Anatomy,* pp. 128-193, ofrece un riguroso estudio analítico de la guerra librada en Palestina y Egipto, y enumera una gran cantidad de referencias tanto a trabajos orientales como occidentales sobre el particular, además de abordar más de un debate en relación con las fuentes.

52. Tomás de Split, *Historia,* pp. 578-579.

53. Mas Latrie, *Chronique d'Ernoul,* pp. 414, 436; Jaime de Vitry, *Lettres,* pp. 100, 102; respecto al consejo que dio el patriarca Aimar de Jerusalén a Inocencio III en 1199 en relación con Damieta, véase Bongars, *Gesta Dei Per Francos,* pp. 1, 128.

54. Sobre este curioso incidente, véase J. M. Powell, «Francesco

d'Assisi e la Quinta Crociata», *Schede Medievali, 4,* 1983, pp. 68-77; Kedar, *Crusade and Mission,* pp. 126-131.

55. Oliverio de Paderbom, p. 62.

56. Véase la continuación del *Eracles* de Guillermo de Tyre, RHC Occ., II, p. 329.

57. Oliverio de Paderbom, pp. 80, 104; compárese con lo que se indica en la p. 115 respecto a la *largesse* con la que contribuyó al avance del mes de julio de 1221.

58. Véase la *Epistolce selecta: sceculi XIII*—edición de C. Rodenberg, MGH SS, I, n.° 124, pp. 89-91— fechada el 24 de julio de 1220. Para una tabla en la que se consignen las sumas recibidas y las enviadas, véase Powell, *Anatomy,* p. 100.

59. RHC Occ., II, p. 349.

60. Oliverio de Paderbom, p. 102.

61. Oliverio de Paderbom, pp. 122-123; E. Blochet, «Extraits de 1'-histoire des patriarches d'Alexandrie relatifs au siége de Damiette», *Revile de l'Orient Latin*, II, 1908, p. 260.

62. Carta traducida en Peters, *Christian Society,* p. 141. Compárese con lo señalado por Jaime de Vitry en *Lettres,* pp. 150, 152; Oliverio de Paderbom, p. 89.

63. Así lo destaca Oliverio de Paderbom en la p. 124 de su escrito.

64. Véase la útil tabla en Powell, *Anatomy,* p. 117, así como el debate de las pp. 166-172, 187.

65. Oliverio de Paderbom, pp. 107-108, con argumento quizá un tanto *ben trovato.*

66. Según revela Jaime de Vitry en *Lettres,* p. 106; Oliverio de Paderbom muestra, en la p. 65, una comedida reticencia.

67. Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 257.

68. Es lo que supone Powell en *Anatomy,* p. 148.

69. Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 257-258.

70. RHC Occ., II, p. 336.

71. Oliverio de Paderbom, pp. 122, 125; Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 261.

72. Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 257-258 y 260.

73. Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 260; Oliverio de Paderbom, p. 108.

74. Ibn al-Athir, que no sentía simpatía alguna por la dinastía, capta muy bien la sombría atmósfera que reinaba en el bando ayubita en Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 257-261.

75. Oliverio de Paderbom, p. 114; las cifras se basan en las proporcionadas por los «tasadores del ejército».

76. Oliverio de Paderbom, p. 105.

77. Véase más arriba la nota 54 y Kedar, *Crusade and Mission*, *passim.*

78. Oliverio de Paderbom, pp. 85-86; Blochet, «Histoire des patriarches», p. 253; *Eracles,* RHC Occ., II, pp. 341 -342; Jaime de Vitry, *Lettres,* pp. 124-125; Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 260. Compárese con lo señalado en Ernoul, p. 435.

79. Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 262; Oliverio de Paderbom, p. 124.

80. Véase la última parte del primer apartado, dirigido a la ciudad de Colonia y terminado poco después de la caída de Damieta en noviembre de 1219, Oliverio de Paderbom, p. 89.

81. Jaime de Vitry, *Lettres,* p. 141.

82. Jaime de Vitry, *Lettres,* pp. 135, 139; compárese con lo que señala Guillermo de Tyre en *History,* libro V, capítulo 10.

83. Respecto a estas obras proféticas y a los rumores relacionados con «David» y el «Preste Juan», véase Oliverio de Paderbom, pp. 89-91, 112-114; Jaime de Vitry, *Lettres,* pp. 141-153; Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 260; P. Pelliot, «Deux passages de *La Prophétie de Hanna, fils d'Isaac», Académie des Inscriptions et Belles Lettres, Mémoires,* 44, 1951, pp. 73-96; compárese con J. Richard, «L'Extréme-Orient légendaire au moyen age», *Orient et Occident,* París, 1976, n.° XXVI; Mayer, *Crusades,* p. 226; Powell, *Anatomy,* pp. 178-179.

84. Ibn al-Athir, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 264.

85. Ricardo de San Germano, *Chronica,* citado por Powell en *Anatomy,* p. 196. Para un estudio de las demás reacciones, véase Siberry, *Criticism of Crusading,* pp. 34-35, 85-86, 102-103, 107-108, 152-153, 165, 193.

86. Juan de Tubia, *De Johanne Rege Ierusalem, Scriptores Minores,* edición de Róhricht, pp. 138-139; *Eracles,* RHC Occ., II, pp. 346, 348-349. Oliverio de Paderbom, en las pp. 95-97 de su texto, ofrece un relato en el que se presenta una imagen notablemente aséptica del episodio.

87. Oliverio de Paderbom, p. 104.

88. Oliverio de Paderbom, pp. 101-102, 103-104; *Eracles,* RHC Occ., II, pp. 347, 349; Emoul, en Róhricht, *Testimonia Minora,* pp. 300-301.

89. Van Cleve, «Fifth Crusade», pp. 422-428; Powell, *Anatomy,* pp. 180-191. Compárese con lo señalado en Oliverio de Paderbom, pp. 114-134, así como en las cartas que recoge Rogelio de Wendover y que aparecen traducidas en las pp. 142-145; véase también *Eracles,* RHC Occ., II, pp. 350-352; y Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 261-266.

90. Peters, *Christian Society,* p. 144; compárese con la imagen similar que expone Oliverio de Paderbom en la p. 123 de su libro.

91. Oliverio de Paderbom, p. 132.

92. Véanse más adelante las pp. 745-747.

93. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 99-101.

94. No obstante, en Alemania se registró una cierta resistencia a la realización de nuevas prédicas: véase H. Hoogeweg, «Die Kreuzzpredigt des Jahres 1224», Deutsche Zeitschrift fiir Geschichtswissenschaft, 4, 1890, pp. 72-73.

CAPÍTULO 20. LAS CRUZADAS DE LA FRONTERA, EPISODIO PRIMERO.
CONQUISTAS EN ESPAÑA

1. Traducido por Holt en *Age of Crusades,* p. 27.
2. Traducido por J. y L. Riley-Smith en *Crusades,* p. 40.
3. Véase en este caso, y en términos generales, J. F. O'Callaghan, *Reconquest and Crusade in Medieval Spain,* Filadelfia, 2003; respecto al mito, véase P. Linehan, *History and the Historians in Medieval Spain,* Oxford, 1993.
4. Véase R. Fletcher, *Moorish Spain,* Londres, 1992, cuya introducción es muy comprensible, en especial las pp 35-38. Este texto está basado en la obra de R. W. Bulliet titulada *Conversión to Islam in the Medieval Period,* Cambridge, Massachusetts, 1979.
5. El estudio más importante sobre las bulas de las cruzadas de los siglos XI a XII es el de J. Goñi Gaztambide, *Historia de la bula de la cruzada en España,* Vitoria, 1958.
6. Según se afirma en la obra de R. I. Bums titulada *The Crusader Kingdom of Valencia,* 2 volúmenes, Cambridge, Massachusetts, 1967, así como en sus demás trabajos sobre la región, todos ellos innovadores.
7. Véanse los textos que cita O'Callaghan en *Reconquest,* p. 5.
8. O'Callaghan, *Reconquest,* pp. 185-187.
9. Cita tomada de Fletcher, *Moorish Spain,* p. 75.
10. Glaber, *Historiarum,* pp. 82-85.
11. D. Wasserstein, *The Rise and Fall of the Party Kings,* Princeton, 1985; para un planteamiento de España y de la guerra santa que corrige otros puntos de vista véase Bull, *Knightly Piety.*
12. Traducido por Fletcher en *Moorish Spain,* p. 99.
13. Fletcher, *Moorish Spain,* pp. 100-1 10; *idem, The Ouest for El Cid,* Londres, 1989.
14. Traducido por O'Callaghan en *Reconquest,* pp. 8, 30.
15. A. Ubieto Arteta, *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra,* Zaragoza, 1951, p. 115, nota 9.
16. O'Callaghan, *Reconquest,* p. 24 y nota 6, p. 228; véase en general R. Fletcher, «Reconquest and Crusade in Spain c. 1050-1150», *Transactions ofthe Royal Historical Society,* 37, 1987, pp. 31-47.
17. La frase es de R. Menendez Pidal, *La España del Cid,* Madrid, 1947,1, p. 147.

18. E. Emerton, *The Correspondence of Gregory VII,* Nueva York, 1969, p. 6; O'Callaghan, *Reconquest*, p. 29.

19. Contactos que impresionaron al obispo Pelayo de Orviedo (1101-1130, 1142-1143), en su *Chronicon regum Legionensium,* traducido por S. Barton y R. Fletcher en *The World ofEl Cid,* Manchester, 2000, pp. 87-88.

20. Véanse, por ejemplo, los textos que figuran en la obra de Barton y Fletcher, *World ofEl Cid, passim.*

21. Véase O' Callaghan, *Reconquest,* pp. 31-32 para la traducción; compárese con lo que se afirma en Riley-Smith, *First Crusade,* pp. 18-20.

22. Ubieto Arteta, *Diplomática Pedro I,* pp. 113, nota 6, y p. 115, nota 9.

23. *Historia Silense,* en Barton y Fletcher, *World of El Cid,* pp. 50-52.

24. *The Poem of the Cid,* edición y traducción de R. Hamilton, J. Perry e I. Michael, Londres, 1984 [Hay trad. cast.: *Poema de Mió Cid,* edición de Ian Michael, Madrid, Castalia, 2002. (TV. *de los t.)\,* respecto a la *Historia Roderici,* véase Barton y Fletcher, *World of El Cid,* pp. 90-147.

25. Véase el debate sobre este particular en R. Bartlett, *The Making of Europe,* Londres, 1994, pp. 240-242.

26. Véase el cruce de pareceres en N. Housley, *Religious Warfare in Europe 1400-1536,* Oxford, 2002, en especial las pp. 75-82, 201-204.

27. Mansi, *Sacrorum Conciliorum,* XXI, Venecia 1776, columna 284; para un relato en el que se refiere este asunto, véase O'Callaghan, *Reconquest,* pp. 32-41.

28. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p. 74.

29. R. Fletcher, *St James's Catapult,* Oxford, 1984, pp. 298-299.

30. E. Lourie, «The Will of Alonso I», *Speculum,* 50, 1975, pp. 635-651; A. Forey, «The Will of Alonso 1», *Durham University Journal,* 73, 1980, pp. 59-65; O'Callaghan, *Reconquest,* p. 40.

31. Véase Caffaro, *Annales lanuenses,* y la *Ystoria captionis Almarie et Turtuose,* edición de L. T. Belgrano, *Eonti per la Storia d'Italia,* II, Roma, 1890, pp. 33-35, 79-89; G. Constable, «The Second Crusade as Seen by Contemporaries», *Traditio,* 9, 1953, pp. 226-235; Eugenio III, «Epistola et privilegia», PL, CLXXX, columnas 1, 203-204.

32. *Colección de documentos inéditos de la Corona de Aragón,* edición de P. Bofarull *et al.,* Barcelona, 1847-1910, IV, pp. 314-315, n.° 128; compárese con N. Jaspert, «Tortosa and the Crusades», *The Second Crusade,* edición de Phillips y Hoch, pp. 90-110.

33. Fletcher, *Moorish Spain,* p. 213.

34. O'Callaghan, *Reconquest,* pp. 62-64, y compárese con lo indicado en las pp. 59-61.

35. Véanse más arriba las notas 33 y 34.

36. Véase en general Forey, *The Military Orders,* pp. 23-32.

37. O'Callaghan, *Reconquest,* pp. 148-149

38. Para un debate reciente, véase O'Callaghan, *Reconquest,* pp. 70-76; respecto a los precedentes económicos, véase *ibid.,* pp. 152-176.

39. O'Callaghan, *Reconquest,* pp. 102, 119; véase en general Bartlett, *Making ofEurope,* en especial las pp 197 a 242.

40. Véase P. E. Russell, *Prince Henry the Navigator,* New Haven y Londres, 2000; *idem,* «Some Fifteenth Century Eyewitness Accounts of Travel in the Atlantic Ocean before 1492», *Historical Research,* 66, 1993, pp.115-128.

41. Véase en general J. Muldoon, *Popes, Lawyers and Infidels,* Liverpool, 1979.

42. Housley, especialmente las pp. 75-82, 201-204.

43. Toribio Motolinia, *History of the Jndians of New Spain,* traducido por E. A. Foster, Berkeley, 1950, pp. 110-117. Agradezco a J.-J. López Portillo que me haya hecho tomar conciencia de este incidente.

44. Cita tomada de Housley, *Religious Warfare,* p. 202.

CAPÍTULO 21. LAS CRUZADAS DE LA FRONTERA, EPISODIO SEGUNDO. EL BÁLTICO Y EL NORTE

1. Bernardo de Claraval, *Letters,* n.° 394, p. 467; véanse más arriba las pp. 292-293, 304-05.

2. J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* pp. 75-77.

3. Véanse más arriba las pp. 221, 243-247.

4. Véanse más arriba las pp. 251-253; consúltese en general Lotter, «The Crusading Idea».

5. H. Richter, *«Militia Dei», Journeys Towards God,* B. N. Sargent-Baur, (comp.), Michigan, 1992, pp. 107-126.

6. La mejor crónica panorámica es la de Christiansen, *Northern Crusades',* véase también W. Urban, *The Baltic Crusade,* segunda edición, Chicago, 1994, y Bartlett, *Making ofEurope',* A. V. Murray, (comp.), *Crusade and Conversión on the Baltic Frontier 1150-1500,* Aldershot, 2001, en especial la bibliografía de las pp. 278-285, donde se enumeran referencias importantes.

7. Véase la nota 1 más arriba; Lotter, «The Crusading Idea», p. 292; véanse las distintas impugnaciones de los argumentos de Lotter que se encuentran en los análisis críticos de H. E. J. Cowdrey, *English Historical Review,* 94, 1979, pp. 166-167; y de J. Brundage, *Speculum,* 54, 1979, pp. 172-173.

8. Jense, «Denmark and the Second Crusade», p. 169. Éste es el tono de la mayor parte del relato de Helmoldo de Bosau, véase más adelante la nota 9.

9. Helmoldo de Bosau, *Chronicle,* pp. 169, 176-177.

10. Sobre el rechazo de la petición realizada por Enrique el León en Francfort, véase Otón de Freising, *Deeds of Frederick Barbarossa,* p. 76, y compárese con lo afirmado en la p. 79; véanse más arriba las pp. 292, 293.

11. Helmoldo de Bosau, *Chronicle,* p. 180.

12. Jaffé, *Monumento Corbeiensia,* p. 245; véanse más arriba las pp. 305-308.

13. Jense, «Denmark and the Second Crusade», en especial las pp. 165-172; véase, en general, T. Riis, *Les Institutions politiques centrales du Danemark 1100-1332,* Odense 1977.

14. *De Profectione Danorum,* en Gertz, *Scriptores,* II, pp. 465-467.

15. Traducido por Christiansen en *Northern Crusades,* p. 69, así como en la referencia de la nota 37.

16. PL, 200, columnas 860-861.

17. Helmoldo de Bosau, *Chronicle,* p. 188.

18. Enrique de Amberes, *Tractatus de captione urbis Brandenburg,* edición de O. Holder Egger, MGH, Hannover, 1880, p. 484; traducido por Bartlett en *Making ofEurope,* p. 35.

19. Helmoldo de Bosau, *Chronicle,* p. 221.

20. Compárese con lo que se indica en la traducción de J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p.77.

21. Sobre la peregrinación del año 1172, véase Amoldo de Lübeck, *Chronica Slavorum,* p. 10; véase en general, Helmoldo de Bosau, *Chronicle,* pp. 233, 242-245,254-264, 266-267,274-275, 281-282; Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 61-62, 69-70, 72; y Bartlett, *Making of Europe,* pp. 168,274-278.

22. Amoldo de Lübeck, *Chronica Slavorum,* p. 215.

23. Véase Enrique de Livonia, *Chronicon Livoniae,* edición de L. Arbusow y A. Bauer, Hannover, 1955, compárese con la traducción de J. Brundage en *The Chronicle of Henry of Livonia,* Madison, 1961, XIV, p. 11; véase también Christiansen, *Northern Crusades,* p. 95.

24. Enrique de Livonia, *Chronicon,* pag. 9.

25. Así se lo hizo saber Inocencio III a Valdemaro II, según se indica en J. y L. Riley-Smith, *Crusades,* p.78.

26. Para una serie de resúmenes, véase Forey, *The Military Orders,* en especial las pp. 32-39; y Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 79-83, 99-103, 128.

27. Véase Gregorio IX, *Registres,* edición de L. Auvray *et al.,* París,

1890-1955, n.° 2097, y en particular los números 2098 a 2102; Enrique de Livonia, *Chronicon,* pp. 23, 29, 31, 34, 92, 132; Christiansen, *Northern Crusades,* en especial las pp. 127, 128; y Bartlett, *Making ofEurope,* p. 195.

28. Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 95-97, 221-222, 224-225.

29. Traducido por Christiansen en *Northern Crusades,* p. 128.

30. Véanse, por ejemplo, las referencias y la traducción de la *Opus Maius* de Bacon, así como el *Opusculum tripartitum* de Humbert; véase también Christiansen, *Northern Crusades,* p. 152.

31. Véase Amoldo de Lübeck, «De conversione Livonie», *Chronica Slavorum,* pp. 212-231; y Enrique de Livonia, *Chronicon,* pp. 6-12 y ss.

32. PL, 215, columnas 428-430.

33. Respecto a la contribución a la Quinta Cruzada de Riga, véase Christiansen, *Northern Crusades,* p. 98; y Bartlett, *Making ofEurope,* p. 268.

34. Sobre Livonia, véase W. Urban, *Baltic Crusade',* y Christiansen, *Northern Crusades,* en especial pp. 93-104.

35. Sobre la Livonia posterior al año 1300, véase W. Urban, *The Livonian Crusade,* Washington, D. C., 1981. Véase en general, N. Housley, *The Later Crusades,* Oxford, 1992.

36. Además de los estudios de conjunto, véase T. Lindkvist, «Crusades and Crusading Ideology in the Political History of Sweden», *Crusade and Conversión,* Murray (comp.), pp. 119-196; y Jensen, «Denmark and the Second Crusade».

37. PL, 200, columnas 860-861.

38. Enrique de Livonia, *Chronicon,* p. 43.

39. Christiansen, *Northern Crusades,* en especial pp. 109-113, 132-137.

40. Véase la nota 39, e *ibid.,* pp. 177-198.

41. Para consultar referencias relacionadas con las *Revelationes S. Brigittae,* véase Christiansen, *Northern Crusades,* p. 176, nota 135 y pp. 190-192.

42. W. Urban, *The Prussian Crusade,* Lanham, 1980; Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 104-109, 199-226.

43. Gregorio IX, *Registres,* n.° 2097.

44. *Codex Diplomaticus Prussicus,* edición de J. Voigt, I, Kónigsberg, 1836-1861, pp.59-60.

45. Además de las obras de carácter general citadas, véase M. Burleigh, «The Military Orders in the Baltic», *New Cambridge Medieval History,* V, D. Abulafia (comp.), Cambridge, 1999, pp. 743-753.

46. E. N. Johnson, «The Germán Crusade in the Baltic», *History of the Crusades,* III, Setton (comp.), en especial pp. 572-573.

47. *Epistolae saeculi XIII e regestis pontificum romanorum,* edición de G. H. Pertz y C. Rodenberg, MGH, II, Berlín, 1887, n.° 5.

48. Voigt, *Codex Diplomaticus Prussicus,* I, pp. 59-60.

49. Alejandro IV, *Registres,* edición de C. Bourel de la Ronciére *et al.,* París, 1895-1953, n.° 3068.

50. Véase en general, Urban, *Livonian Crusade',* Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 138-198; y A. Ehlers, «The Crusade of the Teutonic Knights Reconsidered», *Crusade and Conversión,* Murray (comp.), pp. 21-44.

51. Véase Bruno de Olmütz, *Relatio,* edición de C. Hofler, «Analecta zur Geschichte Deutschlands und Italiens», *Abhandlungen der historischen Classe der Koniglich Bayerischen Akademie der Wissenschaften,* tercera serie, 4, 1846, pp. 1-28.

52. *Liv-, Esth-, und Curlandisches Urkundenbuch,* F. G. Bunge (comp.), Reval y Riga 1853-1910, II, n.° 630.

53. Véase en general, W. Paravicini, *Die Preussenreisen des europaischen Adels,* Sigmaringen 1989.

54. G. Chaucer, *General Prologue to The Canterbury Tales,* II, pp. 52-54.

55. Para lo que sigue, véase Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 266-276; y M. Keen, «Chaucer's Knight, the English Aristocracy, and the Crusade», *English Court Culture in the Later Middle Ages,* V. J. Scattergood y J. W. Sherbome (comps.), Londres, 1983.

56. *Calendar of Patent Rolls,* Negociado de registros públicos, Londres, 1901, *1367-1370,* pp. 24, 56, 57, 58, 64, 72, 127, 128.

57. *Calendar of Papal Registers,* IV, W. T. Bliss *et al.,* (comps.), Londres, 1893-1960, p. 19.

58. Véase J. Capgrave, *De lllustribus Henricis,* F. C. Hingeston, Colección Rolls, Londres, 1858, p. 99; compárese con lo que afirma Ehlers en «Crusade of the Teutonic Knights».

59. Para una referencia al relato de Enrique de Bolingbroke, véase Tyerman, *England and the Crusades,* p. 272, nota 55.

60. *Calendar of Cióse Rolls,* Negociado de registros públicos, Londres, 1902, *1374-1377,* p. 11.

61. Sobre estas facetas comerciales, véase Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 272-274.

62. Véase en general, Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 227-258; y M. Burleigh, *Prussian Society and the Germán Order 1410-1466,* Cambridge, 1984.

63. Respecto al debate, véase Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 231-241.

CAPÍTULO 22. SUPERVIVENCIA Y OCASO: LA TIERRA SANTA DE LOS FRANCOS EN EL SIGLO XIII

1. En general, véase Holt, *Age of the Crusades,* en especial, pp. 53-106, 238-53; Irwin, *Middle East,* pp. 21-84.

2. Por ejemplo, Runciman, *History of the Crusades,* iii, passim. (hay trad. cast.: Runciman, Steven, *Historia de las cruzadas,* traducción: Germán Bleiberg, Alianza Editorial, S.A, Madrid, 1973) Cf. Mayer, *Crusades,* esp. pp. 247-259, 272-288.

3. Edbury, *Cyprus.*

4. *Eracles,* RHC Occ., ii 313-315, 318, 347-348, 349.

5. Por ejemplo, Juan de Jaffa *Livre des Assises* (1264x66).

6. Véase el trabajo sobre Acre de D. Jacoby, *Studies on the Crusader States and on Venetian Expansión,* Northampton, 1989.

7. J. Riley-Smith, *The Feudal Nobility and the Kingdom ofJerusalem 1174-1277,* Londres 1973, p. 48 y refs.; Mayer, *Crusades,* pp. 278-279.

8. D. Jacoby, «Montmusard, Suburb of Crusader Acre», *Outremer,* ed. Kedar et al., pp. 205-217

9. Mateo de París, «Itinéraire de Londres á Jerusalem», ed. H. Michelant and G. Raynaud, *Itinéraires á Jerusalem,* Ginebra 1882, p. 137.

10. *Eracles,* p. 428, menciona que el ejército franco en la batalla de Gaza incluía 600 caballeros, con más o menos exactitud, la cifra estimada de reclutamiento del reino en la década de 1180. Con referencia al comercio: E. Ashtor, *Levant Trade in the Later Middle Ages,* Princeton 1983.

11. Riley-Smith, *Feudal Nobility,* pp. 175-184, 208-209; Edbury, *John oflbelin* pp. 67-68.

12. La descripción deWillibrando de Olbenburg del palacio de Ibelín en Beirut, que visitó en 1212, en *Peregrinatores medii aevi quatuor,* ed. J. C. *M.* Laurent, Leipzig 1864, pp. 66 y ss.

13. Marino Sañudo Torsello, *Secreta Fidelium Crucis,* ed. J. Bongars, Hanau 1611, ii, 1-33 (Libro 1).

14. Mayer, *Crusades,* pp. 278-279.

15. D. Jacoby, «L'Expansion occidentale dans le Levant: les Vénitiens á Acre dans la seconde moitié du treiziéme siécle», *Journal of Medieval History,* 3, 1977, pp. 225-264.

16. Trad. al inglés Kennedy, *Crusader Castles,* pp. 190-198.

17. *Les Gestes des Chiprois,* RHC Arm. ii, París 1906, libro III, trad. al inglés P. Crawford, *The Templar of Tyre: Part III of the «Deeds of the Cypriots», Aldershot* 2003, cap. 382.

18. Juan de Joinville, *The Life of St Louis,* trad. al inglés M. R. B. Shaw, *Chronicles of the Crusades,* Londres 1963, p. 252.

19. Véase Crawford, *Templar ofTyre,* pp. 4-5.

20. Holt, *Age of Crusades,* p. 93.

21. *Ibíd.* p. 509.

22. Por ejemplo, véase arriba, nota 9.

23. Mateo de París, *Chronica Majora,* IV, 488-489.

24. Gregorio X, *Registres,* ed. J. Guiraud y E. Cadier, París 1892-1906, números 160-161; cf. n.° 220; este consejo se analiza en P. Throop, *Criticism of the Crusade,* Ámsterdam 1940.

25. M. Barber, «The Crusade of the Shepherds in 1251», *Proceedings ofthe lOth Annual Meeting of the Western Society for French History,* ed. J. F. Sweet, Lawrence 1984; G. Dickson, «The Advent of the *Pastores»* (1251), *Revue Belge de Philologie et d'Histoire,* 66 (1988), pp. 249-267.

26. Con respecto a los tratados, véase T. Van Cleve, «The Crusade of Frederick II», *History of the Crusades,* ed. Setton, jj, pp. 455-456; P. Jackson, «The Crusades of 1239-1241 and Their Aftermath», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies,* 50 (1987), pp. 32-60.

27. *Eracles,* pp. 427-431; cf. pp. 562-566 con referencia a la continuación de la versión de Rothelin.

28. Holt, *Age of Crusades,* esp. pp. 86-88, 91-92, 102; Irwin, *Middle East,* pp. 37-102; C. Cahen, «The Mongols and the Near East», *History of the Crusades ii,* pp. 715-732.

29. Con respecto a las referencias acerca de las llegadas de tropas extranjeras, véase *Eracles,* pp. 441-478; C. J. Marshall, «The French Regiment in the Latin East 1254-1291», *Journal of Medieval History,* 15 (1989); acerca de Geoffrey (Godofredo) de Sergines, J. Riley-Smith, *What Were the Crusades?,* 3ª edición, Londres 2003, pp. 77-80; acerca de Olivier de Termes, véase Langlois, *Olivier de Termes,* pp. 128-134, 137-142,211-232.

30. J. R. Strayer, «The Crusade of Louis IX», *History oftbe Crusades,* ed. Setton, ii, 508.

31. Gregorio X, *Registres,* nos. 802-803; *Eracles,* p. 462.

32. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 125 y nota 59, p. 405.

33. En general, Runciman, *History of the Crusades, III,* 76-104, 171-233, 293-348, 387-423 (hay trad. east.: Runciman, Steven, *Historia de las cruzadas,* traducción: Bleiberg, Germán Alianza Editorial, S.A, Madrid, 1973, *[N. de los* í.]); Mayer, *Crusades,* esp. pp. 239-259, 272-288; Riley-Smith, *Feudal Nobility,* passim; Edbury, *John of Ibelin,* pp. 1-103 idem, *Cyprus,* pp. 23-100; Holt, *Age ofthe Crusades,* pp. 60-66, 82-104.

34. *Eracles,* p. 305.

35. Carlos de Anjou, quien en el año 1277 compró la reivindicación de María de Antioquía al trono de Jerusalén, véase más abajo pp. 731-732, 817-818.

36. *Eracles,* p. 220; Runciman, *History of the crusades,* iii, p. 93 y nota 2.

37. Edbury, *Cyprus,* p. 32.

38. Edbury, *Cyprus,* pp. 39-73.

39. *Eracles,* pp. 306-310.

40. Véase más arriba, cap. 19.

41. La fuente principal, aunque muy predispuesto en contra de los Hohenstaufen y a favor de los ibelinos, es Felipe de Novara, *The Wars of Frederick II Against the Ibelins,* trad. al inglés J. La Monte y M. J. Hubert, Nueva York 1936

42. Riley-Smith, *Feudal Nobility,* pp. 177-184.

43. P. Jackson, «The End of Hohenstaufen Rule in Syria», *Bulletin of the Institute of Historical Research,* 59 (1986), 20-36; D. Jacoby, «The Kingdom of Jerusalem and the Collapse of Hohenstaufen Power in the Levant», *Dumbarton Oaks Papers,* 40 (1986), 83-101.

44. Véase más arriba, nota 11. Simón desempeñó un papel fundamental en el establecimiento de la Comuna de Inglaterra en el año 1258.

45. Cf. Riley-Smith, *What Were the Crusades,* pp. 77-80.

46. Jacoby, «L'Expansion occidentale».

47. Edbury, *John oflbelin,* esp. pp. 96-97; Riley-Smith, *Feudal Nobility,* pp. 215-217.

48. Edbury, *John of Ibelin,* esp. p. 96; para los ejemplos, véase Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 312-316, 323-333.

49. Crónica de Ibn Furat trad. al inglés M. C. Lyons y J. Riley-Smith, *Ayyubids, Mamlukes and Crusaders,* ii, pp. 104-105, 113, 135, 164; *Eracles,* pp. 462, 479; Runciman, *History of the Crusades,* pp. 342-343; idem, «The Crusader States 1243-1291», *History ofthe Crusades,* ed. Setton, ii, 580, 584, 586; Riley-Smith, *Feudal Nobility,* pp. 28, 224; Edbury, *Cyprus,* pp. 91, 96 y nota 84.

50. Acerca de Juan y su libro de leyes, Edbury, *John oflbelin,* passim, cap. pp. 58-106. El texto del libro de Juan en RHC Lois, i.

51. Juan de Joinville, *Life of Louis,* pp. 203-204, 269-270, 295, 297.

52. Edbury, *John of Ibelin,* p. 106. Con referencia a la datación de «Bracton», *De Legi bus et consuetudinibus Angliae,* ed. y trad. al inglés S. E. Thome, Cambridge, Mass. 1968-1977.

53. H. Buchtal, *Miniature Painting in the Latin Kingdom of Jerusalem,* Oxford 1957; J. Folda, *Crusader Manuscript Illumination at Saint-Jean dAcre 1275-1291,* Princeton 1976; idem, «Art in the Latin East», *Oxford Illustrated History of the Crusades,* ed. Riley-Smith, pp. 66-90.

54. Por ejemplo, Kennedy, *Crusader Castles;* D. Pringle, «Architecture in the Latin East», *Oxford Illustrated History ofthe Crusades,* ed, Riley-Smith, pp. 260-283.

55. A. Jotischky, *The Perfection Solicitude: Hermits and Monks in the Crusader States,* Philadelphia 1995.

56.Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 297.

57. Para un comentario, véase Edbury, *Cyprus,* esp.pp. 39-73e idem, *John oflbelin,* pp. 1-103.

58. Riley-Smith, *Feudal Nobility,* pp. 220-228; Edbury, *Cyprus,* pp. 90-100; Mayer, *Crusades,* pp. 282-287.

59. *Gestes des Chyprois,* Arm. ii, libro iii, y Crawford,*Templarof Tyre,* cap. 410; Gabrieli, *Arab Historians,* p. 343.

60. Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 326-333.

61. Véase más abajo, pp. 818-822.

62. Ludolph of Suchem, *Liber de Itinere Terrae Sanctae,* ed. F. Deycks, Stuttgart 1851, p. 89

CAPÍTULO 23. LA DEFENSA DE TIERRA SANTA, 1221-1244

1. Waverley Annals, *Annales Monastici,* ed. Luard, ii, 295.

2. *Regesto del cardinale Ugolino d'Ostia,* ed. G. Levi (Roma 1890).

3. Baratier, «Une prédication de la croisade á Marseille», pp. 690-699.

4. *Archives de 1'Hotel Dieu de París,* ed. L. Bride (París 1894), n.° 203, pp. 87-88.

5. Por ejemplo, en 1237, el caso de la tierra de Peter de Erdington en Shropshire, *Curia Regia Rolls* (Londres 1922-), xvi 31 n.° 115.

6. Roger de Wendover, *Flores,* ii, 323.

7. N. Vincent, *Peter des Roches,* Cambridge, 1996, p. 234.

8. Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* p. 86 y notas 249-251 para referencias.

9. S. Lloyd, «Political Crusades in England c.ll 15-1117 and c.1263-1265», *Crusade and Settlement,* ed. Edbury, pp. 113-120; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 144-151.

10. F. M. Powicke, *The Thirteenth Century,* Oxford 1962, p. 80.

11. Thibaut de Champaña, *Seigneurs, sachiez: oui orne s'en ira* 1. 18 «The ashy people will remain behind», trad. al inglés M. Routledge, *An Eyewitness History of the Crusades,* ed. C.J. Tyerman, Folio Society (Londres 2004), iv, p. 269; Rutebeuf, *La desputizions dou croisié et dou descroisié* en *Onze poémes concemant la croisade,* ed. J. Bastin y E. Faral, París 1946, pp. 84-94.

12. Vincent, *Peter des Roches,* p. 252. y referencias en nota 118.

13. En general, T. C. Van Cleve, *The Emperor Frederick II of Hohenstaufen,* Oxford 1972, pp. 158-233; idem, «The Crusade of Frederick II», pp. 429-462; D. Abulafia, *Frederick II,* Londres 1988, pp. 148-201; Mayer, *Crusades,* pp. 228-238.

14. Van Cleve, *Frederick II,* p. 229.

15. Veáse más arriba p. 491.

16. Véase la crónica contemporánea de Ibn Wasil en Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 267-268, 269-270; Maqrizi, *Histoire d'Egypte,* trad. al inglés E. Blocquet, *Revue de l'Orient Latin,* 9 (1901), 509-510 parece basada en esto.

17. MGH *Constitutiones et Acta publica Imperatorum et Regum, iv* (Hanover 1866), ed. L. Weiland, IV-ii, 129-131, n.° 102.

18. Ricardo de San Germano, *Chronica,* ed. G. H. Pertz, MGH SS, xix (Hanover 1866), 347-349, cf. pp. 343-344; Vincent, *Peter des Roches,* pp. 238-239 y referencias en notas 52 y 53.

19. Vincent, *Peter des Roches,* pp. 233-234.

20. Véase más arriba, nota 13.

21. Vincent, *Peter des Roches,* pp. 229-258; K. R. Giles, «Two English Bishops in the Holy Land», *Nottingham Medieval Studies,* 31 (1987), pp. 46-57; Lloyd, *English Society,* en el índice, bajo «Peter des Roches», «William Brewer», etc.; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 99-101.

22. *Calendar of Patent Rolls 1225-1232,* pp. 90-91; Vincent, *Peter des Roches,* pp. 235-239 con referencia a las finanzas del obispo Peter.

23. Roger de Wendover, *Flores,* ii, 323; *Calendar of Libérate Rolls* (Public Record Office, Londres 1916-1964), *1226-1240,* p. 93 para Aubigny.

24. A. Forey, «The Military Order of St Thomas of Acre», *English Historical Reviexv, 92* (1977), pp. 481-503.

25. Holt, *Age of Crusades,* pp. 63-65; cf. R. S. Humphreys, *From Saladin to the Mongols: The Ayyubids of Damascus* (Albany 1977).

26. Jean de Joinville, *Histoire de St Louis,* ed. N. M. Wailly (París 1868), pp. 69-70.

27. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 268.

28. Sibt Ibn al-Jauzi, Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 273-274; cf. pp. 272-273 para la crónica de Ibn Wasil.

29. Giovanni Codagnelli (un notario de Piacenza fl. 1200-1230), *Annales Placentini,* ed. O. Holder-Egger, *Scriptores Rerum Germanicarum* (Hanover 1901), pp. 85-86.

30. J. L. Huillard-Bréholles, *Historia Diplomagtica Friderici Secundi* (París 1852-1861), iii, 23-30; Gregorio IX, *Registres,* nos. 178-179.

31. Según el hostil Felipe de Novara, *Wars of Frederick II,* p. 73; para los preparativos, véase, Ricardo de San Germano, *Chronica,* pp. 348-349.

32. Roger of Wendover, *Flores,* ii, pp. 351 -352 y en general, pp. 364-373. Con referencia a los acontecimientos de 1227-1229, véase *Eracles,* pp. 363-375; Felipe de Novara, *Wars of Frederick II,* pp. 73-92 (quien enfatiza la confrontación de Federico con los ibelinos en Chipre).

33. Con referencia a esta correspondencia y otros intercambios, véase, *Eracles,* pp. 369-372; Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 267-275.

34. Traducciones, Van Cleve, *Frederick II,* p. 217, y véanse notas 3 y 4.
35. Van Cleve, *Frederick II,* p. 21, nota 5.
36. *Gabrieli, Arab Historians,* p. 270.
37. Van Cleve, *Frederick II,* pp. 219-220, reconstruye el tratado que no ha sobrevivido.
38. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 271; en general pp. 270-271,273-274.
39. La encíclica de Geroldo en la que condena a Federico está traducida en Peters, *Christian Society,* pp. 165-170, a partir de la versión de Mateo de París.
40. Riley-Smith, *Feudal Nobility,* pp. 171-172.
41. Trad. al inglés Peters, *Christian Society,* pp. 164-165.
42. Ricardo de San Germano, *Chronica,* p. 355.
43. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 270.
44. Roger de Wendover, *Flores,* ii, p. 372; trad. al inglés Peters, *Christian Society,* p. 556.
45. Véase más arriba pp. 725-727.
46. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 275.
47. Felipe de Novara, *Wars of Frederick II,* p. 91; cf. pp. 87-92 con referencia a la oposición a Federico.
48. Van Cleve, *Frederick II,* p. 528 y nota 1.
49. The Rothelin Continuation of William of Tyre, *Eracles,* pp. 526-527, y, con referencia a lo que sigue, pp. 526-556 y, con referencia a la propia Eracles Continuation, pp. 413-422, trad. al inglés J. Shirley, *Crusader Syria in the Thirteenth Century* (Aldershot 1999), p. 38 y, en general pp. 38-58, 123-129.
50. Con referencia a 1239-1241, salvo el estudio general del contexto, véase S. Painter, «The Crusade of Theobald of Champagne and Richard of Comwall», *History of the Crusades,* ed. Setton, ii, pp. 463-485; Lloyd, *English Society,* esp. pp. 22, 58, 83, 86, 90, 92-93, 136, 149, 151, 178, 182; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 101-108; P. Jackson, «The Crusades of 1239-1241 and Their Aftermath», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies,* 50 (1987), 32-60.
51. Thibaut de Champagne, *«Seigneurs Sachiez: oui or ne s'en ira»,* trad. al inglés Routledge, *«Eyewitness History of the Crusades»,* ed. Tyerman, iv, 268.
52. Roger de Wendover, *Flores,* iii, pp. 104-107; Gregorio IX, *Registres,* nos. 2.180-2.189.
53. Gregorio IX, *Registres,* n.° 2.664.
54. Gregorio IX, *Registres,* nos. 3.923, 3.926.
55. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 104-106, con referencia a los arreglos económicos de Ricardo.
56. Gregorio IX, *Registres,* n.°4.107; Painter, «Crusade», p. 466.

57. Mateo de París, *Chronica Majora,* iii, 368-3699.

58. Mateo de París, *Chronica Majora,* iv, Dunstable Annals, *Annales Monastici,* ed. Luard, iii, p. 152

59. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 104-105; Painter, «Crusade», p. 466.

60. *Eracles,* pp. 527-528; Thomas Wykes, *Chronicon, Annales Monastici,* ed. Luard, iv, 86-87.

61. Mateo de París, *Chronica Majora,* iii, p. 620; en general, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 103-104, 107.

62. Lloyd, *English Society,* pp. 83-84, 136; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 103-104.

63. Painter, «Crusade», p. 469.

64. La crónica más detallada se encuentra en la continuación de Rothelin de Guillermo de Tiro, *Eracles,* pp. 531-546; trad. al inglés Shirley, *Crusader Syria,* pp. 41-50, para la cita, véase p. 46.

65. Eracles, p. 554 Shirley, *Crusader Syria,* p. 57.

66. Painter, «Crusade», p. 482.

67. Gregorio IX, *Registres,* nos. 3.363, 3.633, 4.027, cf. 4.315.

68. Anales Burton, *Annales Monastici,* ed. Luard, i, 265-267; Mateo de París, *Chronica Ma/ora,* iv, pp. 38-43.

69. Mateo de París, *Chronica Majora,* iii, 620.

70. Trad. al inglés Routledge, *Eyewitness History of the Crusades,* ed. Tyerman, iv, p. 290; cf. Shirley, *Crusader Syria,* p. 55.

71. Mateo de París, *Chronica Majora,* iv, p. 71.

72. Lloyd, *English Society,* para el contrato, véase Apéndice 5, y con respecto a los comentarios véanse pp. 135-137.

73. *Eracles,* p. 532; Shirley, *Crusader Syria,* p. 42.

74. *Eracles,* pp. 531-532; Shirley, *Crusader Syria,* p.. 41.

75. *Eracles,* pp. 533-536, 538-539; Shirley, *Crusader Syria,* pp. 42-44, 45-46.

76. El major análisis de estas maniobras se encuentra en Jackson, «Crusades of 1239-1241».

77. *Eracles,* p. 554; Shirley, *Crusader Syria,* p. 57.

78. Mateo de París, *Chronica Majora,* iv, pp. 138-144.

79. Véase más arriba, p. 726.

80. D. Pringle, «King Richard 3 and the Walls of Ascalon», pp. 143-146.

81. *Eracles,* p. 421; Shirley, *Crusader Syria,* p. 129.

82. Mateo de París, *Chronica Majora,* iv, pp. 107, 143-145, 211-212, 218.

83. *Eracles,* p. 556; Shirley, *Crusader Syria,* p. 8.

Capítulo 24. Luis IX **y la caída del reino continental de Ultramar** 1244-1291

1. Véase más arriba, capítulo 22.

2. *Eracles,* p. 564 y en general pp. 561-566; Shirley, *Crusader Syria,* p. 65 y pp. 66-66.

3. Holt, *Age of the Crusades,* p. 66; Irwin, *Middle East,* pp. 18-19.

4. A. Potthast, *Regesta Pontificum Romanorum* (Berlín 1874-18755), n.° 11.491, 31 Dec. 1244.

5. La crónica clásica, aunque no necesariamente precisa, escrita más de sesenta años más tarde es la de Jean de Joinville, *Life ofLouis,* p. 191; con referencia a las implicaciones místicas de la cruz, véase cf. Mateo de París, *Chronica Majora,* iv, pp. 397-398; cf. Tyerman, *Invention of the Crusades,* pp. 82-83. Para comentarios modernos en ingles, véase especialmente W. C. Jordán, *Louis IX and the Challenge of the Crusade* (Princeton 1979), esp. pp. 3-13; J. Richard, St *Louis: Crusader King of France,* ed. S. Lloyd, trad. al inglés J. Birrell (Cambridge 1993), pp. 99-112; Strayer, «Crusades», pp. 487-508.

6. Mateo de París, *Chronica Majora,* iv, pp. 397-398; v, p. 3-4; para Guillermo, véase P. Biller, *The Measure of Multitude* (Oxford 2000), cap. 3, y esp. p. 85.

7. Potthast, *Regesta,* n.° 11.492; Mateo de París, *Chronica Majora,* iv, pp. 410-412; cf. p. 391 con referencia a una reunión entre Luis, Inocencio IV y un futuro cruzado, el duque de Borgoña, en Citeaux el día de la Santa Cruz, el 14 de septiembre de 1244.

8. Potthast, *Regesta,* n.° 11.491; T. Rymer, *Foedera* (3ª ed. Londres 1745), I-i, 148-149 (bula de cruzada a Enrique III, 23 de enero de 1245); F. M. Delorme, «Bulle d'Innocent IV pour la croisade», *Archivum Franciscanum Historicum, 6* (1913), 386-389; cf. Maier, *Preaching,* p. 62 y ss.

9. *Analecta Novissiena Spicilegii Solesmensis,* ed. J. P. Pitra (París 1885-1888), ii, pp. 331-332 (Sermón XII de Odo de Cháteauroux); en general para sus sermones de cruzada n.° XI, XII, XIV, XV, veánse pp. 328-333.

10. Tyerman, *England and the Crusades,* esp. pp. 111-113 y refs.

11. Maier, *Preaching,* p. 70 y, en general, pp. 62-70.

12. Inocencio IV, *Registres,* ed. E. Berger (París 1884-1921), n.° 2.935.

13. Maier, *Preaching,* pp. 67, 140-142; Eudes Rigaud, *Regestum visitad,* ed. E. Bonnin (Rouen 1853), p. 733; Tyerman, *Invention of the Crusades,* pp.44-45.

14. Maier, *Preaching,* pp. 101-102.

15. Con referencia al reclutamiento, Jordán, *Louis IX,* pp. 14-34, 65-104; Richard, *St Louis,* pp. 99-112.; Strayer, «Crusades», pp. 487-493.

16. Jordán, *Louis IX,* p. 66.

17. Inocencio IV, *Registres,* n.° 2.644.

18. *Etablissements et coutumes, assises et arrest de l'échiquier de Normandie au treiziéne siecle,* ed. M. A. J. Marnier (París 1839), p. 201; *Layettes du Trésor des Chartes,* ed. A. Teuler et al. (París 1863-1909), ii, n.° *3.560.*

19. Juan de Joinville, *Life of Louis*, p. 292.

20. Véase especialmente Jordán, *Louis IX,* pp. 35-64; R. Bartlett, «Louis IX, Towns and Enquéteurs Réformateurs», *Journal of Medieval History,* 5 (1979).

21. Jordán, *Louis IX,* p. 149.

22. RHGF, p. xxi, 404. Con referencia a las finanzas, Jordán, *Louis IX,* pp. 65-204.

23. Con referencia a cifras y cálculos, Jordán, *Louis IX,* pp. 94-99.

24. RHGF, xxi, p. 540; Inocencio IV, *Registres,* n.° 3.708.

25. Eudes de Rigaud, *Regestum visitad,* p. 733.

26. Inocencio IV, *Registres,* n.° 3.708.

27. Maier, *Preaching,* p. 67.

28. Véase el caso de Hugo de Rodez, Maier, *Preaching,* pp. 243-245.

29. RHGF, xxi, pp. 532-540; Jordán, *Louis IX,* pp. 79-82; Strayer, «Crusades», pp. 490-491.

30. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 298.

31. Jordán, *Louis IX,* pp. 100-102, y tabla p. 102.

32. RHGF, xxi, pp. 513-515, trad. al inglés J. y LRiley-Smith,*Crusades,* pp. 149-152 con referencia a los gastos de 1250-1253; cf. Jordán, *Louis IX,* pp. 78-104; Strayer, *«Crusades»,* pp. 492, 504.

33. A. Jal, *Pacta Naulorurn, Documents historiques inédits,* ed. M. Champollion-Figéac (París 1841-1843), i, 605-609; ii, 51-57; L. T. Belgrano, «Une charte de nolis de S. Louis», *Archives de VOrient Latín,* 2 (1884), 231-236.

34. Jal, *Pacta Naulorurn,* ii, pp. 66-67; RHGF, xxi, 283, cf. pp. 223-224, 260-284.

35. Juan de Joinville, *Life of Louis,* pp. 320-321; Jal, *PactaNaulorum,* p. 63; Strayer, «Crusades», p. 492; Jordán, *LouisIX,* p. 103.

36. Mateo de París, *Chronica Majora,* v, 93; WP, pp. 112-113.

37. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 197; Jordán, *Louis IX,* p. 76, nota 82 para los comentarios y referencias al cerdo salado.

38. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 191-192, 194-197.

39. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 195.

40. Richard, *St Louis,* pp. 99-112 resume los planes, preparativos y partida de Luis; con referencia a las reliquias de la Pasión, véase Angold, *Fourth Crusade,* pp. 237-240.

41. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* p. 297. Para las narrativas modernas y comentarios en inglés acerca de la campaña egipcia, Strayer, «Crusades», pp. 493-504; Richard, *St Louis,* pp. 113-152; Hole, *Age of Crusades,* pp. 82-84; *Irwin, Middle East,* pp. 19-27. El relato más vivido es la crónica de Juan de Joinville, *Life* of *Louis,* pp. 195-264; la continuación Rothelin de Guillermo de Tiro incluía una importante carta de Jean Sarasin y otros detalles, *Eracles,* pp. 566-571, 589-623; Shirley, *Crusader Syria,* pp. 66-69, 85-108.

42. Juan de Colonna, RHGF, xxiii, p. 19, con referencia a los barcos.

43. Para un comentario reciente, P. Jackson, *The Mongols and the West* (Londres 2005), esp. caps. 3-7.

44. Jackson, *Mongols,* pp. 87-93 y refs.

45. Una descripción del bien informado Jean Sarasin, *Eracles,* pp. 569-571; Shirley, *Crusader Syria,* pp. 68-69; Juan de Joinville, *Life of Louis,* pp. 197-198, 282-283; cf. Jackson, *Mongols,* pp. 98-100.

46. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* p. 288, y en general pp. 282-288.

47. Véase la sórdida pero seria fascinación que muestra Mateo de París a través de su *Chronica Majora,* por ejemplo iv, pp. 76-78, 270-277, 386-389; con referencia a su dibujo del presunto canibalismo de los mongoles, M. R. James (ed.), «The Drawings of Matthew Paris», *Walpole Society,* 14 (1925-1926), n.° 86. Con referencia a la importancia cultural e intelectual de esta apertura al este para dirigir el escrutinio occidental, Bi-11er, *Measure of Multitude,* cap. 9, esp. pp. 227-235.

48. Con referencia a las cantidades, Strayer, «Crusades», pp. 493-494.

49. Acerca de este contingente, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 108-110; Lloyd, *English Society,* p. 137, y notas 105-106 para las referencias.

50. *Eracles,* p. 571; Shirley, *Crusader Syria,* p. 69.

51. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* pp. 203-204.

52. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* p. 224.

53. *Eracles,* p. 592; Shirley, *Crusader Syria,* p. 87.

54. lbn Wasil, Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 286, 288 y en general para la campaña del Nilo, pp. 284-302.

55. Jean de Joinville, *Histoire* (texto en francés), p.140; Juande Joinville, *Life of Louis,* p. 262, omite el detalle de que el francéshabíallegado a Egipto con la Quinta Cruzada.

56. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* p. 210.

57. Tras su propio interludio en el poder, en el verano de 1250,se casó rápidamente con su sucesor, el emir turco Aybak.

58. *Eracles,* pp. 594-595; Shirley, *Crusader Syria,* p. 89.

59. Con referencia a la madera para las máquinas de guerra, Juande

Joinville, *Life of Louis,* pp. 213-217; *Eracles,* p. 600; Shirley, *Crusader Syria,* pp. 92-93.

60. Con referencia a la victoria y derrota en al-Mansura, Juan de Joinville, *Life ofLouis,* pp. 218-242; cf. la versión Rothelin, *Eracles,* pp. 599-616; Shirley, *Crusader Syria,* pp. 92-103; Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 288-295.

61. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 90.

62. Juan de Joinville, *Life ofLouis,*p. 225.

63. Juan de Joinville, *Life ofLouis,*p. 222.

64. Juan de Joinville, *Life ofLouis,*p. 224.

65. Juan de Joinville, *Life ofLouis,*p. 222.

66. P. Colé, D. L. d'Avray, J. Riley-Smith, «Application of Theology to Current Affairs: Memorial Sermons on the Dead of Mansourah and on Innocent IV», *Historical R.esearch,* 62 (1990), 227-247, esp. el sermón de Odo de Cháteauroux sobre Reyes 2,1:18, el lamento de David por la muerte de Jonatán.

67. Con referencia a los actos heroicos de Longspee y las primeras leyendas, Mateo de París, *Chronica Majora,* v, 76-77, 105-109, 116-117, 130-134, 138-144, 147-175, 201-204 (p. 254 para «mártir evidente»), 254, 280-281. S. Lloyd, «William Longspee II: The Making of an English Hero», *Nottingham Medieval Studies,* 35 (1991), 41-69 y con T. Hunt, 36 (1992), pp. 79-225.

68. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 291.

69. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 239.

70. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 292; Juan de Joinville, *Life ofLouis,* p. 237; *Eracles,* p. 610; Shirley, *Crusader Syria,* p. 99.

71. *Eracles,* p. 611; Shirley, *Crusader Syria,* p. 100.

72. Citado en Richard, St *Louis,* p. 125.

73. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* p. 243.

74. Ibn Wasil, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 294.

75. Richard, *St Louis,* p. 125; Juan de Joinville, *Life ofLouis,* capta el caos, el abatimiento y el temor, pp. 240-244.

76. Abu Shamah, *Livre des DeuxJardins,* RHC Or., v (París 1906), 196; cf. Gabrieli, *Arab Historians,* p. 302, a partir de la compilación del siglo xv de Maqrizi.

77. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 263; una suma exagerada.

78. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* pp. 246-250.

79. El comentario de Ibn Wasil, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 298; con referencia al golpe, pp. 295-298; Juan de Joinville, *Life ofLouis,* pp. 251-256.

80. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* pp. 258-260.

81. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* p. 256.

82. Véase arriba, pp. 777-779, y cap. 22, p. 727.

83. *The Mission of Friar William of Rubruck,* ed. P. Jackson y D. Morgan, Hakluyt Society, serie 2, n.° 173 (Londres 1999), pp. 1-55 (Introducción); pp. 59-278 para el informe del fraile a Luis IX; Jackson, *Mongols,* pp. 99-100.

84. Una posible lectura del informe de Joinville: ¿Por qué estaba el rey vadeando con el agua hasta el pecho? ¿Por qué el viento del sur era tan importante en la marcha hacia el sur en noviembre de 1249? Cf. véanse dudas similares en Mateo de París, *Chronica Majora,vi, Additamenta,* p. 154; Guillaume de Nangis, RHGF, xx, 370.

85. El sentido del informe de Maqrizi acerca del gesto desafiante y de la negativa a contemplar un acuerdo negociado, Gabrieli, *Arab Historians,* p. 301.

86. Mateo de París, *Chronica Majora,* v, 105-106.

87. Mateo de París, *Chronica Majora,* v, 160-161; cf. Richard, St. *Louis,* pp. 119, 127.

88. Mateo de París, *Chronica Majora,* v, 107; vi, 163; cf., v, 116-117 para los fondos enviados a Luis desde Occidente. Con referencia a las insinuaciones de una política árabe similar, Gabrieli, *Arab Historias,* pp. 294, 299, 300-301.

89. *Liber Secretorum fidelium Crucis, Gesta Dei Per Francos,* ed. Bongars, vol. 2.

90. Mateo de París, *Chronica Majora,* v, 147; con referencia a otras reacciones, v, 170-173, 254, 280-281. Cf. trad. al inglés, R. Vaughan, *Chronicles of Matthew París* (Londres 1984), p. 239, y p. 256 para los disturbios en Italia.

91. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 241.

92. El *Chronicon* de St Laúd de Ruán, RHGF, XXIII, 395. En general, M. Barber, «The Crusade of rhe Shepherds in 1251», *Proceedings of the lOth Annual Meeting of the Western Society for French history,* ed. J. Sweet (Lawrence 1984), pp. 1-23; G. Dickson, «The Advent of the *Pastores* (1251)», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire,* 66 (1988), pp. 249-267.

93. Para algunas fuentes primarias, las crónicas de Primat, Juan de Colonna y St Laúd, RHGF, XXIII, 8-9, 123-124, 395-396; Mateo de París, *Chronica Majora,* v, pp. 246-254, p. 248 con referenica al énfasis sobre el Cordero como símbolo; Salimbene di Adam, *Chronicle,* ed. y trad. al inglés J. L. Baird (Binghampton 1986), p. 453.

94. Mateo de París, *Chronica Majora,* v, p. 253.

95. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 318.

96. Véase, además de Jordán y Richard, J. Le Goff, *St Louis* (París 1996).

97. *Chartes de Terre Sainteprovenant de l'Abbaye de Notre Dame de Josaphat,* ed. H. F. Delaborde (París 1880), pp. 105-106, n.° L.

98. Jackson, *Mongols,* esp. pp. 113-128 para una investigación reciente; cf. Holt, *Age of Crusades*, pp. 86-92; Irwin, *Middle East,* pp. 30-36.

99. *Eracles,* pp. 63y-638; Shirley, *Crusader Syria,* pp. 117-119.

100. Para Baibars, Irwin, *Middle East,* pp. 37-61; Holt, *Age of Crusades,* pp. 90-98. La mejor crónica de sus campañas es la de Ibn Furar, *Ayyubids, Mamluks and Crusaders,* ed. y trad. al inglés U. y M. C. Lyons y J. S. C. Riley-Smith (Cambridge 1971.).

101. La mejor narración moderna es la de Richard, *St Louis,* pp. 293-332; cf. Strayer, «Crusades», pp. 508-518; Jordán, *Louis IX,* pp. 214-218.

102. Jal, *Pacta Naulorum,* i, 516 y ss. Las principales crónicas que informan de ello son las de los monjes de St. Denis, Primat, RHGF, XXIII, 39-61 y la crónica asociada de Guillaume de Nangis en su biografía de Luis IX, RHGF, xx, pp. 438-462.

103. *Diplomatic Documents (Chancery and Exchequer),* i, ed. P. Chaplais (Londres 1964), n.°419.

104. Lloyd, *English Society,* cap. 4, «The Crusade of 1270-1272: A Case Study» y el Apéndice 4 contienen la mejor crónica de la organización de la expedición; cf. Strayer, «Crusades», pp. 509-513, 515; Richard, *St Louis,* pp. 306-315; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 124-132.

105. Acerca de estos preparativos, Richard *St Louis,* pp. 325-329.

106. Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 345.

107. Thomas Wykes, *Chronicon, Annales Monastici,* ed. Luard, iv, pp. 217-218.

108. J. R. Maddicott, «The Crusade Taxation of 1268-1270 and the Development of Parliament», *Thirteenth Century Englaad,* ed. P. Coss y S. Lloyd, II (Woodbridge 1990).

109. *Eracles,* pp. 457-458.

110. El dominicano Geoffroy de Beaulieu, RHGF, xx, p. 20, y en general pp. 20-24.

111. Una aspiración confirmada por el confesor de Luis, el dominico Geoffroy de Beaulieu, RHGF, xx, pp. 21, 25.

112. Esta agradable leyenda se encuentra en Guillaume de Saint-Pathus, *Vie de St Louis,* ed. H.-F. Delaborde (París 1899), pp. 253-255; pero cf. Geoffroy de Beaulieu, RHGF, xx, p. 23 y Guillaume de Nangis, RHGF, xx, pp. 460-461, confirmada por el testimonio de otro testigo presencial, uno de los hijos de Luis, Pierre d'Alen9on; Juan de Joinville, *Life of Louis,* p. 349; con referencia a Geoffroy administrando la extrema unción, Primat, RHGF, XXIII, p. 57.

113. Richard, *St Louis,* pp. 329-332; Strayer, «Crusades», pp. 516-517.

114. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 131 y 407; con refe-

rencia a la cruzada de Eduardo, véase más arriba, nota 104 y pp. 720 y 722

115. Lloyd, *English Society,* pp. 144-148; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 126-130.

116. Juan de Joinville, *Life ofLouis,* p. 163, cf. p. 351.

117. Por ejemplo, por los funcionarios de Felipe VI en la década de 1330.

118. Mayer, *Crusades,* p. 283; Throop, *Criticism,* p.232 y passim.

119. Throop, *Criticism,* pp. 129-130 para la crónica de Jaime I de Aragón que asistió a la reunión.

120. Para un comentario acerca de estos consejos, Throop, *Criticism,* pp. 69-213; pero cf. Siberry, *Criticism of Crusading,* para un punto de vista diferente, véase Mayer, *Crusades,* pp. 320-321.

121. Ed. H. Finke, *Konzilienstudien zur Geschichte des 13 Jahrhunderts* (Munster 1891), Anhang, pp. 113-117; trad. al inglés N. Housley, *Documents on the Later Crusades 1274-1580* (Basingstoke 1996), pp. 16-21. Véanse los comentarios de Riley-Smith, *Short History,* pp. 176-178.

122. Throop, *Criticism,* p. 228.

123. Gregorio X, *Registres,* n.° 569.

124. P. Guido, *Radones decimarum Italiae nei secoli Xllle Xiv. Tuscia: la decima degli anni 1274-1290, Studi e Testi,* LVIII (Ciudad del Vaticano 1932), esp. pp. xli-xliii.

125. Jackson, *Mongols,* pp. 165-195.

126. Salimbene di Adam, *Chronicle,* pp. 504. 505.

127. Mayer, *Crusades,* p. 286.

128. Holt, *Age of Crusades,* p. 102.

129. *Gestes des Chiprois,* m, y Crawford, *Templar ofTyre,* caps. 473 y 474; Runciman, *History ofthe Crusades,* pp. 405-406.

130. Véase más arriba, cap. 22, p. 732; la mejor crónica de los francos de Ultramar es la de Templario de Tiro, trad. al inglés Crawford, cap. *Templar ofTyre,* 396-516; cf. Ibn Furat, *Ayyubids.*

131. Ismai u Abu'l Fida, trad. al inglés Holt, *Age* of *Crusades,* p. 204; con referencia a un punto de vista desde el interior acerca del sitio de Acre, Crawford, *Templar ofTyre,* caps. 482-508; cf. Runciman, *History of the Crusades,* iii, p. 424, nota 2 para fuentes occidentales; Gabrieli, *Arab Historians,* pp. 344-350.

132. Holt, *Age* of *Crusades,* p. 104.

133. *Gestes des Chyprois,* 111 y Crawford, *Templar ofTyre,* cap. 513.

134. Runciman, *History of the Crusades,* ni, p. 423; Mayer, *Crusades,* p. 287.

CAPÍTULO 25. LAS CRUZADAS ORIENTALES EN LA BAJA EDAD MEDIA

1. J. Moorman, *A History ofthe Franciscan Order* (Oxford 1968), p. 436.

2. B. Kedar y S. Schein, «Un projet de "passage particulier"», *Bibliothéque de l'Ecole des Chartes,* 137 (1979), 221; Philippe de Méziéres, *Epistre Lamentable,* ed. K. de Lettenhove en Froissart, *Chroniques,* xvi (Bruselas 1872), p. 491.4

3. Philippe de Méziéres, *Le Songe du Vieil Pélerin,* ed. G. W. Coopland (Cambridge 1969); N. lorga, *Philippe de Méziéres (1327-1405) et la croisade au XlVe siécle* (París 1896); C. J. Tyerman, «Marino Sañudo Torsello and the Lost Crusade: Lobbying in the Fourteenth Century», *Transactions ofthe Royal Historical Society,* 5th series, vol. 32. (1982), pp. 57-73.

4. John Froissart, *Chronicles* of *England, France, Spain, etc.,* trad. al inglés T. Johnes (Londres 1839), **ii,** 584-588; Tyerman, «Sañudo».

5. Bibliothéque Nationale (París), MS Latin 11015 fols. 32 recto-54 verso para el tratado de Guido, fols. 3 recto-41 recto para la sección sobre venenos.

6. Bongars, *Geste Dei Per Francos,* pp. 30-31, 36-37, 75-77; F. Cardini, «I costi della crociata», *Studi in memoria di Frederigo Melis* (Nápoles 1978), pp. 179-210; N. Housley, «Costing the Crusade», *The Experience of Crusading,* i, ed. M. Bull y N. Housley (Cambridge 2003), p. 48.

7. *Le Voyage d'Outremer de Bertrandon de la Brocquiére,* ed. C. Schéfer, *Recueil de voy ages et de documents pour server á l'histoire de la géographie depuis le xiiie jusqu 'á la fin du xvie sicle,* XII (París 1892), pp. 267-274, esp. p. 274.

8. Benedetto Accolti, *De bello a Christiani contra Barbaros Gesta,* RHC Occ., v, pp. 532-533 y ss.; cf. un útil resumen, M. Meserve, «Italian Humanists and the Problem of the Crusade», *Crusading in the Fifteenth Century,* ed. N. Housley (Basingstoke 2004), pp. 23-38.

9. Para una útil investigación general, N. Housley, *The Later Crusades* (Oxford 1992).

10. C. J. Tyerman, «Philip V of France, the Assemblies of 1319-1320 and the Crusade», *Bulletin of the Institute of Historical Research,* 57 (1984), pp. 15-34; idem, «Sed Nihil Fecit? The Last Capetians and the Recovery *of* the Holy Land», *War and Government in the Middle Ages,* ed. Gillingham y Holt, pp. 170-181.

11. C. J. Tyerman, «Philip VI and the Recovery of the Holy Land», *English Historical Review,* 100 (1985), pp. 25-52.

12. Felipe V a Luis, conde de Clermont, Julio de 1319, Archives Nationales (París) MS JJ 60, n.° 100.

13. Philippe de Méziéres, *Songe du Vieil Pélerin,* i, pp. 399

14. P. Edbury, «The Crusading Policy of Peter I of Cyprus», *Eastern Mediterranean Lands,* ed. P. M. Holt (Warminster 1977), pp. 90-105; idem, *Cyprus,* pp. 161-179; Setton, *Papacy and the Levant,* I, pp. 225-284.

15. Reproducido en Riley-Smith, *Oxford Illustrated History* of *the Crusades,* frente a p. 276.

16. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 289-293; A. Luttrell, «English Levantine Crusaders 1363-1367», *Renaissance Studies, 2* (1988), pp. 143-153.

17. Philippe de Méziéres, *The Life* of *St Peter Thomas,* ed. J. Smet (Roma 1954); Guillaume de Machaut, *La Prise d'Alexandre,* ed. L. de Mas Latrie (Ginebra 1877), traducido en la actualidad por. J. Shirley y P. Edbury, *The Capture ofAlexandria* (Aldershot 2004).

18. T. Walsingham, *Historia Anglicana,* ed. H. T. Riley, Rolls Series (Londres 1863-1864), 1, pp. 301-302.

19. *Canterbury Tales,* Prólogo General, 1. 52.

20. Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* p. 139 nota 41.

21. Maier, *Preaching,* pp. 52-56; cf. pp. 167-169 con referencia a la cruzada de Drenther.

22. E. Baluze, *Miscellaneorum,* 1 (París 1678), pp. 165-195.

23. Véase más abajo, pp. 343-374, 894-905.

24. D. Wilkins, *Concilia Magnae Britanniae et Hibemiae* (Londres 1773-1737), m, pp. 588 (Oct. 1464); cf. el futuro papa utilizando la misma frase en el año 1454, L. d'Achéry, *Spicilegium* (París 1723), m, pp. 795-796.

25. Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* p. 37 y nota 20; Setton, *Papacy and the Levant,* 1, p. 202.

26. Muldoon, *Popes, Lawyers and Infidels,* passim y esp. pp. 88-89, 119-131; Housley, *Later Crusades,* pp. 288, 308-310.

27. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 289, 293, 355.

28. Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 147-151.

29. En general, Forey, *The Military Orders,* pp. 204-241.

30. Para opiniones y referencias, A. Leopold, *How to Recover the Holy Land* (Aldershot 2.000), esp. pp. 19, 34, 78, 178-179.

31. La mejor crónica es la de M. Barber, *The Trial of the Templars* (Cambridge 2978); cf. Barber, *New Knighthood,* pp. 280-313.

32. S. Schein, «Philip IV and the Crusade: A Reconsideration», *Crusade and Settlement,* ed. Edbury, pp. 121-126.

33. Christiansen, *Northern Crusades,* pp. 151, 231-241.

34. Forey, *The Military Orders,* p. 2.40.

35. Acerca de los otomanos, C. Imber, *The Ottoman Empire 1300-1481* (Estambul 1990); H. Inalcik, *The Ottoman Empire: The Classical Age 1300-1600* (Londres 1973); acerca de Bizancio, D. Nicol, *The Last Centuries of Byzantium 1261-1453* (Londres 1972).

36. Setton, *Papacy and the Levant,* pp. 195-223; E. L. Cox, *The Green Count of Savoy* (Princeton 1967).

37. Wilkins, *Concilio,* ni, 587. Para una opinión reciente, N. Bisaha, «Pope Pius II and the Crusade», *Crusading in the Fifteenth Century,* pp. 39-52.

38. *Documents on the Later Crusades 1274-1580,* ed. N. Housley (Basingstoke 1996), p. 149.

39. Tyerman, *England and the Crusades, p.* 320.

40. A. Linder, *Raising Arms: Liturgy in the Struggle to Libérate Jerusalem in the Late Middle Ages* (Tumhout 2003), pp. 179, 189-190.

41. Setton, *Papacy and the Levant,* p. 245; Housley, *Later Crusades, p.* 40.

42. Véase más arriba nota 35.

43. Citado en Housley, *Later Crusades,* p. 64.

44. Housley, *Later Crusades,* pp. 90-91 proporciona una práctica crónica resumida.

45. Schéfer, *Voy age d'Outremer,* esp. pp. 181-199, cuando conoció a Murad II; con referencia a Boucicaut, *Le livre des Faicts de bon Messire Jean le Maingre dit Boucicaut,* ed. M. Petitot, *Collection des mémoires relatives á l'histoire de France,* vi y vil (París 1819).

46. Meserve, «Italian Humanists», pp. *26-21,* 35.

47. N. Oikonomides, «Byzantium between East and West», *Byzantium and the West,* ed. J. Howard-Johnston, Byzantinische Forschung, XIII (Ámsterdam 1988), pp. 326-327 y nota 27. La situación en las ciudades griegas era bastante más resistente.

48. En general, D. Geanakoplos, «Byzantium and the Crusades», *History* of *the Crusades,* ed. Setton, m, 27-103; J. Guill, *Byzantium and the Papacy 1198-1400* (New Brunswick 1979); Nicol, *Last Centuries of Byzantium.*

49. R. Manselli, «II cardinale Bessarione contro il periculo turco e Pltalia*», Miscellanea franciscana,* 73 (1973), pp. 314-326.

50. S. Runciman, *The Fall of Constantinople* (Cambridge 1965).

51. Adam of Usk, *Chronicon,* ed. y trad. al inglés. E. M. Thompson (Londres 1904), pp. 57, 220.

52. J. Cabaret d'Oronville, *La Chronique de bon duc Loys de Bourbon,* ed. A. M. Chazaud (París 1876), pp. 228-257; Froissart, *Chronicles,* ii, pp. 434-449, 465-477, 481-484; en general, Setton, *Papacy and the Levant,* i, pp. 329-341.

53. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 278-280.

54. Cabaret d'Oronville, *Chronique,* p. 257; algunos nobles franceses fallecieron en el camino de regreso.

55. J. J. N. Palmer, *England, France and Christendom* (Londres 1972),

esp. pp. 180-210; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 294-302; cf. Philippe de Méziéres, *Letter* to *Richard II: A Plea Made in 1395for Peace between England and France,* trad. al inglés G. W. Coopland (Liverpool 1975).

56. Por ejemplo, la fuente principal de la crónica francesa, *Chronique du religieux de Saint-Denys, contenant le régne de Charles VI,* ed. L. Bellaguet (París 1839), 11, esp. pp. 428-429; en general A. S. Atyia, *The Crusade of Nicopolis* (Londres 1934); Setton, *Papacy and the Levant,* i, pp. 342-369; Housley, *Later Crusades,* pp. 73-81.

57. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 300-301 y refs.

58. M. Keen, *Chivalry* (New Haven 1984), esp. pp. 179-199, esp. p. 195 (Orden del Barco); con referencia a la Orden del Nudo y la cruzada, Bibliothéque Nationale (París), MS Fr. 4274, fol. 6, reproducido en E. Hallam (ed.), *Chronicles ofthe Crusades* (Londres 1989), p. 2.

59. Subrayado por J. Paviot, «Burgundy and the Crusade», *Crusading in the Fifteenth Century,* ed. Housley, pp. 71, 204, nota 11.

60. Runciman, *History ofthe Crusades,* ni, p. 462.

61. Setton, *Papacy and the Levant,* 1, p. 352.

62. *Religieux de Saint-Denys,* 11, p. 498.

63. Froissart, *Chronicles,* 11, cap. xci y p. 654.

64. Méziéres, *Epistre,* pp. 444-523.

65. J. Paviot, *Les Ducs de Bourgogne, la croisade et l'Orient* (París 2003); cf. R. Vaughan, *Philip the Good* (Londres 1970), pp. 268-274, 334-372.

66. Por ejemplo, Olivier de la Marche, *Mémoires,* ed. H. Beaune y J. d'Arbaumont (París 18831888), 1, pp. 83-84.

67. Paviot, *Ducs de Bourgogne,* pp. 201-238, esp. p. 238 con referencia a la escasez de libros sobre los turcos del duque Felipe.

68. Para un resumen, J. Paviot, «Burgundy and the Crusade», pp. 71-73, 75-77, 79-80; *Discours de voyage d'Oultremer,* ed. C. Schefer, *Revue de l'Orient Latin,* 3 (1895), pp. 303-342.

69. El *Avis* de Torcello y la evaluación de Brocquiére, Schefer, *Voyage d'Oultremer,* pp. 263-274; cf. *Oeuvres de Ghillebert de Lannoy,* ed. C. Potvin (Lovaina 1878).

70. R. J. Walsh, «Charles the Bold and the Crusade», *Journal of Medieval History,* 3 (1977), pp. 53-87.

71. Housley, *Later Crusades,* p. 108; Walsh, «Charles the Bold», p. 56.

72. M.-T. Carón, *Les Voeux du faison, noblesse enféte, esprit de croisade* (Tumhout 2003), esp. pp. 120-125; pp. 133-167 para los votos (p. 253 para el de Lannoy); Paviot, *Ducs de Bourgogne,* pp. 129-135; pp. 308-323 para la crónica de Oliver de la Marche; cf. la Marche, *Mémoires, ed.* J. A. C. Buchón (París 1836), pp. 494-496.

73. Paviot, *Ducs de Bourgogne,* p. 238: «la croisade chez Philippe le Bon etait un réve chevaleresque» («la cruzada en el castillo de Felipe el Bueno era un sueño de caballeros»),

74. Paviot, *Ducs de Bourgogne,* p. 132.

75. O. Halecki, *The Crusade of Varna* (Nueva York 1943); Housley, *Later Crusades,* pp. 85-89.

76. Runciman, *Fall of Constantinople,* para una elegante y elegiaca narración.

77. Citado en, Bisaha, «Pius II and Crusade», p. 40.

78. Bisaha, «Pius II and Crusade»; J. Helmrath, «The Germán *Reichstage* and the Crusade», *Crusading in the Fifteenth Century,* ed. Housley, pp. 53-69.

79. W. R. Lunt, *Financial Relations of the Papacy with England* (Cambridge, Mass. 1939-1962), II, passim para los ingresos por indulgencias y fiscales; Housley, *Later Crusades,* pp. 99-103.

80. *Voyage d'Oultremer,* p. 339.

81. J. Hofer, *Giovanni da Capestrano* (L'Aquila 1955); N. Housley, «Giovanni da Capistrano and the Crusade of 1456», *Crusading in the Fifteenth Century,* ed. idem, pp. 94-115; Housley, *Later Crusades,* pp. 203-204, 408-410. Acerca del impacto, nótese el romance en inglés tardo-medieval, *Capystranus.*

82. Setton, *Papacy and the Levant,* II, p. 235.

83. J. M. Bak, «Hungary and Crusading in the Fifreenth Century», *Crusading in the Fifteenth Century,* ed. Housley, p. 117.

84. Housley, «Capistrano», p. 108, para un punto de vista algo diferente.

85. Housley, *Later Crusades,* pp. 104-105 para un resumen; cf. «Capistrano», p. 111

86. Citado en Housley, *Later Crusades,* p. 108; en general, ahora, Bisaha, «Pius II and Crusade'.

87. Véase más arriba, nota 86.

88. Wilkins, *Concilia,* m, 587-594; véase la versión francesa en la corte de Borgoña, Carón, *Voeux dufaison,* pp. 167-185.

89. Bisaha, «Pius II and Crusade», pp. 50-51.

90. M. Mallett, *The Borgias* (Londres 1969), p. 92.

91. Runciman, *History ofthe Crusades,* p. 467.

92. Piccolomini a Calixto III en 1458, citado en Bak, «Hungary and Crusading», p. 119; cf. N. Housley acerca de la imagen en el *antemurale, Religious Watfare in Europe 1400-1536* (Oxford 2002).

93. Tyerman, *England and the Crusade,* pp. 315-316.

94. Jean d'Auron, *Chronique de Louis XII,* ed. R. de Maulde la Claviére (París 1889-1895), II, pp. 396-397; Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* pp. 95, 152 nota 292.

95. D'Auton, *Chronique,* i, pp. 166-167.

96. N. Tanner, *The Decrees of the Ecumenical Councils* (Londres y Washington, DC 1990), pp. 595, 607, 609-614, 651, 653-654, 796-797.

97. Setton, *Papacy and the Levant,* 486.

CAPÍTULO 26. LA CRUZADA Y LA SOCIEDAD CRISTIANA EN LA BAJA EDAD MEDIA

1. E. Riant, *Péleñnages des Scandinaves en Terre Sainte* (París 1865), p. 398; aparentemente, los habitantes de Groenlandia pagaban los impuestos de cruzada con colmillos de morsa.

2. *The Works of Francis Bacon,* ed. J. Spedding et al., vil (Londres 1859), p. 1-36.

3. Méziéres, *Epistre,* pp. 467, 473.

4. *Archives administratives de la ville de Rheims,* ed. P. Varin, ii (París 1843), pp. 273-274, 665.

5. Thomas Walsingham, *Historia Anglicana,* ed. H. T. Riley, Rolls Series (Londres 1863-1864), II, p. 95; Paviot, Ducs *de Bourgogne,* pp. 171-172.

6. Giles de Muisis, *Chronicon majas,* ed. J. J. Smet, *Recueil des Chroniques de Flandres,* n (Bruselas 1841), 216.

7. Inocencio IV, *Registres,* n.° 2.644; N. Housley, «Politics and Heredes in Italy: Anti-Heretical Crusades, Orders and Confratemities 1200-1500», *Journal of Ecclesiastical History,* 33 (1982), 193-208; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 261, 285.

8. *Chronique parisienne anonyme de 1316 á 1339,* ed. A. Hellot, *Mémoires de la société de l'histoire de París,* xi (1885), pp. 29-30; pp. 102-103; X. du Boisrouvray, «L'Eglise collégiale et la confrérie du St Sepulchre á París 1325-1791», *Positions des théses de l'école nationale des chartes* (París 1953), pp. 33-35; para referencias completas, C. J. Tyerman, *The French and the Crusades 1313-1336* (tesis doctoral no publicada, Oxford 1981), pp. 138-141.

9. S. Schein, *Fideles Crucis; The Papacy, the West and the Recovery of the Holy Land 1274-1314* (Oxford 1991), cap. 7, pp. 219-238; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 240-242; Housley, *Later Crusades,* pp. 27-28.

10. Hellot, *Chronique parisienne anonyme,* p. 46 y generalmente pp. 46-48.

11. Jean XXII, *Lettres secretes et curiales relatives á la France,* ed. A. Coulon et al. (París 1900—), n.° 1.116.

12. En general, M. Barber, «The Pastoureaux of 1320», *Journal of*

Ecclesiastical History, 32 (1981), 143-166; Tyerman, «Philip V of France», 15-34; Tyerman *French and Crusades,* pp. 99-101.

13. N. Housley, «Crusading as Social Revolt: The Hungarian Peasant Uprising of 1514», *Journal of Ecclesiastical History,* 49 (1998), 1-28; J. M. Bak, «Hungary and Crusading in the Fifteenth Century», *Crusading in the Fifteenth Century,* ed. Housley, esp. pp. 117, 126-127.

14. La sugerencia es del Dr. L. S. Ettre, a quien le agradezco que la haya compartido conmigo.

15. A. S. Atiya, *The Crusade in the Later Middle Ages* (Londres 1938), pp. 410, 441, 443, 445, 450, 458, 465-466, 522, 527; *History ofthe Crusades,* ed. Setton, m, pp. 85-87, 306-309, 652-653.

16. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 268, 271, 274, 292; St John's Gate MSS, L. H. Butler, documentos, notas, calendarios y transcripciones de los archivos de Malta, A. O. M. 356, fols. 232. verso 237 y 242.

17. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 314-315, 355 y refs.

18. *Scrope and Grosvenor Controversy,* ed. N. H. Nicolás (Londres 1832), cotejada por C. G. Young (Chester 1879), 1, pp. 124-125; en general, Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 274, 281, 289, 292, 429 nota 91, 431 nota 132; cf. M. H. Keen, «Chaucer's Knight, the English Aristocracy and the Crusade», *English Court Culture in the Later Middle Ages,* ed. V. J. Scattergood and J. W. Sherborne (Londres 1983), pp. 45-61.

19. Housley, *Later Crusades,* p. 282.

20. Sir Thomas Malory, *La Morte D'Arthur,* ed. S. H. A. Shepherd (Nueva York 2004), p. 697; cf. pp. 149 y 689 para las ambiciones cruzadas de Arturo [hay trad. cast.: Sir Thomas Malory, *La muerte de Arturo,* trad. Francisco Torres Oliver, Editorial Siruela, Madrid 1994 (*N. de los* /.)].

21. Tyerman, *England and the Crusades,* esp. pp. 304-306.

22. *Chronique de quartre premiers Valois,* ed. S. Luce (París 1852), p. 128.

23. Tyerman, *England and Crusades,* p. 305; cf. para la colección de libros del ducado de Borgoña, Paviot, *Ducs de Bourgogne,* pp. 201-238.

24. Véase ahora R. Tzanaki, *Mandeville's Medieval Audiences* (Aldershot 2003); para las cruzadas, el Prólogo, por ejemplo, M. C. Seymour (ed.), *Mandeville's Travels* (Oxford 1967), pp. 1-4. [La cita en castellano procede de Juan de Mandavila, *Libro de las maravillas del mundo y del viaje de la Tierra Santa de Jerusalén y de todas las provincias y ciudades de las Indias y de todos los ombres monstruos que ay por el mundo,* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante; Fundación José Antonio de Castro, Madrid 2006. Edición digital a partir de *Viajes medievales. Tomo 1,* edición y prólogo de Joaquín Rubio Tovar, Fundación José Antonio de Castro, Madrid 2005.

http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveOhras/12470528711268273987213/019509.pdf?incr=l *(N. de los t.)* 1.

25. A. Goodman, *The Loyal Conspiracy* (Londres 1975), pp. 81-82, cf. p. 78 para más recuerdos de cruzada. Con referencia a la heráldica Heraclius, véase MS n.° 98 en la exposición de la Royal Academy, 2003-2004, «Illuminating the Renaissance: The Triumph of Flemish Manuscript Painting in Europe», por el «Maestro de Eduardo IV» (Catálogo de la Royal Academy de S. McKendrick et al., Londres 2003); con referencia a Heraclius como rey de Francia en el siglo xiv, Bibliothéque nationale de France, ms Fr. 2813, *Grandes Chroniques de France,* fol. 70 verso.

26. A. Gransden, *Historical Writing in England c. 550 to the Early Sixteenth Century* (Londres 1974-1982), 11, pp. 231-232.

27. Housley, *Later Crusades,* p. 393; Keen, *Chivalry,* p. 216.

28. Paviot, «Burgundy and Crusade», p. 73; la escena de 1378 fue ilustrada en la obra contemporánea *Grandes chroniques de France,* Bibliothéque nationale de France, ms Fr. 2813, fol. 473 verso.

29. Linder, *Raising Arms.*

30. Linder, *Raising Arms,* p. 102; cf. pp. 363-364.

31. Linder, *Raising Arms,* p. 359.

32. Comentado en Tyerman, *Invention of the Crusades,* pp. 72-74.

33. Por ejemplo. Lunt, *Financial Relations.*

34. Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* p. 62.

35. *The Westminster Chronicle,* ed. y trad. al inglés L. C. Héctor y B. F. Harvey (Oxford 1982), pp. 32-33 (cf. pp. 34-37 acerca de la venta de indulgencias); J. A. Brundage, *«Crucesignati:* The Rite for Taking the Cross in England», *Traditio,* 22 (1966), 289 ff.

36. Tyerman, *Invention of the Crusades,* pp. 76-83; idem, *England and the Crusades,* pp. 307-309.

37. M. Andrieu, *Le Pontifical Román au moyen âge* (Vaticano 1940), iii, pp. 30, 228, 243, 330; M. Purcell, *Papal Crusading Policy* (Leiden 1975), p. 200.

38. *Literae Cantuariensis,* ed. J. Brigstocke Sheppard, Rolls Series (Londres 1887-1889), iii, p. 239, n.° 1.051; *Registrum Abbatiae Johannis Whethamstede,* ed. H. T. Riley, Rolls Series (Londres 1872-1873), ii, pp. 91-192.

39. Véase más arriba, p. 873.

40. Trad. al inglés Serton, *Papacy and the Levant,* ii, p. 235.

41. Véase más arriba, cap. 1 y refs.; para Hostiensis, *Suma Aurea* (Venecia 1574), pp. 1.141-1.142; Russell, *Just War,* p. 205.

42. Véase el agudo comentario de Mayer, *Crusades,* pp. 320-321.

43. Housley, «Crusades against Christians».

44. Para lo que sigue, S. Lloyd «"Political Crusades" in England», Tyerman, *England and the Crusades,* cap. 6, pp. 133-151.

45. En general, J. R. Strayer, «The Political Crusades of the Thirteenth Century», *History of Crusades,* ed. Setton, pp. 343-375; N. Housley, *The Italian Crusades* (Oxford 1982), que más bien evita algunos de los temas fundamentales al empezar el estudio en el año 1254; las biografías de Federico II por Van Cleve y Abulafia.

46. Véase J. Dunbabin, *Charles 1 ofAnjou* (Londres 1998).

47. S. Runciman, *The Sicilian Vespers* (Cambridge 1958).

48. En general, Housley, *Later Crusades,* cap. 8, pp. 235-266; N. Housley, *The Avignon Papacy and the Crusades 1305-1378* (Oxford 1986).

49. Housley, *Italian Crusades,* p. 137 y nota 116 para un contraste contemporáneo con las cruces de Tierra Santa.

50. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 333-340 y refs.

51. Héctor y Harvey, *Westminster Chronicle,* pp. 33, 36-37, 39.

52. John Wyclif, *Polemical Works in Latin,* ed. R. Buddensieg (Londres 1883), II, p. 582.

53. PE. Russell, *English Intervention in Spain and Portugal in the Time of Edward III and Richard 11* (Oxford 1955), esp. pp. 173-525; J. Edwards, «Reconquista and Crusade in Fifteenth-century Spain», *Crusading in Fifteenth Century,* ed. Housley, p. 167.

54. Tyerman, *Invention of the Crusades,* p. 103; idem, *England and the Crusades,* p. 359 y nota 74; Setton, *Papacy and the Levant,* III, pp. 1-141 para una discusión exhaustiva sobre Julio II

55. Para un resumen, Housley, *Later Crusades,* pp. 249-260, 482; idem, *Religious Warfare,* pp. 33-61.

56. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 359-367.

57. Tyerman, *Invention* of *the Crusades,* p. 103.

58. Housley, *Religious Warfare,* pp. 195-197.

59. Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 343-345,351-352, 362-367.

60. R. C. Schwoebel, *The Shadow ofthe Crescent: The Renaissance Image of the Turk* (Nieowkoop 1967); J. W. Bohnstedt, *The Infidel Scourge of God: The Turkish Menace as Seen by Germán Pamphleteers of the Reformation Era,* Transactions of the American Philosophical Society (Philadelphia 1968), 1-58; M. J. Heath, *Crusading Commonplaces* (Ginebra 1986); Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* pp. 100-109.

61. G. Bumet, *History of the Reformation,* ed. E. Nares (Londres 1830), iv, p. 32.

62. R. Holinshed, *Chronicles of England and Ireland* (1587, reimpresión Londres 1808-1809), iii, pp. 262-264.

63. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 137 y refs. nota 18.

64. *Albert von Beham und Regesten Papst Innocenz IV,* ed. C. Hofler (Stuttgart 1847), pp. 16-17.

65. Véase más arriba, nota 44.

66. Véanse más arriba notas 41 -42, para Hostiensis; para Lille, *Lois et coutumes de la ville de Lille,* ed. E. B. J. Brun-Lavainne y J. Roisin (Lille 1842), pp. 308-309; para Florencia, F. Cardini, «Crusade and "Presence of Jerusalem" in Medieval Florence», *Outremer,* ed. Kedar et al., p. 341.

67. *Epistolae Saeculi XIII,* ed. Pertz y Roderberg, pp. 161-162, n.° 214.

68. Tyerman, *Invention ofthe Crusades,* p. 33 y nota 9; cf. Méziéres, *Songe du Vieil Pélerin.*

69. Trad. al inglés Housley, *Documents,* pp. 31-35.

70. C. J. Tyerman, *Fighting for Christendom* (Oxford 2004), esp. pp. 183-189; idem, *England and the Crusades,* cap. 12; Housley, *Religious* Warfare, passim (véase índice bajo *«antemurale Christianitatis»* y «national feeling»),

71. En 1089 con referencia a Tarragona, al sur de Barcelona; véase trad. al inglés y ref. O'Callaghan, *Reconquest,* p. 31.

72. Cardini, «"Presence of Jerusalem"», passim; Housley, *Later Crusades,* pp. 107-108; idem, *Religious* Warfare, pp. 30-31, 80-83.

73. James es alabado en fuentes contemporáneas, como por ejemplo Ambroise o el *Itinerarium* y aparece en *exempla* del siglo XIII; para Longspee véase más arriba, pp. 793-794.

74. Tyerman, *England and the Crusades,* p. 317 y refs. notas 7 y 8.

75. *Annales Regis Edwardi Primi,* un fragmento de St Alban's impreso en William Rishanger, *Chronica,* ed. H. T. Riley, Rolls Series (Londres 1865), p. 439; Tyerman, *England and the Crusades,* pp. 332-333 y refs. nota 30.

76. Bibliothéque nationale de France, ms Fr. 2628, fol. 328.

77. Trad. al inglés Housley, *Religious* Warfare, p. 27.

78. Trans. Housley, *Documents,* pp. 132-133.

79. C. J. Tyerman, «Holy War, Román Popes, and Christian Soldiers: Some Early Modem Views on Medieval Christendom», *The Medieval Church: Universities, Heresy and the Religious Life,* ed. P. Biller and R. B. Dobson (Woodbridge 1999), esp. pp. 301-305.

80. *Rotuli Parliamentorum* (Londres 1767-1777), II, p. 362; Tyerman, *England and the Crusades,* esp. pp. 326-333 para lo que sigue.

81. Cf. A. K. McHardy, «Liturgy and Propaganda during the Hundred Years War», *Studies in Church History,* 18, ed. S. Mews (Oxford 1982), 215-227; W. R. Jones, «The English Church and Propaganda during the Hundred Years War», *Journal* of *British Studies,* 19 (1979), pp. 18-30.

82. Froissart, *Chronicles,* I, p. 756.

83. *Gesta Henrici Quinti,* ed. F. Taylor y J. S. Roskell (Oxford 1975), p. 79.

84. Taylor y Roskell, *Gesta Henrici Quinti,* pp. 101-113.

85. J. Le Golf, *La Civilisation de l'Occident médiéval* (París 1964), **p.** 98; pero cf. el brevísimo resumen de M. Balard, «Notes on the Economic Consequences of the Crusades», *Experience of Crusading,* ii, ed. Edbury and Phillips, pp. 233-239.

86. En general, Leopold, *How to Recover the Holy Land,* Housley, *Later Crusades,* cap. 13; más interesante, el original y brillante P. Biller, *The Measure of Multitude* (Oxford 2000), 2ª parte, «The Map of the World»; cf. Tzanaki, *Mandeville's Audiences.*

87. Hayton, *Flos historiarum terre orientis,* RHC Arm., II, pp. 113-363; Pierre Dubois, *De Recuperatione Terrae Sanctae,* ed. C. V. Langlois (París 1891), trad. al inglés W. Brandt, *The Recovery of the Holy Land* (Nueva York 1956).

88. En general, Muldoon, *Popes, Lawyers and Infldels.*

89. Trad. al inglés Housley, *Documents, pp.* 169-173; con referencia a la mentalidad cada vez más mesiánica de Colón, y parte de su contexto cultural, A. Milhou, *Colón* y *su mentalidad mesiánica* (Valladolid 1983).

90. C. Colón, *Los Cuatro viages del admirante y su testamento* (Madrid 1964), pp. 213-214.

91. M. H. Letts, *Mandeville 's Travels: Text and Translations,* Hakluyt Society, vols. 101-102 (Londres 1953), II, p. 332. [La cita en castellano procede de Juan de Mandavila, *Libro de las maravillas del mundo y del viaje de la Tierra Santa de Jerusalén y de todas las provincias y ciudades de las Indias y de todos los ombres monstruos que ay por el mundo,* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante; Fundación José Antonio de Castro, Madrid 2006. Edición digital a partir de *Viajes medievales. Tomo 1,* edición y prólogo de Joaquín Rubio Tovar, Fundación José Antonio de Castro, Madrid 2005.

http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12470528711268273987213/0195()9.pdf?incr= i *(N. de los* /.)].

92. Letts, *Mandeville's Travels,* ii, 334; cf Tzanaki, *Mandeville's Audiences,* p. 90, y para la circumnavigación, pp. 88-91.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

La presente bibliografía no pretende ser exhaustiva, sino solo señalar algunas fuentes importantes y otras secundarias traducidas al inglés. Para una búsqueda más detallada de algún tema específico es fundamental consultar las notas.

GENERAL

Fuentes principales

Bédier, J., *Les Chansons de croisade,* París, 1909.
Brundage, J., *The Crusades: A Documentary Survey,* Milwaukee, 1962.
Gabrieli, F., *Arab Historians ofthe crusades,* Londres, 1984.
Riley-Smith, J. y L., *The crusades: Idea and Reality 1095-1274,* Londres, 1981.

Material secundario

Barber, M., *The New Knighthood: A History fo the Order of the Temple,* Cambridge, 1994 (hay trad. east., *Templarios: la nueva caballería,* Martínez Roca, Barcelona, 2001).
Brundage, J., *Medieval Canon Law and the Crusader,* Madison, 1969.
Erdmann, K., *The origin ofthe Idea ofthe Crusade,* traducción de M. W. Baldwin y W. Goffart, Princeton, 1977.
Flori, J., *La Guerre sainte: la formation de l'idée de croisade dans l'Occident chrétien,* París, 2001 (hay trad. east., *La guerra santa:*

la formación de la idea de cruzada en el occidente cristiano, Trotta, Madrid, 2003).
Forey, A. J., *The Military Orders,* Londres, 1992.
Goñi Gaztambide, J., *Historia de la bula de la cruzada,* Vitoria, 1958.
Hillenbrand, C., *The Crusades: Islamic Perspectives,* Edinburgo, 1999.
Holt, P. M., *The Age ofthe Crusades: The Near Eastfrom the Eleventh Century to 1517,* Londres, 1986.
Kedar, B. **Z.,** *Crusade and Mission: european approaches toward the Muslims ,* Princeton, 1984.
Keen, M., *Chivalry,* New Haven, 1984 (hay trad. east., *La caballería,* Ariel, Barcelona, 1986).
Mayer, H. E., *The Crusades,* Oxford, 1988[2] (hay trad. east. del orginal alemán, *Historia de las cruzadas,* Istmo, Madrid, 2001).
Muldoon, J., *Popes, Lawyers and Infidels,* Liverpool, 1979.
Richard, J., *The Crusades,* Cambridge, 1999.
Riley-Smith, J., *What were the Crusades?,* Londres, 2003[3].
—, ed., *The Oxford lllustrated History ofthe Crusades,* Oxford, 1995.
Runciman, S., *A History ofthe Crusades,* Cambridge, 1951-1954 (hay trad. east., *Historia de las cruzadas,* 3 vols., Alianza, Madrid, 1985-1987).
Russell, F. H., *The Just War in the Middle Ages,* Cambridge, 1977.
Setton, K., ed., *A History ofthe Crusades,* Madison, 1969-1989.
Siberry, E., *Criticism of Crusading 1095-1274,* Oxford, 1985.
Tyerman, C. J., *England and the Crusades 1095-1588,* Chicago, 1988.
—, *The Invention ofthe Crusades,* Basingstoke, 1998.
—, *Fighting for Christendom: Holy War and the Crusades,* Oxford, 2004 (hay trad. east., *Las cruzadas: realidad y mito,* Crítica, Barcelona, 2005).

PRIMERA CRUZADA

Fuentes principales

Alberto de Aquisgrán, *Historia Hierosolymitana,* RHC Occ., iv.
Anna Comneno, *The Alexiad,* traducción de E. R. A. Sewter, Londres, 1969 (hay trad. east. del griego, *La Alexiada,* Universidad de Sevilla, Sevilla, 1989).

Eidelberg, S., *The Jews and the Crusaders: The Hebrew Chronicles of the First and Second Crusades,* Madison, 1977.
Fulquer de Chartres, *A history of the Expedition to Jerusalem 1095-1127,* traducción de F. R. Ryan, Knoxville, 1969 .
Gesta Francorum, traducción de R. Hill, Oxford, 1972.
Hagemeyer, H., *Die Kreuzzugsbriefe aus den Jahren 1088-1100,* Innsbruck, 1902.
Peters, E. (ed.), *The First Crusade,* Filadelfia, 1998.
Raimundo de Aguilers, *Historia Francorum qui ceperunt Iherusalem,* traducción de J. H. y L. L. Hill, Filadelfia, 1968.

Material secundario

Becker, A., *Papst Urban II,* Stuttgart, 1964-1988.
Bull, M., *Knightly Piety and the hay Response to the First Crusade,* Oxford, 1993.
Chazan, R., *European Jewry and the First Crusade,* Berkeley y los Ángeles, 1987.
France, J., *Victory in the East: a military history ofthe First Crusade,* Cambridge, 1994.
Riley-Smith, J., *The First Crusade and the Idea of Crusading,* Londres, 1986.
—, *The First Crusaders 1095-1131,* Cambridge, 1997.

ULTRAMAR EN EL SIGLO XII

Fuentes principales

Baha' al-Din Ibn Shaddad, *The Rare and Excellent History ofSaladin,* traducción de D. S. Richards, Aldershot, 2002.
Edbury, P., *The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade,* Aldershot, 1998.
Ibn al-Qalanisi, *The Damascus Chronicle of the Crusades Extracted and Translated from the Chronicle of Ibn al-Qalanasi,* traducción de H. A. R. Gibb, Londres, 1932.
The travels oflbn Jubayr, traducción de R. Broadhurst, Londres, 1999.
Usamah Ibn-Munqidh, *An Arab-Syrian Gentleman and Warrior in the*

Period of the Crusades: Memoirs of Usamah Ibn- Munqidh, traducción de P. K. Hitti, reimpresión, Princeton, 1987.
Guillermo de Tiro, *A History ofDeeds Done Beyond the Sea,* traducción de E. A. Babcock y A. C. Krey, Nueva York, 1976, reimpresión de la edición de 1941.

Material secundario

Benvenisti, M., *The Crusaders in the Holy Land,* Jerusalén, 1970.
Cahen, C., *La Syrie du Nord,* París, 1940.
Ellenblum, R., *Frankish Rural Settlement in the Latin Kingdom of Jerusalem,* Cambridge, 1998.
Hamilton, B., *The Leper King and His Heirs,* Cambridge, 2000.
Kennedy, H., *Crusader Castle,* Cambridge, 1994.
Lilie, R. J., *Byzantium and the Crusader States 1096-1204,* traducción de J. C. Morris y Jean E. Ridings, Oxford, 1993.
Lyons, M. C., y D. E. P. Jackson, *Saladin: The Politics of Holy War,* Cambridge, 1984.
Phillips, J., *Defenders ofthe Holy Land. Relations between the Latin East and the West 1119-1187,* Oxford, 1996.
Prawer, J., *The Latin Kingdom of Jerusalem,* Londres, 1972.
—, *Crusader Institutions,* Oxford, 1980.
Rogers, R., *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century,* Oxford, 1992.
Smail, R. C., *Crusanding Warfare 1097-1193,* Cambridge, 1956.
Tibble, H. S., *Monarchy and Lordship in the Latin Kingdom of Jerusalem 1099-1291,* Oxford, 1989.

SEGUNDA CRUZADA

Fuentes principales

De expugnatione Lyxbonensi, edición y traducción de C. W. David, Nueva York, 1936, reimpresión, 1976.
Odón de Deuil, *De profectione Ludovici VII in orientem,* edición y traducción de V. G. Berry, Columbia, 1948.
Otón de Frisinga, *The Deeds of Frederick Barbarossa,* traducción de C. C. Mierow, Columbia, 1953.

Material secundario

Constable, G., «The Second Crusade as Seen by Contemporaries», *Traditio,* 9 (1953), pp. 213-279.
Gervers, M., *The Cistercians and the Second Crusade,* Nueva York, 1992.
Phillips, J., y M. Hoch (eds.), *The Second Crusade,* Manchester, 2001.

TERCERA CRUZADA

Fuentes principales

Ambrosio, *Estoire de la Guerre Sainte,* traducción de M. J. Hubert y J. L. Lamonte, *The Crusade of Richard the Lion-Heart,* Nueva York, 1976.
Geraldo de Gales, *Journey through Wales,* traducción de L. Thorpe, Londres, 1978.
Itinerarium Peregrinorum et Gesta Regis Ricardi, traducción de H. Nicholson, *The Chronicle ofthe Third Crusade,* Aldershot, 2001.

Material secundario

Gillingham, J., *Richard I,* New Haven y Londres, 1999.

CUARTA CRUZADA

Fuentes principales

Andrea, A. J., *Contemporary Sources for the Fourth Crusade,* Leiden, 2000.
Guillermo de Villehardouin, *The Conquest of Constantinople,* traducción de M. R. B. Shaw, Londres, 1963.
Gunther de Pairis, *Historia Constantinopolitana,* traducción de A. J-Andrea, *The Capture of Constantinopla,* Filadelfia, 1997.
Nicetas Choniates, *Annals,* traducción de H. J. Margoulias, *O city of Bizantium,* Detroit, 1984.
Roberto de Clari, *The Conquest of Constantinople,* traducción de H. McNeal, Nueva York, 1966.

Material segundario

Angold, M., *The Byzantine Empire 1025-1204,* Londres, 1984.
—, *The Fourth Crusade,* Londres, 2003.
Harris, J., *Byzantium and the Crusades,* Londres, 2003.
Lock, P., *The Franks in the Aegean 1204-1500,* Harlow, 1995.
Queller, D. E., y T. F. Madden, *The Fourth Crusade: The Conquest of Constantinople,* Filadelfia, 1997.

INOCENCIO III Y LA QUINTA CRUZADA

Fuentes principales

Oliverio de Paderbom, *Capture of Damietta,* traducción de E. Peters, *Christian Society and the Crusades 1198-1229,* Filadelfia, 1971.

Material secundario

Powell, J., *Anatomy of a Crusade 1213-1221,* Filadelfia, 1986.

ULTRAMAR EN EL SIGLO XIII Y LAS CRUZADAS

Fuentes principales

Continuation of William of Tyre, traducción de J. Shirley, *Crusader Syria in the Thirteenth Century,* Aldershot, 1999.
Ibn Furat, traducción de M. Lyons y J. Riley-Smith, *Ayyubids, Mamlukes and Crusaders,* Cambridge, 1971.
Juan de Joinville, *The Life of St. Louis,* traducción de M. R. B. Shaw, *Chronicles ofthe Crusades,* Londres, 1963.
Felipe de Novara, *The Wars of Frederick II against the Ibelins,* traducción de J. La Monte y M. J. Hubert, Nueva York, 1936.
The Templar ofTyre: Part III of the «Deeds of the Cypriots», traducción de P. Crawford, Aldershot, 2003.

Material secundario

Colé, P., *Preaching of the Cross to the Holy Land,* Cambridge, Massachusetts, 1991.
Edbury, P., *The Kingdom of Cyprus and the Crusades 1191-1374,* Cambridge, 1991.
—, *John oflbelin and the Kingdom of Jerusalem,* Woodbridge, 1997.
Irwin, R., *The Middle East in the Middle Ages,* London, 1986.
Jordán, W. C., *Louis IX and the Challenge ofthe Crusade,* Princeton, 1979.
Lloyd, S., *English Society and the Crusade 1216-1307,* Oxford, 1988.
Maier, C. T., *Preaching the Crusades,* Cambridge, 1994.
Richard, J., *St Louis: Crusader King of France,* edición de S. Lloyd, traducción de J. Birrell, Cambridge, 1993.
Throop, R, *Criticism ofthe Crusade,* Ámsterdam, 1940.

CRUZADAS EN EUROPA

Fuentes principales

Helmoldo de Bosau, *Chronica Slavorum,* traducción de F. J. Tschan, *The Chronicle ofthe Slavs,* Nueva York, 1966.
Enrique de Livonia, *Chronicle of Livonia,* traducción de J. Brundage, Madison, 1961.
Pedro de Les Vaux-de-Cemay, *The History ofthe Albigensian Crusade,* traducción de W. A. y M. D. Sibly, Woodbridge, 1998.
The Song ofthe Cathar Wars, traducción de J. Shirley, Aldershot, 1996.
Guilllermo de Puylaurens, *Chronicle,* traducción de W. A. y M. D. Sibly, Woodbridge, 2003.

Material secundario

Barber, M., *The Cathars,* Londres, 2000.
Bartlett, R., *The Making ofEurope,* Londres, 1993 (hay trad. east., *La formación de Europa,* Universidad de Granada, Granada, 2003).
Christiansen, E., *The Northern Crusades,* Londres, 1997[2].
O'Callaghan, J. F., *Reconquest and Crusade in Medieval Spain,* Filadelfía, 2003.

Sumption, J., *The Albigensian Crusade,* Londres, 1978.
Urban, W., *The Livonian Crusade,* Washington, D. C., 1981.
—, *The Prussian Crusade,* Lanham, 1980.
—, *The Baltic Crusade,* Chicago, 1994[2].
Wakefield, W. L., *Heresy, Crusade and Inquisition in Southern France 1100-1250,* Londres, 1974.

BAJA EDAD MEDIA

Fuentes principales

Housley, N. (ed.), *Documents on the Later Crusades 1274-1580,* Basingstoke, 1996.
Guillaume de Machaut, *The Capture of Alexandria,* traducción de Shirley y P. Edbury, Aldershot, 2004.

Material secundario

Atiya, A. S., *The Crusade in the Later Middle Ages,* Londres, 1938.
Barber, M., *The Trial ofthe Templars,* Cambridge University Press, Cambridge, 1978 (hay trad. east., *El juicio de los templarios,* Editorial Complutense, Madrid, 1999).
Housley, N., *The Italian Crusades,* Oxford, 1982.
—, *The Avignon Papacy and the Crusades 1305-1378,* Oxford, 1986.
—, *The Later Crusades,* Oxford, 1992.
—, *Religión Warfare in Europe 1400-1536,* Oxford, 2002.
—, (ed.), *Crusading in the Fifteenth Century,* Basingstoke, 2004.
Imber, C., *The Ottoman Empire 1300-1481,* Estambul, 1990.
Leopold, A., *How to Recover the Holy Land,* Aldershot, 2000.
Linder, A., *Raising Arms: Liturgy in the Struggle to Libérate Jerusalem in the Late Middle Ages,* Tumhout, 2003.
Nicol, D., *The Last Centuries of Byzantium 1261-1453,* Londres, 1972.
Paviot, J., *Les Ducs de Bourgogne, la croisade et l'Orient,* París, 2003.
Runciman, S., *The Fall of Constantinople,* Cambridge, 1965 (hay trad. east., *La caída de Constantinopla,* Espasa Calpe, Madrid, 1998[2]).
Setton, K., *The Papacy and the Levant 1204-1571,* Filadelfia, 1971-1984.

LISTA SELECTA DE GOBERNANTES

PAPADO

Gregorio VII 1073-1085
(antipapa Clemente 1080-1100)
Víctor III 1086-1087
Urbano II 1088-1099
Pascual II 1099-1118
Gelasio II 1118-1119
Calixto II 1119-1124
Honorio II 1124-1130
Inocencio II 1130-1143
(antipapa Anacleto 1130-1138)
Celestino II 1143-1144
Lucio II 1144-1145
Eugenio III 1145-1153
Anastasio IV 1153-1154
Adriano IV 1154-1159
Alejandro III 1159-1181
Lucio III 1181-1185
Urbano III 1185-1187
Gregorio VIII 1187
Clemente III 1187-1191
Celestino III 1191-1198
Inocencio III 1198-1216
Honorio III 1216-1227
Gregorio IX 1227-1241

Celestino IV 1241
Inocencio IV 1243-1254
Alejandro IV 1254-1261
Urbano IV 1261-1264
Clemente IV 1265-1268
Gregorio X 1271-1276
Inocencio V 1276
Adriano V 1276
Juan XXI 1276-1277
Nicolás III 1277-1280
Martín IV 1281-1285
Honorio IV 1285-1287
Nicolás IV 1288-1292
Celestino V 1294
Bonifacio VIII 1294-1303
Benedicto XI 1303-1304
Clemente V 1305-1314
Juan XXI 1316-1334
Benedicto XII 1334-1342
Clemente VI 1342-1352
Inocencio VI 1352-1362
Urbano V 1362-1370
Gregorio XI 1370-1378
Urbano VI 1378-1389
(Aviñón Clemente VII 1378-1394)
Bonifacio IX 1389-1404
(Aviñón Benedicto XIII1394-1423)
Inocencio VII 1404-1406
Gregorio XII 1406-1415
Alejandro V 1409-1410
Juan XXIII 1410-1415
Martín V 1417-1431
Eugenio IV 1431-1447
(antipapa Félix V 1439-1449)
Nicolás V 1447-1455
Calixto III 1455-1458
Pío II 1458-1464
Pablo II 1464-1471

Sixto IV 1471-1484
Inocencio VIII 1484-1492
Alejandro VI 1492-1503
Pío III 1503
Julio II 1503-1513
León X 1513-1521
Adriano VI 1522-1523
Clemente VII 1523-1534
Pablo III 1534-1549
Julio III 1550-1555
Marcelo II 1555
Pablo IV 1555-1559

ALEMANIA

Enrique IV* 1056-1106
Enrique V* 1106-1125
Lotario III* 1125-1137
Conrado III 1138-1152
Federico I* 1152-1190
Enrique VI* 1190-1197
Felipe de Suabia 1198-1208
Otón IV* 1198-1214
Federico II* 1212-1250
Conrado IV 1250-1254
(rivaliza el gobierno entre 1247-12731
Rodolfo I 1273-1291
Adolfo de Nassau 1292-1298
Alberto I 1298-1308
Enrique VII* 1308-1313
Luis IV* 1314-1347
Carlos IV* 1346-1378
Wenceslao 1378-1400
Roberto 1400-1410
Segismundo* 1410-1437

(* se refieren también al Sagrado imperio Romano)

Alberto II (I de Hungría) 1438-1439
Federico III* 1440-1493
Maximiliano* 1493-1519
Carlos V* 1519-1555

IMPERIO BIZANTINO

Alejo I 1081-1118
Juan II 1118-1143
Manuel I 1143-1180
Alejo II 1180-1183
Andrónico I 1183-1185
Isaac II 1185-1195; 1203-1204
Alejo III 1195-1203
Alejo IV 1203-1204
Nicolás 1204
Alejo V 1204
Imperio latino de Constantinopla:
    Balduino I 1204-1205
    Enrique 1205-1216
    Pedro de Courtenay 1217-1218
    Robert de Courtenay 1221-1228
    Balduino II 1228-1261
    Juan de Brienne (co-emperador) 1231-1237
Miguel VIII 1261-1282
Andrónico II 1282-1328
Andrónico III 1328-1341
Juan V 1341-1347, 1354-1377, 1379-1390, 1390-1391
Juan VI 1347-1354
Andrónico IV 1376-1379
Juan VII 1390
Manuel II 1391-1425
Juan VIII 1425-1448
Constantino XI 1448-1453

FRANCIA

Felipe I 1060-1108
Luis VI 1108-1137
Luis VII 1137-1180
Felipe II 1180-1223
Luis VIII 1223-1226
Luis IX 1226-1270
Felipe III 1270-1285
Felipe IV 1285-1314
Luis X 1314-1316
Juan I 1316
Felipe V 1316-1322
Carlos V 1322-1328
Felipe VI 1238-1250
Juan II 1350-1364
Carlos V 1364-1380
Carlos VI 1380-1422
Carlos VII 1422-1461
Luis XI 1461-1483
Carlos VIII 1483-1498
Luis XII 1498-1515
Francisco I 1515-1547

INGLATERRA

Guillermo I 1066-1087
Guillermo II 1087-1100
Enrique I 1100-1135
Esteban 1135-1154
Enrique II 1154-1189
Ricardo I 1189-1199
Juan 1199-1216
Enrique III 1216-1272
Eduardo I 1272-1307
Eduardo II 1307-1327
Eduardo III 1327-1377
Ricardo II 1377-1399

Enrique IV 1399-1413
Enrique V 1413-1422
Enrique VI 1422-1461
Eduardo IV 1461-1470
Enrique VI 1470-1471
Eduardo IV 1471-1483
Eduardo V 1483
Ricardo III 1483-1485
Enrique VII 1485-1509
Enrique VIII 1509-1547
Eduardo VI 1547-1553
María I 1553-1558
Isabel I 1558-1603

SICILIA

Rogelio I 1062-1101
Simón 1101-1105
Rogelio II 1105-1154
Guillermo I 1154-1166
Guillermo II 1166-1189
Tancredo 1189-1194
Guillermo III 1194
Enrique I (VI de Alemania) 1194-1197
Federico I (II de Alemania) 1197-1250
Conrado I (IV de Alemania) 1250-1254
Conrado II (Conradino) 1254-1258
Manfredo 1258-1266
Carlos I 1266-1285 (solo en Nápoles 1282-1285)
Nápoles:
    Carlos II 1285-1309
    Roberto I 1309-1343
Sicilia:
    Pedro I (III de Aragón) 1282-1285
    Jaime I (II de Aragón) 1285-1296
    Federico II 1296-1337
(estos reinados continuaron siendo independientes hasta el siglo xvi)

CASTILLA

Femando I 1036-1065
Sancho II 1065-1072
Alfonso VI 1072-1109
Urraca 1109-1126
Alfonso VII 1126-1157
Sancho III 1157-1158
Alfonso VIII 1158-1214
Enrique I 1214-1217
Femando III 1217-1252
Alfonso X 1252-1284
Sancho IV 1284-1295
Fernando IV 1295-1312
Alfonso XI 1312-1350
Pedro I 1350-1369
Enrique II 1369-1379
Juan I 1379-1390
Enrique III 1390-1406
Juan II 1406-1454
Enrique IV 1454-1474
Isabel 1474-1504
Femando V (II de Aragón) 1475-1516
como España:
Carlos I (V de Alemania) 1516-1556
Felipe II 1556-1598

LEÓN

Femando I 1037-1065
Alfonso VI 1065-1109
(1109-1157 como Castilla)
Femando II 1157-1188
Alfonso IX 1188-1230
Femando III 1230-1252
(desde 1252 como Castilla)

ARAGÓN

Sancho I 1063-1094
Pedro I 1094-1104
Alfonso I 1104-1134
Ramiro II 1134-1137
Petronilla y Ramón Berenguer 1137-1162
Alfonso II 1162-1196
Pedro II 1196-1213
Jaime I 1213-1276
Pedro III 1276-1285
Alfonso III 1285-1291
Jaime II 1291-1327
Alfonso IV 1327-1336
Pedro III 1336-1387
Juan I 1387-1396
Martín I 1396-1410
Femando I 1412-1416
Alfonso V 1416-1458
Juan II 1458-1479
Femando II 1479-1516
(desde 1516 como Castilla/España)

HUNGRÍA

Ladislao I 1077-1095
Colomán 1095-1116
Esteban II 1116-1131
Belal 1131-1141
Géza II 1141-1162
Esteban III 1162, 1163-1172
Esteban IV 1162-1163
Bela III 1172-1196
Emerico 1196-1204
Ladislao II 1204-1205
Andrés II 1205-1235
Bela IV 1235-1270
Esteban V 1270-1272

Ladislao III 1272-1290
Carlos 1290-1295
Andrés III 1290-1301
Wenceslao III 1301-1304
Otón de Bavaria 1304-1308
Carlos Roberto 1308-1342
Luis I 1342-1382
Segismundo 1387-1437
Alberto I 1438-1439
Ladislao IV 1439-1444
Ladislao V 1444-1457
Matías Corvino 1458-1490
Ladislao VI 1490-1516
Luis II 1516-1526

IMPERIO OTOMANO

Osmán 1326
Orhan 1326-1362
Murad I 1362-1389
BeyazidI 1389-1403
Mehmetl 1413-1421
Murad II 1421-1451
Mehmet II 1451-1481
Beyazid II 1481-1512
SelimI 1512-1520
Solimán I 1520-1566
Selim II 1566-1574

JERUSALÉN

Godofredo de Bouillon
Balduino I 1100-1118
Balduino II 1118-1131
Fulco 1131-1143 y Melisenda 1131-1152
Balduino III 1143-1163
Amalarico 1163-1174
Balduino IV 1174-1185

Balduino V 1185-1186
Guido de Lusignan 1186-1192; junto con su esposa Sibila 1186-1190, hija de Amalarico
Isabel I 1192-1205; junto con Conrado I 1192; Enrique 1192-1197; Amalarico 1197-1205
María 1205-1212
Juan de Brienne 1210-1225
Isabel II 1212-1228; junto con Federico (II de Alemania) 1225-1228
Conrado II (IV de Alemania) 1228-1254
Conrado III (Conradino) 1254-1268)
Hugo I (III de Chipre) 1268-1284
Juan 1284-1285
Enrique I (II de Chipre) 1285-1324

ANTIOQUÍA

Bohemundo 1098-1105
Tancredo (regente) 1101-1103 y 1105-1108; príncipe 1108-1112
Roger de Salemo 1113-1119
Balduino II de Jerusalén 1130-1131
Bohemundo II 1126-1130
Fulco de Jerusalén 1130-1136
Raimundo de Poitiers 1136-1149
Constanza 1149-1153; 1161-1163
Reinaldo de Chátillon 1153-1161
Bohemundo III 1163-1201
Bohemundo IV 1201-1216; 1219-1233
Raimundo Roupen 1216-1219
Bohemundo V 1233-1252
Bohemundo VI 1252-1268

TRÍPOLI

Raimundo IV de Toulouse, I de Trípoli 1102-1105
Guillermo-Jordania 1105-1109
Bertrand 1109-1112
Pons 1112-1137
Raimundo II 1137-1152

Raimundo III 1152-1187
Bohemundo IV de Antioquía 1187-1233
BohemundoV 1233-1252
Bohemundo VI 1252-1275
Bohemundo VII 1275-1287

EDESA

Balduino I de Bolonia 1098-1100
Balduino II de Le Bourcq 1100-1118
Joscelin I de Courtenay 1119-1131
Joscelin II 1131-1150
(Joscelin III conde titular 1150-1188)

DUQUES DE BORGOÑA DE LA DINASTÍA VALOIS

Felipe el Atrevido 1363-1404
Juan sin Miedo 1404-1419
Felipe el Bueno 1419-1467
Carlos el Temerario 1467-1477

INDICE ALFABETICO

Abaqa, il-kan, 1050
Abbon de Fleury, 51-52; ***Passio sancti Edmundi,*** 51-52
Abd al-Rahmin, Hamdan ibn, cronista, 244, 293
'Abd Al-Mu'min, 855
Absalón, arzobispo de Lund, 876, 889
Abu Gosh, iglesia de, 301
Abu Shama, jefe sirio, 524
Abu Zaid, rey de Valencia, 862
Accolti, Benedetto, canciller florentino, 1066
Achard, señor del castillo de Montmerle, 33
Acre, 194, 227, 229, 231,259, 276, 279, 281, 283, 285, 290, 295, 327, 564, 924, 926, 941-942,944,1042,1046; conquista musulmana de (1290), 1052-1057; sitio de (1188-1191), 448, 465, 467, 471, 485, 501, 510-527, 543, 544, 568-576, 581, 584, 599,645, 824, 831,911-912
Adalberto, obispo de Stettin, 392
Adalia, 676, 1076
Adán, abad de Ebrach, 366
Adana, 177
Adela, hija de Guillermo el Conquistador, 219
Adelario, monje de Fleury, 48
Adelisa de Sicilia, esposa de Balduino I, 262,453
Ademar de Chabannes, monje, 69-70, 87-88, 101
Ademar de Monteil, obispo de Le Puy, 79, 81, 82, 94-96, 110, 119, 146-147, 154, 165,176, 180, 182,184, 186, 189, 202,208, 245, 274,376, 489
Adémar de Roudeille, Pons, 728
Adid, Al-, califa fatimí, 443, 444
Adil, Al-, hermano de Saladino,571, 580, 583-584,586, 590-591,622-623, 624, 690, 814, 824, 831, 936
Adil II, al-, hijo de al-Kamil, 983
Adolfo de Holstein, 389, 390, 874
Adriano, emperador, 275
Adriano IV, papa, 428, 608
Adrianópolis, batalla de (1205), 702, 1084,1087
Afdal, Al-, visir, 162, 163, 179, 193, 198, 199, 204,464
Africa Occidental, 3
Aggeson, Sven, cronista danés, 877
Agincourt, batalla de, 1099-1100
Agnes de Courtenay, madre de Balduino IV, 267, 288
Agustín de Hipona, 36, 42, 48, 59, 715, 739

Aigues Mortes, tratado de (1538), 865
Aila (Egipto), 444
Aimery, patriarca de Antioquía, 439
Aimery, señor de Lavaur y de Montreal, 734
Aimery de Limoges, erudito, 245
Aimery de Lusiñán, rey de Jerusalén, 457, 470, 620, 623-624, 934, 935, 956
Alan de Al-Atharib, 293
Alan, señor de Al-Atharib, 244
Alano (o Alain) de Lille, 481
Alarcos, batalla de (1195), 617, 856
Alardo de Valéry, 1047
Alberico de Trois-Fontaines, 634
Alberto de Aquisgrán, cronista, 76, 100, 117, 121, 124, 132, 140, 200, 311, 313
Alberto de Buxtehude, obispo de Livonia, 889-893
Alberto de Dagsburgo, conde, 504
Alberto de Trier, 365
Alberto el Oso, señor sajón, 391
Alberto I de Brunswick, 908
Alberto I el Oso, 878
Alberto III de Austria, duque, 914
Alberto Sürbeer, arzobispo de Prusia y Riga, 909-910
Alberto, rey de Suecia, 900
Albornoz, Gil de, 1154
Alcántara, orden de, 326, 857, 858
Alcazarquivir, batalla de (1578), 864
Alcuino de York, 47
Alejandreta, 172
Alejandría, 1014, 1030; conquista de (1365), 1070-1071
Alejandría, patriarca de, 5
Alejandro II, papa, 69, 71, 132, 846
Alejandro III, papa, 267,434, 877, 896
Alejandro IV, papa, 898,910,1036,1151
Alejandro VI, papa, 919
Alejo I Comneno, emperador bizantino, 14, 18, 25, 77, 87, 91, 94, 97, 103, 105-106,123-125,137,140-141,150-153,172-174,187-188,190,220-221, 228,247, 332,333,415,673,677
Alejo II Comneno, emperador bizantino, 653, 676
Alejo III Angelo, emperador bizantino, 619, 644, 650, 656-666, 671, 676-680, 688-689, 691
Alejo IV Angelo, coemperador, 681, 686, 690-692, 699, 705
Alejo VI, ***véase*** Murzuflo
Alemania, 876, 888-889
Alepo, 14, 227, 231, 232, 238, 241, 242, 248, 252, 341, 347, 438, 446, 448, 1037
Alfonso de Poitiers, hermano de Luis IX, 765, 997, 1003, 1005, 1008-1009, 1012, 1014, 1039-1040, 1045
Alfonso I, rey de Aragón, 318, 326, 852-853
Alfonso V, rey de Aragón y de Nápoles, 1111-1112
Alfonso VI, rey de Castilla y León, 843, 845-847
Alfonso VII, rey de Castilla y León, 335, 398, 854
Alfonso VIII, rey de Castilla y León, 617, 856, 860
Alfonso XI, rey de Castilla, 863
Alfonso IX, rey de León, 856
Alfonso Enríquez, 395, 397
Alfonso-Jordán, conde de Tolosa, hijo de Raimundo I, 252, 356, 420, 421
Alfonso-Jordán, hijo de Guillermo-Jordán, 249
Alfredo de Wessex, 48, 52
Alfredo Magno, rey, 842
Alicia de Blois, condesa, 1051
Alicia de Champaña, 984
Alicia de Chipre, esposa de Hugo 1,937
Alicia de Armenia, 968
Alicia, princesa, hija de Balduino II, 243, 247, 254

Alix, hermana de Felipe II de Francia, 560, 570
Aljubarrota, batalla de, 1155
Allenby, Edmund, general británico, 594
Almanzor (Al-Mansur), visir de Córdoba, 67, 842-843, 862
Almer de Canterbury, Robert, 1145
Almería, conquista de (1147), 854
almohades, 617, 779, 855-856, 860
almorávides, 335, 848-849, 855
Alp Arslan, sultán, 160
Amadeo de Saboya, conde, 1070, 1084, 1093, 1095, 1136
Amadeo de Saboya, tío de Felipe VII, 356, 368
Amalarico I, rey de Jerusalén, 255, 260, 264, 269, 277, 284, 294, 300, 423, 430, 442-444, 449, 452-454, 456, 590, 934
Amalarico, hermano de Guido de Lusiñán, 562, 622
Amaury de Montfort, conde, 711, 714-715,763,975, 976, 985
Ambrosio de Milán, san, 36,41-42, 222
Ambrosio, versificador, 445, 598
Ana Comnena, hija de Alejo I, 123, 144, 145, 152-153, 677; ***Alexiada,*** 142
Anacleto II, antipapa, 17, 339
Anales de Fulda, 48
Anales del reino de los francos, 46
Ancona, marca de, 1150
Ándalus, Al-, 335, 347, 837, 844, 848, 851
André de Longjumeau, dominico, 1010-1011, 1027
Andrés II, rey de Hungría, 784,799-800, 804,812, 902
Andrés, san, 183-184
Andrés de Londres, 394
Andrónico I Comneno, emperador bizantino, 533
Andrónico II Paleólogo, emperador bizantino, 1077, 1091
angevinos, 542, 634, 781
Anjou, 18
Anjou, condes de, 20, 21
Anse, sínodo de (1100), 314
Anselmo de Canterbury, teólogo, 111, 299,718
Anselmo de Havelburg, legado, 391
Anselmo de Ribemont, 208, 219
Anselmo II de Lucca, obispo, 59, 84
Anselmo, arzobispo de Milán, 217
Anselmo, obispo de Havelburg, 389
Antioquía, 14, 153, 159, 163, 167, 173, 226, 231, 236, 237, 239, 240-248, 249, 344, 511; sitio de (1097-1098), 75, 126, 171, 173-177, 181, 182, 187, 195,208
Antioquía, patriarca de, 5
antisemitismo, 359-362, 553-554
Apulia, 17
Aquitania, ducado de, 21
Arabia Saudí, 444
Archibaldo de Borbón, 418
Arima, 252
Aristóteles, 40, 42; ***Política***, 40
Armenia, 924-925, 1128
Amaldo Aimery, abad de CTteaux, 736, 738-739,745,747-748,750,751,759
Amaldo Amaury, arzobispo de Narbona, 860
Amoldo de Lübeck, 621, 882
Amoldo III, conde de Aarschot, 382, 393, 395, 397, 403
Amoldo, conde de Brabante-Limburgo, 393, 394
Amoldo, obispo de Lisieux, 375
Amoldo de Wied, canciller, 373
Amulfo, rey de los francos orientales, 48
Amulfo, sacerdote flamenco, 393
Amulfo de Chocques, patriarca de Jerusalén, 149, 185, 199, 203, 215, 259
Arpin, vizconde de Bourges, 224
Arqa, asedio de, 181, 185, 191, 193, 194, 208

Arras, obispo de, 85, 375
Arsuf, 194, 204, 229, 260, 967, 1038; batalla de (1191), 448, 521, 556, 582, 583
Arturo, rey de Inglaterra, 318
Arturo de Britania, 559
Arundel, conde de, 797
Ascalón, 178, 262, 338, 421, 424, 439, 471,578, 595,984, 988, 993
Ascalón, batalla de (1099), 75, 201, 204
Asesinos (***hassasin***), secta de los, 162, 251,252-253, 257,447, 590
Ashraf Khalil, al-, sultán, hermano de al-Kamil, 821, 827, 944, 964-965, 1052
Assises d'Antioche, 941
Asturias, reino de, 841
Auberto el Carpintero, 813
Augsburgo, acuerdo de (1555), 1178
Austria, margraviato en, 10
Auvemia, conde de, 380, 412
Aviñón: asedio de (1226), 764; corte papal de, 945, 1074, 1124
Avis, Orden de, 326, 857
Aybeg al-Turkumani, emir turco, 1026
Aymar, patriarca de Jerusalén, 643
Ayyub, Naim al-Din, 444
Azimi, Al-, historiador, 103

Ba'albek, ciudad de, 239
Bacon, Francis, X, 1123
Bacon, Roger, erudito, 886
Badr al-Yamali, visir, 162
Bagdad, 224; califato abasí de, 1, 2, 14, 65, 67, 160; califa suní de, 438; destrucción por los mongoles, 699; población de, 3; sultanato selyúcida, 238
Bahram, visir, 286
Baibars, sultán mameluco, XIII, 446, 932, 939-940, 942, 1038, 1042, 1045, 1050, 1052
Bakocz de Esztergom, Thomas, arzobispo, 1131
Balak de Alepo, 238, 337, 346
Baldric de Bourgeuil, 107
Balduino de Boulogne, rey de Edesa y Jerusalén, 24, 104, 139, 141, 166-169, 189, 205, 209, 227, 236-237
Balduino de Flandes, 638,640,641,642, 643, 645, 654, 656, 663-664, 669, 670,694; emperador, 699-701-702
Balduino de Ibelin, 290-291, 456, 457, 463
Balduino de Marash, 342
Balduino de Mons, conde de Hainault, 79
Balduino II, emperador de Constantinopla, 980, 1007
Balduino IX, emperador de Constantinopla, 1135
Balduino I, conde de Edesa y rey de Jerusalén, 139, 223, 230, 237, 240, 242, 248, 250, 254, 255, 258, 259-260, 261, 262, 280, 294, 319, 329, 439, 453
Balduino II de Le Bourcq, conde de Edesa y rey de Jerusalén, 139, 236, 238, 239, 240, 243, 248, 251, 254, 255, 256, 259, 261, 262-266, 280, 290, 294, 336, 337, 339, 346, 439, 702
Balduino III, rey de Jerusalén, 248, 253, 255, 263, 264, 269, 274, 422, 423, 428, 438-441,452-453
Balduino IV, rey de Jerusalén, 264, 265, 266, 269-270, 288, 449, 451, 454-457, 461
Balduino V, rey de Jerusalén, 264, 301, 449,461,462,471
Balduino, arzobispo de Canterbury, 478, 481-482, 485, 489, 498, 500, 515, 542-543, 547, 548, 550, 557
Balduino, hijo de Ulrico, conde de Nablús, 285
Balian de Ibelin, 291, 455, 469, 471, 542, 598

Balk, Germán, 903
Báltico, cruzada del, 388-392, 434, 835-836, 867-920
Bamberg, obispo de, 392
Baniyas, puerto de, 242, 243
Banu ‘Ammar, 163
Bar, conde de, 413, 521-522, 794
Barcelona, ducado de, 18
Barí, defensa de, 69
Barisan, hijo de Juan de Ibelín, 936
Barkyaruq, hijo de Maliq Shah, 163
Bar-le-Duc, conde de, 654
Basilio Bulgaroctonos, emperador, 69
Basilio II, emperador, 13, 675
Basset, Philip, 378, 978, 982
Bath, batalla de, 318
Batu, nieto de Genis Kan, 973
Baviera, 10
Baziége, batalla de (1218), 756, 762
Béam, vizconde de, 146
Beaufort, castillo de, 298,512,513,514, 516, 931, 1042
Beaufort, Juan, 1095, 1098
Beda el Venerable, 45, 51
beduinos, 287, 452
Beirut, 194, 227, 229, 258, 458, 595, 622,624,927,937,1076; palacio de Ibelin, 302
Bela III, rey de Hungría, 530, 533, 548, 800
Bela IV, rey de Hungría, 1009
Bela de Hungría, duque, 285
Belchite, confraternidad de, 326
Belén, 195, 197, 227; iglesia de la Natividad, 294, 300, 597, 1062
Belgrado, 1084, 1085, 1112-1116
Beltrán de Bom, trovador, 727
Belvoir, castillo hospitalario de, 295, 302,511
Benedicto VIII, papa, 69
Benedicto XII, papa, 1068
Benedicto XIII, papa, 1097
Benedicto, san, 48-49
Benedicto de Alignan, obispo de Marsella, 928-929
Benevento, 16
Benevento, batalla de (1266), 1151
Benzo de Alba, 87
bereberes, 837
Berenguela de Navarra, esposa de Ricardo I, 560-561,570
Bem de Amelungsbom, misionero, 879
Bernardo, abad de Claraval, 34-35, 324, 350, 351, 353-362, 364-366, 370, 372, 373, 377, 380, 387, 389-390, 395, 400, 429-430, 485, 486, 557, 617, 718, 734, 867, 872-873, 878; ***De Consideratione,*** 429; himno ***De laude novae militiae,*** 319, 324, 325, 353
Bernardo, conde de Ploetzkau, 373,408
Bernardo, san, 320
Bernardo de Cazenac, 752
Bernardo de Valence, 245
Bernardo el Germano, banquero veneciano, 535
Bernardo Raimundo, obispo cátaro de Tolosa, 735
Berta de Sulzbach, esposa del emperador Manuel, 407
Berthier de Orléans, clérigo, 492
Bertoldo, obispo de Brema, 888
Bertoldo, obispo de los livones, 617
Bertrán de Moncontour, 110
Bertrán, hijo bastardo de Guillermo-Jordán, 249, 250, 251, 252
Bessarion, Juan, cardenal, 1085, 1088, 1091
Bethgibelin, colonia hospitalaria de, 281
Beyazid I, sultán, 1088, 1093-1094, 1096, 1099, 1100
Beyazid II, sultán, 1119
Béziers, saqueo de, 749-750
Biblia, 245; Apocalipsis, 38-39; Éxodo, IX, 38; Génesis, 717; Hechos de los Apósoles, 57, 86; Macabeos, 38,

1161; traducción de la Vulgata, 723, 725
Birger Jarl, 898
Bizancio, 12, 22, 25, 28, 43, 67, 230, 231, 673-679; *véase también* Constantinopla
Blanca de Castilla, madre de Luis IX, 977, 1003, 1033, 1034
Blois-Chartres, 18, 20
Bohemia, 11, 1156
Bohemundo, príncipe de Tarento, 90, 97, 104, 108, 120, 137-138, 141-147, 154, 164, 174, 176, 178, 180, 183, 185, 186, 189, 205, 221, 227, 228, 298,313, 328, 678
Bohemundo II, príncipe de Antioquía, 238, 242-243, 248, 332, 337, 339, 439
Bohemundo III, príncipe de Antioquía, 243,440,442, 457, 511, 541, 622
Bohemundo IV, príncipe de Antioquía y conde de Trípoli, 254, 622, 701, 924, 933, 939, 968, 1009, 1037-1038
Bohemundo V, príncipe de Antioquía y conde de Trípoli, 936
Bohemundo VII, conde de Trípoli, 1050
Bohemundo VIII, conde de Trípoli, 944
Boleslao III, rey de Polonia, 871
Bonaiuti, Andrea, pintor, 1070
Bonifacio VIII, papa, 1082, 1153
Bonifacio IX, papa, 1097
Bonifacio, marqués de Montferrat, 636, 653-656, 663, 666, 669, 672, 679, 680, 682-684, 691, 694, 700, 702, 746
Bonizo, obispo de Sutri, 84; *Líber de vita Christiana,* 59
Borgia, Rodrigo, 1118; *véase también* Alejandro VI, papa
Borgoña, 18, 54, 321; y la cruzada, 1102-1106
Borgoña, duque de, 560, 568
Boucicaut, mariscal francés, 914, 1087-1088, 1099-1100
Bouvines, batalla de (1214), 761, 784
Bracton: *Laws ofEngland,* 941
Brancovic de Serbia, Jorge, 1107
Brémule, batalla de (1119), 317
Bretaña, 18
Bretaña, duque de, 976
Brewer, Guillermo, 831
Brewer, William, obispo de Exeter, 959, 969
Brian FitzCount, barón, 214, 310
Brienne, conde de, 521-522
Brígida de Suecia, santa, 899
Brocquiére, Bertradon de la, 1065, 1087,1103, 1104
Bromyard, John, dominico, 1143
Bruno de Segni, legado pontificio, 332
Bruno, obispo de Olmütz, 912
Bulgaria, 694, 1099
Bunduqdari, Baibars al-, 1026
Burchard, conde de Vendóme, 52, 54, 56
Bursuq de Hamadan, 237, 242

Caballeros Prusianos de Dobrin, 327
Caballeros Teutónicos, Orden de los, 326-327, 624, 818, 858, 884, 885, 893-894, 901-903, 905-910, 911-913, 916, 917, 918-919, 936, 974, 1077, 1079, 1082-1083, 1096
caballeros: armaduras de los, 25-26; coste de los, 27
Caffa, 1077
Caffaro: *Liberación del Oriente,* 230
Cairo, El, 179; intento de conquista de (1221), 805-806, 808, 816-817, 820, 825, 827; población de, 3; y el ataque de Luis IX, 1013
Calabria, 17
Calatrava, Orden de, 326, 857, 858
Calixto II, papa, 316, 321, 328, 337, 350, 853

Calixto III, papa, 859,1111,1116,1118, 1141
Caltabellota, tratado de (1302), 1152
Campo de Sangre, batalla del (1119), 238, 242, 337, 345
Canarias, Islas, 1078
Canónigos del Santo Sepulcro, Orden de los, 854
Canuto V, rey de Dinamarca, 389, 875
Canuto VI, rey de Dinamarca, 477, 484, 889
Canuto, duque de Dinamarca, hijo de Eric I, 320, 335-336
Capetos, dinastía de los, 19, 21, 137, 502, 634, 653, 716, 746, 755, 761, 763, 767-769
Capua, 16
Carcasona, rendición de, 753
Carlomagno, emperador, 6, 45-47, 50, 86, 140, 318, 335, 835, 838-839, 1162, 1164
Carlos IV, emperador de Alemania, 1138
Carlos V de Alemania y I de España, emperador, 63, 865, 1167
Carlos V, rey de Francia, 1138-1139
Carlos IV, rey de Francia, 1067, 1095, 1097, 1102
Carlos VII, rey de Francia, 1111
Carlos VIII, rey de Francia, 1119, 1166
Carlos de Anjou, rey de Nápoles y Sicilia, hermano de Luis IX, 934, 943, 1023, 1036, 1038, 1041, 1042, 1044,1049,1051-1052, 1077, 1091, 1149,1151-1152
Carlos de Dinamarca, sobrino de Roberto II de Flandes, 321
Carlos el Calvo, 47
Carlos el Temerario, 1103, 1106
Castelnaudary, batalla de (1211), 756, 796
Castillo Peregrino, fortificación de, 831
Caston, William, impresor, 1137
Cataluña, condado de, 838, 839
cátaros, herejes, 617, 717-724; en el Languedoc, 725-753
Cawalla, rey británico, 45
Cefalonia, ataque a, 407
Celestino III, papa, 606, 610, 617, 619, 621,856, 881-882
Ceprano, tratado de (1230), 972
Cervantes, Miguel de, 866
Cesárea, 168, 194, 227, 229, 260, 279, 297, 450, 936, 937,963, 1038
Cesáreo de Heisterbach, 606-607; *Dialogus Miraculorum*, 605
Cesarini, Giuliano, cardenal, 1107-1108
Châlons, conferencia de, 369
Champaña, 18, 20
Chanson d'Antioche, poema, 50, 106, 109,313,316
Chanson de Roland, 63, 318, 839
Chanson des Chétifs, 300
Chaucer, Geoffrey, 914, 1161; *Cuentos de Canterbury,* 1072
Chauncy, Joseph, 1079
Chester, conde de, 796-797
chites, 252
Chipre, 176, 184, 191, 230, 551, 561-562, 644, 675, 924, 925, 941, 1008-1009, 1052, 1063, 1128
Christiansen, Eric, 890
Cicerón, 40, 42
Cien Años, guerra de los, 913, 917, 1068, 1074, 1076, 1093, 1095, 1100, 1155, 1165, 1168
Cilicia, 159, 163, 167, 174, 189, 222, 227, 242, 246, 256, 332,406, 1062
Císter, orden del, 350, 353, 358, 377, 636, 639
ciudades, población en las, 3
Civitate, batalla de (1053), 16
Claraval, abadía de, 86
Clemente III, papa, 558, 608, 609
Clemente IV, papa, 1038, 1040, 1149, 1151

Clemente V, papa, 912, 1067, 1081, 1082, 1128, 1165
Clemente VI, papa, 900, 1140
Clemente VII, papa, 1154, 1155
clima, en Tierra Santa, 225-226
Clodoveo el Franco, rey galo, 44
Cluny, abadía de, 33, 79, 740
Colomán I, rey de Hungría, 119, 122, 127, 131, 139
Colón, Cristóbal, X, 864, 1171, 1173; ***Libro de las profecías***, 1171
Colonia, 3
Colonna, familia, 1153
Comminges, obispo de, 744
Comneno, dinastía, 672, 676
Compañía Catalana en Grecia, 206,1092
Compañía Inglesa Libre, 1070
Concilio de Autun (1095), 80
Concilio de Bourges (1225), 764
Concilio de Clermont, 77, 78-85, 90-91, 94, 146, 194, 311, 313, 329, 334, 377, 839
Concilio de Constanza (1414-1418), 918, 1082, 1156
Concilio de Florencia (1439), 1091, 1104, 1106
Concilio de Letrán, ***véase*** Concilio Lateranense
Concilio de Lyon, primer (1245), 996, 1001-1002, 1009, 1151
Concilio de Lyon, segundo (1274), 886, 912, 1047-1048, 1076, 1079, 1091; decreto ***Constitutiones pro zeli fidei***, 1048
Concilio de Nablús (1120), 261, 287, 323
Concilio de Narbona (1054), 55
Concilio de Nimes (1096), 94
Concilio de Piacenza (1095), 77,78, 104
Concilio de Pisa (1135), 315
Concilio de Poitiers (1106), 332
Concilio de Santiago de Compostela (1116), 335
Concilio de Tours (1096), 94
Concilio de Trento (1544-1545), 1145
Concilio de Troyes (1129), 324
Concilio de Viena (1311-1312), 1050, 1067, 1076
Concilio Lateranense, Primer (1123), 330-331,617, 853
Concilio Lateranense, Tercer (1179), 617,651,732, 735,739
Concilio Lateranense, Cuarto (1215), 490, 717, 741, 761, 785, 787, 802-803, 885, 950, 1048, 1145, 1147; decreto ***Ad Liberandam,*** 607, 609, 616, 779, 786, 787,810
Concilio Lateranense, Quinto (1512-1517), 1121
Concilio provincial de Ruán, 83
Concilio Vaticano II (1962-1965), 840
Conon de Béthune, 492, 645
Conrado III (Conrado de Hohenstaufen), rey de Germania, 10, 320, 321, 326, 348, 358, 364-367, 371, 374, 379, 404-405, 408, 410, 415, 419-421, 486, 528, 529, 531, 631, 772, 807, 871, 874, 875
Conrado II de Jerusalén (IV de Alemania), 934, 936, 937-938, 964, 981, 1027
Conrado III de Jerusalén (Conradino), 934, 938, 939, 942, 1036, 1151-1152
Conrado, condestable, 219, 221
Conrado, duque de Masovia, 902, 908, 909
Conrado, obispo de Maguncia, 621
Conrado de Halberstadt, obispo, 642, 656, 666, 703, 790
Conrado de Krosigk, obispo de Halberstadt, 639
Conrado de Montferrat, 471, 487, 510, 511, 513, 514-516, 518, 522, 525-526, 541, 542, 562, 564, 570, 573, 575, 584, 585, 588, 590, 934

Conrado de Querfurt, obispo de Hildesheim, 621
Conrado de Regensberg, obispo, 784
Conrado de Zahringen, arzobispo de Bremen, 390
Constancia, hija de Alicia, 243, 247
Constantino, emperador, 5, 6,41, 57
Constantino IX, papa, 12
Constantino XI, emperador bizantino, 1092, 1109
Constantinopla, 12, 74, 150-155, 183, 188, 204, 373, 639-640, 1088-1094; asedio de, 406-407, 686-697; caída de (1453), 1087, 1109-1112; iglesia de Santa Sofía, 537, 1093; población de, 3; reconquista de (1261), 703, 706; saqueo de, 338, 397-398; toma de (1204), 655, 697-699
Constantinopla, patriarca de, 5
Constanza de Antioquía, esposa de Reinaldo de Châtillon, 439-440
Constanza, esposa de Bohemundo, hija de Felipe de Francia, 332
Constanza, esposa del emperador Enrique VI, 535,536, 558,618
Contarini, familia, 231
Controversias de las Investiduras, 59, 61,92,219, 320
conversiones, 289, 292, 879-880
Cooke, sirThomas, 1138
coptos, cristianos, 160
Corán, 66, 271; del califa 'Utmán, 201
Córdoba, califato omeya de, 2, 67, 67, 837, 838, 839, 843; población de, 3
Córdoba, mezquita de, 842
Corfú, 684; ataque a, 337,407
Corinto, saqueo de, 407
Corvino de Hunyadi, Juan, regente de Hungría, 1107
Corvino, Matías, 1119
Cresson, batalla de (1187), 465
Crest, Renard y Jeanne, 949
Creta, 176, 702
Cristián, misionero cisterciense, 902, 903, 909
cristianismo, adopción del, 11, 39, 41
Cristiano de Gistel, 380, 382, 393, 394, 395, 403
Cristina de Pizán, 1166
Cristoburgo, paz de (1249), 906
Crónica anglosajona, 336

Da'ud, Abú Sulayman, 269
Daimberto, arzobispo de Pisa, 79, 204-205, 228, 255, 256
Dalleson, Guillermo, escudero, 915
Damasco, 14, 175, 179, 227, 231, 232, 238, 257, 339, 344, 347, 422, 425-427, 436, 437, 439, 448, 984, 993, 1037
Damieta, conquista de (1219), 797, 804-806, 811-812, 819, 822, 825, 830, 949, 955; ataque de Luis IX, 1008, 1012-1014,1026
Dándolo, Enrico, dogo de Venecia, 646, 650-651, 664-666, 671, 684, 694-695, 701
Dardanelos, bloqueo naval de los, 1107
Darum, sitio de, 591
Daula, Iftijar al-, gobernador fatimí, 197
David, rey de Israel, 37, 38
David Bruce, rey de Escocia, 1068
Dawney, William, 1135
Demnin, sitio de, 391
Despenser, Henry, obispo de Norwich, 1144, 1154-1155
Devol, tratado de (1108), 245, 333-334
Dhuoda de Septimania, 47
Díaz de Vivar, Rodrigo, el Cid, 24, 159, 259, 845, 851
Diego de Osma, obispo, 736
Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, 335, 853
Dietmar (o Thietmar), peregrino germánico, 305, 510
Dietrich de Landsberg, 908

diezmo de Saladino, 493, 494-495, 498, 499, 544, 547, 548-549,612
diezmo eclesiástico, 746-747, 763, 764, 1039, 1049, 1067
Din Ayyub, Naim al-, padre de Saladino, 239
Din ibn Shaddad, Baha' al-, biógrafo de Saladino, 298
Din Sinan, Rashid al-, jeque, 252
Dinamarca, 22, 23, 389-390, 895-896
Dirgham, chambelán, 441
Dirraquio, asedio de, 246, 333-334
Djerba, isla de, 1095
Domenico Michiel, dux veneciano, 337
Domingo de Guzmán, canónigo, 736,783
dominicos, orden de los, 737
Donación de Constantino, 6
Dorilea, batalla de (1097), 93, 107, 148, 164, 178; batalla de (1147), 408
Dozsa, Jorge, 1131 -1132
Drogo de Nesle, 137
Du Poujet, Bertrand, 1154
Dufay, Guillaume, músico, 1105
Dulcino, fray, 1073, 1153
Duodechin, sacerdote, 380
Duois, Pierre, 1171
Duqaq de Damasco, 163, 174, 176

Ebles de Roucy, conde, 847
Eco, Umberto: ***El nombre de la rosa,*** 766
Edesa, 75, 159, 163, 169, 171, 179, 184, 189, 202, 227, 236-240, 242, 341, 351
Edmundo de Anglia Oriental, san, 51, 797
Edmundo, hermano de Eduardo de Inglaterra, 1040-1041, 1045
Eduardo I, rey de Inglaterra, 932-933, 942, 1039-1040, 1044-1046, 1165
Eduardo II, rey de Inglaterra, 1067
Eduardo III, rey de Inglaterra, 916, 1068, 1137, 1165
Eduardo VI, rey de Inglaterra, 1138, 1145,1158
Efraím de Bonn, rabino, 135, 360, 362
Egipto, 64, 162,435,442,444,650,661, 769, 771, 932, 984, 1043, 1063, 1084; ataque de Luis IX a (1249-1250), 1008-1017; califato fatimí chiíta de, 15, 160-162, 173, 179, 439, 444; campaña de, 802-832
Eisenstein, Sergej M., director de cine, 897
Ekkehard, abad de Aura, 133, 223, 309
Elfrico de Cerne, abad de Eynsham, 51; ***Vidas de santos, 51***
Elias de Périgord, cardenal Talleyrand, 1070
Elijigidei, general mongol en Persia, **1010**
Embriaco, familia genovesa, 231, 939, 944
Embrico de Maguncia, 311
Emerico (o Imre), rey de Hungría, 644, 665, 668, 800
Emich de Flonheim, conde suabo, 102, 121-122, 127-134, 137
Enguelberto de Toumai, 200
Enguerrand de Coucy, 1099
Enguerrando de Boves, 741
Enrique II, emperador, 12, 368
Enrique III, emperador, 7
Enrique IV, emperador germánico, 8,59, 60, 78, 87, 98, 134, 138, 140, 219, 313, 320, 871,902, 925,935
Enrique VI, emperador germánico, 497, 535, 558-559, 597, 618-620, 624-625, 626-627, 678, 681, 772, 954, 956-957
Enrique VII, rey de Alemania, 1153
Enrique II, rey de Castilla, 1136
Enrique I, rey de Chipre y Jerusalén, hijo de Hugo I, 943-944, 964
Enrique II, rey de Chipre y 1 de Jerusalén, 1052, 1054

Enrique IV, rey de Chipre, 938
Enrique I, rey de Francia, 13
Enrique II, rey de Francia, 1157
Enrique I, rey de Inglaterra, 149, 247, 314,317, 320
Enrique II, rey de Inglaterra, 21, 260, 263, 298, 320, 435, 452, 457, 473, 477-479, 483, 488, 494, 497, 500, 503, 518, 530, 544-546, 556, 575
Enrique III, rey de Inglaterra, 445, 766, 795-796, 937, 951, 952, 959, 969, 973, 996, 1029, 1038, 1040, 1045, 1148-1149, 1151
Enrique IV, rey de Inglaterra, 915-916, 1085, 1093, 1134
Enrique V, rey de Inglaterra, 578, 1168
Enrique VIII, rey de Inglaterra, 1156,1157
Enrique, conde de Bar, 979-980, 985
Enrique I, conde de Champaña, 638
Enrique II, conde de Champaña, 526-527, 638, 934-935, 979
Enrique, conde del Palatinado Renano, 621
Enrique Jasomirgott, duque de Baviera y margrave de Austria, 367, 373
Enrique, duque de Brabante, 621, 622
Enrique, duque de Limburg, 962-963
Enrique III, duque de Limburgo, 503
Enrique, duque de Silesia y Cracovia, 908
Enrique, hijo de Teobaldo de Champaña, 356
Enrique de Albano, cardenal, 477, 481-483,490-491,527, 531
Enrique de Champaña, 541, 546, 579, 588, 591, 595, 622
Enrique de Comhill, funcionario, 550
Enrique de Dietz, conde de Birstein, 530
Enrique de Estrasburgo, obispo, 477-478
Enrique de Flandes, 691, 702
Enrique de Huntingdon, arzobispo, 318, 388,429
Enrique de Kalden, mariscal imperial, 621
Enrique de Livonia, sacerdote, 883
Enrique de Malta, conde, 798
Enrique de Marcy, abad de Citeaux, 735
Enrique de Namur, conde, 365
Enrique el León, duque de Sajonia, 277, 329, 372, 390, 391, 433, 479, 497, 499, 529, 874, 875, 877-879
Enrique el Monje, donatista anticlerical, 734
Enrique el Navegante, príncipe portugués, 864
Epiro, 706; guerra del (1107-1108), 145
Erasmo de Rotterdam: ***Julius Exclusus,*** 1156
Erdmann, Cari, historiador, 44, 86
Ereghli, 222, 223, 224
Eric I, rey de Dinamarca, 319
Erik III Lam (Eric el Manso), rey de Dinamarca, 389
Eric IV, rey de Dinamarca, 898
Eric IX, rey de Dinmarca, 899
Eric X, rey de Suecia, 1164
Eric XI, rey de Dinamarca, 898
Erlembaldo, jefe de los patarinos, 59
Esbem, hermano de Absalón, 482, 876
Eschiva de Bures, esposa de Raimundo III, 457,466
esclavitud, 4
esclavos musulmanes, 301
Escocia, 1068
Escoto Erigena, Juan, 47
Eskil de Lund, arzobispo danés, 389
Esmima, 1076, 1083, 1084, 1095
España, 347, 835, 903; Reconquista de, 836-865
Espíritu Santo del Nudo, Orden del, 1099
Espoleto, ducado de, 1150
esprit de corps, 206
Esquiva de Galilea, 252
Estandarte, batalla del (1138), 318

Esteban III, papa, 5
Esteban Langton, arzobispo de Canterbury, 780
Esteban, conde de Blois, 93, 110, 119, 136, 147, 148, 149, 155, 157, 164, 172, 178, 180, 181, 187-188, 205, 208, 218, 219, 221, 222, 224, 225
Esteban, conde de Borgoña, 219
Esteban, rey de Hungría, 12, 382, 575
Esteban, rey, hijo de Esteban de Blois, 324
Esteban, san, 12
Esteban de Cloyes, 777
Esteban de Neublans, 321
Esteban de Sancerre, conde, 526
Esteban de Serbia, 530
Esteban de Valence, sacerdote povenzal, 182, 184, 185
Estefanía de Milly, 455, 826, 924
Estiria, margraviato en, 10
Estonia, 23, 876, 881, 886-887, 891-892, 895-897,904,911
Estrella, Orden de la, en Francia, 1099
Étampes, asamblea de (1147), 369-370
Eubea, saqueo de, 407
Eudes III (Odón), duque de Borgoña, 639, 653
Eugenio III, papa, 331, 348-350, 354, 358, 363, 368, 372, 387, 388, 396, 428, 477, 772, 854; *Divina dispensatione,* 854; *Quantum praedecessores*, 349, 350-351, 354, 377
Eugenio IV, papa, 1106
Eusebio de Cesárea, historiador, 41
Eustaquio de Saint-Gemer de Flay, abad, 630
Eustaquio Gamier, señor de Galilea y Sidón, 280
Eustaquio II, conde de Boulogne, 256, 262
Eustaquio III, conde de Boulogne, 148
Eustaquio III, conde de Boulogne, 138
Evensham, batalla de (1265), 1164
Everardo de Barres, 417
Everardo III de Le Puiset, vizconde de Chartres, 317
Évora, Orden de, 857; *véase también* Avís, Orden de

Fais de Dufort, *perfecta* de los cátaros, 734
Faiz, al-, hermano del sultán al-Kamil, 815
Fakhr al-Din, emir, 960-961, 965, 970, 1013, 1015
Fakhr al-Mulk, emir, 344
fatimíes, 231
Federico I Barbarroja, emperador de Germania, 312, 427, 435, 477, 490, 493, 496, 499, 503-504, 510, 516, 522, 524, 527, 528, 532, 538, 539-540, 543, 544, 548, 555, 558, 618, 619, 678, 694, 772
Federico II, emperador germánico, 631, 772, 784, 786, 798, 800-801, 806, 808, 824, 829, 830-831, 902, 909, 933, 934, 936, 949, 973, 978, 994, 996,1009, 1013, 1150; cruzada contra, 981,996-997, 1002, 1073, 1160; cruzada de, 952-972
Federico III, emperador alemán, 1111
Federico, duque de Antioquía, 541
Federico, duque de Austria, 621
Federico de Bogen, *advocatus* de Ratisbona, 373
Federico de Hausen, trovador, 538
Federico de Sicilia, hijo de Pedro III de Aragón, 1152
Federico de Suabia, duque, 366, 373, 427, 504, 538, 540, 543
Felipe II, rey de España, 839, 863, 1167
Felipe I el Gordo, rey de Francia, 13,78, 136, 243
Felipe II Augusto, rey de Francia, 21-22, 320, 435, 478-479, 483, 487, 490, 492, 493-495, 497, 499, 503, 510,

510, 518, 526, 529, 542, 544-546, 552, 556, 558-560, 568-571, 574, 575-576, 594, 611, 625, 627, 642, 646, 648, 652, 729, 737, 747, 755-756, 761, 768, 781, 786, 794-795, 799, 949, 958, 993
Felipe III, rey de Francia, 1044, 1045, 1049, 1051, 1152
Felipe IV, rey de Francia, 912, 1067, 1081, 1125
Felipe V, rey de Francia, 1067, 1074, 1129-1130, 1133
Felipe VI, rey de Francia, 1067, 1069, 1130
Felipe, conde de Flandes, 277, 456-457, 553, 560, 568, 574
Felipe, duque de Borgoña, 1065
Felipe de Alsacia, conde de Flandes, 433
Felipe de Artois, condestable de Francia, 1099
Felipe de Aubigny, 797-798
Felipe de Beauvais, obispo, 521, 741
Felipe de Borgoña, 1111
Felipe de Montfort, 936, 937, 938, 939, 1024
Felipe de Novara: ***Livre de forme de Plaint,*** 941
Felipe de Oxford, 795
Felipe de Suabia, 639, 655, 672, 679-681,889
Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, 1097, 1098
Felipe el Bueno, duque, 1103, 1106, 1118
Ferentino, acuerdo de (1223), 957
Femando II, rey de Aragón, el Católico, rey, 839, 863, 1166-1167, 1172
Femando I, rey de Castilla y León, 843-844
Femando III, rey de Castilla y León, 861-862, 957, 1164
Filangieri, Ricardo, mariscal imperial, 936-937, 963, 984
Filareto Bracamio, comandante griego, 168-169
Filastre, Guillaume, obispo de Tournai, 1104
Filipópolis, 534-535
financiación de las cruzadas, 493-496,635-636, 641-642, 746-747, 763, 786-787, 950,979-980,989,999-1005, 1041
Finlandia, 23, 882, 895, 898, 900, 904
Firuz, traidor armenio, 145, 180
FitzHugh, Henry, 1135
FitzJohn, John, 982
Flandes, 18,20, 23,53
Florencia, 3, 16, 163
Florent de Holanda, conde, 1051
Florent de Varennes, 1039
Folkwin, maestre de los Hermanos de la Espada, 893
Fontevrault, Orden de, 89
Forbelet, en Galilea, batalla de Le (1182), 446,448, 458, 459
Forbie, La (Harbiya), batalla de, 992
Foulques de Guiñes, 280
Foulques de Neuilly, evangelista francés, 628-631,634, 636,642
Foulques Nerra (el Negro), conde de Anjou, 54, 80,91,321,323
Foulques V, conde de Anjou, rey de Jerusalén, 247, 248, 250, 263, 280, 292, 317, 328, 330, 337, 341, 421
Foulques, patriarca de Jerusalén, 213, 239
Francfort, Dieta de (1147), 387, 389, 391,617,867, 874
Francia, 22-23, 246, 316, 350-357, 910, 993-1001
Francisco I, rey de Francia, 865, 1120
Francisco de Asís, 805, 817-818
Franco, Francisco, general, 840, 866
Franconia, 10
francos, 295-297, 301, 303, 342, 444
Frates miliciae Christi, Orden de Livonia, 327

Freidank, poeta, 966
Froissart, poeta y cronista, 1100, 1168
Fulco, obispo de Tolosa, 728, 730, 742
Fulco de Marsella, trovador, 727
Fulco de Neuilly, 746, 783
Fulquer de Chartres, cronista, 109, 117, 136, 171, 205, 226, 231, 257, 272-273, 282, 289, 305

Gaimar, poeta anglo-normando: *Estoire des Engleis,* 314
Galilea, 226, 251, 255, 464, 1038
Gallipoli, península de, 1084, 1095
García de Tolosa, Pedro, hereje, 716
Gasconia, ducado de, 18
Gastón de Beam, 197
Gastón de Cahors, obispo, 93
Gastón de Verán, 1039
Gaza, conquista de Saladino de, 444
gazíes, liberación de los, 304
Gedeón, 38
Gelasio II, papa, 318
Gengis Kan, 821
Génova, 16, 536, 674, 938, 939, 1039, 1096
Geofroy de Thoisy, 1103, 1106
Gerardo de Aurillac, 54
Gerardo de Gales, 488-489, 491-492, 500, 502, 605; *Viaje por Gales,* 488
Gerardo de Nazaret, obispo de Latakia, 294, 300
Gerardo de Ridefort, maestre del Temple, 455, 464-465, 470, 513, 518
Gerberto, erudito, *véase* Silvestre II, papa
Gerhoh de Reichersberg, 314
Germain, Jean, obispo de Châlons, 1103, 1104-1105, 1112
Germán de Salza, maestre, 902-903
Geroldo, patriarca de Jerusalén, 966, 969, 971
Gerona, asedio de, 1152
Gervasio de Canterbury, monje, 498, 549
Gesta Francorum, 311, 313
Géza, rey de Hungría, 368, 405, 409
Ghillebert de Lannoy, 1103, 1105
Gibbon, Edward, historiador, 1088
Gilberto de Hastings, obispo de Lisboa, 402
Gilberto de Mons, 599
Gilberto de Tilliéres, 546
Gilberto de Toumay, franciscano, 1048
Gilíes de Trasignies, 641, 652
Giraud de Pépieux, 752
Girauda, señora de Lavaur, 734
Glaber, Rafael, monje burgundio, 843
Glaber, Raúl, cronista, 69, 70, 86
gnósticos, 720
Godehilde de Tosni, 139, 256
Godofredo, abad de Vendóme, 81, 93
Godofredo, hijo Foulques de Jerusalén, 247, 263
Godofredo Burel de Étampes, 120, 124, 126
Godofredo de Argentan, 976
Godofredo de Bouillon, duque, 60-61, 75, 98-99, 120, 121, 127, 132, 138-141, 144, 146, 149, 152, 165-167, 174, 180, 193, 197, 199, 203-204, 228, 255, 265, 274, 280, 294, 925, 1063, 1086, 1138
Godofredo de Esch, 139
Godofredo de la Roche, obispo de Langres, 352, 375, 378, 410,411-412
Godofredo de Lusiñán, 510, 575
Godofredo de Monmouth: *Historia de los reyes de Britania,* 318
Godofredo de Neville, 755
Godofredo de Rancon, 375, 416
Godofredo de Saint-Omer, 323
Godofredo de Sergines, comandante, 938
Godofredo de Villehardouin, mariscal de la Champaña, 625, 629, 630, 633, 637, 638, 644, 645, 651-652, 654-

655, 657, 662, 664, 668, 676, 680, 684, 686, 695, 700, 702
Godofredo de Wiesenbach, 530
Godofredo de Wurzburgo, obispo, 478, 485, 490
Godofredo el Orfebre, 501, 548
Godofredo FitzPeter, regente, 500, 613
Godofredo le Tor, 941
Godrico de Fínchale, eremita, 330
Godwinson, Haroldo, 581
Godwinson, Sweyn, asesino anglo-normando, 321
Gormundo, patriarca de Jerusalén, 651
Gottschalk, sacerdote, 101,121-122,127
Gottweig, abadía germana de, 39
Graciano de Bolonia: ***Decretum,*** 328
Gramático, Sajón, cronista danés, 877
Gran Bretaña, 887
Granada, toma de (1492), 840, 865, 1077, 1166
Grecia, 981, 1012
Gregorio de Sant'Angelo, 856
Gregorio I, papa, 36
Gregorio III, papa, 5
Gregorio IV, papa, 531, 1150
Gregorio VII, papa, 8-9, 56, 59-60, 62-63, 69, 71, 78, 84, 92, 94, 102, 160, 718, 721,846, 847
Gregorio VIII, papa, 473, 609, 772; *Audita Tremendi,* 473, 475, 476, 477, 481,490, 495,497,612
Gregorio IX, papa, 831, 886, 902, 953, 954, 973, 974-975, 978, 980, 981, 989, 1074, 1160
Gregorio X, papa, 912, 931, 932, 1045, 1047-1049
Gregorio XI, papa, 1141, 1160
Gromond, patriarca, 272
Gryffydd ap Cynan, 488
Guadalete, batalla de (711), 837
Gualterio de Brienne, 652
Gualterio el Canciller, cronista de Antioquía, 244, 248
Gualterio Fitz Waleran, 120, 124
Gualterio I de Cesárea, 297
Gualterio, archidiácono de Londres, 795
Gualterio, señor de Boissy-sans-Avoir, 101, 120, 122, 124, 125-126
Güelfo IV, duque de Baviera, 219, 222, 223, 358, 365, 367, 372, 373
Guerra de las Vísperas Sicilianas, 1051, 1148, 1152
Guerra de los Lombardos, 936
Guerras de Religión (1563-1598), 1166
Guesclin, Bertrand de, comandante, 1136
Gui, Bemard, inquisidor de Carcasona, 766
Guiberto de Nogent, 107, 109, 111, 118, 122, 271, 309, 313; *Gesta Dei Per Francos,* 311
Guido de Beirut, 426
Guido de Blond, monje, 276
Guido de Florencia, cardenal de San Grisogono, 376
Guido de Les Vaux-de-Cemay, abad, 636, 667
Guido de Lusiñán, rey de Jerusalén, 265, 267, 456, 457-460, 462, 467, 470, 510, 513-516, 525, 526, 542, 543, 561,562, 570, 575,579, 620
Guido de Palestina, cardenal, 639
Guido de Thourotte, 642
Guido II Embriaco de Jubail, 944
Guigo, abad de la Grande Chartreuse, 325
Guillaume de la Trémoille, mariscal de Borgoña, 1099
Guillaume de Machaut, 1071
Guillaume de Nogaret, 1081
Guillaume de Plaisians, 1081
Guillén Augier, trovador del Delfinado, 753
Guillermo II Rufo, rey de Inglaterra, 79, 97, 148
Guillermo I, rey de Sicilia, 320
Guillermo II, rey de Sicilia, 301, 473, 477, 484, 499-500, 509, 528, 536, 548, 558-559

Guillermo II, conde de Nevers, 218, 219, 222
Guillermo 111 de Montferrat, 456, 460, 462, 470
Guillermo, conde de Flandes, 997
Guillermo, conde de Holanda, 801-802
Guillermo IV, conde de Holanda, 914
Guillermo VIII, duque de Aquitania, 847-848
Guillermo IX, duque de Aquitania, 219, 247
Guillermo I de Gelderland, 914
Guillermo Clito, conde de Flandes, 320, 324, 325
Guillermo de Aquitania, 220, 222-223
Guillermo de Aubemia, obispo de París, 994
Guillermo de Beaujeu, gran maestre del Temple, 929-930, 1055-1056
Guillermo de Cormery, 105
Guillermo de Fors, 551
Guillermo de Forz, 978, 988
Guillermo de Grandmesnil, 145
Guillermo de Holanda, 1151
Guillermo de Malesbury, escritor, 81
Guillermo de Melun, 110
Guillermo de Montferrat, 433, 513
Guillermo de Normandía, 56, 84
Guillermo de Orange, 61, 146, 184
Guillermo de París, archidiácono, 744, 756, 774
Guillermo de Preaux, 298
Guillermo de Roquefort, 752
Guillermo de Saboya, cardenal de Santa Sabina, 909
Guillermo de Tiro, arzobispo y cronista, 65, 248, 269-270, 274, 277, 300, 419, 421, 425, 426, 430, 435, 439, 440, 444, 446, 449, 450, 451, 453, 454,458,459,462, 822, 1137, 1170; *Historia*, 265
Guillermo de Trípoli, 1048
Guillermo de Tudela, clérigo, 750
Guillermo de Villehardouin, 1009
Guillermo de Warenne, conde de Surrey, 356, 376, 410
Guillermo el Bastardo, duque de Normandía, 21
Guillermo el Carpintero de Melun, 137, 176
Guillermo el Conquistador, 81, 148
Guillermo el León, 484
Guillermo Embriaco, almirante genovés, 251
Guillermo Ferrers, conde de Derby, 522, 546
Guillermo FitzMarquis, 137, 143
Guillermo FitzOsbert, 501
Guillermo Hugo de Monteil, 198
Guillermo Longchamp, canciller de Ricardo I, 498, 574, 590
Guillermo Marshal, 497
Guillermo Ricau, 197
Guillermo *Veneur* de Maine, 330
Guillermo, patriarca de Jerusalén, 353
Guillermo-Jordán, conde de Cerdeña, 249, 251
Guiscardo, Bohemundo, 17
Guiscardo, Roberto, caudillo normando, 14, 17,24, 68, 143, 259, 677
Guiscardo, Roger, conde, 17, 70
Gunther de Pairis, cronista cisterciense, 312, 605, 629, 671, 681-682, 703
Guido de Les Vaux-de-Cemay, abad, 741
Guido de Montfort, 741
Guyuk, kan mongol, 1010, 1011

Haakon IV, rey de Noruega, 906
Habin, Daniel, 1134
Habsburgo, dinastía de los, 1132, 1177
Haifa, 194, 229, 255, 1038
Hainaut, conde de, 139
Hakim, Al-, califa fatimí de Egipto, 69
Hakluyt, Richard, 1177
Hales, Joseph, 1079
Hamo L'Estrange, 40

Hanbali, secta de, 292
Harald Blátand, rey de Dinamarca, 23
Harald Hardrada, rey de Noruega, 24
Haroldo II, 56
Harran, 241
Hartmann de Dillingen-Kybourg, conde, 102
Hartwig II, arzobispo de Bremen, 617, 621, 888
Hasanun, caballero kurdo, 292-293
Hastings, batalla de (1066), 84, 96
Hattin, batalla de (1187), 202, 435, 446, 448, 449, 452, 463-473, 476, 482, 483, 492, 499, 514, 515, 516, 557, 578,581,598,623,818
Haughton, Adam, canciller, 1167
Hauteville, familia, 237
Hayton, príncipe armenio, 1171
Hebrón, 227,
Helmoldo de Bosau, sacerdote sajón, 387, 390, 873, 877
Henry de Turbeville, capitán, 978
Heraclea, 168
Heraclio, emperador de Bizancio, 44, 65, 73,452, 480
Heraclio, patriarca de Jerusalén, 274, 277, 291, 434, 458, 460, 462, 471, 483, 528,542, 1138
Hereford, Humphrey Bohun, conde de, 796,915
herejías, 719; *véase también* Inquisición
Hermandad Blanca, milicia, 742
Hermandad Negra, fraternidad, 742
Hermann von Salza, gran maestre de los Caballeros Teutónicos, 958, 962, 970, 1078
Hermannus (Judas Leví de Colonia), judío converso, 364
Hermanos de la Espada, orden de los, 883-884, 886, 890-893, 896-897, 905,909, 973, 1079
Hervé, conde de Nevers, 745-746, 754, 794
Hervey de Glanvill, comandante, 393, 394, 398,401
Hilario, san, 94
Hildegarda de Bingen, abadesa, 433-434
Hilduino de Villemoyenne, 642
Hisn al-Akrad, fortaleza de, 191, 251
Historia Roderici, 851
Hitler, Adolf, 887
Hodierna, hermana de la reina Melisenda, 253, 254
Hohenstaufen, dinastía de los, 10, 502, 536, 623, 653, 681, 772, 909, 924, 933, 936,956, 971,974, 1035-1036, 1047, 1146, 1150-1152
Homs, ciudad musulmana, 176, 238, 251,986, 992, 1008, 1050
Honaz, batalla de, 416-417
Honorio III, papa, 633, 762, 764, 772, 789, 800, 896, 949, 955, 962, 1148-1149
Horda de Oro, 1077
Hom, Andrew: *Mirror ofJustices,* 1144
Hospital de San Juan de Dios, Orden del, 216, 229, 322-323, 327, 819, 854, 857, 1063, 1076, 1133
Hospital de Santa Mana de Jerusalén, Orden Teutónica del, 543
Hostiensis, Enrico da Susa, 1146, 1160
Hubert, maestro, 950, 951
Huberto de Paceo, 280
Huberto Gualterio, obispo de Salisbury, 500, 542, 544, 597,611
Hugo I de Troyes, 322, 324
Hugo II de Chipre, 939
Hugo II de Le Puiset, 280, 331
Hugo II, conde de Jaffa, 280
Hugo III de Chipre, rey de Jerusalén, 935, 940, 942, 1045
Hugo IV, conde de Saint-Pol, 560, 634, 638, 640, 642, 657, 681, 684, 691, 694, 747
Hugo IV, duque de Borgoña, 977, 979, 997, 1009, 1039

Hugo, conde de Avranches, 61-62
Hugo, conde de Champaña, 353
Hugo, conde de Jaffa, 262, 264, 265
Hugo, conde de Vermandois, 136-137, 139, 143, 146-147, 152, 187, 219, 223
Hugo, duque de Borgoña, 494, 552-553, 576, 579, 590-591
Hugo, abad de Cluny, 79, 320
Hugo, arzobispo de Lyon, 219
Hugo Bunel, 105
Hugo Capeto, 19
Hugo de Beauchamp, 492
Hugo de Chaumont, señor de Amboise, 317,321
Hugo de Ibelin, señor de Ramla, 289, 452, 453
Hugo de Jubail, obispo, 348, 411
Hugo de Lusiñán, 998
Hugo de Payns, 323-324, 336
Hugo de Saint Omer, 279, 280
Hugo Eteriano, 678
hugonotes, 1157, 1166
Hulagu Kan, 1037, 1038
Humbaud, obispo de Auxerre, 314
Humberto de Beaujeu, 764, 977, 981
Humberto de Romanos, dominico, 886, 1047
Humberto III el Viejo, señor de Beaujeu, 326
Humberto, delfín de Viena, 1083
Hume, David, X, 1178
Hungría, 11, 533, 1077, 1098, 1114, 1116, 1132-1133
Hunyadi, regente de Hungría, 1108, 1113, 1115
Hus, Jan, 1156
husitas, 1145, 1168; cruzada contra los, 1107
Huy, monasterio de, 359

Ibn al-Athir, Izz al-Din, historiador, 425, 437,445-446,471,487,512,524, 824
Ibn al-Jawzi, 972
Ibn al-Khashshab, Ibn al-, cadí chiíta de Alepo, 345
Ibn al-Qalanisi, cronista, 158, 232, 250, 426
Ibn Jubair, viajero, 273, 290, 301
Ibn Muñir, 344
Ibn Munqidh, Usama, cronista, 273, 292, 293, 301
Ibn Shaddad, Baha' al-Din, 447-448, 487, 511, 514, 518, 524, 531, 560, 572, 573, 577-578, 582, 588, 595, 598
Ibn Tumart, Mohammed, líder almohade, 855
Ibn Wasil, funcionario ayubí, 961
Ida, margrave viuda de Austria, 223
Iglesia católica, 36, 322, 717, 721
Iglesia de Oriente, 62-63
Iglesia dualista de los bogomilas, 725
Iglesia herética, 726
Iglesia maronita del Líbano, 785
Iglesia ortodoxa, 706-707, 1091, 1093
Il-Ghazi, soberano de Mardin, 242-243, 244
Imad al-Din al-Isfahani, secretario y biógrafo de Saladino, 343,447,466, 524
Inab, batalla de (1149), 248, 422, 428, 436
indulgencias, 69, 246, 318, 355, 392, 609, 616, 632, 736, 742, 771, 896, 910, 1095
Inés de Courtenay, esposa de Amalarico, 452, 454, 455, 456, 458
Inglaterra, 22-23, 363,910,977; guerras civiles, 23, 795; invasiones de, 23, 26
Inocencio II, papa, 1147
Inocencio III, papa, 17, 350, 603-616, 607, 610-611, 614-615, 618, 625-632, 634, 635, 639, 641, 643-645-646, 655, 662, 666, 667, 671, 678,

680, 700, 703, 707, 714, 716,718, 729, 736-740, 744, 745, 751,759, 760, 768, 770, 771, 772, 773-774, 778, 779, 782, 785, 798, 802,803, 810, 813, 831, 878,881-882, 884, 889, 930, 949, 954, 1148-1149; bula *Quia Maior,* 607, 608, 609, 616, 759, 779, 781, 783-786, 788, 793, 1147, 1175
Inocencio IV, papa, 903, 905, 910, 975, 993-994, 996-999, 1002, 1008, 1009-1010, 1073, 1160
Inocencio VI, papa, 1082
Inocencio VIII, papa: *Pontificale Romanum,* 1144
Inquisición, 715-716, 721, 765-767
Irán, 163, 345
Iraq, 162, 163, 231, 258, 345, 444, 821
Irene, esposa de Felipe de Suabia, 679
Isaac Comneno, soberano griego de Chipre, 561-562, 564
Isaac II Angelo, emperador de Bizancio, 530, 533-534, 537, 548, 619, 677, 689, 692
Isabel de Ibelín, 939-940
Isabel I, reina de Castilla, 839, 863,1172
Isabel I, reina de Inglaterra, 1156
Isabel I, reina de Jerusalén, hija de Ama-1 arico, 453, 455, 460, 542-543, 623, 934, 935
Isabel II, reina de Jerusalén, hija de Juan de Brienne, 780, 808,934,936,955-956, 964
Isaías, 102
Isidoro, arzobispo de Sevilla, 850
Isidoro, mártir san, 338
ismailíes, 252
Ivo (Yves) de Vipont, 546
Ivo de Chartres, canonista, 299
Izz ad-Din, Abú Alí ibn, 274

Jacinto, cardenal, 856
Jacobo de Vitry, 603, 605, 628, 629-630
Jaffa, 194, 229, 260, 278, 579, 582, 935, 937, 963, 966-967, 1042; batalla de (1192), 448; saqueo de, 595
Jaffa, Tratado: de 1192, 584, 596, 598-599, 610, 923, 930; de 1922, 967, 968
Jagellón, rey de Lituania, 880
Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, 760, 861-862, 957, 1040, 1042, 1049
Jaime II, rey de Aragón, 1152
Jaime de Avesnes, 518, 521, 522, 526, 546,581, 1164
Jaime de Vitry, obispo de Acre, 740, 774, 784, 788, 790, 799, 804, 821-823, 949
Jarretera, Orden de la, en Inglaterra, 1099
Jean de Vienne, almirante francés, 1099
Jelal al-Din, rey de los jwarizmíes, 961
Jerónimo, san, 37
Jerusalem Mirabilis, 314-315
Jerusalén, 227, 249, 254-268, 334, 585, 819-820; asedio de, 181,186; asedio de Ricardo (1192), 587-594; caída definitiva de (1244), 992; caída del reino de (1174-1187), 449-463; conquista de (1095-1099), XII, 39, 75, 701; conquista musulmana (638), 5; conquista por Saladino (1187), 344, 471-472; cúpula de la Roca, 200, 447, 471, 968; explanada de las mezquitas, 471,473,968; fin del reino de, 938-945; iglesia de Santa Ana, 301; iglesia del Santo Sepulcro, 69, 84, 87, 94, 101, 189, 202, 203, 213, 216, 230, 264, 274, 275, 294, 295, 396, 421, 589, 597, 618, 953, 968-970, 1062, 1180; mezquita de Al-Aqsa, 200,201,323,344,420, 438, 471, 593, 968; patriarca de, 5, 99; peregrinaciones, 70, 228, 480; quincuagésimo aniversario (1149)

de la conquista de, 213; reconquista cristiana de, X, 771; segundo reino de, 923-938; Vera Cruz y, 44, 203, 353, 430, 470, 480, 492, 597; y la Primera Cruzada, 195, 197-203;
Jesucristo, 182
Joannitza, rey de Bulgaria, 694, 700, 702
John de Neville, 982
John Paston 11, caballero de Norfolk, 1137
Jorge, conde de Weid, 801-802
Joscelin I de Courtenay, conde de Edesa, 236-237, 237-238, 240, 280, 341,346
Joscelin II de Courtenay, conde de Edesa, 239, 240, 342
Joscelin III de Courtenay, conde de Edesa, 267,453,461,473
Joscelino de Brakelond, 498
Josías (Joscio), arzobispo de Tiro, 476-477, 623
Josserand de Brancion, 1180
Josué, 37, 38
Juan II Comneno, emperador bizantino, 240, 246, 247, 337, 341, 411, 673
Juan V Paleólogo, emperador bizantino, 1089, 1091, 1093
Juan VI Cantacuzeno, emperador bizantino, 1084, 1093
Juan VIII Paleólogo, emperador bizantino, 1091, 1092, 1104
Juan II, rey de Francia, 1070, 1133
Juan, emperador, hijo de Alejo, 140
Juan, rey de Suecia, 896
Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, 497, 545, 594, 611, 627, 635, 729, 737, 745, 747, 761, 780, 791, 795, 795, 959, 1148
Juan IV el Oxita, patriarca de Antioquía, 244
Juan VIII, papa, 47
Juan XII. papa, 6
Juan XXII, papa, 1067, 1074. 1130, 1141, 1153, 1154, 1155
Juan, conde de Mácon, 976
Juan, señor de Joinville-sur-Mame, 999, 1003, 1005-1007, 1014, 1020, 1022, 1024, 1031, 1040, 1046
Juan Bautista, san, 37, 322, 628, 703
Juan de Arsuf, 938, 939
Juan de Basingstoke, 678
Juan de Brienne, rey de Jerusalén, 702, 780, 804, 805, 807-809, 813, 818, 821, 825, 825, 829, 924, 935-936, 950, 954, 955-956, 958, 973, 1014, 1018, 1023, 1150
Juan de Capistrano, franciscano, 1112-1116, 1143
Juan de Carvajal, legado pontificio, 1113
Juan de Friaise, 645
Juan de Gante, duque de Lancaster, 1095, 1097, 1155
Juan de Grailly, 1051
Juan de Hessle, 501
Juan de Ibelin, 624, 926, 935, 936-937, 964
Juan de Jaffa, 939,942,943,1012,1018, 1036; *Le livre des assises,* 940
Juan de Kent, 795
Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, 914
Juan de Mantua, 84
Juan de Nevers, 1098, 1099, 1101, 1106
Juan de Plano Carpini, franciscano, 1010
Juan de Scarabosco: *De Spaera,* 1172
Juan de Wurzburgo, peregrino, 275,281, 322, 871
Juan de Xanten, 789
Juan Focas, viajero griego, 281
Juan Kínnamos, 677
Juan Limosnero, san, 322
Juan Pablo II, papa, 707, 1176
Juan Tristán, hijo de Luis IX, 1044
Juan Tzimisces, 67

Juana de Arco, 1166
Juana, hermana de Ricardo I, 559, 561, 583-584
Juana, hija de Raimundo VII, 764
Jubail, 229, 231,242, 251
Judas Macabeo, 37, 51
Judea, 227, 260
judíos, persecución de, 359-361, 553-554, 1001
Julián de Sidón, 940
Julio II, papa, 1156, 1157
Jungingen, Ulico von, 917

Kalavun, sultán de Egipto, 944, 1050, 1052
Kalonymos, rabino mayor, 129, 130
Kaloyán (o Iván), rey de Hungría, 644
Kamil, al-, sultán, 805, 813, 815-817, 819-821, 824, 828, 830, 831, 956, 960-961,964-967,972, 983
Katzenellenbogen, conde de, 652, 811
Kay Kavus, sultán selyúcida de Rum, 803
Kerak, castillo de, 284
Kerbogha, *atabeg* turco de Mosul, 163, 169, 174, 175, 179-180, 184, 186, 237,259,314
Ketler, Gotardo, 894
Khayyat, Ibn al-, poeta, 344
Kibotos, desastre de, 138, 151
Kilij Arslan, sultán selyúcida, 126, 157, 161, 162, 164, 165, 222, 223, 258, 530
Kilij Arslan II, sultán de Rum, 530, 538
Kitbugha Nayan, jefe mongol, 1038
Klosterrad, abadía de, 379
Knighton, Henry, canónigo, 1165
Konya, batalla de, 539
Krak de los Caballeros, en el condado de Trípoli, 511,931, 1045, 1052

Ladislao de Hungría, san, 1135, 1164
Ladislao IV, rey de Hungría, 1107-1108
Ladislao Odonicz, duque, 908
Ladislao, rey de Bohemia, 358
Langley, Henry y Katherine, 1120
Langstrother, John, 1135
Languedoc, 21,672, 711, 714, 716,996; cátaros en el, 725-753; conquista del, 753-765
Lanza Santa, 183-184, 186, 203, 222
Latakia, puerto de, 172, 228, 229, 231, 241, 242, 245, 249
latín, lengua, 298
Lavaur, asedio de, 740
Lazarevic, Esteban, déspota serbio, 1099
Le Puiset, familia, 336
Lea, H. C., historiador, 752
León II, rey de la Armenia cilicia, 620, 624, 808, 826, 924
León III, papa, 6
León IV, papa, 47
León IX, papa, 16, 58
Leonor, duquesa de Aquitania, esposa de Luis VII, 356, 375, 407, 421, 428, 560
Leopoldo V de Austria, duque, 505,529, 573-574, 597, 604
Leopoldo VI de Austria, duque, 604, 741,771,784, 800,813
Lepanto, batalla naval de (1571), 1158-1159
Lesina, Mateo Gentile, conde de, 798,827
Líbano, 803
Líber ordinum visigodo, 842
Liga Hanseática, 916
Liga Lombarda, 1150
Liga Santa contra los otomanos, 1175
Lisboa, 1042; asedio de (1142), 394, 395; asedio y conquista de (1147), 380, 381,382, 393-404,429
Lituania, 5, 877, 880, 886, 910, 912-914,917, 1077
Livio, Tito, 40
Livonia, 617, 876, 879, 883-887, 888-894, 903, 908, 913, 1079

Livre au Roi, 941
Livre des assises de la tour des Bourgeois de Acre, 941
Lombardía, 656
lombardos, 224
Longspee, William, comandante, 978, 1012, 1021, 1032, 1164
Loos, abad de, 636, 639
Loredan, Alvise, capitán veneciano, 1108
Lorena, 10
Lotario de Segni, ***véase*** Inocencio III, papa
Lotario, emperador, 391
Loudeham, Juan, 915
Lucas de La Barre, 314
Lucas, evangelista, 37, 88
Lucio II, papa, 348
Lucio III, papa, 434, 528; decreto ***Ad abolendam,*** 735
Ludolfo de Toumai, 200
Luis IV, emperador, 911
Luis IV, rey de Alemania, 1068, 1153
Luis I el Piadoso, rey de Francia, 838
Luis VI, rey de Francia, 371, 1139
Luis VII, rey de Francia, 19, 21, 320, 350-351, 354, 355-356, 367, 368, 371, 374-375, 379-381, 404, 411-412, 417, 419,421, 425, 428,485, 486, 531, 533,535, 545, 618,694, 735,951
Luis VIII, rey de Francia, 715, 729, 746, 759, 760-764, 796, 993
Luis IX, san Luis, rey de Francia, 437, 704, 764, 769,832, 862, 932,938, 939, 940, 951,974, 976, 977,980, 1067, 1069, 1073, 1076, 1130, 1135, 1151, 1164, 1180; cruzada de, 991-1057
Luis XI, rey de Francia, 1117
Luis XII, rey de Francia, 1120
Luis I, conde de Clermont, 1125, 1129-1130
Luis I, duque de Borbón, 1133
Luis II, duque de Borbón, 1095-1096, 1133
Luis III, landgrave de Turingia, 522, 541
Luis de Baviera, duque, 799, 827
Luis de Blois, 635, 638, 640, 642, 654, 682, 694, 702
Luis de Turingia, 526, 529
Lydda, 1038

Ma'arrat al-Nu'man, 244; asedio de, 181, 185, 190, 344, 345
Mabel de Belléme, 105
Maceal, Roger, vicecanciller, 556
madrazas (***madrasah***), 344-345
magiares, 835
Magna Mahomeria, comunidad agrícola de, 279, 284, 296, 971
Magno II, rey de Suecia, 899-900
Magno, primo del duque Canuto, 320
Maguncia, dieta de (1103), 320
Mahdiya, al-, asedio de, 68, 1095-1096, 1098
Mahoma, 64, 65, 311, 459
Maldon, batalla de (991), 50
Malik al-Adil, Al-, sultán, 780
MalikShah, sultán, 160-161, 162-163
Malory, sir Thomas: ***La muerte de Arturo,*** 1136-1137
Malta, conde de, 830
mamelucos, 27,447,911,924, 930,944, 1049, 1071
Mamistra, 177
Manasses de Hierges, condestable, 264, 280
Manasses, arzobispo de Reims, 219
Manasses, obispo de Orleans, 711
Mandavila, Juan de: ***Libro de las maravillas del mundo,*** 1137-1138, 1172, 1177
Manfredo, hijo ilegítimo de Federico, 1036, 1151
maniqueos, 720

Mansurah, Al-, batalla de, 1019-1020, 1025, 1028
Manuel I Comneno, emperador griego, 240, 246, 277, 300, 348, 365, 368, 405-407, 410-411, 414-415, 434, 439, 440, 441, 644, 673, 676, 677, 678
Manuel II, emperador bizantino, 1091
Manzikert, batalla de (1071), 13, 62, 104, 123, 160
Marash, 168
Marche, conde de la, 794
Marche, Olivier de la, 1104-1105
Mardin, 237
Margarita, esposa de Bela III de Hungría, 533
Margaritone de Brindisi, almirante, 509
Margat, en el condado de Trípoli, 511
María, reina de Jerusalén, esposa de Juan de Brienne, 808, 934
María Comnena, segunda esposa de Amalarico I, 270, 453-454, 455, 457,471,542,943
María de Antioquía, esposa de Manuel I, 247
María de Flandes, emperatriz, 701
María de Montferrat, hija de Isabel I y Aimery, 935
María de Oignies, 740
Markward de Anweiler, 631-632, 652, 1147
Marqab, 243
Marruecos, 864
Marsella, 1039
Marshal, Gilbert, 977-978
Marshal, Richard, 977
Marsilio de Padua, filósofo político, 1160
Martín de Pairis, abad, 629, 636-637, 639, 652, 698, 703
Marty, Beltrán, obispo cátaro de Tolosa, 766
Mateo, Evangelio de san, 7, 37, 39, 49, 58, 88, 604
Mateo de Beauvasais, 122
Mateo de Lesina, 809
Mateo de París, cronista, 926, 930, 981, 994, 1029
Mateo de Transilvania, 1134
Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra, 247, 263, 264, 382, 395
Matilde, reina, hija de Eustaquio de Bologne, 324
Mauclerc, Pedro, 998
Maudud de Mosul, 237, 242, 257, 288, 345
Maurienne, conde de, 380
Mauritania, 160, 840
Meca La, 437,459; peregrinación a, 458
Mecklenberg, duques de, 879
Medina, murallas de, 437
Mehmet I, sultán, 1094
Mehmet II el Conquistador, 1084, 1086, 1092, 1094. 1112, 1114-1115, 1118, 1119
Meinhard, canónigo alemán, 888-889
Meissen, margraviato en, 10
Meleto, arzobispo de Gaza, 299
Melisenda, reina, 253, 263, 264-266, 295, 300, 336, 353, 423, 426, 427-428, 438,452
Mendoza, Antonio de, virrey, 865
Merced, Orden de La, 857
Messina, 1042
Mestwin, duque de Danzig, 907
México (Nueva España), 865-866
Méziéres, Felipe de, canciller de Chipre, 1064-1065, 1069, 1071, 1097, 1098, 1124, 1138, 1160; *Epistre Lamentable et Consolatoire,* 1101-1102
Mieszko I, rey de Polonia, 6, 12
Miguel III Paleólogo, emperador bizantino, 1048
Miguel VIII Paleólogo, emperador de Nicea, 703, 1091
Miguel, hermano de Nicetas Coniata, 678

Milán, 3, 16, 59, 224
Miles de Plancy, 265, 280,453, 455,456
Milicias de Cristo de Livonia, Orden de las, 883-884
Milicias de Dobryzn, 909
Milo, señor de Evry-le-Châtel, 382
Milón de Brébant, 645
Mingaugas, rey de Lituania, 906
Miriocéfalo, batalla de (1176), 434, 675
Mitilene, batalla de, 1116
Mohacs, batalla de (1526), 1084
Mohamed, emirhafsí, 1042, 1044
Mohamed, sultán, 344, 345, 347
Moissac, abadía de, 89, 101
Moissac, asedio de, 740, 752
Molay, Jacques de, gran maestre templario, 1080, 1082
Monfon, conde de, 373
Mongha Kan, 1027, 1037
mongoles, 4, 994, 1009-1010, 1027, 1037, 1048, 1049, 1077
Monreal del Campo, milicia de, 326
Monteil, hermanos, 146
Montferrand (Ba'rin), castillo franco de, 238
Montferrand, 251
Montferrat, marqués de, 380, 412, 413
Montgisard, batalla de (1177), 446,448, 456, 459
Montlhéry, familia, 336
Montpellier, conde de, 146
Mont-réal, castillo de, 284, 304, 511, 513
Montségur, asedio de, 766-767
Moravia, 11
Moravia, obispo de, 392
Morfia de Melitene, princesa armenia, 236
Morosini, Tomás, patriarca, 699-700
Mosul, 14, 231, 232, 237, 437, 446, 448
mozárabes, 400
Mu'azzam Turan Sha, al-, 1015, 1017, 1025-1026
Muazzam, al-, emir de Damasco, 780, 803,815,827,961,963
Muisse Afrrabit, 289
mujeres: en la Segunda Cruzada, 375; en la Tercera Cruzada, 502; la Quinta Cruzada, 790 y los cátaros, 723
Muqtadi, Al-, califa suní, 162
Murad I, sultán otomano, 1108
Murad II, sultán otomano, 1084, 1087, 1088, 1107, 1108
Muret, batalla de (1213), 744, 755, 756, 760, 861
«Murzuflo», Alejo Ducas, 693-695,697, 700
Musta'sim, al-, califa abasí, 1037
Mustadi, Al-, califa de Bagdad, 444, 448
Mustansir, Al-, califa fatimí, 162

Nablús, 227, 291, 450, 462
Napoleón Bonaparte, 1032
Nápoles, reino de, 1155
Naser-e Josrau, 103
Nasir Dawud, al-, 965
Nasir de Kerak, al-, 983-986, 989
Nasir Yusuf, al-, monarca ayubí, 1037
Nasir, Al-, califa abasí, 448
Nasir, Muhammad Al-, 860-861
Navarra, 838, 861
Navas de Tolosa, batalla de Las (1212), 779, 859-861
Nazaret, catedral de la Anunciación de, 304, 597
Neumoustier, abadía lorenesa de, 102
Nevers, conde de, 495
Nevers, obispo de, 218
Nevsky, Alejandro, 897
Nicea, conquista de, 126, 408; sitio de (1097), 75, 174
Nicea-Esmirna, 705-706
Nicéforas Diógenes, 123
Nicéforas Focas, 67
Nicetas, gobernador bizantino, 124

Nicetas, ***papa*** de la iglesia cátara de Constantinopla, 726
Nicetas Coniata (Choniates), historiador, 534-535, 537, 649, 650, 677, 678, 689, 698, 732
Nicklot, principe wendo, 389-390, 872, 874, 879
Nicolás II, papa, 16
Nicolás IV, papa, 1067, 1080
Nicolás V, papa, 1108; bula ***Etsi ecclesia Christi,*** **1111**
Nicolás Kannovos, emperador griego, 693
Nicolás Mesarites, 698
Nicolás, cabecilla de la Cruzada de jóvenes, 776, 779
Nicomedia, 222,413
Nicópolis, batalla de, 1084
Nicópolis, cruzada de, 1094-1102
Nigel de Mowbray, conde de Leicester, 500
Nivelo de Fréteval, 110
Nivelo, obispo de Soissons, 653, 655, 698, 703
Nizam al-Mulk, visir, 161, 162
Normandía, 18, 22
Noruega, 23
Norwich, obispo de, 1124
Novgorod, 897, 898, 900, 974, 1077
Nueva España, 866
Nueva Predicación, secta ismailí, 252
Nur al-Din, hijo de Zengi, soberano de Alepo, 240, 245,248,252,286, 342, 344, 347, 420-422, 424, 425, 435-442, 446-447, 471

Odón III, duque de Borgoña, 740, 745-747, 754, 794
Odón, obispo de Bayeux, 96, 149-150
Odo de Cháteauroux, obispo cardenal de Tusculum, 995-996, 998, 1001
Odón de Champlitte, 639, 642
Odón de Cluny, abad, 54; ***Vida de Gerardo, conde de Aurillac, 52***
Odón de Deuil, capellán cruzado, 370, 375,409,411,414,416
Odón de Trazegnies, 492
Oghul Qaimush, regente mongol, 1027
oil, lengua de, 298
Oliverio de Paderbom, 788-790, 792, 801, 807, 810, 812, 816, 817, 820, 830, 949
Oliverio de Termes, heredero del señorío de Corbiéres, 768-769, 932, 996
Omeyas, califato de los, en Córdoba, 838
Orange, conde de, 146
órdenes militares, 216, 322-327, 857, 1064
Orderic Vitalis, historiador, 61, 271, 317-318
Ordinatio de predicatione Sancti Crucis inAngliae, 491, 791
Orhan, sultán, 1087, 1093
Orígenes de Alejandría, 36,40
Osberto de Bawdsey, clérigo, 402
Osvaldo, rey de Northumbria, 45
Osvaldo, san, 51
Otho, nuncio papal, 958
Othon de Grandson, 1051, 1054
Otokar II, rey de Bohemia, 906, 908
otomanos, turcos, 1063, 1072, 1083-1086, 1175
Otón de Bamberg, obispo, 872
Otón I el Grande, rey germano, 6, 10, 11, 12, 50
Otón III de Brandenburgo, 908
Otón IV de Alemania, 737, 747, 755-756, 761,780, 790
Otón, obispo de Frisinga, 348-349, 354, 359-360, 365, 373, 374, 378, 387, 407, 413, 415, 419, 420-421, 425, 427, 429, 430, 874
Otranto, ocupación otomana de, 1085
Ottobuono, cardenal, 1149
Ottokar de Estiria, 380
Oultrejourdain, señorío de, 257, 260

Outremer, definición geográfica, 224-226; economía de, 302-303; gobierno cristiano de, 248; historia de la emigración a, 278-285; nuevos territorios cristianos en el extranjero, 215
Owain Cyfeiliog, 488

Pablo III, papa, 1121, 1145
Pablo V, papa, 1121
Pablo, san, 34-35, 37, 44, 319, 355
Pacto de la Marcha, 694
Pactum Warmundi (1124), 651
paganismo, 5, 870, 880, 917
Palestina, X, 64-66, 159, 162, 184, 190, 215, 224, 231, 232, 235, 434, 476, 867, 923, 992, 1084; guerra de (1191-1192), 567-600, 669
Palmerston, Henry Temple, vizconde de, 673
París, 3; universidad de, 23
París, Tratado de (1229), 714, 764-765
Parva Mahomeria (Qubaiyba), 296
Paschia de Riveri, 291
Pascual II, papa, 92, 94, 217-218, 315, 317, 332, 852
paulicianos, secta de los, 720
Pedro Bartolomé, patriarca de Jerusalén, 183-185, 193,203
Pedro Capuano, cardenal, legado papal, 625, 627, 636, 661, 663, 666, 668, 680, 702
Pedro Damián, ermitaño y cardenal, 89
Pedro de Alifa, 145, 168
Pedro de Amiens, 638
Pedro de Benevento, legado papal, 760
Pedro de Blois, 481, 483, 491
Pedro de Bruys, 734
Pedro de Castelnau, 736, 737-739, 748
Pedro de Courtenay, 702
Pedro de Dreux, conde, 521, 741
Pedro de Les Vaux-de-Cemay, 743
Pedro de Montague, maestre templario, 809
Pedro Desiderio, 185, 198
Pedro el Ermitaño, orador, 74, 76-77, 90, 99-101, 105-106, 118, 120, 123, 126-127, 135, 138-139, 176, 186, 199, 204, 359, 628
Pedro el Venerable, abad de Cluny, 311, 360
Pedro Embriaco de Jubail, 944
Pedro I, rey de Aragón, 846, 850
Pedro II, rey de Aragón, 737, 744, 757, 759-760, 860-861
Pedro III, rey de Aragón, 1152
Pedro I, rey de Chipre, 1069, 1070-1072, 1084, 1136, 1137
Pedro Pitoes, obispo de Oporto, 395
Pedro Raimundo de Hautpol, 184
Pedro, conde de Bretaña, 977,979,1020
Pedro, san, 7, 39, 58, 60, 182, 184, 240, 277
Pedro, trujamán, 297
Pelagio, cardenal, legado papal, 805, 807-808, 809-811, 820, 823, 825-827,954, 1018
Pennenpié, Walter, agente imperial, 988
peregrinaciones, 68-69, 70, 83, 89, 329, 1006-1007; a Jerusalén, 103, 104, 280, 321
Persia, 64
Philip d'Aubigny, 960
Philip de Nanteuil-le-Hardouin, poeta, 982
Pierre de Thomas, 1071
Pío II, papa, 1066, 1076, 1085, 1088, 1104, 1109, 1113, 1145, 1163; cruzada de, 1116-1121
Pío V, papa, 1157
Pipino, rey franco, 46
Pisa, 16, 536, 674, 939
Plasencia, reina de Jerusalén, 939
Poema de la conquista de Almería, 335
Poema de Mió Cid, 851
pogromo judío (1096), 128-135
Poitiers, batalla de (1356), 1165

Poitiers, batalla de (731), 65
Poitou-Aquitania, 18
Polonia, 11, 880, 887, 904, 917, 1077
Pomerania, 904
Pons, conde, hijo de Bertrán, 251, 262
Portugal, 857; creación de, 15
Pribislav de Lübeck, 878-879
Profecía de Hannan, hijo de Isaac, 822
protestantes, 1145
Prusia, 882, 887, 901-910,913
Ptolomeo de Alejandría, 1172

Qaqun, 297
Qasr, al-, guarnición musulmana de, 802
Qaysarani, Ibn al-, poeta, 344
Querella de las Investiduras, 9-10
Queribus, fortaleza de, 768
Qutb al-Din, sultán, 538-539
Qutuz, sultán mameluco, 1037

Radulfo, cisterciense antisemita, 359-364, 396
Rafael de Aubigny, 797
Rafael de Frontfroide, maese cisterciense, 736
Raimboldo Croton, 110, 198, 317
Raimundo II, conde de Trípoli, 250, 251,252-253,421,439
Raimundo III, conde de Trípoli, 250, 251, 254, 298, 442, 448, 453, 455-458, 464,466, 469, 503, 515, 939
Raimundo IV, conde de Tolosa, 39, 60, 79, 119-120, 141, 143, 146, 153-154, 165, 166, 174, 174, 177, 183, 184-185, 188-189, 190, 191, 195, 197, 203, 204, 221-223, 228, 246, 249, 738, 848
Raimundo V, conde de Tolosa, 503, 733, 735, 769
Raimundo VI, conde de Tolosa, 714, 736, 739, 748, 757-758, 760-763, 769-770, 785
Raimundo VII, conde de Tolosa, 761, 763-766, 768, 769, 996, 998, 1005
Raimundo Pilet, señor de Ales, 108
Raimundo Roger, conde de Foix, 733, 753, 760, 761
Raimundo Roupen, 826, 933
Raimundo de Aguilers, cronista, 39, 76, 117, 147, 154, 184, 185, 199, 200
Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía, 240, 247, 263, 280, 300, 348, 407, 419, 421-422, 425, 436, 440
Rainaldo de Chátillon, 248, 513, 516
Rainaldo Masoir, 243, 246
Rainaldo, jefe italiano, 126
Ramerupt, cruzados de, 361-362
Ramla, 194, 204, 223, 278, 935, 1038
Ramón Berenguer I, conde de Barcelona, 843, 847
Ranieri de Pisa, san, 278
Ranulfo Glanvill, 542, 547, 550, 554, 557
Raol, sacerdote de Anglia Oriental, 398, 400,403
Raspe de Turingia, Enrique, 1151
Ratisbona, congregación de (1147), 358-359
Raúl de Caen, 110
Raúl de Domfront, 245
Raúl de Tiberíades, abogado, 542, 623
Raúl Hauterive, arcediano de Colchester, 546
Raúl Niger, historiador, 274-275, 276, 484,493-494
Ravedán, 236
reclutamiento de cruzados, 376, 493, 496-497, 610, 616, 626, 634-640, 747, 787-802, 989, 1072
Reims, arzobispo de, 208
Reinaldo, señor de Sión, 298, 469
Reinaldo de Broyes, 120, 126
Reinaldo de Chátillon, príncipe de Antioquía, 439, 453, 455, 456, 462, 463-464, 466, 470, 482

Reinaldo de Dampierre, 652
Reinaldo de Montmirail, 682
Reinaldo Grenier, señor de Sidón, 453, 469,512,584,586
Reiner von Sleiden, 379
reliquias, 88, 89, 198, 222, 274, 276, 313, 316, 338, 353-354, 430, 487, 541, 702, 703-704, 1007, 1125; Corona de Espinas, 702, 704, 1007; ***véase también*** Vera Cruz
Renania, 53, 55, 100
Renier de Brus, señor de Baniyas, 292
Renier de Montferrat, 653
Reval, fortaleza de (hoy Tallin), 892, 897, 904
revelaciones del bendito apóstol Pedro, según su discípulo Clemente, Las, 823
Revuelta de los Campesinos (1381), 1079, 1164
ribaldi, cruzados de baja cuna, 773
Ricardo I, rey de Inglaterra, 21,298, 368, 381, 445, 473, 477, 493,497, 503, 509, 510, 526, 542, 544-553, 556, 558-564, 568-598, 600, 603, 611, 625, 627, 635, 645, 649,652, 675, 781, 799, 807, 814, 821,930, 951,988, 1018, 1135, 1180
Ricardo II, rey de Inglaterra, 1097, 1100
Ricardo, conde de Comualles, hermano de Enrique III, 975-976, 977-978, 981,982, 984, 987, 1032
Ricardo de Argentán, caballero inglés, 797
Ricardo de Aversa, príncipe de Capua, 16-17
Ricardo de Camville, comandante de flota, 551, 562
Ricardo de Clare, conde de Ferrers, 500, 547
Ricardo de Comualles, 926
Ricardo de Saint-Vanne, abad, 89
Ricardo de Salemo (del Principado), 143, 237, 280
Ricardo de Vemon, 546
Ricardo FitzNeal, 544
Ricardo y Berenguer de Legsby, 501
Riduán de Alepo, 163, 172, 174, 178, 179, 332
Riga, 904
Robert de Courtenay, 976
Robert de Longspee, 1019
Roberto I de Dreux y La Perche, conde, 375, 545
Roberto II de Dreux, conde, 545
Roberto I el Frisio, conde de Flandes, 104, 136, 146, 148, 150, 175, 180, 193,204
Roberto II, conde de Flandes, 148-149, 164,315,316
Roberto III, conde de Flandes, 92
Roberto I el Diablo (o el Magnífico), duque de Normandía, 148, 321, 325
Roberto II, duque de Normandía, 97, 148, 205,313-314,316, 325
Roberto de Ansa, 143
Roberto de Arbrissel, 89
Roberto de Artois, 1014-1015, 1019, 1021, 1028, 1030
Roberto de Boves, 667
Roberto de Clari, 629, 630, 638, 645, 648-649, 662, 665, 669, 682, 689, 696, 699, 702, 704
Roberto de Clermont, conde, 526
Roberto de Cokefield, 494
Roberto de Cour§on, 740, 781,791, 793, 794
Roberto de Glanvill, regente, 500
Roberto de Normandía, duque, 79, 104, 147-148, 164, 190, 204, 332
Roberto de Quincy, 484
Roberto de Reims, 109, 118, 528; ***Historia,*** 312
Roberto de Ruán, 149
Roberto de Sablé, comandante de flota, 551
Roberto de Sourdeval, 143

Roberto de Thomham, 562
Roberto el Cazador de Pontefract, 501
Roberto FitzFulk, 244, 293
Roberto FitzGerald, 143
Roberto FitzTristan, 143
Roberto FitzWalter, 796
Roberto le Bougre, 724
Rodas, isla de, 176, 1076, 1083, 1084, 1128; saqueo de, 338
Rodolfo de Habsburgo, 908, 1049
Rodrigo, rey visigodo, 837
Rogelio de San Severino, 943
Rogelio de Wendower, monje, 930, 960
RogerBorsa, 97, 143, 150
Roger de Antioquía, 238, 337, 345
Rogerde Bameville, 148
Roger de Flor, capitán templario, 1056
Roger de Howden, cronista, 492, 494, 549-550, 572
Roger de Moulins, maestre del Hospital, 464
Roger de Mowbray, 377
Roger de Salemo, 237, 242, 244, 247, 248, 280
Roger II, rey de Sicilia, Calabria y Apulia, 17, 247, 348, 368-370, 407, 410, 412, 678, 848,956
Roger, conde de Foix, 103
Roger, conde de Sicilia, 60, 143, 150
Roger, hijo de Dagoberto, 144-145
Roger, párroco de Howden y cronista, 501, 547
Roger, Pierre, 1143; *véase también* Clemente IV, papa
Roma, 3
Romanía, conquistas occidentales, 701
Romano IV Diógenes, emperador bizantino, 13, 160
Romano IV, emperador, 123
Romano, imperio, 2, 3,41-42, 45
Rommersdorf, abad de, 789
Roncesvalles, batalla de (778), 839
Rorgo Fretel, 216
Roussel de Bailleul, 104
Routrou de Perche, conde, 331, 555, 560
Ruad, templarios en la isla de, 944
Rudiger, obispo, 128
Rum, sultán selyúcidade, 161, 163,406, 529, 538, 1083, 1090
Runciman, Steven, XI, 129, 142, 514, 705, 706; *Historia de las cruzadas,* XI, 35, 626
Ruthard, arzobispo, 130
Ruysbroeck, Willem van, 1027

Saboya, conde de, 412, 413
Sabraham, Nicolás, 1136
Sacconi, Rainiero, 724
Sacro imperio Romano, 6
Safed, fortaleza de, 925, 929, 931, 1038
Sagrajas, batalla de (1086), 849
Saher de Archel, comandante de flota, 377, 393-394
Saint-Denis, abadía real de, 149, 375, 487, 741, 1008, 1043, 1101
Saint-Pierre, en Corbie, monasterio de, 704
Sajonia, 10, 835, 869, 889; revuelta en (1076), 8
Saladino, Yusuf Ibn Ayyub, XIII, 24-25, 202, 229, 267, 269, 288, 298, 304, 436, 438, 441-458, 460, 461-462, 463, 464, 465, 470, 471, 480, 482, 510-516, 524-527, 543, 561, 569, 571-572, 578-598, 622, 814, 819, 923,934, 939, 1038, 1180
Salado, batalla del río (1340), 863
Salemo, 16
Salih Ayyub, al-, hijo de al-Kamil, 983, 985-987, 988, 992-993, 1008, 1012, 1015-1017, 1025
Salih Ismai'il, al-, hermano de al-Kamil, 983, 985
Salimbene di Adam, franciscano, 1050
salios, 10
Salisbury, obispo de, 378

Samarcanda, 1010
Samaría, 227, 260
Samlandia, conquista de, 906
San Eduardo, Orden de, 933
San Félix de Caramán, concilio de cátaros occidentales en, 726
San Germano, tratado de, 957-958, 962, 972
San Juan de Letrán, concilio en, 330-331
San Juan, Orden de, 271
San Julián de Pereiro, orden de, 857; *véase también* Alcántara, Orden de
San Nicolás de Mira, ciudad licia, 646
San Sabas, guerra de, 938-939
San Simeón, puerto de, 172
Sancho I, rey de Aragón, 846, 847
Sancho IV, rey de Navarra, 844
Sancho VI, rey de Navarra, 560
Sancho VII, rey de Navarra, 860
Sancho I, rey de Portugal, 552
Sansón de Bury, abad, 496
Santa Catalina, monasterio de, en el Sinaí, 276
Santa María de los Latinos, monasterio de, 301
Santarém, conquista de la fortaleza de, 395, 399,404
Santiago de Compostela, 88; ataque contra, 67; peregrinaciones a, 69
Santiago, apóstol, 840
Santiago, Orden de, 326, 857, 858
Santo Tomás de Acre, Orden de, 327
Saona, castillo de, en Antioquía, 301
Sarasin, Jean, chambelán real, 1012
sarracenos, 287, 835
Savarico de Mauleón, capitán, 796
Savelli, Cencío, 800
Savonarola, Girolamo, 1163
Sayf al-Din, 342, 425
Scanderberg, caudillo albanés, 1087, 1118
Scrope de Masham, Geoffrey, 1134
Sebastián, Don, rey de Portugal, 864
Segismundo, rey de Hungría, 919, 1096, 1097-1098, 1100
Selim I el Severo, sultán otomano, 919, 1084, 1119
selyúcidas, 231, 244, 345, 410, 458, 533
Sempad, príncipe armenio, 1010
Serbia, 1112
Sergio IV, papa, 69
Sevilla, toma de (1248), 859, 863
Shaizar, 242
Shajar al-Durr, 1015, 1025
Shawar, visir, 441-442
Shirazi, Al-, legislador, 290
Shirkuh, Asad al-Din, general, 441-442
Sibila, reina de Jerusalén, 264,433,454-462,516, 542
Sicilia, isla de, 15, 16, 17, 67, 97, 347, 558, 1148
Sidón, 194, 227, 229, 256, 259, 260, 279, 336, 622, 967
Sigebert de Gembloux, 117
Sigurdo, rey de Noruega, 319, 333, 336
Silvestre I, papa, 6
Silvestre II, papa, 7
Silyuk, familia, 13
Simeón, armenio, 168
Simeón, patriarca, 99, 203
Simón de Dover, 393, 394
Simón de Montfort, 638, 667-668, 670-672, 684, 711, 714, 716, 729, 731, 734, 741, 743-745, 750-751, 753-762, 770, 780, 785, 796, 936, 1149, 1159, 1167
Simón de Montfort el Joven, conde de Leicester, 937, 951, 977-978, 981, 988
Simón de Saarbrücken, conde, 807
Simón de Trier, 363
Simson, Salomón bar, 133
Sinan, Rashid al-Din, dirigente de los Asesinos, 447, 590

Siria, 4, 64-66, 119-120, 162-163, 188, 189, 215, 224, 227, 231, 232, 237, 253, 258, 345, 407, 418, 434, 435, 436, 443, 444, 833, 923-924, 932, 942, 966, 992, 1037; disensiones y derrota en (1148-1149), 419-427
Siward, Richard, proscrito, 977-978
Soffredo de Santa Práxedes, cardenal, 646, 651
Solimán el Magnífico, 1084, 1119
Solimán ibn Kutulmush, 161
Spira, asamblea de Navidad de (1146), 364-366
Stettin, asedio de, 875
Suabia, 10
Suecia, 895
Suenón III, rey de Dinamarca, 875
Suger, abad de Saint-Denis, 317, 352-353, 370-371,428
Sulami, Al, erudito de Damasco, 232, 833
Sulami, Al-: *Libro de la guerra santa*, 346-347
Sutri, obispo de, 618
Sven III, rey de Dinamarca, 389
Sverre, rey de Noruega, 484
Swantopelk, duque de Danzig, 905

Tabor, monte, 780, 803
Tafur, grupo de los, 190
Tagliacozzo, batalla de (1268), 1151
Tahir al-Sulami, Ali ibn, 158
Takitios, comandante, 155, 164, 177-178, 188
Tamerlán, 1089, 1100
Tancredo de Hauteville, 17, 18
Tancredo de Lecce, príncipe de Antioquía, 104, 120, 141, 143, 146, 152, 158, 166, 174, 177, 180, 190-191, 193, 197, 199, 228, 242, 243, 248, 278, 280, 292
Tancredo de Lecce, rey de Sicilia, 499, 536, 558-559,618
Tannenberg, batalla de (1410), 917-918
Taoul, 168
Tarragona, 71; reconstrucción de, 849-850
Tarso, 177
Tashfin, Yusuf ibn, 347, 849
Tebas, saqueo de, 407
Tedaldo, Giacomo, 1105
Teguder, converso musulmán, 1050
Tell Danit, batalla de (1115), 237, 242, 347
Templo de Salomón, Orden del, 34,216, 251, 319, 321, 322, 323, 325-326, 327, 377, 420, 439, 466, 562, 579, 819, 830, 854, 857; caída de, 1078-1083
Teobaldo de Blois, conde, 324, 526
Teobaldo I, conde de Champaña, 861
Teobaldo II, conde de Champaña, 351, 352
Teobaldo III, conde de Champaña, 635, 638, 640, 641, 644, 649, 652-653, 654
Teobaldo IV de Champaña, rey de Navarra, 974, 977-979, 983-989
Teobaldo V, conde de Champaña, 928
Teodora Angelo, hermana de Isaac II, 653
Teodorico, teólogo cátaro, 724
Teodorico de Alsacia, conde de Flandes, 277, 324, 356, 365, 375, 376, 380, 418, 433
Teodoro I Láscaris, emperador griego en Asia Menor, 700
Teología de la Liberación, 1176
Tesorería de Méritos, doctrina de la, 1140
Theodevinus (Theodwin), cardenal de Santa Rufina, 373
Thiemo, arzobispo de Salzburgo, 223
Thierry de Nussa, prior de los hospitalarios, 976

Thomas de Woodstock, 1138
Thom, Tratado de (1466), 918
Thoros, soberano armenio de Edesa, 169
Tiberíades, 227; sitio de, 465-466, 467, 471
Timoteo, 37
Timu, derrota turca en, 1084
Tiro, 194, 227, 229, 230, 259, 260, 261, 279, 283, 285, 292, 301, 338, 511, 513,525
Tito, emperador, 275
Tlaxcala, ciudad-estado de, 865-866
Toisón de Oro, Orden del, 1104, 1105-1106
Toledo, toma de, 849
Tolosa, sitio de, 763
Tolosa, universidad de, 765
Tomás Becket, 320, 452, 478, 501, 738, 797, 960, 1164
Tomás de Aquino, 43, 325, 958, 1146
Tomás de Marle, 110,137,316-317,981
Tora, 271; profanación de rollos de la, 129, 131, 133,363
Torcello, Giovanni, 1104
Toron, 968, 1038; asedio al castillo de, 623, 624
Torre Roja (Al-Burj al-Ahmar), 296
Torsello, Marino Sañudo, 927, 1031-1032, 1064
Tortosa (Tartus, en Siria), 229, 251, 511, 931; catedral de, 301; ofensiva catalano-genovesa sobre, 403, 854
Toul, conde de, 139
Toulouse, ducado de, 18
Tracia, 405,410, 691, 1092
Transjordania, 971
Travers, Hugo, vasallo inglés, 613-614
Trebisonda, 676, 706
Trencavel, familia, 763, 779
Trencavel, Raimundo, 764, 768
Trencavel, Raimundo Roger, 729, 733, 748-749
Trinidad, Orden francesa de la, 857
Trípoli, 229, 249-254, 259, 283, 285, 511, 1050, 1076; masacre de (1152), 288
Trussel, Guillermo, 615
Tughtegin, atabeg de Damasco, 176, 244, 257, 259, 293
Túnez, 1042, 1043-1044, 1096
Turbessel (Tell Bashir), 236, 239, 240
turcoples, caballería ligera, 289, 451-452
turcos, 231; invasiones de, 4; *véase también* otomanos
Turena, vizconde de, 146
Tutush, gobernador de Siria, 163
Tweng, Robert, 978

Ubaldo, arzobispo, 509, 516
Ugolino de Ostia, cardenal, 790-949, 954; *véase también* Gregorio IX, papa
Ulfo de Lauvnes, 484
Umfredo II de Toron, 456, 458
Umfredo III de Toron, 298, 445, 542-543, 580
Umfredo IV de Toron, 460, 462, 470
Unur, Mu'in al-Din, gobernador de Damasco, 239, 425-426
Urbano II, papa, X, 9, 33, 36, 39, 55-56, 60, 62-63, 68, 71, 73-74, 76, 77-95, 102, 104-106, 109, 110-111,118, 122, 135,136,137, 143, 146-147, 150, 158,188, 189, 194, 205,209, 217-218, 224, 309, 312-313, 315, 329, 332,334, 349-350, 355,358, 377, 607,772, 833, 835, 839,846, 849, 852, 1163, 1173, 1180
Urbano III, papa, 473,476, 527
Urbano IV, papa, 1038, 1149, 1150, 1151, 1154
Urbano V, papa, 1069-1070, 1084, 1086, 1141
Urbano VI, papa, 900, 1155

Valdemaro I, rey de Dinamarca, 872, 876, 877, 879
Valdemaro II, rey de Dinamarca, 878, 891-892, 897
Valdemaro IV, rey de Dinamarca, 897, 911
Valencia, asedio de (1238), 862
Valois, dinastía de, 1069, 1102
Varna, cruzada de, 1106-1108
Vasil, gobernador de Edesa, 239
Vaux, abad de, 684
Veil, Guillermo y Raúl, hermanos de Southampton, 394, 397
Venecia, 3, 16, 337, 536, 633, 646, 662-666, 674, 938-939, 1108, 1163
Venecia, tratado de (1201), 646-647, 649, 652, 656-657, 670, 684, 690
Vera Cruz, reliquias de la, 44, 203, 353, 430, 470, 480, 492, 576, 593, 703-704,819, 830, 842, 1007, 1125
Vetheman, mercader, 326
Vézelay, asamblea de notables franceses en (1147), 354-357, 371, 377, 486, 618; pactos de, 556-557, 559, 570
Vibaldo, abad de Stavelot, 874-875
Vicente de Praga, escritor, 392,429
Viena, asedio otomano de (1529), 1085
Vigevano, Guido de, médico, 1064
vikingos, 5,48, 835
Visconti, Tedaldo, patriarca de Jerusalén, *véase* Gregorio X, papa
Vitenis, gran príncipe, 912
Vitry, incendio y matanza de la iglesia de (1143), 351
Vladimir de Kiev, príncipe, 12
Vladimiri, Pablo, 918
Volkmar, sacerdote germano, 101
Vulgata, traducción latina de la Biblia, 37

Wahhab al-Shirazi, ‘Abd al-, predicador fundamentalista, 345
Waldegrave, Ricardo, 915
Waleran de Wavrin, 1104
Walo de Chaumont-en-Vexin, 136
Walsingham, Thomas, 1071
Walter, dominico, 970
Walter de Brienne, 984-985
Walter von der Vogelweide, 445, 604; *Canción de Palestina*, 604-605
Warwick, Tomás de Beauchamp, conde de, 915, 1070
Waurin, Jean, 1137
Wenceslao, rey de Bohemia, 12
wendos, pueblo de los, 334, 869-870, 871, 872, 883
Wenno, maestre de los Hermanos de la Espada, 893
Westfalia, 889
Westfalia, Tratado de (1648), 1178
Wibaldo de Stavelot (de Corvey), abad, 372, 373, 391
Winand de Colonia, 393
Winchester, Pedro des Roches, obispo de, 796-797, 831, 949, 950, 958-959, 969, 977
Winrico de Kniprode, gran maestre, 913
Wolkfer de Kuffen, 39
Worms, obispo de, 56
Wurzburgo, obispo de, 365
Wycliff, John, heresiarca, 1155, 1156, 1160

Xerigordo, desastre de, 151

Ya’qub, 617
Yaghisiyan, gobernador de Antioquía, 172, 181
Yemen, 444
yihad *(jihad),* 343-348, 437, 447, 930
York, persecución de judíos en, 554, 555
Yusuf I, jefe almohade, 855

Zacarías, papa, 5
Zara, puerto dálmata de, 633, 639, 655,

661, 665, 666-672, 682-683, 1042; saqueo de, 338
Zaragoza, caída de (1110), 849; asedio de (1118), 852
Zardana, fortaleza de, 244
Zengi, Imad al-Din, atabeg de Mosul, 202, 238, 240, 244, 258, 341-342, 343, 345, 346, 347-348, 444, 447

LISTA DE ILUSTRACIONES

1. Jerusalén y sus alrededores, c.l 100 (Corbis/ Biblioteca de la Universidad de Upsala, Suecia */Dagli Orti)*
2. Urbano II consagrando el altar mayor de Cluny, octubre de 1095 *(Bibliothéque Nationale,* París [manuscrito Lat. 17716 Fol.91])
3. Pedro el Ermitaño al mando de sus cruzados (*British Library,* Londres [manuscrito Eggerton 1500 Fol.45v])
4. Alejo I Comneno, emperador de Bizancio, 1081-1118 (*Bridgeman Art Library)*
5. La iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, idealizada por la imaginación occidental de finales de la Edad Media (*British Library,* Londres [manuscrito Eggerton 1070 Fol 5v])
6. La portada del salterio de la reina Melisenda de Jerusalén (*British Library,* Londres [manuscrito Eggerton])
7. Saladino: una imagen árabe contemporánea (*British Library,* Londres)
8. La batalla de Hattin, 4 de julio de 1187: Saladino capturando la Vera Cruz (*Parker Library, Corpus Christi College,* Cambridge [manuscrito 26 Fol. 140])
9. Federico I Barbarroja, emperador, recibiendo una copia de la popular historia de la Primera Cruzada de Roberto de Reims (Scala, Florencia)
10. Embarcando para una cruzada, según los estatutos de una orden de caballería del siglo xiv (*Bibliothéque Nationale,* París [manuscrito Fr.4274 Fol. 6])
11. Mujeres contribuyendo al asedio de una ciudad, como en el sitio de Acre, 1190 (*British Library,* Londres [manuscrito 15268 Fol. 101v])

12. Josué, representado como un caballero franco, libera a Gabaón de los cinco reyes, de una Biblia ilustrada c. 1244-1254 (*Piermont Morgan Library* / Scala, Florencia)
13. Banda militar del tipo utilizado por los comandantes turcos, kurdos y mamelucos (*Bibliothéque Nationale,* París [manuscrito árabe 5847 fol. 94])
14. El papa Inocencio III (Scala, Florencia)
15. Venecia c. 1400 (*Bodleian Library,* Oxford / *The Art Archive* [Bodley 264 fol.218r])
16. Inocencio III y la cruzada de los albigenses (*British Library,* Londres [manuscrito *Royal* 16 GVI fol. 347v])
17. Moros luchando contra cristianos en la España del siglo XIII (Archivo artístico del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial / Dagli Orti)
18. Un enfrentamiento entre fuerzas francas y egipcias en las afueras de Damieta, junio de 1218 (*Chronica Majora, c.* 1255, de Mateo de París; *Parker Library, Corpus Christi College,* Cambridge [manuscrito 16 fol. 54v])
19. La captura de la Torre de las Cadenas, agosto de 1218, y la caída de Damieta, noviembre de 1219, de la *Chronica Majora, c.* 1255, de Mateo de París (*Parker Library, Corpus Christi College,* Cambridge)
20. Federico II, rey y emperador (*AKG Images)*
21. Luis IX de Francia captura Damieta, junio de 1249 (manuscrito producido en Acre c. 1280; *Bibliothéque Nationale,* París [manuscrito fr. 2628 fol. 328v])
22. La némesis de ultramar: entrenamiento de los guerreros mamelucos *{British Library,* Londres [manuscrito Add 18866 fol. 140])
23. La némesis de ultramar: escuadrón de caballería turco (*Bibliothéque Nationale,* París [manuscrito árabe 5847 fol. 19])
24. La batalla de La Forbie, octubre de 1244 (*Parker Library, Corpus Christi College,* Cambridge [manuscrito 16 fol. 170])
25. Mateo de París concibe a los mongoles como a salvajes caníbales, *Chronica Majora c.* 1255 *{Parker Library, Corpus Christi College,* Cambridge [manuscrito 16, fol. 166])
26. La caída de Trípoli a manos de los mamelucos, abril de 1289 *{British Library,* Londres [manuscrito Add 27695 fol.5])
27. Carlos V de Francia conversa con Carlos IV de Alemania durante

un banquete en París en el año 1378 (*Bibliothéque Nationale,* París [manuscrito fr. 2813 fol. 473v])
28. Fresco de Andrea Bonaiuti, *La iglesia militante,* en Santa María Novella, Florencia (Scala, Florencia)
29. El fracasado asedio otomano de Rodas, 1480 (*Bibliothéque Nationale,* París [manuscrito lat. 6067 fol. 80v])
30. Mehmet II el Conquistador, por Gentile Bellini, 1480-1481 (*National Gallery,* Londres)
31. La batalla de Lepanto, 1571 *(National Maritime Museum,* Greenwich)

ÍNDICE DE MAPAS

1. Europa y el Oriente Próximo, 1095-1096 114
2. Asia Menor y Siria, 1097-1099..... 156
3. El sitio de Antioquia, octubre de 1097 a junio de 1098. . . 170
4. Palestina, 1099..... 192
5. El sitio de Jerusalén, junio-julio de 1099 196
6. Siria en el siglo XII..... 233
7. Palestina y Egipto en el siglo XII..... 234
8. Europa y Oriente Próximo en la época de la Segunda Cruzada y gira de predicación de Bernardo, 1146-1147 384
9. La campaña de Hattim, julio de 1187 468
10. Saladino captura Jerusalén, septiembre-octubre de 1187. . 472
11. Europa y Oriente Próximo en la época de la Tercera Cruzada 506
12. Siria en la época de la Tercera Cruzada..... 517
13. Sitio de Acre, 1189..... 519
14. Ricardo I captura Chipre, mayo de 1191..... 563
15. Palestina en las campañas de 1191 y 1192 565
16. Europa y Oriente Próximo en el siglo XIII..... 658
17. Constantinopla en la época de la Cuarta cruzada..... 687
18. Languedoc, Francia y la cruzada albigense..... 712
19. La Reconquista española..... 834
20. El Báltico..... 920
21. Siria en el siglo XIII..... 946
22. Palestina y Egipto en el siglo XIII..... 947
23. Acre en el año 1291 1053
24. Las cruzadas en Europa..... 1126

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS..... **VII**
PREFACIO..... **IX**
INTRODUCCIÓN: EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO..... **1**

I. LA PRIMERA CRUZADA
1. El origen de la guerra santa cristiana..... 33
2. ¡Marchad a Jerusalén! 73
3. La marcha hacia Constantinopla..... 117
4. De camino al Santo Sepulcro..... 157

II. **EL REINO FRANCO DE ULTRAMAR**
5. La fundación de la Outremer cristiana..... 213
6. Los estados latinos..... 235
7. Oriente es Oriente y Oriente es Occidente: Ultramar en el siglo XII..... 269

III. **LA SEGUNDA CRUZADA**
8. ¿Un nuevo camino hacia la salvación? La cristiandad occidental y la guerra santa, 1100-1145..... 309
9. Lo que Dios nos ofrece: llamamiento a la segunda cruzada..... 341
10. «El espíritu del Dios peregrino»: los combates de la segunda cruzada..... 387

IV. LA TERCERA CRUZADA

11. «Un gran motivo de duelo»: el renacer de las cruzadas y la tercera cruzada..... 433
12. La llamada de la cruz..... 475
13. Hacia el sitio de Acre..... 509
14. La guerra de Palestina, 1191-1192 567

V. LA CUARTA CRUZADA

15. «La espada de doble filo de Aod»..... 603
16. La cuarta cruzada: preparativos..... 633
17. La cuarta cruzada: desviaciones..... 661

VI. LA EXPANSIÓN DE LAS CRUZADAS

18. Las cruzadas albigenses, 1209-1229 711
19. La quinta cruzada, 1213-1221..... 771
20. Las cruzadas de la frontera, episodio primero. Conquistas en España..... 833
21. Las cruzadas de la frontera, episodio segundo. El Báltico y el norte..... 867

VII. LA DEFENSA DE ULTRAMAR

22. Supervivencia y ocaso: la Tierra Santa de los francos en el siglo XIII..... 923
23. La defensa de Tierra Santa, 1221-1244 949
24. Luis IX y la caída del reino continental de Ultramar 991

VIII. LAS ÚLTIMAS CRUZADAS

25. Las cruzadas orientales en la Baja Edad Media . . . 1061
26. La cruzada y la sociedad cristiana en la Baja Edad Media..... 1123

CONCLUSIÓN..... 1175
NOTAS..... 1183
LECTURAS COMPLEMENTARIAS..... 1283
LISTA SELECTA DE GOBERNANTES..... 1291
ÍNDICE ALFABÉTICO..... 1303
LISTA DE ILUSTRACIONES..... 1337
ÍNDICE DE MAPAS..... 1341

Últimos títulos publicados:

John Burrow
Historia de las historias
De Heródoto al siglo XX

Robin Lañe Fox
Héroes viajeros
Los griegos y sus mitos

Joanna Bourke
Los violadores
Historia del estupro de 1860 a nuestros días

Peter Linehan
España,1157-1300
Una sociedad desorganizada por la guerra

Charles Esdaile
Las guerras de Napoleón
Una historia internacional, 1803-1815

John Lynch
San Martín
Soldado argentino, héroe americano

Bonnie S. Anderson, Judith P. Zinsser
Historia de las mujeres
Una historia propia

Aurora Bosch
Historia de los Estados Unidos, 1776-1945

Joaquim Albareda Salvado
La guerra de Sucesión de España (1700-1714)

Thomas N. Bisson
La crisis del siglo XII
El poder, la nobleza y los orígenes de la gobernación europea

«Este maravilloso libro es la mejor historia de las Cruzadas que jamás se haya escrito. Una visión a gran escala, con detalles llenos de vida, argumentos claros y juicios contundentes, que nos muestra cómo el aparato de las Cruzadas se imbricó en la vida, la sociedad y la conciencia europeas. Es, en suma, una historia de las Cruzadas para el siglo XXI. Y llega justo a tiempo».

EDWARD M. PETERS, Universidad de Pennsylvania

«Una obra magistral, que va a convertirse en la historia definitiva de las Cruzadas para esta generación».

RON GROSSMAN, *Chicago Tribune*

«Este maravilloso libro es la mejor historia de las Cruzadas que jamás se haya escrito. Una visión a gran escala, con detalles llenos de vida, argumentos claros y juicios contundentes, que nos muestra cómo el aparato de las Cruzadas se imbricó en la vida, la sociedad y la conciencia europeas. Es, en suma, una historia de las Cruzadas para el siglo XXI. Y llega justo a tiempo».

EDWARD M. PETERS, Universidad de Pennsylvania

«Una obra magistral, que va a convertirse en la historia definitiva de las Cruzadas para esta generación».

RON GROSSMAN, *Chicago Tribune*

Acceso Abierto

967536

9 788498 920772